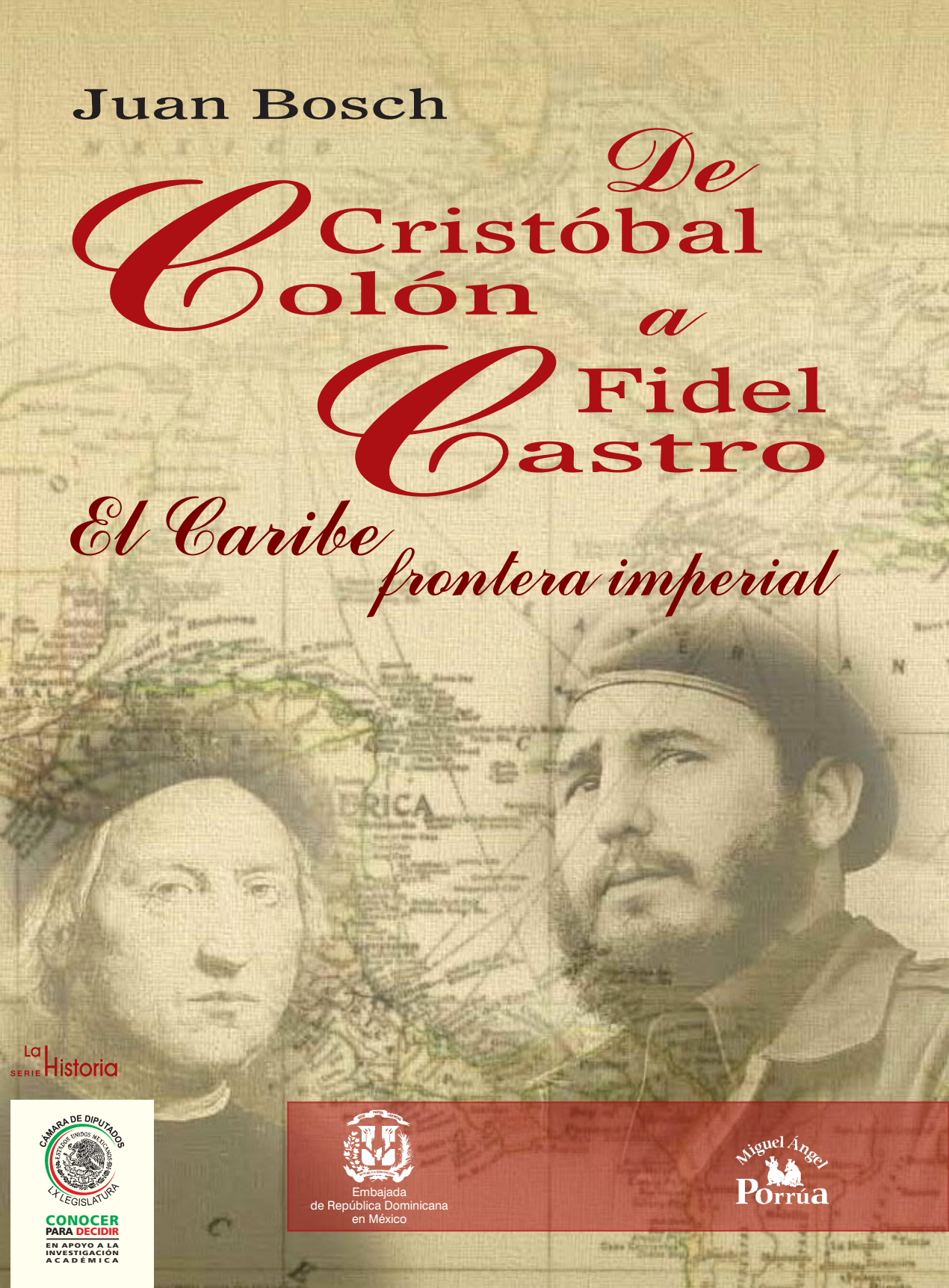
Juan Bosch

De Cristóbal Colón a Fidel Castro

El Caribe frontera imperial



La Historia
SERIE

CÁMARA DE DIPUTADOS
ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
LX LEGISLATURA
CONOCER PARA DECIDIR
EN APOYO A LA INVESTIGACIÓN ACADÉMICA

Embajada de República Dominicana en México

Miguel Ángel Porrúa

Éste es uno de los textos más notables escritos en la región, catalogada por Gabriel García Márquez como "obra monumental". Descubre los acontecimientos que han marcado el desarrollo del Caribe desde su descubrimiento hasta los primeros años de la Revolución Cubana.

Juan Bosch es un referente de dignidad nacional para toda América Latina. Como principal opositor a la dictadura de Rafael Trujillo Molina, logra en 1938 exiliarse en Puerto Rico y posteriormente en la isla de Cuba donde funda el Partido Revolucionario Dominicano (PRD). Al colaborar con el Partido Revolucionario Cubano desempeña un destacado papel en la redacción de la Constitución de la Isla, promulgada en 1940.

Al triunfo de la Revolución motorizó un reordenamiento político en el Caribe. Más tarde, de regreso a su país, se presentó como candidato a la presidencia de la República y se perfila como ganador de las elecciones de 1962. Su gobierno fue derrocado por un golpe de Estado y, a finales de 1966, se instaló en España, donde produjo sus obras más importantes.

En 1970, con la intención de modernizar al Partido Revolucionario Dominicano, regresa a Santo Domingo; diferencias entre él y los dirigentes de ese instituto político lo llevan a abandonar las filas y a fundar el Partido de la Liberación Dominicana (PLD). Su conducta honesta, como gobernante y líder, lo convierten en un referente de dignidad nacional en quien aflora una conducta patriótica y cívica ejemplar de honestidad latinoamericana.

La Serie Historia

Miguel Ángel Porrúa

Embajada de República Dominicana en México

Cámara de Diputados
LX Legislatura
Conocer para decidir
En apoyo a la investigación académica

creative commons

H. Cámara de Diputados
LX Legislatura

CONOCER PARA DECIDIR se denomina la serie que en apoyo a la investigación académica en ciencias sociales, la Cámara de Diputados LX Legislatura –refrendando el acuerdo de la anterior LIX Legislatura–, lleva a cabo en coedición en atención al histórico y constante interés del H. Congreso de la Unión por publicar obras trascendentes que impulsen y contribuyan a la adopción de las mejores decisiones en políticas públicas e institucionales para México en su contexto internacional; ello a efecto de atender oportunamente las diversas materias sobre las que versa el quehacer legislativo.

El acuerdo para coeditar las obras que conforman la serie se ha establecido con diferentes instituciones académicas, organismos federales y estatales; así también, con autores y asociaciones independientes.

Los títulos que caracterizan a la serie, se complementan con expresiones culturales de interés nacional que coadyuvan en las tareas propias del legislador mexicano.

CONOCER PARA DECIDIR

EN APOYO A LA INVESTIGACIÓN ACADÉMICA

INSTITUCIONES COEDITORAS

Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior

Cámara de Diputados

LIX Legislatura

LX Legislatura

Centro de Estudios de México

Centro de Investigación para el Desarrollo, A.C.

Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social

Centro de Investigación y Docencia Económicas

Centro del Tercer Mundo para el Manejo del Agua

Consejo Mexicano de Asuntos Internacionales

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Instituto Nacional de Antropología e Historia

El Colegio de la Frontera Norte, A.C.

El Colegio de San Luis

El Colegio de Sonora

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México

Fundación Colosio, A.C.

Fundación Instituto Universitario de Investigación José Ortega y Gasset

Fundación Konrad Adenauer, A.C.

Fundación Mexicana de Estudios Políticos y Administrativos, A.C.

Gobierno del Estado de Chiapas

Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa

Ibero-Amerikanisches Institut

Instituto de Administración Pública del Estado de México, A.C.

Instituto Federal Electoral

Instituto Iberoamericano para el Fortalecimiento del Poder Legislativo, A.C.

Instituto Mexicano de Estrategias

Instituto Tecnológico Autónomo de México

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey

Campus Ciudad de México

Campus Estado de México

Campus Monterrey

Escuela de Graduados en Administración Pública y Política Pública

Integración para la Democracia Social, APN

Internacional Socialista

Libertad de Información-México, A.C.

Poder Legislativo del Estado de México, LVI Legislatura

Secretaría de Gobernación

Centro de Estudios Migratorios del Instituto Nacional de Migración

Secretaría de la Reforma Agraria

Siglo XXI Editores

Simon Fraser University

Sociedad Mexicana de Medicina Conductual

Universidad Anáhuac del Sur

Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca

Instituto de Investigaciones Sociológicas

Universidad Autónoma de Aguascalientes

Universidad Autónoma de Baja California

Universidad Autónoma del Estado de México

Universidad Autónoma del Estado de Querétaro

Universidad Autónoma de Yucatán

Universidad Autónoma de Zacatecas

Doctorado en Estudios del Desarrollo

Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Azcapotzalco

Unidad Iztapalapa

Unidad Xochimilco

Programa Universitario Integración en las Américas

Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas

Universidad de California Santa Cruz

Universidad de Colima

Universidad de Guadalajara

Universidad de Occidente

Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

Universidad Nacional Autónoma de México

Centro de Estudios sobre la Universidad

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades

Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias

Dirección General de Publicaciones y Formato Editorial

Facultad de Contaduría y Administración

Facultad de Economía

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

Facultad de Estudios Superiores Aragón

Instituto de Geografía

Instituto de Investigaciones Económicas

Instituto de Investigaciones Sociales

Programa Universitario de Estudios de Género

Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad

Seminario de Educación Superior

Universidad Pedagógica Nacional

Universidad Veracruzana

Universitat Autònoma de Barcelona

De Cristóbal Colón a Fidel Castro

El Caribe frontera imperial

La Serie Historia

Juan Bosch

De Cristóbal Colón a Fidel Castro

El Caribe frontera imperial

CÁMARA DE DIPUTADOS
LX LEGISLATURA
CONOCER PARA DECIDIR | CONSEJO EDITORIAL
EN APOYO A LA INVESTIGACIÓN ACADÉMICA

Embajada de República Dominicana en México

Miguel Ángel Porrúa

MÉXICO • 2009

La Fundación Juan Bosch,
privilegia esta edición, con
su beneplácito y autorización
para la publicación de esta
obra en México.
Santo Domingo, 10 de junio de 2009

Carmen Quidiello de Bosch
presidenta

La H. Cámara de Diputados, LX Legislatura,
participa en la coedición de esta obra al
incorporarla a su serie Conocer para Decicir

Coeditores de la presente edición
H. Cámara de Diputados, LX Legislatura
Embajada de la República Dominicana en México
Miguel Ángel Porrúa, librero-editor

© 2009
Fundación Juan Bosch

© 2009
Por características tipográficas y de diseño editorial
Miguel Ángel Porrúa, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 978-607-401-138-8

IMPRESO EN MÉXICO *PRINTED IN MEXICO*

www.maporrua.com.mx
Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

CREATIVE COMMONS

Introducción

Pablo A. Maríñez*

Todo imperio, además de sus propias fronteras geográficas, como las tiene cualquier Estado-nación, suele tener fronteras económicas y políticas en los lugares más remotos del planeta, donde se ve en la necesidad de trasladar sus tropas –y en muchos casos dejarlas ahí establecidas como bases militares, navales o aéreas– con el objetivo de defender sus dominios, ante el eventual ataque de las naciones o imperios enemigos; además de esto, los imperios han establecido sistemas de fortificaciones en sus fronteras, como lo fueron las murallas del Imperio romano, o las murallas del Imperio chino, sistema de defensa que en la actualidad son monumentos arqueológicos, de atracción turística, pues con los cambios internacionales que se han producido, particularmente con el desarrollo de una tecnología sofisticada en el armamentismo, en plena época nuclear, aquellas murallas han sido reemplazadas por los "escudos antimisiles".[1] Pero pocas regiones del mundo se han convertido, en el mismo periodo histórico y durante

*Sociólogo, escritor y diplomático dominicano. Profesor e investigador titular de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, durante varias décadas; también ha sido profesor, en la década de 1970 de universidades en Perú y Ecuador. Presidente-fundador de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe, AMEC, en 1993-1994. Tiene una amplia obra escrita sobre el Caribe, región de la cual es especialista. Su último libro publicado es *El Gran Caribe ante los cambios internacionales y la política exterior dominicana* (Santo Domingo, Funglode, 2007). Ha sido embajador de la República Dominicana en México en dos ocasiones, 1997-2000 y 2004-2009; actualmente es Embajador de su país en Chile.

[1] Los escudos antimisiles consisten en un sistema de defensa instaurado durante la administración del presidente George W. Bush, en el 2000, diseñado para interceptar en vuelo, y destruir los misiles enemigos, antes de que lleguen a su destino. La eficacia de dichos escudos todavía no ha sido demostrada, aunque se han destinado miles de millones de dólares en estos proyectos armamentistas.

varios siglos, en frontera de diversos imperios, tal fue el caso de la región del Caribe. Durante mucho tiempo la humanidad y los propios políticos e intelectuales no habían tomado conciencia de este hecho histórico, sino muy recientemente.

Por estas razones, después de la publicación del libro *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, en 1970, existe un antes y un después en los estudios historiográficos sobre la región del Caribe, pues esta obra de Juan Bosch, que es clásica en su género, resulta un parteaguas en dichos estudios, por varias razones: por la profundidad y amplitud con las que aborda el área, por la novedosa tesis desarrollada y por la importancia que demuestra haber tenido esta zona, no sólo en su dimensión geopolítica, sino también en la económica, a lo largo de casi cinco siglos de historia, mismos que corresponden a la época moderna de la humanidad. En suma, ha sido después de la publicación de esta obra que el mundo –incluyendo a los propios habitantes del Caribe y de América Latina– ha tomado conciencia del papel histórico de la zona como frontera imperial, sin lo cual es imposible comprender los procesos políticos, económicos, sociales e incluso culturales de los países del área.

Es en los últimos cinco siglos a que hacemos referencia, que surge y se desarrolla el sistema económico capitalista, hasta llegar a su etapa imperialista, como la denominó Lenin[2] desde finales del siglo XIX, el cual irrumpe, a partir de 1898 en el Caribe como lo habían venido haciendo los diferentes imperios europeos desde finales del siglo XV y principios del XVI; pero también porque en dicho periodo histórico se inicia en la región el proceso de independencia en América Latina con el triunfo de la Revolución haitiana, el 1o. de enero de 1804, mismo que un siglo después sigue sin culminar, pues al menos 11 países justamente del Caribe continúan bajo dominio colonial de diferentes imperios que se apoderaron de estos territorios; además, fue precisamen-

[2] Lenin hace este planteamiento en su texto clásico, redactado en 1916 y publicado en 1917, *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (Obras escogidas en tres tomos, Moscú, Editorial Progreso, 1970, pp. 689-798); cincuenta y un años después, Juan Bosch demostraría que desde mediados del siglo XX esa etapa del capitalismo había sido sustituida por el pentagonismo. Cf. Juan Bosch, *El Pentagonismo, sustituto del imperialismo*, Madrid, Guadiana de publicaciones, 1968; dicha obra conoce diversas ediciones en diferentes países, además de haber sido traducida a varios idiomas.

te en esos cinco siglos, –a principios del siglo XX– que triunfa un nuevo sistema económico, político y social, el socialismo –antagónico al capitalismo–, en Rusia, que se convierte en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la URSS, y que por azares de la historia también desplazaría sus fronteras hacia el Caribe, a raíz del triunfo de la Revolución cubana, o más precisamente desde el momento en que ésta se declara socialista, en 1961. Se trata, en realidad, del último imperio que se lanza hacia el Caribe, aunque fue uno de los de más corta duración en la zona, apenas de tres décadas, independientemente de que sus objetivos políticos, económicos y militares fueran diferentes al de los anteriores. De todas maneras, dicho acontecimiento histórico redimensiona la importancia geopolítica del Caribe para constituirla, nuevamente, en una de las áreas más conflictivas y de mayor peligro bélico en el hemisferio, al grado de que pudo haberse convertido en escenario de una guerra nuclear a raíz de la denominada crisis de los misiles en Cuba de finales de 1962. Por estas razones, desde que surge la Guerra Fría, en 1947 –la que se prolongaría hasta 1991– pocas regiones del mundo han sido víctimas de los más brutales designios de poder imperial alguno, como el de Estados Unidos, que se lanzó a dominar dichos países desde 1898.

Decíamos que la publicación de la obra *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, ha constituido un parteaguas en la historiografía del Caribe por varias razones, además de las ya señaladas. Porque reivindica, a partir de sólidas argumentaciones, basadas en diversos documentos y acontecimientos producidos, muchos de ellos refrendados en tratados y acuerdos internacionales, el verdadero papel que dicha región ha jugado históricamente en la edad moderna; contrario al que le solían atribuir la mayoría de los historiadores, incluyendo a los propios latinoamericanistas, que ignoraban al Caribe en sus estudios, o en el mejor de los casos lo relegaban a una simple nota de pie de página, pues lo consideraban conformado por una serie de pequeñas islas y territorios continentales sin mayor importancia, una parte de los cuales lo han denominado despectivamente como "repúblicas bananeras"; o en su defecto, los propios investigadores lo situaban en un segundo plano en sus estudios, porque entendían que una serie de estos países continuaron –y todavía hoy día una parte de ellos

lo sigue siendo– sometidos a la dominación colonial, bajo diferentes estatus políticos de varios imperios europeos –Inglaterra, Francia y Holanda– y de Estados Unidos; mientras que los países independientes, en su gran mayoría han sido sometidos a prolongadas dictaduras; sin preocuparse por conocer las verdaderas causas de ese desafortunado destino histórico, lo cual ha generado una visión sesgada de América Latina. Por ello, la historiografía de nuestra América, –como se podrá comprobar en la inmensa bibliografía existente–, se ha centrado en los países de América del Sur, es decir, en los países continentales del Cono Sur, y en los países andinos. Incluso ha constituido una verdadera batalla poder lograr que se agregara "y el Caribe", –cuando se hacía referencia a América Latina– tanto en los programas de estudios latinoamericanos, –que generalmente se centraban, y todavía lo siguen haciendo, en la América del Sur– como en los diversos planteamientos y enfoques políticos, económicos, culturales e incluso militares que se realizan sobre el área, así como en las mismas instituciones internacionales que se ocupan de nuestro continente. Tal ha sido el caso, sólo a modo de ilustración, de la Comisión Económica para América Latina "y el Caribe", CEPAL, que data de 1948.

Por otro lado, la producción historiográfica sobre el Caribe generalmente –con independencia de la calidad de la misma– se realizaba desde las diferentes potencias europeas con visiones, planteamientos e interpretaciones eurocentristas, pues en su generalidad respondían a los intereses de los distintos imperios que se habían disputado y repartido el dominio del Caribe.

Al respecto, incluso podemos establecer tres importantes etapas bien diferenciadas que de alguna manera corresponden a los periodos de disputas entre los imperios, o más precisamente al momento en que los mismos comenzaron a incursionar en el Caribe. Hay una primera etapa que se extiende desde el siglo XVI hasta la primera parte del siglo XVIII, con una producción, casi en su totalidad, hecha por los mismos colonizadores. Tales son los casos de la *Historia general y natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo; la *Descripción de las Indias Occidentales,* de Antonio Herrera; y la *Historia General de las Indias*, del Padre Las Casas. A estas obras agregaríamos los textos que comenzaron a producirse cuando además de España, otros imperios

comenzaron a disputarse las posesiones de la región –es decir, cuando otros imperios europeos trasladaron sus fronteras al Caribe– iniciándose también así la disputa por la producción del conocimiento sobre el área caribeña, hecho que ocurriría desde mediados del siglo XVII. Las obras pioneras en esta disputa son *Americaensche Zee-Rovers* (traducida y conocida en español como *Los piratas de América*), del holandés Alexander Olivier Exquemelín, de 1678, texto que recoge las aventuras de bucaneros y filibusteros en el mar de las Antillas durante dicho siglo, de las cuales el mismo autor fue protagonista; en segundo lugar, se encuentran las obras de los franceses Jean-Baptiste Du Tertre, *Histoire générale des Antilles Habitées par les Français*, de 1667; y la de Jean-Baptiste Labat, *Noveau Voyage aux isles Françoises de l' Amérique*, publicada en París en 1722, en seis tomos; y la del inglés, Dalby Thomas, *An Historical Account of the Rise and Growth of West Indies Colonies*, de 1690.[3]

La segunda etapa historiográfica del Caribe se desarrolla alrededor de la mitad del siglo XVIII, y principios del siglo XIX, periodo del inicio de la decadencia del imperio español a la vez que de auge de la economía de plantación azucarera en el área, bajo el impulso de los emergentes imperios de Holanda, Francia e Inglaterra, que fueron quienes desarrollaron dicha economía e incorporaron a la región una cantidad masiva de africanos sometidos a la esclavitud. Razón por la cual se había comenzado a construir un nuevo discurso historiográfico que ponía como eje de interés otras problemáticas: la producción azucarera y las luchas libradas por los esclavos africanos contra sus amos europeos, que se expresaban en resistencias que tenían diferentes manifestaciones, como las sublevaciones y rebeliones o el cimarronaje. En esta segunda etapa historiográfica podemos destacar las siguientes obras: *Idea del valor de la Isla Española y utilidades que de ella pueda sacar su monarquía*, de Antonio Sánchez Valverde, publicada en Madrid, en 1785; *Description topographique et politique de la partie espagnole de lisle Saint Domingue*, de Moreau de Saint-Méry, publicada en Filadelfia, en 1796; *Saint-Domingue. Étude et solution nouvelle de la*

[3] Cf. Elsa Goveia, *Estudios de la historiografía de las Antillas Inglesas hasta finales del siglo XIX*, La Habana, Cuba, Casa de las Américas, 1984; Manuel Cárdenas Ruiz, *Crónicas francesas de los indios del caribe*, San Juan de Puerto Rico, Editorial Universidad de Puerto rico, 1981.

question haitienne, de Lepelletier de Saint-Rémy, publicada en París en dos tomos, en 1848; y por último *The history of the marrons*, de R.C. Dallas, publicada en Londres, en 1803. Esto no quiere decir, por supuesto, que los estudios e investigaciones sobre estas temáticas concluyeran en el periodo señalado, pues las investigaciones han continuado, con importantes aportaciones al respecto.

La tercera etapa de la historiografía del Caribe se inicia a mediados del siglo XIX, y llega hasta la actualidad, principios del siglo XXI. En ella, el eje central, al menos en un primer momento, era la lucha anticolonialista y nacionalista, pues aunque el Caribe seguía siendo frontera de diferentes imperios, era en ese momento cuando se estaba luchando por la construcción de las identidades nacionales y culturales por los procesos de independencia, con lo que comenzaba a surgir el Estado-nación, tanto en la parte antillana, como en la continental, bien en el istmo centroamericano, bien en toda la región que ocupan hoy día Venezuela, Colombia y México. De ahí que estuvieran surgiendo los grandes próceres anticolonialistas e independentistas como Simón Bolívar, El Libertador; Miguel Hidalgo, José María Morelos y Pavón, José Martí, Benito Juárez, Eugenio María de Hostos, Emeterio Betances, Máximo Gómez, a quien *The London News* llamó "el Napoleón de las guerrillas"; Gregorio Luperón, "el Benito Juárez dominicano", en tanto que lucharon, en la misma época por causas similares; Marcus Garvey, el líder anticolonialista de Jamaica, y Anton de Kom, el incansable defensor de los oprimidos de Surinam. Ninguno de éstos era historiador de oficio, como es bien conocido, pero sin embargo la mayoría dejó una amplia obra escrita, en algunos casos como memorias, en otros como discursos, proclamas, cartas y documentos diversos; en otros, como estudios sociológicos y políticos, que cuando posteriormente fueron compilados, dieron lugar a la publicación de varios tomos; como ejemplo de lo mencionado, destacamos la obra de José Martí, Eugenio María de Hostos y Gregorio Luperón, para citar sólo a tres de ellos. No nos cabe duda de que en este primer momento de la tercera etapa, historiográficamente el Caribe comenzaba a dar los primeros pasos para distanciarse de la historiografía eurocentrista e iniciar un acercamiento a lo que sería la construcción de una historiografía del área producida en la región en función de los intereses propios del Caribe.

Pero esta tercera etapa es sumamente compleja en términos políticos –lo cual se expresa también en la historiografía– pues en el Caribe es donde se inicia y culmina el primer proceso de independencia de toda la región. Nos referimos a la de Haití, que se inicia en 1791 y concluye el 1o. de enero de 1804. Pero a nivel regional, ese proceso de independencia, todavía a principios del siglo XXI sigue inconcluso, pues cerca de una decena de países siguen sometidos al colonialismo, bajo diferentes estatus políticos, como hemos señalado con anterioridad; pero este tema lo retomaremos más adelante. En realidad, el proceso independentista en su segunda etapa, sumamente tardía, fue congelado en 1983 a raíz de la ocupación militar de Estados Unidos en Grenada; ocupación que sólo es explicable porque dicha isla, que apenas tiene 300 km^2 de extensión, se situaba en la frontera imperial del Caribe, tema sobre el cual volveremos.

En el primer momento de esta tercera etapa, hay tres hechos que ameritan ser destacados. Uno de ellos, de carácter político, –o más bien geopolítico– es la irrupción de un nuevo imperio, Estados Unidos, que desplaza sus fronteras hacia el Caribe, hecho que se puede plantear con una precisión cronométrica, tanto del mes, como del año. Se trata de la guerra hispano-cubana-norteamericana de 1898, en que España –el imperio decadente de ese momento, de los cuatro presentes en esa frontera imperial– pierde sus últimas posesiones en la región, y se retira del Caribe a través del Tratado de París firmado en noviembre de 1898. Por medio de éste, Cuba y Puerto Rico –que eran las dos últimas colonias españolas en el Caribe– pasan a ser posesión colonial de Estados Unidos; Puerto Rico lo seguirá siendo hasta el día de hoy, bajo un estatus político muy especial, el de Estado Libre Asociado (ELA); en tanto que Cuba no sólo logró su independencia en 1902 (aunque independencia mediatizada, como la llaman los historiadores cubanos, pues en realidad Cuba pasaba a ser una especie de protectorado de Estados Unidos), que habría correspondido a la independencia del dominio español, sino que un poco más de medio siglo después –56 años para ser más precisos– logra independizarse también de Estados Unidos, pues eso, y no otra cosa fue lo que significó la Revolución cubana de 1959. No porque ese fuera el proyecto original cuando se inició la lucha contra la dictadura de Fulgencio Batista con el asalto al

Cuartel Moncada el 26 de julio de 1953, sino porque la radicalización del proyecto de cambios realizados la llevó a enfrentarse muy tempranamente con los intereses estadounidenses –es decir, del imperialismo, que tenía un dominio total de su economía– en el país, y las circunstancias políticas, económicas, sociales e históricas así lo demandaron, para poder preservar su soberanía nacional y hacer realidad su proyecto nacional martiano.

De tal manera que, como podemos observar, en el Caribe se produce la primera guerra de independencia de la región contra uno de los viejos imperios –Francia– que habían llegado a dicha área –la de Haití, en 1804–, a la vez que la primera independencia del último imperio –Estados Unidos– que se había lanzado contra el Caribe –la de Cuba, en 1959. De ahí la proclama cubana durante varias décadas: "Cuba, primer territorio libre de América". Hecho que sólo es explicable, como lo plantea Bosch en su obra, porque dichos países forman parte de esa frontera imperial, que es el Caribe.

El segundo hecho que amerita ser destacado en esta tercera etapa de la historiografía del Caribe, es que como resultado del proceso de colonización que se había producido a partir de los diferentes modelos implementados por los imperios que se habían repartido lo que hoy día denominamos El Gran Caribe,[4] el área había quedado desmembrada –hecho rigurosamente analizado por Bosch en el capítulo IX, "El siglo de la desmembración" (pp. 255-288)–[5] en distintas subregiones, separadas entre sí por las fronteras simbólicas del lenguaje, que en realidad han guardado tras de sí significativas diferencias en el desarrollo de las identidades culturales y nacionales, y a la vez consolidando las identidades subregionales. De manera tal, que cuando personajes como Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos hablan de las Antillas –de su proyecto de Confederación Antillana– en realidad están refiriéndose a las Antillas de colonización española –Cuba, República Dominicana y Puerto Rico–; lo mismo podríamos decir –aunque décadas después– de Franc Fanon, cuando decía "nosotros los antillanos",

[4] Cf. Norman Girvan, "Reinterpretar el Caribe", en *Revista Mexicana del Caribe*, año IV, núm. 7, Chetumal, Quintana Roo, 1999, pp. 7-34.

[5] Cf. pp. 255-288 de esta edición. Las citas en las que sólo figura el número de página corresponden a la presente edición.

a lo que se refería era a las Antillas francesas; e igual sucedería con el antillano de cualquiera de las cuatro subregiones –española, francesa, inglesa y holandesa– del Caribe. Un caso excepcional lo encontramos en Guadalupe Victoria, el Presidente de México –de 1824 a 1829–, que en una obra pionera, de 1810 –aunque la conocida es la de 1825–, *Derrotero de las Islas Antillanas. De las costas de tierra firme, y de las del seno mexicano*, cuando se refiere a las Antillas, incorpora a las islas y territorios continentales pertenecientes a distintas subregiones; quizás por el trasfondo geopolítico, y el objetivo que el autor se proponía con dicha obra, en la que estudia los vientos y corrientes marinas, necesarios de conocer "para hacer la navegación de travesía desde los puertos de Europa a las costas de América".

Esta desmembración política –y también cultural, por supuesto– de la región tendría, posteriormente, su expresión en la historiografía, que no podía ser otra que la balcanización de la misma. La complejidad de dicho proceso ha sido tal, que ni siquiera una subregión con la misma lengua, como lo es la española, pudo mantener su unidad. A partir de cierto momento, el Istmo centroamericano pasó a construir una identidad subregional diferenciada de las Antillas hispanas –que pasó a ser otra subregión–, y en consecuencia, a producir una historiografía centroamericana propia.

El tercer hecho a ser destacado de esta etapa, es que mientras la historiografía de las subregiones de colonizaciones inglesa y francesa –a excepción de Haití– han dado prioridad a la descolonización como objeto de estudio, en cambio, la historiografía de las Antillas españolas, pero de manera muy particular la cubana, ha puesto mayor énfasis en aspectos de orden geopolíticos, con un marcado acento antiimperialista, mucho antes del triunfo de la Revolución de 1959. El caso de la historiografía puertorriqueña es todavía más complejo, pues se mueve entre la descolonización, la identidad nacional y el antiimperialismo, lo cual es explicable por el mismo proceso histórico que ha tenido la isla de Puerto Rico.

En términos subregionales, este antiimperialismo es el resultado, desde nuestro punto de vista, de que Cuba haya logrado su independencia en una coyuntura histórica muy especial, a diferencia del resto de Hispanoamérica; pues lo hace justo en el momento del ocaso del impe-

rio español y de la emergencia del imperio estadounidense; pero además se produce en el medio de una sórdida lucha de este último con el imperio británico, que por el poderío que seguía teniendo en esa época –a diferencia del español– se resistía a ceder los intereses económicos y comerciales que tenía en la Patria de Martí. Cuba, más que ningún otro país de la región, por la coyuntura histórica en que le tocó lograr su independencia, vivió en carne propia lo que significaba para un país encontrarse situado en el centro de la frontera imperial. De ahí el gran acierto de José Martí en la carta póstuma dirigida a su amigo mexicano Manuel Mercado del 18 de mayo de 1895, un día antes de morir, al plantear lo siguiente: "Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber, –puesto que lo entiendo y tengo ánimo con que realizarlo– de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso".

Posición visionaria que no llegó a tener Eugenio María de Hostos ni siquiera tres años después, en 1898, cuando se produjo la ocupación de Puerto Rico por Estados Unidos. Esa lucidez de Martí en el orden geopolítico influiría –qué duda cabe– en la historiografía cubana, como podrá comprobarse en buena parte de los estudios de los más destacados historiadores de principios o mediados de siglo XX: Ramiro Guerra Sánchez, *El camino de la independencia*, 1930; *La expansión territorial de Estados Unidos*, 1935; Emilio Roig de Leuchsenring, *Historia de la Enmienda Platt*, 1935; Emeterio S. Santovenia, *Armonías y conflictos en torno a Cuba*, 1956; José Luciano Franco, *La batalla por el dominio del Caribe y el Golfo de México*, 1964, en tres tomos. Influencia martiana que no se limitaría a los historiadores, sino también a los políticos, intelectuales y al pueblo cubano en general. No por otra razón el joven rebelde, Fidel Castro, –con apenas 27 años de edad– en el discurso de autodefensa ante el juicio por el asalto al Cuartel Moncada, en octubre de 1953, señalaría que el autor intelectual del mismo era José Martí.

Quizás la única posición comparable con tal agudeza visionaria de Martí, fue la de Carlos Luis Napoleón Bonaparte, conocido como Napoleón III –aunque, lógicamente, con intereses distintos, pues la suya era parte de la lucha inter-imperial–, cuando en la segunda parte del

siglo XIX diseñó todo un proyecto para impedir que Estados Unidos se lanzara sobre América Latina.[6] Proyecto muy complejo, que al final fracasó, pero que llegó a aplicar varias medidas, como la ocupación de México por Maximiliano en 1864. El mismo antimperialismo –que no es equivalente necesariamente de anticapitalismo, es bueno y necesario aclararlo– existente en la historiografía dominicana[7] –aunque mucho más tenue que el cubano por diversas razones muy comprensibles, siendo una de ellas que la historiografía en dicho país, como todas las ciencias sociales y humanas, fue brutalmente obstruida durante la dictadura de Trujillo durante 31 años– es producto también del hecho de que el país se encuentre situado en la frontera imperial, y muy particularmente de haber sido víctima de dos ocupaciones militares de Estados Unidos; la primera, que fue prolongada, de 1916 a 1924, y la segunda de 1965 a 1966; a lo que debemos de agregar las pretensiones anexionistas a dicha potencia del norte, a finales del siglo XIX, hecho que está muy bien documentado en la obra de Emilio Rodríguez Demorizi, *Proyecto de incorporación de Santo Domingo a Norte América. Apuntes y documentos*, de 1964; *Informe de la Comisión de Investigación de los E.U.A. en Santo Domingo en 1871*, del mismo autor. Además de las ocupaciones, intervenciones y agresiones señaladas del último imperio, República Dominicana también fue ocupada, aún antes de lograr su independencia, por otros imperios, como el de Francia, mediante el tratado de Basilea en 1795.[8]

[6] En carta de Napoleón a E.F. Forey, del 3 de julio de 1862, sostiene que si "México conquista su independencia y mantiene la integridad de su territorio; si un gobierno estable llega a constituirse con las armas de Francia, habremos puesto un dique a la expansión de Estados Unidos, habremos obtenido la independencia de nuestras colonias de las Antillas y las de la ingrata España, habremos establecido nuestra bienhechora influencia en el centro de la América y esta influencia irradiará tanto en el norte como en el sur, creará inmensas salidas a nuestro comercio y proporcionará las materias primas a nuestra industria", citado por Laura Muñoz en "Del Ministerio de Negocios Extranjeros y Marina. La relación de México con el Caribe durando el segundo imperio", p. 25, en *El Caribe: Región, Frontera y Relaciones Internacionales*, tomo I, Johanna Von Grafenstein Gareis y Laura Muñoz Matá (Coords.), México, Instituto Mora, 2000.

[7] Cf. Pablo A. Maríñez (1985), *Injerencias, agresiones e intervenciones norteamericanas en la República Dominicana. Bibliografía básica para su estudio*, Santo Domingo, Editora Universitaria. Aunque el opúsculo habría que actualizarlo, pues casi cumple un cuarto de siglo, y además no sólo incluye obras de autores dominicanos, de estos últimos aparecen registradas veinticuatro títulos, algunos de ellos como testimonios o estudios sociopolíticos.

[8] Cf. Emilio Rodríguez Demorizi, *La Era de Francia en Santo Domingo, contribución a su estudio*, Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1955.

Después del triunfo de la Revolución cubana, en 1959, la cual tiene un gran impacto no sólo político y geopolítico, sino en todos los órdenes en la región, se inicia un segundo y novedoso momento en la tercera etapa historiográfica del Caribe. En ésta, por primera vez comienza a desarrollarse una visión regional como expresión de una identidad regional –proceso verdaderamente complejo, que todavía no culmina por consolidarse–, en función de los intereses del área, con una perspectiva anticolonialista y antiimperialista, producida por autores caribeños. Se daban así los primeros pasos para superar dos características de las etapas y momentos anteriores. La visión fragmentaria que había predominado en los estudios históricos del Caribe, a nivel de las subregiones, o de casos nacionales carentes de una perspectiva regional o internacional; y en segundo lugar, el que dichos estudios fueran realizados por historiadores de los países imperiales, que se habían disputado o apoderado de los países del Caribe, como ocurrió en la primera etapa de la historiografía, algo que ya hemos desarrollado; planteamiento que hacemos sin ninguna cerrazón, pues sabemos y reconocemos que hay valiosas obras de historiadores de los países imperiales. El caso de Philip S. Foner, oriundo de Estados Unidos, es bastante ilustrativo al respecto: *Historia de Cuba y sus relaciones con Estados Unidos*, en dos tomos, de 1973, y *La guerra hispano-cubana-norteamericana y el surgimiento del imperialismo yanqui*, también en dos tomos, de 1978, ambos publicados por la Editorial de Ciencias Sociales de La Habana, son elocuentes. Lo mismo podríamos decir de Charles David Kepner y Jay Henry Soothill, y el libro *El imperio del banano. Las compañías bananeras contra la soberanía de las naciones del Caribe*, de la década de 1930; y *Los americanos en Santo Domingo. Estudios del imperialismo americano*, de Melvin M. Knight, de la década de 1930.

Por supuesto, ya en la segunda etapa historiográfica, a la que hicimos referencia, se habían dado algunos valiosos antecedentes, tanto en estudios regionales, –algunos de ellos pioneros– como el del Presidente de México, Guadalupe Victoria, del que ya hemos hecho mención; o el libro ampliamente conocido, *Biografía del Caribe*, del colombiano Germán Arciniegas, publicado en la década de 1940; o trabajos que abordaban temáticas muy concretas pero cruciales, aunque referidos

sólo a una parte del Caribe, –las Antillas Mayores– como el del dominicano J. Marino Incháustegui, *La gran expedición inglesa contra las Antillas Mayores*, en dos tomos, 1953.

En este segundo momento de la tercera etapa de la historiografía caribeña la obra pionera es la de Juan Bosch, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial* (1970), que constituye, como hemos señalado con anterioridad, un parteaguas en los estudios del Caribe en la región. Existe, sin embargo, por esas coincidencias de la vida, muchas veces inexplicables, y que no nos queda más que atribuirlas a los azares de la historia, otra obra, con un título muy parecido, publicada casi simultáneamente a la de Bosch en 1970. Nos referimos a *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean 1492-1969*, de Eric Williams (1911-1981), el prestigioso historiador y político anticolonialista, quien fue Primer Ministro de Trinidad y Tobago (1962-1981). Aunque el título es casi similar, el objeto de estudio y la tesis sostenida por Eric Williams son diferentes, como veremos más adelante.[9]

Primero vamos a realizar algunas aclaraciones y consideraciones sobre el título de la obra del "Presidente en la frontera imperial", como lo denomina el destacado documentalista dominicano René Fortunato, en su último trabajo que acaba de realizar sobre Juan Bosch.[10] Aunque pueda parecer intrascendente, debemos de aclarar que el título que su autor le dio al libro –lo cual nos consta, por haber estado muy cerca de él, primero cuando lo escribía en Benidorm, y después cuando concluyó los arreglos finales en París para que entrara en imprenta, a mediados de 1969– fue el de "El Caribe, frontera imperial". Y lo hizo así porque con dicho título se expresaba de una manera sencilla la tesis sostenida y desarrollada en la obra, como podrá comprobar el lector. Pero la editorial Alfaguara de España, que fue la que primero lo publicó en 1970, le sugirió modificar el título, por el que todos la conocemos

[9] Para una consulta de un desarrollo más amplio de esta periodización historiográfica, puede consultarse mi trabajo: "Historia y economía de plantación en el Caribe. Su expresión literaria", ponencia presentada en el IV Congreso Interdisciplinario del Caribe, Freie Universität, Berlín, Lateinamerika-Institut, 9-11 de diciembre de 1993, y publicada en la revista *América Negra*, núm. 9, 1995, Bogotá, pp. 11-30.

[10] Nos referimos a *Bosch. Presidente en la frontera imperial*, largometraje documental, escrito y dirigido por René Fortunato, que narra la historia del Gobierno Constitucional de Juan Bosch en 1963. Documental en 35 milímetros, hecho en el marco del centenario del natalicio del pensador y político dominicano.

hoy día, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*. De manera que el título que originalmente le dio Juan Bosch, quedó como subtítulo de la obra. Y lo cierto es que fue un gran acierto de los editores, por varias razones.

En primer lugar, –con esa indiscutible visión de la mercadotecnia que tienen las editoriales para atrapar al público lector– en este caso anteponiéndole los nombres propios de esos dos personajes históricos, Cristóbal Colón y Fidel Castro, se lograba, sin lugar a duda que la obra llamara mucho más la atención; además, queda perfectamente delimitado, en términos del espacio-tiempo, lo que en metodología se denomina el universo de investigación.

En segundo lugar, porque cuando se lee la obra, es a esa conclusión a la que llega cualquier lector, que el estudio abarca desde Cristóbal Colón hasta Fidel Castro; pero además de ello, es el mismo autor que lo señala en la segunda página del primer capítulo, "Una frontera de cinco siglos", cuando plantea lo siguiente a manera de síntesis de toda una explicación que viene desarrollando de cómo hay que estudiar la historia del Caribe: "Si no se estudia la historia del Caribe a partir de este criterio no será fácil comprender por qué ese mar americano ha tenido y tiene tanta importancia en el juego de la política mundial; por qué en esa región no ha habido paz durante siglos y por qué no va a haberla mientras no desaparezcan las condiciones que han provocado el desasosiego. En suma, si no vemos su historia como resultado de lo que ha sucedido en el Caribe desde los días de Colón hasta los de Fidel Castro, ni será posible prever lo que va a suceder allí en los años por venir" (p. 8). De tal manera que la Editorial Alfaguara lo único que hizo fue retomar lo planteado por el mismo autor en uno de los capítulos del libro.

El tercer acierto de la editorial, con toda seguridad que sin proponérselo, es que al anteponer los nombres de esos dos personajes históricos que le dan título a la obra, estaba señalando a quienes en realidad podemos considerar, de manera simbólica, como especie de puntas, o cabezas visibles de dos enormes icebergs opuestos.

De un lado, Cristóbal Colón, representando a centenares de personeros, civiles y militares, de los distintos imperios que a lo largo de cinco siglos llegarían a someter a los pueblos del Caribe, cometiendo

tropelías de todo tipo. No tiene caso hacer un listado exhaustivo de los mismos –al menos en este momento–, pues nos llevaría varias páginas, pero no podemos dejar de mencionar por lo menos a algunos de los más connotados, aunque apenas constituyan una insignificante muestra –algunos por su arrojo y valentía, otros por su carácter sanguinario, en tanto que representantes de los imperios–, como son los conquistadores Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Vasco Núñez de Balboa, y Pedrarias Dávila, conocidos por todos; el temerario Lope de Aguirre (1510-1561), quien sigue siendo símbolo del terror en Venezuela. "Todavía hoy en Venezuela se asusta a los niños diciéndoles que "ahí viene el tirano Aguirre" (p. 184); los piratas, corsarios, filibusteros y bucaneros e invasores, Exquemelín, autor del célebre *Los piratas de América*, Francis Drake, John Hawking, William Penn y Robert Venables, mejor conocidos como Penn y Venables, estos últimos enviados por Oliverio Cromwell (1599-1658); Henry Morgan, el pirata que destruyó Panamá en 1671; Víctor Emmanuel Leclerc, el invasor de Haití, cuñado de Napoleón, y marido de Paulina Bonaparte (1780-1825); Maximiliano de Habsburgo, enviado por Napoleón III a apoderarse de México; Williams Walker (1824-1860), el funesto filibustero norteamericano que llegó a proclamarse presidente de Nicaragua; William Howard Taft (1857-1930), quien se proclamó gobernador de Cuba en 1907, y posteriormente fue elegido Presidente de Estados Unidos, cargo del que tomó posesión en 1909, y envió miles de marines a Nicaragua; el almirante Caperton, jefe de las fuerzas de ocupación estadounidense en Haití, en 1915; el Capitán H.S. Knapp, quien dio la proclama oficial de la ocupación militar estadounidense de 1916, para señalar sólo algunos de los más connotados aventureros intervencionistas –incluyendo por supuesto a ciertos jefes de Estado– que se lanzaron o autorizaron el envío de tropas de ocupación a diferentes países del Caribe.

Del otro lado está Fidel Castro, representante de la resistencia al poder imperial, que desde el mismo siglo XV y principios del XVI se enfrentaron a las tropas españolas, así como a los enviados de los demás imperios que llegaron a arrebatarles sus tierras, abusar de sus mujeres y familiares, o a someterlos al dominio colonial o neocolonial. Tampoco vamos a hacer un listado minucioso de los mismos, por las

mismas razones antes señaladas, pero cabe mencionar al menos a algunos de ellos, como los indígenas de Quisqueya, Caonabo, y Enriquillo; este último quedaría inmortalizado por la novela del mismo nombre, de Manuel de Jesús Galván (1989), una obra clásica en su género, cuya primera edición data de 1879, y mereció un prólogo de José Martí, además de haber sido traducida al menos al inglés y al francés; el también indígena, el célebre José Gabriel Túpac Amaru, bajo cuyo liderazgo se realizó la memorable rebelión que lleva su nombre, iniciada en 1780 en el Virreinato de Perú, y que muchos historiadores consideran como la precursora del movimiento emancipador de América Latina.

Pero no nos alejemos del Caribe. En dicha región se destacan, como adalides de la resistencia contra el poder imperial, Simón Bolívar, El Libertador; José Martí, el Apóstol cubano; Eugenio María de Hostos, el prócer puertorriqueño; Máximo Gómez, el invencible general –de origen dominicano– en la guerra de independencia cubana; Marcus Garvey, el prócer anticolonialista de Jamaica; Franc Fanon, el antillano teórico del anticolonialismo, luchador y héroe de la liberación nacional de Argelia; Anton de Kom, el incansable luchador antiesclavista y anticolonialista del Caribe de dominación holandesa; Toussaint Louverture, "el primero de los negros y una de las más grandes figuras de la historia americana", como lo calificara Juan Bosch (p. 512); Gregorio Luperón, héroe de la guerra de Restauración contra España en 1863-1865, y precursor del antiimperialismo en República Dominicana;[11] Augusto César Sandino (1895-1934), el general de Hombres Libres, quien enfrentó las tropas de ocupación de Estados Unidos en Nicaragua, a finales de la década de 1920; Charlemagne Péralte (1886-1919), líder de la resistencia popular armada, "caco", en Haití, contra la ocupación norteamericana de 1915-1934; Gregorio Urbano Gilbert (1898-1970), quien con apenas 17 años combatió las tropas estadounidenses en República Dominicana, en 1916, años después formó parte del Estado Mayor de Augusto César Sandino en Nicaragua y décadas más tarde volvió a enfrentarse a las tropas de ocupación en República Dominica-

[11] Cf. Pablo A. Maríñez, "Gregorio Luperón. Precursor del antiimperialismo en la República Dominicana", en *El Caribe Contemporáneo*, núm. 9, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1985, pp. 99-112.

na en 1965; y el coronel Francisco Caamaño Deñó (1932-1973), líder de la resistencia armada y popular contra la ocupación militar de Estados Unidos de 1965 en la Patria de Juan Pablo Duarte y de Bosch. Después del triunfo de la Revolución haitiana (1791-1804), ha sido la Revolución cubana de 1959, la que ha realizado el mayor desafío –y con mayores éxitos, por supuesto– a los poderes hegemónicos en la frontera imperial del Caribe.

Como figura simbólica del poder imperial, Cristóbal Colón (1451-1506), que falleció a los 55 años de edad –y que no era español, sino genovés– nunca salió del Caribe en los diferentes viajes que realizó al llamado Nuevo Mundo, aunque detrás de él llegaron centenares de personeros representantes –no sólo de España–, sino de los diferentes imperios que se disputaron el Caribe, así como al resto del continente. Fidel Castro (1926), en cambio, que es caribeño –aunque de origen español– no sólo ha tenido una vida longeva, y ha recorrido toda América, y prácticamente todo el mundo, es decir, los cinco continentes del planeta, sino que como símbolo de la resistencia antiimperial, ha tenido un enorme impacto en el Caribe, en toda América Latina, y a nivel internacional, llegando incluso a impulsar –con ayuda militar abierta y declarada– la liberación nacional de territorios tan lejanos como Angola, en África del Sur.[12] El impacto del triunfo de Fidel Castro en 1959, ha sido tal, que modificó la correlación de fuerzas políticas en la región, dando lugar a que se iniciara una segunda etapa del proceso descolonizador en el Caribe, como veremos más adelante; además, el triunfo de Fidel Castro llevó a los estrategas estadounidenses a tener que rediseñar su doctrina de seguridad hemisférica –particularmente en la propia frontera imperial–, hecho sin precedente por ninguna en la historia contemporánea del Caribe.

Por último, retomando lo que hemos venido señalando sobre el título de la obra, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, el único desacierto de la editorial fue que al colocar los nombres de estas dos figuras históricas encabezando su título, se ha dado lugar a que algunos lectores se acerquen a la misma esperando encontrar un mayor abordaje sobre la trayectoria y vida de cada uno de ellos –Colón y Castro–, quizás a nivel biográfico. Cosa que no encontrará el

[12] Cf. Gabriel García Marquez, *Operación Carlota*, Lima, Mosca Azul Editores, 1977.

lector, pues ese no era, en absoluto, el objetivo de Juan Bosch. De haberlo sido, –y por lo tanto de haber sido de él la propuesta de dichos nombres para que aparecieran encabezando el título– con toda seguridad que hubiera penetrado en la vida y la psicología de Colón, lo mismo que en la de Castro, como lo hizo magistralmente con Simón Bolívar, con Trujillo, y con otros personajes políticos que fueron estudiados por él. Quizás hay un segundo desacierto de la editorial al que habría que hacer referencia, y es la confusión que genera en algunos lectores –tal vez, más que nada, por un imperdonable descuido de éstos– y es que en no pocos casos la obra aparece citada sólo por el subtítulo, o por la primera parte del título, dando lugar a que muchos crean que se trata de dos libros diferentes. El primero, "De Cristóbal Colón a Fidel Castro", el segundo, "El Caribe, frontera imperial". Hecho que podrá comprobarse, incluso en las referencias de la producción bibliográfica de Juan Bosch, que aparecen en internet.

Coincidencias de títulos

Volviendo nuevamente la similitud de los títulos de las obras de Juan Bosch y de Eric Williams, la que no puede tener otra explicación, desde nuestro punto de vista, por lo que conocemos, que el azar de la historia, o como diría Bosch, haciendo referencia a otros hechos coincidentes: "La historia tiene a veces caprichos propios de un dios joven y juguetón" (p. 505). Pues se da el caso que mientras Juan Bosch se encontraba en España, –hacia donde se había trasladado expresamente a escribir ese, entre otros libros– al parecer Eric Williams hacía lo mismo en Trinidad y Tobago. Al menos es allí, en Port-of-Spain, donde firma la introducción a su libro el 10 de octubre de 1969, si bien es cierto que, como él mismo lo señala, desde hacía 18 años que lo había iniciado, pero que por diversas circunstancias no lo había podido concluir; en tanto que Bosch lo hace en París –pues había salido de Benidorm meses antes–, en el mes de junio. Lo que no podemos saber es si, como en el caso de Alfaguara, la editorial que hizo la primera edición de la obra de Williams, también le sugirió hacer algún cambio en el título, o fue el mismo historiador y político trinitobaguense, quien le puso el título, tal y como se conoce hoy día el libro.

De todas maneras, hay coincidencias y diferencias, que es necesario abordar. Además de una cierta similitud en el título, hay una concepción sobre el Caribe como área, muy próxima entre ambos autores. La de Bosch, sigue siendo la misma que manejó en la década de 1950, un concepto amplio, geopolítico, que incluye a todos los países bañados por el Mar Caribe; en cambio, la de Williams ha sido la que al parecer se modificó, pues en sus estudios anteriores había sido muy restringida, de carácter etnocultural (una historia común, economía de plantación y población esclava africana o de origen africano, como fuerza de trabajo), lo cual le permite reducir la región a las Antillas (pero aun dentro de éstas, no todas las islas calificarían plenamente con tales rasgos), y la parte continental de las tres Guyanas y Belice. Es el mismo concepto que maneja en su ya clásica obra, *Capitalismo y esclavitud*, de la década de 1940. Concepto del Caribe –West Indies–que tienen no pocos intelectuales y políticos del Caribe anglófono, precisamente por la influencia intelectual que en dicha región ha tenido Eric Williams. Sin embargo, en la obra que estamos comparando con la de Bosch, Williams le da una mayor amplitud al Caribe como región –en relación a trabajos anteriores suyos, como *Capitalismo y esclavitud*, de 1944–, pues además de las Antillas también incluye al menos buena parte del territorio continental bañado por el Mar Caribe, aceptando la pertenencia de Venezuela a la región.

El objeto de estudio de Bosch en su obra es el Caribe como frontera de los imperios: España, Inglaterra, Francia, Holanda y Estados Unidos, fundamentalmente. De ahí la importancia que tienen los tratados en los que se negociaron los acuerdos entre los imperios, generalmente cediendo o adquiriendo territorios en la región para establecer la paz en los conflictos bélicos en que se habían involucrado en Europa, o en la misma región del Caribe; tal importancia tienen dichos tratados para Bosch, que para su estudio establece etapas en la historia del Caribe a partir de la firma y vigencia de determinados tratados, como el de Utrecht, de 1712 y la Paz de París, de 1763. En cambio, el objeto de estudio de Williams se mueve entre la economía de plantación azucarera, la esclavitud y su abolición, el anticolonialismo, a la vez que aspectos políticos desde los centros hegemónicos de poder, a los que en ningún momento califica como imperios. Sin embargo, Williams también recu-

rre, aunque con menor frecuencia, a una serie de tratados entre los países europeos, que involucraron a los del Caribe.

De todas maneras, independientemente de las coincidencias y diferencias que puedan existir entre ambos trabajos, en cuanto a su objeto de estudio se refiere, lo cierto es que, de algún modo –no obstante la visión integral que ambos autores manejan, con las diferencias ya señaladas–, dichas obras reflejan la balcanización que sigue existiendo en el Caribe a partir de las fronteras simbólicas del lenguaje como producto de los modelos de dominación colonial aplicados. Entendemos, y así ya lo hemos planteado, que a nivel de los historiadores y estudiosos en general del Caribe en esta última etapa de la historiografía del Caribe ha comenzado a ser superada la visión fragmentada que se tenía antes –y estas dos obras son un buen ejemplo de ello–; sin embargo, en el conjunto de la población del Caribe subsiste este desmembramiento o subregionalización. Y aunque parezca paradójico, las obras referidas de Juan Bosch y de Eric Williams son un buen ejemplo al respecto no en cuanto a la concepción que manejan ambos autores, sino a la difusión que sus obras han tenido. Mientras la de Bosch fue escrita y publicada en español y constituye un clásico en el mundo de habla hispana, sin embargo no conoce todavía traducción al inglés ni al francés; en cambio, la de Eric Williams fue escrita y publicada en inglés, y es lectura obligatoria en el mundo angloparlante, aunque ha sido traducida al francés[13] no lo ha sido al español. Esto ocurre hoy día, no obstante que ambas obras cumplen justamente en el 2009, 40 años de haber sido escritas, y 39 de haber sido publicadas. El hecho llama más la atención, pues ocurre después que la Asociación de Estados del Caribe, fundada en julio de 1994, se ha propuesto lograr una mayor cooperación e integración del Caribe, creando incluso un nuevo concepto de la región, El Gran Caribe,[14] que es mucho más amplio y abarcador, y muy próximo también a las conceptualizaciones que tanto Bosch como Williams, varios años antes, emplearon. Un estudio comparativo amplio y profundo entre ambas obras, así como entre ambas personalidades –políticos, escritores y muy cercanos a Cuba, particularmente a

[13] Cf. Eric Williams, *De Christophe Coloma a Fidel Castro: L histoire des Caraibes 1492-1996*, Presence Africaine, 1975.

[14] Cf. Norman Girvan, *op. cit.*

Fidel Castro, con quienes mantuvieron amistad–, es una investigación que resultaría muy provechosa, y que está pendiente de ser realizada.

Juan Bosch, el historiador

Bosch es ampliamente conocido, y reconocido como un brillante historiador, por su obra *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, misma que se ha convertido en referente obligado para los estudiosos del Caribe y de Latinoamérica; un verdadero texto clásico. Lo cierto es que, parafraseando lo planteado por Peter Burke sobre Fernand Braudel, con dicha obra, –aún hubiera sido la única escrita por Bosch–, la misma le daba "derecho a su autor para que se le considere un historiador de primer orden en el mundo".[15] Pero es el caso que el referido texto de Bosch, si bien es cierto que es su obra cumbre en la disciplina historiográfica, no es la primera escrita por el Dostoyevski dominicano, –como le llamaba el ex presidente de Costa Rica, Rodrigo Carazo–,[16] ni tampoco la última. Antes de publicar el libro que nos ocupa en este prólogo, Bosch había escrito al menos ocho libros de historia, incluyendo sus textos biográficos; y con posterioridad, escribió y publicó otros cinco libros más de historia, con temas tan disímiles, a la vez que importantes y atractivos, como la Guerra de Restauración (1982) en República Dominicana; una historia de la oligarquía (1970), o una historia de los pueblos árabes (1975).

Es más, el primer libro de ensayo publicado por Bosch, cuando apenas tenía 26 años de edad, –fuera de sus cuentos, que los publicó como libro con 24 años–, fue un libro de historia, *Indios. Apuntes históricos y leyendas*, de 1935; lo mismo podemos decir de su segundo libro de ensayo biográfico que también es un verdadero texto de historia, pues incluso llega a rebasar a la tradicional biografía como género de la historia. Nos referimos a Hostos, el sembrador, de 1939. Si además de lo señalado tenemos en cuenta que en gran parte de la producción bibliográfica de Bosch en ocasiones se hace difícil encontrar la

[15] Cf. Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Editorial Gedisa, 2006, p. 56.

[16] Cf. Rodrigo Carazo, *Carazo. Tiempo y marcha*, San José, UNED, 1989, pp. 95-96.

frontera entre la historia y otras disciplinas como la política, la sociología, la antropología, e incluso la psicología, debido a la formación interdisciplinaria de este notable pensador dominicano podremos aproximarnos mejor al historiador con el que nos encontramos; quizás por estas mismas razones Bosch utilizó la historia –alejado de la forma tradicional de la historiografía para conocer los hechos pasados– como una herramienta que le permitiera explicar el presente a la vez que prever el futuro. Por tales motivos, no cometeríamos ninguna exageración si planteamos que Juan Bosch era un historiador innato si es que tal personaje existe en las ciencias sociales y humanas.

Pero mucho más importante aún es el hecho de que nos encontramos ante un político singular y sin precedente –pues dedicó su vida entera al quehacer político, llegando incluso a fundar dos partidos políticos que aún hoy día siguen siendo los más importantes del país– al menos en la región del Caribe, y posiblemente en toda América Latina, que produjo obras de historia en búsqueda de las herramientas que le permitieran el ejercicio del poder político; es decir, conocer las causas de los hechos contemporáneos en los que se encontraba inmerso y a los que se tenía que saber no sólo explicar, sino enfrentar para poder darle solución. No otra cosa fue lo que hizo con su primer ensayo sobre la democracia, "Problemas de la democracia en Nuestra América" (1957), pues recurrió a la historia para desentrañar las causas de los males que aquejaban a dicho sistema político en América Latina; lo mismo hizo un par de años antes con los regímenes dictatoriales en *Póker de Espanto en el Caribe* (1955), o en *Trujillo. Causas de una tiranía sin ejemplo* (1959), que no obstante ser estudios pertenecientes a las ciencias políticas –como disciplina–, también recurrió a la historia para buscar las causas por las cuales surgían dichos sistemas dictatoriales. O cuando escribió *Composición social dominicana. Historia e interpretación* (1968), hace esta investigación histórica con el único propósito de encontrar la explicación, –al menos las más profundas a nivel interno de la sociedad dominicana– del porqué había fracasado su proyecto político de gobierno democrático-representativo, y para ello lo que hace es rastrear la existencia o inexistencia de una burguesía nacional en el país, clase social sin la cual –sostiene Bosch– no puede funcionar tal democracia representativa. Y a lo largo de más de

400 páginas, no encuentra que en el país se hubiera desarrollado dicha clase social, por lo menos hasta finales de la década de 1960. Sí existían burgueses, pero no se había constituido una burguesía como clase social; es decir, con conciencia política.

Nos hemos extendido un poco más en este último aspecto –quizás de carácter teórico-metodológico–, pero antes que nada en esta búsqueda de Bosch, sobre todo en esta última obra –*Composición social dominicana*–, porque la misma fue escrita casi simultáneamente –apenas meses antes– a *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*; ambos escritos en Benidorm, el primero concluido en 1968, y el segundo en 1969, aunque fue en París donde le dio los toques finales, pues se había trasladado a residir unos meses antes a la capital de Francia. No por otra razón es por lo que Bosch insiste en la búsqueda de una burguesía como clase social en el imperio español y tampoco la encuentra sino muy tardíamente, motivo por el cual planteará, de manera reiterada, como veremos más adelante, que a España le faltaba sustancia para ser un imperio (pp. 66, 177, 190, 359).

Como podemos ver, sólo cuando sabemos –como ya lo hemos planteado– que Bosch no era ningún improvisado en la historiografía, tanto en la de América como en la de Europa –aunque no hubiera escrito ningún libro o ensayo en particular sobre la historia europea–, podemos entender que escribiera una obra monumental con importantes aportaciones, de unas 800 páginas en apenas unos pocos meses, si bien es cierto que trabajaba diariamente, al menos cuando lo hacía, como él mismo lo ha señalado, de cinco de la mañana a ocho de la noche, etapa en la cual tuve el privilegio de compartir algunos días con este prestigiado pensador y humanista dominicano;[17] tiempo en el que además siguió inmerso en las intensas actividades políticas de su partido y del país; y por si fuera poco, se daba tiempo para impartir conferencias, realizar viajes por otros países de Europa y hacer otras publicaciones.

[17] Creo, además haber sido, si no el primero, uno de los primeros –en mi calidad de estudiante universitario– en escribir una reseña sobre dicha obra, cuando apenas salía a la luz pública. Cf. Pablo A. Maríñez, "Juan Bosch. De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial", *Comunidades*, revista del Instituto de Estudios Sindicales, Sociales y Cooperativos, núm. 14, mayo-agosto, Madrid, 1970, pp. 284-289.

Obra monumental que en realidad es una síntesis de la historia del Caribe y que para lograrlo, Bosch tuvo que renunciar en no pocas ocasiones, como él mismo lo señala de manera reiterada, a ampliar, profundizar, o entrar en detalles de una serie de acontecimientos que, de haberlo hecho, hubiera resultado un texto de dos o tres tomos. Y Bosch no quería eso. Deseaba un texto con una extensión que fuera accesible al gran público para el que escribía como siempre se propuso y logró hacerlo. Por eso, y gracias al dominio que tenía de la prosa, cada uno de los 26 capítulos del libro contiene aproximadamente la misma extensión, entre 28 y 32 páginas.

Por último, de la misma manera que Bosch escribió esa serie de libros de historia con el firme propósito de encontrar las causas o herramientas que le permitieran explicar y comprender hechos contemporáneos en los que se encontraba inmerso y a los que se tenía que enfrentar y buscarle o al menos plantearle solución, también escribió *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, con el mismo objetivo: encontrar las raíces históricas, al menos las más profundas, que le permitieran explicar el porqué Estados Unidos –el último de los imperios que llegó al Caribe, y también estableció allí sus fronteras quizás con mucha más razón y lógica que los imperios europeos, pues de alguna manera esa era su frontera natural– había ocupado militarmente a República Dominicana en 1965 para impedir –bajo pretextos falaces, como suelen ser los de todos los imperios– que en dicho país se estableciera un gobierno elegido libremente por el pueblo; mismo que defendería con su vida por ser un proyecto democrático de gobierno, contenido en una Constitución que no tenía nada que ver con el comunismo, y los gobernantes estadounidenses y sus estrategas tenían que saberlo muy bien; aunque era una Constitución muy progresista, eso sin ninguna duda, y a la que el pueblo dominicano tenía derecho como nación soberana e independiente, razón por la cual expresaba sus aspiraciones de modernidad y justicia social para las grandes mayorías sociales, mismas que se lanzaron a defenderla con las armas en las manos desafiando al imperio más poderoso del mundo.

Fue para encontrar esa explicación –pues las que daba el gobierno de Estados Unidos no eran creíbles ni por Bosch ni por ningún dominicano serio, honesto y nacionalista– que Bosch se traslada a España a

realizar dicha investigación, la que en realidad constituye una reinterpretación –que no una hermenéutica cualquiera– de la historia del Caribe, bajo la tesis de que dicha región ha sido una frontera de los imperios. Hecho que le ha llevado las desgracias, violencias, turbulencias y desasosiego a los habitantes de dicha región; y por supuesto, ha alterado o trastocado el curso mismo de su historia.

Bosch no sólo escribía libros de historia e hizo importantes aportaciones en los mismos, sino que incluso llegó a teorizar sobre la historia –aunque nunca se propuso realizar una obra o ensayo teórico de historia– en artículos breves, donde dejó muy bien sentado el dominio que tenía sobre dicha disciplina; explicando, por ejemplo, lo que era la historia, un hecho histórico, o un personaje histórico.[18] Y tanto Cristóbal Colón como Fidel Castro, a la luz de los planteamientos de Bosch, son verdaderos personajes históricos. "Para definir qué significan las palabras personaje histórico debe decirse que lo es todo aquel que para bien o para mal ha influido en el curso de la historia de su pueblo o de otros pueblos llevando a cabo hechos materiales, intelectuales, artísticos, militares, políticos, que de alguna manera son importantes en su país o en aquel que fue escenario de su actuación".[19] Y toda la historia transcurrida en el Caribe, durante estos últimos cinco siglos –447 años, para ser más precisos– narrados magistralmente por Juan Bosch, que van desde Colón a Castro, están cargados de decenas o centenares de hechos históricos. Entendidos estos últimos, como "aquellos que no se pierden en el olvido de las generaciones que han heredado su conocimiento".[20]

Hay un libro de historia, un clásico también en su género, el de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, de 1949, que ameritaría una comparación con la obra de Bosch que estamos prologando, por el símil existente entre dichas obras tanto por la importancia que tuvo el Mediterráneo, como centro de la civilización europea a la vez que jugando una especie de frontera imperial aunque esa no es la tesis manejada por su autor, si bien narra los conflictos bélicos que allí se produjeron en el periodo histórico

[18] Cf. Juan Bosch, *Temas históricos*, tomo I, Santo Domingo, 1991, Editorial Alfa y Omega.
[19] Cf. *Ibidem*, p. 10.
[20] Cf. *Ibidem*, p. 13.

estudiado por él, que es la época de Felipe II; porque algunos de los acontecimientos que se produjeron en ese mundo del Mediterráneo, en cierta manera reaparecerían en el Caribe, como es el caso de la piratería; pero sobre todo lo más importante, desde nuestro punto de vista, es la metodología historiográfica empleada por Braudel, y la escuela de los Annales a la que él pertenecía, si bien no fue de los fundadores de la misma –pues como es conocido que sus fundadores fueron Lucien Febvre y Marc Bloch–, sí formó parte, como una figura de primer orden de lo que se conoce como la segunda generación de dicha escuela.

No pretendemos hacer tal estudio comparativo de dichas obras en este momento, lo que sí nos interesa señalar es que de las diferentes corrientes o escuelas de la historiografía de la primera parte del siglo XX, consideramos que la que mayor influencia tuvo en Bosch fue la escuela de los Annales; o por lo menos, como ocurrió en otras disciplinas en la que nuestro autor incursionó, Bosch llegó por cuenta propia a emplear los mismos procedimientos y recursos metodológicos de dicha escuela, como se podrá comprobar en un análisis historiográfico de la obra *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*. Nos referimos a la incorporación de la política, la sociología, la antropología, la economía, la psicología, la geopolítica, la visión internacionalista, y la misma geografía en los estudios históricos de Bosch, como un rasgo muy notable en cualquiera de sus textos de historia. Hecho que no tiene nada de extraño por la formación interdisciplinaria que tenía dicho autor y que siempre empleó cuando desarrolló su pensamiento en cualquiera de sus obras. Y como es bien conocido, una de las características de la revolución historiográfica de la escuela de los Annales[21] –surgida en 1929, a partir de la revista *Annales d' Historie Économique et Sociale*–, fue precisamente su apertura para incorporar diversas disciplinas –como las antes señaladas– a dicha ciencia, contrario a lo que hasta ese momento había hecho la historiografía tradicional, apegada a los textos documentales como fuentes para narrar los acontecimientos históricos es decir, los hechos ocurridos.

La otra influencia que Juan Bosch recibió en esta disciplina, fue de la historiografía cubana, país donde él vivió no menos de 18 años, y

[21] Cf. Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*, Editorial Gedisa, 2006.

que dentro de la región del Caribe, fue, no sólo muy desarrollada y de vanguardia, sino también la que mostró mayor interés y preocupación –en cuanto a objeto de estudio se refiere– al aspecto geopolítico, y muy particularmente, al anticolonialismo y al antiimperialismo, como lo hemos planteado con anterioridad, como legado de la influencia política e intelectual de José Martí. El apóstol cubano, como visionario de los acontecimientos políticos internacionales, no sólo llegó a manifestar que "había vivido en el monstruo y le conozco las entrañas", sino también llegó a sostener la necesidad de que se produjera la independencia de Cuba para impedir que Estados Unidos se lanzara sobre América Latina.

Hemos planteado ya cuáles fueron las motivaciones y objetivos por los que Juan Bosch escribió *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*. Una vez hecho esto, el pensador político dominicano no volvió a retomar el tema, ni siquiera en alguna de las diversas reediciones que de dicha obra se hicieron en el país y en el extranjero, como suelen hacer otros autores en las reediciones de sus libros –y el mismo Bosch lo hizo con alguno de ellos– elaborando un nuevo prólogo, donde tienen la oportunidad de hacer una serie de planteamientos, en ocasiones de mucha utilidad; por lo tanto, tampoco Bosch se interesó en lo que pudo haber sido una actualización de la misma, a partir de los cambios internacionales que se habían producido después de 1969, cuando fue concluida la obra y entregada a la imprenta para su publicación. Con el desarrollo y demostración de su tesis de que el Caribe había sido, –y lo seguía siendo– una frontera de los imperios –con lo cual se explicaba también las raíces más profundas de la ocupación militar de Estados Unidos a República Dominicana en 1965– Bosch, como político, y también como intelectual, se había dado por satisfecho. Además, había hecho una importante aportación a los estudios históricos y geopolíticos de la región.

El impacto de la obra en toda la intelectualidad y clase política del área del Caribe y de América Latina fue enorme. A partir de ella no sólo se tomaría conciencia de lo que significaba vivir en una frontera imperial, con todas sus complejas y múltiples implicaciones que ello conlleva, sino que se abría una nueva etapa en los estudios del Caribe, como veremos más adelante. A la vez que el ilustre pensador domini-

cano quien justamente en esos años se había convertido en una figura emblemática de la política en la región, quedaba consagrado y reconocido como un historiador de talla universal.

Estructura de la obra

De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial, consta de 26 capítulos, cada uno de ellos narrado de una manera brillante, tanto por el dominio de la prosa de la que hace gala el autor, como por la capacidad de su lógica expositiva. En todos los capítulos, y como prueba de ser un maestro del lenguaje, Bosch le imprime un ritmo propio en la narrativa, que atrapa al lector desde el primer momento por la forma en que los mismos se inician, por el hecho de hacer referencia a determinados acontecimientos importantes y atractivos que anuncia que serán desarrollados en un próximo capítulo, lo cual genera una especie de suspenso; y por la forma como suele cerrar dichos capítulos, diríamos que de una manera concluyente e impactante, como suelen finalizar los buenos cuentos. Así, cada capítulo termina con una especie de interconexión con el inicio del mismo y en muchas ocasiones también con otra interconexión con la parte inicial del siguiente capítulo. Y es que para Bosch, ciertos episodios de la historia del Caribe pueden "parecer a menudo la invención de un novelista" (p. 18).

Pero esto que acabamos de exponer es apenas una parte de la dimensión del método expositivo, que va estrechamente unida a la cualidad pedagógica del autor, en lo cual fue un verdadero maestro. Esta sencillez y fluidez de su lenguaje no se riñe en lo más mínimo –al contrario, la enriquece– con la rigurosidad lógica, el análisis interpretativo y científico de la obra. Todo ello se logra gracias a la formación interdisciplinaria del autor, es decir, a la capacidad de recurrir a distintas disciplinas, como ya lo hemos manifestado, para analizar e interpretar un hecho histórico, sin quedar prisionero del documento como lo hace la escuela positivista, que considera que los "hechos hablan por sí mismo"; ni tampoco con una libertad total del sujeto, como lo hace una corriente muy cuestionada de la hermenéutica. En el análisis historiográfico que realiza Juan Bosch, ningún hecho "habla por sí mismo",

pues él lo cuestiona permanentemente, lo confronta con otros, busca la lógica de los mismos, y llega a sus propias conclusiones con una verdadera rigurosidad científica apegada a la dialéctica; además, Bosch induce al lector a tener que reflexionar, dudar y, sobre todo, a pensar. De no haber seguido este método de trabajo, difícilmente Juan Bosch hubiera realizado las aportaciones hechas al conocimiento humano, al conocimiento de la historia del Caribe, que es el tema que nos ocupa en el prólogo de esta obra.

De los muchos temas abordados por Juan Bosch en su obra, hay una serie de ellos que el lector le debe de prestar una atención muy especial, pues no sólo permiten comprender mejor la tesis sostenida y demostrada por el Dostoyevski dominicano –de que el Caribe es una frontera imperial– sino porque además constituyen apasionantes líneas de estudio para los investigadores, así como para los lectores en general.

Los imperios

La historia del Caribe no se encierra en sí misma, y no puede hacerlo, porque es –según la misma tesis defendida por Bosch– una frontera imperial. De tal manera que el autor desde un principio se ve en la necesidad de recurrir al estudio de los procesos históricos –políticos, económicos, militares, sociales, antropológicos y culturales, incluyendo los religiosos– de cada uno de los imperios que se lanzaron en diferentes momentos, pero a lo largo de más de cuatro siglos sobre la región del Caribe para apoderarse de sus territorios, de sus recursos naturales. Fue necesario tener este dominio de la historia de esos imperios –pues cada uno de ellos, más allá de las rivalidades que mantenían entre sí– tenían *sustancias* diferentes; o peor aún, podían estar actuando como imperios cuando sin embargo carecían de una verdadera y profunda *sustancia* que le diera la categoría de imperio en las diferentes dimensiones que requiere todo imperio, para ser considerado como tal: en lo político, en lo económico, en la organización social y administrativa, y en lo militar. Tal era el caso del imperio español, que como imperio tenía unas debilidades intrínsecas, al menos durante cerca de dos de los cuatro siglos que actuó en el escenario político internacional en tal calidad.

Debilidades que propiciaron el descuido de los territorios del Caribe al grado de que algunas de las islas, como Barbados, nunca llegaron a ser pisadas por los españoles, o dejaron transcurrir décadas sin hacerlo; o por lo menos no llegaron a tomar posesión de las mismas, y mucho menos a conquistarlas y colonizarlas; por ejemplo, "Las pequeñas islas de Barlovento no fueron ni siquiera tocadas por España" (p. 28); abriendo así la posibilidad para que siglo y medio después de la llegada de España a la región, otros imperios emergentes –Inglaterra, Francia y Holanda, pues Estados Unidos sería el último de todos– pasaran a arrebatarle dichos territorios, convirtiéndose de esta manera el Caribe en la frontera de tales imperios. Situación que se produjo, además, por el hecho de que España se dedicó a emprender, particularmente durante el reinado de Felipe II, una serie de guerras en Europa. "Si el Caribe acabó siendo a mediados del siglo XVII un bien realengo de varias potencias europeas –y por tanto una tierra de conquista para ingleses, franceses y holandeses–, se debió a las guerras que España hizo en Europa" (p. 189).

En la denominada falta de *sustancia* de España como imperio, Bosch pone énfasis en la ausencia de una burguesía (p. 22, 24, 25, 98, 227, 323, 324, 330), misma que comenzaría a aparecer en la era de los Borbones, al comenzar el siglo XVIII (p. 391), de una organización social y militar; en síntesis, de un desarrollo capitalista, como lo alcanzarían los otros imperios, algunos de los cuales llegaron a experimentar, muy tempranamente revoluciones burguesas que dieron al traste con el sistema feudal, como lo fue el caso de Inglaterra desde el mismo siglo XVII y de Francia en el siglo XVIII. Por eso Bosch llega a plantear desde las primeras páginas de la obra que a su llegada al Caribe, a finales del siglo XV, "España no era un imperio ni siquiera en el orden militar" (p. 20). Dos siglos después del arribo de España al Caribe, es decir, en el siglo XVIII, fue "cuando España comenzó a ser imperio en el Caribe" (p. 30), pero no en la totalidad del mismo, pues para esa fecha la región ya había sido desmembrada; sus territorios le habían sido arrebatados por otros imperios. España había tenido que cederlos, presionada a firmar –en la mayoría de los casos por las circunstancias políticas o militares en las que se encontraba envuelta– una serie de tratados al amparo de los cuales dichos imperios emergentes legitimaban sus nuevas posesiones, islas o territorios continentales.

En un análisis comparativo de estos imperios occidentales que se disputaron el Caribe, lo que de inmediato salta a la vista cuando se penetra en el estudio de los mismos, y de manera muy particular en el de España es que este país de la península ibérica, logró convertirse en un imperio por azares de la historia, por circunstancias imprevistas, o peor aún, por un error en los cálculos cartográficos del proyecto de un viaje a la India, navegando hacia occidente. Proyecto de viaje que ni siquiera fue realizado por un español, sino por un florentino –italiano–: Cristóbal Colón; es decir, dicho proyecto no era el producto del desarrollo del pensamiento español, y mucho menos se proponía –ni le había pasado por la cabeza a ninguno de los que participaron en el primer viaje junto a Colón– lograr lo que todos sabemos que ocurrió, descubrir, conquistar y colonizar un inmenso continente, que era 80 veces mayor que España, o 40 veces, si lo reducimos a Latinoamérica. Colón murió sin enterarse de lo que había hecho, pues creyó que había llegado a la parte occidental de la India; de ahí que todavía hoy día al Caribe se le siga conociendo como West Indies, que es como lo denominan los habitantes del Caribe de colonización inglesa.

En ese momento, finales del siglo XV, ni España ni ninguno de los demás países europeos se encontraba preparado para emprender una empresa de tal envergadura, y da la casualidad de que de todos ellos, España, por su propio desarrollo histórico, después de ocho siglos de dominación árabe, era el que menos preparado se encontraba. El proceso histórico de España –con miras al desarrollo del capitalismo, y por lo tanto de la superación del feudalismo– se había visto trastocado. De ahí la insistencia de Bosch de que a España le faltaba *sustancia* como imperio, independientemente de que lograra avasallar e imponerse a los nativos habitantes de los territorios del Caribe, y más tarde del resto del continente. Al respecto, debemos aclarar que la historia de los imperios es muy amplia y compleja y alguien podría pensar, con toda razón, que el imperio carolingio, el otomano, o el Imperio romano de occidente, lo mismo que el Imperio romano de oriente, es decir, el Imperio bizantino no requirieron de la *sustancia* que se le está exigiendo a España, Holanda, Inglaterra o Francia; pero ocurre que aquellos corresponden a otras etapas del desarrollo histórico, que podríamos denominar de carácter precapitalista, en tanto que la etapa en que Es-

paña emerge como imperio vendría a ser la del surgimiento y desarrollo del capitalismo; y era en estas nuevas condiciones históricas en las que España tenía que competir, no en las del precapitalismo; tan es así, que fue precisamente el país que logró el mayor desarrollo del capitalismo, en su etapa superior, conocida como imperialismo, el que destronaría a España como imperio arrebatándole sus últimas posesiones en la guerra de 1898. No por otra razón desde la segunda parte del siglo XIX los más lúcidos emperadores, como Napoleón III, estaban preocupados con la emergencia del imperio estadounidense y querían ponerle un dique a su expansión, pues sabían que no podían competir con el mismo, como en efecto ha ocurrido.

En suma, es ineludible la necesidad que hay de estudiar los imperios: sus orígenes y desarrollo, las aportaciones que han realizado a la humanidad, así como el carácter constructivo y destructivo de los mismos. Pues ocurre que la región del Caribe, sobre todo su parte insular, está conformada por pequeños territorios que siempre se han visto enfrentados –tanto en el pasado como en los tiempos contemporáneos– a la asimetría existente entre las grandes potencias y las pequeñas naciones. Lo que queremos plantear es la necesidad y obligación que tiene el caribeño de tener un mayor conocimiento de la historia universal, particularmente de los imperios –por lo menos de los occidentales, que tanta influencia han tenido y siguen teniendo en la región– para poder comprender mejor la propia historia del Caribe.

Fue precisamente esto lo que hizo Juan Bosch. Pero debemos de advertir que ese conocimiento de la historia de los imperios, el Dostoyevski dominicano lo había adquirido muchos años antes de sentarse a escribir la obra que estamos prologando en estos momentos. Y no se trata de poner interés en conocer sólo la historia del imperio que en su momento llegó a colonizar a la subregión a la que se pueda pertenecer, sino en la historia de todos ellos, pues independientemente de que cada uno tiene su propia trayectoria y aplicó modelos de colonización diferentes, hay que partir de la premisa de que no existen imperios buenos e imperios malos. Todo imperio tiene sus propios intereses; aunque pueden tener –y las tienen– lógicas distintas en sus modelos de dominación. De todas maneras, existen diferencias significativas entre ellos, y en la obra de Bosch ese es un tópico muy bien tratado por el autor.

El caso del imperio español, que surgió por un verdadero azar de la historia, no se repite por ejemplo en el inglés o en el francés. No obstante, el imperio español, con sus debilidades intrínsecas, como ya lo hemos planteado de manera reiterada, tuvo una larga vida de un poco más de cuatro siglos a pesar de que había entrado en declive desde hacía más de un siglo antes de derrumbarse en 1898. Fue esa misma debilidad que dio lugar no sólo a que el Caribe se convirtiera en una frontera imperial –quizás la frontera más débil para la misma España, pues no podía defenderla– sino que el imperio se desmoronó de una manera estrepitosa, al grado de que llegó a producir una verdadera crisis generacional, pues el pueblo español no lograba asimilar el desplome que se había producido; y no lo asimilaba, porque nunca la población española –y quizás tampoco su intelectualidad y clase política– llegó a comprender lo que significaba su imperio; es decir, las verdaderas bases económicas, sociales, políticas y militares en las que descansaba; nunca llegó a entender lo que Juan Bosch plantea en su obra, que era un imperio que carecía de *sustancia*, sobre todo de la que demandaba el desarrollo del capitalismo. No es el momento de realizar un análisis comparativo profundo de los modelos de dominación de cada uno de los cuatro primeros imperios que se establecieron en el Caribe, pero por lo menos queremos señalar los siguientes aspectos. El modelo español, a diferencia del inglés, creó las condiciones para que se desarrollara una democracia racial antes que una democracia política,[22] reto este último con el que todavía sigue batallando la América hispana; en el Caribe hispano, a diferencia del angloparlante y francófono, no surgieron lenguas criollas. España estableció universidades muy tempranamente en sus colonias, por ejemplo, la de Santo Tomás de Aquino, Santo Domingo, que data de 1538, y en cambio las del Caribe anglófono se fundarían casi cuatro siglos después, a mediados del siglo XX. Por último, en el Caribe hispano –y en el resto de Hispanoamérica– se desarrolló una importante arquitectura, que hoy en día sigue siendo un atractivo turístico, cosa que no ocurrió en el resto del Caribe.

Por supuesto que todos los imperios, por poderosos que sean, en algún momento de su historia se derrumban; al menos eso es lo que

[22] Cf. Juan Bosch, "Problemas de la democracia en Nuestra América" texto escrito en enero de 1957, pero publicado en 1990, *Política: teoría y acción*, año 11, núm. 122, mayo, 1990.

nos enseña la historia hasta el día de hoy. El estudio de Paul Kennedy *Auge y caída de las grandes potencias* (1989), es bastante ilustrativo al respecto. Sin embargo, cuando comparamos el ritmo que tuvo el imperio español y los que han tenido Inglaterra y Francia, podemos observar que hay diferencias significativas, porque estos últimos cuando surgieron como imperios tenían *sustancia* como tales.

Si pasamos a considerar el último imperio que se lanzó a conquistar el Caribe, Estados Unidos, no obstante que sigue siendo la mayor potencia del mundo, también nos encontramos con una serie de singularidades. Este imperio, que es extremadamente joven –en término de lo que suelen ser las largas vidas de los mismos– apenas ha cumplido un poco más de un siglo, si es que tomamos como punto de partida la guerra hispano-cubana-norteamericana de 1898, puede dar la sensación de que todavía tiene una larga vida, no obstante la polémica surgida desde hace varias décadas, sobre su entrada en decadencia.[23] Lo cual puede ser cierto, pero los tiempos de los imperios, al menos en lo que a su ocaso se refiere, tiene ritmos distintos al que solemos aplicar a diversos procesos históricos.[24] Sin embargo, cuando se estudia detenidamente la sustancia de este último y poderoso imperio, que son innegables en lo económico, en lo político y en lo militar, nos encontramos con las siguientes particularidades que desde cierta perspectiva podríamos considerar como debilidades. Estados Unidos carece de una cultura, o más rigurosamente de una civilización centenaria, y mucho menos milenaria, como la han tenido otros imperios. Fuera de la tecnología, es muy difícil encontrar cuáles son sus aportaciones culturales

[23] Desde mediados de la década de 1970 comienza a surgir la duda sobre la supremacía de Estados Unidos, que años antes, era indiscutible. De ahí surge el debate entre círculos de académicos y políticos sobre la declinación de dicha potencia, que ya en la década de 1980 había producido una amplia literatura sobre el tema. El texto de Paul Kennedy, de 1987, se inscribe dentro de dicho debate, si bien es cierto que en su recorrido histórico sobre la caída de las grandes potencias, apenas se refiere a Estados Unidos. El libro compilado por Rosa Cusminsky, *Mito y Realidad de la declinación de Estados Unidos* (México, UNAM, 1992), recoge un amplio debate organizado en marzo de 1991 por el Centro de Investigaciones sobre Estados Unidos de América, que incluye, además, una amplia bibliografía de las más importantes aportaciones que al respecto se habían realizado hasta ese momento.

[24] Pero este tipo de análisis, como suele ocurrir en la política, es sumamente complejo y difícil de prever lo que puede ocurrir en el corto y mediano plazo, por las innumerables variables que es necesario tomar en cuenta. El derrumbe del imperio de la Unión Soviética fue tan estrepitoso, que los especialistas tuvieron que conformarse con analizar las causas del derrumbe, pues no tuvieron tiempo ni siquiera para establecer un verdadero debate previo al acontecimiento.

a la humanidad; sus grandes pensadores; sus grandes intelectuales y hombres de arte, por ejemplo, pintores y escultores.

Claro, no podemos perder de vista que esto que estamos planteando como una debilidad, Estados Unidos ha logrado convertirlo en una de sus fortalezas, pues siendo un país de inmigrantes, ocurre que al ser un poderoso imperio en lo económico, lo militar y lo político, se ha constituido durante mucho tiempo en el polo de atracción de los grandes pensadores –científicos, intelectuales, escritores y artistas en general, así como de deportistas y atletas– del mundo, que pasan a radicar allí, y adquieren su ciudadanía. Muchos de los innumerables premios Nobel y otros grandes científicos y pensadores, lo mismo que medallistas de olimpiadas y de otros torneos de deportes con los que cuenta este imperio, si se indaga bien el origen de los mismos, se encontrará que no son oriundos de allí, sino que son inmigrantes de primera o de segunda generación; en ocasiones apenas llevan pocos años de haber adquirido la ciudadanía. Y lo que planteamos no es nada trivial, pues lo que queremos decir es que no son producto de su desarrollo histórico-social, sino más bien préstamos de otras sociedades. Nada que ver con los grandes filósofos, historiadores, internacionalistas, pintores, escritores que han producido Inglaterra, Francia, y Alemania, por ejemplo. Además de ello, el estadounidense, como pueblo, no se caracteriza precisamente por ser un pueblo culto. Si no todo lo contrario. Este no es un tema que ha estado en el debate a que hemos hecho referencia sobre la declinación de Estados Unidos. De todas maneras, se nos ocurre formular la siguiente interrogante: ¿Qué ocurrirá cuando Estados Unidos tenga que enfrentar una profunda y larga crisis financiera y económica –no me refiero a las recesiones cíclicas del capitalismo que todos conocemos–, en que deje de ser polo de atracción para los cerebros que producen los países europeos, asiáticos, y los mismos países latinoamericanos y caribeños? La respuesta no es nada sencilla, y no disponemos del espacio –ni tampoco del tiempo– ni siquiera para hacer un breve esbozo de la misma.

Otro fenómeno de la población estadounidense que consideramos como una eventual debilidad del imperio –fenómeno que tampoco ha formado parte del debate de la declinación–, es la proclividad de dicha población, sobre todo de su juventud, al consumo de estupefacientes.

Estados Unidos es el mayor mercado consumidor de drogas en el mundo, pero no ahora, en estas últimas décadas, sino que lo viene siendo desde hace mucho tiempo con diferentes tipos de drogas desde el opio, la heroína y la marihuana hasta la cocaína, pasando por otros tipos de estupefacientes que han comenzado a producirse químicamente en los últimos años. Con la gravedad de que sus gobernantes y organismos existentes para combatirlos como la DEA, carecen de un proyecto o política para lograr que su población disminuya o erradique su adicción, sino que todo el esfuerzo y los recursos los dedican a combatir en los lugares donde se produce o en los países que sirven del tránsito; lo que le permite, como imperio al fin, emplear el combate al narcotráfico como un instrumento geopolítico de dominación, descuidando las verdaderas causas de la producción y el tránsito, que es el mercado consumidor su propia población, que es la que en última instancia sale dañada con todas las consecuencias que esta situación puede tener para dicho imperio. ¿Es de esa población de donde van a surgir los estadistas, estrategas, científicos, grandes pensadores, intelectuales, escritores, deportistas y atletas que requiere Estados Unidos para seguir manteniendo la supremacía que requiere todo imperio? Sabemos, por supuesto, que otros imperios han padecido o padecen de los mismos males, pero no en la cuantía y proporción que el imperio estadounidense.

Como hemos planteado con anterioridad, los caribeños, más que nadie –por el hecho de habitar una frontera de los imperios– están obligados a estudiar y conocer mejor la historia de los imperios occidentales que siguen teniendo presencia en la región. Eso fue lo que hizo Juan Bosch, y por ello pudo realizar una aportación historiográfica no sólo al pensamiento de nuestra América, sino al pensamiento universal. Y como colofón produjo una obra sobre Estados Unidos en la que demuestra cuán profundamente había estudiado a dicho imperio; no sólo a la elite y a las instituciones del poder, sino también a la psicología del propio pueblo estadounidense. Nos referimos al *Pentagonismo, sustituto del imperialismo*, de 1967. Debemos advertir, además, que desde los centros de poder –es decir, desde los imperios– difícilmente se hubieran producido obras como las de Bosch, particularmente la que nos ocupa, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*.

Las armas de los imperios en el Caribe

Un hecho característico de todo imperio, es el de poseer los armamentos más poderosos, que les permiten avasallar e imponer su dominio sobre otros territorios; superioridad de armamento que no guarda, necesariamente, ninguna relación con su desarrollo cultural ni tampoco con la del territorio dominado, que en muchas ocasiones es superior a la del imperio. Este es un fenómeno que puede ser comprobado desde los tiempos más remotos en la historia hasta la actualidad. El dominio se logra por las armas y detrás suele venir el dominio económico, político y cultural. Independientemente de que lo cultural esté por debajo de la existente en el territorio conquistado o sometido a la dominación.

El arcabuz con el que llegaron los españoles al denominado Nuevo Mundo –hoy día una simple pieza de museo– era el arma más moderna y mortífera que existía en occidente en esa época; la asimetría de dicho armamento con la flecha empleada por los nativos habitantes del continente que hoy se denomina América, es equivalente a la asimetría existente actualmente entre la bomba nuclear –por su capacidad de destrucción masiva– y un fusil, cañón, bazuca o tanque de guerra cualquiera. Lo mismo podríamos decir del armamento sucesor del arcabuz, el mosquete, nombre que se inmortalizaría –aunque ello parezca una ironía–, no precisamente por su capacidad y precisión para matar o destruir, sino gracias a la novela de Alejandro Dumas, *Los tres mosqueteros*, de 1844. No vamos a hacer un recuento histórico de los armamentos que han sido empleados en el Caribe, pues ello demandaría un espacio del que no disponemos en este trabajo.

Lo que sí quisiéramos señalar es que otro tanto podríamos plantear en cuanto a asimetría se refiere, entre el tipo de embarcación que trajeron los españoles, las famosas carabelas, que por cierto no eran de tecnología española, sino italiana; de todas maneras hoy día también las mismas apenas son meras piezas de museo, y las empleadas por los nativos habitantes de este continente. Pero es importante subrayar que fue precisamente gracias al Nuevo Mundo, y al Caribe en particular –a esa inmensa frontera imperial– que los países europeos se vieron en la necesidad de desarrollar su industria naviera, mercante y de guerra; y

que incluso muchas ciudades portuarias de Inglaterra[25] y Francia, por ejemplo, lograron esplendor, como parte del desarrollo capitalista, gracias a las relaciones comerciales que establecieron con los países de la frontera imperial del Caribe, y la instalación de astilleros o atarazanas navales, que alcanzaron un enorme auge; estos últimos generalmente estaban en Europa pero algunos, y muy importantes por cierto, se encontraban en el Caribe; fue del astillero de La Habana –todavía hoy día casi todas las ciudades portuarias del Caribe tienen una zona o calle que se denomina Atarazana, como reminiscencia de ese pasado histórico– de donde fue botado el famoso navío la Santísima Trinidad, el más moderno de su época; dicho navío disponía del mayor número de cañones que embarcación de guerra pudiera tener, nada menos que 136 cañones y cuatro morteros.

En suma, que durante los cinco siglos en que el Caribe ha sido frontera de los imperios occidentales, ha visto pasar, y ha sido víctima –aun sólo sea de manera intimidatoria, como son los armamentos nucleares– de todo tipo de armas que ha conocido la historia militar, naval y aérea de los imperios. Armamentos que han jugado un papel de primer orden en los planes de dominio de los territorios de la región. Las aguas del Mar Caribe han sido surcadas por todo tipo de naves, tanto de buques mercantes como de guerra, incluyendo las carabelas, los galeones, fragatas, bergantín, destroyer, portaaviones, hasta submarinos atómicos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, por citar sólo algunos de ellos. Navíos que a lo largo de la historia de esa enorme frontera imperial que ha sido el Caribe, emplearon los piratas, corsarios, filibusteros y bucaneros y demás representantes de los diferentes imperios que se han lanzado a dominar la región.

El sistema defensivo

Todos los imperios han desarrollado sistemas defensivos en sus fronteras territoriales, e incluso dentro de su propio territorio para proteger algunas de sus ciudades principales; desde los tiempos más remotos se

[25] Cf. Eric Williams, *Capitalismo y esclavitud*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1973.

construyeron murallas y fortificaciones para evitar las invasiones de los países o imperios enemigos, aunque las mismas alcanzaron mayor importancia durante la Edad Media; quizás los casos paradigmáticos sean los de las murallas de las ciudades romanas, y la Gran Muralla China.

El caso singular del Caribe, es que en esta región, sin existir ningún imperio oriundo del área –a diferencia de lo que sí ocurría en Europa– se construyó una amplia estructura de defensa militar y naval en puertos y ciudades con murallas, fortificaciones, castillos, fosos y puentes levadizos, tanto en su parte insular como en la continental, que respondían a una arquitectura militar que se había desarrollado en Europa;[26] este sistema de defensa era la prolongación de las fronteras de los imperios que habían llegado al Caribe a apropiarse de dichos territorios. Por lo tanto, era un sistema defensivo mucho más complejo que el mismo europeo, pues cada uno de ellos tenía que responder a las eventuales agresiones de varios imperios. Este sistema defensivo estaba estrechamente relacionado –y tenía que ser remodelado o reestructurado con cierta frecuencia– con el grado de avance de los armamentos, así como de la industria naviera y su capacidad de desplazamiento y ataque. Por ello, cuando una ciudad portuaria –sobre todo si se consideraba muy segura– era tomada por corsarios o piratas, de inmediato se realizaba un estudio de la vulnerabilidad de la misma, para hacer los cambios que demandaban las nuevas condiciones navales o de los armamentos que éstas portaban. Algunas de las ciudades o puertos del Caribe, por el lugar geoestratégico que ocupaban sus fortificaciones llegaron a convertirse en puntos simbólicos de la defensa o debilidad de un imperio. Tales fueron los casos de La Habana, en Cuba; de la Isla de la Tortuga, en lo que hoy es Haití; San Juan de Puerto Rico, Cartagena y Portobelo en Panamá.

Pero este sistema de defensa, no obstante la importancia que tenía el Caribe como frontera imperial, España no lo construyó con la prontitud que demandaban las circunstancias, quizás como expresión de la falta de sustancia que como imperio tenía dicho país, o tal vez por la escasa visión de sus gobernantes sobre la importancia de la región como frontera. En el caso de la colonia española de Santo Domingo, el

[26] Cf. Tamara Blanes Martín, "Estudio comparativo de tres castillos del morro en el Caribe", *Del Caribe*, año III, núm. 7, 1987, Santiago de Cuba, pp. 64-75.

tiempo que transcurrió entre la Real Cédula de la construcción de la muralla de la ciudad, que fue en noviembre de 1541, que autorizó el inicio de la misma y la fecha en que fue concluida, febrero de 1631, fue de casi un siglo: 88 años para ser más precisos.[27] Quizás el mayor error de España consistió en que –tal vez por ser un caso único en el Caribe, al menos en la parte insular– descuidó la posesión de la pequeña isla de La Tortuga, en la parte norte-occidental, luego siguió descuidando la parte occidental de la Colonia, que fue ocupada lentamente por los franceses, quienes comenzaron a introducir africanos sometidos a la esclavitud, impulsando la economía de plantación azucarera, hasta llegar a perder la parte occidental de la isla, quedando el territorio mutilado en dos colonias, la oriental, de dominio español, y la occidental de dominio francés. Este error tendría serias consecuencias para el dominio de su colonia en la parte oriental –es decir, la parte de la isla que seguía bajo su posesión–, ya que posteriormente se produjeron sucesivas invasiones haitianas como las de 1801, 1805, y la de 1822, que se prolongaría durante 22 años, al grado de que la colonia española de Santo Domingo tuvo que independizarse de Haití, en 1844, y no de España, como lo hicieron las demás posesiones españolas en la región. No nos cabe ninguna duda que si el imperio español hubiera sido más previsor en la protección de esta frontera, construyendo un sistema defensivo de muralla y fuertes como los que se construían en esa época, le hubiera evitado a su colonia, en primer lugar, que su territorio fuera mutilado; en segundo lugar, que se hubiera logrado establecer una frontera con límites precisos;[28] y en tercer lugar, la permanente

[27] Cf. José Ramón Báez López-Penha, *Por qué Santo Domingo es así*, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1992, p. 81.

[28] En un discurso de 1970, Juan Bosch señala lo siguiente "No crean ustedes que cuando Haití se formó era del tamaño que tiene ahora. Nada de eso. Al principio Haití fue colonia de Francia, y como colonia francesa fue mucho más pequeño que lo que es hoy; después fue cogiendo tierras de la isla mayor, es decir, de la Española, lo mismo en el Norte que en el Sur. La primera frontera pasaba en el norte del río Rebouc y la segunda vino ya a pasar por el Masacre. Pero en el sur la frontera fue variando y variando, entrando en nuestro país, hasta hace pocos años. Los hombres de mi generación recuerdan que la frontera del sur pasaba por en medio del Lago de Fondo, y ahora todo ese lago queda en tierras haitianas. Hoy están en el poder de Haití las ciudades de Las Caobas y de Hincha, que en el 1791, cuando comenzó la rebelión de los esclavos de Haití contra sus amos franceses, estaban en territorio dominicano", Cf. Juan Bosch, *Discursos Políticos: 1970*, tomo III, Santo Domingo, Presidencia de la República Dominicana, 1999, p. 455.

invasión del país fronterizo, que hoy día, en pleno siglo XXI, bajo otras modalidades y circunstancias, constituye el principal y más complicado reto a enfrentar por la República Dominicana, fuera diferente.

Estas tres consideraciones que acabamos de exponer, se sintetizan en el siguiente párrafo planteado en 1964 por Juan Bosch:

> la existencia del pueblo dominicano fue el resultado de la expansión española hacia el oeste; la de Haití, el resultado de las luchas de Francia, Inglaterra y Holanda contra un imperio español. De manera que al cabo de los siglos, los dominicanos somos un pueblo amputado a causa de las rivalidades europeas. Nuestra amputación no se refiere al punto concreto de que una parte de la tierra que fue nuestra sea ahora el solar de otro pueblo; es algo más sutil y más profundo, que afecta de manera consciente e inconsciente toda la vida nacional dominicana. Los dominicanos sabemos que a causa de que Haití está ahí, en la misma isla, no podremos desarrollar nunca nuestras facultades a plena capacidad; sabemos que un día u otro, de manera inevitable, Haití irá a dar a un nivel al cual viene arrastrándonos desde que hizo su revolución (...).[29]

Sabemos, sin embargo, que dichas murallas y fuertes, hoy día son simples monumentos arqueológicos que si se encuentran bien conservados apenas pueden servir para que sean declaradas como patrimonio de la humanidad por la UNESCO, como ha ocurrido con la de Cartagena, y por lo tanto como atracción para el turismo. Sin embargo, en su momento dichas fortificaciones jugaron su papel defensivo, sin el cual las islas y territorios del Caribe habrían resultado con mayores mutilaciones, por las apropiaciones que permanentemente intentaron hacer los imperios que se disputaban el dominio del Caribe.

Pero como dicho sistema de defensa tuvo que irse adaptando a las nuevas condiciones de la industria naval, y modernización de los armamentos, cuando a finales del siglo XIX hace su irrupción en el Caribe el último de los imperios que se lanzó a apoderarse de dichos territorios, los cambios que se habían producido en la industria armamentista y naviera eran tan profundos, que Estados Unidos no requirió construir ni remodelar ese sistema de defensa tal y como se conocía. Sencillamente,

[29] Cf. Juan Bosch, *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*, México, Centro de Estudios y Documentación Sociales, 1964, pp. 170-171.

la lógica de la dominación se transformó. El almirante Alfred Mahann descubre y sostiene que para dominar al Caribe sólo era necesario el control de cuatro o cinco de sus 14 canales naturales, que separan una isla de otra, o de territorios continentales. Con esta nueva perspectiva, lo que hace el nuevo imperio es buscar la forma de controlar dichos canales, y la más práctica consistió en establecer bases navales en sus alrededores, u ocupar militarmente a los países que consideraba estratégicos, como ocurrió con Haití (1915-1934), que le permitió el control del Canal del Viento, que separa a Haití de Cuba, a la vez que establecía allí la base de Guantánamo; la invasión de Puerto Rico (1898), le permitió el control del Canal de la Mona, que separa a República Dominicana de dicho país, y así sucesivamente. Es justamente en ese momento cuando se construye el Canal de Panamá, un canal artificial que le serviría de llave de control entre el Mar Caribe –o más ampliamente del Atlántico– y el Océano Pacífico.

Pero ya a mediados del siglo XX, el desarrollo militar y de la industria naval y aérea, convertían también en obsoleta dicha concepción geopolítica, y por lo tanto los referidos canales perderían importancia, en la lógica de la dominación imperial de la región. Sin embargo, la base de Guantánamo seguiría, hasta la actualidad, bajo dominio de Estados Unidos, lo mismo que la isla de Puerto Rico; sólo el Canal de Panamá fue devuelto. De todas maneras, en los momentos cruciales de conflictos bélicos, como fueron los de la Segunda Guerra Mundial, y finales de la década de 1970, en que parecía resquebrajarse el dominio hegemónico de Estados Unidos en la región, el imperio del norte incrementó su presencia militar en el Caribe a través del diseño de diferentes estrategias navales y aéreas.

Los tratados de paz

Después de recurrir al uso de los más modernos armamentos y naves de guerra para apoderarse de los territorios del Caribe, el imperio que lo lograba recurría a la firma de un tratado de paz para legitimar sus nuevas posesiones. Es cierto que los tratados de paz tienen un origen muy remoto, pero durante estos últimos siglos en que el Caribe ha sido

una frontera imperial, no pocos tratados firmados en Europa repercutieron en el Caribe, o allí fue donde tuvieron su origen. Sin un conocimiento amplio y profundo de la historia de estos tratados, es difícil comprender la historia del Caribe, sobre todo de su desmembramiento como región. De ahí la importancia que Bosch le atribuye a los mismos, llegando incluso a tomarlos como parámetros para establecer etapas en la historia del Caribe. El estudioso de las relaciones internacionales, y de manera muy particular del derecho internacional, tiene en esta obra un excelente recuento de los más importantes tratados firmados en Europa, con impacto directo o indirecto en el Caribe, por lo que tenían carácter extra-continentales, a diferencia de la mayoría de los que se habían firmado antes de que el Caribe se convirtiera en una frontera imperial. Algunos de estos tratados modificaron el mapa geográfico no sólo de Europa sino también del Caribe o de las rutas comerciales establecidas entre Europa y el Caribe; y aún más, en ocasiones los tratados tenían cláusulas secretas, que sólo eran conocidas entre los imperios pero que afectaban directa o indirectamente los territorios del Caribe.

No pretendemos realizar un recuento exhaustivo de dichos tratados, ni mucho menos de las guerras a las que pusieron fin los mismos, en algunos casos muy largas, cruentas y complejas, en las que participaron no dos sino varios países o alianzas de países; lo que queremos destacar es la importancia de los tratados en la obra de Juan Bosch, pues es a partir de ellos que el mapa de la región del Caribe va adquiriendo, durante siglos, el perfil que hoy día conocemos, subdividido en cuatro subregiones de colonizaciones distintas. Entre dichos tratados cabe destacar el de Ryswick, de 1697, con el que se finalizaba la Guerra de la Gran Alianza y con el que España cedió a Francia la parte occidental de la Isla de Santo Domingo, convertida hoy día en la República de Haití; el Tratado de París de 1773, después de la Guerra de los Siete Años, por medio del cual Francia cede a Inglaterra las islas de Dominica, Granada, San Vicente y Tobago, a la vez que Inglaterra devuelve a Francia las islas de Guadalupe y Martinica; hasta llegar al Tratado de París de 1898, en el que España cede a Estados Unidos la isla de Puerto Rico. En suma, con dichos tratados algunas de las islas o territorios cambiaron de posesión o fueron mutilados, como fue el caso de la isla

de Quisqueya o la Española, como la bautizaron los conquistadores. Esta isla fue repartida entre España y Francia por medio del tratado de Ryswick de septiembre de 1697, como ya hemos señalado, dando lugar a la conformación de dos Estados nacionales diferentes, único fenómeno de esta naturaleza conocido en toda la región, la República Dominicana y la República de Haití. En otros casos, las islas fueron ocupadas de manera reiterada durante periodos más o menos breves o prolongados y retomadas nuevamente por otro imperio de manera sucesiva, lo cual generaría una situación sumamente compleja entre otros muchos factores como el de la cristalización de la identidad nacional y cultural. Tales fueron las islas de Saint Kitts y San Martín, aunque quizás el caso paradigmático sea el de la isla de Saint Vicente, que en el curso de un siglo rompió récord en el cambio de dominio colonial.

Las derrotas de los imperios

La última derrota sufrida por un imperio en la región del Caribe fue la de Estados Unidos en abril de 1961 en Cuba, Playa Girón (que los estadounidenses prefieren denominar Bahía de Cochinos, lugar por donde desembarcaron las tropas mercenarias, y los cubanos Playa Girón, pues fue allí donde lograron derrotar a los últimos grupos invasores en el curso de 72 horas, lo cual constituyó no sólo una derrota, sino más bien una humillación para el imperio más poderoso del mundo). Pero es el caso que Playa Girón, que se ha constituido en un lugar simbólico de la resistencia, sólo ha sido la última de las muchas derrotas que han sufrido las potencias imperiales en la región a lo largo de estos últimos cinco siglos desde que el Caribe fue convertido en una frontera imperial.

Es claro que dichas derrotas han tenido importancia, implicaciones y significados muy diferentes desde distintos punto de vista. Y no nos referimos a las derrotas sufridas dentro de las innumerables luchas inter-imperiales que se produjeron, como las guerras sostenidas, por ejemplo, entre España e Inglaterra, o entre esta última y Francia, sino a las derrotas que sufrieron cada uno de dichos imperios por parte de la población nativa.

No cabe duda que el imperio que mayor número de derrotas sufrió en la región fue España, pues en el curso de un par de décadas, durante el siglo XIX fue perdiendo todas y cada una de las batallas que libraron los grupos insurgentes para conquistar su independencia. Sería muy ilustrativo la elaboración de un cuadro –pues en caso de existir no lo conocemos– que recogiera, sintetizara y diera cuenta de las diferentes batallas, número de batallones de caballería y tropas auxiliares, soldados, armamentos empleados, y número de caídos –tanto de realistas como de insurgentes– a lo largo de todo el proceso de independencia de Hispanoamérica, para poder aquilatar mejor la magnitud de la empresa bélica a la que tuvo que hacer frente el imperio español en uno de los momentos más difíciles de su ocaso, con el Rey Fernando VII hecho prisionero en 1808 por Napoleón en Francia; prisión que se prolongaría durante seis años. Pero mucho antes del inicio del proceso de independencia el imperio español ya había sufrido varias derrotas, las que se prolongarían más de medio siglo después, en los países que, como República Dominicana y Cuba, alcanzaron una independencia tardía. La Guerra de Restauración en República Dominicana, de 1863 a 1865, fue una de las últimas derrotas de España en el Caribe.

Pero también otros imperios, mucho más poderosos que España, sufrieron no menos significativos reveces en la región, como fueron las de los ingleses y franceses, muy particularmente de los aguerridos nativos habitantes de las islas Saint Kitts y Dominicana, por ejemplo; como también por las rebeliones de los esclavos negros. Quizás el más relevante de todos sea el sufrido por Francia en Haití, donde perdió la vida el general Víctor Emmanuel Leclerc, enviado en 1802 por Napoleón al mando de una flota "compuesta por 35 navíos de línea, 15 corbetas, 26 fragatas y numerosas embarcaciones auxiliares y de transporte" (p. 550), que constaba de una fuerza de tierra de 22,000 hombres, que quedaron totalmente diezmadas. Haití lograría su independencia el 1o. de enero de 1804. Esta fue posiblemente la primera derrota importante que sufre un poderoso imperio en el Caribe, solamente comparable a la que sufriría Estados Unidos siglo y medio después en Playa Girón –158 años, para ser más precisos. La comparación no es en lo referente al número de soldados y armamentos empleados, ni a la participación que asumieron de manera directa dichos imperios,

sino al impacto que dichas derrotas tuvieron en la región, pues ambas cuestionaron el orden de dominación existente en su época; en el caso de Haití, el sistema de producción esclavista, que era el predominante en todo el Caribe; en el caso de Cuba, el sistema de producción capitalista, igualmente predominante en toda el área. El paralelismo existente entre ambas derrotas es tal –al margen de hechos que podrían parecer triviales, como lo es la fecha del triunfo, 1o. de enero– , que dichos imperios –a siglo y medio de distancia de ambos acontecimientos– desataron una serie de agresiones y sanciones, incluyendo las económicas, como el bloqueo, para impedir que tales triunfos fueran exitosos en lo económico y social, y por lo tanto sirvieran de ejemplo a los demás países de la región.

Dentro de las derrotas sufridas por otros imperios, existen al menos dos más que nos interesa destacar. La primera forma parte de la expedición inglesa, dentro del proyecto elaborado por Oliverio Cromwell (1599-1658), para expandir el naciente imperio inglés; para Juan Bosch, el más agresivo de todos (p. 272). El plan era arrebatar las posesiones españolas en el Caribe. Nos referimos al revés sufrido en Santo Domingo por el almirante William Penn y el general Robert Venables, al mando de una expedición compuesta de decenas de embarcaciones con 2,800 marineros y unos 9,500 hombres de armas (p. 274). El revés de la expedición inglesa en abril de 1655 –que en rigor fue la derrota de Oliverio Cromwell– fue tan importante para la colonia española de Santo Domingo, que aún hoy día una de las principales calles, –durante décadas la más importante vía del centro comercial de dicha ciudad– es El Conde, en honor al Conde de Peñalba, quien fuera gobernador de la colonia en esa época; no obstante, debemos aclarar que quienes infringieron el revés a Penn y Venables, fueron lanceros dominicanos, es decir, naturales de la isla (p. 276).

La segunda derrota fue del imperio francés, en noviembre de 1808; derrota que en rigor fue la de Napoleón Bonaparte. Se trata de la batalla de Palo Hincado, en la que Juan Sánchez Ramírez venció al general Luis Ferrand, enviado de Napoleón Bonaparte, con lo que se logró la expulsión de los franceses de la parte oriental de la isla, que había sido cedida por España a Francia, por medio del Tratado de Basilea, de 1795. Con la batalla de Palo Hincado se dio inicio, aunque esos no

fueran los propósitos de Sánchez Ramírez, al proceso de independencia de República Dominicana, que sería muy largo, tortuoso y complejo, con sus propias especificidades, mismas que no fueron ajenas a los demás procesos de independencia de América Latina.

Los últimos cambios internacionales

Después de la publicación de la obra que estamos prologando hace ya exactamente cuatro décadas, en la región del Caribe se han producido algunos cambios significativos que trataremos de resumir en tres. El primero de orden interno, es decir, regional que dio lugar al desarrollo de un proceso de descolonización tardío, que desató una serie de acontecimientos en el área; el segundo, a la luz de los cambios internacionales generados por la caída del muro de Berlín, la desintegración de la Unión Soviética, y el fin de la Guerra Fría, que obligaría a Estados Unidos a modificar su agenda de seguridad nacional, y conllevaría a la salida del Caribe del imperio de la Unión Soviética; el tercero, a raíz de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, en que Estados Unidos replantea su agenda de seguridad, para darle prioridad a la lucha contra el terrorismo internacional a partir de la denominada "guerra preventiva".

Pocos años antes de la publicación de la obra *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial* (1970), como producto del triunfo de la Revolución cubana, en 1959, se había iniciado un tardío proceso de independencia, ante el temor de los diferentes imperios que dominaban el Caribe, de que la lucha independentista se radicalizara y profundizara los cambios económicos y sociales, dando lugar a que surgieran "nuevas Cubas". El primer país en acceder a su independencia (proceso independentista que dista mucho del que había conocido América Latina más de siglo y medio antes) fue Jamaica, el 6 de febrero de 1962; a ésta le seguiría Trinidad y Tobago (1 de diciembre de 1962), Guyana (26 de mayo de 1966) y Barbados (30 de noviembre de 1966); el proceso continuaría, y después de la publicación del libro de Bosch, en 1970, nueve países más alcanzarían su independencia; el último de ellos, Saint Kitts-Nevis, el 19 de noviembre de 1983. Es decir, en el

curso de 21 años –21 años y nueve meses, para ser más precisos– 13 nuevos países del Caribe accedieron a la independencia –12 de colonización inglesa, y sólo uno de colonización holandesa, Surinam– con lo cual se modificaba la correlación de fuerzas políticas a nivel regional, sobre todo en los organismos internacionales, pues sin el voto de los países del Caribe es imposible lograr una candidatura en los organismos regionales, como la Organización de Estados Americanos, OEA, el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, IICA, el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, IPGH, entre otros.

Pero este proceso tardío de independencia, no obstante que se había producido de manera pacífica, en algunos países se pretendió profundizarlo, como fueron los casos de Grenada, bajo el liderazgo de Maurice Bishop (1944-1983) y el *New Jewel Movement*, en marzo de 1979; y en Surinam, con el Movimiento de los Sargentos, con Desi Bouterse (1945) a la cabeza, en febrero de 1980. Estos dos movimientos revolucionarios coincidían con el triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional, FSLN, en Nicaragua en julio de 1979. Hecho que haría tomar conciencia a los imperios europeos que Estados Unidos comenzaba a perder el dominio hegemónico en la región del Caribe. Por ello, los estrategas que acompañaban a Ronald Reagan, aún antes de alcanzar el poder, desarrollaron un proyecto de recuperación del dominio hegemónico estadounidense en la región, el cual fue formulado en el conocido Documento de Santa Fe, de 1980. No vamos a entrar en detalles en los objetivos de dicho documento, que ha sido publicado y es ampliamente conocido. Sólo señalaremos los resultados del mismo. Con la aplicación de la guerra de baja intensidad –una nueva estrategia de agresión imperial–[30] Estados Unidos logró, en muy pocos años, revertir el proceso político a que hemos hecho referencia. Grenada fue ocupada militarmente por Estados Unidos, en octubre de 1983, bajo acusaciones falaces, como son las de todo imperio; más tarde sucumbirían el Movimiento de los Sargentos en Surinam, y posteriormente el FSLN perdería las elecciones presidenciales a las que había sido acosado por el imperio.

[30] Cf. Lilia Bermúdez, *Guerra de baja intensidad. Reagan contra Centroamérica*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1987.

Todo esto ocurría en el marco de la Guerra Fría; pero todavía en diciembre de 1989 –justo después de la caída del muro de Berlín, aunque antes de la desintegración de la Unión Soviética– Panamá sería invadido militarmente por Estados Unidos para derrocar y hacer prisionero al general Manuel Antonio Noriega, acusado de narcotráfico. Esta fue la primera ocupación militar estadounidense, después de muchas décadas, en la que no se esgrimió el peligro del comunismo internacional, sino del narcotráfico. Ello implicaba un cambio en la agenda de seguridad hemisférica, como efectivamente se produciría años después. Sin embargo, es necesario subrayar que el Caribe seguiría siendo una frontera imperial, aun en el marco de la posguerra fría, como también lo había sido antes de la Guerra Fría, durante varios siglos.

Quizás el cambio más importante que estaba llamado a producirse era que con el fin de la Guerra Fría se modificarían los ejes de la agenda de seguridad hemisférica, y el Caribe perdería importancia geopolítica –por lo menos en el grado que la había tenido después de la Segunda Guerra Mundial– la que se transformaría en geoeconómica. Los diversos esquemas de integración que se han estado impulsando en los últimos años, dentro del modelo económico neoliberal, así como las medidas políticas aplicadas por Estados Unidos a Cuba, como la Ley de Solidaridad Democrática y Libertad Cubana, mejor conocida como Ley Helms-Burton, con su pretendido carácter de extraterritorialidad, que intenta impedir la libre concurrencia de capital a Cuba, corroboran la tesis de que se ha producido un desplazamiento de la importancia geopolítica por la geoeconómica en el Caribe.[31] Hecho que sin embargo no invalida el planteamiento de Bosch, de que el Caribe sigue siendo una frontera imperial, desde Cristóbal Colón a Fidel Castro.

El último cambio internacional importante, se produjo 11 años después del fin de la Guerra Fría, como respuesta a los trágicos acontecimientos de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. A partir de ese momento, los estrategas estadounidenses desplazan a un segundo lugar la lucha contra el narcotráfico, para darle prioridad a la lucha contra el terrorismo internacional, en el marco de la deno-

[31] Cf. Beatriz Adriana Canseco Gómez, *La Ley Helms-Burton y la globalización en el Caribe*, tesis de licenciatura en Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 2002.

minada guerra preventiva.[32] Para la región del Caribe estos acontecimientos tendrían diversas implicaciones. La primera de ella, contrario a lo que muchos pudieran pensar, se trata de la ruptura del marco jurídico internacional en el que incurrió el imperio del norte, desacatando las resoluciones adoptadas por las Naciones Unidas, al atacar militarmente a Irak, en marzo de 2003; la segunda implicación, estrechamente relacionada con la primera, es el debilitamiento del multilateralismo que tanto trabajo había costado conseguir y consolidar para dar paso al unilateralismo de tan nefastas consecuencias, particularmente para las pequeñas naciones, como son las del Caribe; la tercera implicación tiene dos vertientes: la primera, es que la mayoría de los líderes políticos de la Comunidad del Caribe, CARICOM, se opuso a la operación militar en Irak, e incluso fue condenada la decisión de Estados Unidos de suspender la ayuda militar a los países que se negaron a otorgar inmunidad a los soldados ante la Corte Penal Internacional (CPI). Medida que afectaba a seis países de la CARICOM. La segunda vertiente, es que una serie de países del Caribe (El Salvador, Honduras, Nicaragua y República Dominicana) enviaron alrededor de 1,000 soldados a combatir en Irak, en la denominada Brigada Plus Ultra, hecho que sólo serviría para legitimar una acción armada de carácter unilateral, que rompía el marco jurídico internacional, y sobre todo desobedecía lo establecido por la carta de las Naciones Unidas.

Los estudios sobre el Caribe

En las últimas cuatro décadas, después de la publicación de la obra *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, se ha ampliado el interés por los estudios e investigaciones sobre dicha región. Este interés se ha expresado básicamente en la creación de una serie de asociaciones de investigadores del Caribe, así como en la fundación de diversos institutos y centros de estudios sobre el área. Además, se destaca la creación de varias revistas especializadas, y el desarrollo de múltiples congresos, coloquios y seminarios, que reúnen anualmente a cen-

[32] Cf. Pablo A. Maríñez, *El Gran Caribe ante los cambios internacionales y la política exterior dominicana*, Santo Domingo, FUNGLODE, 2007.

tenares de investigadores y estudiosos del Caribe, desde distintas disciplinas y perspectivas teóricas.

No vamos a realizar ninguna relación exhaustiva de tales centros, asociaciones, congresos o publicaciones, pues ello implicaría una extensa exposición, que dejaremos para futuros trabajos. Sin embargo, no podemos dejar de señalar algunas consideraciones al respecto. La primera de ellas, es que los países de la región que le han dado mayor impulso a dichos estudios, son los siguientes: Cuba, Puerto Rico, Venezuela y México, además de los países angloparlantes, donde existe una vieja tradición al respecto.

El caso de Cuba es pionero y el más amplio de todos. Cuba cuenta con instituciones como El Centro de Estudios del Caribe de la Casa de las Américas, fundado en 1979, que realiza programas de investigación y promociones y cuenta con una revista especializada, *Anales del Caribe*. Pero además de ello, Casa de las Américas tiene un programa de publicación de obras clásicas del Caribe, Colección de Nuestros Países, en el que se dan a conocer títulos, traducidos al español, de autores pertenecientes a las diferencias subregiones idiomáticas, que de no ser por este valioso proyecto de trabajo, difícilmente pudieran ser conocidas por los estudiosos e investigadores del Caribe. Otro centro de estudio y difusión de gran prestigio y trayectoria, es la Casa del Caribe, en Santiago de Cuba, misma que publica la revista *Del Caribe*, además de realizar anualmente el afamado Festival del Caribe.

En Puerto Rico existe el Instituto de Estudios del Caribe, perteneciente a la Facultad de Ciencias Sociales, de la Universidad de Puerto Rico, que publica la prestigiosa revista *Caribbean Studies*, de larga trayectoria en los estudios del Caribe en la región. Por otro lado, se encuentra el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, que impulsa diversas actividades con la finalidad de conocer más amplia y profundamente la región. Pero además de ello, Puerto Rico se caracteriza por los estudios e investigaciones de carácter geopolítico y militarismo, temáticas en las que ha realizado verdaderas aportaciones desde los años en que fue realizado el "Proyecto caribeño de justicia y paz", institución pionera en su género, impulsada por Jorge Rodríguez Beruff y Humberto García. Más tarde se crearía el Grupo de Trabajo de relaciones internacionales dedicado al Caribe, del Consejo Latinoame-

ricano de Ciencias Sociales, CLASCO, bajo la dirección de Carmen Gautier Mayoral, que llegó a celebrar encuentros de alto nivel en Puerto Rico, Venezuela y México.

En Venezuela, el mayor impulso a los estudios del Caribe ha sido realizado por la Asociación Venezolana de Estudios del Caribe, AVECA, con una serie de investigaciones, seminarios, congresos y publicaciones, en los que se dio prioridad a lo que podríamos denominar la "visión venezolana del Caribe". La bibliografía es amplia al respecto, con destacadas aportaciones y diferentes temáticas, particularmente en la geopolítica, los esquemas de integración, las relaciones internacionales y la literatura caribeña.

En México, los pioneros de los estudios del Caribe fueron Suzy Castor y Gerard Pierre Charles. En la década de 1970 Suzy Castor crea el Área del Caribe, del Centro de Estudios Latinoamericanos, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM.[33] El Área del Caribe, además de realizar diversas actividades como seminarios y coloquios sobre la región, editó, durante varios años, la revista *El Caribe Contemporáneo*, bajo la dirección de la doctora Suzy Castor. Revista que, por su perfil propio y calidad de sus trabajos se convirtió rápidamente en una de las más prestigiosas de toda la región, con la singularidad de que a diferencia de otras publicaciones, *El Caribe Contemporáneo* daba cuenta, a través de análisis, documentos y estudios diversos, de lo que ocurría en la región, en su mismo momento coyuntural, sin hacer distinción de las diferentes subregiones idiomáticas del Caribe. Más tarde, en 1992, esta revista desaparecería, para dar paso en la Universidad de Chetumal, Quintana Roo, a un nuevo proyecto de publicación, la *Revista Mexicana del Caribe*, a partir de 1996, misma que tendría un perfil distinto y novedoso, pues además de ser más inclusiva en lo que a temáticas se refiere, ha abierto un importante espacio a los estudios del Caribe mexicano.

A su vez, la Universidad de Quintana Roo organiza anualmente el Seminario Internacional de Verano del Caribe, que reúne a los más destacados investigadores de México, y de otros países de la región;

[33] Cf. Pablo A. Maríñez, "Las relaciones de México con el Caribe. Un enfoque sobre sus estudios", *Revista Mexicana del Caribe*, Año I, núm. 1, Chetumal, Quintana Roo, 1996, pp. 10-72.

este año, 2009, se celebra la décima edición de dicho seminario, en homenaje a Juan Bosch. Hay dos actividades más realizadas en Quintana Roo, que no podemos dejar de señalar, nos referimos al Festival Internacional de Cultura del Caribe, iniciado en 1988, el cual continuó desarrollándose durante varios años; la otra actividad fue la creación de Premios al Pensamiento Caribeño, a principios de la década del 2000, que incluía diferentes temáticas, como la política, la cultura, la literatura, la historia, y el medio ambiente. En sus tres convocatorias, en las que participaron centenares de autores de la mayoría de los países de la región, fueron publicados por la editorial Siglo XXI más de 20 títulos premiados. Este premio contó, además, con el apoyo de la UNESCO.

Por último, debemos de señalar que a principios de la década de 1990 fue creada la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe, AMEC, institución que realiza una amplia labor con el fin de impulsar y desarrollar los estudios del Caribe, para lo cual realiza un seminario permanente, mensual, y un congreso anual, que en este año, 2009, celebra su XVI edición, en homenaje al centenario del natalicio de Juan Bosch. La AMEC es el resultado de los estudios que se venían realizando de manera dispersa en varios estados de México, particularmente en el Distrito Federal, así como en Veracruz, Yucatán y Quintana Roo; pero a su vez, dicha institución tiene como meta alcanzar que dichos estudios tengan acogida en otros estados de México, lo cual se ha venido logrando lentamente. En la actualidad debemos destacar el trabajo que vienen realizando instituciones como el Instituto Mora, especialmente en el área de la historia del Caribe, con verdaderas y novedosas aportaciones; así como el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, CIALC, de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM; y el Instituto de Investigaciones Históricas, de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

No podemos concluir sin señalar la influencia que han tenido los estudios del Caribe de Juan Bosch en el medio intelectual mexicano, muy concretamente en las instituciones señaladas. Como prueba de ello, es que todas estas instituciones se han unido, con diferentes actividades, al Homenaje que realiza México al Centenario del Natalicio de Juan Bosch. Y entre las diversas obras que serán publicadas de di-

cho autor con tal motivo, se encuentra *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, obra que ha permitido a no pocos estudiosos del Caribe, no sólo tener una nueva y más amplia perspectiva del mismo, sino además consolidar su conciencia caribeña.

Unas palabras del autor

Al gran público no le gusta leer libros con notas, y éste ha sido escrito para él, no para eruditos. Eso explica que ni siquiera se hayan señalado las fuentes de algunas citas, si bien se dice quiénes fueron sus autores. Aunque al final se ofrece una bibliografía extractada, hay algunas obras que no tienen por qué aparecer en ella. Tal es el caso, por ejemplo, de las más conocidas entre las que se refieren al Descubrimiento y la Conquista: Diarios de Viajes de Cristóbal Colón, la Biografía de Colón, escrita por su hijo Fernando; la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias y la Historia general de las Indias,* del padre Las Casas; *Historia General y Natural de las Indias,* de Gonzalo Fernández de Oviedo, y la *Descripción de las Indias Occidentales,* de Antonio de Herrera. Ésos son libros fundamentales para todo el que aspire a conocer en detalle cómo fueron descubiertos y conquistados los territorios del Caribe.

A la hora de estudiar las rebeliones de los negros es indispensable leer la *Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo,* por José Antonio Saco (dos tomos, Colección de Libros Cubanos, La Habana, Cultural, 1932), como son también indispensables, para el conocimiento de las actividades de los piratas del siglo XVII, la *Histoire des Aventuriers et Bucaniers,* en tres tomos, de Alexander Olivier Oexmelin, de la que ha hecho recientemente una edición, copia exacta de la original, la Librairie Commerciale & Artistique de París, y la conocida obra de C. Haring, *Los Bucaneros de las Indias Occidentales en el siglo XVII,* segunda edición, hecha por la Academia Nacional de la Historia, Caracas, impresa en Brujas en 1939.

El autor recomienda especialmente algunos libros; en primer lugar, la excelente *History of the British West Indies,* por sir Alan Burns (Geor-

ge Allen and Unwin, Reviewed Second Edition, London, 1965), rica en información de fuentes inobjetables, *y French Pioneers in the West Indies,* 1624-1664, de Nellis M. Crouse, edición de Columbia University Press, New York, 1940. Como resumen de la revolución de Haití, sobre la cual hay una bibliografía muy abundante, conviene leer *La Revolución Haitiana y Santo Domingo,* de Emilio Cordero Michel, Santo Domingo, Editora Nacional, 1968. Para un conocimiento detallado de las actividades militares de Bolívar, la mayor suma de datos se halla en *Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar,* tres tomos, por Vicente Lecuna (The Colonial Press, Inc., Clinton, Mass.). *La Campaña del Tránsito,* 1856-1857, de Rafael Oregón Loria (Librería e Imprenta Atenea, San José, Costa Rica, 1956), es una buena guía para conocer las fechorías que llevó a cabo en Nicaragua William Walker, así como lo es *The Untold Story of Panamá,* de Hardin Earl (Athenae Press, New York, sin fecha, aunque el prefacio está fechado el 11 de febrero de 1959), para tener datos veraces sobre la intervención de Theodore Roosevelt en Panamá.

Hay muchas personas que hicieron posible, con su ayuda, la redacción de esta historia del Caribe; entre ellos deben mencionarse el escritor español don Enrique Ruiz García, el diplomático inglés Campbell Stafford, el doctor Claudio Carrón, Roberto Guzmán, Pablo Mariñez y el poeta Ángel Lázaro, el escritor haitiano G. Pierre-Charles y su mujer Suzy Castor Pierre-Charles. Esta última tuvo la bondad de facilitar al autor una copia de su libro inédito sobre la ocupación militar norteamericana de Haití; y todos los mencionados enviaron obras de consulta, desde Londres, desde Madrid, desde París, desde Méjico. Merecen una mención especial las altas autoridades y los funcionarios de la Biblioteca del Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, pues durante año y medio pusieron en manos del autor, enviándolas por correo a Benidorm, todas las obras que les fueron solicitadas. Sin esa ayuda hubiera sido imposible escribir este libro.

Por último, esta historia del Caribe fue escrita, casi totalmente, en Benidorm, España, gracias a la hospitalidad que le brindó al autor en aquel hermoso lugar, durante más de año y medio, con clásica generosidad española, don Enrique Herrera Marín.

Para todos los mencionados queda aquí constancia de la gratitud dominicana de

J. B.

[*París, junio de 1969*]

Capítulo I

Una frontera de cinco siglos

El Caribe está entre los lugares de la Tierra que han sido destinados por su posición geográfica y su naturaleza privilegiada para ser fronteras de dos o más imperios. Ese destino lo ha hecho objeto de la codicia de los poderes más grandes de Occidente y teatro de la violencia desatada entre ellos.

Hasta el momento está por hacerse un estudio de geografía económica que abarque el conjunto de los países del Caribe. Sin embargo, muchas personas tienen una idea más o menos acertada sobre la región; conocen por sí mismas, de oídas o a través de lecturas, la variedad de sus climas, la abundancia y la bondad de sus puertos y sus aguas y la hermosura de sus tierras. Se sabe que, además de hermosas, esas tierras son de excelente calidad para la producción de la caña de azúcar, de maderas, tabaco, cacao, café, ganados. En los últimos 50 años la imagen de la riqueza del Caribe se multiplicó, pues se vio que además de cacao, café, tabaco y caña de azúcar, allí había criaderos casi inagotables de petróleo, de bauxita, de hierro, de níquel, de manganeso y de otros metales valiosos.

Tan pronto se conoció la calidad y la riqueza de esas tierras se despertó el interés de los imperios occidentales por establecerse en ellas. Cada imperio quiso adueñarse de una o más islas, de alguno o de varios de sus territorios, a fin de producir allí los artículos de la zona tropical que no podían producir en sus metrópolis o a fin de tener el dominio de sus depósitos de minerales y de las comunicaciones marítimas entre América y Europa.

La historia del Caribe es la historia de las luchas de los imperios contra los pueblos de la región para arrebatarles sus ricas tierras; es también la historia de las luchas de los imperios, unos contra otros, para arrebatarse porciones de lo que cada uno de ellos había conquistado; y es por último la historia de los pueblos del Caribe para libertarse de sus amos imperiales.

Si no se estudia la historia del Caribe a partir de este criterio no será fácil comprender por qué ese mar americano ha tenido y tiene tanta importancia en el juego de la política mundial; por qué en esa región no ha habido paz durante siglos y por qué no va a haberla mientras no desaparezcan las condiciones que han provocado el desasosiego. En suma, si no vemos su historia como resultado de esas luchas no será posible comprender cuáles son las razones de lo que ha sucedido en el Caribe desde los días de Colón hasta los de Fidel Castro, ni será posible prever lo que va a suceder allí en los años por venir.

La conquista del Caribe por parte de los muchos imperios que han caído sobre él causó la casi total desaparición de los indígenas en la región y la desaparición total de ellos en las islas, y causó, desde luego, las naturales sublevaciones de unos pueblos que se negaban a ser esclavizados y exterminados en sus propias tierras por extraños que habían llegado de países lejanos y desconocidos. Esa conquista provocó la llegada a la fuerza y la subsiguiente expansión demográfica de los negros africanos, conducidos al Caribe en condición de esclavos, y originó sus terribles y justas rebeliones, que produjeron inmensas pérdidas de vidas y bienes. Las actividades de los imperios han provocado guerras civiles y revoluciones que han trastornado el desenvolvimiento natural de los países del Caribe, y ese trastorno ha impedido su desarrollo económico, social y político.

Algunas de las revoluciones del Caribe, como la de Haití y la de Venezuela, dieron lugar a matanzas que asombran a los estudiosos de tales acontecimientos, y desataron fuerzas que operaron o se reflejaron en países lejanos. La violencia con que han luchado los pueblos del Caribe contra los imperios que los han gobernado da la medida de la fiereza de su odio a los opresores. Los pueblos del Caribe han llegado en el pasado, y sin duda están dispuestos a llegar en el porvenir, a todos los límites con tal de verse libres del sometimiento a que los han

sujetado y los sujetan los imperios. Sólo si se comprende esto puede uno explicarse que Cuba haya venido a ser un país comunista.

Lo que cada pueblo puede dar de sí, económica, política, culturalmente, viene determinado por lo que ha recibido en el pasado, por la calidad de las fuerzas que lo han conformado e integrado. Las fuerzas que han actuado y están actuando en el Caribe han sido demasiado a menudo ciegas, crueles y explotadoras. Nadie puede esperar que los pueblos formados e integrados por ellas sean modelos de buenas cualidades.

Estados Unidos fue el último de los imperios que se lanzó a la conquista del Caribe, y a pesar de que sus antecesores les llevaban varios siglos de ventaja en esa tarea, han actuado con tanta frecuencia y con tanto poderío, que poseen total o parcialmente islas y territorios que fueron españoles, daneses o colombianos. Hasta en la Cuba comunista mantienen la base naval y militar de Guantánamo.

Además de usar todos los métodos de penetración y conquista que usaron sus antecesores en la región, Estados Unidos puso en práctica algunos que no se conocían en el Caribe, aunque ya los habían padecido, en el continente del norte, España en el caso de las Floridas y México en el caso de Texas. En el Caribe nadie había aplicado el método de la subversión para desmembrar un país y establecer una república títere en lo que había sido una provincia del país desmembrado. Eso hizo Estados Unidos con Colombia en el caso de su provincia de Panamá.

Lo que da al episodio panameño de la política imperial norteamericana en el Caribe un tono de escándalo sin paralelo en la historia de las relaciones internacionales, es que Panamá fue creada república mediante una subversión organizada y dirigida por el presidente de los Estados Unidos en persona, y lo hizo no ya sólo para tener en sus manos una república dócil, por débil, sino para disponer en provecho de su país de una parte de esa pequeña república. Esa parte –la llamada zona del canal– fue dada a Estados Unidos por los panameños en pago de los servicios prestados por el gobierno de Theodore Roosevelt en la tarea de desmembrar a Colombia y de impedirle defenderse. En la porción de territorio obtenido en forma tan tortuosa construyeron los norteamericanos el canal de Panamá y establecieron la llamada Zona del Canal. Esa zona es, a ambos lados y a todo lo largo del canal, una base militar. Además, el canal es propiedad de una compañía comer-

cial, la cual, a su vez, es propiedad del gobierno de Estados Unidos. Es difícil concebir un procedimiento más audaz para violar las normas de las relaciones internacionales. Arrebatar a un país una provincia y crear en esa provincia una república para obtener de ésta una porción, que además la corta por la mitad, era algo que el mundo no había visto antes. Su antecedente –el caso de Texas– no llegó a tanto.

Estados Unidos inició en el Caribe la política de la subversión organizada y dirigida por sus más altos funcionarios, por sus representantes diplomáticos o sus agentes secretos; y ensayaron también la división de países que se habían integrado en largo tiempo y a costa de muchas penalidades. El mundo no acertó a darse cuenta a tiempo de los peligros que había para cualquier país de la Tierra en la práctica de esos nuevos métodos imperiales, y sucedió que años más tarde la práctica de la subversión se había extendido a varios continentes y el procedimiento de dividir naciones se aplicaba en Asia. Donde durante largos siglos había habido una China, donde había habido una Corea y una Indochina, acabó habiendo dos Chinas, dos Coreas, dos Vietnam, cada una en guerra contra su homónima.

Después de la guerra mundial de 1914-1918, los líderes más sensibles a la opinión pública –lo mismo en Europa que en Estados Unidos– comenzaron a aceptar la idea de que había llegado la hora de poner fin al sistema colonial, tan en auge en el siglo XIX. Se pensaba, con cierta dosis de razón, que la enorme matanza de la guerra se había desatado debido principalmente a la competencia entre los imperios por los territorios coloniales. Al terminar la segunda guerra –la de 1939-1945– comenzaron las de Indochina y Argelia, lo cual reforzó la posición anticolonialista de pueblos y gobiernos en todo el mundo. En consecuencia, Francia e Inglaterra, grandes imperios tradicionales, iniciaron la política de la descolonización, que alcanzó al Caribe algunos años después.

La descolonización comenzó a ser aplicada en territorios ingleses del Caribe, y en cierta medida también en las islas holandesas y francesas; y lógicamente nadie podía esperar que después de iniciada esa etapa, nueva en la historia, volverían a usarse los ejércitos para imponer la voluntad imperial en el Caribe.

Pero volvieron a usarse.

Cuando se produjo la revolución dominicana de 1965, y con ella el desplome del ejército de Trujillo –que era una dependencia virtual de las fuerzas armadas norteamericanas–Estados Unidos desafió la opinión pública mundial, olvidó más de 30 años de lo que ellos mismos habían llamado política del Buen Vecino y Alianza para el Progreso, resolvió violar el pacto múltiple de no intervención que habían firmado libremente con todos los países de América, y desembarcó en Santo Domingo su infantería de Marina.

Santo Domingo es un país del Caribe y el Caribe seguía siendo en el año 1965 una frontera imperial, la frontera del imperio americano. Esa circunstancia justificaba a los ojos del poder interventor –y de muchos otros poderes– la intervención norteamericana en Santo Domingo. Pues una frontera –como se sabe– es una línea que demarca el límite exterior de un país, y todo país tiene derecho a defenderse si es atacado. Y pues Santo Domingo es parte de la frontera imperial, a los ojos del imperio y de sus partidarios era lógico y justo que ese pequeño país padeciera su sino de tierra fronteriza.

Claro que sería ridículo ponerse a pensar, siquiera, cómo se hubieran desarrollado los pueblos del Caribe de no haber sido las víctimas de los imperios que han operado en ese mar de América. Si España no hubiera descubierto y conquistado el Caribe, y si no hubiesen intervenido allí los ingleses o los franceses o los portugueses, ¿qué rumbo habrían tomado esos pueblos?

Pero es el caso que la historia se hace, no se imagina, y España llegó al Caribe, y con ella los hombres, la organización social, las ideas, los hábitos y los problemas de Occidente. Uno de esos problemas, el que más ha afectado la vida del Caribe, fue la lucha entre los imperios, su debate armado dirigido a la conquista de tierras nuevas y a su explotación mediante el uso de esclavos y a través del mando rígido, en lo político y en lo militar, de los territorios conquistados. Los esclavos podían ser indios, blancos o negros. Inglaterra usó en las islas de Barlovento esclavos blancos, irlandeses e ingleses, mantenidos en esclavitud bajo la apariencia de "sirvientes" (*white servants*). Estos esclavos blancos se comportaban en horas de crisis igual que los indios y los negros; se ponían de parte de los que atacaban las islas inglesas o simplemente peleaban por conquistar su libertad. Por ejemplo, cuando

la isla de Nevis fue atacada por una flota española en septiembre de 1629, los llamados "sirvientes" que formaban parte de la milicia colonial inglesa desertaron y se pasaron a los españoles a los gritos de "¡Libertad, dichosa libertad!"; y en otros casos se comportaron en igual forma o en franca rebeldía.

Decíamos que España llegó al Caribe; tras España llegaron Francia, Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Escocia, Suecia, Estados Unidos, y trataron de llegar los latvios; y fueron llevados negros africanos; y los indios arauacos, los ciguayos, los siboneyes, los guanatahibes y tantos otros de los que habitaban las grandes Antillas fueron exterminados; y los caribes pelearon de isla en isla, a partir de Puerto Rico hacia el sur, con tanto denuedo y tesón que todavía en 1797 atacaban a los ingleses en San Vicente. En el siglo XIX se llevaron a Cuba, como semiesclavos, indios mayas de Yucatán, chinos de las colonias portuguesas de Asia; a Trinidad y a otras islas inglesas llegaron miles de chinos y de hindúes.

Todo ese amasijo de razas, con sus lenguas y sus hábitos y tradiciones y las medidas políticas, a menudo turbias, que hacían falta para mantener el dominio sobre ese amasijo, tenían necesariamente que producir lo que ha sido y es –y lo que sin duda será durante algún tiempo– el difícil mundo del Caribe: un espejo de revueltas, inestabilidad y escaso desarrollo general.

Sin embargo el observador inteligente se fijará en que no todos los países del Caribe son ejemplos extremos de inestabilidad, y se preguntará por qué sucede así. En el Caribe hay países cuyos grados de turbulencia son distintos. Veamos el caso de Costa Rica.

A menudo se alega que Costa Rica es más tranquilo y más organizado que sus vecinos de la América Central, que Santo Domingo, Haití, Venezuela o Cuba, debido a que su población es predominantemente blanca, lo que no sucede en los países mencionados. Pero entonces habría que preguntarse por qué los ingleses tuvieron una revolución sangrienta en el siglo XVII; por qué los franceses produjeron la espantosa revolución de 1789 y las revueltas de 1830 y 1844 y el alzamiento de la Comuna en 1870; por qué los norteamericanos hicieron la revolución contra Inglaterra y la guerra civil del siglo XIX; por qué Alemania ha iniciado las mayores turbulencias de Europa, esto es, las guerras de 1870, de 1914 y de 1945, y por qué se organizó allí el nazismo,

con su secuela de millones de judíos horneados hasta la muerte. Todos ésos eran y son países blancos, y además están entre los más civilizados del mundo. (En Estados Unidos había negros, pero no desataron ninguna de las dos revoluciones norteamericanas y ni siquiera participaron en ellas.) Si la inestabilidad de los países del Caribe tuviera algo que ver con la presencia de sangre negra o de otros orígenes en la composición de sus pueblos, habría que hacer una pregunta que seguramente ninguno de los imperios podría contestar. La pregunta es ésta: ¿quién llevó a los negros, a los chinos y a los hindúes al Caribe? Los llevaron los imperios. Luego, si se aceptara la tesis de que las sangres mezcladas producen pueblos incapaces de vivir civilizadamente, los imperios tendrían la responsabilidad por lo que ha estado sucediendo y por lo que sucederá en el Caribe.

El observador inteligente que haya advertido la diferencia que hay entre Costa Rica y sus vecinos de la región, observará que a Costa Rica no ha llegado nunca un ejército imperial, ni siquiera el español; de manera que por azares de la historia, aunque el imperialismo en su forma económica –y con sus consecuencias políticas– ha estado operando en Costa Rica desde hace casi un siglo, ese pequeño país del Caribe se ha visto libre de los gérmenes malsanos que deja tras sí una intervención militar extranjera. Costa Rica es un pueblo que se formó a partir de un pequeño núcleo de españoles, establecido en el siglo XVI en un territorio que se mantuvo aislado largo tiempo, y la formación del pueblo costarricense no fue desviada, por lo menos en sus orígenes, por intromisión de poderes militares de los imperios.

En el extremo opuesto, en cuanto a causas, se halla Puerto Rico. Puerto Rico no se rebeló contra España. En 1898, Puerto Rico pasó a poder de Estados Unidos sin que su pueblo hiciera ningún esfuerzo ni por seguir siendo español ni por ayudar a la derrota de los españoles. La isla pasó de un imperio a otro como si a su pueblo le tuviera sin cuidado ese cambio. Sin embargo, en Puerto Rico había habido conspiraciones contra el poder español, aunque no pasaron de ser obra de grupos muy pequeños; y ha habido luchas contra los Estados Unidos, pero también llevadas a efecto por sectores pequeños y tardíamente, cuando ya era imposible desafiar con probabilidades de éxito el poderío imperial norteamericano.

Los puertorriqueños lucharon bravíamente por España en los días de Drake, de Cumberland y de Henrico, cuando ingleses y holandeses quisieron arrebatarle la isla a España. Ahora bien, España convirtió a la isla en una fortaleza militar, un bastión de su imperio que era prácticamente inexpugnable, como puede verlo cualquier viajero que vaya a Puerto Rico y se detenga frente a los poderosos fuertes que defendían San Juan. El puertorriqueño no podía rebelarse porque vivía inmerso en un ambiente de poder militar que lo paralizaba. A su turno, los norteamericanos hicieron lo mismo. Puerto Rico quedó convertido en una formidable base militar de Estados Unidos y resulta difícil hacerse siquiera a la idea de que ese poderío puede ser derrotado por los puertorriqueños mediante una confrontación armada. Sin embargo Puerto Rico ha conservado su lengua y sus hábitos de pueblo diferente al norteamericano; ha mantenido su personalidad nacional con tanto tesón que el observador sólo puede explicárselo como una respuesta a un reto. Es como si los puertorriqueños se hubieran planteado ante sí mismos el problema de su supervivencia como pueblo y hubieran resuelto que ni aun todo el poder de Norteamérica, el más grande que ha conocido la historia humana, podrá hacerles cambiar su naturaleza nacional.

Hay países del Caribe donde al parecer nunca hubo convulsiones; tal es el caso de las islas inglesas, como Jamaica, Barbados, Trinidad y tantas más. Pero cuando se entra en el estudio de su historia se advierte que las islas inglesas del Caribe fueron factorías azucareras organizadas sobre el esquema de amos blancos y esclavos negros, y que en casi todas, si no en todas, hubo sublevaciones de esclavos, y aun de "sirvientes" blancos, como hemos dicho ya. Esas sublevaciones fueron aniquiladas siempre con rigor típicamente ingles, es decir, sin llegar a los límites de la hecatombe, pero sin quedarse detrás del límite del castigo que sirviera como ejemplo. Por lo demás, en muchas de esas islas –por no decir en todas– hubo choques, a veces muy repetidos y casi siempre muy violentos, con otros poderes imperiales. De manera que la historia de esas islas no es tan plácida como suponen los que no la conocen.

Hubo otras colonias, como las danesas en las Islas Vírgenes o las de Holanda en Sotavento, que se mantuvieron –y se mantienen– en un estado de tranquilidad. Pero debemos observar que la isla más impor-

tante de las primeras y la más importante de las segundas –Santomas y Curazao, respectivamente– fueron abiertas al comercio como puertos libres casi desde el momento en que los imperios se establecieron en ellas; y esa condición de puertos libres les confirió categoría de territorios neutrales, respetados por todos los contendientes. En el caso de Santomas, vendida junto con el grupo de las Vírgenes a Estados Unidos en 1917, siguió siendo puerto libre bajo Norteamérica, y todavía lo es. De todos modos, conviene recordar que en Curazao hubo por lo menos dos rebeliones de esclavos, una en 1750 y otra en 1795, y algo parecido sucedió en Santomas, si bien no fueron realmente serias. Por lo que respecta a las otras Islas Vírgenes y a las de Sotavento, son tan pequeñas y su población fue tan escasa en los días álgidos de las luchas imperiales, que mal podían darse disturbios en ellas. Otro tanto sucede con varias islas mínimas de Holanda, Francia e Inglaterra en el área de Barlovento.

Digamos, porque es importante tenerlo en cuenta, que el lanzamiento de una fuerza militar sobre un país, grande o pequeño, es siempre la expresión armada de una crisis. Puede ser que a su vez esa crisis genere otras, pero no estamos en el caso de estudiar la cadena o las cadenas de acontecimientos desatados en el Caribe por esta o aquella agresión militar. El que se propusiera hacer la historia de una frontera imperial tan vasta y tan compleja como es el Caribe con el plan de relatar uno por uno todos los episodios de tipo económico, social, político y de otra índole que han estado envueltos en esa historia de tantos siglos, necesitaría dedicar su vida entera a esa tarea. Para la ambición del autor es bastante –y puede que sea demasiado para su capacidad– ceñirse a exponer los momentos críticos; es decir, aquellos en que se lanzó un ataque militar o se realizó la conquista de un territorio de la región o aquellos en que se obtuvo un resultado parecido con otros medios que los militares.

El solo relato de esos momentos culminantes del debate armado de los imperios en las tierras del Caribe puede parecer a menudo la invención de un novelista. En verdad, causa sorpresa recorrer la historia del Caribe en conjunto –no un episodio ahora y otro mañana, uno en este país y otro en aquél–, organizada sobre un esquema lógico. Esa historia sorprende porque ni aun nosotros mismos, los hombres y las mujeres

del Caribe, acertamos a percibirla en toda su dramática intensidad debido a que la estudiamos en porciones separadas. Es como si en medio de una epidemia que ha estado asolando la ciudad cada uno alcanzara a darse cuenta nada más de los enfermos y los muertos que ha habido en su familia.

La aparición de propósitos, voluntad y planes imperiales en países de Europa fue un hecho que obedeció a un conjunto de causas. Pero a un solo conjunto. Que ese único fenómeno producido por ese único conjunto de causas se manifestara por diversas vías no implica que tuviera varios orígenes. Hubo imperio inglés, imperio holandés, imperio francés, porque Europa –es decir, Occidente– estaba dividida en varias naciones y cada una de ellas quiso ejercer en su exclusivo provecho las facultades que le proporcionaba el fenómeno histórico llamado imperialismo. Pero como el origen de ese fenómeno era uno solo, sus resultados en el Caribe obedecían a una misma y sola fuerza histórica. El Caribe fue conquistado y convertido en un escenario de debates armados de los imperios –y por tanto, en frontera imperial– debido a que la historia de Europa produjo de su seno el imperialismo, y el imperialismo era una corriente histórica, no muchas.

En buena lógica, pues, no debe verse a ningún país del Caribe aislado de los demás. Todos surgieron a la vida histórica occidental debido a una misma y sola causa, y todos han sido arrastrados a lo largo de los siglos por una misma y sola fuerza, aunque en ciertas tierras esa fuerza hablara inglés y en otras francés y en otras español. Al verlos en conjunto, la verdadera dimensión del drama histórico del Caribe se nos presenta con una estatura agobiante; y al conocer su drama mediante una exposición organizada según las líneas profundas que lo produjeron –esto es, las líneas de las luchas imperiales– se comprende con meridiana claridad por qué en el Caribe se ha derramado tanta sangre y se han aniquilado pueblos, esfuerzos y esperanzas.

Al entrar en el ámbito de Occidente, el Caribe pasó a sufrir los resultados de las luchas europeas, y a su vez esas luchas eran batallas interimperiales. Si esas luchas, reflejadas en el Caribe, tuvieron en la región del Caribe consecuencias diferentes a las que tuvieron en Europa, ello se debió a las condiciones especiales de sus tierras que eran apropiadas para la producción de artículos que no podían obtenerse en Eu-

ropa; y también se debió al hecho de que en este o en aquel momento, tal o cual imperio no podía defender al mismo tiempo su territorio metropolitano y su territorio colonial. Pero, al cabo, ésos fueron detalles de poca importancia en una batalla de gigantes provocada por la aparición del imperialismo. El apetito imperial apareció y actuó en Europa y rebotó en el Caribe, y los efectos de su acción en el Caribe impidieron la formación natural y sana de sociedades que pudieran defenderse, a su turno, de los efectos de nuevas luchas. De todas maneras, el hecho es que todos lo países del Caribe son hijos de un mismo acontecimiento histórico, y hay que verlos unidos en su origen y en su destino.

Curiosamente, el país que llevó Occidente al Caribe –o que introdujo al Caribe en Occidente– no era un imperio en el sentido cabal del término, puesto que no lo era ni económica ni socialmente. España descubrió el Caribe y conquistó algunas de sus tierras, pero no pudo conquistarlas todas porque sus fuerzas no le alcanzaban para tanto, y no pudo defender toda la región porque España no era un imperio ni siquiera en el orden militar.

Muchas de las acusaciones que se le han hecho a España debido al comportamiento de los españoles en América se han basado en una incomprensión casi total de la situación de España en esos años, y muchos de los elogios que se han hecho acerca de la conducta del Estado español –o para hablar con más propiedad, de la corona de Castilla– en relación con los hechos de la conquista, se han debido también a la misma falta de comprensión. Para aclarar lo que acabamos de decir hay que establecer ciertos puntos de partida.

En primer lugar, España, tal como la conocemos ahora –que es tal como se conocía desde mediados del siglo XVI– no era un reino en 1492; era la suma de dos reinos: el de Castilla, cuya soberana era Isabel la Católica, y el de Aragón, cuyo rey era Fernando V. Los dos reinos estaban unidos en la medida en que lo estaban sus reyes, pero cada uno tenía sus leyes propias, su organización social, sus fondos públicos, sus cuerpos representativos. Isabel gobernaba en Castilla, no en Aragón; y Fernando gobernaba en Aragón, no en Castilla. Aragón y Castilla vendrían a tener un rey común, pero no a ser un Estado unitario, sólo cuando las dos coronas se unieran, lo que vino a ocurrir, en verdad, bajo Carlos I de España y V de Alemania; y pasaría a ser un Estado

unitario dos siglos después, bajo Felipe V, el primero de los reyes Borbones de España.

Ahora bien, de los dos reinos que había en España en los días del Descubrimiento, el que tenía poder sobre América –y el Caribe– era Castilla. Fue Castilla quien descubrió, conquistó y organizó el nuevo mundo; y ese nuevo mundo fue organizado a imagen y semejanza de su conquistador y organizador. A tal punto fue Castilla la que llevó a cabo esa tarea y la que tenía poderes sobre el nuevo mundo, que en los primeros 30 años que siguieron al descubrimiento sólo los castellanos podían ir a América; los aragoneses –entre los que se hallaban los catalanes, los valencianos, los murcianos y los vasallos de Fernando V en otras regiones europeas, como Nápoles y las dos Sicilias–, podían pasar a América si obtenían dispensas reales; es decir, si se les concedía un privilegio para pasar al Nuevo Mundo; pues en lo que tocaba a América, un súbdito del reino de Aragón era igual a un extranjero.

Pues bien, de esos dos reinos que había en España al final del siglo XV, Castilla era el más retrasado en el orden de la evolución social; y esto tiene que ser explicado brevemente.

Lo sociedad europea, de la que Castilla y Aragón eran parte cuando se produjo el Descubrimiento, había perdido sus formas económicas y sociales al quedar liquidado el Imperio de Roma, y se reorganizó lenta y trabajosamente dentro de las formas de lo que hoy llamamos, tal vez de una manera burda, sistema feudal. De ese sistema iba a surgir un nuevo tipo de sociedad, cuyos centros de autoridad económica y social serían las burguesías locales. Pero sucedió que Castilla y Aragón –pero mucho más Castilla que Aragón– atravesaron los siglos feudales en guerra contra el árabe, lo que dio lugar a un estado casi perpetuo de tensión militar constante, y con ello se aumentó y se prolongó la importancia del noble que llevaba sus hombres a la guerra, y eso obligó a los reyes castellanos y aragoneses –pero más a los primeros que a los segundos– a conceder a sus nobles guerreros privilegios que iban perdiendo los nobles de otros países europeos.

Desde los tiempos de Alfonso X el Sabio (nacido en 1221 y muerto en 1284), la nobleza guerrera y latifundista castellana comenzó a obtener favores reales en perjuicio de los productores y los comerciantes de la lana, que fue durante toda la Baja Edad Media española el producto

más importante del comercio de Castilla. Al finalizar el siglo XV, precisamente cuando se hacía el descubrimiento de América, los reyes católicos se veían en el caso de reconocer esos privilegios que tenían más de dos siglos, porque toda la organización social de Castilla descansaba en ellos. La nobleza guerrera y latifundista castellana llegó al final del siglo XV convertida en el poder superior de la Mesta, que era la organización tradicional de los dueños del ganado lanar del país; y al tener en sus manos el control de la Mesta, esa nobleza monopolizaba en sus orígenes la producción de la lana, con lo cual impidió que se desarrollara la burguesía lanera, que había sido el núcleo más fuerte de la burguesía castellana. La burguesía lanera había luchado contra esa situación de sometimiento, pero había sido vencida, y cuando comprendió que no podía enfrentarse a la nobleza trató de convertirse a su vez en nobleza, ejemplo que siguieron otros grupos de burguesía más débiles que ella. Fue de esos núcleos de ex burgueses de donde salió la llamada nobleza de segunda o pequeña nobleza de España.

Mientras los latifundios de los nobles guerreros quedaban vinculados al hijo mayor mediante la institución del mayorazgo –lo que evitaba la partición de las grandes propiedades y aseguraba la permanencia de la nobleza al frente de ellas–, los restantes hijos de los nobles –los llamados segundones– tomaban otros canales de ascenso hacia la preeminencia social: el sacerdocio, la carrera de las armas, las funciones públicas. Pero sucedía que los que no eran nobles y aspiraban a entrar en su círculo tomaban también esos canales de ascenso. Fue esa la razón de que Castilla produjera nobles, cardenales, obispos, canónigos, guerreros, funcionarios, pero muy pocos burgueses. Y resultaba que sin tener una burguesía que supiera cómo organizar la producción y la distribución de bienes de consumo, que tuviera capitales de inversión y supiera cómo invertirlos de la manera más provechosa, era imposible que un país se convirtiera en un imperio, precisamente al finalizar el siglo XV y comenzar el XVI; es decir, cuando ya el sistema feudal había quedado disuelto en Occidente.

Debido al papel dominante que iba a tener Castilla en España, su situación de retraso económico y social se extendería a gran parte de Aragón, si bien Cataluña y Valencia conservaron núcleos de burguesía urbana, aunque no tan desarrollados como en otros lugares de

Europa. Eso es lo que explica que España apenas tuvo un Renacimiento, pues el Renacimiento fue la flor y el perfume de la burguesía italiana, y tal vez más específicamente, de la burguesía de Florencia. Todo el esfuerzo que se ha hecho, y el que pueda hacerse en el porvenir, por presentar el descubrimiento y la conquista del nuevo mundo como el producto de un Renacimiento español, carecen de base histórica. Colón es un hombre del Renacimiento italiano, pero la participación de España en el descubrimiento no tiene nada que ver con el Renacimiento; no se debió a la ciencia cosmográfica española ni a la organización marítima de Castilla ni a la superioridad de sus navegantes; no se debió a la riqueza del reino de Isabel y ni siquiera a la de los reinos unidos de Castilla y Aragón. La causa es de otro orden.

Cristóbal Colón llegó a España a pedir que se le ayudara a buscar un camino corto y directo hacia la India –no a descubrir un mundo nuevo, cuya existencia no sospechaban ni él ni nadie– debido a que España era el país líder de Europa; y España era ese país líder porque Europa era un continente católico, y durante ocho siglos, en ese continente católico, España había sostenido la guerra contra el infiel, que era el árabe. Fue, pues, la misma causa que impidió el desarrollo de la sociedad española –y, sobre todo, castellana– lo que le dio la preeminencia europea, más destacada precisamente en los días en que Colón llegó a hablar con la reina Isabel; esto es, en los días en que los nobles guerreros y latifundistas de Castilla peleaban frente a los muros de Granada, última plaza fuerte del infiel en Europa.

En camino hacia la India, Colón tropezó con América, y eso no estaba ni en los planes del descubridor ni en los de Isabel y Fernando. Un puro azar había puesto sobre España una responsabilidad de dimensiones hasta entonces desconocidas en la historia. Dado el paso del descubrimiento, absolutamente inesperado. España –y en España Castilla– tuvo que dar el paso siguiente, que fue el de la Conquista. Y para eso no estaba preparado el país conquistador. No estaba preparado porque no era una sociedad burguesa, y sólo una sociedad burguesa hubiera podido explotar el imperio que había caído en manos de España; y no lo estaba, porque sin haber producido una burguesía, España –y especialmente Castilla– estaba viviendo una dualidad entre pueblo

y Estado, o lo que es lo mismo, entre los castellanos y su reina, y también entre Aragón y Castilla.

Para el hombre del pueblo de Castilla, que fue a la conquista de América, ya no regían los hábitos sociales del sistema feudal. Ese hombre quería enriquecerse rápidamente, y no era ni artesano ni burgués; no sabía enriquecerse mediante el trabajo metódico. Su conducta desordenada en tierras americanas era, pues, producto de su actitud de hijo de un intermedio entre dos épocas. Pero Isabel, que no era la reina de un estado burgués, y con ella muchos sacerdotes como Las Casas y Montesinos, tenía los principios morales de una católica sincera, y condenaba lo que sus súbditos hacían en las regiones que se iban descubriendo. Fernando, en cambio, católico y rey de un Estado en el que ya había burguesía, no podía compartir los escrúpulos de Isabel, aunque los respetara, sobre todo mientras la reina vivió.

España, pues, descubrió y conquistó un imperio antes de que tuviera la capacidad física y la actitud mental que hacían falta para ser un país imperialista; y esa contradicción histórica se acentuó con la expulsión de los judíos, ocurrida precisamente en los días del descubrimiento de América, y las posibilidades de desarrollarse más tarde a través del paso gradual y lógico de país artesanal a país industrial se perdieron con las sucesivas expulsiones de los moriscos. Así, en los esquemas socioeconómicos de España se presentó un vacío que nadie podía llenar, puesto que no había burgueses que aportaran capitales y técnicas para administrar el imperio, el Estado debió hacerlo todo, lo que explica que Fernando tuviera que ocuparse hasta de dar cédulas reales para que se enviaran ovejas, caballos y vacas a América. En ese contexto se explica el mercantilismo como una necesidad impuesta por las circunstancias históricas. La riqueza metálica y comercial tenía que ser controlada por el Estado a fin de llenar el vacío que había entre la composición socioeconómica de España y su organización imperial; y el monopolio del comercio con América es sólo un resultado natural y lógico de ese estado de cosas.

Los historiadores y sociólogos latinoamericanos que culpan a España por esas medidas, no alcanzan a darse cuenta de que España se hallaba cogida en una trampa histórica y no podía hacer nada diferente, y los escritores españoles que se empeñan en probar que América le debe

tanto y más cuanto a España, y para demostrarlo presentan un catálogo de las medidas favorables a América que tomaron los reyes católicos, no alcanzan a comprender que los reyes actuaban así porque no había diferencias entre un territorio americano y uno español. Para esos reyes y sus hombres de gobierno, América era igual a Castilla o a Aragón, no un imperio colonial destinado a enriquecer una burguesía española que no existía. Sólo podemos ser justos con los reyes de esos días si nos situamos en su época y dejamos de ver sus actos con los prejuicios de hoy.

Si el Estado español representó en el Caribe una conducta moral frente a los desmanes de sus súbditos peninsulares, se debió a que actuó adelantándose a su propio tiempo histórico. Al terminar el siglo XV y comenzar el XVI, el Estado español seguía rigiéndose por los principios religiosos que habían gobernado la Ciudad de Dios en el medioevo de Europa, y ni los reyes ni sus consejeros hubieran concebido que esos territorios de ultramar podían ser dados a compañías de mercaderes para que los usaran con fines privados, cosa que harían un siglo y un tercio después Inglaterra, Holanda y Francia. Fue Carlos V, el nieto de los reyes católicos, el primer soberano español que capituló con una firma de banqueros alemanes la conquista de una porción del Caribe; y Carlos V había nacido y crecido en Flandes, país donde la burguesía estaba muy desarrollada, punto que hay que tener en cuenta a la hora de hacer juicios sobre las relaciones de España y sus territorios de ultramar.

En el primer siglo que siguió al descubrimiento los dominios españoles en el Caribe fueron molestados por Holanda, por Inglaterra, por Francia. Pero ninguno de esos dominios le fue arrebatado a España. Las flotas españolas eran asaltadas por los corsarios holandeses, ingleses y franceses, y muchas fundaciones fueron atacadas y algunas destruidas. Sin embargo, los corsarios y los piratas no ocuparon tierras. ¿Por qué? Pues porque ni Holanda, ni Inglaterra, ni Francia eran todavía imperios en propiedad. Lo que le sucedía a España en el 1530 les sucedía también a esas naciones, que no disponían de capitales para invertir en el Caribe ni de ejércitos para desafiar el poder español. Ahora bien, esos países estaban desarrollando ya fuerzas sociales que España no había podido desarrollar –debido a su prolongada guerra

contra los árabes, como hemos dicho antes– y eso les permitiría estar, a su hora, en condiciones de actuar como imperios antes que España.

Si España hubiera dispuesto de un mercado interno capaz de consumir los productos del Caribe, o si hubiera tenido relaciones comerciales con Europa para vender esos productos en otros países, España habría desarrollado en el Caribe una burguesía francamente industrial –con las limitaciones de la época, desde luego– a base de la industria del azúcar, por ejemplo, puesto que el azúcar comenzó a fabricarse en la Española en los primeros años del siglo XVI. Pero España no tenía ese mercado. España se había adelantado políticamente a Europa y sin embargo iba detrás de ésta en el desarrollo de su organización social. Los guerreros de Castilla habían tomado el lugar de los burgueses que no se habían formado, y sucedía que los guerreros podían guerrear, pero no podían comerciar; estaban hechos a la medida de las batallas, no a la medida de las negociaciones en el mercado.

Al llegar el 1600, y a pesar de que para esa fecha había sacado de América riquezas metálicas abundantes –sobre todo de México y del Perú–, España tenía en América la organización política y administrativa de un imperio, pero no era imperio. En cambio, a esa fecha los países que aspiraban a suplantar a España en el Caribe tenían las condiciones internas indispensables para ser imperios y les faltaban las condiciones externas, esto es, el territorio imperial. Así, para el 1600 España dominaba la base exterior de un imperio pero carecía de la base interior, mientras que Holanda, Inglaterra y Francia disponían de la base interior y carecían de la exterior.

Ahora bien, la base exterior del imperio español es un concepto que no podía aplicarse al Caribe en su totalidad. Por ejemplo, fue en 1523 cuando se fundó en Venezuela el primer establecimiento de población, y fue en 1528 cuando el trono capituló por primera vez para una colonización de Venezuela. La capital de esa gobernación –la ciudad de Tocuyo– vino a ser establecida en 1546. En 1562 se estimaba que en Venezuela había sólo 160 vecinos, esto es, familias españolas; en 1607 llegaban a 740.

Las costas de Puerto Rico podían verse desde la costa de la Española y la conquista y la colonización de la Española había comenzado a fines de 1493; sin embargo, la primera expedición sobre Puerto Rico

se inició, y sólo con 50 hombres, en 1508; esto es, quince años después de haberse comenzado la conquista de la Española. Fue en 1511 cuando Diego Velázquez, colonizador de Cuba, llegó a la isla mayor del Caribe, que estaba a un paso de la Española. En 1540, la población de La Habana era de 40 vecinos casados y por casar, indios naborias naturales de la isla, 120; esclavos indios y negros, 200; un clérigo, un sacristán. Fue en 1584 cuando se fundó en Trinidad la primera población española, San José de Oruña, y Trinidad era una isla importante, la quinta en extensión de las Antillas, y estaba en el paso natural para las salidas del Orinoco y la costa venezolana del Caribe. Las pequeñas islas de Barlovento no fueron ni siquiera tocadas por España.

Si no tomamos nota de esa situación de debilidad militar y económica de España en el Caribe durante todo el siglo XVI, no será fácil comprender por qué los holandeses, los franceses y los ingleses pudieron penetrar la región y establecer allí su frontera imperial.

Tenemos, pues, que en el Caribe se dieron estas condiciones: su pobreza en oro o en otros metales, mucho más si se compara con la riqueza de México y del Perú en esos renglones, le impedía proporcionarle a España el tipo de riqueza que ella necesitaba, si se exceptúan, hasta cierto punto, los criaderos deperlas de Cubagua, Margarita y los situados frente al istmo de Panamá; poblado en varios de sus territorios por indios caribes, que lucharon durante tres siglos defendiendo sus tierras, el Caribe no se ofrecía como una región fácil de conquistar; por último, el Caribe había sido descubierto y conquistado por un país que tenía capacidad política y cierto grado de capacidad militar, pero no tenía la capacidad económica ni la capacidad social que hacían falta para desarrollar la zona como empresa colonial. Agréguese a esto que en el momento en que España debía aplicar su mayor capacidad colonizadora en el Caribe, se descubrieron México y el Perú, tierras fabulosamente ricas en metales, y España, necesitada de esos metales para suplir con ellos su falta de capital y para adquirir productos de consumo, se vio en el caso de concentrar su atención en esos países nuevos. Así, pues, el vacío de poder que mantenía España en el Caribe se acentuó de manera dramática.

Al mismo tiempo sucedía que durante el siglo XVI otros países de Europa, como Francia, Holanda e Inglaterra, acumulaban capitales,

desenvolvían su organización social, fortalecían sus poderes centrales y creaban fuerzas militares, y se desarrollaban en su seno mercados consumidores de productos tropicales.

Podemos advertir, pues, que mientras en el Caribe se formaba un vacío de poder, en Europa se creaban las fuerzas que podían llenar ese vacío. Cuando la potencia que dominaba en el Caribe –España– chocó en Europa con las que podían llenar el vacío, esas potencias acudieron al Caribe. Las fronteras españolas no estaban, en el doble sentido militar y económico, en la península de Iberia; estaban en el Caribe, y además, allí estaba el punto más débil de esa frontera. Allí era donde los nacientes imperios, que aspiraban a sustituir a España, podían obtener lo que necesitaban, tierras tropicales que se podían poner a producir con trabajo esclavo; allá era donde estaban los lugares más vulnerables en la muralla militar de España; y además esos territorios del Caribe podían servir de bases para cualesquiera planes ulteriores contra el imperio español de tierra firme.

Podemos decir con toda propiedad que fue en el siglo XVIII, pasado el 1700, cuando España comenzó a ser imperio en el Caribe, pero no ya en la totalidad del Caribe, sino en lo que le había quedado allí después de las desgarraduras hechas en sus posesiones por sus enemigos europeos. Un siglo antes de eso, del 1601 en adelante, era tanta la debilidad de España en el Caribe que al comenzar el siglo abandonó casi la mitad occidental de la Española porque no podía enfrentarse con los traficantes holandeses y franceses que operaban en la isla. A mitad del siglo estuvo a punto de perder la porción más rica de esa isla, el valle del Cibao, cuando en 1659 una columna de piratas tomó la ciudad de Santiago de los Caballeros. Al firmar la paz de Nimega en el año 1679, España no hizo reclamaciones contra la existencia de un establecimiento francés en la isla, y poco más de un siglo después le cedía a Francia la parte ocupada por ella.

En 1653 hacía 30 años que no iba a Trinidad un barco español autorizado para llevar mercancías o para sacar frutos de la isla; en 1671 el gobernador de Trinidad comunicaba al Consejo de Indias que para defender la colonia en caso de ser atacada por algún enemigo sólo disponía de 80 indios españolizados y de 80 vecinos españoles; y debemos suponer que entre esos españoles una parte importante era nacida en la isla,

puesto que hacía 30 años que no iba un buque español. En 1655 Jamaica estaba tan desguarnecida y tan escasamente poblada de españoles o criollos, que cayó con relativa facilidad en manos de los soldados ingleses que unos días antes habían sido derrotados en Santo Domingo.

Hay que tener en cuenta que esos hechos sucedían en el siglo XVII, es decir, en algunos casos a más de 150 y en otros a 200 años después de haber comenzado la conquista española. En esos tantos años no había habido en la región aumento apreciable de la población nacida en España, si no de la nacida en el Caribe. El mestizaje había comenzado muy temprano. En 1531 había en Puerto Rico 57 españoles casados con blancas y catorce con indias, y es de suponer que el número de matrimonios mixtos debía ser mayor en la Española. Los hijos mestizos eran ya criollos, como lo serían también los hijos de español y española nacidos en las Indias. Doscientos treinta y cuatro años después había en Puerto Rico 39,849 hombres y mujeres libres, entre blancos, pardos y negros, de los cuales hay que suponer que por lo menos la mitad de los blancos, una porción importante de los negros y la totalidad de los pardos habían nacido en la isla. Pero debemos observar que Puerto Rico fue convertido desde temprano en un bastión militar español, por lo cual se enviaban soldados de la península, lo que no sucedía en otros puntos del Caribe.

La afluencia de españoles peninsulares al Caribe era muy escasa en el siglo XVI. En una época tan avanzada como el siglo XVIII, cuando ya gobernaban en España los Borbones y se había adoptado una política para conservar lo que había quedado del imperio, llegaron a la Española 483 familias canarias en 44 años, esto es, entre el 1720 y el 1764. La proporción anual, como puede verse, era de once familias, y no hay que olvidar que para entonces España era efectivamente un imperio en el Caribe.

Esto quiere decir que entre 1493, cuando comenzó la conquista del Caribe, y los primeros años del 600, cuando empezó la conquista de las islas caribes por parte de ingleses, holandeses y franceses, hubo más de un siglo de posesión efectiva o legal por parte de los españoles, y en todo ese tiempo la población del Caribe creció con muy poco aporte peninsular. De esa población, una parte se rebelaba contra España porque no se consideraba española o porque consideraba que

los españoles eran enemigos. Los rebeldes eran siempre indios o negros esclavos y a veces mezcla de indios y negros. Pero otra parte se sentía española y defendía el poder español cuando éste era atacado por filibusteros o corsarios; y esa parte fue decisiva en los combates que se libraron más tarde contra ejércitos invasores extranjeros, por ejemplo, contra los ingleses en Santo Domingo y contra ingleses y holandeses en Puerto Rico.

Estamos, pues, en el caso de decir que cuando España fue realmente imperio en el Caribe, fue un imperio sostenido por los hijos de aquellas tierras, no por tropas españolas, y entre esos hijos del Caribe los había que no eran blancos. Al conocerse en Santo Domingo que España había cedido a Francia la parte española de la isla –lo que hizo mediante el Tratado de Basilea, el 22 de julio de 1795– una negra nacida en el país murió de la impresión al grito de "¡Mi patria, mi querida patria!". No puede haber duda de que al decir "mi patria" aludía a España.

Al estallar la "guerra de la oreja de Jenkins",[1] declarada a España por Inglaterra el 19 de octubre de 1739, los buques de corso armados en el Caribe y comandados y tripulados por criollos hicieron daños cuantiosos a los ingleses. Esos corsarios criollos habían estado operando desde mucho antes y siguieron operando largos años después. En esos años se destacaron capitanes corsarios del Caribe, como el llamado Lorencín, de Santo Domingo, y el mulato puertorriqueño Miguel Henríquez, de oficio zapatero, que llegó a ser condecorado por Felipe V con la medalla de la Real Efigie y armó a sus expensas una expedición para desalojar a los daneses de las Islas Vírgenes.

Eso de que las bases humanas del imperio español en el Caribe estaban fundadas en un sentimiento natural de los nacidos en el Caribe llegó tan lejos que en 1808 los dominicanos hicieron la guerra a las tropas francesas que ocupaban la antigua parte española de la isla, pero no para declararse independientes si no para volver a ser colonos españoles. Con la excepción de Venezuela y Colombia, donde había habido conspiraciones contra España, en todos los territorios españoles de la región del Caribe los pueblos daban sustento al imperio.

[1]En Inglaterra se llamó a la de 1739 "guerra de la oreja de Jenkins" porque un marinero inglés de este nombre fue llamado a declarar ante un comité de la Cámara de los Comunes acerca de la circunstancia en que, años antes, unos españoles le habían arrancado una oreja.

Pero no queríamos llegar tan lejos en el tiempo. Para lo que vamos diciendo debemos volver a los años de los 600. En ese siglo XVII todavía España no tenía, por lo menos en el Caribe, las estructuras internas de un imperio. A no ser porque los criollos de diversas razas y colores los defendieron, muchos territorios españoles del Caribe hubieran caído en manos inglesas, como cayó Jamaica y como más tarde cayó Belice y como estuvo a punto de caer la costa oriental de Nicaragua, donde los ingleses fueron dominantes hasta fines del siglo pasado.

En las luchas de los imperios en el Caribe participaron los criollos, y esto sucedió no sólo en las tierras españolas, sino también en las de ingleses y franceses. Pero la mayor decisión estuvo de parte de los criollos españoles, aunque no fueran blancos. Los defensores más tenaces del gobierno español en Jamaica fueron algunos criollos y los negros esclavos de criollos y españoles. Esos negros se mantuvieron peleando en las montañas muchos años después de que el último español había abandonado las costas de Jamaica.

En sus luchas contra el español, los indios de las islas fueron al fin vencidos y luego desaparecieron, totalmente exterminados, por lo menos como raza y cultura. Igual les sucedió a los caribes de Barlovento en su batalla de casi dos siglos con ingleses y franceses. Pero los negros africanos llevados como esclavos, y muchos de sus hijos y nietos, no se resignaron a su suerte y se convirtieron en el explosivo histórico del Caribe. Al cabo del tiempo, sobre todo en las islas donde vivieron forzados por el látigo, acabaron siendo o una parte importante o la mayoría de la población; de manera que al andar de los siglos a ellos les ha tocado o les tocará ser los amos de las tierras adonde fueron conducidos por la violencia. A ellos tiene que dedicarse un capítulo especial de la historia del Caribe, y en este libro habrá muchas páginas destinadas a sus rebeliones, algunas de las cuales –como la de Haití es una verdadera epopeya–. También, desde luego, habrá capítulos dedicados a las rebeliones indias, puesto que ellos combatieron hasta la muerte contra los imperios.

Este libro está destinado a ser sólo un recuento de las agresiones imperiales que se han producido en el Caribe, fueran hechas por grupos aislados –como piratas, filibusteros, corsarios– o por ejércitos imperiales; será además un recuento de las luchas de indios y negros

provocadas por la opresión y la explotación de los imperios; será un recuento de las agresiones hechas por los imperios a los pueblos independientes.

Para poder hacer evidentes todos los episodios de esas luchas –que son en fin de cuenta las innumerables crisis de las políticas imperiales en el Caribe– se requiere un orden, no meramente cronológico, si no imperial; es decir, un orden que se ciña al que siguió cada uno de los imperios en sus actividades por las tierras del Caribe. En el caso de los corsarios, piratas y filibusteros, eso no es fácil, dado que a menudo sus ataques no eran descritos en documentos oficiales y ni siquiera en relatos privados.

El primero de los imperios que entró en el Caribe fue España, así se tratara de un imperio a medias; el último fue Estados Unidos.

El Caribe comenzó a ser frontera imperial cuando llegó a las costas de la Española la primera expedición conquistadora, que correspondió al segundo viaje de Colón. Eso sucedió el 27 de noviembre de 1493. El Caribe seguía siendo frontera imperial cuando llegó a las costas de la antigua Española la última expedición militar extranjera, la norteamericana que desembarcó en Santo Domingo el 28 de abril de 1965.

Como puede verse, de una fecha a la otra hay 474 años, casi cinco siglos. Demasiado tiempo bajo el signo trágico que les imponen los poderosos a las fronteras imperiales.

Capítulo II

El escenario de la frontera

Entre la península de la Florida y las bocas del Orinoco hay una cadena de islas que parecen formar las bases de un puente gigantesco que no llegó a ser construido. Esas islas son a la vez las fronteras septentrionales y orientales del mar del Caribe y del golfo de México, y los nudos terrestres que enlazan por la orilla del Atlántico las dos grandes porciones en que se divide el Nuevo Mundo.

Al llegar a la isla Hispaniola, la cadena se bifurca; el extremo superior se dirige, desde la costa norte de la isla mencionada, a la costa este de la península de Florida, mientras el extremo inferior formado por Cuba, se dirige hacia cabo Catoche, en la península de Yucatán.

El extremo superior es el archipiélago de las Bahamas, formado por unas veinte islas pequeñas y más de dos mil islotes, cayos y arrecifes. En los años del descubrimiento y la conquista ese conglomerado se llamaba las Lucayas, y fue en una de sus islas donde tocó Cristóbal Colón el 12 de octubre de 1492. Por ahí, pues, comenzó la gran epopeya del descubrimiento. Como sabe todo el que tenga noticias sobre el primer viaje de Colón, el Almirante tomó posesión de la isla descubierta el 12 de octubre y pasó varios días reconociendo las vecinas. Sin embargo, ni siquiera puede afirmarse a ciencia cierta en cuál de ellas desembarcó aquel día memorable, y las relaciones que mantuvieron después los españoles con las Lucayas fueron pocas y discontinuas; a lo sumo las visitaban desde Cuba y La Hispaniola para apresar indios destinados a ser vendidos como esclavos.

Por razones que no son del caso exponer ahora, Las Bahamas no fueron consideradas en ningún momento como una parte del Caribe,

y no fueron, por tanto, territorio de la frontera imperial. Olvidadas por sus descubridores, comenzaron a ser colonizadas por Inglaterra siglo y medio después de haber sido descubiertas, y nadie llegó allí a disputarles a los ingleses sus posesiones. Así, pues, ni histórica ni cultural ni económicamente forman parte del Caribe; geográficamente, cierran la entrada nordeste del golfo de México, que a su vez es, por sus dimensiones y por razones de historia, una región peculiar de América.

Aunque México no es parte del Caribe, debemos tener en cuenta que la costa oriental de la península de Yucatán da al Caribe; y así sucede que una parte del territorio de México está integrada en el Caribe hasta el punto de que a la hora de establecer los límites del Caribe hay que mencionar esa costa de Yucatán y el canal que separa Yucatán de la isla de Cuba.

Por el norte y por el este, el Caribe queda separado del Atlántico por las Antillas, pero debemos aclarar que hay islas de las Antillas situadas dentro del Caribe, entre ellas una tan importante como Jamaica. Las tierras del Caribe son, pues, las islas antillanas que van en forma de cadena desde el canal de Yucatán hasta el golfo de Paria; la tierra continental de Venezuela, Colombia, Panamá y Costa Rica; la de Nicaragua, Honduras, Guatemala, Belice y Yucatán, y todas las islas, los islotes y los cayos comprendidos dentro de esos límites.

El mar Caribe debe su nombre a una nación de indios aguerridos que desde las márgenes del Orinoco se extendieron por gran parte de lo que hoy es el litoral de Venezuela y por el mayor número de las islas antillanas; y también, debido a que esas islas lo delimitan, es conocido como el mar de las Antillas. En algunos de los países de la América Central, no sabemos por qué, se le llama el Atlántico.

A su vez, las Antillas son mencionadas a veces como las islas del Caribe, y están divididas en el grupo de las Mayores y en el grupo de las Menores. Las Menores forman tres subgrupos, el de las Vírgenes, el de Barlovento y el de Sotavento. Pero además de esos tres subgrupos hay varias islas y muchos islotes dispersos, que o son adyacentes de una isla mayor o de un país de tierra firme, o son territorios de alguna nación europea o de Estados Unidos. Las Antillas Mayores son cuatro: Cuba, Jamaica, La Hispaniola y Puerto Rico, cada una de ellas con sus islas o sus islotes adyacentes.

Las islas antillanas, casi en su totalidad, y la tierra firme continental que da al Caribe, fueron descubiertas y exploradas por los españoles entre los años 1492 y 1518. La mayor parte de los descubrimientos y una parte importante de las exploraciones en el nivel de las costas fueron hechas por don Cristóbal Colón. En sus cuatro viajes de España a América, el Almirante no salió de la zona del Caribe. Sin embargo, con la excepción de la Española, Colón no conquistó esos territorios. Se da el caso de que estuvo en Jamaica trece meses, de junio de 1503 a junio de 1504, sin que hiciera el menor esfuerzo por asentar allí el poder español.

Tendremos que detallar uno por uno los puntos del Caribe descubiertos por España, los descubiertos y no conquistados, y sólo así podremos darnos cuenta de que la composición histórica del Caribe como frontera imperial se inicia desde los primeros días del descubrimiento y la conquista. Tierras ricas, aun las más pequeñas, o tierras propicias a ser utilizadas como bastiones militares o como puntos comerciales, necesariamente debían atraer a potencias europeas si no estaban defendidas o pobladas. Y sucedió que la debilidad intrínseca de España –el imperio sin capitales, sin mercados de consumo, sin técnica para explotar un territorio imperial– se reflejó en el abandono del Caribe, que era geográficamente la avanzada de América.

Pero veamos el caso de cada isla y de cada tierra.

Si vamos a hacer una descripción somera del Caribe para explicar qué países lo forman, y si resolvemos hacer la descripción de izquierda a derecha y de arriba a abajo, esto es, partiendo del noroeste para dirigirnos hacia el este y el sur y de ahí hacia el oeste y el norte, tenemos que comenzar por el canal de Yucatán.

Ese canal es la única vía marítima que da acceso directo del mar Caribe al golfo de México. Este único paso era lo que hacía de La Habana "la llave de toda la contratación de las Indias", como se dijo cuando se ordenó que la ciudad pasara a ser la capital de Cuba, pues como lo explicó el padre Las Casas, "es la que más concurso de naos y gentes cada día tiene, por venir allí a juntarse o a parar y tomar puerto de las más partes destas Indias"; esto es, porque ahí se reunían todos los buques que llevaban mercancías de España para la costa del golfo mexicano y para los puertos del Caribe, o los que llevaban productos del Caribe y de México para España.

El canal de Yucatán tiene unas cien millas, que ya en los tiempos de la exploración de Juan de Grijalva (1518) se recorrían en tres días. Dada esa distancia, los historiadores y los arqueólogos no se explican cómo no se extendió a Cuba la cultura maya, que produjo en la costa caribe de Yucatán ciudades tan fabulosas como Ekab, Tulum, Tancah y Xelha. Y no hay duda de que esa cultura no se extendió a Cuba, puesto que en la isla no han quedado restos que puedan identificarse con los mayas. Es probable que en los siglos en que los mayas construyeron esas ciudades en Cuba hubiera muy poca población, y que aun esa población mínima fuera, hacia el occidente de la isla, bastante primitiva.

Colón tocó en Cuba, cerca del extremo oriental de la costa norte, en el mes de noviembre de 1492, después de haber estado más de dos semanas en las Lucayas. El Almirante mandó a tierra a Rodrigo de Xerez y a Luis de Torres con encargo de que hicieran exploraciones, y los dos volvieron a dar cuenta de que habían hallado a gran número de indios "con un tizón en las manos y ciertas hierbas para tomar como sahumerios". Los europeos habían descubierto el tabaco.

Colón se detuvo en esa ocasión poco tiempo en Cuba, y a mediados de 1504 estuvo navegando frente a la costa del sur de la isla. Esta vez dedicó casi un mes a explorar el litoral y los islotes y cayos de Juana, como él la había bautizado en su primer viaje; recorrió los jardines de la Reina, que conservan todavía el nombre que él les puso, y llegó hasta la isla de Pinos, a la que bautizó Evangelista. Pero de ahí no siguió, y salió de esas aguas convencido de que Cuba era una parte de aquella fabulosa Cipango que iba él buscando, "la tierra del comienzo de las Indias y fin a quien en esas partes quisiera ir de España", según aseguró allí mismo en declaración solemne hecha ante escribano real. Fue en 1508 cuando, gracias al bojeo hecho por Sebastián Ocampo, vino a saberse que Cuba era una isla.

Cuba es la isla más grande de las Antillas y su tierra resultó ser una de las más ricas del mundo. Por otra parte, la posición de Cuba, como se vio poco después, era clave para el dominio de las rutas marítimas. ¿Cómo se explica que en una época tan avanzada como en 1508, cuando ya la Española, a pocas millas hacia el este, estaba poblada por españoles, Cuba siguiera siendo desconocida hasta el punto de que no se sabía si era parte de un continente o era una isla?

La conquista de Cuba comenzó unos veinte años después de su descubrimiento, y desde los primeros tiempos el nombre de Juana, que le había dado Colón, y el de Fernandina, que tuvo más tarde, se mezclaban con el nombre indígena que acabó prevaleciendo. Es casi seguro que ese nombre de Cuba no designaba la totalidad de la isla. Los indios de las Antillas mayores no formaban pueblos unidos; a lo más eran tribus, y debemos pensar que cada tribu denominaba el territorio que ocupaba, no el de todas las tribus. El nombre de Cuba debió ser usado por la tribu que señoreaba el lugar donde tocó Colón en noviembre de 1492.

Esto que acabamos de decir debe aplicarse a la isla que está inmediatamente después de Cuba, hacia el este. Cuando Colón preguntó por tierras que tuvieran oro, los indios de Cuba le señalaron hacia oriente y le mencionaron Haití, Babeque, Bohío. El Almirante navegó por el norte y cruzó el canal de los Vientos en el punto en que éste se desprende del canal de las Bahamas.

El canal de los Vientos separa Cuba de esa tierra llamada por los indios cubanos indistintamente Haití, Babeque o Bohío. Se trata de un canal estrecho. Desde la orilla cubana pueden verse, en días claros, las costas occidentales de la Hispaniola. Ése es el nombre que le han dado los geógrafos en el siglo XX, pero Colón la bautizó Española; después la isla se conoció como Santo Domingo debido a que el nombre de la ciudad principal se extendió a todo el territorio, y cuando los franceses pasaron a dominar la porción del oeste, se popularizó en Europa el nombre de Haití o la traducción francesa del antiguo –Saint Domingue–. Más tarde, al quedar la isla dividida en dos repúblicas –la Dominicana o de Santo Domingo al este y la de Haití al oeste–, se creó tal confusión que se consideró necesario darle un nombre que fuera al mismo tiempo diferente de República Dominicana, de Santo Domingo y de Haití; y así vino a resucitarse el nombre que le dio Colón, pero en lengua latina, de donde resultó el de Hispaniola, que había sido usado en algunos mapas del siglo XVIII.

Sobre la costa norte de la Hispaniola hay una pequeña isla –que es hoy adyacente de Haití– a la que Colón bautizó con el nombre de la Tortuga. La Tortuga jugó un papel muy importante en la historia de todo el Caribe. En su diminuto perímetro lucharon a muerte los pode-

ríos imperiales; por ahí pasó durante medio siglo la frontera imperial, y es aleccionador observar cómo en ese terroncito se acumularon fuerzas tan potentes y cómo el resultado de esa acumulación iba a afectar la vida entera de toda la región.

La Española fue descubierta por el Almirante el 5 de diciembre de 1492; allí desembarcó y allí estuvo hasta mediados de enero de 1493. Debido a que estando en la Española naufragó una de las tres carabelas del descubrimiento –la "Santa María"–, usó sus restos para construir un fuerte que llamó de la Natividad, en conmemoración del día del naufragio, y dejó en ese fuerte unos cuarenta hombres al mando de Diego de Arana y bajo la protección de un cacique indio con el que había establecido relaciones afectuosas.

La Española comenzó a ser conquistada y poblada al mismo tiempo a fines de noviembre de 1493, cuando el Almirante volvió a ella en su segundo viaje. Colón volvía con 17 buques –catorce carabelas y tres naos de gavia–, más de 1,300 hombres, de los cuales 1,000 iban con sueldos de los reyes y los restantes eran voluntarios. Con ese viaje, pues, nacía el imperio español, y es de buena lógica suponer que esa isla en la que nacía el imperio de España sería siempre española; sin embargo, como veremos luego, poco más de un siglo después la porción occidental de la Española sería abandonada porque España no podía defenderla contra corsarios y contrabandistas, y de tal abandono provendría la división de la isla en dos países diferentes.

Al este de la Hispaniola está el canal de la Mona, nombre que recibió de una pequeña isla situada en su centro. En esa islita estuvo Colón cuando, en un paréntesis de su segundo viaje, anduvo explorando por Jamaica y Cuba. Cinco años después, La Mona fue donada a su hermano Bartolomé, que no llegó a establecerse en ella. La Mona es hoy una adyacencia de Puerto Rico, y debemos convenir que ni económica ni militarmente tenía importancia para España en los días del Descubrimiento, puesto que era difícil que una potencia enemiga de España pudiera tomarla y retenerla, hallándose, como se hallaba, en medio de la Española y Puerto Rico y a corta distancia de las dos.

Puerto Rico fue descubierta por Colón el 19 de noviembre de 1493, cuando iba hacia la Española en su segundo viaje. El Almirante tocó en un puerto situado en el ángulo noroeste de la isla y estuvo allí has-

ta el día 22. Fue él quien bautizó la isla con el nombre de San Juan Bautista, que pasó a ser luego unas veces Bautista y otras San Juan, hasta que al fin Fernando el Católico la llamó San Juan de Puerto Rico, con lo que vino a quedarse, al andar del tiempo, con el de Puerto Rico a secas. Los indios la llamaban Borinquen.

Unos siete años después de haber pasado Colón por Puerto Rico estuvo en la isla Vicente Yáñez Pinzón, quien al volver a España negoció con el rey una capitulación para colonizar allí, En 1506, sin embargo, Vicente Yáñez Pinzón vendió sus derechos sin haber vuelto a Puerto Rico, y la isla vino a ser explorada sólo en el 1508, cuando ya la Española era una colonia importante con quince años de antigüedad. Y debemos decir que lo mismo que sucede con el canal de los Vientos, el de la Mona, que separa a la Hispaniola de Puerto Rico, es estrecho; también en este caso las costas de una pueden verse desde las costas de la otra, y la existencia de La Mona en medio del canal facilitaba enormemente el corto viaje entre las dos islas.

Como España acertó a comprenderlo en el siglo siguiente, la posición de Puerto Rico la convertía, de manera inevitable, en una avanzadilla del Caribe en aguas del Atlántico, razón por la cual resultaba militarmente inestimable. Sin embargo, según hemos dicho, fue quince años después de haberse comenzado la conquista de la Española, que estaba a un paso, cuando comenzó la conquista de Puerto Rico, y durante mucho tiempo los colonos radicados en la isla no se asentaron ni en Culebras ni en Vieques, dos pequeñas islas adyacentes. A tal extremo llegó el abandono de Vieques, que fue ocupada varias veces por franceses e ingleses, como veremos a lo largo de esta historia.

Tampoco llegaron los españoles a ocupar en ningún momento el grupo de las Vírgenes, que se halla inmediatamente después de Vieques y Culebras, hacia el este. Esas Islas Vírgenes son en su mayoría pequeñas, pero han probado ser muy importantes para los imperios que las han poseído. La mayor de ellas es Santa Cruz, que está situada al sur de las restantes. Las demás son Santomás, Saint John, Tórtola, Virgen Gorda, Anegada, Jost van Dykes y una multitud de islotes y cayos. Tórtola, Anegada, Virgen Gorda, Cayo Francés, las dos Tatch –Grande y Pequeña–, la Norman, la Peter, Tobago y Pequeña Tobago –a las que no debemos confundir con la isla vecina de Trinidad, que

lleva también el nombre de Tobago–, las dos Jost van Dyke –Grande y Pequeña y varios islotes y cayos de las Vírgenes, son inglesas; las demás son norteamericanas.

Las Vírgenes fueron descubiertas por Colón en noviembre de 1493, mientras iba hacia la Española. En la de Santa Cruz mandó hacer un reconocimiento y supo que los caribes envenenaban las flechas con que combatían, y de esa isla se llevó algunos caribes con la esperanza de que aprendieran el español y sirvieran más tarde como intérpretes.

Algunas de esas Islas Vírgenes no tienen agua dulce, excepto la que pueden almacenar en las lluvias, que a veces están años sin caer; y a pesar de ese serio inconveniente, varias de ellas han sido importantes como parte de la frontera imperial, en ocasiones porque han servido de trampolín para la conquista de otras, en ocasiones porque fueron convertidas en activos centros comerciales. Los caribes conocían el valor de esas Islas Vírgenes como sitios de paso para atacar a los pueblos arauacotaínos de Puerto Rico y la Española. Una de esas islas, la situada más al norte –y al mismo tiempo más al este– es la llave de entrada al canal de la Anegada, que comunica el Atlántico con el Caribe. El canal lleva el nombre de la isla.

A partir del canal de la Anegada, la cadena de islas se dirige al sur, hacia las bocas del Orinoco; al principio forma un nudo que se cierra en Monserrate y luego toma el aspecto de un arco que va a terminar en Trinidad. El arco sólo queda roto por Barbados, que se sale de la línea en dirección este.

Todas esas islas, a partir de Sombrero, que es la que se encuentra en el borde sureste del canal de Anegada, hasta Trinidad, forman el grupo de Barlovento.

Las islas de Barlovento –si no todas, casi todas– fueron descubiertas por Colón. Las que se encuentran entre San Martín y Dominica lo fueron en su segundo viaje, es decir, en noviembre de 1493. La que está situada inmediatamente después de Sombrero, hacia el sureste, es Anguila; al sur de Anguila, pero a una distancia muy corta, se halla San Martín, desde donde Colón varió rumbo hacia el oeste, con lo que fue a dar a Santa Cruz. San Martín es una pequeña isla repartida desde hace siglos entre Francia y Holanda, y tiene al sureste la pequeña isla francesa de San Bartolomé, que fue colonia de Suecia, y algo más

lejos, hacia el sur, la holandesa de Saba. Al sureste de Saba se encuentran la diminuta San Eustaquio, holandesa, y la antigua San Cristóbal, llamada hoy Saint Kitts.

Esta Saint Kitts, y la muy pequeña Nevis, que le queda al lado, formaron una unidad histórica desde que empezaron a servir de base para la conquista de posiciones en el Caribe por parte de franceses e ingleses. La importancia de Saint Kitts y Nevis en los primeros tiempos de la frontera imperial es sólo superada por la de la Tortuga y acaso igualada por la de Barbados.

Hacia el este de Saba está Barbuda –a la que no hay que confundir con Barbados, situada mucho más al sur–, y al sur de Barbuda y al este de Saint Kitts se halla Antigua. Al sur de Antigua y al sudeste de Nevis está Monserrate, que como hemos dicho, cierra el nudo formado por las islas que están al borde del canal de la Anegada. Todas las islas mencionadas en este párrafo son inglesas.

Al sureste de Montserrat se encuentra Guadalupe. Después de Trinidad, Guadalupe es la mayor de las islas de Barlovento. Junto con Marigalante –que le queda al sureste–, los islotes de los Santos y la Deseada, San Bartolomé y la mitad francesa de San Martín, forman un departamento francés de ultramar. Guadalupe fue descubierta por Colón en el tantas veces mencionado viaje de noviembre de 1493. Fue en esa isla donde Colón y los españoles conocieron a los caribes, los indios que dieron nombre al mar y a toda la región bañada por él. Además de conocer su existencia, supieron que eran caníbales porque hallaron cabezas y miembros humanos puestos al fuego, cociéndose al agua, y hallaron también muchos huesos mondos de hacía tiempo, que sin duda habían pertenecido a hombres sacrificados para ser comidos en banquetes rituales. Esto indicaba que Turuquerie –nombre indígena de la isla– era una base de los caribes; que desde allí partían a sus expediciones de guerra a otras islas y allí retornaban con sus prisioneros y con las mujeres apresadas, a las cuales no mataban. El Almirante y sus compañeros notaron también que la isla estaba muy poblada, que las viviendas eran mejor construidas que en Marigalante y Dominica, donde acababan de estar; que los naturales de Guadalupe usaban telas buenas y muebles vistosos. Pero lo que les afectó fue el canibalismo. Y sobre esa experiencia de Gua-

dalupe se fundamentó la teoría –aprobada más tarde por el Rey Fernando– de que los caribes debían ser esclavizados porque no tenían alma, puesto que comían carne humana. Como era de esperar, la autorización real para apresar y vender a los caribes dio pie para que los indios que no eran caribes fueran apresados y vendidos como caribes, lo que a su turno provocó muchas sublevaciones de indios en toda la región del Caribe.

Marigalante fue descubierta por Colón en noviembre de 1493. La pequeña isla se llamaba Ayai en la lengua de sus pobladores indios, y Colón le dio el nombre que conserva todavía debido a que frente a ella se detuvo la nao capitana de la flota de 17 barcos con que él iba hacia la Española, y esa nao capitana se llamaba *Marigalante*.

Inmediatamente al sur está Dominica, llamada Caire por sus habitantes indígenas, como Colón llegó a esa isla un domingo (3 de noviembre de 1493), la bautizó con el nombre del día. Hoy es parte de la Comunidad Británica.

Desde Dominica el Almirante navegó hacia el norte. Era noviembre y noviembre es un mes de maravilla en esas islas del Caribe, sobre todo en el litoral del Atlántico. La brisa es sostenida y fresca, y mantiene los aires finos y el cielo limpio. El Almirante y los 1,300 y más hombres que iban con él debían sentirse deslumbrados. Fueron navegando de isla en isla, dejándolas atrás sin percatarse de que iban dejando un vacío de poder que algún día llenarían unos imperios resueltos a destruir el imperio español.

Inmediatamente al sur de Dominica está Martinica, que habría de ser muy conocida en el mundo a través de Josefina de Beauharnais, la criolla que llegó a ser emperatriz de Francia, nacida en esa isla y conocida también por la violenta erupción de su volcán MountPelée, ocurrida a principios de este siglo. Es probable que Colón estuviera en Martinica en su tercer viaje, hecho en 1498, pero es seguro que estuvo en ella en el cuarto, con toda precisión, el 13 de junio de 1502. Martinica forma, ella sola, el otro departamento francés de ultramar que hay en el Caribe.

Al sur de Martinica se encuentra Santa Lucía, isla inglesa, más pequeña que Martinica; al sur de Santa Lucía está San Vicente, también inglesa; luego, siempre al sur, las Granadillas, que son islotes, y al final de las Granadillas, Granada, todas inglesas.

Es casi seguro que Colón vio todas esas islas en 1498, en su tercer viaje, y que las bautizó, probablemente a Granada con el nombre de la Concepción y a San Vicente con el de Asunción, y es seguro que estuvo en Santa Lucía en su cuarto viaje (1502) y que desembarcó en ella al término de la travesía desde las Canarias. Santa Lucía tenía el nombre indígena de Mantinino.

Para terminar la delimitación del Caribe por el sureste, quedan Tobago y Trinidad. Tobago es una isla pequeña cuyo nombre viene de tabaco, la rica hoja descubierta por los españoles en Cuba en noviembre de 1492. Trinidad es la mayor de las Antillas de Barlovento. Trinidad y Tobago forman ahora una república de la Mancomunidad Británica. Probablemente Colón pasó junto a Tobago en su tercer viaje (1498), aunque no desembarco en ella, y estuvo en una bahía de Trinidad –nombre que él mismo le dio a la isla– el 31 de julio de ese año. De todas esas islas de Barlovento, Trinidad fue la única colonizada por España, pero tan tardíamente que –como hemos dicho antes– fue en 1584 cuando se fundó el primer pueblo español en ella, y durante más de 200 años vivió abandonada a su suerte, de manera que no debe extrañarnos que Trinidad cayera en manos inglesas en febrero de 1797.

En cuanto a Barbados, situada al este de San Vicente, no hay constancia de que fuera descubierta antes de 1627. La historia de Barbados comienza ese año, con su ocupación por un grupo de ochenta ingleses que volvían de la Guayana Británica. Desde entonces Barbados fue considerada isla inglesa, y hoy es la República de Barbados, parte también, como Trinidad, Tobago y Jamaica, de la Mancomunidad Británica.

Ahora ya estamos en el borde sur del Caribe. Ese borde es tierra firme sin cesar, desde el golfo de Paria, en Venezuela, hasta que, ascendiendo hacia el norte, llegamos a cabo Catoche, en la península de Yucatán. Todas esas tierras fueron descubiertas por España; sin embargo en ellas vamos a encontrar la zona del canal de Panamá, que es propiedad norteamericana, y encontraremos a Belice, que es territorio inglés; frente a las costas de Venezuela hallaremos las islas holandesas de Sotavento; hacia el oeste hay unas cuantas islitas de los Estados Unidos; hacia el centro, las inglesas Caimán y Jamaica, y en el extremo noroeste del Caribe, la de Cozumel, que es mexicana. Como podemos ver, en el Caribe hay muchas banderas. Es en verdad una frontera im-

perial, y en esa frontera, debatida a cañonazos, cada imperio se quedó con un botín de tierras.

En la línea de la tierra firme, la primera es Venezuela, que se llamó precisamente Tierra Firme. Cuando Colón la descubrió, la bautizó Isla Santa o Tierra de Gracia. Esto sucedió el 1 de agosto de 1498, un día después de haber descubierto Trinidad, por donde es fácil colegir que Colón llegó a Venezuela precisamente por el punto en que comienza –o termina– el Caribe, y precisamente, también, por el punto en que los indios caribes comenzaron a extenderse hacia las islas.

Que llamara Isla Santa o Tierra de Gracia a lo que hoy es Oriente de Venezuela demuestra que el Almirante no llegó a darse cuenta de que estaba en tierra continental. Anduvo por la costa unos trece días; luego vio o reconoció varias de las islas pequeñas que hoy son adyacentes de Venezuela, entre ellas Margarita, y desde luego se dio cuenta de que había llegado a un país rico, de indios mejor organizados que los de las islas, con mejores viviendas, más numerosos y con más producción agrícola.

En ese viaje, que era el tercero, Colón iba hacia la Española, y desde allí escribió al rey dándole cuenta de sus nuevos descubrimientos y enviándole la carta de navegación y el mapa que había levantado de las islas y las costas que acababa de descubrir. Se dice que en esa ocasión el Almirante no le participó a don Fernando el Católico que había visto en la Isla Santa o Tierra de Gracia hermosas perlas en manos de los indios, y que eso puso al rey en sospechas contra Colón. Pero es el caso que el rey entendió que las nuevas tierras eran ricas y autorizó a Alonso de Ojeda para que fuera a rescatar en ellas, y se cree que por orden suya se le dio a Ojeda el mapa que había enviado el infortunado descubridor.

Alonso de Ojeda era un capitán aguerrido, uno de esos españoles de los días heroicos, capaz de llevarse por delante una montaña. Había estado en la Española, a la que llegó en el viaje de 1493, y allí se había destacado en la lucha contra los indios sublevados; fue él quien con un ardid que sólo podía ocurrírsele a un soldado muy audaz hizo preso a Caonabó, el bravío cacique de la Española, a quien llevó esposado hasta el real español.

Vuelto a España, Ojeda entabló amistad muy estrecha con el obispo Fonseca, que presidía el Consejo de Indias; obtuvo licencia para el

viaje a Tierra de Gracia; armó cuatro bajeles y llevó como jefe de pilotos a Juan de la Cosa, el mejor de los navegantes de esos tiempos. Otro de sus compañeros fue Américo Vespucio, que con ese viaje conocería el hemisferio que iba a llevar su nombre.

Ojeda salió del puerto de Santa María el 20 de mayo de 1499 y fue a dar a las costas de lo que hoy es República de Guayana, la antigua Guayana inglesa, y de ahí fue remontando hacia el noroeste, cruzó ante las bocas del Orinoco, llegó a Trinidad y entró en el Caribe por el mismo punto por donde había entrado Colón un año antes. Desde luego, eso no fue una coincidencia casual, puesto que llevaba los mapas del Almirante.

La expedición había hecho tierra en Trinidad; luego estuvo en la costa de la península de Paria, donde había estado Colón, pasó a la Margarita; reconoció varios islotes y siguió navegando frente al litoral, siempre en dirección del poniente. De vez en cuando hacía desembarcos y entradas para conseguir bastimentos y para negociar con los indios. Pero cuando llegó a Chichiriviche dio con indios hostiles, que le hicieron frente y le hirieron más de 20 hombres. Buscando donde dejar esos heridos, Ojeda llegó a una isla que Vespucio llamó de los Gigantes. Según la tradición, los maltrechos compañeros de Ojeda curaron rápidamente gracias a que comieron ciertas frutillas silvestres que se daban allí en abundancia. Se dice que debido a esa cura la isla pasó más tarde a llamarse de la Curación, lo que en la lengua portuguesa de los judíos que se establecieron después en la isla pasó a ser el Curazao de hoy. Hay sin embargo base para creer que el nombre indígena de Curazao era Curacó, de donde puede haber salido el de Curación. Descubierta en agosto de 1499, Curazao vino a tener sus primeros pobladores españoles en 1527, y Margarita un año después, en 1528.

Ojeda retornó al continente, siempre arrumbando al oeste, y el 24 de agosto descubrió el lago que los indios llamaban de Coquibacoa y que nosotros conocemos por el de Maracaibo, ese fabuloso depósito de petróleo que parece inagotable. En ese lugar nació el nombre de Venezuela. Los indígenas que habitaban en el lago de Coquibacoa habían construido sus viviendas en el agua, sobre pilares, a la manera típica de los pueblos lacustres en todos los pueblos de su nivel cultural, y Américo Vespucio vio en ese poblado una especie de Venecia primitiva, por lo

que llamó Pequeña Venecia a la concentración de casas indígenas que hallaron los expedicionarios en el lugar. El nombre de Pequeña Venecia se españolizó en Venezuela y esta denominación fue extendiéndose por toda la comarca y luego por el país, hasta que vino a ser el nombre de la provincia cuando la conquista estuvo terminada.

El lago de Coquibacoa fue bautizado San Bartolomé. Ojeda no estuvo mucho tiempo en él. Siguió costeando y al llegar al cabo de La Vela, un poco al oeste, ya en la península de la Guajira, puso proa hacia la Española con sus buques cargados de indios e indias que había hecho prisioneros en su exploración.

Todavía andaban Ojeda, Vespucio y de la Cosa por el litoral de Venezuela cuando Pedro Alonso Niño, que conocía el lugar por haber acompañado a Colón en su tercer viaje, obtenía una autorización para ir a rescatar a esas tierras. "Rescatar" era el verbo de la época para la acción de comerciar. Alonso Niño se asoció en la empresa con Cristóbal Guerra, quien le acompañó en el viaje.

Siguiendo las huellas de Colón y de Ojeda, los nuevos expedicionarios fueron de sitio en sitio, costa adelante, cambiando baratijas europeas por perlas, oro –que era siempre de baja ley– y víveres. Alonso Niño sabía que para hacer buenos negocios había que tratar a los indios con afecto, y así lo hacía. Sus hombres evitaban cuidadosamente los altercados con los naturales y se mantuvieron tres meses entre Paria y Chichiriviche –que está al oeste de lo que hoy es Puerto Cabello–, pero en Chichiriviche los indios de la comarca los esperaban en son de guerra. El paso de Ojeda por allí no se olvidaba, y todo blanco era para esos indios tan odiado como Ojeda y sus compañeros.

Alonso Niño y Cristóbal Guerra no siguieron adelante; retornaron a las costas orientales, donde tan bien les había ido, y se mantuvieron por esa región rescatando perlas hasta mediados de febrero del último año de ese fecundo siglo XV, esto es, del 1500; y en ese mes de febrero pusieron proa hacia España, adonde llegaron con la fama de haber sido los únicos navegantes que habían vuelto de las Indias con las bolsas llenas. Como era de esperar, ese viaje afortunado tenía que producir un brote de entusiasmo en todos los que soñaban con rescatar oro en el nuevo mundo.

Alentado con el éxito de su viaje anterior, Cristóbal Guerra obtuvo autorización para rescatar en el mismo sitio. En cambio Vicente Yáñez

Pinzón, que estuvo en Paria pocos meses después de haber salido de Venezuela Cristóbal Guerra y Alonso Niño, no se detuvo a buscar riquezas porque no estaba enterado de los resultados que habían obtenido ahí los rescatadores. Yáñez Pinzón llegaba desde el Brasil, donde había descubierto el Amazonas, que bautizó con el nombre de Marañón, y pasaba por Paria en ruta hacia la Española. En ese viaje, como debemos recordar, el audaz navegante tocó en Borinquen.

Cristóbal Guerra aprestó su expedición y se presentó en Paria, Margarita y las costas aledañas. Le fue fácil rescatar porque había dejado buen recuerdo cuando estuvo con Pedro Alonso Niño, de manera que obtuvo buena cantidad de perlas y de oro y también palo de Brasil. Pero no le bastó con tanto y se dedicó a apresar indios para venderlos como esclavos. Al llegar a España en noviembre de 1501 se le mandó a prisión por haber esclavizado a esos indios y se le obligó a devolverlos a su lugar de origen a sus expensas.

La fama de la riqueza de la región excitaba a los hombres de acción en España. Las perlas y el oro que habían llevado Pero Alonso Niño y Cristóbal Guerra movían a personas de todas las clases a buscar autorización para ir a la Tierra de Gracia. Mientras Vicente Yáñez Pinzón navegaba por el Caribe en ruta hacia la Española y Cristóbal Guerra apresaba a esos indios que le llevarían a la cárcel, un hombre importante de Sevilla, escribano real, preparaba una expedición que iba a ser histórica. Se trataba de Rodrigo de Bastidas, que llevaría como jefe de pilotos al ya célebre Juan de la Cosa, y, además, a uno que iba a ser personaje en la historia de los descubrimientos: Vasco Núñez de Balboa.

La expedición de Rodrigo de Bastidas se hizo a la vela en Cádiz en el mes de octubre de 1500, y estaba destinada a llegar al punto más occidental tocado hasta entonces por los españoles; además de eso, Bastidas sacó de ese viaje beneficios cuantiosos, más que ningún otro explorador de los que le habían precedido.

Entre Guadalupe y el litoral de Venezuela, la expedición de Bastidas llegó a una isla que fue bautizada con el nombre de Verde, y que debe ser alguna de las que ahora se llaman de Sotavento; hizo escala en ella y siguió a poco hacia occidente; pasó el cabo de La Vela, último punto que había tocado Ojeda; reconoció el litoral de lo que hoy son Santa Marta, Barranquilla y Cartagena; estuvo en las pequeñas islas

de frente a esa costa y penetró en el golfo de Urabá para hacer después rumbo al norte, con lo que costeó las orillas del istmo de Panamá hasta el lugar que llamó Escribano, sin duda en homenaje a su profesión. Bastidas salió de las costas del istmo de Panamá en marzo de 1501 rumbo a la Española.

A Escribano llegaría Colón el 20 de noviembre de 1502, aunque navegando en sentido contrario de Bastidas, esto es, llegando desde occidente. Y también –curiosa coincidencia– de ahí se devolvería. Colón, que ignoraba que el lugar había sido reconocido y bautizado por Bastidas, le llamó Retrete; hoy se le conoce por Nombre de Dios.

Los historiadores de aquellos días, entre ellos el padre Las Casas, afirman que Rodrigo de Bastidas era bueno, que no abusaba de los indios. Pero es el caso que al llegar a la Española llevaba indios apresados en su viaje, y por ésa y por otras razones, el comendador Francisco de Bobadilla, que había tenido el penoso privilegio de hacer preso a Colón y de enviarlo a España encadenado, detuvo a Bastidas y le inició proceso. Así, mientras Bastidas gastaba parte de la fortuna que le produjo el viaje en diligencias judiciales y en mantener en buen estado sus buques mientras esperaba en la Española una sentencia absolutoria, las nuevas de los buenos rescates que había hecho llegaban a España y soliviantaban los ánimos de los que ambicionaban ganar riquezas en las Indias.

Entre los ánimos soliviantados estaban los de dos veteranos; uno de ellos era Alonso de Ojeda, que debía maldecir la mala suerte que tuvo en esa misma tierra donde tan buena la tuvo Bastidas; el otro era don Cristóbal Colón, que al oír detalles de la travesía de Bastidas quedó convencido de que el paso hacia Cípango estaba por el sitio que había recorrido el sevillano.

Antes de que Rodrigo de Bastidas pudiera salir de la Española, donde Bobadilla le mantenía empleitado, Alonso de Ojeda obtuvo de su amigo el obispo Fonseca el nombramiento de gobernador de Coquibacoa, con sueldo de la mitad de cuanto se rescatara, si el rescate pasaba de 300,000 maravedíes al año.

Tan pronto recibió el nombramiento, Ojeda se dedicó a buscar medios para organizar una expedición, y logró hacerse de cuatro naos, con las cuales salió de Cádiz en enero de 1502. En marzo se hallaba en

Paria rescatando perlas, ropa de algodón y víveres. Todavía a esa altura los conquistadores no se habían dado cuenta de que la isla de Cubagua, a poca distancia hacia el poniente de Margarita, tenía en sus mares riquísimos criaderos de perlas, y se conformaban con obtener las perlas de los indios de Paria a cambio de baratijas europeas. Ojeda iba rescatando perlas, como hemos dicho.

Pero la naturaleza violenta de Alonso de Ojeda no podía conformarse con la mera y pacífica actividad comercial. Eso estaba bien para hombres de ánimo tranquilo, como Pedro Alonso Niño y Rodrigo de Bastidas; Alonso de Ojeda era un capitán de guerra, y cierto día, bajo la especie de que necesitaba víveres y los indios no se los llevaban, organizó una emboscada en la que dio muerte a numerosos indios, hombres y mujeres, y apresó a varios, entre ellos unas cuantas mujeres. En la acción, Ojeda perdió a un español, que por cierto era escribano. Una vez satisfecho en su necesidad de combatir, el jefe español pasó a la isla de los Gigantes o de la Curación y de ahí al golfo de la Goajira, donde fundó el pueblo de Santa Cruz, al que dotó de un fuerte para defenderlo contra ataques de los indios.

Ya en Santa Cruz, el bravío Ojeda se dedicó a organizar entradas en la comarca para cazar indios y despojarlos de lo que tuviera algún valor. Su gobernación fue tan violenta que sus propios hombres se cansaron, puesto que sin la ayuda de los naturales no era posible obtener alimentos en forma continua, y ellos no eran agricultores para sustituir a los indios en la producción de víveres. Se originaron disputas, dimes y diretes, y al fin un día los subalternos de Ojeda le hicieron preso, lo metieron a bordo de uno de los barcos y lo llevaron a la Española.

Ojeda había salido para ese viaje infortunado en enero de 1502, según habíamos dicho. Pues bien, casi inmediatamente después, el 15 de mayo del mismo año, salía de Cádiz Don Cristóbal Colón con cuatro navíos, unos 150 hombres, su hermano Bartolomé y su hijo Fernando, que era entonces un mozo de apenas catorce años. Era el cuarto y último viaje del Almirante de la Mar Océana, título que nos suena hoy como un sarcasmo inexplicablemente Solemne.

Colón llevaba instrucciones reales de no ir a la Española a menos que tuviera necesidad imperiosa; es decir, en términos marineros de hoy, sólo se le permitía llegar de arribada forzosa. Pero Colón amaba

esa isla con una pasión que lo arrastraba; se sentía atado a ella, creía que era su propiedad; de manera que a pesar de la recomendación del rey se dirigió a la Española, después de haber tocado en Santa Lucía, como hemos dicho antes, al referirnos a las islas de Barlovento.

A la altura de 1502, la capital de la Española tenia unos pocos años de fundada; estaba en la orilla oriental del río Ozama, en el litoral del sur, y no tenía edificio alguno de consideración. Pero era la capital no sólo de la isla sino también de todas las Indias. Un poco antes de que Colón saliera en su cuarto viaje había llegado a Santo Domingo el comendador Nicolás de Ovando, designado gobernador de la Española y autoridad suprema en todas las tierras del Caribe. Como en los días de la salida de Ovando hacia la Española estaba preparándose el último viaje de Colón, el nuevo gobernador supo antes de salir que a Colón se le pediría que no llegara a la Española. Ovando llevaba órdenes de detener y de enviar a España a los personajes de la colonia que habían provocado y ejecutado la prisión del Almirante, de manera que la presencia de éste en Santo Domingo podía resultar inoportuna.

Precisamente en el momento en que la pequeña flota del Almirante surgió frente a la ría del Ozama, que era el puerto de la capital de la isla, había en él numerosos buques que se preparaban para salir hacia España, y en ellos iban detenidos esos personajes enemigos de Colón. Por eso cuando Colón envió a tierra un mensajero para pedir que se le concediera carenar uno de sus barcos, que parecía estar atacado de broma, el gobernador Ovando le mandó decir, con finura pero con firmeza, que no podía autorizar el desembarco del Descubridor.

Supo el Almirante que la flota que estaba en la ría iba a salir para España, y mandó otro mensaje a Ovando haciéndole saber que había una tempestad en puertas, que si la flota salía correría peligros serios, si no era destruida, y que él mismo pedía permiso para refugiarse en el Ozama mientras pasaba el huracán. Ovando se negó a permitir que Colón entrara en el puerto y no atendió la recomendación de que se retuviera la flota destinada a España. En vista de ello el Almirante navegó un poco hacia occidente y se refugió en una amplia bahía que llamó Puerto Hermoso de los Españoles (conocida hoy como las Calderas) y allí pudo resistir el huracán, que se presentó cuando ya la flota había salido de Santo Domingo. Cogida entre el furor de las aguas y de

los vientos, la flota quedó destruida y a duras penas siguió a flote el buque en que iba Rodrigo de Bastidas, que retornaba a España en esa ocasión, libre ya de la persecución de Bobadilla. Con la flota se perdieron Bobadilla, que iba preso, y Roldán, el enemigo de Colón, y el cacique Guarionex, apresado después de haberse mantenido en rebelión algunos meses, y con ellos el oro que se le enviaba al rey.

Obligado a seguir viaje, Colón quiso dirigirse a Jamaica. Él mismo había descubierto esa isla en abril de 1494, en el viaje en que estuvo costeando por el sur de Cuba. Ya habían pasado ocho años desde que la descubrió, y Jamaica –que el Almirante había llamado Santiago estaba abandonada, sin que ningún español llegara a sus costas.

Así pues, Colón pensó llegar a Jamaica para carenar sus naves, como Dios le ayudara, pero tuvo vientos adversos, y además la tripulación, que había visto cómo se le había negado la entrada al puerto de Santo Domingo, comenzó a dar señales de poco respeto a la autoridad del Almirante. La flotilla había llegado y a a los cayos de Morante, pero Colón varió rumbo y se dirigió a Cuba. Pasó otra vez por los jardines de la reina, que había conocido en abril de 1494, y en Cayo Largo, llegando ya a la isla que él mismo había bautizado en su viaje anterior con el nombre de Evangelista (Isla de Pinos), cuarteó al sur y el 30 de julio de ese año de 1502 llegó a Guanaja, en lo que hoy es el golfo de Honduras.

La pequeña isla de la Guanaja queda al norte de lo que después sería el conocido puerto de Trujillo, y además muy cerca. Estando en la Guanaja, Colón vio unas cuantas embarcaciones indígenas que no eran las simples canoas de los arauacostaínos o de los caribes, y oyó hablar una lengua que el llamó mayano. Al recorrer en los días siguientes las islitas que estaban en las vecindades de la Guanaja se detuvo a ver una de esas embarcaciones que habían llamado su atención y encontró que era "tan larga como una galera, de ocho pies de anchura, con treinta y cinco remeros indios". La poco común embarcación iba cargada con espadas de pedernal, telas de algodón, cobre, campanas, cacao, todo lo cual le causaba asombro al Almirante. Lo que él no sabía, y murió sin saberlo, era que se trataba de naves aztecas, toltecas o mayas que recorrían esos lugares traficando, cambiando productos de los que ellos fabricaban por los que tenían otros pueblos, y que el cacao era la moneda que usaban en el comercio con sus vecinos.

Sin duda Colón supo, o sospechó, que esos indios comerciantes, que a la vista pertenecían a una cultura superior a la que prevalecía en las islas, llegaban a la Guanaja desde el occidente, o tal vez desde el norte. ¿Cómo se explica que después de haberlos conocido prefiriera seguir viaje hacia el este en lugar de ir hacia el sitio de donde ellos llegaban? Volviendo atrás podría conocer a ese pueblo rico y civilizado que él había llamado mayano.

Pero sucedía que Colón estaba buscando la salida hacia la fabulosa Cipango; iba hacia el punto adonde había estado Rodrigo Bastidas, porque en su opinión, por ahí estaba el paso que daría al mar de Cipango o a las fronteras de ese reino tan soñado.

En ese mes de agosto de 1502, el Almirante se hallaba en el límite extremo del poniente a que había llegado nunca un europeo. Nadie había ido tan al oeste como él. Se encontraba casi diez grados hacia el oeste del sitio a que había llegado Bastidas antes de poner rumbo hacia la Española, esto es, antes de volver atrás. Y estaba cerca de las tierras donde se había desarrollado una de las grandes culturas del nuevo mundo, la de los pueblos mayas. Si hubiera resuelto seguir navegando hacia occidente, esto es, mantener el rumbo que le había llevado hasta la Guanaja, hubiera ido a dar necesariamente a las costas de Yucatán porque se habría visto forzado a virar al norte. Pero el Almirante iba en busca de Cipango, y pondría proa al este.

Hizo esto después de haber reconocido el puerto que se llama hoy Trujillo, al que entró el día 14; el 17 llegó al río Tinto, que nombró Posesión porque allí tomó posesión de la tierra en nombre de Castilla. A poco de salir de ahí encontró calma chicha, por lo que tardó hasta el 12 de septiembre en llegar al cabo que llamó Gracias a Dios, que es hoy un punto fronterizo entre Honduras y Nicaragua. De ahí fue a dar a la boca del río Grande de Matagalpa, de ese lugar a Punta Gorda, y más adelante, a una legua tierra adentro, halló el pueblo de Cariay, cuyos habitantes vestían camisas de algodón sin mangas y llevaban parte del cuerpo pintadas con figuras en rojo y negro, y usaban el cabello trenzado sobre la frente; los jefes usaban gorros de algodón con plumas y las mujeres vestían con telas de colores y llevaban pendientes de oro y tenían agujeros en las orejas, en los labios y en la nariz. Al entrar en las casas, los españoles hallaron herramientas de pedernal y

cobre, objetos soldados y fundidos, crisoles y fuelles de pieles, que se usaban para trabajar los metales, y vieron sepulcros con cadáveres embalsamados, envueltos en tela de algodón.

La descripción de lo que vieron Colón y sus compañeros en Cariay corresponde en gran parte a un pueblo de cultura maya o azteca, lo que podemos explicarnos porque hoy se sabe que los mayas, los aztecas y los toltecas llegaron a relacionarse, largo tiempo antes del Descubrimiento, con los pueblos de la zona centroamericana.

El 5 de octubre salió de Cariay, de donde fue a dar a la bahía de Zorobabó –hoy, la del Almirante– y allí se detuvo para reconocer el litoral; pasó por la boca del río Veraguas y siguió hasta el puerto que llamó Portobelo, que ha conservado ese nombre hasta hoy. El 20 de noviembre el Almirante llegó al lugar que Bastidas había nombrado Escribano, y lo llamó Retrete. Ya hemos dicho que el nombre actual de Escribano-Retrete es Nombre de Dios.

En ese punto Colón decidió volver a poniente. No sabemos si ahí mismo o en los sitios donde había parado antes estuvo oyendo hablar de unas tierras riquísimas y cercanas, muy pobladas, con ciudades civilizadas –a su manera–, y Colón pensó que se referían a la India de sus ilusiones. Tal vez esos rumores tenían que ver con el Perú o México o con los pueblos mayas, de todos los cuales tenían algunas noticias las tribus que vivían en América Central. De cierto río que le dijeron que estaba a diez jornadas hacia el oeste, llegó el Almirante a pensar que era el Ganges.

Es el caso que volvió a tomar la ruta que había recorrido y de súbito se halló en el centro de un huracán. Puesto que ya era diciembre, ése era un ciclón tardío, fuera de época en el Caribe. Al describir esa tempestad diría que

> ojos nunca vieron la mar tan alta, fea, y hecha espuma. El viento no era para ir adelante, ni daba lugar para recorrer hacia algún cabo. Allí me detenía en aquella mar hecha sangre, herviendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fue visto tan espantoso; un día con la noche ardió como horno; y así echaba la llama con los rayos, que cada vez miraba yo si me había llevado los mástiles y velas; venían con tanta furia espantables, que todos creíamos que habían de fundir los navíos. En todo ese tiempo jamás cesó agua del cielo, y no para decir que llovía, salvo que

> resegundaba otro diluvio. La gente estaba ya tan molida, que deseaban la muerte para salir de tantos martirios. Los navíos ya habían perdido dos veces las barcas, anclas, cuerdas y estaban abiertos y sin vela.

Así, con los navíos "abiertos y sin velas" llegó hasta el río Veraguas, pero como no pudo entrar en él volvió atrás hasta la boca del río Belén, que bautizó con ese nombre porque era el día de Reyes de 1503.

Quibián, cacique de la comarca, recibió a los españoles con natural cordialidad; les ayudó en cuanto estuvo a su alcance; les proporcionó víveres; facilitó guías para que Bartolomé Colón, el hermano del Almirante, reconociera las tierras circunvecinas, en las que se halló bastante oro. Don Cristóbal resolvió fundar allí un pueblo, al que llamó Santa María de Colón, conocido también por Santa María de Belén. El pueblo fue levantado a la orilla del río, pasada la boca.

Pero es el caso que como dijo el propio Almirante, "los indios eran muy rústicos y nuestra gente muy importuna". Tal vez los indios se cansaron de que los forzaran a buscar oro y bastimentos o de que abusaran de sus mujeres, y Colón y su hermano creyeron que ese cansancio anunciaba un levantamiento, por lo que decidieron adelantarse a los indios en un ataque por sorpresa. Don Bartolomé, que era hombre de acción, hizo preso a Quibián, prendió a sus mujeres, a sus hijos y a todos sus amigos, y puso fuego a sus viviendas. Quibián logró fugarse, arrojándose al río desde la canoa en que lo llevaban, y levantó las tribus de los contornos contra los españoles. Los ataques fueron numerosos y resueltos. Comenzaron a caer españoles muertos y heridos, y sucedía que no era fácil abandonar el lugar porque el nivel del río había bajado y con ello se había cegado la boca, de manera que no era posible salir a mar abierto.

Esa situación duró bastante tiempo. Los indios atacaban y quemaban las viviendas de los españoles, y los que estaban refugiados en los bajeles eran también atacados sin cesar. Quibián y sus gentes no perdonaban la agresión que les habían hecho. Al fin, aprovechando una subida de aguas del río, Colón logró sacar a algunos buques, pero uno de ellos se quedaría perdido en el río Belén. Gracias al arrojo de Diego Méndez, que era muy leal a Colón, fue posible sacar los hombres de dos en dos y de tres en tres hasta llevarlos a los barcos.

Navegando de nuevo hacia el oriente, el Almirante llegó a Portobelo, donde tuvo que abandonar otro de los barcos que ya tenía los fondos inservibles. De Portobelo se dirigió al archipiélago de San Blas, y de esas islas, al comenzar el mes de mayo, puso proa hacia la Española. Poniendo rumbo al norte llegó a las islas Caimán, que bautizó con el nombre de las Tortugas. Las Caimán son poco más que cayos arenosos situados al sur de Cuba; alcanzan a tres y están bajo el dominio de Inglaterra. Al encontrarlas, Colón hacía el último de sus descubrimientos.

De las Caimán, el Almirante cuarteó hacia el nordeste y fue a dar a los tan conocidos jardines de la reina, de donde puso proa hacia Jamaica. Llegó a esa isla el día de San Juan de 1503 y estuvo en ella hasta el 28 de junio de 1504, trece meses completos. Cuando salió de Jamaica fue a Santo Domingo, donde paró unos días; y de ahí siguió viaje a España. Iba a morir menos de dos años después.

Con el paso de Cristóbal Colón por las islas Caimán –lo que debió suceder en junio de 1503–, quedaba prácticamente descubierto todo el Caribe. Faltarían por ser exploradas sólo las costas de lo que hoy es Belice y las de Yucatán. Esas costas yucatecas serían vistas bastante más tarde por Francisco Fernández de Córdoba, que estuvo en la Isla de Cozumel en el año de 1517.

Como podemos ver, en los primeros 25 años que siguieron al descubrimiento del nuevo mundo el Caribe quedaría reconocido en toda su extensión, y la mayor parte de la tarea del reconocimiento sería hecha en los primeros diez años. Durante todo ese tiempo, sólo los españoles actuaban en el Caribe. Al terminar el siglo XV, en el año de 1500, Alonso de Ojeda afirmó que había visto una nave inglesa merodeando por las aguas del Caribe, pero nunca hubo prueba de que se tratara de un barco extranjero, y si lo fue, no parece haber sido inglés. Hacia el norte, más allá de las Bahamas, en lo que hoy es Estados Unidos, anduvo Juan Cabot explorando a nombre del rey de los ingleses, Enrique VII. Pero el Caribe era un mar reservado a los españoles, y ningún buque de otra nacionalidad había penetrado en él en todos esos años iniciales del descubrimiento y la conquista.

Para 1517 había en el Caribe puntos poblados, una corte virreinal –la de don Diego Colón en la Española–, y una Real Audiencia en la misma isla. De manera que cuando Francisco Fernández de Córdoba desembar-

có en Cozumel, la isla mexicana del Caribe, ya las tierras y las aguas de ese mar eran una frontera imperial. Pero se trataba de la frontera de un solo imperio. Todavía no habían llegado allí otros imperios a disputarle a España la propiedad de la región. Sólo los indígenas que habían sido los dueños naturales de las islas y de la tierra firme combatían aquí y allá contra los españoles que habían llegado a despojarlos de su suelo, y pronto iban a sublevarse algunos grupos de esclavos llevados al Caribe desde África. Pues desde que se inició como frontera imperial, el Caribe estuvo regado por la sangre de los que luchaban, o bien por someter a otros, o bien por librarse de los sometedores.

España era, en los conceptos legales de la época, la dueña y señora del Caribe; lo había descubierto, lo había explorado en todos sus confines, y en ciertos puntos lo había poblado. Pero España, que era políticamente un imperio, y que tenía la autoridad legal de los imperios, carecía de la sustancia necesaria para desarrollar un imperio, y a eso se debió que a medida que descubría y exploraba en el mar de las Antillas fuera dejando tras sí islas y territorios abandonados. Y se trataba de islas y territorios ricos o susceptibles de producir riquezas. Donde quedó un punto desocupado se estableció un vacío de poder, y otros imperios correrían a llenar los muchos vacíos que dejó España en el Caribe. La frontera imperial de España sería, pues, debatida con las armas por sus rivales, y ese debate proseguiría durante siglos, hasta el día de hoy.

Capítulo III

Indios y españoles en los primeros años de la frontera imperial

El imperio español no nació el 12 de octubre de 1492. Ese día las carabelas españolas, bajo el mando de Cristóbal Colón, descubrieron tierras nunca vistas antes por ojos occidentales. Pero el descubrimiento de las diminutas islas de las Lucayas fue un hecho fortuito, no el producto de un plan imperial. Colón salió a buscar un nuevo camino hacia la India y dio con esas islas. Hubiera podido dar con otras tierras, más al norte o más al sur, y para su propósito y el de los reyes católicos –hallar la ruta que condujera a las islas de las especierías– el resultado hubiera sido el mismo: ese camino no apareció entonces.

Tampoco nació el imperio el día en que el Almirante levantó un fuerte en el borde norte de la Española y dejó en él 40 hombres. Esos hombres no eran soldados de un ejército imperial; eran tripulantes de la carabela Santa María. Su oficio era el de marinos, tal vez pescadores, y nada más. Por otra parte, no se quedaron en la Española como guarnición adelantada de un imperio sino porque en las dos carabelas que quedaron después del naufragio de la Capitana no cabían todos los que habían hecho el memorable viaje del descubrimiento; algunos tenían que quedarse mientras sus compañeros iban a España y volvían.

El imperio nació el 27 de noviembre de 1493, al llegar frente a la Española la expedición que organizó Colón, bajo la autoridad y con la ayuda de los reyes, para empezar a poblar las nuevas tierras. En ese segundo viaje iban 1,000 personas a sueldo del trono, iban más de 300 voluntarios; iban caballos, cerdos, perros, semillas e hijuelas de plantas que debían aclimatarse en el nuevo mundo. Ya no se trataba de hallar un camino hacia el Oriente; se trataba de extender España, a

través de súbditos españoles, hacia esa lejana frontera que quedaba en el oeste. Los hombres eran de varios rangos y oficios, hijosdalgo unos y otros artesanos y labriegos; y el hijodalgo llevaba su espada y el albañil llevaba su plana, el zapatero su lezna, el carpintero su martillo, el sastre sus tijeras y agujas, el agricultor su hoz.

En el momento de iniciarse el imperio español en el Caribe, todas las tierras de ese mar estaban habitadas por pueblos indios. Ellos mismos no se llamaban así. ¿De dónde, pues, procedía ese nombre? Venía de que Colón y sus compañeros salieron de España para buscar el camino de la India y creyeron haber llegado a la India, e Indias llamaron a las islas antillanas; Indias Occidentales se llamarían en varias lenguas europeas, de donde vinieron a llamarse indios los pueblos que las habitaban.

Esos pueblos se relacionaban, pero eran diferentes.

En la Española, la tierra escogida para empezar la fundación del imperio, vivían los taínos, de la rama arauaca. Los taínos se extendían por el valle del Cibao y la costa del sur. En el norte estaban los ciguayos, que probablemente habían llegado a la isla antes que los taínos. En Cuba había siboneyes, casi con seguridad una rama arauaca emparentada con los taínos; había también un pueblo denominado guanahatahibes, más primitivo que los siboneyes y taínos y quizá del mismo origen que los ciguayos de la Española. No hay a la fecha una teoría que nos explique a satisfacción quiénes eran y de dónde procedían ciguayos y guanahatahibes, pero no sería sorprendente que se tratara de tribus prearauacas llegadas a las Antillas Mayores con mucha anterioridad a taínos y siboneyes y por eso mismo menos evolucionadas.

La composición étnica de Cuba y la de la Española se repetían en Jamaica y Borinquen, y es probable que se extendiera, en menores proporciones, a otras de las islas antillanas, por lo menos antes de la llegada de los caribes. En el momento de la llegada de los españoles, Borinquen era atacada con frecuencia por oleadas de indios caribes que procedían de las islas de Barlovento. No hay constancia de que sucediera igual en la Española, Cuba y Jamaica, aunque tampoco hay razones para pensar que no ocurriera, si bien no con tanta frecuencia como en Puerto Rico.

Los pueblos indígenas estaban compuestos por muchas tribus y cada tribu tenía un nombre que las individualizaba. Algunas de esas

tribus habían llegado a ser sedentarias, esto es, llevaban tiempo en un territorio determinado cuando llegaron los españoles; otras de ambulaban de un sitio para otro, buscando dónde asentarse. Debemos tener en cuenta que aun las que llevaban años en un lugar tenían que abandonarlo si se presentaban condiciones naturales adversas, como una gran sequía, fuertes diluvios, enfermedades epidémicas; o si las obligaban a hacerlo ataques de una tribu vecina. En el transcurso del tiempo esas movilizaciones debían producir cambios por influencias de los pueblos con los que esas tribus tenían que mantener contactos o simplemente porque quedaban sometidas a otras. Eso puede haber tenido, entre varios resultados, el de que variaran los nombres de muchas tribus; el de cambios de la lengua, aunque no fueran cambios fundamentales; el de cambios de hábitos, por ejemplo, el de guerreros a menos pacíficos o a pacíficos. Así, en el muy complejo y numeroso pueblo caribe hubo tribus guerreras y pacíficas, agricultoras y pescadoras, navegantes y de tierra, sedentarias y trashumantes. Y es probable que dentro del área ocupada por los caribes vivieran tribus de otros pueblos, lo cual venía a dificultar el conocimiento de los pueblos indios por parte de los españoles del descubrimiento.

El pueblo arauaco, pongamos por caso, cuya rama taína vivía en las Antillas Mayores, debió proceder del mismo sitio de donde procedían los caribes, esto es, el territorio de lo que hoy es Venezuela; y debió llegar a las islas antillanas del norte usando el mismo camino que usaban los caribes para ir apoderándose de las islas más pequeñas. Irían seguramente navegando en sus piraguas o canoas y pasando de isla en isla hasta llegar a las cuatro más grandes. El viaje de Hatuey de la Española a Cuba demuestra que los indios de esas islas mayores se comunicaban entre sí. Se ignora cuánto tiempo llevaban los taínos arauacos en esas islas. Debemos suponer que cuando ellos llegaron obligaron a los ciguayos y a los guanahatahibes a refugiarse en zonas aisladas de la Española, Cuba, y Jamaica, como seguramente estaban haciendo los caribes con los taínos de Borinquen en el momento de la llegada de los españoles.

¿Cuánto tiempo tardaron los caribes en extenderse por las orillas del mar que lleva su nombre?

El proceso debe haber sido largo, pues el pueblo caribe salió de los vastos territorios situados al sur del Amazonas y debió ir avanzando por lo que hoy es el Brasil y después por lo que hoy es Venezuela hasta llegar al litoral nordeste; y en esa marcha seguramente encontró obstáculos serios, ya naturales, ya creados por otros pueblos indígenas; y debió ser, después que se afincó en el litoral, desde las bocas del Orinoco hacia el oeste, cuando decidió pasar a las islas. Ahora bien, debemos suponer que cuando los caribes llegaron a ese litoral hallaron establecidos ahí a los arauacos, otro pueblo numeroso compuesto por gran cantidad de tribus. Los caribes procederían, desde luego, a desplazar a los arauacos, a los que empujaron hacia el oeste. Y resulta que si los arauacos habían antecedido a los caribes en la ocupación del este y del centro del litoral venezolano del norte, debieron antecederlos también en el paso a las islas antillanas. Tal vez las primeras oleadas de arauacos que llegaron a esas islas fueron los ciguayos y los guanahatahibes. Alguna relación debía haber entre ellos y los taínos y siboneyes, como lo prueba la alianza que celebraron los ciguayos y los taínos de la Española, y taínos de Borinquen y caribes de las Vírgenes, para luchar contra los españoles. Y no podía ser una simple relación territorial, esto es, de vecinos en un territorio, pues en ese caso hubieran hablado lenguas distintas y sus diferencias culturales habrían sido apreciables. Debió ser una relación más íntima, como la de ramas de un mismo tronco étnico.

Todo parece indicar que antes de 1492 había habido un proceso de desplazamientos sucesivos que duró nadie sabe cuántos siglos. Pudieron ser seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno. Es el caso que el proceso estaba todavía en marcha cuando llegaron los españoles, esa vez con los caribes establecidos ya en el litoral venezolano y en varias islas hacia el norte y avanzando hacia las demás.

Ese proceso de desplazamientos imponía contactos, unos violentos y otros pacíficos, que provocaban lo que los antropólogos llaman transculturaciones, esto es, el paso de ciertos hábitos de un pueblo a otro pueblo; y también, si hubo asentamientos muy largos sin ataques de otros pueblos, hubo transformaciones en los hábitos de un pueblo –o de una tribu– debido a las condiciones naturales del ambiente. Por ejemplo, si un pueblo o una tribu había estado tallando cemíes –ído-

los– durante un siglo en una región donde había monos y algunos de sus ídolos o de sus símbolos totémicos reproducían al mono, al trasladarse a una isla donde no había monos y al vivir durante cuatro o cinco generaciones, olvidaban necesariamente las facciones del mono y al final labraban cemíes que no podían parecerse al mono, con lo cual tal vez creaban una imagen nueva. Si los arauacos taínos habían vivido antes de su traslado a las islas en las selvas del Orinoco, sus descendientes no conocían ni el tigre ni el tapir ni las aves que son naturales de las selvas continentales, de manera que sus vivencias relacionadas con esos animales tenían que desaparecer en las islas. Podía darse el caso de que el barro que sus abuelos trabajaron en las orillas del Orinoco para hacer sus menajes caseros no fuera igual al que encontraron los nietos en Cuba, de donde tenía que resultar un tipo de cerámica diferente, que podía ser peor o mejor, pero que tenía que responder al mismo principio cultural.

Arauacos y caribes se mezclaban entre sí o unos ocupaban territorios dentro de las áreas ocupadas por los otros, bolsones que quedaban como remanentes de los desplazamientos, y esto debe haber sucedido no sólo en el litoral venezolano y en las islas, sino también en el litoral colombiano, en el del istmo de Panamá y en varios lugares de la América Central. En el pie de Los Andes y en América Central había influencias de otros pueblos mucho más desarrollados; de los chibchas que ocupaban los valles de la cordillera andina, de los mayas, los aztecas y los toltecas que llegaban desde el norte.

Tenemos que hacer, pues, distinciones a la hora de hablar de los indios del Caribe en la época del descubrimiento.

En primer lugar, podemos trazar una línea que, partiendo de Cuba hacia el este, va de isla en isla, llega a Venezuela, prosigue por la costa de este país hacia el oeste hasta llegar al extremo occidental del istmo de Panamá. En toda la región cubierta por esa línea, salvo las áreas bajo influencia chibcha y muisca, predominaban tribus arauacas y caribes, dos pueblos que tenían más o menos el mismo nivel cultural. Las diferencias más acentuadas estaban en que había tribus caribes resueltamente agresivas, guerreras por inclinación y tradición, que terminaron haciendo de la guerra un oficio. Esas tribus criadas desde temprano en el oficio de guerrear realizaban actos de antropofagia ritual, es decir, se

comían a sus enemigos por motivos religiosos. No podemos, sin embargo, asegurar que todas las tribus caribes tenían iguales hábitos. En muchos casos los españoles llegaron a tierras caribes y fueron tratados con gentileza y bondad. Tal sucedió, por ejemplo, con Pedro Alonso Niño y con Rodrigo de Bastidas; lo mismo sucedió con Alonso de Ojeda antes de su entrada en Chichiriviche.

Debemos aceptar que hubo tribus arauacas y tribus caribes que por causas ignoradas se quedaron aisladas y no evolucionaron como lo hicieron otras de sus mismos pueblos, y hasta es posible que algunas de ellas degeneraran por imposiciones de su medio, a causa de epidemias o debido a una guerra. Pongamos un ejemplo de la primera causa. Supongamos que una tribu se estableció en las orillas de un lago y dirigió todas sus facultades a la pesca durante algunas generaciones, y supongamos que luego se vio forzada a emigrar tierra adentro; pues bien, al emigrar debió encontrarse con que ya no estaba capacitada para vivir en un nuevo habitat porque había olvidado las experiencias de la producción agrícola, de la caza y de la vida en medio de animales. También pudo suceder que el proceso de división del trabajo, a medida que la población se multiplicaba sin tener que abandonar el lugar de su asentamiento, fuera exigiendo una constante superación en cada una de sus faenas.

Lo que hacía de caribes y arauacos pueblos parecidos, y en algunos casos tan parecidos que podían confundirse, era su tipo de desarrollo social, que era muy similar en todo lo básico; lo que los distinguía y separaba eran algunos hábitos, adquiridos seguramente por imposición del medio en que habitó esta o aquella tribu en el largo peregrinar de esos pueblos.

Así, unos y otros habitaban grandes bohíos o caneyes familiares, entendiendo por familia no sólo a los padres con sus hijos, sino a varias generaciones; su comida era a base de casabe que fabricaban de la yuca, de maíz en las zonas donde podían sembrar este grano, de tubérculos, frutas, pesca y caza; su principal instrumento de labranza era la coa –un palo puntiagudo– y la mujer se dedicaba a la agricultura mientras el hombre iba a la caza y a la pesca; trabajaban la piedra, en algunos casos hasta un grado de alta belleza; usaban hachas de piedra petaloide y morteros de esa materia; usaban el barro para hacer cazuelas,

ollas, vasijas rituales y el burén, que era el molde en que cocinaban las tortas de casabe; construían en madera los dujos –asientos de los principales– sus armas de caza y de guerra y las canoas o piraguas en que viajaban por el mar y por los grandes ríos; fabricaban sus ídolos o cemies tanto de piedra como de barro y de hueso; elaboraban fibras con las cuales tejían sus hamacas, cuerdas para sus armas y redes; donde producían algodón, hacían telas; celebraban juegos, como el de la pelota, y festejos comunales de tipo religioso, con cantos y danzas; se pintaban el cuerpo con tintas vegetales; producían alcohol haciendo fermentar ciertos tubérculos o granos mediante la salivación.

En el orden social, las familias se agrupaban en tribus cuyo jefe era un cacique, regularmente el que había demostrado más valor y capacidad ante las pruebas a que eran sometidas esas tribus por ataques de otras o por fenómenos naturales, y sin duda en muchas tribus el cacicazgo era hereditario, bien en todas las ocasiones o bien en circunstancias especiales; pero además del cacique había una autoridad que en ciertos momentos estaba por encima del cacique; era el jefe religioso, a quien le tocaba profetizar los sucesos que venían y por tanto tenía que decidir qué debía hacerse en situaciones de crisis; a ese jefe religioso, bouhiti, piache o como se llamara le tocaba también curar a los enfermos y ejecutar los ritos tribales ante los muertos y al comenzar las guerras. Sabemos que en algunas tribus había especies de consejos de ancianos y de sacerdotes; sabemos también que en otros casos varias tribus se confederaban o aliaban por un tiempo; que las mujeres podían ser cacicas, como sucedía en ciertas regiones de la Española y de Venezuela en los días de la conquista; sabemos que tanto arauacos como caribes conocían las artes de la navegación y que usaban el mismo tipo de embarcación para ir de una isla a otra.

A ese tipo de economía y de organización social, común a arauacos y caribes, respondía una religión también común aunque difiriera en detalles. Se trataba de una religión animista y totémica, es decir, creían que los seres humanos, los animales y hasta ciertos lugares –ríos, lagos, montañas– tenían un alma o espíritu, y que en el caso de los seres vivos esa alma les sobrevivía cuando morían y que el alma o espíritu actuaba en defensa o en castigo miliares vivos del muerto, según este cumpliera o no cumpliera con los ritos de la tribu, y creían que cada tribu tenía la

protección del alma de un animal, el animal totémico de esa tribu. Había un lugar adonde iban las almas de los muertos, y ese lugar estaba gobernado por un caciquedios. Los espíritus protectores se representaban mediante ídolos o cemíes. En algunos casos había viviendas destinadas a esos cemíes, a los cuales se les hacían ofrendas de comidas, de frutas y de animales muertos. Aunque generalmente esos espíritus dioses eran antepasados de la tribu, los había que no lo eran; por ejemplo, el dios del agua, el de las tempestades o el de ciertos productos agrícolas. Que hubiera o no estos últimos diosesespíritus en el panteón de una o más tribus dependía del tipo de influencia que la tribu hubiera recibido a lo largo de su existencia más que de su nivel de desarrollo.

Como parte de esos conceptos religiosos debían necesariamente rendir culto a sus muertos, pues sin duda las almas que más tenían que preocuparse por proteger a los vivos eran las de sus padres, abuelos, hermanos y parientes muertos. Enterraban a los difuntos en sitios escogidos y cercanos a las viviendas, y tal vez en algunos casos, en los sitios que más les agradaron cuando vivían. En algunas tribus el cadáver se colocaba sentado, con la cabeza sobre las rodillas y las manos sobre las piernas, y en otras se dejaba en una hamaca o red dentro de la vivienda del muerto, y una vez descompuesto se conservaba el cráneo en el mismo sitio. Esta diferencia puede haber provenido de la experiencia vital de la tribu; pues algunas tribus vivieron, sin duda durante largas épocas, en lugares de pantanos o en lagos, y entonces se vieron forzados a conservar el cadáver, o parte del cadáver, al aire libre; o fueron transhumantes durante mucho tiempo y tenían que llevarse adondequiera que iban la parte más importante de sus muertos, como el cráneo. Tanto si había enterramiento como si no lo había, junto con los restos del cadáver se ponían sus utensilios de barro y piedra, y alguna comida.

Entre los taínos de la Española había una costumbre que parece resumir los valores de la cultura social de la tribu, los del vínculo tribal, que era absolutamente irrompible en vida o en muerte, y las facultades de intercambio de almas, cosa que podía darse aun entre dos personas que no fueran de la misma tribu. Esa costumbre era el *guatiao* o cambio de nombres. Cuando A pasaba a llamarse *B y B* pasaba a llamarse A, quedaban convertidos en una misma persona y el destino de uno era el del otro. Algunos caciques indígenas cambiaron nombres

con jefes españoles y creían de manera tan absoluta en el compromiso que cuando Cotubanamá, que había hecho *guatiao* con el capitán Juan de Esquivel, fue llevado al pie de la horca, dijo a los españoles, según refiere Las Casas: "Mayanimacaná, Juan Desquivel daca"; esto es: "No me mates, porque yo soy Juan de Esquivel".

Cuando se conoce el tipo de organización social y política de esos pueblos y las ideas que les correspondían, no puede uno sorprenderse de que fueran capaces de luchar con tanta fiereza contra un poder occidental. Se pensará que lo hicieron debido a su ignorancia, sin embargo, sucede que esos pueblos lucharon, unos hasta la extinción, y otros, como los caribes de las islas de Barlovento, durante tres siglos; es decir, que combatieron mucho tiempo después de conocer en carne propia el poderío occidental, cuando ya tenían experiencias, y muy costosas, de lo que eran las lanzas, las espadas, los falconetes, los arcabuces, los perros, los caballos europeos, pero siguieron luchando. Los indios del Caribe combatían hasta la muerte porque no podían concebir la vida fuera de su contexto social.

En lo que escribieron los cronistas españoles de los siglos XV y XVI han quedado nombres de muchas tribus arauacas y caribes, pero esos nombres pertenecieron a tribus de tierra firme; en cuanto a las islas sólo sabemos que había taínos, ciguayos, siboneyes, guanahatahibes, nombres que seguramente se refieren a pueblos o naciones, no a tribus. Es difícil saber el número de indios de esos pueblos, y seguramente se exageró en los días de la conquista. La rápida extinción de los que vivían en las Antillas Mayores indica que no podían pasar de 250,000 en las cuatro islas –Cuba, la Española, Jamaica y Puerto Rico–, y probablemente la más poblada era la Española. Como la mortalidad infantil debía ser muy alta entre ellos, la población adulta seguramente era superior a la mitad; de manera que a la llegada de los conquistadores los hombres de guerra de esas cuatro islas debían acercarse a los 50,000. Los abundantes depósitos arqueológicos hallados en la Española podrían inducirnos a pensar que la población de esa isla era mucho más numerosa de lo que en realidad fue, lo que le daría la razón al padre Las Casas, que la calculó en millones; pero tenemos que preguntarnos en cuántos años se acumularon esos depósitos, porque es evidente que no todos procedían del año 1492. Probablemente los taínos de la Espa-

ñola llevaban siglos en la isla, por lo menos, más de un siglo, así como es probable que los siboneyes llevaran menos tiempo en Cuba, y así como es casi seguro que los caribes llevaran menos tiempo aún en las Islas Vírgenes.

Dado el régimen de vida de arauacos y caribes, era imposible que hubiera millones de ellos en las Antillas, y ni aun en las Antillas y tierra firme juntas; y es difícil que en una sola isla llegara a haber 100,000. De haber habido millones, las muestras de su existencia aparecerían hoy en cada metro cuadrado de terreno, puesto que como no vivían en ciudades, hubieran tenido que cubrir extensiones enormes de territorio con sus bohíos multifamiliares y con los sembradíos necesarios a su sostenimiento. Desde luego, el alto número no hubiera hecho más difícil la conquista, como podemos ver en el caso de México y del Perú, que fueron conquistados rápidamente a pesar de que su población era muy alta. Pero hubiera hecho imposible la extinción de los indios, como la hizo imposible en México y en el Perú, En Venezuela, Colombia y Panamá, caribes y arauacos quedaron rápidamente reducidos a pequeños grupos refugiados en lugares casi inaccesibles, y debemos tener en cuenta que en esos países había extensiones de territorio en los que era posible buscar esos refugios perdidos, cosa que no pasaba en las islas. Sin tales refugios, los caribes y arauacos de tierra firme hubieran desaparecido también, de lo que se deduce que tampoco eran ellos tantos como se pensó.

En el extremo opuesto a caribes y arauacos, en cuanto a desarrollo económico, social y político, estaban los pueblos que ocupaban la parte noroeste del Caribe; esto es, los mayas, los toltecas y los aztecas. Esos pueblos eran sociedades urbanas, tan desarrolladas dentro de su patrón cultural como Roma o Egipto. Construían grandes ciudades, dominaban las ciencias y la agricultura; su escultura, su pintura y su poesía eran comparables con las de los países de Occidente, si no en cantidad, a menudo en calidad, y casi siempre en técnica; vestían en forma tan compleja como los romanos en tiempos de Julio César; tenían religiones muy elaboradas; llevaban contabilidad, fabricaban buenos caminos; tenían comercio marítimo y terrestre bien organizado y con protección armada; los gobernantes cobraban tributos, y en algunos casos eran elegidos por una especie de cámara de notables; los

pueblos estaban regidos por códigos que todos respetaban; la familia se establecía mediante el matrimonio y existía el hogar familiar, no el tribal; la alimentación era variada y estable; el orden público estaba asegurado por reglas que obedecían todos los miembros de la sociedad. En algunos casos, como ocurría con los mayas, habían llegado a la confección de libros. Los descendientes de esos pueblos están aún en las tierras de sus abuelos, y sus grandes templos, sus construcciones de piedra y las estatuas de sus dioses siguen en pie, llenando de admiración a arqueólogos, sociólogos, historiadores y viajeros.

Con ser tan adelantados, los pueblos de la zona noroeste del Caribe no tenían una organización económica y social tan desarrollada como los de Europa, razón por la cual no disponían de fuerzas militares que pudieran enfrentarse a las europeas. Tenían soldados, cosa que no tenían los españoles cuando llegaron al Caribe, pero sus armas eran de mano o arrojadizas y en ningún caso de metal, de manera que no podían competir con las españolas. Las espadas eran de obsidiana, las puntas de flechas y lanzas, de pedernal. Además, no contaban con el auxilio de los caballos o de otros animales de tiro para avanzar de prisa o para lanzarse contra el enemigo, y sus embarcaciones no podían competir con las de los conquistadores. Por último, éstos disponían del arma más avanzada en el mundo de aquellos días, la artillería. Así, pues, a pesar de su alto desarrollo, mayas, aztecas y toltecas estaban, como caribes y arauacos, en situación de inferioridad militar frente a los españoles, y era imposible que pudieran vencerlos en la guerra.

En medio de los dos extremos –de caribes y arauacos por un lado y de mayas, aztecas y toltecas por el otro– se hallaba la mezcla de América Central, donde pueblos arauacos y caribes habían sido penetrados por mayas, toltecas, aztecas y chibchasmuiscas.

Ahí, el panorama era complejo.

¿De dónde habían salido las tribus asentadas originariamente en esas tierras? ¿Eran caribes, eran arauacas o una mezcla de las dos? ¿Cuánto tiempo hacía que se cruzaban con los mayas o los aztecas? ¿Estaban en lo que hoy son Honduras y Guatemala antes que los mayas, o no pasaron de lo que hoy es Nicaragua?

De todas maneras, lo que sabemos es que cuando llegaron los españoles, esos pobladores de la América Central, o caribes o arauacos o

mezcla de unos y otros, se hallaban contagiados con las costumbres de los mayas, los toltecas y los aztecas. "Contagiados con las costumbres" no significa que hubieran adquirido los fundamentos de las culturas del noroeste, su tipo de producción económica, sus conocimientos, su arquitectura, su religión o su organización política. Todo lo más a que habían llegado era a imitar a los mayas, a los aztecas y a los toltecas en la confección de piezas de piedra y de barro para el menaje familiar; a tejer el algodón, a batir el oro. Y aun en esos menesteres podía haber influencias chibchas.

Mayas, aztecas y toltecas recorrían la América Central en funciones de comercio, unos por tierra y otros por mar, y a veces, usando las dos vías. Seguramente no se preocupaban por cambiar las estructuras sociales de las tribus que les compraban sus productos y les vendían plumas, oro y pedernal. Los pueblos del norte no aspiraban a establecer en el sur sus sistemas de vida; no iban como conquistadores, sino como individuos –y tal vez, corporaciones– que buscaban beneficios. Aun los aztecas, que necesitaban prisioneros para ofrendarlos a sus dioses, preferían los tributos obtenidos pacíficamente, y no iban al sur en son de guerra.

A través de los contactos comerciales, los arauacos y los caribes de la América Central recibían ciertas dosis de penetración cultural de los mayas, los toltecas y los aztecas, pero la penetración no llegaba al límite de causar transformaciones en los conceptos fundamentales de sus sociedades. Tal vez los del norte establecían colonias, a la manera de las que tenían los griegos en el Mediterráneo. Pero no lo sabemos. Quizá Cariay fue una de esas colonias. Ahora bien, la mayoría de las tribus centroamericanas, por lo menos desde el extremo oriental del istmo de Panamá hasta la frontera norte de Nicaragua, eran caribes y arauacos con infiltraciones culturales y económicas de los pueblos del norte y de los chibchas y los muiscas del sur.

Esas infiltraciones explican que mientras los arauacos y los caribes de las islas y de Venezuela no usaban metales –y probablemente, salvo el oro para adorno, no sabían que existieran– algunas tribus arauacas y caribes de la América Central los trabajaban y los usaban.

Ese vasto y complejo panorama de pueblos, social, política y económicamente diferentes, se presenta a nuestros ojos, visto desde una

perspectiva histórica de varios siglos, como un frente con muchos puntos débiles; un frente que fue atacado en forma súbita por una fuerza mucho más pequeña, pero mucho más unida, y por eso mismo mucho más capaz. Todo castellano, capitán o marinero, hijodalgo o labriego, obedecía a un mismo origen, a una misma organización económica, social, religiosa y política. Es más, todos tenían una sola lengua. Unido a esa solidaridad entrañable, o mejor aún, como expresión militar de esa solidaridad, estaba el superior poderío en armas, en medios de locomoción y de comunicación. Las disensiones entre españoles eran luchas individuales, no contra su Estado, su religión, su cultura o su tipo de sociedad. Como colectividad, a la cual representaban los que llegaron al Caribe, no tenían disensiones. El pequeño martillo de acero que golpea una gran piedra con ranuras, la hace saltar en pedazos. Ésa es la mejor imagen de lo que sucedió en el Caribe en los años de la conquista española.

La conquista fue una etapa en el complicado proceso de la occidentalización del Caribe. Otras etapas fueron el descubrimiento y la colonización. Se trata de tres tiempos de un mismo hecho, pero debemos decir que esos tres tiempos no fueron ordenadamente sucesivos; no hubo descubrimiento y después conquista y luego colonización. Por ejemplo, en la Española, punto por donde comenzó el imperio, se pasó del descubrimiento, efectuado en diciembre de 1492, a la colonización, iniciada en noviembre de 1493; la etapa de la conquista sería posterior y sin embargo coincidente con la colonización.

Generalmente el descubrimiento fue, en todo el Caribe, un episodio corto, a veces de días, a veces de semanas, y en muy pocas ocasiones de varios meses. En algunos casos hubo descubrimiento, pero no hubo ni conquista ni colonización –al menos, de parte de los españoles–. La conquista y la colonización eran casi siempre tareas simultáneas. En algunos puntos comenzaba primero la conquista y a seguidas la colonización; en otros comenzaban las dos etapas a un mismo tiempo; en otros se procedía a fundar una o dos poblaciones y después se pasaba a conquistar.

Ya se ha dicho que el Caribe fue descubierto entre el 1492 y el 1518, esto es, en 25 años; pero en esos mismos 25 años iba llevándose a efecto la conquista de varios lugares y al mismo tiempo iba realizándose la colo-

nización. Sin embargo, debemos aceptar que la colonización terminó antes que la conquista –en el caso de España–, porque la conquista, no dio fin sino cuando los indios quedaron definitivamente sometidos, y en algunos lugares esto vino a suceder muy tardíamente. Por ejemplo, la última batalla de los mayas en defensa de su tierra tuvo lugar el 14 de mayo de 1697, esto es, más de dos siglos después del descubrimiento.

En otros puntos se conquistó la tierra pero no a los indios, porque éstos quedaron exterminados, y sin embargo no fue posible establecer en esas tierras copias o extensiones de España en un sentido cabal. Esto ocurrió en las Antillas, sobre todo en las Mayores. Algo o mucho de esos indios desaparecidos quedó allí, traspasado al español a través del mestizo, del negro esclavo que copió la técnica primitiva del indígena, de la naturaleza del terreno, del clima, del esquema económico y social en que habían vivido los aborígenes impuestos en alguna forma en las esencias mismas del esquema que llevaron los conquistadores. En el Caribe se formó pronto una sociedad de valores españoles, pero aquello no pasó a ser España.

Entre los españoles y los indios del Caribe hubo un choque de culturas, y resultaba que en la de los indígenas, aun los menos desarrollados como lo eran los que vivían en las islas, había ciertos valores capaces de llevarlos a matar y a morir colectivamente; había una coherencia tan notable entre sus nociones y sus creencias y cada uno de ellos, que actuaban ante los estímulos externos planteados por la conquista con una ingenuidad increíble. Por lo menos, ni los españoles de aquellos días ni los que han escrito sobre esos indios en los siglos que siguieron a la conquista se dieron cuenta de las razones de esa supuesta ingenuidad. No era ingenuidad; era coherencia de conducta con sus nociones, sus creencias y su contexto social. Para el indio era inconcebible que uno de ellos pudiera vivir fuera de su contexto social, de su familia y su tribu; para él era inconcebible que se le pudiera atropellar o matar sin causa justificada o razonable; para él era inconcebible vivir sin su cacique o su piache o sacerdote; para él era inconcebible que le hicieran trabajar si el producto de su trabajo no se destinaba a las necesidades de su familia o su tribu. Su libertad no era lo que entendemos hoy por libertad; era la libertad de toda su tribu, y tal vez más aún, era el libre funcionamiento de su sociedad tribal den-

tro de los conceptos, en conjunto y en detalle, que esa tribu tenía de la vida. Si no se comprende esto no puede comprenderse por qué esos pueblos pequeños y débiles prefirieron la aniquilación a vivir bajo normas sociales que no eran las suyas.

Es probable que de no haber sido agredidos en sus normas, los indios de las Antillas nunca hubieran atacado a los españoles. Cuando éstos llegaron, generalmente los recibieron con agrado y con generosidad; les obsequiaban con lo que los españoles les pedían –oro, sobre todo– y hacían guatiao con ellos, lo cual equivalía a establecer un vínculo más que sanguíneo; los ayudaban, les decían sin reservas todo lo que sabían. Un recibimiento hostil era la excepción, y habría que saber cuáles eran las causas de esas agresiones, qué habían oído esos indios contar de lo que hicieron los españoles en tal o cual punto. La verdad es que a pesar de los esfuerzos del Estado español –a través de la reina Isabel los españoles como Pedro Alonso Niño y Rodrigo de Bastidas eran poco comunes; entre los demás había algunos dispuestos a agredir sin ningún motivo. Tal era el caso de Alonso de Ojeda.

Este Alonso de Ojeda era aquel capitán que anduvo por las costas de Venezuela acuchillando a los indios y apresándolos para venderlos como esclavos. Ojeda había ido con Colón a la Española en el segundo viaje y a él le tocó iniciar allí las agresiones que iban a provocar los levantamientos que condujeron, en pocos años, a la extinción de los indígenas. Esa primera agresión debió haber sucedido en abril de 1494.

A esa fecha, ya los 1,300 y más españoles que habían llegado en noviembre de 1493 a poblar la isla estaban desencantados de su aventura, pues ni había en la tierra el oro que se esperaba ni el clima se parecía al de España; ni el casabe era el pan y el mosquito no dejaba dormir y las lluvias eran interminables y, en fin, sus enfermedades eran desconocidas y algunas, como la buba, muy feas. Además, había que racionar la comida que se llevó de España, pues los indios, que no esperaban a los españoles, no podían multiplicar sus viandas de un mes para otro. En la Isabela llegó a sufrirse tanta hambre que los españoles tuvieron que comer culebras, lagartos y hasta perros de los que habían llevado de España.

Pues bien, en esa situación de desencanto general, Alonso de Ojeda prendió, hacia abril de 1494, a un cacique indio del valle de La Vega y le

cortó las orejas en presencia de la gente de su tribu. Hizo esa barbaridad porque había desaparecido la ropa de uno de sus hombres y quiso sentar un ejemplo. Además de mutilar al cacique, apresó a unos cuantos indios más, entre ellos gente principal, y los mandó a la Isabela, donde Colón los condenó a ser decapitados, aunque la condena no fue ejecutada. A partir de la acción de Ojeda los conquistadores comenzaron a desmandarse con los indios; a quitarles sus mujeres, lo cual resentía a los indígenas en grado sumo; a forzarlos a buscar comida. La respuesta de los taínos fue abandonar sus sitios de labor, no recolectar frutos, no pescar, no sembrar; con lo que la situación de los españoles llegó a ser desesperada.

Colón salió de la Española el 24 de abril (1494) al viaje que lo llevó a descubrir Jamaica y la costa sur de Cuba. Sin duda a ese tiempo sabía ya que no estaba en la India y se fue a buscar el paso hacia Cipango. Debía saber también que la Española no tenía tanto oro como él creyó y que los hombres que había llevado para poblarla no servían para la tarea de hacer producir esa tierra. Esa tarea requería una técnica, requería un mercado para los productos que se sacaran de la tierra, y no lo había. Extender España al Caribe había sido una ilusión. Ni el Caribe era la Península ni los taínos eran españoles.

Habría que escribir todo un libro con el tema de la aclimatación de los españoles en el nuevo mundo, pues se trataba no sólo de adecuarse al nuevo clima físico, sino de acostumbrarse a todas las carencias de lo español y a todas las abundancias de lo tropical, y esto era un proceso difícil. El calzado que en la Península duraba seis meses en la Española debía durar tres, ¿y quién pensó llevar calzado de repuesto ni material para hacerlo? Cuando la ropa se raía, ¿con qué se reponía? En días de calor no servía para nada la tela de abrigo. Consumido el vino, no había con qué hacerlo. Además, allí no estaban las mujeres españolas, que sabían cocinar el garbanzo y la acelga y hacer chorizos; allí había papa, yuca, tubérculos de gustos desconocidos; y no había ciudades ni caminos, sino grandes chozas y vegetación selvática; y no había nieves, sino largas lluvias que ponían las cosas a pudrir; y no había un rey y una reina con su corte y sus funcionarios, sino caciques desnudos y gentes de otra lengua y de otras costumbres.

Ya muchos hombres se habían amotinado porque querían irse a España, y después de la salida de Colón, cuando llegó su hermano

Bartolomé, que iba de la Península con tres naos, los descontentos se apoderaron de ellas a la fuerza y se fueron a España. Como entre los que se fueron estaba Mosén Pedro Margarite, hombre importante que tenía a su cargo a unos 400 españoles en el valle de La Vega, esos 400 hombres se desbandaron en pequeños grupos, se dispersaron por todo el valle –que es muy grande– y comenzaron a atropellar a los indios para obligarlos a darles comida y a entregarles sus mujeres; a violar, en fin, las normas sociales indígenas. El cacique Guatiguaná hizo presos a diez de ellos y los mató. A su ejemplo, otros caciques de la región hicieron otro tanto con siete españoles.

Colón volvió a la Isabela el 29 de septiembre de 1494. Llegaba muy enfermo, hasta el punto que cuando arribó a la islita La Mona –pues viajaba por el Caribe y tenía que pasar a la costa norte de la Española se creyó que iba a morir allí. A la llegada a la Isabela se sorprendió con el estado de desorden general de la colonia y se alarmó con la noticia de que los indios estaban matando españoles. El Almirante, tal vez presionado por los colonos, mandó hacer un ejemplo con Guatiguaná y su pueblo, y efectivamente se hizo. La matanza de indios fue grande; de los que huyeron y quedaron vivos, 500 fueron llevados a la Isabela como prisioneros. Colón los tomó por esclavos y los envió a España para que fueran vendidos. Además, se ordenó matar 100 indios por cada español muerto a manos de los indígenas.

Como la violencia genera violencia, la respuesta de los taínos fue un levantamiento encabezado por Caonabó, jefe de un territorio situado en el lado sur de la isla. Este Caonabó era marido de Anacaona, que era a su vez hermana del reyezuelo de Jaraguá; a la muerte de su hermano, Anacaona pasaría a ser la reinezuela. Caonabó, pues, se fue al norte, hizo alianza con los ciguayos y puso sitio a la fortaleza de Jánico, mandada construir en 1494 por el propio Almirante. Jánico estaba situado en las lomas que dominaban el gran valle del Cibao, y allí estaba como jefe Alonso de Ojeda. Después de varios combates Ojeda logró levantar el sitio y Caonabó se retiró a su poblado del sur. Hasta allí se fue Ojeda a hacerle proposiciones de paz. Visitándole a menudo, logró ganarse la confianza del cacique y cuando la tuvo le llevó un regalo que, según Ojeda, le enviaban los reyes de España. Se trataba de un par de esposas que colocó en los pies del caudillo indio. Así lo inutilizó, e

inmediatamente lo hizo montar en la grupa de su caballo y se lo llevó a la Isabela, sólo protegido por una escolta de nueve españoles. Los cronistas de esos días refieren que Caonabó se ponía de pie siempre que Ojeda entraba en su celda. Lo hacía en señal de admiración por la audacia y el coraje del capitán español.

Después de la prisión de Caonabó, el Almirante se puso al frente de una columna de 180 hombres de a pie y 20 montados, con 20 perros bravos que ya habían sido enseñados a perseguir indios. Esto sucedía a fines de marzo de 1495.

La columna de Colón fue atacada en las eminencias que dominan el valle del Cibao, en el lugar llamado hoy Santo Cerro. Aunque Las Casas habla de 100 mil indios, es difícil que en esa acción participaran más de dos o tres mil. Los taínos fueron arrollados, acuchillados, perseguidos después de la derrota, y su jefe, el cacique Guarionex, cayó prisionero. Los españoles contaron que cuando los indios quisieron quemar una cruz de madera que habían plantado los conquistadores, apareció sobre la cruz la Virgen de las Mercedes, lo cual aterrorizó a los atacantes y los hizo huir. Ésta, desde luego, es una versión americana de las apariciones del apóstol Santiago en las batallas españolas contra los árabes. Pero es difícil explicarse cómo la Virgen de las Mercedes podía ponerse del lado de los que estaban acabando con los indios, que eran los más débiles y además los dueños naturales de las tierras. Es el caso que la tradición arraigó, y allí donde estuvo la cruz hay hoy un templo dedicado a Las Mercedes, y ésta, además, ha pasado a ser la patrona de los militares del país.

Colón siguió en campaña todo el resto de ese año de 1495, de manera que al comenzar el 1496 gran parte de la isla estaba sometida, varios miles de indios habían sido muertos, muchos habían sido declarados esclavos y gran cantidad había huido a los montes. El 10 de marzo (1496) el Almirante embarcó para España con esclavos, oro, pájaros raros, y dejó el gobierno de la colonia en manos de su hermano Bartolomé. Se dice que en ese viaje iba Caonabó y que murió antes de llegar a España.

Mientras Colón estaba por España, su hermano don Bartolomé abandonó la Isabela y fundó la Nueva Isabela en la costa del sur, es decir, sobre el mar Caribe, en la orilla oriental del río Ozama. Y sucedió

también que en esa ausencia del Almirante se produjo el levantamiento del alcalde mayor de la isla, Francisco Roldán Ximénez. Con esa sublevación aparecería el germen de las encomiendas, un tipo de esclavitud que luego se generalizó por todo el Caribe y por América y dio origen a un poderoso movimiento de protesta encabezado por los frailes dominicos y respaldado por eminentes teólogos de la Península.

El punto de las encomiendas merece ciertas reflexiones, porque fue tan importante que los imperios que fueron al Caribe a desplazar a España lo usaron para justificar su agresión a los establecimientos españoles. Pero también es importante la rebelión de Roldán, debido a que culminó al cabo de algún tiempo en la matanza de indios de Jaraguá, en la que perdió la vida Anacaona, la reinezuela viuda de Caonabó.

En su desesperación por hallar medios para sostener la colonia, Colón instituyó un tributo que debía pagar cada indio de catorce años en adelante. Ese impuesto consistía en un cascabel de Flandes lleno de oro cada tres meses (más tarde lo redujo a medio cascabel); y el que no pagara ni con oro ni con algodón, sería declarado esclavo, Cuando Roldán se sublevó pidió, entre otras cosas, la abolición de ese tributo, razón por la cual se le ha considerado defensor de los indios e iniciador de la lucha por la justicia social en América. En realidad, el alcalde mayor pidió que el impuesto fuera abolido porque necesitaba ganarse el apoyo de los indios. Hay que tener en cuenta que ya en la isla no había 1,300 y más españoles; unos se habían ido con mosén Pedro Margarite, otros se habían ido con Colón, otros habían muerto. Los que se fueron con Roldán eran poco más de un ciento. Para aumentar las huestes, y para disponer de comida, tenían que buscar apoyo en los indígenas, y eso se lograba defendiéndolos, Roldán encarnó el disgusto de españoles e indios provocado por las tensiones y los fracasos que produjo en unos y en otros el choque de la conquista. Pero Roldán no podía tomar partido a favor de los españoles contra los indios ni en contra de los españoles a favor de los indios, porque todos los españoles, aun los enemigos más encarnizados de Colón aspiraban a despojar a los indios de su tierra, y la mayoría de los indios aspiraban a que los españoles se fueran. La lucha de Roldán era contra Colón, porque entendía que éste era culpable de los males que padecían los españoles de la isla, y para esa lucha buscó y obtuvo la alianza de los indios,

porque éstos también sufrían –y más que nadie las consecuencias de la conquista–. Al pedir la abolición del tributo, Roldán se hacía simpático a los indios, con lo que aumentaba sus fuerzas. Pero cuando llegó la hora de pactar con el Almirante –lo que sucedió en el mes de noviembre de 1498– Roldán pidió, y Colón aceptó, que aquellos de sus partidarios que quisieran irse a España podrían llevar esclavos indios, y los que quisieran quedarse recibirían tierras y esclavos indios para trabajarlas. Un detalle que pinta la naturaleza afectiva del español es que algunos rebeldes pidieron que se les dejara llevar a España "las mancebas que tenían preñadas y paridas".

Parece que para contar con la adhesión de los españoles, don Bartolomé Colón les había concedido a muchos de ellos el derecho de tener esclavos indígenas. Hasta ese momento, los esclavos eran destinados a la venta para levantar fondos, y no se daban a los colonos. Tal vez ese paso dio base a Roldán y a sus hombres para pedir igual privilegio. Colón aprobó lo que había hecho don Bartolomé, y cuando la reina lo supo se disgustó tanto que se la oyó preguntar quién era el Almirante para regalar a sus vasallos como si fueran bestias. (Como se sabe, la reina fue tan tenaz en su oposición a la esclavitud de los indios que hasta en su testamento pidió que se respetara esa voluntad suya, como si temiera que don Fernando y su yerno pudieran aceptar lo que ella rechazaba con toda su alma.)

Mientras Roldán y sus amigos andaban alzados, don Bartolomé estuvo cazando indios, de manera que los que se habían ido a los bosques no salían de ellos y morían a montones, Muchos indios fueron muertos cuando se produjo la rebelión de Hernando de Guevara, en el año 1500. Esa rebelión fue provocada por Roldán y está vinculada a su estancia en Jaraguá, en los días en que andaba levantando bandera contra el Almirante.

Guevara se había enamorado perdidamente de Higuemota, hija de Anacaona, y resultaba que Higuemota había sido mujer de Roldán cuando Roldán estuvo viviendo en Jaraguá. Después de su entendimiento con el Almirante, Roldán había quedado con mucha autoridad, pues no sólo sus funciones de alcalde mayor, sino su categoría de líder le servían para contener a sus amigos, con lo cual resultaba útil en el gobierno de la colonia. En el caso de las relaciones del joven Guevara

con la india Higuemota, usó su autoridad para expulsar a Guevara de Jaraguá, a lo que el enamorado respondió convocando a sus amigos y a los indios que podían ayudarle. Su plan era hacer preso a Roldán, pero resultó que Roldán se adelantó y prendió a Guevara y a sus amigos. Esa prisión provocó el levantamiento de un primo de Guevara, Adrián de Mujica, y el de varios de sus amigos, y a poco la rebelión se extendía por todas partes. En realidad, las causas de ese levantamiento general no eran los problemas personales de Roldán y Guevara. Las causas estaban en que los españoles habían ido a la Española a buscar oro y allí había poco oro; en que habían ido a iniciar un imperio sin que la metrópoli tuviera capacidad para organizar y explotar un imperio; en que la aventura de colonizar la isla había desembocado en una frustración colectiva porque no había correspondencia entre lo que se soñó en España y la realidad viva de la Española.

Es el caso que don Cristóbal Colón reaccionó violentamente contra esa rebelión y salió a buscar sublevados. Donde cogía a un castellano rebelde, procedía a ahorcarlo. Como es fácil deducir, en ese estado de desorden los indios pagaban los platos rotos. Al fin, el trono, allá en la Península, resolvió cortar por lo sano; envió a la Española, con órdenes severas, a don Francisco Bobadilla, y éste hizo presos al Almirante y a sus hermanos, y los envió a España. En ese momento quedaban en la Española sólo 300 castellanos. Colón llegó a España cuando faltaban un mes y cinco días para finalizar el año 1500. Con el siglo XV terminaba la autoridad de Colón sobre la Española, la tierra en que puso tantas ilusiones.

¿Por qué Bobadilla no mandó preso también, junto con el Almirante y sus hermanos, a Francisco Roldán? Se piensa que don Cristóbal perdió el favor de la reina cuando doña Isabel supo que estaba repartiendo indios entre sus amigos; creer a la Reina que Roldán defendía a los aborígenes. Al iniciar su rebelión, Roldán lo había hecho a los gritos de "¡viva el rey!" Roldán era ignorante, pero inteligente, y sabía que ningún español aceptaría ponerse contra el Estado, encarnado en don Fernando y doña Isabel. La rebelión se hacía contra Colón y sus hermanos, pero se hacía pública la adhesión al trono. Roldán, pues, apareció en la isla como el defensor de los monarcas. Sin ninguna duda, Roldán podía seguir siendo útil en la Española puesto que tenía

autoridad sobre españoles y sobre indios. En el caso de los últimos, esa autoridad no descansaba sólo en que había reclamado –y obtenido– la derogación de los tributos que debían pagar los indios; descansaba, quizá más que nada, en la vinculación de Roldán y sus hombres con los indígenas de Jaraguá a través de la organización sociocultural de los indios.

En esa organización, el nexo tribal era de una fuerza que hoy difícilmente podemos apreciar. Hoy queremos y ayudamos a nuestros padres, hijos y hermanos, pero desde un punto de vista personal, no colectivo. Los indios taínos de la Española –como los caribes y los arauacos de todo el Caribe– iban más allá; la familia, nucleada en varias generaciones –esto es, la tribu– era en sí misma el grupo social. Todo el que entraba en ese grupo social era defendido a vida y muerte por el grupo. Roldán, y los españoles que le siguieron en la rebelión, se incrustaron en la organización social taína de Jaraguá a través de los hijos que tuvieron con esas "mancebas preñadas y paridas" de la tribu de Anacaona. Roldán tenía autoridad de líder sobre los españoles que le siguieron, y él y éstos eran ya, en el sentimiento de los indios de Jaraguá, miembros de su tribu; así, Roldán tenía la categoría de un cacique, aunque no lo fuera, pues mandaba en los españoles que eran sus partidarios y éstos eran seguidos por los hermanos y los primos y los tíos y los padres de sus mujeres indias. Prender a Roldán equivalía a soliviantar a sus seguidores españoles, y tocar a éstos era lo mismo que tocar a todos los indios de Jaraguá. Sin conocer esa situación no podemos explicarnos la tan mentada matanza de Jaraguá.

Esa matanza fue ejecutada por el comendador don Nicolás de Ovando, que llegó a la Española el 15 de abril de 1502 con toda la autoridad necesaria para establecer allí el orden. A su llegada, Ovando detuvo a Bobadilla y a Roldán y los metió en un barco con destino a España. Ya hemos contado que la flota en que iban se hundió, a pesar de que Colón, que quiso entrar en el puerto de la Nueva Isabela o Santo Domingo, aconsejó que no se despacharan esos barcos porque había amenaza de huracán.

La prisión de Roldán y su subsecuente desaparición al perderse la flota debió causar necesariamente, aunque no lo digan los documentos, mucha aprensión y mucho disgusto en Jaraguá. Para hacernos cargo de

la extensión de ese disgusto tendríamos que saber ahora cuántas hijas o hermanas de indios de ese reino tenían hijos con españoles roldanistas, y sólo sabemos que Higuemota, hija de Anacaona, había sido mujer de Roldán. En Jaraguá debió hablarse bastante mal de Ovando y quizá se habló de ataques al nuevo gobernador. Se sabe que hasta éste llegaron rumores de que se preparaba un levantamiento de los indios de Jaraguá. Ovando, que había llegado de España con instrucciones de ser duro contra todos los rebeldes, españoles o indios, se decidió a dar un ejemplo. Y lo dio, por cierto que muy sangriento.

Ovando salió hacia Jaraguá, que –como hemos dicho ya– caía por la banda del sur hacia el Oeste. El comendador llevaba 300 infantes y 70 jinetes. Al llegar a Jaraguá salieron a recibirle todos los caciques de la región, con Anacaona al frente de ellos, mientras un grupo de mujeres danzaba al son de cantos. A Ovando se le alojó en uno de los grandes caneyes. Para responder a los halagos, Ovando anunció un juego de cañas e invitó a todos los indios principales a su caney. Cuando todos estaban allí, los españoles de a pie cercaron el caney, hicieron presos a todos los indios, se llevaron a Anacaona –a quien ahorcarían después– mientras los de a caballo corrían por el pueblo alanceando y acuchillando a cuantos encontraban. Los que quedaron cercados en el caney fueron, al parecer, quemados allí mismo, de manera que si eran caciques y principales de la región, Jaraguá quedó sin jefes y definitivamente pacificada. Roldán yacía en los fondos del mar y sus "familiares" de la isla habían sido aniquilados.

En la región del este de la isla no había habido hasta ese año de 1502 actividad guerrera. La región se llamaba Higüey. Higüey era una península con costas al norte, al este y al sur. Frente a la costa del sur, muy cerca, estaba la pequeña isla Saona. Un día, una nave anclada en la Saona estaba cargando casabe. Los cargadores eran indios comandados por un cacique. Dos españoles de los que andaban en la nao le azuzaron un perro al cacique, y el animal lo atacó con tanta fiereza que le echó los intestinos afuera. Esto produjo una rebelión en Higüey que costó la vida a ocho españoles. Inmediatamente Ovando envió hacia Higüey una columna al mando de Juan de Esquivel, que pacificó la región matando indios. En Saona, donde se había refugiado Cotumbanamá, no quedó prácticamente nadie vivo, excepto el

cacique, que fue llevado preso a Santo Domingo y ahorcado. Ahorcada murió también la cacica Higuemota, ya anciana. Ovando entendía que a los caciques, por ser gente principal, no se les debía matar a lanzadas ni a cuchilladas, sino en la horca, "para hacelles honra" según dice Las Casas, lo cual en la lengua de hoy quiere decir "en reconocimiento de su categoría".

Las matanzas de Jaraguá, Higüey y la Saona dejaron a los pocos indios que quedaron sin líderes y sin fuerzas para rebelarse otra vez. Pasarían varios años antes de que Enriquillo, que en 1502 era un jovenzuelo, se levantara en las montañas de Bahoruco. El imperio estaba firmemente asentado en la Española. La tarea de asentado fue bien cumplida por fray Nicolás de Oyendo, que además de matar indios mudó la ciudad de Santo Domingo a la orilla derecha del Ozama y la llenó de edificios públicos impresionantes; que fundó numerosos pueblos en sitios estratégicos de la isla; que sometió a los españoles al orden y puso la tierra a producir; que encomendó a Juan Ponce de León la conquista de Puerto Rico y a Diego de Ocampo el bojeo de Cuba. Bajo don Nicolás de Ovando la Española fue en verdad la frontera de España en el Caribe. Pero al entregar en 1509 el gobierno de la isla y de las Indias al hijo del Almirante, don Diego Colón, apenas quedaban en la isla doce o trece mil indios, y sobre ese resto la institución de la encomienda pesaba como un dogal de hierro remachado a martillazos.

La encomienda fue, por lo menos en el orden legal, un paso avanzado en el largo tránsito de la esclavitud a la libertad personal. Fue también un compromiso entre el trono, que no quería la esclavitud, y los conquistadores del Caribe, que la mantenían. Pero la ley y el compromiso fueron violados en la práctica por los conquistadores, de manera que la encomienda resultó ser, en la realidad, una de las formas más aborrecibles de la esclavitud.

Para los españoles no era nada irregular tomar prisioneros en la guerra y hacerlos esclavos. Venían haciéndolo con los moros en la propia España desde hacía tiempo, así como los árabes convertían en esclavos a los prisioneros cristianos; habían estado haciéndolo en las islas Canarias, donde en 1493 y 1494 –esto es, cuando ya se había comenzado a poblar la Española, y las Canarias eran la primera escala en el viaje al Caribe –el sevillano Alonso de Lugo había cogido na-

turales de esas islas –llamados guanches– en gran cantidad y los había vendido como esclavos. Todavía en el siglo XVII había esclavos en España.

Por medio de la encomienda se entregaba a un conquistador una cantidad de indios, en familias, para que vivieran bajo su protección y cuidado, y para que el español les enseñara la religión católica, y se autorizaba al encomendero a recibir cierta cantidad de trabajo de los indios a manera de retribución por su atención y por los gastos que ocasionaran los indios. Los indios debían sembrar lo que necesitaran para su sustento.

Pero lo cierto fue que esas familias indígenas pasaron a ser esclavas de sus encomenderos; que éstos las forzaban a trabajar y les pegaban y llegaban hasta a darles muerte a palos o con perros; que bajo el gobierno de Diego Colón los repartos de indios se hicieron sin tomar en cuenta lo que les era más caro a los indios, la unidad de su grupo, de manera que la madre iba a manos de un conquistador, este hijo a las de aquél, una hija a las de otro; que a los encargados por el trono de visitar a los encomenderos para saber si se cumplían las leyes de las encomiendas –los visitadores de encomiendas– se les autorizó a tener indios encomendados, con lo que la Iglesia fue a dar en manos de Lutero; con todo lo cual la suerte de los indios llegó a ser peor que la de los negros esclavos. Éstos se compraban con dinero, y por eso se cuidaban; los indios se conseguían con una orden del gobernador.

El cuarto domingo de Adviento de 1511, estando el virreygobernador don Diego Colón y los más altos funcionarios de la colonia en misa, oyeron con espanto al padre Antonio Montesinos, que hablaba con la autoridad de toda la congregación de los frailes dominicos. El padre denunció lo que se hacía con los indios. "¿Con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre aquestos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas dellas, con muertes y estrago nunca oído, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin dalles de comer ni curallos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir los matáis, por sacar y adquirir oro cada día?"

En las breves palabras que hemos copiado el padre Montesinos resumió la situación de los indios de la Española encomendados a los conquistadores. No se podía decir más, pero asombra que pudiera decirse tanto en tres párrafos.

Este episodio ha sido muy celebrado por los historiadores y, sin embargo, nadie ha intentado calar en su entraña. En la encomienda de indios degenerada hasta el crimen y en la protesta del fraile por esa degeneración hay toda una lección de mucha profundidad. Tal vez nada ilumine mejor la situación de España que esa página de la conquista, pues la encomienda fue una medida que no correspondía a los finales del siglo XV ni a los principios del XVI; era un esfuerzo por resucitar, idealizándola y adornándola con colores halagüeños, la organización social del medioevo en la que el señor protegía al siervo contra sus enemigos y le hacía justicia a cambio de que éste le diera parte de lo que producía y unos días de trabajo al mes o a la semana; y sucedió también que la actitud del padre Montesinos fue la de los curas medievales, que defendían al débil contra el poderoso.

Como se ve, todavía en el año de 1511 en Castilla había ideas y actitudes de los tiempos feudales, que no podían hallarse en regiones de Europa como Florencia o Flandes, donde la sociedad se había organizado a la manera burguesa. Y sin una burguesía en el mando del país, España no podría ser un imperio cabal.

Capítulo IV

La conquista del Caribe entre 1508 y 1526

La conquista del Caribe se limitó, durante quince años, a la conquista de la Española y a su organización como extensión de España. Después de logrado esto se pasó a conquistar otros territorios, en las Antillas y en tierra firme. El proceso, comenzado en 1508 por Puerto Rico, fue desordenado; no obedeció a un plan y se dejó, en realidad, a la voluntad de los que quisieron conquistar y poblar, aunque para hacerlo tenían que obtener la aprobación de las autoridades. En el caso de Puerto Rico, fue Ovando quien dio poderes a Juan Ponce de León para la conquista de esa isla; en el caso de Jamaica y de Cuba, fue don Diego Colón quien mandó a Juan de Esquivel a la primera y a Diego Velázquez a la segunda; pero en el caso de Nueva Andalucía y Veragua, fue el rey quien capituló con Ojeda y Nicuesa.

Lo lógico hubiera sido que la conquista del istmo de Panamá y de una parte de la América Central se hubiese hecho como empezó, partiendo de la Española o desde Jamaica –que geográficamente era mejor base que la Española en lo que se refiere a la América Central y al istmo–; sin embargo, en 1514 se envió desde España a Pedrarias Dávila con una lujosa expedición despachada directamente a Castilla del Oro –Panamá–, y al mismo tiempo se procedía a la conquista de la América Central desde la Española y desde México.

Ese estado de desorden puede advertirse bien en el caso de Venezuela. Todas las fundaciones de ese país se hicieron desde la Española. Pero en 1528, al mismo tiempo que Juan de Ampués se establecía en Coro, el trono español cedía ése y otros territorios a una firma alemana, los Welzeres o Balzares.

El resultado de esa falta de orden, debido a la ausencia de un centro que organizara la conquista, fue una larga serie de litigios y de choques entre los conquistadores y el abandono de muchos territorios –especialmente islas– que nunca fueron poblados y que por esa razón cayeron después con facilidad en manos de otros imperios. El resultado, en suma, fue que se dio pie para que el Caribe se convirtiera en la frontera de varios imperios en lucha.

Hagamos la historia de la conquista del Caribe en el orden cronológico en que se produjo.

Las matanzas de Higüey y la Saona tuvieron lugar, como dijimos ya, en el año de 1502, y fueron dirigidas por Juan de Esquivel. A raíz de la pacificación de Higüey, Ovando nombró teniente gobernador de la zona a Juan Ponce de León. Seis años después, a mediados de 1508, lo autorizó a explorar y conquistar la vecina isla de San Juan (Puerto Rico). Al año siguiente (1509) el virrey don Diego Colón mandaría a Juan de Esquivel a hacer lo mismo en Santiago (Jamaica).

Ponce de León había establecido casa –cuyas paredes de piedra pueden verse todavía– a orillas del río Yuma, cerca del mar Caribe, de manera que tenía contactos frecuentes con indios navegantes. Así se enteró de que San Juan era grande y hermosa, y de que allí había oro. Autorizado por Ovando, se fue a San Juan con 50 hombres, uno de los cuales era intérprete; llegó a la costa sur de la isla el 12 de agosto (1508) y desembarcó en lo que hoy es Guánica, cerca de un poblado de indios cuyo cacique se llamaba Agueybana.

Agueybana recibió al capitán español con buenos modos, como ocurría casi siempre en el primer encuentro de castellanos e indígenas.

Al finalizar el año, Ponce de León había explorado gran parte de la isla sin hallar dificultad alguna en sus relaciones con los indios, que le obsequiaban con oro y víveres, y le prestaban ayuda en cuanto les pedía. A fines de año decidió fundar población en lo que hoy es la bahía de San Juan, Ovando bautizó el nuevo establecimiento con el nombre de Caparra y el rey con el de Puerto Rico. Este último acabó siendo el de la isla. Cuando regresó a Santo Domingo en abril de 1509 para dar cuenta a Ovando de lo que había hecho en la isla vecina, Ponce de León llevaba como muestra de la riqueza de Borinquen, una cantidad de oro que al fundirse dio 839 pesos y 4 tomines. Ese mismo año (1509), el 14 de agosto, el rey nombró a Ponce gobernador de la isla.

Poco antes –en el mes de julio– había llegado a la Española Diego Colón, el hijo del descubridor, con el título de virrey de las Indias, y con él viajó al Caribe Cristóbal de Sotomayor, un joven de la nobleza española a quien el rey don Fernando le dio cédula real para que se le entregara en Puerto Rico el mejor cacique de la isla con 300 indios. A este Sotomayor nombró Ponce de León alguacil mayor de Puerto Rico, y el nuevo funcionario procedió a fundar un pueblo al que bautizó con su propio nombre. Aunque no hay detalles acerca de la aplicación de las encomiendas en la isla, se sabe que comenzó en el 1509 y debemos suponer que el sistema se inició al entregársele a Sotomayor "el mejor cacique" y los 300 indios de que habla la mencionada cédula real. Mientras no se comenzaron las encomiendas y mientras vivió el cacique Agueybana, todo iba bien en Puerto Rico.

Pero empezaron a repartirse indios entre los españoles y murió Agueybana, y su heredero en el cacicazgo, Guaynabá, decidió comenzar la lucha contra los españoles. Para convencer a los indígenas de que los españoles eran mortales, Guaynabá hizo preso a Diego Salcedo, a quien metió en el cauce del río, con la cabeza dentro del agua hasta que murió ahogado. Después de esto organizó un levantamiento que tuvo lugar al comenzar el año 1511 y que empezó con la muerte de Sotomayor y de un grupo de españoles que lo acompañaba. Al mismo tiempo el cacique Otoao asaltó el pueblo de Sotomayor, lo quemó y mató a 80 de sus habitantes.

Para hacer frente a la rebelión de Guaynabá y Otoao, Ponce de León se dirigió a Coayuco –el actual Yauco–, donde atacó de noche a una concentración indígena, a la que hizo más de 200 muertos. Pero Guaynabá no cayó en esa acción y se fue a la región de Yagueza –hoy Añasco– adonde le llegaron refuerzos que le enviaban los caribes de la isla de Santa Cruz, prueba de que había una comunidad racial o de otro tipo entre arauacos y caribes.

El gobernador recibió refuerzos de la Española y levantó un fortín para estar a salvo de sorpresas. Guaynabá atacó ese fortín, él mismo al frente de sus indios, pero como llevaba al cuello un disco de oro que era el símbolo de su jerarquía, pudo ser fácilmente localizado por un arcabucero, que acertó a matarlo de un disparo. Los seguidores de Guaynabá que no se rindieron en esa ocasión fueron cazados en los

montes con perros y vendidos como esclavos, y como algunos huían hacia Santa Cruz, se procedió a destruir todas las canoas de indios para que ninguno pudiera salir de Puerto Rico.

Perseguidos en forma tan implacable, muchos de los indígenas se internaron en las sierras y se dispusieron a seguir luchando. Cuando don Diego Colón llegó a la isla en 1514, en visita de inspección, ordenó la fundación de un pueblo que se llamaría Santiago, situado en la costa del este; pero los indios que se habían escondido en las lomas de Luquillo bajaron, combinados con otros que llegaron de Santa Cruz y de la isla Vieques; asaltaron Santiago, la destruyeron totalmente, mataron a la mayoría de los habitantes a macana, exterminaron el ganado y aniquilaron los sembrados. No conformes con lo que habían hecho avanzaron hacia el oeste y asaltaron las viviendas de los españoles en Loíza. El jefe de esa acción se llamaba Cacimar, y como fuera muerto por los conquistadores, su hermano Yaureibo organizó en la Isla de Vieques otro asalto a Puerto Rico con el propósito de vengarlo. Pero el gobernador, que ya no era Ponce de León, supo la noticia, se dirigió a Vieques, cogió por sorpresa todas las canoas indígenas, entró en la pequeña isla y dio muerte a Yaureibo y a todas sus gentes. Inmediatamente después organizó expediciones a Santa Cruz y a las restantes islas Vírgenes para liquidar allí todo intento de ataque a Puerto Rico. En esas expediciones se tomaban esclavos que se vendían luego en Puerto Rico o en la Española.

Veinte años después del alzamiento de Guaynabá los indios de Borinquen estaban prácticamente exterminados, puesto que en 1531 sólo quedaban en la isla 1,148, de ellos 473 repartidos y 675 esclavos. Nunca sabremos cuántos de esos esclavos fueron cazados en otras islas y vendidos en Puerto Rico. Sin embargo, lo que acabamos de decir no significa que en 1531 había terminado la lucha de los indios contra los españoles en la isla de Puerto Rico, como no terminó la de la Española con las matanzas de Jaraguá e Higüey en 1502. Pero esa lucha será explicada más tarde.

De Jamaica se sabe muy poco. Hay quien opina que Juan de Esquivel llegó a esa isla en 1510; hay quien dice que fue en 1509. Juan de Esquivel era hombre, por lo visto, a quien no le interesaba la historia. Desde luego, debió haber llegado a Jamaica en 1509, porque ese año se

iniciaron los viajes de Alonso de Ojeda y Diego Nicuesa a Nueva Andalucía y Veragua. A ambos se les había señalado que Jamaica sería su base de operaciones. Como don Diego Colón entendía que Jamaica le pertenecía en herencia, debido a que su padre la había descubierto y había estado en ella más de un año, se apresuró a despachar a Juan de Esquivel hacia esa isla para tomar posesión efectiva de ella antes de que pudiera hacerlo Ojeda o Nicuesa. Se sabe que Ojeda y Nicuesa salieron de la Española hacia sus respectivos territorios antes de terminar el año 1509. Por cierto que en su viaje de España a la Española, al pasar por Santa Cruz, Nicuesa apresó varios indios que vendió como esclavos en la Española. Parece que Esquivel no salió hacia Jamaica sino después de haber salido Ojeda para Nueva Andalucía, puesto que el padre Las Casas cuenta que Ojeda afirmaba que si Esquivel iba a Jamaica le cortaría la cabeza. Podemos colegir que Esquivel partió para Jamaica –con 60 hombres– después que Ojeda se fue, pero en ningún caso en el 1510.

Esquivel fundó en la costa norte de Jamaica un pueblo llamado Sevilla la Nueva. Más tarde aparecerá, un poco hacia el este de Sevilla, una población llamada Melilla, y luego, sobre la banda del sur, otra llamada Santiago de La Vega, que pasaría a llamarse La Vega a secas. No se sabe cuándo desaparecieron Sevilla la Nueva y Melilla, aunque hay indicios de que la población de la primera fue trasladada a Santiago de La Vega. Según un informe, La Vega tenía 100 habitantes en 1582, aunque esa cifra debe tomarse como de vecinos; es decir, de jefes de familias, puesto que en 1597 se decía en otro informe que tenía 730 vecinos –y en esa ocasión debieron ser habitantes–. En 1611, esto es, catorce años después del informe anterior, se decía que la población de la isla alcanzaba a 1,510 personas, de ellas, sólo 74 indios.

Jamaica debió ser pobre en indios. No hay noticias de que sus naturales lucharan contra los españoles ni que desde ella se sacaran esclavos. Se sabe que cuando Esquivel estableció el sistema de las encomiendas muchos indios huyeron a los montes; se sabe que de la isla se enviaban a tierra firme alimentos y hamacas para cambiarlos por esclavos indígenas que se vendían en la Española. Pero es muy poco más lo que se sabe. La historia de esos primeros años de Jamaica se esfuma como una pequeña nube deshecha por la brisa.

Cuando se discutían las capitulaciones del trono con Ojeda y Nicuesa, Juan de la Cosa, el gran marino español, aconsejó que se tomara como línea divisoria de las dos futuras gobernaciones el río Atrato, que desembocaba en el golfo de Urabá –hoy Darién–. Desde el río, por el oeste y el norte, hasta cabo Gracias a Dios, sería Veragua. Eso quiere decir que el territorio donde hoy están Panamá, Costa Rica y Nicaragua formaría la gobernación de Nicuesa. Del río, por el este, hasta cabo de la Vela, sería Nueva Andalucía, gobernación de Ojeda. Eso significaba que a Ojeda le tocaría gobernar lo que hoy es Colombia.

Ojeda dividió su expedición en dos partes; una que iría con él y otra que llevaría más tarde Fernández de Enciso. Con Ojeda iba de piloto Juan de la Cosa, e iba un hombre que pasaría a la historia como el conquistador del Perú, Francisco Pizarro.

Ojeda llegó a Turbaco, cerca de lo que hoy es Cartagena, y halló violenta oposición de los indios. En esa ocasión perdió la vida Juan de la Cosa. Nicuesa llegó a auxiliar a Ojeda y ambos capitanes estuvieron combatiendo a los indios de la región sin que lograran someterlos. Al final se separaron; Nicuesa siguió viaje hacia su destino y Ojeda se internó en el golfo de Urabá y fundó, en la orilla oriental del río Atrato, el pueblo de San Sebastián. Pero no pudo sostenerse allí. Los ataques de los indios eran constantes y feroces, y además el sitio era insalubre. Ojeda perdía hombre tras hombre y él mismo fue herido en una pierna. Mientras tanto, Fernández de Enciso no aparecía con la expedición auxiliar, que debía salir de la Española. Hacia el mes de mayo (1510) la situación era tan desesperada que Ojeda tomó la decisión de salir él mismo hacia la Española a buscar refuerzos. Al frente de sus hombres dejó a Francisco Pizarro, que ya comenzaba a dar muestras de sus condiciones para el mando. Ojeda naufragó y fue a dar a la costa sur de la porción oriental de Cuba –que todavía no había sido conquistada por los españoles– y desde allí mandó un hombre a Jamaica para pedir ayuda. Juan de Esquivel –a quien él había amenazado con la decapitación hacía poco tiempo– le envió a Pánfilo de Narváez con una escolta. De Jamaica, el duro conquistador se fue a la Española, ingresó en un convento para hacer penitencia y al morir pidió que se le enterrara en la puerta para que todo el que entrara y saliera pisara sobre sus restos.

En el mes de septiembre Francisco Pizarro abandonó San Sebastián y salió mar afuera. Iba navegando, no sabemos hacia dónde, cuando halló a Fernández de Enciso, que se dirigía a San Sebastián. Pizarro le dio cuenta del fracaso de la expedición, de la muerte de Juan de la Cosa y la ausencia de Ojeda, y Enciso ordenó el retorno a San Sebastián. Pero al llegar encontraron sólo cenizas de la fundación. Los indios habían destruido todo lo que los españoles habían dejado atrás.

En ese momento surgió de entre los hombres de Enciso uno que se había escondido en su nao cuando la expedición salía de Santo Domingo. El hombre tenía prohibición de salir de la Española mientras no pagara sus deudas, que no debían ser muy altas, y era tan desenvuelto que llevaba en el buque su perro, un cazador de indios que se haría célebre junto con su dueño. Éste se llamaba Vasco Núñez de Balboa, y conocía la región del istmo porque había estado allí con Rodrigo de Bastidas diez años antes. Cuando Bastidas logró salir de la Española para retornar a España, después de haber estado bajo el proceso que le levantó Bobadilla, Núñez de Balboa se quedó en la isla y ocho años más tarde salía de allí escondido en el buque de Fernández Enciso. Balboa dijo que en la orilla de enfrente del golfo de Urabá había un lugar apropiado para fundar, que él conocía el sitio y que aseguraba que los indios no causarían molestias. Se hizo lo que decía Balboa; pasaron al otro lado del golfo, pero no hallaron la acogida cordial que esperaban y tuvieron que combatir duramente contra los indios, acaudillados por el cacique Cemaco. La región era rica y los españoles, entusiasmados con el botín que cogían, resolvieron permanecer allí a toda costa. Cuando lograron vencer a Cemaco fundaron Nuestra Señora de la Antigua del Darién. Era todavía el año de 1510.

Pero había sucedido que en su lucha por sobrevivir los hombres de Fernández Enciso habían encontrado un nuevo líder –Vasco Núñez de Balboa– y a la vez habían violado las capitulaciones reales del 9 de junio de 1508, pues la nueva ciudad no quedaba dentro de los límites de Nueva Andalucía, la gobernación de Ojeda, sino dentro de los de Veragua, la gobernación de Nicuesa; y siendo Enciso, como lo era, un teniente de Ojeda, ya no tenía autoridad legal sobre la Antigua. Estaban los nuevos pobladores cavilando sobre esa falsa situación cuando arribó a la Antigua una nao que andaba en busca de Nicuesa.

La nao llegaba para reforzar la expedición de Nicuesa, como antes llegó Enciso para reforzar a Ojeda.

Diego Nicuesa había tenido, igual que Alonso de Ojeda, un viaje infortunado. Había dividido su expedición en dos grupos y había colocado uno bajo el mando de Lope de Olano mientras él encabezaba el otro. Lope de Olano llegó al río Belén, donde el Almirante don Cristóbal Colón había fundado un establecimiento en 1503, y dispuso establecer allí un pueblo. Nicuesa, que había seguido hacia el oeste, naufragó y se refugió en el archipiélago de Bocas del Toro, de donde despachó, en busca de Lope de Olano, el único bote que le había quedado. Al conocer la situación de su jefe, Lope de Olano abandonó la fundación de Belén y salió hacia Bocas del Toro; recogió a Nicuesa y, ya juntos, navegaron hacia el este, hasta Nombre de Dios, donde les halló poco después la nao de la expedición auxiliar que había salido de la Antigua en busca de Nicuesa. Diego Nicuesa, a quien le había ido tan mal, recibió la noticia de que ya había una ciudad fundada en su jurisdicción y de que la gente que había poblado allí había recogido abundante oro, y reaccionó diciendo que tan pronto llegara les quitaría esas riquezas y los echaría del lugar.

Pero sucedió que mientras Nicuesa andaba por Nombre de Dios los pobladores de la Antigua habían elegido un Ayuntamiento con dos alcaldes, Vasco Núñez y Martín Zamudio, y sucedió además que uno de los buques de la pequeña flotilla que conducía a Nicuesa y a su gente a la Antigua llegó al lugar antes que el de Nicuesa, y los marineros contaron en la Antigua lo que oyeron decir al infortunado gobernador de Veragua. Así, cuando éste se acercó a tierra encontró que los habitantes de la ciudad no le permitieron desembarcar. Nicuesa tuvo que irse, con un puñado de hombres que prefirieron seguirle, y al parecer tomó rumbo a la Española. Nunca llegó allá y nunca más se supo de él.

Una vez libres de Nicuesa, los partidarios de Núñez de Balboa comenzaron a preparar la expulsión de Fernández de Enciso. Éste representaba a Ojeda, y la gobernación de Ojeda comenzaba al otro lado del golfo. Enciso, pues, no tenía autoridad alguna sobre la Antigua, situada en territorio de Veragua. Se acordó, pues, expulsar también a Fernández de Enciso, que fue despachado a la Española; y junto con él, para expli-

car la situación y evitar problemas futuros, salieron el alcalde Zamudio, que seguiría viaje a España a fin de hablarle al rey, y un tal Valdivia, que se quedaría en Santo Domingo para hacer lo mismo con Diego Colón y para pedirle que enviara refuerzos y víveres a la Antigua.

Mientras los comisionados del Ayuntamiento de la Antigua –el primer ayuntamiento en tierra continental– viajaban hacia sus destinos, Balboa comenzó a hacer exploraciones por la región, a convencer a los caciques de que mantuvieran amistad con los españoles y a pedirles oro. Estando de visita en las tierras del cacique Comogre se suscitó una trifulca entre los acompañantes de Balboa –uno de ellos era Pizarro– a causa de la repartición del oro con que les había obsequiado Comogre. Un hijo de éste se asombró de que los conquistadores disputaran por eso y les dijo que si les interesaba tanto el oro él podría decirles dónde lo había en cantidades fabulosas, y les refirió que a poca distancia hacia el sur había otro mar y que a la orilla de ese mar había unos países que tenían oro a montones.

Entusiasmado con las noticias que le oyó al hijo de Comogre, Balboa retornó a la Antigua, donde encontró a Valdivia, que había vuelto de la Española con víveres y hombres enviados por don Diego Colón. Pero Balboa necesitaba más ayuda para emprender viaje a las orillas de "ese otro mar", y despachó de nuevo a Valdivia con instrucciones y 15,000 pesos que correspondían al quinto del rey. Valdivia, sin embargo, no llegó a la Española y nunca más se supo de él. Mientras Valdivia viajaba –y se perdía–, Balboa se dedicó a reconocer el golfo de Urabá, a hacer amistad con los caciques de la zona y a prepararse para la aventura que haría de él un personaje histórico. Como tuviera noticias de que los indios se confederaban para atacarle, atacó él antes, prendió a unos cuantos caciques, dio muerte a otros y se preparó para enviar más comisionados a España a fin de obtener la autoridad legal que necesitaba para seguir gobernando en Veragua y para que se le diera la ayuda que le haría falta si ponía sus planes en ejecución. En eso iba terminando el año de 1511.

A fines de 1511, España tenía en el Caribe cuatro puntos ocupados: la Española, asiento del virreinato y de la Real Audiencia de las Indias; Puerto Rico, donde Ponce de León combatía contra Guaynabá y había fundado Caparra (San Juan); Jamaica, bajo el gobierno de Juan de Es-

quivel; y la Antigua de Darién (Darién, más tarde), un poblamiento en la tierra continental gobernado por Vasco Núñez de Balboa. Un año después se cumplirían 20 del descubrimiento y hacía ya 18 años desde que el Almirante don Cristóbal había llegado a la costa de la Española con más de 1,300 hombres para dar principio al imperio; y el imperio, sin embargo, no cuajaba.

Después de la matanza de Jaraguá, en 1502, el comendador Ovando se fue al oeste de la Española a fundar ciudades y puso cinco de ellas bajo el cuidado de Diego Velázquez, a quien nombró lugarteniente de gobernador. A ese Diego Velázquez encargó el virrey don Diego Colón, a fines de 1511, la conquista de Cuba. Levantó Velázquez bandera de reclutamiento en todas las ciudades y villas de la Española, y reunió unos 300 seguidores, muchos de los cuales embarcaron con sus esclavos indios, con sus perros y sus caballos. Entre esos hombres iban Hernán Cortés, el que siete años después sería el conquistador de México; Pedro Alvarado, futuro conquistador de Guatemala, Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva, que serían los descubridores de Yucatán.

Como Juan de Esquivel, Diego Velázquez no tenía en aprecio la historia. No se sabe qué día salió de la Española, qué día llegó a Cuba ni por dónde, qué día estableció la primera fundación. De esto último sólo puede decirse que fue Baracoa, en el extremo oriental de la Isla. Después de Baracoa fundó Santiago de Cuba, en la costa sur, y la declaró capital de la isla. Esto debió ser en 1512.

La resistencia indígena que encontró Velázquez a su llegada a Cuba fue corta y no alcanzó a retardar la conquista. Un cacique de la Española, llamado Hatuey, que había pasado a Cuba probablemente antes de la llegada de Velázquez, trató de levantar a los indios de la región oriental para lanzarlos contra los españoles, y él mismo les presentó batalla, aunque no sabemos si lo hizo en el momento del desembarco. Hatuey cayó preso y fue condenado a morir en la hoguera. Cuando un sacerdote le pidió que se convirtiera al catolicismo para que su alma fuera al cielo, el indio respondió que si los españoles iban al cielo él no quería reunirse con ellos allá. Parece que Hatuey fue quemado en febrero de 1512.

Una vez establecido en Santiago, Velázquez procedió a conquistar la región que hoy se llama Oriente. Ante la presencia de los españoles,

los indios se retiraban hacia el oeste. En algunos casos, como sucedió en Bayamo, pretendieron resistir, pero fueron arrollados por fuerzas que comandaba Pánfilo de Narváez, que había llegado poco antes de Jamaica. Una vez conquistado Oriente, los compañeros de Velázquez comenzaron a pedirle que les diera encomiendas de indios. Velázquez, que tenía una larga experiencia de poblador de la Española, y que además era persona prudente, sabía que si los complacía, los indios huirían a las montañas y abandonarían los sembrados, lo que significaría escasez y sufrimiento para los conquistadores. Pero tuvo que ceder, de manera que la encomienda entró en función en Cuba antes de que los españoles se internaran en lo que hoy es Camagüey.

Velázquez avanzó hacia el occidente de la isla. Él iba por mar, costeando la orilla sur; otra flotilla iba por la costa norte; una columna de españoles e indios iba por tierra al mando de Pánfilo de Narváez. La columna halló alguna resistencia en Caonao y Narváez le hizo frente con toda severidad. El padre Las Casas, que todavía no era sacerdote y había llegado a Cuba poco antes, y que acompañaba a Narváez, fue testigo de la matanza y la persecución de Caonao. A su paso hacia el oeste, los conquistadores iban dejando fundaciones.

Este avance hacia el occidente de Cuba debió darse hacia el 1513, el año en que Vasco Núñez de Balboa se preparaba para la gran aventura de su vida. El 1 de septiembre salió de la Antigua con un bergantín, diez canoas, 190 españoles, 1,000 indígenas, perros de presa y provisiones; se dirigió al noroeste, hizo tierra en Puerto Careta y se internó hacia el sur. Como encontraran alguna oposición en las tierras del cacique Trecha, Balboa y su gente hicieron una matanza ejemplar. El 24 de septiembre comenzaron a subir una loma cuya cumbre alcanzaron el día siguiente, domingo 25. Desde allí vieron el que llamaron Mar del Sur. En el grupo estaba Francisco Pizarro, que años después iba a dar en ese mar con el imperio de los incas. Cuatro días más tarde llegaron a las orillas del Pacífico, en el llamado golfo de San Miguel. Un mes tardaría Vasco Núñez de Balboa en penetrar en las aguas de ese mar desconocido; fue el 29 de octubre (1513), en el momento en que la marea había subido a su más alto nivel, pues quería tomar posesión de esa inmensidad de aguas precisamente cuando estuvieran en su punto más alto. Penetró en ellas con el pendón real, que llevaba

pintada una imagen de la Virgen, y cuando el agua le dio en las rodillas comenzó a vivar a los reyes y a declararlos dueños de ese mar y de cuantas tierras hubiera en él.

Con el descubrimiento del Pacífico se ampliarían en proporciones enormes las posibilidades del Caribe, pues las grandes riquezas de la costa americana del Pacífico serían movilizadas hacia Europa por la vía del istmo de Panamá y por tanto el transporte de esas riquezas se haría por el mar Caribe, Balboa y sus hombres salieron de las costas del sur al finalizar el mes de noviembre de 1513. Habían oído a los caciques de la región hablar de las ricas tierras que quedaban al sur, y la imaginación, como es claro, se les encendía. Llegaron a la Antigua el 19 de enero de 1514. Mal podían ellos imaginarse que a esa altura estaba preparándose en España una flota de 15 navíos y 1,500 hombres que iba a salir tres meses después de San Lúcar de Barrameda bajo el mando de Pedrarias Dávila, a quien el rey había nombrado gobernador de Castilla del Oro. Castilla del Oro era el último nombre que se le había dado a esa tierra que Balboa y su gente andaban descubriendo. Ya ese territorio no seguiría estando dentro de los límites de Veragua.

Mientras disputaba con Balboa y buscaba la manera de deshacerse de él, Pedrarias Dávila ordenaba a sus tenientes hacer exploraciones en el istmo y le ordenó a Balboa ir a la costa del sur, para lo cual el descubridor del Pacífico se dedicó a fabricar navíos en piezas, que debían ser llevados por cargadores indios a través de una selva intrincada, llena de pantanos, lomas, ríos, fieras, culebras e insectos venenosos. Durante años Pedrarias, cuya gente se moría de paludismo y de necesidad, estuvo allí, en la faja de tierra del istmo, moviendo a sus hombres de norte a sur y de este a oeste sin que la conquista avanzara en realidad. Aunque la historia de las actividades de Pedrarias y sus tenientes es bastante confusa, sobre todo en los primeros años, puede resumirse en estos párrafos: entre junio de 1514, cuando llegó Pedrarias a la Antigua, y los primeros meses de 1515, murieron más de 600 expedicionarios; en 1515 se fundó Acla; en 1516, Germán Ponce y Bartolomé Hurtado costearon por el Pacífico hasta Nicaragua; entre 1516 y 1517, Pizarro estuvo buscando perlas y matando indios en el archipiélago de las Perlas, y Juan de Ayorga estuvo fundando pueblos que los indios destruían inmediatamente; al mismo tiempo, Gonzalo

de Badajoz avanzaba hacia el oeste y recibía grandes obsequios en oro de los caciques de la región, en pago de lo cual asaltó y quemó la ranchería del cacique París, a lo que éste respondió con ataques costosos para los españoles; y Gaspar de Espinosa, enviado en auxilio de Badajoz, tuvo que sufrir los asaltos de los indios de Urracá, un cacique que se mantuvo varios años alzado y en guerra contra los conquistadores.

Mientras sucedía todo eso en el istmo, Diego Velázquez despachaba desde Cuba a Francisco Hernández de Córdoba para que fuera a explorar hacia occidente. Era el año de 1517. Hernández de Córdoba llegó a la isla de Cozumel, frente a la costa caribe de Yucatán, y después se internó en el Golfo de México. Con ese viaje quedaba terminado el periplo del Caribe, salvo el trayecto entre Cozumel y el golfo de Honduras, que sería recorrido más tarde.

Así pues, 25 años después del 12 de octubre de 1492, el mar de Colón era conocido de una a otra esquina, de uno a otro canal. De mar de indios había pasado a ser mar de españoles. Ya había en sus tierras negros esclavos y mestizos de blancos, indios y negros, pero todavía no había llegado a ellas, en son de dueño, más europeo que el español. El Caribe era entonces la frontera occidental de España, pero no era aún la frontera de varios imperios en guerra.

En esos años el istmo de Panamá y lo que hoy es América Central fueron el escenario de una guerra a muerte entre los conquistadores españoles. Esa guerra no es el objeto de este libro, pero tal vez sea oportuno decir que está por escribirse aquel en que se refieran esas luchas enconadas entre los capitanes de la conquista. En un duro episodio de ellas cayó Vasco Núñez de Balboa, cuya cabeza adornó lo alto de un madero en la pequeña y mísera plaza de Acla. En el momento en que lo decapitaban –enero de 1519–, Hernán Cortés navegaba por la costa sur de Cuba, camino de la conquista de México. Unos meses después –el 15 de agosto–, Pedrarias Dávila fundaba Panamá, la ciudad que Henry Morgan, el pirata inglés, iba a destruir en 1671, y a fines del año se repoblaba Nombre de Dios.

De pronto, de la Española, que desde hacía algunos años había dejado de ser base de las exploraciones y la conquista del Caribe, salía en 1520 un grupo de vecinos para poblar la pequeña isla de Cubagua, el rico criadero de perlas que Colón había avistado, frente a la costa de

Venezuela, en agosto de 1498. La isla no tenía agua y era difícil llevarla de tierra firme, a pesar de que quedaba a pocas millas, porque los indios caribes de la región, maltratados con frecuencia por los conquistadores, repelían a muerte los intentos de poner pie en esa costa. En 1515 unos vecinos de la Española habían hecho una entrada en el lugar para llevarse indios esclavos, y las tribus de la comarca respondieron destruyendo un convento que había en Píritu y matando a los religiosos. A principios de 1520 salió de la Española un grupo a poblar Cubagua, pero a poco llegó Gonzalo de Ocampo a la costa de enfrente, ahorcó a nueve caciques y cautivó a 150 indios, que mandó vender en la Española. Aunque en este punto la historia es confusa al dar fechas, eso es lo que se desprende de la lógica de los acontecimientos. La agresión de Ocampo dio lugar a otra rebelión de los caribes, que atacaron a los frailes dominicos de un convento situado en lo que hoy es el golfo de Santa Fe (Cumaná) y no dejaron fraile vivo ni paredes en pie. Por fin, en septiembre de 1522 se logró establecer un fortín en la boca del río Cumaná, con lo que se aseguró el agua para los pobladores de la pequeña isla de las perlas y tierra donde pudiera cosecharse bastimentos para alimentar su población.

Ese mismo año de 1522 salía por el Mar del Sur, con derrotero hacia el noroeste, un nuevo conquistador que había llegado a Panamá desde España. Se trataba de Gil González Dávila, quien asociado al piloto Andrés Niño y a otros dos amigos había obtenido del trono autorización para poblar en lo que habían sido tierras de Veragua. Este González Dávila tuvo sus disgustos con Pedrarias Dávila, que no quería darle las naves que había llevado Balboa al Pacífico a pesar de que le entregó una cédula real en que se ordenaba que se las dieran; logró al fin embarcar, pero tuvo que abandonar los bajeles porque necesitaban reparaciones; los dejó al cuidado de Andrés Niño, se metió por lo que hoy es Costa Rica y avanzó por la parte oeste de lo que actualmente es Nicaragua. Cuando retrocedió a buscar los bajeles para seguir haciendo la exploración por mar, sus hombres le exigieron que explorara por tierra, que según entendían ellos en las aguas no había minas de oro. Tuvo que seguir, pues. En el camino fue convirtiendo caciques al catolicismo. Andrés Niño, mientras tanto, llegó hasta un golfo que bautizó con el nombre de Fonseca. Ese golfo es el que está entre Nicaragua y El

Salvador. Cuando González Dávila retornaba, el cacique Diariagen cayó sobre él con muchos indios, y uno de los convertidos en el viaje de ida se unió a Diariagen, de manera que González Dávila se vio en aprietos. Pero él y su socio Andrés Niño lograron volver a Panamá, adonde llegaron el 25 de junio de 1523 con 112,524 castellanos de oro, una fortuna superior al millón de dólares de 1968.

Con ese dinero, González Dávila se dirigió a la Española para organizar una nueva expedición, y logró salir con ella el 10 de marzo de 1524, sólo que en vez de volver por Panamá se dirigió a lo que hoy es Honduras. Al llegar a lo que hoy es Puerto Cortés tuvo que tirar al agua varios caballos que acababan de morir a bordo, razón por la cual llamó al sitio Puerto Caballos. En el cabo de Tres Puntas o Manabique fundó la villa de San Gil de Buenaventura, que fue el primer establecimiento español en Honduras.

Ahora bien, ese año de 1524 se movían en la América Central varios grupos de conquistadores. Uno, encabezado por Pedro de Alvarado, había salido de ciudad México, la rica y poderosa Tenochtitlán, a principios de diciembre de 1523 y bajaba hacia Guatemala. Tres días antes de que González Dávila saliera de la Española hacia Honduras había Alvarado destruido por el fuego la ciudad mayaquiché de Cumarcaj, y a sus dos reyes con ella. Otro grupo de conquistadores que había salido de Veracruz al mando de Cristóbal de Olid desembarcaba el 3 de mayo (1524) en las vecindades de San Gil de Buenaventura, esto es, a quince leguas al este de Puerto Caballos. Desde Panamá, cumpliendo órdenes de Pedrarias Dávila, el anciano tenaz y ambicioso, subían hacia el norte Hernán de Soto y Francisco Hernández de Córdoba –no el que descubrió en 1517 las costas de Yucatán, sino un homónimo suyo que iba a ser ejecutado por su jefe, Pedrarias Dávila–; iban penetrando la tierra con la encomienda de ocupar todo lo que había descubierto Gil González Dávila, porque Pedrarias Dávila entendía que esos territorios pertenecían a su gobernación y habían sido, además, descubiertos años antes por sus tenientes Hernán Ponce y Bartolomé Hurtado. Al mismo tiempo se movía desde México una segunda expedición despachada por Hernán Cortés al mando de su primo Francisco de Las Casas con el encargo de someter a Cristóbal de Olid, que pretendía declararse independiente de Cortés. Y por último, en octubre de ese mismo año de 1524, el propio Hernán

Cortés había salido de la capital de la Nueva España (México) hacia las Hibueras (Honduras).

Cada una de esas expediciones tuvo un destino propio, unas veces impuesto por la encontrada acción de los conquistadores y otras veces por la naturaleza de la conquista. Los conquistadores eran una cosa y la conquista otra. Los conquistadores luchaban contra los indios y contra la naturaleza, pero también luchaban entre sí, a menudo con una violencia impresionante. Como hecho histórico, la conquista era la acción llevada a cabo únicamente contra la naturaleza y los pobladores indígenas. La lucha a muerte de un conquistador por arrebatarle a otro su posición o su oro, era la acción individual que lo mismo podía darse en España, donde no había conquista, que en otro país.

Por ejemplo, la expedición de Hernando de Soto y de Hernández de Córdoba iba dirigida a despojar a Gil González Dávila de sus territorios. Pero la que Cortés había enviado al mando de Cristóbal de Olid no tenía ese fin, porque Cortés no sabía, cuando despachó a Olid desde Veracruz, que González Dávila estaba en ese momento comenzando a poblar en las Hibueras. Sin embargo, la segunda expedición que despachó Cortés, la encabezada por su primo Las Casas, y la que él mismo realizó, caían dentro del tipo de luchas de unos conquistadores contra otros. En esas luchas, sólo el que vencía al adversario podía dedicarse a conquistar.

Pero vayamos por partes. Yendo tras las huellas de González Dávila, Hernando de Soto y Hernández de Córdoba fundaron, a principios de 1524, la villa de Bruselas. Esta villa estuvo en la costa del Pacífico correspondiente hoy a Costa Rica, en las vecindades del actual puerto de Puntarenas. Al norte de ese sitio, en las orillas del lago de Nicaragua, establecieron Granada, y más al norte León la Vieja. Desde este último punto se encaminaron hacia el norte y penetraron en las Hibueras. Por algún medio se enteró Gil González Dávila de lo que estaban haciendo los dos tenientes de Pedrarias y de la ruta que seguían, y salió a encontrarlos.

El milagro de las comunicaciones de la época merece un estudio. Las travesías por mar eran relativamente cortas, de manera que de un lugar del Caribe a otro era fácil que las noticias llegaran a través de tripulantes o pasajeros de las naos que se movían por esas aguas; pero

en esos tiempos no había abundancia de barcos navegando por el Caribe, y por otra parte las comunicaciones por tierra eran prácticamente inexistentes. Sin embargo, las noticias llegaban a los interesados, como en el caso de Gil González Dávila y los capitanes enviados por el gobernador de Panamá. Cortés se enteró en México de las intenciones de su teniente Cristóbal de Olid, y sabemos que las noticias se las llevó Francisco de Montejo, que estaba en Cuba cuando Olid pasó por allí antes de ir a las Hibueras.

Es el caso que Gil González Dávila supo en lo que andaban los capitanes de Pedrarias Dávila y qué camino llevaban, y salió a buscarlos. Los encontró en Toreba, se enfrentó con ellos y los batió. Así, Pedrarias Dávila quedaba eliminado – sólo que por el momento– de las luchas de los conquistadores en América Central, y por tanto quedaba eliminada una de las cinco expediciones que llegaban a disputarse el territorio.

Dijimos que Cristóbal de Olid había salido de Veracruz, pero en vez de dirigirse a las Hibueras llegó a Cuba. Allí Diego Velázquez le aconsejó que le hiciera a Hernán Cortés lo que Cortés le había hecho a él; esto es, declararse independiente de Cortés y obligado sólo con el rey. Cristóbal de Olid, que llevaba consigo 360 españoles, además de la tripulación de sus barcos, y 22 caballos, consideró que tenía fuerzas para hacer lo que le aconsejaba el gobernador de Cuba. Sin duda cometió la imprudencia de decirlo en Cuba, cosa que no hizo Cortés, puesto que el vencedor de Moctezuma no declaró su independencia de Velázquez hasta después que estaba en México.

Llegó Cristóbal de Olid a la costa hondureña, como hemos dicho, a quince leguas de San Gil de Buenaventura, y fundó allí Triunfo de la Cruz. Estaba pensando cómo deshacerse de Gil González Dávila cuando arribó la flota de Francisco de Las Casas. Olid se retiró a un pueblo de indios llamado Naco, y desde ahí comenzó a negociar con Las Casas. Pero se levantó una noche uno de esos malos tiempos típicos del Caribe que arrastró las naves de Las Casas, las empujó a tierra, se ahogaron 30 hombres y se perdió cuanto iba en la flota. Olid aprovechó la ocasión y prendió a la gente de Las Casas, y, desde luego, también al jefe. Inmediatamente mandó una columna contra González Dávila, y a poco se lo trajeron preso.

Cortés debió saber lo que había sucedido porque Olid le comunicó su buena suerte al gobernador de Cuba. Tal vez Cortés tenía informadores cerca de Velázquez. Sólo así se explica que preparara, sin perder tiempo, una expedición para ir él mismo a las Hibueras.

El camino de Hernán Cortés fue largo y sufrido. Había salido de la capital de Nueva España en el mes de octubre (1524) con un séquito impresionante; llevaba a Cuauhtémoc, que iba preso, y a varios reyezuelos mexicanos; llevaba a Marina, a innumerables sirvientes indígenas y varios cientos de españoles. En el camino casó a Marina con uno de sus capitanes y dio muerte a Cuauhtémoc. Cuando llegó a territorio de las Hibueras, antes aun de haber entrado en San Gil de Buenaventura, supo que Cristóbal de Olid había sido muerto y que Francisco de Las Casas y Gil González Dávila habían abandonado el país.

Cristóbal de Olid había llevado a sus dos prisioneros a Naco, donde los tenía en condición de huéspedes, y una noche, mientras cenaba con ellos, Las Casas lo agarró por las barbas y le dio una puñalada en el cuello mientras González Dávila le daba otras en el cuerpo. Pero Olid logró huir y fue a esconderse en unos matorrales. Las Casas y González Dávila juraron lealtad a Cortés, cosa que aprobaron los demás españoles; luego salieron en busca de Olid, lo hallaron, le hicieron proceso y lo ajusticiaron el 16 de enero de 1525. Inmediatamente después, a instancias de Las Casas, rebautizaron Triunfo de la Cruz con el nombre de Trujillo, y como ignoraban que Cortés había salido de México para Honduras se dirigieron a México para dar cuenta a Cortés de lo que habían hecho. Se fueron por tierra, vía Guatemala. Cortés llegó a Trujillo hacia el mes de agosto, tras diez meses de una marcha increíble, en la que cruzó Tehuantepec, las intrincadas selvas de Chiapas, ríos y ciénagas en las que tuvo que hacer puentes y carreteras. En esa larga caminata hubo días de hambre y escenas que son difíciles de creer. Cuando alguno de los conquistadores conseguía un poco de maíz o una pieza de carne, los demás se lo arrebataban. Ni para el mismo Cortés se reservaba nada. Una noche el fabuloso capitán llamó a Bernal Díaz del Castillo para reprenderle porque llevó al real algún maíz y no le dio ni una mazorca, a lo que el gran cronista le respondió que aunque el propio Cortés guardara el maíz se lo hubieran arrebatado, “porque le guarde Dios del hambre, que no tiene ley”, según dijo.

En todo este enredo intervino la Real Audiencia de la Española, que despachó a uno de sus miembros, el fiscal Pedro Moreno, para que resolviera la situación creada por las luchas entre Olid, Las Casas y González Dávila y pusiera orden en el territorio. Cuando Moreno llegó a Hibueras, Cristóbal de Olid estaba muerto y todos reconocían a Cortés como legítimo gobierno del lugar. Para no perder el viaje, Moreno se llevó 40 indios que iba a vender en la Española como esclavos.

El 8 de septiembre (1525), el vencedor de Moctezuma fundó en Puerto Caballos la villa de la Natividad de Nuestra Señora, que se llama hoy Puerto Cortés, y después fue a alojarse a Trujillo. Desde Trujillo se dirigió a la Audiencia de Santo Domingo pidiéndole que se devolvieran a su tierra los cuarenta indios que se había llevado el fiscal Moreno, y a seguidas nombró a su primo Hernando Saavedra gobernador de las Hibueras. Desde Trujillo, donde estuvo varios meses, mandó llamar a Pedro de Alvarado que hacía más de un año había terminado la conquista de Guatemala y había fundado su capital, la villa de Santiago de los Caballeros de Guatemala, pero cuando Alvarado llegó a las Hibueras ya Cortés se había ido. Embarcó en el puerto de Trujillo, el 25 de abril de 1526, por vía del canal de Yucatán, y estuvo en La Habana cinco días. Sería la última vez que viajaría por las aguas del Caribe, en las que comenzó su vida de conquistador.

Ese Pedro de Alvarado a quien Cortés esperó durante varios meses, tardó menos de seis en conquistar el reino de Guatemala. El 13 de febrero de 1524 estaba dando –y ganando– la batalla de Tonalá, todavía en suelo mexicano, y el 25 de julio estaba fundando Santiago de los Caballeros de Guatemala. Al mismo tiempo sometió Guatemala y Cuzcatlán, hoy El Salvador, de manera que su acción, tan relampagueante y decisiva, fue de mar a mar, del Caribe al Pacífico.

Gallardo, desenvuelto y sanguinario, el capitán a quien los indios mexicanos apodaron Tonatiuh –es decir, el Sol– debido a su barba y a sus cabellos rubios, había llegado a las Indias con un viejo ropón de Caballero de Santiago, en el cual se veía todavía la huella de la cruz que había llevado cuando lo usaba su dueño –un tío suyo, al decir de Alvarado– y por esa razón sus compañeros de la conquista le apodaron el comendador. El nombre que le puso a la capital de Guatemala era en cierto sentido una respuesta a esa burla, pero expresaba también de

llegar a ser un miembro de la orden de Santiago. Lo logró, al fin, y murió siendo comendador de la orden.

Alvarado entró en Guatemala por el río Suichate, después de haber vencido en el río Tonalá –como dijimos– a indios de Tehuantepec aliados a los quichés de Guatemala. El territorio de los quichés era grande y muy poblado. Como en la mayoría de los reinos mayas, los quichés tenían dos monarcas y un jefe militar al que asistían varios tenientes. Los monarcas quichés eran OxiQueh y Beleheb Tzy; su jefe militar se llamaba Tecún Umán, y el más destacado de los tenientes de Tecún Umán era Azumanché. Los mayas-quichés, que conocían la suerte de los pueblos mexicanos, se dispusieron a resistir a Alvarado. Los desdichados no podían imaginarse que tenían en frente a un rayo de la guerra, de naturaleza agresiva y dura, que no se detenía ante ningún obstáculo. Ese hombre a quien los mayas-quichés pretendían detener era el que había desatado, matando a gente principal de Tenochtitlán, los acontecimientos de la Noche Triste. Si fue capaz de hacer eso en plena capital azteca, cuando él y los españoles que le acompañaban eran un puñado de hombres en medio de miles y miles de indios, qué no haría en el reino de los quichés con una columna de hombres aguerridos.

Tecún Umán situó sus fuerzas en el paso del río Tilapa –actual departamento de Retalhuleu– y ahí esperó la llegada de los españoles. Alvarado lo forzó a retirarse, y Tecún Umán retrocedió hasta el río Salamá, donde presentó batalla. Rápidamente venció el Tonatiuh la resistencia de los mayas-quichés, cuyas armas arrojadizas y cuya táctica de combate debían parecerles a los españoles juego de niños.

Después de la victoria de Salamá, Alvarado entró en Zapotitlán, capital del reino de Xuchiltpec, e instaló su cuartel general en el mercado de la ciudad. Pero le llegaron noticias de que los mayas-quichés estaban concentrándose en Xelajú –la actual Quetzaltenango– e inmediatamente levantó su real y avanzó por las laderas de un volcán llamado hoy de Santa María. Halló fuerzas de indios en las orillas del río Xequijel y atacó con su acostumbrada vehemencia. En ese ataque perdió la vida Azumanché, el más importante de los tenientes de Tecún Umán. Tecún Umán, mientras tanto, estaba reuniendo hombres en Chuví Megená –hoy Totonicapán–, que estaba al este de Xelejú y al norte del lago Atitlán, bastante cerca de Xelajú, lo que lo llevó a chocar

con los españoles en Pachah. En medio de la batalla de Pachah, Tecún Umán se dirigió resueltamente hacia el sitio donde se hallaba Pedro de Alvarado, fácil de reconocer por su barba rubicunda. Creyendo, con esa admirable ingenuidad del indio, que el jefe español y su caballo eran una sola y misma cosa, Tecún Umán metió en el cuerpo de la bestia su lanza maya de obsidiana para matar al guerrero enemigo. Desde la altura del caballo, Alvarado lo atravesó con su lanza europea de hierro, y así murió el caudillo militar del pueblo maya-quiché.

De viejo es conocido que la historia de las guerras la escribe el vencedor, y escribe no sólo la suya, sino también la del vencido. Cuando éste queda aniquilado –como sucedió con los pueblos indios del Caribe– no tiene ni siquiera el recurso de poder aclarar las dudas. Pedro de Alvarado expuso a su manera la razón que lo llevó a destruir por el fuego la noble ciudad de Cumarcaj y a los reyes mayaquichés con ella. Dijo que esos reyes habían planeado quemarlo a él vivo, que como primera parte de su plan le invitaron a entrar en la ciudad y le ofrecieron alojamiento y comida para él y para toda su tropa, pero que él entró en sospechas porque llegó a Cumarcaj y la encontró sin un alma. Según aseguró el capitán conquistador, una vez dentro de la ciudad, y cuando cavilaba por qué estaba abandonada de sus habitantes, alcanzó a ver a un indio y mandó que le prendieran e interrogaran, y que aquel hombre reveló el plan de OxibQueh y Beleheb Tzy. Eso que dijo Alvarado ha sido repetido por los que han hecho su historia sin detenerse a analizarlo.

En primer lugar, resulta demasiado afortunado que la gente de Alvarado acertara a ver en las calles de Cumarcaj a un indio que estaba enterado del plan de los reyes mayaquichés, que debía ser un secreto cuidadosamente guardado. En segundo lugar, podemos imaginarnos, sin ser mal pensados, cómo sería el interrogatorio, qué métodos se usarían para hacer decir al indio todo lo que se les quisiera achacar a los reyes. En tercer lugar, conocemos la historia de la conquista de otros centros de población maya y sabemos que muy a menudo los españoles hallaban las ciudades totalmente vacías, sin que la intención de los habitantes fuera atacarlos después. Por último, sabemos que Alvarado se retiró de Cumarcaj y plantó su real en un valle vecino a la ciudad, que desde allí envió recado a los reyes para que le visitaran y que los reyes mayaquichés fueron a verle a su campamento.

La presencia de los reyes mayaquichés en el real de Alvarado, donde estaban reunidos sus enemigos, indica que no tenían el propósito de quemar vivos a los españoles, pues en ese caso, dada la mentalidad de los pueblos indígenas –aun de los más avanzados, como eran los mayaquichés–, hubieran creído que los conquistadores conocían sus intenciones y que iban a actuar en consecuencia. Debemos pensar que si el capitán español encontró la ciudad vacía se debió a otras razones, no a un plan de los reyes. Es probable que los indios, asustados por la presencia de los españoles, huyeran a la selva cercana, como huían en Yucatán; es probable que el indio interrogado dijera bajo el terror lo que Alvarado y sus hombres querían oír.

De todos modos, tuviera o no tuviera el jefe conquistador razón –dentro de la lógica brutal de la guerra y la conquista–, es el caso que la ciudad de Cumarcaj desapareció entre las llamas y los reyes Oxib-Queh y Beleheb Tzy murieron quemados en su ciudad. Inmediatamente después de haber realizado tal barbaridad, Alvarado hizo llamar a los hijos de las dos víctimas y los designó reyes en el lugar de sus padres.

Pedro de Alvarado había hecho con Cortés la conquista de la Nueva España y había aprendido muchas de sus tácticas. Uno de los recursos que más utilizó Cortés fue el de ganarse el apoyo de unos pueblos indios, contra otros. Siempre había habido, antes de la conquista, rivalidades entre los pueblos indios como las había habido entre las ciudades-Estado griegas y entre los burgos medievales de Europa. Así, el Tonatiuh puso en práctica lo que aprendió al lado de Cortés, y buscó aliados indígenas. Los encontró en los cakchiqueles, cuya capital era Ixminché, donde el temido capitán español se alojó como huésped de sus reyes, Baleheb Car y Cahi Imox.

Desde Ixmenché, Alvarado despachó una embajada a Tetpul, rey de los tzutuhules, para pedirle que reconociera a los reyes de España como sus legítimos señores. Pero Tetpul no sólo se negó a esa pretensión, sino que dio muerte a los embajadores de Alvarado, lo que llenó a éste de indignación. En verdad, dentro de los hábitos europeos de hacer la guerra era imperdonable que se matara a los miembros de una embajada, pero tal vez ese ignorante de Tetpul desconocía las costumbres de Europa.

La capital de los tzutuhules estaba en las orillas del lago Atitlán, un hermoso sitio en medio de picos de montañas. Alvarado se lanzó sobre

esa capital y la tomó. Allí obtuvo no sólo la rendición de Tetpul y su pueblo, sino también la de los pipiles, que se reconocieron vasallos del rey de España.

Itzcuitlán –la actual Escuintla–, que estaba al sureste del lago de Atitlán y a cierta distancia, no aceptó la rendición que le proponía el conquistador. Alvarado marchó sobre ella y la asaltó de noche, bajo la lluvia; pasó a cuchillo a toda la población y luego quemó la ciudad. Inmediatamente después de esa acción avanzó hacia el sur, cruzó el río Michatoya y se encaminó hacia el este por la costa del Pacífico. Rápidamente tomó Txisco, Guazacapán –el actual Ahuachapán de El Salvador–, Chiquimulilla, Nacinta y Paxaco. En Paxaco tuvo que combatir contra indios aguerridos que le mataron e hirieron a muchos hombres. El mismo recibió ahí una herida de flecha que le dejó una pierna cuatro centímetros más corta que la otra para el resto de su vida.

Esa campaña relampagueante había sido hecha en cinco meses, Los conquistadores eran pocos, sobre todo si se les compara con la mucha población india de esos reinos, que eran de los más poblados en el Caribe; e hicieron la campaña a pie –los jinetes eran contados– por un país de montañas, volcanes, bosques tupidos y ríos caudalosos.

De Paxaco, el Tonatiuh retornó a Ixminché, donde fundó, el 25 de julio de 1524, la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, llamada a ser la capital del reino que había conquistado. No lo fue, sin embargo, porque los indios cakchiqueles, que habían sido sus aliados cuando Alvarado les ofreció protección contra sus enemigos los mayaquichés, no pudieron sufrir los malos tratos de los conquistadores y se rebelaron con tanta violencia que la capital tuvo que ser trasladada a un lugar fuera de su territorio. La capital se estableció entonces al pie del volcán de Agua. Pero el 11 de septiembre de 1541 el enorme lago que llenaba el cráter del volcán rompió la pared del cráter que daba a la ciudad, y millones de metros cúbicos de agua se derramaron sobre ella. Los que visitan ahora los restos de aquella Guatemala infortunada ven con asombro las ruinas de templos y palacios de una población que sin duda estaba llamada a ser de gran nobleza y de hermosura impresionante. Tres meses y medio antes de esa desgracia, Pedro de Alvarado había muerto en la Nueva España a causa de haberle caído encima un caballo. Cuando su capital fue destruida, aún estaban ador-

nados con mantas negras los balcones del palacio de Alvarado. Allí desapareció en la catástrofe la mujer del Tonatiuh, quien desde el día en que supo su viudez se hacía llamar Beatriz la Sin Ventura.

Unos meses después de la fundación de Santiago de los Caballeros de Guatemala –para ser más precisos, el 26 de noviembre de 1524– Rodrigo de Bastidas, el veterano explorador del istmo, capitulaba con los reyes para volver al Caribe. En las cédulas reales se le señalaba que poblaría la provincia y puerto de Santa Marta, que en términos de hoy es el territorio contenido entre el cabo de La Vela, al este, y el río Magdalena al oeste. Bastidas llevó labradores y artesanos, algunos de ellos con sus mujeres, pues tenía experiencia en los problemas de las Indias y pretendía sólo poblar, no explorar. Habiéndose detenido en Santo Domingo a buscar provisiones, bestias y voluntarios, Bastidas llegó el 29 de julio (1525) al puerto que iba a llamarse Santa Marta, negoció con los caciques de la vecindad y dispuso que se fundara el nuevo establecimiento. Trescientos cinco años después llegaría a él Simón Bolívar, herido de muerte por la tuberculosis, y moriría en las vecindades de la ciudad.

Bastidas no fue afortunado en esa oportunidad. Pedro Villafuerte, que era su segundo, conspiró contra él y lo apuñaló mientras su víctima dormía. Bastidas tuvo que irse a la Española, donde murió a causa de sus heridas. Al frente del gobierno quedó Rodrigo Álvarez Palomino, que fue un tenaz perseguidor de indios. El, y el que después compartió con él la gobernación –Pedro Vadillo– murieron ahogados; Palomino al cruzar un río y el otro, años después, en el mar, cuando regresaba a España. Villafuerte, a su vez, murió en la horca por el atentado contra Bastidas.

La gobernación de Santa Marta era rica y estaba habitada por indios que vivían en pueblos, algunos muy grandes. En los primeros tiempos los españoles sacaron bastante oro, pero después de las entradas violentas de Villafuerte y Palomino, los indios defendieron sus vidas y sus tierras en forma desesperada. Al sucesor de Palomino y Vadillo, García de Lerma, le dieron batallas memorables. Pero sin duda los españoles fueron más difíciles de gobernar que los indígenas. La historia de Santa Marta es un amasijo de luchas intestinas entre españoles, de derrotas a manos de los indios y de gobernadores fracasados.

Las bajas españolas en Santa Marta fueron elevadas; unos morían en lucha con los indios, otros de enfermedades y hambre, otros a manos de sus compañeros. En febrero de 1531 estalló un incendio que destruyó todas las viviendas, lo que aprovecharon los indios para acentuar la rebeldía.

Tal vez en ningún punto del Caribe –si se exceptúa Cartagena, la provincia vecina de Santa Marta– fue tan ardua y a la vez tan carente de sentido la obra de los conquistadores. Los españoles se movían de un sitio a otro, matando indios o matándose entre sí, buscando oro, intrigando, amotinándose, pero no avanzaban hacia ninguna parte. Vistos esos días con la perspectiva de hoy, los primeros años de Santa Marta se justifican porque desde allí salió Gonzalo Jiménez de Quesada hacia el país de los muiscas y los chibchas, y la conquista de ese país, con la consiguiente fundación de Santa Fe de Bogotá, es sin duda el resultado del establecimiento de Santa Marta.

Pero mientras Jiménez de Quesada no tomó el camino hacía las alturas del sur –y aun después que él había llegado allá– la vida de los conquistadores de Santa Marta fue como una vena rota por donde se escapaba la sangre de la conquista, y con ella se derrochaban el valor, la astucia, la decisión y la codicia de los conquistadores.

Capítulo V

La conquista entre 1526 y 1584

La impresión que saca el que estudia la historia del Caribe en los años que van de 1520 a 1526 es que la actividad conquistadora empezó a perder vigor a tal punto que estuvo casi paralizada. Parecía que España se había agotado.

La última gran expedición que habla llegado al mar de las Antillas había sido la de Pedrarias Dávila, inferior, sin embargo, en la mitad, a la que condujo a don Nicolás de Ovando hasta la Española a principios del siglo. En las islas que habían sido la base de la conquista del Caribe ya apenas quedaban hombres aclimatados dispuestos a seguir tras una bandera de conquista; y sin esos hombres no era aconsejable ir a poblar a otros sitios. Ellos eran los veteranos del paisaje, de las lluvias, del calor, de la comida indígena y de las caminatas increíbles por bosques, montañas y pantanos poblados de peligros.

Bien podía ser que lo que pasaba en Santa Marta fuera un reflejo de lo que pasaba en el Caribe, y bien podía ser que la situación del Caribe fuera un reflejo de la situación de España. Las luchas de los comuneros de Castilla contra el emperador Carlos V, las guerras de España contra Francia, las atenciones a las regiones europeas del imperio, consumían los recursos de España y reclamaban allá las energías de los hombres de acción. Esas energías debían emplearse en Europa antes que en el Caribe, lo que explica por qué España estaba en Europa y España era la cabeza del imperio.

Fue en 1526, mientras se luchaba en Santa Marta contra la naturaleza y las intrigas, cuando las autoridades de la Española dieron a Juan de Ampués despachos para ir a poblar las islas de Curacó, Oraba y

Uninore –las actuales Curazao, Aruba y Bonaire–. Desde esas islas, Juan de Ampués pasó a la costa de Venezuela, donde estableció una ranchería cerca de donde poco después se fundaría Coro, que iba a ser la base de la conquista del occidente y del centro de Venezuela.

Juan de Ampués se estableció allí en el 1527 con 60 acompañantes, y en el mes de marzo de ese año fue nombrado Pedrarias Dávila gobernador de Veragua. A fines de septiembre del mismo año llegaba a la isla Cozumel Francisco de Montejo con despachos reales de gobernador de Yucatán. A mediados de 1528, Aldonza de Villalobos desembarcaba en la isla Margarita, frente a Paria –el golfo de las Perlas– para ser la primera mujer pobladora en América. El 2 de abril de 1529 arribaba a Venezuela el alemán Ambrosio Alfínger, el primer gobernador del territorio capitulado por el emperador con la firma alemana de los welzers o balzares.

La obra de Ampués iba a ser de corta duración; Montejo tardaría casi 20 años en lograr la conquista de Yucatán; Pedrarias Dávila era un caso de psicopatía; sólo Aldonza de Villalobos vería su territorio poblado y tranquilo.

Cuando el terrible y suspicaz Pedrarias Dávila, anciano de más de 80 años, entró en las tierras de su nueva gobernación, halló que en la región había un gobernador llegado desde Honduras. Se trataba de Diego López Salcedo. Pedrarias Dávila había ahorcado a Vasco Núñez de Balboa, a Hernández de Córdoba y a algunos otros sólo porque sospechó que querían despojarlo de su autoridad; de manera que no se comprende cómo dejó vivo a López Salcedo. Sin embargo, lo hizo preso y lo mantuvo en prisión siete meses. López Salcedo pudo escapar con vida de manos del fiero anciano porque le dio 20,000 pesos, que en esos tiempos era una fortuna respetable.

Pedrarias Dávila no hacía diferencia entre indios y españoles; los maltrataba y los aniquilaba por igual. El viejo conquistador era en verdad una figura sombría y una amenaza de muerte para todos los que tenían que tratarle. Indios y españoles fueron víctimas de los métodos de exacción que puso en práctica el gobernador. Hacía marcar a los indios con hierro candente y los obligaba a trabajar en busca de oro hasta que caían agotados. Los indios huían hacia las selvas, y los españoles tenían que lanzarse a esos bosques tropicales, donde todo

parecía conspirar contra ellos, para cazar indígenas con los que sustituir a los que se fugaban. Al fin unos y otros comprendieron que la única manera de escapar a la tiranía de Pedrarias Dávila era abandonando el territorio, y el país comenzó a despoblarse de manera alarmante. Este territorio era lo que se llamó después Nicaragua, por extensión del nombre del hermoso lago en cuyas orillas estaba la ciudad de Granada.

Pedrarias Dávila murió el 6 de marzo de 1531, a los 90 años, temido por toda la gente de su gobernación; pero Nicaragua no fue menos desdichada con los sucesores del anciano gobernador, que no parecían ser mejores que él. Rodrigo de Contreras, que gobernó de 1534 a 1542, fue una edición repetida de Pedrarias Dávila. Cuando el obispo Valdivieso denunció que Contreras tenía esclavos indios, lo que les estaba expresamente prohibido a los funcionarios reales, los hijos de Contreras mataron al obispo y levantaron bandera de rebelión, a la que se unieron muchos españoles. Después de la muerte del obispo, los rebeldes saquearon las ciudades de León y Granada, y huyeron del país. Los hijos del gobernador Contreras eran dignos retoños del padre, y éste, a su vez, era un digno sucesor de Pedrarias Dávila.

En algunas historias se dice que Pedrarias Dávila descubrió la comunicación del lago de Nicaragua con el Caribe, o que fue descubierto por una expedición que él organizó. No es cierto. Pedrarias Dávila mandó en 1529 a Martín Estete con instrucción de que bajara por el Desaguadero (río San Juan) hasta su desembocadura, pero Martín Estete no pudo llegar al Caribe debido a la resistencia de los indios de la región, a las enfermedades que aniquilaban a sus hombres y a lo impenetrable de las selvas en las orillas del río.

El Desaguadero corre desde el lago de Nicaragua hasta el Caribe, y en el andar de los años sería una importante vía de comunicación entre el mar de las Antillas y el Pacífico. Los ingleses, que apreciaron su valor desde el siglo XVII, elaboraron toda una política de alianza con los indios y los negros cimarrones de la costa de Mosquitia a fin de mantener bajo su control las salidas del Desaguadero al Caribe. A mediados del siglo XIX, esa salida sería el objetivo de William Walker, el jefe filibustero norteamericano que llegó a ser presidente de Nicaragua, y gracias a ella funcionó la llamada Compañía del Tránsito, que acortó

en varios días el viaje entre Nueva York y Nueva Orleans y California, en los años de los grandes hallazgos de oro en este último lugar.

El río San Juan no fue recorrido en todo su curso en tiempos de Pedrarias Dávila sino en el año 1539. Costó siete meses hacer ese recorrido, realizado en una lucha agotadora contra la naturaleza y los indios que poblaban las orillas.

En el año en que Pedrarias Dávila era nombrado gobernador de Nicaragua fundó Juan de Ampués la ranchería de la que hemos hablado. Parece que Ampués usó esa ranchería como base de operaciones para sacar palo de Brasil. Las comunicaciones con las islas de Sotavento eran cortas y fáciles, y esas islas –sobre todo la más grande, Curacó o Curazao– tenían muy buenos puertos. Pero debieron ser duras para poblar porque no tenían agua dulce.

Juan de Ampués es una figura borrosa, y sin embargo hombre muy medido e inteligente. Se estableció en lo que hoy es la costa de Coro de acuerdo con el cacique Manaure, de la nación caiquetía, y llevó muy buenas relaciones con él. Se refiere que Manaure le obsequió con oro y atendía las necesidades de víveres de su gente. Si a Juan de Ampués se le hubiera encomendado poblar Venezuela, o por lo menos la región de Coro, la penetración hubiera sido pacífica, a juzgar por lo que fue durante el tiempo en que él estuvo allí. Pero en abril de 1529 Juan de Ampués tuvo que abandonar el lugar porque Ambrosio Alfínger, designado gobernador por el emperador, no podía ver con buenos ojos su presencia en esa región.

Alfínger llegó con la primera expedición enviada por los Welzers o Balzares, compuesta por españoles y llegada desde la Española, donde el alemán había estado embarcando provisiones, animales y hombres.

Todavía no se sabe a ciencia cierta por qué Carlos V capituló la gobernación de Venezuela con una firma de banqueros y comerciantes alemanes. Es cierto que el monarca era emperador de Alemania, y que como tal los Welzers eran sus súbditos, pero también debía ser cierto que los españoles que manejaban los negocios de las Indias no debían aceptar a gusto que una porción de esas Indias fuera puesta en manos que no eran españolas. Hasta un año antes no se permitía poblar en el Caribe ni siquiera a los españolas que no eran castellanos. Por otra parte, la rebelión de los comuneros, que había sido reciente, se debió,

entre varios motivos, a la presencia de flamencos y alemanes en los cargos más influyentes de la corte.

De todos modos, lo que puede afirmarse es que la concesión dada a los welzers fue la primera gestión de propósito netamente imperialista que hallamos en la historia del Caribe y quizá en toda América. Los welzers eran una firma de banqueros y comerciantes que decidieron invertir capitales en una empresa colonizadora con el fin de sacar beneficios en dinero, y para asegurarse esos beneficios designaban la autoridad del territorio que iba a ser explotado. Es verdad que el emperador se reservaba la soberanía sobre la región, pero el gobernador, representante del emperador y la autoridad política más alta en el territorio, era designado entre candidatos escogidos por los welzers, de manera que en última instancia el gobernador les debía el cargo a los welzers y tenía que obedecerles y servirles.

Alguien pensará que eso era lo que hacían los conquistadores españoles, buscar un despacho que los autorizara a poblar una región para sacar de ella oro y esclavos indios. Pero el caso no era igual, aunque se le pareciera. La tradición de la conquista española era que una persona obtenía el derecho a poblar o gobernar mediante un contrato con el monarca –lo que se llamaba capitulación– y esa persona buscaba socios, si no tenía dinero suficiente para sufragar los gastos de la conquista. De lo que produjera el territorio conquistado se separaba una quinta parte que pertenecía al rey –el célebre "quinto real"– y lo demás se repartía entre los socios en cantidades relativas a lo que cada uno había aportado. A menudo, cuando el gasto lo había hecho el conquistador solo, se hacían repartos entre los miembros de la expedición. Pero en todos los casos la persona que obtenía la autorización del trono iba ella misma a poblar, a correr los riesgos de la aventura, a ganar o a perder, y en varias ocasiones lo que se perdía era la vida. La conquista típicamente española era, pues, una empresa personal; tan personal que hubo casos en que fueron a realizarla todos los socios.

Eso no fue lo que se hizo con los welzers. Los welzers era un poder por sí solo, un poder bancario y comercial, y mandaban a sus factores o empleados al Caribe a que conquistaran oro y esclavos para la firma. Desde luego, a los welzers se les impusieron algunas restricciones, y una de ellas era que con la excepción del gobernador, los demás miem-

bros de las expediciones tenían que ser o españoles o canarios. De acuerdo con lo que ya era una tradición, podían llevar indios y negros, pero sólo en calidad de sirvientes; ninguno de esos indios y negros podían ejercer funciones militares o burocráticas.

El caso de los welzers iba a verse en el Caribe, y en otras regiones de América, cuando ingleses, franceses y holandeses se dispusieron a disputarle a España su frontera imperial. Los imperios europeos que hicieron la guerra a España en el Caribe concedían los territorios que querían conquistar a compañías comerciales. Pero eso vino a suceder ya entrado el siglo XVII. En unos tiempos tan tempranos como el 1528, que fue cuando se capituló con los balzares, sólo éstos operaron según el esquema de lo que más tarde sería la empresa imperialista. Por esos años sólo se conoce un caso de poblador con patente que no fue español de la Península, si se exceptúa el de los welzers. Se trató de Francisco Fajardo, natural de la isla de Margarita, mestizo de español y de india.

Tan pronto llegó, Ambrosio Alfínger fundó Coro, reunió informaciones del país, y como entendió que las mayores riquezas estaban hacia el lago de Coquibacoa, se dirigió allá y estableció una ranchería en el sitio donde se encuentra hoy la ciudad de Maracaibo, nombre que al fin tomó el lago. De ese punto retornó al año, después de haber causado estragos en los lugares por donde pasó. Volvió con oro y con esclavos indígenas, que mandó vender para reclutar nuevos conquistadores, comprar armas y caballos, y armar bajeles. En una segunda entrada salió de los límites de su jurisdicción y los de Santa Marta. En esa oportunidad llevaba indios cargadores de provisiones atados por el cuello con una soga muy larga, y si alguno se cansaba se le cortaba la cabeza y su carga se repartía entre los demás. En el pueblo del cacique Boronata obtuvo bastante oro, después de haber desbaratado la resistencia que halló. En Mococu y Pauxoto recogió más de 20,000 pesos en oro. En la sierra de Xiriri le mataron un hombre y le hirieron otro, por lo cual dio fuego a todos los poblados de los valles vecinos. Cuando llegó a Tamalameque encontró el pueblo vacío. Era que los indios conocían ya la fama de Alfínger y al darse cuenta de que estaba en las inmediaciones corrieron a refugiarse en una isleta de la gran laguna. Los hombres de a caballo los persiguieron hasta allá, hicieron una matanza sonada y apresaron al cacique. Para obtener su libertad, los in-

dios de Tamalameque tuvieron que entregar todas sus flechas y una cantidad de oro que se calculó en varios miles de ducados.

La región de Tamalameque era rica, por lo cual Alfínger no quiso abandonarla. Se fue a vivir a una de las isletas de la laguna y despachó hacia Coro una columna con unos 60,000 pesos en oro. Íñigo de Vasconia, el jefe de la columna, se perdió en el camino y el hambre fue tanta que él y sus compañeros conquistadores se comieron algunos de los indios que llevaban la impedimenta. Como era imposible seguir caminando con el oro, el jefe de la columna lo enterró e hizo varias señales en los árboles vecinos para reconocer el lugar cuando retornara. Pero no retornó. Uno de los hombres que iba con Íñigo de Vasconia se acostumbró de tal manera a la carne de indio que se convirtió en antropófago. Se llamaba Francisco Martín y fue caudillo de una tribu indígena después de maridarse con la hija del cacique. Cuando los hombres de Alfínger volvían a Coro, casi dos años después, sin su jefe y destrozados, Francisco Martín se dio a conocer de ellos, que no podían reconocer en esa traza de indio a su antiguo compañero, Martín acompañó a los derrotados expedicionarios a Coro, pero se fugó para volver a vivir con su mujer e hijos indios y tuvo que ser rescatado por españoles de Coro; tornó a huir hacia la ranchería de la tribu que había acaudillado, y al fin el gobernador de Coro mandó destruir la ranchería y obligó al tozudo Francisco Martín a irse a Bogotá, donde murió desempeñando la tarea de sacristán. Alfínger había muerto en las cercanías de lo que hoy es Pamplona, a causa de una herida de flecha que había recibido en la garganta. Los supervivientes de su expedición retornaron a Coro al comenzar el mes de noviembre de 1533.

Ambrosio Alfínger había llegado a la Española, a buscar víveres y voluntarios para su expedición, unos meses después de haber salido de allí Francisco Montejo, que iba a la conquista de Yucatán. Cronológicamente, pues, debimos haber referido los hechos de Montejo antes que los de Alfínger, puesto que éste llegó a la suya a principios de 1529. Pero resulta que la expedición de Alfínger venía a ser una secuencia de la ocupación de la costa venezolana de Coro por parte de Juan de Ampués, lo que explica que habláramos de él antes que de Montejo.

Yucatán es una tierra de dos mares. Dos de sus costas –la del oeste y la del norte– corresponden al Golfo de México; pero a partir de cabo Ca-

toche hacia el Sur, toda su costa oriental da al Caribe. Políticamente es hoy una parte de México; sin embargo, en los tiempos de la conquista se capituló como un territorio diferente. Al crearse en 1543 la Audiencia de los Confines, que se estableció en Honduras al año siguiente, Yucatán quedó adscrito a ella, lo que quiere decir que las actividades judiciales de los pobladores de Yucatán tenían que evacuarse en Honduras, país del Caribe, y no en México, donde había Audiencia desde 1529.

El nexo de Yucatán y el Caribe ha sido tan largo que todavía hasta 1861 se llevaban indios de Yucatán a Cuba en condición de semiesclavos. Los supuestos indígenas cubanos que algunos viajeros dicen haber visto en este siglo en el interior de la isla son descendientes de esos indios de raza maya llevados de Yucatán entre 1848 y 1861.

Yucatán fue descubierta el 1 de marzo de 1517 por Francisco Hernández de Córdoba, enviado desde Cuba por el gobernador Diego Velázquez. Puede haber dudas acerca de si estuvo en la isla Cozumel, pero no las hay sobre su presencia en cabo Catoche. Ahí, en cabo Catoche, Hernández de Córdoba y su gente tuvieron que hacer frente a un rudo ataque de los indios, pero se sostuvieron en el lugar unos seis días. Navegando hacia el poniente y luego hacia el sur estuvieron en Campeche, de donde pasaron a Champotón. El recibimiento que tuvieron los españoles en Champotón fue tan fiero que, según cuenta Bernal Díaz del Castillo, que iba en la expedición, los mayas les mataron 56 hombres y les hirieron a casi todos los demás, entre ellos al propio Bernal Díaz del Castillo y a Hernández de Córdoba, que echaba "sangre de muchas partes", al decir del estupendo cronista. Bahía de la Mala Pelea fue el nombre con que bautizaron los españoles a Champotón.

La costa oriental de Yucatán –la del Caribe– fue descubierta en realidad por gente de Juan de Grijalva, cuya expedición llegó a la isla Cozumel entre fines de abril y principios de mayo de 1518. El piloto Antón de Alaminos salió de Cozumel hacia el sur y reconoció una bahía que llamó de la Ascensión. Parece que Alaminos descubrió varias ciudades, entre ellas una que él decía ser tan grande como Sevilla. Las ciudades mayas más cercanas al lugar donde se supone que estuvo Alaminos eran Tulum, Tancah, Xelha y Soliman.

La flota de Cortés tocó en Cozumel cuando iba hacia la conquista de México. Los primeros navíos que llegaron a la isla fueron dos que

iban bajo el mando de Pedro de Alvarado. Cuando Cortés llegó a Cozumel halló los pueblos de la isla deshabitados y supo que Alvarado había extraído de un templo mantas e ídolos y había prendido a dos indios y una india. Muy disgustado por esa acción, Cortés ordenó devolver todo lo cogido y poner en libertad a los presos. Pocos días después, al terminar un acto religioso maya que estuvo presenciando, el futuro conquistador de México les pidió a los sacerdotes indios que abandonaran su religión, a lo que ellos respondieron que no podían; Cortés, entonces, mandó destruir el templo e hizo levantar allí mismo un altar católico en el que colocó una cruz de madera y una imagen de nuestra señora. Un cura de los que andaban con Cortés dijo misa. Después de la misa Cortés salió de Cozumel, pero tuvo que volver porque uno de sus navíos hizo agua, y al retornar halló el altar limpio y bien cuidado. En Cozumel reparó la avería e incorporó a Jerónimo Aguilar, un español que estaba en Yucatán, según él, desde que se salvó del naufragio en que desapareció aquel Valdivia a quien había despachado Vasco Núñez de Balboa desde la Antigua con el oro del quinto real. Según otros, Jerónimo Aguilar, y un compañero del que después tendremos que hablar, se habían quedado en Yucatán desde los días de la expedición de Hernández de Córdoba.

Desde el 4 de marzo de 1519, cuando Cortés salió por última vez de Cozumel, hasta fines de septiembre de 1527, cuando llegó al mismo lugar la flota de Francisco Montejo, habían pasado más de ocho años, tiempo muy largo para que se mantuviera en las tinieblas de lo casi desconocido el territorio donde había florecido y florecía aún la vieja y sorprendente cultura de los mayas.

Casi frente al extremo sur de Cozumel, en la costa del Caribe, cerca de la ciudad maya de Xelha, fundó Montejo el pueblo de Salamanca. El lugar era palúdico y los españoles empezaron a caer enfermos. En poco tiempo se agotaron los comestibles, por lo que hubo que dar asaltos a poblados mayas vecinos. Esto, como era natural, tornó hostiles a los indios, que antes habían sido afectuosos con los conquistadores. Los hombres de Montejo, a su vez, empezaron a dar muestras de disgusto, y Montejo, temeroso de que un día se le amotinaran y se fueran a México, quemó las naves, como había hecho Cortés. A seguidas dispuso salir a recorrer el país, dejando una guarnición en Salamanca, y

estuvo algunos meses de ciudad en ciudad, admirado de la alta civilización de los mayas. En Chauacha, ya sobre la costa norte, fue atacado de improviso y perdió doce hombres. Se le atacó también en Ake, una población vecina a Chauacha, pero sólo tuvo algunos heridos.

Cuando Montejo retornó a Salamanca, tras seis meses de recorrido por la península de Yucatán, volvía con 60 hombres; de 20 que había dejado en el camino, en un lugar llamado Polé, no quedaba ninguno, y de los que había dejado en Salamanca halló diez. En ese punto arribó a Salamanca una expedición de refuerzo que llegaba de la Española. Con el navío emprendió Montejo viaje por la costa hacia el sur mientras uno de sus tenientes, Alonso Ávila iba por tierra. El plan de Montejo era tomar la rica ciudad-puerto de Chetemal; pero allí estaba el español compañero de Jerónimo de Aguilar, casado con la hija de uno de los jefes de Chetemal; y este hispano-maya, de nombre Guerrero, se las arregló de tal manera que hizo creer a Ávila que Montejo había naufragado al tiempo que hizo creer a Montejo que Ávila había muerto a manos de los indios. Ávila, que creyó la especie, no llegó a Chetemal; se devolvió, y al llegar a Salamanca dispuso que la fundación fuera abandonada. Montejo, mientras tanto, llegó al golfo de Honduras y de ahí retornó al norte, paró en Cozumel y siguió rumbo a Veracruz.

Esto ocurría probablemente en septiembre de 1528, lo que significa que al año de iniciada, la expedición de Montejo había fracasado como pobladora, pero como descubridora había sido de las más afortunadas que se habían organizado hasta entonces. La fabulosa tierra de los mayas quedó abierta al conocimiento europeo, y todavía está produciendo sorpresas. Por de pronto, toda la costa yucateca del Caribe había sido recorrida y se habían visitado muchas ciudades importantes cercanas a esa costa.

Antes de abandonar Yucatán, Montejo había aprobado la mudanza de Salamanca de Xelha a Salamanca de Xamanha, situada en la propia costa del Caribe, pero más al norte. En 1529 recomenzó Montejo la conquista de Yucatán, pero en esa ocasión lo haría yendo desde el oeste y por el sur. En el oeste de la península fundó otra Salamanca, la de Alacán; luego subió a Champotón, de donde pasó a Campeche. Ahí fundó otra Salamanca, la de Campeche; y desde ese lugar despachó a Alonso Ávila con una columna para que se interna-

ra hacia el sureste, en dirección de Chetemal, ciudad a la que debió llegar a fines de 1531. Así, la base de la península de Yucatán estaba explorada, aunque no conquistada. Esto se dice muy de prisa, pero la tarea de ir desde Campeche hasta el golfo de Honduras, atravesando territorios muy poblados y a la vez muy ásperos, es difícil hoy, cuanto más en el 1531. A la vuelta a Salamanca Campeche –y lo decimos como una muestra de lo que fue esa travesía– hubo combates en que resultaron heridos todos los españoles, sin mencionar los muertos, Fue tan feroz la oposición de los indios, que Ávila tuvo que devolverse y a costa de esfuerzos titánicos logró salir a la costa de Honduras. Llegó a Trujillo en marzo de 1533.

Casi dos años atrás, en junio de 1531, Salamanca de Campeche había sido fieramente atacada por los mayas. En esa ocasión estuvo a punto de caer prisionero Francisco Montejo. Montejo el Mozo, hijo de Francisco, pasó a la costa del norte de la península. Allí, al cabo de muchas marchas y negociaciones, alcanzó a entrar en Chichén Itzá, la hermosa ciudad cuyos monumentos mayas se preservan todavía, para asombro de los que la visitan, y en Chichén Itzá estableció Ciudad Real, la capital de Yucatán. Pero a mediados de 1533 los mayas de todas las poblaciones vecinas atacaron la capital y los españoles sufrieron un sitio de varios meses. En la retirada, Montejo el Mozo supo que su padre andaba por las cercanías. Unidas las fuerzas de los dos, fueron a establecer otra Ciudad Real en Dzilán, sobre la costa norte. Pero a principios de 1535 los pobladores de esa nueva Ciudad Real y de las demás fundaciones españolas de Yucatán comenzaron a abandonarlas. Yucatán no tenía oro y se oía hablar mucho del Perú. Hasta el tenaz Alonso Ávila se fue a México, donde había de morir. Las viejas ciudades mayas, abandonadas desde hacía tiempo, y las recientes que deslumbraron a los españoles, volvieron a quedarse pobladas solamente por sus habitantes naturales. Y esto sucedía 43 años después del día del descubrimiento.

Al comenzar el año de 1533, Alonso Ávila se acercaba a Trujillo al final de su épico viaje; el hijo de Francisco Montejo se acercaba a Chichén Itzá y se alejaba de Santa Marta Pedro de Heredia, que había llegado al lugar a fines de 1528 como teniente de Pedro Vadillo. Este Pedro de Heredia se dirigió al poniente del Río Grande (Magdalena) y des-

pués al sur, y fundó el 20 de enero una población que llamó San Sebastián de Calamar, que sería con el tiempo la muy historiada y atacada ciudad de Cartagena de Indias, Seis meses más tarde Carlos V nombraba un nuevo gobernador para Venezuela, a Nicolás de Federman, alemán de la firma de los welzers. La designación fue revocada casi inmediatamente en favor de otro alemán, Horge Horhemut, a quien la historia conoce con el nombre de Jorge Espira, pero Federman, agregado a la gobernación de Espira como coadjutor, iba a ser más afortunado que su rival.

Espira llegó a Coro en febrero de 1534. Llevaba más de 400 hombres, reclutados en España y en las Canarias, y cinco años después, al retornar de sus exploraciones por el fondo de los Llanos, volverían sólo 90. Espira despachó la mayor parte de su gente hacia el sudoeste y les señaló como ruta las bases de la cordillera, mientras él se dirigió por la costa hacia el este y luego penetró hacia el sur. Al reunirse las dos columnas, recorrieron los Llanos, dirigiéndose al sudoeste, hacia el Apure y el Casanare; y por el camino iban combatiendo, enfermándose, muriendo. Espira no podía imaginar siquiera –y en esa época nadie lo hubiera sospechado– que estaban marchando por terrenos que se hallaban bajo el nivel del mar, y que cuando llegaran las lluvias los torrentes de la cordillera engrosarían los ríos y la inmensa llanura se volvería un mar de agua dulce.

Los españoles y su capitán germano tuvieron que vivir meses en breves islotes y en copas de árboles. Los feroces tigres del Llano nadaban hasta esos islotes y trepaban a las copas de los árboles para alimentarse con las cargas de huesos y piel en que habían quedado convertidos los conquistadores; los indios se acercaban en canoas a cazarlos con flechas.

Mientras Espira y su gente vivían esa verdadera epopeya, y los indígenas se veían acosados, perseguidos a muerte por los hombres de a caballo que habían entrado inopinadamente en sus tierras, Nicolás de Federman llegaba a Coro y se preparaba para iniciar una pesquería de perlas frente a Cabo de La Vela. Pero no le fue bien y se dispuso a buscar el rico país que, al decir de los indios, había al otro lado de la cordillera. Espira también había oído hablar de ese país y trató de buscarlo, pero sin buena suerte. Federman se fue a la Española, reclutó hombres aguerridos y volvió a Coro; entró hacia el sudoeste, siguiendo

las huellas de Alfínger, cruzó la sierra de Santa Marta; ahí recibió una carta del gobernador de Santa Marta en que se le comunicaba que lo atacaría si permanecía en la región. Federman decidió volver a Coro y cruzó por lo que hoy es la región de Ocaña. Ya en Coro despachó una columna que atravesó por la serranía de Carora y llegó al Tocuyo, donde encontró a unos 60 españoles que llegaban del oriente venezolano después de una travesía de más de un año. Esos recién llegados se unieron a la columna de Federman y luego reconocieron a éste por su jefe. Con ese refuerzo, Federman se dirigió a los Llanos, siguiendo el camino que había tomado Espira, pero aunque llegó a estar cerca del gobernador, no se reunió con él. Su objetivo era el rico país de la cordillera, el de los chibchas y los muiscas, donde los indios andaban vestidos, tenían ciudades y trabajaban el oro y el cobre.

Espira retornó a Coro y de ahí se dirigió a la Española para volver a Coro en 1539. Uno de sus últimos hechos como gobernador fue despachar españoles al lago de Maracaibo para que vengaran la muerte de compañeros suyos que habían sido exterminados por indios de la región. La columna cumplió la orden a cabalidad, pero se hizo independiente de Espira y se fue hacia el este, y en una de esas increíbles marchas de los españoles del siglo XVI llegó a Cumaná a fines de 1540.

Pero antes de que muriera Jorge Espira, y antes aun de que éste saliera del fondo de los Llanos de Venezuela, había llegado a Santa Marta la más rica expedición que había visto el Caribe desde la que llevó Pedrarias Dávila al Darién. Ésta fue la de Pedro Fernández de Lugo, adelantado de Canarias, que salió de Tenerife al comenzar el mes de noviembre de 1535 con 18 navíos y 1,200 hombres. Entre ellos iba gente linajuda. El segundo jefe –teniente general– de la expedición era Gonzalo Jiménez de Quesada, una de las figuras más nobles de la historia del Caribe. Sucedió que uno de los soldados de esa expedición cayó al mar, y aunque se le buscó no se le halló; pero sucedió también que un navío que seguía la misma ruta que la flota acertó a dar con él y pudo rescatarlo; y sucedió también que ese navío llegó a Santa Marta antes que los de Fernández de Lugo. Eso explica que cuando llegó la brillante expedición los pobladores de Santa Marta estaban en la playa esperando a su nuevo gobernador.

Santa Marta era entonces un caserío de unas 200 viviendas con techos de paja, y toda la región era un campo de guerra. Las luchas de indios contra españoles y la de españoles entre sí no habían menguado. Los pobladores vivían sin esperanzas. En los días de García de Lerma muchos quisieron irse al Perú por el Darién, y hasta el sobrino del gobernador huyó del lugar. De manera que la llegada de Fernández de Lugo era un acontecimiento para esos desdichados. Sólo el comendador Ovando, a su llegada a la Española en 1502, fue recibido con tanto entusiasmo por los pobladores de su gobernación. Pero a poco de llegar, los hombres de Fernández de Lugo comenzaban a caer enfermos. Sin aclimatarse a las islas del Caribe era difícil mantenerse sano en esos trópicos donde el calor húmedo hacía proliferar bacterias y bacilos que producían enfermedades desconocidas en España.

Pero la aclimatación no significaba sólo acostumbrarse a un clima físico diferente; había que acostumbrarse también a otra vida, a otra manera de vestirse, de pensar, de actuar. Por ejemplo, las armaduras españolas eran inútiles para andar por la selva, donde se trepaban cerros y se vadeaban ríos. Los conquistadores veteranos las habían suplido por batas de tela rellena de algodón del cuello a las piernas. El tipo de guerra que se hacía en Europa no podía hacerse en el Caribe. Fernández de Lugo metió todos sus hombres a un tiempo en batallas contra las emboscadas de los indígenas y mandó quemar todas las rancherías o pueblos; y perdió tanta gente porque era más fácil flechar a alguien donde había mil hombres que flechar a uno que se movía y se escondía, y sus hombres pasaron tanta hambre por la dispersión de los indígenas, que su brillante expedición quedó reducida a una sombra pocos meses después de haber llegado a Santa Marta. La situación se hizo tan desesperada que el propio hijo del gobernador huyó a España con el oro que había cogido en una entrada a tierra de indios. Hubo día en que metieron veinte cadáveres de españoles en un solo hoyo, unos muertos de heridas de flecha, otros de enfermedades, otros de hambre.

Ése era el estado de Santa Marta y de la brillante expedición de Fernández de Lugo cuando Gonzalo Jiménez de Quesada salió del lugar el 6 de abril de 1536 para remontar el Río Grande –Magdalena– en una marcha que sumó a los trabajos de la de Alonso Ávila en las junglas de Yucatán y Honduras las penalidades de la de Jorge Espira en los Llanos

de Venezuela. El final de esa expedición de Jiménez de Quesada fue muy diferente de las de Ávila y Espira, pero antes de ese final sus sufrimientos sobrepasaron los de aquéllas.

Los problemas comenzaron casi desde el primer momento. Jiménez de Quesada se fue por tierra, lo que quiere decir que descendió hacia el sudoeste para esperar la parte de la expedición que iría por agua. El Magdalena corre de sur a norte, entre las cordilleras Oriental y Central, casi desde las regiones ecuatoriales hasta el Caribe, de manera que está en una zona selvática imponente y además recibe las aguas de las dos cordilleras. Por otra parte, antes de llegar al Caribe forma delta, porque su último tramo fluye en tierra llana; así, en tiempos de lluvia se desborda e inunda toda esa región. Jiménez de Quesada, que no conocía las características de la naturaleza del Caribe, comenzó su expedición en abril, cuando van a comenzar las lluvias. La primera parte de su marcha fue, pues, como la de Espira en los Llanos cuando éstos se inundaron y el lugar quedó convertido en un horizonte de aguas.

Por otra parte, la flotilla que llevaba las provisiones, que estaba compuesta por cinco bergantines y dos carabelas, halló mal tiempo al llegar a las bocas del Magdalena. Un bergantín se fue a pique y toda la tripulación se ahogó; otro pasó la barra de la boca y entró en el río, pero los demás fueron arrastrados por la tempestad hasta Cartagena. Uno de ellos chocó contra una punta de la costa y los 50 tripulantes abandonaron la nave sólo para morir a manos de los indios caribes del lugar; otro fue destruido por el mar, que lo lanzó a una rompiente, pero la gente que iba en él logró llegar a pie a Cartagena. El gobernador despachó otro bergantín que entró en el río, pero se perdió antes de empezar a remontarlo. Con la crecida del Magdalena era casi imposible navegarlo corriente arriba.

Mientras tanto, Jiménez de Quesada buscaba la orilla del río, abriéndose paso por la selva y los pantanos, y antes de llegar al Magdalena ya su gente iba medio desnuda y medio descalza. Al cabo, los barcos que pudieron salvar las barras, dominar la corriente y hacerles frente a las piraguas de indios que pretendían impedir su marcha, llegaron a Sampollón, donde estaba Jiménez de Quesada esperándolos. Y después de eso vino el increíble avance río arriba, las paradas para explorar y para enterrar a los que morían de paludismo. En una de esas pa-

radas un tigre –jaguar americano–, sacó de su hamaca a Juan Serrano y se lo llevó selva adentro, sin que sus compañeros pudieran evitarlo. Los caimanes devoraban los cadáveres que se tiraban al agua y a algunos españoles que no estaban muertos. Hubo que comer caballos, perros, murciélagos, hojas y raíces de árboles. A fines de diciembre hubo que despachar la flotilla hacia Santa Marta para llevar a los enfermos. Cuando los barcos llegaron a Santa Marta, el gobernador ya no estaba. Había muerto el 15 de octubre (1536).

Jiménez de Quesada siguió con unos 200 hombres. La mayor parte de ellos eran sombras de lo que habían sido cuando llegaron de España en diciembre de 1535. Con esas sombras llegó en enero de 1537 a las tierras muiscas, un país rico, poblado por indios mucho más avanzados que los de la costa, y además un país que se hallaba a cientos de kilómetros de la base de Santa Marta. Si los muiscas hubieran atacado a su gente, hoy ni siquiera se sabría dónde murió Jiménez de Quesada. Pero los muiscas no atacaron porque Jiménez de Quesada y sus hombres se movieron por los valles de las alturas andinas, en los alrededores de lo que hoy es Bogotá; formaron pequeñas expediciones exploradoras; tenían combates ocasionales con los bogotaes y algunos otros pueblos de la región, y también recogieron oro en grandes cantidades. Al finalizar el mes de agosto (1537), a más de un año y medio de sus increíbles marchas por ese país de grandes selvas y grandes montañas, y cuando ya tenía menos de 160 hombres nada más, la expedición de Jiménez de Quesada era rica y pudo dedicarse a buscar con calma dónde asentarse, a aplacar resentimientos y levantamientos de algunos caciques y a planear para el porvenir.

En ese tiempo se produjo un episodio que recuerda el del desdichado inca Atahualpa. Habiendo muerto en un asalto el jefe chibcha, llamado Zipa, los españoles lograron apresar a su sucesor, Zaquesazipa. Éste se comprometió con Jiménez de Quesada a llenar en tres meses un bohío con las piezas del tesoro de su primo Zipa, y comenzaron a llegar indios con las piezas. Pero cada uno iba acompañado de una escolta de guerreros, y la escolta se iba con él cuando se marchaba. El indio llegaba con su parte de tesoro a la vista, entraba en el bohío, y con él los guerreros; y al salir, cada guerrero llevaba escondida bajo la manta una parte del tesoro. Así, a los tres meses –cuando se cumplía

la fecha en que los españoles debían entrar en el bohío– habían llegado al lugar enormes cantidades de oro, pero habían vuelto a salir sin que los españoles se dieran cuenta. El Zaquesazipa, desde luego, sufrió tormento para que dijera dónde estaba el tesoro, y como no habló, se le quitó la vida.

El caudillo de la marcha hacia los Andes envió en 1538 a su hermano a explorar la cordillera central, y el hermano mandó a poco noticia de que una columna de españoles avanzaba desde el sur. Era Sebastián de Benalcázar, que llegaba de Quito. Pero poco más de una semana después llegó otra noticia; por el oeste se acercaba otra columna española. Se trataba de la de Nicolás Federman, que había traspuesto la cordillera andina subiendo desde los Llanos de Venezuela. Los tres jefes estuvieron presentes en la fundación de Santa Fe de Bogotá, establecida en el pueblo chibcha de Bacatá. Era el 6 de agosto de 1538.

Mientras tanto, en Cartagena de Indias la situación parecía una copia de la que había conocido Santa Marta. Pedro de Heredia hacía entradas en busca de oro y los indios de las vecindades se rebelaban contra él y su gente. Cuando los españoles supieron que los indios enterraban a sus muertos con los objetos de oro que habían usado en vida, se dedicaron a abrir las tumbas para despojarlos de esas piezas. Para los indígenas era inconcebible que se removieran los huesos de sus muertos; eso ponía a las almas de sus difuntos en contra de sus familiares vivos, que permitían tamaño desacato a las sagradas tradiciones de su pueblo. Pero Heredia sacó abundante oro de las sepulturas indígenas, con lo cual comenzaron muchos de sus hombres a murmurar que no repartía los tesoros como debía hacerlo. Igual que en el caso de Rodrigo Bastidas en Santa Marta, hubo intentos de dar muerte a Heredia, aunque no terminaron como los de Santa Marta.

Heredia fue detenido, al fin, por orden de la Audiencia de la Española, pero logró fugarse hacia España. Después de haberse ido él se organizó una lujosa expedición que salió en busca del Mar del Sur. Pero la historia patética de esa expedición no corresponde a la historia del Caribe.

Entre la primavera y el verano de 1536, Pedro de Alvarado estuvo poblando la región de Honduras, cuya gobernación correspondía a Yucatán y por tanto a Francisco de Montejo, y mientras Alvarado y

Montejo litigaban por esa causa, los hijos del explorador de Yucatán iban penetrando en la península yucateca, que en 1535 se había quedado sin un solo poblador español. En el 1538 se produjo en Honduras la rebelión de los indios bajo el mando de Lempira, y Montejo tuvo que dedicarse a pacificar el país. Pero por disposición real, Honduras pasó a ser parte de la gobernación de Guatemala y Montejo fue enviado a gobernar Chiapas, situación que se prolongó hasta la muerte de Alvarado, ocurrida a mediados de 1541. Los pobladores de Honduras reclamaron que volviera Montejo a gobernarlos y en abril de 1542 se fue a Gracias a Dios. Al establecerse en mayo de 1544 la Audiencia de los Confines terminó el gobierno de Montejo en Honduras.

Mientras tanto, el hijo de Montejo –Montejo el Mozo– y su sobrino –Montejo el Sobrino– pusieron en práctica un plan para la conquista de Yucatán que descansaba en el principio de ir incorporando pequeñas porciones de territorio a lo que ya estaba firmemente bajo dominio de pobladores españoles. Con ese plan, y enfrentándose con mucha paciencia a los obstáculos, a los levantamientos de indios, a la falta de medios, fueron avanzando lentamente, con recursos limitados, hasta que a principios de 1542 establecieron la capital de Yucatán, con el nombre de Mérida, en la antigua ciudad maya de Tho. Siguieron los dos primos hermanos Montejo fundando ciudades españolas en los puntos donde había ciudades mayas bien situadas, y para 1546, al producirse la rebelión maya llamada de Valladolid –en la noche del 8 al 9 de noviembre de ese año– ya el dominio español de Yucatán era tan fuerte que los conquistadores pudieron hacerle frente, a pesar de que la rebelión se extendió por varios lugares y se prolongó durante casi un año.

Mientras los Montejos luchaban por las tierras de Yucatán, la Audiencia de Panamá despachó hacia el territorio sur de Veragua –lo que hoy es Costa Rica– a Hernán Sánchez de Badajoz, que salió de Nombre de Dios a mediados de febrero de 1540 y estuvo fundando pueblos en la costa del Caribe, pero todo lo que hizo se perdió porque el gobernador Rodrigo de Contreras, aquel cuyos hijos dieron muerte al obispo Valdivieso, lo tomó preso y lo mandó a España. En noviembre de ese mismo año capituló el rey con Diego de Gutiérrez la gobernación de una tierra que fue llamada Nueva Cartago, “en los confines del ducado de Veragua”.

Fue la primera vez que el actual territorio de Costa Rica fue delimitado, aunque vagamente, fuera de Veragua. Gutiérrez embarcó para la Española y de ahí a Nombre de Dios; de Nombre de Dios pasó a Nicaragua, donde entró en conflicto con el gobernador Contreras, y fue sólo a fines de 1543 cuando pudo entrar en las tierras que se le habían acordado, con los escasos 60 hombres que pudo reunir. Bajó por el Desaguadero (río San Juan) hasta el Caribe, llegó a la boca del Reventazón y ahí fundó Santiago. Desde ese sitio empezó a llamar su gobernación Nueva Cartago o Costa Rica, con lo cual, sin que él lo sospechara, estaba dándole nombre a un país del futuro.

La flamante gobernación de Diego de Gutiérrez no duró mucho porque maltrató a dos caciques indígenas, a quienes prendió y amenazó con quemarlos y echarles los perros si no le llevaban oro; los caciques lograron fugarse y ordenaron a sus tribus que quemaran sus pueblos, destruyeran los sembrados y talaran los árboles frutales, con lo que obligaron a los españoles a irse del lugar para no morir de hambre. Los conquistadores se fueron, pero internándose en el país, y en el cerro de Chirripó fueron asaltados por los indígenas. Unos pocos escaparon a la matanza y lograron llegar a la costa, de donde pudieron al fin irse hacia Nombre de Dios.

Ocurría que mientras Diego Gutiérrez andaba gestionando en España la gobernación de Nueva Cartago y Hernán Sánchez Badajoz andaba por las costas del Caribe de ese mismo territorio, se esparcía por la Nueva Andalucía –que pasó a llamarse el Nuevo Reino de Granada y más tarde Nueva Granada y después Colombia– la leyenda de un país fabuloso, situado en algún punto entre Venezuela y Colombia; un país con ciudades de oro, cuyo rey se cubría el cuerpo con polvo de oro. Era El Dorado. Uno de los hombres de Federman llevó a Coro las noticias de esa tierra fabulosa, y Felipe von Hutten –a quien los españoles llamaron Felipe Urre–, sucesor de Federman, se preparó para conquistar El Dorado.

El viaje de Hutten en busca de El Dorado duró cuatro años y hay en él episodios notables. Uno de ellos es que habiendo sido Hutten herido en el pecho, se le quedó la flecha clavada y ninguno de sus hombres se atrevía a sacársela por miedo de que muriera desangrado, hasta que a uno de ellos se le ocurrió la idea de mandar clavar una

flecha a un indio, en el mismo lugar y en la misma forma en que la tenía Hutten; después de haber aprendido, sacando, la flecha del pecho del indio, una lección práctica de cirugía, el español procedió a sacar la de Hutten. Otro episodio fue la hipnosis colectiva de los conquistadores. Un día vieron en el horizonte una ciudad enorme, con un gran palacio central; y la ciudad y el palacio eran de oro. Buscaron loca y tenazmente aquel establecimiento de maravillas, pero no lo hallaron. Sin embargo, al retornar a la costa hablaron tanto de esa ciudad fantástica que dieron sustancia a la leyenda de El Dorado, una sustancia que alimentó durante siglos las esperanzas de muchos aventureros y provocó numerosas expediciones al supuesto país de los omaguas, los indios que habitaban la ciudad de oro.

Perdido Hutten en el fondo del país, pasó a regir el territorio de los welzers el último de sus gobernadores alemanes, Enrique Rembolt. Cuando éste murió en 1544, el gobierno de Coro fue confiado a dos alcaldes, pero como ese gobierno marchaba manga por hombro, la Audiencia de Santo Domingo –la Española– nombró gobernador a uno de sus fiscales, el licenciado Frías. Frías no pudo ir a Coro y nombró su lugarteniente general a Juan de Carvajal.

Juan de Carvajal falsificó la documentación de su cargo de tal manera que en los despachos aparecía como gobernador, y no como lo que era. Esa falsedad, y los atropellos contra las autoridades reales que estaba cometiendo por esos años en Santa Marta el hijo del difunto don Pedro Fernández de Lugo, eran síntomas de la descomposición en que estaba cayendo España. El emperador Carlos V dejaba gobernar a sus favoritos, y muchos de esos favoritos habían perdido la moral de, funcionarios que tan austeramente mantuvieron los abuelos del emperador; es decir, los reyes católicos. En los siglos de la guerra contra el árabe España había pasado en forma casi natural, sin conmociones que señalaran el tránsito, de la psicología colectiva de la Edad Media a la psicología individualista de la era moderna. Insensiblemente, la guerra fue creando en todo el que combatía el sentimiento de que podía tomar para sí lo que lograse en las batallas; de que el caballo del enemigo pasaba a ser suyo, aunque él fuera un peón y no un caballero; de que el prisionero era su cautivo, y podía venderlo. Cuando esa guerra terminó, España no era un país capitalista, pero el español tenía ya mentalidad de pro-

pietario. Se podía ser un hombre de pueblo, sin derecho a título de nobleza, pero se soñaba con tener dinero. Esa psicología nueva resultó estimulada a límites casi delirantes con el descubrimiento de América. Allí podía un humilde hombre de la fila hacerse rico, o bien en tierras o bien en oro o bien en esclavos. Y la pasión de la riqueza comenzó a destruir la moral de los conquistadores y corrompió después a los funcionarios a grados inesperados. Al llevarse indios de Honduras para venderlos como esclavos el fiscal Moreno sólo imitaba lo que hacían sus compañeros de la Audiencia de Santo Domingo, que salían a cazar indios con la mayor naturalidad o vendían las sentencias sin el menor remordimiento. Hay que leer la breve y miserable historia del oidor de esa Audiencia de Santo Domingo, Lucas Vázquez de Ayllón, para saber lo que era un hombre sin entrañas.

Juan Carvajal debía ser, además de corrompido, un psicópata, porque si no es difícil explicarse lo que hizo. Pero es el caso que en el fondo de los hechos de esos hombres había siempre una pasión dominante, y era su afán de hacerse ricos. A la altura del año 1540, los buscadores de fortuna del Caribe tenían sus asociados en los consejos reales y repartían con ellos lo que obtenían en las Indias.

La descomposición que se producía como consecuencia de esos repartos daba lugar a actos como el de la falsificación de los despachos de Juan Carvajal.

Es el caso que este Juan Carvajal falsificó los despachos e inmediatamente nombró un segundo, que fue Juan de Villegas, y él se salió de Coro, en dirección sur; llegó al valle de Tocuyo y allí fundó la ciudad de Tocuyo, que un año después iba a ser la capital de Venezuela. A Tocuyo fue a reunírsele con una parte de la gente de Hutten Pedro de Limpias, el que había a Coro la leyenda de El Dorado.

Al cabo de cuatro años de errar por el fondo de Venezuela, Hutten se encaminó al norte con el plan de reclutar hombres en Coro para volver a conquistar el país de los omaguas. Cuando llegó a Barquisimeto supo que Pedro de Limpias estaba en el Tocuyo con Carvajal y que Carvajal había falsificado sus despachos de teniente general. Hutten –que ignoraba que a él lo había sustituido Enrique Rembolt– reclamó que Carvajal se le sometiera, y comenzó una lucha sorda, de intrigas y amenazas, en la que al fin resultó vencedor Carvajal. Cuando Hutten salió del lugar

hacia Coro con el propósito de embarcarse hacia Santo Domingo para presentar el caso ante la Audiencia, Carvajal lo siguió, lo hizo preso, junto con dos españoles y un joven alemán que lo acompañaban, e inmediatamente lo mandó decapitar. El verdugo fue un esclavo negro de Carvajal. El machete del esclavo estaba embotado, de manera que la decapitación fue difícil. De vuelta al Tocuyo, Carvajal se dedicó a ahorcar a todos los que habían demostrado simpatías por Hutten.

Al talar los montes donde había asentado el Tocuyo, Carvajal dejó una gran ceiba que adornaba el centro de la nueva ciudad. En esa ceiba había siempre algún ahorcado por orden de Carvajal. A veces colgaban dos y tres a un tiempo. En ese mismo árbol colgó a Carvajal el nuevo gobernador, Juan Pérez de Tolosa. Antes de su ahorcamiento, Carvajal fue arrastrado por las calles de Tocuyo. Esto sucedía en el año de 1546.

A la altura de 1546 no había fundaciones en la costa de Venezuela, hacia el este. Cumaná, que había sido fundada y poblada y mudada varias veces, no existía; Cubagua había ya desaparecido. Sólo en Margarita había población, la del Espíritu Santo, que se llamaría después Asunción. Pero ya Venezuela tenía una capital, asiento de sus gobernadores, y desde ella saldrían los conquistadores a establecer nuevas ciudades, primero hacia el oeste y al centro, después hacia la costa del Caribe, hasta que en el 1567 se fundaría Caracas, que iba a ser la capital del país y con los siglos se convertiría en una de las ciudades más populosas e importantes del nuevo mundo.

Hacia 1550, en la tierra firme del Caribe sólo Costa Rica no tenía población española. A esa fecha estaban pobladas y organizadas como parte del imperio Yucatán, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Nueva Granada (Colombia), Venezuela; y en las islas, Cuba, Jamaica, Santo Domingo –la Española– y Puerto Rico. Cada uno de esos territorios tenía su capital, su gobernador y sus funcionarios. El gobierno de los welzers había terminado en Venezuela, aunque el contrato de la corona con esa firma sólo fue derogado en 1556. En lo judicial había dos Audiencias Reales; una, la de la Española, para las islas, Venezuela y Colombia; otra, la de los Confines, cuyo territorio iba desde Panamá hasta Yucatán. En algunas ocasiones la Audiencia de Santo Domingo tuvo autoridad ejecutiva, y podía nombrar gobernadores y otros funcionarios.

Hacia el 1560, por instancias del gobierno de Guatemala, se organizó una pequeña fuerza para ir a poblar Costa Rica. Para reunir el dinero indispensable se asociaron Juan de Cavallón y el sacerdote Juan de Estrada Rávago. Éste salió en octubre de ese año por el Desaguadero con unos 70 españoles y numerosos indios y negros, y el primero se fue por tierra hacia la banda del Pacífico, con unos 90 españoles, vacas, caballos, cerdos y perros. Con esos animales se introdujo en Costa Rica la fauna occidental.

La expedición del padre Rávago fue infortunada. El hambre forzó a sus gentes a robar los víveres de los indios, y esos indios tenían mal recuerdo de lo que habían sufrido a manos de Hernando Badajoz y de Gutiérrez, de manera que no le dieron paz al sacerdote Estrada Rávago. Los expedicionarios tuvieron que comerse los perros, que nunca faltaban en los grupos conquistadores. Al fin, la columna se vio obligada a regresar a Nicaragua.

Mientras tanto, Cavallón entraba por occidente y dividía a sus hombres en grupos que recorrieron esa región del país y fundaron algunas poblaciones. El padre Estrada Rávago se unió a Cavallón. Duramente combatidos por los indios, los españoles se mantenían con dificultad. Cavallón se retiró en enero de 1562, y el padre Estrada Rávago se quedó en Garcimuñoz, uno de los tres establecimientos que habían fundado los hombres de Cavallón. El sacerdote expedicionario se había ganado la confianza de los indígenas porque los defendía contra las agresiones de los conquistadores.

El 6 de septiembre de 1562 entraba en el país Juan Vázquez de Coronado, que había sido nombrado alcalde mayor. Se trataba de un capitán hábil y discreto, de los más bondadosos que conoció el Caribe. Hizo trasladar Garcimuñoz al Guarco, donde en 1563 se estableció Cartago, que sería la capital de Costa Rica hasta el año 1823; exploró gran parte del país; hizo catear los ríos que arrastraban oro y los repartió entre sus tenientes, aunque reservó el más rico de ellos para el rey. Perdió, en la empresa de conquistar el territorio, más de 20,000 pesos, lo que era una enorme fortuna. Cuando se dirigía a Nicaragua en viajes de exploraciones, sus capitanes cometían tropelías con los indios, y al volver, él las remediaba. En 1564 se fue a España a pedir ayuda para su obra; Felipe II le dio el título de adelantado mayor de la Provincia

de Costa Rica, pero el barco en que volvía al Caribe naufragó y don Juan Vázquez de Coronado no llegó nunca a la tierra que había conquistado con las armas de la inteligencia y la bondad.

Mientras Vázquez de Coronado andaba por España, sus capitanes se dedicaron a lo que habían visto hacer siempre en el Caribe: a maltratar a los indios, a hacerles trabajar como esclavos, a quitarles sus mujeres y su maíz; y la reacción de los indios fue, como siempre, violenta, Cartago fue sitiada durante varios meses. En marzo de 1568 llegó a Cartago el nuevo gobernador, Perafán de Rivera, y su presencia salvó a los sitiados de la muerte por hambre. Pero Rivera fue obligado por los pobladores españoles a repartir los indios en encomiendas, sistema que estaba ya prohibido. A fin de forzarle a hacerlo, los pobladores amenazaron con irse de Costa Rica, y el gobernador los encontró una mañana montados a caballo, listos para cumplir la amenaza.

Para evitar el mal de las conspiraciones, Perafán de Rivera tuvo que ajusticiar a un español. Por último, en la exploración de Talamanca y Boruca pasó dos años largos en los que además de luchar contra indios bravíos y contra una naturaleza impenetrable, tuvo que padecer hambre y enfermedades. Su mujer y su hijo murieron en Costa Rica, de manera que cuando renunció el cargo en el año de 1573 para retirarse a Guatemala iba pobre y en soledad.

En sus años de ancianidad, Perafán de Rivera, sombra doliente y triste en las ásperas páginas de la conquista, fue hostigado por jueces y pesquisidores de Guatemala que lo acusaban de haber repartido indios en encomiendas y de haber ajusticiado a un conquistador. Tal parecía que lo habían confundido con Pedrarias Dávila o con tantos otros como éste.

Para 1580 Costa Rica estaba ya totalmente incorporada a España y sus límites establecidos con claridad. El Caribe era español. Había frecuentes rebeliones de indios, de negros y de españoles –como la sonada de Lope de Aguirre–, de las cuales nos ocuparemos en este libro en su oportunidad, y había ataques constantes de corsarios y de piratas, que serán tratados en un capítulo destinado a ello. Pero en general, el Caribe era español y ningún otro poder europeo tenía tierras en él. Se dice que desde 1542 los holandeses estaban asentados en las salinas de Araya, situadas frente a Margarita y a poca distancia de Cumaná, lo

que parece un poco difícil, dado que el lugar era muy transitado por embarcaciones de todo tipo. Es probable que los holandeses se detuvieran a menudo en el lugar para cargar sal, que en Araya no tenía que ser fabricada mediante el lento método de evaporación solar de la época porque se producía naturalmente, y es posible que construyeran alguna ranchería allí mucho más tarde, después que conquistaron un vasto territorio en la Guayana.

Hacia el 1582 fundó José de Oruña la ciudad de San José en la isla de Trinidad, a unos diez kilómetros de donde está hoy la capital de la isla; es decir, Puerto España. Pero de esa fundación se sabe muy poco, quizá porque a Oruña, como a Esquivel el de Jamaica y a Diego de Velázquez el de Cuba, le tenía sin cuidado la historia; quizá porque los papeles de la fundación –si es que los hubo– desaparecieron cuando San José fue tomada por los ingleses de sir Walter Raleigh en 1595. En esa ocasión los ingleses pegaron fuego a San José, que quedó completamente destruida.

Medio siglo antes de la fundación de San José se habían hecho algunos intentos para incorporar Trinidad al rosario de territorios del Caribe poblados por españoles, uno en 1530 y otro en 1532. En esa época se nombró gobernador de Trinidad a Antonio Sedeño, que no pudo o no quiso establecerse en la isla. Este Antonio Sedeño había sido hombre difícil en Puerto Rico y más tarde fue en Venezuela un insigne cazador de esclavos indios.

En cuanto a las restantes islas de Barlovento, parece que en 1520 se nombró gobernador para Guadalupe y otras islas a un tal Antonio Serrano, que salió hacia esa isla y no asentó en ella.

Cuando José de Oruña fundaba San José en la isla de Trinidad, se cumplían 90 años del descubrimiento realizado por don Cristóbal Colón. En esos 90 años los españoles se habían diseminado por el Caribe, poblando, guerreando, matando y esclavizando indios y negros, casándose y amancebándose, y engendrando hijos con indias y negras. Tenían al rey por su señor legítimo y natural y no eran capaces de rebelarse contra él, pero no cumplían sus leyes y mataban tranquilamente a sus delegados y vasallos. Buscaban oro y sin embargo estaban fundando pueblos nuevos. Creían en el sacerdote a la hora de confesarse y morir, pero a la hora de vivir y de matar creían

más en su espada o en su lanza. Eran hombres torrenciales, que habían hecho de España un imperio.

Ahora bien, ese imperio era su obra, pero su organización era la obra de los funcionarios; los de la corte en España y los de las audiencias, tesorerías y ayuntamientos en el Caribe. Por medio de las hazañas y los fracasos de los conquistadores, España llevaba al Caribe las estructuras de la sociedad occidental; las tierras se repartían en donación y aparecía en esa región del nuevo mundo la propiedad privada, hecho mucho más importante que todas las hazañas de los soldados de la conquista.

Pues lo que pedía cada conquistador del Caribe era tierras, y con ellas esclavos indios o negros para trabajarlas, y esto era una manera de reproducir en el Caribe lo que ellos habían visto en España, esto es, la institución del latifundio en manos de la nobleza guerrera. Ese tipo de organización socioeconómica, que se establecía en el Caribe a finales del siglo XVI, correspondía a una etapa de la historia superada en muchos países de Europa, en los cuales los sectores predominantes eran las burguesías manufactureras y comerciales. Así, el Caribe, en tanto extensión de Occidente, nacía con un retraso enorme, y eso lo convertía en un punto débil de la lucha que estaban librando contra España, desde mediados de ese siglo, las burguesías de Flandes e Inglaterra.

Más que por su potencia militar, que no era mucha, el Caribe, pues, se convertía, a causa de su retrasada organización económica y social, en la frontera más débil y más lejana del imperio español.

Capítulo VI

Sublevaciones de indios, africanos y españoles en el siglo XVI

En las acciones de guerra que se produjeron en el Caribe entre indios y conquistadores españoles hay que hacer distinciones. En cada territorio los españoles comenzaron la lucha para lograr el dominio de las tierras y de los indígenas que las poblaban; los indios, en cambio, combatían en defensa de lo que les estaban quitando. Esa primera etapa no correspondió a una determinada época; duraba más o duraba menos, de acuerdo con las circunstancias de cada territorio; éste era pequeño y poco poblado y su conquista se hacía con relativa rapidez; aquél era más vasto y sus pobladores eran más aguerridos, y su conquista llevó tiempo.

Pero es el caso que a esa primera etapa de guerras, y regularmente después de una corta etapa de paz, le sucedió otra de luchas; éstas se debían a que los indígenas se levantaban en armas contra el poder español. Éstas fueron las que podemos llamar con propiedad las rebeliones indígenas, es decir; las guerras de los dueños naturales del Caribe contra los que llegaron de lejos a despojarlos y a someterlos. En el lenguaje de hoy se llamarían guerras de liberación.

Desde luego, en la segunda etapa de esas luchas abundan episodios que corresponderían a la primera. Esto se debe a que en medio de las guerras de lo que fue la conquista propiamente dicha se produjeron rebeliones en territorios que ya habían sido conquistados, por lo menos en apariencia.

En algunas ocasiones las rebeliones de indios eran netamente indígenas, pero en otras participaron negros esclavos; o sucedía lo contrario, que los negros se rebelaban y se les unían unos cuantos indios. Los alzamientos de unos provocaban o estimulaban a menudo los de los otros.

Aun a distancia de siglos puede notarse que en ciertos casos hubo correspondencia, a veces estrecha, entre negros e indios sublevados. Hubo también sublevaciones estimuladas por uno de los imperios con el propósito de perjudicar al imperio que dominaba el territorio donde se producía la sublevación.

Los esclavos africanos comenzaron a llegar al Caribe en época muy temprana. Durante siglos se creyó que fue hacia 1510 cuando llegaron a la Española los primeros esclavos negros, pero ya no hay duda de que en el viaje de don Nicolás de Ovando –año de 1502– iban negros. Éstos, como los que los siguieron en los años inmediatos, no eran en verdad africanos, sino esclavos negros de los que había en España.

Parece que hacia 1503 ya se daban casos de negros que se fugaban a los montes, probablemente junto con indios, puesto que en ese año Ovando recomendó que se suspendiera la llevada de negros a la Española debido a que huían a los bosques y propagaban la agitación. Sin embargo, en 1515 el propio Ovando envió a la corte un memorial en que pedía que se autorizara de nuevo la venta de esclavos negros en la isla, a lo que accedió la reina doña Isabel, aunque con la aclaración de que no debía pasar a la Española "ningún esclavo negro levantisco ni criado con morisco". Según explicó más tarde el licenciado Alonso Zuazo, juez de residencia de la isla, en carta escrita en enero de 1518, "yo hallé al venir algunos negros ladinos, otros huidos a monte; azoté a unos, corté las orejas a otros; y ya no ha venido más queja".

El indio y el negro se entendían bien no sólo porque ambos estaban bajo un mismo yugo, padeciendo los males de la esclavitud, sino porque ambos tenían una conciencia social de tribu y un nivel cultural muy parecido. Negros e indios eran cazadores, agricultores en terrenos comunes, pescadores; sus religiones eran animistas; sus experiencias acerca del hombre blanco eran parecidas, y debía ser también muy parecida su actitud ante él, o bien de sumisión o bien de odio. El cruce de negros e indios comenzó pronto en el Caribe, y a los hijos de las dos razas se les llamaba zambos y se les trataba como a esclavos. El indio y el negro se influían recíprocamente; se transculturaban, como dicen los antropólogos y los sociólogos, y los dos tenían razones para rebelarse contra los amos.

La esclavitud del negro fue autorizada por el Estado español, al principio con ciertas limitaciones y después sin ninguna; pero la del indio no llegó a serlo nunca de manera tajante. Unas veces se autorizaba la esclavización de los indios cogidos en guerra con armas en la mano, otras veces la de los caribes únicamente, y por las llamadas Nuevas Leyes de 1542 se prohibió en absoluto la esclavitud de los indígenas. Pero en los hechos, los indios fueron esclavizados en igual forma que los negros y la esclavitud indígena se organizó con métodos iguales a los de la trata africana.

En el Caribe se estableció desde muy temprano lo que podríamos llamar la institución del "naboria" o "tapia", que era el sirviente a tiempo fijo, a quien debía pagársele un salario, pero en realidad el naboria acabó siendo un esclavo de confianza para servir en la casa. También se estableció desde muy temprano la "encomienda", que no era legalmente la esclavitud, pero que fue convertida en eso.

Lo cierto es que la esclavitud del indio, aunque no estuviera autorizada, se organizó con métodos iguales a la del negro, que sí tenía autorización legal. Los españoles –digamos, hasta el año de 1526, los castellanos, puesto que sólo éstos podían establecerse en las Indias antes de ese año– organizaban expediciones a las islas y a la tierra firme, y aun fuera del Caribe, para cazar indios en la misma forma en que se cazaban los negros en África; en ocasiones se los compraban a los caciques, pero antes habían logrado aterrorizar a esos caciques con alguna demostración de fuerza. Los indios cazados o los que sobrevivían a las penalidades que se les imponían –eran marcados al hierro, a menudo en la frente, y llevados a la Española, a Cuba o a Puerto Rico, que durante algunos años fueron los mercados más importantes para la venta de esclavos–. El padre Las Casas tiene descripciones muy vivas de esas ventas.

No debe sorprendernos la esclavitud de los indígenas del Caribe porque, como hemos dicho antes, los españoles estaban acostumbrados a esclavizar a los árabes –y éstos a aquéllos– en la larga guerra de la reconquista de España; además, en la Península había esclavos africanos y, por último, la esclavitud era habitual en el mundo mediterráneo. El 24 de febrero de 1495 Colón despachó desde la Española cuatro naves cargadas con 500 indios que debían ser entregados en Sevilla

para que se vendieran como esclavos. Los reyes llegaron a autorizar la venta de esos indios –en real cédula del 12 de abril de ese año–, pero doña Isabel no se sintió tranquila y después de haber dado la autorización para la venta ordenó que no se vendieran mientras no se oyera el parecer de teólogos y jurisconsultos. La reina murió creyendo que los indios eran sus vasallos, no sus propiedades.

La mayor parte de esos indios murieron en Sevilla a causa del nuevo tipo de vida a que se vieron sometidos: alimentación que sus organismos no conocían, clima de variaciones extremas al que no estaban habituados, viviendas de cal y canto en que solía faltar aire y sobrar humedad, y enfermedades para las cuales no tenían defensas naturales. Sin embargo, Colón siguió mandando indios de la Española a la Península, y cuando él no estaba en la Española los mandaba su hermano, don Bartolomé.

Muerta doña Isabel, y visto que las disposiciones reales contaban poco en el Caribe –aquellas tierras lejanas donde cada quien hacía de su capa un sayo– y vistas también las reiteradas peticiones de las autoridades enviadas al Caribe para que se autorizara la esclavitud de los indios o la trata de negros, el rey don Fernando volvió a solicitar un dictamen de juristas y teólogos sobre la materia, y éstos estuvieron de acuerdo en que era lícito esclavizar a los indios que hicieran la guerra al conquistador, que se resistieran a aceptar la autoridad del rey o se negaran a adoptar la fe católica. A partir de entonces –principios del siglo XVI– se puso en práctica el "requerimiento".

El requerimiento consistía en la lectura de un largo documento en que se hacía breve historia del origen del mundo, hecho por la mano de Dios; de la entrega del mundo a san Pedro; de la calidad de herederos de san Pedro, y por tanto de administradores del mundo, que tenían los Papas; de la cesión del nuevo mundo hecha por el papado a los reyes de España, y por tanto de la legítima autoridad que tenían esos reyes sobre las tierras y los pobladores de ese nuevo mundo, y en consecuencia de la obligación en que estaban los naturales de esas comarcas de reconocer a los reyes españoles como sus señores legítimos y de someterse a los preceptos de la iglesia católica. El requerimiento terminaba con estos terribles párrafos: "(Si no se sometían a todo lo requerido) Yo entraré poderosamente contra vosotros, e vos

haré guerra por todas las partes e maneras que yo pudiere, e vos subgetaré al yugo e obediencia de la Iglesia e de sus altezas, e tomaré vuestras personas e vuestras mugeres e hijos, e los haré esclavos e como tales venderé e disporné dellos como su Alteza mandare, e vos tomaré vuestros bienes, e vos faré todos los males e daños que pudiere, como a vasallos que no obedecen ni quieren recebir a su Señor e le resisten e contradicen. E protesto que las muertes e daños que dello se recrecieran sean a vuestra culpa, e no de su Alteza ni mía, ni destos cavalleros que conmigo vienen".

Terminada la lectura del requerimiento, un escribano real certificaba que se había cumplido lo que mandaba el rey, y la conciencia de los conquistadores quedaba tranquila. Si sólo tres indios oían la lectura, ellos serían responsables de cuantas muertes y tropelías ocurrieran, puesto que representaban a la totalidad de los indígenas de la región y debían comunicarles a todos los demás lo que habían oído; y si no habían entendido una palabra, suya era la culpa, puesto que no se habían tomado el trabajo de aprender la lengua castellana antes de que los conquistadores llegaran. Leído el requerimiento, lo que sucediera iría a cargo de la conciencia de los indios, aunque ésa no fuera la opinión de Oviedo y de frailes como Montesinos y sacerdotes como Las Casas, que lucharon tesoneramente contra tamaña hipocresía. El requerimiento fue la pieza clave para dar paz al rey y satisfacción a los esclavistas. Con él quedó legalizada la esclavitud, pero al mismo tiempo quedaron legitimadas ante la historia las rebeliones de los indios.

De la cacería de indios en esos primeros años del siglo XVI hay episodios notables. Por ejemplo, en el año de 1516 salieron de Santiago de Cuba hacia las islas Guanajas, situadas en el golfo de Honduras, unos 80 españoles. Iban en dos naves y en la primera isla que hallaron cargaron una de ellas de indios y la despacharon hacia La Habana, mientras unos 25 de los cazadores se quedaban con la otra embarcación con el propósito de recoger más indígenas. Al llegar a aguas cubanas, los españoles de la nave que había salido primero bajaron a tierra para divertirse y dejaron a los indios encerrados bajo escotilla con muy poca guarda. Los indios se dieron cuenta de que se hallaban casi solos, lograron salir a cubierta, mataron a los contados guardas, y en el propio barco, que era una carabela, volvieron a sus islas Guanajas. Esto que contamos era ya

una doble proeza, puesto que no sólo se rebelaron, sino que fueron capaces de conducir una nave española, cuyo manejo desconocían, a más de 200 leguas de distancia, y además la gobernaron con tanto tino que no perdieron el rumbo. Pero sucedió algo más. Al llegar al golfo de Honduras esos indios hallaron a los españoles que se habían quedado allí en busca de más esclavos, y los atacaron con tal ferocidad que los obligaron a recogerse a bordo del otro barco –un bergantín– y hacerse a la mar. Antes de salir, uno de los españoles grabó en el tronco de un árbol este mensaje: "Vamos al Darién". Los indios de la carabela quemaron su nave tan pronto los españoles se alejaron de las Guanajas.

Cuando Diego Velázquez, el gobernador de Cuba, supo esa increíble historia, mandó que salieran dos naves a perseguir a los audaces indígenas. Las dos naves castellanas no tardaron en llegar a las Guanajas, donde sus tripulantes lograron reunir en poco tiempo unos 500 indios, hombres y mujeres, y como en el caso anterior, los echaron en los fondos de los barcos. Nunca se imaginaron que el episodio de la rebelión iba a repetirse. Pero se repitió. Una vez encerrados los indios bajo cubierta, los españoles se dedicaron a divertirse en tierra; y de pronto los indígenas que se hallaban presos en una de las dos naves lograron salir a cubierta, se hicieron de las lanzas, las rodelas y las demás armas de los españoles que vieron a su alcance, mataron a uno de los guardas y echaron al mar a los otros. Los españoles que estaban en tierra corrieron a la otra nave y embistieron a la de los indios, con lo que se trabó un combate naval que duró dos horas. En este combate, según contaron los propios españoles, los indios pelearon encarnizadamente, fueran hombres o fueran mujeres.

Tres años después de eso se produjo en la Española la sublevación de Enriquillo, un joven cacique encomendado que iba a mantenerse catorce años en las montañas del Bahoruco, sobre la costa del sur, sin que los españoles pudieran poner un pie en ese territorio. Aunque ya estaba casado –su mujer se llamaba doña Mencía–, Enriquillo debía sobrepasar escasamente los 21 años cuando se levantó en armas. Era un indio letrado –"ladino" se decía entonces–, y antes de irse a las montañas estuvo solicitando de las autoridades españolas que se le hiciera justicia y se castigara al joven encomendero que había ultrajado a su mujer. En algunos casos las autoridades se burlaron de sus preten-

siones, y una de ellas fue aquel Pedro. Vadillo que anduvo por Santa Marta haciendo diabluras.

El 26 de diciembre de 1522 se produjo en la propia isla Española la primera sublevación de negros del nuevo mundo. No puede haber duda que ese levantamiento de los esclavos africanos de la Española fue estimulado por el de Enriquillo, que llevaba tres años en el Bahoruco. Al alzarse, Enriquillo no hizo ninguna muerte; los primeros muertos de su levantamiento se produjeron cuando el dueño de los hatos a quien estaba encomendado –un joven de nombre Andrés Valenzuela– salió a perseguirlo. Así se comportaron los negros rebeldes de 1522. Un grupo de unos 20 huyó de un ingenio de azúcar que tenía don Diego Colón –almirante gobernador– en las cercanías de la ciudad de Santo Domingo. Ese primer grupo se dirigió hacia el oeste y se reunió con otro, también de unos 20, y fue entonces cuando causaron sus primeras víctimas, unos cuantos españoles que trabajaban en los campos. Encaminándose siempre hacia el poniente, sobre la costa del sur –como si su intención hubiera sido la de reunirse con Enriquillo– atacaron un hato de vacas del escribano mayor de minas de la isla, mataron un castellano albañil, saquearon la casa vivienda, se llevaron un negro y doce indios esclavos y esa noche hicieron campamento en el camino de Azua, pues según declararon luego su plan era caer al día siguiente sobre un ingenio del licenciado Zuazo –aquel que había escrito lo de "azoté a unos, corté las orejas a otros; y ya no ha venido más queja"–, matar los españoles que había allí, levantar los 120 esclavos del ingenio y caer sobre la villa de Azua, donde se proponían pasar a cuchillo a todos los españoles.

Al amanecer, los esclavos sublevados fueron sorprendidos en su campamento por los españoles que los perseguían a caballo, y aunque se batieron como desesperados, tuvieron seis muertos y varios heridos y los restantes se desbandaron. La mayor parte de los que huyeron cayeron en manos de los españoles y terminaron ahorcados.

Casi inmediatamente después de este episodio se organizó una columna para someter a Enriquillo y se puso bajo el mando de un oidor de la Audiencia que se había distinguido en la persecución de los negros; dos años después se despacharon dos columnas, una de ellas al mando de Pedro Vadillo, y se despachó otra en el 1526. Pero Enriquillo,

que había organizado sus defensas magistralmente, siguió en el Bahoruco, cada vez con más autoridad sobre los indios y los negros de la isla, que abandonaban a sus amos y se le unían. Cuando ya Enriquillo llevaba más de diez años señoreando una vasta región montañosa, se sublevaron los ciguayos de la costa norte. A la muerte del jefe de esa nueva sublevación quedó al frente de ella un guerrero audaz y cruel de nombre Tamayo, que no tardó en aliarse con el cacique de Bahoruco.

La insurrección de los indios de la Española iba extendiéndose, pues, y si a ella se suman los numerosos asaltos a Puerto Rico que daban los caribes de las Islas Vírgenes y de Barlovento, la rebelión de Urracá en Castilla del Oro, la desesperada resistencia de los indios de la Costa de las Perlas (hoy Venezuela) –todo lo cual sucedía mientras Enriquillo estaba sublevado–, se comprenderá que los reyes de España debían sentirse preocupados. Así, el 17 de noviembre de 1526 Carlos V dio una providencia real en la que se condenaban ampliamente, con todos los detalles del caso, las actividades de los cazadores de indios, y se ordenaba que los indígenas que hubieran sido apresados y no se hubieran cristianizado fueran devueltos a sus tierras de origen. Pero la providencia real no se cumplió, entre otras razones, según alegaron los partidarios del esclavismo indígena, porque los caribes de las Islas Vírgenes y de Barlovento seguían atacando Puerto Rico.

En realidad, desde el asalto de 1520, en que los caribes habían entrado en las bocas del río Humacao, dieron muerte a varios españoles y se llevaron unos 50 indios, no volvió a haber otro ataque importante a Puerto Rico hasta el de 1528, cuando los caribes llegaron hasta el puerto de San Juan, que desde 1521 era la capital de la isla y por tanto debía ser el sitio mejor guarnecido de Puerto Rico. En esa ocasión los caribes entraron en el puerto con ocho piraguas y penetraron hasta la boca del río Bayamón, se apoderaron de una barca y mataron a tres negros. En 1530 llegaron a Daguago, la región más próspera de la isla; iban en once canoas, mataron a todos los españoles, negros, perros bravos y caballos que encontraron, y se llevaron 25 indios. Una noche asaltaron la costa del este, donde estaba Aguada, destruyeron un caserío y dieron muerte a cinco religiosos. Todavía muchos años después de haber muerto Enriquillo en la Española seguían los caribes atacando Puerto Rico. En 1565 saquearon el pueblo de Guadianilla –hoy Guayanilla–, mataron a varios

españoles e hirieron a otros, entre ellos al gobernador de la isla, y en el año de 1582 destruyeron el pueblo de Loíza.

Mientras Enriquillo estaba alzado en el Bahoruco y los caribes atacaban Puerto Rico, se levantaba en Castilla del Oro (Panamá) el cacique Urracá. Ya en 1515 el obispo Juan de Quevedo, escribiendo al rey, decía que los caciques e indios "de la parte de Tubanamá i Panamá como se han visto maltratar, matar i destruir; de corderos que eran, se han hecho tan bravos que mataron todos los cristianos que estaban en Santa Cruz, y cuantos hallaron derramados por la tierra". En 1520 Gaspar Espinosa, alcalde mayor de Castilla del Oro, entró en Veragua, región del cacique Urracá, que le presentó combate. Había algo de común entre el infortunado Caonabó de la Española y el bravío Urracá. También éste, como Caonabó por Ojeda, se dejó engañar por un capitán español que se hizo su amigo y al fin lo apresó y lo mandó a Nombre de Dios. Pero Urracá fue más afortunado que Caonabó, puesto que logró fugarse y retornó a sus montañas, donde se mantuvo alzado nueve años, al frente de miles de indios que se le fueron reuniendo. Nunca pudieron los españoles someter a Urracá, que murió sin rendirse.

Tan preocupados estaban los gobernantes de España con la sublevación de Enriquillo, que en julio de 1532 la emperatriz doña Isabel de Portugal, mujer de Carlos V –que gobernaba el imperio por ausencia del emperador–, expidió nombramiento de capitán general de la guerra del Bahoruco a Francisco de Barrionuevo. El solo título da idea de la gravedad que se le atribuía en España a la prolongada rebeldía de Enriquillo. Barrionuevo logró concertar la paz con el cacique de la Española y éste iba a morir dos años después, en septiembre de 1535, en el lugar donde se retiró a vivir con los indios que le siguieron. En el tratado de paz –cuya sola firma era un acontecimiento político trascendental– Carlos V se obligaba a otorgar a Enriquillo y a todos los indios de la isla los mismos derechos que a los españoles.

De todos modos, ya era tarde: los indios de la Española estaban extinguiéndose y no tardarían en desaparecer como pueblo.

El tratado de paz celebrado con Enriquillo indicaba que en España, se tenía una idea clara de la situación. Los indios y los negros se sublevaban porque se les maltrataba, serles explotaba y se les humillaba.

Pero una cosa era lo que se pensara en la lejana Península y otra la que se hacía en las lujuriantes tierras del Caribe. En el Caribe se creía que el indio bueno era el indio muerto. Así se explica que se provocara el levantamiento de Lempira, que se sublevó en las Hibueras (Honduras) en 1538. Lempira convocó en Piraera (Sierra de las Neblinas) a los caciques de 200 rancherías y los convenció de que debía iniciarse inmediatamente la guerra contra los españoles. Lempira fue elegido jefe de las fuerzas y comenzó a actuar con un arrojo que todavía hoy causa admiración. En seis meses de lucha llegó a tener bajo sus órdenes más de 2,000 hombres, al frente de los cuales asaltó los poblados españoles que estaban en su radio de acción. Murió asesinado cuando salía a recibir un parlamento que le había enviado el jefe español, capitán Alonso Cáceres. Uno de los parlamentarios le disparó su arcabuz y lo alcanzó en la frente.

Por esos días de 1538 andaban alzados en el oriente de Cuba muchos negros, a los que se unían algunos indios, y lo mismo sucedía en la Española. Aunque Las Casas asegura que en todas las Indias –es decir, en todo el nuevo mundo– había hacia el 1540 más de 100,000 esclavos negros y sólo en la Española había 30,000, debemos tomar esas cifras con reservas. Para el 1543 se estimaba que en Cuba había casi 1,000 negros y negras, y aun exagerando hasta el máximo, en la Española no podía haber más de cuatro veces esa cantidad. En 1542 había negros alzados en cuatro puntos de la Española –cabo San Nicolás, punta de Samaná, cabo de Higüey y los Ciguayos (costa del norte)–, pero no debían ser muy numerosos. El ayuntamiento de Santo Domingo, capital de la isla, escribió en 1545 que apenas se cogía oro porque se habían exportado a Honduras casi todos los negros y que últimamente se habían llevado al Perú los que quedaban. Desde luego se hablaba de negros que sabían trabajar las minas, porque precisamente en esos mismos días los negros alzados llegaron a asaltar y dar muerte a españoles a sólo tres leguas de la ciudad de Santo Domingo.

Hacia el 1546 había en el Bahoruco, donde estuvo sublevado Enriquillo, unos 200 –y tal vez 300– negros alzados, y en La Vega unos 50. Esos alzamientos indicaban que había en la isla un estado de descomposición, y esa descomposición produjo caudillos negros que asaltaron varias poblaciones y hatos. El más destacado de esos jefes fue Diego de

Campo, que asoló las regiones de San Juan de la Maguana y de Azua en varias incursiones.

Pero la insurrección de los esclavos africanos no se limitaba a la Española; se producía también en la tierra firme y en el istmo de Panamá. Había comenzado ya la etapa de la explotación en los territorios del Caribe y el esclavo negro era el instrumento natural –e indispensable– para mantener y aumentar la producción. La trata de negros se había convertido en un negocio muy activo, y las posibilidades de insurrecciones de esclavos eran mayores cada día.

España no traficaba con negros esclavos. Los españoles del Caribe se limitaban a comprar la mercancía y el gobierno español se limitaba a dar autorizaciones –licencias y asientos– para que se vendieran en sus territorios de ultramar tantos o cuantos esclavos. Generalmente esas autorizaciones eran concedidas a personajes europeos, y éstos las vendían a comerciantes de otros países. Pero como las ventas autorizadas no eran suficientes para cubrir la demanda de negros, se producía la venta ilegal. Ésta se realizaba de dos maneras: se autorizaba una venta de 100 africanos, pero se sobornaba a los funcionarios españoles del Caribe y se vendían 200, o se presentaba un barco negrero holandés o inglés, no autorizado para comerciar en los territorios españoles, y se las arreglaba para vender esclavos. Esto último lo hizo varias veces John Hawkins, el hombre que abrió las puertas del Caribe para el comercio inglés.

Los españoles compraban los esclavos para usarlos como instrumentos de producción, pero quienes en realidad ganaban dinero con el negocio eran los vendedores de africanos. Estos últimos se enriquecían a niveles increíbles, y eso es lo que explica que los comerciantes más poderosos de los Países Bajos, de Dinamarca, Inglaterra y Francia, fueran los socios capitalistas de los capitanes negreros. Con frecuencia los reyes de esos países participaban en los beneficios de la trata y a menudo se asociaban al negocio figuras de la nobleza. Cuando fue armado caballero por la reina Isabel, John Hawkins, insigne traficante de esclavos, mandó poner en su escudo la cabeza de un negro como testimonio de que su actividad era honorable. Además, Hawkins fue nombrado por la reina tesorero de la marina real como premio a sus actividades corsarias.

Uno de los factores de la rápida capitalización de esos países fue la trata de esclavos. En un nivel diferente, la situación a mediados del siglo XVI tenía semejanzas con la de mediados del siglo XX. En 1950, los países vendedores de maquinarias se enriquecían vendiendo esas maquinarias a los países que tenían poco desarrollo, y capitalizaban más de prisa que éstos; hacia 1540, los vendedores de esclavos capitalizaban más de prisa que los que compraban esos esclavos para poner a producir las tierras americanas.

Por la vía del comercio esclavista, los países que traficaban con esclavos del África sustraían las riquezas que España sacaba de América; por lo menos, sustraían una parte importante de esas riquezas. Una porción del capital acumulado mediante la venta de esclavos se empleaba en la manufactura de productos que se vendían de contrabando en el Caribe, de manera que además de ganarles dinero vendiéndoles esclavos, los tratantes de negros les ganaban también dinero a los españoles del Caribe vendiéndoles esos productos manufacturados; por último, los buques negreros volvían a Europa cargados con maderas, azúcares, cueros, sal y otras mercancías sacadas del Caribe, también de contrabando, con lo cual se obtenían beneficios adicionales.

Como España no tenía las sustancias reales de un imperio, el Estado español no se atrevía a ser tan despiadado como hubiera sido necesario para dedicarse a la trata de negros. Otros países hicieron esa trata y en pocos años tenían ya el alma y los instrumentos de los imperios. La trata de africanos estaba cambiando los fundamentos de la sociedad occidental. Medio siglo después, a pesar de todo el oro que extraía de México y del Perú, se veía con claridad la declinación de España y el ascenso de los países europeos que vendían negros en América; se marcarían las diferencias que al andar del tiempo dividirían el mundo en países sobreholgados y países miserables.

Dado que el comercio de africanos dejaba beneficios enormes, había que mantenerlo a toda costa; de ahí que se usara la mayor violencia en la cacería de negros, puesto que ellos no se entregaban graciosamente a los traficantes. Esa violencia era el origen de las rebeliones negras del Caribe. El negro llegaba al Caribe con el corazón rebosante de odio al blanco, que lo había arrancado de su tierra nativa por la fuerza, que lo había puesto en cepo durante la travesía por el mar, que le había

dado latigazos y palos. En la primera oportunidad, el negro que tenía más vigor de alma se fugaba a los montes; poco a poco otros iban a reunirse con él o él llegaba de noche a las barracas de las minas y de los ingenios de azúcar y los invitaba a irse, y un día comenzaba el alzamiento con un ataque a un establecimiento de blancos.

Esas primeras sublevaciones anunciaban estallidos futuros de magnitudes enormes, como al fin se produjeron con las sublevaciones negras de Haití. En cierto sentido, el comercio de esclavos negros estaba determinando el curso de la historia del Caribe, pues los esclavos del siglo XVI llegarían a ser con el tiempo los ciudadanos libres de sus países. Mientras tanto, en esos años de 1540 se sublevaban los esclavos de la Española, pero también los de otros territorios. En la gobernación de Cartagena había muchos alzados, tantos, que pudieron asaltar el pueblo de Tafeme, donde mataron más de 20 personas, quemaron los sembrados de maíz y se llevaron unos 300 indios.

En 1548, unos negros prófugos de Panamá se declararon libres y organizaron una monarquía cuyo rey era uno de ellos, de nombre Bayano. Los "vasallos" del flamante rey negro dieron mucho que hacer a las autoridades de Panamá, puesto que atacaban los puntos estratégicos del camino que comunicaba Panamá con Nombre de Dios, esto es, la ruta del mar Pacífico al Caribe, por donde se movían ya las cargas de oro del Perú que se enviaban a España. Al mismo tiempo, hacia el sudeste, en el golfo de San Miguel, se mantenía alzado otro negro llamado Felipillo. En la pacificación de esos focos de rebelión tomó parte don Pedro de Ursua, que iba a ser algunos años después la primera víctima de la sonada rebelión de Lope de Aguirre. Pero la verdad es que la pacificación total de los esclavos negros de Panamá tardó muchos años, pues fue en 1581 cuando los hijos y los nietos de los alzados de 1548 aceptaron reunirse en Pacora, que fue poblado por ellos.

No consta en ningún documento cuál fue la influencia de la insurrección de Bayano en la del negro Miguel, que tuvo lugar en Venezuela en el año 1552, pero el hecho de que este último se proclamara rey, como hizo el de Panamá, nos inclina a creer que Miguel supo lo que pasaba en Panamá y siguió el ejemplo. El negro Miguel era esclavo de las minas de San Felipe de Buria, que se hallaban cerca de Nueva Segovia, una ciudad fundada en las vecindades de lo que hoy es Barquisimeto.

Miguel se fugó de las minas y se hizo cimarrón. "Cimarrón" era el vocablo usado entonces para designar a los negros que huían hacia los montes. En poco tiempo Miguel había reunido en torno suyo a varios compañeros, y cuando contó con unos veinte hombres atacó la casa de las minas, mató a algunos españoles y se llevó presos a otros; de los presos, unos cuantos murieron bajo el tormento y los demás fueron dejados en libertad para que llevaran la noticia de la rebelión a San Felipe y a Nueva Segovia. El negro Miguel ejercía lo que hoy llamamos guerra psicológica. Como es claro, las nuevas llegaron a los españoles, que se indignaron, pero también llegaron a los negros de toda la región y a los indios jiraharas, que vivían en las inmediaciones de San Felipe, y esas noticias estimularon a los más audaces y aguerridos entre negros e indios, de manera que al poco tiempo Miguel tenía bajo su mando 180 hombres entre unos y otros. El caudillo puso toda esa gente a trabajar en la edificación de un pueblo, que cercó de fuertes palizadas y de trincheras, y entonces se proclamó rey. Su mujer, la negra Guiomar, fue reina; su pequeño hijo, príncipe heredero; un amigo suyo pasó a ser obispo, y otros tuvieron títulos de nobleza, dignidades y funciones propias de una corte.

Una vez organizado el reino, el "monarca" dispuso el asalto a Nueva Segovia, y como no pudo tomar la villa se retiró a su pueblofortaleza, donde fue atacado por los españoles. El rey Miguel murió combatiendo, y de sus "súbditos" los que se salvaron fueron sometidos a tormento y muertos en suplicio o mantenidos en ergástulas mucho tiempo. Pero los indios jiraharas siguieron la lucha que había emprendido el antiguo esclavo.

Esos indios asaltaron tantas veces las minas de San Felipe que al fin éstas tuvieron que ser abandonadas y llegó a perderse hasta el recuerdo del sitio donde estaban. Los jiraharas hicieron impenetrable el territorio de sus tribus; se mantuvieron en rebeldía más de 60 años, de manera que todavía en el siglo XVII se sentían en Venezuela los efectos de la sublevación del rey Miguel.

Hacia el este de donde estaban las minas de San Felipe de Buria se hallaban las minas de oro de los Teques. Los Teques es hoy una ciudad que se encuentra en la zona montañosa del litoral del Caribe, a medio camino entre Caracas y Maracay. El nombre de la región y de las minas

provenía de los indios teques, cuyo señor se llamaba Guaicaipuro. Guaicaipuro es, desde hace siglos, un símbolo para los venezolanos; la encarnación del amor a la patria. Debió ser un cacique de gran autoridad sobre varias tribus; propiamente, más que un cacique, pues cuando decidió que había que luchar contra los españoles se dedicó a formar una alianza de numerosos pueblos vecinos, y de hecho se convirtió en el caudillo de una vasta confederación en que figuraban, además de los teques, los taramainas, los charagotos, los caracas, los mariches, los arbacos y algunos más. Esa especie de confederación de guerreros dominaba todo el territorio de lo que hoy se llama en Venezuela el Centro, que es la parte más poblada y más desarrollada del país. En el año de 1561 Guaicaipuro inició la rebelión con un asalto a las minas de oro de los Teques, y a partir de entonces se mantuvo en rebeldía hasta el día de su muerte, ocurrida en 1568.

En el valle de San Francisco –que es uno de los pequeños valles que se encuentran dentro de los límites de la Caracas de hoy– había un hato de españoles que había sido fundado algunos años antes por el mestizo Francisco Fajardo, nacido en la isla de Margarita, fundador también de Collado, en la cercana costa del Caribe. Hacia 1560 unos 26 españoles anduvieron merodeando por San Francisco y saquearon varias rancherías de indios. Esos atropellos provocaron el alzamiento de Guaicaipuro, que atacó las minas de los Teques y mató a todos los trabajadores que había en ellas, indios, negros y españoles. Al mismo tiempo Paramaconi, cacique de los taramainas, atacaba el valle de San Francisco, donde mató a los pastores y muchas reses, hirió o dispersó el ganado que quedó vivo y quemó las viviendas. Un capitán español, de nombre Juan Rodríguez, cuyos hijos habían muerto a manos de los hombres de Guaicaipuro en el ataque a las minas de los Teques, se había internado por la sierra con 35 españoles y fundó un pueblo sobre los restos de San Francisco. Cuando llegó a los oídos de Rodríguez la noticia de que Lope de Aguirre había entrado en tierra venezolana por Borburata, se puso en marcha hacia Valencia a fin de combatir al que se conocía en toda la provincia como “el tirano Aguirre”; pero al atravesar la sierra, mientras subía el cerro de la Laguneta, le salió al paso Terepaima, cacique de los arbacos, y Guaicaipuro le tomó la retaguardia. Rodríguez y sus hombres perdieron allí la vida.

¿Quién era ese Lope de Aguirre que aparecía de pronto en el Caribe como una encarnación de la locura que había desatado el descubrimiento de América? Lope de Aguirre, vasco de Oñate, domador de potros en el Cuzco, cojo a causa de un arcabuzazo recibido en las guerras que tuvieron en el Perú unos españoles contra otros españoles, fue el jefe de una insurrección contra el rey de España, Felipe II. Esto puede parecer de poca importancia para los que se han acostumbrado a la propagada tesis del anarquismo español, pero no lo es para los que estudian la historia de España. Lope de Aguirre se declaró enemigo de Felipe II, pero además independiente de la monarquía y de España, y eso había sucedido sólo una vez, unos siete años antes y precisamente cerca de ese punto por donde Lope de Aguirre andaba esparciendo el terror. En esa ocasión anterior, Álvaro de Oyón, que había tomado parte en las luchas entre almagristas y pizarristas en el Perú, organizó un levantamiento en las vecindades de Popayán –Nueva Granada, es decir, la Colombia de hoy– que llegó a contar con unos 100 seguidores, y su programa era el desconocimiento de la autoridad real y la independencia de Nueva Granada.

Álvaro de Oyón y tres de sus tenientes fueron ajusticiados y partidos en cuartos; catorce de sus seguidores fueron ahorcados, a otros se les cortaron los pies y las manos. Pero ese final del alzamiento de Oyón no hizo mella en Lope de Aguirre. Este Lope de Aguirre había sido, como Álvaro de Oyón, soldado en el Perú; y sucedió que hasta el Perú llegó, aunque con algún retraso, la leyenda de aquel país de los omaguas, el fabuloso Dorado, que tantas fatigas costó a Felipe von Hutten y a su expedición. El marqués de Cañete, virrey del Perú, se entusiasmó con la posibilidad de conquistar esa tierra maravillosa y despachó a don Pedro de Ursua –el mismo que actuó en Panamá contra los esclavos sublevados que seguían al rey Bayano–, con unos 400 hombres bien armados y 40 caballos para que fueran a conquistar el reino de los omaguas. Pedro de Ursua penetró hacia la selva y a fines del año 1560 llegó a las orillas del Marañón (Amazonas), donde hizo construir barcos para hacer por agua la travesía hasta El Dorado. Los hombres que iban con don Pedro de Ursua habían sido reclutados en todo el Perú, y entre ellos abundaban, como es claro, los aventureros de la peor especie. Ninguno, sin embargo, llegó a la altura de Lope de Aguirre.

Este hombre feroz contó sus hechos en una carta que envió a Felipe II, llena de sarcasmos, odio y acusaciones de todo tipo; y esos hechos, hasta el momento en que se dirigió al rey, pueden resumirse así: mientras la expedición navegaba por el Amazonas, que se llamaba entonces Marañón, organizó una conspiración en que perdieron la vida don Pedro de Ursua y sus criados y amigos más íntimos; inmediatamente después proclamó la República de los Marañones; puso a la cabeza de esa república delirante, con el título de príncipe, a un mozo de Sevilla llamado don Fernando de Guzmán y se nombró él mismo maestre de campo –esto es, jefe militar– de ese extraño estado sin tierras que había creado. Pero el príncipe marañón duró poco, porque Lope de Aguirre lo hizo matar a puñaladas. Durante largos meses su república flotante navegó aguas abajo del Marañón, y los marañones disminuían porque su jefe mandaba apuñalar a todos aquellos que a su parecer no le eran leales o podían traicionarlo en el futuro. Según decía, él y sus marañones volverían al Perú por Panamá, pues el plan era conquistar el Perú y declararlo independiente de España.

Durante el viaje por el gran río tuvo que hacer reparaciones en sus buques, organizar entradas para buscar alimentos, de manera que cuando salió a las bocas del Marañón ya el año 1561 iba mediado. Navegando hacia el norte y luego hacia el oeste, la flotilla fue a dar a la isla Margarita. Al llegar contó a los vecinos que él y su gente tenían mucho oro y que pagarían bien todos los alimentos que les llevaran. El gobernador de Margarita, Juan Villadrando, estaba entre los que fueron a venderles víveres. Lope de Aguirre lo hizo preso; después bajó a tierra, rompió las cajas reales y procedió al saqueo de la población. Pronto supo que un fraile de la Española estaba cerca, con un buen navío artillado, adoctrinando indios; le mandó su carta a Felipe II, pero el mensajero de esa carta tenía órdenes de apresar al fraile y de coger su navío. El mensajero y los marañones que iban con él le desertaron a Lope de Aguirre y se dirigieron hacia Borburata para dar la noticia de lo que estaba pasando. El fraile hizo lo contrario; se fue a Margarita para tratar de convencer al jefe marañón de que abandonara su rebeldía. No se atrevió a verlo, sin embargo, porque supo que en ese momento Lope de Aguirre estaba haciendo estragos en la isla; había mandado dar garrote al gobernador y a sus ayudantes, ordenó que se diera

muerte a varios vecinos y ahorcó en las jarcias de su propio buque a algunos marañones de quienes sospechó algo. El fraile dejó una carta para Lope y se alejó de allí. El jefe marañón decidió entonces entrar en la tierra firme de Venezuela y se dirigió hacia Borburata con los marañones que le quedaban, unos ciento sesenta.

Al llegar a Borburata Lope de Aguirre quemó sus tres naves y todas las que halló en el puerto. La mayoría de los habitantes habían huido de la ciudad, y los que se quedaron las pasaron muy mal. Lope apresó a unos, atropelló a otros y saqueó el pueblo. Hay una descripción de su marcha de Borburata a Valencia, por un camino de lodo –pues era el mes de octubre, época de lluvias– en que se pinta toda su ferocidad. Los marañones y los prisioneros que cargaban las cajas de caudales robadas en Margarita y Borburata no podían con ellas, y Lope hacía degollar a los que se quejaban de la carga. Oviedo y Baños dice que era "mal encarado, muy pequeño de cuerpo, flaco de carnes, grande hablador, bullicioso y charlatán". Podemos imaginarnos cuál sería la expresión de sus ojos, brillantes de locura, y la de su risa, dura y sarcástica cuando daba esas órdenes de muerte. Todavía hoy en Venezuela se asusta a los niños diciéndoles que "ahí viene el tirano Aguirre".

Ya en el camino de Valencia, Lope de Aguirre varió el rumbo y se dirigió a Barquisimeto. A ese tiempo, convocados por el gobernador, iban reuniéndose hombres de toda la provincia. Juan Rodríguez, muerto a manos de Guaicaipuro y de Terepaima, era de los que iban a dar combate al "tirano Aguirre". El asalto de los indios a Juan Rodríguez debió tener lugar a fines de octubre de 1561, porque el jefe marañón entró en Borburata el día 22 de ese mes.

Lope de Aguirre atravesó los territorios de los indios jiraharas, que no lo atacaron probablemente por el número de hombres que llevaba y por lo bien armados que iban. Los marañones disponían de arcabuces, que no habían sido abundantes en los años anteriores; además, iban disparando por los caminos. Entre descargas cerradas y con banderas desplegadas entraron en Barquisimeto, que había sido abandonada por sus moradores. Cuando los soldados de Lope de Aguirre entraron en las casas a recoger botín, hallaron en cada una cédulas de perdón real para los que quisieran rendirse. Esas cédulas fueron la perdición del jefe marañón, pues al saber que a pesar de todas sus fechorías el rey

les perdonaba si se entregaban, los marañones, que seguían a su jefe debido al terror, comenzaron a abandonarlo. Sólo un hombre quedó al lado de Lope de Aguirre, Antón Llamoso, y dos mujeres, su hija y la criada que la atendía, a quien llamaban la Torralba.

Cuando el jefe marañón se vio solo, con la casa rodeada de enemigos entre los cuales había muchos que habían sido subordinados suyos, se encaminó al aposento donde estaba la hija, le apuntó con su arcabuz, y como éste le fallara echó mano del cuchillo y la mató a puñaladas. Dijo que no quería que ella sufriera las penas que le tocarían por ser su hija. Inmediatamente se asomó a la sala y ordenó a los que rodeaban la casa que le dispararan. Al que tiró primero le dijo: "Mal tiro". Y efectivamente, no le acertó. A otro le dijo: "Ése es bueno". Y fue bueno. El que hizo ese disparo era un marañón.

El cadáver de Lope de Aguirre fue decapitado y descuartizado, sus partes fritas en aceite y colocadas en distintos lugares, para eterno escarmiento. Lo que él había hecho asustaba a los conquistadores españoles, para quienes España y el rey eran valores sagrados. Un español de aquellos días no podía concebir la rebelión de Lope de Aguirre. Se podía luchar contra otros españoles, pero jamás desconocer la autoridad real. En su frontera del Caribe, España perdía sus esencias más íntimas, cosa que no alcanzaban a comprender los propios actores del drama histórico que se estaba dando en el Caribe.

Para Guaicaipuro y los caciques aliados suyos, la insólita rebelión de Lope de Aguirre tenía escaso significado. Ellos seguían su lucha contra los españoles. Una vez muertos Juan Rodríguez y sus acompañantes, Guaicaipuro se dedicó a organizar una sublevación general dirigida a destruir los dos establecimientos españoles que había en la región central de Venezuela, esto es, San Francisco y Collado. Una columna despachada contra los indios rebeldes al mando de un capitán Narváez fue atacada por los arbacos en enero de 1562 y sólo pudieron salvarse tres hombres. Los españoles tuvieron que abandonar San Francisco y Collado, y durante algunos años ningún conquistador pudo entrar de nuevo en la región. Fue en 1567 cuando Diego de Losada, el vencedor del rey Miguel, alcanzó a llegar, aunque combatiendo sin cesar, hasta el valle de San Francisco. Un poco más al este de allí fundó en ese año la ciudad de Santigo de León de los Caracas, y al siguien-

te –1568– fundó Nuestra Señora de Caraballeda en el mismo sitio donde estuvo Collado.

Guaicaipuro murió en 1568 en un ataque por sorpresa en el cual cayeron junto con él 22 indios que formaban su guardia personal; pero las sublevaciones de indios no se aplacaron con su muerte. Durante largo tiempo se luchó en las sierras inmediatas a Caracas y el 21 de enero de 1572 los indios de Cumaná asaltaron la ciudad y los españoles tuvieron que combatir reciamente para evitar que Cumaná cayera en manos de los atacantes.

Como es fácil ver, los indios no se dejaban quitar sus tierras ni aceptaban que se destruyera su organización social sin rebelarse contra los conquistadores. Por su parte, los negros no se resignaban a que se les trasplantara violentamente desde África al Caribe y que se les esclavizara para obligarlos a trabajar en beneficio de los blancos. Y en medio de ese panorama de indios y negros que se sublevaban, hubo también españoles sublevados contra el poder real. La violencia generaba violencias. Pero todavía estaban por ver las de más envergadura, las que se producirían en el Caribe como reflejo de las luchas de los nacientes imperios de Europa contra el imperio de España en América. Desde principios del siglo XVI habían empezado a entrar en el Caribe los corsarios ingleses, holandeses y franceses, y desde 1563 las fundaciones españolas comenzaron a ser forzadas a negociar con ellos, pero en cierto sentido, cuando España terminó hacia 1582 la conquista del Caribe, sus aguas y sus territorios eran españoles. Éstos habían aplastado una por una las sublevaciones de indios y negros, y en toda la región España era la autoridad acatada; la lengua de Castilla tenía que ser aprendida por indios y por negros; los que nacían, fueran hijos de españoles o de negros o mestizos de españoles, negros e indios, se sentían españoles y actuaban como tales.

Exactamente 90 años después del descubrimiento, el Caribe era una extensión de España; y sin embargo no era en su totalidad la propia España, sino sólo su frontera más lejana y al mismo tiempo la más débil.

Capítulo VII

Las guerras de España en el siglo XVI

Entre el 12 de octubre de 1492 y el 13 de septiembre de 1598, España cumplió un proceso que la llevó a la plenitud histórica y también la dejó en las puertas de la decadencia. Inició el siglo como el país líder de Occidente y lo terminó desgastada por las guerras de Felipe II en Europa. En ese siglo España combatió en Europa, en América, en África y en Asia, y el resultado fue que se desangró a tal punto que todo lo que crecía en apariencia lo perdía en potencia creadora.

En una forma o en otra las guerras que España libraba en Europa se reflejaban en el Caribe porque el Caribe era una de las muchas fronteras de España, y por cierto la más alejada hacia Occidente; una frontera de territorios fecundos, adecuados para la producción de artículos tropicales, y por tanto ambicionados por otros países, y además una frontera con un rosario de islas que España no había ocupado, o lo que es lo mismo, con una cadena de vacíos de poder que necesariamente atraerían sobre sí fuerzas poderosas.

Tenemos que ver la historia del Caribe a la luz de esas guerras europeas de España porque si no difícilmente podríamos comprender por qué el Caribe no se convirtió en el siglo XVI en un bastión español. Si el Caribe acabó siendo a mediados del siglo XVII un bien realengo de varias potencias europeas –y por tanto una tierra de conquista para ingleses, franceses y holandeses–, se debió a las guerras que España hizo en Europa.

Por otra parte, esas guerras impidieron que España, imperio sin sustancia imperial, pudiera transformarse interiormente hasta quedar convertida en un imperio verdadero. Las guerras de Europa hicieron

de España un gran poder militar, pero al mismo tiempo consumieron su energía de tal manera que las fuerzas no le alcanzaron para desarrollar su agricultura, su industria o su educación ni pudo acumular capitales, todo lo cual era indispensable para organizar su gran imperio. Sucedió también algo más, y fue que esas mismas guerras españolas de Europa les sirvieron a Inglaterra, Holanda y Francia para ponerse en condiciones de arrebatarle a España parte de su imperio en el Caribe y en América.

El mundo era pequeño cuando Isabel la Católica recibía las llaves de Granada el 2 de enero de 1492, pero era enorme cuando ella murió casi trece años después, el 26 de noviembre de 1504. El 2 de enero de 1492 el mundo español se limitaba a la península española y a los reinos de Aragón en el Mediterráneo; pero 28 años más tarde, el 22 de octubre de 1519 –día en que Carlos V fue coronado emperador de Alemania–, el mundo español era inmenso, y lo sería mucho más en los años siguientes, cuando los ricos países americanos del Pacífico quedaron agregados a la corona de Castilla.

España tuvo que pasar del gobierno local de la Península al gobierno planetario de un imperio, y todo eso en el término de tres generaciones, de Isabel y Fernando a Carlos, y de Carlos a Felipe, puesto que una generación –la de Juana la Loca– quedó fuera del curso de los acontecimientos. La súbita ampliación del mundo redujo en la misma medida la magnitud de tiempo, debido a que en el mismo tiempo había que atender un espacio muchas veces mayor. España debió dedicar ese tiempo, ya reducido en términos históricos, a organizarse para gobernar un imperio gigantesco; pero lo dedicó a guerrear en Europa. Es difícil hallar una explicación para tan grande y tan duradera locura. Seguramente hay muchas. Pero debemos tener en cuenta que debido a sus siglos de guerra contra el moro, España era una tierra de hombres de acción – la propia doña Isabel era una mujer de acción– y no de planes. De todas maneras, este libro se escribe con la intención de explicar las causas de lo que ha sucedido en el Caribe, no en Europa; de manera que no vamos a dedicarnos al estudio de las razones que tuvo España para guerrear en Europa durante el siglo XVI; simplemente expondremos esas guerras porque es indispensable que se conozcan a fin de comprender por qué el Caribe pasó a ser escenario de las luchas de

algunos países europeos contra España. España golpeaba a esos países en Europa y ellos respondían golpeando a España en el Caribe.

Debemos recordar que España no era un reino, sino una suma de reinos; que Isabel era reina de Castilla y Fernando lo era de Aragón, y que si actuaban de acuerdo no gobernaban sobre un solo país. A la muerte de Isabel, la hija de ambos –Juana la Loca– heredó el reino de Castilla, pero Fernando siguió siendo rey de Aragón y de los reinos adscritos a esa corona –los territorios italianos, como Nápoles, Sicilia y Cerdeña–, y Juana no tenía nada que ver con esos reinos de su padre. Juana se había casado en 1496 con Felipe el Hermoso, hijo del emperador de Austria y señor de numerosos territorios en Europa. El hijo de ambos, Carlos, nacido en Gante (hoy ciudad belga) en el año de 1500, heredaría los reinos de sus padres y de sus abuelos.

Al quedar viudo Fernando el Católico había casado con Germania de Foix, y esto iba a relacionarlo con el reino de Navarra, lo que a su vez provocaría luchas con Francia.

Juana, reina de Castilla, perdió la razón y debió ser recluida en un convento; así, su marido pasó a reinar en Castilla bajo el nombre de Felipe I. El 25 de septiembre de 1506 murió Felipe I, de manera que a los seis años de edad su hijo Carlos heredaba el reino de Castilla, si bien no podía gobernarlo debido a sus pocos años. Al morir Fernando el Católico el 23 de enero de 1516, su hija Juana quedó instituida su heredera universal; a través de Juana, Carlos vino a heredar los reinos de Castilla y Aragón, todos los que estaban adscritos a la corona de Aragón, todos los territorios europeos de su padre Felipe I; y tres años después, cuando murió su abuelo Maximiliano I de Austria –el día 12 de enero de 1519– pasó a heredar también Austria, Alemania y todos los señoríos dependientes de la corona de su abuelo austriaco. Fue de ese abuelo de donde les vino a los reyes españoles, hasta Carlos el Hechizado –que murió en el año 1700– el sobrenombre de los Austria.

Mientras se sucedían muertes y herencias, intrigas y guerras, el Caribe iba siendo conquistado. Las primeras guerras españolas del siglo XVI tuvieron poca importancia para el destino del Caribe. Podríamos decir que en esos años España no pudo disponer de sus mejores hombres para mandarlos al Caribe porque estaba ocupada en esas guerras; podríamos pensar que los requerimientos de esas guerras no le permi-

tieron a España ocupar todas las islas del Caribe, lo que al fin se tradujo en el tantas veces mencionado vacío de poder en aquella región. Pero ésas serían consideraciones hipotéticas, y la historia se nutre de lo que fue, no de lo que pudo ser o hubiera podido ser. Y lo cierto es que las guerras de Fernando el Católico en Italia y en Navarra, así como la del cardenal Cisneros en África, no se reflejaron en el Caribe. En cambio las de Carlos V y su hijo Felipe II en Europa –y sobre todo las del último– tuvieron repercusiones tan serias en aquella lejana frontera española que cambiaron de manera definitiva el curso de la historia en varios territorios del Caribe.

Carlos I de España y V de Alemania, a quien la historia conocería con el nombre de Carlos V–, había llegado a España por primera vez el 19 de septiembre de 1517 y había salido hacia Alemania menos de dos años después para negociar la corona de emperador, que aunque le tocaba por herencia debía ser confirmada por una elección de los señores del imperio. Esa elección tuvo lugar en Frankfurt; Carlos fue reconocido emperador alemán y fue coronado el 22 de octubre de 1519. Inmediatamente renunció a sus dominios de Austria en favor de su hermano Fernando, pero como emperador de Alemania seguía siendo cabeza de los señoríos de Flandes.

Cuando Carlos se hallaba en Alemania se produjeron en España los levantamientos de los comuneros (nobles) de Castilla y la rebelión de las germanías (gremios de artesanos) de Valencia. Ambas fueron aplastadas con energía típicamente española, la primera en 1521 y la segunda en 1522. Mientras se desarrollaba el levantamiento de los comuneros, una columna navarra, con la ayuda del rey de Francia –Francisco I– entraba en Navarra, y con esa pequeña guerra fronteriza comenzó el largo duelo entre Francisco I y Carlos V, que iba a llevar las armas de ambos contendientes por las tierras de Italia, que iba a conducir a la batalla de Pavía y a la prisión del monarca francés en España; a la conquista y el saqueo de Roma, a la entrada de Inglaterra en la contienda como aliada de Francia, y por último iba a llevar al Caribe el primer corsario francés con la orden de atacar a España en su frontera marítima de occidente.

En esa época no había ejércitos nacionales propiamente dichos. Las tropas de Carlos V eran conocidas en Europa con el nombre de "impe-

riales" y estaban compuestas por voluntarios que procedían de Alemania, de Suiza, de Italia, de España. Esos voluntarios cobraban sueldos, y los atrasos en el pago provocaban rebeliones que pagaban los territorios donde se hallaban, puesto que la soldadesca iba de villa en villa saqueando y cometiendo toda suerte de atropellos. Esto se explica porque cada soldado tenía que buscarse la ropa, la comida y el lugar donde dormir, aun en pleno campo de batalla. Por otra parte, era frecuente que uno de los poderes combatientes se aliara de buenas a primeras con uno de sus enemigos para luchar contra el que hasta poco antes era su aliado. Los ejércitos no eran grandes. Durante las guerras de Carlos V y Francisco I, las fuerzas imperiales no pasaron de 20,000 hombres. Toda ciudad tomada era sometida al saqueo.

La guerra de Navarra se extendió a Italia cuando Francisco I llegó a las puertas de Milán. Los imperiales, que habían llegado a Marsella, abandonaron el territorio francés y se replegaron sobre Italia a tiempo para dar la batalla de Pavía, que se hallaba sitiada por Francisco I. Allí cayó prisionero el rey de Francia, el 24 de febrero de 1525. Llevado a Madrid, consintió en negociar varios territorios de Europa que se hallaban en su poder a cambio de su libertad, pero tan pronto se vio en Francia se alió a Enrique VIII, rey de Inglaterra, y al papa Clemente VIII, lo que produjo nuevas guerras en Italia. Las fuerzas imperiales atacaron Roma, asiento del papa, y la tomaron el 6 de mayo de 1527.

El saqueo de Roma fue un acontecimiento histórico. El papa cayó preso y toda la cristiandad se alarmó. Carlos V pidió rogativas en todas las iglesias de España para que sus soldados pusieran en libertad al Papa. Todavía hay quien se pregunta si en verdad Carlos V era impotente ante sus propios capitanes de armas, si era un prisionero de los acontecimientos o si se presentaba como tal cosa a fin de calmar los ánimos de los alarmados cristianos de sus reinos. Franceses e ingleses respondieron a la toma de Roma invadiendo los territorios de Nápoles y Milán, y sitiando ambas ciudades, que no pudieron conquistar; la guerra siguió dos años más y al fin los imperiales entraron en Florencia el 9 de agosto de 1530, con lo que la guerra terminó con la victoria de Carlos V.

Esa primera etapa de la guerra francoespañola había durado diez años, y se había combatido en Navarra, en Italia y en la Provenza fran-

cesa. Pero también se combatió en el Caribe; o diríamos, con más propiedad, que el Caribe se abrió para la guerra marítima contra España. En el 1528 un corsario francés echó a pique una carabela española frente a Cabo Rojo, en la costa sudoccidental de Puerto Rico, y echó a tierra sus hombres en San Germán, que fue incendiado. El año anterior había estado un barco inglés en la Hispaniola y en San Germán, pero no se trataba de un corsario, aunque Inglaterra era entonces aliada de Francia.

En los países de lengua española hay una abundante literatura, bien amarga por cierto, acerca de los corsarios, los piratas y los filibusteros que operaron en aguas americanas –y sobre todo en las aguas del Caribe– del siglo XVI en adelante. Pero la verdad es que la guerra marítima era sólo un aspecto de las guerras terrestres que tenían lugar en Europa, y si los ejércitos españoles –y franceses, ingleses, italianos o de cualquier nacionalidad– saqueaban sin piedad las ciudades que se rendían, ¿por qué no iban los combatientes de la mar a hacer lo mismo cuando apresaban un barco enemigo o cuando lograban tomar una ciudad americana? Por otra parte, esa guerra marítima que llamamos piratería era habitual en Europa, sobre todo en el Mediterráneo, y fue habitual durante siglos. Los enemigos de España hicieron en América lo que hacían en Europa no sólo ellos mismos, sino también los españoles. Además no todos los barcos que llegaban a aguas de América eran de guerra, o de piratas, si preferimos decirlo así; algunos y quizá muchos eran de negociantes, aunque en ocasiones para hacer negocios sus capitanes tuvieran que amenazar con hacer la guerra. Los verdaderos bandidos del mar iban a aparecer más tarde, en el siglo XVII.

Los corsarios franceses habían empezado a actuar contra España desde antes. En 1523 habían apresado los barcos en que Cortés enviaba a Carlos V los tesoros tomados a Moctezuma. Pero fue en 1528, no se sabe qué día ni qué mes, cuando comenzaron a operar en el Caribe con su asalto a las costas de Puerto Rico. Ese asalto fue el punto de partida de una historia particular que acabaría siendo decisiva en la historia general de la región. Un siglo después ya no serían corsarios audaces los que actuarían en el Caribe; serían fuerzas mayores, lanzadas a ocupar islas en las vecindades del lugar donde se produjo el ataque de 1528, y con la ocupación de esas islas comenzaría una nueva era de violencias en el Caribe.

En realidad, en 1530 hubo una tregua, no una paz, pero esa tregua duró poco, y Carlos V y Francisco I no tardaron en verse envueltos en una reanudación de la guerra. Carlos entró en el sur de Francia mientras Francisco atacaba en Flandes. La paz de Niza, firmada en 1538, produjo una nueva tregua, seguida otra vez por una nueva guerra. Francisco I se alió a Dinamarca, a Suecia y al imperio turco, y sus fuerzas volvieron a atacar Flandes. Ya a esa altura la guerra marítima en aguas americanas era tan seria que España se vio en el caso de proteger su navegación con el uso de naves de guerra, y en 1543 estableció el sistema de las flotas anuales que consistía en demorar un año el viaje de todos los navíos que tenían que surcar el Caribe a fin de que pudieran navegar juntos o en conserva, protegidos por buques armados; es decir, lo que en el lenguaje actual llamamos convoyes protegidos. En julio de ese año fue asaltada Nueva Cádiz –isla de Cubagua– por corsarios franceses que la incendiaron hasta dejar sólo paredes humeantes como recuerdo de su paso. A partir de ese ataque Nueva Cádiz fue abandonada para siempre.

En el año de 1544 se combatía al mismo tiempo en Italia y en el norte de Francia, y en esa ocasión Carlos V estuvo a las puertas de París. Al final esa guerra terminó con la paz de Crepy, firmada el 18 de septiembre de 1544. Pero mientras el emperador y Francisco I combatían, los turcos, establecidos desde hacía tiempo en el oriente europeo –lo que después se llamarían los Balcanes– mantenían el Mediterráneo infestado de piratas y amenazaban Austria y las costas italianas. Túnez había sido tomado por ellos y Carlos V lo había reconquistado en 1535, pero en octubre de 1541 había tenido que retirarse frente a Argel. Esas pequeñas guerras de Carlos V contra los turcos eran en cierta medida el prólogo de una lucha que estaba llamada a culminar en la famosa batalla de Lepanto.

Por último, hacia el 1530 habían comenzado las dificultades de Carlos V en Alemania originadas por la aparición del luteranismo, que iba a ser el caldo de cultivo de numerosas guerras europeas. Las prédicas de Lutero ganaron rápidamente terreno en Alemania y en los países del norte europeo, y Carlos V, católico, pero al mismo tiempo monarca alemán, empezó contemporizando con los luteranos y acabó guerreando contra ellos. Enrique II, que había sucedido a Francisco I en el trono

francés, aprovechó esa ocasión para declararse protector de las libertades alemanas, lo que significaba nuevas guerras entre Francia y los estados de Carlos V. Efectivamente, a poco estaba combatiéndose otra vez en Francia, en Italia y en Flandes.

Carlos V se había casado en 1526 con Isabel de Portugal y en el año siguiente –1527– le nació su hijo Felipe. Este Felipe casó el 25 de julio de 1554 con María Tudor, la hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, que era prima hermana de Felipe. María Tudor pasó a reinar en su país en 1553, a la muerte de Eduardo VI. Al contraer matrimonio con la reina inglesa, Felipe era sólo príncipe heredero de España y de Alemania; pero el mismo día de su casamiento Carlos V renunció en favor de su hijo a las coronas de Nápoles y Sicilia, aunque Felipe no se trasladó a Italia, sino que siguió viviendo en Inglaterra. Estaba allí cuando su padre le traspasó también el gobierno de los Países Bajos en 1555 y cuando renunció a su favor al trono de España, el 16 de enero de 1556.

Felipe gobernó hasta el día de su muerte, ocurrida el 13 de septiembre de 1598, es decir, 42. Guerreó en Europa tanto como su padre, y entreveradas con victorias resonantes, como la de Lepanto, padeció derrotas de alcances incalculables, como la de la Armada Invencible; unió el reino de Portugal a España, pero consumió los bríos de España en la sublevación de los Países Bajos y en la guerra civil francesa.

Los ataques de corsarios franceses a los establecimientos españoles del Caribe eran numerosos antes de que Felipe II pasara a ser rey de España. En marzo de 1555 tres navíos franceses con 150 hombres sorprendieron la villa del Espíritu Santo, en Margarita, la robaron y quemaron, y ese mismo año Jacques de Sores desembarcó 200 hombres en La Habana, la saqueó y la quemó, y estuvo un mes en Santiago de Cuba. Pero la actividad verdaderamente importante de los guerreros del mar enemigos de España se produjo en los días de Felipe II. Fue entonces cuando entraron en el Caribe los ingleses, bajo el mando de John Hawkins, primero, y de Francis Drake y sir Walter Raleigh después, y tras ellos llegaron los holandeses. Pero de esas actividades hablaremos más adelante, puesto que fueron decisivas en la historia del Caribe, esa lejana frontera del imperio español.

Felipe heredó los reinos de su padre, excepto los estados alemanes, pero con ellos heredó también sus enemigos. Algunos de éstos eran

poderosos, como el papa Paulo IV, que lo excomulgó; otros eran más débiles en el momento y serían más fuertes en el porvenir. Las fuerzas de Felipe ganaron en Francia la batalla de San Quintín, librada el 10 de agosto de 1557, y al año siguiente, el 13 de julio de 1558, ganaban la de Gravellinas. La paz francoespañola se firmó, con el tratado de CateauCambresis, el día 3 de abril de 1559, y Felipe, viudo de María Tudor, que había muerto cuatro meses antes, se casó en seguida con la hija del rey francés, Isabel de Valois.

En el año de 1560, asegurada la paz con sus vecinos del norte, España quedaba libre de guerras en Italia, pues Italia había sido sólo el escenario de las luchas de españoles y franceses, y Felipe II no estaba envuelto en los problemas alemanes, ya que los estados alemanes no formaban parte de sus reinos; por todo lo cual el joven rey podía dedicarse a gobernar con cierta tranquilidad sus enormes territorios de España, América, Asia e Italia. Pero sucedía que además de esos enormes territorios, Felipe era el soberano de los Países Bajos (hoy Holanda, Bélgica y Luxemburgo), y esos Países Bajos iban a sublevarse contra el poder español e iban a precipitar cambios decisivos en las estructuras mundiales de ese poder.

El siglo XVI era una época de crisis en el mundo occidental, porque era un siglo de transformaciones en todos los órdenes de la vida social. En ese sentido, el siglo XX iba a parecerse bastante al XVI. Un recorrido por la historia enseña que en esos tiempos críticos los grandes poderes quiebran a la vez por muchos lugares, pues es casi imposible mantener a un mismo tiempo igual nivel de economía, de cultura y de desarrollo político en regiones separadas, y un gran imperio no se sostiene si le falta la unidad fundamental, que se halla en un grado igual de desarrollo. Flandes, España, México, Italia no formaban una unidad en ese sentido.

Felipe II se había retirado a España y había dejado como gobernadora de Flandes a una hija natural de Carlos V, María de Austria, duquesa de Parma. En realidad, Flandes no era un país; eran varios, poblados por pueblos diferentes. Entre esos pueblos, los holandeses se distinguían por su conocimiento de las industrias del mar, la pesca y la conservación del pescado, la construcción de buques y el arte de navegar; los belgas eran famosos por la cantidad de sus telares y la calidad de las telas que producían; otros eran expertos fabricantes de

artículos de hierro y artesanos de pieles y maderas, y todos eran agricultores excelentes; además, los Países Bajos se hallaban entre los pueblos más desarrollados de Europa en las actividades comerciales de la época.

Aunque Felipe era soberano de Flandes –como lo había sido su padre– los territorios flamencos no se gobernaban por las leyes españolas. Los flamencos tenían sus propios cuerpos para darse sus leyes, y por cierto eran varios, y el rey no trataba de mezclar los asuntos de Flandes con los de España. Es más, los flamencos no tenían libertad para comerciar con los territorios de América, y si lo hacían era violando las leyes de España, por lo cual cuando entraron en América para comerciar lo hicieron contrabandeando. Debemos recordar que ya en 1542 los holandeses iban a buscar sal a las salinas de Araya, en la costa venezolana del Caribe, sin que estuvieran autorizados para ello. Digamos de paso que la sal era un producto de mucho uso para ellos, dada la importancia de sus pesquerías y de su comercio de pescado con los países de Europa. Por esos años la marina de pesca y mercante holandesa era la más grande de Europa, y desde luego los holandeses debían sentirse tentados a emplearla en el Caribe aunque les estuviera expresamente prohibido.

Eso mismo debía suceder en Inglaterra, que hacia mediados del siglo XVI comenzaba a competir con los flamencos en las actividades del mar. Ya en 1563 se producía la primera expedición de John Hawkins al Caribe. El gran marino inglés visitó la Hispaniola con ánimo de vender esclavos negros y artículos europeos, y en 1565 hizo su segundo viaje también con iguales intenciones. Después de Hawkins el camino del Caribe quedó abierto para los ingleses, y sin duda los flamencos se preguntarían por qué no se abría también para ellos.

Tenía que haber, pues, un resentimiento holandés contra España, pero las luchas flamencas contra Felipe II no se iniciaron públicamente por razones económicas. El pretexto fue de carácter religioso.

En los países flamencos –es decir, Países Bajos o Provincias Unidas– las prédicas luteranas se extendieron rápidamente, lo que se explica porque esos pueblos tenían mucho contacto con los de Alemania e Inglaterra, y además porque la necesidad de libertades comerciales producía una consecuente necesidad de libertades de otro tipo. Así,

cuando Felipe II se propuso establecer en Flandes los tribunales de la Inquisición, que funcionaban en España y en Italia, un grupo de hombres importantes de Flandes comenzó a organizar la resistencia contra el poder español. Al empezar el año de 1565 la situación era intranquila en Flandes; ese mismo año empezaron los saqueos de iglesias católicas y las sublevaciones en varios puntos. Entre fines de ese año y mediados de 1567 se combatió en unas cuantas ciudades, entre ellas Amsterdam. Pero la situación estaba siendo dominada por los partidarios flamencos de Felipe II sin necesidad de que intervinieran fuerzas españolas. Es más, los partidarios de Felipe II tornaron Amberes y la gobernadora de Flandes, Margarita de Austria, promulgó un edicto por el cual se restauraba en todo Flandes la religión católica y al mismo tiempo escribió a su hermano el rey pidiéndole que no enviara ejércitos de España porque podían provocar más rebeliones.

Pero Felipe II no atendió ese consejo de su hermana y despachó hacia Flandes al duque de Alba con numerosa tropa de españoles e italianos. Esas tropas iban a ser los famosos tercios de Flandes, cuya conducta desordenada y brutal estaba llamada a provocar la sublevación de todos los flamencos.

El duque de Alba llegó a Bruselas el 22 de agosto de 1567. Aterrorizados por ese poder militar, o tal vez en protesta por su presencia en las tierras de Flandes, 100,000 flamencos se fueron a países extranjeros. Eran los luteranos, muchos de ellos comerciantes acaudalados y títulos de nobleza –pues los nobles de Flandes eran también comerciantes o tenían sus caudales empleados en negocios marítimos–, y muchos eran artesanos. La propia gobernadora renunció a su cargo a raíz de la llegada del duque de Alba. Éste no tardó en hacer decapitar a dos nobles flamencos. Uno de ellos, Lamoral de Egmont, había sido diez años antes el vencedor de la batalla de las Gravellinas.

En la primavera de 1568 había comenzado la guerra de Flandes. Ese mismo año se sublevaron los moriscos en España. Tomando ventaja de la situación en que se hallaba España en Europa, los traficantes y corsarios ingleses y franceses recorrían el Caribe impunemente; atacaban ciudades, apresaban barcos o trocaban esclavos negros, telas y artículos de hierro por azúcares, perlas, oro, cuero, maderas. Para dar una muestra de lo que sucedía en el Caribe hablaremos de las actividades

de esos cosarios en uno solo de los territorios españoles de la región, el de Venezuela. En 1563 John Hawkins entró con una flota en Margarita, en Cumaná (22 de marzo), en Borburata, donde estuvo un mes (del 13 de abril al 4 de mayo) y donde se le reunió el francés Jean Bontemps, que andaba por esas aguas en actividades similares a las de Hawkins. En el 1567 corsarios franceses destruyeron un fuerte de la villa de Espíritu Santo, en la isla Margarita; ese mismo año entró en Borburata el corsario inglés John Lowell, y cuando llegó estaba en el puerto Jean Bontemps; los dos corsarios apresaron al teniente alcalde y a dos mercaderes de Nueva Granada y a otros vecinos, y después de muchas negociaciones libertaron a los cautivos y se fueron hacia Río Hacha. Pero además de Lowell y Bontemps, en el 1567 estuvieron en Borburata Jacques de Sores, el de los ataques e incendios de 1555 en Cuba, Pierre de la Barc y Nicolás Valier. Este Valier saqueó y quemó el poblado, profanó la iglesia y estuvo tres meses en el puerto, que usó como base de operaciones para llevar sus actividades a otros puntos de la costa venezolana; a Coro, por ejemplo, que tomó, saqueó y quemó el 12 de septiembre. El gobernador español tuvo que darle a Valier 2,300 pesos para rescatar la ciudad. En abril de 1568 retornó Hawkins a Margarita, donde estuvo nueve días; el 14 de ese mes entraba de nuevo en Borburata, donde estuvo hasta el 1 de junio, y de ahí salió a seguir sus actividades en el Caribe.

Si fuéramos a relatar ahora todo lo que hicieron los corsarios ingleses y franceses en el Caribe en esos años tendríamos que dedicar este capítulo a esa materia. Los pocos datos que acabamos de ofrecer se refieren, como hemos dicho, a un solo territorio y a cuatro años; pero por esa pequeña muestra podemos suponer cómo iban penetrando en el Caribe los poderes europeos mientras España dedicaba su fuerza a luchar en Flandes.

La guerra de Flandes tuvo un respiro hacia 1569, pero la sublevación de los moriscos –llamada la de las Alpujarras, por el lugar donde se reunieron los rebeldes, y llamada también de Aben Humeya por el nombre árabe que tomó su jefe, el morisco don Bernardo de Valor, que fue proclamado rey por los sublevados– duró hasta el 1570.

En ese mismo año se iniciaron de nuevo las rebeliones flamencas, y para mediados de 1573 la situación era sumamente crítica. Se com-

batía en todas partes, y además los famosos tercios de Flandes se sublevaron debido a que en el saqueo de la ciudad de Haarlem, ciudad que habían tomado, hallaron pocas cosas de valor. A causa de ésa y de otras actividades parecidas de los tercios, que eran de hecho indominables, el duque de Alba pidió ser relevado de su posición, y se fue a España a fines de ese año (1573).

Podríamos imaginarnos que después de haber hecho fracasar a su jefe los tercios se arrepentirían de su conducta y tratarían de comportarse con disciplina; pero si lo hicieron fue apenas por un año, porque a fines de 1574 se rebelaron de nuevo y marcharon sobre Amberes, ciudad donde residía el gobernador español. Los tercios se rebelaban porque no se les pagaba a tiempo. Para cobrarse impusieron a la ciudad de Amberes una contribución altísima, y hubo que dársela. Las rebeldías de los tercios acabaron haciéndose una costumbre y la guerra de Flandes se convirtió en una interminable cadena de desmanes, con asaltos a los pueblos indefensos por parte de los tercios, mezclados a sitios y batallas en que se combatía con fiereza sobrehumana –o infrahumana, si se quiere.

En medio de ese estado de anarquía general murió el sucesor del duque de Alba (a principios de 1576), y durante todo ese año fue imposible dominar a los grupos de soldados que asolaban el país. A finales del año se produjo el saqueo de Amberes, un episodio de violencia comparable con el saqueo de Roma de 1527. Miles de ciudadanos de Amberes fueron muertos en esa ocasión. No debe sorprendernos que esa situación provocara un movimiento de unidad entre todos los flamencos, fueran luteranos o católicos, fueran de Brabante o de Malinas, de Holanda o de Luxemburgo. Ante tal estado de cosas los pueblos flamencos debían unirse, y se unieron bajo la jefatura de Guillermo de Orange, a quien llamaban el Taciturno.

España tenía enemigos en Europa, y la unidad de Flandes conduciría necesariamente a la unidad de esos enemigos de España alrededor de los flamencos. Es difícil que Felipe II no se diera cuenta de eso, pero parece que si lo advirtió, alguna fuerza superior –que debía estar en su propia alma– lo obligaba a desafiar esa posibilidad; tal vez se trataba de un reflejo de las enormes dimensiones de los dominios españoles, y quizá en la naturaleza del poder hay una capacidad de re-

flejarse en quien lo ejerce, de donde acaso provenga la ceguera con que los grandes imperios son conducidos a su liquidación.

En el año 1557 las fuerzas que actuaban en Flandes comenzaban a inclinar la balanza contra España. En ese momento Felipe II mandó a Flandes a su hermano natural, don Juan de Austria, vencedor de Lepanto, que era sin duda el hombre adecuado para las circunstancias. Pero don Juan murió en la flor de la, vida, a los 33 años, en octubre de 1578. Meses antes había aconsejado al rey que se deshiciera de los condados de Holanda y Zelanda para conservar los demás territorios flamencos. Don Juan, pues, había visto con claridad que Flandes no podía gobernarse desde Madrid.

En esos años los ataques de franceses e ingleses en el Caribe iban en aumento. Aumentaban no sólo en número, sino también en intensidad y en amplitud. En 1573 Francis Drake se internó por el istmo de Panamá con la intención de apoderarse del oro y de la plata que se enviaba a España desde el Pacífico por la vía PanamáNombre de Dios, y en esa ocasión unió sus fuerzas a las de un francés, el capitán Tetu, para el asalto a la columna que conducía el tesoro, y las unió también a una partida de negros cimarrones, esclavos huidos de sus amos españoles. Habiéndose apoderado del tesoro, Drake repartió con los franceses y dio su parte a los cimarrones; luego se dirigió a Cartagena, donde estaba anclada una flota española, y pasó delante de ella con su gallardete desplegado, en una franca actitud de desafío.

El sucesor de don Juan de Austria fue su sobrino Alejandro Farnesio, hijo de Margarita, la antigua gobernadora de Flandes. El nuevo representante de Felipe II en los Países Bajos prosiguió la guerra al tiempo que el rey organizaba un ejército para entrar a Portugal y hacerse proclamar rey de aquel país. Sucedía que el cardenal Enrique, que había heredado el trono portugués a la muerte del rey Sebastián I –acaecida en agosto de 1578–, era ya anciano y se temía que iba a morir sin dejar el reino a un heredero legítimo, y Felipe II entendía que él era el que más se acercaba en la línea de sucesión. Así, cuando el rey Enrique murió el 31 de enero de 1580 y la corona portuguesa no fue a dar a manos de Felipe, éste organizó tropas y entró en Portugal a mediados de 1580. El 25 de agosto se combatió en Alcántara, que era la llave de Lisboa. Lisboa cayó en manos españolas y de acuerdo con la costum-

bre de la época, la capital portuguesa fue sometida al saqueo y a todas las violencias que acompañaban a esos saqueos.

La integración de Portugal en los estados de Felipe II tuvo consecuencias importantes en Flandes, y más tarde en el Caribe. Para explicar esto hay que recordar que los judíos habían sido expulsados de España por la bisabuela de Felipe, la reina doña Isabel, en el año 1492. Muchos de esos judíos españoles habían huido a Portugal, y Portugal había llegado a establecer, entre el siglo XV y el XVI, un comercio de mucha cuantía con los países de Oriente. De los judíos españoles un número apreciable entró en ese comercio oriental-portugués. Pero ese comercio, que proporcionaba ganancias de millones, no terminaba en Portugal, sino que a través de los flamencos se prolongaba hacía el norte de Europa. Los flamencos acabaron monopolizando el tráfico de los productos orientales que se hacía entre Portugal y los países del norte, y en esa actividad se relacionaron con los judíos de Portugal. Cuando las fuerzas de Felipe II entraron en Lisboa, los judíos se sintieron amenazados y los que pudieron salir del país lo hicieron; de ellos, los que tenían conexiones comerciales con los flamencos se fueron a Flandes; y eso es lo que explica que en ciudades como Amsterdam hubiera, a fines del siglo XVI y a principios del XVII, comunidades judías importantes en las que casi todos los miembros tenían nombres hispanoportugueses o totalmente españoles. Años más tarde, cuando los holandeses ocuparon parte del Brasil y algunas islas antillanas, muchos judíos aportaron capitales para la explotación de esas tierras, y fueron judíos los que poblaron Curazao cuando Holanda la tomó en el 1634. Desde Curazao, numerosas familias judías se trasladaron, andando el tiempo, a varios países del Caribe, y muchos nombres ilustres en la historia de esos países son descendientes de esos judíos que huyeron de Portugal.

Por otra parte los judíos españoles expulsados en 1492 no perdonaron esa expulsión y al mismo tiempo se sintieron siempre españoles y transmitieron a sus hijos y a sus nietos ese sentimiento a través de la lengua española, que conservaron en el seno familiar. Todavía en pleno siglo XX, a más de cuatro siglos y medio de la expulsión, centenares de miles de judíos hablan esa lengua española del siglo XV, y en el año 1956 el autor de este libro compró en TelAviv periódicos impresos en

esa lengua, aunque la ortografía no era española; además de los periódicos se tiraban revistas literarias para los judíos que hablaban la lengua de la España de 1492.

Los judíos hispanoportugueses que huyeron de Portugal a la llegada de Felipe II contribuyeron con todo lo que pudieron a la independencia de Flandes, y podían mucho porque tenían dinero e influencias esparcidas por toda Europa, lo mismo en las cortes que en los círculos de los grandes comerciantes y los poderosos banqueros. Colocados en una situación que era para ellos de vida o muerte, tenían que ayudar a la libertad de Flandes porque necesitaban un lugar seguro en la tierra, un sitio donde vivieran sin temor a la persecución. Si los flamencos luchaban para impedir que la Inquisición quedara establecida en su país, los judíos debían ayudarlos, y lo hicieron.

Es difícil decir ahora hasta qué grado esos judíos influyeron para que Inglaterra y Francia ayudaran a su vez a los flamencos, pero se sabe que influyeron. Por lo demás, estaba en el interés de Inglaterra y de Francia, dos países amenazados por el poder de Felipe II, contribuir a la derrota del rey español. Es el caso que al cabo del tiempo los judíos de origen español jugaron un papel importante en la decadencia de España, pues con su expulsión de 1492 España perdió una masa de hombres capaces y la oportunidad de convertirse a tiempo en un país capitalista, preparado para organizar el imperio que iba a descubrir y conquistar poco después; y además al producirse la integración de Portugal y España en 1580 usaron el poder económico que tenían y sus relaciones comerciales para ayudar a los que lucharon contra España. Evidentemente, la política de persecuciones y atropellos ha tenido siempre malos frutos.

Desde luego, a los ingleses no había que incitarlos para que atacaran España, pues en realidad no habían dejado de hacerlo desde la coronación de Isabel I, cuando se inició el retorno a la iglesia oficial inglesa. Pero hasta más o menos 1570 la hostilidad de los ingleses se manifestaba de manera indirecta, a través de esfuerzos para comerciar con las Indias y de ataques a la navegación española. Al principio esos ataques se producían mayormente en las islas Canarias o en sus cercanías, después fueron tomando cuerpo en el Caribe hasta culminar en los de Drake a la columna que conducía el tesoro de Panamá a Nombre de Dios. Pero

a la altura de la caída de Amberes en manos de los tercios de Felipe II (27 de agosto de 1585), los ingleses habían resuelto ya que el poder contra el que ellos debían luchar era España, pues en los vastos territorios españoles, esparcidos en cuatro continentes, había más posibilidades de enriquecimiento que en los de otros países. No hay documentos que prueben lo que acabamos de decir, pero los hechos hablan por las intenciones.

Justamente en esos años Inglaterra estaba pasando a figurar entre los contados países ricos de Europa –que entonces quería decir el mundo–, y la guerra de Flandes estaba contribuyendo a ese tránsito inglés hacia la riqueza. La ya larga guerra de los flamencos contra los españoles había dejado importantes vacíos en la organización económica de la época. Muchos mercados que habían sido abastecidos por los flamencos reclamaban que otro abastecedor ocupara el lugar que los productores y los comerciantes de Flandes habían tenido que abandonar a causa de la guerra; y los buques flamencos estaban siendo sustituidos por buques ingleses y franceses. Las industrias inglesas se expandían; los comerciantes ingleses llevaban tanto dinero a las cajas de las islas británicas que sobraba capital para invertir en negocios productivos y hasta de aventura, como eran los viajes corsarios al Caribe; y la reina Isabel, que se hacía cargo del importante papel jugado por esos grandes comerciantes de su país, los premiaba y estimulaba concediéndoles títulos de nobleza. Las empresas de aventura, como los viajes de Hawkins y Drake al Caribe, llegaron a ser tan importantes como expresión de la actitud de expansión económica del país, que la misma reina contribuía a ellas con sus barcos a cambio de un tanto por ciento en los beneficios; y si la reina lo hacía, podemos imaginarnos qué no harían los grandes señores de su corte y de la economía inglesa.

Inglaterra, pues, estaba convirtiéndose en un poder ascendente al tiempo que España comenzaba a ser un poder en decadencia. Inglaterra se daba cuenta de que estaba acumulando en sus entrañas de nación la sustancia de un imperio; capitales en manos de banqueros y comerciantes que se arriesgaban para aumentarlos; marina que crecía en número y tonelaje y capitanes de mar cada vez más osados y capaces, y una industria artesanal en rápida expansión. Además de todo eso, Inglaterra se consideraba la campeona del protestantismo, que era

a su juicio la única religión verdaderamente cristiana, y España era la campeona del catolicismo, y el catolicismo era en la opinión de los ingleses la suma de la maldad y del anticristianismo. El choque de Inglaterra contra España era, pues, inevitable; estaba cada día más cercano, y los hombres que dirigían a Inglaterra a la sombra de la reina Isabel decidieron que había llegado el momento de actuar.

Lo que podríamos considerar la declaración inglesa de beligerancia fueron los ataques de la escuadra de sir Francis Drake a puertos de España y de Canarias, que tuvieron un sello inconfundible de desafío. A esos ataques siguieron poco después los que llevó a cabo en el Caribe, más importante desde el punto de vista militar aunque no como actos de política internacional.

Ya Drake era un personaje en Inglaterra, héroe nacional después de haber circunnavegado el mundo, almirante real, y por tanto alto funcionario de la marina de su país. A esa altura, Drake no podía alegar que actuaba por su cuenta. Los actos del gran marino eran actos oficiales del gobierno inglés. En la literatura histórica de los países de lengua española se le llama despectivamente "el pirata Drake", aunque nunca fue un pirata; y en 1585, cuando atacó directamente el territorio de España, estaba lejos de ser un lobo solitario que actuaba por su cuenta. En ese momento sir Francis Drake era el servidor, y de gran categoría por cierto, de un plan político de su país. Los ataques de Drake a la costa de Galicia y al puerto de Santa Cruz de la Palma, efectuados en octubre y noviembre de 1585, eran la respuesta inglesa a la caída de Amberes.

Quizá los historiadores de lengua española en España y en América no lo han entendido así, pero Felipe II comprendió el mensaje que se le enviaba desde Inglaterra con los buques de Drake, y lo comprendió tanto que se dispuso a ser él quien diera el golpe decisivo en una lucha que ya se presentaba sin tapujos. Por eso el rey comenzó al año siguiente (1586) a organizar el ataque a Inglaterra. Al empezar ese año de 1586 –el día 10 de enero– Drake se presentó con una flota en aguas de la Española, cerca de la capital –la ciudad de Santo Domingo–, echó a tierra una columna de 600 hombres que tomó fácilmente la ciudad y la retuvo durante un mes; de Santo Domingo el osado almirante se dirigió a Cartagena de Indias, que cayó en sus manos el 20 de febrero, y estuvo allí hasta el 11 de abril; luego se dirigió a La Ha-

bana, en la que no entró porque la toma de La Habana no figuraba en su plan, que consistía en esperar el paso de la flota del tesoro para apresarla.

Si Felipe II dudaba acerca de las intenciones de Inglaterra después del ataque de Drake al territorio de España, no podía seguir dudando después de la toma de Santo Domingo y de Cartagena de Indias. Tal vez a esa fecha ya tenía una idea de cómo debía responder a los ingleses, pues sin una idea por lo menos aproximada de lo que iba a hacer no hubiera podido presentar un plan al papa Sixto V, lo que hizo a través de su embajador en Roma.

Sixto V acababa de ascender al solio de su santidad cuando conoció los proyectos del rey español, que sin duda se relacionaban con los que tenía el papado sobre Francia y Escocia. Felipe había solicitado del papa ayuda económica y política. El 8 de febrero de 1597 fue decapitada en Londres María Estuardo, la reina católica de Escocia a quien Isabel tenía en prisión, y esa muerte, que significaba un tropiezo en los planes de la Iglesia, lanzaba al papa y al rey español a una solidaridad activa y rápida. El 14 de marzo Sixto V le enviaba a Felipe un millón, probablemente de ducados, porque el presupuesto para el ataque a Inglaterra era de 3'800,000 ducados; y le enviaba además un documento firmado en el cual el papa se comprometía a mandarle más dinero y a reconocer como futura reina de Inglaterra a la hija de Felipe, la infanta Isabel Clara Eugenia. Como se ve, los planes de Felipe eran tan detallados que incluían hasta la persona seleccionada para reinar en Inglaterra una vez que ésta cayera en manos españolas.

Al llegar a este punto habría que preguntarse de qué se alimentaba la ambición de poder de Felipe II. Tenía bajo su mando territorios enormes y quería más. Si hubiera dedicado a los de América los esfuerzos que destinaba a los de Europa o a conquistar nuevos reinos europeos, su imperio hubiera sido de riqueza fabulosa y de fuerza extraordinaria sin necesidad de añadirle más países. Sin embargo, ese rey a quien la historia llama el Prudente prefería gastar las energías de todos sus territorios en conservar Flandes y en organizar una empresa militar para añadir a sus reinos el de Portugal, y todavía soñaba con poner la corona de Inglaterra en las sienes de su hija. Se alega que Felipe no luchaba por más tierras sino para extender la fe católica; pero el obser-

vador toma nota de que Portugal era un país católico, y por cierto no había peligro de que dejara de serlo, de manera que no hacía falta que Felipe lo gobernara para convertirlo a su religión o para impedir que se pasara a la de los enemigos de la Iglesia. Sin duda el rey era un católico apasionado y sincero, pero además de ese sentimiento, la necesidad de extender sus dominios era casi una obsesión para él. Hombre solitario en medio de todos los que lo rodeaban, el mundo no le ofrecía placeres y el único alimento de su alma era el poder. Sabía que ese poder duraría el tiempo de su vida, y nada más, puesto que él mismo había dicho que Dios, que le había dado tantos reinos, no le había dado un hijo capaz de gobernarlos; pero la razón de ser de su existencia era aumentar esos reinos.

Felipe organizaba meticulosamente su ataque a Inglaterra. Los ingleses estaban enterados de su plan porque en aquellos tiempos el espionaje internacional era muy activo. Quizá las acciones de Drake en el Caribe obedecían al propósito de evitar que los fondos dé América llegaran a manos de Felipe; esos fondos iban sin duda a servir para el ataque español, y tal vez los ingleses –que no conocieron la ayuda de Sixto V a Felipe II– creían que si lograban que no llegaran a España, evitarían, o por lo menos pospondrían, la acción española contra ellos. Como Drake no consiguió asaltar la flota de la plata, se le envió a España para que a través de una acción de gran envergadura obstaculizara el plan de Felipe II. Drake había llegado a Inglaterra, de su viaje por el Caribe, a fines de julio de 1586, y en abril de 1587 estaba entrando en la bahía de Cádiz.

En ese ataque sorprendente, uno de los más audaces en la historia de las guerras navales, el almirante inglés apresó varios buques en pleno puerto de Cádiz y los despojó de todo lo que halló en ellos que tuviera algún valor; después les pegó fuego y salió de la bahía sin perder un hombre. De Cádiz se fue a Lagos, en Portugal, en cuyas cercanías desembarcó tropas; de Lagos se dirigió a Sagres, donde inutilizó un fuerte y apresó varios barcos, y entró por el Tajo hasta situarse a la vista de Lisboa; retornó a Sagres, apresó más buques, atacó y destruyó varios pueblos vecinos y se fue a las Azores, donde tomó un galeón que iba hacia Lisboa cargado de oro y especias. Era indudable que este se-

gundo viaje de Drake a las costas de España tenía un sentido claro y concreto: Isabel I estaba en guerra con Felipe II.

Felipe había terminado sus preparativos, y el 9 de mayo de 1588 salía hacia las costas inglesas del Canal de la Mancha la Armada Invencible, la más grande que se había reunido hasta entonces. Esa flota llevaba 46,000 hombres y 1,200 piezas de artillería. La Invencible estaría apoyada desde las costas de Flandes, que llegaban mucho más al oeste de lo que es hoy Bélgica, y Alejandro Farnesio estaba listo para jugar su papel en los planes de ataque de la gran armada.

Pero el plan, meticulosamente preparado, no contaba con los elementos, y los elementos se pronunciaron contra Felipe. El mal tiempo hizo regresar la flota a Lisboa; la hizo refugiarse más tarde en La Coruña y en Gijón; la obligó a dispersarse varias veces. Y así, la Invencible, que había salido de Lisboa el 9 de mayo, vino a llegar al Canal de La Mancha el 31 de julio. Diez días después, el 10 de agosto, esa enorme máquina de guerra estaba deshecha. Aunque hubo algunos combates, éstos fueron esporádicos y mínimos si se les relacionaba con el tamaño de la fuerza atacante. La Invencible resultó vencida por la naturaleza; el mal tiempo la dispersó y destruyó muchas de sus unidades, y en ataques a grupos aislados y de retaguardia los ingleses completaron la destrucción de las que habían quedado en las vecindades de sus costas.

Sir Francis Drake participó en esos ataques y bajo sus órdenes puso la reina Isabel una flota de 120 velas que en abril de 1589 respondió al ataque de la Invencible con otro al territorio español. Desde luego, el propósito inglés era humillar, no conquistar, pues Drake llevó en esa expedición sólo unos 8,000 hombres, y con ellos no podía presumir que era más fuerte que los españoles.

En esa ocasión el almirante inglés bombardeó el puerto de La Coruña y desembarcó alguna gente que procedió a saquear el lugar; después se dirigió a Lisboa, donde desembarcó el grueso de sus hombres mientras él se situaba en Cascaes. También Lisboa fue atacada y sus alrededores fueron sometidos a saqueo, pero la ciudad no fue tomada. Por último, de retirada hacia Inglaterra, los ingleses hicieron en Vigo lo que habían hecho en La Coruña y en Lisboa.

Pero la respuesta verdadera a la Invencible la dieron los ingleses en el Caribe. Los preparativos españoles habían requerido que todo buque se usara para el ataque a Inglaterra, de manera que en 1588 las líneas marítimas de España estaban desguarnecidas. Los corsarios ingleses hicieron entonces su agosto, al extremo de que en el año siguiente se temió que asaltaran la flota anual, y ésta no salió. Los buques de la flota anual de ese año se concentraron en La Habana y tuvieron que esperar allí al año siguiente, que era el de 1590. En ese año de 1590, los ingleses merodeaban impunemente por las aguas de La Habana. En el 1591 el capitán Cristóbal Newport tomó y saqueó Ocoa y Yaguana en la Española y Trujillo en Honduras, y apresó numerosos barcos españoles; al año siguiente el capitán King apresó varios barcos, uno de ellos cargado de esclavos. El 22 de marzo de 1595 sir Walter Raleigh tomó San José de Oruña en Trinidad, la incendió, se llevó preso al gobernador y proclamó la isla propiedad de la reina Isabel; inmediatamente después atacó Cumaná, Río Hacha y Santa Marta. Al mismo tiempo Amyas Preston apresaba barcos, saqueó la isla de Coche, Cumaná, Caracas y Coro, y quemó las dos últimas. Ese mismo año de 1595 llegaron al Caribe, juntos por segunda y última vez, John Hawkins y Francis Drake, los mayores marinos ingleses del siglo XVI.

En la expedición, de 27 buques, iban soldados al mando de sir Thomas Baskerville; la flota estaba al mando conjunto de Hawkins y Drake. El primer ataque fue lanzado en octubre sobre las Palmas de Gran Canaria, pero los ingleses no pudieron desembarcar hombres. El 13 de noviembre la flota estaba frente a San Juan de Puerto Rico; el día 22 moría, a bordo del Garland, John Hawkins, que había enfermado unas semanas antes; el día 23 se inició el combate con un fuerte bombardeo de parte de los españoles, y el día 25 desaparecían en el horizonte los buques ingleses.

El día 9 de diciembre, Drake tomó Curazao, la saqueó e incendió; lo mismo hizo en Santa Marta poco después; pasó frente a Cartagena, siguió a Nombre de Dios y se internó por la ruta de Panamá, con ánimos de tomarla. Pero Baskerville, que iba por tierra, fue vencido en la loma de Capirilla, y Drake, que llevaba una ruta paralela por el río Chagres, tuvo que acudir en socorro de su general y esto hizo fracasar el ataque a Panamá. Antes de retirarse, Drake ordenó que se quemara

Nombre de Dios. Al salir de allí, frente a Portobelo, el audaz marino murió en su nave. Baskerville tomó el mando de la expedición, sepultó en el mar a su almirante, tomó Portobelo y lo incendió.

Entre fines de 1596 y principios de 1597, sir Anthony Shirley tomó Margarita, apresó varios barcos, saqueó Santa Marta y tomó Santiago de La Vega, en Jamaica, y estuvo allí más de un mes. Allí se le unió el capitán Parker, que llegaba de Margarita, y ya juntos atacaron Trujillo y tomaron Puerto Caballos en Honduras. Al llegar aquí, se pregunta por qué cuando Felipe II atacaba a Inglaterra tenían que pagar por el ataque los pobladores de San Juan de Puerto Rico, de Curazao, Nombre de Dios, Portobelo, y Cumaná y Caracas y Margarita y Puerto Caballos, pobres gentes que eran en su mayoría mestizos de españoles, indios, negros esclavos y mulatos despreciados. Y la respuesta es que ellos, para su mal, eran pobladores de una frontera imperial.

Felipe II, que tenía bastante en qué ocuparse con la rebelión flamenca y los ataques ingleses a sus posesiones americanas, se hallaba también envuelto en la guerra civil francesa, que se presentaba como una guerra de católicos contra hugonotes –protestantes calvinistas– y que llevaba años ensangrentando el suelo de Francia. El monarca español tomó partido –desde luego– por la facción católica, cuyo jefe era Enrique de Guisa. Este Enrique de Guisa fue asesinado en diciembre de 1588 por órdenes del caudillo hugonote, Enrique III, y en agosto de 1589 Enrique III caía asesinado a su vez. Con su sucesor, Enrique IV, que sería el abuelo de Luis XIV, comenzaba el largo reinado de los Borbones de Francia, y uno de sus descendientes sería el primer Borbón de España. Enrique IV iba a gobernar hasta 1610 y en sus años comenzaría a producirse en Francia una evolución parecida a la de Inglaterra bajo Isabel I. Una consecuencia de esa evolución sería la expansión del poder francés hacia el Caribe. Como veremos pronto, franceses e ingleses comenzaron a conquistar tierras del Caribe al mismo tiempo –y en una misma isla– y aunque el poder inglés se extendió más que el de Francia, el de ésta produjo en el Caribe acontecimientos de gran categoría histórica.

Antes de que pudiera conquistar París, que se hallaba en manos de la Liga Católica, Enrique IV tuvo que guerrear contra sus enemigos, que recibían ayuda del ejército español de Flandes. El jefe de ese ejército,

Alejandro Farnesio, logró burlar el sitio de París y entrar en la capital francesa en el 1590, pero ese hecho era la prueba contundente de que el rey de España había extendido la guerra de Flandes a Francia, lo que determinaba, lógicamente, una alianza entre las fuerzas de Enrique IV y las de Mauricio de Nassau, que a la muerte de Guillermo de Orange había pasado a ser el caudillo de los pueblos de Flandes. En esa alianza los flamencos aportaban su fuerza naval, que era muy grande, y los franceses sus ejércitos de tierra.

Desde cualquier punto de vista, ampliar el frente enemigo era una locura insigne, pero el rey prudente cometió esa locura, y a causa de ella, Alejandro Farnesio, que era un gran capitán, tenia que combatir al mismo tiempo en Flandes y en Francia; es decir, en un vasto territorio con una costa larguísima a través de la cual sus enemigos recibían ayuda inglesa sin que él pudiera evitarlo. Agotado por una actividad sobrehumana, y forzado a viajar a Francia mientras convalecía de una herida, Alejandro Farnesio murió al comenzar el mes de diciembre de 1592. En ese momento, Flandes estaba prácticamente perdida para España.

Pero en ese momento, aunque parezca increíble, Felipe estaba exigiendo que los católicos de París aceptaran como reina de Francia a su hija Isabel Clara Eugenia, la misma infanta que había destinado a ser reina de Inglaterra cuando organizaba la Armada Invencible. Ese plan de Felipe requería apoyo militar dentro de París, y para tener ese apoyo el rey insistía en que los tercios de Flandes entraran en la capital de Francia. Los magnates de la Liga Católica, reunidos en el palacio del Louvre, discutían la proposición del Rey español, con lo cual el plan de Felipe se hizo público, y el resultado fue que se produjo entre los propios católicos franceses una reacción en favor de su enemigo, Enrique IV. Esa reacción decidió el curso de la guerra; y como al mismo tiempo Enrique avanzó hacia los católicos haciendo abandono de sus ideas de protestante –con la frase un tanto cínica, que pronto rodó por todo el mundo, de "París bien vale una misa"– la política europea de Felipe II terminó con un fracaso de grandes proporciones: quedaba a un tiempo sin aliados en Francia y con Flandes perdida de hecho.

Todavía se combatió en Flandes algunos años más y se combatió también en Francia, pero España no tenía ya poder para enfrentarse con esperanzas de victoria a flamencos y franceses; mucho menos

cuando Francia e Inglaterra se aliaron, a mediados de 1596, para echar definitivamente a los españoles de Europa. El 13 de agosto de ese año, una flota inglesa entró en Cádiz, desembarcó tropas en la ciudad –cosa que no había hecho Drake– y causó daños de cuantía asombrosa. Dos años después, otra flota haría lo mismo en Lisboa.

Felipe II veía acercarse su última hora con la sensación de que sus enemigos eran más fuertes que él, y negoció con el rey de Francia la paz de Vervins. El tratado relativo a esa paz tenía una cláusula secreta que fue el punto de partida para una era de espanto en el Caribe. De acuerdo con esa cláusula, franceses y españoles quedaban autorizados para hacerse la guerra marítima sin restricciones, y sin que cayeran en penalidades, al este del meridiano de las Azores y al sur del trópico de Cáncer; es decir, en las aguas de la América española, y las aguas de la América española apropiadas para ese tipo de guerra estaban en el Caribe. Esa autorización desató los demonios del mar en el Caribe, y pocos años después de la paz de Vervins la piratería francesa iniciaba lo que sería más de un siglo de depredaciones; tras ella llegaron piratas de otros países, y el mar de las Antillas quedó convertido en el hogar del saqueo, la depravación y la muerte.

En la paz de Vervins se acordó que Francia y España retornaran a los términos del tratado de CateauCambresis, lo que significaba que ambas naciones debían devolverse los territorios que hubieran cambiado de manos desde el 3 de abril de 1559. Las devoluciones se hicieron el 2 de mayo de 1598. Nada puede poner mejor de manifiesto la inutilidad de tantas guerras como una comparación entre esas dos fechas. Durante 39 años se había combatido para nada.

El 6 de mayo de 1598 Felipe II renunciaba a sus territorios de los Países Bajos y Borgoña. Los cedía como dote matrimonial a su hija Isabel Clara Eugenia, para quien había querido las coronas de Inglaterra y de Francia. Cuatro meses y siete días después, el 13 de septiembre, moría en su enorme, majestuoso y frío palacio de El Escorial, que había mandado construir para conmemorar la victoria de sus ejércitos en la batalla de San Quintín.

Capítulo VIII

Contrabandistas, bucaneros y filibusteros

Poca gente se hace idea de la relación de causa a efecto que tuvieron en el Caribe el contrabando, el bucanerismo y el filibusterismo. Pero es el caso que tuvieron una relación estrechísima, al punto que podríamos decir, sin caer en exageraciones, que la sociedad bucanera y la sociedad filibustera no hubieran existido sin la previa existencia del contrabando.

¿Cómo sucedió esto? ¿Qué fueron en verdad la sociedad bucanera y la filibustera, y qué papel tuvieron en su aparición las luchas de los poderes imperiales por el dominio del Caribe?

Pero no podemos hallar las respuestas a esas preguntas sin hacer un largo recorrido que nos llevará a puntos inesperados, porque a menudo son inesperados y ocultos los caminos que toma la historia para ir produciendo cambios. Empecemos por el contrabando.

En la historia del contrabando del Caribe podemos distinguir dos tipos: el forzado y el libre. Se conocen datos de cómo se hacía y de cuándo, más o menos, comenzó a hacerse el primero. El contrabando forzado se les imponía a las autoridades y a los habitantes de la región bajo amenaza de ataques y saqueos si no accedían a comprar lo que llevaban los mercaderes del mar y a venderles lo que ellos querían. Los mejores detalles sobre este tipo de contrabando pueden encontrarse leyendo libros sobre sir John Hawkins, que usó hábilmente amenazas y dádivas desde su primer viaje a Borburata, en abril de 1565.

Pero el contrabando que más se extendió por el Caribe fue el que podríamos llamar libre. Éste se hacía con la participación activa –no pasiva, como el forzado– de casi toda la población, desde dueños de

hatos a peones, a menudo con participación también de las autoridades y en algunos casos contra su voluntad, sin que pudieran hacer nada para evitarlo porque los pueblos se les sublevaban.

No sabemos cuándo comenzó el segundo tipo de contrabando. De un memorial enviado a Felipe II por Jerónimo de Torres, escribano real de la Yaguana –isla Española– podemos deducir que en Puerto Rico, la Española, Cuba y Jamaica estaba ya organizado en 1577.

Los dos tipos de contrabando tuvieron su origen en la necesidad que tenían los pueblos del Caribe de vender lo que producían y comprar lo que les hacía falta. España monopolizaba el comercio de América, pero España no disponía de medios para mantener ese monopolio a la altura de las necesidades suyas y de sus provincias americanas.

El Caribe –como toda la América española– sólo podía comerciar con España, y España no podía suplirlo de los artículos manufacturados que necesitaba y, lo que es peor, ni siquiera podía adquirir todo lo que el Caribe producía. Por otra parte, esa misma producción tenía que sujetarse a las órdenes del monopolio; y así, el Caribe podía producir únicamente ganado, tabaco, azúcar, metales, maderas y los renglones agrícolas que él mismo consumía. No hay constancia de que en los territorios del Caribe se tejiera un metro de tela, se hiciera un pedazo de jabón, se fabricara una plana de albañil o un machete para las labores del campo. El papel de la región, en el orden económico, era proporcionarle a España algunos metales, pieles de res, sebo, madera, tabaco y azúcar. Pero el Caribe necesitaba jabón, telas, vinos, aceite, instrumentos de labranza y trabajo, y España no podía servirlos, por lo menos en la cantidad que hacía falta.

En el año de 1545 América pasaba por una escasez tan grande de artículos de consumo que el total de mercancías pedidas por los comerciantes americanos no podía ser servido en menos de siete años. Como debemos suponer, al Caribe le tocaba su parte proporcional en esa falta de productos. La escasez, desde luego, hacía subir los precios a niveles escandalosos, y si se presentaba un buque francés, inglés, holandés o portugués con mercancías a buenos precios, los habitantes de América trataban con él. Al principio había miedo de violar las disposiciones reales y entonces operó el contrabando forzado pero después se impuso la ley de la necesidad, y los pueblos comerciaban con los

contrabandistas exponiéndose a lo que pudiera sucederles. En pocas palabras, las burguesías holandesas, inglesas y francesas se apoyaban en los mismos pueblos españoles del Caribe para llevar a cabo su lucha contra el monopolio estatal de España. Comenzaron destruyendo el miedo de esos pueblos y de las autoridades al poder español usando toda suerte de amenazas, pero una vez disipado el miedo actuaron protegidos por la superioridad de su producción de bienes de consumo, por sus mejores condiciones comerciales y por la necesidad de los que negociaban con ellos.

El contrabando se hacía en muchos sitios del Caribe. Guanahibes, que se hallaba en el oeste de la Española, acabó siendo una feria libre del comercio de contrabando en el siglo XVI; pero Matina, en Costa Rica, lo fue en el XVII y en el XVIII. Los vecinos de Yaguana, cerca de Guanahibes, en la Española, amenazaban a las autoridades que pretendían impedir el contrabando, y lo mismo hacían los vecinos de Cartago en Costa Rica, que comerciaban con los contrabandistas en Matina. Esa similitud en la conducta se explica porque era igual reacción ante un mismo fenómeno social; los mismos efectos de una misma causa: la necesidad en que se hallaban los pobladores de la Española y de Costa Rica de vender lo que producían y adquirir lo que les hacía falta.

Ahora bien, fue en la Española, y no en Costa Rica o en otro punto del Caribe, donde tuvieron su asiento las sociedades bucanera y filibustera; por eso vamos a referirnos al contrabando en la Española y no en otro lugar.

Según informaba Torres en su memorial, en Guanahibes se reunían los pobladores de toda la parte occidental de la Española que traficaban con los contrabandistas. Cuando un buque contrabandista llegaba frente a la Yaguana, hacía algunos disparos, que servían de señal a los que vivían a muchas leguas de la costa, pues la noticia de la llegada del navío extranjero iba pasando de los más cercanos a los más lejanos, e inmediatamente comenzaban los pobladores a desfilar hacia Guanahibes con sus cueros de res, con su sebo, con maderas y tabaco, algunos a pie, otros a caballo y en carretas, otros en canoas y piraguas. Los cueros eran el renglón más solicitado por los contrabandistas holandeses, lo que se explica porque el cuero se había convertido en materia prima de muchas industrias europeas.

Ese contrabando de la Española tomó carta de naturaleza, a tal punto que algunos años después del memorial de Jerónimo de Torres había en varios puntos de la costa occidental construcciones que servían de almacenes para los productos que se intercambiaban los habitantes de la isla y los contrabandistas.

En marzo de 1594 el arzobispo de Santo Domingo informaba a Felipe II que el contrabando había borrado todas las diferencias religiosas. Y efectivamente era así, porque ya a esa altura –finales del siglo XVI– el contrabando era ejercido por franceses y portugueses, que eran católicos, por holandeses e ingleses, que eran protestantes, y desde luego por los católicos habitantes de la Española, y todos trataban amistosamente, sin tomar en cuenta las posiciones religiosas. Unos y otros se ponían de acuerdo para enfrentarse a cuanto podía perjudicar su negocio. Se conocen casos de funcionarios que se escondían de noche en los bosques para que los contrabandistas y los vecinos de la isla no los apresaran; se conoce el caso de un vecino de la Yaguana que arrebató de manos de un escribano real una proclamación contra el trueque ilícito que el funcionario estaba leyendo al vecindario; el vecino no sólo se la arrebató, sino que además la rompió en su cara, hecho inconcebible en un territorio español. Un oidor de la Audiencia de Santo Domingo, cargo de categoría tan alta que convertía a quien lo desempeñaba en un personaje casi sagrado, tuvo que huir mientras los contrabandistas lo perseguían a tiros, y el escribano que lo acompañaba para dar fe de sus actos estuvo preso de los contrabandistas, en las bodegas de un navío, más de dos meses. Desde el punto de vista del gobierno español, campeón del catolicismo, lo más escandaloso fue que a fines de 1599 y principios de 1600, el deán de la catedral de Santo Domingo recogió entre los habitantes del oeste unas 300 biblias luteranas.

Esto no podía sufrirlo el gobierno de Madrid y decidió tomar cartas en el asunto. Ahora bien, de las medidas que se le habían propuesto a Felipe II para terminar con el contrabando en la Española, su hijo Felipe III adoptó la más peregrina: toda la parte occidental de la Española debía ser abandonada, y sus pobladores, con los ganados, los esclavos, las bestias de silla y carga que tuvieran, serían llevados a la región oriental.

En la lucha de las burguesías europeas y el monopolio español representado por la Casa de la Contratación, el monopolio estatal de

España había quedado mal parado, puesto que para mantener su control sobre una porción de la isla, hubo que abandonar otra. Pronto vamos a ver cuáles fueron las consecuencias de ese paso, las más funestas que podían darse para España y para los pueblos del Caribe.

La reacción de los países que se beneficiaban del contrabando fue inmediata. El 30 de enero de 1605, Paulus van Caerden, general de una armada holandesa que se hallaba en Guanahibes, presentó oficialmente al gobernador y a las demás autoridades de la Española, en nombre de Mauricio de Nassau y los Estados Generales de las Provincias Belgas, una proclama que fue leída con toda solemnidad al pueblo de Yaguana. En esa proclama se ofrecía el respaldo de los Países Bajos a los habitantes de las villas y los asientos que iban a ser despoblados para que se opusieran con violencia a las despoblaciones. Debemos decir que el comercio que hacían los Países Bajos en la Española por la vía del contrabando alcanzaba en ese momento a unos 800,000 florines por año, suma enorme en la época, y los flamencos, desde luego, no querían perder un comercio tan cuantioso. Efectivamente, los que vivían en la región devastada se prepararon para la rebelión y en varios lugares hubo resistencia a las despoblaciones, aunque el gobernador español tenía mano dura y no se detuvo ante medida alguna. Pero la ayuda flamenca no llegó. De haber llegado, la lucha hubiera sido seria.

Ya a mediados de 1606 un tercio de la Española estaba abandonado. Ahora bien, por mucho empeño que pusiera el gobernador en llevarse el ganado del oeste hacia el este, fue imposible reunir el que vagaba por los bosques en estado silvestre, y así sucedió que algunos millares de reses y de cerdos se quedaron en esos bosques, ricos de aguas y de pastos naturales. Por alguna razón no se presentaron enfermedades que aniquilaran ese ganado ni hubo sequías que lo obligaran a irse de allí.

Pasados 20 años, cuando ya en la región occidental no había más seres humanos que unos cuantos negros cimarrones; los valles, las sabanas y las laderas de las montañas de esa parte de la isla estaban materialmente llenos de ganado de pelo y de cerda. Hasta los perros salvajes abundaban, descendientes de los que 20 años atrás usaban los hateros de la región para perseguir las reses.

Y sucedía que en ese momento –esto es, hacia 1624– llegaba a su culminación un proceso de cambio de actitud de los nacientes impe-

rios de Europa en relación con el Caribe. Hasta finales del siglo anterior esos imperios nacientes se habían dedicado únicamente a asaltar los navíos que llevaban riquezas a España, a golpear los establecimientos de la costa del Caribe y a sustraer mediante el contrabando las riquezas que España monopolizaba. Aquí conviene recordar que si España mantenía el monopolio de esas riquezas era porque no había logrado desarrollar una burguesía. Una burguesía española hubiera sacado mucho más provecho, transformando en bienes de consumo las riquezas americanas y vendiéndolas a su propio pueblo y a Europa, que usando el oro del Perú y la plata de México en mantener ejércitos –compuestos en su mayoría de aventureros alemanes e italianos a sueldo– que combatían en toda Europa. Una burguesía española productora y comercial hubiera hecho innecesaria la actividad contrabandista de los holandeses en el Caribe, porque hubiera dispuesto, a buen precio y con buena calidad, de todos los artículos de consumo que reclamaban sus provincias ultramarinas del Caribe.

Decíamos que los imperios nacientes de Europa ya no se conformaban con apresar los navíos españoles que iban de América cargados de plata, y ni siquiera se conformaban con ejercer el contrabando. Esos imperios nacientes querían algo más; querían territorios en que invertir los capitales que comenzaban a sobrarles para producir en ellos los artículos tropicales que sus pueblos consumían. Entre éstos, los más provechosos eran el azúcar y el tabaco. La lucha iba a iniciarse en un nivel más alto, pues.

Ya a fines del siglo XVI, cuando todavía no se habían producido las despoblaciones de la Española, Inglaterra inició la nueva etapa histórica. El 6 de junio de 1598, tres meses y una semana antes de la muerte de Felipe II, surgió en aguas de Puerto Rico una flota inglesa que comandaba George Clifford, conde de Cumberland. Esa flota llegaba a conquistar la isla. El mismo día de su llegada Cumberland puso en tierra 1,000 hombres y les ordenó marchar por el oeste sobre la ciudad de San Juan; al día siguiente destacó otra columna hacia el Escambrón para atacar por retaguardia a los defensores del puente de San Antonio. La respuesta de la plaza fue débil, y el día 19 el jefe inglés entró en la ciudad, pero la halló desierta. La población civil había huido a los bosques vecinos y los hombres de armas se habían refugiado

en el Morro, que defendía la entrada del canal de la bahía. Cumberland dirigió sus cañones hacia el Morro y comenzó a bombardearlo. El Morro capituló el día 21, con lo que quedó libre el acceso a la bahía, en la que entró la flota inglesa el día 22. Caída San Juan, Puerto Rico estaba prácticamente conquistada.

Pero Puerto Rico no fue conquistada porque en esos momentos su población estaba siendo castigada por una epidemia que en pocos días mató a 500 ingleses. Cumberland mismo pudo haber muerto, y tal vez lo evitó yéndose, como se fue, de la isla. Al irse se llevó todas las pieles de reses y el jengibre que había en San Juan, y además 1,000 ducados en perlas que estaban a bordo de una carabela que había llegado de Margarita poco antes. Cumberland dejó al frente de sus fuerzas a John Berkley, pero como seguían muriendo ingleses, Berkley abandonó San Juan el 23 de septiembre. La isla había estado en poder de los ingleses exactamente doce semanas.

El segundo intento de conquista inglesa se produjo en el 1605, cuando comenzaban las despoblaciones de la Española. En esa ocasión, un navío inglés que iba hacia la Guayana desembarcó 67 hombres en Santa Lucía, pero al cabo de unos meses habían sido prácticamente exterminados por los caribes de las islas vecinas. Sólo cuatro de los 67 volvieron a Inglaterra. En el mes de abril de 1609 se hizo el tercer intento: unos 200 ingleses enviados por una compañía de comerciantes de Londres llegaron a la pequeña isla de Granada, del grupo de Barlovento, con el plan de conquistarla. Pero los indios caribes de Granada les hicieron frente con tanta decisión que los pocos supervivientes decidieron abandonar el lugar antes de enero de 1610.

La otra tentativa fue hecha inicialmente por los franceses, pero terminó realizada por ingleses; así, en esta ocasión hallamos reunidos en uno solo el primer intento francés y el cuarto inglés. Se trata de la conquista de San Cristóbal (Saint Kitts), antesala de la creación de esa original sociedad llamada de los bucaneros.

Piere Belain, señor De Esnambuc, un francés que andaba por el Caribe haciendo el corso, llegó a San Cristóbal a reparar su navío, que había sufrido daños en combate con un galeón español en los alrededores de las islas Caimán. Eso sucedió en 1623. Ya para entonces había en San Cristóbal algunos franceses que habían hecho amistad con los

caribes de la isla. De Esnambuc fue bien recibido por sus compatriotas y estuvo varios meses con ellos. Parece que el corsario francés consiguió tabaco suficiente y que fue a venderlo a Francia, adonde además iba con el propósito de obtener recursos y autoridad para establecer en San Cristóbal una colonia de Francia. Pero él iba y otros llegaban, pues el 28 de enero de 1624, actuando en nombre de un grupo de comerciantes de su país, el capitán Thomas Warner inició la colonización de San Cristóbal a favor de Inglaterra.

Los imperios nacientes de la Europa del siglo XVII no procedían como lo había hecho la España del siglo XV y del siglo XVI. La responsabilidad de conquistar América fue directamente del Estado español, y en los primeros tiempos, cuando todavía España era una suma de dos reinos y no un solo reino, los conquistadores eran castellanos. Pero Inglaterra, Holanda y Francia eran países de capitalismo desarrollado cuando empezaron a disputarle a España las islas del Caribe, y sus conquistas comenzaron como operaciones comerciales de compañías privadas, que financiaban la conquista y la explotación del territorio conquistado y lo gobernaban durante un tiempo. En todos los casos, desde luego, el gobierno, o el rey, o uno o más favoritos suyos tenían participación en esas compañías como accionistas, a menudo principales. En ciertas ocasiones la compañía que se organizaba para hacer una conquista estaba desde el primer momento al servicio del gobierno; y al final desaparecieron todas las compañías comerciales, fueran inglesas, francesas, holandesas o danesas, y los territorios que ellas administraban pasaron a ser propiedad real o de la nación. El caso de San Cristóbal, sin embargo, no era típico de esos procedimientos, porque Warner salió hacia la isla financiado por comerciantes, pero sin que éstos tuvieran todavía la autorización real.

Warner, que llevaba sólo quince personas –entre ellas a su mujer y a un hijo de catorce años–, encontró en la isla a aquellos franceses que estaban allí a la llegada de De Esnambuc. En los primeros días los franceses trataron de levantar a los indios caribes contra los ingleses, pero el capitán Warner se las arregló para ganarse la confianza de unos y otros, y al cabo pudo dedicarse a construir un fuerte y a hacer una plantación de tabaco.

Al comenzar el año de 1625 llegó a San Cristóbal el señor De Esnambuc. En ese momento los caribes de las islas vecinas se mostraban

inquietos por la presencia de los europeos en San Cristóbal, de manera que la llegada De Esnambuc fue oportuna porque reforzaba a los ingleses. La amenaza caribe persistió todo el año. Al comenzar el mes de noviembre unos 500 indios llegaron a la isla en piraguas y los europeos tuvieron que combatir juntos para rehazarlos; a finales de diciembre el número de indios atacantes fue mayor. No debe extrañarnos, pues, que franceses e ingleses llegaran a un acuerdo para convivir en San Cristóbal, puesto que los dos grupos necesitaban apoyarse mutuamente.

De todos modos, el capitán Warner se fue a Inglaterra para obtener del rey –Carlos I– una concesión para conquistar y poblar San Cristóbal y algunas islas vecinas, y la concesión le fue dada, desde luego que a favor de los comerciantes que habían financiado su viaje. Warner fue nombrado teniente del rey, es decir, gobernador de la concesión, y estaba de vuelta en San Cristóbal en el mes de agosto de 1626. Poco después de su llegada tuvo noticias de que los caribes de San Cristóbal estaban organizando una rebelión, y entre ingleses y franceses hicieron una matanza de indios que resultó memorable. Entre los muertos estaba Tegramón, cacique de la isla. Corto tiempo después los caribes atacaron a los franceses, pero fueron rechazados con tanta energía que de la raza de los caribes sólo quedaron en la isla algunas mujeres, entre ellas una querida de Warner. Un hijo de Warner y de esa india caribe se haría célebre después como jefe caribe de la isla Dominica bajo el nombre del Indio Warner.

Hay autores ingleses que achacan a la matanza de Saint Kitts (San Cristóbal) las numerosas rebeliones de los caribes en las islas Barlovento, que duraron hasta fines del siglo XVIII, y para sostener ese punto de vista alegan que antes de las matanzas de Saint Kitts las relaciones de los caribes y los ingleses en todas esas islas habían sido muy cordiales. Se podría agregar que antes de los malos tratos sufridos a manos de los españoles, también habían sido cordiales las relaciones entre éstos y los indígenas en la mayoría de los territorios del Caribe.

En 1625, mientras Warner andaba por Inglaterra, los ingleses y los franceses de Saint Kitts habían llegado al acuerdo de que los primeros se establecerían en los dos extremos de la isla, hacia el noroeste y hacia el sur, y los segundos en el centro. En 1627 Warner y De Esnambuc firmaron un tratado por el cual se confirmaba el convenio de 1625 y se

establecía que ambos grupos mantendrían la paz en Saint Kitts si había guerra entre Inglaterra y Francia, a menos que los gobiernos de las dos metrópolis prohibieran expresamente la neutralidad de sus nacionales.

En agosto de 1629, De Esnambuc, que había ido a Francia, volvió con el cargo de gobernador para la parte francesa, seis buques armados y muchos colonizadores. En ese año los ingleses de Saint Kitts eran ya unos 3,000. Como no había fronteras demarcadas, algunos de esos ingleses debieron tomar tierras que pertenecían a los franceses, y De Esnambuc reclamó la devolución. Warner estaba en Inglaterra y su hijo, de 19 años entonces, que actuaba como gobernador, rechazó las reclamaciones de De Esnambuc y éste se impuso por la fuerza. Ese episodio determinó cierta división entre las dos fuerzas ocupantes de la isla, y precisamente en un mal momento, como veremos después.

A lo largo de los últimos años varios ingleses de Saint Kitts se habían establecido en Nevis, una pequeña isla vecina de Saint Kitts, hacia el sur; otros ingleses que trataron de colonizar Barbuda, al noreste de Saint Kitts, fueron rechazados por los caribes de Barbuda y llegaron a Nevis, y así fue como Nevis se convirtió en otra colonia inglesa al mismo tiempo que Saint Kitts.

Habíamos dicho que De Esnambuc había retornado de Francia en agosto y se había enzarzado en disputas con los ingleses de Saint Kitts. Pues bien, en septiembre se presentó en las aguas de Nevis una armada española de 35 grandes galeones y catorce navíos mercantes armados en guerra, que estaban bajo el comando del almirante don Fadrique de Toledo. Los españoles se lanzaron al ataque sobre Nevis; los "sirvientes" blancos se negaron a combatir o se pusieron al lado de los atacantes, y Nevis tuvo que rendirse. Don Fadrique de Toledo apresó en Nevis cuatro navíos ingleses e impuso a los habitantes la destrucción completa de sus propiedades, aunque se comprometió a enviar a Inglaterra a cuantos quisieran retornar a su país, y además, se comportó con ejemplar caballerosidad. Tan pronto liquidó la colonia de Nevis, Toledo pasó a Saint Kitts y comenzó el ataque por el extremo este; es decir, en el territorio francés del sudeste. Un sobrino de De Esnambuc murió en la lucha y esto determinó la victoria española. Los ingleses de Saint Kitts, que habían participado en la lucha al lado de los franceses, tuvieron que rendirse en iguales condiciones que los de Nevis, pero unos

300 de ellos huyeron a las montañas del interior. Los franceses del noroeste, que tenían a su disposición dos buques, se dirigieron a la isla de Antigua, pero como no pudieron desembarcar a causa de que se presentó una tempestad, arribaron a San Martín, una pequeña isla sin agua situada al norte de Saint Kitts.

Aquí dejamos la historia de Saint Kitts y de Nevis para reanudarla a su tiempo, porque lo que nos interesa es contar lo que hicieron esos franceses –entre los que al parecer iban algunos de otras nacionalidades– que fueron a refugiarse en San Martín.

En los primeros días muchos de ellos vagaron por las islas vecinas –Monserrate, Anguila, San Bartolomé y Antigua– pero otros se internaron más en las aguas del Caribe y fueron a dar a un paraíso del trópico que tenía una ventaja sobre el bíblico: cientos de miles de reses y de cerdos vagaban por praderas de ricos pastos y entre bosques cruzados por ríos cristalinos. Era la parte occidental de la Española.

El encuentro de esos hombres, que habían sido dispersados por la violencia desatada en la frontera imperial, con las reses y los cerdos salvajes de la Española, iba a dar nacimiento a la sociedad bucanera y a la filibustera; de estas dos nacería Haití, y Haití, 160 años después, iba a producir la revolución más compleja que conoce la historia de Occidente e iba a convertirse en el primer Estado negro de América y en la primera república negra del mundo. Mientras tanto, la sociedad filibustera golpearía a España en el Caribe con una fuerza increíblemente despiadada, hasta dejarla exhausta, y cuando le llegó la hora de desaparecer, el Caribe era muy diferente de lo que había sido hasta su aparición. A todo eso dio lugar el contrabando.

Las reses y los cerdos de la Española fueron la causa económica del origen de la sociedad bucanera. En realidad, tantos y tantos millares de reses y de cerdos sin dueño equivalían a una mina de oro gigantesca. Para tener una idea del valor de las reses en esa época debemos recordar que cuando su número era menor –y además tenían dueños–, los contrabandistas iban desde Europa a la Española a buscar sus pieles. Las pieles eran la moneda con que los pobladores de la Española pagaban los artículos de los tratantes extranjeros. Las pieles tenían entonces mucho uso en Europa; las industrias de zapatos, botas, guantes, sombreros, sillas y frenos de caballo y fondos de asientos reclamaban enor-

mes cantidades de cueros. Para los contrabandistas, llevar pieles a Europa era mejor negocio que llevar moneda.

Al dar con la mina de oro móvil de la Española, los emigrados de San Kitts se dedicaron a cazar reses para vender las pieles y a matar cerdos para secar las carnes. Los cueros y las carnes se vendían a los buques de tratantes que pasaban por allí. Ahora bien, si había carne para mantener una tripulación, y en los bosques abundaban las maderas para hacer piraguas, era relativamente fácil salir a la mar a asaltar barcos; de manera que los que no quisieron dedicarse a la caza se dedicaron a la piratería. Otros prefirieron sembrar, y podían vender sus productos a cazadores, a piratas y a los barcos traficantes. Así fue como aquellos hombres quedaron divididos en tres grupos, el de los cazadores –bucaneros–, el de los piratas –filibusteros– y el de los agricultores –habitantes–. Histórica y sociológicamente, los "habitantes" carecen de interés, puesto que el mundo estaba lleno de agricultores desde hacía miles de años. El caso de los otros dos grupos es diferente.

Los bucaneros establecieron en el oeste de Santo Domingo una sociedad única en la historia del Occidente moderno; una sociedad libre, sin códigos, sin autoridades, y sin embargo tranquila; algo extraordinario en una época de violencias como era el siglo XVII y en una frontera imperial disputada a cañonazos por varios países, como era el Caribe. Hasta ahora, ni los historiadores ni los sociólogos han visto a la sociedad bucanera tal como fue, y la confunden con la sociedad filibustera, a pesar de que entre una y otra había una enorme diferencia, como del día a la noche. Es verdad que las dos nacieron a un tiempo, pero la segunda, que hasta cierto punto fue hija de la primera, era una hija que tenía muy poco en común con la madre.

La sociedad bucanera no se dedicaba a la guerra ni tenía nada que ver con ella. Su actividad se limitaba a matar reses, secar los cueros, cazar cerdos para alimentarse y secar la carne sobrante para venderla, junto con las pieles de res, a los buques de comercio y de corso. La sociedad filibustera, en cambio, estaba compuesta por hombres de armas, fieras del mar, Los filibusteros del Caribe fueron los verdaderos piratas; no lo fueron los corsarios del siglo anterior, Hawkins, Drake y otros de su estirpe. El corsario era un soldado del mar que servía los intereses de su país. Pero el filibustero no tenía patria. El

filibustero mataba para robar. El filibustero era un hombre en guerra contra la humanidad.

Los que han estudiado ese punto de la historia –lleno de atractivos para historiadores y sociólogos– han cometido a menudo el error de confundir a los bucaneros –cazadores de reses y mercaderes de carne y cueros– con los filibusteros –bandoleros del mar– por dos razones principales: porque ambas sociedades tuvieron en la Tortuga lo que podríamos llamar su capital, una como plaza comercial y otra como cuartel general, y porque las depredaciones de los piratas extendieron por todo el orbe el prestigio siniestro de los filibusteros y de su capital, la Tortuga, de manera que la nombradía del filibusterismo envolvió al bucanerismo. Pero la verdad es que si ambas sociedades tenían una misma capital en la Tortuga, la de los bucaneros operaba en las tierras de la Española (Santo Domingo) y la de los filibusteros en el mar de los caribes; los primeros formaban una sociedad de tierra y los segundos una sociedad de mar, y sólo coincidían, en tanto sociedades, en tener una capital común. Se ha dado el caso de que algunos autores de libros sobre la materia confunden a unos y a otros y llaman a los bucaneros filibusteros. Hay diccionarios en que las dos palabras aparecen como sinónimos, y no lo son. Esta confusión parece ser más común en lengua inglesa, así como en la española abunda la confusión entre corsarios y piratas. Sin duda podemos hallar unos cuantos casos de bucaneros que se convirtieron en filibusteros, sobre todo después que la sociedad bucanera quedó extinguida, pero ese paso de una sociedad a otra era siempre un acto individual, que no afectaba a la sociedad bucanera en su conjunto. Las dos sociedades fueron fenómenos diferentes.

La sociedad bucanera tenía hábitos, pero no código escrito; la sociedad filibustera tenla hábitos y además un código, la *chassepartie*, en que se estipulaba en detalle la parte de botín que le tocaría a cada miembro de la tripulación de un navío filibustero que hiciera presas de mar o saqueara una ciudad, y lo que les tocaría a los mutilados, según fuera la mutilación.

En la sociedad filibustera no había esclavos, puesto que gente forzada podía ser peligrosa a la hora de combatir, y la guerra era la actividad fundamental de los filibusteros. Cuando éstos cogían esclavos los

tomaban para venderlos, como hacían con todo lo que apresaban. En cambio en la sociedad bucanera había cierto grado de esclavitud. Cada bucanero tenía por lo menos un "comprometido" o sirviente, que se compraba por tres años. Los "comprometidos" –generalmente europeos, y la mayoría franceses– no eran miembros de la sociedad bucanera, porque no eran bucaneros. Tal vez algunos pasaban a serlo después de haber cumplido su contrato de venta, y en ese caso buscarían también "comprometidos". Si había bucaneros con dos o más "comprometidos" debían ser raros; generalmente tenían uno. Esto se explica porque la sociedad de los bucaneros estaba compuesta por hombres que aspiraban a vivir, no a enriquecerse. Los "comprometidos" eran una forma de esclavitud atenuada si se la compara con la de los negros y los indios de esos mismos tiempos, pero era esclavitud, y ésa es la única mancha que tenía la sociedad de los bucaneros en tanto sociedad de hombres libres.

Fuera de esa mancha, los bucaneros formaban un grupo social notable por su originalidad. Resulta difícil concebir, en el mundo de esos años –y aun hoy– algo parecido. Que hombres rudos, incultos, que se ganaban la vida con un trabajo primitivo, pudieran vivir pacíficamente, sin leyes, y sin autoridades, sin un poder que les impusiera temor, es algo difícil de creer. Y sin embargo eso existió en el siglo XVII, en una porción de esa frontera de armas que se llama el Caribe.

Consideramos innecesario ofrecer detalles acerca de bucaneros y filibusteros. La historia de esas dos sociedades, el relato de sus actividades y su funcionamiento son ampliamente conocidos a través de la obra de Alexandre Olivier Oexmelin, que fue "comprometido" de un bucanero y después cirujano de varias expediciones filibusteras. El libro de Oexmelin ha sido publicado en todo o en parte numerosas veces en varias lenguas, y no vamos a repetir aquí lo que puede leerse en Oexmelin. Pero debemos explicar por qué razones la sociedad de los filibusteros vino a ser más numerosa que la de los bucaneros, y qué papel jugó la isla de la Tortuga en la historia de esas dos sociedades.

Para tener una idea de cómo fue fortaleciéndose la sociedad filibustera, a expensas de la bucanera y a causa de la atracción que ejercía por sí misma sobre hombres de alma violenta, debemos tomar en cuenta la situación de Europa en aquellos tiempos. En Europa se llevaba a cabo

desde el 1618 la guerra de los Treinta Años, en la cual llegó a participar España, y los enemigos de España iban a atacarla en el Caribe; de manera que en el Caribe abundaban los corsarios antiespañoles, que reclutaban para sus tripulaciones a cuanto aventurero se les ofreciera. Por otra parte las excelencias de la sociedad bucanera –entre las cuales una muy importante era la vida primitiva que hacían sus miembros– llenaron de ilusiones a muchos aventureros de Europa –especialmente de Francia–, que corrieron a establecerse en ese nuevo paraíso; muchos de ellos se hallaron incómodos en esa sociedad tranquila que habían formado los bucaneros, y prefirieron dedicarse al filibusterismo.

Sucedió también que el activo comercio que hacían los bucaneros con los navíos europeos que navegaban por el Caribe atrajo a los piratas y corsarios que pululaban por esas aguas, puesto que también ellos necesitaban comprar cosas y vender lo que robaban; y muchos de ellos acabaron sumándose a la sociedad filibustera. A mediados del siglo arribaron a la Tortuga –que era al mismo tiempo, y no debemos olvidarlo, capital de bucaneros y filibusteros– un gran número de hombres que se habían acostumbrado en la guerra de los Treinta Años a la dura vida del soldado y a los pillajes habituales de la época que ya no podían vivir en un ambiente de paz, y la guerra había terminado en 1648.

De todo eso resultó que los filibusteros acabaron siendo más que los bucaneros. Pero además hubo dos poderes, y por cierto enemigos –el español y el francés– que se propusieron acabar con la sociedad bucanera, lo que no sucedía en el caso de la sociedad filibustera. Al contrario, la sociedad filibustera fue ayudada a mantenerse entre otras razones porque rendía al gobernador de la Tortuga dividendos que nunca podía ofrecer la de los bucaneros.

La sociedad bucanera parece haber conservado sus valores fundamentales hasta el día de su extinción; en cambio, lo que se transformó pronto en un antro de desalmados –y en un sitio disputado a muerte por españoles, franceses e ingleses– fue la Tortuga. La Tortuga sólo comenzó a tener importancia –e historia– cuando los bucaneros hicieron de ella su plaza comercial en el año de 1630.

La Tortuga era una isla pequeña, situada sobre la costa noroeste de la Española y a sólo dos leguas de ésta. En la costa del sur había un

buen puerto natural, bien abrigado y fácil de defender, que era, además, la única entrada de la isla. Aunque rocosa, la Tortuga era fértil, con buenas aguas de manantiales, y tenía algunos valles. En suma, la Tortuga era una pequeña joya del mar y era también una fortaleza natural colocada junto a la Española, como un puesto avanzado. Geográficamente no se hallaba en el Caribe, pero política e históricamente pertenecía a él. La Tortuga es hoy una dependencia de Haití; sin embargo, Haití es una hija de la Tortuga; o dicho con más propiedad, la capital de los bucaneros y los filibusteros fue la cuna de Haití.

Cuando los bucaneros llegaron a la Española trataron de hallar un sitio que sirviera de almacén para sus cueros y sus carnes, y que al mismo tiempo dispusiera de un puerto seguro en el que pudieran entrar los buques de los comerciantes del mar. Ese almacén-puerto fue la Tortuga. Allí encontraron los bucaneros una guarnición española compuesta de un alférez y 25 soldados que vivían sin ninguna relación con las autoridades de Santo Domingo, de manera que se alegraron de dejar la Tortuga en manos de los recién llegados cuando éstos les dijeron que iban a quedarse en la pequeña isla y que si era necesario lo harían a la fuerza. Como los bucaneros operaban en los territorios de la Española que quedaban frente a la Tortuga, muchos de ellos hicieron viviendas en la islita para habitarlas cuando no estuvieran cazando.

Para los bucaneros –y seguramente también para los "habitantes", aunque éstos llamaron poco la atención de los que escribieron sobre bucaneros y filibusteros, y por tanto no hay datos que lo confirmen– la Tortuga se convirtió en "su" plaza comercial. Ahí llevaban sus cueros y sus carnes; ahí iban los buques ingleses, franceses y holandeses a trocar artículos de Europa por esos cueros y por esa carne. Después, a medida que el número de filibusteros fue aumentando y con ellos fue aumentando el producto de sus saqueos en mar y tierra, esa plaza comercial de los bucaneros fue convirtiéndose en punto de reunión de los filibusteros y acabó siendo su cuartel general.

La Tortuga era sólo la capital comercial de los bucaneros –año de 1631– cuando los ingleses de Providencia, tal vez por consejo de los corsarios y mercaderes holandeses que iban a Providencia, enviaron una pequeña expedición para tomarla y la rebautizaron con el nombre de la isla de la Asociación. Uno de los oficiales que salió de Nevis

cuando se produjo el ataque de don Fadrique de Toledo dos años antes, el capitán Anthony Hilton, fue designado gobernador de Asociación, y varios negros apresados en buques españoles fueron llevados a la Tortuga por los ingleses. Algunos ingleses se unieron a los bucaneros y agregaron a la cacería de reses el corte de maderas, para lo cual utilizaban a los esclavos negros. Tres años después la Tortuga tenía una población de unos 600 blancos.

En diciembre de 1634 las autoridades españolas de Santo Domingo organizaron un ataque de sorpresa a la Tortuga, mataron a todo el que encontraron en la isla y destruyeron las propiedades. Los negros esclavos huyeron a los bosques de la Española. Pero como los españoles no dejaron guarnición en la isla, unos 300 ingleses que procedían de Nevis llegaron a la Tortuga en 1635, rescataron a los esclavos y los mandaron a Providencia. Los pobladores de la Tortuga volvieron a hacer su vida de antes, bajo el mando del nuevo gobernador, el inglés Nicolás Riskinner.

Por alguna razón que todavía no conocemos, los ingleses comenzaron a abandonar la Tortuga a principios de 1637, y en 1638 sólo quedaban en ella algunos franceses. Ese año de 1638 volvieron las autoridades españolas de Santo Domingo a desatar otro ataque sobre la isla y volvieron a aniquilar a los que encontraron en ella. Sin embargo después de ese último ataque –que, como sucedía siempre no fue seguido de una ocupación española– la Tortuga fue repoblándose, también con franceses e ingleses, pero más de los primeros que de los segundos, a pesar de lo cual un inglés, de quien sólo sabemos que se llamaba Willis, gobernaba la isla *de facto.* Un viajero de la Tortuga que pasó por San Cristóbal informó de esa situación al capitán general francés de San Cristóbal, Lonvilliers de Poincy. De Poincy, que tenía el cargo de lugarteniente general del rey de Francia para las islas francesas de América, designó gobernador de la Tortuga a su amigo el capitán Le Vasseur. Pero Le Vasseur tenía que conquistar la isla, porque el inglés que la gobernaba no iba a obedecer una orden de un funcionario francés. Le Vasseur reunió unos cuantos amigos, se fue con ellos a Puerto Margot –que estaba en la costa, frente a la Tortuga– y allí se mantuvo tres meses, que dedicó a reunir hombres e información para su ataque a la Tortuga. El 31 de agosto de 1540 Le Vasseur arribó a la isla, que tomó fácilmente. Fue a partir de entonces

cuando la Tortuga comenzó a convertirse en cuartel general de los filibusteros del Caribe. Los bucaneros seguirían utilizándola como plaza comercial, pero ya no sería únicamente la capital comercial de la sociedad bucanera.

Le Vasseur no era católico sino hugonote –es decir, protestante de la secta calvinista–, naturaleza fanática, que no permitía el culto católico en la Tortuga; hombre audaz y al mismo tiempo temeroso de sus enemigos. Ingeniero excelente, hizo en la isla fortificaciones estupendas, tan sólidas y tan bien dispuestas que los españoles de Santo Domingo no pudieron tomarla cuando atacaron la Tortuga en 1643 con 1,000 hombres y diez navíos. En esa ocasión los españoles se retiraron después de haber tenido más de cien muertos. Dentro de las fortificaciones, en la parte alta, estaba la casa del gobernador. Para llegar al interior de esa fortaleza había que usar una escalera de hierro que sólo se echaba desde adentro. Un manantial del grueso de un brazo quedaba en el recinto fortificado.

Le Vasseur vivía con un lujo deslumbrante; comía en vajilla de plata, asistido por una servidumbre numerosa. Para sostener ese fasto cobraba impuestos altísimos, tanto a las pieles de los bucaneros como a lo que llevaban los filibusteros a la isla, así como a lo que vendían los mercaderes que visitaban la Tortuga. Además de esos impuestos, cobraba un diez por ciento de todo lo que los filibusteros reunían en sus saqueos de ciudades y barcos españoles.

El señor de la Tortuga reclamaba un orden riguroso en todo. En la isla no podía moverse una hoja de árbol sin su autorización. Se dice que tenía una prisión con aparatos de tortura, y que uno de ellos era una jaula de hierro donde el preso no podía estar ni acostado ni sentado ni de pie. De Poincy, el lugarteniente general del rey, llegó a temer que Le Vasseur se declararía independiente, pues el gobernador no atendía sus requerimientos. Así, pues, De Poincy se puso de acuerdo con el caballero De Fontenay, un marino francés de nombre que andaba por el Caribe haciendo el corso, para que De Fontenay conquistara la Tortuga a cambio de que le diera a De Poincy la mitad de todo lo que hallara en la isla. El acuerdo entre De Poincy y de Fontenay se firmó el 29 de mayo de 1652, lo que da idea de que Le Vasseur estuvo gobernando la capital de los filibusteros como amo absoluto durante 12 años.

De Fontenay salió hacia la Tortuga, pero antes de llegar se enteró de que Le Vasseur había sido asesinado por un hijo adoptivo suyo y un grupo de siete u ocho aventureros que le ayudaron en el crimen. Tan pronto se supo en los territorios vecinos que Le Vasseur había muerto comenzaron a retornar a la Tortuga los antiguos pobladores que la habían abandonado debido a la dureza del gobierno de Le Vasseur. De manera que la pequeña isla iba viento en popa por los últimos días del año 1653; y de pronto, el 10 de enero de 1654, cayeron sobre ella fuerzas enviadas por las autoridades españolas de Santo Domingo.

El ataque comenzó con un desembarco hecho el día 10, y continuó sin cesar hasta el 18, cuando De Fontenay aceptó rendirse. El día 20, el gobernador y sus hombres –unos 500– desfilaron, a todo honor, hacia el puerto, donde tomaron barcos cedidos por el jefe atacante. Un hermano de Fontenay, joven de 18 años, y un capitán, quedaron rehenes. Los vencedores encontraron en la Tortuga esclavos indios, de un grupo de mayas que habían sido secuestrados por filibusteros que atacaron Campeche en 1652.

Después de la victoria, y aleccionados por lo que sucedía cada vez que tomaban la isla y la abandonaban, los españoles dejaron una guarnición de 150 hombres. Fue una buena idea, porque el 15 de agosto de 1654 llegaba De Fontenay a las aguas de la Tortuga y el día 24 desembarcó fuerzas con el propósito de tomarla. En esa ocasión la lucha duró una semana, pero De Fontenay tuvo que retirarse sin haber logrado nada. Cuando las autoridades de Santo Domingo supieron lo que estaba pasando en la Tortuga despacharon refuerzos navales y un navío de esos refuerzos apresó uno de los barcos del ex gobernador francés. La mayor parte de los 50 hombres que iban a bordo fueron muertos en el acto. El barco era holandés, por donde podemos ver cuánta gente se unía en la lucha contra España en el Caribe.

Pero como había sucedido antes tan a menudo, la doble victoria española no condujo a nada. El 26 de junio de 1655 el jefe de las fuerzas destacadas en la Tortuga recibió orden de desmantelar la artillería y abandonar la isla. Un poderoso contingente inglés había atacado en el mes de abril la ciudad de Santo Domingo y tal vez las autoridades españolas pensaron que iba a haber otro ataque y que convenía tener la gente de armas en la capital de la isla. De todos modos, el jefe de la guarnición de la Tor-

tuga respondió que no tenía con que llevar la artillería a Santo Domingo, y el 4 de agosto se le respondió que si no podía transportarla que la enterrara. Eran 70 cañones, cuatro de ellos de bronce, y con ese armamento la Tortuga podía resistir cualquier ataque. Se enterró la artillería, los españoles jamás volvieron a pisar tierra de la Tortuga y al perderse esa isla diminuta se sembró la semilla para que se perdiera la tercera parte de la Española, que después pasó a manos de Francia.

En el mes de diciembre de 1656 el gobernador de Santo Domingo informaba a Felipe IV que tan pronto salió la guarnición española de la Tortuga, "a la vista della, luego por otra parte entró por el puerto un lanchón de franceses y oy se ha savido que la tiene ocupada, cultivada con sementeras y fortificada y lo que es peor con nuestras armas y pertrechos". Parece sin embargo que no eran franceses, sino ingleses, y que no fueron tan pronto como decía el informe al rey. Se trataba de un grupo encabezado por Elías Watts, que había salido con su familia y diez o doce personas más de Jamaica, que era posesión inglesa desde el mes de mayo del año anterior, Watts montó cuatro cañones sobre las ruinas del fuerte que había construido Le Vasseur y en poco tiempo se reunieron en La Tortuga unas 150 personas, entre ingleses y franceses. El gobernador de Jamaica designó a Watts gobernador de la Tortuga, y así volvió la capital de los filibusteros, aunque por pocos años, a ser tierra inglesa. Probablemente a Watts le sucedió su yerno James Arundell, aunque este punto no está claro.

Bien porque hubiera más filibusteros franceses que ingleses, bien porque los filibusteros ingleses comenzaban ya a operar desde Jamaica, bien porque en la Tortuga volvieron a vivir muchos bucaneros de la costa de la Española es el caso que a poco de estar la Tortuga bajo gobierno de un inglés había más franceses que ingleses establecidos en la isla. Un gentilhombre francés, Jeremías Deschamps, señor Du Rausset, que había vivido en la Tortuga bajo los gobiernos de Le Vasseur y de De Fontenay, se las arregló para que Luis XIV le nombrara en diciembre de 1656 gobernador de la isla. Pero el nombramiento del Rey de Francia no tenía validez ante las autoridades inglesas, de manera que Du Rausset se fue a Inglaterra a obtener que se le reconociera como gobernante de la Tortuga y a ofrecer que él gobernaría a nombre de los ingleses. Fue poco antes de que Du Rausset consiguiera lo que se proponía cuando se pro-

dujo el ataque filibustero a Santiago de los Caballeros, la segunda ciudad en importancia de la parte este de la Española.

Unos 400 filibusteros salidos de la Tortuga en cuatro buques entraron por Puerto Plata, en la costa norte de la parte española de la isla, se encaminaron a Santiago y sorprendieron al gobernador de la plaza mientras dormía. Después de hacerlo preso saquearon la ciudad, de donde se llevaron hasta las campanas y los cálices de las iglesias, y se dirigieron hacia la costa con el gobernador y varios vecinos importantes, a quienes llevaban para exigir rescate. La voz corrió por las vecindades de Santiago y acudió mucha gente armada que interceptó la marcha de los filibusteros. Después de un combate en que los invasores tuvieron varios muertos y heridos, dejaron en libertad a los prisioneros, alcanzaron sus navíos y retornaron a la Tortuga.

Ese ataque fue en la semana santa de 1659. El mismo año –hay quien dice que en 1660–, Du Rausset consiguió que el coronel Doyley, gobernador de Jamaica, aceptara sus proposiciones. Y así pasó la Tortuga a ser gobernada de nuevo por un francés.

Pero sucedió que Du Rausset comenzó a despachar autorizaciones de corso a varios filibusteros, por lo que Doyley le llamó la atención, a lo que respondió que él podía hacerlo porque tenía autoridad del rey de Francia, e inmediatamente después de ese desplante proclamó el poder francés sobre la isla, lo que no le produjo dolores de cabeza en la Tortuga, dado que allí había más franceses que ingleses. Ni corto ni perezoso el coronel Doyley envió autorización para que James Arundell prendiera a Du Rausset, y como éste no se hallaba en la Tortuga porque andaba en viaje por la isla de Santa Cruz, Arundell hizo preso al sobrino, el señor de La Place, a quien Du Rausset había dejado al frente del gobierno. Pero los franceses de la isla se levantaron contra Arundell, lo prendieron y lo despacharon para Jamaica.

Los ingleses no se conformaron con ese fracaso. El 16 de diciembre de 1662, el teniente gobernador de Jamaica, Lyttleton, ordenó que la fragata Charles, al mando del capitán Robert Munden, saliera para la Tortuga con el coronel Samuel Barry y el capitán Langford. La misión de esos hombres era conquistar la isla, pero hay razones para creer que debían hacerlo sin usar la violencia. Esto se debía sin duda a que en la Tortuga vivían varios ingleses. Parece que alguno de los ingleses

que residían en la Tortuga había convencido al gobierno de Jamaica de que la gente estaba cansada de Du Rausset y quería volver a ser inglesa. Es el caso que cuando la fragata Charles llegó a la Tortuga el 30 de enero de 1663 encontró a los franceses dispuestos a resistir. Un testigo dijo que el coronel Barry ordenó al capitán Munden que disparara, y que éste se negó. La fragata de Munden condujo a Barry a la costa de la Española y allí lo abandonó. Barry llegó a Jamaica el 1 de marzo a bordo de una balandra.

Mientras esto sucedía, Du Rausset, que se había trasladado a Francia para curarse de una enfermedad que había adquirido en la Tortuga, creyendo que el gobierno francés iba a desconfiar de él, se puso al habla con los ingleses y les ofreció entregarles el gobierno de la Tortuga, –en la que había quedado, como sucesor temporal suyo, su sobrino La Place– a cambio de 6,000 libras esterlinas. Eso lo supo el gobierno francés y Du Rausset fue a dar a La Bastilla, la terrible prisión de Estado; y de ahí sólo pudo salir cuando aceptó vender sus derechos en la isla por 15,000 libras francesas. La compradora fue la Compañía Francesa de las Indias Occidentales, formada por el gobierno francés a mediados de ese año. El contrato de venta está fechado el 15 de noviembre de 1664. Esa negociación demostraba que Francia no estaba dispuesta a dejar que la Tortuga saliera otra vez de sus manos.

El señor de La Place, sobrino de Du Rausset, se mantuvo al frente del gobierno de la isla hasta que lo entregó a Bertrand de Oregón, el día 6 de junio de 1665. Con De Oregón, que conocía a los bucaneros y había convivido con ellos, llegó a la Tortuga un enemigo encarnizado de esa sociedad original. Y esto tiene una explicación fácil.

De Oregón vivía en la Española y desde allí solicitó la gobernación de la Tortuga. Cuando le llegó el cargo tenía ya la idea de extender el gobierno de la pequeña isla al territorio que los bucaneros, los filibusteros y los "habitantes" llamaban Tierra Grande, esto es, el occidente de la Española. Pero De Oregón sabía que iba a encontrar en los bucaneros una fuerte oposición a sus planes. La sociedad bucanera era libre, no tenía ni quería un gobierno; estaba compuesta por hombres duros, bien armados; hombres que eran, uno por uno, señores de sí mismos. Para lograr lo que se proponía, De Oregón tenía que destruir la sociedad bucanera. Por eso comenzó a luchar contra los bucaneros

tan pronto llegó a la gobernación de la Tortuga; e inició esa lucha con una campaña de descrédito de los bucaneros dirigida a París. Así, el 20 de junio de 1655, menos de dos meses después de pasar al gobierno de la Tortuga, escribió a Francia afirmando que los bucaneros eran sólo unos 800, que "viven como salvajes, sin reconocer a nadie y sin aceptar jefes entre sí, haciendo mil fechorías".

Cualquiera puede creer que el hombre que se expresaba así era un dechado de virtudes, pero Bertrand de Oregón participaba en un 10 por ciento de los beneficios que hacían los filibusteros en su carrera de crímenes, prestaba sus almacenes para que se guardaran en ellos las mercancías robadas en los saqueos de buques y de establecimientos españoles, y en una ocasión envió a dos sobrinos suyos, recién llegados de Francia, a piratear con el Olonés, uno de los filibusteros más desalmados –engendro de los peores infiernos– que conocieron las aguas del Caribe.

AlexandreOliver Oexmelin, que llegó a la Española un año después de haber escrito De Oregón la carta que hemos mencionado, describe la vida y los hábitos de los bucaneros en un libro que no ofrece dudas acerca de su veracidad. Oexmelin no dice en ningún momento que los bucaneros cometieran fechorías.

De Oregón les hace a los bucaneros un solo cargo, el de que "han robado varias embarcaciones, holandesas e inglesas, y con ello nos han causado muchos desórdenes aquí". Parece que lo que pretendió decir el gobernador de la Tortuga en ese párrafo fue que los bucaneros habían robado algo que llevaban los buques, puesto que era imposible que se llevaran los buques completos, pero no dice cuáles fueron esas embarcaciones ni qué fue lo robado. Oexmelin no refiere un solo acto de bandolerismo cometido por los bucaneros, aunque habla de casos de abuso personal de algún que otro bucanero contra su "comprometido" o sirviente, y sin duda esos abusos ocurren dondequiera que hay seres humanos.

La clave de las acusaciones del gobernador De Oregón estaba en la frase donde dice que los bucaneros no aceptaban jefes y en los párrafos finales de la carta mencionada. En esos párrafos le pedía a Luis XVI que expidiera una orden para hacer salir de la Española a todos los bucaneros y que se les "prohibiese" –bajo pena de muerte– habitar

dicha isla Española y se les ordenara retirarse de allí en el plazo de dos meses para pasar a la Tortuga.

Más adelante agregaba que, "Por esta misma orden debería prohibirse a todos los capitanes de navíos mercantes, y otros, negociar ni vender a los dichos franceses que se llaman bucaneros y que viven en la costa de la isla Española, bajo pena de la confiscación de las naves y de las mercancías. Esta orden debería ser notificada a los receptores o comisionados de las oficinas de las ciudades marítimas de Francia, a fin de que les permita confiscar todas las mercancías hechas por los dichos bucaneros de la isla Española". El gobernador terminaba diciendo: "esto les obligaría a retirarse completamente de donde están y a pasarse a la Tortuga, que en poco tiempo se haría muy importante". Estas últimas palabras denuncian a las claras las ideas del gobernador.

Era evidente que entre los filibusteros y los bucaneros el señor De Oregón prefería a aquéllos. Fue a los filibusteros de la Tortuga a quienes confió el ataque de 1667 a Santiago de los Caballeros. Esa ciudad de la parte este de la Española había sufrido un ataque filibustero en 1659, como hemos dicho en este capítulo, y ocho años después padeció el que organizó De Oregón. Suponemos que este ataque fue una consecuencia de la llamada Guerra de la Devolución, que había desatado Luis XIV contra España, pero no conocemos ni el día ni el mes en que se llevó a cabo; sólo sabemos que los filibusteros salieron de la Tortuga, que entraron en la parte española por Puerto Plata y que cuando llegaron a Santiago encontraron la ciudad despoblada porque los habitantes supieron a tiempo la noticia de lo que se acercaba y la abandonaron llevándose todo lo que tuviera algún valor. No hay detalles de cómo se comportaron los invasores en esa ocasión, pero debemos suponer que no tuvieron una conducta angelical.

La lucha del señor De Oregón con los bucaneros no resultó fácil. En agosto de 1670 se presentaron en la costa noroeste de la Española dos buques holandeses comandados por Pittre Constant y Pierre Marcq –que suenan como nombres franceses– y dieron aviso de que llegaban a comprar cueros. Los dos navíos estuvieron haciendo trueques en varios puntos de la costa, lo que indica que ya para ese año los bucaneros no llevaban sus pieles ni su carne a la Tortuga. De Oregón envió un mensaje a los capitanes diciéndoles que no podían hacer comercio

allí porque el comercio estaba monopolizado por la Compañía Francesa de las Indias Occidentales. Los bucaneros, asociados a los "habitantes" de la región –que también tenían algo que venderles y comprarles a los dos navíos– se burlaron de las órdenes del gobernador y siguieron negociando con los holandeses. De Oregón quiso impedirlo, y lo que logró fue provocar desórdenes que se extendieron a varios lugares de la costa. Ante esa situación el gobernador se trasladó al lugar de los motines y en PetitGoave fue recibido a tiros, y hubiera sido muerto si no hubiera decidido retirarse a la Tortuga. Parece que en esa ocasión el gobernador solicitó la ayuda de Henry Morgan, el afamado pirata inglés, que se hallaba en tales momentos en la isla de la Vaca, situada frente a la costa sudoeste de la Española, organizando su truculento ataque a Panamá.

La rebelión de los bucaneros afectó a De Oregón. Los rebeldes fueron amnistiados por Luis XIV en el mes de octubre de 1671, y en ese mismo mes De Oregón escribía al gobernador general de las islas francesas de Barlovento diciéndole que la colonia se hallaba en un estado de desorden general, que nadie respetaba las disposiciones de la Compañía sobre el monopolio del comercio, que los ingleses traficaban con los bucaneros sin restricción alguna. Al mismo tiempo le proponía al rey mudar la colonia a la Florida, a las Lucayas o las islas del golfo de Honduras.

A partir de ese momento la vida de Bertrand de Oregón entró en un periodo de infortunios que terminaría con su muerte. Al estallar en 1672 la guerra de Francia y Holanda la lucha fue a reflejarse en las posesiones de ambos países en el Caribe, de manera que los franceses atacaron de inmediato los territorios de Holanda en la región. Uno de esos territorios era Curazao, que había pasado a poder de Holanda en el 1634. El señor de Baas, gobernador general para las islas francesas de Barlovento, organizó un ataque a Curazao y le pidió a de Oregón que tomara parte en ese ataque. De Oregón salió de la Tortuga hacia Curazao con varios navíos y 400 hombres, pero cuando pasaba frente a Puerto Rico, cerca de Arecibo, naufragó y cayó con toda su gente en manos de las autoridades españolas de la isla. De Oregón pudo fugarse y hacerse a la mar en una canoa, y a duras penas pudo llegar a Samaná, en la costa este de la Española. De Samaná pasó a la Tortuga, donde llegó muy enfermo a causa de los trabajos que había padecido.

El 7 de octubre de 1673 el gobernador salió de la Tortuga con 500 hombres. Se dirigía a Puerto Rico con la idea de rescatar a sus compañeros, que permanecían en prisión; pero volvió a naufragar frente a Samaná. A pesar de ese tropiezo pudo llegar a Puerto Rico; cañoneó la costa y echó hombres a tierra, pero tuvo que reembarcarlos después de haber perdido unos cuantos, porque en Puerto Rico conocían sus planes y estaban esperando el ataque. El resultado de esa expedición fue que el gobernador de Puerto Rico, temeroso de una nueva agresión, ordenó la muerte de todos los prisioneros franceses.

Bertrand de Oregón murió en París el 31 de enero de 1676 sin alcanzar a ver el final de la sociedad de los bucaneros. Pero ya esa sociedad estaba en proceso de extinción. De la rebelión bucanera de 1670 se deduce que para ese año la Tortuga había dejado de ser la capital comercial de los cazadores de reses. No creemos que esto se debiera al hecho de que la islafortaleza se había convertido en la capital de la sociedad filibustera, sino a que la matanza de ganado debía necesariamente llevar a los bucaneros cada vez más lejos, cada vez más adentro en las tierras de la Española, y como es lógico, si hallaron otro puerto más cercano a ellos para negociar con los navíos compradores, concentrarían en ese puerto sus cueros y sus carnes.

Mientras tanto, la Tortuga quedó como la capital de la sociedad filibustera, que alcanzó bajo el gobierno de Bertrand de Oregón su máximo –e infernal– esplendor. Hombres como los holandeses Vanhorn y Laurens de Graff, como el inglés Thurston o el mulato cubano Diego, hijos de los demonios llegados de todos los países, recorrían el Caribe apresando buques, asaltando y saqueando ciudades, en una orgía de crímenes que todavía a distancia de siglos pone espanto en el alma de los que leen la historia de esos años; y esos hombres tenían su asiento en la Tortuga del gobernador de Oregón. Cuando el gobierno inglés decidió liquidar el filibusterismo inglés en el Caribe, el gobernador de Jamaica se dirigió a De Oregón protestando de que éste autorizara a los piratas ingleses a operar desde la Tortuga, y no consiguió conmover al gobernador francés.

Como hemos dicho antes, la sociedad filibustera fue hasta cierto punto hija de la sociedad bucanera; y como hija al fin, se hizo independiente de la madre y tuvo su propio destino. Pero no fue el filibusteris-

mo lo que acabó con el bucanerismo. Oexmelin dice que cuando la sociedad bucanera se extinguió, sus miembros se hicieron filibusteros. Es posible, pero hasta cierto límite. Porque es también probable que algunos –si no muchos– bucaneros se hicieran "habitantes". Esto parece más en consonancia con la naturaleza sicológica del bucanero, hombre de tierra por excelencia.

Lo que en realidad aniquiló a la sociedad bucanera fue la falta de su base económica, esto es, la desaparición del ganado salvaje. Y esto fue, en parte, obra de los propios bucaneros, que lo cazaron sin tregua, y en parte obra de las "cincuentenas" organizadas en la parte española de Santo Domingo.

Esa parte española había sido atacada varias veces desde la Tortuga, como ya dijimos. Además, bajo el gobierno del señor De Oregón estuvieron llegando a las costas occidentales de la Española muchos franceses, que De Oregón establecía como agricultores en la Tierra Grande. Esos nuevos establecimientos avanzaban poco a poco hacia el este. Las autoridades españolas decidieron combatir tal avance y organizaron grupos de 50 hombres de a caballo, armados de lanza, todos, o casi todos, formados por naturales de la isla. Esos grupos eran las "cincuentenas".

Por un proceso mental explicable, tanto las autoridades de la parte española de la isla como los miembros de las cincuentenas tenían que atribuirle la condición de bucanero a todo francés que se hallara en el territorio. La lucha, pues, se hizo contra los bucaneros. Al considerar al bucanero como el enemigo que debía ser aniquilado, se pensó, con razón, en exterminar su base económica y que era el ganado. Las cincuentenas, pues, se dedicaron a matar reses; se internaban en los bosques del oeste, buscaban las aguadas ocultas, recorrían las montañas y entraban en los valles perdidos; y por donde pasaban iban sacrificando reses, lo mismo al toro bravío que a la vaca preñada que al ternero recién nacido.

Al quedar aniquiladas las reses quedó aniquilada la sociedad bucanera. Le sobrevivió la sociedad filibustera, de cuyas terribles hazañas hablaremos a su tiempo.

Capítulo IX

El siglo de la desmembración

El Caribe quedó desmembrado en el siglo XVII. Durante 132 años había sido territorio español, con muchos lugares disputados a flechazos por los indígenas, con grupos de negros africanos alzados y con varios territorios en que ni siquiera había puesto los pies un español; pero el Caribe había sido español. Sólo a partir del 28 de enero de 1624, el día de la llegada del capitán Thomas Warner a San Cristóbal, empezó España a perder su dominio en la región.

Sucedía que los nuevos imperios formados en Europa querían participar de las riquezas del Caribe. Al principio se limitarían a disputarle a España las islas pequeñas, ésas llamadas por los españoles "inútiles" debido a que no tenían metales; pero después quisieron tierras mayores, ricas en muchos aspectos y con situaciones estratégicas privilegiadas. Aun las llamadas "islas inútiles" demostraron ser muy útiles en manos de ingleses, franceses, holandeses, daneses, suecos, y en los últimos tiempos en manos norteamericanas; de manera que podemos imaginarnos qué serían las mayores.

Así como la primera conquista de esos imperios nacientes fue anglofrancesa, la segunda sería hecha por ingleses y holandeses; no se sabe a ciencia cierta en qué mes, pero se conoce el año: fue el de 1625. La isla conquistada fue Santa Cruz, la mayor del grupo de las Vírgenes, que se halla al sudeste de Puerto Rico.

Los holandeses habían acordado con España una tregua de paz de 12 años. La tregua se fijó en 1609, de manera que duraría hasta 1621. Pues bien, tan pronto terminó esa tregua organizaron una Compañía de las Indias Occidentales destinada a conquistar y administrar islas an-

tillanas. Dos cosas sobre todo buscaban en ellas: obtener sal, que ya no podían sacar de la península de Araya, y establecer un mercado de venta de negros. La sal les era imprescindible para mantener su industria de pescado y la venta de negros estaba produciendo los beneficios más altos en el ramo del comercio con el nuevo mundo.

Se dice que en 1623 los holandeses tenían unos 800 navíos operando en el Caribe. La cifra parece muy alta, pero aun estimándola exagerada debemos suponer que en el mar de las Antillas había más barcos de bandera holandesa que de cualquier otra. Parece que la mayoría de los traficantes marítimos que operaban de contrabando y conducían negros africanos en esos años eran de esa nacionalidad. Como hemos dicho antes, esos barcos salían de los puertos europeos con artículos manufacturados; se iban a la costa de Guinea, donde cambiaban parte de esos artículos por negros o los cazaban a tiros o los adquirían de los reyezuelos y jefes de tribu; navegaban con ellos hacia el Caribe, donde trocaban el resto de los artículos y los negros por pieles y productos tropicales, y volvían con esa carga a Europa. Como esos buques traficantes llevaban siempre armamento, si en el viaje tropezaban con un navío español que condujera carga valiosa, aprovechaban la oportunidad y lo atacaban.

Con su enorme poderío naval y su desarrollo económico, Holanda, que figuraba entre los imperios nacientes de Europa, decidió lanzarse a la conquista de tierras en el Caribe y empezó por donde habían fracasado los ingleses en 1598; esto es, por Puerto Rico.

El 24 de septiembre de 1625 los vigías del Morro de San Juan avistaron ocho navíos sospechosos; y efectivamente lo eran, porque formaban parte de una armada de 17 que llevaba 2,500 hombres al mando de Bowdoin Hendrick –Henrico para los españoles–, que se dirigía a la isla con el propósito de tomarla. Esos holandeses eran marinos extraordinarios. En una maniobra sorprendente, sus navíos entraron en la bahía de San Juan sin detenerse un minuto, y tan pronto entraron se dirigieron derechamente a tierra y desembarcaron sus tropas. El gobernador español no se dejó amilanar por la pericia y la decisión de los invasores; ordenó la evacuación inmediata de lo que hoy llamamos la población civil y concentró en el Morro a los hombres capaces de combatir. Al mismo tiempo organizó el acarreo hacia el Morro de todo lo

que pudiera ser comestible, desde harinas hasta dulces y caballos. El almirante holandés pidió la entrega de la plaza y el gobernador respondió exigiendo la rendición de la escuadra enemiga. Por fin el 5 de octubre se abrieron las hostilidades con un ataque de los sitiados a las trincheras holandesas y un asalto a la lancha del almirante Hendrick, todo lo cual costó varias vidas a los invasores. La lucha se generalizó, y mientras tanto los pobladores del interior organizaron ataques por la espalda a los holandeses, hasta que el 24 de octubre Henrico dio un ultimátum: o la plaza se entregaba o le pegaría fuego a San Juan. La plaza no se rindió y San Juan fue destruida por el fuego. A finales de octubre, los holandeses se retiraron.

La fecha del ataque a Puerto Rico (1625) da motivo para relacionar el establecimiento de holandeses en Santa Cruz con el viaje de la armada de Hendrick. Tal vez esa armada tuvo desertores, lo que pudo haber sucedido cuando estuvo carenando en Aguada durante un mes, después de la retirada de San Juan, y tal vez esos desertores fueron a parar a Santa Cruz. En cuanto a los ingleses que participaron con los holandeses en la colonización de Santa Cruz, debemos recordar que en Barbuda había ingleses y que muchos de ellos pasaron por esos tiempos a Nevis, de manera que otros pudieron irse a Santa Cruz.

La próxima conquista fue hecha por ingleses nada más y se trató de la isla de Barbados, que está situada al oriente del semicírculo de las de Barlovento, al este de San Vicente. Pero Barbados no le fue arrebatada a España. Que sepamos, ningún navegante español tocó en Barbados en los 135 años que transcurrieron desde el 12 de octubre de 1492 hasta el 20 de febrero de 1627, día en que llegó a sus costas el que se considera su descubridor, el inglés Henry Powell. Powell iba al mando de unos 80 ingleses y siguió hacia la Guayana, de donde retornó con semillas de plantas y 32 indios arauacos, a quienes prometió devolver a la Guayana dos años después; en esos dos años los indios debían enseñarles a los ingleses la siembra y la cosecha de tabaco, yuca y maíz. Los indios fueron esclavizados en Barbados y los que no murieron vinieron a quedar libres sólo en 1655. La colonia prosperó tan rápidamente que en 1628 tenía 1,600 habitantes; es decir, pobladores blancos, porque en esos tiempos los esclavos africanos e indígenas no figuraban en las cuentas oficiales como habitantes. Terminadas las

disputas por los títulos de la propiedad sobre la isla en que se enredaron los comerciantes que habían financiado la expedición de Powell y el conde de Carlisle –a quien el rey la había cedido–, Barbados pasó a ser, de hecho y de derecho, una colonia de Inglaterra, y con los años sería un fuerte punto de apoyo para las actividades conquistadoras de los ingleses en el Caribe.

En lo que se refiere a la región occidental de la zona, los ingleses venían ejerciendo influencia en el istmo de Panamá desde hacía años. En 1617 se sublevaron los indios de la tribu buguebugue de el Darién y se mantuvieron en rebeldía durante 20 años. Los indígenas señorearon un territorio enorme, entre Chepo y Puerto Piñas, asolaron la totalidad de las propiedades en ese territorio y resistieron con éxito todos los ataques que se les hicieron. Un español que se había criado entre los indios del Darién y conocía su lengua y sus hábitos, llamado Julián Carrizolio Alfaraz, fue quien logró convencerlos de que abandonaran su actitud. Pero en esa misma región levantó bandera de rebelión, bajo el título de libertador del Darién, el mestizo Luis García, que atacó y tomó los poblados de Yaviza, el Real, Chepigana, Molineca y Cana, y hubiera seguido tomando pueblos de no haber muerto en un encuentro en las orillas del río Cucunaque.

Ahora bien, no debemos olvidar que a fines del siglo anterior Drake y Hawkins habían estado operando por esas aguas Drake llegó a tener un escondite en la costa del y mantuvo las mejores relaciones con los indios de la zona. En un documento del tiempo de los levantamientos del Darién se dice que los nativos "favorecían a la nación inglesa, y especialmente a don Francisco Draco (Drake), cuyo nombre veneraban".

A fines de 1629 los ingleses dieron el salto hacia el occidente del Caribe y se establecieron en las islas de Providencia (Santa Catalina) y Henrietta (San Andrés). Eso quiere decir que del extremo este del Caribe saltaron al extremo del oeste central. Desde esas islas comenzaron a traficar con los indios de toda la costa del sudoeste y del oeste, a ofrecerles sus facilidades de puerto a contrabandistas holandeses y a piratas que atacaban establecimientos españoles de las vecindades. Al mismo tiempo, las dos colonias de Saint Kitts –la inglesa y la francesa– y la de Nevis comenzaban a reorganizarse, pues como sucedería tan a menudo en los años de ese siglo XVII, los españoles que la habían atacado no de-

jaron guarnición en ninguna de las dos islas y aquellos pocos cientos de ingleses que se habían refugiado en los montes de Saint Kitts pudieron volver a sus propiedades tan pronto se alejó la flota de don Fadrique de Toledo, y pudieron dedicarse a reconstruir lo que los españoles habían destruido, mientras los franceses que se habían quedado en algunas islas vecinas pudieron volver a hacer otro tanto. Al mismo tiempo el mayor número de los franceses –como hemos explicado en el capítulo anterior– que no volvieron a Saint Kitts fueron a establecerse en el oeste de la Española y en el 1630 estaban adueñados de la Tortuga, pero como esos franceses eran bucaneros y los bucaneros formaban una sociedad sin gobierno, ninguno de esos dos territorios pasó a ser colonia francesa por el momento; sin embargo, la Tortuga se convirtió en dependencia de Inglaterra a partir de 1631, cuando la ocuparon los ingleses enviados desde Providencia, y siguió siendo dependencia inglesa hasta 1640, el año en que la tomó el capitán Le Vasseur.

Ahora podemos detenernos unos minutos para ver cuál era la posición que había adquirido Inglaterra en el Caribe sólo siete años después de haber tomado en sus manos la primera de las "islas inútiles", tan poco apreciadas por España. Hacia el este se había establecido en Barbados, Saint Kitts, Nevis y Santa Cruz; hacia el norte gobernaba la Tortuga y hacia el oeste Providencia y San Andrés. Tal vez con la única excepción de Santa Cruz –y esto, hasta cierto límite– todas esas pequeñas islas eran productivas, y en la mayoría de ellas los ingleses comenzaron a producir azúcar, tabaco y maíz casi inmediatamente después de haberlas conquistado, pero eran más importantes como puntos de apoyo para una futura expansión colonial que como productoras de riquezas, pues todas tenían buenos puertos, y algunos de ellos con defensas naturales notables, y el Caribe es un mar y las operaciones que se hicieran en el porvenir serían navales. Por el mar se atacarían las posiciones llamadas a ser conquistadas, de manera que un gran poder naval como era Inglaterra, situado en tres de los cuatro puntos cardinales de ese mar, podía esperar con calma el momento apropiado para extender su dominio en la región.

Pero mientras llegaba ese momento los ingleses no esperarían con los brazos cruzados e iban expandiéndose, a partir de los puntos ocupados, con la lentitud con que se expande la gota de aceite caída en

una tela. En 1632 Edward Warner pasó a ser gobernador de la isla Antigua, donde estaba formándose una colonia inglesa. Este Edward Warner era el hijo del gobernador de Saint Kitts; había llegado a Saint Kitts con su padre a los catorce años y sólo tenía 22 cuando asumió la gobernación de Antigua. En ese mismo año de 1632 un grupo de irlandeses empezó a ocupar la isla de Monserrate y a poco había allí otra colonia inglesa.

Mientras se producía esa expansión en el este, en el oeste, desde Providencia, grupos ingleses bajo la dirección de Susex Camock y Samuel Axe pasaban a la costa de lo que hoy son Nicaragua y Honduras, y establecían contacto con los llamados zambos mosquitos. Estos zambos mosquitos formaban varias tribus de indios que se habían mezclado con negros africanos, y a su vez esos negros procedían de un navío cargado de esclavos que había naufragado por esas aguas. Los viajes de Camock y Axe a la costa de los indios mosquitos –o la Mosquitia, como se llamó después– deben haber comenzado a raíz de haberse establecido los ingleses en Providencia, porque en 1634 Camock abandonó el lugar y Axe se quedó en él asociado a un holandés cuyo apellido, traducido al inglés, era Bluefield, nombre que todavía lleva una villa de la costa, en territorio de Nicaragua.

Los ingleses no llegaron a establecer en ningún momento, de manera formal, una colonia en la Mosquitia; sin embargo, la región estuvo bajo su protectorado alrededor de 230 años –hasta 1860– y todavía en 1894 los mosquitos se consideraban independientes de Nicaragua y pretendían que este país les reconociera moneda propia. Como protegidos de Inglaterra, los mosquitos dieron mucho que hacer en toda la costa, desde Panamá hasta lo que hoy es Belice, según veremos a lo largo de este libro. Dondequiera que actuó un pirata o un capitán inglés en esa región, allí estuvieron los mosquitos combatiendo a su lado; y como era un pueblo belicoso su alianza fue de gran utilidad para Inglaterra en el Caribe.

Dejemos por ahora a Inglaterra en sus posiciones hacia 1634 y volvamos a los holandeses. Después de su fracaso en Puerto Rico y de haber puesto un pie en Santa Cruz, los holandeses buscaron otros lugares donde establecerse. En 1628 pretendieron hacerlo en Tobago, pero los indios caribes de San Vicente y de Granada los atacaban con

tanta insistencia que no pudieron quedarse allí y tuvieron que retirarse en 1630. En 1633 volvieron a Tobago y tres años después –en 1636– una fuerza española que procedía de Trinidad atacó el establecimiento, lo destruyó y llevó prisioneros a 53 holandeses, cuya mayor parte fue ejecutada poco después en Margarita. Parece que algunos holandeses que alcanzaron a huir de Tobago en esa ocasión se fijaron en un punto al norte de Trinidad llamado Toco y en otro punto del sur llamado Moruga, pero los españoles destruyeron también esos focos.

A pesar de todos esos reveses los holandeses lograron establecerse en 1634 en una isla tan importante como Curazao y en sus pequeñas vecinas Aruba y Bonaire. Las tres están situadas sobre la costa venezolana, a una singladura escasa de Coro y Puerto Cabello. El historiador del siglo XX no puede explicarse cómo lo hicieron sin tener resistencia española ni en el momento de su llegada a esas islas ni después. Ese mismo año los holandeses tomaron posesión de San Eustaquio, vecina de Saint Kitts por el noroeste.

Hasta ese momento –es decir, hacia 1634– los franceses parecían hallarse conformes con su colonia de Saint Kitts. Ya a esa altura era relativamente grande el número de franceses establecidos en el oeste de la Española y en la Tortuga, pero la Tortuga se hallaba gobernada por los ingleses y los bucaneros de la Española no reconocían gobierno alguno.

Como habíamos dicho en el capítulo anterior, en el momento en que se produjo el ataque español a Saint Kitts los franceses de esas islas tenían diferencias con los ingleses por la posesión de algunas tierras. Esa situación de hostilidad latente hizo crisis en 1635. En tal año, con la ayuda de sus esclavos negros a quienes De Esnambuc había prometido la libertad si participaban con ellos en la acción, los franceses atacaron a los ingleses y los forzaron a cederles más tierras.

Desde antes de esa victoria, De Esnambuc había ordenado una exploración en Guadalupe, Dominica y Martinica. Como resultado de la exploración se organizaron dos expediciones, una encabezada por el mismo De Esnambuc dirigida a conquistar Martinica y otra en viada desde Francia para tomar posesión de Guadalupe; la última estaba mandada por Charles Liénard, señor de L'Olive, y Jean Duplessis, señor de Ossonville, ambos con rango de cogobernadores.

L'Olive y Duplessis llegaron a Guadalupe a principios de julio de 1635 y De Esnambuc llegó a Martinica en agosto del mismo año. Desde Martinica, De Esnambuc pasó a Dominica y dejó a la cabeza de sus hombres a Jean du Pont, que hizo frente con energía, pero sin crueldad, a un formidable ataque caribe y empezó a organizar rápidamente la nueva posesión de Francia en el Caribe con notable acierto. Aunque Martinica era una isla pequeña tenía una inapreciable riqueza en tierras fértiles, buenos puertos y agua abundante, y Du Pont iba a sacar provecho de todo eso.

La conquista de Guadalupe, en cambio, no se hizo como la de Martinica. Guadalupe había sido durante mucho tiempo el asiento principal de los caribes en las islas antillanas. En la mayoría de esas islas que estaban siendo conquistadas por ingleses, holandeses y franceses, la resistencia fue hecha por los caribes, no por los españoles, que por otra parte nunca llegaron a ocuparlas, de manera que era lógico esperar una resistencia más encarnizada de esos indios bravíos en Guadalupe, donde desde antes de la llegada de Colón habían tenido ellos su punto fuerte en la región.

Duplessis murió poco después de su llegada a Guadalupe y quien comandó la lucha contra los caribes fue L'Olive. El nombre de este conquistador francés está unido, en la historia de las Antillas, a la imagen de la crueldad, pues cometió tantos excesos contra los caribes de Guadalupe que llegó a decirse que ni siquiera los caribes, con su fama de bárbaros caníbales, hubieran llegado tan lejos en la tortura y aniquilación de sus enemigos.

La conquista de Guadalupe se hizo con poco sentido de organización. Los franceses se vieron pronto pasando hambre y sus ataques contra los caribes, cuando éstos no quisieron o no pudieron alimentarlos, desataron la lucha entre indios y franceses. Los caribes corrieron a refugiarse en los bosques, pero volvían a atacar en las sombras de la noche, de manera que se desató una guerra de asaltos y emboscadas que impidió a los franceses dedicarse a producir para comer. Sólo la ayuda de Martinica pudo mantener a Guadalupe mientras se lograba la pacificación de los caribes.

En 1636 murió De Esnambuc, el padre de los establecimientos de Francia en el mar de las Antillas. A su muerte su país estaba asentado

en tres puntos de las islas de Barlovento: Saint Kitts, Martinica y Guadalupe, y además, había muchos franceses viviendo en el oeste de la Española y en la Tortuga.

En 1637 el gobernador de Saint Kitts, sir Thomas Warner –el antiguo capitán Warner–, envió una pequeña expedición inglesa a Santa Lucía, pero los indios caribes se le enfrentaron con igual vigor que el que habían demostrado en 1605 y los expedicionarios no pudieron quedarse en la isla.

En 1638 volvieron los ingleses a Santa Lucía, esta vez en número de 130, y tampoco pudieron quedarse. Ese mismo año, los holandeses ocuparon San Martín, situada en el grupo de Barlovento, al norte de San Eustaquio, pero tuvieron que abandonarla pronto debido a ataques españoles. San Martín era de interés para los holandeses debido a sus salinas naturales.

En 1639 llegó a Saint Kitts el caballero Lonvilliers de Poincy, que había sido designado lugarteniente general de su Majestad para las islas francesas de América y además capitán general de la colonia francesa de Saint Kitts. Este Lonvilliers de Poincy era todo un personaje de Francia, caballero de la orden de San Juan de Jerusalén y alto jefe de la marina de guerra. De los pomposos títulos que llevó al Caribe y de su importancia social y política se deduce que en ese momento Francia se sentía preparada para establecerse en el Caribe y para desenvolver allí una política de expansión. Y así era. En 1635 se había reorganizado la compañía que manejaba los asuntos de San Cristóbal y se había convertido en una Compañía Francesa de las Indias Occidentales, a la que se le confirieron todos los poderes para dirigir la colonización de territorios en el mar de las Antillas.

Sin embargo, De Poincy y la Compañía no se llevaron bien. De Poincy entró en una serie de luchas contra los funcionarios de la Compañía que tuvieron su culminación cuando el rey nombró un sustituto de su lugarteniente general. Pero De Poincy no se dejó sustituir; hizo prender al sustituto, lo mandó a Francia y siguió actuando con sus antiguos poderes como si no hubiera sucedido nada.

Al año de haber llegado a Saint Kitts, De Poincy les arrebataba el gobierno de la Tortuga a los ingleses a través de su amigo, y por entonces subordinado, el capitán Le Vasseur, de manera que ya en ese año

de 1640 Francia contaba en el Caribe con buenas bases para operar sobre cualquier punto de la región, pues había tomado posiciones en el centro y en el norte de las islas de Barlovento y en el canal que separa la Española de Cuba, y tenía entre esas bases la fortaleza natural de la Tortuga, desde la cual podía dominar el canal de las Bahamas.

Ese año de 1640 fue muy agitado en el Caribe. Ya nadie podía poner en duda que la región era una frontera de varios imperios que luchaban por arrebatarse unos a otros lo que pudieran. Españoles, holandeses, ingleses y franceses se disputaban esa frontera con las armas, y en las islas donde había indios caribes –los únicos dueños naturales de esas tierras– éstos defendían con admirable tesón lo que había sido suyo desde los tiempos más remotos.

Siguiendo un orden cronológico, de lo primero que tenemos que hablar es del ataque español a la isla de Providencia. Como de Providencia salían expediciones de ingleses y holandeses –o de ambos combinados– que cometían depredaciones en las costas de lo que hoy son Honduras y Guatemala, los españoles de Cartagena decidieron aniquilar Providencia y en mayo de 1640 se lanzaron al ataque, pero fueron rechazados con pérdidas importantes.

En el mismo año pasaron a manos holandesas las pequeñas islas de Saba y San Martín. Como dijimos hace poco, San Martín había sido ocupada por los holandeses dos años antes, en 1638, y abandonada poco después debido a ataques españoles procedentes de Puerto Rico. De paso diremos que tras la reconquista de 1640, sin que sepamos por qué ni cómo, los holandeses se vieron en el caso de aceptar que San Martín, a pesar de su tamaño minúsculo, quedara dividida entre ellos y los franceses, lo que sucedió en 1648; y así, dividida, ha permanecido hasta el día de hoy sin que esa situación cambiara a lo largo de los siglos por los numerosos ataques que sufrió la isla de parte de los españoles de Puerto Rico.

En ese tempestuoso año de 1640 los caribes de Dominica asaltaron Antigua y Monserrate. Las dos colonias resistieron el ataque, pero los indios secuestraron a la mujer y a los hijos del joven gobernador Edward Warner, lo que da idea de la importancia del asalto a Antigua.

Al año siguiente (mayo de 1641), justamente cuando se cumplía el primer aniversario del frustrado ataque español a Providencia,

surgió frente a esa islita una armada que había salido de Cartagena al mando del almirante español Francisco Díaz Pimienta. Los españoles iban dispuestos a vengar la derrota del año anterior, y la vengaron. No sólo destruyeron la resistencia inglesa, sino que tomaron un rico botín. Sólo en esclavos africanos se llevaron 600. Hay que pensar que los esclavos, a cuyos oídos había llegado sin duda la noticia de que los españoles los trataban con menos severidad que los ingleses, no harían ningún esfuerzo por seguir en manos de los ingleses de Providencia y San Andrés. Precisamente dos años antes se había dado en Providencia la primera rebelión de esclavos que se conoció en los territorios ingleses del Caribe, y había sido sofocada con el típico rigor de los británicos. Antes de salir de Providencia, los españoles destruyeron una por una todas las construcciones hasta los cimientos.

Entre los ingleses que pudieron escapar de Providencia antes del ataque español o que lograron salvarse de la persecución de los navíos españoles, unos cuantos fueron a dar a la Mosquitia y de ahí a la isla de Roatán, situada en el golfo de Honduras, donde se establecieron hacia 1642. Roatán se halla entre las islas de Utila y la Guanaja, frente a Santo Tomás de Castilla y Trujillo; fue una de las islas descubiertas por Colón en su último viaje, y cerca de allí conoció a los "mayanos"; y esa isla era una de las que recorrían 120 años antes los españoles de Cuba cuando salían a cazar esclavos indios.

Ahora bien, esos ingleses de Providencia, dispersados de su asiento por el poder español, no estaban solos. Eran puritanos, y los puritanos dominaban el Parlamento inglés. Por otra parte, Inglaterra estaba dispuesta a arrebatarle a España sus dominios del Caribe, y aunque España tuviera de su parte la razón, puesto que Providencia era posesión española cuando los ingleses la ocuparon en 1629, Inglaterra tenía de su parte la fuerza, y a menudo ésta se impone a la razón. Así, a mediados de 1642, salieron de Inglaterra tres navíos al mando del capitán William Jackson con órdenes de vengar en los establecimientos españoles del Caribe la destrucción de Providencia. Jackson salió de su país con autorización oficial; reclutó hombres en Barbados y en Saint Kitts –alrededor de unos 1,000–, con los cuales se lanzó al ataque de varios puertos.

Jackson era un gran marino, un excelente jefe y un político astuto. Aunque en su primer ataque –a la isla de Margarita– sufrió una derrota, su viaje fue triunfal desde el punto de vista de las órdenes que había recibido, pues atacó varios establecimientos españoles, entre ellos Puerto Cabello y Maracaibo, y tomó otros, como Trujillo, y tuvo éxito resonante en Jamaica. En esa isla desembarcó en 1643 unos 500 hombres y tomó Santiago de las Vegas e impuso a los habitantes una contribución en ganado y comestibles que le permitió alimentar a su gente y refaccionar su próximo viaje, que fue a Trujillo. Al parecer, la vida que hicieron los atacantes ingleses en Jamaica fue tan deliciosa que muchos se escondieron cuando Jackson salió de la isla porque prefirieron quedarse allí a seguir a su jefe. El 20 de julio de ese año (1643), Jackson tomó Trujillo, de donde salió 17 días después con algunos negros y unos 30 españoles que se llevó consigo. Antes de embarcar ordenó el incendio de Trujillo y después se dirigió a México. Todo lo que hemos descrito brevemente va a la cuenta del marino y del capitán de armas. Ahora bien, la obra política de Jackson consistió en que al hablar en cada sitio tomado con la gente importante del lugar dejó la impresión de que ya estaba organizada una alianza europea –inglesa, francesa, holandesa y portuguesa– que tenía lista una gran escuadra para atacar España en el Caribe y despojarla de todos sus territorios. Por eso tienen razón los ingleses cuando dicen que Jackson dejó los establecimientos españoles del Caribe agobiados por el terror.

Debe haber sido poco después del viaje corsario de William Jackson –o tal vez algo más tarde, hacia 1644– cuando los ingleses de Santa Cruz, sin que sepamos por qué causa ni cómo lo hicieron, echaron a los holandeses de la isla.

Si hay puntos confusos en la historia del Caribe, uno es el que se refiere a las actividades de ingleses, franceses, españoles y holandeses en las Islas Vírgenes –y en las de Barlovento más cercanas a las Vírgenes– en esos años que van de 1643 a 1650. Hay ciertas noticias, pero no documentación que merezca crédito, acerca de algunas expediciones hechas por las autoridades españolas de Puerto Rico para sacar a los holandeses de Tórtola en 1646 y a los franceses de Vieques en 1647, pero no sabemos cuándo ocuparon aquellos y éstos Tórtola y Vieques; parece también que los españoles habían logrado reconquistar San

Martín en algún momento antes de 1648 y que tuvieron que abandonarla ese año debido a que en la pequeña isla se presentó una epidemia, tal vez de fiebre amarilla, que fue llevada a Puerto Rico por los soldados que habían estado de guarnición en San Martín. En lo que se refiere a San Martín, sabemos –como hemos dicho hace poco– que en 1648 quedó dividida entre holandeses y franceses, y es posible que esa doble ocupación sucediera algún tiempo después del abandono español, pero es posible que se produjera a seguidas de la desocupación española.

Mientras tanto los franceses fueron ampliando sus dominios bajo la dirección de Lonvilliers de Poincy y alrededor de 1650 habían logrado establecer colonias en San Bartolomé, los Santos y María Galante, Santa Lucía y Granada, y además en la mitad de San Martín.

La conquista de Granada costó muchas vidas de indios caribes y de franceses, más de los primeros que de los últimos, desde luego. Le Compte, el conquistador de Granada, pudo dominar a los indios con el apoyo de unos 300 hombres que le fueron enviados de Martinica.

De súbito, al comenzar el año de 1650, los españoles decidieron atacar a los ingleses en dos puntos opuestos: hacia el este, desde Puerto Rico, en la isla de Santa Cruz; hacia el oeste, desde La Habana, en la islita de Roatán. Como debemos recordar, en Santa Cruz ya no habla holandeses, que habían sido echados de la isla por los ingleses. El ataque español a Santa Cruz fue impetuoso. La isla fue tomada por sorpresa, muchos ingleses resultaron muertos en el acto y otros despachados hacia Barbados. (Lo de Barbados resulta difícil de creer, debido a la distancia a que se hallaba esa isla de Santa Cruz. Es posible que fueran enviados a Barbuda, nombre que a menudo era confundido con el de Barbados.) En el ataque a Roatán la situación se presentó diferente. Roatán fue atacado con cuatro navíos que desembarcaron en la isla unos 450 hombres, a pesar de lo cual los ingleses resistieron y alcanzaron a hacer una retirada lenta y costosa para los atacantes, hasta que en el mes de agosto, cinco meses después de haberse presentado los españoles ante Roatán, llegaron navíos ingleses que evacuaron a los combatientes.

En cuanto a Santa Cruz, tan pronto como fue reconquistada por los españoles, los holandeses de San Eustaquio enviaron una expedi-

ción a tomarla. Tal vez creyeron que en esa ocasión los españoles habían seguido la costumbre de reconquistar y no dejar guarnición. Pero si fue así no acertaron, porque los españoles estaban todavía en Santa Cruz y los holandeses fueron recibidos de la peor manera, al grado que dejaron en manos de los españoles bastantes prisioneros. Parece que en esa ocasión los españoles contraatacaron sobre San Martín e hicieron allí mucho daño, tanto en la parte holandesa como en la francesa.

Al final, el destino de Santa Cruz fue caer en manos francesas, aunque sólo por algún tiempo. De Poincy mandó fuerzas a ocuparla, y esas fuerzas desalojaron a las de España. En 1696 la población francesa de Santa Cruz fue llevada a Cap-Français, en la costa noroeste de la Española –hoy Cabo Haitiano–, para poblar la ciudad, que había sido reconstruida después de haber sido destruida en un ataque de fuerzas que procedían de la parte española de la isla. Al trasladarse a CapFrançais, los pobladores de Santa Cruz se llevaron sus esclavos, sus animales, sus muebles. La isla quedó convertida en la imagen del abandono.

Pero la historia iba por los tiempos de 1650, y si saltamos a 1696 fue sólo para dejar cerrado el capítulo, bastante confuso, de los sucesos de Santa Cruz y de las Islas Vírgenes en esos años. A menudo hallamos esos puntos confusos porque se trata de la historia de una frontera en la que ha habido una guerra casi permanente de siglos, y es difícil reunir toda la documentación referente a los innumerables combates que se dan en las fronteras.

Normalmente los ataques y los contraataques en el Caribe eran el resultado de las guerras de Europa. Durante siglos y siglos no pasaba un año sin que se combatiera en algún lugar de Europa. Con la aparición de los nuevos imperios y de las armas de fuego las guerras se harían en frentes cada vez más amplios y serían cada vez más destructoras; y con el descubrimiento de América esos frentes se extenderían a América. Como vimos en el capítulo VII, en el siglo XVI el país que combatía en toda Europa y en América era España; pero en el siglo XVII ya no era España la que mantenía al mundo en guerra y ya España no tenía que enfrentarse en el Caribe únicamente a navíos corsarios. En el siglo XVII los imperios nacientes chocaban entre sí y enviaban sus fuerzas a chocar en el Caribe.

De esos imperios nacientes, el más agresivo era el inglés. En 1642 había estallado en Inglaterra la revolución de los puritanos, que culminó a principios de 1649 con la decapitación de Carlos I y en 1651 con la derrota de Carlos II en la batalla de Worcester. Oliverio Cromwell, el caudillo puritano, gobernaba el país desde 1653 con el título de Lord Protector. Apenas había terminado la guerra civil inglesa cuando se produjo la guerra angloholandesa, que no llegó a durar dos años, pero que proporcionó a los ingleses la conciencia de su poderío en el mar, puesto que habían vencido a la potencia naval más grande de Europa. La paz con Holanda fue firmada en abril de 1654 y casi inmediatamente después comenzó Inglaterra a preparar una expedición de grandes vuelos destinada a arrebatarle a España las posesiones más ricas del Caribe a fin de tener una base para conquistar más tarde Perú y México y para cortar de manera drástica la ruta de los galeones de la plata, esto es, los que llevaban el oro de la costa del Pacífico a España a través del istmo de Panamá.

Sobre pocos episodios de la política imperial inglesa se ha escrito tanto como sobre esa expedición, lo que se explica por el número de personas importantes que participó en ella o en sus preparativos y sobre todo porque terminó en lo que durante mucho tiempo se consideró un fracaso insigne. Pero de la abundancia de memorias y relatos, correspondencia y actas que produjeron los actores de ese episodio se saca la conclusión de que, por lo menos desde 1647, en los círculos gobernantes y económicos de Inglaterra había el propósito, no bien definido, de conquistar algún territorio español del Caribe, preferiblemente la Española. Había la idea de que la colonización de América del Norte no prosperaría y por tanto sería necesario sacar de allí si no a todos, por lo menos a muchos de los colonos ingleses, y se pensaba que la Española era un lugar ideal para ellos. En 1647 el embajador español en Londres avisó a Madrid que se planeaba atacar esa isla e incluso llegó a anunciar que los ingleses estaban preparando una poderosa flota con tal fin.

Toda revolución produce un estado de ánimo exultante y expansivo, y en el caso concreto de la inglesa del siglo XVII, los vencedores creían que Dios les había señalado para cumplir un papel ejemplar en el mundo. Así se explica que las vagas ideas de 1647, que parecen ha-

ber nacido en la mente de personajes conectados con empresas comerciales en el Caribe, se expandieran en la cabeza de Oliverio Cromwell y de sus colaboradores más cercanos hasta llevarles a concebir la idea de arrebatarle a España todo el Caribe y de avanzar después sobre México y el Perú. En los sentimientos, más que en la opinión, de los jefes puritanos, España no tenía derecho a esos territorios porque les habían sido cedidos por un papa, que era para los puritanos la imagen del anticristo; y además, España, decían ellos, no había poblado ni gobernado esos territorios para el bien de sus pobladores originales, sino para su mal, pero además de esos argumentos un tanto celestia les, Cromwell se indignaba porque España no les permitía a los ingleses libertad comercial en América.

La justificación pública para esa acción de Inglaterra fue escrita nada menos que por el gran poeta puritano John Milton, el –autor de *El paraíso perdido,* que ya estaba ciego. Entre varios puntos, Milton se refería al ataque español a la Tortuga en 1634 y también al de 1641 sobre Providencia como agresiones injustificadas de España contra los ingleses. Pero de lo que escribió el poeta y de todo lo que se argumentó en esos días queda clara una conclusión: que Inglaterra organizó en 1655 la conquista del Caribe porque era ya un país con sustancia imperial que se hallaba en ese momento en la etapa expansiva de su poderío.

El propio Oliverio Cromwell recomendó la toma de Puerto Rico, la Española y Cuba –La Habana, como se le llamaba entonces en Europa a Cuba–, o cualquiera de los tres puntos, como base para lanzarse después a la conquista de Cartagena, donde se establecería la capital del gran imperio inglés del Caribe.

La expedición salió de Inglaterra a fines de 1654, en 34 navíos de guerra y ocho auxiliares; en estos últimos iba lo que hoy llamamos la impedimenta, es decir, comida, medicinas, ropas, objetos diversos para el uso de oficiales y tropa. La gran armada se detuvo en Barbados, donde se acordó el plan de acción y se estableció que el ataque se haría en la Española, sobre la ciudad de Santo Domingo. En Barbados se embarcaron de 4,000 a 4,500 hombres, reclutados en esa isla y en las vecinas, y se agregaron varias naves; la expedición se dirigió a Antigua, de ahí a Nevis y de Nevis a Saint Kitts, donde también se agregaron

fuerzas. De Saint Kitts navegó por el Atlántico para entrar en el Caribe por el canal de La Mona.

La gran flota inglesa, compuesta a esas fechas de 57 embarcaciones tripuladas por 2,800 marineros y por unos 9,500 hombres de armas, se presentó frente a Santo Domingo el día 13 de abril de 1655. (Para los historiadores ingleses, fue el 23 de abril, lo que se explica debido a que Inglaterra se regía entonces por el calendario Juliano y España, y sus dependencias por el Gregoriano.) Ahora bien, la fuerza inglesa estaba compuesta por hombres sin disciplina, debido a que la mayoría de ellos fueron reclutados en Barbados y Saint Kitts y ni siquiera conocían a sus oficiales. Como se vio en Santo Domingo y se vería después en Jamaica, los servicios de abastecimiento y de comunicación fallaron en los momentos críticos y faltó coordinación entre la marina y el ejército de tierra. El jefe de la primera era el almirante William Penn y el de la segunda, el general Robert Venables, y ambos fueron señalados para sus cargos por el propio Cromwell.

La armada surgió en el Placer de los Estudios –el estuario de la ciudad de Santo Domingo– y el día 25 desembarcó fuerzas en varios puntos de la costa al oeste de la ciudad; el más alejado era Nizao y el más cercano Haina. Una patrulla comandada por un capitán español hizo preso en las cercanías de Nizao a un soldado inglés y éste reveló que los expedicionarios habían desembarcado 6,000 hombres y 120 caballos, con raciones para tres días, que el ataque a la ciudad se produciría el lunes 26 y se tenía prevista la entrada en Santo Domingo para el martes 27.

Ese informe no tardó en hacerse público dentro de la ciudad y, como era de esperar, causó consternación. La población huyó de Santo Domingo llevándose todo lo que podía tener algún valor, desde los esclavos hasta los ornamentos de las iglesias. Hay que tomar en cuenta que Santo Domingo había sido tomada en 1586 por Francis Drake y que entre esos pobladores que huían debía haber algunos con edad suficiente para recordar el ataque de Drake; además hay que tener en cuenta que en esos tiempos coloniales los sucesos importantes eran escasos, por lo cual los de la categoría de la acción de Drake se mantenían vivos en la mente de los jóvenes por transmisión oral. Todo el mundo en Santo Domingo debía tener una idea –con toda seguridad

exagerada– de lo que fue el ataque de Drake, y todo el mundo pensaría que el de Penn y Venables sería igual, si no peor. Sin embargo, Santo Domingo no cayó en manos inglesas. Los defensores, que eran pocos pero aguerridos, se batieron airosamente, y esto, sumado a la desorganización de los atacantes y a la falta de cooperación entre la marina y las tropas de tierra de los ingleses, determinó el fracaso de la invasión. Es probable que el general Venables y sus oficiales esperaran poca resistencia, dado el impresionante poderío inglés, y que las fieras acometidas de los lanceros de a caballo que les hicieron frente en el primer momento, desmoralizaran a soldados y oficiales atacantes. Los lanceros eran en su mayoría naturales de la isla y estaban adiestrados a combatir como miembros de cincuentenas que operaban en el oeste contra los franceses.

Entre Haina y la ciudad había un fuerte –San Jerónimo– en el que los defensores se hicieron fuertes, y de Santiago, la villa más importante del interior de la isla, llegaron refuerzos que formaron un tercer punto de resistencia y de ataque. Ese tercer punto se combinó con el de la ciudad y el de San Jerónimo. El día 6 de mayo las bajas inglesas –entre muertos, perdidos, heridos, prisioneros y enfermos– llegaban a 1,500, la cuarta parte de las tropas desembarcadas. Ante esa cifra en verdad alarmante, los jefes de la expedición resolvieron abandonar la Española, y el día 10 de mayo –según algunos historiadores ingleses, y según otros, el 11; y de acuerdo con el calendario español, diez días más tarde– la enorme escuadra fondeaba en el extremo oeste de la actual bahía de Kingston, isla de Jamaica. Así, la fuerza naval y militar más grande que había navegado por el Caribe en toda su historia había salido de Santo Domingo derrotada sin que haya podido encontrarse hasta hoy una explicación aceptable para esa derrota.

En el momento del ataque inglés, en la Española había tradición de armas; por lo menos había un número de hombres del país dedicados a combatir contra los ocupantes del oeste. Por otra parte, los ataques a la Tortuga habían dado a los naturales cierto grado de confianza en su capacidad militar. Además, desde el último ataque a la capital de los filibusteros (enero de 1654) y desde el rechazo del ataque del caballero De Fontenay (agosto de ese mismo año) había transcurrido tan poco tiempo que todavía debía sentirse en Santo Domingo ese espíritu de victoria que

resulta tan importante a la hora de combatir. Por último, cuando ya se sabía que era inminente la llegada de Penn y Venables, se enviaron a la Española unos 200 hombres y algunas armas, muy pocas por cierto. Todo eso sumado formó una atmósfera de resistencia, y sin duda fue la resistencia inesperada lo que desmoralizó a los jefes ingleses.

Pero precisamente todo eso faltó en Jamaica, donde además todavía estaba fresco el recuerdo de la incursión de Jackson, que había ocurrido doce años antes. Así se explica que Jamaica cayera fácilmente en manos de los que no habían podido tomar la Española. Al llegar frente al puerto, la armada inglesa cañoneó unos pequeños fuertes de la bahía y empezó a desembarcar tropas, visto lo cual los españoles se retiraron a Santiago de las Vegas, que estaba sólo a unos diez kilómetros tierra adentro. Santiago de las Vegas fue ocupada al día siguiente. El 17 de mayo (1655) se firmó la rendición. Según advirtieron los ingleses después, las autoridades españolas estuvieron discutiendo detalles de las capitulaciones con el objeto de ganar tiempo a fin de que los pobladores pudieran abandonar la villa e irse al interior con sus esclavos y sus bienes antes de que los ingleses entraran.

Desde hacía tiempo en las montañas del interior de Jamaica había negros cimarrones, y algunos criollos, encabezados por Cristóbal Arnaldo Isasi, fueron a dirigirlos en la lucha contra los ingleses, que comenzó inmediatamente. La resistencia de esos antiguos esclavos, encabezados por el joven criollo jamaicano, es una página notable en la historia del Caribe.

La tropa del general Venables era desordenada y fanática. Su primer movimiento fue saquear las casas en busca de riquezas y el segundo destruir las iglesias católicas. En medio de esas actividades depredadoras, muchos enfermaron debido a los desórdenes en el beber y en el comer, y debido también a los rigores de un clima tropical que en esa época –de mayo a septiembre– llega a sus mayores niveles de calor, humedad y lluvia. En pocas semanas los soldados ingleses mataron unas 20,000 reses –con lo cual, desde luego, llenaron de indignación a los dueños– y como dejaban que los restos se pudrieran sobre el terreno, las bacterias de las enfermedades tropicales se multiplicaban y causaban bajas entre los invasores. Los cimarrones y su jefe se aprovechaban de esa situación, obtenían el respaldo de los habitantes de la

isla y con su ayuda organizaban asaltos a los ingleses, quemaban establecimientos ocupados por éstos, tomaban guarniciones, y en poco tiempo habían dado muerte a unos 1,000 ingleses.

La situación alarmó de tal manera a Inglaterra que el propio Lord Protector, Oliverio Cromwell, convencido de que el envío de la expedición había sido un pecado y que Dios castigaba a su país por ese pecado, se encerró todo un día a hacer penitencia; y en Jamaica, Venables y Penn entraron en disputas tan agrias que al fin Venables –que había caído seriamente enfermo– anunció que iría a Inglaterra, lo cual preocupó al almirante Penn de tal manera que se precipitó a salir antes que el general. Cuando llegaron a Londres, por cierto con pocos días de diferencia, ambos fueron enviados a la Torre, el presidio de Estado inglés, y estuvieron allí un mes.

Pero la situación de Jamaica no mejoraba; al contrario, empeoraba. Había hambre y los oficiales ordenaron a la tropa dedicarse a sembrar maíz, yuca, y otros víveres, y los soldados se negaron a hacerlo. En poco tiempo, como les había sucedido a los españoles que fueron con Colón a la Española en 1493 –es decir, 172 años antes–, los ingleses estaban comiendo lagartos, ratas, culebras, ranas y lombrices. En medio de ese estado de cosas se presentó una disentería que mataba a los hombres a razón de 600 por mes. El mayor general Roberto Sedgewicke, que había sido designado por Cromwell su delegado personal en Jamaica, murió a causa de la epidemia.

La terrible epidemia se extendió a toda la población de la isla, y como los españoles y muchos criollos huían a Cuba, el mal fue llevado a Cuba y también se extendió por toda aquella isla y causó en ella tantos estragos que se consideró durante mucho tiempo como la más mortal de las plagas que había padecido el país. Cuando desde España se le ordenó al gobernador de Cuba que diera ayuda a las fuerzas de Isasi, que combatían en Jamaica, el gobernador alegó que la epidemia era de tal magnitud que si enviaba hombres a Jamaica iba a quedarse sin fuerzas para defender la isla si era atacada.

A pesar de eso, Isasi y sus cimarrones seguían luchando. Sufrieron una derrota de importancia en 1657, pero en mayo del año siguiente (1658) Isasi, que había hecho un viaje a Cuba, estaba en Jamaica con 1,000 hombres y se hizo fuerte en Río Nuevo, al norte de la isla. Los

ingleses, que estaban en la costa del sur, embarcaron tropas en Cayagua (Port Royal) y atacaron a Isasi el 22 de junio. Al frente de los ingleses iba el gobernador Doyle en persona, lo que da idea de la gravedad que los invasores le atribuían a la situación. Isasi perdió en esa oportunidad casi la mitad de sus efectivos entre muertos y prisioneros, pero él, y los españoles y los jamaicanos que le quedaron, unidos a los africanos cimarrones, siguieron combatiendo con admirable tenacidad hasta 1660, cuando la resistencia española se agotó.

Pudiera pensarse que al dejar de participar los españoles, la lucha no seguiría; sin embargo, siguió por tanto tiempo que las tropas inglesas tuvieron que confesar su fracaso y en 1720, esto es, 65 años después de la invasión, el gobernador de Jamaica le pidió al rey de Mosquitia una ayuda en hombres aptos para hacer la guerra en los bosques. El rey envió 50 guerreros, que no hicieron nada mejor que los ingleses. En marzo de 1732 se tomaron tres establecimientos de los cimarrones y se afirmó que ya éstos no podrían seguir luchando, pero al año siguiente combatían con su coraje habitual y destruían una columna de 200 marinos que fue enviada a batirlos.

Los negros cimarrones de Jamaica aumentaban con los esclavos que huían de sus amos ingleses y probablemente con los que huían de Cuba y de la parte francesa de Santo Domingo, y su combatividad era tan notable que las autoridades de Jamaica volvieron a pedir ayuda a Mosquitia. De allí enviaron 200 indios, a los cuales se agregaron varias compañías de negros libres y de mulatos. Pero la increíble resistencia de los cimarrones sólo pudo aplacarse cuando el gobierno de Jamaica firmó con los rebeldes un tratado en toda regla, lo que vino a suceder en el mes de marzo de 1739.

La conquista de Jamaica no significó un alto a las tribulaciones de los pueblos del Caribe. Al contrario, a pesar de la lucha contra los españoles y los cimarrones, a pesar del hambre y de las muertes que provocaba la epidemia de disentería, desde Jamaica estuvieron saliendo en esos años expediciones filibusteras que asolaban los establecimientos españoles de la región. Pero el relato de esas expediciones corresponde al capítulo siguiente de este libro, y por tanto no aparecerá aquí.

La paz entre ingleses y holandeses duró poco y la guerra estalló de nuevo en febrero de 1665. Francia, aliada de Holanda, no tardaría en

participar en ella. Pero al principio sólo combatían Inglaterra y Holanda, y las dos tenían posesiones en el Caribe. Como era de rigor, la guerra de las metrópolis pasó rápidamente al mar de las Antillas. Esa guerra, que fue corta y de una violencia aterradora, es uno de los capítulos más sombríos de la patética historia del Caribe. La propaganda mejor hecha sería incapaz de convertir en heroica o patriótica esa guerra del Caribe, que tuvo lugar entre 1665 y 1667, simplemente porque en ella participaron los peores bandidos de la región. Inglaterra había estado persiguiendo y ahorcando en los años anteriores a los piratas de su país que se dedicaban a asolar la región, pero al llegar la guerra al Caribe el gobernador de Jamaica perdonó a catorce filibusteros que estaban condenados a muerte a cambio de que fueran a atacar las posesiones holandesas de las vecindades. Para las tripulaciones y las tropas de esos capitanes se reclutaron "presos reformados". A solicitud de los filibusteros se puso en vigor el viejo código de la sociedad filibustera, la *chasse-partie*, que descansaba en el principio de que sólo habría paga si había presa; es decir, que lo que recibieran los piratas como pago tenía que salir del botín tomado al enemigo.

Los holandeses despacharon hacia el Caribe una armada de catorce navíos al mando del almirante Ruyter, y el mismo día en que éste cañoneaba el puerto de Carlisle, de Barbados –20 de abril de 1665–, salía de Jamaica una expedición de filibusteros puesta bajo el mando de Edward Morgan, tío del célebre Henry Morgan, que iba con grado de coronel, junto con ese Morgan iba otro, Thomas Morgan, teniente coronel, que no tenía nexos familiares con él. La expedición atacó y tomó San Eustaquio, donde hizo un botín de 840 negros esclavos, 300 cabezas de ganado, 50 caballos y 20 cañones. Edward Morgan murió de insolación y le sucedió en el mando el coronel Carey. Éste dispuso el ataque a Saba y a Tórtola, pero sus hombres no aceptaron seguir combatiendo si no se repartía el botín de San Eustaquio; sin embargo, un grupo de ellos se separó del grueso de sus compañeros, asaltó Saba y tomó 85 esclavos negros e indios. El grueso de los filibusteros volvió a Jamaica y el coronel Thomas Morgan quedó al frente del grupo que atacó Saba, con el cual se formaron dos guarniciones que quedaron en Saba y en San Eustaquio.

Francia entró a la guerra, naturalmente del lado de su aliada Holanda, en el mes de enero de 1666. En ese mismo mes dos capitanes filibus-

teros de Jamaica –Searles y Stedman– tomaron la colonia holandesa de Tobago y la destruyeron de tal manera que cuando el gobernador de Barbados llegó con una fuerza destinada a atacar la isla, sólo quedaban en pie el fuerte y la casa del gobernador holandés. Los filibusteros accedieron a no demoler las dos construcciones, pero a cambio de que se les autorizara vender en Barbados el botín que habían hecho en Tobago.

Mientras tanto el gobernador de Jamaica había estado tratando de organizar una expedición para tomar Curazao, donde los holandeses habían establecido un mercado de esclavos que era en ese momento el más importante del Caribe. Para jefe de esa expedición el gobernador seleccionó a un viejo capitán filibustero llamado Mansfield, conocido en los establecimientos españoles de la región por el nombre de Mansafar. Este Mansafar era uno de los criminales más empedernidos de la sociedad filibustera. Cuando estuvo aviado para tomar Curazao, se dirigió a Cuba y saqueó varios puntos de esa isla; hizo estragos en una incursión a Granada, en Nicaragua, y entró a Costa Rica asolando todo lo que se ponía a su alcance, como veremos en el próximo capítulo de este libro. De paso, y según él mismo dijo, para demostrarle al gobernador de Jamaica que él era leal, tomó Providencia a mediados de 1666, y el gobernador de Jamaica se apresuró a enviar un gobernador a la pequeña isla. Mansfield dejó una guarnición en Providencia, pero el 10 de agosto de 1666 una armada española procedente de Cartagena rindió esa guarnición y se la llevó presa a Portobelo.

Aunque la guerra entre franceses e ingleses había comenzado en enero de 1666, los gobernadores de los territorios de ambos países la esperaban desde antes porque unos y otros sabían que Francia era aliada de Holanda y estaban convencidos de que Francia haría honor a esa alianza. En la isla de Saint Kitts, la primera colonia que tuvieron –por cierto al mismo tiempo Inglaterra y Francia en el Caribe–, los dos gobernadores –el coronel William Watts, inglés, y el señor de Sales, francés– decidieron renovar el acuerdo que habían hecho Warner y De Esnambuc en 1627, por el cual las dos colonias se conservarían neutrales en caso de guerra entre sus respectivas metrópolis a menos que los gobiernos francés e inglés dieran órdenes expresas en sentido contrario.

Pero ese acuerdo tan juicioso no se mantuvo, porque sucedió que el teniente gobernador Watts recibió la noticia de que Francia había entrado

la guerra y desconfió de los franceses de la isla, por lo que sin informar a Sales pidió refuerzos a Nevis y llamó a Saint Kitts a Thomas Morgan, que estaba como jefe de las guarniciones filibusteras de Saba y San Eustaquio. Morgan llegó a Saint Kitts con sus hombres, que no tenían precisamente apariencia de predicadores. Esos movimientos les hicieron creer a los franceses que iban a ser atacados por sorpresa y el gobernador de Sales decidió atacar antes. Así lo hizo el 20 de abril de 1666.

La batalla de Saint Kitts fue de una fiereza increíble. De parte de los franceses participaron hasta los esclavos. Todos los jefes murieron o cayeron malamente heridos, los franceses –el señor de Sales y un sobrino del caballero De Poincy, que había sido el primer capitán general francés de la isla– y los ingleses –el teniente gobernador Watts y el coronel Morgan–; los filibusteros de Morgan creyeron que habían sido traicionados por Watts y se dispusieron a vengar la muerte de su jefe, lo que hicieron atacando a la mujer de Watts y saqueando su casa, de manera que al ataque francés se sumó la rebelión de los filibusteros. Los ingleses tuvieron que capitular y unos 8,000, con sus esclavos y los bienes que pudieron llevarse abandonaron la isla para refugiarse en otros territorios ingleses. Los que se quedaron fueron obligados a jurar lealtad al rey de Francia.

Lord Willoughby, el gobernador de Barrbados, recibió órdenes de reconquistar Saint Kitts y salió con una flota que se dirigió a Martinica y a Guadalupe para tomar algunas presas francesas, si podía, pero en aguas de Guadalupe la armada fue destruida por un huracán –era fines de julio, época de ciclones en el Caribe– y lord Willoughby se perdió con su navío. Algunos de los supervivientes lograron llegar a los Santos, pero tuvieron que rendirse a los franceses después de unos pocos días de lucha. El hijo de lord Willoughby trató de rescatar a esos ingleses de los Santos y para ello salió de Antigua con algunos barcos pequeños, pero una flota francesa lo interceptó y tuvo que refugiarse en Nevis.

A principios de noviembre, mientras el gobernador inglés de Antigua se hallaba en Nevis, los franceses atacaron Antigua y se llevaron un botín importante, en el que figuraba un alto número de esclavos negros. El gobernador de Antigua volvió rápidamente de Nevis con unos 300 hombres, y cuando los franceses lo supieron retornaron a Antigua en ese mismo mes de noviembre. En esta última ocasión el

saqueo que hicieron los franceses fue total y no quedó una propiedad que no fuera destruida hasta los cimientos.

Al comenzar el año de 1667 los franceses tomaron Monserrate y la mayoría de los irlandeses que habían sido los colonizadores originales de esa isla juraron lealtad al rey de Francia.

Esta parte de la guerra se llevaba a cabo en el triángulo formado por Guadalupe, Monserrate y Antigua. Nevis estaba encerrado a su vez en el triángulo Saint Kitts, Antigua y Monserrate, y no se comprende cómo los franceses no la tomaron o, por lo menos, no la atacaron. Nevis se mantuvo durante toda la guerra como un enclave inglés en una zona dominada por los franceses.

En los ataques a Monserrate y Antigua participaron del lado francés muchos indios caribes que iban en las expediciones tripulando sus tradicionales piraguas, y esos caribes mataron sin compasión a cuanto inglés cayó en sus manos. Esto tiene su explicación. Poco antes de morir, Lonvilliers de Poincy había concluido con los caribes un tratado en el cual se les reconocía la propiedad a perpetuidad de Dominica y San Vicente a cambio de que ellos renunciaran a seguir atacando las otras islas francesas. Los caribes, ese pueblo considerado salvaje y bárbaro, sabían que combatiendo al lado de los franceses defendían su derecho a supervivir por lo menos en dos islas, de las muchas que habían sido suyas. Aleccionados por esa experiencia, los ingleses –que han probado a lo largo de su historia tener la valiosa capacidad de aprender– harían algo parecido dos años después con los caribes de San Vicente y Santa Lucía.

Con la batalla de Saint Kitts los filibusteros de Saba y San Eustaquio quedaron fuera de acción; con la pérdida de la flota de lord Willoughby, Barbados quedó en estado de debilidad. Así, pues, los holandeses se lanzaron a reconquistar Saba y San Eustaquio en el extremo norte de las Barlovento y Tobago en el extremo sur, y bloquearon Barbados por mar. Se estaba ya en el año final de la guerra, que iba a terminar en 1667 con el tratado de Breda, y parecía que el poder inglés iba de caída, por lo menos en el Caribe.

Pero Inglaterra reaccionó y envió a Barbados una flota que levantó el bloqueo a que estaba sometida esa isla, derrotó en las cercanías de Nevis a una armada combinada de franceses y holandeses –en la que

había piraguas caribes– y reconquistó Antigua y Monserrate. El 7 de junio una fuerza de 3,000 hombres atacó Saint Kitts, pero tuvo que retirarse a Nevis con fuertes pérdidas, y Saint Kitts quedó en manos francesas hasta el año de 1671.

Diremos de paso que los caribes de Dominica, que no tenían por qué respetar los acuerdos de Breda, seguramente estimulados por el espectáculo de depredaciones, saqueos, incendios y matanzas que les habían dado los europeos, siguieron la guerra por su cuenta después que se había acordado la paz, y desataron sobre Antigua y Monserrate numerosos asaltos en los que quemaban, mataban y saqueaban de acuerdo con sus viejas tradiciones de pueblo guerrero.

En medio de la contienda hubo gente de varias nacionalidades que fue a refugiarse a Santomas. Esa pequeña isla de Santomas, en el grupo de las Vírgenes, no tenía agua corriente. Hacia 1657 había habido allí un establecimiento holandés que se deshizo. En 1666, entre los refugiados de Santomas había algunos daneses. Santomas tenía un puerto y alguien que había estado en la isla debió interesar a Cristián V, rey de Dinamarca, en ese pequeño punto del Caribe, porque el 11 de marzo de 1671 el rey formó la Compañía de las Indias Occidentales sin que Dinamarca tuviera un territorio en esas Indias.

Es el caso que a principios de 1672 los pocos habitantes de Santomas se declararon dependientes de Dinamarca y a poco, ese mismo año, llegó a la isla una expedición danesa. Como Dinamarca tenía ya una concesión en Guinea –África–, se autorizó a la Compañía a llevar negros africanos a Santomas, y así acabó esa isla de las Vírgenes convirtiéndose en un mercado de esclavos en el Caribe. Unos años después, en 1697, los daneses de Santomas ocuparon Saint John, una isla vecina, aunque tardaron hasta 1717 para colonizarla, y una vez ocupada Saint John establecieron la soberanía danesa sobre los numerosos islotes que había entre Santomas y Saint John. Y así fue como antes de que terminara el siglo de la desmembración del Caribe entró en sus aguas un nuevo poder europeo.

Cuando en 1672 estalló de nuevo la guerra de holandeses contra ingleses, éstos reconquistaron la isla Tórtola, también del grupo de las Vírgenes, y parece que Tórtola quedó en poder de Inglaterra hasta 1688. Debemos suponer que después de asentarse allí los ingleses pro-

cedieron a ocupar las islitas vecinas de Tórtola, y que luego se extendieron hacia Anegada, en el extremo occidental del grupo de las Vírgenes, y hasta Sombrero y Anguila, en el extremo norte del grupo de Barlovento. Con esas pequeñas islas en su poder, Inglaterra pasó a dominar el Paso de la Anegada, una de las puertas del Caribe.

El grupo de las Vírgenes iba a acabar dividido entre Inglaterra y Dinamarca cuando esta última le compró a Francia la isla de Santa Cruz –la más grande de las Vírgenes–, que como sabemos había quedado totalmente despoblada después que sus habitantes fueron llevados, con todas sus pertenencias, a poblar la reconstruida ciudad de Cap-Français en el oeste de la Española.

A juicio de los políticos, los banqueros y los comerciantes ingleses de 1655, la conquista de Jamaica fue un fracaso insigne. La flota más grande y el ejército más numeroso que habían navegado en aguas del Caribe vinieron a servir únicamente para conquistar un territorio pobre, poco poblado, punto menos que desconocido, que no tenía para los aventureros de Inglaterra el atractivo de otros sitios a los cuales estaba vinculada la imagen de los grandes capitanes ingleses del siglo anterior, como sucedía con Cartagena y Santo Domingo. Pero Jamaica resultó, inmediatamente después de conquistada, una base excepcionalmente buena para la guerra y para el comercio de los ingleses en el Caribe. Desde Jamaica, que marcó el punto más alto en el proceso de la desmembración del Caribe en el siglo XVII, salieron los filibusteros a combatir contra ingleses y holandeses y salieron los madereros a establecerse en las costas de Yucatán y el reino de Guatemala.

El crecimiento de las ciudades, la construcción de barcos, el uso de leña para industrias que se ampliaban, la reconstrucción de Londres –que había sido destruida por el fuego de 1666–, encarecieron en el siglo XVII la madera europea a un nivel tan alto que la tonelada llegó a pagarse entre 25 y 30 libras inglesas, lo que para la época era un precio fabuloso. Al mismo tiempo las fábricas de tejidos y otras industrias necesitaban tintes, y en los bosques del Caribe había maderas ricas como la caoba para la construcción y tintóreas como el campeche. La explotación de los bosques del Caribe se intensificó de tal manera que hacia el año de 1670 había más de 30 navíos que se dedicaban a llevar madera de las costas de Yucatán a Jamaica, de donde era despachada a

Inglaterra. De las cabañas de los madereros ingleses de 1670 saldría, con el andar de los años, lo que después se llamaría Honduras Británica y hoy se llama Belice.

Evidentemente, el siglo XVII fue el siglo de la desmembración del Caribe.

Capítulo X

El tiempo del espanto

La desmembración del Caribe estaba costándole a sus pueblos vidas, bienes y angustias, pero se trataba al fin y al cabo de un proceso histórico determinado por el juego de las fuerzas que operaban en Europa. Como posesión de un país que se hallaba en Europa, al Caribe le tocaba correr la suerte de su metrópoli. Ahora bien, las luchas europeas, reflejadas en el Caribe, produjeron en el mar de las Antillas un estado de descomposición. Al Caribe fue a acumularse lo peor de Europa; allí fueron a reunirse los hombres más violentos, los de apetitos más desordenados, los que no podían conformarse ni siquiera con la violencia y la crueldad que se usaban en las guerras de Europa. Esos hombres fueron los que desataron el tiempo del espanto en el Caribe.

¿Cómo eran ellos, qué fuerzas interiores los gobernaban?

Eran individualistas en el grado más alto y al mismo tiempo se negaban a aceptar los principios de la sociedad individualista. Hubo casos en que alguno de ellos acabó sometiéndose a servir a un gobierno; así sucedió, por ejemplo, con Henry Morgan. Pero hubo casos opuestos, como el de Grammont, que de oficial de la marina real francesa pasó a filibustero.

Como no se hallaban integrados en la sociedad de su época, esos hombres no actuaban con sentido político. El hecho político tiene un límite, y ellos no tenían conciencia de los límites. Ellos mataban y robaban, torturaban, quemaban, destruían, porque el poder de destruir es el único que iguala a las almas primitivas con los dioses.

Igual que los dioses, los hombres que desataron en el Caribe la era del espanto se sentían dueños de su propio destino y a la vez dueños

de las vidas, los bienes y el destino de pueblos enteros. Eran omnipotentes; tenían la libertad de hacer y deshacer sin que tuvieran que rendir cuenta a nadie. Vivían impulsados hacia la destrucción, porque el acto de destruir era la expresión más completa de ese poder absoluto que ellos aspiraban ejercer.

Ahora bien, para que pudieran producirse hombres que se colocaban por encima de gobiernos y sociedades se requería la conjunción de ciertas circunstancias. No bastaba el apetito de poder absoluto de esos hombres; hacía falta también una atmósfera propicia para el desarrollo de esos apetitos. Y esa atmósfera había sido creada por las burguesías europeas al desatar las tremendas luchas del siglo XVII para arrebatarse unas a otras los mercados. Europa se había vuelto, gracias a tales luchas, un campo de batalla perpetua, y en esa batalla se formaron los hombres que irían a crear en el Caribe el tiempo del espanto. Para tales hombres, el Caribe era el escenario ideal de sus actividades, puesto que allí había una frontera amplia y alejada donde se combatía sin cesar y donde los gobiernos de Europa necesitaban fieras humanas que les fueran útiles en el propósito de arrebatarle a España sus territorios y sus riquezas.

Esas fieras humanas fueron los piratas o filibusteros, a quienes a menudo se confunde con contrabandistas y corsarios.

Los contrabandistas eran comerciantes del mar; el corsario fue un soldado de las aguas que combatía a las órdenes de su gobierno, unas veces con las armas y otras haciendo comercio. Pero los piratas o filibusteros eran criminales que fueron usados, mientras les convino, por los gobiernos de Inglaterra y Francia como fuerzas de choque para destruir o debilitar el poder de España en el Caribe.

Los piratas del Caribe formaron una versión moderna de los clásicos piratas del Mediterráneo, pero a la vez eran diferentes. Los del Mediterráneo eran sólo ladrones del mar que se agrupaban, cada grupo en un barco bajo un capitán, pero los filibusteros eran una sociedad que se regía por un código –la *chasse-partie*–. Los filibusteros no tenían divisiones ni de raza ni de religión ni de nacionalidad ni de lengua. Todo el que se sometía al código filibustero era un miembro de su sociedad y sus derechos eran escrupulosamente respetados por los demás miembros de esa sociedad. En un buque filibustero había fran-

ceses, ingleses, holandeses, portugueses, irlandeses, alemanes; y sí el capitán era inglés o francés no favorecía a sus connacionales a la hora de repartir el botín: a cada uno, fuera blanco, negro, viejo, joven, del país que fuere, le tocaba lo que estipulaba la *chasse-partie*. Por algo los filibusteros se llamaban entre sí "los hermanos de la costa". En realidad, se sentían unidos en una hermandad verdadera, que estaba por encima de la hermandad legal.

A fin de que podamos distinguir entre corsarios y filibusteros, vamos a relatar dos casos de ataques corsarios en el Caribe ocurridos poco antes de que se estableciera la sociedad filibustera, y después relataremos algunos ataques de filibusteros producidos en los días de esplendor de la sociedad filibustera. De los relatos se desprenderá la diferencia entre corsarios y filibusteros.

Cuando la última expedición de sir Walter Raleigh fracasó en la Guayana en 1618, algunos de sus navíos se dedicaron a hacer el corso en el Caribe. Es a esos navíos a los que se refiere el fabuloso capitán Contreras cuando habla en sus memorias de un bajel que apresó en las vecindades de isla de Pinos. "Era inglés, de los cinco de Guatarral", dice Contreras. "Guatarral" era Walter Raleigh, y este caballero inglés no fue pirata como se dice a menudo en la literatura histórica de la lengua española; era un corsario que salió varias veces de Inglaterra con autorización de su gobierno para conquistar tierras y colonizar. El capitán Contreras, que había hecho la guerra en el Mediterráneo y en Europa, sabía que ese bajel era corsario, aunque él mismo le llamara pirata, y no mató a sus tripulantes, sino que los hizo presos. Los navíos de sir Walter Raleigh estuvieron en el Caribe haciendo el corso, no pirateando.

Los holandeses, que habían estado contrabandeando en el Caribe desde hacía muchos años, se lanzaron al corso en la región hacia 1623, después que su país reanudó la guerra con España al finalizar en 1621 la tregua de doce años que se había acordado en 1609. Los corsarios holandeses hicieron estragos; se afirma que entre 1623 y 1626 apresaron unos 500 navíos españoles. Pero el episodio más notable de la guerra de corso hecha por Holanda en el Caribe fue la destrucción de la flota anual española ocurrida en aguas cubanas el 8 de septiembre de 1628. El almirante Piet Heyn, al mando de 30 navíos con 700 cañones, persiguió a la flota española desde el cabo San Antonio hasta frente a Matanzas,

donde la obligó a embarrancar, y se llevó a Holanda oro, plata, azúcar, maderas y otros productos que fueron vendidos en 15'000,000 de guilders. La Compañía Holandesa de las Indias Occidentales –que era la máxima autoridad en todo lo que se refería a las Antillas holandesas y la que financiaba a los corsarios– vendió esos productos y ese año repartió entre sus accionistas un beneficio de 50 por ciento, caso único en la historia de compañías similares. Los historiadores de lengua española llaman a Piet Heyn el pirata, Pata de Palo, pero no era pirata sino un capitán corsario, y por cierto de mucha categoría.

El tipo de guerra que hacían los corsarios tenía sus límites, pero la de los filibusteros no reconoció ningún límite. Y sucedió que en pocos años la guerra infernal de los filibusteros oscureció la de los corsarios y acabó desplazándola. A tal punto llegó ese desplazamiento que hacia 1665 el gobierno inglés se asociaba a los filibusteros para que lo ayudaran a combatir a otros gobiernos europeos en el Caribe. Como era lógico que sucediera, los filibusteros se sentían más poderosos que nunca bajo el amparo del gobierno inglés.

Fue así como la guerra del mar en el Caribe dejó de ser guerra y se convirtió en una sucesión interminable de crímenes que a menudo carecían de justificación, ni siquiera la del robo. Algunas veces un jefe filibustero atacaba una población en la que sabía que no iba a encontrar nada que saquear porque había sido saqueada o destruida poco antes por otro capitán filibustero. Por ejemplo, a fines de octubre o principios de noviembre de 1656 la ciudad de Santa Marta fue saqueada e incendiada por filibusteros ingleses; pues bien, pocas semanas después, cuando apenas 100 vecinos se habían atrevido a volver de los bosques donde habían estado escondidos y se hallaban reconstruyendo sus viviendas, llegó otra flotilla filibustera y quemó los hogares que esos desdichados estaban levantando.

Un libro de mil páginas resultaría corto a la hora de relatar todas las fechorías de los piratas del Caribe. Hemos ofrecido contar algunas, y lo haremos, pero antes debemos explicar algo.

La Tortuga había sido la capital de la sociedad filibustera hasta 1655, año en que los ingleses conquistaron Jamaica. A partir de entonces comenzó a aparecerle a la Tortuga una competidora; era Port Royal, una ciudad que se hallaba al extremo de la pequeña península que

cerraba por el sur la bahía de Kingston. A partir de 1655, pero sobre todo desde 1665, los filibusteros ingleses se fueron de la Tortuga y comenzaron a operar desde Port Royal. Ésa fue la primera grieta que tuvo la sociedad filibustera, pues ahí comenzó a dividirse a causa de la nacionalidad de sus miembros.

Los filibusteros ingleses fueron llamados por el gobierno de Jamaica para que combatieran contra holandeses y franceses del Caribe. A tal fin se les daba patente de corso, pero tenían que reclutar sus tripulaciones sobre los principios de la *chasse-partie*, esto es, a base del código filibustero. Además de eso, tenían que compartir el botín con el gobierno de la isla. Hemos dicho "con el gobierno de la isla", no con el gobernador. Los filibusteros de la Tortuga daban el 10 por ciento del botín al gobernador como gratificación personal; eso no sucedía en Jamaica. En sus relaciones con los filibusteros, el gobernador de la Tortuga era un socio, un cómplice; en sus relaciones con los filibusteros ingleses de Port Royal, el gobernador de Jamaica era un funcionario del gobierno inglés.

Los filibusteros de la Tortuga no violaron nunca, hasta donde se sepa, la *chasse-partie*; en cambio conocemos dos casos de violación de ese código por parte de los capitanes filibusteros de Port Royal. Cuando Cristóbal Myngs volvió a Jamaica cargado de botín hecho en los saqueos de 1659 en Puerto Cabello y Coro, retuvo para sí 12,000 pesos de plata, lo que le valió ser enviado a Inglaterra acusado de robo; y al final de la toma de Panamá en 1671, Henry Morgan se negó a darles a sus compañeros piratas lo que les correspondía según la *chasse-partie* que había firmado con ellos.

La monarquía fue restaurada en Inglaterra con la proclamación de Carlos II el 8 de mayo de 1660 –en los días del caso de Cristóbal Myngs– y en sus primeros tiempos el régimen monárquico no fue precisamente un espejo de moralidad pública. Cristóbal Myngs volvió a Jamaica limpio de pecado e inmediatamente se dedicó a su antiguo oficio de filibustero. El 15 de octubre de 1662, Myngs estaba frente a Santiago de Cuba con once navíos y 1,300 hombres; tomó la ciudad y se dedicó a cometer en ella las tropelías habituales de los filibusteros, y envió a sus hombres a los campos vecinos a buscar tesoros ocultos y a destruir todo lo que les saliera al paso.

En 1664 andaban pirateando por Centroamérica tres capitanes de Port Royal llamados Morris, Jackman y Morgan. Este último sería pronto el rey de la sociedad filibustera del Caribe, el célebre Henry Morgan. Esos tres jefes ingleses habían estado haciendo estragos en el Golfo de México, luego piratearon el puerto de Trujillo y varios otros establecimientos españoles de la costa centroamericana y por fin entraron en el Desaguadero con un plan tan osado que sólo podía caber en cabezas de hombres que se sentían, como hemos dicho, con tanto poder como los dioses. Acompañados por indios mosquitios, escondiéndose de día en las orillas del río y remando de noche, Morgan y sus compañeros recorrieron los 195 kilómetros del Desaguadero corriente arriba; cruzaron el lago de Nicaragua casi en toda su extensión –por lo menos 150 kilómetros– y cayeron en Granada sin que las autoridades del país tuvieran la menor sospecha de lo que estaba sucediendo. La entrada de los filibusteros a Granada fue una sorpresa tan perfecta que llegaron a la plaza central en pleno día, desmontaron 18 cañones, hicieron presos dentro de la iglesia principal a más de 300 personas y se dedicaron a saquear la ciudad con eficiencia ejemplar.

Pues bien, un año después se repetía la toma y el saqueo de Granada. En esta ocasión el jefe pirata fue Mansfield. En el capítulo anterior explicamos que el gobernador de Jamaica –sir Thomas Modyford– había encargado a Mansfield que organizara un grupo de filibusteros para atacar Curazao, la isla holandesa de Sotavento. Pero cuando Mansfield tuvo listos a sus hombres, en vez de ir a combatir a los holandeses en Curazao se lanzó a atacar y saquear los establecimientos españoles en Cuba, a pesar de que Inglaterra y España no estaban en guerra.

En los días de la Navidad de 1665, Mansfield y sus hombres atacaron un lugar de Cuba que figura en los documentos de la época con el nombre de Cayo. A nuestro juicio debió ser algún establecimiento situado en la costa sur de la parte oriental de la isla. Allí mataron a 22 españoles que ocupaban un bajel, saquearon una población cercana; luego se dirigieron hacia el poniente, sobre la banda del sur, desembarcaron en un punto que debió ser donde se halla actualmente Júcaro y se internaron unos 60 kilómetros hasta Sancti Spíritus, una villa del centro de la isla; allí establecieron su cuartel general en la iglesia más

importante, procedieron al saqueo sistemático de la población y se fueron con esclavos, ganado y varios vecinos ricos.

Después de esa hazaña, Mansfield resolvió tranquilizar el ánimo del gobernador de Jamaica, que le había dado comisión de corso para ir a tomar Curazao; puso proa hacía el sur y cayó sobre la isla de Providencia, que no era posesión holandesa, sino española. Providencia cayó en manos de Mansfield, que dejó en ella una guarnición filibustera y siguió hacia la costa de Mosquitia. Se supone que de Mosquitia debió haber salido hacia Curazao o cualquiera otra posesión de Holanda, puesto que su país estaba en guerra con Holanda. Pero no; el filibustero Mansfield remontó el Desaguadero y repitió lo que habían hecho el año anterior Morgan, Morris y Jackman. Una vez hecho el saqueo concienzudo de Granada, Mansfield pasó a Costa Rica, donde quemó las haciendas y los villorrios que halló al paso, desjarretaba los caballos y las reses, talaba los árboles frutales, decapitaba las imágenes religiosas. Aquello no era una invasión de hombres: era una horda de demonios que iba asolando la tierra.

Mansfield llevó su botín a Port Royal, donde en buena lógica debió ser recibido con hostilidad porque había engañado a sir Thomas Modyford. Pero parte del botín que llevó Mansfield era la isla Providencia. El gobernador aceptó la isla "tomando en cuenta que su buena situación puede favorecer cualquiera empresa" (quería decir en territorio español del Caribe), y envió a la isla soldados para reforzar la guarnición que había dejado allí el pirata. En el mes de noviembre (1666) el gobierno inglés aprobó la medida y nombró a un hermano de Modyford teniente gobernador de Providencia.

Cada vez era más frecuente la llegada a Port Royal de algún filibustero cargado de botín. La plata y las mercancías que entraban en Port Royal estaban dando animación al comercio de Jamaica. Sir Thomas Modyford comunicó al gobierno inglés, en agosto de 1665, que las autorizaciones que él les daba a los filibusteros para atacar los establecimientos y los buques españoles en el Caribe, y las condiciones que les ofrecía para vender el producto de sus saqueos en Port Royal, estaban produciendo muchos beneficios a Jamaica. El gobernador describía en esa carta los cambios que estaban operándose en Port Royal y además decía que se estaba "sacando buen partido" de los piratas de la Tortuga

que habían pasado a la base de Port Royal, y agregaba que "últimamente David Marteen, el mejor hombre de la Tortuga, que tiene dos fragatas en actividad, ha prometido traerlas ambas". Como puede verse, las autoridades de Jamaica hacían lo que hoy llamaríamos buena promoción de su negocio.

Efectivamente Modyford tenía razón cuando se alegraba de que muchos de los filibusteros de la Tortuga estuvieran pasando a Port Royal o estuvieran "trabajando" con los capitanes que operaban desde Port Royal. Pero cuando él escribía esa carta ya estaba en la Tortuga Bertrand de Oregón, y bajo De Oregón los filibusteros franceses iban a encontrar estímulos para hacer renacer a la Tortuga como capital filibustera.

No era cierto que ese David Marteen de quien hablaba Modyford fuera "el mejor hombre de la Tortuga". Por el apellido se deduce que debía ser holandés, pero su nombre es punto menos que desconocido. En la pequeña isla del noroeste de la Española había capitanes de gran talla; un Grammont, un Olonés, un Laurens de Graaf, un Miguel el Vasco, estrellas de primera magnitud en el cielo del filibusterismo que sólo iban a ser superados por ese sol del crimen que se llamó Henry Morgan.

El Olonés –cuyo nombre era Juan David Nau– y Miguel el Vasco se lanzaron a la toma de Maracaibo y Gibraltar, en 1667 según unos autores y en 1668 según otros. Oexmelin describe esa acción en su historia de los filibusteros, pero no da fechas ni siquiera aproximadas. En la operación, de gran envergadura, el Olonés llevaba el mando de la flota y Miguel el Vasco el de las fuerzas que operarían en tierra. Pero en realidad el líder de los filibusteros en ese memorable ataque fue el Olonés.

El fuerte que defendía la barra de entrada al lago de Maracaibo fue atacado en un amanecer. A pesar de la dura resistencia española –en la que participaba, como en todos los casos parecidos en esos años, una mayoría de naturales del país–, los filibusteros tomaron el fuerte y pasaron a cuchillo a muchos de los defensores que sobrevivieron. Maracaibo, que estaba situada sobre la margen occidental de la parte más estrecha del lago, había sido abandonada por sus pobladores y los filibusteros encontraron poco que saquear. Oexmelin dice que en la ciudad sólo había almacenes llenos de mercancías y bodegas repletas de vinos generosos. Pero lo que les interesaba a los filibusteros en primer lugar eran el oro, la plata, las joyas; sin embargo, el Olonés y su gente

no iban a despreciar lo que había en esos almacenes y durante 15 días se dedicaron a comer y a beber bien, y a organizar incursiones a los campos vecinos en busca de gente que hubiera huido con caudales. A los quince días el Olonés se dirigió a Gribraltar.

Gibraltar era una pequeña villa situada a la orilla del lago, hacia el sur. Su importancia consistía en que era el punto de enlace comercial entre Maracaibo y Mérida. Los habitantes de Maracaibo habían huido hacia Gibraltar porque consideraban que allí estaban más seguros. Pero donde había filibusteros no había santuario seguro. El Olonés llevó su gente hasta Gibraltar haciéndola caminar entre lodo que daba a las rodillas. Al final de esa marcha agotadora estaban las defensas españolas y había que tomarlas a cualquier costo. La batalla fue de una rudeza descomunal. Los filibusteros tuvieron unas 100 bajas entre muertos y heridos, un costo altísimo en ese tipo de operaciones, y eso llenó de cólera al Olonés, que pasó a cuchillo a los defensores que sobrevivieron al combate. La matanza fue tan grande que la atmósfera se hizo irrespirable porque los cadáveres quedaron insepultos, para alimento de las aves rapaces que los venezolanos llaman zamuros.

Después del saqueo de Gibraltar, el Olonés planeó un ataque a Mérida, pero sus hombres estaban cansados y los heridos morían de infecciones incurables. Al mes y medio de estar en Gibraltar, el Olonés ordenó pegarle fuego a la villa, que quedó convertida en cenizas, y se fue a Maracaibo con todos los vecinos importantes del lugar, que se llevó en calidad de prisioneros. Al llegar a Maracaibo pidió 500 vacas para dar libertad a esos prisioneros y amenazó pegar fuego a la ciudad si no se las entregaban en el término de ocho días. Además de eso, tuvo la piadosa idea de construir una capilla en la Tortuga tan pronto llegara a la isla y pensó que la mejor manera de ornamentar esa capilla era llevándose de las iglesias de Maracaibo todo lo que tenían, desde los altares hasta las cruces de los campanarios.

El Olonés y sus hombres sacaron de esa expedición 260,000 escudos de plata, más lo que habían tomado en mercancías, que podía alcanzar a unos 100,000; además, antes de la toma de Maracaibo habían hecho una presa de un buque español cargado de cacao que valía otros 100,000; y por último habían destruido propiedades por 1'000,000.

Ante esa demostración de poderío ofrecida por los hombres de la Tortuga parecían desvanecerse las presunciones de sir Thomas Modyford en cuanto a la mayor categoría de Port Royal como capital de la sociedad filibustera. Pero en ese momento comenzó a surgir el sol de Henry Morgan, que hacia comienzos de 1668, encabezando una expedición formada por ingleses y franceses –aunque como en todo grupo filibustero debía haber también holandeses, portugueses y de otras nacionalidades–, entró por los jardines de la Reina, en la costa sur de Cuba, y atacó Puerto Príncipe –la actual ciudad de Camagüey–, donde hizo un saqueo minucioso, torturó a muchos vecinos para que le dijeran dónde habían escondido sus tesoros reales o supuestos y sólo accedió a no quemar la ciudad a cambio de que le buscaran 1,000 cabezas de ganado. Los vecinos de Puerto Príncipe reunieron las reses, pero Morgan exigió que las sacrificaran, que les deshidrataran las carnes, que las llevaran a la costa y las metieran en los barcos piratas; y la distancia entre la ciudad y la costa era de más de cien kilómetros.

Ese mismo año de 1668 Henry Morgan llevó a cabo su sonado ataque a Portobelo, y después de realizarlo no puede caber duda de que fue él, y no Morris ni Jackman, quien planeó el audaz asalto a Granada. En el ataque a Portobelo no participaron franceses, o participaron muy pocos, de manera que la operación fue realizada por un jefe inglés con fuerzas predominantemente inglesas. La división de la sociedad filibustera en grupos nacionales empezaba a manifestarse, y esto era una lógica consecuencia de la existencia de dos capitales filibusteras, la Tortuga, bajo bandera francesa y Port Royal bajo bandera inglesa. Por el momento, sin embargo, esa división por nacionalidades no iba a durar mucho tiempo. Es sorprendente que tal división se presentara cuando lo que se planeaba era el ataque a una posición española, pues en la disposición a golpear el poder español en el Caribe hubo siempre unidad entre todos los filibusteros. Esa disposición fue tan constante que atacaban los establecimientos españoles a pesar de que en algunos casos los filibusteros sabían que no iban a encontrar ni oro ni plata ni perlas que pagaran los gastos de las expediciones.

Henry Morgan mostró su garra de capitán filibustero en el asalto a Portobelo. Cuando los defensores del castillo que se hallaba en las afueras de la ciudad –un puesto avanzado, para decirlo con propie-

dad– no pudieron seguir resistiendo el ataque de Morgan, procedieron a rendirse. Pues bien, Morgan los hizo encerrar en un salón y voló el castillo entero con una carga de pólvora. Ni uno solo de los que se rindieron salvó la vida. Al llegar a la ciudad, Morgan destinó un pelotón de sus hombres a tomar presos a todos los religiosos que hubiera en iglesias y conventos. Mientras tanto el gobernador de Portobelo se había refugiado en un fuerte y desde allí estaba haciendo una resistencia desesperada y tan efectiva que al cabo de seis horas de lucha Morgan llegó a pensar en retirarse, convencido de que no podría tomar la posición. La conquista de un fuerte pequeño que hicieron sus hombres le hizo cambiar de parecer. Animado por esa conquista, el jefe filibustero decidió forzar la rendición del gobernador y mandó fabricar escaleras para llegar a las ventanas de la parte superior del fuerte enemigo. Esa podía ser una operación normal en un asalto; ahora bien, lo que no fue normal fue lo que Morgan dispuso: que las escaleras fueran colocadas por grupos de piratas encabezados por frailes y monjas. Éstos desdichados tenían que hacer lo que se les ordenaba, y hacerlo bajo el fuego español, pues el gobernador, como era lógico, no iba a dejar de cumplir su deber aunque ello les costara la vida a los religiosos. Muchos de éstos cayeron muertos y heridos. Pero las escaleras habían quedado colocadas donde Morgan había ordenado y los filibusteros pudieron entrar en el fuerte, donde hicieron una matanza espantosa. El jefe español no aceptó rendirse. Gritaba que prefería morir como un valiente antes que ser ahorcado como un cobarde. Su mujer y su hija, que estaban con él, no lograron convencerlo de que cambiara de opinión. Al caer la noche había terminado la batalla de Portobelo y comenzaron entonces el saqueo, la tortura de los presos, la brutalidad criminal desatada sobre las víctimas del filibusterismo. Al llegar a Port Royal, en agosto de ese año de 1668, los piratas de Morgan llevaban 250,000 pesos sólo en moneda, y además todo lo que reunieron en mercancías de valor.

En el mes de marzo de 1669 estaba el terrible Henry Morgan en Maracaibo, la desdichada ciudad de Venezuela que menos de dos años antes había sido asolada por el Olonés y Miguel el Vasco. Igual que esos dos jefes filibusteros, Morgan tomó el fuerte que defendía la barra de entrada al lago, pero a diferencia de ellos, lo desmanteló, y además

procedió, ya en la ciudad, a torturar con refinamiento a los vecinos que no le decían dónde tenían guardadas sus riquezas en oro, plata y joyas. ¿Pero qué tesoros podían tener esos infelices que habían sido esquilmados poco antes por los terribles hombres de la Tortuga? En las tres semanas que Morgan pasó en Maracaibo fueron sometidos al tormento unos cien padres de familia.

Como había ocurrido en la ocasión anterior, los pobladores de Maracaibo habían huido a Gibraltar, y a Gibraltar fueron los piratas a buscarlos. Allí, durante cinco semanas, se multiplicaron los casos de tortura, de robos y de toda suerte de actos depravados. Cuando Morgan decidió salir otra vez a las aguas del Caribe habían pasado entre Maracaibo y Gibraltar dos meses de horrores que las gentes de esos lugares no podrían olvidar.

Mientras tanto a la entrada del lago habían llegado tres navíos españoles de guerra, cuyas tripulaciones construyeron rápidamente un fuerte sobre las ruinas del que Morgan había mandado destruir, y así, cuando a los piratas les llegó la hora de salir al mar se encontraron con el camino bloqueado por ese fuerte y los tres navíos. Pero un capitán filibustero echaba mano a los recursos de su profesión, y en ese caso Morgan usó el brulote, que consistía en un buque cargado de materias inflamables y que se lanzaba en llamas sobre un navío enemigo para que le transmitiera el fuego. El brulote fue dirigido esa vez contra el navío del almirante de la pequeña flota española y Morgan lanzó todas sus fuerzas contra los otros dos navíos. El navío almirante ardió y otro de los barcos encalló, de manera que sólo quedó un buque español en capacidad de resistir, lo cual, desde luego, era imposible.

Las bajas españolas de esa batalla del lago fueron altas, pero un grupo alcanzó a salir nadando a la orilla derecha del lago y en él iba el almirante, don Alonso de Campo y Espinosa, que cayó preso en manos de los filibusteros. Uno de los marinos españoles confesó que en la pequeña flota iban 40,000 pesos en plata. Morgan ordenó el inmediato salvamento de lo que quedaba del navío almirante y efectivamente allí estaba la plata, fundida por el fuego. Morgan logró recuperar la mitad de ese tesoro, pero no se conformó con la mitad y exigió otros 20,000 para devolver la libertad a los marinos presos. El almirante se las arregló de tal manera que obtuvo esa cantidad de los vecinos de Maracaibo.

Por último el jefe pirata pidió quinientas cabezas de ganado, y se las dieron, con lo cual Morgan consideró que su "trabajo" quedaba remunerado, aunque sin duda no en lo que él apreciaba. El 14 de mayo (1669), el jefe pirata entró a la cabeza de su flotilla en Port Royal, cuya población lo aclamaba como se ha aclamado siempre a los vencedores, aunque se trate de piratas.

Ya a esa altura los gobernadores de las posesiones españolas del Caribe habían recibido órdenes de responder con la lengua del cañón a la guerra que les hacían los ingleses de Jamaica. Pero los españoles tardaron en actuar, tal vez porque esas órdenes les tomaron sin la debida preparación.

En junio de 1670 dos navíos procedentes de Cuba atacaron la costa norte de Jamaica, quemaron algunas propiedades y se llevaron unos cuantos prisioneros. Esto, que era una mínima parte de lo que los ingleses hacían contra los territorios españoles, les pareció a las autoridades de Jamaica el colmo de la perversidad española, y el 2 de julio Henry Morgan quedó nombrado jefe de todos los buques de guerra del gobierno de Jamaica.

En realidad, ese cargo encubría un plan para poner a la mayor cantidad posible de filibusteros al servicio de los ingleses, pues en las instrucciones escritas que se le dieron al flamante jefe se le pedía que recordara a sus tripulaciones que para ellas regiría "el antiguo y aceptado ajuste de que sin presa no hay paga, y por consiguiente todo lo adquirido se distribuiría entre ellos según las reglas acostumbradas". Esas "reglas acostumbradas" eran las del código de la sociedad filibustera, es decir, la *chasse-partie*. Por eso en las intrucciones se mencionaba específicamente "el antiguo y aceptado ajuste". Lo que se le dio a Morgan con el cargo fue, pues, toda la autoridad para reclutar una flota filibustera.

Morgan salió de Jamaica el 14 de agosto de 1770 con once barcos y 600 hombres y fue a establecer su cuartel general en la isla de la Vaca, que, como hemos dicho, estaba situada en el extremo sudoeste de la Española, y allí comenzó a reclutar filibusteros. En pocos meses reunió 39 buques y 1,800 hombres de varias nacionalidades. Por ejemplo, del total de barcos, ocho –es decir, más de una quinta parte– eran franceses. Morgan había logrado restaurar la sociedad filibustera sobre sus

antiguas bases de unión por encima de las diferencias naturales de nacionalidad, lengua, raza o religión. Pudo hacerlo por dos razones: porque su prestigio era enorme entre los ladrones del mar y porque al poner en vigor el viejo código de la sociedad filibustera estableció aumentos altísimos para los pagos estipulados en ese código. Oexmelin da las cifras de lo que debía pagarse en la expedición que Morgan estaba organizando y advierte que las indemnizaciones "y los premios en este viaje eran mucho más altos de lo que se apuntó en la primera parte" del libro en que el autor cuenta la vida y describe la organización de los filibusteros. Los filibusteros, que tenían una tradición de respeto a la *chasse-partie* no podían imaginar siquiera que Morgan iba a desconocer su compromiso, pero es el caso que cuando llegó la hora, no lo cumplió.

Tampoco cumplió Morgan las órdenes que había recibido del gobierno de Jamaica cuando ya estaba a punto de partir para la isla de la Vaca. Esas órdenes habían llegado a Jamaica de Inglaterra. Inglaterra se hallaba entonces negociando con España un tratado de paz y amistad entre las posesiones de ambos países en América, y como es claro, Inglaterra no quería que esas negociaciones fueran estorbadas por los filibusteros ingleses que operaban en el Caribe. La orden que se le dio a Morgan –precisamente el día antes de salir de Port Royal– fue la de no ejecutar operación terrestre alguna contra los territorios españoles, lo que equivalía a limitar sus actuaciones sólo a ataques y apresamientos de buques. Morgan se comprometió a cumplir lo que se ordenaba, pero violó poco después su compromiso en la forma más ostentosa, puesto que no se limitó a atacar un puerto o una villa de la costa o cerca de la costa de un territorio español, sino que atacó en la costa de Panamá, atravesó el istmo, llegó a la banda del Pacífico, tomó y quemó la ciudad de Panamá; llevó a cabo, en suma, la agresión más profunda que se había hecho a una posesión española en el Caribe y además la más devastadora y la más cruel. Pero no debemos adelantarnos a los acontecimientos.

A fines de agosto, mientras Morgan reclutaba filibusteros en isla de la Vaca, tres capitanes de Port Royal repitieron lo que habían hecho Morgan, Morris y Jackman en una ocasión y Mansfield en otra, esto es, la toma y el saqueo de Granada; de manera que esa desdichada ciudad

fue tomada y saqueada –y su población maltratada– tres veces en seis años, entre 1664 y 1670. Al mismo tiempo que ellos pirateaban en Nicaragua, Morgan despachaba desde su cuartel general de isla de la Vaca seis bajeles y 400 hombres a la costa de la Nueva Granada (Colombia). Esta expedición atacó Santa Marta y Río Hacha. En el último lugar los filibusteros estuvieron un mes entero cometiendo toda suerte de crímenes.

Los filibusteros ingleses que habían estado saqueando Granada en esos mismos días –septiembre y octubre de 1670– llegaron a Port Royal a vender su botín –que por cierto no debía ser muy rico– y recibieron órdenes del gobernador Modyford de ir a reunirse con Morgan en la isla de la Vaca. Morgan, pues, había llegado a tener una flota imponente a pesar de que a última hora había perdido algunos navíos a causa de un mal tiempo. En hombres, la expedición de Morgan tenía cerca de dos mil.

Con esa impresionante fuerza el célebre capitán filibustero surgió el 14 de diciembre ante la islita de Providencia. Después de haber sido capturada por Mansfield a mediados de agosto de 1666, Providencia, según dijimos en el capítulo IX, había vuelto a ser tomada por los españoles el 10 de agosto de ese mismo año; de manera que a los cuatro años y cuatro meses de hallarse de nuevo en manos españolas cayó otra vez en manos inglesas porque la guarnición española capituló ante Morgan, y desde luego no podía hacer otra cosa. Morgan procedió a establecer en Providencia su cuartel general y desde él organizó el ataque a Panamá.

En el capítulo IV de este libro dedicamos algunos párrafos a la misteriosa rapidez con que circulaban las noticias por el Caribe en unos tiempos en que los hombres sólo podían moverse en buques de vela, a caballo o a pie. Pues bien, en esa ocasión las autoridades de Cartagena conocían los planes de Henry Morgan antes de que el jefe pirata tomara Providencia, pues cuando Morgan despachó –hacia el 20 de diciembre– tres navíos con 500 hombres para que tomaran el castillo de San Lorenzo, en la boca del río Chagres, ya el presidente de Panamá había enviado refuerzos a ese castillo, a Portobelo y a Venta Cruz, que estaba en el camino entre Portobelo y Panamá. El ataque era esperado, pues, y se sabía que se dirigía a la ciudad de Panamá, y como todo el

mundo conocía lo que había sucedido en Portobelo cuando fue tomada por ese mismo Henry Morgan, los religiosos, los frailes y las monjas de Panamá, y muchos vecinos pudientes, embarcaron por el Pacífico con los ornamentos de las iglesias y todo objeto de valor. Se fueron en busca de refugios seguros.

El 27 de diciembre –es decir, cuando finalizaba el año de 1670 comenzó el asalto al castillo de San Lorenzo, que cayó en poder de los filibusteros el 28 a mediodía. La acción fue corta, pero dura, al punto que los atacantes perdieron unos 150 hombres, entre ellos a su jefe, el coronel Joseph Bradley. La batalla fue una página sobrecogedora, con actos de valor increíble. Por ejemplo, uno de los piratas fue atravesado por el pecho con una flecha, y se la sacó, le envolvió algodón en un extremo para que entrara ajustada al cañón de su arcabuz, y la disparó como un proyectil. El fuego de la pólvora quemó el algodón de la flecha y ésta a su vez provocó un incendio en el fuerte español. Ese incendio resultó decisivo para la conquista de la posición.

De los 134 hombres que defendían el castillo sólo quedaron 30 vivos, y de ésos, 20 estaban heridos. Morgan llegó al lugar el 2 de enero de 1671, dejó allí 300 filibusteros para cubrir su retaguardia y el día 9 empezó a remontar el río Chagres con siete naves de porte mediano y 36 canoas. Llevaba en total 1,400 hombres y estaba iniciando una acción que iba a figurar como la epopeya clásica en el libro negro del filibusterismo.

En primer lugar, la gente de Morgan era tanta para la capacidad de los transportes que tenía que ir comprimida. Apenas había espacio para los hombres y las armas, de manera que mal podía haberlo para llevar impedimenta de comida o de otro tipo. En cuanto a la comida, se pensó que sobraría en el camino puesto que el procedimiento del saqueo era siempre de una efectividad contundente.

El primer día la expedición llegó a Barcos y no halló un alma ni nada que comer. Esa noche los filibusteros de Morgan tuvieron que conformarse con fumar para engañar el hambre. El segundo día, tampoco aparecieron ni gente ni comida y además llegaron a una parte del río que no podía ser navegada debido a que el nivel del agua era muy bajo. El tercer día caminaron a pie algunos kilómetros, vieron que el río llevaba más agua y retornaron a buscar las canoas para seguir na-

vegando. El cuarto día se dividieron en dos columnas, una iba por tierra y otra por agua, y llegaron a Torna Caballos. Lo único que hallaron en ese lugar, donde esperaban encontrar gente y comida, fueron unas cuantas bolsas de cuero vacías.

También las viviendas estaban vacías, y los filibusteros procedieron a destruirlas, aunque con eso no comían. El hambre era tanta que decidieron comerse las bolsas de cuero, y lo hicieron cortándolas en tiras finas que mojaban y machacaban con piedras. Esa noche pernoctaron en Torna Muni, donde tampoco encontraron un alma o un animal o un grano de maíz.

El quinto día aquel ejército de hambrientos llegó a Barbacoa y se repitió lo de todo el viaje: sólo tenían ante sí soledad y nada que comer. Pero en esa ocasión, al cabo de largas horas de registrar las vecindades encontraron en una cueva dos sacos de harina, algún maíz, algunos plátanos y dos tinajas de vino. Con ese hallazgo comieron 1,400 hombres que llevaban cinco días de ayuno. En la noche durmieron sobre campos cuyas siembras habían sido destruidas por los naturales antes de abandonar el lugar.

El sexto día marcharon por el bosque y comieron yerbas y hojas de árboles; al mediodía hallaron un pequeño depósito de maíz y no pudieron esperar una hora para cocinarlo: se lo comieron crudo. Ese día fueron atacados por indios que les mataron algunos hombres a flechazos. Al parecer los indios habían dejado el maíz para estar seguros de que los filibusteros se detendrían en ese punto y de que seguirían el camino donde ellos les habían preparado la emboscada. El lugar quedaba cerca de Venta Cruz, adonde llegaron a la mañana siguiente. En Venta Cruz debió haberles esperado la guarnición que había enviado el presidente de Panamá, pero tampoco en Venta Cruz había un alma; todas las viviendas estaban ardiendo cuando llegaron los filibusteros y sólo se veían en los alrededores algunos gatos y algunos perros, que los hombres de Morgan mataron en el acto para comérselos.

Los piratas, muchos de ellos enfermos y la mayoría cayéndose de debilidad, no pudieron moverse ese día de Venta Cruz, y al siguiente avanzaron hasta Quebrada Oscura, donde fueron atacados a flechazos. Al tratar de avanzar tuvieron que librar una escaramuza con un grupo de indios, de los cuales varios murieron combatiendo, y a la cabeza de

ellos, su jefe. A partir de ese momento Morgan y sus filibusteros avanzaron siempre rodeados a lo lejos de indios y españoles que los provocaban, los insultaban, los amenazaban, pero no les presentaban batalla. Uno tiene que imaginarse que sumada al hambre, al sueño, a las fatigas, esa presencia a distancia de un enemigo que no atacaba debía destruir la moral de la columna. Además, llovió; llovió con esa lluvia resonante y torrencial de los trópicos. En esa marcha alucinante no iba a faltar ni uno solo de los ingredientes que forman la atmósfera de las epopeyas.

De pronto, desde la cima de una montaña, Morgan y su horda alcanzaron a ver a la distancia las aguas azules del Pacífico, y su júbilo sólo puede compararse al que tuvieron en circunstancias iguales Vasco Núñez de Balboa y los españoles que le acompañaban el día en que vieron el mar del Sur. Sobre las aguas iban un navío y seis botes que se dirigían a las islas de la bahía de Panamá, y los filibusteros podían ver con nitidez los contornos y los colores de las embarcaciones, pero tal vez no sospechaban que a bordo de ellas se hallaban los frailes, las monjas y los vecinos pudientes de Panamá, que huían en busca de refugio.

Con la vista del Pacífico terminaron las penalidades de los piratas. Al descender de la montaña que les había proporcionado la vista del otro mar hallaron ganado, caballos, asnos; mataron todo cuadrúpedo, sin distinguir entre ellos, y se comían la carne apenas chamuscada por el fuego de las hogueras que habían hecho. Podemos detenernos un minuto a imaginarnos la escena, los rostros brutales, iluminados por la mirada relampagueante del hambriento que de súbito halla comida a pasto; las manos sucias encorvadas como garras y las bocas envueltas en barbas hirsutas mojadas por la saliva de la gula; podemos oír las palabrotas de los comentarios estallando entre risotadas salvajes; podemos ver, en fin, la imagen del banquete de los demonios en los reinos del infierno.

Esa tarde la columna alcanzó a ver la ciudad de Panamá y los filibusteros casi enloquecieron de alegría; dispararon sus arcabuces, redoblaron los tambores, sonaron los clarines; saltaban, gritaban, bailaban como locos. Un grupo de defensores de la ciudad se acercó a caballo a insultarlos, y de pronto comenzaron a disparar las armas de Panamá. Había comenzado la batalla por la capital del istmo.

Una fuerza de defensores que se situó entre los filibusteros y Panamá fue batida, y no se le dio cuartel. Hombre cogido era hombre muer-

to. Entre éstos hubo algunos frailes. Las cifras de muertos de esa vanguardia varían de 400 a 600 y sin duda no bajaron de 300. Este número aumentó mucho cuando Panamá tuvo que rendirse después de un combate de algunas horas. Los filibusteros actuaban sin piedad, resueltos a cobrar con intereses de sangre todas las penalidades que habían padecido en su larga marcha desde la boca del río Chagres hasta la ciudad de Panamá.

La ciudad quedó destruida por el fuego para siempre jamás. Aunque quedaron en pie algunas casas de las afueras y algunos monasterios e iglesias de los muchos que tenía Panamá, a la hora de reconstruir la ciudad se escogió otro sitio. En la llamada Panamá la Vieja pueden verse todavía restos de iglesias y de edificios que debieron ser en su día oficinas gubernamentales. Aun hoy los historiadores discuten si Panamá fue quemada por los filibusteros, por orden del presidente o por acción espontánea de los habitantes. En realidad, se trata de una discusión académica, porque el hecho es que Panamá quedó destruida a causa del ataque de Morgan e importa poco qué mano sujetó la tea que inició el fuego.

A pesar de que Panamá había quedado destruida, el jefe filibustero estableció allí su cuartel general y desde él organizó batidas en todos los alrededores y en tierra y agua; despachó dos columnas de 150 hombres cada una hacia algunos puntosdel interior y envió unos cuantos botes por el Pacífico. Las dos columnas le llevaron unos 200 vecinos apresados en las vecindades y los botes llevaron prisioneros cogidos en las islas de la bahía y embarcaciones cargadas con espacias y otros artículos de valor. Por los prisioneros cogidos en las islas se enteró Morgan de que al conocerse la noticia de que él se dirigía a Panamá había salido hacia el sur un galeón que llevaba un importante tesoro del rey en oro, perlas y joyas. Morgan dio órdenes inmediatas de que se persiguiera ese galeón, y así se hizo. Al cabo de ocho días de recorrer las aguas vecinas, los filibusteros volvieron con esclavos, telas, azúcar, jabón y 20,000 pesos de plata que habían saqueado de un buque que hallaron cerca de la isla Taboga. En cuanto al galeón, no hubo manera de saber a qué puerto había ido a refugiarse.

Desde luego, el terror había tomado posesión de Panamá. Todos los días salían hacia los campos columnas de piratas encargadas de apre-

sar hombres, mujeres y niños; los hombres eran sometidos a tormento para que dijeran dónde habían escondido algo de valor. Oexmelin relata el episodio de un infeliz, probablemente retardado mental, que en medio del desorden causado por la invasión filibustera se puso la ropa de su amo –que había huido de la ciudad–, por lo cual los piratas creyeron que era un caballero adinerado. La descripción de las torturas a que fue sometido ese desdichado es una pequeña obra maestra de la literatura del terror. Todos los algibes fueron vaciados de agua para buscar en su fondo las joyas y las monedas que los panameños pudieron haber tirado en ellos.

El 14 de febrero de 1671, después de estar allí unas tres semanas, Morgan y su ejército de filibusteros salieron de Panamá. Llevaban el botín en 175 caballos y varios cientos de prisioneros a pie, de manera que la columna tenía un largo por lo menos dos veces mayor que cuando iba de la boca del Chagres hacia Panamá. Entre los prisioneros –que según Oexmelin eran unos 600– había ancianos, mujeres y niños. Por el camino los filibusteros iban haciendo más presos y a la vez se dedicaban a arrasar con cuanta vitualla encontraban. Desde luego, visto lo que habían hecho en Panamá, nadie se atrevió a estorbar su marcha.

El rescate que Morgan les hizo pagar a los prisioneros llegó a una cifra altísima, y aun pretendió obtener otro de los habitantes de Portobelo a quienes les envió un mensaje haciéndoles saber que si no le mandaban el dinero que pedía para entregar el castillo de San Lorenzo, demolería el castillo hasta los cimientos. Las autoridades de Portobelo dijeron que no pagarían ni un ochavo y Morgan cumplió su amenaza.

Morgan cumplía las amenazas que hacía, pero no las promesas aunque fueran hechas bajo su firma, Así, no cumplió la *chasse-partie* que había firmado con sus compañeros de expedición antes de salir de isla de la Vaca. No le rindió a ninguno de ellos cuenta del monto del saqueo y ordenó que a cada uno se le dieran sólo 10 libras, que al parecer equivalían a unos 200 pesos de plata. Después de eso, acompañado únicamente de algunos íntimos, se fue a Jamaica y dejó su horda filibustera en Chagres. Menos de tres años después el rey Carlos II lo armaba caballero y en enero de 1764 lo designó teniente gobernador de Jamaica.

El ataque a Panamá marcó un punto crítico en la vida de Port Royal; señaló al mismo tiempo su máxima importancia como capital

filibustera competidora de la Tortuga y la necesidad de empezar a reducir el poder de los filibusteros ingleses, lo que lógicamente significaría la disminución de Port Royal en su categoría de asiento filibustero. El ataque de Morgan a Panamá resultó demasiado provocador y escandaloso, y no tenía justificación alguna ni siquiera a los ojos de los ingleses más antiespañoles, pues no fue un simple ataque corsario o filibustero sino una acción guerrera de envergadura respetable, que sólo podía aceptarse si se hubiera realizado contra una nación enemiga que estuviera combatiendo a Inglaterra con todos sus recursos.

Por otra parte, Inglaterra había llegado a un nivel de desarrollo económico que exigía la aplicación de una política de ampliación de mercados compradores, y los territorios del Caribe podían ser buenos compradores. Ataques como el de Panamá no facilitaban las relaciones comerciales; al contrario, provocaban resentimientos que las hacían difíciles. Inglaterra, pues, necesitaba reanudar los esfuerzos que se habían iniciado desde 1634 para obtener que España abriera a los productos ingleses los mercados de América, y había renovado esos esfuerzos en 1660. Precisamente cuando Morgan tomaba Panamá estaban llevándose a cabo en Madrid conversaciones angloespañolas dirigidas a conseguir un acuerdo de ese tipo.

El filibusterismo inglés tenía, pues, que abandonar necesariamente su base jamaicana, es decir, Port Royal; y una de las razones por las cuales se designó a Henry Morgan teniente gobernador de Jamaica fue porque se creyó –con cierta dosis de razón– que su autoridad sobre la sociedad filibustera de Port Royal sería útil para echar a los piratas de Jamaica. Así, la Tortuga volvería a ser la única capital filibustera del Caribe, y esa situación se afirmaría al comenzar en 1672 la guerra de Francia contra Holanda, que duraría hasta la paz de Nimega (1678), pues para efectuar esa guerra se necesitaría combatir a Holanda en sus posesiones del Caribe; y para eso habría que usar a los filibusteros de la Tortuga, que en su mayoría eran franceses.

Debemos explicar que en los dos primeros años de la guerra –de 1762 a 1764–, Holanda estuvo también en guerra contra los ingleses, y que en 1763 España entró en la guerra contra Francia, lo que explica que España participara en la paz de Nimega.

En esa triple guerra, pues, tenía que participar –y participó– la Tortuga. Debemos recordar que el gobernador Bertrand de Oregón naufragó en las costas de Puerto Rico cuando se dirigía a atacar Curazao con una expedición filibustera. Al entrar España a la guerra contra Francia, los filibusteros de la Tortuga actuaron también del lado francés, aunque debemos decir que para atacar posiciones españolas no necesitaban, ni habían necesitado nunca, la excusa de una guerra entre Francia y España. Si algo unía a los filibusteros –ya lo hemos dicho– era su incontrolable disposición a atacar a toda hora el poder español en el Caribe.

Como la Tortuga había retornado a ser la única capital de la sociedad filibustera, muchos piratas ingleses echados de Jamaica fueron a ponerse bajo las órdenes de los piratas franceses de la Tortuga. Unos cuantos ingleses participaron con franceses en el asalto y la toma de Santa Marta, ocurrida en la primavera de 1677. El gobernador de Cartagena despachó en auxilio de Santa Marta una columna terrestre y una flotilla que debía atacar por el puerto. Pero esa contraofensiva española no tuvo éxito y los filibusteros ingleses se llevaron presos al gobernador y al obispo de Santa Marta, aunque en vez de llevarlos a la Tortuga los llevaron a Jamaica y los entregaron en manos del gobernador de esta isla. Es posible que esa acción de los filibusteros ingleses tuviera motivos personales; es posible que los piratas ingleses estuvieran buscando con ella la benevolencia de las autoridades de Jamaica. De todos modos, los franceses se encolerizaron y acusaron a los ingleses de haberlos traicionado.

En ese mismo año de 1677 hicieron los filibusteros de la Tortuga numerosos ataques de poca importancia a varios puntos del Caribe y al comenzar el año de 1678 el conde De Estrées, vicealmirante de la escuadra francesa del Caribe, organizó una expedición para tomar Curazao.

Desde marzo de 1676 gobernaba la Tortuga el señor de Pouancay, sobrino de Bertrand de Oregón. El gobernador De Pouancay recibió órdenes del vicealmirante De Estrées para que le enviara una fuerza de 1,200 filibusteros que sería usada en el asalto a Curazao. La flota francesa, con el refuerzo de la Tortuga, navegó hacia el sudoeste con la intención de entrar en Curazao por el sur, y encalló en los arrecifes de las pequeñas islas de las Aves. El siniestro puso a De Estrées en el caso de tener que volver a la Española –parte francesa–, pero dejó en las

Aves a un afamado capitán filibustero con instrucciones de atacar las posiciones españolas de la región.

Ese capitán, a quien conocemos sólo por su apellido, era Grammont, un antiguo oficial de la marina real de Francia que había sido enviado al Caribe al mando de una fragata con órdenes de apresar buques enemigos. Grammont, pues, era un capitán corsario con todas las de la ley. Pero sucedió que apresó en las cercanías de Martinica un navío holandés y vendió el barco y su cargamento, todo lo cual valía 400,000 libras, y en vez de entregar esa suma a las autoridades francesas la gastó en la Tortuga, a la manera típica de los filibusteros, derrochando el dinero en vinos y mujeres. Después de eso Grammont se quedó sin patria y lógicamente halló un lugar en la sociedad filibustera.

Cuando el vicealmirante De Estrées se fue a la Española, Grammont se dedicó a asolar la costa venezolana y durante varios meses anduvo por sus aguas cometiendo las fechorías habituales de los filibusteros. Lo mismo que lo habían hecho antes el Olonés y Morgan, Grammont entró en el lago de Maracaibo, tomó la ciudad y la saqueó; tomó Gibraltar y la saqueó. Pero hizo mucho más que sus antecesores, puesto que llegó hasta Trujillo y Mérida, ciudades de tierra adentro, situadas en plena montaña de Los Andes, y después atacó la Guaira. Grammont permaneció en aguas venezolanas desde mediados de junio hasta mediados de diciembre de 1678; seis meses de horrores en ese tiempo del espanto.

En esa fecha los "habitantes" franceses de la costa occidental de la Española llevaban cerca de 50 años asentados en esa tierra del Caribe. A ellos se habían sumado sus hijos, los bucaneros que iban dedicándose a sembrar tabaco a medida que disminuían las reses salvajes y seguramente muchos franceses que habían estado llegando de Francia y de las otras islas antillanas. En 1678, la población francesa de la costa oeste de la Española era de 4,000 a 5,000 familias, contando los esclavos; y éstos no podían ser muchos. La producción principal de esa población era tabaco –unos 2'000,000 de libras al año– y el tabaco no requiere mano esclava. Hacia el 1678 la población se concentraba en unas cuantas villas. La más importante era Cap-Français, situada en el noroeste, y le seguían, hacia el oeste, Port Margot y Port de Paix; en el sur, al oeste del actual Puerto Príncipe, estaba Leogane –la antigua Yaguana–, al oeste de Leogane se hallaba Petit-Goave, que desde la re-

belión de 1670 contra Bertrand de Oregón comenzó a convertirse en el puerto de los bucaneros.

Sabemos que en 1670 Henry Morgan puso su cuartel general en la isla de la Vaca y sabemos que ese punto fue usado después por otros filibusteros. Pero la isla de la Vaca no llegó a ser una competidora de la Tortuga. En cambio, PetitGoave sí lo fue. ¿Por qué? Porque al convertirse en un puerto frecuentado por los buques mercantes que iban a hacer negocio con los bucaneros, los filibusteros tuvieron que ir allí a vender lo que recogían en sus asaltos; y además porque el gobernador de PetitGoave comenzó a expedir patentes de corso, aunque disfrazadas de autorizaciones para pescar y cazar.

El gobernador De Pouancay murió en Petit-Goave a fines de 1682 y parece que para ese año tenía su residencia en Cap-Français. Su sucesor provisional, el señor De Franquesnay, quiso poner en vigor las órdenes llegadas de París para que se pusiera fin a la costumbre de dar patentes de corso a los filibusteros, y esto provocó una situación de rebeldía que parecía amenazante. Pero en abril de 1684 llegó a Petit-Goave el señor De Cussy Tarin, nombrado sucesor De Pouancay, que se dio cuenta de la situación y pactó con los filibusteros con el fin de ganar tiempo para resolver los problemas de la costa y para ir convenciendo a los filibusteros de que debían ponerse al servicio del gobierno francés. De Cussy sabía que los filibusteros tenían fuerza suficiente para dominar el territorio y entregarlo a otro país que les ofreciera garantías para seguir operando como lo habían hecho siempre, y resolvió dejar al gobernador de Petit-Goave en libertad para que siguiera dando a los piratas patentes de corso; luego se fue a Cap-Français, donde al final se fijó la capital de todos los territorios de la costa habitados por franceses.

A partir de 1684 se produjo un renacimiento del filibusterismo, algo así como la última llamarada de aquel fuego infernal. Los grandes capitanes de esa época fueron Laurens de Graaf, Grammont, Van Horn. De esos tres, sólo Grammont era francés, y sin embargo todos actuaban a título de franceses. El renacimiento del filibusterismo iba a durar de diez a doce años y después los fabulosos bandoleros del mar serían puestos al servicio de Francia. Pero esos diez o doce años serían de violencia y pillaje en el Caribe.

A tales años corresponden unas páginas de Oexmelin que vamos a resumir. Esas páginas se refieren a una expedición afortunada de los filibusteros a Veracruz, que no era parte del Caribe, pero podemos imaginarnos que en todos los casos en que los filibusteros saqueaban un punto del Caribe se comportaban igual que en esa ocasión. Dice Oexmelin que "cuando ellos llegan[...] van siempre con sus vestidos destrozados, los rostros pálidos, flacos, desfigurados. Pero nadie se detiene a examinar el desorden de su exterior sino las riquezas que traen". Oexmelin refería que los piratas llegaban con sacos de dinero al hombro o sobre la cabeza, y los comerciantes, los taberneros, las mujeres y los jugadores se llenaban de júbilo porque sabían que al final toda esa riqueza sería de ellos.

Al describir una de las orgías que seguían a la entrada en un puerto de piratas de esos hombres flacos, desfigurados por la tensión de los combates, Oexmelin –que fue testigo presencial de esas escenas– refiere que "los vasos saltaban en el aire a bastonazos y los jarros y fuentes mezclados confusamente con el vino y los pedazos de vidrio hicieron degenerar el festín en una crápula asquerosa". Algunos días después los piratas "parecían tan abatidos y extenuados a causa de sus libertinajes y de su abundancia como lo habían estado por el hambre y las fatigas de sus correrías".

Dice Oexmelin que los filibusteros explicaban su actitud desenfrenada con este razonamiento: "Hoy estamos vivos, mañana muertos... A nosotros no nos importa más que el día que vivimos y no nos ocupamos del día que tendremos que vivir".

Pero los pueblos del Caribe estaban allí para vivir el día de hoy y el de mañana, para vivir el año actual y el venidero, el siglo presente y los siglos del porvenir. Mientras tanto, en los 50 o 60 años de riqueza y de orgía para la Tortuga, Port Royal y Petit-Goave, a los pueblos del Caribe les tocó vivir el tiempo del espanto.

Capítulo XI

Intermedio europeo

En los tres capítulos anteriores el lector ha visto cómo estuvieron operando en el Caribe las fuerzas europeas a partir del momento en que ingleses, holandeses y franceses fueron a esa parte del mundo a disputarle a España su hegemonía en la región. Primero, España tuvo que abandonar el oeste de la Española; después conquistaron San Cristóbal, y mediante una larga ofensiva, acabaron al fin conquistando varios puntos del Caribe. El momento culminante de esa ofensiva sería la toma de Jamaica por los ingleses, pero la toma de Jamaica fue precedida por la de lugares que aseguraban el acceso al Caribe, como Barbados, o las operaciones de tierra firme, como Providencia y San Andrés.

Esa ofensiva fue sólo un aspecto de las luchas del siglo XVII que sostenían en Europa las burguesías, cada una empeñada en predominar sobre las demás, pero todas sometidas a los gobiernos absolutos de sus respectivos países. Esas luchas fueron parte de un proceso revolucionario que duraría todo el siglo XVII y la mayor parte del XVIII, y a su vez ese proceso revolucionario era el resultado de los cambios que estaban produciéndose en el mundo occidental: ampliación de mercados de consumo y de fuentes de productos, mejores técnicas de producción, mayor cantidad de oro y plata en circulación, en todo lo cual habían tenido un papel importante el descubrimiento y la conquista de América.

Los cambios introducidos en la producción y en el comercio por todos esos factores que hemos mencionado, condujeron a Europa a desajustes económicos y sociales que afectaron grandes núcleos de la población, y esos desajustes provocaron un estado de rebelión general.

El campesinado pobre, los artesanos y los pequeños comerciantes luchaban al lado de la burguesía contra los privilegios feudales de la nobleza; por su parte, la burguesía luchaba para independizarse de los gobiernos absolutos, que reclamaban siempre participación en los negocios de la burguesía, y este aspecto particular de la lucha produjo a su vez los movimientos de la Fronda en Francia, las sublevaciones de Cataluña y Portugal en España, las pugnas de los escoceses contra el gobierno de Inglaterra.

Todas esas rivalidades y desajustes se condensaron en Europa en la llamada guerra de los Treinta Años, y en el Caribe, en lo que podríamos llamar la pérdida de la unidad española, que había durado 130 años. El siglo XVII fue, pues, decisivo en la historia del Caribe, porque fue en él cuando el Caribe perdió su unidad y pasó a ser una multiplicidad, con lo que cada parte vino a depender de un centro de mando diferente. En el paso de la antigua unidad española a la multiplicidad anglo-franco-holandesa-hispánica, la historia del Caribe se dispersó y ya nunca más volvería a producirse por un solo cauce; el Caribe dejó de ser lo que era y además dejó de ser lo que estaba llamado a ser, y nadie podía saber entonces con qué iba a ser sustituido aquel cuerpo cortado en pedazos.

De las innumerables guerras, sediciones, rebeliones y luchas políticas secretas que tuvieron lugar en Europa, en ese siglo XVII salieron fortalecidas Inglaterra, Francia y Holanda, y España salió debilitada; y no sólo se debilitaba porque perdía territorios en Europa y en América, sino porque perdía de manera progresiva su vigor nacional, lo cual era a fin de cuentas más importante que perder tierras. En vez de enriquecerse con las fabulosas riquezas del imperio americano, sobre todo con el oro y la plata que producía ese imperio, España se empobrecía de manera constante. Los historiadores y los sociólogos le han buscado muchas explicaciones a esa decadencia de un país que en poco menos de 100 años había llegado a extenderse por todo el globo terráqueo, pero la explicación decisiva está en que España no transformó sus estructuras sociales. Su imperio producía mucho oro y mucha plata, pero el pueblo no cambió su organización social. España siguió siendo en el siglo XVII tal como había sido en el XVI, y en vez de burgueses y artesanos que produjeran bienes de consumo y organizaran la produc-

ción y el comercio con Europa y América, el país daba de sí funcionarios, militares y sacerdotes dedicados a mantener en movimiento la maquinaria del poder imperial.

Durante el siglo XVII, época en que Inglaterra, Holanda y Francia formaban burguesías, en España se acentuaba lo que podría ser calificado de vacío social, no en relación consigo misma, sino en relación con el tipo de sociedad que se organizaba en esos otros países de Europa. Pues en relación consigo misma España tenía una determinada organización social, pero anticuada; con muy ligera diferencia, la misma que había tenido al comenzar el siglo XVI, no la que correspondía a un país con un imperio tan grande y tan rico. A pesar de todo, ese vacío social no era absoluto, como no lo es nada en ese orden; de haber sido absoluto no se habrían dado figuras como Calderón de la Barca o Diego Velázquez. Ahora bien, el vacío mantenía en conjunto al país socialmente inmóvil y atrasado. Resultaba más fácil hacerse rico en un cargo público que poniéndose a producir algo de lo que España necesitaba para ella misma y para sus territorios americanos. A mediados del siglo la mitad de la población del país estaba compuesta por nobles, que consideraban una deshonra trabajar, frailes, pordioseros, servidumbre de los nobles y los personajes de la picaresca, que vivían del engaño. Generalmente, cuando se habla de burguesía española en el siglo XVII se menciona el caso de la de Cataluña, y en realidad esa burguesía catalana estaba compuesta sobre todo por mercaderes.

Las enormes riquezas del imperio concurrían a mantener ese estado de inamovilidad social, pues todo el mundo dependía de esas riquezas; cada quien esperaba que de alguna manera le tocaría parte de ellas, y aquellos que tenían más aspiraciones y más necesidades o más deseos de producir buscaban modo de enriquecerse o bien yéndose a América o bien a través de un cargo público desde el cual pudieran participar en el reparto del oro americano.

Sobre el inmovilismo social que mantenía al país en un estado de retraso y descomposición –lo que era un mal muy grave por sí solo–, España era víctima de una enfermedad que aquejaba a la casa real. Pocos historiadores le han dedicado a ese mal la atención que merece, dado el enorme poder que tenían en el siglo XVII los monarcas españoles. Se trata de la conocida locura de los Austrias, de la que sufrieron todos

los reyes, en grado creciente, a partir de Felipe II, aunque pueden hallarse trazas de ella en Carlos V.

La locura había llegado a la casa real de Castilla en el siglo XV con Isabel de Portugal, la segunda mujer de Juan II de Castilla, madre de Isabel la Católica y abuela de Juana la Loca, a quien se conoce con ese nombre precisamente porque pasó sus últimos años en estado de locura y así murió, como había muerto su abuela.

Casada con Felipe el Hermoso Juana la Loca tuvo varios hijos, pero sólo dos varones. El primero de éstos llegó a ser Carlos I de España y V de Alemania; el segundo, Fernando, ocupó la corona de emperador de Alemania cuando Carlos abdicó a su favor. La sangre de Isabel de Portugal y de su nieta Juana la Loca, que corría por las venas de los reyes de España y de Alemania, se unió de nuevo cuando una hija de Carlos –hermana de Felipe II– casó con Maximiliano, hijo de Fernando I, y retornó a España con el morbo de la locura fortalecido cuando Felipe II casó con Ana de Austria, hija de ese matrimonio de Maximiliano y la hermana del novio. Felipe II casó, como vemos, con una princesa que al mismo tiempo era su prima hermana, su sobrina carnal y la doble bisnieta de Juana la Loca, o lo que es lo mismo, la heredera de la locura de Juana.

Felipe se casó la primera vez a los 16 años con su doble prima hermana María de Portugal, y el único hijo de ese matrimonio, don Carlos, no pudo heredar el trono debido a que enloqueció joven. Del segundo matrimonio, hecho con María Tudor de Inglaterra, no tuvo hijos; del tercero, con Isabel de Valois, princesa de Francia, tuvo dos hijas, Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela; del cuarto, con Ana de Austria –su sobrina y prima hermana– tuvo cinco, de los cuales cuatro murieron en la infancia y uno, Felipe, pasó a ser su heredero con el nombre de Felipe III.

Felipe III heredó el trono a la muerte de su padre, en septiembre de 1598, y aunque su quebranto mental no llegó a tener la gravedad que tuvo el de su medio hermano el príncipe Carlos o el de su nieto el rey Carlos II, fue un monarca irresponsable, superficial, que se dedicó a disfrutar las ventajas de ser rey. Durante todo su reinado de veintitrés años el gobierno de España y de su vasto imperio estuvo en manos de favoritos, y algunos de ellos no tenían escrúpulos de ninguna especie

ni se preocuparon por los problemas del país. Del duque de Lerma, que fue uno de esos favoritos, se decía que al favor de su cargo había acumulado una fortuna superior a los 40 millones de ducados. Podemos tener una idea aproximada de lo que esa cifra significaba si recordamos que la aventura de la Armada Invencible le había costado a España menos de diez veces esa suma. Aunque rebajemos la diferencia que debe atribuirse a la pérdida de valor de la moneda, que fue muy grande desde los días de la Armada Invencible hasta los del duque de Lerma, lo que éste sustrajo al país fue de todos modos una fortuna enorme.

De los numerosos dislates que se hicieron en España bajo el reinado de Felipe III, uno afectó directamente al Caribe, y fue la despoblación de la parte occidental de la Española; pero tal vez el de consecuencias más graves para España consistió en la expulsión de los moriscos, que comenzó en septiembre de 1609 con la de los moriscos del reino de Valencia, siguió en enero de 1610 con la de los de Murcia y Andalucía; en abril de ese año fueron expulsados los de Aragón, y por último en 1611 lo fueron los que vivían en Cataluña, Castilla, Extremadura y La Mancha.

Los moriscos no eran unos cuantos miles; eran centenares –de millares– y entre ellos estaban los mejores agricultores y los mejores artesanos de España; de manera que con su expulsión, España sacrificó lo que hoy llamamos la mano de obra calificada del país. A consecuencia de esa medida, España pasó a ser rápidamente el más pobre de los países importantes de Europa, una situación de la cual España no iba a salir fácilmente. Se sabe que unos cuantos altos funcionarios sacaron de esa expulsión de los moriscos algunos millones de ducados comprando las propiedades de esos desdichados por nada o por muy poco, o simplemente quedándose con ellas por malas artes.

Bajo el reinado de Felipe III se hizo la paz con Holanda y con Inglaterra, pero no para inaugurar una política de paz que le permitiera a España dedicar su atención a mejorar su propia suerte y la de su imperio, puesto que poco después entró de manera absolutamente innecesaria en la guerra de los Treinta Años, que iba a durar el resto del reinado de Felipe III y 27 años del reinado de su sucesor, Felipe IV.

Felipe III murió el 31 de marzo de 1621 y Felipe IV iba a reinar 45, al cabo de los cuales dejaría este mundo con síntomas evidentes de

locura melancólica, y para mala suerte de España y de su imperio, sería en sus años cuando se iniciarían las rebeliones de Portugal y de Cataluña, y la revolución inglesa de Cromwell, tres acontecimientos casi simultáneos. Los dos primeros iban a provocar la casi aniquilación de España y el tercero iría a reflejarse en el Caribe con la conquista de Jamaica. Bajo Felipe IV se produciría también el nacimiento y el florecimiento de la sociedad filibustera, que tanto contribuyó a debilitar el poder español en el Caribe.

Igual que su padre, Felipe IV dejó la tarea de gobernar en manos de sus validos, mientras él se dedicaba a conquistar mujeres y a tener hijos bastardos; y sucedía que esos validos tenían que enfrentarse a tiempos muy difíciles, para los que no estaban preparados ni ellos ni el pueblo español. Uno de los problemas españoles de esos días era la lucha contra Inglaterra, Holanda y Francia, que se proponían hacerse fuertes a expensas de España y lo lograron bajo el reinado de Felipe IV; otro era restablecer una verdadera unidad de España, pues Castilla y Aragón –y en Aragón, Cataluña y Valencia se gobernaban con leyes propias, sobre todo en lo que se refería a contribuciones económicas para sostener los gastos de la monarquía y los de las guerras y en lo que se refería a la leva de hombres para las actividades militares.

Para sostenerse en sus puestos, los validos de Felipe IV no podían descansar en sus méritos de gobernantes, porque el rey no tenía concepto de lo que significaba el gobierno; tenían que contar con la buena voluntad del rey valiéndose de halagos, haciéndole al monarca honores que a veces costaban millones de ducados, dándole fiestas suntuosas, que pagaba el empobrecido pueblo de España, y hasta buscándole queridas. Era una situación penosa y denigrante, propia de un país sin destino, no de la cabeza de un imperio que se extendía por toda la tierra.

De las muchas guerras en que se vio envuelta España bajo el reinado de Felipe IV las peores fueron las que hizo contra Francia. El país no podía resistir la carga económica de esas guerras ni el desorden que acompañaba a los soldados por donde pasaban, y la situación iba a hacer crisis en Cataluña y Portugal. Cataluña era entonces una región que se extendía más allá de Los Pirineos, y eso la convertía en una zona fronteriza que necesariamente sufría los ataques franceses cuan-

do había guerra entre España y el país vecino; por tal razón, tan pronto como se rompían las hostilidades con Francia había que mandar ejércitos a Cataluña, y esos ejércitos se alojaban en las casas de los campesinos, pues en tal época no había cuarteles ni en España ni en ningún país. Los abusos de toda índole y los atropellos en sus personas y en sus bienes que sufrían los campesinos llegaban a ser intolerables y esa situación provocó el levantamiento de Cataluña.

La sublevación de Cataluña contra los ejércitos de Felipe IV comenzó el 7 de junio de 1640. Los catalanes se declararon república independiente bajo el protectorado de Francia y nombraron a Luis XIII –rey de Francia– conde de Barcelona. Como era de esperarse, Francia envió tropas a Cataluña y el país acabó convirtiéndose en teatro de la guerra de España y Francia, una guerra larga y dura, que duró más de doce años, de la que al final salió Cataluña mutilada, con toda la parte transpirenaica en poder de Francia.

La rebelión de Portugal comenzó ese mismo año de 1640, el 1 de diciembre, e inmediatamente degeneró en una guerra que iba a ser mucho más larga que la de Cataluña; al morir Felipe IV, se seguiría luchando en Portugal. Los enemigos de España en Europa se dieron cuenta de que la sublevación portuguesa les abría un costado de España y alentaron la guerra con todos los medios que tenían a mano. En esos días se descubrió que Andalucía se preparaba para levantarse en armas con el propósito de independizarse de España. No se comprende cómo pudo España salvarse de esa amenaza de disolución que estaba atacándola en la misma entraña, y el observador que mire esa época con la perspectiva que dan los siglos se asombrará de que a pesar de que estaba desmembrándose España siguiera guerreando en Europa, actuando como un país alucinado que había perdido el instinto de conservación. Era como si la locura de sus reyes se hubiera extendido a toda la nación.

Mientras España entraba en un estado cercano al colapso, Francia se hacía más fuerte y más unida bajo el gobierno de Richelieu y bajo el de Mazarino, y esa unión culminaría bajo el gobierno personal de Luis XIV, que quedó formado por el propio monarca a la muerte de Mazarino. En política exterior, Francia siguió durante todo el siglo XVII un plan coherente, que consistía en romper la alianza de España con el

imperio austro-alemán, conquistar Flandes y el Franco Condado y evitar que Inglaterra se convirtiera en el poder determinante de Europa. Para realizar esa política, Francia apoyaba a Holanda cuando Holanda estaba bajo presión de España, o atacaba a Holanda si ésta se aliaba a un enemigo de Francia; debilitaba a España lanzándose sobre territorios españoles de Italia o alentando a catalanes y portugueses en sus sublevaciones contra España, pero nunca llegaba al límite de destruir completamente el poderío español en Europa y América, pues prefería la existencia de ese poderío español a la existencia de un poder incontrastable de Inglaterra. En cuanto a Inglaterra, la política francesa fue de una sabiduría notable; allí, Francia apoyaba al rey contra el Parlamento, con lo cual mantenía siempre sobre los ingleses la amenaza de la guerra civil, única amenaza en verdad válida, puesto que Inglaterra no podía ser atacada desde el exterior con probabilidades de victoria para el atacante. En el siglo XVII, Francia fue el centro de la política europea, y si lo contemplamos desde hoy con la relativa justicia que puede haber en las opiniones de los hombres, Luis XIV, heredero de la sabiduría política de Richelieu y Mazarino, merece el título de Rey Sol que le dieron sus cortesanos.

Como hemos dicho, la causa profunda del creciente y peligroso debilitamiento de España fue su inamovilidad social, que tuvo su origen en una suma de complicadísimos acontecimientos históricos, pero que fundamentalmente se debió al hecho de que el país no formó una burguesía; a que salió de la Edad Media al Estado moderno, y al imperio, con una población de guerreros, nobles, sacerdotes y funcionarios, pero sin una organización social normal, cuyo centro natural debió ser una burguesía apoyada en la producción artesanal.

En Inglaterra, en cambio, la historia se había movido en otra forma; la raíz misma del país estaba formada por burguesías poderosas que usaron las armas para expandir su poder económico, y al llegar el siglo XVII, ese siglo de cambios tan importantes para Europa, la movilidad social era tan intensa, que al encontrar obstáculos en su avance hizo estallar las instituciones políticas del país. En el año 1640, a ningún español se le hubiera ocurrido, ni por asomo, la idea de que había que echar abajo la monarquía; en Inglaterra, los caballeros terratenientes y los comerciantes, representados en el Parlamento, decidieron

barrer la monarquía cuando ésta apareció como un obstáculo para sus planes de conquistar el poder político del país. La lucha se llevó a cabo bajo apariencias de pugnas religiosas, pero la verdad es que se trataba de una guerra por el control del poder público, que iba a pasar a manos de propietarios y comerciantes, dos sectores sociales que tenían, ya hacia 1640, demasiada fuerza económica y social para seguir sometidos a un papel secundario.

La lucha se inició abiertamente cuando el rey Carlos I solicitó dinero al Parlamento para mantener un ejército en Escocia, donde había una revuelta contra las reformas religiosas apoyadas por el rey. El Parlamento se negó a votar los fondos que solicitaba el monarca. Al finalizar el año 1640 el Parlamento había ido tan lejos en su oposición al rey que dispuso la prisión de algunos de los hombres más cercanos a Carlos I; en 1641, el Parlamento condenaba a muerte al conde de Strafford, que había sido el consejero más influyente del rey en la crisis de Escocia. La situación era inestable en todo el país, y en octubre de ese mismo año se produjeron rebeliones en Irlanda; en noviembre se descubrió el llamado "complot de la pólvora", que era un plan para dar muerte a Carlos I cuando éste se presentara en la Cámara de los Lores. Se había llegado, pues, a un punto en que se conspiraba no ya contra la monarquía, sino contra la persona misma del monarca, lo que indica que a los ojos de muchos sectores de la vida inglesa el rey encarnaba el obstáculo para los cambios que estaba reclamando el país. En cambio, en España, que se hallaba en una situación de crisis tal vez más profunda que Inglaterra, regiones enteras se sublevaron contra el gobierno, pero a nadie se le ocurría la idea de matar al rey; y esto se debía a que en España había malestar, pero no había apetencias de movilidad social. La inamovilidad social española estaba tan consustanciada con el país que las aspiraciones de cambios y ascensos eran individuales, no colectivas, o a lo sumo eran regionales, no nacionales.

Carlos I creyó que podía dominar la situación apresando a los líderes parlamentarios que se le oponían. Para eso se presentó en enero de 1642 en la Cámara de los Comunes, un hecho sin precedentes en la historia de Inglaterra, pues jamás había entrado un monarca en aquel lugar. Carlos I iba con una escolta de soldados, resuelto a hacer presos allí mismo, en la propia Cámara, a los líderes que él consideraba sus enemigos.

La historia ofrece momentos de apariencia anecdótica que son elocuentes como demostración de ciertos fenómenos sociales. Uno de ellos es el que estamos describiendo. Ese día quedó probada lo poderosa que era la fuerza que movía en tal hora el mecanismo social inglés. La Cámara de los Comunes era la encarnación de esa fuerza; ahí estaban representados los sectores económicos más fuertes del país, los que reclamaban con más energía un cambio de la composición del poder. Se trataba de los propietarios y los comerciantes, que se habían enriquecido en el siglo XVI y en los primeros años del siglo XVII y necesitaban consolidar esas riquezas, y también aumentarlas, a través del poder político, pues según habían estado aprendiendo los ingleses desde los días de Enrique VIII, los que manejaban el poder político podían realizar los mejores negocios y obtenían las mejores tierras. En pocas palabras, esos dos sectores –propietarios y comerciantes– buscaban posiciones de mando y se disponían a conquistarlas. El país, pues, se hallaba en medio de un proceso de movilidad social, y el rey lo ignoraba o pretendía ignorarlo.

El rey creyó que al entrar en la Cámara de los Comunes y hacer presos a los líderes de los parlamentarios que él consideraba rebeldes, la situación de inestabilidad del país cesaría, tal como habían cesado los movimientos contra Isabel cuando la reina mandaba a la Torre de Londres a alguno de sus enemigos. Al entrar en la Cámara, el rey pidió permiso para sentarse en la silla del presidente del cuerpo –que en Inglaterra se llama el *speaker*, esto es, el portavoz–; desde allí observó cuidadosamente a todos los miembros de la Cámara, y no habiendo visto a ninguno de los que él iba a tomar presos –porque se habían escondido– se dirigió al *speaker* preguntándole dónde se hallaban. El *speaker* se puso de rodillas y dijo estas palabras: "Le pido perdón a su Majestad, pero yo no tengo ni ojos para ver ni lengua para hablar". Después de esa respuesta el rey sabía que no podía esperar sumisión de los Comunes, y la guerra civil estalló en agosto de 1642.

En esa guerra el rey iba a perder no sólo la corona, sino también la cabeza: fue decapitado de un hachazo el 30 de enero de 1649, e Inglaterra fue declarada república, estado de cosas que duró hasta 1660, cuando el hijo de Carlos I, con el nombre de Carlos II, encabezó la monarquía restaurada.

Ahora bien, como hemos podido advertir en los capítulos anteriores, en esos años de revolución, Inglaterra no perdió poder; al contrario, siguió expandiéndose en el Caribe y en otros lugares de América. Esto se debió a que al quedar abierto el cauce de la movilidad social quedó ampliada la base del poder político, que se hizo más representativa de la realidad social del país; con la ampliación de esa base la revolución recibió un fuerte impulso y en consecuencia la movilidad social tomó un ritmo más rápido. Las fuerzas desatadas en Inglaterra, debido a esos movimientos, le permitieron al país adelantarse estructuralmente a todos los de Europa, al grado que un siglo más tarde podía iniciar la revolución industrial, que fue el fenómeno más trascendental de la historia de Occidente después del descubrimiento de América.

En los días de la república, bajo el gobierno de Oliverio Cromwell, Inglaterra alcanzó a convertirse en el mayor poder marítimo de Europa, desplazando a Holanda, que había ocupado ese lugar durante dos siglos. La explicación de esa política naval se hallaba en la naturaleza económica del sector que hizo la revolución, pues el dominio de los mares era indispensable para consolidar y ampliar los negocios de los comerciantes, Inglaterra era una isla y su comercio necesitaba comunicaciones marítimas seguras.

Pero esa primacía marítima no podía alcanzarse, y mantenerse, sin chocar con Holanda, y un choque de Inglaterra con Holanda llamaría necesariamente la atención de Francia, pues Francia, colocada ya en la situación del mayor poder de la Europa continental, estaba interesada en que el juego de los poderes europeos se conservara en un equilibrio que garantizara la estabilidad de su posición.

Después de haber terminado la guerra de Cataluña, Francia se había enzarzado en otra guerra con España, y esa última había terminado en 1660. Al año siguiente murió Mazarino y Luis XIV había decidido no entregar las riendas del gobierno a un canciller o ministro universal, como se decía entonces –que era el papel que habían desempeñado Richelieu y Mazarino–, sino que pasó a gobernar él mismo. Su doble posición de rey y jefe de gobierno de Francia le convirtió en el árbitro de Europa, en un verdadero Rey Sol, como le llamaban sus cortesanos. La clave de los planes políticos de Luis XIV era la extensión de las fronteras de Francia por el Franco-Condado y por Flandes, que había

sido la misma aspiración de Richelieu y de Mazarino. Dado que Flandes se hallaba geográfica e históricamente muy vinculada a Holanda, los planes franceses se veían en peligro si Inglaterra vencía a Holanda en una guerra futura, pues entonces Inglaterra podía pasar a ser el país protector de Flandes. Para evitar esa posibilidad Luis XIV celebró en 1662 un tratado con Holanda, que era a la vez de ayuda mutua, ofensivo y defensivo; al mismo tiempo, el monarca francés mantenía las mejores relaciones con Carlos II de Inglaterra y hasta le facilitaba dinero para sus gastos personales, que eran cuantiosos.

La lucha por el control del tráfico de esclavos entre África y América llevó a Inglaterra y a Holanda a una guerra que comenzó en 1664. Esa guerra, tal como se relata en el capítulo IX de este libro, produjo luchas encarnizadas en el Caribe. Mientras ella tenía lugar murió Felipe IV, el monarca español –el día 17 de septiembre de 1665– y dejó como heredero del trono a un niño enfermo, retrasado mental, que tenía entonces cuatro años de edad y que había sido bautizado con el nombre de Carlos. Ese niño sería Carlos II, conocido en la historia de España con el sobrenombre de El Hechizado; iba a morir al terminar el siglo XVII, esto es, en el año 1700, y con él terminaría en España la dinastía de los Austrias.

Como era de esperarse, Francia entró en la guerra anglo-holandesa del lado de Holanda, cosa que sin duda debió de confundir al rey inglés, que se consideraba aliado personal de Luis XIV. La guerra terminó con la paz de Breda, acordada en julio de 1667. Como dato curioso anotamos que en esa paz de Breda, Holanda cedió a Inglaterra la pequeña colonia llamada Nueva Holanda, que estaba situada en la costa oriental de lo que hoy son Estados Unidos de América. La capital de la colonia era una pequeña villa de poca importancia llamada Nueva Amsterdam. Los ingleses quisieron honrar a su rey y rebautizaron el establecimiento con el título que llevaba el hermano del rey. Ese título era el de duque de York. Por eso Nueva Amsterdam pasó a llamarse Nueva York.

La situación de Europa era tan tensa, y la política de Luis XIV tan agresiva, que por un lado estaba negociando para acabar la guerra en el norte y por otro estaba atacando a España. Aunque las causas de ese ataque a España eran de origen más amplio, y de más peso –pues se tra-

taba de toda una política francesa que se seguía desde hacía muchos años–, lo que probablemente la desató fue la inclinación de España a aliarse con Inglaterra, Suecia y Holanda, en una especie de coalición antifrancesa. Pero el motivo público que dio Luis XIV fue de carácter casi personal; fue la negativa española a pagar la dote de la mujer de Luis XIV, María Teresa. Por eso la guerra franco-española comenzada en mayo de 1667 se llamó de la Devolución.

La mujer de Luis XIV era la infanta María Teresa, hija de Felipe IV y de Isabel de Borbón. Felipe IV, que heredaba la locura de la casa real española, era primo hermano de Luis XIV, porque la madre de Luis XIV, Ana de Austria, era hermana de Felipe IV. Fue por esa vía por donde penetró en los Borbones, que iban a reinar en España, la locura de los Austrias, punto que debemos tener presente a la hora de estudiar la vida de los primeros reyes Borbones de España.

El matrimonio de una hija de Felipe IV con el rey de Francia causó muchas y muy serias preocupaciones en las cortes europeas, sobre todo en la austroalemana, Antes de seguir adelante debemos decir que el imperio austroalemán, llamado también Imperio de Alemania y Sacro Imperio, estaba formado por la mayor parte de los territorios que hoy forman los varios países de la Europa Central y parte de la Oriental. Ese imperio era en realidad uno de los grandes poderes europeos de la época, pero no tenía influencia en el Caribe, sin embargo, tenía influencia en Europa, y la tenía en forma indirecta en España, pues la estrecha vinculación familiar de las monarquías austroalemana y española, sus respectivas vecindades con Francia, sus fronteras comunes en Italia y en el Franco-Condado, convertían a los dos países en aliados forzosos.

Pues bien, si todas las cortes europeas se preocuparon por el matrimonio de Luis XIV con la hija de Felipe IV, que podía ser en cualquier momento heredera de una parte de los territorios de España, la que más se preocupó fue la corte austroalemana; lo que se explica porque si María Teresa heredaba el Franco-Condado o Flandes o los territorios italianos, éstos podían caer en manos de Luis XIV, y eso podía significar un peligro para el Imperio. Con el poder de los territorios europeos de España en sus manos, Luis XIV se convertiría en una fuerza incontrastable.

A fin de evitar esa amenaza se hicieron muchas gestiones y se usaron muchos argumentos ante Felipe IV; y no sólo desde el exterior, sino también dentro de España, cuya nobleza no podía ver con buenos ojos la posibilidad de que su país viniera a menos. Felipe IV comprendió lo razonable de la oposición que se hacía al matrimonio e impuso una condición: que María Teresa renunciara, por ella y sus descendientes, a cualquier derecho a la corona española o a una parte de sus territorios; a cambio de esa renuncia el rey daría a su hija una dote de 500,000 ducados. Luis XIV accedió. Y la boda siguió adelante. Pero sucedió que Felipe IV murió sin haberle entregado a Luis XIV esa suma, y a la muerte de Felipe, su viuda, Mariana de Austria, que pasó a ser reina-regente, se halló con que no tenía fondos para hacer buena la deuda de su marido. De esa falta de pago se valió Luis XIV para declarar que la renuncia de María Teresa carecía de validez, puesto que era parte de un contrato que no se había cumplido; según Luis XIV, los hijos de María Teresa –que eran hijos de Luis XIV, desde luego– debían heredar las plazas de Flandes que seguían en poder de España. Y con ese argumento Luis XIV se lanzó sobre Flandes en mayo de 1667. Así comenzó lo que se llamó la guerra de la Devolución.

Para mantener a España inmovilizada militarmente mientras él atacaba en Flandes, Luis XIV daba ayuda a los portugueses, que combatían por su independencia desde hacía 27 años, y como al mismo tiempo Francia era aliada de Holanda y Luis XIV daba un subsidio mensual al rey de Inglaterra, el monarca francés se sentía libre y sólo podía temer amenazas, o acciones favorables a España, de parte del imperio austroalemán. Para hacer frente a esa posibilidad el rey de Francia propuso un arreglo al emperador de Alemania; según ese arreglo España sería repartida entre los dos países y al Imperio le tocarían, entre otros territorios, la España europea y toda la América española. Ese acuerdo es el que se conoce en la historia de España con el nombre de "primer reparto".

Es el caso que las tropas franceses conquistaron el Franco-Condado y avanzaron por Flandes, y cuando se hizo la paz, llamada de Aquisgrán por la ciudad donde se firmó –el 2 de mayo de 1668–, Luis XIV devolvió a España el Franco-Condado, pero se quedó con varias plazas de Flandes.

España se hallaba entonces en un proceso de descomposición política que la debilitaba más de lo que ya lo había estado, y Luis XIV se sintió tan seguro en su posición, que dejó de preocuparle la suerte de Holanda. Si Holanda caía en manos de Inglaterra, o si pasaba a ser un instrumento europeo de la política inglesa, su vinculación geográfica e histórica con Flandes no pondría en peligro los planes franceses, puesto que la porción de Flandes vecina a Holanda estaba ya en manos de Francia. Así, cuando Inglaterra se consideró lista para atacar Holanda, Luis XIV no se opuso; sólo presentó una condición: que Inglaterra pasara a ser católica. Luis XIV aspiraba a heredar de su lejano antepasado Felipe II el título de Campeón de la Cristiandad. Fue así como en 1670 el monarca francés acordó con Carlos II de Inglaterra darle ayuda en una guerra contra Holanda a cambio de que Carlos II restaurara en Inglaterra la religión católica. Si esto último presentaba alguna dificultad, Luis XIV aportaría tropas y dinero para que Carlos II los usara en Inglaterra.

La guerra contra Holanda comenzó en marzo de 1672, y el rápido avance francés llevó a las tropas de Luis XIV en pocas semanas hasta Utrecht. Los holandeses, temiendo lo peor, llamaron a un joven que no había cumplido todavía los 21 años, Guillermo de Orange, descendiente de Guillermo el Taciturno y nieto de Carlos I, el rey inglés decapitado por Cromwell. Carlos II, que estaba haciendo la guerra contra Holanda, era hermano de la madre del joven holandés, de manera que era su tío; tío suyo también era el Gran Elector de Brandemburgo, y el abuelo de Luis XIV era su bisabuelo. Y precisamente por todos esos vínculos reales, una ley especial, llamada Edicto Eterno, prohibía que un Orange tuviera posición de mando en la República de Holanda. Pero en la hora de la crisis, Holanda olvidó el Edicto Eterno y llamó al joven Guillermo para que dirigiera la defensa del país, y se le nombró Estatúder, como había sido el Taciturno, y además capitán general de los ejércitos.

La presencia de Guillermo de Orange al frente de los defensores de Holanda hizo efecto en el rey de Inglaterra, que al fin y al cabo era su tío; mucho más porque Carlos II había ido a la guerra precisamente contra los enemigos de Guillermo, que gobernaban en Holanda en 1672, y esos enemigos de Guillermo habían sido atacados por el pueblo de Amster-

dam a los gritos de "vivan Guillermo de Orange y Carlos II". En vista de la nueva situación Carlos II le propuso a Luis XIV que cada uno tomara una parte de Holanda y que dejaran una tercera parte para que Guillermo de Orange gobernara como soberano con potestad de rey. Cuando el joven Guillermo conoció la propuesta respondió diciendo que prefería el título de Estatúder que le había dado el pueblo holandés al de rey de una parte de Holanda, y que él se sentía más comprometido con sus conciudadanos que con su interés personal.

La guerra se decidió debido a que España, el imperio alemán y el Gran Elector de Brandemburgo se pusieron del lado de Holanda. Carlos II dio por terminada la guerra en 1674 y en 1677 arregló el matrimonio de Guillermo con la hija del duque de York, sobrina del rey; en 1678, Francia también puso fin a su guerra con Holanda.

Lo realmente importante de lo que hemos dicho sobre esa guerra franco-anglo-holandesa no se halla en la guerra misma; se halla en que la guerra fue un medio apropiado para la aparición de una nueva figura europea, el joven Guillermo de Orange. Surgió en la guerra de 1672-1678, y luego, debido a su matrimonio con la hija del duque de York, pasaría a ser rey de Inglaterra cuando el duque de York, rey con el nombre de Jacobo II, fue destronado en el año 1688. Como Estatúder de Holanda, primero, y como Guillermo III de Inglaterra después, Guillermo de Orange fue un hombre clave en la política de Europa y sobre todo en la lucha contra Luis XIV; y por eso mismo es una figura importante en el trasfondo de los acontecimientos del Caribe.

España había participado en la guerra anglo-franco-holandesa del lado de Holanda, pues también España había comprendido que la existencia de Holanda era, en cierta medida, una garantía para la existencia de un Flandes español, pues a Holanda no podía convenirle que Francia llevara su frontera hasta la misma orilla holandesa; además Luis XIV proseguía la política, ya tradicional en Francia, de debilitar a España en Europa.

España actuó en esa ocasión torpemente, pues Luis XIV era demasiado fuerte y España tenía mucho que perder, sobre todo en territorios que colindaban con Francia. Así, cuando España intervino en la guerra, el rey francés respondió atacando el Flandes español y ocupando el Franco-Condado, que a partir de entonces quedaría siendo francés, como quedó siendo francesa una parte considerable de Flandes. Ade-

más, Luis XIV no se limitó a atacar en esos dos puntos; lo hizo en Sicilia, donde sus fuerzas derrotaron a holandeses y españoles reunidos, y lo hizo en la propia España, pues entró en Cataluña, donde sus ejércitos llegaron hasta Gerona en 1675 y hasta Figueras en 1677.

Esa guerra infortunada, que terminó en el año de 1678 con la paz de Nimega, se extendió hasta el Caribe, según se explica en el capítulo anterior, en los párrafos en que se relatan las vicisitudes del señor De Oregón, gobernador de la Tortuga, cuando salió de la Tortuga con la intención de tomar Curazao. En cuanto a los acontecimientos que se produjeron en el Caribe después de la paz de Nimega, el lector podrá leerlos en el capítulo próximo, pues ahora seguiremos hablando de España, que era todavía la mayor potencia del Caribe.

Del trágico fondo de esa guerra sobresalía, afirmándose cada vez más, la figura de Guillermo de Orange, que a pesar de su juventud se había convertido en un gran líder europeo. Esto se debía en cierta medida a sus condiciones personales, pero también a la fortaleza económica, a la coherencia social y a las virtudes cívicas del pueblo holandés, que respaldaba resueltamente a su Estatúder; y también a las victorias de los franceses. Toda Europa se asustaba ante el tremendo poderío que desplegaba Francia, y Guillermo de Orange aprovechaba el miedo a Francia para ir tejiendo una gran coalición antifrancesa. Así, en plena guerra consiguió que Inglaterra, la aliada de Francia, le retirara su apoyo a Francia y firmara un tratado con Holanda y España –en enero de 1678–, y después de la paz de Nimega, firmada ese mismo año, comenzó a organizar su coalición europea contra Francia.

España salió de la guerra, como hemos dicho, perdiendo el Franco-Condado y una parte de Flandes. El país que 100 años atrás hacía y deshacía la política de Europa, se había convertido hacia el año de 1678 en una nación estragada, que perdía territorios más allá de sus fronteras y se debilitaba dentro de éstas. Su inamovilidad social se agravaba con el paso del tiempo y la conducía inexorablemente a una especie de parálisis nacional, y ya no tenía ni poder económico ni fuerza militar; era la víctima de las apetencias europeas, y especialmente de las de Francia, y sólo podía sobrevivir si se doblegaba a la voluntad de Luis XIV o si se sumaba a los enemigos del Rey Sol. En Nimega había terminado España como poder europeo.

Habiendo perdido su condición de país líder, España decidió mantener una política antifrancesa, lo que la condujo a entrar en el tratado de Asociación que habían firmado Holanda y Suecia en La Haya en 1681. El Sacro Imperio se unió al tratado, y España se sintió suficientemente fortalecida por esas alianzas, al grado que a los movimientos de Luis XIV contra Luxemburgo y otros puntos cercanos, respondió España en diciembre de 1683 con una declaración de guerra a Francia. Francia tomó en el acto la ofensiva, lanzó tropas sobre Cataluña y tomó Luxemburgo, todo sin que los aliados de España intervinieran en la guerra. En agosto de 1684, a los pocos meses de iniciada, esa guerra terminaba con el tratado de Ratisbona, en la cual España cedía Luxemburgo a Francia.

Pacientemente, Guillermo de Orange siguió tejiendo los hilos de una gran malla europea para atrapar a Luis XIV, y España volvió a entrar en una alianza antifrancesa organizada por el joven Estatúder holandés. Esa vez se trató de la Liga de Augsburgo, formada por Holanda, Alemania, Suecia, Baviera, España y unos cuantos ducados o principados. La Liga de Augsburgo iba a conducir a casi toda Europa a la guerra más larga del siglo XVII, después de la de los Treinta Años, una guerra que se convirtió en una floración de grandes victorias francesas. Al final de esa guerra, Francia había de ser un poder incontrastable, el poder que dictaba la política de Europa.

España se adhirió a la Liga de Augsburgo después que una flota francesa se presentó en el puerto de Cádiz y exigió medio millón de escudos bajo amenaza de bombardear la ciudad. El papa Inocencio XI se adhirió a la Liga a causa de la conducta francesa en la elección del arzobispo elector de Colonia; e Inglaterra se sumó a la Liga cuando Guillermo de Orange pasó a ser rey de Inglaterra en 1688, en sustitución de su suegro, el destronado Jacobo II.

Luis XIV se enfrentó a la gran coalición europea actuando con su característica rapidez, atacando y derrotando a los coaligados en todas partes; en Alemania, en Flandes, en España, en Irlanda, en el Caribe. El poderío militar francés actuó en forma arrolladora. Toda la potencia económica y social de Francia, la unidad casi monolítica del país que había logrado Luis XIV en casi 30 años de gobierno, se manifestó en esa guerra en la forma de ejércitos organizados, con buenos jefes y

excelente armamento. Esa fue la última guerra del siglo XVII y al mismo tiempo el primer modelo de las guerras modernas que iban a comenzar pocos años después, en los primeros años del siglo XVIII.

En cuanto a los combates de esa guerra que se libraron en el Caribe, el lector hallará un amplio relato en el capítulo siguiente; en cuanto a los que tuvieron lugar en Europa, deben interesarnos los que afectaron a los países que tenían dependencias en el Caribe; esto es, Inglaterra, Holanda, España y la propia Francia.

Inglaterra y Holanda unidas formaban un poder naval incontrastable, de manera que en Irlanda, donde Luis XIV tenía que combatir a base de poder naval, los franceses fueron derrotados, y con ellos sus aliados los partidarios de Jacobo II, que se había refugiado en Francia; pero en Luxemburgo, en Fleurus, en Mons, en Namur, en Italia, esto es, en el territorio europeo, español u holandés, Francia vencía uno tras otro a sus enemigos. El propio Guillermo de Orange fue derrotado en dos batallas en el año de 1693. En cuanto a España, los ejércitos franceses entraron por Cataluña y fueron tomando plaza tras plaza, desde Camprodón en 1689 hasta Barcelona en 1697, sin que ningún jefe español pudiera hacer frente a su avance.

La coalición de los enemigos de Luis XIV no podía mantenerse unida frente a un enemigo tan enérgico y capaz, pero al mismo tiempo Luis XIV, que era un político hábil, no pretendía llevar la guerra a sus últimas consecuencias. Por otra parte Francia había empezado a padecer una seria escasez de alimentos y serias epidemias que producían grandes mortandades; de manera que cuando uno de los aliados, el duque de Saboya, propuso una paz por separado, a fines de 1696, Luis XIV la aceptó. Así comenzó a desgranarse el collar de la Liga de Augsburgo.

La guerra terminó con la paz de Ryswick, firmada el 20 de septiembre de 1697. En una jugada de alta política, digna de un maestro de gran talla en ese menester, el poderoso rey de los franceses sacó sus ejércitos de Cataluña, de Luxemburgo, Charleroi y otras ciudades de Flandes, sin pedir nada a cambio. La reacción natural y lógica del pueblo español fue de alivio, de sorpresa agradable y, al final, de simpatía hacia Luis XIV; y eso, precisamente, era lo que buscaba el vencedor.

¿Por qué prefería la simpatía española a la posesión de Cataluña y su hermosa y rica capital, Barcelona; a la de ciudades como Luxemburgo, Mons y Charleroi?

Porque Luis XIV aspiraba a mucho más; aspiraba a ser rey de España, y para lograrlo necesitaba contar con la buena voluntad del pueblo de España.

Era el año de 1697, ya en sus finales, y las cortes de Europa esperaban que Carlos II, el rey español, no viviría mucho tiempo más. Puesto en el trono desde 1675, el hijo tarado de Felipe IV, cuñado de Luis XIV, se había casado con una sobrina de éste, María Luisa de Orleáns, que no le dio descendencia. María Luisa de Orleáns había muerto en 1689. La segunda mujer del monarca español era Ana María de Neoburgo, que llevó consigo a Madrid una camarilla de alemanes, hombres y mujeres, que trataban por todos los medios de enriquecerse vendiendo favores reales. Esos íntimos de la reina lo vendían todo, empezando por los cargos públicos, fueran civiles, religiosos o militares; y como España era un país que seguía socialmente inmóvil, el cargo público era al mismo tiempo una garantía de estabilidad económica –y hasta de enriquecimiento– y un ascenso social. En lo que se refiere a la herencia del trono, tampoco Ana María de Neoburgo le dio hijos a Carlos II.

A medida que el tiempo pasaba sin que el rey tuviera un heredero, iban formándose círculos de intrigantes que se movían alrededor de los diplomáticos acreditados en Madrid, pues cada monarca europeo tenía algún interés en el caso; unos aspiraban a heredar la corona española y otros a impedir que la heredara tal o cual rey o príncipe. La camarilla de Ana de Neoburgo se mantenía activa en esas intrigas, pero también se mantenía activo el grupo que rodeaba a Mariana de Austria, la reina madre. Este grupo era conocido con el nombre de "partido bávaro", debido a que Mariana de Austria era partidaria de que su hijo testara dejándole el trono a un hijo del elector de Baviera. Al morir la reina madre, lo que sucedió en 1696, su grupo siguió actuando y llegó a obtener que Carlos II firmara un testamento a favor de su candidato.

Ana de Neoburgo y su camarilla trabajaban en favor del emperador de Alemania, cuñado de Ana de Neoburgo. La influencia de ésta sobre

el rey era tan grande que los "bávaros" lograron el testamento de Carlos en favor del hijo del elector de Baviera gracias a que tanto Carlos como su mujer estaban enfermos y separados; pero cuando la reina mejoró presionó al rey para que dejara el testamento sin efecto; el monarca, hombre sin voluntad, lo hizo así. Esto sucedía en septiembre de 1696, es decir, un año antes de que se firmara la paz de Ryswick.

Después de la paz de Ryswick Luis XIV pudo tener un embajador en Madrid, y con el embajador tantas personas y tantos medios como se necesitaban para formar un círculo que trabajara en favor de su candidatura como heredero de Carlos II. En ese momento el llamado partido austriaco logró que el pobre rey enfermo firmara una carta dirigida al emperador austro-alemán en la cual le prometía que a la hora de hacer su testamento declararía heredero del reino de España al archiduque Carlos, hijo segundo del emperador y, como se verá más adelante, en esa carta basó el emperador su derecho a enviar a España ejércitos para reclamar la corona del país para su hijo, lo que convirtió a España en campo de batalla de los poderes europeos durante la larga y costosa guerra de Sucesión.

Luis XIV no se dejó amilanar por el valioso documento que había firmado su cuñado en favor del archiduque Carlos, y al mismo tiempo dispuso dos ofensivas diplomáticas, una dentro de España y otra en el exterior. Para la que llevó a cabo dentro de España montó toda una máquina de intrigas, espionaje, soborno y halagos. El círculo favorable a Luis XIV se amplió tanto y llegó a tener tanta influencia que logró sacar de sus cargos a altos funcionarios de la corte. El oro francés corría a raudales. La reina recibía trajes, joyas, perfumes y hasta cintas y zapatos de París como obsequios del real cuñado de su real marido. En la corte no sucedía nada, ni pequeño ni grande, que no lo supiera el embajador de Luis XIV. Al mismo tiempo que progresaba esa parte interna del plan, Luis XIV ponía en acción la parte externa y enviaba negociadores a todas las cortes europeas para ofrecer cuanto podía ser ofrecido a cambio de contar con la ayuda de reyes y príncipes que podían sentirse afectados por el traspaso de la corona española a manos francesas. El resultado de esas actividades de Luis XIV fue el llamado "segundo reparto de España", acordado entre Guillermo III de Inglaterra –el antiguo Guillermo de Orange, de Holanda– y el rey de

Francia, al que se adhirieron varios otros monarcas y príncipes. Según los términos del pacto –que fue secreto, pero que no pudo mantenerse secreto, tantos eran los que participaban en él–, España, América, Flandes y Cerdeña pasarían a manos del príncipe elector de Baviera; el Delfín de Francia, hijo y heredero de Luis XIV, sería soberano de las Dos Sicilias, las plazas fuertes de Toscana y Guipúzcoa española; Milán le tocaría al emperador austroalemán.

Cuando el secreto dejó de serlo y la noticia del segundo reparto llegó a Madrid, los cortesanos de Carlos II creyeron que ya era tiempo de poner un alto a todas las intrigas y todas las zozobras que se originaban en el hecho de que no hubiera un heredero para el trono español; así se le reclamó al rey que tomara una decisión, pues de no tomarla, España corría peligro de ser repartida como un bien mostrenco. El rey, abúlico, retrasado mental, hizo lo que se le pedía y dictó testamento por el cual declaraba heredero de la corona española al joven príncipe José Fernando de Baviera, que había sido el candidato de la reina madre, Mariana de Austria. El testamento fue leído ante el Consejo de Estado. Los "bávaros" habían ganado la partida a pesar de que ya no vivía su jefe, Mariana de Austria. Luis XIV y el emperador de Alemania habían perdido la batalla diplomática. Esto sucedía al mediar el mes de noviembre de 1698; al comenzar el de febrero de 1699 moría José Fernando de Baviera. Luis XIV y el emperador podían volver a la carga. Y así lo hicieron.

De alguna parte, tal vez de la angustia del pueblo español, salió entonces la especie de que Carlos II estaba hechizado; alguien había puesto sobre él o cerca de él un embrujo para evitar que tuviera un hijo o pudiera señalar un heredero... En cualquiera de los varios retratos que se le hicieron al infeliz Carlos II puede advertirse que era físicamente una criatura no acabada, un hombre que no nació normal, lo que se explica porque fue el producto de cruces entre parientes cercanos que heredaban la locura, o por lo menos ciertas formas de degeneración física y mental de manera que no había que achacar a filtros de brujas su incapacidad para tener hijos o para comportarse como un ser normal; sin embargo, la especie de su hechizamiento conmovió al pueblo español, corrió por los círculos cortesanos y diplomáticos de Madrid, se esparció por las cortes europeas, movilizó a jerarcas de la

Iglesia, preocupó a nobles y frailes y desató una actividad febril en palacios y conventos. Tanto llegó a arraigar el dislate que se procedió a consultar a adivinos y adivinas, y éstos aseguraron que el rey había sido hechizado con tabaco que había sido colocado en el escritorio de la reina; ese tabaco embrujado impedía que el rey tuviera hijos.

La convicción de que el rey había sido embrujado llegó a ser tan fuerte que se le encargó a un capuchino alemán llevar a cabo el rito del exorcismo. Parecía un episodio de la Edad Media, pero la Edad Media estaba muy lejos; ya se estaba a las puertas del siglo XVIII, que sería llamado el Siglo de la Razón. El capuchino alemán cumplió el encargo, y las habitaciones reales de El Escorial quedaron limpias de hechizos, y el rey también. Cuando se lo comunicaron, el pobre rey dijo que, efectivamente, se sentía mejor. Entonces se ordenó el traslado del lecho real a otro aposento, se mandó llamar a la reina y se aseguró solemnemente que, gracias al exorcismo, España tendría un heredero nueve meses después. Desde entonces el pueblo español bautizó a su rey con el sobrenombre de el Hechizado, que ha conservado la historia.

En las cortes reales de Europa no se puso fe en las artes del exorcizador; ni siquiera Luis XIV, tan católico, creyó en ello, pues a mediados de 1699 volvía a acordarse el reparto de España. En ese tercer reparto se estableció que América pasaría al Sacro Imperio. Cuando la noticia del acuerdo llegó a Madrid se levantó tal ola de indignación que se forzó la mano sobre Carlos II para que protestara ante la corte de Inglaterra y el gobierno de Holanda, lo que, desde luego, hizo el rey. Y, sin embargo, era tan alarmante el estado del rey y era tan grave la preocupación de los hombres del gobierno español, que de buenas a primeras, en el mes de mayo de 1700, el Consejo de Estado designaba a Felipe de Borbón, duque de Anjou, nieto de Luis XIV, príncipe de Asturias. Este título ha sido tradicionalmente el que ha llevado el heredero a la corona de España.

¿Era que Luis XIV había ganado esa partida en la que el premio era la vieja y bravía España y el vasto imperio que tenía desparramado en cuatro continentes, o se trataba de una de las conocidas debilidades de Carlos II ante presiones de familiares y de amigos íntimos?

No era una debilidad más de Carlos II. Luis XIV había actuado con astucia ejemplar. Mientras negociaba el reparto de España y su impe-

rio, trabajaba finamente en Madrid para que la corona española cayera en sus manos o en las de uno de sus descendientes. El puente de los Austrias a los Borbones fue cuidadosamente calculado y montado: antes de que el nombre de su nieto apareciera en un testamento de Carlos II, que éste podía destruir como lo había hecho con otros, obtuvo que el Consejo de Estado, la más alta autoridad de España en la materia, designara a Felipe de Anjou príncipe de Asturias. Lo demás llegó por sus pasos contados.

En septiembre cayó Carlos II enfermo por última vez; el 3 de octubre firmaba un testamento en que instituía a Felipe de Borbón, duque de Anjou y príncipe de Asturias, heredero de la corona de Carlos I y Felipe II. Fue así como se extinguió en España la casa de los Austrias y surgió en su lugar la dinastía de los Borbones. Precisamente entonces estaba terminando el siglo XVII.

El nuevo rey llegó a España al comenzar el siglo XVIII, esto es, en enero de 1701, y ya en septiembre se firmaban en La Haya, la capital de Holanda, los documentos de la alianza que habían organizado Holanda, Inglaterra y el imperio austroalemán con el objeto de sacar a Felipe de España y de colocar en el trono español, en lugar suyo, al hijo segundo del Emperador Leopoldo I, el archiduque Carlos de Habsburgo. Aquella malhadada carta del pobre Carlos el Hechizado a Leopoldo I, en la que le anunciaba que designaría heredero al archiduque Carlos, había servido para darle base legal a la alianza de 1701. El arquitecto de esa alianza había sido Guillermo de Orange, rey de Inglaterra, que iba a morir unos meses después, el 8 de marzo de 1702. En septiembre del primer año del nuevo siglo quedaba montada, pues la maquinaria diplomática y militar que iba a desatar en España la larga guerra conocida en la historia como guerra de Sucesión, llamada a librarse en toda Europa y también en las tierras y en las aguas de América.

La guerra comenzó en el mismo año de 1701, cuando los austriacos se lanzaron sobre las dependencias españolas de Italia, obteniendo victorias desde el primer momento. Inglaterra y Holanda entraron en acción en 1702. El duque de Marlborough, antecesor de Winston Churchill –el mismo Mambrú que "se fue a la guerra" de los cantos infantiles– pasó de Inglaterra a Holanda con un ejército de 10,000 hombres y con el plan de atacar a los franceses en Flandes y penetrar después en

Francia. Luis XIV respondió lanzando sus tropas a través de Europa, en dirección a Viena, con el ánimo de asestarle un golpe mortal al Sacro Imperio en pleno corazón, y el rey de España, coronado bajo el nombre de Felipe V, salía de Madrid y se dirigía a Italia para hacer frente a los austriacos.

En la guerra de Sucesión, como podemos ver, Francia y España eran aliadas contra una coalición de toda Europa. Los enemigos de ayer se habían convertido en los compañeros de hoy.

Los dos más grandes poderes marítimos de Europa, Inglaterra y Holanda, que tanto se habían combatido por el señorío de los mares, estaban unidos contra España y Francia, lo que sin duda era mala cosa para España, más vulnerable que Francia a los ataques por mar. ¿Cómo y dónde iban a usarse las flotas angloholandesas? ¿En Europa, en el Caribe?

Por de pronto, se usaron atacando la costa sur de España y hundiendo en Vigo la flota española que llegaba de América cargada de metales y productos, y ese golpe, ayudado con ofertas generosas, hizo temer a muchos que España y Francia iban a perder la guerra, con lo que comenzaron las deserciones y el pase hacia las filas del archiduque Carlos. Hasta el suegro de Felipe V, duque de Saboya, se pasó al enemigo, y tras él numerosos miembros de la nobleza española.

En mayo de 1704, el archiduque Carlos desembarcaba en Lisboa, lo que equivalía a decir que se hallaba en las puertas de España. Ese mismo año tomaron los ingleses el peñón de Gibraltar, que ya no volvería a ser español. En 1705, Valencia y varios pueblos vecinos se levantaron por el archiduque y a poco se levantaba también Barcelona en favor del pretendiente austriaco. Antes de que terminara ese memorable año de 1705, Aragón se sumaba a la causa de los enemigos de Felipe V; y también ese año moría el padre del archiduque, el emperador Leopoldo, por lo cual ascendía al trono el hermano mayor de Carlos. La situación se presentaba tan sombría para España y Francia, que Luis XIV consideró necesario hacer propuestas de paz. El rey francés sabía que si él y su nieto quedaban vencidos, Francia perdería más que España, porque en fin de cuentas Carlos de Habsburgo pasaría a ser Rey español, respaldado por el poder del Sacro Imperio, y no iba a permitir que España fuera desmembrada; en cambio Francia quedaría a merced de

Inglaterra, Holanda, el Imperio y la propia España, puesto que Carlos no iba a convertirse de la noche a la mañana en aliado suyo.

El año de 1706 fue de derrota para los hispanofranceses en todos los campos de batalla. Se perdió Flandes, se perdió toda Italia, y los ingleses entraron en Madrid en el mes de junio; el día 25 de ese mes, el archiduque fue proclamado en Madrid rey de España con el nombre de Carlos III. El nuevo rey, que se hallaba entonces en Zaragoza, se preparó para hacer su entrada triunfal a la capital del reino. La causa de Luis XIV y de Felipe V se veía totalmente perdida.

Sin embargo, no estaba perdida. Cataluña, Valencia y Aragón se hallaban del lado de Carlos III, pero Castilla no iba a abandonar la causa de Felipe V; y los castellanos reconquistaron Madrid el 4 de agosto, con lo que comenzó a cambiar la marea de la guerra. En abril de 1707 ganaba Felipe V la batalla de Almansa, que le abrió las puertas de Valencia; el 26 de mayo caía en sus manos Zaragoza; en 1708 se estaba combatiéndose en Cataluña.

En España se iba de victoria en victoria contra los coaligados de La Haya; pero en Francia la situación no era la misma. El invierno de 1709 había sido duro y había dejado una estela de hambre que estaba conmoviendo el país; en 1710, el hambre comenzó a provocar levantamientos en varios lugares. Luis XIV, preocupado, con sus ejércitos combatiendo en toda Europa, se decidió a negociar la paz otra vez, y propuso a ingleses y holandeses la renuncia de su nieto al trono español. Pero Felipe se negó a renunciar. Su abuelo hizo una nueva proposición: Felipe seguiría siendo rey, pero el imperio español de América sería distribuido entre los combatientes. Otra vez se negó Felipe a aceptar esas condiciones de paz, y esta última negativa provocó la ruptura de Felipe y su abuelo. A partir de ese momento sería Felipe, y no Luis XIV, quien decidiría el destino de su reino y el de su dinastía, que era ya la de los Borbones de España. No en balde Felipe llevaba diez años guerreando en España, viviendo con los españoles, padeciendo con ellos y esperanzándose con ellos.

En ese momento los ingleses y los holandeses cometieron un error que iba a tener consecuencias muy serias: le exigieron a Luis XIV que le declarara la guerra a Felipe V. El viejo Rey Sol se llenó de indignación y decidió combatir en forma desesperada. A él, que además de rey po-

deroso había sido siempre el jefe de un clan real, no se le podía afrentar pidiéndole que lanzara sus ejércitos contra uno de sus nietos.

A menudo, cuando se tratan problemas políticos, el error tiene una importancia mayor o menor según sea el momento en que se comete. Cuando Luis XIV se sintió ofendido y decidió lanzar a la lucha todas sus fuerzas, la suerte de las armas estaba favoreciendo de nuevo a los enemigos de Felipe V. Era a mediados de 1710 y Felipe había tenido que abandonar Madrid, que cayó en manos de los partidarios del archiduque; en el mes de septiembre Carlos entraba en la capital de España. Olvidándose del hambre y de las agitaciones que ésta causaba en su país, Luis XIV ordenó en esa hora sombría que sus mejores ejércitos y sus mejores generales entraran a España a dar la batalla por su nieto; y esos ejércitos, y esos generales, sumados a los duros soldados castellanos, decidieron la guerra a favor de Felipe V en la batalla de Villaviciosa, que tuvo lugar entre el 9 y el 11 de diciembre de ese año de 1710, que parecía ser el año de la derrota de los Borbones en Francia y en España.

A partir de la batalla de Villaviciosa comenzó a cambiar la faz de la guerra, hasta con hechos que no se originaban en ella. Por ejemplo, a mediados de abril del año siguiente (1711) moría el emperador de Alemania, hermano del derrotado Carlos III, y éste fue a hacerse cargo del Imperio; Inglaterra temió que con Carlos III llegaran a unirse las coronas imperiales de Alemania y España, y decidió abandonar la guerra y comenzar negociaciones secretas con Luis XIV. Esas negociaciones se convirtieron en los preliminares del tratado de Utrecht, que comenzaron en enero de 1712 y terminaron en abril de 1713.

En las negociaciones de Utrecht España perdió los Países Bajos, Nápoles, Cerdeña, las plazas fuertes de la Toscana y el milanesado, la Gueldres española, Sicilia, Gibraltar y Menorca; además, concedió a Inglaterra autorización para enviar cada año un navío de 500 toneladas a los territorios españoles de América, y le concedió también el privilegio de vender esclavos negros en las dependencias americanas.

Esto último iba a conducir, como veremos a su tiempo, a encender años después una nueva guerra que se haría sentir en el Caribe.

Capítulo XII

El Caribe hasta la paz de Utrecht

Cerrado el intermedio europeo con la paz de Utrecht, debemos volver al Caribe y recordar que en el capítulo X habíamos avanzado hasta 1684, pero sólo en lo que se refiere a las actividades de los filibusteros; y resulta que la piratería no fue toda la lucha, y ni siquiera su aspecto más importante, aunque fuera el más escandaloso. La piratería iba desarrollándose paralelamente con las líneas de poder de los imperios, pero era la voluntad de conquista de los imperios, no las acciones filibusteras, lo que determinaba el curso de los acontecimientos en las tierras del Caribe.

Si en el punto de la piratería habíamos llegado hasta 1684, en el relato de las guerras europeas en el Caribe habíamos llega o –en el capítulo IX– hasta la guerra angloholandesa de 1672-1674. Como se ha visto en el capítulo anterior, esa guerra comenzó siendo sólo de ingleses contra holandeses y pasó inmediatamente a ser también de franceses contra holandeses, y en 1673, España se alió a Holanda; un año después Inglaterra hizo la paz con Holanda, de manera que la guerra quedó limitada a los aliados hispano-holandeses contra Francia; Holanda llegó a un acuerdo de paz con Francia en agosto de 1678, y España se adhirió a ese acuerdo un mes después; fue la paz de Nimega, que consagró la pérdida del Franco-Condado español y la de varias plazas españolas de Flandes.

Era de esperar que esa guerra fuera a librarse en el Caribe, pues todos los contendientes tenían territorios en esa zona. Cuando España entró en alianza con Holanda, Luis XIV respondió con la velocidad de un rayo atacando Flandes, ocupando el Franco-Condado y enviando

sus ejércitos a Cataluña. ¿Por qué no hizo otro tanto en el Caribe? Los ataques franceses a las dependencias españolas del Caribe, más que de las fuerzas navales y militares francesas propiamente dichas, partieron de los piratas de la Tortuga, y esos piratas se lanzaban contra cualquier establecimiento español del Caribe sin necesidad de que hubiera guerra con España. Quizá Luis XIV tenía sus fuerzas demasiado comprometidas en Europa y no quería dispersarlas; tal vez el astuto monarca había llegado a la conclusión de que para él y para Francia la decisión se lograría en Europa, no en aquel lejano mar de los trópicos. Luis XIV era un gobernante que sabía determinar con claridad los objetivos de su política. Usaba la fuerza, pero no se dejaba arrastrar por ella. De los territorios españoles que él quería sumar a Francia, los más importantes se hallaban junto a las fronteras europeas de Francia, no en la frontera española del Caribe. Por otra parte, se hace evidente, estudiando sus actos, que Luis XIV aspiró siempre a arrebatarle a España el Franco-Condado y Flandes, pero no a llegar más allá. Tal vez el poderoso monarca se sentía demasiado ligado a España por los lazos de la sangre y del matrimonio –era hijo de una española y marido de otra–, o tal vez mantuvo durante años la secreta ilusión de que en algún momento podría heredar la corona de su lejano abuelo Felipe II, y no quería destruir de antemano la herencia.

De todos modos, por la razón que fuere, es el caso que salvo los ataques de piratas franceses o al servicio de Francia que fueron lanzados contra establecimientos españoles –detallados en los capítulos IX y X–, en esa guerra de 16721678 Francia combatió en el Caribe más a Holanda que a España, y aun en el caso de los territorios holandeses, los ataques franceses no tuvieron la ferocidad habitual en las guerras del Caribe.

La participación de Inglaterra en esa guerra fue corta –1672 a 1678– y de una parte de ella se habló al final del capítulo IX; entonces se dijo que al iniciarse la guerra los ingleses habían ocupado Tórtola, San Eustaquio y Saba. Una flota holandesa reconquistó San Eustaquio y Saba, pero los ingleses volvieron a tomarlas y las retuvieron hasta 1678. Tórtola fue devuelta a Holanda en 1688, el año en que Guillermo de Orange pasó a ser rey de Inglaterra. El más duro de los golpes ingleses fue lanzado en la pequeña isla de Tobago, cerca de Trinidad. De allí se llevaron los ingleses a todos los holandeses y a todos los esclavos

negros que había en la isla, unos 400 de los primeros y una cantidad igual de los segundos. Pero Tobago fue devuelta a los holandeses cuando Inglaterra hizo la paz con Holanda; es decir, dos años después.

Tobago fue atacada de nuevo en febrero de 1677, en esa ocasión, por una flota francesa. Al final del mismo año –en el mes de diciembre– los franceses atacaron otra vez y se comportaron como fieras; quemaron todas las viviendas, hasta dejar la isla como una tabla rasa, y se llevaron la mayoría de los esclavos, al grado que sólo se quedaron en la isla los que habían huido a los montes y no pudieron ser localizados por los atacantes. (En el tratado de Nimega Holanda cedió la isla a Francia, pero Francia no la pobló, y al cabo del tiempo Tobago pasó a ser una isla inglesa; hoy es parte de la República de Trinidad.)

En diciembre de 1674, los indios caribes de Dominica cayeron sobre Antigua. Conviene ver el mapa del Caribe para darse cuenta de que Dominica queda al sur de Guadalupe y Antigua al norte, de manera que ir de una isla a la otra no era una operación fácil. Pero esos indios caribes dominaban el arte de navegar en sus grandes piraguas. Unos quince años después de ese ataque a Antigua, unas piraguas caribes de San Vicente estuvieron en las costas occidentales de la Española cambiando productos indígenas por los que podían darle los franceses de Saint-Domingue.

Antigua, como se sabe, era territorio inglés. El jefe de los caribes de Dominica que atacaron Antigua en esos días finales de 1674 era el Indio Warner, hijo, como se explicó a su tiempo, de sir Thomas Warner, colonizador y primer gobernador inglés de Saint Kitts. Otro hijo de sir Thomas Warner, llamado Philip, encabezó a principios de 1675 una pequeña expedición inglesa de represalia que cayó sobre Dominica animada de un furor frenético. Los ingleses destruyeron lo que hallaron a su paso, mataron a unos 80 indios, cogieron unos cuantos prisioneros y se llevaron las piraguas y las canoas que pudieron tomar. Entre los prisioneros estaba el Indio Warner. Un testigo presencial, inglés él, afirmó que Philip Warner indujo a su medio hermano a entrar en el barco de la expedición junto con otros indios, que una vez que los tuvo allí les dio aguardiente hasta que los embriagó, y que cuando los vio embriagados los mandó matar. En la matanza murieron el Indio Warner y todos los niños que había en el grupo.

Los ataques de los indios caribes de Dominica y San Vicente a posesiones inglesas del Caribe fueron numerosos en esos años. Hubo uno en 1676 a Antigua y Monserrat, otros en 1681 y 1682 a Barbuda y Monserrat. Todos parecen haber sido organizados por los franceses. Debemos recordar que los caribes de Dominica y San Vicente habían pactado con Francia, que les había reconocido la propiedad de esas islas. En cierta medida, ellos se sentían aliados y a la vez protegidos de Francia. En el mes de junio de 1683, el teniente gobernador inglés de Monserrat operó sobre Dominica y San Vicente; mató a muchos indios, quemó unos 300 ranchos tribales, destruyó unas 35 piraguas y canoas, y afirmó que los caribes tenían armas y municiones francesas, lo que seguramente era verdad. Francia, que usaba a los piratas de la Tortuga en su política de expansión en el Caribe, no tenía por qué no usar también a los caribes de Dominica y San Vicente. Francia tenía un plan imperial, y para cumplirlo echaba mano de cuanto estuviera a su alcance. Pero los ingleses hacían otro tanto, y usaban contra España a los indios del Darién y a los indios mosquitos de la costa de Nicaragua; de manera que no había razón para que los ingleses se alarmaran porque los caribes de Dominica y San Vicente tuvieran armas francesas. De los imperios de la época, el que no recurría a esos medios era España, y ya hemos explicado por qué. España llegó a ser imperio sin que tuviera sustancia imperial, razón por la cual tampoco tuvo en esa época la moral –o la inmoralidad– típica de los imperios.

En medio de esos episodios de la guerra de 16721678, que hemos relatado, había muchos de menor categoría, sobre todo ataques de corsarios a naves aisladas; pero en realidad esa guerra no tuvo en el Caribe la ferocidad de las anteriores. La paz llegó al Caribe al firmarse los acuerdos de Nimega, pero sería una paz precaria, pues la guerra iba a brotar de nuevo unos años después. Habiendo salido Francia –como salió– de la paz de Nimega apropiada del FrancoCondado y de una parte importante de Flandes, se convertía en una potencia continental demasiado fuerte para que sus vecinos se sintieran tranquilos. De esos vecinos, los que se creían más amenazados eran Holanda, España y el Imperio austroalemán, Guillermo de Orange, convertido en el jefe de la república holandesa, comenzó a tejer asociaciones y tratados, a los que se unió España. Ya hemos visto en el capítulo XI el resultado de

esos movimientos y el resultado de la corta guerra hispano-francesa que terminó en el tratado de Ratisbona, firmado en agosto de 1684; y ya hemos visto cómo volvieron a organizarse los países amenazados por Francia y cómo comenzó de nuevo la guerra en 1686 y cómo Inglaterra acabó uniéndose a la gran coalición europea antifrancesa.

La adhesión de Inglaterra a la coalición se produjo cuando Guillermo de Orange pasó a ser rey de Inglaterra –año de 1688–, pero no fue obra exclusiva de Guillermo de Orange. Los adversarios ingleses de Jacobo II –que eran los más numerosos y los más poderosos– tenían que presionar para que Inglaterra se uniera a la coalición, pues al huir de su país, Jacobo II, el rey destronado, se había refugiado en Francia y contaba con Luis XIV para reconquistar el trono. Así, Luis XIV envió rápidamente ayuda a Irlanda, cuya población, de mayoría católica, era partidaria de Jacobo.

Pero los irlandeses eran partidarios de Jacobo no sólo en Irlanda, sino también en el Caribe, donde había muchos que habían sido llevados a los territorios ingleses como "sirvientes" o como desterrados. En varias de las islas inglesas del Caribe –en Saint Kitts, Antigua, Monserrat y Barbuda– los irlandeses se hicieron partidarios de Jacobo II tan pronto supieron que éste había sido destronado y que en su lugar reinaba Guillermo de Orange, un protestante a quien los irlandeses católicos debían odiar a muerte. Lógicamente, las autoridades francesas del Caribe estimularon esos levantamientos de los irlandeses. Las rebeliones de irlandeses llegaron a ser tan serias que todas las mujeres y los niños de Saint Kitts tuvieron que ser evacuados y enviados a Nevis. Los irlandeses hicieron el papel de lo que tres siglos después se llamaría una quinta columna, y apoyados en esa quinta columna los franceses del Caribe comenzaron la lucha contra el poder de la coalición. Saint Kitts fue atacada en julio de 1689 por una flota que procedía de Francia; la guarnición inglesa se rindió a principios de agosto y los franceses permitieron que embarcara hacia Nevis. Anguila cayó también en manos francesas, pero los ingleses no tardaron en reconquistarla, si bien evacuaron toda su población hacia Nevis porque temían que no iban a poder defenderla de un nuevo ataque francés. Mientras tanto, los caribes de Dominica y San Vicente caían otra vez sobre Antigua, daban muerte a varios ingleses y se llevaban prisioneros a otros.

La ofensiva francesa en el Caribe parecía ser tan fulminante como lo era en Europa. En el mismo mes de julio de 1689, el señor Tarin de Cussy, gobernador de la porción de Santo Domingo ocupada por Francia, lanzó sobre la parte española de la isla una columna de unos 1,000 hombres, entre los que iban muchos filibusteros, veteranos del tiempo del espanto; Santiago de los Caballeros fue tomada –por tercera vez en 30–, saqueada y quemada en su totalidad, con la única excepción de la iglesia, tal vez por respeto al catolicismo de Luis XIV. Cuando los destructores de Santiago de los Caballeros volvían a sus bases del oeste de la isla, llegaban allí los caribes de San Vicente a los que nos hemos referido en este capítulo. El encuentro fue contado por Oexmelin, en una página llena de color que nos permite tener una idea precisa de cómo eran cómo actuaban esos indios caribes de las islas antillanas doscientos años después del descubrimiento.

El historiador de los piratas dice que los caribes procedían de la isla de San Vicente, y explica que esa isla se hallaba a 30 leguas a barlovento de la Martinica, un detalle que no da idea del recorrido que tuvieron que hacer para llegar al oeste de la Española, cinco veces más largo que el de San Vicente a Martinica. Viajaban en grandes piraguas movidas a remos e iban hombres y mujeres con frutas, cotorras, gallinas y varios artículos que llevaban para vender o trocar. De esos artículos el que más sorprendió a Oexmelin fue un tipo de cesta destinada a llevar agua; estaba hecha con juncos y debió ser un fino trabajo de artesanía porque, según da a entender Oexmelin, el agua no se salía. Para Oexmelin, veterano del Caribe, ver indios desnudos no era una novedad, pero lo era para los franceses que habían llegado de Europa al oeste de la Española y no habían salido de este lugar; así, Oexmelin explica que esos franceses se asombraron de ver que los caribes iban desnudos, lo mismo las mujeres que los hombres, y que tenían el cuerpo pintado con un colorante rojo oscuro. "Esta gente", dice el celebrado cronista de los piratas, "lleva nada más que un pedazo de tela puesto alrededor de la cintura que les cubre la parte delantera"; entonces pasa a explicar cómo se peinaban: llevaban el pelo en dos crenchas formadas a partir de una raya que iba de una oreja a la otra; la crencha superior terminaba con el pelo cortado a la altura de la mitad de la frente; la posterior se dividía en trenzas que forma-

ban un moño sujeto en la parte posterior. Algunos de esos indios, y Oexmelin da a entender que eran hombres, llevaban collares de vidrios de colores, un artículo que seguramente debían obtener ellos de los europeos; otros, sin embargo, llevaban adornos indígenas, y ésos eran al parecer los jefes del grupo. Esos adornos eran aros de madera que tenían forma de corona del ancho de una pulgada; uno de ellos tenía varias plumas de cotorra, de diferentes colores –los vivos, los alegres colores rojo, azul, amarillo y verde de la cotorra–, y el otro tenía una sola pluma roja que no podía ser de cotorra porque, según dice Oexmelin, era recta y tenía de ocho a nueve pulgadas de largo; debía tratarse de una pluma de guacamaya, tal vez llevada desde Trinidad o de la región del Orinoco. De los dos jefes que usaban esos adornos, uno tenía además un aro que le colgaba de un hoyo abierto en la ternilla de la nariz y le llegaba hasta la boca, y un collar en el que había algo así como una media luna que le caía sobre el pecho, y dos silbatos, uno más grande que el otro.

Francia había tomado la ofensiva en el Caribe y atacaba en varios sitios a la vez, pero los aliados que la combatían en Europa iban a reaccionar en el Caribe al comenzar 1690. En febrero de ese año, una escuadra inglesa que se había organizado en Barbados atacó y destruyó los establecimientos franceses de San Bartolomé, Marigalante y San Martín. Un escuadrón naval francés, despachado desde Saint Kitts, impidió que los ingleses siguieran atacando otras posesiones francesas de la vecindad.

En el mes de junio, los ingleses de Nevis despacharon un escuadrón naval hacia Saint Kitts con fuerzas que desembarcaron en la isla y estuvieron combatiendo hasta el 16 de julio, día en que se rindió el último reducto francés. Algunos franceses y algunos de sus esclavos negros se fueron a los bosques y desde ellos continuaron la lucha, aunque no pudieron debilitar a los ocupantes ingleses. Después de haber tomado Saint Kitts, los ingleses se lanzaron sobre San Eustaquio, que había sido conquistada por los franceses, prácticamente sin lucha, en marzo del año anterior.

El gobierno de Jamaica, que estaba sufriendo a manos de los franceses establecidos en la parte francesa de la Española una sucesión continua de ataques en la costa norte, empezó a organizar fuerzas para

defenderse. En el mes de julio (1690) los negros jamaicanos, que seguían siendo partidarios de España y que se hallaban refugiados en las montañas del norte desde que la isla fue ocupada por los ingleses en 1655, salieron de las alturas para atacar varios establecimientos. A fines de ese año de 1690 el escuadrón naval inglés que había tomado Saint Kitts fue a operar sobre la costa occidental de la Española para aliviar los ataques de los franceses contra Jamaica. En enero del año siguiente (1691), en una operación combinada con ese escuadrón naval inglés, los españoles del este de la isla entraron como un huracán de fuego en la porción francesa del norte y derrotaron el día 21 a las fuerzas francesas en las vecindades de Cap-Français. En la batalla –conocida como de Sabana Real o de La Limonada– murieron todos los jefes franceses, encabezados por el gobernador, señor Tarin de Cussy, y unos 300 filibusteros. Cap-Français fue destruida totalmente. Para los vencidos no hubo ni asomo de piedad. El escuadrón inglés que cubría las aguas de la región operó después sobre Leogane y Petit-Goave y retornó a Jamaica, que ese mismo año fue atacada de nuevo por filibusteros procedentes de la recién castigada parte francesa de la Española.

Al mismo tiempo que eso sucedía en el norte del Caribe, fuerzas inglesas desembarcaron en Guadalupe y avanzaban quemando los poblados que hallaban a su paso, matando el ganado y destruyendo los sembrados. La isla estaba ya prácticamente en sus manos cuando se alcanzaron a ver las velas de una escuadra francesa. Los ingleses abandonaron Guadalupe, y el capitán que los mandaba, de nombre Wright, acusado de haber ordenado la retirada, fue arrestado en Inglaterra bajo el grave cargo de alta traición.

Como podemos ver, la guerra se extendía por todo el Caribe, y los imperios que la llevaban a cabo, empeñados en territorio europeo en una lucha que en los términos de la época podía considerarse como guerra total, necesitaban echar mano de todos los recursos que pudieran movilizar. Así, tanto Inglaterra como Francia iban a acudir en el Caribe al uso de los piratas. Si lo habían hecho antes, ¿por qué no hacerlo otra vez? Pero es el caso que la situación había cambiado. Ya habían desaparecido los grandes capitanes filibusteros de otros días; la Tortuga no era en 1691 la capital de los temidos “Hermanos de la Costa”, y la capital jamaicana del filibusterismo, la tumultuosa Port Royal,

desapareció bajo el mar en el terremoto del 7 de junio de 1692. Lo que hicieron los gobernadores de Jamaica y de la parte francesa de la Española fue otorgar patentes de corso a diestra y siniestra, de donde resultó que en los años que siguieron hubo en el Caribe una floración de corsarios; comerciantes, artesanos, pequeños armadores de balandras; blancos, mulatos, europeos y nativos del Caribe se dedicaron a esa actividad.

Así, el año de 1692 fue de luchas de corsarios, combates aislados en el mar, pequeños, pero destructores asaltos en los lugares de las costas que no tenían vigilancia o defensa. Dos casas quemadas aquí, seis esclavos secuestrados allá, una nave asaltada en tal punto, todo eso multiplicado por numerosas veces, acababa representando pérdidas fuertes al cabo del año, tanto para un bando como para el otro.

A finales de 1692 Inglaterra despachó hacia el Caribe un escuadrón naval que en el mes de abril de 1693 estaba en aguas de Martinica. Los ingleses desembarcaron fuerzas de tierra, pero la isla no cayó en sus manos porque además de los defensores, que luchaban con fiereza, tuvieron un adversario implacable: la fiebre de las islas, que debilitó a los atacantes a tal punto que tuvieron que retirarse. En el mes de octubre eran tan frecuentes los asaltos a Jamaica por parte de los franceses de la Española que la situación de los vecinos de la isla se hacía insostenible. En el mes de diciembre el ataque llegó a la costa del sur, a sólo diez kilómetros de la antigua Port Royal. En esa ocasión los atacantes hicieron saqueos importantes; sólo en esclavos se llevaron unos 370.

La porción más rica de Jamaica fue prácticamente asolada en junio y julio de 1694 cuando Ducasse, el sucesor de Tarin de Cussy en la gobernación de la parte francesa de la Española, encabezó personalmente una expedición de unos 1,500 hombres que llevó en 22 naves. Durante un mes entero Ducasse señoreó el sudeste de la isla; después, costeando tranquilamente por el sur, como si fuera el amo del mar, desembarcó sus hombres en la bahía de Carlisle y allí destruyó, quemó, taló, y atropelló a su antojo. Tras haber estado operando en Jamaica más de mes y medio, Ducasse se retiró a su gobernación de la Española francesa, pero había dejado destruidos 50 ingenios de azúcar y varios cientos de casas, había dado muerte o herido a mucha gente, se había llevado joyas, muebles, dinero y 1,300 esclavos. En respuesta

a ese ataque, los ingleses de Jamaica atacaron en el mes de octubre algunos establecimientos franceses de la Española, pero no hicieron ni remotamente un daño parecido al que había sufrido Jamaica.

Jamaica, que era la joya de Inglaterra en el Caribe Central, se hallaba, pues, a merced de los franceses de la Española, y algo había que hacer para ponerle fin a esa situación. Así, al iniciarse el año 1695 los ingleses estaban organizando una expedición fuerte de 23 navíos y 1,700 hombres, al mando, como era costumbre, de un jefe naval y uno de infantería; a esa expedición se agregarían en Saint Kitts algunos barcos y soldados; además, la acción estaría combinada con las autoridades de la parte española de la isla (Santo Domingo o la Española), que atacarían por el norte con 1,500 hombres. El plan era comenzar repitiendo lo que se había hecho cuatro años antes, lo que explica que el 24 de mayo se hallaran reunidas en la Limonada, donde había sido derrotado y muerto el gobernador Tarin de Cussy, las tropas inglesas y las españolas. La mayoría de las últimas eran naturales de la isla, como lo habían sido en 1691. Desde la Limonada, los aliados avanzaron hacia Cap-Français, que fue abandonado por sus defensores. El jefe de la marina inglesa ordenó un bombardeo de la ciudad y al mismo tiempo despachó fuerzas para tomarla, pero sin haber informado de su decisión ni al jefe español ni al jefe de la infantería inglesa; así, cuando las tropas aliadas de tierra llegaron a Cap-Français hallaron enastada allí la bandera inglesa nada más, lo que produjo serios altercados entre el jefe español y el jefe naval inglés. Eso no fue todo, sin embargo, pues como Cap-Français había sido saqueada concienzudamente por la marina británica, los ingleses protestaron escandalosamente y de hecho se rompieron los vínculos entre los dos cuerpos expedicionarios ingleses. A partir de ese momento no hubo coordinación entre ellos y la infantería inglesa se encaminó a Port de Paix por tierra mientras la fuerza naval se dirigía a Saint Louis –no el puerto de Saint Louis en el sur, sino un punto del mismo nombre situado entre Cap-Français y Port de Paix–, lugar que tomó y saqueó. La infantería tardó dos semanas en llegar a Port de Paix, ciudad que se negó a rendirse a los infantes y sin embargo se rindió a la marina cuando ésta apareció en la bahía. En esa ocasión, como había sucedido en

Cap-Français, los marinos saquearon sin piedad, y no dejaron nada para sus compañeros de a pie.

Rota la unidad indispensable, no sólo entre españoles e ingleses, sino además entre los dos cuerpos ingleses, fue imposible llevar adelante la campaña. El plan general preveía un ataque a Petit-Goave, que era el centro de actividades corsarias, y el gobernador de Jamaica pedía que se cumpliera ese punto. Pero el desacuerdo entre los expedicionarios no lo permitió. En consecuencia, la movilización de tanto poderío –buques y hombres desde Inglaterra y desde Saint Kitts y hombres desde la parte española de Santo Domingo– tuvo como resultados únicos la destrucción y el saqueo de tres puntos del norte, que era la región menos activa en la guerra contra Jamaica; y esas operaciones, que sin duda perturbaron a los franceses de la Española, no eliminaban los focos de agresión; ni siquiera los redujeron.

Ducasse no tardó en tomar las medidas necesarias para reorganizar la colonia francesa de la Española –que en realidad todavía no era una colonia *de jure*, porque España no la había reconocido como posesión de Francia–; así, procedió a despoblar Port de Paix y concentró esa población en Cap-Français, ciudad que se dedicó a reconstruir con su habitual energía. En esa ocasión, el gobernador obtuvo que se trasladara en bloque a Cap-Français la población de la isla de Santa Cruz, que a partir de entonces quedó deshabitada. Mientras tanto, Ducasse siguió enviando filibusteros y corsarios hacia Jamaica, cuyas costas eran atacadas sin cesar por grupos pequeños, pero audaces y voraces, que salían de Petit-Goave y Leogane. Por esa causa los pobladores de Jamaica abandonaban la isla en número considerable. En el entretanto, Ducasse, impresionado sin duda por el demoledor ataque angloespañol de 1695, escribía a París recomendando que se enviara una expedición lo suficientemente fuerte para conquistar la parte española de la isla en que se hallaba la colonia francesa, porque en su opinión ahí se hallaba la clave militar de todo el Caribe. Es de suponer que para ese tiempo Luis XIV veía muy cerca un desenlace en el problema de la herencia al trono español y no quería herir la sensibilidad española lanzándose a conquistar uno de sus territorios en América; sin embargo, es posible que esas cartas de Ducasse dieran origen al plan del ataque a Cartagena, que no iba a tardar en elaborarse.

Pues resulta que en septiembre de 1696 el ministro de Marina francés le escribía a Ducasse informándole que estaba organizándose una gran expedición, si bien no se dirigía a conquistar la parte española de la isla, sino a atacar algún lugar de México. Algo más tarde, en enero de 1697 –cuando ya se sabía que era inminente un acuerdo de paz– el ministro le ordenaba a Ducasse que reuniera a todos los filibusteros de su territorio y que los retuviera allí, sin dejarlos salir de la colonia porque debían participar en la acción que estaba organizándose en Francia. Según se le dijo a Ducasse, varios capitalistas importantes se habían asociado al gobierno en el proyecto, de manera que se trataba de una empresa que no era exclusivamente militar, y debido a eso era apropiada para que intervinieran en ella, con perspectiva de buenas ganancias, los voraces piratas del Caribe.

En enero de 1697, cuando el gobernador Ducasse recibía las noticias que le daba el ministro de Marina de su país, la situación militar de Francia era brillante, puesto que sus ejércitos se batían victoriosamente en muchos sitios de Europa pero la situación económica no podía ser peor. La guerra había resultado mucho más larga de lo que se pensó y se llevaba a cabo en frentes muy distantes, tanto en Europa como en América, y ante demasiados enemigos; se combatía en tierra y en los mares, lo que resultaba en costos altísimos; los hombres no podían dedicarse a la producción de lo que el país necesitaba; el comercio se había desordenado y la agricultura languidecía, por todo lo cual los precios subían sin cesar. En esa hora de necesidades, Luis XIV aceptó unirse a unos cuantos capitalistas para saquear una ciudad rica del Caribe; y así, al mismo tiempo que sus ejércitos entraban en Barcelona, despachaba una gran flota para el Caribe y ordenaba que se usara a los filibusteros –esos bandidos del mar que pillaban, violaban, quemaban y mataban sin el menor escrúpulo– en el asalto a Cartagena de Indias. Pues fue a Cartagena adonde se destinó al fin la expedición que se había organizado para dar un asalto a un punto de México.

La expedición llegó a Petit-Goave al comenzar el mes de marzo, y su jefe era el señor De Pointis. Cuando llegó la flota expedicionaria, los filibusteros que Ducasse había reunido se hallaban en situación de rebeldía, pues tenían ya más de dos meses sin salir a la mar, y ellos, que estaban hechos a gastar en una noche lo que pillaban en quince

días, no podían sufrir tan larga inactividad. En total, Ducasse había reunido 1,000 hombres, y más de 600 de ellos eran veteranos en la piratería. Todos esos hombres irían bajo el mando personal de Ducasse. De Pointis llegó a cabo Tiburón, en el extremo sudoeste de la isla, con 4,000 hombres; la mitad eran marinos y la mitad infantes. En el asalto a Cartagena tomarían parte, pues, unos 5,000 hombres. Los filibusteros aportaban siete buques, lo que elevó el número de naves de la flota a más de 30, de las cuales nueve eran fragatas.

Dada la presencia de los piratas en ese enorme cuerpo expedicionario, se presentaron dificultades serias. De Pointis hizo saber a los filibusteros que tenían que plegarse a sus órdenes y que serían tratados lo mismo que los marinos y los soldados, y eso alarmó de tal manera a los piratas que decidieron abandonar la empresa. Sólo la intervención del gobernador Ducasse impidió que lo hicieran. Al final, la expedición salió de cabo Tiburón en abril.

La presencia de una flota tan poderosa en aguas del Caribe sembró la alarma en todos los lugares aliados y puso en movimiento a las autoridades españolas, inglesas y holandesas de la región. Se temió un asalto a la flota anual española que llevaba cada año la plata y el oro de América a España, pues en ese momento esa flota se hallaba en aguas del Caribe. El gobernador de Jamaica envió despachos urgentes a La Habana y a Portobelo para que aprestaran las defensas, pues temía que esas dos ciudades, o una de ellas, pudiera ser atacada; de Inglaterra fue despachado un escuadrón fuerte de trece navíos con encargo de proteger las islas británicas de la zona y la flota anual española, y además con la misión de interceptar la flota francesa donde la encontrara. Esto último no se logró porque cuando el escuadrón inglés llegó a aguas de la Española, De Pointis y Ducasse estaban llegando a Cartagena. Era entonces a mediados de abril (1697), prácticamente en vísperas de la paz de Utretch.

A la presencia de la flota francesa, las autoridades de Cartagena se apresuraron a evacuar mujeres, niños, ancianos y la mayor parte de las riquezas que podían ser escondidas fuera de la ciudad, como oro, joyas, dinero y objetos de valor, si bien no pudieron deshacerse de los altares de oro y plata de algunas iglesias y de algunos conventos. La defensa

se organizó bajo el mando de don Sancho Jimeno, el gobernador de la plaza, un hombre resuelto y enérgico.

Cartagena resistió quince días de bombardeo continuo e implacable. A los quince días –que fue tiempo suficiente para que se presentara a la vista alguna flota aliada–, los atacantes rompieron la defensa de uno de los fuertes. El 6 de mayo, la guarnición española, el Cabildo y parte de la población civil, salían de la ciudad con honores de guerra. Los franceses fueron, por lo menos en ese aspecto, considerados con los vencidos, que se habían batido como leones.

Los filibusteros esperaban entrar en la ciudad para saquearla, según sus hábitos de ladrones de la costa y del mar, pero De Pointis no lo permitió y los mantuvo en las afueras de Cartagena mientras los oficiales de sus tropas recogían todo lo que tenía algún valor. El botín fue cuantioso. Entre lo saqueado estaban las joyas y el sepulcro de plata del convento de San Agustín, que Luis XIV devolvió después, haciendo honor a uno de los artículos de la capitulación acordada entre el jefe atacante y el gobierno de la plaza; en ese artículo De Pointis se comprometía a no llevarse los tesoros de las iglesias y los conventos de la ciudad. La plata fue devuelta por Luis XIV y se usó más de un siglo después en fundir moneda para la guerra de independencia de Colombia. Luis XIV era cuidadoso en eso de mantener las apariencias de su catolicismo.

La turba de los filibusteros esperó que De Pointis repartiera el botín con ellos de acuerdo con las reglas de la *chasse-partie*, que seguía siendo su código social; pero De Pointis se negó a eso y ofreció en cambio una décima parte del primer millón de coronas y el triple de tal cantidad de los millones restantes; esto es, les daría igual proporción que la que había repartido entre los marinos y los soldados. Se estimaba que el botín alcanzaba a más de siete millones. Los piratas se negaron a aceptar lo que les ofrecía De Pointis. El producto del saqueo era demasiado grande para que ellos se conformaran con una participación tan pequeña.

Cuando se discutía ese punto, De Pointis y muchos de sus oficiales –así, desde luego, como gran número de marinos y soldados– se hallaban atacados por la fiebre típica de los lugares bajos del Caribe, probablemente causada por aguas contaminadas; de este modo, se recogieron en sus barcos. Estaban allí cuando, a su vista, los piratas entraron en

Cartagena. De Pointis se hizo a la mar y la ciudad quedó en manos de los filibusteros, que fueron sus dueños y señores durante cuatro días.

Igual que en los mejores días de los grandes capitanes piratas, Cartagena vivió el tiempo del espanto, el de las violaciones, los incendios, la destrucción, la muerte, las torturas, el saqueo desorbitado, en suma, las terribles experiencias que habían vivido Panamá y Maracaibo. El dominio del bandidaje y del terror en Cartagena fue totalmente desenfrenado porque los filibusteros no tenían un jefe a quien obedecer, pues Ducasse había partido con De Pointis. Al cabo de cuatro días de vandalismo los piratas habían conseguido algunos millones de coronas, con los cuales se sintieron "pagados" y se marcharon.

Mientras tanto, De Pointis se dirigía a Francia sin saber que al sur de Jamaica estaba en acecho, esperando su paso, el escuadrón naval que había sido despachado desde Inglaterra cuando se tuvieron noticias de que la escuadra francesa navegaba en el Caribe. A las naves inglesas se habían unidos varias de Holanda, de manera que se trataba de una fuerza considerable, superior a las 20 velas. Por su parte, De Pointis había dejado en Cartagena nueve bajeles, que usaron los piratas para retornar a la Española; así, pues, las dos escuadras enemigas estaban más o menos a la par.

De Pointis, sin embargo, no presentó combate; se las arregló para burlar la persecución con pérdida de sólo dos bajeles pequeños; navegó por el estrecho de Yucatán, por el Golfo de México y por el canal de las Bahamas, y fue a dar a Terranova; de ahí se dirigió a Francia, adonde llegó unos días antes de que se firmara la paz de Ryswick. Las riquezas que le llevó a Luis XIV servirían para cubrir en parte las duras necesidades que deja tras sí una guerra larga.

Ahora bien, la escuadra aliada que había estado persiguiendo a De Pointis por el Caribe sabía que el jefe francés no se llevaba todas las naves que había conducido hasta Cartagena, de manera que se quedó operando entre Jamaica y la Española, y ahí fueron a dar los filibusteros que regresaban de la infortunada ciudad saqueada. Tres de los bajeles piratas, cargados todos de botín, fueron apresados; dos quedaron embarrancados mientras huían de sus perseguidores, los cuatro restantes fueron a dar a Petit-Goave.

Con ese episodio quedó cerrada de hecho la era de los grandes asaltos de los piratas en el Caribe. Ya a ese tiempo los piratas eran relativamente tan débiles que si se hubieran presentado solos, sin la marinería de guerra y sin la infantería que llevaba De Pointis, no hubieran podido ni remotamente tomar Cartagena. Todavía durante más de 100 años habría filibusteros en el mar de las Antillas, pero ya no se verían de nuevo las grandes flotas piratas conducidas por reyes del crimen que cruzaban altaneramente de un punto a otro del Caribe sin que encontraran un poder que detuviera su carrera. Al terminar el siglo XVII, cuyo fin se hallaba a dos años y medio de distancia, los imperios que habían empollado y prohijado las sombrías huestes del filibusterismo no iban a necesitarlas más y no querían tratos con ellos. Los imperios se habían establecido ya firmemente en el Caribe, y había llegado la hora de manejar sus intereses sin tener que compartirlos con nadie, que así paga el diablo a quien le sirve.

Mientras tanto, hacía meses que estaba negociándose la paz de Ryswick. Por lo que hemos dicho en el capítulo anterior sabemos que Luis XIV devolvió entonces a España todos los territorios que le había tomado en Europa, pues estaba al llegar a un desenlace la crisis de la herencia de la corona española y Luis XIV quería ganarse, como se ganó con ese gesto, la simpatía del pueblo español. En cuanto al Caribe, el tratado de Ryswick no mencionó la situación de la isla de Santo Domingo o la Española, cuya parte occidental se había convertido en los últimos años en una colonia francesa *de facto*, puesto que allí vivían algunos miles de colonos franceses bajo las leyes de su país, y además había un gobernador y funcionarios de otras categorías nombrados por el gobierno de Francia. Al no tratarse en las negociaciones de Ryswick el caso de la Española, se dio por hecho que España aceptaba la situación creada en esa isla, que fue el primer territorio español de América; y así quedó legalizada, por vía negativa, la partición de Santo Domingo en el Santo Domingo español y el SaintDomingue francés. Al andar del tiempo la primera sería la República Dominicana y el segundo sería la República de Haití, pero antes de llegar al estado de repúblicas, en esas dos dependencias se producirían acontecimientos memorables y de una importancia histórica insospechada.

El Caribe era, en realidad, un mundo complejo. ¿Quién podía pensar que cuando estaba llegando a Petit-Goave la flota francesa que comandaba De Pointis –es decir, al comenzar el mes de marzo de 1697–, había a poca distancia de allí una ciudad que no había sido conquistada en los algo más de dos siglos que tenía el Caribe bajo el dominio español y de otros países europeos?

Pues la había, y estaba en la región norte del occidente del Caribe. Era Tayasal, una ciudad maya, que había sido construida por lo menos en los principios del siglo XIII en una isla que se hallaba en el centro del lago Flores. El lago Flores, bastante grande, está en el territorio guatemalteco de Petén.

Se cree que los habitantes de Tayasal eran mayas itzás, de los pobladores originales de la vieja y hermosa Chichén-Itzá. Chichén-Itzá había sido conquistada a fines del siglo XII por el poderoso guerrero maya Huan Ceel, que tenía a sus órdenes un ejército de mercenarios mexicanos. Los itzás no se resignaron a seguir viviendo en la ciudad sometida y emigraron hacia el sur. En su larga marcha, de varios cientos de kilómetros, dieron con una isla en medio de un lago y determinaron fundar allí una ciudad que llamaron Tayasal; y allí estaban cuando llegaron a Yucatán los Montejos, aunque éstos no se enteraron de su existencia, y allí estaban al comenzar el año de 1697; es decir, cinco siglos después de haber salido de Chichén-ltzá, sin que ni un solo español se dispusiera a someterlos.

La existencia de una ciudad libre en medio de un territorio conquistado estimulaba rebeliones en los pueblos mayas, y efectivamente esas rebeliones habían sido frecuentes, aunque de escasa importancia, a todo lo largo del siglo XVI y del siglo XVII. Al llegar el mes de marzo de 1697, las autoridades españolas decidieron tomar Tayasal, aunque llevaban el propósito de no producir derramamiento de sangre. Los mayas de la ciudad no conocían las intenciones de las fuerzas que les rodeaban, y usaban sus armas contra ellas. Una flecha alcanzó a un soldado español y al sentirse herido, éste disparó su arcabuz. A partir de ese momento fue imposible controlar la situación y la matanza de mayas alcanzó a varios miles. Los indios de Tayasal huyeron despavoridos hacia las orillas del lago que no estaban guarnecidas por españoles; la ciudad quedó sin un alma, y los españoles entraron en ella el día 14 de marzo.

Por los días del tratado de Ryswick estaba sucediendo en Inglaterra algo que iba a provocar la unión definitiva de Escocia e Inglaterra en un solo país, y para asombro de los que ignoran que la historia toma a menudo los caminos más inesperados, el Caribe vino a ser el escenario de los hechos que produjeron la unión de escoceses e ingleses. El Caribe, esa frontera imperial de ricas tierras tropicales, empezaba a tener influencia directa en Europa.

Los hechos comenzaron en 1695 –dos años antes del tratado de Ryswick– cuando William Paterson, escocés y fundador del Banco de Inglaterra, personaje notable por muchos conceptos, expuso en Edimburgo, capital de Escocia, una idea que desde el primer momento despertó el entusiasmo de sus compatriotas.

Escocia e Inglaterra habían sido dos reinos separados hasta que en 1603 llegó al trono inglés, con el nombre de Jacobo I, el hijo de la última reina de Escocia, la infortunada María Estuardo. Al mismo tiempo que Jacobo I de Inglaterra, el rey era Jacobo VI de Escocia; de manera que al comenzar el siglo XVII los dos países tenían un solo rey. Pero a pesar de eso eran dos países distintos; cada uno tenía su parlamento, su moneda, sus impuestos, su lengua, y había una frontera entre los dos. Así, las leyes inglesas que no habían sido aprobadas por el Parlamento escocés no regían en Escocia, o al revés, en algunos casos, como el del acta de navegación, se les reconocían a los ingleses derechos que no podían ejercer los escoceses. Uno de esos derechos era el uso de barcos en el comercio con el extranjero; otro era el disfrute de privilegios para explotar territorios extranjeros, que se concedía sólo a ingleses.

La idea de William Paterson, que los escoceses acogieron con tanto entusiasmo, era que si el Parlamento de Inglaterra podía autorizar la formación de compañías que explotaban territorios situados en el exterior –por ejemplo, en América–, el Parlamento de Escocia también podía hacerlo. Lo que decía Paterson tenía una lógica contundente y además halagaba el orgullo nacional de sus compatriotas.

Pero Paterson no era hombre de conceptos abstractos, capaz de establecer un principio sin que pudiera sin embargo llevar a cabo su aplicación. Además del principio de que no había ni podía haber diferencia en la capacidad, o la autoridad, de los parlamentos de Inglaterra y de Escocia, William Paterson pasó a decir cómo y dónde debía apli-

carse; según él, los escoceses podían y debían establecer una colonia en el istmo de Darién, en la costa de Panamá. Para Paterson, ese lugar estaba llamado a ser "La llave del Universo", el sitio por el cual pasaría en el porvenir el comercio de Europa a Asia y de Asia a Europa. El Parlamento de Escocia debía, pues, actuar para que los escoceses pudieran realizar ese plan.

Paterson levantó con su proposición tal ola de entusiasmo que en el mes de junio de 1695 el Parlamento escocés aprobaba un acta por la cual quedaba autorizada la formación de una compañía denominada Compañía Escocesa de Comercio con África y las Indias, que fue llamada popularmente Compañía de Darién. Se estableció que el capital sería de 600,000 libras esterlinas, pero los escoceses tenían que aportar sólo la mitad; la otra mitad podía ser aportada por negociantes ingleses, como en efecto sucedió.

La Compañía del Darién comenzó, pues, con buen pie; podríamos decir que con demasiada buena suerte; pero eso mismo dio lugar a sus primeros contratiempos. Otras compañías inglesas que tenían negocios en África y en América, y especialmente la Compañía Inglesa de la India Oriental, que tenía un monopolio de comercio con la India garantizado por un acta del Parlamento inglés, tuvieron miedo a la competencia de la naciente Compañía del Darién y consiguieron que el Parlamento de Inglaterra declarara su oposición a la empresa de Paterson; el resultado inmediato fue que los accionistas ingleses, asustados, retiraron su dinero de la Compañía del Darién. Los escoceses acudieron a Guillermo III, que era su rey en la misma medida en que era el rey de los ingleses; pero Guillermo III estaba en ese momento aliado a España en la guerra contra Luis XIV, de manera que no podía ayudar a Paterson y a sus socios a organizar una colonia escocesa en el istmo de Panamá, que era un territorio español. Eso hubiera equivalido a una agresión a España.

Lógicamente, ahí debió haber terminado el episodio de la Compañía del Darién, pero los escoceses son tozudos, y en vez de cerrar ese capítulo, respondieron a los ingleses aportando 100,000 libras más a la empresa. Ahora bien, como no podían, porque Escocia era un país pobre, reunir el dinero que hacía falta para cubrir todo el capital autorizado de la Compañía –que, como hemos dicho, era de 600,000 li-

bras–, hicieron gestiones para conseguir el resto en países europeos; así, se movieron para vender acciones en Hamburgo, pero encontraron que antes que ellos habían llegado a Hamburgo emisarios del gobierno inglés que les habían aconsejado no poner dinero en la Compañía del Darién.

Para los escoceses, salir adelante con el plan de Paterson se convirtió en asunto de interés nacional y de orgullo patriótico. Su Parlamento había autorizado, con tanta legalidad como podía tenerla el de Inglaterra, la empresa del Darién; ellos hablan reunido dinero, y además les habían dado participación a los ingleses en la Compañía. Si ésta fracasaba, fracasaban el pueblo escocés y sus instituciones. Paterson y sus amigos siguieron adelante con su plan y al año siguiente de la paz de Ryswick, para ser más precisos, en el mes de julio de 1698, salían del puerto de Leith tres bajeles –el San Andrés, el Caledonia y el Universo– con 1,200 escoceses que iban a colonizar en el Darién. La futura colonia se llamaría Nueva Caledonia.

Pero sucedió que la Nueva Caledonia fue un fracaso. Las provisiones llevadas de Escocia no duraron el tiempo necesario para mantener a los colonos mientras se recogían las primeras cosechas de los frutos sembrados en el Darién; las solicitudes de ayuda enviadas a los territorios ingleses del Caribe y de la América del Norte no fueron ni siquiera contestadas, pues aunque la guerra contra Francia había terminado, y con ella se había disuelto la alianza de Inglaterra, Holanda y España, todos los monarcas de Europa se hallaban envueltos en las intrigas y los planes relacionados con la herencia del trono español, y Guillermo III, que se mantenía a la expectativa en ese asunto, no quería provocar a España, razón por la cual había dado órdenes a las dependencias inglesas en América para que no se les prestara ayuda a los escoceses del Darién.

Nueva Caledonia, pues, tuvo que ser abandonada; los colonos se dispersaron. Salieron del Darién en tales condiciones, que la mitad de ellos murió antes de llegar a los establecimientos ingleses de América del Norte. El caso era trágico por sí solo, pero se agravó porque cuando esos supervivientes de Nueva Caledonia cruzaban el Caribe en busca de puertos donde hallar amparo –cosa que estaba sucediendo a mediados de julio de 1699–, otra expedición se encontraba en camino hacia

el Darién. Esta última había salido de Escocia antes de que llegaran allá las noticias del fracaso. Por si eso fuera poco, salió después una nueva expedición de unas 1,300 personas. Cuando ésta llegó al Darién no halló ni un alma. La segunda expedición se había dispersado porque, a su vez, tampoco había hallado a sus antecesores. La última de las tres fue forzada por un escuadrón naval español a salir del lugar, y, como les había sucedido a los miembros de la primera y de la segunda, perdió mucha gente, que se moría de enfermedades mientras cruzaba el Caribe de retirada.

En total, más de 2,000 escoceses murieron en la aventura del Darién. Esas muertes, el dinero perdido y la conducta de los ingleses, conmovieron a toda Escocia e impresionaron a muchos ingleses, a los que les pareció que se había cometido una injusticia con los escoceses. Como era natural, al tratar de explicarse las causas del fracaso se llegó a la conclusión de que se debía a que en el país había dos parlamentos, y se pensó que para evitar la repetición de los hechos, o que se produjeran otros peores, había que fundir los parlamentos de Inglaterra y de Escocia, de manera que el reino se gobernara por leyes iguales para todos. Guillermo III le pidió al parlamento inglés que estudiara la manera de unificar los dos cuerpos legisladores, pero la Cámara de los Comunes inglesa se negó a tratar el asunto y, por su parte, los escoceses decían que la unión sólo podía tener lugar si se les reconocía a ellos igualdad de derechos con los ingleses, sobre todo en lo que se refería a las actividades comerciales en el exterior, lo que a fin de cuentas quería decir que se les reconociera el derecho a colonizar tierras extranjeras y a conducir sus productos en barcos amparados por las leyes inglesas.

Guillermo III murió en marzo de 1702 sin haber obtenido que los parlamentos de Escocia y de Inglaterra llegaran a un acuerdo, y a Guillermo III sucedió Ana Estuardo, la hija del destronado Jacobo II, a quien le tocaba sentarse en el trono inglés en el momento en que Inglaterra empezaba a intervenir en la guerra de Sucesión de España. Ana era hija de Jacobo, Jacobo había sido el protegido de Luis XIV, y en la nueva guerra el enemigo sería otra vez Luis XIV, Los propietarios y comerciantes que formaban el Parlamento inglés querían protegerse contra la posibilidad de que el trono cayera en manos de un hermano de Ana, partidario de Luis XIV, y como condición previa para

reconocer a Ana establecieron que si ella moría sin herederos el trono pasaría a Sofía de Hannover y sus descendientes. El Parlamento de Escocia declaró que no aceptaba la condición impuesta por el de Inglaterra y acordó que si Ana moría sin descendencia Escocia escogería rey libremente. Esta amenaza de división de los dos países estaba atemperada por una condición: Escocia aceptaría al rey inglés si se le reconocía igualdad de derechos en comercio exterior.

La situación estaba llegando a un punto crítico. La reina se negó a aprobar el acuerdo del Parlamento de Escocia y éste respondió negándose a votar fondos para el trono; a esto último respondió a su vez el Parlamento inglés en febrero de 1705 con medidas que tenían caracteres de ultimátum. Por una de ellas se prohibía la entrada en territorio inglés de productos escoceses, y por otras se establecía que si a fines de ese año el Parlamento de Escocia no se ponía de acuerdo con el de Inglaterra, se consideraría a los escoceses como extranjeros y serían tratados como tales.

Como puede verse, un fracaso en el Caribe estaba produciendo en Inglaterra una situación tan difícil que cada día parecía acercarse a soluciones violentas. Esto debía temerse porque las luchas entre ingleses y escoceses habían desembocado antes en acontecimientos sangrientos y dolorosos. María Estuardo, la última reina de Escocia, había sido decapitada en Londres por órdenes de la reina inglesa, Isabel I, y el recuerdo de aquella víctima de las luchas entre los dos países debía rondar en esos días por los pasillos de los parlamentos de Escocia e Inglaterra y debía perturbar el sueño de mucha gente. Los ejércitos que comandaba en Europa el duque de Marlborough necesitaban paz en Inglaterra. Una guerra entre ingleses y escoceses podía ser fatal para todos; sin embargo, con su característica tozudez, los escoceses se mantenían aferrados a sus ideas. La Compañía del Darién seguía viva y actuando, y había despachado barcos hacia África y la India. Uno de esos barcos, el *Annandale,* había sido apresado por la marina inglesa; otro, el *Speedy Return,* se había dedicado a la piratería y durante algún tiempo no se supo de él, por lo que se creyó que también había sido apresado por los ingleses. Un buque inglés, el *Worcester,* entró en agosto de 1704 en una bahía de Escocia y los escoceses le echaron mano como si se hubiera tratado de una nave enemiga.

La reina Ana se hizo cargo de la gravedad de la situación y envió un emisario personal a Edimburgo para que tratara de negociar con el parlamento de Escocia, pero los escoceses se negaron a iniciar tratos mientras no quedara derogada el acta del Parlamento inglés de febrero de 1705, en la que se les declaraba extranjeros. La reina obtuvo que el Parlamento inglés derogara ese acta, y esa medida abrió el camino para unas negociaciones fatigosas, que duraron casi un año.

En tales negociaciones los escoceses pedían que se formara una federación de los dos países, cada uno con su Parlamento, y que hubiera igualdad de privilegios comerciales para escoceses e ingleses. Los ingleses alegaban que a cambio del derecho a comerciar en el exterior, los escoceses debían integrarse a Inglaterra y reconocer un solo Parlamento para los dos países, así como reconocían un solo rey. Al final se acordó que Escocia enviaría 16 representantes a la Cámara de los Lores –o Pares– y 45 a la Cámara de los Comunes; que los impuestos de importación y exportación serían iguales en los dos países; que a la muerte de la reina Ana, Sofía de Hannover y sus descendientes serían reconocidos como los herederos legítimos del trono en el Reino Unido de Inglaterra y Escocia –que más tarde pasaría a llamarse simplemente el Reino Unido– y que el gobierno inglés pagaría a los accionistas de la Compañía del Darién unas 400,000 libras.

Los acuerdos fueron aprobados por la reina Ana el 7 de marzo de 1707; tres meses después, el Parlamento de Escocia se reunió por última vez y se declaró disuelto. Y así fue como en vez de establecer una colonia escocesa en el Caribe, la empresa de William Paterson había terminado provocando, al cabo de doce años, la unión de Escocia e Inglaterra en un solo país.

Es el caso que en esos mismos años otros europeos, y no sólo los escoceses, buscaban un territorio del Caribe en que establecerse. Se trataba de un grupo de brandemburgueses, súbditos del gran elector de Brandemburgo, que había formado una compañía con accionistas holandeses y daneses para comerciar con esclavos. Como el ducado de Brandemburgo había sido aliado de Dinamarca en una de las tantas guerras que este país había tenido con los suecos, esos traficantes de esclavos consiguieron que Dinamarca les permitiera tener un depósito de negros en la isla de Santomas. Pero a los brandemburgueses no les

satisfacía tan poca cosa, querían una isla para ellos y trataron de comprarles a los holandeses la de San Eustaquio y a los ingleses la de Tobago –la Tobago del grupo de las Vírgenes, no la del extremo Sur–, y como no lograron que les vendieran una de esas islas fueron a establecerse en Vieques, llamada por los ingleses Crab Island. Vieques era un territorio adyacente a Puerto Rico, y, por tanto, dependencia española, pero los ingleses la querían para sí, razón por la cual expulsaron de allí a los brandemburgueses. El gran elector de Brandemburgo se dirigió al gobierno inglés para pedirle que autorizara a la Compañía de Brandemburgo a establecerse en Tórtola, y los ingleses no concedieron la autorización. Al final, los brandemburgueses se retiraron del negocio de esclavos, ya avanzado el siglo XVIII. Su pequeño país no tenía ni flota ni ejércitos para respaldar su negocio en el Caribe. Para ellos, pues, el Caribe no era una frontera imperial porque Brandemburgo no era un imperio.

Los brandemburgueses, como los latvios, no tendrían colonias en el Caribe. De los países pequeños de Europa, sólo Dinamarca seguiría participando en el festín colonial del Caribe. Los suecos llegarían y se sentarían en la mesa durante algún tiempo, y ya a finales del siglo XIX y en el siglo XX, los norteamericanos entrarían a la región a disponer de sus riquezas y de algunos de sus territorios. Pero en el siglo XVIII el Caribe seguiría siendo la frontera de cuatro grandes poderes: España, Francia, Inglaterra y Holanda. Dinamarca estaba allí de manera prudente, sin sueños de competir con los imperios.

Los cambios que se habían producido en Europa en el siglo XVII se reflejaban, al comenzar el siglo XVIII, en nuevos conceptos morales. Habían quedado atrás los tiempos en que la agresión de un país a otro se justificaba con pretextos más o menos válidos, con la especie de que se defendía el derecho a la herencia de una corona o se combatía por causas religiosas. Esos dos ingredientes, por ejemplo, habían estado presentes en la guerra de los Treinta Años, que había terminado en 1648. Al comenzar el siglo XVIII, esto es, medio siglo después del final de la guerra de los Treinta Años, resultaba innecesario justificar una guerra con esos motivos. Ya todo el mundo en Europa, desde los reyes hasta los villanos, sabía que se iba a una guerra para arrebatarle a otro país tierras y riquezas, y eso parecía natural. Así, pues, no había nada

de escandaloso en que el aliado de ayer fuera el enemigo de hoy; en que al atacar a un país se esgrimiera el mismo argumento que se había usado un año antes para combatir a su lado.

Un buen ejemplo de lo que acabamos de decir está en la guerra de Sucesión de España. Los países que habían estado matándose en Europa y en el Caribe hasta 1697 iban a comenzar otra guerra en 1702, pero no ya en los mismos bandos. En la que había terminado en 1697, ingleses, holandeses y españoles eran aliados contra Francia; en la que iba a comenzar en 1702, España y Francia serían aliados contra Inglaterra y Holanda. Así, los pueblos españoles del Caribe que habían peleado hasta 1697 contra los franceses y habían contado en esa ocasión con la ayuda angloholandesa, comenzarían en 1702 a pelear contra los angloholandeses y contarían con la ayuda francesa. Los colonos franceses de la Española, que habían visto sus ciudades destruidas por los españoles del este aliados a los ingleses, pasarían a ser los aliados de los españoles y los enemigos de los ingleses. Esa trágica situación fue expresada un siglo después por un sacerdote de la Española cuando dijo, en una quintilla que derramaba una gracia amarga:

Ayer español nací,
a la tarde fui francés,
en la noche etíope fui,
hoy dicen que soy inglés.
No sé qué será de mí.

La realidad, sin embargo, no era para provocar comentarios humorísticos, pues se trataba de que los pueblos del Caribe vivían bajo el peso de una lucha interminable, dura y sin sentido para ellos.

Las potencias europeas comenzaron a prepararse para la nueva guerra tan pronto como se supo, en octubre de 1700, que Carlos II había testado dejando la corona de España a Felipe de Anjou. Así, no debe extrañar que antes de que comenzara la guerra llegara al Caribe una escuadra inglesa de diez barcos. Esto sucedía en noviembre de 1701, y a principios de 1702 arribaba a Martinica una escuadra francesa tres veces más poderosa que la inglesa; en el mes de mayo se hacía presente un escuadrón inglés que iba a reforzar al que había llegado en

noviembre de 1701, y casi inmediatamente volvía al Caribe, desde Francia, el veterano Ducasse, a la cabeza de otro escuadrón francés.

Los enemigos tomaban posiciones en la frontera imperial del Caribe y el ambiente se hizo tenso y difícil. A mediados de año comenzaron a producirse ataques sueltos a buques aislados de uno y otro bando; en el mes de julio los ingleses de Saint Kitts se lanzaron sobre la porción francesa de la isla. La guerra, pues, había comenzado en el Caribe.

La causa verdadera de la guerra se hallaba en el temor de que Francia aumentara su poder al quedar la corona española vinculada a la francesa, de manera que lógicamente los ataques, lo mismo en Europa que en el Caribe, debían dirigirse al poder francés; sin embargo, tan pronto comenzó la guerra los ingleses corrieron a ocupar Vieques y a desembarcar hombres en Puerto Rico, lo que hicieron por la rada de Arecibo, sin éxito, porque perdieron varios hombres y material de guerra, y tuvieron que retirarse; sin embargo, pocos meses después atacaron de nuevo por las playas de Loíza, con resultado parecido. Puerto Rico sería atacado al año siguiente por fuerzas holandesas que desembarcaron en el puerto de Guayanilla y tuvieron que retirarse dejando varios muertos.

El esfuerzo más importante que se hizo en el año de 1702 fue, sin embargo, el de la persecución de Ducasse. Esto sucedía en el mes de agosto, cuando tres escuadrones navales ingleses salieron a recorrer el Caribe del sur en busca del jefe francés. Ducasse mandaba unas diez naves y navegaba frente a Santa Marta cuando los ingleses lo avistaron. Entablado el combate, los ingleses tuvieron que retirarse con pérdidas importantes y averías gruesas en varios barcos. Su almirante, John Brown, resultó gravemente herido. En una carta que le envió a Brown, muy propia de la época, Ducasse reconoció que si los ingleses hubieran tenido decisión habrían ganado la partida; pero no la tuvieron, y es el caso que esa guerra comenzó en una forma lánguida, sin que ninguno de los adversarios desplegara verdadera decisión. En cambio los nativos del Caribe se comportaban de otra manera. Eso se explica porque habían aprendido muchas lecciones de la guerra anterior; habían aprendido especialmente que la guerra paralizaba la vida económica de toda la región, que sus productos no tenían venta y los de Europa no llegaban, y si llegaban eran en poca cantidad y muy caros; pero lo

más importante de todo lo que aprendieron fue que la guerra producía buenos dividendos a los que tomaban parte en ella. Eso se lo habían enseñado los corsarios franceses e ingleses que habían actuado en la guerra anterior.

Es de suponer que lo mismo que habían hecho antes, los gobernadores ingleses y franceses del Caribe distribuyeron patentes de corso tan pronto como se rompieron las hostilidades, lo que tenía que provocar una medida similar en las dependencias españolas. La guerra del corso podía dejar beneficios muy altos, pues el producto de las presas era para los dueños de los buques corsarios que las tomaran. El gobierno español pagaba una cantidad por cada prisionero y por cada cañón capturado, según fuera su calibre; en caso de que la nave enemiga fuese tomada al abordaje, se daba un premio de un 25 por ciento sobre el valor total del barco apresado. Hubo corsarios de las islas que se hicieron fabulosamente ricos, como el mulato de Puerto Rico Manuel Henríquez, que había sido zapatero, y a quien Felipe V le concedió en 1713, al terminar la guerra, la medalla de la Real Efigie y el título de Capitán de Mar y Guerra. Henríquez llegó a ser tan rico que prestaba dinero al gobierno y a la Iglesia.

Los corsarios pulularon por el Caribe. Los había ingleses, franceses, holandeses. Los ingleses operaban desde Barbados y desde Jamaica, y los franceses desde Martinica. En esa lucha de pequeños propietarios y comerciantes, de artesanos y de pescadores metidos a corsarios, los franceses aventajaban a los ingleses. Y no se trataba de algo sin importancia. Los barcos apresados, los esclavos tomados, los cargamentos de mercancías apropiados sumaban al año millones de escudos. Se calcula que en un solo año los corsarios franceses de Martinica apresaron más de 160 barcos ingleses.

Exasperados por la situación, los ingleses decidieron caer sobre Martinica para destruir el nido de esos dañinos enemigos, pero a última hora no fue posible atacar Martinica y se decidió tomar Guadalupe. Una escuadra inglesa llegó allí el 19 de marzo de 1703, desembarcó tropas que tomaron Basseterre con poca lucha y los franceses se replegaron hacia el interior, pero no derrotados, sino combatiendo. El gobernador de Martinica reunió inmediatamente todas las fuerzas que estaban a su alcance y acudió a ayudar a sus compatriotas de Guadalupe. El 16 de mayo, es decir, a los dos meses de haber desembarcado, los ingleses

comenzaron a evacuar la isla. Pero no se fueron sin haber hecho las devastaciones de rigor en las guerras del Caribe.

Después de esa acción, la guerra volvió a ser de corsarios hasta el año de 1706, cuando una flota francesa mandada por el conde de Chavagnac se presentó frente a Nevis, viró hacia Saint Kitts y desembarcó tropas en esta isla el 11 de febrero. Desde julio de 1702 la parte francesa de Saint Kitts había caído en manos inglesas. A la presencia de tropas francesas, la guarnición inglesa se refugió en los fuertes y los atacantes estuvieron varios días en la isla quemando ingenios azucareros, casas, almacenes y cuanto hallaban a su paso. Al retirarse se llevaron varios cientos de esclavos.

Un mes después, el almirante D'Iberville tomó el mando de las fuerzas francesas en la región y el 22 de marzo desembarcó en Nevis con 3,000 hombres. La guarnición inglesa se retiró a posiciones preparadas de antemano, pero esas posiciones cayeron pocos días más tarde. La suerte de los ingleses de Nevis fue triste. Muchos fueron enviados prisioneros a Martinica y Guadalupe; otros tuvieron que servir de guías a los soldados franceses que recorrían los bosques buscando a los esclavos que habían huido. Los franceses se llevaron de Nevis unos 3,000 esclavos, ingenios de azúcar enteros y todo lo que tenía algún valor.

En medio de esa guerra, y bajo la jefatura de Pablo Pesberre, cacique de Suinzí, se levantaron los indios cabécares y terbis de Talamanca, en Costa Rica; la sublevación se extendió hasta el territorio de Panamá. Hacia el mes de septiembre de 1709, los indios se lanzaron a matar frailes y españoles, sin que se salvaran ni mujeres ni niños, a quemar conventos e iglesias y viviendas. En la lucha para someterlos, que fue larga, cientos de indígenas fueron apresados y repartidos entre españoles y criollos. El jefe de la rebelión fue apresado, juzgado y condenado a muerte, y la sentencia se ejecutó a tiros de arcabuz en Cartago, capital de Costa Rica, al comenzar el mes de julio de 1710.

Unos meses antes, en febrero, un grupo de corsarios franceses cayó sobre Monserrat y se llevó más de 70 esclavos; en marzo, el irlandés John Bermington, al mando de una fuerza francesa, tomó Barbuda, destruyó todos los edificios, tanto militares como civiles, y además se llevó a toda la población, libre y esclava.

Ese ataque a Monserrat se repitió poco más de dos años después cuando una flota francesa, al mando del señor Cassard, que había llegado a Martinica en mayo de 1712, atacó en el mes de julio la pequeña isla inglesa y la arrasó completamente. Cassard se llevó de Monserrat 1,200 esclavos y maquinaria de ingenios de azúcar, y destruyó todo lo que no podía llevarse. Después del ataque a Monserrat, Cassard fue a dar a Curazao, pero la posesión holandesa se salvó del duro destino de Monserrat porque se aprestó a pagar al jefe francés un alto rescate, reunido por los judíos ricos de la isla.

La paz de Utrecht se firmaría en abril del año siguiente (1713), pero sus términos estaban en discusión cuando Cassard actuaba en el Caribe. Así, la acción de Cassard en Curazao sería la última de importancia que iba a verse en la región. Sólo los corsarios seguirían atacándose aquí y allá, arrebatándose barcos y esclavos y mercancías con el pretexto de la guerra. Ésa era la lección que habían aprendido los pueblos del Caribe durante siglos de agresiones, destrucciones y rapiñas.

Capítulo XIII

Las guerras en el Caribe hasta la Paz de París (1763)

La era de los Borbones de España, iniciada con Felipe V al comenzar el siglo XVIII, iba a ser la más fecunda que conocieron los territorios españoles del Caribe, hasta ese momento, en una historia que se acercaba ya a los tres siglos.

De las muchas causas que pueden explicar lo que acaba de decirse la que parece más importante es de orden social: bajo el reinado de los primeros Borbones hizo acto de presencia en el escenario español una burguesía escasa en número, pero políticamente fuerte debido al apoyo que halló en los monarcas; y esa burguesía se proponía llevar el país a un nivel igual o parecido al que tenían las naciones más desarrolladas de Europa.

Sucedió, sin embargo, lo que era inevitable: la formación de una burguesía española capaz de competir con las burguesías europeas iba a desembocar en una lucha a muerte, porque las burguesías de Francia, Inglaterra, Holanda, no podían permitir que España se fortaleciera en su vasto imperio americano, tan adecuado para la explotación colonial. Lógicamente, el recrudecimiento de la lucha de las burguesías europeas contra España se manifestaría con preferencia en el Caribe, que era la zona donde se producían los artículos tropicales más solicitados en Europa. El Caribe, pues, sería otra vez el campo de batalla de los imperios occidentales; y también era lógico que la lucha fuera encabezada, del lado opuesto a España, por la ya poderosa Inglaterra, que al iniciarse la decadencia de Francia en los primeros años del siglo XVIII quedaría siendo la potencia más fuerte de Europa la que disponía de más capitales para invertir en empresas imperialistas, la que dispo-

nía de mejor técnica de producción, de mejores medios de transporte para dominar los mercados consumidores europeos y del mayor poderío naval, con el cual podía dominar militarmente la escena del Caribe. Por último, era lógico también que en esas luchas entre imperios cada uno de ellos actuara tomando en cuenta, antes que nada, sus propios intereses, lo que explica que en varias ocasiones los menos fuertes se unieran para combatir al más poderoso.

Aunque había perdido muchos territorios a manos de sus enemigos europeos, España era la señora del Caribe; era a España a quien se despojaba de tierras allí, y eso explica que esta historia se escriba desde el punto de vista de la posesión española del Caribe. Los avatares de España en el mundo se reflejaban en el Caribe y por eso la secuencia histórica de la región debe ser expuesta en relación con España; y en lo que se refiere al siglo XVIII, la historia de España no puede hacerse si no se explican ciertos hechos relativos a los Borbones.

Felipe V reinó dos veces. El antiguo duque de Anjou heredaba la locura de los Austrias españoles a través de su abuela y pasó la mayor parte de su vida atacado de locura melancólica. Tal vez ese mal fue el que lo llevó a abdicar la corona el 10 de enero de 1724 en favor del mayor de sus hijos, Luis Fernando, que fue proclamado rey con el nombre de Luis I. Luis I murió en agosto del mismo año, y como había nombrado heredero a su padre, éste tuvo que volver a reinar, y reinó desde el 7 de septiembre de 1724 hasta el día de su muerte, ocurrida el 9 de julio de 1746. A partir de ese día el trono fue ocupado por su segundo hijo, que se coronó rey con el nombre de Fernando VI y murió, loco de atar, el 10 de agosto de 1759.

Luis y Fernando habían sido los hijos del primer matrimonio de Felipe, cuya mujer, María Teresa de Saboya, había muerto en 1714. La segunda mujer de Felipe, Isabel Farnesio, le daría otros dos hijos, Carlos y Felipe. Carlos, que pasó a ser rey de Nápoles en 1734, heredó la corona española al morir su hermanastro Fernando VI y gobernó hasta el 14 de diciembre de 1788, fecha de su muerte. Su sucesor, Carlos IV, sería barrido 20 años después por el vendaval que desató en Europa la revolución francesa, iniciada precisamente algunos meses después de que Carlos IV ocupó el trono de España. Los Borbones volverían a reinar en España, pero en 1808, al entrar al país las tropas de Napoleón,

quedó rota lo que puede calificarse, sin caer en exageraciones, como la cadena de los Borbones que gobernaron con ideas burguesas.

En realidad, con la excepción de Felipe V en sus primeros años y de Carlos III en todo su reinado, los Borbones no gobernaron directamente; lo hicieron a través de ministros y favoritos, algunos de los cuales ni siquiera eran españoles. Pero lo cierto es que fueran españoles o fueran extranjeros, vistos en conjunto, los ministros de Felipe V y de sus hijos –e incluso los de Carlos IV– siguieron una línea común: la de hacer de España un país con intereses, ideas y hábitos burgueses.

Hay que aclarar que a pesar de todo lo que hicieron esos hombres, las bases de las estructuras sociales españolas permanecieron iguales que en el siglo anterior, o por lo menos con un poder real muy parecido. Esas bases eran las de una sociedad que seguía estando compuesta en su estrato superior por la nobleza latifundista, sacerdotal, militar y funcionaria. Durante todo el siglo XVIII esa realidad social española estuvo soterrada bajo el poder político que los reyes borbónicos confiaron a la burguesía, pero al producirse la invasión del país por las tropas de Bonaparte el orden nacional se conmovió tan profundamente que la realidad soterrada salió al aire y fue entonces cuando se pudo ver que el poder de los sectores tradicionales era incontrastable.

En ese momento, herido en su dignidad nacional, el pueblo español se lanzó a la lucha contra los invasores, y junto con el pueblo se lanzaron también a la lucha los sectores del viejo orden social del país. Ahora bien, los primeros combatían contra el extranjero que había invadido su patria, y los segundos contra la burguesía francesa que Napoleón encarnaba y también contra la burguesía española calificada por ellos como "los afrancesados". La guerra iniciada con los alzamientos populares de Madrid del 2 mayo de 1808 terminó en un renacimiento del poder político para los sectores del poder tradicional; así, una guerra que comenzó siendo patriótica quedó desviada en una guerra contra la burguesía española; quienes la ganaron fueron los adalides del viejo orden, y quienes la perdieron, además de Napoleón, fueron los españoles conocidos por sus ideas liberales, que eran las ideas de la burguesía. Confundido por las poderosas fuerzas sociales de la tradición, y arrastrado por ellas, el pueblo español abandonó a los jefes liberales y al retornar a España desde Francia, donde había estado

varios años prisionero de Nápoleón, el hijo de Carlos IV fue recibido por el pueblo de Madrid al grito de "¡Vivan las cadenas!", lo que en su sentido más hondo quería decir realmente "¡Muera la libertad!" Y la libertad, según se entendía entonces, era la que quería la burguesía para desembarazarse del viejo orden de cosas y establecer el suyo.

Con esta rápida exposición que da el trasfondo de los sucesos del siglo XVIII debemos volver al final de la guerra de Sucesión. Esa guerra había terminado con el tratado de Utrecht, pero en España se siguió luchando hasta mediados de 1714, y no se luchaba contra ejércitos extranjeros, sino contra los catalanes, que habían sido hasta el último minuto los más fervientes defensores de las aspiraciones austriacas al trono español. Fuerzas francesas y españolas lograron al fin tomar Barcelona, y fueron tantos y tales los estragos causados por las tropas de Felipe V que todavía muy avanzado el siglo XX al lugar excusado de cada hogar barcelonés se le llamaba "la casa de Felipe".

Esa guerra contra los catalanes tiene una explicación a la luz de la historia social de España; fue llevada a cabo porque era necesario destruir los privilegios económicos y políticos de Cataluña. Esos privilegios databan de la organización medieval y su existencia en el momento en que la burguesía luchaba por desarrollarse representaba para ésta un obstáculo serio. Cataluña, y su gran puerto del Mediterráneo, que era Barcelona, tenían mucha importancia en los planes de esa pequeña, pero políticamente fuerte burguesía nacional. Fue después de la destrucción de las instituciones medievales catalanas cuando pudo formarse allí la burguesía textilera, y fue en realidad la destrucción de esas instituciones lo que le dio verdadera unidad económica y política a España. Fue de Barcelona de donde salió en agosto de 1717 la escuadra española que reconquistó Cerdeña, que había sido cedida por el tratado de Utrecht al emperador de Austria; de Barcelona salió también la escuadra que iba a reconquistar Sicilia, y más tarde toda la política mediterránea de Felipe V se haría basada en Barcelona.

La escuadra que llevaba la misión de apoderarse de Sicilla fue derrotada por los ingleses, que se oponían al renacimiento del poder español en el Mediterráneo. Esa política española en el Mediterráneo provocó la guerra de 1718, declarada por la Gran Bretaña a finales de diciembre de ese año y por Francia unos días después, en enero de 1719.

Invadida por tropas francesas e inglesas, España tuvo que ceder, y abandonó Sicilia y Cerdeña entre mayo y agosto de 1720.

Ahora bien, en esa guerra de 1718, que había sido desatada por hechos de política netamente europea, hubo ingredientes que procedían del Caribe. En el tratado de Utrecht España había autorizado a los ingleses a vender en América 144,000 negros en 30 años –a razón de 4,800 anuales– y accedió a que la compañía que obtuviera del gobierno inglés la autorización para hacer la trata enviara cada año un navío de 500 toneladas a comerciar con América. Esas estipulaciones del tratado fueron las que le dieron a éste la calificación de "Asiento", nombre que iba a tomar años después la guerra angloespañola provocada por las diferencias en la aplicación de los acuerdos. El gobierno inglés concedió ese negocio a la Compañía del Mar del Sur, y parece que el navío anual que la Compañía despachaba a la feria de Portobelo no llevaba sólo mercancías para el comercio, lo que dio lugar a que España se declarara con derecho a inspeccionar el navío anual. Esto originó protestas y rozamientos a los que se añadieron numerosos agravios; por ejemplo, las actividades de algunos piratas ingleses en aguas españolas del Caribe, los incidentes que provocaban los cortadores de madera de Belice y la ocupación de la isla de Vieques por parte de ingleses que procedían de las Antillas Menores.

En los territorios españoles del Caribe abundaban los hombres –generalmente nativos de esas tierras– que habían estado haciendo el corso contra los enemigos de España en los días de la guerra de Sucesión, y como los agravios ejecutados en la región por súbditos británicos comenzaron inmediatamente después de terminada esa guerra, los avezados corsarios de Puerto Rico, de Santo Domingo, de Cuba, se lanzaron a la mar a apresar navíos mercantes británicos. Por otra parte, la ocupación de Vieques era un acto de agresión intolerable para las autoridades de Puerto Rico, lo que explica que el gobernador de esa isla ordenara su desalojo, que se llevó a efecto en 1718. Las fuerzas que envió el gobernador de Puerto Rico destruyeron el fuerte de Vieques y el poblado que habían levantado los ingleses, así como todos los sembrados de algodón, maíz, caña y tabaco; además, se llevaron a los habitantes, se hicieron de 95 esclavos, de ganado, aperos de labranza y embarcaciones. El corsario puertorriqueño Manuel Henríquez, antiguo zapatero,

contribuyó a la acción de Vieques con dos goletas, cuatro artilleros, siete soldados de infantería y 289 milicianos, de los cuales 65 eran negros libres. Esta aportación da idea del grado a que llegaron a enriquecerse algunos de los corsarios del Caribe. Un navío de guerra inglés llevó a Puerto Rico una nota de protesta, pero el gobernador se negó a recibirla. Todo eso fue recordado por Jacobo II cuando declaró la guerra a España en diciembre de 1718.

Al estallar la guerra cesó el tráfico de esclavos establecido en el Asiento y cesó también el viaje del navío anual. Pero los corsarios de los territorios españoles se hacían de esclavos apresando buques ingleses, franceses y holandeses, pues Holanda se había aliado a Francia e Inglaterra, y a menudo en esos buques había esclavos. En algunas ocasiones esos corsarios se alejaban audazmente de sus bases; por ejemplo, en febrero de 1720 apresaron varios navíos ingleses en aguas de Saint Kitts y de Guadalupe.

La situación de guerra que volvía a presentarse en el Caribe creaba un ambiente propicio para que algunos veteranos de la piratería retornaran a sus viejos hábitos. Así, la piratería florecía de nuevo, aunque en proporciones limitadas, y varios filibusteros comenzaron a atacar buques mercantes que navegaban por la zona. Fue entonces cuando anduvo por el Caribe el célebre Barbanegra. La mayoría de esos piratas eran ingleses y sus víctimas más frecuentes eran buques británicos; eso explica la dureza con que fueron perseguidos por las autoridades navales de Jamaica. En octubre de 1720 los piratas apresaron en las cercanías de Dominica y Martinica unas 16 balandras francesas y ahorcaron a casi todos sus tripulantes; en diciembre del mismo año el gobernador de Jamaica informaba a Londres que los corsarios cubanos atacaban casi diariamente las costas jamaicanas, de manera que el recrudecimiento de la piratería provocaba el de los corsarios.

Ahora bien, la guerra presentaba una peculiaridad; no se libraba de poder a poder, de nación a nación o de gobierno a gobierno, sino que la llevaban a cabo corsarios y piratas contra naves mercantes. Pero al mismo tiempo los comandantes de los navíos de guerra ingleses se dedicaban a hacer el comercio, con lo cual suplían, en su provecho personal, el barco anual inglés del Asiento. Lo primero tenía una explicación: Inglaterra, Francia y Holanda no enviaban soldados a ocupar

las posesiones españolas del Caribe porque eso hubiera obligado a España a despachar tropas para la zona, con lo cual quedaba militarmente debilitada en Europa, y lo que buscaban los aliados al atacar a España era sumarla a ellos sin disminuir sus fuerzas. Ingleses, franceses y holandeses veían con preocupación una posible unión de España con el Imperio austroalemán, que había salido fortalecido de la guerra contra los turcos, y sabían que una alianza de España con ellos dejaría aislado al emperador. En cuanto a la actividad comercial de los comandantes de naves inglesas de guerra que operaban en el Caribe, se trataba simplemente de corrupción. Cuando el gobierno inglés prohibió a sus capitanes navales llevar mercancías a bordo, y desde luego, venderlas, los comandantes adquirieron balandras que eran avitualladas por los buques de guerra y en ocasiones convoyadas por éstos. De esa manera la guerra y el comercio se entrelazaron tan sólidamente que acabaron constituyendo una sola actividad: se hacía la guerra para comerciar y se comerciaba haciendo la guerra. Parece evidente que en ese entrelazamiento se halla la explicación del florecimiento comercial y económico que comenzó a producirse en las Antillas –y especialmente en Puerto Rico, Santo Domingo y la porción oriental de Cuba– en los días de la guerra de 1718, un florecimiento que iba a aumentar en el transcurso del siglo XVIII hasta el grado de que ése acabaría siendo el siglo de oro del Caribe.

En el capítulo IX de este libro se explicó que poco antes de morir, Lonvillier de Poincy, el lugarteniente general del rey en las islas francesas del Caribe, había concedido a perpetuidad las islas de Dominica y San Vicente a los indios caribes a cambio de que éstos renunciaran a atacar las posesiones de Francia en la región. Santa Lucía, situada al sur de Martinica, era legalmente posesión británica, pero como los ingleses no tenían guarnición en Santa Lucía, los franceses iban allí a cortar madera, y algunos se quedaron a vivir en el lugar. En 1715 los ingleses sacaron a la fuerza a todos los madereros franceses y a partir de entonces la madera de la isla era cortada por ingleses de Barbados, que se trasladaban a Santa Lucía en balandras. Pero Luis XV, el rey francés, no aceptó la soberanía inglesa sobre la isla y se la concedió al mariscal D'Estrées, que envió hombres a explotarla. Esos hombres se retiraron ante una protesta inglesa. Mientras tanto, en Santa Lucía iban

multiplicándose los descendientes de esclavos negros que se fueron quedando en los bosques del interior como un rezago de los vaivenes a que estuvo sometida la isla durante más de 60 años, y algunos franceses de Martinica decidieron capturar esos negros libres para venderlos como esclavos; para llevar a cabo sus planes solicitaron la ayuda de los indios caribes de San Vicente, pero esos indios caribes, conscientes de que ellos y los negros se hallaban en un mismo nivel ante los blancos, rehusaron servir al plan. Los franceses llevaron sus propósitos adelante, sólo que no pudieron lograrlos porque los negros les hicieron unas 30 bajas y tuvieron que retirarse. La consecuencia de ese ataque fue que los negros de Santa Lucía buscaron el apoyo de Inglaterra, de donde vino a suceder que el rey inglés concedió la isla al duque de Mantagu y éste envió pobladores británicos, que fueron escoltados por buques de guerra a fin de proteger su desembarco y su establecimiento en la isla. De esa manera Santa Lucía pasó a ser poblada por ingleses en diciembre de 1722, situación que iba a durar hasta enero de 1733, cuando la posesión fue tomada por una flota francesa enviada por el gobernador de Martinica.

Mientras en Europa se discutían los tratados que iban a poner fin a la guerra, en el Caribe se llevaba a cabo la persecución de los filibusteros. Jamaica se convirtió en el centro de esa persecución; de allí salían los navíos cazadores de los buques piratas, allí se juzgaba a los criminales del mar y en algunas ocasiones allí mismo se les daba muerte. En el 1722 murió en combate contra una fragata inglesa el filibustero Bartholomew Roberts; en mayo de ese año fueron colgados en Jamaica 41 miembros de la tripulación de un barco pirata; en junio de 1723 fue colgado el célebre capitán Finn, que se había convertido en terror de la región; en el mismo mes fueron ahorcados en Antigua otros seis piratas y en marzo de 1724 murieron ahorcados varios más. En 1721 se juzgó y condenó a muerte a dos mujeres filibusteras, Mary Read y Anne Bonney, pero la ejecución se demoró debido a que estaban encinta, y al final, no murieron en la horca.

Ya se ha explicado que debido a las irregularidades con que la Compañía del Mar del Sur cumplía su parte en los acuerdos del Asiento, España había reclamado el derecho de registrar el navío anual. Pero la proliferación del contrabando en los años de la guerra y los que les si-

guieron requirió que el llamado "derecho de visita" de los guardacostas españoles se ejerciera de manera indiscriminada, pues como cualquier buque mercante podía llevar contrabando, todos los buques ingleses que navegaban por el Caribe debían ser detenidos y registrados por los guardacostas de España. Como era lógico, eso dio lugar a muchos incidentes y a la consecuente propaganda antiespañola de los marinos y los comerciantes ingleses. Estos últimos consideraban que España obstaculizaba caprichosa y maliciosamente sus gestiones. Las protestas se fueron acumulando y para mediados de 1726 se había creado en Inglaterra un clima de excitación que lindaba con la histeria colectiva. Al fin, Inglaterra despachó hacia el Caribe un escuadrón naval que iba bajo el mando del almirante Hozier y llevaba la misión de bloquear Portobelo, a lo que España respondió apresando algunos buques ingleses y sitiando Gibraltar. Así, el año de 1727 se iniciaba con una tercera guerra angloespañola en los pocos años que llevaba el siglo.

Esa guerra fue muy corta en el escenario europeo, pero no tan corta en el Caribe, si bien tampoco llegó a generalizarse a la manera de las anteriores. En realidad, en el área del Caribe no pasó de ser una guerra marítima limitada. Los ingleses reclamaban que los corsarios cubanos habían atacado Jamaica y que se habían llevado unos 300 esclavos, pero ésa parece haber sido la única ocasión en que hubo un ataque de tierra, y no fue hecho por tropas regulares. Para 1728 los corsarios de las posesiones españolas habían capturado 86 buques ingleses y Gran Bretaña alegaba que varios otros mercantes de bandera inglesa que no aparecían habían corrido igual suerte. La situación no llegó a aclararse nunca, pero hay suficientes datos para pensar que los corsarios de Santo Domingo, de Puerto Rico y de Cuba –por lo general, nativos de esas islas– estuvieron muy activos en esos años y que tenían predilección por los mercantes británicos. Entre esos corsarios hubo varios que hicieron verdaderas fortunas.

Aunque Inglaterra y España se esforzaron por poner fin a ese estado de cosas, y creyeron lograrlo con el tratado de Sevilla –firmado en esa ciudad el 9 de noviembre de 1729–, lo cierto es que en el Caribe siguió habiendo choques y siguieron produciéndose incidentes; y tenía que ser así dado que los pobladores de la región habían tomado conciencia de que la lucha era una manera de hacer negocios. Además,

había choques de origen político. Por ejemplo, en marzo de 1733 el gobernador de Santiago de Cuba envió a Jamaica un buque con orden de apresar cualquier barco inglés porque había recibido noticias de que a esa isla había llegado una escuadra británica destinada a atacar el territorio cubano y quería cerciorarse interrogando a algunos prisioneros, cosa que hizo con los tripulantes de un mercante apresado en pleno puerto de la bahía jamaicana de Morante. Una escuadra española apresó ese mismo año varios buques ingleses en aguas del río Belice; en 1737 Belice fue saqueado por hombres que procedían de Yucatán, que se llevaron varios prisioneros.

Mientras tanto, los daneses de Santomas habían ocupado la vecina islita de Saint John y habían comenzado a colonizarla, y en el 1727 los franceses habían ocupado de nuevo la de Santa Cruz, que había permanecido inhabitada desde el siglo anterior, cuando sus vecinos fueron llevados a Haití para repoblar Cap-Français. Seis años más tarde, en 1733, los daneses compraron Santa Cruz por 750,000 francos oro. Así, mientras los demás imperios se disputaban los territorios del Caribe a cañonazos, los daneses, buenos comerciantes, iban extendiendo su dominio en la región. Dinamarca había establecido en el año de 1700 un punto comercial en la Costa de Oro de África –el puesto de Augustemburgo– del cual sacaba esclavos que servían no sólo para mantener abastecido el mercado de esclavos de Santomas –que vendía negros a las dos Américas–, sino también para sus plantaciones de caña. El azúcar de las colonias danesas era llevada a las refinerías de Copenhague y de ahí se despachaba a los mercados del norte europeo. País de organización burguesa, aunque tan pequeño que no podía competir en el campo de las armas con las potencias de Europa, Dinamarca sabía lo que buscaba: había ido al Caribe a hacer negocios y los hacía con provecho.

En octubre de 1733, España, que había hecho una alianza con Francia, se lanzó a la conquista de Nápoles. Nápoles cayó en manos españolas en el mes de mayo de 1734. Felipe V nombró rey de la hermosa ciudad del sur de Italia a Carlos, el mayor de los hijos que había tenido con Isabel Farnesio, y una vez establecido en su reino, Carlos despachó tropas a Sicilia, que capituló en el mes de agosto. Esos hechos eran alarmantes para Inglaterra, porque demostraban que España estaba

dispuesta a reasumir el papel de gran potencia europea que había perdido en la guerra de Sucesión, y demostraba también que los Borbones disponían de los medios para lograr ese propósito. En realidad, la expansión del poder español por el Mediterráneo tenía muchos orígenes, entre ellos el de haber sido Nápoles, Cerdeña y Sicilia partes de la corona de Aragón durante siglos, pero en cierta medida la política mediterránea de Felipe V se hallaba determinada por el impulso que le comunicaba al país el fortalecimiento del grupo burgués que estaba desarrollándose bajo el gobierno de los Borbones.

Esa expansión de España por el Mediterráneo iba a influir en la actitud de Inglaterra frente a España. Inglaterra no podía ver con buenos ojos que España se convirtiera de nuevo en un gran poder europeo, porque en la medida en que aumentara ese poder disminuirían las posibilidades inglesas de ampliar su imperio colonial a expensas de los territorios españoles de América. Eso es lo que explica el estado de agitación antiespañola que iba creándose en Inglaterra a medida que España se expandía en el Mediterráneo. Y la agitación llegó a tal punto que la guerra se haría inevitable.

La guerra iba a ser declarada por los ingleses en octubre de 1739. En España sería llamada "del Asiento", debido a que Inglaterra alegaba que España no cumplía con lo estipulado en los acuerdos de 1713, pero los ingleses la bautizaron con el nombre de "guerra de la oreja de Jenkins". Este Jenkins era una mezcla de corsario y pirata. Unos 20 años antes de haber pasado a la popularidad que tuvo con motivo de la guerra de 1739 había asaltado a un grupo de cubanos y españoles que se hallaban realizando un salvamento en aguas de la Florida, posesión de España,[1] y en la guerra de 1718 anduvo por el Caribe haciendo fechorías. Su segundo de a bordo fue apresado y ahorcado en La Habana, pero Jenkins logró escapar. En el año de 1731 un guardacosta español interceptó en aguas del Caribe un navío que resultó ser el de Jenkins. Cuando los marinos españoles reconocieron al viejo corsario le aplicaron los métodos usuales en esos tiempos: le golpearon y, según contaba él, le cortaron una oreja y se la entregaron con la recomendación de que la llevara a Inglaterra y la mostrara en su país para que todos los ingleses supieran lo que le pasaría a cualquiera de ellos

[1]Era en Cañaveral, hoy Cabo Kennedy, lugar de lanzamiento de vehículos espaciales.

que se atreviera a desafiar el pabellón español. Parece que Jenkins embalsamó su querida oreja y la conservó durante varios años, porque sólo así se explica que pudiera presentarla en 1738 ante un comité de la Cámara de los Comunes como prueba del pregonado salvajismo español. Cuentan que al preguntarle un miembro del comité qué sintió él cuando le desorejaron, Jenkins respondió: "Encomendé mi alma a Dios y mi causa a mi patria." Y la afortunada frase entusiasmó al pueblo inglés a tal grado que Jenkins fue convertido rápidamente en un héroe popular; así, cuando el rey declaró la guerra a España, se le dio su nombre. En los territorios españoles del Caribe fue llamada "la guerra de Italia", debido a que más tarde se extendió a Italia y en su último periodo en España se conoció como "la guerra de la Pragmática".

El monarca inglés declaró la ruptura de hostilidades el 19 de octubre (1739) según el calendario británico –el día 23 según el calendario español–, pero previamente se habían tomado las medidas para tomar de sorpresa a España en el Caribe; así, desde el mes de julio –es decir, tres meses antes de la proclamación del estado de guerra– había salido hacia Jamaica una flota comandada por sir Edward Vernon, que se había convertido también en héroe popular al afirmar que él se comprometía a tomar Portobelo si se le proporcionaban seis navíos.

A mediados de septiembre, poco más de un mes antes de la declaración de guerra, se presentaron frente a La Habana dos navíos ingleses que se dedicaron a perseguir y apresar barcos españoles; después uno de ellos fondeó frente a Bacuranao, unas pocas millas al este de La Habana, comenzó a disparar sus cañones contra el puesto de aquel lugar y desembarcó un destacamento de soldados; éstos fueron repelidos, pero algunos quedaron prisioneros y al interrogarlos se supo que los atacantes formaban parte de un escuadrón de seis navíos que había salido de Jamaica desde mediados de agosto con órdenes de hostilizar buques y puertos de Cuba. El escuadrón estuvo operando en aguas habaneras hasta mediados de noviembre y para esos días ya la escuadra de Vernon estaba frente a La Guayra, donde intentó apresar algunos buques españoles que llevaban azogue. La operación sobre La Habana era, pues, de diversión y quizá también de información.

Vernon tuvo que retirarse de las aguas venezolanas con algunos daños, pero al terminar la tercera semana de ese mes de noviembre de 1739 se hallaba frente a Portobelo. Portobelo era una base de guardacostas españoles y además allí estaban los representantes de la Compañía del Mar del Sur, de manera que para los ingleses el nombre de Portobelo era un símbolo de la soberbia española y de la opresión que España ejercía sobre los pobres súbditos británicos. Pero lo cierto es que Portobelo no era un punto fuerte comparado con otros del Caribe y a Vernon le resultó fácil tomar el puerto y destruir sus fortificaciones usando para el caso seis navíos de línea, tal como lo había dicho en 1738. Al llegar a Inglaterra la noticia de esa victoria produjo un estado de júbilo nacional; se acuñaron medallas con la efigie de Vernon y varios lugares de Londres fueron bautizados con el nombre de Portobelo.

Todo indicaba que a Inglaterra le había salido un jefe naval apropiado para llevar a cabo el gran plan de expansión colonial en la América tropical con que soñaban comerciantes e industriales británicos. Vernon había estado durante su juventud en el Caribe; conocía el medio y sabía cómo enfrentarlo; podía cruzar de Portobelo, a Panamá y tomar esa ciudad llave del Pacífico; podía hacer cosas increíbles. Pero Vernon ni siquiera se detuvo en Portobelo sino que se retiró a Jamaica y a principios de marzo del año siguiente (1740) se hallaba frente a Cartagena de Indias en una operación de reconocimiento, durante la cual estuvo una semana bombardeando los fuertes que guardaban las bocas de la bahía; de Cartagena se dirigió a Chagres, punto que tomó sin esfuerzo; destruyó las pequeñas fortificaciones de Chagres y retornó a Jamaica para avituallarse. Al comenzar el mes de mayo estaba de nuevo en aguas de Cartagena, pero se retiró debido al daño que causaba en sus naves el fuego cruzado de los buques españoles que operaban bajo la protección de las formidables fortificaciones de la bahía. En esa ocasión Vernon llevaba trece navíos y una bombarda, fuerza demasiado pequeña para una plaza como Cartagena.

De manera inesperada para Gran Bretaña, Francia decidió participar en la guerra del lado español y en el mes de septiembre despachaba hacia el Caribe una escuadra con instrucciones de combatir allí a los ingleses. La noticia preocupó de tal manera al gobierno británico que decidió enviar rápidamente refuerzos a Jamaica; así, en enero de

1741, Vernon podía contar con más de 100 buques y más de 15,000 hombres, de los cuales unos 12,000 habían llegado de Inglaterra y el resto de las colonias norteamericanas. Mientras tanto el almirante D'Antin, que comandaba la escuadra francesa, tenía que embarcar tropas en Haití y en Martinica, y sucedió que esas tropas no habían podido reunirse. D'Antin estuvo un mes esperando que se le dieran los soldados que necesitaba y al cabo del mes resolvió volver a Francia. Un detalle curioso de esa guerra es que Vernon salió de Jamaica hacia el puerto de SaintLouis, en el sur de Haití, con las fuerzas en los dos sitios más castigados, los castillos de San Luis y de San Felipe.

Aunque los ingleses dieron por perdida la batalla, el día 20 de abril todavía hubo escaramuzas hasta que la escuadra de Vernon tomó rumbo hacia Jamaica, lo que sucedió el día 20 de mayo. Las aguas de la bahía quedaron llenas de cuerpos putrefactos de ingleses que flotaban en ellas.

El plan maestro de partir en dos los territorios españoles de América se había venido abajo en Cartagena, pero Vernon no se daba por vencido y en el mes de julio de ese mismo año (1741) estaba en el sur de Cuba, donde tomó la bahía que hoy se llama Guantánamo. Lo que no había podido hacer en el Continente lo haría en Cuba, a la que planeaba partir en dos para hacer de la región oriental una colonia inglesa. A esas dimensiones quedaba reducido el sueño de dividir el imperio español.

Para lograr lo que se proponía Vernon tenía que tomar Santiago de Cuba, la capital del oriente cubano, y encomendó la operación a Wentworth pero Wentworth no se movió a tiempo, como no se había movido a tiempo en Cartagena, y el gobernador de Santiago envió fuerzas sobre los ingleses. Tal como había sucedido en Cartagena, los soldados británicos comenzaron a caer enfermos y las enfermedades empezaron a producir bajas y hubo que ordenar la retirada. Después de la victoria de Portobelo la estrella de Vernon había entrado en un eclipse.

Quizá la vinculación de esa estrella al nombre de Portobelo hizo a Vernon pensar en otro ataque a Portobelo, pero no sólo para tomar el puerto, sino para usarlo como punto de partida en un avance hacia Panamá, la ciudad que era la llave para abrir el paso del Pacífico a la Gran Bretaña. El plan gustó en Jamaica, donde unos cientos de volun-

tarios, encabezados por el gobernador de la isla, se animaron a tomar parte en la acción. Vernon, pues, salió de Jamaica, con Wentworth y con el gobernador, en ruta hacia Portobelo; pero la escuadra halló mal tiempo y tardó casi tres semanas en arribar a su destino; en la travesía murieron algunos hombres y otros murieron en Portobelo, que cayó de nuevo fácilmente en manos inglesas. Cuando llegó la hora de emprender marcha hacia Panamá, Wentworth alegó que no disponía de hombres suficientes para cruzar el istmo y tomar Panamá, de manera que la expedición resultó ser un fracaso, el último de los fracasos de Vernon en el Caribe. Cuatro años después el rey ordenaba que su nombre quedara borrado de la lista de oficiales de la marina inglesa, un final penoso para un almirante cuya efigie aparecía en dos medallas.

Vernon desapareció del Caribe, pero la lucha no iba a terminar con su retorno a Inglaterra. En 1742 los ingleses habían ocupado la pequeña isla de Roatán y en 1744 comenzaron a fortificarla, con lo cual iba a convertirse en un punto fuerte que dominaría prácticamente las comunicaciones en toda la región occidental del Caribe. En febrero de 1743 se presentó frente al puerto de La Guayra un escuadrón inglés comandado por el comodoro Knowles y fue repelido con pérdidas; en el mes de abril estaba Knowles atacando Puerto Cabello, donde desembarcó tropas que tuvieron que ser reembarcadas debido a la enérgica respuesta de los defensores de la plaza. En esas operaciones tuvo Knowles unas 600 bajas entre muertos y heridos. Un año después, en el mes de marzo, la situación de Inglaterra en el Caribe se hizo más difícil debido a que la participación de Francia en la guerra fue siendo cada vez más importante, y desde los territorios franceses en el Caribe, que eran varios, operaban lo corsarios franceses aliados a los corsarios españoles.

Día por día se hacía más patente el carácter comercial de la contienda. La colonia francesa de Haití –en el oeste de la isla de Santo Domingo– tenía ya una alta producción de azúcares, ron, algodón café, añil, y vendía muchos de esos productos a los colonos ingleses de América del Norte; a su vez, éstos vendían en Haití pescado seco, harina, herramientas; y ese comercio siguió haciéndose mientras Francia e Inglaterra –las metrópolis de Haití y de América del Norte– se combatían en las vecindades. En algunas colonias danesas y holandesas,

como Santomas, Curazao y San Eustaquio, los buques mercantes ingleses desembarcaban mercancías británicas que eran compradas por los territorios de Francia en la región, y en sentido opuesto, buques de Francia dejaban allí mercancías que serían adquiridas por las poblaciones de las colonias inglesas. En opinión del comodoro Knowles, Martinica hubiera caído fácilmente en manos inglesas si los norteamericanos hubieran renunciado a abastecerla de todo lo que necesitaba.

Hay muchas probabilidades de que el comodoro Knowles tuviera razón, pues lo cierto es que la guerra se convirtió en una actividad mercantil de larga duración y muy provechosa; la mayoría de las operaciones militares tenían por objeto apresar barcos mercantes, no derrotar al enemigo. Un buque cargado de mercancías o de esclavos podía dejar una fortuna, y las correrías de los corsarios producían dinero abundante tanto en los territorios españoles como en los ingleses y en los franceses. Los negocios hechos con el ejercicio del corso fueron el punto de partida del proceso de capitalización que se notó en algunos lugares del Caribe en el siglo XVIII; por ejemplo, en Santo Domingo y Puerto Rico.

Los corsarios llegaron a realizar operaciones de envergadura, como sucedió cuando unos cuantos de ellos, procedentes de Saint Kitts, tomaron la isla francesa de San Bartolomé y la parte francesa de la isla de San Martín. En el primer año de la participación de Francia en la guerra, los corsarios que operaban desde los territorios ingleses apresaron cerca de 200 naves francesas; en 1745, el almirante Townsend apresó más de 30 mercantes de Francia que iban en convoy hacia Martinica; en 1747, el capitán Pocok asaltó otro convoy que se dirigía también a Martinica llevando mercancías y le tomó 40 buques. Pero los corsarios franceses no eran mancos y cobraban presa por presa. Al terminar la guerra los ingleses les habían tomado a los franceses y a los españoles tantos buques como los españoles y franceses les habían tomado a los ingleses. Las presas totales pasaron de 6,500, si bien sólo una parte de esa cantidad –aunque no la menor– fue hecha en el Caribe, pues la guerra había estado librándose en varios puntos de Europa y de América. Las operaciones terrestres fueron pocas; por ejemplo, la toma de San Bartolomé y de la parte francesa de San Martín, ya mencionadas. Sólo hubo una en que tomaron parte fuerzas regulares: la

batalla de Anguila, que tuvo lugar en junio de 1745, cuando unos 600 soldados franceses fueron desembarcados para tomar esa isla inglesa y no pudieron hacerlo debido a la oposición que hallaron de parte de las milicias locales.

En marzo de 1748, época en la que se comenzaba a hablar en Europa de paz, el comodoro Knowles, que había sido ascendido a almirante, salió de Jamaica con una escuadra destinada a tomar Santiago de Cuba, pero los vientos le fueron adversos y Knowles fue a dar a SaintLouis, en Haití, punto que atacó, tomó y abandonó rápidamente. Antes de salir de allí Knowles destruyó todos los fuertes e inmediatamente después se dirigió a Santiago de Cuba y enfiló hacia la bahía, en cuyo fondo se hallaba la ciudad. Por lo visto las autoridades de Santiago esperaban al almirante inglés porque éste no tuvo el beneficio de la sorpresa. Algunos buques españoles maniobraron para cerrarles el paso a los ingleses y el navío español *África* se batió con el *Cornwallis* inglés en un duelo memorable que obligó a Knowles a retirarse cuando ya tenía unas 400 bajas entre muertos y heridos. De vuelta a Jamaica, el almirante británico –poco afortunado, pero sumamente activo reparó y avitualló sus buques, reemplazó sus bajas y en el mes de octubre se presentaba frente a La Habana, donde libró combate con un escuadrón español que perdió dos navíos.

Ese mismo mes de octubre –día 18 en el calendario español– se firmaba en Francia la paz de Aquisgrán, el tratado de paz conocido en Inglaterra y Francia como tratado de Aix-la-Chapelle. La guerra había llegado a su fin nueve años después de haber comenzado. La tranquilidad parecía volver al Caribe, esa frontera donde se batían con tanta saña los imperios de Europa.

En lo que se refería al Caribe, los términos de la paz fueron la neutralización de San Vicente, Santa Lucía, Dominica y Tobago; las poblaciones inglesas y francesas de esas islas debían abandonar las y dejarlas como asientos de los indios caribes. Las fortificaciones de Roatán quedarían desmanteladas y España prolongaría por cuatro años los acuerdos del Asiento.

Como en el tratado de paz no se mencionó Belice, España siguió reclamando la salida de los cortadores ingleses de maderas que se habían establecido allí, y en 1754 el gobernador de Guatemala envió

fuerzas para desalojarlos. Los madereros se retiraron a Río Negro, pero volvieron a sus actividades habituales tan pronto los españoles dieron la espalda. En cuanto a la evacuación por parte de franceses e ingleses de las islas neutralizadas, ése fue un punto que no pasó del papel; los franceses que vivían en ellas se negaron a irse, y ésa fue una de las razones que alegó Inglaterra para ir a la llamada guerra de los Siete Años, que iba a comenzar en mayo de 1756.

Esa guerra de los Siete Años se hizo sentir rápidamente en el Caribe, y no a través de acciones militares, sino porque causó un súbito encarecimiento de la vida. Antes de que se cumplieran los primeros seis meses de su declaración, es decir, dentro del mismo año de 1756, la falta de productos de consumo era tan seria, que en Martinica, por ejemplo, hubo que racionar algunos de ellos, como la carne. Ante esa situación, como era lógico, los gobernadores de ambos bandos aceptaron las presiones de los veteranos del corso, que aspiraban a enriquecerse más, y autorizaron su ejercicio. Ya en marzo de 1757 fue ahorcado en Martinica un francés que había servido de guía a unos corsarios ingleses. Ese mismo año San Bartolomé fue ocupada por corsarios británicos. En octubre de 1758, un buque inglés atacó un escuadrón de tres navíos franceses que iba escoltando un convoy de mercantes encargado de llevar mercancías de San Eustaquio a Martinica, y los franceses tuvieron en esa ocasión varios muertos y unos 40 heridos.

Encuentros como ése hubo varios, pero la guerra, en verdad, vino a cobrar impulso a finales de ese año de 1758, cuando Inglaterra despachó desde Portmouth una escuadra de diez navíos de línea y varias fragatas y buques auxiliares con 5,800 soldados que estaban destinados a conquistar Martinica. El jefe de la fuerza naval inglesa era el comodoro John Moore y el de las fuerzas de desembarco el mayor general Hopson.

La escuadra inglesa surgió el 15 de enero (1759) frente a Fort Royal, la capital de la isla francesa, y el 16, después de haber desmontado a cañonazos las baterías del litoral, desembarcó tropas en Punta de los Negros. La guarnición de la isla y los propietarios franceses se dispusieron a combatir y se negaron a aceptar una orden del gobernador, que les había mandado abandonar la zona de Morne-Tartason. Emboscados entre la maleza y los riscos de Morne-Tartason, soldados y propieta-

rios hicieron frente a los ingleses con tanta resolución que éstos empezaron a perder más hombres de lo que habían previsto. Al mismo tiempo a los atacantes les sucedía algo parecido en FortRoyal, donde estaban llevando a cabo un ataque naval. En la tarde del 17, los jefes británicos reconocían que la situación era difícil y esa noche comenzaron a reembarcar sus tropas; el día 18, la escuadra se hizo a la vela, y el día 19 estaba frente a San Pierre, punto que bombardeó ese día y esa noche; el día 20, los navíos británicos se alejaban de Martinica, y el día 28 estaban ante Basse-Terre, en la isla de Guadalupe.

A la presencia de los barcos británicos los franceses abandonaron Basse-Terre y se internaron, con toda la guarnición de Guadalupe, centro de la isla, donde esperaron el ataque inglés en posiciones favorables. Pero los ingleses no atacaron; por lo menos, no lo hicieron como lo esperaban los defensores. Por de pronto, las fuerzas inglesas habían sido sorprendidas por las típicas enfermedades del Caribe y caían enfermas en número alarmante. El 27 de febrero murió su jefe, el mayor general Hopson. En vez de atacar a fondo, su sucesor, el brigadier general John Barrington, inició una guerra de tierra arrasada, de destrucción de plantaciones y casas, y esa ofensiva contra los bienes asustó a los propietarios franceses más que una ofensiva contra sus tropas y se alarmaron a tal punto que comenzaron a negociar la rendición de la isla.

Mientras tanto, una escuadra francesa navegaba a toda vela hacia Martinica y unos 200 voluntarios martiniqueños pasaron a Guadalupe con el propósito de ayudar a los defensores. La escuadra francesa, comandada por el almirante Bompart, arribó a Fort Royal el 8 de marzo, y el mismo día Bompart despachó hacia Guadalupe dos fragatas y tres buques corsarios con instrucciones de auxiliar a los guadalupeños mientras él organizaba una operación sobre la amenazada isla. Al tener noticias de la llegada a Martinica de la fuerza naval francesa, el comodoro Moore movió la mayor parte de sus navíos hacia Dominica, punto desde el cual dominaba a la escuadra de Bompart, pero no trató de tomar la isla. Mientras tanto, el tiempo iba pasando y los pobladores de Guadalupe no veían llegar a sus costas los buques de Bompart.

Las fragatas enviadas por el almirante francés a Guadalupe apresaron a mediados de abril un navío inglés de 26 cañones; el día 29, Bompart salió con su escuadra hacia la isla invadida. Pero ya era

tarde. Desesperados de esperarle, las fuerzas defensoras de Guadalupe habían convenido capitular ante el general Barrington, que había seguido manteniendo su guerra de tierra arrasada. Las pequeñas islas adyacentes de Guadalupe –La Deseada, Marigalante, Los Santos– se rindieron pocos días después. La guarnición y las autoridades francesas de Guadalupe fueron conducidas a Martinica y allí tuvieron que oír los insultos del pueblo, que se reunió para echarle en cara su debilidad frente a un enemigo que había sido derrotado en Martinica. A fines de 1760, el gobernador de Guadalupe y el comandante de Basse-Terre fueron condenados a prisión por su comportamiento frente al enemigo.

Mientras sucedía todo eso, los corsarios franceses, sin duda fortalecidos por la presencia de la escuadra de Bompart en Martinica, procedían a atacar naves británicas en las vecindades. En un informe inglés se aseguraba que mientras estuvo allí la escuadra de Bompart, los corsarios apresaron y llevaron a Martinica no menos de 175 o 180 embarcaciones inglesas.

El comodoro Moore sacó su escuadra de las aguas de Dominica para llevarla a Guadalupe. Dominica cayó en poder inglés en junio de 1761, cuando un escuadrón naval inglés desembarcó fuerzas que no pudieron ser contenidas por los defensores. Como era natural, la caída de Dominica debilitaba la posición de Martinica, que no podría mantenerse, con Guadalupe y Dominica en posesión británica, ante un ataque inglés de cierta magnitud.

Hacia ese año de 1761, Carlos III estaba negociando con Francia un pacto de familia. Cuatro cosas quería obtener Carlos III mediante ese pacto, que necesariamente debía arrastrarlo a la guerra de los franceses contra la Gran Bretaña: que los ingleses se retiraran de Belice, que autorizaran a los pescadores cántabros de España a pescar bacalao en Terranova, que se le devolviera Menorca y que se prohibiera tanto en España como en Francia la importación de mercancías inglesas. Como puede advertirse, en esos propósitos había por lo menos dos que estaban destinados a satisfacer demandas de la todavía débil, pero muy influyente burguesía española; por lo visto, esa burguesía tenía en Carlos III un aliado tan bueno como lo había tenido en su padre y en sus hermanos.

Carlos III se proponía entrar en la contienda a mediados de 1762, entre otras razones porque necesitaba ganar tiempo para que llegara de América la flota de la plata y para poner los territorios españoles de esa porción del mundo en estado de defensa. Pero el gobierno inglés, que estaba al tanto de las negociaciones que llevaban adelante Madrid y París, se anticipó a los planes del monarca español y declaró la guerra en diciembre de 1761. Gran Bretaña iba a emplear esa vez su poder en el Caribe a la mayor capacidad posible, y Francia y España iban a ser golpeadas de tal manera que saldrían de esa guerra malparadas.

Haciendo uso de su enorme poderío naval, Inglaterra había despachado hacia el Caribe una flota de proporciones alarmantes que apareció en aguas de Martinica al comenzar el mes de enero de 1762 –el día 7, para ser más precisos–. Esa flota estaba compuesta por 18 navíos de línea, doce fragatas y unos 200 buques auxiliares, y había salido en noviembre de 1761 bajo el mando del almirante sir Georges Brydges Rodney con unos 20,000 hombres entre soldados, marinos y auxiliares; la infantería iba al mando del general Robert Monckton. Esa fuerza enorme iba destinada a la conquista de Martinica, cuya guarnición era apenas de 700 granaderos del rey y 300 marineros.

Durante el día 8, con gran alarma del vecindario, la flota inglesa estuvo reconociendo la costa occidental de la isla; el día 9 desembarcó 1,200 hombres en Santa Ana. Ahí, en Santa Ana, los atacantes perdieron unos 80 hombres y quemaron todas las propiedades, pero volvieron a sus naves para desembarcar, en número de 2,000, en la ensenada de Arlets, donde procedieron a hacer trincheras.

Prácticamente todo el que podía combatir en Martinica estaba sobre las armas –blanco, propietario, negro, esclavo, mulato, y hasta muchos esclavos que habían huido de Dominica después de la ocupación de la isla por parte de los ingleses–, pero fue imposible desalojar a los británicos de sus trincheras de la ensenada de Arlets. En ese punto se combatió durante toda una semana, al cabo de la cual la formidable escuadra de Rodney bloqueó la bahía de Fort Royal. La pequeña capital de la isla fue bombardeada todo un día mientras los ingleses ponían en tierra su infantería.

En la mañana del día 17 de ese mes de enero de 1762, los ingleses eran dueños del litoral entre Fort Royal y San Pierre. El día 27 los de-

fensores lanzaron a la lucha sus mejores fuerzas, que fueron batidas con pérdidas importantes. El fuerte de la Morne Garnier quedó destruido a cañonazos y a partir de ese momento no había posibilidad alguna de evitar que Martinica cayera en manos inglesas. Un grupo importante de propietarios, temerosos de que sus casas y sus plantaciones fueran quemadas, como les había sucedido a los de Guadalupe, capituló ante el general Monckton, que tomó posesión de Fort Royal casi un mes después de haberse disparado los primeros cañonazos de esa lucha, sin embargo, en el interior de la isla quedaron algunas fuerzas negadas a rendirse, de manera que fue a mediados de febrero cuando los comandantes británicos pudieron enviar a Jamaica la noticia de que habían conquistado Martinica. Fuerzas despachadas desde Martinica tomaron Santa Lucía el día 25 de febrero y Granada el 4 de marzo. Así, al comenzar ese último mes, sólo Haití, en la porción occidental de la isla de Santo Domingo, seguía estando en el Caribe bajo el pabellón de Francia.

Gran Bretaña había lanzado sobre el Caribe un poder incontrastable, que ni Francia ni España, juntas o separadas, podían contener. En ese momento, precisamente cuando gracias a su desarrollo la burguesía inglesa estaba dando nacimiento a la revolución industrial, el país se hallaba en un proceso de expansión interna y externa que lo colocaba a la cabeza de Europa, y nada ni nadie podía detener esa expansión.

Francia había despachado en el mes de enero una flota que debía operar en el Caribe y debía evitar la conquista de Martinica. Su comandante era el conde De Blenac. Pero De Blenac: llegó a Trinidad cuando ya Martinica había caído en manos inglesas. La noticia de que la flota francesa estaba en aguas de Trinidad provocó la inmediata movilización de la escuadra británica que se encontraba en Martinica, de manera que se preparó todo para dirimir la contienda en un gran combate naval; sin embargo, De Blenac, que se enteró en Trinidad de la rendición de Martinica, se dirigió a Haití; y allí estaba cuando pasó por aguas de las Bahamas un convoy procedente de las colonias norteamericanas que iba a reforzar la formidable flota del almirante Pocock, encargada de la conquista de La Habana. Un escuadrón de la escuadra De Blenac atacó el convoy y apresó varios buques.

La conquista de La Habana fue planeada en Londres a fines de 1761, tal vez antes aun de que Jacobo III declarara la guerra a España,

pues la preparación de la flota que debía realizar la gigantesca operación había comenzado tan temprano que en los primeros días de marzo –esto es, apenas 60 días después de la declaración de guerra– salían de Spithead unos 60 navíos de línea que debían tomar parte en la operación. El primer punto de arribo de ese enorme número de buques era Barbados, que se había convertido en el lugar de reunión tradicional de las flotas inglesas que se dirigían al Caribe. En realidad, Barbados era una fortaleza del Caribe avanzada en el Atlántico, y su posesión confería ventajas inapreciables a Inglaterra. Inglaterra supo hacer uso de esas ventajas desde que pasó a ocupar la isla en el siglo XVII.

La travesía de Inglaterra a Barbados fue larga y anormal, porque la flota fue batida por vientos adversos que la obligaron a dispersarse. El almirante jefe, sir George Pocock, llegó a Barbados antes que la mayoría de los barcos, y la reunión vino a tener lugar el 20 de abril. El jefe de la infantería era el teniente general conde de Albemarle, que tenía bajo su mando 15,000 hombres. A fines de abril la flota llegaba a Fort Royal, donde se le unió un elevado número de unidades navales y unos 7,000 infantes de los que habían participado en la toma de Martinica. Así, cuando la impresionante expedición surgió frente a La Habana llevaba unos 22,000 hombres, unas 200 velas y más de 2,000 cañones; una fuerza demasiado grande para que la española del Caribe pudiera resistirla con probabilidades de buen éxito.

La flota inglesa había salido de Cas de Navieres, Martinica, el 6 de mayo, y en vez de tomar aguas del Caribe entró en el Atlántico con rumbo norte para cuartear al oeste y entrar por el canal de las Bahamas, una operación atrevida hasta el límite de lo altamente peligroso, que se hizo enviando como avanzadas embarcaciones pequeñas cuya misión era señalar al grueso de la flota los miles de bajíos y cayos que hay en esa ruta. En horas de la noche esas pequeñas embarcaciones hacían el papel de boyasfaros encendiendo fogatas a bordo. Estos detalles dan la medida de lo que fue esa extraordinaria operación naval; algo sin precedentes, que habla muy bien de la capacidad del almirante Pocock y de la eficiencia de la marina inglesa. Si el plan se hubiera traslucido y hubiera llegado a oídos españoles, la arriesgada maniobra habría terminado en un desastre, pues una pequeña escuadra española o francesa hubiera podido destruir la gigantesca escuadra británica,

que no podía tener capacidad de movimientos en esas aguas erizadas de peligros. Pero la operación se llevó a cabo sin perder un buque, y la formidable flota de sir George Pocock apareció frente a La Habana llegando desde el este, de manera que sorprendió a tal punto a los defensores de la capital de Cuba que el gobernador de la isla dio un bando en que tranquilizaba a los habitantes diciéndoles que esa flota que se veía en el horizonte no era enemiga; y el gobernador creía lo que decía.

Pero la flota sí era enemiga. El día 6 de junio sus efectivos se dividieron en tres grupos, uno que se situó frente a Bacuranao, al este de La Habana, otro que se situó frente a Cojímar, de donde podía bombardear la bahía, y otro que se situó frente a La Habana. El día 7, a las diez de la mañana, la primera sección comenzó a desembarcar tropas en Bacuranao y a las dos de la tarde los ingleses tornaban Guanabacoa, punto que cerraba el paso a las fortificaciones de La Cabaña. En total, los británicos estaban atacando con 12,000 infantes auxiliados por 4,000 gastadores. Al ver Guanabacoa, situada en el fondo de la bahía habanera, en manos enemigas, las autoridades españolas ordenaron que se echaran a pique tres buques de guerra que había en la bahía. En cuanto a entrar en esa bahía desde el Atlántico, difícilmente podían los ingleses hacerlo, pues el canal de acceso, muy estrecho, se cerraba fácilmente con una cadena siempre que el castillo de El Morro y el de La Punta estuvieran en manos de los defensores.

Los ingleses tomaron La Cabaña el día 9, lo que ponía en su poder toda la banda oriental de la bahía; tomaron también el fuerte de La Chorrera y avanzando hacia el oeste tomaron el torreón de San Lázaro, de manera que la ciudad quedó sitiada por tierra de tal modo que no podía ser asistida desde el interior de la isla; en cuanto al mar, por el que podían llegar refuerzos exteriores, la flota británica dominaba todo el litoral en las cercanías de La Habana.

De las defensas de la ciudad sólo quedaban en manos españolas el castillo de La Punta y el de El Morro; pero de esos dos únicamente El Morro tenía verdadera importancia militar, pues desde él se dominaba fácilmente el castillo de La Punta. El ataque a El Morro comenzó el 13 de junio con un fuerte cañoneo y continuó hasta que la posición quedó aislada totalmente de tal manera que no podía esperar ninguna clase de auxilio. Todos los esfuerzos por romper el cerco que hizo su jefe, el

capitán de navío don Luis Velasco, ejecutando salidas desesperadas, terminaron en fracasos. El día 1 de julio El Morro comenzó a ser bombardeado desde el mar por las unidades más poderosas de los atacantes, entre ellas la nave almirante inglesa. El bombardeo fue continuo hasta el día 13, y durante esas dos semanas fueron constantes los asaltos de la infantería británica. El 27 los sitiadores lograron cortar la única posibilidad que tenían los defensores del castillo de comunicarse con la ciudad, aunque era imposible recibir refuerzos por esa vía, que era atravesando el centro de la bahía en barquichuelos. Las faldas del castillo estaban siendo minadas y los defensores esperaban su voladura en cualquier momento. Ese momento llegó el día 30, a mediodía, cuando a un mismo tiempo estallaban las minas y avanzaban las columnas inglesas para entrar por las destruidas cortinas del castillo. Entre otros, allí murió el capitán De Velasco.

La Habana no se rindió inmediatamente y la lucha continuó todavía hasta el día 11 de agosto, cuando se pidió una tregua para pactar la capitulación. Los vencedores entraron en la capital de Cuba el día 13 de agosto, esto es, dos meses y una semana después de haber comenzado la batalla por la que había sido llamada, desde los días de la conquista, "la llave de las Indias". La victoria inglesa era abrumadora. Todo el mar de los caribes y el golfo mexicano quedaban al alcance de los buques británicos.

La toma de La Habana puso en manos inglesas un enorme botín: más de 100 barcos mercantes, nueve navíos de guerra, una gran cantidad de cañones. La parte del botín que les tocó al almirante Pocock y al conde de Albemarle equivalía a más de 600,000 dólares del año 1900 para cada uno, de manera que podemos suponer lo que eso significaba en 1762. La parte de cada uno de los soldados y marinos fue de 25 dólares.

La Gran Bretaña ocupó La Habana, pero no pretendió extender la ocupación a otras partes de Cuba. Esa limitación parece inexplicable, puesto que si los ingleses habían estado soñando con crear un imperio colonial en el Caribe, Cuba era una buena tajada de ese imperio. Pero la moderación británica tiene su explicación: el país estaba en guerra desde hacía siete años y no combatía solamente en el Caribe, sino en Europa y Asia. Casi al mismo tiempo que sus marinos y soldados to-

maban La Habana, otra expedición tomaba Manila, la capital de las Filipinas, en el otro lado del mundo. Esa guerra costaba mucho dinero y en sus últimos años a Gran Bretaña no le sobraban capitales para invertir en Cuba. Pero, además, Cuba era una tierra tropical cuya producción competía con la de Jamaica, Saint Kitts, Barbados y otras posesiones inglesas del Caribe, y los ingleses que tenían plantaciones en esos territorios pensaban que la competencia de Cuba podía perjudicarlos, y como eran influyentes en el Parlamento y en la Corte de Londres, usaron su influencia para impedir que la ocupación se extendiera a toda la isla y que con ella comenzaran a llegar a Cuba colonos ingleses que podían dedicarse a producir azúcar y tabaco. Por las mismas razones, los dueños de plantaciones se opusieron a que su país retuviera los territorios franceses de la región que habían sido conquistados en esos años por Inglaterra. Por otra parte, la burguesía comercial inglesa era poderosa y tan influyente en el gobierno de su país como los plantadores, y tampoco a ella le convenía que el mercado se desorganizara con una producción superior a la que ellos podían controlar. En lo que tocaba al gobierno inglés, éste podía complacer a esos círculos de presión de Londres y quedaba libre para negociar la desocupación de La Habana a cambio de algún punto del imperio español que no representara una amenaza para los productores y los traficantes británicos de artículos tropicales.

La conquista de La Habana y de las posesiones francesas del Caribe, con la única excepción de Haití, y la victoria resonante en Europa que tuvo Inglaterra en esa guerra de los Siete Años, hacían de la Gran Bretaña el poder más grande de Occidente. Pero la guerra condujo a las posesiones americanas de los países europeos a un desarrollo forzado de sus economías, porque al hallarse aisladas de sus mercados metropolitanos tuvieron que dedicarse a producir para suplir lo que Europa no podía venderles. Esto iba a hacerse patente, sobre todo, en el caso de las colonias norteamericanas, que pocos años después iban a estar luchando por su independencia. En el caso de Cuba, los ingleses vendieron en La Habana miles de esclavos, que fueron dedicados a la producción de azúcar y a los cortes de madera. Seis años después de la ocupación inglesa, Cuba estaba exportando el doble de la cantidad

de azúcar que había exportado en 1761. Algo parecido ocurría con Haití, Santo Domingo y Venezuela.

La guerra terminó con el tratado de París, que se firmó el 10 de febrero de 1763. En virtud de ese tratado, Inglaterra se quedaba con Canadá, que había sido posesión francesa; con Dominica, Granada y las Granadinas, San Vicente y Tobago; España reconocía el derecho de los cortadores de madera de Belice a no ser molestados y los británicos se comprometían a demoler todas las fortificaciones que tuvieran en el golfo de Honduras. La Habana sería desocupada (y también Manila, en Filipinas) y España entregaba la Florida, el fuerte de San Agustín y la bahía de Pensacola, en América del Norte; Francia recibía la Luisiana y la pasaba a España como una compensación por la pérdida de la Florida, Pensacola y el fuerte de San Agustín, y también porque no podía devolver Menorca, que tuvo que entregar a los ingleses.

Capítulo XIV

La Revolución norteamericana y sus resultados en el Caribe

Paz, verdadera paz, no la hubo nunca en el Caribe, y no podía haberla mientras sus territorios fueran dependencias de imperios europeos que tenían intereses ajenos a los de los pueblos del Caribe y que vivían chocando entre sí y llevando esos choques a la región.

En 1763 se había firmado el tratado de París y, sin embargo, en 1764 estaban produciéndose en el Caribe incidentes serios, tan serios que por sí solos podían provocar una guerra; encuentros entre franceses e ingleses y entre éstos y españoles, y también sublevaciones de negros y de indios, de las cuales nos ocuparemos en el próximo capítulo.

Pero la guerra a fondo y, por cierto, una guerra en la que la Gran Bretaña estuvo a punto de perder todas sus posesiones en la región, vino a desatarse cuando Francia y España decidieron reconocer la independencia de las colonias norteamericanas que se habían rebelado contra el poder inglés. Ese reconocimiento implicaba también ayuda para mantener la independencia.

Hay dos razones que sirven para explicar la actitud de los gobiernos de París y Madrid acerca de la revolución norteamericana: la primera, que todo lo que podía contribuir a debilitar a la Gran Bretaña era conveniente en principio para franceses y españoles, que aspiraban a disminuir el poderío británico porque tras él actuaba la prepotente burguesía inglesa, que era su competidora más fuerte en Europa y en América; la segunda, que la independencia de las colonias norteamericanas debía necesariamente favorecer los intereses de Francia en el Caribe, y Francia y España tenían ante los ingleses una política común.

El 6 de febrero de 1778 Francia firmó con los recién nacidos Estados Unidos un tratado secreto de amistad y comercio en el que se incluía el reconocimiento de la independencia de las antiguas colonias inglesas y se establecía, además, una alianza defensiva, lo que implicaba un serio revés para la Gran Bretaña y sobre todo para los ingleses que tenían intereses en esas colonias. Esa última parte del tratado no iba a quedarse en palabras. El tratado fue firmado el 6 de febrero y el 13 de abril salía de Francia una flota que iba a operar en aguas de América del Norte. Por su parte, España estaba dando ayuda a los norteamericanos desde el año anterior; ayuda política y económica, por cierto bastante fuerte, a través de Arthur Lee, que era representante oficioso en España del flamante gobierno revolucionario de Norteamérica.

Viene bien explicar en unos párrafos por qué la independencia norteamericana era tan importante para los intereses de Francia en el Caribe.

El comercio de las colonias de Norteamérica con los territorios franceses del Caribe se había desarrollado grandemente en los años anteriores a la guerra. Se había desarrollado igualmente mucho con las posesiones españolas de la región, pero más bien de una manera indirecta; por ejemplo, Santo Domingo compraba en Haití herramientas de Norteamérica y compraba otros productos del mismo origen en la colonia danesa de Santomas, que había sido declarada puerto libre en 1764. Pero el comercio importante era el que los norteamericanos hacían con las islas francesas. Ya vimos en el capítulo anterior lo que había dicho el almirante Knowles acerca de ese comercio en el caso de Martinica, y sabemos que otro tanto sucedía con Haití, donde los norteamericanos se abastecían de azúcares y melazas, algodón y rones.

Los intereses coloniales de Francia en el Caribe estaban tan estrechamente vinculados a los de las colonias norteamericanas que una ruptura de esos vínculos impuesta por la guerra de los primeros contra Inglaterra podía ser de consecuencias desastrosas para los capitalistas franceses que invertían en esos territorios, y esa ruptura podía producirse si la guerra era ganada por los ingleses, cosa que parecía lógica. En cambio, la independencia de las colonias podía resultar en una ampliación de las relaciones comerciales y, por tanto, en ventajas para

los inversionistas de Francia. No hay que olvidar que en el caso de Francia, de Holanda y de Inglaterra, sus territorios del Caribe estaban manejados por compañías comerciales que operaban en acuerdo estrecho con los gobiernos, y eran esas compañías las que levantaban fondos para la inversión, muy a menudo mediante suscripciones hechas entre los comerciantes que traficaban con los productos del Caribe. Las colonias danesas habían sido también propiedad de compañías privadas, pero en 1754 pasaron a manos del rey, con lo que quedaron convertidas en dependencias del estado danés.

Ahora bien, no eran los territorios franceses del Caribe los únicos que comerciaban con Norteamérica; también lo hacían los de Holanda y lo hacían, desde luego, los de Inglaterra. En 1775 los plantadores ingleses de la región le enviaron un informe a la Cámara de los Comunes en que afirmaban que para seguir funcionando la industria del azúcar necesitaba de manera imprescindible ser abastecida por las colonias norteamericanas. La Asamblea de Jamaica, que era un cuerpo representativo de lo más granado y lo mejor situado en el sentido económico, envió al rey un acuerdo en el que se justificaba y se defendía la rebelión norteamericana y la Asamblea de Barbados envió delegados al Congreso de Filadelfia, en el cual se declaró la independencia de los Estados Unidos.

Las estrechas relaciones comerciales que tenían los norteamericanos con todos los territorios del Caribe les proporcionaron vivas simpatías en su lucha por la independencia, al grado que en los puertos holandeses de San Martín y San Eustaquio sus barcos podían izar la bandera de las barras y las estrellas antes de que Holanda hubiera reconocido esa independencia. Había agentes de la revolución que operaban públicamente en todos los territorios del Caribe. Antes de que Francia firmara el tratado secreto de febrero de 1778, las autoridades francesas del Caribe permitían a los corsarios yanquis guarecerse en puertos franceses, y fueron muchas las presas británicas que hicieron esos corsarios; por ejemplo, en una ocasión desembarcaron en las Granadinas, quemaron propiedades inglesas y se llevaron esclavos; en otra ocasión se metieron en bahías de Tobago y se llevaron barcos británicos.

Dada la actividad comercial que ligaba al Caribe con Norteamérica, el resultado inmediato de la revolución norteamericana en el Caribe

fue la escasez de los productos que vendía Norteamérica en la región. Al comenzar la lucha en las colonias su producción se redujo y sus barcos tuvieron que ser dedicados a combatir y lógicamente su comercio quedó paralizado. Del lado del Caribe la consecuencia fue la baja inmediata de los precios en el azúcar, el algodón y el ron. Algunos territorios franceses, que no tenían autorización para comerciar libremente y, sobre todo, que no podían usar buques extranjeros para exportar sus productos, abrieron sus puertos a todas las banderas, lo mismo para importar que para exportar. Tal fue el caso, por ejemplo, de Martinica. A pesar de eso, al comenzar el mes de octubre (1778), es decir, casi al inicio de la guerra, el gobierno de la isla tuvo que prohibir las compras de víveres al por mayor y tuvo que fijar precios a las mercancías importadas, lo que da idea de la escasez que se había presentado.

En los primeros días del mes de noviembre el gobernador de Martinica, marqués de Bouillé, encabezó una expedición de tropas regulares y unos 1,000 voluntarios que embarcó en tres navíos y algunas goletas, y se apoderó de Dominica. Esa acción fue la primera de una serie que pondría en ejecución el activo gobernador. Como Dominica se hallaba situada entre Martinica y Guadalupe, su conquista convertía a las tres islas en una unidad militar y evitaba que los ingleses cortaran en cualquier momento la comunicación entre las dos posesiones francesas. La operación no fue costosa. A pesar de que Rousseau, la capital de Dominica, tenía una excelente defensa de tres fuertes –el Cachacrou, el Melville y el Loubiere–, los ingleses no opusieron resistencia, tal vez porque se daban cuenta de que no podían enfrentarse a un ataque que procediera a la vez de las dos islas francesas. El marqués de Bouillé actuó con bastante sentido político y no les impuso a los habitantes ninguna condición de vencedor, ni siquiera la de cambiar sus funcionarios civiles. Por otra parte, Francia podía confiar en la lealtad de los propietarios franceses establecidos en la isla, que eran muchos.

La escuadra del almirante D'Estaing, que había salido de Francia hacia las costas norteamericanas el 13 de abril, estuvo operando en esas costas hasta principios de noviembre y el 4 de ese mes salió de Boston hacia el Caribe. D'Estaing tardó más de un mes en surgir en Fort

Royal, adonde llegó el 6 de diciembre. Había perdido tiempo por dos razones: una, que se dedicó a perseguir algunos mercantes ingleses que navegaban en las vecindades de su escuadra, y otra, que había estado cruzando las aguas de Antigua porque se había enterado de que por ahí se hallaba una escuadra enemiga. Efectivamente, había una escuadra inglesa navegando por el Caribe; había salido de Nueva York poco después que la de D'Estaing levara anclas en Boston, pero no se dirigía a Anguila sino a Barbados, adonde arribó el 10 de diciembre, esto es, cuatro días después de que D'Estaing entró a la rada de Fort Royal. En una guerra todo es, y todo puede ser, de mucha importancia y, probablemente, lo más importante es el tiempo. D'Estaing había perdido tiempo apresando barcos mercantes y lo había perdido tratando de localizar una escuadra enemiga que no navegaba por donde se le había dicho, y resultó que ese tiempo perdido iba a tener un papel de primera magnitud en la guerra que estaba llevándose a cabo en el Caribe.

Los ingleses, en cambio, no perdieron tiempo. Cuando la fuerza naval que D'Estaing quiso batir en las aguas de Antigua llegó a Barbados fue puesta bajo el mando del almirante Samuel Barrington y la infantería que iba en ella bajo el mando del general James Grant, y sin que se le hubiera dado tiempo ni siquiera para que sus hombres bajaran a tierra, salió hacia Santa Lucía, que por estar situada inmediatamente después de Martinica, por el sur, flanqueaba a la isla francesa a una distancia cortísima. Fácilmente, los ingleses tomaron el Gran Cul de Sac, en la costa occidental de Santa Lucía, al sur de Carenage, que era el principal establecimiento de la posesión. La operación fue ejecutada con tal rapidez que el Gran Cul de Sac se hallaba en manos inglesas tres días después de haber llegado la escuadra británica a Barbados. Mientras tanto, D'Estaing, que se hallaba en Fort Royal, casi a la vista de los atacantes, se encontraba ocupado en la tarea de reclutar voluntarios, y como no podía obtener en Martinica todos los que necesitaba, esperaba ayuda de Guadalupe. D'Estaing debía reunir 6,000 hombres para poder estar seguro de que sacaría a los ingleses de Santa Lucía, pues el general Grant tenía bajo sus órdenes unos 4,000. Una vez que contó con la fuerza que creía suficiente, el almirante francés, acompañado por el fogoso gobernador de Martinica, se dispuso a reconquistar Santa Lucía. Pero ya era tarde. Los ingleses tenían cuatro días en la

isla y habían aprovechado el tiempo; habían rodeado Carenage y habían llevado cañones a La Vigía y Morne Fortuné que eran los puntos dominantes de toda la zona; además, habían bloqueado la entrada de la bahía del Gran Cul de Sac con la escuadra.

Cuando la escuadra de D'Estaing se presentó frente al Gran Cul de Sac encontró el paso cerrado y no pudo forzar la entrada a pesar de que trató de hacerlo con un fuerte cañoneo; entonces se dirigió al norte, entró en la bahía de Choc, desembarcó fuerzas y avanzó hacia el sur con el objeto de tomar Carenage por la retaguardia. Pero ese avance fue detenido por los cañones que los ingleses habían transportado precisamente para impedir esa maniobra de sus enemigos. Los cañones de La Vigía diezmaron a los franceses.

Las bajas de D'Estaing y el marqués de Bouillé, que comandaba el ataque junto con el almirante, fueron elevadas; los heridos se enviaron a Martinica mientras la escuadra cruzaba frente a Carenage y el Gran Cul de Sac en un esfuerzo desesperado por obligar a los navíos ingleses a una batalla naval, cosa que, desde luego, no hicieron los avezados marinos británicos. D'Estaing y de Bouillé se retiraron finalmente el 29 de diciembre y al día siguiente se rendía ante los ingleses el gobernador de Santa Lucía. El año de 1778 terminaba, pues, con la pérdida de esa isla francesa y los británicos se dedicaron a hacer de ella el punto de apoyo de sus actividades navales y militares en el sur del Caribe, y desde ese punto iban a dar la batalla de Los Santos, que fue la más importante, en el orden político, de toda la guerra en el mar de las Antillas. Francia perdió Santa Lucía porque D'Estaing había perdido tiempo en su travesía de Boston a Fort Royal; los ingleses la habían ganado porque su escuadra ganó el tiempo que D'Estaing había perdido.

Cuando D'Estaing llegó a Fort Royal su escuadra estaba formada por 22 navíos de línea y cuatro fragatas; sin embargo fue aumentando después con algunos escuadrones que se le agregaban. Pero al mismo tiempo la escuadra inglesa aumentó con la llegada de varios buques que arribaron a Barbados el 6 de enero (1779). De manera que entre las fuerzas navales de las dos potencias se estableció cierto grado de equilibrio que ninguno de los dos bandos se atrevía a romper. Ahora bien, en el mes de junio el almirante Byron, que había sustituido a Barrington, salió hacia Saint Kitts con el grueso de sus fuerzas para escoltar

un gran convoy de barcos mercantes que llevaba comida y otros productos para las islas inglesas de esa zona. La partida de la escuadra inglesa de Barbados dejaba debilitada la parte sur del Caribe, situación que aprovecharon D'Estaing y De Bouillé para lanzarse sobre San Vicente. Las relaciones de los ingleses de San Vicente con los indios caribes de la isla eran muy difíciles desde las luchas de 1772 y 1773, causadas por el deseo inglés de quitarles tierras a los indios. Esa situación hizo pensar a los ingleses que no tenían posibilidad de combatir a los franceses porque éstos tendrían la ayuda de los caribes, y no les ofrecieron resistencia a los atacantes. San Vicente, pues, cayó en manos francesas el 18 de junio; D'Estaing y De Bouillé ocuparon 50 cañones, 4 morteros, 2 buques mercantes, y unos días después, el 30, para ser más precisos, casi toda la flota de D'Estaing salía de Fort Royal hacia Granada, en cuya bahía de Molenier desembarcó el 2 de junio 300 hombres.

Los defensores de Granada eran ridículamente pocos comparados con los 2,000 hombres que llevó el almirante francés y, sin embargo, éste no pudo tomar la isla hasta el 6 de julio porque los ingleses no quisieron entregarse. Cuando D'Estaing intimó rendición al gobernador, lord Maccartney, éste contestó, con flema característicamente británica, que él no sabía en qué consistían las fuerzas del señor conde D'Estaing, pero que conocía las suyas y que se defendería. Los franceses tuvieron más de 100 bajas, de ellas, la tercera parte en muertos. En esta ocasión, sólo D'Estaing dirigió las operaciones, lo mismo las de tierra que las de mar.

La batalla de tierra se convirtió también en naval cuando el almirante Byron se presentó en aguas de Granada el mismo día 6 de julio y atacó a los buques franceses antes aun de haber tenido tiempo de organizar los suyos en línea de combate. Los franceses apresaron en esa acción un transporte inglés con 150 soldados y produjeron averías gruesas en varios buques enemigos, pero tuvieron 166 muertos y 773 heridos, lo que da idea del ardor con que estuvo combatiéndose. Las pérdidas inglesas debieron ser más altas que las francesas, puesto que el almirante Byron tuvo que retirarse a Saint Kitts para reparar averías y reponer bajas.

D'Estaing creyó que había llegado la oportunidad de destruir la escuadra del almirante Byron, y pensaba sensatamente, puesto que si los buques ingleses iban de retirada, varios de ellos averiados y llevando muertos y heridos, ése era el momento de atacar. Así, el almirante francés estuvo recorriendo las aguas de Saint Kitts en busca de los barcos británicos, provocándolos para que salieran de puerto. Pero Byron no se dejó atraer; D'Estaing resolvió al fin dar por cerrado el episodio y se llevó su escuadra hacia la costa norteamericana, donde iba a combatir a otras escuadras inglesas. D'Estaing retornaría al Caribe muy avanzado el año de 1780.

Aunque España estaba dando ayuda generosa a los norteamericanos hacía todo lo posible por no romper hostilidades con Inglaterra; al contrario, trató de mediar entre ésta y Francia a base de que Gran Bretaña reconociera la independencia de sus colonias de Norteamérica. Pero es el caso que las relaciones angloespañolas fueron haciéndose cada vez más difíciles y ya para julio de 1779 los españoles estaban listos para atacar Gibraltar. Unos meses después, en septiembre, España estaba combatiendo a los ingleses en el Caribe. Su primer ataque se produjo en Cayo Cocina, en la boca del río Belice. Cayo Cocina se había convertido en el asiento más importante de los cortadores ingleses de madera, que habían construido allí un poblado y vivían y se movían como si estuvieran en una posesión británica. Cayo Cocina fue tomado, sus establecimientos destruidos y sus habitantes enviados a La Habana, donde estuvieron hasta el final de la guerra; los esclavos, que eran numerosos, se vendieron como botín. Algunos de los cortadores de madera huyeron a Roatán y a la zona de río Tinto.

Tal vez parezca que el ataque español a Belice de 1779 fue excesivo, pero hay que tomar en cuenta que hacía ya más de un siglo que España venía haciendo reclamaciones a Inglaterra acerca de la presencia de esos súbditos británicos en una posesión española; que Inglaterra nunca le disputó a España su derecho de soberanía en ese punto, y que sin embargo nunca se dispuso a hacer que sus ciudadanos respetaran ese derecho español. Por otra parte, a los ojos de Madrid, Belice representaba algo así como un Gibraltar del Caribe, aunque no fortificado; un Gibraltar moral que España no podía tolerar.

La noticia de los sucesos de Belice llegó tan rápidamente a Jamaica que al finalizar la tercera semana de septiembre surgía frente a Belice una escuadra inglesa dispuesta a vengar el ataque. El lugar estaba totalmente deshabitado y no había una construcción en pie. Pero en vez de retornar a Jamaica la escuadra buscó un punto donde descargar el golpe que debía dar en Belice, y el día 24 aparecieron un poco más al sur, ante el castillo de Omoa, cuatro velas inglesas que se movían en son de reconocimiento; el día 16 de octubre se presentaba en el mismo sitio una escuadra de catorce navíos. Iba a atacar el castillo, que guardaba el único camino que comunicaba el Caribe con la ciudad de Guatemala.

El castillo de Omoa se hallaba bajo el mando del coronel Simón Desnaux, hijo del héroe de Cartagena; su guarnición era pequeña, compuesta en su mayoría por antiguos esclavos que tenían poca preparación en las actividades de la guerra. Pero algo similar sucedía con los atacantes, cuyas fuerzas de desembarco estaban compuestas en su mayor parte por zambos mosquitos. El fuerte de Omoa fue cañoneado durante cuatro días en los cuales los atacantes hicieron algunos desembarcos que fueron repelidos. Pero un refuerzo inglés compuesto que soldados, madereros y zambos mosquitos enviados desde la isla de Roatán tomó Puerto Caballos –actual Puerto Cortés–, a unos 15 kilómetros al norte del castillo, avanzó hacia Omoa y les cortó la retaguardia a los defensores. Ante esa situación, Omoa no tuvo más remedio que ofrecer la capitulación.

Desnaux había capitulado el 20 de octubre (1779), pero como antes del ataque había despachado un correo a Guatemala para informar al gobernador que el castillo de Omoa no se hallaba en estado de defenderse en caso de un ataque en regla, el gobernador, don Matías Gálvez, había estado organizando una fuerza importante con la cual pudiera reconquistar el fuerte en caso de que éste fuera tomado. Así, Gálvez –cuyo hijo era gobernador de la Luisiana y estaba batiéndose con los ingleses y logrando victorias importantes–, recibió la noticia de la capitulación de Desnaux e inmediatamente se puso en marcha al frente de las fuerzas que tenía listas; hizo el largo camino, de más de 400 kilómetros, hacia la costa del Caribe y el día 26 de noviembre estaba sitiando Omoa. El castillo cayó en sus manos el día 28. Había

estado en poder inglés un mes y una semana, y dados los planes de Inglaterra en esa zona, no se comprende cómo sus ocupantes se lo dejaron arrebatar.

Pues los ingleses tenían un plan para cortar la América Central, desde el Caribe hasta el Pacífico, muy cerca de ese punto; hacia el sur, aprovechando el cauce del río San Juan. Según algunos autores, el plan había sido concebido y hecho sobre el papel desde antes de que se rompieran las hostilidades, y debe haber sido así puesto que comenzó a ser ejecutado a principios de 1780, escasamente seis meses después de haberse declarado el estado de guerra entre España e Inglaterra. No hay que hacer esfuerzos de imaginación para dar cuenta de que el plan era una aplicación a América Central de lo que se había concebido para América del Sur y había fracasado con Vernon en Cartagena 40 años antes, así como el plan de Vernon había sido una versión del de Cromwell. Ahora bien, lo que no se concibe es que habiendo fracasado ya dos veces el propósito de cortar en dos los territorios españoles, al elaborar y disponerse a ejecutar el plan por la vía del río San Juan, los ingleses no hubieran tenido un plan alternativo.

Lo más lógico era que un plan alternativo se hiciera para ser aplicado por el golfo de Honduras a partir de la toma del castillo de Omoa. Omoa tenía un flanco cubierto desde Belice, el otro desde la Mosquitia hondureña y la retaguardia asegurada con la isla Roatán, y era más fácil entrar en Guatemala y hacerse fuerte en el país que entrar en Nicaragua por el río San Juan y conservar posiciones en sus orillas, que estaban formadas por selvas y pantanos. En el camino de Omoa a Guatemala había numerosos pueblos y haciendas en los que las fuerzas invasoras podían obtener comida, almacenar equipos y curar heridos, y había, además, entronques de caminos que conducían hacia el interior de lo que hoy es Honduras.

En cambio, para entrar a Nicaragua había una sola vía, que era el río San Juan, de acceso muy difícil durante seis meses del año, debido a que las lluvias aumentaban sus aguas y éstas corrían por un cauce de desniveles que producían fuertes raudales, y además el río cruzaba una región insalubre donde los atacantes se exponían a sufrir enfermedades que los diezmaran.

Según el plan, los ingleses entrarían por el río San Juan para llegar al lago de Nicaragua. Eso mismo habían hecho en el siglo anterior algunos filibusteros, según puede leerse en el capítulo X de este libro, y es muy posible que los autores del plan se basaran en lo que habían hecho esos piratas, a quienes les resultó relativamente fácil hacer el recorrido desde las bocas del río hasta Granada. Pero es el caso que ni Morgan ni Mansfield, asaltantes y saqueadores de Granada, se vieron obligados a combatir en el curso del río porque en sus tiempos no había fortificación alguna que les cortara el paso; en 1780, en cambio, había una en la isla de San Bartolomé, a poca distancia de la boca, río adentro, y otra mucho más sólida, el castillo de la Concepción, situado más o menos a dos terceras partes de distancia entre la boca del San Juan y el lago de Nicaragua. Además, en 1780 había caminos que comunicaban Guatemala, la capital del territorio, con Granada y con otras ciudades de Nicaragua, cosa que no había en el siglo XVII.

El plan inglés incluía la toma de Granada, en la orilla noroccidental del lago, y León, que se hallaba tierra adentro, vecina del Pacífico y bastante alejada de Granada hacia el noroeste, pero no porque la ruta que iban a establecer los ingleses pasara por esas dos ciudades, sino porque eran puntos indispensables para defender el acceso al lago por el norte. La ruta iría mucho más al sur. Ya en aguas del lago, partiría de San Carlos, en la orilla del sur, y se dirigiría a la bahía del Papagayo, hoy territorio de Costa Rica, en el mar Pacífico. Con algunas variantes, ésa fue la que se siguió en el siglo XIX para establecer la línea de vapores que debían llevar del este de los Estados Unidos a los buscadores de oro de California; fue la misma ruta que dio el dominio de Nicaragua a los filibusteros de William Walker y la misma que iba a seguirse para hacer el canal que al fin se construyó en el istmo de Panamá.

Aunque el plan había sido hecho en Londres, donde fue aprobado por las autoridades militares y políticas, su ejecución se llevaría a cabo desde Jamaica, y por eso llevó el nombre del gobernador de esa isla, el mayor general John Dalling. Dalling debía salir de Jamaica con una fuerte expedición que estaba siendo organizada en Inglaterra, pero la expedición tardaba en llegar a Jamaica y para que el plan tuviera éxito

era indispensable tomar el castillo de la Concepción antes de que comenzara la temporada de las lluvias, lo que ocurriría en el mes de abril, pues las lluvias engrosaban el río San Juan y esto hacía imposible remontar los raudales, que se reforzaban en la estación lluviosa hasta convertirse en cataratas. Así, Dalling salió de Jamaica al comenzar el mes de febrero de 1780 con las fuerzas que pudo reunir en la isla, algo más de unos 400 hombres. Esa fuerza debía ser aumentada con zambos mosquitos y soldados ingleses de la Mosquitia hondureña. Los transportes iban escoltados por el navío *Hinchinbroke,* cuyo comandante era un joven de 32 años, llamado Horacio Nelson.

Dalling se detuvo en cabo Gracias a Dios para organizar flotilla, de canoas tripuladas por mosquitos y ya el 24 de marzo surgía frente al puerto de San Juan del Norte, lugar que tomó ese mismo día sin mucho esfuerzo; el 9 de abril tomó la isla de San Bartolomé que, como hemos dicho, estaba situada río adentro, ocasión en la que Nelson actuó dirigiendo el ataque de artillería que haría capitular a la pequeña guarnición que había en la isla; el día 11, las avanzadas de Dalling, desembarcadas en la orilla del río, estaban rodeando el castillo de la Concepción, que resistió cuanto pudo, pero que cayó en sus manos el día 24. Pero de ahí no pudo pasar el gobernador de Jamaica porque ya había comenzado la temporada de las lluvias, las interminables y copiosas lluvias tropicales, que caen sin cesar día y noche, inundan las tierras y las convierten en pantanos y en criaderos de los mosquitos que transmiten la malaria, fomentan el crecimiento de fangosidades en las paredes, en las ropas y en los zapatos y obligan a la gente a vivir encerrada bajo techo. Así, encerrados en el castillo, Dalling y sus hombres se pusieron a esperar la gran expedición que llegaría de Inglaterra, una expedición que de todos modos no podía llegar al castillo de la Concepción mientras no cesaran las lluvias que hacían imposible remontar el río.

El gobernador Gálvez acababa de retornar de Omoa a Guatemala cuando le llegaron las noticias de que los ingleses habían tomado el castillo de la Concepción y sin perder tiempo reorganizó sus fuerzas y tomó el camino de Granada, donde halló que el vecindario, asustado por la cercanía de los invasores, había abandonado la ciudad y se había internado en los montes. Aunque habían pasado más de 100 años de

las depredaciones que Granada había sufrido a mano de algunos piratas ingleses, la gente no olvidaba lo que la ciudad había padecido, y tal vez con el paso de los años aquellos sufrimientos habían sido aumentados por los que relataban su historia.

Don Matías Gálvez se dedicó a levantar el ánimo de los vecinos de Granada y a preparar defensas y organizar fuerzas para detener a los ingleses cuando éstos cruzaran el lago, lo que Gálvez daba por un hecho seguro. Pero sucedía que también en Granada caían las copiosas e interminables lluvias del Trópico, de manera que el gobernador tuvo que trasladar su cuartel general a Masaya. Cuando finalizaron las lluvias en el mes de septiembre, el activo presidente de la Audiencia de Guatemala, gobernador y capitán general, embarcó unos 600 hombres en canoas y se dirigió río San Juan abajo, camino del castillo de la Concepción, donde esperaba hallar a Dalling.

Dalling no estaba allí; ni él ni ninguno de sus hombres, excepto los muertos que había enterrado en las orillas del río, y esos muertos eran más de 1,400. Dalling había perdido tanta gente a causa de las fiebres palúdicas e intestinales que de 1,800 hombres que había llevado a la expedición apenas le quedaban unos 380, macilentos, enfermos, débiles, con los cuales no podía defender la posición; así, había emprendido la retirada hacia San Juan del Norte y cuando don Matías Gálvez llegó al puerto sólo alcanzó a ver las velas británicas que se alejaban en el horizonte. Una vez más había fracasado el plan inglés de cortar en dos los territorios españoles de América.

Mientras Dalling se aprestaba a tomar el castillo de la Concepción, allá por el mes de marzo, las metrópolis del Caribe hacían cambios en sus fuerzas coloniales y ordenaban movimientos llamados a tener consecuencias en la región. Así, sir George Rodney pasaba a desempeñar el mando de la flota inglesa del Caribe, el almirante de Guichen pasaba al mando de la francesa y España despachaba hacia La Habana 130 buques, de los cuales 114 eran transportes para unos 10,000 soldados. Esta expedición española estaba destinada a la conquista de la Florida y a combatir en el Golfo de México, pero al final fue dedicada a la fallida toma de Jamaica.

La flota del almirante Rodney sufrió graves pérdidas a causa de un huracán que le hundió más de 30 naves y además estuvo durante algún tiempo operando en aguas norteamericanas. Por otra parte, los meses

finales de 1780 fueron de poca actividad, excepto para los corsarios y los navíos de línea que se dedicaban a apresar algún que otro mercante. En ese tiempo estuvieron muy activos los corsarios de Santo Domingo y de Puerto Rico, que llegaron a operar en las aguas del Atlántico.

Al terminar el año, el día 20 de diciembre, Holanda declaró la guerra a Gran Bretaña. Había sucedido que unos buques ingleses se habían metido en el puerto de San Martín y allí mismo habían apresado algunos barcos norteamericanos; las protestas holandesas fueron rechazadas por el gobierno de Londres y la situación se complicó de tal manera que la ruptura de las hostilidades fue inevitable. Al finalizar el mes de enero de 1781 el almirante Rodney recibía órdenes de tomar San Eustaquio y se presentó ante la pequeña isla holandesa con una fuerza imponente. El gobernador, que no tenía conocimiento de que su país estaba en guerra con los ingleses, capituló sin combatir; en los días posteriores capitularon también Saba, San Martín y San Bartolomé. El botín que tomaron los británicos fue enorme, pues los muelles de San Eustaquio y de San Martín estaban llenos de mercancías; también los almacenes privados estaban llenos de toda suerte de productos y lo estaban casi todos los 200 barcos que había en los puertos. En total, el botín sumaba varios millones de dólares, tal vez más de quince, calculados en dólares de mitad del siglo XIX, lo que en esos años del siglo XVIII era una suma fabulosa.

La captura del rico botín dio lugar a incidentes muy serios porque el almirante Rodney descubrió que muchas de las mercancías y varios de los buques tomados eran propiedad de ingleses que comerciaban con las colonias norteamericanas y con los territorios franceses del Caribe a través de las islas holandesas, que hasta ese momento habían sido puertos neutrales. Ese descubrimiento ponía de manifiesto la verdadera naturaleza de la guerra, que era una contienda comercial disfrazada de guerra patriótica. Al Caribe se iba a buscar ventajas económicas, y las guerras que tenían lugar en sus aguas y en sus tierras eran sólo expresiones armadas de conflictos comerciales. Mientras los marinos y los soldados se mataban, los comerciantes hacían negocios con el enemigo.

Los propietarios ingleses de mercancías y barcos tomados en las islas holandesas reclamaron que se les devolvieran sus propiedades,

pero Rodney se negó, y lo que es más, las declaró confiscadas y las puso a la venta en Saint Kitts; en cuanto a la otra parte del botín, la envió a Inglaterra, pero no llegó a su destino porque el convoy fue interceptado y apresado por un escuadrón francés que llevó sus presas a Francia, las mercancías fueron vendidas a los comerciantes de Burdeos, quienes pagaron por ellos 8'000,000 de libras tornesas y las vendieron con beneficios altísimos debido a que los productos tropicales escaseaban mucho en Francia desde que había comenzado la guerra.

Mientras Rodney se hallaba en Saint Kitts ocupado en vender las mercancías que había confiscado a sus compatriotas, llegó a Martinica una poderosa flota francesa que había salido de Brest al mando del conde De Grasse. Esa flota iba a hacer estragos en las posesiones inglesas de la región. Cuando Rodney supo que De Grasse estaba en el Caribe despachó a uno de sus mejores comandantes a batir a De Grasse, pero la flota francesa era demasiado grande y Hood no pudo ni siquiera acercársele.

De Grasse llevaba consigo un convoy de mercancías que dejó en Fort Royal y sin perder tiempo siguió hacia Santa Lucía con ánimos de arrebatársela a los ingleses. Al parecer, llevaba instrucciones de reconquistar esa isla, lo que da idea de que en Francia se habían dado cuenta de que Santa Lucía había sido convertida por los británicos en un punto clave en la estrategia británica del Caribe. Efectivamente, así era, y los hechos lo demostrarían dos años después. De Grasse alcanzó a desembarcar tropas en Santa Lucía, pero la defensa que halló fue tan enérgica que tuvo que reembarcarlas con pérdidas altas y tuvo que retirarse de allí a principios del mes de mayo. Como le tocaría saberlo a su tiempo, él mismo iba a ser víctima de ese fracaso ante los ingleses de Santa Lucía.

El marqués De Bouillé, gobernador de Martinica, era sin duda el hombre con más condiciones de jefe militar que había en el Caribe. Por alguna razón, aunque lucharon juntos, sus relaciones con D'Estaing no fueron las mejores; en cambio De Bouillé y De Grasse iban a entenderse bien y juntos formarían un equipo de mando que iba a darles mucho que hacer a los ingleses.

De Grasse había fracasado en Santa Lucía, pero De Bouillé no fracasaría en la conquista de Tobago. Para tomar esa isla, De Bouillé usó

una parte de la flota de De Grasse –cuatro navíos, una fragata y algunos transportes–; se presentó en Tobago y puso pie en la bahía de Curland tras un fuerte bombardeo que fue respondido por los ingleses con energía. Rodney, que estaba en Barbados, envió apresuradamente un escuadrón con la orden de auxiliar a los defensores, pero De Grasse llegó al sitio de la lucha a tiempo y forzó al escuadrón inglés a retirarse.

La batalla de Tobago fue dura. El jefe de la defensa, teniente gobernador Ferguson, hizo una retirada hacia el interior con el propósito de hacerse fuerte en mejores posiciones. En vez de dedicarse a perseguir a Ferguson, De Bouillé ordenó que se quemaran las propiedades de los plantadores británicos, con lo cual obtuvo que los propietarios pidieran la paz para salvar sus bienes. En ese momento Rodney salía de Barbados con refuerzos para Ferguson, pero el almirante inglés llegó a Tobago demasiado tarde. La isla se había rendido el 2 de junio y de Bouillé y De Grasse volvieron a Fort Royal, en cuya rada entraron agitando en sus manos las banderas que le habían tomado al enemigo. Después de la victoria de Tobago, De Grasse salió con su flota hacia las costas de Norteamérica, donde tomaría, parte en la caída de York Town y la consecuente rendición de lord Cornwallis, y casi a seguidas Rodney salía hacia Inglaterra, llamado para responder a las acusaciones que se le hacían con motivo de la confiscación de las propiedades inglesas tomadas en San Eustaquio y San Martín, y su flota, colocada bajo el mando de Hood, tomaba el rumbo de Nueva York. Parecía que el Caribe quedaba descargado de las presiones guerreras que originaba la presencia en sus aguas de las poderosas flotas de Francia e Inglaterra.

Pero la verdad es que aunque la flota francesa se había alejado, Francia estaba representada en el Caribe por De Bouillé, y De Bouillé era un hombre de guerra, un soldado nato. Dado su cargo, no tenía por qué participar personalmente en los ataques y, sin embargo, lo hacía. Siempre estuvo al lado de D'Estaing en los combates que éste dio; acompañó a De Grasse en Santa Lucía y se le había adelantado en Tobago; concebía planes atrevidos e iba a ejecutarlos él mismo. Ahora bien, la mayor hazaña del gobernador de Martinica estaba por verse todavía.

De Bouillé había resuelto dar un golpe audaz a Inglaterra en el Caribe y había organizado ese golpe con tanto secreto que ni siquiera lo

conocían muchos de los que iban a participar en él. Para disimular sus intenciones dio una fiesta a la juventud de Martinica, y cuando esa juventud estaba entretenida ejecutando las refinadas danzas de la época, el gobernador salió sigilosamente a los jardines con algunos de los que asistían a la fiesta y se fue a la rada de Fort Royal, donde le esperaban tres fragatas, una corbeta y cuatro goletas en las cuales habían embarcado unos 350 hombres. Era al comenzar la última semana de noviembre, mes de buenos vientos en el Caribe. En la noche del día 26, con mar gruesa por cierto, De Bouillé estaba desembarcando sus hombres en San Eustaquio. Algunos de esos hombres llevaban todavía el traje de fiesta con que habían salido de la casa del gobernador. Al amanecer del día 27 los franceses estaban atacando el fuerte que defendía la pequeña isla.

La sorpresa que produjo el audaz golpe de De Bouillé fue tan grande que paralizó a la guarnición inglesa, compuesta de unos setecientos hombres. Cockburn, el gobernador británico, fue hecho prisionero antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Al día siguiente se rindieron las fuerzas de San Martín y poco después se entregaron las islas de Saba y San Bartolomé. De Bouillé retornó a Fort Royal con más de 800 prisioneros a los que había que sumar las mujeres y los niños que lo acompañaban. El gobernador fue recibido en Martinica con honores de héroe, y al llegar a Fort Royal encontró allí a De Grasse y su flota, que volvían de América del Norte después de haber cosechado también la victoria en aguas norteamericanas.

Era simplemente lógico que las tropas, la marinería, la oficialidad de De Grasse y de De Bouillé se sintieran impulsados a seguir acumulando victorias; así, la próxima sería en Barbados, la fortaleza británica que hacía el papel de una avanzada del Caribe en el Atlántico. El almirante y el gobernador se prepararon, pues, para tomar Barbados. Por dos veces, una con 3,500 hombres de desembarco y otra con 6,000, la flota francesa estuvo cruzando por las aguas de Barbados y en las dos ocasiones los vientos contrarios impidieron que se acercaran a las costas. Al final hubo que abandonar el plan de tomar Barbados, pero no se abandonaron los propósitos de seguir despojando a Gran Bretaña de sus posesiones del Caribe. Así, el 11 de enero de 1782 la flota de De

Grasse, y De Bouillé con ella, entraba en la rada de BasseTerre, en la isla de Saint Kitts.

Ya conocemos la importancia histórica y política que tenía Saint Kitts para los ingleses y su vieja vinculación con el nacimiento y el desarrollo del poder francés en el Caribe. Precisamente, el punto por donde desembarcaron los franceses ese día de enero de 1782 correspondía a lo que había sido la parte francesa de la isla antes de que ésta pasara a ser totalmente inglesa. Debido a su abolengo en la historia de la colonización británica, Saint Kitts era el asiento de la gobernación de las islas inglesas para el grupo llamado de Barlovento y allí había una guarnición respetable. En el momento de la llegada de De Bouillé, esa guarnición tenía más de 1,200 hombres.

A la presencia de los franceses en BasseTerre, el gobernador se retiró con todas las fuerzas a la fortaleza de Brimstone Hill, bien dotada de artillería y de municiones; pero los dueños de ingenios de azúcar no estaban dispuestos a correr la suerte de la guerra y comenzaron a buscar contactos con De Bouillé para negociar la rendición de la isla. Mientras tanto De Grasse despachó escuadrones a Nevis y a Monserrat, y esas posesiones capitularon sin luchar, lo que aumentó el deseo de negociar que tenían los propietarios de Saint Kitts. Después que se cerró el capítulo de ese ataque francés se dijo que esos propietarios se negaron a prestar sus esclavos para que éstos cargaran las balas de cañón que necesitaban los defensores del fuerte de Brimstone Hill; al parecer, habia un almacén de esas municiones en las faldas de la colina que daba nombre al fuerte y no fue posible llevar las balas hasta el fuerte por falta de hombres que hicieran el trabajo. De todos modos, es el caso que De Bouillé había puesto sitio al fuerte con unos 6,000 hombres y se había dedicado a bombardearlo sin que eso conmoviera a los propietarios, que no se hallaban inclinados a dar demostraciones de patriotismo.

Mientras De Bouillé cercaba y cañoneaba Brimstone Hill, De Grasse tenía su escuadra en la bahía de Basse-Terre. El día 24 de junio se presentó ante Basse-Terre una escuadra inglesa comandada por el almirante Hood. Hood maniobró para entrar en la bahía, cosa que no logró, y entonces De Grasse sacó la suya para presentarle batalla a Hood. En ese momento Hood hizo lo que menos podía esperar De Grasse; entró con

su escuadra en la bahía y dejó afuera al almirante francés y a sus barcos. Esa maniobra era no sólo una demostración de maestría naval y de audacia muy británica; era también una burla que De Grasse no podía aceptar; así, el almirante francés hizo todos los esfuerzos por desalojar al inglés de su posición, pero fueron inútiles y además costosos en vidas y en averías. Por lo visto lo único que podía hacer de Grasse era bloquear la salida de la bahía y mantener a Hood embotellado.

Probablemente no se ha dado muchas veces un caso igual: los ingleses de Brimstone Hill estaban cercados por los franceses del marqués De Bouillé; éstos a su vez estaban embotellados por los buques y los soldados ingleses de Hood, y Hood y sus hombres se hallaban embotellados por la escuadra francesa de De Grasse. Había una manera de romper esa cadena de cercos, y era lanzando contra la retaguardia de De Bouillé a los hombres de Hood, que alcanzaban a unos 2,500, a fin de romper el sitio de Brimstone Hill y unir fuerzas; después se vería qué se podía hacer con la flota de De Grasse.

Eso fue lo que hizo Hood: desembarcó sus 2,500 soldados y los lanzó a la lucha contra De Bouillé, pero éste había previsto el golpe y había preparado sus fuerzas de tal manera que los ingleses no pudieron romper sus filas. En cuanto a las tropas cercadas en el fuerte, sus bajas en muertos y heridos eran ya altas, de manera que tampoco pudieron ayudar en la lucha. Ante esa situación, Hood tenía que salir de la bahía o entregarse, lo que a su vez suponía la entrega del gobernador, y Hood escogió la salida. Ésta era difícil y con pocas probabilidades de éxito, pero Hood, que había hecho en Basse-Terre una entrada increíble, iba a hacer una salida también increíble: a media noche cortó cables y se deslizó por las aguas de BasseTerre sin que los marinos de De Grasse alcanzaran a darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Al día siguiente se rendía Brimstone Hill, después de 34 días de sitio.

Desde la ruptura de hostilidades hasta ese mes de julio de 1782 hablan caído en manos francesas Dominica, San Vicente, Granada y las Granadinas, Tobago, Saint Kitts, Nevis y Monserrate, y además los franceses habían reconquistado los posesiones holandesas de San Eustaquio, San Martín, Saba y San Bartolomé, que habían devuelto a Holanda con excepción de la última. Los franceses del Caribe estaban forjando una impresionante cadena de victorias a expensas del poderío

inglés, lo que indicaba o que ese poderío estaba en decadencia o que estaba en ascenso el de Francia.

Al retornar triunfantes a Martinica, el grácil De Bouillé y el corpulento De Grasse fueron recibidos en medio de un júbilo casi de locura, y para colmo de buena suerte, poco después de su llegada arribaba a Fort Royal un convoy de mercantes que había logrado burlar a la flota inglesa. En ese convoy iban productos suficientes para aliviar, al menos por el momento, las necesidades de la población, que como casi todas las del Caribe estaba sufriendo los efectos de una inflación vertiginosa causada por la escasez de bienes de consumo.

Parecía que De Bouillé y De Grasse habían obtenido, por alguna gracia especial, la bendición de los dioses de la guerra; que ninguna fuerza inglesa podía atravesarse en su camino; que iban a conseguir todo lo que se propusieran. Y lo que se propusieron, por órdenes del gobierno francés, fue asestar a Inglaterra el golpe final a su imperio en el Caribe: la conquista de Jamaica. Pero antes de que llegara esa orden llegó a Barbados, a mediados de febrero de 1782, el avezado y duro sir George Rodney, a quien la historia le reservaba el papel de destruir, casi sin combatir, la fuerza del binomio De Grasse, De Bouillé.

Tan pronto llegó a Barbados, Rodney ordenó a Hood que se le reuniera en Antigua. Las escuadras de Rodney y Hood sumaban más navíos que los de De Grasse, y eso por sí solo significaba que en cualquier momento podía quedar roto en favor de Inglaterra el equilibrio naval del Caribe. Una vez reunidas en Antigua, las naves inglesas se dirigieron a Santa Lucía, desde donde Rodney podía vigilar los menores movimientos de De Grasse. Allí iban a pasar los ingleses el mes de marzo y los primeros días de abril, tensos y dispuestos al ataque como el águila que ha puesto el ojo en la víctima escogida y mantiene las alas a punto de emprender el vuelo a la primera señal de que la pieza se ha movido.

Pero sucedía que en marzo, mientras Rodney y Hood vigilaban a De Grasse, estaba a punto de estallar de nuevo la guerra en el occidente del Caribe. Efectivamente, don Matías Gálvez, el infatigable gobernador de Guatemala, que había establecido su cuartel general en Trujillo, preparaba la reconquista de la isla Roatán, que los ingleses habían guarneci-

do de varios fuertes, cinco de ellos a la entrada y alrededor de Puerto Real, y otro, el de Federico, para proteger el puerto por la retaguardia.

Gálvez hizo sus preparativos cuidadosamente; reunió 3,900 hombres y metió entre ellos una unidad de caballería pensando que ésta podía hacerle falta en caso de que los ingleses se retiraran a un punto de la pequeña isla donde hubiera necesidad de perseguirlos con bestias; reunió también varias balandras y goletas y algunas canoas, y escoltó la expedición con cuatro fragatas, una corbeta y cuatro lanchas cañoneras. Como se ve, el gobernador Gálvez no estaba dispuesto a fracasar por falta de elementos.

Y, efectivamente, no fracasó. Las baterías de los fuertes que guardaban el puerto fueron silenciadas rápidamente; el teniente gobernador inglés se refugió en el fuerte Federico, pero no podía hacer nada para impedir la victoria española. Roatán se rindió el día 17 de marzo (1782); los atacantes tomaron un buen botín, la mayor parte en esclavos; a los soldados ingleses se les permitió irse a Jamaica.

Gálvez estuvo en Roatán hasta el 23, día en que salió con una parte de sus efectivos hacia la región del río Tinto, es decir, la Mosquitia hondureña; allí asaltó y destruyó los puntos de Quepriba y Criba, donde había pequeñas guarniciones enemigas, y en los primeros días de abril estaba persiguiendo tierra adentro a los pocos ingleses que buscaban protección en el interior, en las zonas habitadas por los mosquitos.

Precisamente en esos primeros días de abril estaban el almirante De Grasse y el gobernador De Bouillé dando los últimos toques a lo que iba a ser la operación maestra de Francia y España en el Caribe, la conquista de Jamaica. El día 8 abandonaba la flota francesa la rada de Fort Royal para ir a Cap Français, en la costa norte de Haití, donde debía reunirse con la flota española que bajo el comando de don José Solano había cruzado el Atlántico en ruta hacia La Habana en marzo de 1780, esto es, dos años antes. Una vez reunidas, las dos flotas enfilarían por el canal de Los Vientos hacia Jamaica, que seguramente no tenía fuerzas con que enfrentar un ataque de esa envergadura. Podemos hacernos una idea del poderío de las fuerzas aliadas que iban a la conquista de Jamaica por la cantidad de naves de transporte que iban en las dos flotas, Solano había llevado a Cuba 114 transportes y De Grasse llevaba desde la Martinica 150. No sabemos cuántos navíos de guerra tenía a

su mando Solano, pero sabemos que la escuadra de De Grasse estaba compuesta por unas 36 unidades, de las cuales 25, por lo menos, iban a participar en la acción sobre Jamaica.

Leyendo ahora los documentos de aquellos días es fácil darse cuenta de que los planes de los gobiernos eran conocidos muy a menudo por los enemigos. El espionaje funcionaba en los palacios de los Reyes, en los gabinetes de los ministros y en los despachos de los jefes militares. El envío de Rodney al Caribe y su movimiento hacia Santa Lucía para vigilar desde allí a De Grasse son hechos que resultarían demasiado casuales si no obedecían a un propósito, y el propósito era evitar a toda costa la expedición contra Jamaica; luego en Londres sabían que los gobiernos de Francia y España habían resuelto conquistar Jamaica.

Rodney había situado casi en aguas de Martinica dos fragatas que debían informarle, mediante señales, qué rumbo tomaba De Grasse al abandonar, el día que lo hiciera, la rada de Fort Royal. Ésa es otra indicación de que Rodney tenía noticias precisas sobre las intenciones del almirante francés. Rodney sabía que iba a salir y con qué planes saldría, y había congregado sus fuerzas en Santa Lucía para impedir que esos planes pudieran ser ejecutados.

En la mañana del 9 de abril, sir Georges Rodney recibió señales que le indicaban el rumbo de la flota francesa: navegaba hacia Dominica en dirección norte franco. Sin perder un minuto, Rodney dio la orden de lanzarse a la persecución del enemigo y batirlo tan pronto estuviera a tiro de cañón.

La cacería duró horas. Ya en la tarde, el escuadrón de Hood se acercaba a los navíos franceses que cubrían la retaguardia del convoy. Las dos flotas estaban todavía tan cerca de Martinica que el primer disparo del lado francés –hecho por el navío *Triunfante*– se oyó en la costa de esa isla. Había comenzado la primera parte de un combate naval que iba a tener muy escasa importancia militar y que sin embargo iba a tener consecuencias decisivas en el fracaso de los planes de Francia y España.

En ese combate el navío francés *Zélé* resultó con averías gruesas. El almirante De Grasse iba a bordo del *Villa de París,* su nave insignia, y el *Villa de París,* que portaba 110 cañones, era un buque pesado, muy lento para maniobrar. Pues bien, cuando vio al *Zélé* en situación crítica, De

Grasse quiso ir en su ayuda y fue a dar a un punto de aguas muertas y, lógicamente, tras el almirante entraron en esas aguas varios otros navíos cuyos comandantes creyeron que debían darle protección a su jefe.

Los marinos ingleses pensaron que De Grasse estaba rehuyendo el combate y trataron de hacerlo salir del lugar donde se hallaba, pues la falta de brisa hacía imposible que ellos mismos –esto es, los ingleses– pudieran maniobrar. Mientras tanto, una parte de la escuadra francesa y la totalidad de los transportes seguían su ruta hacia Cap Français. Con ellos iba el marqués De Bouillé, que se había embarcado en Fort Royal para tomar parte en la conquista de Jamaica.

A eso que hemos descrito se limitó la primera parte de lo que se llamó la batalla de Los Santos, nombre que se le dio porque la parte segunda –y final– iba a darse en las aguas de los islotes de Los Santos, que son adyacentes a Guadalupe y limitan por el norte el canal que separa esta isla de la de Dominica.

Los buques franceses no pudieron maniobrar hasta el día 12 y entonces lo hicieron con tan mala suerte que vinieron a quedar a barlovento de la escuadra británica, y en ese momento los ingleses superaban de manera abrumadora a los franceses, puesto que junto con De Grasse había sólo una parte de su fuerza; la otra parte había seguido escoltando el convoy que iba hacia Cap Français. Así, con el viento a su favor, los ingleses avanzaron y formaron línea a su mejor conveniencia.

La parte final de la batalla de Los Santos iba a darse con todas las ventajas del lado inglés.

En los primeros movimientos el buque almirante de Rodney rompió la línea francesa a la vez que otros navíos británicos la rompían por otro punto, de manera que la línea de De Grasse quedó rápidamente dividida en tres grupos y sus unidades rodeadas y batidas por el fuego de los navíos enemigos. Cuatro buques franceses quedaron apresados, entre ellos el *Villa de París*. De Grasse, pues, había caído prisionero de Rodney. A causa de lo que le sucedió a De Grasse la marina francesa, después de estudiar el expediente de la batalla, ordenó que en lo sucesivo sus comandantes dirigieran las batallas desde una fragata, nave que era más ligera y por tanto más capaz de maniobrar en circunstancias imprevistas, como las que se dieron en el caso de la batalla de Los Santos.

La mayor parte de los buques franceses que participaron en el último episodio de la batalla de Los Santos lograron escapar con algunas bajas, pero sin averías, y Rodney, que quería aprovechar la ocasión para destruir la escuadra francesa, ordenó a Hood que les diera alcance. Hood alcanzó a interceptar y a apresar dos navíos de línea y una fragata, con lo cual el número de unidades francesas que cayó ese día en manos de Rodney fue de siete. Todos los buques apresados fueron llevados a Jamaica, donde Rodney y su escuadra tuvieron un recibimiento delirante. La victoria, en verdad, no era nada del otro mundo, pero sus consecuencias políticas sí lo eran, sobre todo para los habitantes de la isla, que se habían salvado del ataque francoespañol y de la muy probable conquista de su tierra.

Al llegar a Cap Français la noticia de lo que había sucedido a De Grasse, el marqués de Bouillé quiso suplantar a De Grasse en la jefatura de la expedición a Jamaica y le propuso a Solano, jefe de la flota española, que el plan general se llevara a cabo bajo la responsabilidad de De Bouillé. De Bouillé alegaba, y tenía razón, que la pérdida de siete u ocho buques no podía justificar el abandono del plan, que esa pérdida no debilitaba de modo apreciable el poder de las flotas española y francesa unidas. Pero Solano entendía que sus órdenes eran muy precisas y que él tenía que atenerse a ellas; que se le había mandado esperar en Cap Français al almirante De Grasse y que De Grasse no había llegado ni podría llegar, puesto que había caído en poder de los ingleses. Todos los esfuerzos que hizo el gobernador de Martinica para convencer a Solano de que deberían actuar resultaron inútiles. Cuando en Madrid se supo que Solano se había negado a oír a De Bouillé, se le dio la razón a éste, pero desde luego ya era tarde, y demasiado tarde. Jamaica no sería conquistada y, lo que es más, no sería ni siquiera atacada. La corona que Francia y España iban a poner a la guerra del Caribe se había hundido en las aguas de Los Santos el día 12 de abril de 1872, y al cabo de tres anos y cuatro meses la pérdida de Santa Lucía –ocurrida en diciembre de 1778– culminaba en el fracaso de los planes elaborados para dar un golpe final al poder inglés en el Caribe, que así se encadenan los hechos en la guerra, tal como se encadenan en la vida.

Exactamente el 12 de abril, día en que De Grasse caía prisionero de Rodney en aguas del Caribe, tenían lugar en París las primeras conver-

saciones para hacer la paz, y si ésta tardó en hacerse se debió a la victoria de Rodney en la acción de Los Santos. Inglaterra estaba dispuesta a conceder a Francia y España buenas condiciones de paz; había perdido todas sus posiciones importantes en el Caribe, con excepción de Jamaica, Antigua y Barbados, y sólo había logrado conquistar Santa Lucía, arrebatada a los franceses, y había perdido tierra en otras partes de América, de manera que la paz era para ella una necesidad. Pero cuando llegó a Londres la noticia de la derrota de De Grasse pensó de otro modo; así, por ejemplo, rechazó las peticiones españolas para que abandonara Gibraltar a menos que España le diera en cambio la isla de Puerto Rico, y en general alargó las conversaciones, que se prolongaron hasta 1783.

En cambio los ingleses negociaban tan de prisa con sus antiguas colonias norteamericanas que para fines de noviembre se habían firmado los artículos preliminares del tratado de paz. Esa negociación se hacía en el secreto más estricto, para que ni Francia ni España se enteraran de ellas. Francia y España habían participado en la guerra que aseguró la independencia de Estados Unidos; la presencia de las fuerzas francesas de tierra y de mar al lado de las norteamericanas, así como la cuantiosa ayuda en armas y dinero que les dio España a los colonos rebelados fueron factores decisivos en la victoria yanqui; además, si Inglaterra hubiera podido dedicar todo su poderío a combatir a sus colonos, la lucha hubiera sido larga, muy costosa y nadie sabe cómo hubiera terminado. Pero Inglaterra tuvo que combatir contra Francia y España en Europa y en el Caribe, y eso la debilitó; sin embargo, a la hora de hacer la paz, Estados Unidos se entendía con los ingleses en secreto para que aquellos que tanto los habían ayudado no estuvieran al tanto de lo que estaba sucediendo.

Después de la batalla de Los Santos sólo los corsarios de Santo Domingo, Puerto Rico y las islas francesas e inglesas siguieron su especie de guerra particular, pero en el fondo occidental del Caribe iba a combatirse todavía; fue en Roatán y en la Mosquitia hondureña, que habían caído en poder de España, como sabemos, en vísperas de la batalla de Los Santos.

El 23 de agosto (1782) se presentó frente a Roatán el coronel Edward Despard con 1,200 hombres, la mitad de ellos mosquitos, a los

que conducía con buena protección naval, y en una larga lucha de ocho días se apoderó de la isla, en la cual había una guarnición española de 750 hombres; después, Despard se dirigió a río Tinto y, tal como había hecho Gálvez antes, dominó las posiciones de Quepriba y Criba, de manera que salvo el castillo de Omoa, España perdió otra vez en el golfo de Honduras todo lo que el enérgico don Matías Gálvez había reconquistado poco antes.

Cuando se dio fin a los acuerdos preliminares del tratado de paz, lo que sucedió en enero de 1783, los ingleses tenían en el Caribe sólo Roatán y la Mosquitia, que no eran territorios británicos, y las islas de Antigua, Barbados y Jamaica. La situación era parecida en el Mediterráneo, en el sur de Estados Unidos y en las Bahamas. En los arreglos de paz España iba a recuperar Menorca y las dos Floridas y devolvería las Bahamas, e Inglaterra reconocería los derechos españoles sobre Belice y todos los territorios mosquitos, al tiempo que España concedería autorización, dentro de ciertos límites, para que los súbditos británicos pudieran cortar madera en Belice. Roatán, desde luego, volvería a manos españolas.

De manera irregular, Suecia entró a las negociaciones a través de Francia. Los suecos habían estado viendo desde hacía muchos años que los daneses sacaban buenos dividendos de sus pequeños territorios del Caribe y habían fundado en 1746 una Compañía de las Indias Occidentales, pero fue sólo en 1779, en el reinado de Gustavo III, cuando sus empeños por tener una posesión en el Caribe comenzaron a tomar forma. Gustavo III mantenía relaciones estrechísimas con Luis XVI, al punto que recibía subsidios de éste, y la política exterior francesa contaba de manera segura con el apoyo de Suecia en todo lo que se refiriera a problemas del norte de Europa. En las negociaciones del tratado que iba a poner fin a la guerra, Francia propuso que España le concediera a Suecia uno de sus territorios caribes, Trinidad o Vieques, a lo que España se negó; entonces gestionó con Inglaterra que le traspasara una de las suyas, petición que Inglaterra rechazó. Pero Suecia seguiría insistiendo.

El tratado se firmó en Versalles el 30 de septiembre de 1783. Francia devolvió a Inglaterra las islas de Saint Kitts, Nevis, Monserrat, Granada y las Granadinas, Dominica y San Vicente, pero obtuvo la devolución

de Santa Lucía y se quedó con Tobago. Poco después, en mayo de 1784, Luis XVI ordenaba que Tobago fuera cedida a Suecia, y eso es lo que explica que Francia no aceptara devolver a Inglaterra la pequeña isla que hoy forma una unidad política junto con la isla de Trinidad. No sabemos qué ocurrió entre mayo y finales de junio, pero es el caso que después de la cesión de Tobago, Francia y Suecia se pusieron de acuerdo para que en vez de Tobago Suecia tomara San Bartolomé y que a cambio de San Bartolomé les diera a los franceses privilegios comerciales en Gotemburgo. San Bartolomé tenía 21 kilómetros cuadrados y 759 habitantes, de los cuales 458 eran blancos. El tratado de cesión fue firmado en París el 1 de julio (1784) y la cesión efectiva tuvo lugar el 7 de marzo de 1785. En el mes de septiembre San Bartolomé fue declarado puerto libre y en octubre del año siguiente fue cedido a una compañía formada para comerciar con las posesiones del Caribe y América del Norte. Así, al terminar la guerra había un nuevo país europeo con señorío en un territorio del Caribe.

Al quedar firmado el tratado de Versalles parecía que todo en el Caribe seguía igual que antes de comenzar la guerra. Pero la guerra había provocado cambios muy importantes; cambios en la situación económica de las metrópolis y de sectores de las poblaciones coloniales; cambios en la composición social de casi todos los territorios caribes; cambios en las ideas de las personas. Hubo un número apreciable de personas que se enriqueció haciendo el corso y el contrabando y cobrando a precio de oro lo que podía vender, pero también hubo mucha gente que murió de hambre. Algunos artículos llegaron a encarecerse cuatro veces, y en ocasiones se trataba de artículos de consumo para la gente más pobre. Se calcula que sólo en las islas inglesas murieron por falta de alimentación unos 18,000 esclavos. Las relaciones comerciales quedaron durante años prácticamente rotas, no sólo entre las colonias y las metrópolis, sino también entre las colonias que se vendían y se compraban entre sí. En el caso de las posesiones españolas, esto tuvo buenos resultados, porque entre 1777 y 1780 España dio a sus territorios una libertad comercial que las convirtió de hecho en provincias autónomas, con autorización para adquirir esclavos sin restricción alguna, y esta última medida iba a tener consecuencias trascendentales en la vida de los países españoles del Caribe, porque

con la importación libre de esclavos aumentó a niveles inesperados el poder económico de la aristocracia terrateniente de algunos lugares –por ejemplo, Venezuela–, lo que al cabo de treinta años se reflejaría en las luchas por la independencia, que fueron dirigidas por ese grupo social. Dada la organización económico-social de la región del Caribe, los mayores beneficios que proporcionaron los cambios fueron para los dueños de tierras y esclavos, pero los perjuicios causados por el encarecimiento de la vida y por las restricciones que provocó la guerra caían sobre las espaldas de los esclavos, los zambos, los pardos, los mulatos, los negros libres y los blancos pobres, que durante esos años estuvieron acumulando miseria y odios. La guerra hizo más agudas las contradicciones que llevaba en su seno la sociedad del Caribe, y pocos años después esas contradicciones, estimuladas por la Revolución francesa, iban a hacer estallar el barril de pólvora sobre el cual estaba asentado el régimen económico, social y político de los pueblos del Caribe.

Capítulo XV

La Revolución francesa y su proyección en el Caribe

Al firmarse en 1783 el tratado de Versalles debía haber en el Caribe una población esclava de 1'200,000 almas. Puede estimarse que en Haití había entonces unos 400,000, y como según cálculos de la época los esclavos de Haití representaban tres quintas partes de lo que había en todos los territorios antillanos de Francia, la totalidad de los esclavos de las posesiones francesas debía pasar de 600,000. Diez años antes (en 1774), en Jamaica, Antigua, Monserrate, Saint Kitts, Nevis y las Islas Vírgenes había mas de 280,000, de manera que agregando a esa cantidad los de Barbados, Dominica, Granada, San Vicente, Belice y la Mosquitia, los de las posesiones británicas debían pasar de 300,000. Quizá los de Venezuela, Colombia, Panamá, Puerto Rico y Santo Domingo no llegaban a 100,000; Cuba, que era la posesión española que tenía más esclavos, debía andar por los 60,000. En Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica– todo lo cual formaba, junto con El Salvador, el reino de Guatemala– había pocos, porque en esa zona la mano de obra servil era indígena. Los de las islas holandesas y danesas, y los de la, pequeña posesión sueca de San Bartolomé podían sumar unos pocos millares.

Al tratar los acontecimientos del siglo XVI dimos cuenta de las principales rebeliones de esclavos en esa centuria, y en verdad no fueron muchas; fueron menos frecuentes todavía en el siglo XVII, pero entre éstas hay que destacar la de Jamaica, provocada por la ocupación inglesa en 1655; una rebelión larga y dura, según explicamos en el capítulo IX. Al aumentar en el siglo XVIII el número de esclavos con la extensión de la producción de azúcar, algodón y otros renglones, los

alzamientos comenzaron a ser más frecuentes. En realidad, el siglo XVIII fue el siglo de las rebeliones de esclavos en el Caribe.

El número de esclavos aumentaba, no sólo porque se importaban más, sino porque nacían muchos hijos de ellos, y esos hijos, salvo una minoría que tenía la suerte de ser declarada libre, estaban también sometidos al régimen de la esclavitud. Un número importante de hijos de amos y esclavas, que desde luego eran mulatos, entraba en el grupo de los libres y con frecuencia heredaba el nombre y los bienes del padre pero eso sucedía sobre todo en los territorios españoles y franceses, porque en las dependencias inglesas un mulato equivalía a un negro: los dos eran "gentes de color", y nunca tendrían el derecho de vivir en la sociedad de los blancos.

Las rebeliones negras del siglo XVI podían considerarse una mera prolongación en tierras americanas de las luchas que se llevaban a cabo en África para capturar esclavos, pero las del siglo XVIII eran expresiones inequívocas de una lucha de clases limitada a los territorios de América; una lucha de clases de carácter muy violento que se hacía compleja debido a la serie de circunstancias que diferenciaban social, económica, física y culturalmente a los adversarios. Los esclavos eran obligados por la fuerza a trabajar en beneficio de sus amos, pero además ellos eran negros y sus amos blancos, ellos tenían conceptos culturales distintos a los de sus amos, ideas de la organización social diferentes a las de los blancos y hasta sentimientos y hábitos religiosos distintos. En todos los aspectos, pues, había razones para que los esclavos se rebelaran. Lo que sorprende es que no lo hicieran más a menudo y con más saña.Sería difícil hacer un recuento completo de los levantamientos negros del siglo XVIII. Algunos fueron cortos, pero violentos; en unos participaron pocos esclavos y en otros participaron muchos; en unos murieron pocos blancos y en otros murieron bastantes. Los principales ocurrieron en casi todos los territorios del Caribe. Los hubo en Haití en 1724; en Saint Kitts y Nevis en 1725; en Antigua en 1728; otra vez en Haití en 1730; en Saint John en 1733; de nuevo en Haití en 1734; y en Antigua en 1737; otro más en Haití en 1740; uno en Yare, Venezuela, en 1747, y en el mismo año hubo una seria conspiración de esclavos en Jamaica; tres años después, en 1750, una rebelión de ellos en Curazao y en 1754 otra en Jamaica.

En enero de 1758 fue quemado vivo en CapFrançais el legendario Macandal, que había organizado en el norte de Haití grupos de esclavos a los que proporcionaba veneno hecho por él mismo de yerbas del país para que se lo dieran a los amos en comidas y refrescos. Dos años después, en 1760, se produjo en Jamaica un levantamiento tan poderoso que costó la vida a unos 60 blancos y a más de 300 negros.

Los castigos a los esclavos sublevados eran habitualmente brutales, pues había que aterrorizar a los negros para que no se atrevieran a seguir el ejemplo de los que se alzaban. En el alzamiento de 1728 ocurrido en Antigua se quemó a tres cabecillas y se descuartizó a otros; el que tuvo lugar en Saint John en 1733, que costó la vida a 40 blancos, fue aplastado con ayuda de blancos ingleses de la vecina isla de Tórtola y sobre todo con la ayuda de una fuerza militar francesa enviada desde Martinica; y los esclavos ejecutados en Saint John fueron numerosos. En la sublevación que se produjo en Jamaica en 1760 se aplicaron métodos de represión repugnantes y 600 de los esclavos sospechosos de simpatías con los rebeldes fueron sacados de la isla y vendidos a los cortadores de madera de Belice.

Pero la represión no podía detener los levantamientos. La ola de rebeliones esclavas comenzó de nuevo hacia 1765, año en que hubo una importante en Jamaica y otra en la Mosquitia hondureña, así como un recrudecimiento de las actividades de los negros que se habían refugiado en el interior de la isla de Granada durante la guerra que había terminado en 1763. En los tres casos murieron muchos blancos, fueron destruidas muchas propiedades y la represión, como ya era costumbre, alcanzó altos niveles de brutalidad.

En 1769 hubo levantamientos en Jamaica y en 1770 los hubo en Saint Kitts. Ese mismo año de 1770 y en el de 1771 hubo rebeliones importantes en Tobago, que fueron reprimidas con lujo de violencias.

En 1772 hubo combates sangrientos entre los indios caribes de San Vicente y fuerzas inglesas, que tuvieron pérdidas fuertes. En 1773 se repitió la rebelión de la Mosquitia hondureña con muchas víctimas y alto número de esclavos ejecutados; en 1774 se levantaron otra vez los esclavos de Tobago y la represión fue calificada por círculos ingleses como innecesariamente bárbara. En 1775 se alzaron en guerra los in-

dios del Darién y mataron a los mineros de Pásiga; en 1776 hubo una fuerte sublevación negra en Jamaica.

En 1778 volvieron a levantarse en armas los indios del Darién bajo la jefatura del indio Bernardo Estola, pero en ese levantamiento hubo un ingrediente de política internacional, porque parece no haber duda de que fue estimulado por los ingleses, que proporcionaron armas, municiones y oficiales, estos últimos para servir de consejeros a Estola. El gobernador de Jamaica nombró al jefe indígena "general del Darién" y le envió de obsequio un uniforme de general, pero Estola tuvo que pactar con el gobierno español de Nueva Granada después que Inglaterra firmó con España el tratado de Versalles, aunque vino a hacerlo sólo en 1787.

El caso más interesante de las rebeliones negras de ese siglo XVIII fue el de los cimarrones del Bahoruco, un lugar montañoso situado en el sur de la frontera que dividía las colonias española y francesa de la isla de Santo Domingo. El Bahoruco fue el escenario de la prolongada rebelión del cacique Enriquillo, tratada en el capítulo VI de este libro. La formación de un campamento de negros cimarrones en el Bahoruco había comenzado en el año de 1702 y ese campamento había sobrevivido a todos los ataques que habían estado organizando y realizando las autoridades francesas cada cierto número de años. Los cimarrones del Bahoruco vinieron a hacer la paz con los franceses en 1785. En el momento del acuerdo el jefe de los negros cimarrones era un esclavo de la parte española llamado Santiago, pero la mayoría de sus hombres –125 de un total de 130– eran esclavos de amos franceses, y uno de ellos, que tenía ya 60 años cumplidos, había nacido y había vivido toda su vida entre cimarrones.

Ese mismo año de 1785 hubo una matanza de blancos hecha en Dominica por los negros cimarrones que habían sido armados por los franceses para que les ayudaran en su lucha contra los ingleses cuando la isla cayó en manos francesas en la guerra que había terminado en 1783. Para someter a esos esclavos rebeldes de Dominica hizo falta formar una fuerza británica especialmente adiestrada y la lucha duró todo un año, de manera que esa lucha tuvo todos los caracteres de una guerra en pequeño.

El rosario de alzamientos negros indicaba que en el Caribe había una situación perpetua de injusticia que podía dar lugar en cualquier

momento a una devastadora rebelión general, y cualquiera conmoción en Europa podía desatar esa rebelión. La conmoción fue la Revolución francesa, que sacudió el orden en las colonias de Francia en el Caribe en sus propias raíces y alcanzó los caracteres de un terremoto social de proporciones gigantescas.

Al principio las luchas desatadas en el Caribe por la Revolución se limitaron a los sectores más altos de las sociedades coloniales en Martinica y Haití, pero después las luchas pasaron a los niveles medios de la pirámide social y al final entraron en juego las masas esclavas, que eran las que ocupaban la base de esa pirámide. Ese proceso se cumplió en dos años. Al cabo de esos dos años el centro del terremoto se estableció en Haití, esa pequeña colonia de Francia, establecida en el oeste de la isla de Santo Domingo que había comenzado siendo en 1630 el asiento de los bucaneros y había pasado a ser luego el nidal de los piratas del Caribe; ese pequeño territorio que se había convertido en menos de medio siglo, según palabras de Adam Smith en su libro *La riqueza de las naciones,* en "la más importante de las colonias azucareras del Caribe". La Revolución francesa tuvo también efectos serios en Martinica, Tobago y Santa Lucía, y provocó levantamientos de esclavos en casi todas las islas británicas, en Curazao y en Venezuela, pero la magnitud de los sucesos de Haití ha hecho olvidar los de otros puntos del Caribe que fueron provocados por los acontecimientos de Francia.

Al entrar en ese trascendental momento de la historia del Caribe se hace necesario tener una idea, aunque sea somera, de la situación social de toda la región, pues sin conocer esa situación se haría difícil comprender cómo se movieron los sectores sociales en cada una de las etapas de la crisis desatada en el Caribe.

En primer lugar, debemos dividir los territorios de la región en grandes grupos: los de España formaban uno; los de Inglaterra, Holanda, Dinamarca y Suecia formaban otro; y otro los de Francia.

España seguía siendo un país socialmente atrasado en relación con sus competidores europeos, pero menos atrasado que antes de que el país pasara a ser gobernado por los reyes Borbones. En el siglo XVIII, y apoyada por los Borbones, España tenía ya una burguesía, y esa burguesía se hallaba en el poder político. Todavía era numérica-

mente débil y, como lo demostrarían los hechos unos 20 años después, era más débil que los sectores tradicionales que se hallaban situados en la raíz de la sociedad española. Como tenía que suceder, la composición social de España se reflejaba en sus territorios del Caribe en unas estructuras más atrasadas que las de la metrópoli. Los reyes Borbones, los hombres que gobernaban en Madrid y los funcionarios que esos hombres enviaban al Caribe eran más avanzados y progresistas que la gran nobleza terrateniente esclavista de Venezuela, Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico y que los de la América Central.

Las sociedades españolas en el Caribe vivían en un régimen de relaciones de producción y cambio en que abundaban más los aspectos precapitalistas que los capitalistas. Su producción era mucho más pobre que la de otros territorios europeos; su inversión de capitales, de baja a muy baja; su técnica de producción y transporte, atrasada; su comercio interior y exterior, limitado; y por último, su composición social respondía a esas líneas del panorama económico: en la cúspide estaban los funcionarios del rey, generalmente más avanzados que los propietarios criollos, y después estaban esos propietarios esclavistas, que formaban un círculo aislado, racista, que no se mezclaba ni con españoles ni con criollos blancos que no pertenecieran a su grupo; pero los criollos y españoles del comercio o propietarios medianos o miembros de la pequeña burguesía contaban con el respaldo y la simpatía de los funcionarios reales y a menudo ese respaldo y esa simpatía, alcanzaban a pardos y mestizos que tenían medios económicos. Las libertades comerciales acordadas durante el reinado de Carlos III a los territorios americanos y las medidas tomadas para liberar a gente del común, blancos, pardos mestizos, de la condición de plebeyos siempre que pudieran pagar las tasas establecidas para lograr esa liberación, contribuyeron a hacer más estrechas las relaciones de la corona española con esos grupos discriminados por los terratenientes esclavistas, y a la vez agriaron más las relaciones entre estos últimos y los funcionarios reales. Por último, como los métodos de producción eran más primitivos en los territorios españoles que en los de otros países del Caribe –salvo en el caso del azúcar–, el trabajo de los esclavos estaba menos sometido a los rigores de la disciplina.

En este panorama había diferencias; por ejemplo, la aristocracia terrateniente de Venezuela era más tradicionalista y tenía más ambiciones de poder político que los esclavistas de Cuba; en Costa Rica no había esclavitud de negros y prácticamente no la había de indios, pero esta última estaba muy generalizada en Guatemala y El Salvador; en Santo Domingo había una mayoría de población mestiza y casi la totalidad de los esclavos trabajaban en hatos y en la producción de víveres para el consumo local, lo que permitía un gran margen de libertad en sus movimientos.

Pero lo realmente importante era que, por encima de esas diferencias que hemos apuntado, los sectores sociales que se hallaban por debajo de la cúspide se sentían apoyados por el poder real, y eso le proporcionaba un alto grado de consistencia política al poder español en el Caribe. Esa consistencia política explica por qué las sublevaciones de esclavos ocurridas en el Caribe en el siglo XVIII fueron insignificantes en número y sin importancia militar o política en los territorios de España.

Suecia, Dinamarca y Holanda eran países de organización social francamente burguesa, aunque conservaran en su aspecto político las reliquias de otros tiempos, como reyes y cortes. Sus territorios del Caribe estaban manejados con métodos burgueses; eran empresas para acumular beneficios y evitar el mayor número de conflictos. Las rebeliones de esclavos en sus territorios fueron pocas, aunque la de Saint John, posesión danesa (1733), tuvo verdadera gravedad. Los tres países aprendieron temprano a resolver los problemas de los colonos y sus esclavos, al extremo que Dinamarca, adelantándose a todos los demás poderes europeos, estableció en 1792 que la esclavitud quedaba abolida en sus dominios en el plazo de diez años. Las posesiones de holandeses, daneses y suecos fueron dedicadas cada vez menos a producir azúcar y algodón, y cada vez más a la actividad comercial. Por otra parte, sus territorios en el Caribe eran pequeños y el número de esclavos empleados en ellos no podía pasar de unos pocos millares.

Inglaterra era también un país de organización económica burguesa, pero hábilmente mezclada con una organización social que preservaba las jerarquías del antiguo orden de cosas adaptadas al nuevo. Inglaterra tenía el segundo lugar del Caribe como productora de

azúcar, algodón y otros artículos tropicales, y también el segundo lugar en cuanto al número de esclavos que trabajaban en sus posesiones, y esos esclavos eran tratados con un régimen de disciplina tan estricto que fue en las posesiones inglesas donde hubo más sublevaciones negras en el siglo XVIII. Ahora bien, el orden social en las colonias inglesas del Caribe era lo suficientemente flexible para que todos los blancos, fueran grandes, medianos o pequeños propietarios, artesanos o funcionarios del rey, se sintieran solidarios y partes de un solo bloque; a eso contribuía la existencia de las asambleas de cada territorio, que les proporcionaba a todos los blancos la ilusión de libertad política.

A su vez, la gente de color, fueran negros esclavos o libres, fueran mulatos propietarios o artesanos, formaban un bloque diferente. En las dependencias británicas no había, pues, pirámide política, con una minoría en la cúspide y varios estratos, cada vez más amplios, por debajo de ella. Esa pirámide existía sólo en el aspecto económico, pero estaba muy bien disimulada en el aspecto político. Políticamente había un cubo blanco sobre uno negro, y los que formaban el cubo blanco –funcionarios reales, propietarios, comerciantes, pequeña burguesía, artesanos, todos ellos blancos– se las arreglaban para mantener dividido al cubo negro, de manera que cuando había rebeliones de esclavos hallaban siempre grupos negros a los que mandaban a combatir a los sublevados. Hasta los cimarrones, que estuvieron luchando contra los ingleses de 1655 a 1740, fueron usados después para aplastar levantamientos de esclavos.

La situación más compleja era la de los territorios franceses. Se parecía a la española, pero sólo superficialmente. En las posesiones de Francia los blancos estaban divididos como en las de España; había los grandes blancos y los blancos pequeños, esto es, los grandes propietarios y comerciantes y los propietarios y comerciantes medianos y pequeños, y los que pertenecían a los dos últimos sectores odiaban a muerte a los "grandes blancos" debido a que éstos habían ido obteniendo del favor del rey numerosos privilegios sociales que se les negaron a los *petit blancs*. Pero a diferencia de lo que ocurría en las dependencias españolas, los grandes blancos de los territorios franceses eran miembros de una burguesía colonial avanzadísima, aunque muchos de ellos fueran al mismo tiempo aristócratas. En Haití, en Guadalupe, en

Martinica, los grandes propietarios disponían de abundantes capitales de inversión que obtenían en Francia y disponían también de créditos altos que les proporcionaban los comerciantes de Brest, Burdeos y Nantes como anticipos de las zafras y las cosechas; tenían una alta técnica de producción y de mercadeo; vivían lujosamente con casas en las plantaciones y en las ciudades; llevaban peluqueros, cocineros y sastres de Francia; disfrutaban de una activa vida social, con teatros, asociaciones culturales y literarias; viajaban a menudo a Francia, donde algunos pasaban vacaciones cada año y otros se retiraban a vivir de sus rentas. El rey y los funcionarios no les negaban ninguna petición a los grandes blancos, de manera que su situación frente al poder real era diferente a la de sus congéneres de los territorios españoles.

Pero también era diferente la situación de los mulatos –llamados en Haití *affranchís*– en los territorios franceses y en los españoles. En los últimos, los mestizos contaban con la simpatía, y el respaldo de la corona y sus funcionarios locales; en los de Francia, los mulatos no podían ni siquiera ejercer profesiones u oficios de los llamados liberales; desde 1771 se les había prohibido tener la categoría de ciudadanos del reino, aunque fueran propietarios más grandes que los grandes blancos, y en 1778 se prohibió el matrimonio entre blancos y los criollos que tuvieran ascendencia negra en cualquier grado. Estas últimas disposiciones del gobierno francés establecían una barrera insalvable entre blancos y gentes de color, de manera que los pequeños blancos despreciaban a los mulatos ricos tanto como los despreciaban los funcionarios del rey y los grandes blancos.

Esa situación de discriminación de los mulatos era especialmente peligrosa en Haití porque ellos eran los dueños de la tercera parte de la riqueza haitiana y de la cuarta parte de los esclavos; entre esos mulatos había algunos tan ricos como el más rico de los grandes blancos; había muchos cultos y refinados, que se habían educado en Francia y tenían allí amigos, y resultaba que en Francia no eran víctimas de esa discriminación a que los sometían en su propia tierra. Haití estaba dividida en tres provincias o departamentos; el del norte, con su capital en Cap-Français; el del oeste, con su capital en Port-au-Prince, que era a la vez la capital de la colonia, y el del sur, con su capital en Les Cayes. Los mulatos más ricos y de más prestigio abundaban más en la

parte central del departamento del oeste y en el departamento del sur, pero había también mulatos ricos y prestigiosos en el del norte.

Ateniéndonos sólo a lo que podríamos llamar los estratos superiores de la pirámide social de Haití, resultaba que en esos estratos había suficientes elementos explosivos. Algo parecido sucedía en Martinica, Guadalupe y Santa Lucía; pero en estas Antillas el peligro se aminoraba porque no tenían una población esclava tan numerosa como la de Haití. La asombrosa cantidad de esclavos de Haití puede estimarse por estas cifras: desde 1785 hasta 1789 habían entrado a Haití más de 150,000 esclavos llevados desde África, mientras que los introducidos durante ese mismo tiempo en las demás Antillas francesas no alcanzaba a 50,000.

Ahora bien, la explotación de los territorios franceses del Caribe se hacía mediante el uso de la técnica más alta conocida en la época, lo que suponía un duro régimen de disciplina para los esclavos usados en esa explotación. La burguesía colonial francesa usaba métodos capitalistas implacables y las cuadrillas de esclavos tenían que funcionar con la precisión con que funcionan hoy las máquinas. Por otra parte, las privaciones de artículos tropicales a que se vio sometida Europa en la guerra que terminó en 1783 determinó una avidez tan grande de esos productos que después de la guerra los negocios de las colonias francesas prosperaban velozmente, y eso puede advertirse en el alto número de esclavos introducidos en Haití de 1785 a 1789. Había que aumentar la producción año tras año para poder suplir la demanda de Europa y de América del Norte. Esa aceleración en la producción, que exigía un aumento en la productividad de cada esclavo, produjo en las colonias francesas del Caribe un fenómeno digno de la mayor atención, y fue la conjunción en el orden social y económico de los factores más radicales y a la vez más opuestos: la de los métodos más avanzados del capitalismo, hasta ese momento, y el sistema social más atrasado, también hasta ese momento, que era la esclavitud. Lógicamente, eso determinaba un estado de tensión llamado a hacer crisis ante cualquier acontecimiento que rompiera el equilibrio existente. La menor ruptura en el orden que mantenía funcionando el sistema provocaría una catástrofe social y política; y el acontecimiento iba a ser la Revolución francesa.

En el primer momento la Revolución profundizó las divisiones que había en los estratos superiores de las sociedades francesas del Caribe, pero no conmovió a las masas esclavas, que eran las bases del sistema. Como era lógico, las autoridades del rey en el Caribe se opusieron a la Revolución, pero los grandes blancos y los grandes comerciantes estaban dispuestos a apoyarla a cambio de que se les dieran libertades para vender y comprar en cualquier país y de usar barcos de cualquier bandera para exportar e importar, y a fin de defender esas pretensiones enviaron representantes a la Asamblea Constituyente de París. Lo que no podían admitir los grandes blancos era que se desconocieran sus privilegios sociales o que se admitiera a los mulatos y a los pequeños blancos en posiciones de mando en las colonias. Los pequeños blancos apoyaban también la Revolución porque creían que con ella iban a mejorar su estado social y a igualarse con los grandes blancos, pero tampoco hubieran admitido que se les concedieran a los mulatos derechos de ciudadanos. Los mulatos, algunos de los cuales se hallaban en París al empezar la Revolución y otros se apresuraron a ir allá, apoyaban la Revolución a cambio de que se les reconocieran derechos iguales que a los blancos, y para hacer presión sobre la Asamblea Constituyente contaban en París con la influyente sociedad de Amigos de los Negros, nombre que en realidad quería decir amigos de los mulatos, no de los esclavos. Ahora bien, ni las autoridades reales de Haití que se oponían a la Revolución, ni los *grands blancs* ni los *petit-blancs*, ni los mulatos o *affranchís* pensaban en las masas esclavas. Esas estaban al margen de todos los conflictos y así debían seguir.

Las colonias del Caribe influían mucho en la vida económica y política de Francia, pues sucedía que no sólo vivían en la metrópoli muchos de los colonos retirados y las familias de otros que permanecían en Haití, Martinica, Guadalupe, Santa Lucía o Tobago, sino que había en París, en Brest, en el Havre, en Burdeos, grupos poderosos de comerciantes de productos antillanos, de personas que tenían invertidos capitales en los negocios del Caribe, de armadores de buques que hacían la carrera entre las islas y Francia, de funcionarios dedicados a la administración de las colonias. Sometida a presiones de todos esos grupos, la Asamblea Constituyente vaciló a la hora de tratar el problema de las colonias y no se atrevió a tomar ninguna determinación para

organizarlas; dejó la solución de los problemas de las Antillas en manos de los colonos y, como era lógico, los sectores de esos colonos que disfrutaban de privilegios económicos y sociales no iban a renunciar a ellos en favor de otros sectores. Así, las contradicciones que había en los estratos más altos de la pirámide social de las Antillas francesas iban a agudizarse a tales extremos que no podrían ser resueltos pacíficamente. La Revolución de Francia iba pues a provocar la de sus colonias en el Caribe.

Aunque las luchas entre esos sectores de los estratos superiores comenzaron a un tiempo en Haití y en Martinica, la violencia se desató en Martinica antes que en Haití debido a que en Martinica había una situación de tirantez extrema entre los grandes propietarios y los comerciantes de Saint-Pierre, una ciudad que se hallaba en el noroeste de la isla, al pie de Mount-Pelée. Incidentalmente, debemos recordar que Saint-Pierre fue destruida a causa de la erupción del MountPelée, volcán que hasta ese momento parecía apagado, ocurrida en mayo de 1902; la población, de 29,000 personas, murió instantáneamente, con la excepción de dos hombres.

SaintPierre era una ciudad comercial; allí tenían sus agencias los comerciantes de Burdeos, de Brest, de Nantes, que compraban los productos de Martinica, y los propietarios de la isla acusaban a esos intermediarios de Saint-Pierre de explotarlos en complicidad con las autoridades de la isla. El movimiento revolucionario de Martinica comenzó, pues, por una acción colectiva de los grandes propietarios blancos contra los comerciantes y las autoridades de Saint-Pierre, y para contar con la fuerza necesaria para la empresa armaron a los esclavos y dieron a varios mulatos puestos de mando sobre esas improvisadas milicias negras. Puede decirse, hablando en términos de hoy, que los grandes blancos de Martinica formaron un frente unido de liberación, y con esa fuerza dominaron rápidamente la situación. Pero sucedió que tan pronto se vieron adueñados del poder comenzaron a dudar de sus aliados mulatos. Los pequeños blancos, sobre todo, no podían tolerar la idea de ver a los mulatos con puestos de mando, y un incidente que en otra ocasión no habría tenido importancia vino a precipitar la lucha entre blancos y mulatos. Con motivo de una ceremonia pública el gobernador le dio un “abrazo fraternal” a un jefe mulato de milicias. El

gobernador quería simbolizar con ese gesto la unión de todos los martiniqueños, pero los blancos lo tomaron como una afrenta y las tensiones provocadas por la lucha de clases hicieron saltar la tapa de la falsa fraternidad.

Así, al comenzar el mes de junio de 1790 –el día 3, para mayor precisión–, los blancos se lanzaron a matar mulatos en SaintPierre; dieron muerte a catorce y arrestaron a varios centenares, a lo que respondieron los mulatos del interior marchando sobre la ciudad, que tuvo que rendirse a mediados de agosto. Casi todos los comerciantes blancos de Saint-Pierre fueron encadenados, metidos en las bodegas de dos barcos que había en el puerto y enviados a Francia. El estado de insurrección se generalizó por la isla; los soldados de Saint-Pierre y de FortRoyal se rebelaron contra sus oficiales; los esclavos que habían sido armados por sus amos para luchar contra los comerciantes comenzaron a actuar por su cuenta, a destruir propiedades, a pillar y a matar blancos.

Es probable que la llegada a París de las noticias de Martinica provocara la decisión de volver a Haití que tomaron Vincent Ogé y su amigo Fleury, dos mulatos ricos de Haití que representaban en París a grandes propietarios mulatos y trabajaban en la capital francesa con la sociedad de los Amigos de los Negros. Los grandes blancos de Haití habían prohibido que Ogé y Fleury volvieran a Haití, pero ellos decidieron volver. Fleury embarcó directamente por Burdeos hacia la colonia y Ogé se fue a Inglaterra, de ahí pasó a Estados Unidos, donde compró armas y municiones, y llegó a Cap Français el 21 de octubre (1790). A él le iba a tocar iniciar la lucha armada contra los grandes blancos de Haití.

En el tiempo que había transcurrido entre el inicio de la Revolución francesa y el retorno de Ogé a Haití, la colonia había vivido en un estado de intensa agitación. Los departamentos de Haití estaban divididos en *quartiers* –los del norte– y en cantones –los del oeste y el sur– y, a la vez, *quartiers* y cantones estaban divididos en parroquias. Había habido elecciones para formar asambleas parroquiales, pero los grandes blancos no permitieron que los mulatos fueran candidatos porque eso hubiera equivalido a concederles derechos ciudadanos y con esos derechos habrían podido participar también como candidatos a las

Asambleas de departamentos y a la Asamblea general de la colonia. En el departamento del norte, que era el que hoy calificaríamos de más desarrollado –pues en él estaba concentrada la mayor parte de los ingenios de azúcar y las fábricas de ron–, los grandes blancos habían logrado el apoyo de los dos regimientos militares de la región y habían redactado los reglamentos electorales, de tal manera que para ser candidato a un puesto en la Asamblea departamental había que ser propietario de más de 20 esclavos, de manera que los pequeños blancos no tuvieron oportunidad de ser elegidos, y como los candidatos tenían que ser escogidos sólo entre los miembros de las asambleas parroquiales y ningún mulato podía ser miembro de ellas, resultó que la Asamblea departamental estuvo compuesta únicamente por grandes blancos. El líder de los grandes blancos del norte fue Bacon de La Chevalerie, un realista furibundo, hombre enérgico y de mucha influencia entre los grandes blancos de todo el país. A través de Bacon de La Chevalerie los grandes blancos del norte consiguieron que los propietarios blancos de los departamentos del sur y del oeste reconocieran a la Asamblea General de la Parte Francesa de Santo Domingo, con lo cual quedaba convertida en la única representación legal de Haití ante el gobierno francés.

Apoyada en lo que sus miembros llamaban la legalidad de su origen, la Asamblea General de la Parte Francesa de Santo Domingo –que iba a ser conocida con el nombre de Asamblea de Saint-Marc debido a que su asiento fue la ciudad de ese nombre, en la costa del oeste– rehusó adoptar los reglamentos establecidos por la Asamblea Constituyente para las asambleas coloniales. Los grandes blancos de Haití habían tomado efectivamente el mando de la colonia y no aceptaban que nadie, ni aun la más alta autoridad de Francia, disminuyera su posición de poder colonial. Los mulatos de Haití, por muy ricos que fueran, no tenían posibilidad alguna de entenderse con esos hombres.

Para justificar su actitud, los grandes blancos del norte se presentaron como fervientes autonomistas. “Somos aliados de Francia, pero no su propiedad”, pasó a ser su lema, y con esa posición se llamaban a sí mismos más revolucionarios que todo el resto de los habitantes de Haití, y a fin de que se les tomara por revolucionarios adoptaron el uso

de una borla roja que se colgaban en el pecho. Por eso se les conoció con el mote de los *pompons rouge*.

Aquí hay que detenerse a observar este aspecto, sumamente importante, del movimiento que estaba produciéndose en la antigua colonia de SaintDomingue, porque ese mismo aspecto se daría en la rebelión de España contra Napoleón y en la de los territorios españoles de América contra España, todo lo cual sucedería unos 20 años después. Los *pompons rouges* de Haití proclamaban algo muy cercano a la independencia de la colonia, así como los grandes terratenientes esclavistas de los territorios españoles de América encabezarían la lucha por la independencia y la nobleza terrateniente, sacerdotal y funcionaria de España lucharía contra el gobierno burgués de José Bonaparte. En este último caso la situación fue bastante más complicada, como hemos dicho en el capítulo anterior y como explicaremos con más detalles en su oportunidad, pero en el fondo del problema había valores muy parecidos a los que jugaron un papel decisivo en los otros. La razón de esas actitudes similares de los *pompons rouges* de Haití, de los latifundistas y esclavistas de los países americanos y de los grupos tradicionales de España era que la Revolución francesa estaba siendo hecha por la burguesía, una clase nueva en el campo político, una clase que era en ese momento la más avanzada de Europa, y se temían las medidas que podía tomar; se temía la posibilidad de que aboliera la esclavitud, que limitara el tamaño de las propiedades agrícolas, que desconociera la autoridad de los funcionarios públicos o redujera el papel de los sacerdotes a funciones meramente religiosas.

Frente al partido de las borlas rojas o *pompons rouges* se formó el de las borlas blancas o *pompons blancs*. En éste tomaban parte las nuevas autoridades coloniales y los pequeños blancos propietarios, comerciantes, artesanos y burócratas. Su programa podía resumirse en pocas palabras: mantener la colonia unida a Francia y bajo su autoridad, adoptar medidas de reformas en Haití, dentro de los límites fijados por la Asamblea constituyente de París, pero sin concederles derechos de ciudadanía a los mulatos y, desde luego, participación de los pequeños blancos en la Asamblea General de la Parte Francesa de Saint Domingue. Los borlas rojas acusaban a los borlas blancas de ser reaccionarios, partidarios de la sumisión al gobierno francés, pero tal vez

debido a esa acusación los *pompons blancs* se ganaron las simpatías de algunas de las guarniciones militares.

Todo lo que hemos dicho no sucedió como aparece en este libro. Hubo muchas luchas y muy enconadas entre borlas rojas y borlas blancas; hubo atropellos, acusaciones, violencias, sospechas, y esa situación iba a hacer crisis al comenzar el mes de agosto de 1790. En la rada de Saint-Marc había un navío llamado *El Leopardo,* y algunos borlas rojas opinaron que debía ser usado como el primero de una fuerza naval que debían tener a su disposición para hacer frente a las emergencias que podían presentarse. Quizá para evitar complicaciones, el gobernador de la colonia ordenó que *El Leopardo* zarpara hacia Francia para llevar una relación de lo que estaba pasando en Haití, y fijó la fecha de la salida para el 27 de julio. Pero los borlas rojas se opusieron y *El Leopardo* no pudo zarpar. A partir de ese momento los *pompons rouges* iban a ser conocidos como los leopardinos. El gobernador toleró ese desacato y los leopardinos consideraron que la autoridad colonial no se atrevía a actuar contra ellos. Unos días después, el 4 de agosto, debía celebrarse la ceremonia de adopción de la escarapela tricolor, que había sido adoptada por la Asamblea constituyente de París. Cuando el intendente real, Barbé de Marbois, anunció los actos, los borlas rojas organizaron una serie de desórdenes que provocaron la fuga de Marbois, y ante ese estado de cosas el gobernador declaró la Asamblea de Saint Marc fuera de la ley y ordenó su disolución por la fuerza.

Fuerzas militares de CapFrançais, comandadas por los coroneles Mauduit y Vincent, se trasladaron a Saint Marc y disolvieron la Asamblea. Eso sucedió el día 8 de agosto. Hubo luchas con muertos y heridos, pero los *pompons rouges* fueron dispersados y una parte de ellos huyó hacia Francia a bordo de *El Leopardo.* El poder de los borlas rojas quedó aniquilado.

Pero aunque su poder político quedara aniquilado, no por eso iban los blancos, fueran grandes o fueran pequeños, a ceder en su oposición a los mulatos. Algunos de éstos habían tomado parte en la lucha de Saint Marc, lo que indignó a los blancos de Cap Français que respondieron a ese atrevimiento de los mulatos de Saint Marc atacando a los mulatos del Cabo. Los desórdenes fueron masivos, con asaltos y pilla-

je a las casas de los mulatos ricos y hasta con el linchamiento de un gentilhombre francés acusado de simpatizar con los mulatos. La Asamblea parroquial de Cap-Français había apoyado al gobernador en su decisión de disolver la Asamblea de Saint Marc y esa Asamblea parroquial era la primera autoridad de la ciudad; sin embargo, ni ella en conjunto ni ninguno de sus miembros hicieron nada para evitar los desórdenes, lo que indica cuál era la atmósfera política para los mulatos y qué poco podría hacer en esa región Vincent Ogé, que desembarcó el 21 de octubre (1790) en Cap Français con armas y municiones para producir una insurrección mulata.

Los planes de Ogé estaban respaldados en Haití por una especie de organización que estaba a cargo de su hermano Jacques, Jean Baptiste Chavannes –un mulato con experiencia militar porque había participado en la guerra de independencia de los Estados Unidos– y algunos otros mulatos distinguidos. Los miembros del grupo esperaban que su levantamiento sería respondido por mulatos del oeste y del sur. Los fines del movimiento eran forzar a los blancos grandes y pequeños a reconocer el derecho de los mulatos a participar en el gobierno de la colonia; ninguno de ellos pensaba en una revolución, en la libertad de los esclavos o en separar la colonia de Francia. Pero el caso es que al producirse la rebelión hubo muertos blancos, destrucción y pillaje de algunas propiedades de blancos, lo que produjo la consiguiente reacción de los blancos de CapFrançais, que se lanzaron a la lucha y dispersaron fácilmente a los rebeldes.

El levantamiento de Ogé provocó la destitución del gobernador, a quien los blancos acusaban de débil y complaciente con los mulatos porque se oponía a liquidar sangrientamente a los rebeldes; le sucedió su lugarteniente, el general de Blanchelande, conocido partidario de los grandes blancos. De Blanchelande desató la bestia del terror y con ello abrió las puertas a la formidable revolución que se estaba incubando en Haití.

Vincent Ogé y Chavannes habían logrado cruzar la frontera hacia la parte española de la isla, pero De Blanchelande reclamó su entrega basándose en un acuerdo de los gobiernos francés y español que se había celebrado en 1779; según los términos de ese acuerdo los autores de delitos criminales o contra el Estado que se refugiaran en el territorio vecino debían ser entregados a las autoridades del territorio donde

se había cometido el delito o de donde se habían fugado, si se trataba de esclavos prófugos. Ogé y Chavannes, acusados de criminales de Estado, fueron entregados a De Blanchelande por las autoridades españolas, y precisamente en el peor momento, cuando más exaltados estaban los ánimos de los blancos franceses, cuando estaban ejecutándose condenas a muerte por centenares y los mulatos llenaban las cárceles o huían a esconderse en las selvas. Vincent Ogé, su hermano Jacques y Jean Baptiste Chavannes fueron condenados al tormento de la rueda y 22 de sus compañeros murieron en la horca. La sentencia se ejecutó el 21 de febrero de 1791.

Al mismo tiempo que Ogé y sus compañeros se refugiaban, derrotados, en la parte española de la isla, los mulatos de Martinica perdían su lucha contra los blancos, que habían recuperado Saint-Pierre y habían dado muerte a más de 100 mulatos; en Tobago se amotinaba la guarnición y en Guadalupe y Santa Lucía se organizaban rápidamente milicias voluntarias de blancos que acudían a tomar parte en el aplastamiento de los movimientos de Martinica y Tobago.

El estado de agitación y desórdenes de Martinica se complicó debido a que los esclavos, a quienes sus amos habían armado para defenderse de los comerciantes de Saint-Pierre, primero, y de los mulatos después, actuaban por su cuenta; asaltaban, saqueaban, destruían, mataban, y muchos blancos huían hacia Fort-Royal, donde se sentían más seguros, mientras otros embarcaban hacia las islas españolas, donde prevalecía la paz. En Dominica, que a pesar de ser posesión inglesa tenía muchos habitantes franceses, se producían también desórdenes que anunciaban días difíciles.

Al finalizar el mes de noviembre de 1790 parecía liquidada en todos los territorios franceses del Caribe la lucha de los propietarios mulatos por la conquista de sus derechos ciudadanos y sociales, pero hubiera sido un error creer que esa lucha había sido ganada por los blancos, fueran los grandes o fueran los pequeños. Al final, blancos y mulatos iban a perderla por igual; la perderían cuando sus diferencias provocaran la intervención de las grandes masas esclavas, y éstas iban a intervenir para resolver el problema a favor suyo, no de mulatos ni de blancos. Por lo menos, así sucedería en Haití.

De todos modos, el movimiento de los hermanos Ogé y de Chavannes, aun fracasado y aplastado con tanta crueldad, iba a tener repercusiones en otros puntos de Haití. Los mulatos de Artibonite y del departamento del sur se prepararon para emprender la lucha por los mismos principios que habían costado la vida a los hermanos Ogé y a tantos otros, y al tener noticias de esos preparativos, se despachó hacia los puntos señalados al coronel Mauduit, el mismo hombre que había disuelto con sus tropas la Asamblea de Saint-Marc en el mes de agosto. El jefe del levantamiento organizado en el departamento sur era André Rigaud, un gran propietario mulato, culto y refinado, que tenía mucho prestigio en la región. Mauduit detuvo a Rigaud y a un grupo numeroso de sus seguidores antes de que se produjera ningún combate y los envió por mar a Port-au-Prince; de haberlos despachado a CapFrançais todos hubieran corrido la suerte de Ogé y de sus compañeros, tal era el estado de excitación que había en la capital del departamento del norte.

Ahora bien, PortauPrince era la capital de la colonia y por tanto, como hemos dicho, el asiento del gobernador De Blanchelande, una figura vinculada a los ojos de la gente del pueblo con los odiados leopardinos, responsables de los excesos brutales ejercidos en Cap Français contra los mulatos que actuaron bajo el mando de Ogé; a De Blanchelande se le veía como el representante del orden de cosas que había sido derribado en Francia, como la encarnación de los enemigos de la Revolución y, por último, mantenía preso a André Rigaud, un mulato de prestigio, culto y refinado, que era bien visto por la población mulata y negra libre de Port-au-Prince. En la ciudad había un clima de agitación que no presagiaba nada bueno. Ese clima se agravó cuando los pequeños blancos dieron muerte a algunos miembros de la milicia mulata y cuando aparecieron en la rada de la ciudad dos navíos británicos, que según el rumor callejero habían sido llamados por los blancos para aplastar cualquier movimiento mulato. PortauPrince, pues, estaba lista para un estallido revolucionario.

El estallido se produjo cuando llegaron al puerto dos regimientos enviados de Francia, el de Artois y el de Normandie. De Blanchelande dio órdenes de que no desembarcara ningún hombre y los soldados se amotinaron, exigiendo ir a tierra. A los primeros signos de que la au-

toridad de De Blanchelande estaba en quiebra, los habitantes de los barrios de PortauPrince se lanzaron a la calle. El coronel Mauduit fue muerto y despedazado por la multitud; los soldados recién llegados fraternizaban con el pueblo; los grandes y los pequeños blancos huían, y huyó también De Blanchelande, que fue a refugiarse a Cap Français. Puestos en libertad por el pueblo, Rigaud y sus compañeros volvieron a Les Cayes y el 7 de agosto se reunieron con otros mulatos, grandes propietarios en Mirebalais, bajo la presidencia de uno de ellos, Pinchinat. En esa reunión los mulatos ricos acordaron formar una especie de federación, eligieron un comité ejecutivo y le encomendaron la misión de luchar para que se pusiera en efecto en Haití el decreto de la Asamblea Constituyente de París, expedido el 15 de mayo (1791), en virtud del cual los hombres de color quedaban libres a la segunda generación. Inmediatamente, los líderes de la reunión de Mirebalais –Rigaud, Chanlatte, Bauvais, Pinchinat, Petion– comenzaron a organizar una base de operaciones en la propiedad de uno de ellos en el valle de Cul de Sac, un punto fuerte desde el cual podían lanzarse a la lucha armada en caso necesario, y despacharon agentes a todos los lugares de Haití donde había grupos importantes de mulatos ricos. Como puede verse, la lucha iba a estallar de nuevo entre los dos grupos que estaban en un mismo nivel en la pirámide económica –puesto que había mulatos tan grandes propietarios como los más grandes propietarios blancos– y sin embargo no se hallaban en el mismo nivel en la pirámide social, porque en el aspecto social, a los mulatos les correspondía un nivel más bajo que a los pequeños blancos. Ahora bien, el decreto del 15 de mayo se refería a los derechos de la "gente de color", y "gente de color" quería decir mestizos, *affranchís*, no negros, y mucho menos negros esclavos. La Asamblea Constituyente no había dedicado un solo pensamiento a los esclavos; tampoco se lo dedicaron nunca los grandes blancos ni los pequeños blancos, y los conjurados de Mirebalais no pensaban en ellos. Pero ellos, los realmente oprimidos, iban a pensar en sí mismos. Una semana después de la reunión de Mirebalais comenzaba la rebelión de los esclavos de Haití.

Como sucede tan a menudo en los acontecimientos de categoría histórica, quien los desata es alguien desconocido. Es probable que ni siquiera su amo, Sebastíen-François-Ange le Normand de Mézy, cono-

ciera a Bouckman, capataz de cuadrillas de esclavos en el ingenio azucarero de Limbé. Le Normand de Mézy era un *grand blanc,* personaje de gran prestigio en la colonia, que había tenido posiciones altísimas como funcionario público hasta llegar al cargo de adjunto del secretario de Estado de la Marina. Tenía dos grandes propiedades, una en el cantón de MourneRouge y otra en Limbé, situadas a corta distancia al sudoeste de la ciudad del Cabo. Fue en los molinos de caña de Limbé donde perdió su brazo derecho el legendario Macandal, quemado vivo en Cap-Français 33 antes del levantamiento de Bouckman, y es probable que el hecho de que él fuera capataz de cuadrilla en el mismo sitio donde Macandal inició su carrera de cimarrón tuviera alguna influencia en el alma rebelde de Bouckman, pues la dotación de Limbé y de las propiedades vecinas debían mantener vivo, a través de comentarios constantes, el recuerdo de aquel personaje de leyenda que se había convertido en un ídolo para los esclavos de toda la región del Cabo. Los grandes propietarios de Haití no se relacionaban con sus esclavos; para eso tenían sus administradores, también franceses, Salvo quizá el administrador de Limbé y algunos de sus ayudantes, es probable que ningún blanco importante supiera quién era Bouckman, ese esclavo de nombre inglés, tal vez comprado en una antilla inglesa o capturado a bordo de algún barco inglés por uno de los tantos corsarios que pululaban en el Caribe.

Se dice que Bouckman era jefe de ceremonias *vaudoux* y que inició la rebelión de los esclavos con una de esas ceremonias que tuvo lugar en el bosque del Caimán, en la propiedad de su amo. Eso sucedió en la noche del 14 de agosto de 1791. El primer establecimiento atacado fue el de Le Normand de Mézy. Al amanecer estaban levantados los esclavos de toda la zona, los de Acul y la Petit-Anse, los de Dondon y la Marmelade, los de Plaine du Nord y la Grande Riviere. La rebelión era total; ardían los cañaverales y los cafetales, las lujosas casas de vivienda, los edificios de las fábricas de azúcar y de ron, las cuarterías de los esclavos. Los amos, sus mujeres y sus hijos eran muertos a golpes de machete y quemados en las hogueras de sus propias casas.

La rebelión, que había estallado al oeste de Cap Français, se extendió inmediatamente al sur y al este, a Trou, la Limonade, el Quartier Morin, de manera que una semana después del levantamiento de Bouc-

kman, Cap Français estaba cercada por millares de esclavos enfurecidos, que destruían todo lo que hallaban a su paso.

Encerrado en la ciudad del Cabo, De Blanchelande se dedicó a organizar fuerzas y el día 24 de agosto enviaba solicitudes urgentes y desesperadas a las autoridades españolas de Santo Domingo, a las inglesas de Jamaica y a las de Estados Unidos "para que en nombre de la humanidad y de sus propios intereses envíen socorros fraternales". La mención de la humanidad sobraba, pero la "de sus propios intereses" era oportuna. Estados Unidos se apresuró a enviar armas y municiones, y en el mes de diciembre George Washington escribía estas palabras: "¡Qué lamentable es ver tal espíritu de revuelta entre los negros!". Y efectivamente era lamentable, porque esos negros de Haití dejaban lo mejor de su vida en los ingenios para que Estados Unidos fuera suplidos de azúcar y ron a cambio de la harina y el pescado seco de Norteamérica con que los amos blancos les daban de comer.

En Cap Français había una actividad febril, estimulada por el espectáculo que se alcanzaba a ver desde la ciudad: las llamas y el humo de las hermosas propiedades vecinas alzándose hacia el claro cielo del verano, las filas interminables de esclavos que llegaban de todas partes a ocupar el lugar de los que caían. Las autoridades formaron tres batallones de milicias, en los cuales pidieron participar los mulatos ricos, lo que se explica porque varios de ellos eran dueños de algunas de las propiedades que ardían y de muchos de esos esclavos que estaban sitiando Cap Français, y además porque todavía, a pesar de todo lo que había sucedido, confiaban en llegar a un entendimiento con los blancos. Se pidió ayuda a Martinica se decretó el embargo de todos los buques que hubiera en el puerto y se ordenó que la marinería se uniera a las fuerzas que defendían la ciudad.

En esos momentos, al finalizar el mes de agosto, una milicia blanca procedente de Port-au-Prince era derrotada en Nerette por los confederados mulatos que se hallaban bajo el mando de Bauvais y Lambert. Las autoridades de Port-au-Prince respondieron despachando en el acto una fuerza de 500 hombres, con seis piezas de artillería, con órdenes de batir a los mulatos, pero esas fuerzas fueron derrotadas ignominiosamente la noche del 1 de septiembre; dejaron abandonados sus muertos, sus heridos y sus cañones y huyeron a Port-au-Prince. Aterro-

rizados por ese fracaso, los blancos de Port-au-Prince resolvieron pactar con los mulatos del sur; y no podían hacer otra cosa puesto que los esclavos del norte tenían sitiado Cap Français. Pero los mulatos del sur deseaban vivamente ese pacto, puesto que la sublevación de los esclavos era tan peligrosa para ellos, propietarios de esclavos, como lo era para esos blancos a los que ellos habían derrotado.

El tratado definitivo de blancos y mulatos se firmó en Damien, a fines de octubre, y esa firma se celebró de manera tan solemne que hubo Te Deum en acción de gracias, banquetes copiosos, desfiles "patrióticos". La guardia nacional de Port-au-Prince y los hombres de las milicias mulatas desfilaron a banderas desplegadas; al frente iban, abrazados, el comandante de la guardia nacional, un *grand blanc,* y el mulato Bauvais, jefe de los vencedores del 1 de septiembre; detrás iban parejas de jefes formadas por uno blanco y otro mulato, todos con ramas de laurel en los sombreros, y mientras tanto el pueblo de Port-au-Prince aplaudía y gritaba porque los mulatos eran ya iguales a los blancos, pero olvidaban que los esclavos seguían siendo esclavos y morían a millares colgados en las vecindades de Cap Français, donde Bouckman había sido hecho preso y fusilado y sus hombres batidos y perseguidos y asesinados sin piedad.

Pero la jubilosa y un tanto extremada armonía de blancos y mulatos del oeste iba a terminar pronto. Uno de los puntos del acuerdo de Damien era la celebración de elecciones para la asamblea departamental del oeste; otro era que en esas elecciones los mulatos tenían derecho a llevar candidatos. Como es lógico, los mulatos comenzaron a trabajar para conseguir que sus candidatos fueran elegidos. Mas he aquí que en vísperas de elecciones llegó a Port-au-Prince el texto del decreto del 24 de septiembre (1791) emitido por la Asamblea Constituyente de París, Era uno de los últimos frutos de esa Asamblea, que iba a terminar sus trabajos el 30 de septiembre. El decreto del día 24 establecía que "las leyes correspondientes al estado de las personas no libres y el estado político de los hombres de color y de los negros libres, así como los reglamentos relativos a la ejecución de esas leyes" eran problemas que debían resolver las asambleas coloniales "actualmente existentes". Los *pompons rouges* de Port-au-Prince no necesitaban más para romper los acuerdos de Damien. La Asamblea Constituyente, y nada menos

que ella, convertía en ilegales las elecciones que iban a celebrarse en Port-au-Prince, puesto que los problemas que debería resolver la asamblea que saliera electa competían a la "asamblea actualmente existente", no a una futura. Los borlas rojas, pues, no tolerarían que las elecciones se llevaran a cabo.

Y no se llevaron. El mismo día de los escrutinios –el 21 de noviembre– comenzó la lucha con el linchamiento de un negro libre, tambor de las tropas mulatas de Bauvais; después, las tropas blancas emplazaron sus cañones ante el cuartel de las fuerzas mulatas, que eran masacradas sin piedad. Allí comenzó a distinguirse el mulato Alexander Pétion, que iba a acabar su vida como presidente de la República de Haití.

Los mulatos lograron rehacerse y retirarse hacia la Croixdes-Bouquets. André Rigaud, convertido en jefe de los mulatos del departamento del sur, ordenó la movilización general de los mulatos y los negros libres del sur, y marchó sobre PortauPrince, que se salvó de caer en sus manos porque en ese momento –día 1 de diciembre– llegaba a la capital de la colonia una misión civil de tres miembros que había sido enviada desde Francia, dotada de la autoridad necesaria para solucionar los conflictos de Haití.

Los tres comisionados –Mirbeck, Roume y SaintLéger– restablecieron la paz en Port-au-Prince y obtuvieron el retiro de las fuerzas mulatas. Mirbeck se dirigió al sur para tratar de obtener en ese departamento un acuerdo entre los mulatos y los blancos; Roume se dirigió a CapFrançais y allí alcanzó a ver el espectáculo de la devastación. En los contornos de la ciudad no había quedado nada en pie. Lo que todavía a mediados de agosto eran ricas plantaciones de café y de caña de azúcar, con viviendas a todo lujo, buenos caminos empedrados por los que corrían los coches tirados por caballos de raza, almacenes repletos de productos, era en el mes de diciembre la imagen de la desolación. En Limbé, la PetitAnse, el Quartier Morin, la Plaine du Nord, la Limonade, la Grande Riviere, el Dondon, SaintSuzanne, Plaisance, Port Margot; en toda esa región que había sido la más rica y próspera de Haití sólo había ruinas. Miles de cafetales y 200 ingenios de azúcar –la cuarta parte de los que había en el país habían sido destruidos; más de 1,000 blancos y más de 10,000 esclavos habían sido muertos en la lucha, y en el mes de enero esa lucha se reanudaría con ímpetu brutal.

Roume se quedó en CapFrançais, donde los blancos –grandes o pequeños– mantenían su posición de intransigencia radical ante los mulatos, a quienes acusaban de haber promovido con su ejemplo la rebelión de los negros. Esa intransigencia iba a aumentar en el mes de enero, cuando los restos de las fuerzas de Bouckman, dispersadas después que su jefe fue hecho preso y fusilado, comenzaron a actuar de nuevo bajo el mando de sus lugartenientes, Jean François y Biassou. Mientras Jean François operaba en las vecindades de la frontera de la parte española –en Ouanaminthe, Valliere y Maribon–, Biassou lo hacía en los suburbios de CapFrançais, cuyo hospital bombardeó en la noche del 27 de ese mes (enero de 1792). Al mismo tiempo que sucedía eso en el norte, llegaban noticias de que en el sur comenzaban a aparecer bandas de negros armados que atacaban plantaciones y viviendas de blancos. Convencido de que en Haití no podía haber soluciones políticas, Mirbeck embarcó hacia Francia para solicitar que se enviaran a la colonia fuerzas suficientes para imponer el orden.

Mientras tanto, una vez terminados los trabajos de la Asamblea Constituyente francesa, ésta se había disuelto y se había elegido una Asamblea Legislativa en la cual iban a tener un papel predominante los diputados girondinos, los verdaderos representantes de la burguesía que había tomado el mando de la Revolución. Los girondinos aspiraban a convertir la monarquía en república porque entendían que el rey, estrechamente ligado a las casas reinantes más fuertes de Europa, estaría respaldado por los monarcas europeos que recibían en sus cortes y daban su apoyo a los emigrados franceses, miembros de la antigua nobleza gobernante que habían huido del país a causa de la Revolución. Para los girondinos, la república significaba la garantía de que el poder seguiría en las manos de su clase. El rey era un Borbón, un pilar del *ancien régime*, un aliado natural de los Habsburgo de Austria debido a su matrimonio con María Antonieta –a quien ellos y el pueblo llamaban "la austríaca"– y de los monarcas de España, Borbones también, con quienes el rey tenía celebrado un pacto de familia.

Así, la política girondina se dirigía a forzar al rey a declarar la guerra a Austria y a romper el pacto de familia con la monarquía española, y esos planes irían a proyectarse, a través de Madrid, en la posición de las autoridades españolas de Santo Domingo, el territorio que

compartía con Haití la antigua isla española. Sin tener en cuenta ese fondo de política europea en las actividades de los girondinos no podría explicarse por qué razón los jefes de la sublevación de los esclavos del norte de Haití hallaron asilo y protección en la parte española de la isla cuando fueron vencidos ni por qué la isla quedó en manos francesas al terminar la guerra que Francia declaró a España al comenzar el mes de marzo de 1793.

A pesar de todos sus esfuerzos, Saint–Léger no pudo conseguir que los grandes blancos del sur aceptaran que los mulatos tuvieran derechos sociales y políticos iguales a los suyos, Desde los acontecimientos de PortauPrince, los pequeños blancos –los borlas blancas– eran más transigentes, y algunos de ellos tomaban a su cargo la defensa de los mulatos. Pero los *pompons rouges* no cedían, y sin embargo en el sur actuaban ya bandas de esclavos armados. SaintLéger, pues, tomó un buen día el camino de Francia. Pero Roume se quedó en CapFrançais.

Roume estaba convencido de que la única manera de asegurar la paz, y con ella las riquezas que daban beneficios a tantos franceses en Haití y en Francia –armadores de buques, comerciantes, banqueros–, consistía en formar una fuerza política de centro en la que participaran los mulatos y los pequeños blancos, algo así como una alianza de tendencias conservadoras, que no llegara a desconocer y mucho menos a perseguir a los grandes blancos, pero que no les permitiera abusar de su poder económico y social; en suma, un poder político que se alejara a la vez del radicalismo racista de los *pompons rouges* y del radicalismo antiblanco de los esclavos. Como se ve, Roume era un idealista que ignoraba las leyes de la dinámica histórica, y es el caso que en tiempos de crisis revolucionarias aparecen los hombres como Roume, y en todos los casos la corriente impetuosa de los acontecimientos los arrastra y los hace pedazos contra las piedras de la realidad.

Mientras Roume soñaba en Haití, los girondinos actuaban en París. Había que llevar el país a la guerra con Austria, y como el pobre Luis XVI se oponía a dar ese paso, los girondinos lanzaron a la calle la consigna de que en las Tullerías, donde residía el rey, había un "comité austriaco" encabezado por María Antonieta, del cual formaba parte Lessart, el ministro de Relaciones Extranjeras. Ese comité, decían los girondinos, era el que dominaba la voluntad del rey. Y tal fue el estado

de agitación creado en las calles de París, que en el mes de marzo Lessart fue acusado de traidor ante la Asamblea Legislativa, una acusación que conllevaba, sin decirlo, la de María Antonieta. El 20 de abril, la Asamblea ordenaba la declaración de la guerra. En las primeras operaciones –la invasión de Bélgica–, las fuerzas francesas fueron derrotadas, y el clamor en Francia fue unánime: el "comité austriaco" de las Tullerías había traicionado al país. Pero en el llamado "comité austriaco" no figuraba ya el ministro Lessart, de manera que los traidores debían ser necesariamente la reina y el rey. A paso avanzado, los girondinos se acercaban a su meta, que era la desaparición de la monarquía y con ella la desaparición del peligro de que volvieran al poder los representantes de la antigua nobleza que había sido sustituida en el mando del país –excepto en lo que se refería al rey– por la burguesía que ellos representaban.

Al terminar el mes de mayo llegaban a Haití las fuerzas militares que había ido a pedir el comisionado Mirbeck, y en las mismas naves que transportaban a esas fuerzas llegaba el decreto que había expedido la Asamblea Legislativa el 28 de marzo, sancionado por el rey, el 4 de abril, en el cual se establecía que los mulatos y los negros libres debían tener los mismos derechos políticos que los colonos blancos. El año de 1792 estaba ya avanzado, casi por la mitad, y ni en Francia ni en Haití se pensaba que los esclavos debían ser libres. La lucha seguía ceñida a los estratos superiores de la pirámide social: grandes blancos contra grandes y pequeños mulatos. En cuanto a Roume, sin duda pensó que sus sueños estaban cumpliéndose. Sus ideas de una alianza entre pequeños blancos y mulatos podrían convertirse en realidad después de ese decreto del 28 de marzo. Allí estaba la ley que la hacía posible, y además de la ley, las fuerzas militares que la harían respetar.

Capítulo XVI

El tiempo de la libertad

Carlos Marx nació en 1818, 28 años después de que en la colonia francesa de Haití se hicieran los primeros disparos de lo que iba a ser la revolución más compleja de los tiempos modernos. Durante un tiempo esa revolución se limitara a ser una lucha social de apariencia racial, una lucha entre blancos y mulatos que se hallaban en niveles económicos iguales o muy parecidos, pero diferentes en *status* sociales y políticos; luego pasaría a ser una guerra social, de esclavos contra amos, y a la vez racial, porque los esclavos eran negros y los amos eran blancos y mulatos, y en esa etapa sería al mismo tiempo una guerra contra la intervención de españoles e ingleses, pero, sobre todo, contra estos últimos, que ocuparon durante años varios puntos del país y, por último, sería una guerra de independencia, de colonia contra metrópoli o, lo que es lo mismo, de haitianos contra franceses, agudizada en esa etapa por sus aspectos de guerra social y racial.

No hay pruebas de que Carlos Marx estudiara la revolución haitiana y, sin embargo, la obra de Marx puede estudiarse aplicándole a cada una de sus conclusiones uno o varios ejemplos extraídos de esa revolución. Así, todo Marx puede ser analizado a la luz de la revolución de Haití y toda la revolución de Haití puede ser analizada a la luz de la obra de Marx. En ese sentido, la revolución de Haití es un caso asombroso de revolución marxista iniciada 28 años antes de que naciera Carlos Marx. Es claro que esa revolución cumpliría las leyes de lo que 60 años después serían las concepciones marxistas de una revolución sólo hasta llegar a un punto, el de la derrota total de sus enemigos, puesto que no podía esperarse que los esclavos de Haití tuvieran la menor preten-

sión de establecer un Estado socialista. Desde la conquista del poder en adelante, pues, la revolución haitiana sería otra cosa, pero hasta el momento de conquistar el poder cualquier estudioso de Marx puede encontrar en ella las ideas de Marx convertidas en hechos.

Por eso se explica que la situación de Haití, que parecía haberse resuelto en lo que respecta a las luchas de blancos y mulatos –relatadas en el capítulo anterior–, se complicara con un nuevo levantamiento de Jean François y Biassou en el norte y con la aparición en el centro de un nuevo jefe esclavo, llamado Hyacinthe, que rápidamente sumó seguidores, pero sobre todo por la intransigencia de los grandes blancos, que bajo el mando de un gran propietario de Artibonite, el marqués De Borel, se lanzaron a destruir propiedades de mulatos y de los pequeños blancos que habían manifestado simpatías por los mulatos. Como era de esperar, las agresiones de De Borel y sus compañeros provocaron el contraataque de los mulatos, que en poco tiempo dominaron la región norte del departamento del oeste y obligaron a los grandes blancos de Artibonite a pedir negociaciones.

Se llegó a un acuerdo, que fue ratificado por de Blanchelande y Roume, y fue aprobado por la Asamblea colonial del oeste, la misma Asamblea de grandes blancos que debió haber sido renovada en las fracasadas elecciones de noviembre de 1791. Pero, como era lógico que sucediera, los *pompons rouges* desconocieron el acuerdo tan pronto como les pareció bien hacerlo, Roume marchó con fuerzas sobre Port-au-Prince para tomar la ciudad y hacer cumplir lo pactado y ordenó a Rigaud que avanzara desde el sur mientras De Blanchelande actuaba por mar. Pero Rigaud no podía moverse del sur, donde día tras día aumentaban las bandas de esclavos sublevados y donde los blancos rehusaban aceptar órdenes del jefe mulato.

Mientras tanto, Jean François y Biassou habían pasado la frontera de la posesión española, donde se les había ofrecido libertad y grados militares correspondientes a las fuerzas que llevaran consigo. Entre los oficiales de Biassou iba un hombre maduro llamado Pierre –y según algunos, François en vez de Pierre– Dominique Toussaint, que sería conocido después con el nombre de Toussaint Louverture.

Toussaint debió nacer entre 1743 y 1746, de manera que al cruzar la frontera del territorio español tenía de 46 a 50 años. Sabía leer y

escribir, lo que no era común entre los esclavos; de joven había sido cochero de sus amos, los dueños de la antigua plantación Breda, situada en Haut de Cap, en las vecindades del sitio donde comenzó el levantamiento de Bouckman, y en los años anteriores a 1789 era ya jefe o intendente de cultivos, de manera que tenía autoridad sobre varios cientos de esclavos y mayorales, a los que sabía imponer disciplina sin brutalidad. Fue el respeto que se había ganado de los esclavos que estaban bajo sus órdenes y de los que había en las propiedades vecinas lo que le permitió mantener la plantación de sus amos aislada y a salvo en medio del mar de violencias que se había desatado a partir del levantamiento de Bouckman, y cuando, debido a las bárbaras represalias de los blancos de Cap Français contra los esclavos rebelados, decidió entrar él también en guerra contra los blancos, dispuso poner a salvo a sus amos y sumarse con 400 esclavos a las fuerzas de Biassou.

Las primeras funciones de Toussaint en su nueva vida fueron las de secretario de su jefe; después se dedicó a curar heridos y enfermos, y al fin se puso al frente de una columna de las que operaban en el extremo nordeste de la colonia. El gobierno del territorio español le concedió el rango de general español y como general español, igual que Jean François y Biassou, iba a tomar parte en los ataques sobre el territorio de Haití que organizó España como parte de la guerra francoespañola iniciada en marzo de 1793.

Sí, los sueños del comisario Roume eran hermosos, pero difíciles de realizar. No había manera de crear en Haití una fuerza política conservadora formada por mulatos y pequeños blancos que pudiera mantener al margen de los asuntos coloniales a los *pompons rouges* y a los esclavos rebelados. Pero tampoco era posible mantener en Francia un régimen constitucional encabezado por Luis XVI, encarnación del *ancien régime*, y manejado desde el poder legislativo por los girondinos. En épocas revolucionarias el dinamismo inherente a cualquier revolución elimina de manera implacable la vía del centro; o se impone un extremo o se impone otro, y en el caso de la Revolución francesa, a pesar de toda su algazara republicana, los girondinos no representaban un extremo, aunque ellos creyeran que sí. Los girondinos seguían aferrados a su plan de acorralar a Luis XVI hasta obligarlo a abandonar el trono, pero no alcanzaban a darse cuenta de que la pequeña

burguesía, organizada por los jacobinos, estaba al acecho de su oportunidad y ésos sí eran los extremistas de la Revolución. La oportunidad de los jacobinos se presentaría cuando llegara a su punto culminante la lucha de los girondinos contra el rey, y ese momento se acercaba velozmente.

La Asamblea de París había nombrado una nueva comisión civil que debía trasladarse a Haití para resolver los conflictos de la colonia. El 12 de junio (1792), Luis XVI se había negado por segunda vez a aprobar dos decretos elaborados por los girondinos; por uno de ellos se expulsaba del país a los sacerdotes que se habían negado a jurar fidelidad a la Constitución; mediante el otro quedaba disuelta la guardia personal del rey. El día 15 la Asamblea se ocupaba de los poderes que tendría la comisión que iría a Haití y le concedió poderes francamente absolutos sobre instituciones y personas, fueran civiles o militares, a tal grado, que cualquier desobediencia a sus disposiciones sería tratada como crimen de alta traición. Cinco días después, es decir, el 20 de junio, el pueblo parisién, a instancias de los girondinos –y con la colaboración desde luego nada desinteresada de los jacobinos– entró a las Tullerías, se metió de sopetón en los aposentos reales, se burló cuanto quiso del rey, y además lo insultó, y un truhán de los barrios parisinos le puso en la cabeza un gorro frigio. El 13 de julio, cuando mayor era el desconcierto general en Francia, la comisión civil destinada a Haití salía de la metrópoli. Iba a imponer en la lejana colonia del Caribe el orden y la ley en nombre de un gobierno que se hallaba al borde de la disolución.

La comisión estaba compuesta por un realista –Ailhaud–; un funcionario sin posición política, pero honrado –Polverel–, y un girondino radical, de ideas jacobinas, aunque él mismo no se diera cuenta –Léger Félicité Sonthonax–, que ya en 1791 había declarado que las tierras de Haití debían pertenecer a los negros. La comisión llevaba a sus órdenes una fuerza de 6,000 soldados y su jefe era el general D'Esparbés, realista como Ailhaud, personaje difícil, que desde el primer momento dio a entender que sólo actuaría por decisión propia, no bajo órdenes de los comisionados. La comisión, pues, representaba bastante bien el estado de confusión que prevalecía en Francia.

El 10 de agosto, mientras la comisión navegaba todavía hacia su destino, los jacobinos, que tenían el control de la Comuna de París,

desataron el levantamiento popular que iba a producir a un mismo tiempo la caída de la monarquía y la de los girondinos. En dos palabras, se iniciaba ese día la era que en la historia de la Revolución francesa se conoce con el nombre de el Terror. La familia real quedó presa en el Temple, y la Asamblea convocó a elecciones inmediatas para formar un cuerpo encargado de sustituirla; ese cuerpo se llamaría Convención Nacional y tendría a la vez los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Entre los elegidos estuvieron, desde luego, los jacobinos más representativos, como Robespierre, Marat, Danton. Todo sospechoso de simpatías con el rey y su familia, con los emigrados, con los girondinos más conservadores, era perseguido sin piedad. La Convención Nacional inauguró sus trabajos al día siguiente de la resonante victoria francesa de Valmy, esto es, el 21 de septiembre de 1792, y entre los vítores del pueblo de París quedó decretada la desaparición de la monarquía y proclamado el establecimiento de la república. La comisión enviada a Haití había llegado a Cap Français dos días antes, de manera que podemos suponer cuál iba a ser su posición en medio de las fuerzas que chocaban en la colonia.

Al recibirse en las Antillas las noticias de lo que había sucedido en Francia se produjeron movimientos diferentes, cada uno determinado por las condiciones en que se hallaba en ese momento cada colonia. Por ejemplo, en Martinica y Guadalupe, donde los grandes propietarios habían acabado tomando el control de la situación política, las autoridades se declararon realistas y se negaron a seguir recibiendo órdenes de la Convención y los funcionarios enviados por ella, si bien en ninguna de las dos islas llegó a pensarse en la independencia. Así, Rochambeau, nombrado gobernador de Martinica, no pudo tomar posesión de su cargo ni se le permitió quedarse en Guadalupe, de manera que tuvo que ir a Haití, donde le tocaría ser, unos diez años más tarde, el último de los representantes de Francia. Martinica y Guadalupe bajaron de las astas de sus edificios públicos la bandera tricolor, adoptada como emblema nacional por la Asamblea Constituyente, y en su lugar izaron la bandera blanca, que era el distintivo de la monarquía.

En Haití la situación se presentó bastante más complicada. Allí no se dio el caso de que los grandes propietarios se impusieran al resto de la población. En Haití, la más rica colonia del Caribe, iba a refle-

jarse, más que en ningún otro punto del imperio francés, el cambio que se había producido en la relación de las fuerzas que tenían el gobierno de la metrópoli. El triunfo de los jacobinos no iba a pasar inadvertido en Haití y eso por una razón que se comprende fácilmente: en Haití había fuerzas del pueblo lanzadas a la lucha, esclavos rebelados en numerosos puntos de la colonia, y los grandes blancos acabaron comprendiendo que no disponían de fuerzas para dominar la situación.

Eso es lo que explica que los *grands blancs* acabaran aceptando una alianza con los pequeños blancos y con los propietarios mulatos con una sola condición: que de ninguna manera se tocara el problema de la esclavitud; los esclavos seguirían siendo esclavos y los que se hallaban sublevados debían ser sometidos a la obediencia de sus amos por la fuerza de las armas. Cuando se planteó ese punto a la comisión recién llegada, los comisionados aseguraron a los grandes blancos que ellos no tenían la menor intención de tratar ese punto y que sólo la Asamblea Colonial tenía autoridad para decidir sobre la libertad de los esclavos. Ante esa declaración los grandes blancos aceptaron cooperar con los comisionados.

Pero cuando llegó a Haití la noticia de que Luis XVI estaba preso y de que la guillotina trabajaba infatigablemente en la siega de cabezas aristocráticas y realistas, se produjo un cambio violento en la posición de los grandes blancos y hasta en la propia comisión, pues los grandes blancos consideraron que la comisión ya no tenía autoridad y Ailhaud abandonó su cargo para volver a Francia. Por su parte, el general D'Esparbés declaró que sólo obedecería órdenes del rey..., que no podía darlas, y además el gobernador De Blanchelande comenzó a conspirar para establecer en Haití una situación como la de Martinica y Guadalupe. En resumen, la crisis de Francia se reproducía en Haití.

Los comisionados Sonthonax y Polverel actuaron como lo aconsejaban las circunstancias. Antes que nada, había que despojar de autoridad a De Blanchelande; lo hicieron y lo despacharon hacia Francia, donde iba a ser guillotinado en abril de 1793. El segundo paso fue nombrar en su lugar al general D'Esparbés, lo que era una manera de lograr que se pusiera a dar órdenes en vez de esperar las que le mandara el rey. Al mismo tiempo que solucionaban así la crisis en el go-

bierno de la colonia, los comisionados formaron rápidamente una columna compuesta por mulatos, pequeños blancos y negros libres, a la que llamaron Legión de L'Egalité du Nord, y la enviaron a combatir a Jean François, Biassou y Toussaint, que entraban en la región del nordeste en acciones sorpresivas. Y esa medida tranquilizó un tanto a los grandes blancos. En el terreno puramente político, Sonthonax y Polverel se dedicaron a formar comités populares llamados Amigos de la Convención, que era algo así como organismos del pueblo cuya finalidad era dar apoyo a la Convención Nacional francesa; y en el orden administrativo crearon una Comisión Paritaria, compuesta a partes iguales por mulatos y por blancos, a la que encargaron el despacho de los problemas burocráticos de la colonia.

Pero no era juego de niños lo que estaba sucediendo en Haití. D'Esparbés no se callaba sus inclinaciones realistas ni sus críticas a la política de unión de blancos y mulatos que llevaban a cabo Sonthonax y Polverel; a su vez, estimulados por el ejemplo de su jefe, los oficiales de D'Esparbés incitaban a los grandes blancos a rebelarse contra los comisionados, y efectivamente, los grandes blancos de Cap Français produjeron al comenzar el mes de diciembre ataques y desórdenes tan graves que fue necesario deportar a muchos de ellos y hubo que enviar a Francia a D'Esparbés y a todos sus altos oficiales. En esa oportunidad, erizada de peligros, los comisionados contaron con el apoyo de la tropa que comandaba D'Esparbés y con el de los oficiales de baja graduación.

Mientras tanto la Revolución seguía su curso, como un río desbordado que inesperadamente forma un pequeño remanso y un poco más allá está socavando y arrastrando un pedrejón descomunal. Así, Rochambeau, designado gobernador en lugar de D'Esparbés, tuvo que dejar el puesto en el mes de enero para ir a ocupar la gobernación de Martinica, donde la situación se había normalizado, y ese mismo mes, el día 21 (1793), era guillotinado Luis XVI; nueve días más tarde, el 1 de febrero, la Convención declaraba la guerra a Gran Bretaña y a Holanda; el 7 de marzo se la declararía a España. La tremenda guerra social de Haití, que por sí sola era una complicación abrumadora, iba a complicarse más al entrar en el cauce de una guerra internacional que necesariamente, dados los países envueltos en ella, iba a librarse

en el Caribe. Pero después de todo, ése había sido y ése seguía siendo el destino de los pueblos situados en una frontera imperial.

Como era claro, la guerra internacional levantaría a un nivel de paroxismo las esperanzas de los grandes blancos. En el momento de su decadencia les surgían de pronto aliados poderosos, gobiernos que los harapientos revolucionarios de París no podían enfrentar; ejércitos que destruirían hasta sus cimientos el edificio jacobino y les devolverían a ellos, las víctimas de esos locos, sus propiedades, sus esclavos, sus títulos de nobleza.

En la región del oeste los grandes blancos tenían un líder natural, aquel marqués De Borel que encabezó la lucha contra los mulatos en noviembre de 1781 y que después había estado destruyendo sus propiedades en el valle de Artibonite, y en ese momento De Borel era el jefe de la guardia nacional de Port-au-Prince, de manera que era un líder con poder militar a su disposición.

Desde la destitución de De Blanchelande la colonia no tenía un gobernador designado por las autoridades de Francia; todos sus sucesores habían sido nombrados por Sonthonax y Polverel con carácter provisional, y al irse Rochambeau a Martinica los comisionados designaron otro sustituto provisional, el general De La Salle. Ahora bien, De La Salle debía establecerse en Port-au-Prince, que era la capital de la colonia, y ésa fue la ocasión propicia para los grandes blancos: el marqués de Borel dijo que no consentiría que De La Salle entrara en Port-au-Prince. Además de esa insolencia, ordenó a los grandes propietarios que no pagaran un impuesto creado por los comisionados para hacer frente a los gastos de la administración pública. Los grandes blancos de toda la región –y los del departamento del sur con ellos– apoyaron a De Borel, y De La Salle, que había salido para la capital, tuvo que quedarse fuera de la ciudad, en la posición más incómoda y más ridícula a que podía verse sometido un soldado de su categoría.

A medida que los grandes blancos se rebelaban contra su autoridad, Sonthonax y Polverel tenían que apoyarse necesariamente en los mulatos y los negros libres, y así iba dándose el caso de que el poder de Francia en Haití descansaba cada vez más en la adhesión de esos mulatos y esos negros libres. Ese desplazamiento de las bases del poder metropolitano era posible no sólo porque correspondía de manera ló-

gica a la dinámica del movimiento revolucionario dentro de Haití, sino porque a la vez correspondía a la nueva relación de fuerzas políticas en Francia. Para los grandes blancos, en cambio, lo que contaba no era lo que sucedía en Francia; era el poder de los enemigos extranjeros de Francia, en cuya victoria confiaban.

Con motivo de la sublevación de De Borel, Sonthonax acudió a los mulatos y los negros libres; decretó una movilización en los departamentos del oeste y del sur y puso en pie de guerra 2,000 hombres. Con esos hombres, De La Salle atacó Port-au-Prince por tierra mientras los comisionados lo hacían por mar. La guardia nacional del marqués De Borel no pudo oponerse a la fuerza atacante y Port-au-Prince capituló en abril (1793). Al mes siguiente llegaba a Haití un gobernador nombrado por las autoridades de París, el primero con designación definitiva desde la destitución de De Blanchelande, y ese nuevo gobernador provocaría el peor de los levantamientos de los grandes blancos que iban a enfrentar Sonthonax, Polverel y sus aliados, los mulatos y negros libres, los pequeños blancos y las tropas metropolitanas leales. Sería el peor, pero también el peor para los *grands blancs*.

El general François Thomas Galbaud había nacido en Haití de una familia que se había establecido en la colonia desde el año de 1690. Grandes propietarios, los Galbaud casaban a sus hijos y a sus hijas con hijas e hijos de grandes propietarios, de manera que al llegar a Haití con el rango de gobernador el general Galbaud iba a ser rodeado inmediatamente por los grandes blancos, con quienes los Galbaud tenían vínculos de dos o tres generaciones.

Los grandes blancos de Haití no podían resignarse a perder sus privilegios, pero no estaban desanimados, a pesar del duro golpe que fue para ellos la derrota del marqués De Borel en Port-au-Prince. Al mismo tiempo que Port-au-Prince caía en manos de Sonthonax, Polverel y De La Salle, la isla de Tobago caía en manos inglesas (15 de abril, 1793) sin que los habitantes franceses opusieran resistencia, lo que quería decir que los ingleses estaban "liberando" ya a los grandes blancos de las Antillas de Francia y no podían tardar en llegar a Haití. Al llegar Galbaud a Cap Français había en marcha un poderoso movimiento de grandes propietarios de Martinica que pedían que los británicos desembarcaran en aquella isla. Todas esas noticias se conocían en los

círculos de los *grands blancs* de Haití y éstos se hallaban en un estado de espíritu exultante, como personas que saben que están viviendo en las vísperas de un gran triunfo.

Y, sin embargo, también había razones para que los grandes blancos de Haití se sintieran preocupados. Por la frontera del territorio español de la isla entraban con frecuencia, en oleadas, las tropas negras de Toussaint, Jean François y Biassou, y en gran número de lugares del país los esclavos se levantaban en grupos y formaban bandas que destruían, quemaban, mataban personas y bestias, saqueaban y violaban.

Por razones conectadas con la situación internacional, explicada arriba, y también por la inestabilidad dentro de Haití, Galbaud, cuyo origen lo acreditaba ante los grandes blancos, tenía que convertirse en la encarnación de la esperanza de los que ya se llamaban a sí mismos realistas.

Ahora bien, de acuerdo con el artículo 15 del decreto expedido por la Asamblea Legislativa el 28 de marzo de 1792 y aprobado por el rey el 4 de abril, los funcionarios de las colonias americanas no podían ser propietarios en ellas. Apoyado en esa disposición Sonthonax se negó a aceptar a Galbaud como gobernador y le ordenó salir del país, a lo que Galbaud respondió ordenando la prisión de Sonthonax y Polverel. Esto estaba sucediendo en Cap Français, el lugar donde vivía el mayor número y los más ricos de los *grands blancs* de Haití. Instantáneamente los grandes blancos comprendieron que había llegado el momento de dar la batalla decisiva y estuvieron seguros de que la ganarían; y tenían que ganarla porque Galbaud disponía de buques, tropas, marinería, armas; era portador de un título de gobernador que le confería autoridad legal, y además contaba con ellos, con el respaldo de todos ellos. Rodeado, estimulado, vitoreado en las calles por los grandes blancos, Galbaud echó a tierra hombres y armas, a lo que Sonthonax respondió con una maniobra radical: ofreció la libertad a los esclavos que lucharan contra Galbaud y los grandes blancos.

Eso sucedió el 20 de junio; el día 21, miles de esclavos entraban en Cap Français bajo el mando de jefes improvisados y de otros que desde hacía algún tiempo merodeaban por los suburbios de la ciudad. Enardecida por la oferta de la libertad y por la conciencia de que luchaba en favor de la autoridad legítima, la ola negra barrió cuanto halló a su

paso. Atacados por aquella masa embravecida, que mataba, saqueaba las casas y les daba fuego, los grandes blancos que podían hacerlo corrían hacia los muelles buscando protección en la flota de Galbaud; hombres y mujeres llevaban a rastras cofres, vestidos, niños. La marinería de Galbaud metía en los buques todo lo que podía: provisiones, armas, mujeres despavoridas, ancianos espantados, niños que gritaban. Cuando la flota logró salir de la rada de Cap Français, con ella se iba toda una época. Los grandes blancos del norte, que eran la espina dorsal de su grupo social en la colonia, quedaban liquidados como fuerza social, económica y política de Haití, y miles de esclavos celebraron esa noche sus nupcias con la libertad.

La historia tiene a veces caprichos propios de un dios joven y juguetón. Ese mismo día 21 de junio, en otra colonia francesa del Caribe estaba sucediendo algo similar, aunque no igual, a lo que había sucedido en Cap Français, pues las tropas inglesas, que habían desembarcado el día 16 en Martinica a solicitud de los grandes propietarios blancos de la isla, tenían que ser reembarcadas el 21 batidas por un levantamiento general que las desbordó de manera irremediable. El 21 de junio de 1793 fue, pues, el día decisivo para el aplastamiento de los grandes propietarios blancos del Caribe francés; su día fatal, para decirlo con las palabras llanas del pueblo.

Los grandes blancos estaban liquidados, pero no la amenaza extranjera. La guerra de Francia y España había hecho salir a la superficie aquellas raíces de la sociedad tradicional española de las que hemos hablado en el capítulo anterior. Por esa causa la de 1793 fue en España una guerra extraordinariamente popular. Los campesinos corrían a enrolarse como soldados; los grandes nobles terratenientes formaban a sus expensas regimientos enteros; un duque aportó 2'000,000 de reales, una fortuna exagerada en esos años; la jerarquía sacerdotal de Toledo dio 5'000,000; hasta los conventos de monjas daban dinero. Era que se trataba de una guerra contra la burguesía francesa, o mejor aún, contra lo que hoy llamaríamos el ala izquierda de la burguesía, y la vieja sociedad española se ponía de pie contra esa fuerza nueva, lo que en cierto sentido era una manera de luchar también contra el limitado sector burgués de España que venía disfrutando el apoyo de los Borbones desde hacía cerca de un siglo; por otra parte, como esa burguesía

española se hallaba envuelta también en la guerra, ésta provocó en España algo así como un frente unido nacional.

En lo que se refiere al Caribe, el centro de la lucha se había trasladado a Haití, donde todas las fuerzas sociales se presentaban en forma extremista, y Haití ocupaba una parte de la isla de Santo Domingo; la otra parte seguía en manos de España. Había, pues, una frontera común de España y Francia en Europa, pero la había también en la isla de Santo Domingo. España golpearía a Francia en Europa a través de su frontera y la golpearía en el Caribe a través de la frontera entre Santo Domingo y Haití. En realidad, estaba haciéndolo ya por medio de los jefes negros a quienes había dado despachos de generales y de los ex esclavos que formaban las tropas de esos jefes, pero eso no bastaba; era necesario usar fuerzas más grandes; atacar a fondo y conquistar Haití, o por lo menos una parte de Haití, que de la otra parte se ocuparían los ingleses. España, pues, comenzó a concentrar fuerzas para llevar a cabo un gran ataque a Haití que se realizaría con el concurso de Cuba y México, para lo cual empezaron a actuar conjuntamente el virrey de México, el gobernador de Cuba, don Luis de Las Casas, y el gobernador de Santo Domingo, don Joaquín García Moreno.

Mientras tanto, Jean François, Biassou y Toussaint operaban sobre el territorio haitiano en el extremo nordeste. El 7 de julio, es decir, dos semanas después de la fuga de Galbaud y los grandes blancos de Cap Français, Jean François atacó y tomó Fort Dauphin –la antigua Bayajá y actual Fort Liberté– y degolló a todos los propietarios blancos del lugar y de sus inmediaciones. Biassou y Toussaint hacían entradas para tomar puntos, establecimientos y villas parroquiales que retenían por algún tiempo o que abandonaban inmediatamente, según aconsejaran las circunstancias. La verdad es que la mayoría de las parroquias de Cap Français, al este y al sur de la ciudad, se hallaban bajo la amenaza de Jean François, Biassou y Toussaint, pero España no podía confiar la tarea de conquistar el norte de Haití a esas fuerzas de los jefes negros, que eran relativamente pequeñas. Para ejecutar ese plan hacía falta un poder militar respetable, que España comenzó a preparar a mediados del año.

No podemos dudar de que los emigrados franceses que se habían refugiado en España presionaban en favor de ese plan, pero también

debían ejercer presión en las Antillas españolas los que se habían refugiado en Santo Domingo y en Cuba, que eran muchos y algunos de ellos muy importantes. Al mismo tiempo había emigrados franceses en Londres y en Jamaica, que sin duda actuaban en el mismo sentido que sus congéneres de Madrid, Santo Domingo y La Habana. Las actividades de esos emigrados eran públicas; París se enteraba de lo que hacían los de Madrid y Londres, y Sonthonax debía estar enterado de lo que hacían los de Santo Domingo, Cuba y Jamaica. La Revolución francesa debía tener agentes secretos en todos esos sitios, pero también muchos informadores espontáneos. No hemos podido hallar publicaciones que indiquen en qué mes se produjo el ataque español por el nordeste, pero por la fecha de los ataques ingleses en el sudoeste y en el noroeste podemos deducir que las órdenes para esos ataques llegaron a Jamaica a fines de julio o a principios de agosto y, como debía haber coordinación entre ingleses y españoles, debemos pensar que las fuerzas que saldrían de Cuba para concentrarse en el norte de la costa de Santo Domingo estarían en proceso de concentración más o menos a mediados de agosto.

En ese momento Sonthonax y Polverel no tenían poder para enfrentarse a un ataque combinado de los ingleses por mar y los españoles por tierra. Sólo algunos jefes mulatos, como Rigaud, Bauvais, Villate, y sus seguidores mulatos y negros libres seguían siendo leales a Francia. Un número importante de grandes y medianos propietarios mulatos estaba enfrentado a Sonthonax y los esclavos sublevados no iban a obedecer al comisionado francés.

La situación era en verdad crítica. Haití se hallaba al borde de perderse para Francia. ¿Cómo evitar eso? Sólo con una decisión radical, que pusiera del lado de Francia, de manera instantánea y entusiasta, a la mayoría de los habitantes de la colonia. ¿Y quiénes formaban esa mayoría? Los esclavos negros. Ahora bien, esos esclavos, ¿lucharían por Francia si se les declaraba libres? Sí lo harían, puesto que el 21 de junio habían luchado en Cap Français del lado de la autoridad francesa representada por Sonthonax y Polverel.

Sonthonax se decidió, y el 29 de agosto (1793) declaró la libertad de los esclavos de Haití. Dicho en el lenguaje de ahora, la escalada de las fuerzas reaccionarias del interior y del exterior provocaba en res-

puesta la escalada de la libertad. Ciento sesenta años después, lo que estaba pasando en Haití iba a repetirse en Cuba, y no se trataría de una repetición fortuita, pues como veremos a su tiempo, la revolución cubana de Fidel Castro iba a ser históricamente una hija de la revolución de Haití.

Es difícil que en la segunda mitad del siglo XX podamos darnos cuenta de lo que significó a fines del XVIII la liberación de los esclavos haitianos, pero podemos medir su importancia por comparación: ni la revolución norteamericana ni la de Francia llegaron a un grado de radicalización parecido. Se dirá que fue Francia quien concedió esa libertad. Pero no es cierto. Aceptamos que los pequeños burgueses jacobinos fueron los más radicales de los revolucionarios franceses, pero también dentro de un límite, el de los intereses de la burguesía, sin traspasar en ningún momento ese límite. Los jacobinos eran lo que hoy podríamos calificar como el ala izquierda de la burguesía, pero la burguesía de Francia, como la de Inglaterra y la de Estados Unidos, no podía admitir la idea de la libertad de los esclavos. La Revolución industrial se hallaba entonces en sus inicios y todavía faltaban varios años para que la expansión económica que se estaba produciendo exigiera la transformación del trabajador esclavo en consumidor de productos industriales; por otra parte, faltaba también mucho tiempo para que esa Revolución produjera las máquinas que hicieran económicamente el trabajo de los esclavos. No fue la Convención Nacional la que decretó la libertad de los esclavos de Haití; fue Sonthonax, presionado a la vez por el ataque inminente de los ingleses y los españoles –es decir, por las contradicciones de las burguesías de Europa, enfrentadas a la de Francia– y conducido a un callejón sin salida por la sublevación de los negros.

En los tiempos modernos no había sucedido en el orden social nada de tanta magnitud histórica corno la liberación de los esclavos decretada el 29 de agosto de 1793. Desde Estados Unidos hasta Argentina, toda América estaba llena de esclavos, de millones de esclavos. En algunos países los esclavos eran sólo negros y mulatos; en otros eran negros e indios; en otros eran sólo indios; y al mismo tiempo, como es lógico, en toda América había amos de esclavos y había mucha gente que vivía de lo que producían los esclavos. También en Europa abun-

daban los comerciantes, los armadores de buques, los banqueros y funcionarios que se enriquecían traficando a base de los productos obtenidos con el trabajo esclavo. En todos esos países el decreto de libertad de los esclavos causó estupor e indignación por un lado y júbilo por otro. Los cimientos del orden social de toda América crujían sacudidos por un terremoto.

Desde luego, ni Sonthonax ni ningún poder de la tierra podía convertir de la noche a la mañana a esos esclavos liberados en ciudadanos conscientes o en soldados que pudieran enfrentarse al ataque combinado de ingleses y españoles. Por de pronto, al conocer la noticia de su libertad, los esclavos de Haití –cientos de miles de esclavos–, se lanzaron a actuar anárquicamente, a celebrar su victoria ocupando tierras y casas abandonadas por los blancos y mulatos ricos; a atacar muchas de las que todavía no habían sido abandonadas; a adueñarse de bestias, de muebles, de ropa, de frutos; a destruir todo lo que les recordaba su esclavitud.

Mientras tanto, cuando los esclavos liberados se hallaban deslumbrados por lo que había sucedido, en un estado general de júbilo histérico, al cumplirse las tres semanas del decreto del 29 de agosto –es decir, el 20 de septiembre–, los ingleses desembarcaron en Jeremie, una ciudad situada en la costa norte, y casi en el extremo oeste, de la península de les Cayes –la del sur–, y dos días después desembarcaban en la Mole de SaintNicolas, en el extremo oeste de la península que llevaba el mismo nombre de la ciudad, es decir, en la península del norte.

El Caribe volvía a ser una frontera de guerra imperial, sólo que en esa ocasión la guerra entre los imperios tenía un ingrediente nuevo: era también una guerra social, cosa que le comunicaba un valor que la distinguía de las anteriores. Los propietarios franceses de las Antillas habían dejado de ser franceses para convertirse en partidarios del país o de los países enemigos de Francia que pudieran devolverles sus tierras y sus esclavos, y los propietarios ingleses de Jamaica y Barbados y Saint Kitts, y los españoles de Santo Domingo, Puerto Rico o Venezuela y Cuba ya no veían como a un enemigo al ciudadano francés despojado de sus esclavos; era su hermano en desgracia y ellos estaban en el deber de ayudarlo. Eso explica que al desembarcar en Jeremie y

en la Mole de Saint Nicolas los ingleses hallaron el apoyo entusiasta de los franceses y los mulatos propietarios de las dos ciudades.

La segunda ola de la ofensiva inglesa se produjo en el mes de diciembre. Por la costa del oeste cayó en sus manos SaintMarc el día 18 y la Archaie el día 24, y por la del sur cayó Leogane. Así, Port-au-Prince quedaba en el centro de una tenaza y no podría resistir mucho tiempo. Mientras tanto, las costas del sur quedaban libres de ataques, si bien Tiburón, en el mismo extremo oriental de la península del sur, fue tomado en el mes de enero (1794).

En la costa del norte deberían operar las fuerzas españolas llevadas de Cuba y de México. Debemos suponer que esas fuerzas que se concentraron en el noroeste de la parte españoladela isla debían hallarse listas para el ataque entre fines de diciembre y principios de enero.

El ataque español se produjo sobre FortDauphin. La escuadra actuó bajo el mando del teniente general Aristizábal, la infantería bajo el mando del general CasasCalvo, los emigrados franceses bajo el de Louis d'Espanville y los antiguos esclavos actuaron bajo el de Jean François y Toussaint. Parece que para ese momento ya Biassou había muerto y sus tropas habían pasado a las órdenes de Toussaint. Habiendo atacado desde San Rafael y San Miguel de la Atalaya, que en esa época se hallaban en territorio español, las fuerzas de Toussaint habían penetrado profundamente hacia el oeste y el noroeste, hasta las parroquias de Gonaive y Gros Morne, lo que significa que estaban poniendo en peligro la retaguardia de los ingleses en Mole de Saint Nicolas y Saint Marc. Toussaint estaba dando ya muestras de su excepcional capacidad militar, la que unida a su talento político iba a hacer de él "el primero de los negros" y una de las más grandes figuras de la historia americana.

Ahora bien, la ofensiva inglesa no se limitaba a Haití. Combinados con los grandes propietarios de Martinica, los ingleses lanzaron sobre esa isla una expedición comandada por el almirante sir John Jervis, con fuerzas de infantería cuyo jefe era sir Charles Crey, que logró desembarcar tropas el día 5 de febrero, tomó Saint Pierre el 17 y entró en Fort Royal el día 20. La capital de la isla cayó cuando el capitán del buque inglés *Zebra* abordó el fuerte que defendía la bahía, exactamente como si se hubiera tratado de otro buque en el mar, de manera que sus hombres saltaron de la cubierta del *Zebra* a la plataforma del fuerte y los

defensores de éste, sorprendidos por esa maniobra tan audaz, abandonaron la posición.

Los británicos convirtieron rápidamente Martinica en un centro de operaciones desde el cual iban a atacar los territorios vecinos; concentraron allí fuerzas llevadas de Jamaica y, como parte de esas fuerzas, tenían un cuerpo de negros organizado especialmente para perseguir esclavos sublevados. Se ve que los propietarios de Martinica y de las islas francesas de la vecindad habían aconsejado a los ingleses bastante bien en todo aquello que se relacionaba con su decisión de recuperar los bienes perdidos, y entre esos bienes, los esclavos eran un capítulo de primera categoría. El cuerpo negro inglés tenía un nombre sugestivo; se llamaba "Black Rangers". Por otra parte, los propietarios blancos –y algunos mulatos– de las islas francesas de la vecindad se habían preparado para ayudar a sus aliados ingleses, un detalle que debemos tener presente a lo largo de todos los sucesos que estaban produciéndose.

Desde la base de Martinica los británicos se lanzaron sobre Santa Lucía, en la que desembarcaron el 2 de abril y la que se rindió el día 4; el día 10 tomaban los islotes de los Santos y el día 11 ponían tropas en tierra de Guadalupe, cuyas autoridades capitularon el día 21. En ese momento –mes de abril de 1794– Toussaint Louverture se dirigió al general Lavaux, comandante en jefe de las fuerzas francesas de Haití, y le ofreció luchar por Francia, puesto que la causa que le había hecho ponerse al servicio de España –esto es, la esclavitud de su raza– había desaparecido. Cuando Toussaint se decidió a dar ese paso, sus fuerzas dominaban en el territorio de Haití una larga franja que iba desde las vecindades de Cap Français hasta las de Gonaives y Gros Morne. En el orden militar y político, todo ese territorio se hallaba bajo la bandera española; pero en la realidad social, que era la más profunda, dependía de Toussaint, no de los jefes españoles. El general Lavaux se dio cuenta de la importancia que tenía la oferta de Toussaint; así, la aceptó y agregó sobre la aceptación un despacho de general de brigada del ejército francés, a título provisional, para el jefe negro. El 18 de mayo Toussaint declaraba que los hombres bajo su mando –unos 4,000, bien disciplinados, veteranos de una guerra que llevaba ya casi tres años– combatirían desde ese día a los invasores ingleses y españoles. La defección de Toussaint fue para estos últimos un golpe tan duro que todos

sus planes se vinieron abajo, y en consecuencia Villate, el jefe mulato que tenía a su cuidado la defensa de Cap Français, se vio libre de las amenazas españolas. Así, el norte de Haití quedaba asegurado para Francia gracias a lo que había hecho Toussaint.

Ahora bien, en una revolución tan complicada como era la de Francia los acontecimientos se encadenaban en un frente que iba de Europa al Caribe. Precisamente en los días en que Toussaint pasaba con sus hombres al lado francés, la Convención Nacional declaraba en París que "la esclavitud de los negros en todas las colonias queda abolida; en consecuencia se decreta que todos los hombres, sin distinción de color, domiciliados en las colonias, son ciudadanos franceses y disfrutan de todos los derechos asegurados por la Constitución". Y sin embargo, debido a las confusiones que son típicas de los momentos revolucionarios, sucedía también que en el mes de junio eran arrestados en Haití Polverel y Sonthonax, los hombres que habían proclamado eso mismo el día 29 de agosto del año anterior y habían conseguido con ello salvar a Haití para Francia. Acusados en París por los emigrados de todos los sectores –entre los que había algunos que por su condición de mulatos tenían amigos entre los jacobinos–, Polverel y Sonthonax iban a encarar tal vez el más duro de los destinos, pero serían salvados por la caída de los jacobinos ocurrida el 9 de termidor del año II, es decir, el 27 de julio de 1794; así, cuando llegó la hora de juzgarlos ya había terminado en Francia la era del Terror.

La incorporación a la autoridad francesa del territorio que se hallaba bajo el mando de Toussaint cortaba toda posibilidad de comunicación por tierra entre los españoles que se hallaban en Fort Dauphin y Ounaminthe y los ingleses establecidos en Saint Marc y la Archaie. Tal vez fue eso lo que decidió a los ingleses a tomar Port-au-Prince, que podía ser reforzado por tierra desde el norte y desde el sur por hombres de Lavaux y Toussaint y de Rigaud. Port-au-Prince cayó en manos inglesas el 4 de junio.

Justamente ese día aparecía en aguas de Guadalupe un escuadrón francés con tropas mandadas por Víctor Hugues. En el curso de año y medio los propietarios blancos y mulatos de las islas francesas habían dejado de llamarse grandes blancos o grandes mulatos, *pompons rouges* o *pompons blancs*. Después de la muerte de Luis XVI se llamaban

realistas, lo que se explica porque no podían ser aliados de ingleses y españoles si no reconocían la monarquía como su base política y porque la lucha en Europa había tomado el aspecto superficial de una guerra de los republicanos de Francia contra las monarquías europeas. Pues bien, en Guadalupe los defensores de Basse Terre, lugar por donde desembarcó Víctor Hugues, fueron en su mayoría realistas franceses. Basse Terre cayó en manos de Víctor Hugues, que hizo dar muerte sin la menor piedad a varios cientos de realistas. Las fuerzas inglesas de Fort Matilda se rindieron el 10 de diciembre, el mismo mes en que Rigaud, que operaba en el extremo sudoeste de Haití, reconquistaba Tiburón. Así, las fuerzas de la revolución en el Caribe iniciaban una contraofensiva que iba a ser creciente en todo el año 1795.

En ese año Toussaint y Lavaux extendieron su dominio por toda la ribera derecha del Artibonite, lo que les permitía enlazar con las fuerzas que tenía Rigaud en el sur, de manera que el poder francés en Haití aumentaba notablemente, puesto que Toussaint y Lavaux disponían de unos 20,000 hombres y Rigaud de unos 12,000. Los ingleses, pues, no podían estar seguros en sus enclaves de la costa. De Jacmel y Les Cayes, que se hallaban en manos de las fuerzas de Rigaud, salían corsarios a apresar barcos ingleses o a defender las costas del sur de los ataques de corsarios enemigos. En algunos puntos la situación era confusa, porque abundaban las cuadrillas de negros armados y algunas de ellas se hallaban al servicio de los ingleses.

Ahora bien, en medio de ese panorama armado estaba produciéndose un fenómeno explicable; los jefes mulatos iban poco a poco ocupando en el nuevo orden social de Haití el lugar que habían dejado vacío los grandes blancos muertos o emigrados. Ese caso de desplazamiento de un sector social del país hacia niveles superiores corresponde a lo que podríamos llamar la historia privada de Haití, y por tanto no tenemos por qué ocuparnos de él en este libro, en el cual estamos haciendo la historia de Haití en tanto Haití era parte de la frontera imperial del Caribe. Pero sucede que ese movimiento de los mulatos jugó un papel de importancia en la vida de Toussaint Louverture, y Toussaint es uno de los hombres clave en la historia del Caribe; de manera que nos referiremos brevemente a un episodio que corresponde a la historia privada haitiana para poder explicar por

qué Toussaint ascendió tan rápidamente a los más altos lugares de mando de su país.

Quizá por pensar que la estrecha vinculación de Toussaint con el general Lavaux, comandante en jefe de las fuerzas militares del país, colocaba a Toussaint en una situación preeminente respecto de ellos, los mulatos de Cap Français resolvieron deponer a Lavaux mediante un golpe de Estado, y el general Villate, jefe militar de Cap Français y líder de los mulatos del norte, ordenó la prisión del viejo jefe francés, cosa que fue hecha de manera ignominiosa, en marzo de 1795. Una vez preso Lavaux, la municipalidad de Cap Français designó a Villate gobernador de la colonia.

Toussaint respondió al golpe de Estado enviando sobre Cap Français dos columnas al mando de dos de sus coroneles de confianza, uno de ellos lean Jacques Dessalines, que iba a ser el fundador de la república de Haití. El general Lavaux fue puesto en libertad y restituido en su cargo. Una vez en él, nombró a Toussaint lugarteniente de gobernador; de esa posición Toussaint pasaría de manera natural a la de gobernador cuando el desarrollo de los acontecimientos de Haití exigiera un hombre como él al frente de la vida militar y civil de la colonia. ¿Quién hubiera concebido que un negro que había sido esclavo hasta fines de 1791 llegaría en 1795 a ser lugarteniente de gobernador en la tierra donde la aristocracia terrateniente blanca hacía y deshacía a su gusto? Evidentemente, en ninguna parte, ni siquiera en la misma Francia, había llegado la Revolución francesa a provocar cambios tan radicales en tan corto tiempo.

El ejemplo de lo que estaba pasando en Haití mantenía conmovido todo el Caribe. En los mismos días del golpe de Estado de Villate contra el gobernador Lavaux –esto es, en marzo de 1795– los mulatos de origen francés que había en Granada se levantaron contra la guarnición inglesa de la isla y pidieron colaboración a Guadalupe, que se hallaba, como sabemos, en manos de Víctor Hugues. El jefe de la rebelión de Granada era Julién Fédon, propietario mulato importante, que convirtió su plantación en el cuartel general de la sublevación. Desde allí salían los rebeldes a destruir propiedades inglesas, a matar a los amos británicos y a emboscar a los destacamentos enemigos. Hasta el teniente gobernador inglés de Granada cayó en manos de Fédon. Las autorida-

des inglesas pidieron ayuda a la isla de Trinidad, de donde les enviaron tropas españolas. Reforzados con esas tropas, los ingleses decidieron atacar a Fédon y éste les hizo saber que mataría a todos los prisioneros que tenía en su poder en el momento mismo en que un soldado enemigo pusiera un pie en Belvedere, que era el nombre de su propiedad. Las autoridades inglesas creyeron que Fédon hablaba para asustarlos, pero que no haría lo que había dicho, y atacaron Belvedere el 8 de abril. Al sonar los primeros disparos, Fédon cumplió su palabra; más de 40 prisioneros ingleses fueron degollados, entre ellos el teniente de gobernador, Ninian Hombe, y además de eso los atacantes tuvieron que retirarse después de haber sufrido fuertes pérdidas. La lucha continuaría en Granada durante más de un año, como se relatará a su tiempo.

Mientras tanto, en esos primeros meses de 1795 estaba luchándose también muy cerca de Granada, en la isla de San Vicente, el único lugar donde quedaban todavía indios caribes, los indios que dieron su nombre a toda la región y al mar que la baña. Emisarios enviados desde Guadalupe por el infatigable Victor Hugues habían llegado a San Vicente para provocar la sublevación de los caribes contra los ingleses de la isla. Ya se sabe, y lo hemos explicado en este libro, que entre los indios caribes de San Vicente y los franceses de los territorios vecinos había nexos estrechos desde los días de Lonvillier de Poincy, de manera que los agentes de Hugues fueron oídos por los caribes y, curiosamente, no por los negros esclavos de la isla, que mantenían desde hacía tiempo un feudo con los caribes porque éstos los consideraban instrumentos de los blancos ingleses que les estaban quitando sus tierras. En la revuelta que se produjo, los negros se pusieron de parte de sus amos ingleses, pero esos amos quedaron mal parados; los que sobrevivieron a los primeros ataques de los indios tuvieron que concentrarse en Kingstown –la pequeña capital de la isla, situada en la costa del sudoeste– y no salir de allí, pues el resto de la isla estaba en manos de los caribes, que destruyeron todas las propiedades inglesas y mataron a todos los amos que se pusieron a su alcance. También en San Vicente se seguiría luchando más de un año y también relataremos a su tiempo el final de esa lucha, que fue en verdad patético.

Santa Lucía tuvo que ser evacuada por los ingleses el 19 de junio. Lo mismo que en Granada y San Vicente, los emisarios de Hugues

consiguieron levantar a la población francesa de la isla y los franceses a su vez obtuvieron la ayuda de los esclavos que se habían refugiado en los montes de Santa Lucía y se habían mantenido en ellos desde que la isla fue tomada por los ingleses el año anterior. Los ataques franceses fueron tan resueltos que a fines de mayo sólo quedaban en manos británicas dos puntos, Castries y Morne Fortuné, en los cuales no podían sostenerse largo tiempo. Así, al mediar junio la isla quedaba libre de ingleses.

En Dominica, en cambio, los acontecimientos tuvieron otro sesgo. También a Dominica llegaron los agentes de Guadalupe y también allí se levantaron los esclavos de los numerosos amos franceses que vivían en la isla, y casi todos lo hicieron bajo la jefatura de los amos mulatos; pero en Dominica los ingleses y sus esclavos, con la colaboración de los amos franceses blancos, aplastaron la rebelión. La victoria inglesa de Dominica acabó con varios franceses colgados en las horcas y con otros enviados a Inglaterra en condición de prisioneros.

Mientras se luchaba en Granada, San Vicente, Santa Lucía y Dominica, la agitación se propagaba como una epidemia por todos los sitios donde había esclavos y en algunos de ellos se producían rebeliones. Así, en Curazao estalló una revuelta en la que tomaron parte unos 1,000 esclavos, si bien no disponemos de información para saber cuánto duró ni cómo terminó. En el mes de mayo estalló otra revuelta en Coro, Venezuela, bajo la consigna de que debía establecerse "la ley de los franceses, la república, la libertad de los esclavos y la supresión de los impuestos". El levantamiento de Coro fue aplastado con una saña brutal; 105 negros fueron muertos en esa ocasión, la mayor parte de ellos degollados a sangre fría, y 25 fueron victimados "por no tener forma de mantenerlos con guardias en la cárcel", según informó el jefezuelo que los hizo presos.

Ahora bien, sucedía que en Europa, donde Francia llevaba la guerra contra España, Holanda, Prusia y los ingleses, los ejércitos franceses habían terminado el año de 1794 con victorias importantes, y en España los limitados, pero influyentes círculos de la burguesía, que comprendían cuál debía ser el papel de la burguesía europea ante la Revolución de Francia, querían hacer la paz y se movían en ese sentido. Eso sin embargo, no era todo pues algunos grupos de la pequeña burguesía

española llegaron a hacer demostraciones públicas de simpatía por Francia y otros organizaron conspiraciones republicanas en varios lugares del país. Las autoridades descubrieron varias de esas conspiraciones, una de ellas en pleno Madrid. Unos cuantos de los conspiradores de Madrid fueron condenados a la horca, pero se les conmutó la pena por la de prisión en América; a una parte de ellos les tocó ser enviados a Venezuela y allí siguieron conspirando a tal punto que formaron el germen de una importante conjura organizada a fines del siglo para establecer la república en aquel territorio. Ésa fue la conocida conspiración llamada de Gual y España, que terminó con sus jefes en la horca.

Las victorias francesas y la actividad republicana dentro de España llevaron al gobierno español a entablar conversaciones de paz en el mes de junio (1795); ese mismo mes los franceses tomaban Irún, Fuenterrabía, Tolosa y San Sebastián; el 17 de julio tomaban Bilbao y el día 22 se firmaba la paz de Basilea.

En esa paz, la parte española de la isla de Santo Domingo quedó cedida a Francia, cosa que preocupó seriamente a los ingleses. Inglaterra tenía sus planes para la isla. Ocupaba en la parte francesa todos los puertos importantes, excepto Cap Français y Port-de-Paix, en el norte; Tiburón, en el sudoeste; Jacmel y SaintLouis, en el sur, y en el mes de mayo había nombrado un "governor of Saint Domingue", el mayor general sir Adam Williamson, que hasta ese momento había sido comandante en jefe de las fuerzas inglesas del Caribe con asiento en Jamaica.

Aunque la guerra la hubiera arruinado, Haití había sido una colonia muy rica, la más rica de todas las colonias azucareras del mundo, y a los ingleses no les sería difícil restaurarla en el esplendor que tuvo antes de 1791. Pero la conquista de Haití se convertía en una tarea casi irrealizable y altamente costosa si los franceses disponían de la parte española de la isla, más grande, más montañosa, más fácil de defender que la parte francesa. El gobierno inglés, que quería evitar a toda costa el traspaso de la parte española de la isla a Francia, recordó que en el tratado de Utrecht España se había comprometido a no entregar ninguna de sus posesiones de América a ningún otro país, de manera que la cesión de la parte española de la isla de Santo Domingo no era válida desde el punto de vista inglés y éstos podían hacer valer

su opinión a cañonazos porque seguían en guerra con Francia. Colocada en una situación difícil, España negoció con franceses y con ingleses, y como resultado de la negociación se llegó a un acuerdo; la parte española de la isla sería francesa *de jure*, pero *de facto* seguiría en manos de España y ni ingleses ni franceses la usarían como territorio en la guerra que estaban llevando a cabo.

La cesión de Santo Domingo a Francia y la decisión inglesa de no permitir que ese territorio pasara a manos francesas indican hasta qué punto era importante lo que sucedía en Haití. Ya dijimos que en lo que respecta al Caribe la tempestad que había desatado la Revolución francesa había establecido su centro en Haití. Y era lógico que sucediera así, pues era en Haití donde estaban presentes las más graves contradicciones del capitalismo, que se hallaba en ese momento histórico atravesando una crisis profunda de expansión y a la vez de transformación. El gobierno de París pudo haber pedido a España otra concesión de paz, pero pidió la parte española de la isla donde se hallaba Haití. ¿Por qué? Porque a pesar de que era un gobierno producido por la Revolución quería de todas maneras salvar su posesión haitiana debido a que mantenía la ilusión de que Haití volvería a ser para la economía francesa lo que había sido antes de 1791. También los ingleses pensaban igual. Parece que está en la naturaleza humana proyectar hacia el porvenir las imágenes del pasado sin alcanzar a comprender que en el campo de los fenómenos políticos y sociales el pasado no admite restauraciones. En el caso de los franceses, ese error persistiría hasta provocar el formidable estallido que hizo fracasar a Napoleón en la tierra de Haití, caso que trataremos a su tiempo.

Los ingleses fracasarían también, pero en un plazo más corto; en cinco años, que fue lo que duró la ocupación británica de varios puntos de Haití. Pero en el año de 1795 no creían que eso podía suceder. Perdían muchos hombres, eso sí, lo que sin duda les preocupaba. La mayor parte moría debido a las enfermedades, pero muchos morían también en combates contra las fuerzas de Toussaint y Rigaud. Ahora bien, lo que no podían esperar los ingleses era que se les atacara en su propia base del Caribe, la isla de Jamaica. Y ahí fueron atacados; no por Francia ni por los haitianos, sino por una fuerza más peligrosa, fluida, penetrante e incontrolable que la de cualquier ejército enemigo,

la fuerza de la revolución negra, que tenía en Haití un ejemplo estimulante y se expandía de manera inevitable hacia todos los sitios donde había esclavos y negros discriminados, aunque no fueran esclavos.

Los ingleses de las Antillas tenían verdadero talento para mantener divididos a los negros y a los mulatos; para darles a algunos de ellos funciones y categorías que los colocaban por encima de las grandes masas esclavas, con lo cual usaban a unos negros contra otros; con ese fin formaban batallones de "Black Rangers" y de "Black Shots" con negros libres y hasta con esclavos que compraban a sus amos, Siguiendo ese modelo llegaron hasta a organizar regimientos enteros, los llamados *West Indies Regiments*.

Siempre que pudieran hacerlo sin riesgo de parecer débiles ante los esclavos, los ingleses evitaban usar crueldad con los negros, y en los casos en que debían aplicarla lo hacían con método y ceremoniosamente. Pero a veces su racismo era extremo. Por ejemplo, lord Lavington, que fue dos veces gobernador de las islas de Barlovento en el último tercio de ese siglo XVIII –el siglo revolucionario por excelencia–, no permitía que sus sirvientes negros usaran medias o zapatos y les exigía que se frotaran mantequilla en las piernas a fin de que éstas les brillaran; además, no tomaba nada de las manos de un sirviente negro e inventó un aparatito que mandó hacer de oro, para coger lo que le llevaran sus negros sin tener que recibirlo de sus manos.

De todos modos, teniendo que sufrir demostraciones de racismo o tratados con una dureza benevolente, los esclavos de las Antillas inglesas eran explotados como los de cualquier otro lugar del Caribe. También ellos tenían que trabajar como bestias en la producción de azúcar, de algodón, de jengibre, de índigo, de café; también ellos tenían que someterse a la rígida disciplina que prevalecía en las islas de la esclavitud. Y como era lógico, aunque algunos combatieran a las órdenes de los ingleses contra sus hermanos de raza y de destino sublevados, otros iban a seguir el ejemplo de Haití; y eso fue lo que sucedió en Jamaica a mediados de 1795, aunque nunca llegaría a producirse allí una revolución de la categoría que tuvo la haitiana.

Ya se dijo en el capítulo IX de este libro que cuando los cimarrones de Jamaica dieron fin en 1739 a la larga guerra que habían hecho contra los ingleses desde que éstos ocuparon la isla en 1655, lo hicieron

mediante un acuerdo en regla, y desde entonces vivieron como un pueblo que se distinguía entre los demás negros de la isla, y especialmente se distinguía de los negros esclavos. Eran los "Maroons", como se les llamaba en Jamaica y como se les llama todavía en 1968 a sus descendientes. En el acuerdo se les fijó como residencia un territorio en las vecindades de Trelawney Town, una villa que está en la parte central del oeste de la isla.

Pues bien, en el mes de julio (1795) sucedió que dos jóvenes cimarrones fueron acusados de sustraerle dos cerdos a un inglés blanco de Trelawney Town y se les condenó a recibir unos cuantos latigazos. Ahora bien, después de su acuerdo de paz con los ingleses los cimarrones habían colaborado varias veces con las autoridades en la tarea de capturar esclavos prófugos, y ocurrió que a la hora de infligir a los jóvenes "Maroons" el castigo del látigo se convocó a los esclavos del lugar, como se hacía siempre en Jamaica y en casi todos los territorios del Caribe, a fin de que presenciaran el castigo y les sirviera de ejemplo. Entre esos esclavos que estuvieron viendo el oprobioso espectáculo había algunos de los que habían sido capturados por los cimarrones en una que otra ocasión. Que esos esclavos prófugos, devueltos a sus amos por los cimarrones, presenciaran la humillación de dos jóvenes de su comunidad, era algo que los orgullosos cimarrones no podían tolerar, y como no podían tolerarlo, comenzaron a mostrarse provocadores y a buscar pretextos para lanzarse contra los blancos.

Cuando las autoridades de la isla se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo movilizaron fuerzas y a la vez movilizaron influencias de blancos de prestigio para que se llegara a un acuerdo con los cimarrones antes de que éstos se levantaran en armas, pero los cimarrones no se dejaban convencer. Había dos puntos en los cuales no cedían: uno, que se reparara públicamente la humillación impuesta a los dos jóvenes castigados; otra, que se les cambiara el funcionario que desempeñaba el cargo de "superintendente de los cimarrones".

En ese momento –días finales de julio–, el gobierno de Jamaica estaba despachando tropas hacia Haití para reponer las muchas bajas que tenían los ingleses allí; el día 29 salían las últimas de Port-Royal, pero hubo que despachar a toda carrera un barco rápido para que transmitiera al escuadrón que se dirigía a Haití órdenes de desviarse y aportar

en Montego Bay, que se halla situado a muy corta distancia hacia el noroeste de Trelawney Town, pues los cimarrones se habían declarado en rebeldía y estaban tratando de sublevar a los esclavos de la zona.

Cuando las fuerzas que iban destinadas a Haití llegaron a Montego Bay, el gobernador de Jamaica declaró la ley marcial y envió un ultimátum a los cimarrones: o hacían su entrega a las autoridades de Montego Bay a más tardar el día 12 de ese mes de agosto, y en ese caso serían perdonados, o su poblado sería incendiado y sus cabezas puestas a precio; y para hacer más convincente su ultimátum el gobernador les comunicó que se hallaban cercados por fuerzas muy superiores a las suyas y que por tanto sólo rindiéndose podían tener salvación.

Pero los cimarrones respondieron quemando ellos mismos su poblado y derrotando el propio día fijado para su entrega en Montego Bay a las fuerzas de caballería y a las milicias que los tenían cercados. Las bajas inglesas fueron numerosas, entre ellas el coronel jefe de sus tropas. Exactamente un mes después, los ingleses fueron derrotados de nuevo en los montes de Cockpit, al sur de Trelawney Town, y entre sus numerosos muertos tuvieron que contar también a su comandante.

Los dos fracasos alarmaron de tal manera a los blancos de Jamaica que la Asamblea Colonial ordenó la inmediata importación de perros cazadores de esclavos, que se usaban mucho en Cuba para perseguir a los esclavos prófugos, pero además de eso –lo que indica que no confiaban demasiado en los perros– puso en la dirección de las operaciones contra los "Maroons" nada menos que a un mayor general, George Walpole. El ejemplo de Haití era demasiado elocuente y los ingleses no estaban dispuestos a tener en Jamaica una segunda edición de Haití.

A mediados de diciembre llegaron de Cuba 40 expertos cazadores de esclavos prófugos con 100 perros entrenados en la repugnante tarea, y este episodio, mínimo si se quiere, y al parecer sin importancia, demuestra hasta qué punto los blancos de todo el Caribe estaban dispuestos a ayudarse entre sí para mantener la institución de la esclavitud, tan peligrosa, pero tan rentable, como se diría hoy.

Los cimarrones tuvieron que comenzar a entregarse a fines de diciembre debido a que las fuerzas inglesas fueron destruyendo sistemáticamente en la zona de la sublevación todo lo que pudiera servir para alimentar a los rebeldes, pero los últimos se rindieron en el mes de

marzo de 1796. Casi 600 cimarrones fueron sacados de Jamaica y enviados a Nova Scotia, donde lógicamente morirían debido a los rigores de un clima de nieves al que no estaban hechos; los que sobrevivieron a los fríos de Nova Scotia fueron llevados a Sierra Leona, en África, hacia 1800. Indignado por esa deportación en masa, el mayor general Walpole, que había obtenido la rendición de los cimarrones, se negó a recibir una espada de honor que la Asamblea de Jamaica decidió obsequiarle por el éxito que había tenido frente a los rebeldes.

Los cimarrones de Jamaica habían fracasado en su lucha. También fracasaron otros esclavos que se habían levantado en esos días en otros puntos de la región. Pero la historia había dado ya su veredicto: en el 1793, para los esclavos del Caribe había llegado el tiempo de la libertad.

Capítulo XVII

Nacimiento de la República de Haití

A la caída de los jacobinos, como era lógico que sucediera, comenzó a producirse en Francia un movimiento hacia lo que hoy llamamos la derecha, que fue ganando terreno hasta culminar en una sublevación de tipo realista; es la que en la historia de la Revolución se conoce por la fecha en que tuvo lugar, el 13 de vendimiario –5 de octubre de 1795–. Fue en los combates del 13 de vendimiario cuando el pueblo de París vio actuar a Napoleón Bonaparte, cuyo nombre venía distinguiéndose desde que participó decisivamente en el levantamiento del sitio de Tolón, dos años antes.

Al quedar pulverizada la conspiración realista en París con los combates callejeros del 13 de vendimiario, el reflujo político condujo al país hacia la derecha. Francia no iba a retornar, desde luego, al *ancien régime* que tuvo hasta la caída de Luis XVI, pero tampoco al gobierno radical de los jacobinos. Aunque ya la Convención Nacional no era la de Robespierre y Marat, seguía siendo un tipo de gobierno que sumaba todos los poderes y eso le parecía muy peligroso a la burguesía, que había acabado imponiéndose al país el 13 de vendimiario; de manera que se elaboró una nueva Constitución –la tercera en seis años– en la cual se estableció un poder ejecutivo de cinco miembros denominado el Directorio y uno legislativo compuesto de dos cámaras, la de los Ancianos y la de los Quinientos. Ese régimen iba a durar hasta el golpe de Estado del 18 de brumario –9 de noviembre de 1799–; después de ese día se constituiría el Gobierno del Consulado, compuesto por tres cónsules, y Napoleón Bonaparte, el autor del golpe de Estado, sería el primer cónsul, de hecho, el único que gobernaba el

país; luego pasaría a ser cónsul vitalicio y por fin emperador de Francia.

La guerra con España había durado de marzo de 1793 a julio de 1795; fue, pues, una guerra limitada al tiempo de la Convención Nacional. Pero la guerra con los ingleses, que había comenzado bajo la Convención –el 1 de febrero de 1793–, duraría hasta marzo de 1802, cuando terminó con el tratado de Amiens– el día 27–; de manera que ésa fue una guerra de la Convención, del Directorio y del Consulado. Como veremos en este capítulo, España, la vencida de 1795, se alió a Francia en 1796, es decir, bajo el Gobierno del Directorio, y mantuvo la guerra contra los ingleses hasta la paz de Amiens.

Debido a su trágico destino de frontera de los imperios, el Caribe seguía padeciendo los embates de la guerra, lo mismo si había luchas entre Francia y España o entre España e Inglaterra que si los beligerantes de hoy pasaban a ser los aliados de mañana. Cualquiera que fuera la posición de un imperio europeo frente a otro, sólo podía haber paz en el Caribe si la había en Europa. Así, al entrar el año de 1796 se seguía luchando en el Caribe tanto como en el 1795.

En Haití se combatía contra los ingleses que habían tomado los puertos principales del oeste y Julien Fédon seguía su guerra a muerte contra los ingleses en Granada. En este último lugar los británicos quedaron reducidos, como dijimos en el capítulo anterior, a moverse sólo dentro de los pequeños límites de la villa de Saint George. El sitio de Saint George se prolongó hasta el mes de marzo, cuando los ingleses recibieron refuerzos suficientes para levantarlo, pero no para avanzar hacia el interior de la isla. Para eso hacía falta un contingente inglés más grande, y llegó en el mes de abril, cuando Inglaterra colocó en el Caribe una fuerza realmente poderosa, de mar y de tierra, bajo el mando del almirante sir Henry Harvey y del general sir Ralph Abercromby. Esa fuerza iba a actuar a fondo en las islas antillanas –con la excepción de Haití–, y en el caso de Granada lo hizo sin que Fédon pudiera ser derrotado. El jefe guerrillero se retiraba hacia los montes con dominio de sus hombres e iba dejando en el camino prisioneros ingleses degollados.

A fines de abril Abercromby se lanzaba sobre Santa Lucía y el día 27 desembarcaba tropas en Anse le Choc y Anse le Raye, las dos situa-

das en la costa del oeste. Al precio de bajas muy numerosas –más de 500 entre muertos y heridos–, los ingleses acabaron dominando los puntos clave de Santa Lucía en un mes de lucha, pero un número importante de franceses –blancos, mulatos y negros– se refugiaron en las montañas del interior allí siguieron combatiendo con fiereza.

En San Vicente el año de 1796 había comenzado mal para los ingleses. El día de Reyes –6 de enero– los indios caribes les habían infligido una derrota costosa y se hizo peligroso salir fuera de la pequeña Kingstown. Pero en el mes de junio llegaba a San Vicente Abercromby en persona con fuerzas imponentes; en pocos días, mediante ataques furibundos, Abercromby consiguió levantar el sitio de Kingstown, e inmediatamente se lanzó a perseguir a los caribe con tanta dureza que a mediados de julio se rindieron algunos grupos de ellos. Esos indios rendidos fueron sacados de la isla y llevados a las Granadinas; la mayor parte de sus compañeros, sin embargo, seguía luchando entre los riscos de San Vicente, el último baluarte de su raza en las Antillas.

Mientras tanto, el almirante Harvey había destacado la fragata *Alarm*, de 36 cañones, en el extremo sudeste del Caribe con la orden de que custodiara las aguas de la región e impidiera que llegaran a manos de los franceses de Granada, Santa Lucía y Guadalupe víveres, ganado o algún tipo de ayuda que el enemigo pudiera adquirir en Venezuela o Trinidad. Las embarcaciones que llevaban esas mercancías eran a menudo balandras de bandera española, pero a veces había alguna de bandera francesa; además, el incansable Víctor Hugues estaba dando en Guadalupe autorización de corso para que se atacara a los ingleses en esas aguas. De todos modos, con razón o sin ella, es el caso que la *Alarm* hacía presas españolas y, francesas y parece que en ocasiones destruyó a cañonazos una que otra. En una ocasión una de las balandras fue perseguida hasta el puerto de Chaguaramas, en la isla de Trinidad, y los ingleses bajaron hombres a tierra para perseguir a los tripulantes. Se trató de un incidente muy confuso, pero según reportó a sus jefes el comandante de la *Alarm,* capitán Vaughn, después de lo que sucedió en Chaguaramas su buque entró en Puerto España y un grupo de sus hombres que bajó a tierra fue insultado y amenazado por unos cuantos franceses de los que se habían refugiado en Trinidad en los últimos años.

Efectivamente, en Trinidad había muchos franceses, y sólo en Puerto España, a juzgar por el número que se incorporó a las dos compañías formadas por ellos para hacer frente al ataque inglés de 1797, debía haber más de 1,000 entre hombres, mujeres y niños. Una parte de esos franceses estaba en la isla desde que habían comenzado en las colonias de Francia las rebeliones contra los grandes blancos, y ésos, lógicamente, debían ser realistas; pero otra parte había llegado después de que los ingleses comenzaron sus ataques a las islas francesas de Barlovento, y ésos, según había informado a Madrid el gobernador don José María Chacón, eran en su mayoría mulatos y negros. De todos modos, es difícil afirmar que todos los que insultaron a los marinos ingleses fueran franceses, pero es el caso que el capitán Vaughn lo estimó así y bajó hombres armados para atacarlos. El incidente llegó a ser tan grave que el gobernador Chacón tuvo que intervenir y reclamar respeto para la soberanía española, lo que evitó un combate que parecía inminente. No sabemos en qué fecha ocurrió el episodio, pero lo que sabemos es que ya en el mes de abril de 1796 el gobierno español y el francés estaban firmando los preliminares de un tratado de alianza, y uno de los argumentos que usaban los españoles para justificar esa alianza con los que hasta el año anterior habían sido sus enemigos, era el insulto británico hecho a la bandera española en Trinidad.

En realidad, lo del insulto a la bandera y todos los demás pretextos del gobierno español para justificar su alianza con los franceses ocultaban la verdad de un fenómeno político, el de la lucha de los círculos burgueses de España contra el viejo orden social del país. La burguesía española se inclinaba a Francia y quería estar de su lado, pero el peso del viejo orden social español la frenaba. La burguesía tenía el poder político, pero era en realidad más débil que sus antagonistas; por eso la burguesía vacilaba en las horas de crisis y por momentos cobraba impulso y trataba de imponer sus inclinaciones usando pretextos tales como el del honor del pabellón ultrajado en Trinidad. Puede decirse que esa situación de avances y retrocesos del círculo burgués que gobernaba a España se reflejó nítidamente en el caso de las relaciones del país con la Revolución francesa y más concretamente en las negociaciones para llegar a la alianza de 1796. El tratado se firmó al fin en San Ildefonso el 18 de agosto (1796) y en una de sus cláusulas se especifi-

caba que en el orden militar la alianza sólo tendría efecto contra los ingleses.

Mientras españoles y franceses negociaban el acuerdo que los uniría en la guerra contra los británicos, éstos se apresuraban a terminar la conquista y la pacificación de Granada, lo que pudieron conseguir sólo después de la desaparición de Julien Fédon, el guerrillero indomable, cuyo cuerpo no se halló nunca. De los hombres que siguieron a Fédon en la lucha, muchos murieron ahorcados a manos de los vencedores; las tierras de todos los que combatieron del lado francés fueron confiscadas y los esclavos enviados a Belice. Algo parecido se hizo en Santa Lucía, pero los negros de Santa Lucía fueron llevados mucho más lejos, a África, de donde habían sido sacados sus padres y seguramente algunos de ellos mismos, y no precisamente para que hicieran un viaje de placer por las deslumbrantes islas del Caribe. En cuanto a los indios de San Vicente, los ingleses habían resuelto impedir de una vez para siempre que volvieran a sublevarse; así, en el año de 1797 –cuando se cumplían 305 años del descubrimiento– reunieron a todos los que pudieron apresar –algo más de 5,000, ancianos sacerdotes, jóvenes guerreros, muchachas adolescentes, niños recién nacidos– y los llevaron a Roatán, donde murió un alto número, y después a Belice; y allí desapareció, internándose en los bosques, mezclándose con gentes de otras razas, el último resto de ese pueblo arrogante y bravío que dio su nombre al mar de Colón. Como era lógico que sucediera, pues para eso iban los blancos de Europa a hacer la guerra al Caribe, las tierras de los caribes de San Vicente fueron donadas o vendidas a bajo precio a los que se habían distinguido en la lucha para destruir el último bastión indígena de las islas antillanas.

La alianza francoespañola se mantuvo en secreto algo más de mes y medio, que era el tiempo indispensable para que España alertara a las autoridades de sus posesiones americanas; pero el 6 de octubre (1796), Carlos IV declaraba rotas las hostilidades con la Gran Bretaña. Menos de cinco meses después España recibía un golpe mortal en Trinidad, y en abril (1797), estaría siendo atacada en San Juan de Puerto Rico.

El enérgico Víctor Hugues –un personajes que merece un capitulo en la historia de la Revolución–, alcanzó a conocer los planes de Inglaterra para atacar Trinidad y se los comunicó al gobernador Chacón al

tiempo que le ofrecía ayuda en dinero, víveres y 1,000 hombres; y el cónsul francés en Puerto España, no sabemos si obedeciendo órdenes de Hugues, le ofreció a Chacón 800 fusiles que había a bordo de un barco francés que se hallaba en el puerto de la capital trinitaria.

Pero Chacón no hizo uso de esas ofertas. Quizá el gobernador de Trinidad se sentía fuerte debido a que en la bahía de Chaguaramas, a corta distancia al oeste de Puerto España, había un escuadrón de cuatro buques, parte de la flota de Aristizábal que se hallaba en el Caribe, y ese escuadrón, comandado por Ruiz de Apodaca, tenía unos 700 soldados. Además de esas fuerzas, Chacón disponía de unos 2,500 hombres entre milicias criollas y dos compañías de franceses de los que vivían en Trinidad. Pero es el caso que las fuerzas de Chacón no podían enfrentar las de Abercromby, que alcanzaban a 7,500 infantes, mientras la escuadra enemiga, bajo el mando personal de sir Henry Harvey, estaba compuesta por trece naves de guerra y 30 buques auxiliares.

No se dispone de informes detallados sobre lo que pasó en la bahía de Chaguaramas cuando cruzó frente a ella, o entró en ella, la escuadra de Harvey, lo que sin duda debió suceder el 16 de febrero (1797); no se sabe si hubo combate o si al darse cuenta del poder inglés, Ruiz de Apodaca comprendió que no tenía la menor posibilidad de presentarle al enemigo una batalla naval. Lo que se sabe es que los barcos de Ruiz de Apodaca fueron quemados, por acción de los cañones ingleses o por órdenes del comandante español, y que a raíz de eso Ruiz de Apodaca se dirigió a Puerto España con sus hombres para decidir en tierra la suerte de Trinidad. Pero los marinos españoles no llegaron a combatir, porque cuando los ingleses entraron en las aguas de Puerto España y comenzaron a desembarcar fuerzas –lo que sucedió en las primeras horas del 17 de febrero–, el gobernador Chacón pasó a los defensores la orden de retirarse sin ofrecer resistencia, y él mismo abandonó su palacio de gobierno y fue a refugiarse donde un amigo francés que tenía una plantación de azúcar en un lugar vecino de Puerto España.

Los ingleses entraron en la capital de la isla sin disparar un tiro, como en un desfile militar. Al llegar al palacio del gobernador, no hallaron allí autoridad alguna; la única persona a quien pudo dirigirse Abercromby fue al cura de la ciudad, que estaba en el palacio. Manda-

do buscar por el general inglés, el gobernador Chacón retornó a la ciudad en la noche y al día siguiente firmaba la rendición de la isla, y con ella su entrega a un vencedor que había logrado una victoria sin combatir. Desde entonces –18 de febrero de 1797–, Trinidad sería posesión inglesa, la segunda en tamaño de sus islas del Caribe. Con ella en su poder, Inglaterra se aseguraba el paso del Caribe al Atlántico hacia Barbados y la Guayana, lo que era muy importante desde el doble punto de vista militar y comercial.

Nunca antes, en toda la historia del Caribe, había sucedido nada igual, España podía ser derrotada, pero se batía siempre, y en Trinidad no disparó un fusil. Tal vez Harvey y Abercromby pensaron que podía suceder algo parecido en Puerto Rico, y comenzaron a preparar el ataque a esa isla, para el que estuvieron listos al mediar el mes de abril. El día 17 los vigías apostados en los puntos más avanzados hacia el este de la ciudad de San Juan anunciaban que estaba a la vista una escuadra de 68 velas, y las autoridades de Puerto Rico sabían a qué atenerse, pues esperaban el ataque inglés desde hacía algunos días. Y efectivamente, se trataba de la escuadra de sir Henry Harvey, que después de la toma de Trinidad había estado aprovisionándose y reforzándose en Barbados. Los ingleses llevaban en esa ocasión más de 8,000 soldados, bajo el mando de sir Ralph Abercromby.

San Juan era una ciudad con un buen cinturón defensivo construido a base de fuertes que estaban dotados de suficiente cantidad de cañones y de pólvora; además, en ese momento disponía de unos 4,000 hombres, la gran mayoría de ellos naturales de la isla, blancos, mulatos y negros, si bien sólo tenían experiencia de guerra algunos centenares, sobre todo españoles y miembros de la colonia de refugiados franceses. Pero desde el punto de vista de la capacidad para hacerles frente a los ingleses, lo más importante era que el jefe español, el gobernador don Ramón de Castro, tenía todas las condiciones que hacían falta para el caso: era resuelto, excepcionalmente enérgico y se había batido con los británicos en Pensacola.

Los ingleses comenzaron a desembarcar fuerzas en las primeras horas del día 18, todavía oscuro, después de un intenso cañoneo de preparación. El lugar escogido para desembarcar fue el oeste de la punta del Condado, a fin de avanzar hacia el caño de San Antonio y apo-

derarse del fuerte que defendía el puente de ese nombre. En ese punto los ingleses fueron detenidos por unos pocos centenares de los hombres del gobernador Castro, a pesar de que el ataque fue hecho con una fuerza muy superior; sin embargo, una columna enemiga que se había lanzado a la conquista del puente de Martín Peña forzó la retirada de los defensores, lo que a su vez dejó descubierta la retaguardia de los que se batían en San Antonio; al mismo tiempo, al avanzar de Playa de Cangrejos hacia el sur y hacia el oeste, los ingleses cortaban las comunicaciones de San Juan con el este de la isla de Puerto Rico.

El día 19 la situación aparecía difícil para los defensores de la plaza de San Juan, pero no era mejor para los atacantes.

Con los accesos de San Juan hacia el este en su poder, Abercromby no resolvía nada si Harvey no lograba penetrar en la bahía o si no se lograba formar una tenaza sobre la ciudad, desembarcando una columna hacia el oeste de la bahía. Todo el día 20 los ingleses estuvieron reconociendo la costa del oeste de la ciudad, probablemente buscando un lugar de desembarco, que no hallaron, o estudiando cómo efectuar una entrada en la bahía, maniobra que era impracticable dado el estado de defensa de la boca y su difícil acceso, aun sin defensas, para pilotos que no la conocieran.

El día 21 los ingleses fueron desalojados del puente de Martín Peña, lo que dejó sus líneas de aprovisionamiento en peligro; el 24 fueron atacados en su campamento de la playa de los Cangrejos, pero el 25, después de haber establecido baterías en las colinas del Condado, lograron asaltar y tomar la isleta de Miraflores, dentro de la bahía de San Juan. El día 28 la batalla fue muy dura y sostenida de ambas partes a fuerza de artillería, con los ingleses usando la suya desde Miraflores y los defensores respondiendo desde la Puntilla. Mientras tanto, el gobernador Castro iba situando sus fuerzas en posiciones adecuadas para lanzar una ofensiva general, por el sur, el este y el noroeste. La ofensiva fue lanzada el día 29 a base de cuerpos volantes, de gran capacidad de movimientos, y se sostuvo sin descanso hasta el día 30. Abercromby se vio cercado y probablemente consideró que estaba siendo atacado por una fuerza superior a la que en realidad lo atacaba. Su única vía de escape era hacia Cangrejos, donde fue reuniendo sus hombres bajo el fuego. Esa misma noche del 30 de abril (1797), el general inglés or-

denaba el reembarque de sus tropas, que se hallaban a bordo de sus unidades cuando rompió el 1 de mayo. El día 2, a mediodía, la escuadra inglesa comenzaba a desfilar hacia el este; al amanecer del 3, ningún vigía de la isla alcanzaba a ver una sola de sus velas.

Precisamente en ese mes de mayo de 1797, Toussaint Louverture era ascendido a general en jefe de las fuerzas de Haití, de todas las fuerzas, con lo que deseamos significar que también de las francesas que había en la colonia. Un negro, nacido esclavo, mandaba sobre militares blancos de Francia. Sin duda lo que había sucedido en Haití era asombroso. Al hacerse cargo de su nueva posición, Toussaint tenía a sus órdenes doce regimientos, diez de ellos de infantería y dos de caballería, cuyos jefes eran negros –siete–, mulatos –cuatro–, y uno blanco. Los ingleses se mantenían en las plazas que habían ocupado, pero bajo la autoridad de un nuevo gobernador, el teniente general John Graves Simcoe, que había sido nombrado en sustitución del general Williamson, y Toussaint se ocupaba de ir destruyendo metódicamente, una por una, las bandas de antiguos cimarrones que operaban cerca de las posiciones inglesas, amparados por éstos; además, estuvo limpiando también de antiguos cimarrones la región de Mirebalais. Con un tacto político exquisito, "el primero de los negros" procuraba no entrar en lucha abierta con los ingleses, pero al mismo tiempo iba desalojando de los lugares que lo separaban de ellos a los grupos negros que pudieran servirles de escudo si se hacía necesario combatir, y a la vez iba poniendo orden en su retaguardia. Los ingleses, que tenían contadas más de 20,000 bajas desde que comenzaron a operar en Haití, parecían no estar dispuestos a lanzarse a fondo a una guerra cuyos resultados se veían dudosos.

No sabemos en qué momento comenzó Toussaint Louverture a negociar la retirada de los ingleses, pero es el caso que el gobernador Graves Simcoe fue llamado a Londres y dejó como jefe de las fuerzas británicas de Haití al brigadier general Thomas Maitland. Maitland, que sólo podía disponer de unos 2,500 hombres sanos en caso de emergencia, empezó a tornar nota de que Toussaint estaba situando muy cautamente un cordón de tropas alrededor de Port-au-Prince. Cuando Maitland calculó que las fuerzas de Toussaint podían ascender a unos 15,000 hombres, resolvió, con muy buen tino, que había llegado la

hora de acordar una convención de evacuación honrosa para su bandera. En ese momento Graves Simcoe estaba obteniendo en Londres que su gobierno enviara refuerzos a Haití. Toussaint, pues, había actuado oportunamente.

La convención para evacuar las plazas que estaban en manos inglesas se firmó el día 2 de mayo de 1789 y Toussaint entró en la capital de la colonia el 15 de julio. Los ingleses alegaron a última hora que la convención firmada el 2 de mayo no incluía ni a las fuerzas que se hallaban en la Mole de Saint-Nicolas ni a las que estaban en Jeremie, lo que produjo una situación difícil entre Toussaint y el comisionado de Francia, el general Hédouville. La posición de Toussaint se hizo muy embarazosa ante Hédouville cuando los ingleses trataron de hacerse fuertes en Jeremie, cosa que no pudieron debido a que André Rigaud, desde el sur, y el propio Toussaint desde Port-au-Prince, movilizaron rápidamente fuerzas que convirtieron el plan inglés en irrealizable. Al fin los británicos evacuaron Saint-Nicolas el 13 de agosto, y Jeremie el 2 de octubre.

Así, al terminar el año de 1798, arruinada y convulsa todavía, pero con una tremenda capacidad para seguir luchando, la colonia francesa de Saint-Domingue estaba libre de soldados extranjeros y libre también de la esclavitud negra. Muchos de los emigrados que habían huido a Cuba, a Santo Domingo, a Puerto Rico y otras islas del Caribe, y sobre todo a los Estados Unidos, estaban retornando, quizá con la ilusión de que iban a hallar sus propiedades tal como las habían dejado o, por lo menos, que iban a reemprender la vida que habían hecho en los días anteriores a 1791. Pero el país no era ya el mismo ni volvería a serlo. Las tierras por donde pasa una revolución verdadera –y la de Haití había sido la revolución más profunda de América, puesto que la de Estados Unidos no llegó a sus niveles sociales y raciales–, son como aquéllas donde se levanta inesperadamente un volcán: el paisaje no vuelve a ser lo que había sido.

Entre la evacuación de Saint-Nicolas y la de Jeremie, el día 3 de septiembre (1798), para ser más precisos, una fuerza naval española comandada por el general Arturo O'Neil, gobernador de Yucatán, trató de forzar la entrada en el río Belice para desalojar a los ingleses que habían vuelto a establecerse allí, en violación de los acuerdos de la paz

de Versalles. En ese momento había en Belice un navío inglés, que se había convertido en la base de una flotilla ligera organizada con embarcaciones de los cortadores de madera, pequeñas, pero rápidas y maniobrables. El escuadrón español, con sus naves pesadas, no pudo entrar al río, y el día 6 se movió sobre Cayo Cocina con el propósito de desembarcar allí hombres, cosa que no pudo hacer porque se lo impidió la flotilla enemiga. El día 10, O'Neil ordenó echar hombres en Cayo Cocina a cualquier precio, pero resultaba que los estrechos canales que rodeaban Cayo Cocina, bordeados de arrecifes y de cayos minúsculos, no permitían que pudieran maniobrar los numerosos barcos que formaban su escuadra, y en cambio las embarcaciones pequeñas de los ingleses podían moverse con toda libertad y en situación de ventaja; tan ventajosa, que en la batalla de Cayo Cocina los ingleses no tuvieron una sola baja y, sin embargo, la ganaron sin la menor duda. Desde ese día –10 de septiembre de 1798– Belice pasó a ser definitivamente una posesión inglesa.

Para España la Revolución francesa estaba significando un descalabro en el Caribe. Cuando combatía a Francia había perdido la primera de sus posesiones del nuevo mundo; es decir, Santo Domingo o la tierra por donde había comenzado en 1493 la conquista de América; cuando pasó a ser aliada de Francia perdió la isla de Trinidad y el territorio de Belice. Mirando hacia atrás podía advertirse que cada paso produjo el siguiente; que el vacío de poder dejado por España en varios puntos del Caribe le dio a Inglaterra Barbados, las Islas Vírgenes, las de Barlovento, Jamaica, y que desde esos puntos Inglaterra iba expandiéndose por la zona a expensas de España; que las mismas razones le proporcionaron a Francia también tierras del Caribe, y que al entrar en guerra en Europa, Inglaterra, Francia, España, una contra dos, dos contra una –como quiera que fuera la guerra–, la víctima en el Caribe era España, la que abrió las puertas de esa parte del mundo para Europa.

Trinidad y Belice quedaron en manos inglesas y, sin embargo, Santo Domingo, cedida a Francia, no había sido ocupada por ésta. Aunque España e Inglaterra se combatían en Europa y en el Caribe desde octubre de 1796, el *status-quo* de Santo Domingo se mantenía: francesa *de jure*, española *de facto.* Tanto en la parte francesa de la isla como en la que a pesar de todo seguía siendo gobernada por España, había comi-

sionados franceses cuyas funciones eran las de resolver lo mejor posible los conflictos de autoridad que pudieran presentarse en los dos territorios y mantener a todo trance el *status quo*. Pero esa situación iba a tener fin justamente al comenzar el siglo XIX, esto es, en los primeros días de enero de 1801.

Toussaint Louverture había pasado los últimos meses de 1798 haciéndole frente a la rebelión de uno de sus lugartenientes y negociando el establecimiento de relaciones comerciales y consulares con Estados Unidos y con Inglaterra. Logró esto último en el mes de enero de 1799, aunque de manera parcial, puesto que el monarca inglés autorizó el comercio entre Haití y Jamaica, lo que era una medida sorprendente, dado que Inglaterra y Francia seguían en guerra y tanto Haití como Jamaica eran colonias de los dos países. En cierto sentido, pues, Londres reconocía a Toussaint como jefe de un Estado y eso era una novedad en las relaciones internacionales. Desde febrero de ese año de 1799 hasta mediados de junio, Toussaint estuvo dedicado a negociar un acuerdo con André Rigaud, que se mantenía en el departamento del Sur como jefe autónomo, y a partir de mediados de junio, al romper las hostilidades entre él y Rigaud, se mantuvo ocupado en esa guerra, que iba a terminar el 1 de agosto del último año de ese agitado y fecundo siglo XVIII, esto es, el 1800.

Toussaint había establecido en Haití un régimen duro para los antiguos esclavos; mejor dicho, excesivamente duro. Bajo su mando los negros de Saint-Domingue eran libres porque nadie podía comprarlos ni venderlos, pero no eran dueños de lo que producían y ni siquiera de su tiempo. La obsesión de Toussaint era levantar la economía de la colonia a los niveles anteriores a 1791 y como no tenía –ni podía tener– ideas del siglo XX, no sabía cómo resolver el problema de producir igual o más que en 1791 sin disponer de capitales, de técnica de producción, administración y distribución. A Haití no le quedaba de lo que había tenido sino dos cosas: los hombres y la tierra. Si se les daba la tierra a los hombres, a cada familia un pedazo, producirían sólo para vivir y probablemente para vivir mal. Eso lo sabía Toussaint, que había sido supervisor de cultivos en la "habitación" Breda. Había que producir para comer y para exportar; ésa era su idea. Y trató de sacarla adelante adscribiendo a los hombres a las antiguas propiedades

y sometiéndolos a una disciplina de trabajo tal vez más dura que la que habían tenido antes de que Sonthonax proclamara su libertad en agosto de 1793. Los antiguos esclavos eran libres porque ya nadie podía comprarlos, venderlos, apalearlos o encerrarlos en calabozos privados, pero su régimen de trabajo se parecía mucho al de antes y su producción no era de ellos. El sistema estaba dando resultados económicos, puesto que efectivamente la colonia prosperó en relación con el bajo nivel a que habían llegado en 1793 o 1794.

La guerra del Sur no afectó la situación económica de SaintDomingue, de manera que una vez terminada Louverture pudo dedicarle tiempo al problema que iba a ser el más importante de su vida. Se trataba de la ocupación de la antigua parte española de la isla, cosa que haría sin dar cuenta de sus propósitos a Bonaparte, que era en ese momento –y no debemos olvidarlo– el gobernante de Francia y el hombre más poderoso de Europa.

En verdad, nunca se sabrán las razones verdaderas por las cuales Toussaint se jugó su destino –y jugó el de su pueblo– al extender su autoridad a la parte de la isla que había sido española. Por lo menos, no se sabe que él se las confiara a nadie ni en el secreto más riguroso. Puede presumirse que Toussaint era consciente de que Haití estaba expuesta a un ataque –como la atacaron Inglaterra y España– si mantenía al lado, en una situación indefinida, un territorio como el de Santo Domingo, donde cualquier ejército podía establecer una base de operaciones para actuar en Haití. ¿O era, como se ha dicho, haciendo deducciones, que "el primero de los negros" planeaba establecer más tarde una república independiente en Haití y quería estar seguro de que cuando eso sucediera los franceses no podrían atacarlo a través de la antigua parte española?

Nadie lo sabe. Pero es el caso que Toussaint se dispuso a hacerlo y buscó pretextos para actuar. Alegó que los amos de esclavos de la parte del este estaban sacándolos del país y vendiéndolos en otros territorios del Caribe con el consentimiento del general Kerverseau, que representaba en el este al agente de Francia en Haití, y como este agente –Roume, que había sido enviado de nuevo a SaintDomingue– no aceptara los alegatos, Toussaint lo hizo salir para Francia, lo que indica que estaba decidido a todo con tal de sacar adelante su propósito.

Así, al comenzar el mes de enero de 1801 –el día 4–, tras declarar que la isla era "una e indivisible", Louverture entró a Santo Domingo con dos columnas, una que envió por la región del norte y otra por la región sur. La última iba al mando de su sobrino Paul Louverture y con ella iba el propio Toussaint. La columna del norte halló resistencia en dos puntos; la del sur la halló en uno, al cruzar el río Nizao. Tanto las fuerzas del norte como las del sur derrotaron fácilmente a los que pretendían impedirles el paso y alcanzaron su destino; el de la primera era Santiago de los Caballeros, la villa más importante del norte, y el de la segunda era Santo Domingo, la ciudad más antigua del hemisferio occidental, a la que Toussaint entró el día 26 de enero.

Si los amos de esclavos de esa parte que Toussaint había invadido podían venderlos era porque allí había esclavitud. Y la había. Dadas las circunstancias especiales en que se hallaba esa porción de la isla, en ella regían todavía las leyes españolas, y en los territorios españoles se conservaba el régimen de la esclavitud. Pero, además, se conservaba porque eso entraba en ciertos planes de Bonaparte a los que éste les daba una importancia singular y –como veremos pronto–, desde su punto de vista, tenían realmente importancia singular.

Toussaint, que no conocía ni podía conocer lo que estaba pensando Bonaparte, proclamó desde la ciudad de Santo Domingo la libertad de los esclavos, cosa que hizo el 7 de febrero; después tomó otras medidas administrativas y políticas, y en el mes de marzo retornó a Port-au-Prince, donde se dedicó a elaborar una Constitución en la cual quedaba designado gobernador vitalicio de toda la isla, con derecho a elegir sucesor.

En ese mismo mes de marzo, en el que Toussaint Louverture volvía a Port-au-Prince después de haber extendido su autoridad en nombre de Francia a la antigua parte española, los ingleses se lanzaban a conquistar la isla sueca de San Bartolomé, Eso sucedió el día 20; el 24, tras un ataque de alguna duración, tomaron la pequeña isla francoholandesa de San Martín; el 28 conquistaban Saint Thomas y Saint john, y cuatro días después, el 1 de abril, caía en sus manos Santa Cruz. Como se ve, el Caribe seguía siendo frontera imperial y, sin embargo, Toussaint actuaba como si fuera el gobernante de un país libre al que no podían afectarle las medidas que tomaran los imperios de Europa. In-

cidentalmente debemos decir que en sus ataques de marzo de 1801 a las pequeñas islas del grupo de las Vírgenes los ingleses usaron tropas negras, uno de sus *West India Regiment*, y que un año después esas tropas se les rebelarían en Dominica.

La noticia de lo que había hecho Toussaint al tomar posesión de la parte este de la isla de Santo Domingo debió llegar a Francia a mediados de febrero. En ese momento, Bonaparte se hallaba dando los toques finales a una operación política de altos vuelos y a otra operación económicopolítica a la que él atribuía un valor excepcional. Y sucedía que la actuación de Toussaint ponía en peligro lo que él estaba llevando a cabo.

En el curso de la guerra Francia había demostrado que ella era un poder incontrastable en la Europa continental, pero los ingleses habían demostrado que Gran Bretaña era la dueña de los mares y que con su dominio naval podía cortar en cualquier momento el comercio de Francia con sus colonias. Napoleón se daba cuenta de que para seguir siendo un país de primer rango en Europa, Francia necesitaba el suministro de los productos de sus colonias –así como venderles a esas colonias–, de manera que tenía que hacer algo para que Inglaterra devolviera a Francia las colonias del Caribe, que habían caído, casi en su totalidad, en manos inglesas. Era, pues, indispensable llegar a una paz con Inglaterra, pero eso requería que se hiciera antes la paz en la Europa continental, y Napoleón se hallaba dando los detalles finales al acuerdo de paz con el imperio austriaco cuando Toussaint tomó la antigua parte española de la isla de Santo Domingo. Ese tratado era la base para negociar la paz con los ingleses.

Ahora bien, uno de los puntos que Napoleón iba a usar en sus negociaciones con Gran Bretaña era, precisamente, el de la esclavitud. A su juicio, Francia e Inglaterra debían ponerse de acuerdo para evitar que siguiera propagándose en América la rebelión de los esclavos. Aunque Francia se hallaba en una situación difícil, puesto que en Haití se había proclamado la abolición de la esclavitud, Bonaparte podía llegar a ofrecer la restitución del sistema esclavista en los territorios franceses del Caribe, si era necesario. Y sucedía que a él le convenía que fuera necesario, porque la paz con Inglaterra se entrelazaba con un plan concreto que venía acariciando desde el año anterior: el de crear

una vasta y rica colonia francesa en tierra continental de América del Norte, en la Luisiana.

A la vez que negociaba con Austria el tratado de paz que iba a firmarse en Lunéville en 1801 –precisamente en los días en que supo que Toussaint había ocupado la antigua parte española de Santo Domingo–, Napoleón estaba negociando con España la devolución de la Luisiana a Francia. Así, en octubre de 1800, los diplomáticos franceses ofrecían al gobierno de España que Napoleón crearía un ducado de 200,000 habitantes para el duque de Parma a cambio de la Luisiana, y esa oferta había sido aceptada; poco después Bonaparte se comprometió a no entregar ni vender la Luisiana a ningún país que no fuera España, y después de haber firmado el tratado de Lunéville obtenía que España confirmara la cesión definitiva de Luisiana. Esto último sucedió el 21 de marzo.

Aunque ya se ha dicho, debemos repetir que en los territorios de España en América persistía la esclavitud, y por tanto persistía en la Luisiana; y la permanencia de la esclavitud era para Napoleón algo de extremada importancia, no sólo porque el tema entraba en sus planes para negociar con Inglaterra, sino porque él sabía que era imposible levantar una gran colonia sin esclavos.

Así, lo que Toussaint había hecho en Santo Domingo venía a destruir todo lo que Napoleón había proyectado sobre la base de mantener la esclavitud en unos lugares y ofrecer, por lo menos, su restitución en otros. En el orden político –la paz con los ingleses– y en el orden económico –la gran colonia de la Luisiana–, Toussaint había golpeado duramente a Bonaparte. ¿Cómo podría él desautorizarse a sí mismo diciéndoles a Inglaterra y a los capitalistas franceses llamados a hacer inversiones en la Luisiana que Toussaint Louverture, ese negro de Saint Domingue, había actuado sin su autorización y sin consultarle, siquiera, lo que pensaba hacer? Toussaint, pues, había herido a Napoleón en su parte más sensible, y la cólera de Bonaparte era como la de un dios que tenía en las manos el poder de lanzar rayos.

Esa cólera es lo que explica la palabra "bandidos" –*brigands*– usada por Napoleón contra Toussaint y sus principales jefes militares cuando se refirió a ellos en una carta al general Leclerc, pero es en sus planes sobre la Luisiana y en sus compromisos con Inglaterra donde hay que

buscar la explicación para su orden de que se dejara "nula y sin efecto" la ocupación de la parte española realizada por Toussaint y la de que los esclavos de esa parte, declarados libres por Toussaint, fueran devueltos a su estado anterior, es decir, al de la esclavitud. Ese proceso seguiría su curso en escalada, la palabra puesta de moda por la guerra de Vietnam, hasta llegar a la ley del 30 de floreal del año X –20 de mayo de 1802–, con la cual se restableció la esclavitud en los territorios franceses del Caribe, aunque por razones políticas se dieron órdenes de que no fuera aplicada en Haití.

Después de haber obtenido la confirmación de la cesión de la Luisiana, Napoleón comenzó a negociar la paz con Inglaterra. Podemos presumir que necesitaba más que nunca esa paz a fin de tener las manos libres para aplastar a Louverture, puesto que esto no podía hacerse sin enviar a Haití una gran fuerza dado que Toussaint era un jefe militar capaz y obedecido por sus hombres; y el envío de una gran fuerza a Haití suponía correr el peligro de un ataque a la flota que llevara esa fuerza. Había una sola manera de evitar ese peligro: llegar a un acuerdo con los ingleses. Napoleón comenzó a tratar con ellos tan rápidamente que los artículos preliminares de la paz se firmaron en Londres el 3 de octubre (1801).

Ahora bien, mientras discutía los términos de paz, el primer cónsul estaba trabajando febrilmente en su plan de acabar con Toussaint, y acumulaba barcos, hombres, armas, impedimenta; reunía con su habitual energía los medios necesarios para aniquilar a aquel caudillo negro del Caribe que había osado poner en peligro sus planes políticos y económicos; y los preparativos debieron parecerle escandalosamente lentos cuando le llegó la noticia de que en el mismo mes en que sus representantes firmaban en Londres los artículos preliminares de la paz, los esclavos de Guadalupe se habían levantado y estaban destruyendo propiedades y matando amos blancos, tal como había sucedido en Saint-Domingue en 1791; en el desconcierto provocado por la rebelión el gobernador había sido depuesto y había salvado la vida porque huyó a tiempo y fue a pedir refugio a los ingleses de Dominica, lo que agregaba a la situación un detalle que ponía a Bonaparte y a Francia en ridículo.

En los planes de Bonaparte para actuar contra Toussaint debía entrar España, y aunque el gobierno español se rehusaba a verse envuel-

to en los acontecimientos, Napoleón insistía como si se tratara de algo absolutamente necesario para asegurar el éxito de sus armas. Al final España tuvo que complacerle y enviar junto con la francesa una escuadra mediana, compuesta de cinco navíos, una fragata y un bergantín, al mando del almirante Gravina, cuyo papel seria observar los acontecimientos sin tomar parte en ellos. Otro tanto hicieron las Países Bajos, a los que Napoleón presionó con ahínco.

Un síntoma elocuente de la vinculación afectiva, no meramente política, del futuro emperador de los franceses con el plan de actuar en Saint-Domingue está en la selección del jefe de la operación. Éste fue el general Víctor Emmanuel Leclere, que era su cuñado, el marido de Paulina Bonaparte. Sin duda el general Leclerc era un militar brillante, que podía hacer un papel también brillante en Saint-Domingue pero en el ejército francés los había tan buenos como él, y tal vez mejores. Napoleón lo escogió porque era un familiar. Es probable que en testo Napoleón actuara irracionalmente, guiado por emociones que no podía dominar. Bonaparte era la encarnación y además el líder indiscutido de la burguesía europea, y como encarnación y líder de su clase estaba reaccionando ante Toussaint, el antiguo esclavo que tomaba decisiones políticas llamadas a afectar económica y políticamente la posición de la burguesía francesa, como si le hubiera insultado personalmente; y dado que él no podía ir personalmente al Caribe a imponer su voluntad, enviaba a un familiar cercano. Sólo eso puede explicar la selección de Leclerc para mandar la gigantesca operación de Haití.

Leclerc fue nombrado capitán general de la colonia de Saint-Domingue al comenzar el mes de noviembre. La flota y los soldados estaban siendo reunidos en Brest, casi a la vista de la costa inglesa. La flota estaba compuesta por 35 navíos de línea, quince corbetas, 26 fragatas y numerosas embarcaciones auxiliares y de transporte.

La fuerza de tierra era de 22,000 hombres, y con ellos iban los oficiales veteranos de las campañas de Saint-Domingue. Ahí estaban Donatien Joseph Marie Rochambeau, que había sido gobernador interino de la colonia en los días de Sonthonax y Polverel; Kerverseau, el antiguo representante de Francia en la parte española de la isla –que había sido derrotado por las fuerzas de Toussaint en el combate de Ñagá, a orillas del río Nizao, cuando “el primero de los negros” se acer-

caba a la ciudad de Santo Domingo–; los generales André Rigaud y Alexander Pétion, los caudillos del sur de Haití, que tenían muchos partidarios entre los mulatos y hasta entre los negros de la colonia.

La enorme flota salió de Brest a mediados de diciembre –el día 14– e iría a surgir en Samaná, una bahía situada en el este de la antigua parte española, adonde llegaría entre los últimos días de enero y los primeros de febrero de 1802.

El plan de campaña era simple y, curiosamente, opuesto a las ideas estratégicas napoleónicas, que se distinguían por la inclinación a usar la mayor concentración de fuerza sobre un punto hasta romper la resistencia enemiga. En el caso de Haití el plan era que a la llegada a Samaná la flota se dividiría en escuadras y escuadrones y cada uno de ellos iría a tomar un puerto determinado, de manera que a un mismo tiempo los expedicionarios entrarían en todos los puertos de la isla que tenían valor militar. Aunque se esperaba que Toussaint no opondría resistencia, por lo menos en los primeros momentos, las órdenes eran tomar los puertos a sangre y fuego si no capitulaban a la vista de los buques. Una vez ocupados los puertos principales se despacharían columnas a los lugares del interior que tuvieran importancia desde el punto de vista militar. Cada comandante de escuadrón y cada jefe de columna había sido seleccionado previamente y cada uno llevaba instrucciones detalladas sobre lo que debía hacer. El general Leclerc se establecería en Cap Français y retendría consigo la mayor parte de las fuerzas –casi la mitad–, puesto que donde él estuviera estaría el cuartel general expedicionario. Al llegar a Haití, el nuevo capitán general de la colonia lanzaría una proclama asegurándoles a los antiguos esclavos que Francia garantizaba su libertad y entregaría a Toussaint una carta personal de Napoleón en la que se le pedía que colaborara con las fuerzas francesas a cambio de lo cual se le ofrecían honores y bienes.

En realidad, con todo su genio político, que era descomunal, Bonaparte no comprendía lo que estaba sucediendo en el Caribe. Para él aquellos negros de Haití y de Guadalupe eran seres primitivos y desordenados a quienes había que someter al orden sin demora y sin contemplaciones. El propio Napoleón había llegado a la posición que ocupaba a causa de que en Francia se había producido una revolución social, y sin embargo no alcanzaba a darse cuenta de que lo que estaba

sucediendo en el Caribe era el resultado de esa misma revolución, con la diferencia de que en Haití y en Guadalupe la revolución era más profunda porque en esas islas los conflictos sociales habían sido también más profundos. Las luchas de Napoleón en Europa eran relativamente simples comparadas con las de Haití. Las de Europa se libraban en dos niveles nada más: el de la burguesía contra los restos políticos del capitalismo primitivo aliados a los restos económicopolíticos del feudalismo, y el de las burguesías nacionales que combatían entre sí. Por esa razón en Europa había nada más, a juicio de Napoleón, o gente rebelde al orden político, que provocaba guerras civiles, o naciones enemigas, que provocaban guerras, y en los dos casos había que usar contra ellos la fuerza. Pero en el Caribe –cosa de la que él no se daba cuenta– se luchaba en varios niveles: el social –esclavos contra amos–; el racial –negros contra mulatos y blancos–; el internacional –guerra contra los enemigos de Francia–. La decisión de aplastar a Toussaint y de restablecer la esclavitud en las colonias iba a agregar a la lucha haitiana otro nivel, el de guerra por la independencia, algo que Napoleón no podía prever, y sería entonces cuando estallaría de verdad el volcán de Haití, que hasta ese momento, aunque Napoleón no lo sospechara, sólo había estado echando humo y alguna que otra cantidad de lava... Debido a que no comprendía lo que estaba sucediendo en el Caribe, Napoleón iba a usar en Haití la violencia a toda su capacidad, y sucedería que como en los días de Sonthonax, la escalada de la violencia sería respondida con la escalada de la libertad.

Además de provocar en Haití la escalada de la libertad, Napoleón estaba hiriendo intereses que él no tenía en cuenta, como por ejemplo, los de Estados Unidos. Jefferson le había prometido al primer cónsul ayudarle a deshacerse de Toussaint, puesto que el ejemplo de Haití era peligroso para el sistema esclavista norteamericano, y comenzó a cumplir su promesa retirando el agente de su país en Port-au-Prince. Pero Napoleón había mantenido en secreto sus negociaciones con España sobre la Luisiana, y cuando Jefferson se enteró de que España había cedido a Francia la Luisiana comprendió que Haití iba a ser, necesariamente, la base desde la cual Napoleón llevaría a cabo la expansión del poder francés en la Luisiana, y una expansión del poder económico conllevaba la del poder militar. Al darse cuenta de eso, Jefferson dijo

que su país no podía permitir que Nueva Orleans estuviera en poder de Francia, y decidió ayudar a Toussaint en su lucha contra Napoleón, autorizando la venta de armas, municiones y mercancías de guerra a los haitianos.

Cuando recibió los informes sobre el número de barcos y de hombres que tenía la flota francesa reunida en Samaná, Toussaint se hizo cargo de la situación y se preparó a combatir. Su comentario fueron estas palabras, simples y sin embargo patéticas: "Francia entera ha venido contra nosotros, a vengarse y a esclavizar a los negros. Habrá que morir".

Sí, él moriría en la lucha, pero no Haití; sólo que él moriría sin la satisfacción de ver a su pueblo combatiendo por la libertad y conquistándola, pues sucedía que el régimen que Toussaint había organizado en Saint-Domingue no era lo suficientemente sólido para soportar sin derrumbarse el embate del poderío francés, y esa falta de solidez le costaría a Toussaint el poder y la vida.

El régimen de Toussaint era intrínsecamente débil porque pretendía mantener unidas, en una época de revolución, a las fuerzas sociales más opuestas; y así, quería satisfacer al mismo tiempo a los emigrados blancos y mulatos que habían retornado devolviéndoles sus propiedades pero no sus esclavos, y quería mantener la libertad de los negros y sin embargo los obligaba a vivir adscritos a las tierras de sus antiguos amos con una disciplina de trabajo tan dura, o más dura, que la que habían conocido en los días de la esclavitud. En el orden político, Toussaint quería ser libre en la isla de Santo Domingo –en toda la isla, no sólo en la parte francesa– y al mismo tiempo conservar el país como dependencia de Francia, lo que quiere decir que pretendía satisfacer a la vez a los que podían ser partidarios de la independencia total y a los que eran partidarios de que Haití fuera una colonia sumisa. Sólo debido a que su autoridad era muy grande podía Toussaint mantener esa situación de equilibrio, pero su autoridad iba a quedar disminuida, primero, y aniquilada, después, al llegar Leclerc, y al faltarle la autoridad le sería imposible mantener la unidad de los habitantes de Haití; cada clase social, y cada grupo de cada clase, actuaría de manera autónoma. En pocas palabras, el rosario que se mantenía unido por el hilo de la autoridad de Toussaint quedaría desgranado, y en ese mo-

mento Toussaint estaría perdido, pues sin un pueblo unido tras él no podría hacerle frente a Leclerc. La sociedad organizada por Toussaint iba, pues, a hacer crisis.

Y efectivamente, hizo crisis. A la sola noticia de que Rigaud, Pétion, Chanlatte y otros generales mulatos llegaban con Leclerc, todo el sur entero se levantó a favor de ellos. En cuanto a los jefes militares blancos que estaban a las órdenes de Toussaint en varios puntos del país, la mayoría se pasó inmediatamente al lado francés, con gran júbilo de los antiguos emigrados. En la ciudad de Santo Domingo, cuya conquista le fue encomendada a Kerverseau, Paul Louverture, el sobrino de Toussaint, jefe de la plaza, se rindió tras un combate en el que no hubo resistencia apreciable. Como era lógico, en algunos sitios los oficiales de Toussaint combatieron obstinadamente. Algunos fueron derrotados, como Magny y Lamartiniere en Leogane; otros resistieron más tiempo, como Maurepas en Port de Paix; otros actuaron con una decisión heroica, como Christophe, encargado de las defensas de Cap Français, que al recibir la intimación francesa para que rindiera la plaza contestó con estas palabras: "No entregaré esta ciudad sino que la quemaré y aun entre sus ruinas combatiré contra ustedes". Y efectivamente, le prendió fuego a Cap Français.

Port-au-Prince cayó rápidamente en manos francesas, y Dessalines, que cumpliendo órdenes de Toussaint había incendiado Leogane, trató de hacer lo mismo con la capital, pero no pudo hacerlo debido a que su retaguardia fue atacada y derrotada por una columna de los hombres de Rigaud. En suma, Toussaint estaba perdiendo la guerra velozmente porque sus fuerzas o se pasaban al enemigo o se desbandaban o no podían hacer frente a las de Leclerc, y eso indica que el fondo social en que se apoyaba Toussaint no era firme, sino débil; no estaba unido tras él sino dividido. ¿Por qué estaba dividido? Porque su régimen no podía satisfacer todas las demandas de las fuerzas opuestas que convivían en la sociedad haitiana. Ciento sesenta y cinco años después de esa experiencia, el régimen de Ho-Chi-Minh, en Vietnam del Norte, pudo resistir durante años los ataques más poderosos y más brutales de la historia militar del mundo, sin que sucediera lo que pasó en Haití, gracias a que el pueblo vietnamita se mantuvo unido tras él. ¿Por qué? Porque su sistema de gobierno satisfacía las necesidades de toda

la población, no meramente las necesidades económicas, sino también las políticas, las sociales, las intelectuales, las morales. Seguramente Toussaint fue un líder tan grande como HoChihMin; lo que no eran iguales eran sus tipos de gobierno. Esta diferencia, sin embargo, puede explicarse porque Toussaint vivió y actuó en el siglo XVIII –iba a morir al comenzar el XIX–, época en la que no era posible tener, y mucho menos aplicar, las ideas del siglo XX.

A pesar de que estaba perdiendo la guerra desde el primer momento, Toussaint no se rindió, Con Saint-Marc en manos de Dessalines y Gonaives en las de Vernet, dos hombres leales, "el primero de los negros" comenzó una guerra de guerrillas en la región sur del departamento del norte, esa región que él conocía tan bien como la palma de su mano, en la cual había sido el jefe indiscutido cuando decidió abandonar el servicio de España y entrar al de Francia, exactamente ocho años antes. En la guerra de guerrillas, para la que no estaban preparados, los franceses perdían hombres en cantidades alarmantes; sin embargo, Vernet tuvo que abandonar Gonaives, y Toussaint se vio forzado a replegarse sobre la ribera derecha del Artibonite mientras dejaba a Christophe operando en el norte.

Como había sucedido en la guerra anterior, la de 1802 en Haití y Guadalupe mantenía inquietos a los negros de las Antillas y de pronto repercutió donde menos podía esperarse, en el *West India Regiment* que los ingleses habían usado el año anterior en su ataque a las Islas Vírgenes, Ese regimiento estaba en abril de 1802 de guarnición en Dominica, e inesperadamente, el día 9, estalló en sus filas una rebelión tan enérgica que los ingleses no pudieron dominarla con fuerzas de tierra y tuvieron que cañonear las posiciones de los soldados negros con artillería naval. La rebelión fue aplastada sin misericordia, al precio de más de 100 soldados muertos.

Impaciente como siempre, Napoleón había escrito a Leclerc el 16 de marzo la carta en la que llamaba bandidos a Toussaint, Christophe, Dessalines, y en que le ordenaba enviarlos al continente tan pronto les echara mano. El 27 de abril le escribía a Cambaceres, su compañero de consulado, diciéndole que había que restaurar en las colonias el Código Negro. Toussaint tuvo que capitular ante Leclerc precisamente en esos días. La capitulación fue firmada el 6 de mayo (1802) y Toussaint

se retiró a su propiedad de Ennery, cerca de Gonaives. En ese momento operaban por todo Haití bandas que se dedicaban a matar, quemar, destruir cuanto hallaban a su paso. Napoleón había desatado de nuevo los demonios de la guerra social que Toussaint había logrado adormecer, pero debía sentirse satisfecho porque aquellos a quienes llamaba "bandidos" estaban rindiéndose a sus tropas, y Toussaint –sobre todo Toussaint– sería hecho preso el 7 de junio y despachado hacia Francia, cargado de cadenas, el día 15.

Mientras tanto en Guadalupe la situación era parecida a la de Haití, si bien no tan grave, Napoleón había enviado desde Francia al general Richepanse, que iba dominando la situación, tal como iba dominándola Leclerc en Haití. Por una curiosa coincidencia, Richepanse moriría en Guadalupe antes de ver el fin de la rebelión, como iba a morir Leclerc en Cap Français cuando se iniciaba la etapa definitiva de las luchas de Haití. Richepanse murió el 3 de septiembre (1802) y Leclerc el 2 de noviembre. A Richepanse le tocó reponer la esclavitud en Guadalupe dando así cumplimiento a la ley el 20 de mayo de 1802.

El artículo I de esa ley –puesta en vigor cuando todavía no se conocía en París la capitulación de Toussaint– indica que Napoleón estaba cumpliendo lo que había ofrecido a Inglaterra para llegar a la paz de Amiens. Decía ese artículo que en las colonias restituidas a Francia "en ejecución del tratado de Amiens[…] se mantendrá la esclavitud de conformidad con las leyes y reglamentos anteriores a l789". El artículo III era más revelador todavía: "La trata de negros y su importación en dichas colonias tendrá lugar de acuerdo con las leyes y reglamentos en vigor antes del indicado año de 1789", lo que en suma quería decir la reposición del Código Negro. Las palabras "trata de negros y su importación" estaban denunciando el interés de los tratantes ingleses de esclavos en los acuerdos que condujeron a la paz de Amiens, Sólo si vemos a través de esas palabras y del artículo I de la ley del 20 de mayo de 1802 lo que tenía Napoleón entre manos, podemos comprender qué clase de fuerzas concitó Toussaint contra él y contra su país cuando invadió la parte este de la isla de Santo Domingo.

Guadalupe no se hallaba incluida entre las "colonias restituidas a Francia en ejecución del tratado de Amiens", porque esa isla no había caído en manos inglesas; sin embargo Richepanse puso en vigor la ley

del 20 de mayo en Guadalupe antes de haber terminado la pacificación de la colonia, y como es lógico esa medida provocó un renacimiento de la rebelión. Alarmado por lo que podía suceder, Richepanse metió en la *Cocard,* una fragata que tenía a su disposición, unos cuantos centenares de negros a los que consideraba los más peligrosos y despachó la fragata hacia Cap Français. Fue uno de esos errores que hacen época. La llegada de los esclavos rebeldes de Guadalupe diseminó por todo Haití la noticia de que la esclavitud había sido repuesta en aquella colonia, y los negros haitianos dedujeron, con buena lógica, que iba a ser repuesta también en Saint-Domingue. Por eso –se dijeron– fue Toussaint hecho preso y deportado a Francia.

La fragata *Cocard* había llegado a Cap Français al comenzar el mes de octubre. Pues bien, el día 10 se declaraba en rebeldía contra Francia el general Clervaux, que era un jefe mulato prestigioso, y con la defección de Clervaux comenzó el desastre de Napoleón en Haití, pues a él le seguiría Petión, y Petión era la segunda figura entre los mulatos de Haití.

¿Cómo se explica que la guerra de independencia, esto es, la fase final de las guerras de Haití, comenzara con la rebelión de dos jefes mulatos? ¿No habían sido ellos buenos servidores de Francia; no habían llegado los más renombrados con las tropas de Leclerc?

Pues se explica porque, como dijimos, Napoleón no comprendía lo que estaba sucediendo en el Caribe. Para él, lo que había habido en Haití eran guerras civiles, de carácter puramente político, no guerras sociales, y por eso en su carta del 16 de marzo a Leclerc llamaba a los negros y a los mulatos indistintamente, "autores de las guerras civiles", y pedía que fueran enviados todos al continente. Antes aún de haber enviado a Toussaint a Francia, Leclerc había hecho lo mismo con Rigaud; de manera que cuando llegó la hora final de la crisis de Haití, Clervaux y Petión y los demás jefes mulatos se daban cuenta de que Francia los perseguía a ellos tanto como a los negros; por eso se adelantaron a Dessalines y Christophe en la lucha por la independencia de Haití. Así, puede decirse que fue Napoleón quien precipitó la transformación de las luchas sociales de Haití en lo que hoy llamamos guerra de liberación nacional.

Inmediatamente detrás de los jefes mulatos se lanzaron a la guerra Dessalines, Christophe y varios otros jefes negros de menor categoría. Se iniciaba el alud incontrolable de la revolución haitiana, y en ese momento –2 de noviembre– moría el general Leclerc de fiebre amarilla. Paulina Bonaparte se quedaba viuda y además en una tierra sublevada. Al saber la noticia, Napoleón comenzó a gritar: "¡Maldito azúcar, maldito café, malditas colonias!" Unos meses después, el 30 de abril, vendía a Estados Unidos el territorio de la Luisiana, donde había soñado establecer la más vasta y rica colonia de Francia.

El lugar de Leclerc fue ocupado por el general Donatien Marie Joseph Rochambeau. Rochambeau conocía la vida de las colonias; había sido gobernador interino de Saint-Domingue y en propiedad de Martinica en la primera etapa de la Revolución; debía saber pues, cómo comportarse en esa guerra revolucionaria que había estallado de pronto, en la que se mezclaban en grado altamente radicalizados los elementos de la guerra social, la racial, la civil, ahora estimulados por el miedo a retornar a la esclavitud y por la decisión de acabar con el poder francés en la colonia. Y, sin embargo, el general en jefe francés, de maneras de gran señor, pensó pacificar el país mediante el terror, sin llegar a comprender que en ese terreno los antiguos esclavos irían más lejos que él. Así, sus invitados a una fiesta lo vieron lanzar sobre sus propios esclavos perros feroces, que había llevado de Cuba, como los habían llevado las autoridades de Jamaica en 1795. Se conoce una nota de Rochambeau a uno de sus oficiales al que le mandaba unos cuantos de esos perros, en la que decía que no les diera alimento porque ellos se alimentaban con carne de negros.

El 7 de abril de 1803 moría en el castillo prisión de Joux, Toussaint Louverture, el único hombre que hubiera podido contener por algún tiempo el estallido haitiano, y en el mes de mayo Inglaterra y Francia rompían las hostilidades iniciando así una nueva guerra 19 meses después de haber terminado la anterior. La guerra repercutió inmediatamente en el Caribe y en Haití, pues la escuadra inglesa basada en Jamaica pasó en el acto a bloquear los puertos haitianos, de manera que Rochambeau no pudo recibir refuerzos ni alimentos ni medicinas ni nada de lo que Francia podía enviarle para sostenerse.

El 21 de junio, los ingleses atacaron y tomaron Santa Lucía en 48, y en menos tiempo aún tomaron Tobago el 1 de julio. Para entonces las bajas francesas en Haití pasaban de 40,000. Día tras día Rochambeau veía sus fuerzas disminuidas sin que pudiera reponerlas; día tras día, también, esas fuerzas iban replegándose hacia los puertos y abandonando el interior a los haitianos. Al terminar el mes de julio éstos atacaron y tomaron Jeremie, y al comenzar el de septiembre los franceses entregaban Saint-Marc a los ingleses; en octubre caían en manos haitianas Jacmel y Les Cayes. De manera que a fines de ese mes todo el sur y todo el oeste estaban libres de franceses.

Rochambeau se mantenía en Cap Français con 8,000 hombres, y hasta allí fueron a atacarlo Dessalines y los más altos jefes de Haití, que llevaban consigo 25,000 soldados, a quienes hacía invencibles una sólida unidad afirmada en la decisión de hacer libre a su tierra. Dessalines, reconocido ya por todos los jefes haitianos, negros y mulatos, como el comandante general de Haití, lo había expresado con tres palabras: "Libertad o Muerte".

La batalla de Cap Français comenzó el 18 de noviembre y los actos de heroísmo de los negros y los mulatos fueron tan impresionantes que en un momento dado el general Rochambeau ordenó suspender el fuego y despachó un oficial con bandera blanca para llevar una felicitación suya destinada a un general haitiano cuya conducta en el combate lo había llenado de admiración, Rochambeau, el de los feroces perros cazadores de esclavos, comprendió que con esos hombres no había nada que hacer y ofreció negociar la evacuación de Haití. Las negociaciones comenzaron inmediatamente y terminaron en pocos días. La guarnición francesa abandonó la ciudad sin un incidente y embarcó en una escuadra que estaba surta en el puerto; después de eso, el día 29, los vencedores entraron en la ciudad y el día 30 salían los buques franceses, que tuvieron que rendirse a la escuadra inglesa, de manera que Rochambeau y sus 8,000 hombres fueron llevados prisioneros a Jamaica. El 3 de diciembre embarcaba la guarnición de Saint-Nicolas, la última que quedaba en suelo haitiano, y sólo uno de los seis buques en que iba pudo escapar a la persecución inglesa.

El 1 de enero de 1804 se lanzaba la proclama de independencia de Haití y con ella quedaba establecida la segunda república de América y la primera república negra del mundo.

Para que pudiera producirse un acontecimiento como ése habían muerto más de 50,000 franceses sólo en la última guerra y más de 100,000 negros desde 1791; y el país había sido asolado y los que fueron sus amos –los amos de la tierra, los amos del dinero, los amos de las fábricas de azúcar y de ron, los amos de los hombres– yacían calcinados en las ruinas de sus hermosas casas o enterrados en los bordes de los caminos, y muchos –los más– morirían en la emigración, esperando hasta el último día la noticia de que ya podían volver a Haití porque Haití, al fin, había sido liberada de sus bárbaros tiranos negros.

Capítulo XVIII

En los umbrales de la gran conmoción

La guerra de Napoleón contra Gran Bretaña que, como ya sabemos, comenzó en mayo de 1803, terminaría en mayo de 1814. En esos once años iban a acumularse las contradicciones europeas a tal punto que provocarían cambios sustanciales en las lejanas tierras caribes. En algunos casos las contradicciones de los combatientes de Europa ayudaron a precipitar cambios; por ejemplo, la etapa final de las luchas de Haití recibió un impulso poderoso con el bloqueo de los puertos de SaintDomingue, llevado a cabo por la escuadra inglesa.

La actividad de los ingleses en el mar de las Antillas no fue importante, en sentido general, durante el año de 1803; se redujo a la conquista de Santa Lucía y Tobago, a destruir una fuerza naval francesa en un combate que se llevó a cabo cerca de Guadalupe, a cañonear desde el mar la isla de Curazao y a bloquear los puertos de Haití. En 1804 fue todavía menor, puesto que lo único que hicieron –excepto las inevitables luchas de corso, que eran constantes en el Caribe cuando había guerras– fue establecer una fuerza de unos 200 hombres con dotación de artillería en un islote elevado que había al sur de Martinica, en una posición que dominaba por ese lado el canal de acceso a Fort-de-France, nombre que se le había dado a Fort-Royal después de la decapitación de Luis XVI; sin embargo, el dominio casi absoluto del Caribe que tenían los ingleses, gracias a su indudable poderío naval, estaba llamado a trascender al campo económico e iba a afectar de manera profunda la vida de muchos pueblos de la región. Mientras Napoleón se empeñaba en que toda Europa se sumara al bloqueo de Inglaterra, los ingleses bloqueaban a Napoleón desde el Caribe y llegaron a anular

prácticamente el comercio de la zona con Europa. Eso determinó, por ejemplo, que Europa no pudiera consumir azúcar de caña y tuviera que aplicarse a producir azúcar de remolacha; también determinó que los territorios del Caribe aumentaran sus relaciones comerciales con los jóvenes Estados Unidos, cuyos barcos tocaban sus puertos sin inconvenientes debido a que su país era neutral en la guerra francoinglesa, excepto en el período comprendido entre junio de 1812 y diciembre de 1814, que correspondió al de la guerra de Estados Unidos con Gran Bretaña. Cuando los ingleses tomaron e incendiaron la ciudad de Washington, numerosos corsarios norteamericanos pasaron a operar en aguas del Caribe, pero sólo atacaban, desde luego, barcos ingleses.

La guerra iba a afectar al Caribe también en otro sentido. Temerosos de que los esclavos de sus colonias en la región se les rebelaran mientras ellos estaban llevando a cabo su guerra a muerte contra Napoleón, los ingleses procedieron a declarar la abolición de la trata de negros –sólo de la trata, no de la esclavitud–, con vigencia a partir del 1 de marzo de 1808. La medida iba a tardar algunos años en ser aplicada porque los tratantes ingleses de esclavos, que formaban un grupo de mucho poder económico y fuerte influencia política, no aceptarían dócilmente la decisión de su gobierno, pero tuvo efectos a largo plazo debido a que preparó el camino para la abolición de la esclavitud en los territorios ingleses, lo que sucedería en el año de 1834.

Al comenzar 1805 Napoleón estaba empeñado en llevar la guerra a las propias Islas Británicas. Para ese fin había concentrado fuerzas enormes en Boulogne, esto es, frente a la costa inglesa del canal de la Mancha y en el punto donde éste es más estrecho. Pero para llevar sus ejércitos al lado inglés del canal, Bonaparte necesitaba tener a su disposición las escuadras de Francia y de España, y sucedía que los ingleses tenían bloqueadas la salida de Brest, donde se hallaba la parte más importante de la escuadra francesa del Atlántico, y los puertos españoles donde se hallaba la española. Napoleón planeó distraer la atención de los ingleses haciéndoles creer que su flota del Atlántico había logrado salir y había ido a operar en el Caribe, con lo que esperaba que los ingleses dirigirían sus mejores fuerzas navales hacia las Antillas; y tuvo razón. El 11 de enero el almirante Edward Thomas Missiessy lo-

gró salir de Rochefort, es decir, del centro de la costa atlántica francesa, y se dirigió resueltamente al Caribe; mientras tanto, el almirante Pierre de Villeneuve salía de Tolón, la base naval de Francia en el Mediterráneo; el 24 del mismo mes se dirigió al estrecho de Gibraltar, lo cruzó y entró a Cádiz para unirse allí con la flota española que mandaba el almirante Gravina. Villeneuve y Gravina debían salir también hacia el Caribe, donde se les uniría Missiessy, y ya unidos todos volverían al Atlántico para romper el bloqueo de Brest y librar a la flota que estaba embotellada en ese puerto; una vez hecho esto, toda la fuerza naval francoespañola entraría al canal de la Mancha, embarcaría las tropas acampadas en Boulogne y se dirigiría a Inglaterra.

Pero el grandioso plan napoleónico fracasó porque Villeneuve y Gravina no pudieron salir de Cádiz inmediatamente. Nelson, que comandaba la flota inglesa del Mediterráneo, se enteró de lo que estaban haciendo los enemigos, acudió a semibloquear el puerto de Cádiz y salió inmediatamente hacia Caribe; no encontró allí a la flota aliada y retornó a aguas europeas. Mientras tanto, Missiessy llegó a Martinica a mediados de febrero. Con su escuadra anclada en FortdeFrance y sin un plan de operaciones que ejecutar, se le presentó una ocasión de hacer algo cuando el gobernador le propuso conducir a Dominica unas tropas que debían tomar esa isla. Missiessy lo hizo, y el 21 de febrero desembarcó en Dominica las fuerzas del general Joseph La Grange, que hallaron resistencia de los ingleses. La resistencia fue vencida y La Grange tomó Roseau la capital de la isla; sin embargo, los británicos no abandonaron Dominica, lo que hicieron fue retirarse hacia el norte y hacerse fuertes en la bahía de Prince Rupert. La escuadra de Missiessy bombardeó las posiciones inglesas de Prince Rupert, pero como su papel consistía en esperar a Villeneuve y Gravina para unirse a ellos y retornar a Francia, no hizo esfuerzos para conquistar Prince Rupert y se dirigió a Saint Kitts.

Mientras Missiessy navegaba de Dominica a Saint Kitts estaba sucediendo algo muy importante en la isla de Santo Domingo, en cuya porción occidental, como sabemos, se hallaba la República de Haití. Jean Jacques Dessalines, el gobernante haitiano, invadía en ese momento la antigua parte española de la isla al frente de unos 30,000 hombres que eran la mayor y la mejor parte de las fuerzas de Haití.

La guerra de independencia de Haití se había circunscrito a la parte de la isla que había sido tradicionalmente francesa, esto es, a la que se había llamado en el último siglo Saint-Domingue. No se comprende por qué los haitianos no llevaron esa guerra a la parte del este, que era territorio francés desde 1795, por lo menos legalmente, y de hecho estaba siéndolo desde que tenía gobernador y soldados franceses. Esa parte del este se hallaba mal guarnecida. Al producirse la capitulación de Rochambeau en CapFrançais, en el este de la isla no había más de 1,000 soldados de Francia y prácticamente ninguna milicia del país. A los haitianos les hubiera sido fácil aniquilar ese pequeño número de enemigos. Pero quizá los ingleses, que tanta ayuda les dieron a los haitianos con su bloqueo de los puertos de Saint-Domingue, les pidieron que no atacaran la antigua parte española. Esto puede deducirse de ciertas relaciones sospechosas que tenía con los ingleses el general Kerverseau, gobernador de esa parte. Sea por lo que fuere, es el caso que al proclamarse la independencia de Haití el territorio de la que había sido posesión española quedó en manos de Francia, situación muy peligrosa para la recién nacida república negra, pues a pesar de la dura lección que había recibido en Haití, Napoleón no podía resignarse a dar por perdida la que había sido la colonia más rica de Francia.

Desde enero de 1804 el general Jean Louis Ferrand había depuesto a Kerverseau –a causa precisamente de sus relaciones con los ingleses– y gobernaba la parte del este de la isla. Ferrand había llamado a los emigrados de Saint Domingue que se hallaban en el Caribe para que acudieran a Santo Domingo y estaban llegando muchos de ellos; el cónsul de Francia en Cuba había ordenado a los franceses refugiados en esa isla que fueran a cumplir su servicio militar en Santo Domingo; además, Ferrand había puesto guarniciones fuertes en los puntos fronterizos con Haití y había decretado libertad para cazar y vender como esclavos a los haitianos que fueran cogidos en territorio de Santo Domingo. Dessalines pensó que todas esas medidas anunciaban un ataque y decidió atacar él antes.

Los ejércitos haitianos entraron en la antigua parte española en dos columnas, una que tomó la ruta del norte y otra la del sur. La del norte iba bajo el mando de Christophe y se dirigía a Santiago de los Caballeros, desde donde debería seguir a reunirse con Dessalines frente a la

ciudad de Santo Domingo. Christophe halló resistencia al cruzar el río Yaque, a poca distancia de Santiago; la arrolló con facilidad, pero tuvo que combatir duramente después de haber cruzado el Yaque. Las pérdidas de los haitianos fueron altas, de unos 300 muertos, y las de los defensores mucho más altas. Entre éstas hubo que contar al jefe de la plaza, Serapio Reinoso que, como todos sus hombres, era natural del país. Christophe había anunciado que si hallaba oposición para entrar a la ciudad tomaría represalias, y las tomó en exceso. Todas las personas llamadas en la época "notables" fueron ahorcadas o muertas en sus hogares a tiros o a la bayoneta; se mató también a los que huían y se remató a los heridos de la batalla. Después de haber ejecutado las represalias el ejército de Christophe siguió su marcha hacia la ciudad de Santo Domingo.

Dessalines había hallado también resistencia en un punto llamado Tumba de los Indios, donde unos 300 soldados, bajo el mando de un coronel francés, quisieron impedir el paso del jefe haitiano hacia el este. Dessalines barrió a los defensores de Tumba de los Indios, fusiló a los que tomó prisioneros, entre ellos el coronel jefe del destacamento francés, y el 6 de marzo se hallaba acampado en las afueras de la amurallada ciudad de Santo Domingo. El día 7 llegó Christophe con sus tropas y comenzó el sitio de la capital de la antigua parte española de la isla.

El 5 de marzo se había presentado el almirante Missiessy en aguas de Saint Kitts. La población de Basseterre, y con ella toda la guarnición, se refugió en Brimstone Hill. Missiessy no pretendió atacar Brimstone Hill lo que hizo fue despachar unidades de su escuadra a Nevis y a Monserrate, cuya población, como la de Basseterre en Saint Kitts, tuvo que pagar fuertes rescates para que Missiessy no destruyera sus propiedades. Mientras tanto, su escuadra apresó todas las embarcaciones inglesas que se hallaban en los puertos de esas islas o que navegaban por sus aguas. Estando allí recibió Missiessy noticias de lo que sucedía en Santo Domingo; inmediatamente reunió su escuadra y acudió en auxilio de Ferrand.

La llegada de Missiessy a Santo Domingo fue realmente providencial. La situación de los franceses sitiados y de la población que no había podido ser evacuada era en verdad muy difícil, tan difícil que

no tenía posibilidades de salvación. Hacía ya tres semanas que las tropas estaban haciendo salidas desesperadas para romper el cerco; habían hecho salir hacia los campos vecinos a miles de habitantes y sin embargo no tenían ya previsiones para alimentar a los restantes y a la tropa; habían perdido muchos hombres en combates y escaramuzas, entre ellos un jefe del país de mucho prestigio, don Juan Barón. Ferrand esperaba el asalto definitivo de un momento a otro y sabía que no podría resistirlo, pues Dessalines tenía a sus órdenes 30,000 soldados. Y, efectivamente, el jefe haitiano había fijado ese asalto para el día 27. Missiessy se presentó a la vista de la ciudad el día 26.

La escuadra de Missiessy salvó a los defensores de Santo Domingo de un fin catastrófico, pues Dessalines temió que esos buques fueran parte de una flota y que el resto de esa flota estuviera dirigiéndose a Haití mientras él se hallaba con la mayor parte de las fuerzas haitianas y con sus mejores generales en Santo Domingo, y dio orden de levantar el sitio y salir hacia Haití.

La escuadra de Missiessy estuvo cañoneando las columnas de Dessalines cuando éstas pasaban por las vecindades de la bahía de Ocoa, lo que confirmó las sospechas de Dessalines; de ahí tomó rumbo hacia el sudeste del Caribe con la esperanza de hallar a Villeneuve y Gravina o de saber dónde se encontraban. Mientras tanto, Dessalines hacía su retirada destruyendo cuanto hallaba a su paso, quemando viviendas y matando animales; sin embargo, fue la columna de Christophe, que se retiraba por el norte, la que hizo estragos, puesto que destruyó por el fuego casi todas las poblaciones de su ruta; en una de ellas, llamada Moca, ordenó el degüello de la totalidad de los habitantes que se habían refugiado en la iglesia, y algo similar hizo en Santiago de los Caballeros; además, se llevó consigo en calidad de rehenes más de 1,000 personas, entre ellas mujeres y niños.

Villeneuve y Gravina, mientras tanto, habían salido de Cádiz en el mes de abril y navegaban hacia el Caribe, si bien sólo hay noticias de la llegada de Villeneuve a Martinica, lo que sucedió a mediados de mayo. Ya Missiessy se había ido a Francia, cansado de esperar a sus compañeros. El almirante Nelson tuvo noticias de la salida de Villeneuve y Gravina hacia el Caribe y sin perder tiempo se dirigió de nuevo a las Antillas. Villeneuve decidió aprovechar su viaje a Martinica y se

dedicó a la tarea de sacar a los ingleses del islote en que se habían hecho fuertes el año anterior, para lo cual estuvo bombardeándolo dos semanas. El islote se rindió el 2 de junio, y Nelson llegó a Barbados el día 4. Nelson estuvo quince días recorriendo el sudeste del Caribe en busca de la flota francoespañola y no pudo dar con ella porque había salido al Atlántico y retornaba a aguas de España, de manera que el almirante inglés fue a reaprovisionarse a Barbados y de ahí salió rumbo al Mediterráneo. Las flotas de Villeneuve y Gravina hicieron contacto con la inglesa del almirante Calder frente al cabo de Finisterre el 22 de julio, y allí estuvo a punto de decidirse la suerte de Inglaterra, pues Calder se vio forzado a retirarse con sus buques maltrechos; pero en vez de dedicarse a perseguir a los vencidos, como deseaba Gravina, Villeneuve entró en Vigo, de donde salió para ir a encerrarse otra vez a Cádiz; y ya se sabe lo que sucedió cuando los buques franceses y españoles salieron de Cádiz fueron vencidos por Nelson en Trafalgar el 21 de octubre (1805), y todo lo que Napoleón había acumulado en Boulogne para invadir Inglaterra quedó sin uso, por lo menos en suelo inglés.

La derrota de Trafalgar dejó a los franceses sin poder naval para atender sus necesidades en Europa y en el Caribe. En el Caribe, desde luego, la fuerza de mar británica era muy superior a la de Francia. El 6 de febrero (1806), una escuadra inglesa al mando del almirante sir John Duckworth sorprendió un escuadrón francés de cinco navíos de línea en la ensenada de Palenque, tan cerca de la ciudad de Santo Domingo –hacia el sudeste– que puede decirse que el combate se dio a la vista de la ciudad. Todos los navíos franceses, que se hallaban bajo el mando del contralmirante Lessiegues, fueron o hundidos o capturados. De haber dispuesto de fuerzas terrestres, los ingleses hubieran podido tomar la ciudad ese día; sin embargo, en los planes británicos no entraba por el momento la conquista de territorios franceses. Inglaterra planeaba seguir dominando las aguas del Caribe y al mismo tiempo crearle perturbaciones a Napoleón a través de España, que era la aliada del agresivo emperador. Para eso Inglaterra contaba con Francisco de Miranda.

De Miranda era el venezolano de más nombradía y mejores relaciones fuera de su país. Había roto hacía años con el régimen español; había viajado por toda Europa, por Rusia, por Estados Unidos; había

participado en la Revolución francesa y se había distinguido como general mandando tropas de Francia. Su actuación fue decisiva para que los franceses lograran la victoria de Valmy, que tuvo tanta trascendencia política. Fue él quien tomó Amberes y la Güeldres austriaca. Pero cuando Dumoriez se pasó al enemigo y provocó el subsiguiente desastre de Neerwinden, se acusó a De Miranda de tener responsabilidad en esa derrota porque estaba al mando del ala izquierda francesa y no actuó como debió hacerlo.

Acusado de traición, fue absuelto en mayo de 1793, pero ya estaba marcado, y además, era girondino; de manera que al comenzar poco después la era del Terror fue perseguido y estuvo preso hasta la caída de los jacobinos. El Directorio lo acusó de hallarse envuelto en una conspiración realista y lo condenó a vivir fuera de París. De Miranda no acató la condena; retornó a París y reclamó que se revisara su proceso, con lo cual lo que consiguió fue que le hicieran otra acusación y lo condenaran a deportación en la Cayena. Esa vez De Miranda no pretendió seguir luchando para probar su inocencia; decidió salir de Francia y se fue a vivir a Inglaterra, donde había estado antes. Su fuga a Inglaterra tuvo lugar a principios de 1798.

Francisco de Miranda vivía obsesionado por la idea de encabezar una lucha que terminara con la independencia de los territorios españoles de América, de manera que en todos los países donde estuvo se esforzaba en hacer amistades con personas importantes para presentarles sus planes. A William Pitt, jefe del gobierno inglés, se los había presentado en 1790, durante su primer viaje a Londres, y se los volvió a presentar en 1798. Pitt oyó a De Miranda con atención, pero usó los proyectos del infatigable venezolano para insinuarle al gobierno español que si no rompía con Bonaparte, Inglaterra le proporcionaría a De Miranda medios para iniciar su lucha contra España, De Miranda, que se dio cuenta de que estaba siendo utilizado por Pitt como instrumento político, se fue a Francia donde, desde luego, era difícil que pudiera conseguir apoyo de Napoleón, que para entonces se había convertido en primer cónsul y necesitaba el respaldo español en su lucha contra Inglaterra. Así, De Miranda volvió a Londres.

Cuando en mayo de 1803 se renovó la guerra francoinglesa, y España entró a ella del lado francés, Miranda volvió a la carga sobre Pitt,

sin embargo, Pitt no podía apoyarlo abiertamente en una acción contra Venezuela porque don Manuel Godoy, el jefe del Gobierno español, se mantenía en contacto con Pitt y le daba esperanzas de que en cualquier momento España rompería con Napoleón y haría la paz con los ingleses. De Miranda se desesperaba y decidió irse a Estados Unidos; pidió cartas de presentación para algunas personalidades norteamericanas y ayuda económica. Pitt ordenó que le dieran las cartas, 6,000 libras esterlinas y autorización para girar por una cantidad igual. El tenaz venezolano llegó a Nueva York a principios de noviembre (1805) y al comenzar el mes de febrero de 1806 salía hacia las costas de Venezuela a bordo de la corbeta *Leander*. Iba a mandar, y a ejecutar él mismo, la primera expedición armada que tenía como destino iniciar la lucha por la libertad de un territorio español en América. Por esa razón Francisco de Miranda es conocido en la historia americana con el título de El Precursor.

En su ruta hacia la costa venezolana del Caribe se le unieron a dos goletas que formaban parte de la expedición y habían salido antes que él de Nueva York. Eran la *Bacchus* y la *Bee*, que llevaban varios voluntarios norteamericanos. La pequeña flotilla se presentó frente a Puerto Cabello a fines de marzo, pero De Miranda no pudo poner hombres en tierra y tuvo que retirarse a Trinidad. La *Bacchus* y la *Bee* fueron apresadas en el mes de abril por dos navíos españoles, el *Celoso* y el *Argos*, y los norteamericanos que fueron cogidos a bordo murieron en la horca.

De Miranda no se desanimó con ese fracaso; se fue a solicitar ayuda de los ingleses de Trinidad y Barbados para organizar una expedición más fuerte. Mientras tanto, en esos días entró al Caribe un escuadrón francés comandado por el contralmirante Villaumez, en el cual servía como capitán Jerome Bonaparte, el hermano menor de Napoleón. Los buques franceses estuvieron navegando entre Saint Kitts, Nevis y Monserrate, dedicados a la captura de embarcaciones inglesas, pero no pasaron de ahí. Eso sucedía entre los meses de junio y julio. En agosto llegaba Miranda a la Vela de Coro, un poco al poniente de Puerto Cabello. Tenía en esa ocasión una flotilla de ocho goletas armadas y tomó fácilmente la ciudad de Coro, en la que permaneció diez días. En esos diez días sólo se le ofrecieron como voluntarios dos esclavos prófugos y una negra presa. Ante tan pobre adhesión, Miran-

da decidió retirarse y volvió a Estados Unidos. Retornaría a Venezuela cuatro años más tarde en situación muy diferente.

Ya para ese año de 1806 las escuadras de Francia, España y los demás países que habían sido arrastrados por Napoleón a la guerra contra los ingleses no podían operar en el Caribe, bien porque carecían de suficientes buques, bien porque las escuadras inglesas no les permitían alejarse mucho de las costas de Europa. Por la razón que fuera, Inglaterra era la dueña del mar de las Antillas. Para Inglaterra era ventajoso mantener su predominio en el Caribe a base de buques bien artillados y marinos competentes, puesto que no tenía necesidad de distraer fuerzas terrestres ocupando las islas ni tenía que verse envuelta en el complicado proceso político que conllevaba la ocupación de posesiones ajenas, en las que había pueblos con otras lenguas, otros hábitos y sentimientos de lealtad y amor a países enemigos de Inglaterra. Pero sucedía que algunas de las islas francesas no ocupadas por los británicos, y especialmente las danesas y holandesas, se habían convertido en nidales de corsarios, y esos corsarios hacían mucho daño a los barcos de bandera inglesa, sobre todo a los más pequeños que se dedicaban al tráfico entre islas cercanas. La situación económica de todo el Caribe empeoraba a medida que se prolongaba el bloqueo de Napoleón a Inglaterra y el que a su vez Inglaterra le hacía a Europa, y la desesperación lanzaba a la gente al corso. Una embarcación capturada –que debía ser necesariamente en la totalidad de los casos de bandera inglesa– llevaba siempre algo que vender o qué comer, y la propia embarcación se vendía. El notable crecimiento de las actividades de los corsarios llevó a los ingleses a decidir que debían tomar, o por lo menos atacar duramente, todas las islas donde hallaban refugio los corsarios.

Así, el 1 de enero de 1807, cuatro fragatas, mandadas por el capitán Charles Brisbane, se presentaron frente a Curazao, cañonearon la ciudad de Willemstaadt y demandaron la rendición de la isla. La pequeña guarnición holandesa presentó alguna resistencia, pero al fin Curazao cayó en manos británicas. El día 25 de diciembre Saint Thomas y Saint John se entregaban sin combatir a la imponente flota del almirante sir Alexander Crochrane.

En esos días la situación europea se complicaba en forma alarmante. La crisis desatada por las guerras napoleónicas iba a entrar en un

periodo convulsivo y el impulso de esas convulsiones se trasladaría al Caribe. Era inevitable que sucediera así, dada la condición de frontera imperial que tenía la región.

Napoleón se hallaba en estado de desesperación porque no podía asestarle a Inglaterra un golpe decisivo. El desastre de Trafalgar era una puñalada que le sangraba continuamente. La presión que se levantaba contra él en Europa lo obligaba a ir de batalla en batalla, convirtiendo en aliados a los vencidos porque necesitaba aunar fuerzas para obligar a Inglaterra a sometérsele. Cambiaba el mapa europeo creando y deshaciendo reinos, federaciones, principados o ducados, y consumía miles y miles de hombres y millones y millones de francos. Pero Francia no podía responderle ya como en los tiempos heroicos. España le había dado fortunas enormes y hombres, y sin embargo Manuel Godoy hacía tratos ocultos con Inglaterra, y Portugal se había negado resueltamente a sumarse a los países que estaban bloqueando a la Gran Bretaña. La larga y costosa lucha de la burguesía francesa por la conquista del poder había terminado precisamente al llegar Napoleón al gobierno de Francia y había llegado la hora de dejarla que disfrutara de todo lo que podía ofrecer ese poder, pero Napoleón no le proporcionaba descanso, sino que le exigía más esfuerzos, más dinero, más soldados. Ésa era la razón profunda de la crisis, sólo que Napoleón no alcanzaba a comprenderlo y achacaba la responsabilidad de su situación a Manuel Godoy y a Carlos IV, en quienes no confiaba, y a Portugal, que se negaba a colaborar con él.

Parece que el emperador estuvo pensando adueñarse de España desde 1806, pero después desvió el golpe hacia Portugal, y una vez que planeó tomar y desmembrar este país envolvió a España en el plan. España sería su objetivo final, y a fin de que los españoles no sospecharan lo que les esperaba y sobre todo para que no estuvieran en capacidad de evitarlo, pidió a Godoy fuerzas españolas para ser enviadas a Prusia. Godoy le proporcionó unos 20,000 hombres de infantería y caballería, y al hacerlo despojó al país de sus mejores tropas. Inmediatamente después, Napoleón comenzó a presionar a Portugal con sus maneras típicas de jefe que daba órdenes cuando debía pedir; así, le ordenó que rompiera hostilidades con Inglaterra, a lo que los portugueses se negaron; al comenzar el mes de septiembre repitió la orden, y en

esa ocasión junto con él lo solicitó España; a fines de ese mes Portugal volvió a negarse, y el día 31 salían de Lisboa los representantes de Francia y España. Al mismo tiempo que presionaba a Portugal, Bonaparte negociaba rápidamente con España el tratado que después se llamaría de Fontainebleau, firmado en el palacio de ese nombre el 27 de octubre (1807).

Por medio del tratado de Fontainebleau, Bonaparte convertía a Godoy y a Carlos IV en cómplices del crimen de destruir Portugal, pero el jefe del gobierno español y su rey no sospechaban que ese crimen les iba a costar el poder y la libertad. De acuerdo con lo pactado, Napoleón crearía en el norte de Portugal un reino para los reyes de Etruria, a quienes Napoleón había despojado de su corona. Este punto fue negociado por Godoy para contar con la aprobación de Carlos IV y de su mujer María Luisa a todo lo que se acordara en Fontainebleau, porque la reina de Etruria era la hija de los reyes españoles. La parte central de Portugal quedaría reservada, como tierra de nadie, para las negociaciones de paz con los ingleses, cuando éstos fueran derrotados; Godoy pensaba que podría ser utilizada en trueque por los territorios españoles que se hallaban en poder inglés, como Gibraltar y Trinidad. Por fin, la parte sur de Portugal sería un reino para don Manuel Godoy, quien lo gobernaría con facultad para traspasarlo en herencia a un hijo. Tanto ese reino destinado a Godoy como el que se crearía para los reyes de Etruria serían en cierto sentido dependientes de la monarquía española. Por último, las colonias portuguesas se repartirían entre Francia y España, y coronando todo este edificio delirante, Carlos IV cambiaría su título de rey de las Españas por el emperador de las dos Américas.

¿Qué quería decir ese título, qué significado tenían las promesas de Fontainebleau? A fin de cuentas, nada. Napoleón ofrecía a Godoy y a los reyes españoles reinos e imperios para mantenerlos hechizados, como al niño a quien se le hace creer que tendrá la golosina que le atrae, para que se estuvieran tranquilos cuando él comenzara a ejecutar su plan; y ese plan consistía en adueñarse de España.

A cambio de todo eso ¿qué pedía Napoleón? Prácticamente nada, sólo que sus ejércitos tuvieran paso libre por España para atacar Portugal y que España participara en esa guerra con algunas tropas. El tratado de Fontainebleau se firmó el 27 de octubre (1807), pero Napoleón

estaba tan seguro de que obtendría de España todo lo que deseaba, y era, además, tan impaciente, que la orden de marcha de esos ejércitos estaba firmada por él desde el día 17 y el 18 pasaron la frontera francoespañola por el río Bidasoa, aunque no avanzaron en territorio español. Después de firmado el tratado, esos ejércitos, mandados por Junot –que iba a ser poco después, gracias a la invasión de Portugal, ennoblecido por el emperador con el título de duque de Abrantes– marcharon hacia Burgos, luego hacia Valladolid, de ahí a Salamanca; de Salamanca tomaron hacia el sur para entrar a Portugal por el camino de Alcántara. En esta última ciudad se les unieron fuerzas españolas.

Los reyes de Portugal habían esperado hasta el último momento que Napoleón cambiara de parecer, pero cuando sus tropas y las de España cruzaron la frontera decidieron dejar el país, cosa que hicieron el 27 de noviembre. Así, la corte portuguesa se trasladó en pleno a Brasil y se estableció en Río de Janeiro, con lo cual quedó a salvo el imperio portugués de América, África y Asia. Ese movimiento conduciría, pocos años después, a la independencia del Brasil, pues cuando Portugal quedó libre y sus reyes retornaron a Lisboa en 1821, el enorme territorio que había sido asiento del trono durante nueve años no podía volver a su antigua condición de virreinato, de manera que quedó gobernándolo como regente el príncipe Pedro de Braganza, y un año después él mismo proclamó la independencia y pasó a gobernar el país con el título de emperador.

Ahora bien, como éste es un libro cuyo tema es el Caribe en tanto frontera donde chocaban los imperios que se debatían en Europa, no tiene interés para el lector lo que sucedió en Portugal ni en el Brasil; lo que debe interesarle es el segundo tiempo del plan que estaba ejecutando Napoleón en la península Ibérica, pues esa segunda parte iba a llevarse a cabo en España, y España seguía siendo el país europeo con más dependencias en el Caribe.

España tenía sus mejores tropas en Prusia, de las que le habían quedado, una parte había entrado con Junot en Portugal y otra parte pasó a ocupar el norte del país invadido, esto es, la región que estaba destinada a ser convertida en reino para los despojados reyes de Etruria. Napoleón había dejado a España desguarnecida, de manera que su propósito oculto –la ocupación del país– iba a ser de fácil realización.

Con su rapidez característica, el emperador puso en marcha la parte final –y decisiva– de su plan. Así, en el mes de diciembre entró a España un ejército que se estableció en Valladolid, y en enero de 1808 envió uno de 30,000 hombres que se instaló en Burgos; en febrero designó su lugarteniente en España al mariscal Joaquín Murat, marido de Carolina Bonaparte y, por tanto, cuñado del emperador, y al finalizar ese mes sus tropas ocupaban Barcelona y Pamplona. Súbitamente, cuando ya tenía 100,000 hombres en España, Napoleón pidió que se le diera a Francia el territorio español situado al norte del Ebro, con lo cual pretendía borrar de un plumazo la gigantesca frontera natural de los Pirineos. Fue entonces cuando el gobierno español se dio cuenta de que la ocupación de Portugal, a la cual había él contribuido, había sido sólo un pretexto para convertir España en dependencia francesa.

La situación no podía ser más trágica. Napoleón ocupaba todo el flanco portugués de la Península y además la región del norte, desde el Atlántico hasta el Mediterráneo. La llanura de Castilla estaba abierta a sus tropas. Y eran los reyes de España y su jefe de gobierno, Manuel Godoy, quienes habían conducido al país a ese estado de cosas. En vez de emperador de las dos Américas, Carlos IV se había convertido en un juguete en manos de Napoleón. No parecía haber una salida de la trampa en la que habían caído España, Godoy, los reyes. Pero los Braganzas de Portugal habían dado un ejemplo, y Godoy y los reyes decidieron seguirlo: también ellos se irían a América.

Ahora bien, todo lo que estaba sucediendo era resultado de una cadena de crisis que se originaban, a su vez, en la crisis más amplia de la sociedad europea. Napoleón concibió y ejecutó su movimiento sobre España porque él mismo era juguete de esa crisis europea, que había llegado a su culminación con la conquista del poder por parte de la burguesía francesa; colocado en una situación desesperada frente a Inglaterra, el emperador había desatado a su vez la crisis nacional de España, así como había desatado ya tantas en Europa. Y sucedía que esa crisis particular de España iba a estallar, como una potente bomba, en las manos de Napoleón.

El círculo burgués que gobernaba en España desde los tiempos de Felipe V había sido siempre, como hemos dicho antes, más débil que las fuerzas sociales tradicionales del país; pero se mantenía en el poder

porque había tenido durante el siglo XVIII y lo que iba del XIX el favor de los Borbones; sin embargo, ese círculo había ido perdiendo en los últimos años prestigio y, por tanto, autoridad ante el pueblo español, precisamente debido a la violencia con que procedía Napoleón. En marzo de 1808, cuando el emperador de los franceses reclamó todo el norte del país para Francia, ese círculo no tenía ya fuerzas para sostenerse en el gobierno; se hallaba en un proceso de atomización, porque una parte de sus miembros pensaba que con Napoleón llegaban a España las libertades y el progreso europeos, y otra parte de sus miembros –sobre todo aquellos que habían sido perjudicados por las actuaciones de Godoy– creía que Napoleón llegaba a España a sostener en el poder a Godoy y a su camarilla, lo que parecía razonable porque Godoy, y con él los reyes, aparecían a los ojos del país como los partidarios más apasionados del emperador.

Esa debilidad del círculo burgués español provocaba el fortalecimiento de las poderosas fuerzas tradicionales de la sociedad española, que parecían sometidas a la voluntad de los que gobernaban, pero que nunca habían sido destruidas en el siglo y pico de gobierno de los Borbones. Con el aumento de la oposición al círculo burgués, la vieja sociedad española se lanzaba a luchar por el poder. Los síntomas de esa lucha podían advertirse desde hacía algún tiempo. El más elocuente de esos síntomas se había producido el año anterior; fue la llamada conjura de El Escorial, descubierta un día después de la firma del tratado de Fontainebleau, esto es, el 28 de octubre (1807). Lo que se deduce de los documentos de la época es que un grupo de la antigua nobleza española, encabezado por su tío el duque del infantado, usó a Fernando, príncipe heredero, muy joven y bastante débil de carácter y de cabeza, en un plan para sacar a Godoy del gobierno; pero Godoy se las arregló para convencer a los reyes de que los conjurados se proponían, con la aprobación de Fernando, destronar al rey y envenenar a la reina.

El complot de El Escorial sería un episodio sin importancia, aunque lamentable, en la historia de España, tan rica en acontecimientos trascendentales, si no hubiera sido por las fuerzas sociales que operaban tras él. Gracias a ese episodio la vieja nobleza española y la porción de la burguesía que se oponía a Godoy presentaron al príncipe Fernando ante la opinión del país como el caudillo del antigodoysismo, y preci-

samente lo que estaba necesitando la vieja nobleza para dar la batalla al círculo burgués que tenía el poder desde hacía más de un siglo era sólo eso, un caudillo que pudiera volverse popular rápidamente. Godoy cometió en ese momento un error táctico que tendría para él y para su grupo consecuencias fatales; hizo que el rey le diera publicidad al episodio de El Escorial mediante un manifiesto que se publicó el 30 de octubre, de manera que el país entero supo lo que había sucedido en El Escorial y lo redujo a esta simple idea: el príncipe heredero es enemigo de Godoy y de los reyes, que sostienen a Godoy. Además, el príncipe salió victorioso de la lucha contra Godoy, porque el 5 de noviembre el rey publicaba un decreto en el que lo perdonaba.

Las fuerzas sociales del país estaban enfrentadas ya en campo abierto cuando se supo que ante las exigencias de Napoleón los reyes se preparaban a abandonar España para refugiarse a América; y se hallaban enfrentadas de este modo: el círculo burgués, dividido, y los círculos tradicionales, unidos. La noticia del viaje de los reyes alarmó al pueblo y por tanto lo convirtió en terreno abonado para cualquier agitación bien dirigida, y los círculos tradicionales supieron organizar la agitación; la concibieron y la llevaron a cabo como una operación destinada a aplastar a Godoy sin tocar a los reyes. Su punto culminante sería lo que se conoce en la historia española como el motín de Aranjuez, que tuvo lugar el 17 de marzo de 1808.

Aranjuez era una villa donde los reyes de España se retiraban a descansar, situada a poca distancia de Madrid. Godoy tenía una casa en Aranjuez, y esa casa fue asaltada por una muchedumbre en la que había mucha gente llevada desde Madrid por los autores intelectuales del asalto. Todo lo que había en la casa fue destrozado y Godoy, golpeado de una manera brutal, salvó la vida porque logró esconderse en los sótanos. Estuvo escondido 36 horas, sin comer ni beber. Para darle un toque maestro a la conjura, los organizadores del asalto obtuvieron del rey y de Fernando que fuera éste –es decir, el caudillo del antigodoysismo– quien lo sacara de los sótanos y le ofreciera garantías, lo cual presentaba al príncipe a los ojos del pueblo español, que sabe admirar la nobleza de carácter, como un hombre de alma grande. Pero desde luego, al salir de su escondite, con la ropa destrozada, el rostro lleno de cardenales, envuelto en un manto roto, dando en fin la impre-

sión de que era un mendigo y no un favorito real todopoderoso, Manuel Godoy estaba liquidado políticamente para el resto de sus días. Siguiendo su plan, los autores intelectuales del motín de Aranjuez obtuvieron que Carlos IV abdicara a favor de Fernando, lo que hizo el rey el día 19.

Desde el punto de vista del arte de la política, el motín de Aranjuez fue un golpe magistral de lo que hoy llamaríamos la extrema derecha española. El pueblo, que había sido el instrumento en esa acción, creyó que estaba sirviendo una causa patriótica y, por tanto, justa, y no se daba cuenta de que estaba sirviendo los intereses de núcleos sociales que lo usaban en su lucha contra los círculos burgueses. En una hábil maniobra de escamoteo de la verdad, esos núcleos habían logrado crear un centro de atracción exaltando a Fernando al trono y al mismo tiempo habían logrado hacerse seguir por el pueblo. Puede alegarse que el pueblo, sobre todo en una época como aquélla, es fácil de engañar; pero es el caso que también fue, engañada una parte de la burguesía, que creyó seriamente que Fernando VII iba a ser un rey progresista, partidario de las ideas burguesas, que eran las más avanzadas entonces; y lo creyó más cuando Fernando llamó a su lado a algunos hombres del círculo burgués y prohijó algunas medidas que parecieron liberales.

Napoleón Bonaparte tenía planeado lo que debía hacer tan pronto los Borbones fueran echados del trono, pues a él no le quedaba la menor duda que serían echados. De acuerdo con esos planes, en España reinaría un Bonaparte, no un Borbón. Así, en el mes de febrero le había ofrecido la corona española a su hermano José, pero éste no la aceptó porque Napoleón se la daba a cambio de que entregara a Francia todo el territorio español situado al norte del río Ebro, tal como había reclamado de Carlos IV, Murat debía conocer de antemano las ideas de Napoleón, puesto que envió rápidamente un mensaje a Carlos IV ordenándole que declarara nula y sin efecto su abdicación. Carlos IV hizo la declaración el 21 de marzo, pero no tuvo efecto alguno porque su hijo Fernando había nombrado ya un ministerio y había comenzado a reinar.

Fernando VII entró a Madrid el día 29, en medio de un júbilo popular delirante, algo que no se había visto antes en la capital de España; pero Murat le hizo saber claramente que no lo reconocería como rey, y además el embajador que envió ante Napoleón no fue recibido

por éste. En ese momento el emperador estaba ofreciendo el trono de España a su hermano Luis, rey de Holanda, y sucedía que Luis, igual que José, rechazaba la oferta. Entonces fue cuando el impetuoso vencedor de Austerlitz y Jena decidió acabar de una vez y para siempre con los Borbones en España, aunque España se quedara sin rey. Esta última parte de su plan español podía resumirse en pocas palabras: hacer presos a los Borbones, Carlos, María Luisa y Fernando, costara lo que costara. Pero por alguna razón, tal vez porque el pueblo español había demostrado en el motín de Aranjuez que era peligroso, no quería echar mano a la familia real en España y se propuso llevarla sin violencia a Francia. Para vigilar la situación española, él estaba en Bayona, a corta distancia de la frontera, y allí esperaría a los Borbones.

Anunciando que viajaría a España, Napoleón invitó a Fernando VII a encontrarse con él en Burgos. El joven rey español y sus consejeros sabían que en última instancia su corona dependía de Napoleón; así, el rey salió para Burgos, pero no encontró allí al emperador. Se le dijo que lo hallaría en Vitoria y avanzó hasta Vitoria, sólo para enterarse, al llegar, de que Napoleón se encontraba en Bayona, al otro lado de la frontera. Hábilmente estimulado a seguir viaje con la promesa de que tan pronto hablara con él el emperador lo reconocería rey de España, Fernando VII cruzó la frontera y llegó a Bayona el día 21 de abril. Ya no saldría de Francia sino seis años después. El día 22 partían para Bayona Carlos y María Luisa, que llegaron a su destino el día 30, e igual que el hijo, serían prisioneros de Napoleón durante seis años. Reunidos en Bayona los padres y el hijo, es decir, la cabeza de los Borbones de España, Napoleón creyó que tenía en sus manos a todo el país y a todo el pueblo español. El emperador, que había sido el fruto de una revolución hecha por el pueblo de Francia, no alcanzaba a darse cuenta de que los pueblos tenían significación política, voluntad y derechos, y desde luego no se imaginaba siquiera qué clase de pueblo era el de España.

Bajo las duras amenazas de Napoleón Bonaparte, hábilmente mezcladas con ofertas grandiosas, los Borbones de España cedieron a todo lo que pedía el enérgico e infatigable emperador de Francia: Fernando VII abdicó en favor de su padre y éste abdicó todos sus derechos en favor de Napoleón, de manera que si la historia hubiera seguido haciéndose después de la Revolución francesa a base de los principios y

el derecho anterior a la Revolución, Napoleón pasaba a ser rey de España y cabeza de un enorme imperio. Pero la historia no se hacía en 1808 como se había hecho antes de 1789; la historia comenzaba a ser hecha por los pueblos, aunque hasta ese momento sólo los círculos de la burguesía actuaran en nombre de los pueblos; y sucedió que antes aun de que Fernando abdicara en favor de Carlos y éste en favor de Napoleón, el pueblo de Madrid se había levantado y salió a las calles a combatir contra Napoleón. Eso ocurrió el día 2 de mayo, una fecha que se haría histórica y quedaría inmortalizada en la pintura de Goya.

El formidable levantamiento popular del 2 de mayo fue ahogado en sangre, de manera implacable, por órdenes de Murat, pero eso sucedió sólo en Madrid, y resultaba que el levantamiento de Madrid se había propagado instantáneamente a numerosos puntos de España, de manera que lo que hizo Murat en Madrid fue como apagar una hoguera en un bosque extenso que estaba quemándose por varios sitios a la vez.

Ahora bien, aquí es donde se presenta, en la cadena de crisis desatada por los actos de Napoleón, el eslabón que condujo la crisis española a sus posesiones del Caribe; una crisis que iba a conducir rápidamente a abrir la etapa de las guerras de esas posesiones por lograr su independencia. La transferencia de la crisis desde España a América se produjo así.

Al salir para Burgos con la idea de hallar al emperador en la vieja ciudad castellana, Fernando VII, aconsejado por hombres que tenían sus dudas sobre los planes de Napoleón, dejó establecida en Madrid una junta de gobierno que encabezaba su tío, el infante don Antonio, y sucedió que cuando Murat ordenó las sangrientas represiones del 2 y el 3 de mayo, esa junta apoyó a Murat, con lo cual perdió su autoridad ante el pueblo. Pero como el levantamiento de Madrid estaba reproduciéndose en muchos sitios de España, cada pueblo o ciudad que se levantaba designaba una junta local para dirigir la guerra popular contra los franceses. Así, para fines de mayo había en el país varias juntas, todas formadas "en defensa de los derechos de Fernando VII", pues el joven rey se había convertido en el símbolo de España y sus derechos al trono implicaban el derecho de España a quedar libre de los franceses. Fue así como vino a suceder que el pueblo español estaba en armas y sin embargo no había autoridad central alguna que dirigiera la lucha. Por esa razón, al llegar al Caribe la noticia de lo que

había sucedido en España, los pueblos españoles de la región imitaron lo que estaba haciéndose en la metrópoli y cada uno formó también su junta, y esas juntas acabarían convirtiéndose en los organismos directores de los movimientos de independencia de los territorios del Caribe. Ahora bien, dado el tipo de organización social que había en esos territorios, las juntas defensoras de los derechos de Fernando VII que se formaron en el Caribe estuvieron desde el primer momento formadas por las personas de más rango, lo que significa que pertenecían al grupo dominante de cada lugar, y esos grupos dominantes eran los grandes terratenientes esclavistas, enemigos jurados de los círculos burgueses que habían gobernado en España con los Borbones y enemigos jurados, desde luego, de la Revolución francesa y de Napoleón Bonaparte.

En las dependencias españolas del Caribe se tuvieron noticias de lo que estaba sucediendo en España cuando llegó a La Guayra a mediados de julio una orden del Consejo de Indias para que se reconociera a José Bonaparte como rey de España. La nueva causó conmoción en Caracas. ¿Cómo y por qué razón era José Bonaparte rey de España? ¿Qué quería decir eso? Los mensajeros explicaron que Carlos, María Luisa y su hijo Fernando estaban presos en Francia y que Napoleón había designado a su hermano José para reinar en España y América. No hacía falta más. La aristocracia caraqueña, a la que el pueblo llamaba los mantuanos debido a que sus mujeres usaban largos mantos para ir a misa, se lanzó a la calle y encabezó una serie de manifestaciones en que se daban vivas a Fernando VII y mueras a Napoleón Bonaparte; el cabildo, compuesto por mantuanos, reclamó que el capitán general jurara públicamente fidelidad al rey preso, a lo que el capitán general accedió; se sacó a las calles el pendón real y Caracas vivió un día de extrema pasión monárquica. Sucedía que entre la burguesía francesa, que había decapitado a los aristócratas, y los reyes borbónicos, que entregaban el poder al círculo burgués de España pero no perseguían a la nobleza ni la despojaban de sus bienes, los mantuanos de Caracas preferían al rey Borbón.

Pero no sería en Venezuela donde se verían los síntomas más rápidos de la reacción de los grupos dominantes del Caribe ante la noticia del destronamiento de los Borbones españoles; sería en Santo Domin-

go, donde el general Ferrand llevaba cuatro años ejerciendo el gobierno en nombre de Francia. Allí no había aristocracia mantuana, pero estaban los hateros, también grandes latifundistas esclavistas, que seguían siendo españoles en su corazón, entre otras razones porque el gobierno español respetó siempre de manera absoluta sus propiedades en tierras, sus derechos de amos de esclavos y su importancia social. En Santo Domingo se comenzó a conspirar para echar a los franceses y esas conspiraciones hallaron respaldo en las autoridades españolas de Puerto Rico, que estaban dispuestas a facilitar armas y hombres para la lucha. Las actividades conspirativas comenzaron simultáneamente en dos puntos distintos del país, una en el este y otra en el oeste, por la banda del sur. Un escuadrón naval inglés cooperó con el grupo que iba a actuar en la parte oriental y obtuvo la rendición de la pequeña guarnición francesa que había en Samaná al mismo tiempo que el jefe del movimiento, un hacendado criollo llamado don Juan Sánchez Ramírez, desembarcaba y tomaba Higüey y el Seybo. Por su parte, don Ciriaco Ramírez, el jefe del grupo que operaría en la banda del sur, se levantó con armas llevadas también desde Puerto Rico, pero fuerzas francesas al mando del coronel Aussenac lo obligaron a refugiarse en los bosques de la región.

En pocos días Sánchez Ramírez reunió varios cientos de hombres y avanzó hacia el oeste. El general Ferrand se dio cuenta de que aquel movimiento era serio, sobre todo estando él, como estaba, aislado en medio del Caribe, con Haití a un lado y los navíos ingleses dominando las aguas de las Antillas; así, pensó que había que aplastar rápidamente a Sánchez Ramírez y él mismo se puso a la cabeza de las fuerzas que debían hacerlo. Sánchez Ramírez había tomado posiciones ventajosas al fondo de la sabana de Palo Hincado; allí esperó al general francés, y aunque no tenía experiencia militar, al producirse la batalla se condujo como un veterano y Ferrand fue derrotado de manera tan vergonzosa que prefirió darse un pistoletazo en la cabeza antes de verse perseguido y acorralado en los bosques vecinos. La batalla de Palo Hincado tuvo lugar el 8 de noviembre de 1808.

El jefe vencedor avanzó inmediatamente hacia la ciudad de Santo Domingo, a la que puso un sitio que iba a durar varios meses. El general Barquier, sucesor de Ferrand, evacuó a la mayor parte de los vecinos

y se dispuso a resistir hasta el límite de sus fuerzas. Todas las salidas hechas para levantar el cerco, algunas de ellas realmente desesperadas, terminaron en fracaso. Los defensores morían de hambre, pero los atacantes no disponían de fuerza para dar un asalto decisivo. La suerte de la ciudad se decidió cuando el 27 de junio de 1809 se presentó frente a Santo Domingo una escuadra inglesa que llevaba infantería bajo el mando del general Hugh Carmichael y desembarcó tropas en Palenque, a corta distancia de la ciudad, mientras los navíos bloqueaban el puerto. Barquier, que no quería rendirse a Sánchez Ramírez, se rindió el 6 de julio a Carmichael y éste entregó la plaza a Sánchez Ramírez el día 12. Así volvió a ser territorio español la que había sido la primera dependencia de España en el Caribe y en América, y seguiría siéndolo hasta diciembre de 1821. En Santo Domingo, pues, se luchó contra los franceses, pero no por la independencia; de igual manera comenzaría la lucha en Venezuela y Nueva Granada.

Para entonces ya los ingleses habían tomado Deseada y Marigalante, en las vecindades de Guadalupe, y la isla de Martinica, que había caído en sus manos el 24 de febrero después de varios días de combates. Un año después tomarían Guadalupe, que capituló el 6 de febrero de 1810, y unos días más tarde tomaban las pequeñas islas holandesas de San Eustaquio y Saba y la francoholandesa de San Martín. En el mar de los caribes no quedaba a mediados de 1810 ni un pie de tierra francés que no hubiera caído en manos británicas. Cuando ingleses y franceses hicieron la paz, cuatro años después, los primeros se quedaron con Tobago y Santa Lucía y devolvieron a Francia todas las otras posesiones francesas.

Es explicable que Francia perdiera en esa guerra sus territorios del Caribe; al fin y al cabo, aunque casi toda Europa participó en la guerra del lado francés, la guerra era de hecho una lucha entre Napoleón y Gran Bretaña. Lo que resulta ser casi una burla histórica es que España, expoliada y maltratada por Napoleón, acabara también perdiendo la mayoría de sus dependencias en la región. Pero es así como se producen los acontecimientos cuando operan fuerzas de carácter mundial, puesto que la crisis de la Revolución francesa había transformado el mapa europeo, y España era parte de Europa, resultaba lógico que al agudizarse la crisis precisamente en España, las convulsiones de esa

crisis pasaran a sus territorios del Caribe, donde se hallaba desde hacía más de 300 años la frontera más débil de España.

Había en el Caribe dos puntos en los cuales se iniciarían las luchas de los territorios españoles por su independencia; uno, la capitanía general de Venezuela, y otro, el virreinato de Nueva Granada. Los acontecimientos se desatarían más rápidamente en Venezuela porque allí las contradicciones entre las clases sociales eran más violentas. En esos años la población del país se calculaba en 800,000 personas; 62,000 eran esclavos negros, 420,000 eran mestizos de varias razas, 120,000 eran indios y 212,000 eran blancos, de los cuales 12,000 eran españoles y canarios. Entre esclavos, negros libres y mestizos de todas las razas había, pues, 468,000, es decir, más de la mitad de la población, y aunque de esa cantidad los más explotados eran los esclavos, todos eran violentamente discriminados por los blancos; pero entre éstos también había divisiones: la aristocracia latifundista y esclavista –esto es, los mantuanos– odiaba a muerte a los canarios, a los que consideraba pertenecientes a una raza inferior, y desde luego despreciaba a los blancos, españoles o criollos, que se dedicaban al comercio y, como decían ellos, "a otros oficios baxos". La minoría mantuana quería el poder político para mantener su posición de privilegio. La burguesía, encarnada por Napoleón, era en ese momento una clase progresista, la más avanzada del mundo, y los mantuanos temían a esa burguesía tanto como un banquero norteamericano del año 1965 podía temer a Mao-Tse-Tung o a Fidel Castro.

Así, al quedar formada en España en el mes de septiembre la Junta Suprema de Sevilla, que pasó a ser el centro de autoridad de todas las juntas defensoras de los derechos de Fernando VII que actuaban en España, solicitó que en América se formaran juntas locales sometidas a su autoridad, y los mantuanos de Caracas se dedicaron a formar la de Venezuela porque no estaban dispuestos a que ningún otro grupo del país se convirtiera en un centro de poder situado por encima de ellos. Los mantuanos, pues, redactaron un manifiesto pidiendo la formación de una junta, tal como quería la de Sevilla, y nombraron sus delegados de antemano; eran ocho y entre ellos había dos marqueses y cinco condes, todos criollos, lo que da idea de cómo estaban organizados los terratenientes esclavistas de Venezuela. La junta no llegó a formarse porque se opuso el batallón de pardos –lo que equivalía a decir gente

del pueblo–, y apoyadas en esa actitud de los pardos las autoridades ordenaron la detención de todos los firmantes del manifiesto mantuano y enviaron a uno de ellos a España como reo de Estado.

En Santa Fe de Bogotá, la capital de Nueva Granada, vinieron a conocerse los acontecimientos de Madrid en el mes de agosto y en septiembre llegó un capitán de fragata español a pedir, a nombre de la Junta Suprema de Sevilla, que se reconociera a Fernando VII como rey. A esas fechas Inglaterra tenía representantes ante la Junta, a la que había reconocido como gobierno de España. Convocado el cabildo abierto, que era una institución política española y que consistía en una asamblea de las personas importantes de la ciudad que se reunía cuando había que tratar problemas trascendentales, se aceptó la propuesta, se hizo una recaudación de dinero que alcanzó a medio millón de pesos y el día 11 se proclamó solemne y jubilosamente a Fernando como rey de la tierra.

En el mes de diciembre de 1808 entró Napoleón a Madrid y el curso de la guerra, que había estado siendo favorable a los españoles, comenzó a cambiar. En enero de 1809 la Junta Suprema de Sevilla decretó que las posesiones españolas de América eran parte del reino y en tal virtud debían enviar delegados a la Junta. Dado el cambio de situación, los mantuanos detenidos en Caracas fueron puestos en libertad y en el mes de mayo llegó a Venezuela don Vicente Emparan con la misión de hacerse cargo del puesto de capitán general. El 10 de diciembre se formó en Quito una Junta Suprema que desconoció a las autoridades españolas e invitó al cabildo de Santa Fe a hacer otro tanto. El virrey, don Antonio Amar y Borbón, accedió a convocar el 6 de septiembre a cabildo abierto, pero dio órdenes de que el local en que se reunía fuera rodeado por fuerza pública. Un joven abogado de 33 años se levantó a protestar por esa medida. Se llamaba Camilo Torres, y en honor suyo se llamaría así un joven sacerdote, sociólogo y profesor universitario que moriría el 15 de febrero de 1966, combatiendo con las armas en la mano en las guerrillas colombianas. El día 11 se disolvió el cabildo abierto sin haberse llegado a un acuerdo, lo que dio lugar a una agitación tan peligrosa que el virrey pidió tropas a Cartagena y la Inquisición amenazó con excomulgar a todo el que tuviera en su poder proclamas emitidas por la Junta de Quito. Comenzaron las prisiones de personajes conocidos, hombres de las familias distinguidas de Bogotá,

y a finales de año se advertían las primeras señales de que esa gente distinguida se distanciaba cada vez más de las autoridades españolas.

En Caracas, mientras tanto, el mantuanismo, que había aprendido la lección de noviembre de 1,808 –cuando perdió la oportunidad de formar y controlar la Junta porque no disponía de fuerza militar que enfrentar al batallón de los pardos–, se había ganado la adhesión del batallón de Aragua y de los mestizos y negros libres de los barrios, y se preparó a dar un golpe de mano que lo llevara al poder, y fijó la fecha: sería el día de jueves santo, 19 de abril de 1810. Ese día los mantuanos, que tenían el control del Ayuntamiento de la ciudad, invitaron desde muy temprano al capitán general Emparan a ir con ellos a las festividades religiosas, y al mismo tiempo delegados suyos, jóvenes y fervientes –entre los cuales había uno que se llamaba Simón Bolívar– recorrían los barrios pidiéndole a la gente del pueblo que se reuniera frente al Ayuntamiento y a la iglesia. Cuando el capitán general pensó que ya era hora de ir al templo, los miembros del cabildo alegaron que antes debían hablar de la situación de España y América. Emparan se puso de pie y se encaminó a la iglesia. Los mantuanos lo rodearon y comenzaron a discutir con él en plena calle, dispuestos a no dejarlo avanzar. El capitán general quiso imponer su autoridad, pero el jefe del batallón de Aragua lo empujó hacia el Ayuntamiento. Era la rebelión sin sangre. Lo que vino después fue relativamente simple. Desde los balcones del Ayuntamiento se le preguntó al pueblo reunido abajo si quería que siguiera gobernándolo Emparan; el pueblo gritó que no, a lo que el capitán general respondió: "Yo tampoco quiero mando". El Ayuntamiento de Caracas, centro de poder del mantuanismo de Venezuela, se proclamó a sí mismo Junta Suprema del Gobierno de la provincia y envió delegados a los demás ayuntamientos del país para pedirles que reconocieran su autoridad. La mayoría la aceptaría, lo que se explica porque también en las ciudades y villas del interior eran mantuanos los miembros de los cabildos. El que no estaría de acuerdo sería el pueblo, y más propiamente aún, las masas esclavas y mestizas que formaban la base del pueblo venezolano.

En el mes de junio iba a producirse en Cartagena un movimiento parecido al de Caracas; también allí iba el Ayuntamiento a desconocer al gobernador y también allí pasaría el Ayuntamiento a gobernar la

provincia. A poco sucedía algo similar en Pamplona y Socorro, dos ciudades que se hallaban al norte de Santa Fe, y se invitaba al pueblo de Bogotá a que hiciera otro tanto. Al mismo tiempo comenzaron a levantarse grupos de criollos en los llanos de Casanare, fronterizos de Venezuela; esos grupos fueron aplastados y sus cabecillas decapitados y las cabezas enviadas a Bogotá.

Inesperadamente, y sin una causa suficiente, tal como sucedió en el motín del té en Boston y como sucede cuando la atmósfera está cargada de gases peligrosos y alguien enciende un fósforo, el pueblo de Bogotá iba a levantarse el 20 de julio. En Santa Fe había mucho entusiasmo porque se esperaba la llegada de Antonio Villavicencio, un quiteño que había ido a Nueva Granada enviado por la Junta Regente de España. A su paso por Cartagena, Villavicencio había puesto en libertad a los prisioneros políticos, entre ellos a don Antonio Nariño, un notable bogotano que tenía mucho prestigio en Santa Fe Los bogotanos habían resuelto engalanar las calles para recibir a Villavicencio. Y sucedió que dos criollos, padre e hijo, fueron al comercio de un español a comprar cintajos, y el comerciante se negó a venderles y además agregó a la negativa algunas palabras malsonantes dedicadas a los criollos y a Villavicencio. El insulto llenó de cólera al padre y al hijo, que respondieron golpeando al tendero, y en pocos minutos ese incidente minúsculo se había convertido en una verdadera batalla campal entre criollos y españoles; los primeros apedreaban las casas de los segundos y éstos corrían a buscar refugio en cualquier parte o armas para defenderse; por todas las calles aparecían hombres armados, sonaban las campanas de las iglesias y el pueblo gritaba pidiendo cabildo. El virrey aceptó llamar a cabildo, pero se negó a que fuera abierto; debía ser cerrado, lo que significaba que sólo podrían participar en él los funcionarios públicos y religiosos, y algunas personas invitadas especialmente. Pero el pueblo no admitió que el cabildo se limitara a ser cerrado; se metió a la fuerza al local donde se celebraba la asamblea y su presencia obligó a que ésta fuera abierta.

Lo que estaba sucediendo en Bogotá el 20 de julio no se parecía a lo que había sucedido en Caracas el 19 de abril. En Caracas los mantuanos manipularon al pueblo y lo usaron como instrumento de presión sobre Emparan; en Bogotá el pueblo actuó por su cuenta y sobrepasó a los notables de la ciudad, que fueron sorprendidos por el motín;

en Caracas los mantuanos trabajaron a la oficialidad del batallón Aragua antes de lanzarse a actuar; en Bogotá los jefes de la tropa se negaron a disparar contra el pueblo o se unieron a él de manera espontánea. Pero al fin y al cabo los resultados fueron parecidos, pues los personajes de Bogotá formaron una junta sin tener en cuenta el cabildo abierto y el pueblo aprobó con entusiasmo esa medida; es más, aceptó que el virrey Amar y Borbón fuera el presidente de la Junta.

La Junta se reunió, y sus miembros juraron dar su vida por Fernando VII y en defensa de la religión católica. Esto ocurrió en la mañana del día 21. Pero sucede que a mediodía se amotinó otra vez el pueblo, sacó de la prisión a uno de los notables que estaba detenido en ella y obligó a la junta a que lo aceptara como uno de sus miembros. El resto del día las multitudes estuvieron recorriendo las calles de la ciudad persiguiendo a funcionarios españoles mal vistos por los criollos y festejando su victoria. El 23 se procedió a la proclamación pública y solemne de Fernando VII como rey de España y de América. El 24 volvió el pueblo a amotinarse y comenzó a reclamar la prisión de otros funcionarios y al final gritaba que se destituyera al virrey; pero como su instinto le decía que algo andaba mal, no se detuvo ahí y comenzó a pedir la prisión de Amar y Borbón y su mujer, la virreina. Sometida a una fuerza ingobernable y peligrosa la Junta aceptó todas las demandas. No podía intentar, siquiera, evadir las peticiones populares, porque las muchedumbres eran dueñas de las calles desde hacía tres semanas y no había poder alguno para someterlas. El 15 de agosto don Antonio Amar y Borbón, la virreina y varios altos funcionarios fueron enviados a Cartagena, donde el virrey guardó prisión hasta que pudiera embarcar hacia España.

La marcha de los acontecimientos tenía el ritmo loco de los torrentes en días de grandes lluvias. La crisis española entraba a su fase aguda en los territorios del Caribe. En todas partes había agitación y en todas partes se formulaban planes y se tomaban decisiones. Así, la Junta de Cartagena convocó a un congreso de delegados de todo el virreinato para establecer una república federal; la de Bogotá convocó otro que debía reunirse en la capital el 22 de diciembre. Por su parte, la de Caracas había convocado a otro para el mes de marzo de 1811. Los pueblos españoles del Caribe se hallaban en los umbrales de una conmoción fiera, costosa y prolongada.

Capítulo XIX

La guerra social venezolana

Las luchas de independencia en los territorios españoles del Caribe comenzaron desatando la pavorosa guerra social de Venezuela, hecha por la masa del pueblo –españoles del común, canarios, pardos, zambos, negros libres y esclavos– contra los criollos todopoderosos.

Quienes iniciaron las luchas fueron los sectores de lo que hoy llamaríamos la extrema derecha, los terratenientes esclavistas; y en aquellos lugares donde esa clase tenía círculos aristocráticos, las comenzaron éstos, o por lo menos, ellos las encabezaron. Eso es lo que explica que las masas populares se pusieran frente a los iniciadores de la independencia y del lado realista, pues la monarquía borbónica, que tenía 110 años de historia, era infinitamente más avanzada que los amos de tierras y esclavos del Caribe español, y muy a menudo les imponía limitaciones a sus desafueros y amparaba a los sectores sociales del pueblo contra los abusos de los poderosos. Por su parte, los terratenientes esclavistas, que se habían acostumbrado a las libertades económicas que habían dado los reyes Borbones a sus territorios de la región, querían el poder político –y nada menos que todo el poder político– para ellos solos, no para compartirlo con ninguna otra clase. Habían visto que en la América del Norte se había hecho la independencia y el poder había caído en manos de grandes terratenientes dueños de esclavos y ellos querían disfrutar de una situación similar a la de sus congéneres de Estados Unidos.

En pocas palabras, el movimiento de independencia en el Caribe español tuvo su origen en los círculos más reaccionarios, por lo menos en sus primeros años. Los historiadores, los poetas, los escritores de

esa región del mundo lograron engañar durante más de un siglo a infinidad de gente presentando ese movimiento con colores brillantes, pero en el momento en que se produjo nadie pudo engañar a las masas de los pueblos; esas masas se dieron cuenta de la verdad desde el día mismo en que vieron a los grandes señores del cacao, del azúcar y del añil al frente de las juntas que se formaron con el pretexto de mantener y defender los derechos de Fernando VII. Pasarían años antes de que el agotamiento de la guerra social y el genio político de Bolívar provocaran la incorporación de las masas a la lucha por la independencia.

En sus inicios, las luchas fueron aisladas y hasta en un mismo territorio se produjeron movimientos diferentes. Eso dependía de la composición social de cada lugar, de la mayor o menor autoridad de los líderes. Pero la agitación fue general, excepto, tal vez, en Cuba y Puerto Rico. En Santo Domingo, como sabemos, acabó en la expulsión de los franceses y la reincorporación a España; en Nueva Granada provocaría desde el primer momento no sólo acciones de guerra contra españoles y neogranadinos realistas, sino además una guerra civil entre republicanos; en Venezuela iba a desatar una guerra social de proporciones abrumadoras.

Entre fines de 1810 y marzo de 1811, la presión independentista fue más fuerte en Caracas, adonde Miranda había llegado en el mes de diciembre invitado por el joven Simón Bolívar, que había sido el representante de la Junta de Caracas en Londres. Los patricios de Bogotá –conocida todavía en esos años con el nombre de Santa Fe– establecieron el Estado de Cundinamarca, presidido por Jorge Tadeo Lozano, que debía ser uno más de los que formarían la confederación en las Provincias Unidas de Nueva Granada, cuya constitución comenzó a ser elaborada inmediatamente. Por su parte, Cartagena se negó a reconocer autoridad alguna a las cortes españolas, y mientras tanto en la región sudoeste del país se inició una lucha armada entre republicanos y realistas, estos últimos mandados por el gobernador español de Popayán, el general Tacón.

A medida que avanzaba el año de 1811 se producían rebeliones de esclavos en la región central de Venezuela, y cuando el Congreso reunido en Caracas proclamó el 5 de julio la independencia del país y su organización como república federal, la respuesta popular fue una

sublevación realista en la importante ciudad de Valencia. El Congreso encomendó a De Miranda someter a los valencianos y el viejo luchador lo consiguió, pero a un precio muy alto en muertos y heridos. En el mes de septiembre se produjeron en Bogotá desórdenes de tal naturaleza que Lozano se vio forzado a renunciar a la presidencia del flamante Estado de Cundinamarca mientras el Congreso seguía trabajando en la creación de las Provincias Unidas.

La verdad era que toda la región se hallaba sometida a tensiones peligrosas. Había fuerzas realistas en Santa Marta, esto es, en el litoral del Caribe y a muy poca distancia de Cartagena, y las había también en Popayán, hacia el sur; había fuerzas realistas en Maracaibo y Coro, también en el litoral del Caribe, pero ya dentro de los límites de Venezuela, y las había en la Guayana, en el extremo oriental venezolano. Dentro de la zona del Caribe las fuerzas realistas ocupaban la costa desde Santa Marta hasta Coro, lo que suponía un territorio grande.

En los primeros días de noviembre de ese año de 1811 –el 5, el 6 y el 7– estalló inesperadamente un movimiento independentista en El Salvador, que era entonces una de las provincias de la Capitanía General de Guatemala, llamada generalmente reino de Guatemala. Adueñados de San Salvador, que era la capital de la provincia, los independentistas proclamaron la independencia el día 11 e invitaron a todos los pueblos de la provincia a que se les unieran, poro sólo lo hicieron unos pocos. El movimiento estaba encabezado por los notables de San Salvador, y especialmente por unos cuantos miembros del alto clero del país. Ese mismo día 11 de noviembre quedó establecida la confederación de las Provincias Unidas de Nueva Granada, que se conocería con el nombre simple de la Unión, y una rebelión popular obligaba a la Junta de Cartagena a declarar su independencia total de España, cosa que no iban a hacer los otros estados de la Unión sino mucho más tarde.

El 22 de diciembre se amotinó el pueblo de Granada, en la provincia de Nicaragua, reclamando que se sustituyera a los funcionarios españoles acusados de abuso de autoridad, y al comenzar 1812 sucedió lo mismo en Tegucigalpa, en la provincia de Honduras, con lo cual eran ya tres las provincias del reino de Guatemala sacudidas por la agitación que predominaba en las tierras españolas del Caribe. Hubo que organizar fuerzas para someter a los rebeldes de Tegucigalpa, como hubo que

organizarlas en el mes de noviembre en el caso de El Salvador. Las mismas fuerzas que actuaron en Tegucigalpa fueron enviadas a imponer el orden en Granada, donde la rebelión duró hasta principios del mes de febrero.

En el centro de Nueva Granada las luchas se desviaron hacia guerras civiles provocadas por la decisión del Estado de Cundinamarca –cuyo presidente pasó a ser, a la renuncia de Lozano, don Antonio Nariño– de anexionarse varios territorios, entre ellos algunos tan distantes como Pamplona, situada al norte de Bogotá. El gobierno de Cundinamarca sólo aceptaría formar parte de la Unión después que obtuviera la anexión de esos territorios que reclamaba. En el fondo de la guerra civil que se desató entonces no había sino una realidad, que eran las contradicciones entre sectores terratenientes. De todos modos, dado que esas luchas eran internas no hay en este libro lugar para describirlas; en cambio lo hay para referirnos a los acontecimientos del norte y del sur del país, donde los neogranadinos combatían por su independencia. Así, debemos decir que en el sur Tacón abandonó el campo para irse al Perú, pero al frente de las fuerzas realistas lo sucedió Antonio Tenorio, que levantó a la población del valle de Patía en favor del rey, mientras a Santa Marta llegaban refuerzos españoles enviados desde Cuba con los cuales los realistas pudieron asegurarse el dominio de la margen derecha del río Magdalena y con ella los accesos hacia Ocaña y los ricos valles de Cúcuta.

También llegaron refuerzos a Venezuela. Fue una pequeña columna despachada desde Puerto Rico al mando del capitán de fragata don Domingo Monteverde, que desembarcó en Coro a principios de marzo de 1812. A pesar de su tamaño, totalmente desproporcionado respecto a la tarea que debía realizar, esa diminuta fuerza española levantó a tal grado el entusiasmo de los partidarios de Fernando VII en el occidente de Venezuela –la gente del pueblo, y en el caso especial de Coro, también mantuanos que no habían querido unirse a los de Caracas– que Monteverde pudo avanzar hacia el sur sin tropiezo alguno, y lo que es más, aumentando sus efectivos con gente que se agregaba espontáneamente; así, entró en Carora sin disparar un tiro y ya para fines de abril había tomado Barquisimeto y San Carlos. El territorio que dejaba a su retaguardia, hasta la margen derecha del río Magdalena, en Nueva

Granada, era sólidamente realista, de manera que disponía de una base segura para obtener alimentos y ayuda del pueblo. Cuando él avanzaba hacia el centro de Venezuela, Antonio Tenorio estaba reconquistando Popayán, en el sudoeste de Nueva Granada.

La Junta de la Regencia que se había formado en España para representar al rey nombró un virrey para Nueva Granada, pero como el único lugar de Nueva Granada donde no había habido levantamientos contra el poder español ni había amenazas de ataques republicanos era la provincia de Panamá, el virrey se fue a ese sitio a establecer su gobierno. Así, vino a suceder que Cartagena se halló de improviso cogida entre dos puntos enemigos; en su flanco izquierdo estaba Panamá, donde se hallaba nada menos que el virrey de España y con él la posibilidad de que se organizaran fuerzas para ir contra Cartagena, y en su flanco derecho estaba Santa Marta, donde habían llegado refuerzos procedentes de Cuba. Colocada entre la espada y la pared, Cartagena despachó fuerzas que debían cruzar el Magdalena, tomar posiciones en la orilla derecha y atacar Santa Marta por su retaguardia, pero las tropas de Cartagena fueron repelidas con pérdidas importantes, especialmente en barcos, antes de que pudieran tomar posiciones del otro lado del río.

Mientras tanto, el Congreso de Caracas, que estaba viendo con preocupación el avance de Monteverde y el entusiasmo popular que levantaba a su paso, nombró a De Miranda generalísimo y le dio el encargo de organizar un ejército que pudiera batir al jefe español. Antes de que De Miranda pudiera disponer de tropas organizadas, Monteverde entró a Valencia y la tomó sin resistencia, debido a que la masa del lugar, como estaba sucediendo en todo el país, era partidaria del rey. De Miranda comprendió que la situación se hacía difícil y corrió a situarse en la Victoria, con lo cual cerraba el paso de Monteverde hacia Caracas, y estaba allí a fines de junio, cuando ocurrió la catastrófica sublevación del castillo de Puerto Cabello.

Ese castillo era el único punto fuerte que tenía De Miranda en su flanco derecho y era, además, el único desde el cual podía cortar la retaguardia de Monteverde en caso de que éste pretendiera avanzar hacia la Victoria. De Miranda había confiado la jefatura de esa posición, con su depósito de casi dos mil quintales de pólvora y artillería abundante, a su joven amigo Simón Bolívar, a quien había dado el

rango de coronel. Ahora bien, sucedía que el castillo de Puerto Cabello era al mismo tiempo que fuerte militar una prisión donde había numerosos oficiales y soldados españoles, y esos prisioneros fueron puestos en libertad el día 30 de junio por un oficial de Bolívar en el momento en que éste se hallaba en la ciudad haciendo su comida del mediodía. Ese oficial venezolano era partidario del rey, lo que indica cuál era la situación real de Venezuela desde el punto de vista político.

El castillo de Puerto Cabello cayó, pues, en manos españolas sin que hubiera que disparar un tiro, y aunque Bolívar trató de recuperarlo y estuvo seis días luchando con ese fin, no logró cambiar la situación y se retiró a La Guayra.

Con el castillo de Puerto Cabello y su dotación de pólvora y cañones del lado de Monteverde, De Miranda, jefe de fuerzas todavía mal organizadas, no tenía posibilidades de evitar una derrota. En realidad, ni aun sin ese tropiezo hubiera podido el viejo luchador asegurar la victoria sobre Monteverde, pues, como lo probaba la entrega del castillo, la mayoría de los venezolanos se oponía a los mantuanos de Caracas, y éstos, incapaces de reconocer los valores del pueblo, no llamaron a esas mayorías a participar en la creación de la república, lo que se explica porque en ese caso habrían tenido que concederles derechos. De Miranda, que no podía engañarse, solicitó un armisticio cuyas capitulaciones se firmaron el 24 de julio. La República Federal de Venezuela moría al cumplir su primer año de vida.

A fines de julio, don Francisco De Miranda se preparaba a abandonar Venezuela; el día 30 llegó a La Guayra, donde lo esperaba un navío inglés que debía conducirlo a Curazao. La pequeña isla holandesa, situada a una singladura de La Guayra, había sido tomada por los ingleses en enero de 1807, como se dijo en el capítulo anterior, y seguía en manos británicas. De Miranda viajaba siempre con sus archivos y tan pronto llegó a La Guayra los hizo embarcar en el navío inglés: después fue a hospedarse en la casa de un amigo, donde dormiría la noche del 30, y tomaría el barco en la mañana del 31. El amigo que los hospedaba se había vendido ya al bando vencedor, cosa que sucede a menudo en épocas turbulentas como las que vivía el país, e hizo a unos cuantos jóvenes mantuanos, entre los cuales se hallaba Bolívar, una falsa confidencia; les dijo que los cajones enviados por De Miranda al navío

inglés estaban llenos del oro que le había dado Monteverde para que le dejara paso libre hacia Caracas. Llenos de indignación y sin que trataran de confirmar lo que habían oído, Bolívar y sus amigos despertaron a De Miranda en horas de la madrugada y lo hicieron preso. Preso lo hallaron las fuerzas de Monteverde al entrar en La Guayra y ya nunca más el viejo luchador volvería a verse libre; iba a morir cuatro años después en la prisión de La Carraca, en Cádiz.

La llegada de Monteverde a Caracas significaría no sólo la muerte de la República Federal de Venezuela, sino además un golpe duro, aunque no necesariamente fatal, para la clase dominante del país, los orgullosos mantuanos, que habían declarado la independencia; pues con Monteverde entraron al palacio de los capitanes generales los llamados "blancos de orilla", pequeños comerciantes y gente que ejercía "oficios baxos", como decían los mantuanos; los canarios, los pardos, los zambos y los negros libres; es decir, la gente del pueblo que había sufrido el desprecio y el odio del mantuanismo.

Monteverde no autorizó crueldades, aunque no podía dejar en libertad a los personajes republicanos, pero los mantuanos de Venezuela no podían perdonar que él abriera las puertas del palacio de gobierno al pueblo, y como en toda la América española quienes estaban escribiendo la historia eran los servidores de la clase dominante, Monteverde ha estado figurando hasta ahora como la encarnación del crimen, el realista sin entrañas, el español salvaje. Y nada de eso es cierto. Lo cierto es que Monteverde fue el primer jefe de la democracia social venezolana y una figura que merece respeto. Como primer jefe de la democracia social de Venezuela a él le tocó iniciar un capítulo en la historia del país, y lo hizo sin maldad; cada vez que pudo hacerlo, salvó vidas y aun bienes. A Simón Bolívar, por ejemplo, le dio pasaporte para que saliera del país, y a fines de agosto el joven coronel en cuyas manos se había perdido el castillo de Puerto Cabello estaba en Curazao; otros mantuanos, jóvenes y viejos, salían hacia Trinidad o hacia Nueva Granada.

Sólo en algunos puntos de Nueva Granada podían hallar los republicanos de Venezuela ambiente propicio para sus planes y ayuda para reemprender la lucha. Entre esos republicanos de Venezuela había algunos españoles, como el coronel Manuel Cortés Campomanes. En

Nueva Granada había también extranjeros, como el francés Pierre Labatut, que había sido oficial de Napoleón y servía a las autoridades cartageneras. Cartagena se hallaba en aprietos. Una ancha faja de territorio, que iba desde el Magdalena hasta las vecindades del golfo de Morrosquillo, en el litoral del Caribe, se había pronunciado a favor de los realistas, y los españoles de Santa Marta habían lanzado una ofensiva hacia el sur, sobre la ciudad de Mompós, con cuya conquista hubieran aislado a Cartagena de la región central del país. Cortés Compomanes, Labatut y algunos oficiales venezolanos, como los hermanos Carabaño, estaban luchando para reconquistar el terreno que había perdido Cartagena, y en ese momento Bolívar abandonó Curazao y se presentó en Cartagena; allí, en el viejo puerto del Caribe, iba a encontrar la ayuda que necesitaba para lanzarse sobre Venezuela y convertirse rápidamente en la primera figura de la larga lucha por la independencia de la América española.

El gobierno de Cartagena confió a Labatut la jefatura de las operaciones sobre Santa Marta, y Labatut encomendó al coronel Simón Bolívar el puesto de Barrancas, desde el cual, con 200 hombres, Bolívar debía proteger la retaguardia del francés, que cruzó el Magdalena y comenzó a operar en la margen derecha con la intención de tomar la ciudad enemiga por la retaguardia. Pero sucedió que en vez de quedarse estacionado en Barrancas, Bolívar empezó a operar hacia el sur, mientras Labatut lo hacía hacia el norte; y así fue como se dio el caso de que al mismo tiempo que Labatut tomaba Santa Marta –en enero de 1813– Bolívar entraba en Ocaña, después de haber conquistado varios otros lugares, como Tenerife y Mompós.

Por esos mismos días terminaba la guerra civil que estaban llevando a cabo la provincia de Tunja y el Estado de Cundinamarca y el 1 del mismo mes de enero habían desembarcado en Güiria Santiago Mariño y Manuel Piar al frente de un grupo de republicanos. Güiria era un pequeño puerto situado en el golfo de Paria, es decir, en el extremo oriental de la costa venezolana del Caribe, a corta distancia de la isla de Trinidad, y no tenía guarnición realista, de manera que cayó fácilmente en manos de Mariño y Piar. Éstos se movieron inmediatamente hacia el oeste y ocuparon la plaza de Maturín, que la guarnición realista abandonó sin combatir. El avance de Mariño y Piar desató en el

oriente de Venezuela la guerra social en sus formas más crueles. Bandas que generalmente estaban encabezadas por algún español de posición humilde, pero que se formaban a base de pardos, negros libres y esclavos, comenzaron a actuar sin coordinación, una aquí y otra allá, y empezaron a cometer asesinatos, a torturar, a destruir, a incendiar propiedades de mantuanos.

Mientras tanto, Labatut había pedido al gobierno de Cartagena que sometiera a Bolívar a una corte marcial porque había desobedecido órdenes de su superior, pero las victorias del joven coronel venezolano le habían conquistado una popularidad tan grande que nadie se atrevió a darle oídos a la petición de Labatut. En ese momento, avanzando desde Maracaibo hacia el sur, a través de Los Andes, el coronel español Ramón Correa había penetrado hasta Cúcuta, desde donde podía lanzarse sobre Pamplona y poner en peligro la existencia de Cundinamarca. El coronel Manuel del Castillo, que se hallaba al sur de Pamplona, en Piedecuesta, le pidió a Bolívar que actuara combinado con él en un ataque contra Correa; Bolívar solicitó autorización a Cartagena, la obtuvo y tomó Cúcuta, lo que le valió el grado de brigadier general y el título de ciudadano de Nueva Granada, ambos expedidos por Camilo Torres, presidente de las Provincias Unidas, pero también le ganó la enemistad del coronel Del Castillo, lo que dos años después tuvo malos resultados para Bolívar y para Cartagena. En esos días Mariño y Piar repelían un ataque realista a Barcelona, y Monteverde salía de Caracas para aplastar a Mariño en Maturín.

Las fuerzas que Bolívar tenía en Cúcuta eran neogranadinas, pero entre ellas había muchos venezolanos; algunos, como su tío Félix Ribas, eran oficiales; otros eran simples soldados. De todos modos, Bolívar necesitaba toda su tropa, neogranadinos y venezolanos, para lanzarse a la lucha en Venezuela, y solicitó permiso para disponer de ellos. Pero el coronel Del Castillo, como había hecho Labatut antes, pedía que se sometiera a Bolívar a un consejo de guerra y se oponía a su marcha sobre Venezuela, y todo eso consumió más de dos meses, que Bolívar pasó esperando en Cúcuta. Cuando las autoridades de las Provincias Unidas lo autorizaron a seguir adelante, marchó hacia el nordeste, subiendo Los Andes, y el día 23 de mayo tomó Mérida. Ya estaba en territorio venezolano.

En ese mes de mayo, Monteverde, derrotado en Maturín, estaba volviendo a Caracas y la guerra social se extendía a toda Venezuela. Los que se batían contra los partidarios de la república eran los hombres del pueblo, algunos de ellos españoles, pero los más eran negros, pardos, zambos. Se mataba en nombre de Fernando VII, mas aquello era en verdad una espantosa guerra social que día tras día cobraba más vigor, un vigor diabólico que acabaría arruinando el país.

España no podía mandar ejércitos a América, pero de Cuba se enviaron fuerzas a Santa Marta, que se había rebelado contra Labatut y había vuelto a proclamar su adhesión a Fernando VII. Francisco Montalvo, un cubano que tenía grado de mariscal de campo, llegó a Santa Marta con el título de capitán general de Nueva Granada. Eso sucedía el 2 de junio (1813), cuando Bolívar estaba preparando la toma de Trujillo, situada en el lado oriental de Los Andes, en la que entró una columna suya el día 10; él llegó a Trujillo el 13 y el 15 lanzaba su proclama de guerra a muerte, que fue un esfuerzo dirigido a encauzar la guerra social que estaba asolando el país en una guerra regular de republicanos contra realistas.

Mientras Bolívar trataba de darle sentido de lucha por la independencia a la guerra social, ésta se desataba en la región de Cúcuta. Las fuerzas de Cartagena no habían cesado de atacar a las realistas de Santa Marta y éstas, mientras tanto, se expandían hacia el sur, con el resultado de que la actividad militar provocó la guerra social y ésta comenzó a florecer en los ricos valles de Cúcuta. Al mismo tiempo en el extremo sudoeste del país comenzaba a operar el coronel español Juan de Sámano, que iba a ser años después el último virrey de Nueva Granada.

Desde Trujillo, Bolívar despachó una columna para cubrir su flanco izquierdo e impedir ataques de parte de los realistas de Maracaibo; despachó otra columna para cubrir su flanco derecho y evitar que las fuerzas realistas de Barinas –más de 2,000 hombres con artillería– pudieran avanzar hacia San Carlos y cortarle el paso, y él se dirigió a Guanare. Vencidos en Niquitao por la columna que cubría el flanco derecho del joven general, los realistas abandonaron Barinas, donde Bolívar entró y reforzó sus tropas con armas y hombres.

La situación era confusa en el centro de Nueva Granada. Cada una de las provincias se consideraba un Estado autónomo dentro de la

Unión; cada una tenía su gobierno particular, que a menudo estaba en desacuerdo con el gobierno de la Unión. Aunque el nombre de la Unión era el de Provincias Unidas, había provincias que se llamaban Estados. Algunos de esos Estados, como el de Cartagena, había declarado su independencia absoluta de España; otros, como el de Cundinamarca, reconocían a Fernando VII como rey, aunque establecían que sólo ejercería la monarquía cuando estuviera en el territorio del Estado y jurara y acatara sus leyes. Pero sucedía que los acontecimientos se precipitaban y obligaban a los notables que gobernaban esos Estados a tomar actitudes imprevistas. Por ejemplo, los movimientos de Sámano en el sudoeste del país representaban una amenaza para Cundinamarca, lo que llevó a sus autoridades a declarar que Cundinamarca era un Estado libre y soberano, sin ningún nexo con España ni con ningún otro país, aunque seguía considerándose parte de la Unión neogranadina, pero totalmente autónoma dentro de ella, Eso sucedió el 16 de julio (1813). Se eligió presidente de Cundinamarca a don Bernardo Álvarez y se le encomendó a don Antonio Nariño, que había sido presidente hasta entonces, la jefatura de las fuerzas que debían combatir a Sámano. El Congreso de la Unión le prometió a Nariño que todas las provincias proporcionarían soldados, armas y dinero para la campaña. Antes de un mes de haberse declarado Cundinamarca Estado libre y soberano, el de Antioquía proclamó su independencia de España.

Mientras eso sucedía en Nueva Granada, Bolívar salía de Barinas y se dirigía a Araure; al mismo tiempo, Ribas avanzaba hacia Barquisimeto, ciudad que tornó después de haber derrotado una fuerza realista en Los Horcones. Bolívar reorganizó sus tropas en Araure, donde pasó los últimos días de julio, y después avanzó hacia San Carlos. Monteverde había establecido su cuartel general en Valencia, lo que hacía inevitable el choque entre su ejército y el de Bolívar. Efectivamente, el choque se produjo; fue en la sabana de Taguanes, el 31 de julio, y Monteverde quedó derrotado, de manera que se retiró a Valencia e inmediatamente a Puerto Cabello, donde sin duda tenía una posición buena para defenderse. Bolívar entró en Valencia el día 2 de agosto, avanzó rápidamente hacia la Victoria y el día 7 entraba en Caracas, y con ello daba fin a lo que en la historia de Venezuela se conoce con el nombre de “la campaña admirable” o “la campaña de las mil millas”; el prime-

ro, porque el joven general venezolano no sufrió un solo revés desde que salió de Barrancas, en las vecindades de Cartagena, con sólo 200 hombres, y el segundo porque ésa fue la distancia que recorrió con sus tropas desde Barrancas a la capital de Venezuela.

Doce días después de la entrada de Bolívar a Caracas las fuerzas de Santiago Mariño y Manuel Piar tornaban Barcelona y proclamaban a Mariño jefe supremo de las provincias orientales del país. Venezuela, pues, se hallaba en peligro de quedar dividida en dos partes o de caer en una guerra civil cuando más funesta podía ser la división de los republicanos, y para evitar que eso sucediera, Bolívar procuró legalizar su autoridad; así, una asamblea de notables de Caracas le concedió el título de jefe militar y civil, con amplios poderes para gobernar, situación que acabaron aceptando Mariño y Piar. Debemos tener en cuenta que fueron los notables de la ciudad –es decir, los hombres de prestigio social, los clásicos mantuanos–, no la gente del pueblo, quienes invistieron con esa autoridad a Bolívar, y que éste aceptó que fuera así. Esos detalles dan idea de las razones por las cuales la masa del pueblo no se sentía comprometida con la tarea de crear la república, y lo que es peor, ni los poderdantes ni Bolívar creían que esa masa tuviera nada que ver en la creación de la república.

Tan pronto como liquidó el problema político que significaba la presencia de dos jefaturas republicanas en Venezuela, Bolívar acudió a Puerto Cabello para tratar de sacar de allí a Monteverde, pero no tuvo éxito y se retiró a Valencia. Así, Puerto Cabello quedó como una vía de entrada al país por la que podían llegar refuerzos de las regiones costeras que estaban en manos españolas, como Santa Marta, Maracaibo, Coro, la Guayana, y abierto al tráfico con las islas españolas del Caribe, como Cuba y Puerto Rico, Y desde Puerto Rico, que había sido el punto de partida de Monteverde el año anterior, le llegó al jefe realista un refuerzo de 1,200 hombres con artillería y pertrechos de boca y de guerra.

Bolívar seguía en Valencia, la ciudad más cercana a Puerto Cabello, y Monteverde, ya reforzado, hizo una salida para sacar al joven general de Valencia, pero fue derrotado en Bárbula y volvió a encerrarse en Puerto Cabello. Al volver a Caracas llevando el cadáver de uno de sus mejores oficiales, que había muerto en el combate de Bárbula –el neogranadino Atanasio Girardot–, la municipalidad caraqueña le otorgó a Bolívar

el título de Libertador y lo invistió con los poderes de capitán general de los ejércitos republicanos. Esto sucedía el 14 de octubre (1813), menos de cuatro meses después de que el joven caudillo había cumplido treinta años. Verdaderamente, Simón Bolívar tenía un destino singular.

Cinco días después de haber recibido Bolívar el título de Libertador, Napoleón Bonaparte era derrotado en Leipzig y empezaba a abrirse un nuevo capítulo en la situación de Fernando VII, que seguía preso del emperador francés en Valencay; al mismo tiempo Nariño marchaba con unos 1,500 hombres sobre Popayán; Cúcuta caía en manos realistas, que llevaron a la ciudad neogranadina el mismo tipo de guerra social atroz e implacable que hacían en los valles de la región, y en el fondo de los llanos de Venezuela comenzaba a formarse un líder de masas que iba a encabezar poco después la terrible acometida que se conocería en la historia del país con el nombre sombrío de el Año Terrible de Venezuela; se trataba de José Tomás Boves, asturiano él, pero hecho a la vida del llanero; tan joven como Bolívar, tan enérgico y resuelto como el Libertador.

Boves no era militar, pero se había retirado a Guayana con las fuerzas del general José Manuel Cajigal cuando Bolívar avanzaba desde Trujillo hacia Caracas; Cajigal pasó luego a Puerto Cabello y Boves comenzó a recorrer los llanos, al principio con muy pocos seguidores, luego con algunos centenares, y en ese mes de octubre de 1813 estaba operando en los Llanos de Guárico al frente de miles de llaneros que se le habían sumado en pocos meses. Por sí sola, esa fuerza de Boves era una amenaza grave para Bolívar; ahora bien, sucedía que al mismo tiempo estaban moviéndose en forma ominosa dos ejércitos realistas, uno que había salido de Coro hacia el sur y otro que había salido de Barinas y se dirigía al norte para reunirse con el de Coro; y, por último, estaba Monteverde en Puerto Cabello.

Bolívar creía que él podía destruir todas esas amenazas porque disponía de un ejército suficiente y leal, que había dado pruebas repetidas de su capacidad para triunfar, pero lo cierto era que Bolívar estaba equivocado. Para que alcanzara la victoria necesitaba tener una base política sólida, y eso le faltaba. Ni él ni su ejército habían conseguido apoyo popular; por otra parte, sus compañeros de clase –los mantuanos– no se sentían a gusto con él. Caracas, que había sido des-

truida en marzo del año anterior por un terremoto, era un montón de ruinas más que una ciudad; sus vecinos vivían de milagro, aun los más ricos, porque la guerra había paralizado todas las actividades productivas, y Bolívar exigía aportaciones económicas y decretaba medidas que sobrecargaban a mantuanos y comerciantes. A la vez, el joven Libertador estaba obligado a perseguir a los sospechosos de simpatizar con los realistas, y esos simpatizantes eran los españoles del común, los canarios, los pardos, los zambos, los negros libres, los esclavos; de manera que a fin de cuentas Bolívar no tenía en Caracas el respaldo verdadero de ningún sector social. Él confiaba en su ejército, pero ese ejército se movía en un campo que políticamente le era adverso, y ningún ejército puede triunfar allí donde no cuenta con el apoyo del pueblo. Bolívar tardaría años en aprender la terrible lección de que las guerras de liberación no las ganan las tropas, sino los pueblos; los ejércitos son únicamente los brazos armados de los pueblos y sólo triunfan allí donde cuentan con respaldo popular. A pesar de su genio político, del que dio pruebas abundantes durante su corta vida, en esos meses finales de 1813 el Libertador era todavía un mantuano y creía que el poder militar, y sólo él, iba a decidir la lucha en Venezuela. Como mantuano al fin, no paraba mientes en el pueblo.

Como Bolívar pensaba así, mientras tuviera un ejército de fiar, como era sin duda el suyo, se sentiría invencible, lo que explica que saliera de Caracas hacia San Carlos para impedir que en este último punto pudieran reunirse los realistas de Coro y de Barinas; y fue derrotado en Barquisimeto por las fuerzas de Coro, a las que mandaba el general Ceballos. Ahora bien, Bolívar no se desanimaba porque perdiera una batalla, ni dos ni tres. Tras su derrota de Barquisimeto fue a batir una columna que Monteverde había despachado hacia el sur de Puerto Cabello, y la batió en Vigirima; de Vigirima corrió a San Carlos y de San Carlos se dirigió de nuevo a Barquisimeto, y en el camino supo que los ejércitos de Coro y de Barinas se habían reunido en Araure. Allí mismo les dio Bolívar el 5 de diciembre la larga y terrible batalla de Araure, en la que el propio Libertador peleó en primera fila más de seis horas.

Una victoria como la de Araure, ganada a costa de esfuerzos desesperados reafirmaba la idea de Bolívar de que todo lo que necesitaba

para triunfar era un ejército aguerrido. Así, después de Araure corrió a sitiar Puerto Cabello por tierra mientras Piar enviaba desde Barcelona una flotilla para sitiar el lugar por el agua. La guarnición de Puerto Cabello, cansada de estar a las órdenes de un jefe que apenas salía a luchar, desconoció la autoridad de Monteverde y nombró capitán general de los ejércitos reales a don Juan Manuel Cajigal. A partir de ese momento, pues, España tendría en Venezuela un jefe oficial que enfrentar al infatigable Bolívar, sólo que se trataba de una jefatura formal, porque el pueblo realista, el que se batía en todas partes y a todas horas, no seguiría a Cajigal sino a Boves, y era con Boves con quien haría la atroz campaña del "año terrible" la que disiparía los sueños del Libertador entre humos de incendios y alaridos de hombres degollados. Cuando Cajigal fue nombrado capitán general de Venezuela, ya Boves tenía tras sí 7,000 llaneros, de los cuales 5,000 eran montados; y se trataba de 7,000 hombres que procedían de las masas del pueblo, esclavos liberados por la guerra social, cuyos amos habían sido asesinados o habían huido abandonando sus haciendas; pardos y zambos que odiaban a muerte a todos los blancos; gente que se alimentaba de carne cruda cortada apresuradamente de las reses que mataban a lanzazos; hombres que iban a los combates no a vencer al enemigo, sino a aniquilarlo físicamente, a atravesarlo con la lanza o a degollarlo con el cuchillo; eran miles de llaneros que habían ido a buscar a su jefe espontáneamente para ganar a su lado posiciones, bienes, ascensos. Con esos seguidores fanáticos había formado Boves un ejército temible, el más veloz, el menos costoso y el más despiadado del mundo.

En ese momento –diciembre de 1813– Napoleón estaba negociando con Fernando VII, a quien necesariamente tendría que poner pronto en libertad. Los ejércitos franceses eran batidos en sus últimos reductos españoles; Wellington, que había sacado a las tropas del emperador de Portugal y había ganado en España la batalla de Vitoria, se disponía a cruzar el Bidasoa para combatir en suelo francés. Los realistas de Venezuela no podían estar enterados de las negociaciones de Valencay entre Bonaparte y Fernando VII, pero sabían que desde hacía meses los franceses iban perdiendo la guerra en España y debían pensar, con razón, que ya se avecinaba el día en que España podría mandar a Venezuela ejércitos poderosos, destinados a aplastar a los republicanos,

y esa idea debía estimularlos a seguir la lucha, puesto que la victoria no podía estar muy lejos.

En el mismo mes de diciembre se celebraron en San Salvador elecciones de ayuntamiento y alcaldes de barrio, y resultó que los elegidos pertenecían –todos menos uno– a grupos conocidos como partidarios de la independencia, de manera que su elección no fue bien vista por las autoridades españolas. Sin duda en El Salvador, provincia de Guatemala situada sobre el mar Pacífico, influían las noticias de la revolución mexicana, acaudillada en ese momento por el padre Morelos, pero debían influir también las que llegaban de Venezuela y Nueva Granada por la vía de Panamá. En esos días en el sur de Nueva Granada, también sobre la costa del Pacífico, fuerzas republicanas bajo el mando de José María Gutiérrez habían limpiado de realistas la provincia de Antioquia, y las tropas de Nariño, comandadas por el coronel José María Cabal, derrotaron a Sámano el 30 de diciembre en los cerros de Palacé y entraron a Popayán el día 31. Al comenzar el mes de enero, Sámano recibió refuerzos y estaba listo para marchar hacia Popayán cuando fue atacado por Nariño en Calibío. Derrotado de manera penosa, Sámano tuvo que retirarse a Pasto, que iba a ser durante años y años el punto fuerte de los realistas en el sur de Nueva Granada.

Los alcaldes que habían sido electos en San Salvador en el mes de diciembre estaban formando parte de una conspiración que debía estallar simultáneamente allí y en la ciudad de Guatemala, capital de la Capitanía General, pero las autoridades de ambos sitios estaban informadas de sus planes. En Guatemala el caso no llegó a ser grave; en San Salvador sí, debido a que el intendente Peinado ordenó la prisión de varios de los conjurados, y esa medida provocó un levantamiento popular de proporciones alarmantes. El levantamiento fue aplastado el día 24 de enero (1814) a costa de algunos muertos y varios heridos.

Bolívar estaba en ese momento dirigiendo el sitio de Puerto Cabello. Tomar Puerto Cabello era la obsesión del joven general venezolano, tal vez porque allí había comenzado su vida militar con un fracaso histórico, quizá porque pensaba que si se adueñaba de ese punto fuerte tendría el dominio de la costa del Caribe hasta Coro y además el dominio del centro de Venezuela. Obsesionado por la conquista de Puerto Cabello no atinaba a comprender que el enemigo verdadera-

mente peligroso no estaba allí; estaba en los Llanos de Guárico, y se llamaba Boves y tenía con él 7,000 llaneros de lanza y cuchillo.

Para entrar a la región más poblada y más rica de Venezuela –si quedaba alguna riqueza en el país– Boves tenía que hacerlo a través de La Puerta, que da paso de los Llanos del Guárico a los valles de Aragua, y como Bolívar sabía que ése sería el camino de Boves, mandó a La Puerta a un oficial español republicano, el coronel Campo Elías. La Puerta era relativamente fácil de defender, y Bolívar confiaba en que Boves no podría cruzar por el lugar. Pero el día 3 de febrero Boves y sus llaneros destrozaron los batallones de Campo Elías, y Bolívar, temeroso de que el alud llanero se desbordara hacia Valencia, abandonó el sitio de Puerto Cabello y corrió a establecer su cuartel general en Valencia. Desde allí se hizo cargo de la situación, que no podía ser más desoladora: Boves estaba operando en el centro del país, y sus avanzadas se encontraban en La Victoria, o lo que es lo mismo, en el camino de Caracas.

Ahora bien, Caracas no era un sitio que podía dar recursos para defenderse. La capital era una sombra de lo que había sido; estaba destruida y hambreada, y no le quedaban hombres con capacidad de combatir. De 40,000 habitantes que había tenido en 1812, sólo tenía 20,000 en ese mes de febrero de 1814, y la mayoría estaba compuesta por ancianos, mujeres y niños. Una pequeña columna realista podía tomarla, y sucedía que a muy poca distancia, en el castillo de La Guayra, había 800 oficiales y soldados españoles prisioneros. ¿No podía pasar en La Guayra lo que le había pasado a él en Puerto Cabello en junio de 1812? Si un oficial del día traidor ponía en libertad a esos militares presos, ¿quién podía salvar Caracas; quién evitaba la degollación de sus vecinos, la violación de sus mujeres, el asesinato de los niños? Y por último, si Caracas caía en manos enemigas, ¿quién seguiría luchando por Venezuela? Bolívar no se perdonaba a sí mismo haber sido confiado en junio de 1812 y haber provocado, con esa actitud, lo que él mismo llamó en aquellos días "la pérdida de la república"; y en consecuencia ordenó la muerte de todos los prisioneros de La Guayra. La matanza tuvo lugar el día 9 de febrero y el día 12 se daba la batalla de La Victoria, en la que participaron estudiantes universitarios caraqueños, hijos –detalle que no debemos pasar por alto– de las familias pudientes de la capital.

Quien mandó las fuerzas republicanas en La Victoria fue Ribas. Boves no participó en la batalla porque estaba curándose de un lanzazo que había recibido en La Puerta. Ribas venció a los llaneros de Boves, pero a costa de pérdidas muy altas. De todos modos, si hubiera quedado derrotado allí no había poder alguno que se interpusiera entre esos llaneros y Caracas.

Una vez curado, Boves decidió atacar San Mateo, la hacienda familiar de los Bolívar, donde el niño Simón iba a pasar sus vacaciones de verano. De las muchas propiedades que Bolívar había heredado al morir su padre –una fortuna que se calculaba entonces, a fines del siglo XVIII, en varios millones de pesos– ninguna estaba tan vinculada a los mejores recuerdos del Libertador. Pero Boves no la atacaba por eso, sino porque las casas de la hacienda dominaban militarmente, como si hubieran sido un fuerte, una gran porción de los ricos valles de Aragua. San Mateo era un símbolo del mantuanismo que Boves estaba aniquilando.

Bolívar, que era muy sagaz para prever los movimientos del enemigo, había calculado que si sus hombres eran derrotados en La Victoria, Boves atacaría San Mateo; así, levantó su cuartel general de Valencia y se trasladó a San Mateo. Allí, pues, se enfrentaron los dos jefes de Venezuela; Boves, el jefe de la masa popular, y Bolívar, el de un ejército eficiente, pero sin pueblo. La batalla de San Mateo iba a durar desde febrero hasta fines de marzo.

El día 22 de ese mes llegaba a España Fernando VII, a quien Napoleón había dejado en libertad después de haberlo forzado a firmar un acuerdo por el cual, entre varios puntos, el rey de España se comprometía a no perseguir a los españoles que habían colaborado con José Bonaparte. Fernando VII entró al país por Cataluña y era recibido de pueblo en pueblo por muchedumbres enardecidas que recibían en él al símbolo de sus luchas. En esos mismos días don Antonio Nariño marchaba hacia Pasto, donde le esperaban fuerzas realistas mandadas por el mariscal don Melchor Aymerich, que había llegado desde Quito para sustituir a Sámano, y en San Mateo se esperaban noticias de Santiago Mariño, que había partido de la región oriental y avanzaba a marchas forzadas para reunirse con Bolívar.

Boves tuvo también noticias de que Mariño se acercaba por el camino de San Juan de los Morros, temió quedar cogido entre Mariño y

Bolívar, y se movió hacia el sur para bajar a Los Llanos a través de La Puerta; pero sucedió que Mariño había cruzado ya La Puerta, de manera que Boves chocó con él en Bocachica, del lado norte de La Puerta, en un terreno poco apropiado para él. La batalla de Bocachica se dio el 31 de marzo. Bolívar acertó a darse cuenta de que Mariño iba a tener una posición ventajosa frente a Boves y que iba a derrotarlo, y dedujo que en caso de derrota el jefe llanero tendría un solo camino para retirarse, que era el que pasaba al sur del lago de Valencia, y corrió a taponar ese camino. Efectivamente, por esa vía se retiraba Boves cuando Bolívar lo atacó y dispersó sus fuerzas el 1 de abril en Magdaleno. Tomando ventaja de la situación en que se hallaba Bolívar en San Mateo, el general Ceballos había avanzado desde el oeste del país y había sitiado Valencia, cuya defensa estaba a cargo del general Rafael Urdaneta, uno de los oficiales más capaces que tenía Bolívar, pero al saber que Boves había sido derrotado en Bocachica y en Magdaleno, Ceballos levantó el sitio y Bolívar corrió a Valencia, donde entró el día 3 de abril. Ese mismo día el terrible José Tomás Boves se internaba en Los Llanos, buscando el rumbo de Calabozo; de los 7,000 hombres que lo seguían dos meses antes, le quedaban apenas 500. Su poderoso ejército de llaneros estaba destruido, pero antes había destruido él los valles de Aragua, que había sido la fuente de riqueza mantuana de Caracas.

Ahora bien, el día que Boves dejaba San Mateo para adelantarse a Mariño y cruzar La Puerta antes que el general oriental –movimiento que había hecho Boves el 30 de marzo–, los ejércitos rusos, prusianos y austriacos entraban a París. Francia, pues, había sido ocupada por sus enemigos y Napoleón se vería forzado a abdicar su corona de emperador a solicitud de sus propios mariscales y del Senado, que estaba ya en entendimiento con los Borbones. El día 11 de abril Bonaparte abdicó en Fontainebleau, en el propio palacio donde los representantes de España habían firmado el tratado de ese nombre en el mes de octubre de 1808, aquel tratado que iba a desatar tantos acontecimientos en España y en América. Parecía una jugarreta sardónica de la historia que el indomable capitán tuviera que firmar su abdicación en ese lugar, pues fue el tratado de Fontainebleau lo que le abrió a Napoleón las puertas de España, y su conquista de España fue la chispa que provocó a un mismo tiempo el levantamiento del pueblo español y la rebelión

de los territorios españoles de América. Con España, y el imperio español de América, desde luego, de su parte, ¿se hubiera visto Bonaparte en la situación en que se hallaba al firmar su abdicación? De no haber sido por la guerra que le hizo el pueblo español, ¿habrían podido los ejércitos aliados entrar tan fácilmente a Francia?

La historia se ocupa de lo que sucedió, no de lo que hubiera podido suceder, y es el caso que la conquista de España fue para Napoleón un paso fatal; ahora bien, lo fue asimismo para España, puesto que les ofreció a las fuerzas tradicionales de la sociedad española una oportunidad que no habían tenido en más de un siglo; la de conquistar el poder político con el retorno de Fernando VII. El 5 de mayo entraba a París Luis XVIII; no podía llamarse Luis XVII porque el que debía llevar ese nombre había desaparecido en el abismo de la Revolución. Al entrar a París Luis XVIII salía Napoleón hacia la isla de Elba. Pues bien, el mismo día salía Fernando VII de Valencia hacia Madrid, y desde el anterior había firmado los decretos en que iba a basarse el régimen absolutista. Mediante esos decretos se derogaban la Constitución de 1812 y todas las leyes que habían producido las cortes de Cádiz; además, se ordenaba la prisión de todos los diputados liberales y se designaba el ministerio con que iba a gobernar el rey. En Valencia, pues, Fernando VII había decidido el destino de su país; allí había tomado una posición totalmente opuesta a la que habían seguido todos sus antecesores Borbones 110 diez años. Con los decretos de Valencia quedaba liquidaba una larga política liberal, destinada a favorecer a los círculos burgueses del país, y se la suplantaba con otra llamada a apoyar la monarquía y las instituciones españolas en una base social tradicional. Esos decretos de Valencia darían lugar a una serie de luchas, en la que los círculos burgueses tratarían de reconquistar las posiciones perdidas; serían las luchas del siglo XIX español, caracterizadas por los "pronunciamientos", las sublevaciones, los golpes de Estado palaciegos, la actuación de los militares en la vida política, algo que España no había conocido desde hacía siglos, y al fin esas luchas acabarían provocando el colapso total del poder español en su imperio americano. Había, pues, una secuencia lógica entre la derrota de Bonaparte, su abdicación en Fontainebleau y los acontecimientos que estaban desarrollándose en el Caribe, lo que se explica porque el Caribe era

una frontera imperial y esa frontera tenía que quedar afectada por lo que sucedía en las metrópolis imperiales.

Mientras Boves huía hacia Calabozo, Mariño se reunía con Bolívar en Valencia. El Libertador seguía aferrado a su idea de que debía tomar Puerto Cabello. Para él, el problema de Venezuela iba a ser resuelto por los ejércitos; quedaría liquidado en un choque de ejércitos, no por la guerra que hacían los llaneros de Boves a los que en esos días llamaba "bandidos". "Los bandidos han logrado lo que los ejércitos disciplinados no habían obtenido", escribió el 24 de marzo. De acuerdo con los planes elaborados en Valencia, Mariño debía salir en persecución de Ceballos, que se retiraba hacia el occidente, y Bolívar volvería a Puerto Cabello para reforzar el sitio de esa plaza, que no había sido levantado; una vez tomada Puerto Cabello, él y Mariño se encargarían de liquidar a Cajigal, que en el ínterin había salido de Puerto Cabello y estaba operando entre Coro y Barquisimeto. El plan parecía muy bueno, pero sucedió que Ceballos destrozó a Mariño el 10 de abril en la batalla de El Arao y Bolívar tuvo que correr a Valencia para evitar que esa ciudad cayera en manos de Ceballos.

Allí, en Valencia, estaba Bolívar el 9 de mayo (1814), el día en que a más de mil quinientas millas hacia el sudoeste Nariño derrotó a las fuerzas de Aymerich en el páramo de Tacines; el día siguiente Nariño se hallaba en las afueras de Pasto, donde fue atacado al caer la tarde. Desorganizada por el ataque, la izquierda de Nariño se desbandó y muchos de sus hombres huyeron a Tacines, adonde llevaron la noticia de que Nariño había sido derrotado y aniquilado. En Tacines se hallaba la retaguardia de Nariño, y la noticia causó en esa retaguardia tal desconcierto que huyó abandonando su artillería y sus heridos. Nariño, pues, perdió su base militar, y cuando llegó a Tacines se dio cuenta de que no tenía nada que hacer sino refugiarse en los bosques vecinos. Allí fue hecho preso y conducido a Pasto, donde el jefe neogranadino pasó más de un año en calidad de prisionero; al cabo de ese tiempo fue enviado a Quito y por fin acabó en una prisión de Cádiz, de donde saldría cuatro años después.

A mediados de mayo los jefes españoles de Venezuela decidieron atacar a Bolívar en sus cuarteles de Valencia, y hacia Valencia marcharon Cajigal y Ceballos. Bolívar creyó que tenía ante sí la oportunidad

de darles a los realistas una batalla decisiva, de manera que les salió al paso y los encontró en la sabana de Carabobo, donde iba a tener lugar el día 28 la primera batalla de ese nombre.

Efectivamente, si lo que estaba sucediendo en Venezuela hubiera respondido a los esquemas políticos de Bolívar, esa batalla de Carabobo habría sido decisiva. En ella el propio Libertador cargó por el centro enemigo y dejó a éste sin artillería, lo que produjo la desbandada realista, Cajigal y Ceballos dejaron en el campo más de 1,000 muertos y más de 1,000 heridos. Bolívar debió pensar que después de esa brillante acción tenía expedito el camino para echar a los realistas de Puerto Cabello, pacificar el país y organizar la república. Pero no sería así y no podía ser así; al contrario, cuando vencía al capitán general español en Carabobo, el Libertador se encontraba al borde de una derrota que acabaría con las fuerzas republicanas. Esas tropas y esos generales vencidos en Carabobo no representaban lo que Bolívar creía; eran sólo la expresión armada del poderío español, que estaba situado muy lejos y se hallaba en crisis desde hacía tiempo. El enemigo era otro; era la guerra social, encarnada en Boves. Boves había huido hacia Los Llanos menos de dos meses atrás, seguido sólo por un puñado de hombres; Bolívar lo había visto huir y no podía imaginarse que cuando él estaba triunfando en Carabobo el jefe de la guerra social tenía de nuevo a su mando miles y miles de llaneros.

Boves, pues, apareció de pronto con su poderío renovado, y Bolívar, que contaba con los 5,000 soldados que había conducido a la victoria de Carabobo, puso 2,500 a las órdenes de Santiago Mariño para que taponara con ellos el paso de Boves hacia Valencia en Villa del Cura y se fue él con los otros 2,500 a guardar La Puerta, el lugar donde el 3 de febrero había destruido Boves a Campo Elías.

En La Puerta se presentó el jefe llanero el 15 de junio para repetir lo que había hecho el 3 de febrero, y en esa segunda batalla de La Puerta quedó deshecho el ejército que 17 días antes había vencido en Carabobo. Muchos mantuanos de campanillas murieron degollados ese día, los caminos que llevaban a Caracas se llenaron de familias que huían de los lugares vecinos, y los lanceros de Boves lanceaban sin piedad a ancianos, mujeres y niños. Mientras una parte de sus llaneros se dedicaba a esa faena atroz, Boves marchó sobre Valencia, la sitió

durante tres semanas y la tomó el 10 de julio. Tres días después salía el Libertador de Caracas por el camino de la costa encabezando la penosa emigración a Oriente, una página conmovedora de las historias del Caribe. Muertos de hambre, de cansancio, de sueño, de miedo, miles de ancianos, mujeres y niños huían en busca de un lugar libre de la lanza llanera, en el que estuvieran a salvo de las frías degollaciones masivas. Boves desató el terror en Valencia, donde las matanzas fueron sobrecogedoras; luego se dirigió a Caracas, donde entró el 16 de julio (1814); y allí, en la capital de los mantuanos, fue hospedado ceremoniosamente en el palacio arzobispal.

La emigración a oriente duró tres semanas y terminó en Barcelona; pero como las fuerzas de Boves, bajo el mando de Francisco Tomás Morales, iban pisándoles los talones a los fugitivos, Bolívar y Bermúdez se hicieron fuertes en Aragua de Barcelona con 3,000 hombres. Morales atacó la plaza y la tomó el 17 de agosto. Bolívar se retiró a Barcelona y Bermúdez a Maturín. De Barcelona pasó Bolívar a Cumaná, donde un consejo de oficiales, celebrado el 23 de agosto, le retiró la jefatura de las fuerzas republicanas. El 8 de septiembre Bermúdez vencía en Maturín y ese mismo día Bolívar y Mariño salían hacia Cartagena.

La situación de Nueva Granada no era trágica como la de Venezuela, pero tampoco era brillante. Las luchas de facciones, que no llegaban a los límites de la guerra civil, no daban paso a la organización del país, Se seguía combatiendo en el norte, entre la Cartagena republicana y la Santa Marta realista; Pamplona se hallaba en manos realistas y las partidas que hacían la guerra social seguían operando en la región de Cúcuta, y en el sudoeste, Popayán había caído de nuevo en poder del enemigo. Nadie tornaba medidas para evitarle a Nueva Granada la dolorosa experiencia que estaba padeciendo Venezuela. El Congreso y las autoridades de la Unión, establecidos en Tunja, se ocupaban sobre todo en someter a Cundinamarca, cuyo presidente había resuelto ejercer la dictadura, una prerrogativa que le permitía suspender en su territorio la constitución federal por un tiempo determinado.

Las victorias realistas en Venezuela habían obligado al general Rafael Urdaneta a cruzar los Andes con uno o dos batallones venezolanos y a entrar a Nueva Granada con esa tropa, que puso a disposición del Congreso de la Unión, y el Congreso le ordenó pasar a Tunja con sus

soldados porque esperaba usarlos para reducir al dictador de Cundinamarca. Así, los adalides de la guerra venezolana de independencia venían a convertirse en instrumentos de luchas internas en Nueva Granada. Ése fue el papel que tuvo que hacer Bolívar cuando después de haber llegado a Cartagena pasó a Tunja para dar cuenta al congreso de los sucesos de Venezuela, de manera que Bolívar se vio envuelto en las pugnas de Nueva Granada, un aspecto de su vida que no interesa para los fines de este libro. Ahora bien, dado que El Libertador tuvo una actuación tan descollante en la historia del Caribe, diremos brevemente, y a su tiempo, qué hizo él en esos días. Por ahora sólo anotaremos que Cúcuta cayó en manos españolas, pero que Urdaneta recuperó la plaza sin mucho esfuerzo.

Si los realistas de Venezuela hubieran estado organizados alrededor de una autoridad definida, digamos, alrededor del capitán general Cajigal, hubieran podido sacar fuerzas del país y lanzarse sobre Nueva Granada, pues con la excepción de Maturín y la isla de Margarita toda Venezuela se hallaba en sus manos. Pero en Venezuela no mandaba nadie, por lo menos sobre un esquema de orden civil, allí los núcleos que tenían más poder se dedicaban a hacer la guerra social, cada uno por su cuenta y valiéndose de sus propios medios. Boves mismo tenía un sólo propósito; aniquilar les restos del mantuanismo que se hallaban en Maturín.

Vencido en Maturín el día 8 de septiembre, Morales se había retirado a Urica, y a Urica iría a reunirse con él su jefe Juan Tomás Boves. El general Piar, a quien se le habían confiado 800 hombres para que los condujera a Maturín, donde los republicanos habían planeado hacerse fuertes, decidió quedarse en Cumaná para detener allí el avance de Boves. Se trataba de un sueño que iba a convertirse en una pesadilla de sangre. Boves arrolló a Piar, entró en Cumaná y la convirtió en una ciudad mártir. Las matanzas de Cumaná ocupan una página distinguida en la historia de atrocidades de la guerra social venezolana.

En ese momento, al comenzar el mes de noviembre de ese llamado "año terrible" de 1814, en la Venezuela continental sólo Maturín se conservaba como una isla republicana. Cerca de allí, en las aguas del Caribe, estaba la isla Margarita, también en manos republicanas, pero esa isla no preocupaba a Boves. Su plan era ir a Urica para unir las

fuerzas de Morales a las suyas y caer sobre Maturín, donde exterminaría los restos del mantuanismo venezolano. En Maturín había 4,000 hombres, número suficiente para atacar a Morales en Urica, vencerlo y desbandar sus llaneros antes de que Boves llegara; sin embargo, no se hizo así, sino que se pretendió detener la marcha de Boves en Los Magueyes, donde el terrible jefe de los llaneros derrotó a los republicanos el día 9. Con el camino hacia Urica abierto a sus caballos, Boves fue a reunirse con Morales, lo que quiere decir que a mediados de noviembre disponía en Urica de 7,000 hombres, mientras que los republicanos de Maturín sólo tenían unos 4,000. La diferencia a favor de Boves no era alta sólo por el número, pues a eso había que agregar la clásica ferocidad de las hordas llaneras, su moral de triunfadores y la presencia entre ellos de su implacable jefe, a quien idolatraban con fanatismo.

Ya Bolívar no estaba en Venezuela y los jefes venezolanos –valientes hasta la temeridad, casi todos de origen mantuano y, por esa misma razón, apasionados en su odio contra Boves y sus llaneros– carecían del talento estratégico y táctico de Bolívar; además, entre ellos no había un líder, lo que quiere decir que les faltaba una autoridad, sin lo cual es difícil hacer la guerra con probabilidades de éxito. La falta de un plan y de un jefe a quien todos respetaran y obedecieran llevó a los generales criollos reunidos en Maturín a concebir un dislate: ir a atacar a Boves en Urica. Lo lógico hubiera sido provocar al jefe llanero a que atacara Maturín, pero en esa hora trágica y final del mantuanismo venezolano, lo lógico no podía darse; debía darse naturalmente lo contrario.

El ataque a Urica se llevó a cabo el 5 de diciembre y fue ejecutado con tanto vigor que los republicanos llegaron hasta la plaza de la pequeña villa oriental y los caballos de los dos bandos se confundían en un amasijo de sangre y lanzas. El lugar quedó lleno de cadáveres; entre ellos estaba el de José Tomás Boves, que había muerto de un lanzazo sin que los republicanos llegaran a darse cuenta de a quién habían herido. Esto se explica porque Boves combatía entre sus hombres como uno más de ellos, pero también porque la ferocidad del encuentro cegaba a los combatientes al punto de que mataban y morían como en estado de locura. Tras la derrota de Urica, muchos jefes que huían desperdigados por las montañas de la región fueron cazados y asesina-

dos; entre ellos estuvo el vencedor de Niquitao, Los Horcones y La Victoria, el general José Félix Ribas, cuya cabeza, frita en aceite, fue enviada a Caracas.

Para dar idea de la ferocidad de la guerra social venezolana contaremos este episodio, que fue algo así como la corona de la batalla de Urica: a la muerte de Boves sus tenientes designaron a su segundo, Francisco Tomás Morales, para el puesto que había ocupado el gran caudillo, y en el acta levantada en esa ocasión declararon que Morales no estaba obligado a recibir órdenes del capitán general español. Siete oficiales se opusieron a ese acuerdo; pues bien, los siete fueron fusilados en el acto, después se decapitó a los cadáveres y las cabezas se enviaron a Caracas a fin de que se expusieran en lugares públicos.

El 1814 se conoce en la historia de Venezuela con el nombre de "el año terrible", pero no debido al número o a la importancia de las batallas que se libraron en ese tiempo, aunque sin duda fueron muchas y algunas muy notables, y muy costosas en muertos y heridos. Las batallas habían sido apenas puntos salientes, hechos destacados en una guerra que se llevaba a cabo en todo el país y en todas partes a la vez; en las ciudades y en despoblado, en las plazas fuertes y en las aldeas.

La guerra social venezolana había comenzado tímidamente en 1810, y se la podía distinguir de la guerra organizada desde mediados de 1812, pero fue en 1814 cuando llegó a tener todo su sombrío esplendor. En ese año había matanzas diarias, lo mismo en los lugares que se hallaban bajo el mando de Boves que en los que caían en manos de Bolívar. Los presos de ambos bandos eran lanceados o degollados en el lugar en que se echaban en tierra agotados por el cansancio y los sufrimientos; el país era recorrido en toda su extensión por partidas que no respetaban ni vidas ni bienes ni hogares ni templos; en las familias divididas por la guerra la madre lloraba al hijo que moría en el lado republicano y a la vez rezaba por la vida de otro de sus hijos que se hallaba en el campo realista. En las ciudades de la cordillera de la costa norte –la que da al Caribe– las poblaciones se habían alimentado tradicionalmente de los productos sacados de los pequeños valles, pero la guerra social echó de esos valles a los que los cultivaban, de manera que en 1814 el hambre se generalizó en Caracas a tal punto que hay descripciones de esos días en que se cuenta cómo iban las mujeres

de familias linajudas buscando por las calles desperdicios con que alimentar a sus deudos. Los niños tiernos morían de consunción, los ancianos enloquecían de hambre, los hombres iban a combatir, y todos lloraban de cólera.

Ya hemos dicho que ni siquiera los templos se salvaron de los horrores de la guerra social, Boves entraba a caballo en las iglesias y frente a los altares se ejecutaban degollaciones masivas. En la capitulación de Valencia se garantizó la vida de los vencidos y Boves juró ante la hostia sagrada que cumpliría esa capitulación; sin embargo, pocas horas después ordenaba que comenzara la matanza de los republicanos. En el voluminoso libro de esas matanzas hay páginas increíbles y, sin embargo, se sabe que en ellas se cuenta la verdad.

Nadie podría decir cuántas fueron las víctimas de la guerra social venezolana, pero no se exageraría si se dijera que debieron llegar a 100,000. Tres días después de la segunda batalla de La Puerta, cuando todavía no se habían producido las hecatombes de Valencia, Caracas y la región oriental, el asesor de la Intendencia de Venezuela decía que "las poblaciones de millares de almas han quedado reducidas: unas, a centenas; otras, a docenas, y de otras no quedan más que los vestigios de que allí vivieron racionales". Un funcionario realista afirmaba que Boves estaba exterminando la raza blanca en Venezuela, y en febrero de 1815, más de dos meses después de la muerte de Boves, Morales escribía, hablando de los republicanos, que "no han quedado ni reliquias de esta inicua raza en toda Costa Firme".

En la guerra social se robaba, se mataba, se incendiaba, se violaba; pero Boves, que miraba impasible el espectáculo de la muerte y la destrucción, era austero como un desierto o una montaña nevada; nunca se le conoció un descanso, no bebía, no fumaba, no jugaba, no bailaba. Al morir tenía sólo una silla de montar y una acreencia de algunos cientos de pesos que le había prestado a un amigo. Figura en la historia de Venezuela como la imagen del crimen repugnante, pero no fue eso, sino el producto genuino de un pueblo en guerra a muerte contra sus explotadores. El terrible jefe fue enterrado en el altar mayor de Urica y en todas las iglesias del país se le hicieron honras fúnebres y los sacerdotes predicaron desde los púlpitos elogiando sus virtudes. Es curioso observar cómo se confundieron en esos días los que honraban al cau-

dillo muerto y cómo seguían confundidos siglo y medio después los que veían en él la encarnación del antipatriotismo en vez de lo que realmente fue: la encarnación del pueblo humillado y oprimido.

Cuando los acongojados llaneros de Venezuela enterraban a Boves en Urica, Bolívar estaba sitiando Bogotá con fuerzas del Congreso de la Unión. Era penoso que un hombre de su categoría tuviera que participar en episodios de esa naturaleza, pero Bolívar creía que el fortalecimiento de la unidad de Nueva Granada era indispensable para reanudar en Venezuela la lucha por la independencia. Don Manuel Bernardo Álvarez, el dictador de Cundinamarca, aceptó las condiciones del Congreso cuando Bolívar le recordó, en una carta apremiante, que él había decretado la guerra a muerte y había ordenado el fusilamiento de los prisioneros de La Guayra, de manera que los excesos de la guerra social venezolana sirvieron en Nueva Granada para que Cundinamarca se integrara a la Unión. Después de eso las autoridades federales pasaron a establecerse en Bogotá. Ya avanzaba el mes de enero de 1815 y ya estaba a punto de abrirse un nuevo capítulo en la historia de las luchas por la independencia de Nueva Granada y Venezuela.

Capítulo XX

La independencia de los territorios españoles

Hemos llegado a un momento de la historia del Caribe que está lleno de lecciones para todos los pueblos del mundo. A fines de 1814 Nueva Granada no había podido consolidar su independencia y las fuerzas indomables de la guerra social estaban aniquilando en Venezuela los últimos puntos de resistencia independentista. El que observara la situación con la buena mirada de los hombres lógicos tenía que llegar a una conclusión que parecía sensata: para los partidarios de la independencia en Venezuela y Nueva Granada no había ya nada que hacer; si les quedaba algo de razón debían aceptar el fracaso y abandonar la lucha.

Esa conclusión tan realista se reforzaría cuando llegara al Caribe el ejército expedicionario que estaba organizándose en España desde noviembre, para cuya jefatura había sido escogido el día 18 de ese mes el teniente general don Pablo Morillo, ascendido con tal motivo a mariscal de campo. La expedición estaría compuesta por seis batallones de infantería dotados de artillería, dos batallones de caballería y tropas auxiliares; en total, unos 11,000 hombres, 10,000 de elfos de las fuerzas regulares. El jefe estaba reputado como buen militar; había hecho su carrera desde soldado y había participado en muchas acciones importantes, entre ellas Trafalgar, Bailén, Vigo; había entrado como jefe de división en Francia junto con Wellington, que tenía buena opinión de su capacidad para el cargo y parecía, en fin, un hombre idóneo para comandar el ejército expedicionario.

Cuando comenzó a ser organizada, la expedición de Morillo estaba destinada a actuar en el río de la Plata, pero a última hora se decidió

enviarla a Venezuela y Nueva Granada. Morillo y su ejército salieron de Cádiz el 17 de febrero de 1815 en 42 transportes protegidos por ocho buques de guerra. Ante ese poderío, se pensó con razón en España, los insurgentes americanos doblarían la cabeza.

La expedición llegó a Carúpano el día 5 de abril. Allí se reunieron Morillo y Morales y acordaron pasar a Margarita, cuya guarnición, comandada por Juan Bautista Arismendi, se rindió sin combatir; de Margarita pasó Morillo a Cumaná, de ahí a La Guayra, y entró a Caracas el 11 de mayo. Hacía dos días que Simón Bolívar había salido de Cartagena rumbo a Jamaica. Designado por el Congreso de la Unión neogranadino para encabezar las fuerzas que debían tomar Santa Marta, Bolívar trató por todos los medios de conseguir que el general Manuel del Castillo, comandante militar de Cartagena, le diera equipo para sus fuerzas, y no pudo lograrlo. Castillo no le perdonaba a Bolívar los disgustos que le había dado a mediados de 1823, y la situación entre los dos jefes llegó a ser tan agria que en los primeros meses de 1815 Cartagena se vio al borde de una guerra civil. Bolívar estaba convencido de que Morillo atacaría con todas sus fuerzas a Cartagena y que bajo el mando de Del Castillo la ciudad no podría salvarse; así, visto que su presencia en Cartagena podía ser más dañina que útil, se fue a Jamaica.

Bolívar no estaba equivocado, y no podía estarlo porque desde hacía meses los realistas de Santa Marta, estimulados por la llegada de Morillo a Venezuela, atacaban y tomaban puntos importantes de la orilla izquierda del Magdalena, lo que indicaba que la lucha se desplazaría a Cartagena, porque el río Magdalena era la primera línea de defensa de los cartageneros y una vez perdida esa línea sería relativamente fácil sitiar Cartagena por tierra y por mar. Los ataques desde Santa Marta llegaron a ser tan serios que para mediados de mayo habían caído en manos realistas puntos que iban desde Barranquilla, en la desembocadura del Magdalena, hasta Mompós, hacia el sur.

Morillo se dio cuenta rápidamente de que sus fuerzas no hacían falta en Venezuela; la región central del país, que era la más importante, estaba tranquila, sólo en algunos lugares de oriente y de Los Llanos había pequeños focos rebeldes, y quedaban todavía restos de bandas que seguían haciendo de manera aislada la guerra social; en cambio en Nueva Granada había un gobierno republicano que controlaba gran

parte del país. Todo indicaba que los realistas de Nueva Granada necesitaban su ayuda; y efectivamente era así. Por ejemplo, mientras Morillo estaba en Venezuela el coronel Manuel Serviez se había dedicado a reorganizar lo que había quedado de las tropas de Nariño y formó con ellas una división que fue a operar sobre Popayán bajo el mando del general José María Cabal. Cabal derrotó a los realistas en la batalla del río Palo el 5 de julio y tomó Popayán. El día 23 llegaba a Santa Marta el mariscal Morillo con parte de su ejército expedicionario y las fuerzas de Morales. Iba a comenzar entonces una etapa sombría en la historia de Nueva Granada, que no tenía capacidad para resistir al poder puesto en manos de Morillo por el gobierno español; y en esa etapa la república quedaría aniquilada en Nueva Granada como había sido aniquilada en Venezuela por las fuerzas de Boves. Morillo y sus oficiales habían elaborado un plan militar que no podía ser mejor. El propio Morillo se encargaría del sitio y la toma de Cartagena, desde donde enviaría fuerzas hacia el sur por la parte occidental de Nueva Granada, al mismo tiempo que el coronel Sebastián Calzada atacaría desde Venezuela por Cúcuta y enviaría sus hombres también hacia el sur, por la parte oriental del país, de manera que Bogotá se vería flanqueada por el oeste y por el este. En la región del sur operarían fuerzas despachadas desde Quito.

A mediados de agosto Morales tomó Barranca, situada al sur de Barranquilla, y el día 18 se presentaba ante Cartagena la flota de Morillo. El día 20 comenzó el jefe español a desembarcar fuerzas en Puntacanoa y Morales se movió hacia Pasacaballos; de manera que Cartagena fue sitiada con relativa facilidad por tierra y por agua, y a medida que el sitio iba cerrándose corrían hacia la ciudad, en busca de refugio, los habitantes de los lugares vecinos, lo que llevó la población de Cartagena a unas 19,000 personas, un número para el cual no había ni acomodo ni alimentos.

A mediados de septiembre el sitio realista era tan total que se había hecho imposible salir de Cartagena o entrar en Cartagena, y el hambre y las enfermedades estaban causando muchas bajas. Se hicieron unos cuantos esfuerzos por romper el cerco para buscar ayuda, algunos desesperados, pero todos fracasaban. Los defensores comenzaron a pensar que el general Del Castillo no era el hombre adecuado para una situa-

ción tan difícil como la que tenía Cartagena, y la idea fue ganando fuerza hasta que culminó el 17 de octubre en la deposición del jefe de la plaza, que fue sustituido con el general venezolano Francisco Bermúdez. Una semana después, el día 25, comenzó Morillo a bombardear a los sitiados.

Mientras tanto, Calzada comenzaba a poner en ejecución la parte del plan que le había sido encomendada, y avanzaba hacia el sur, en dirección de los Llanos de Casanare, donde el general Joaquín Ricaurte mandaba fuerzas que podían ser llevadas a San Cristóbal para cortar las comunicaciones de Cúcuta con Venezuela. Ricaurte atacó y venció a Calzada en Chire. Calzada emprendió una hábil retirada por Chita, Cocuy y Pamplona, y en su trayecto derrotó a Urdaneta, que había ido a atacarlo en Bálaga. Urdaneta, a su vez, se hizo fuerte en Piedecuesta, y allí fue a unírsele Santander, que había tenido que retirarse hacia el sur, hostilizado por fuerzas que procedían de Santa Marta.

El sitio de Cartagena y los movimientos de Calzada en los Llanos de Casanare provocaron en Bogotá un estado de alarma general. Nadie sabía cómo hacerle frente a una situación que empeoraba día a día. Se pensó que el gobierno de la Unión, confiado a un triunvirato, debía ser concentrado en un solo ejecutivo, y se eligió presidente a don Camilo Torres.

Mientras tanto, Morillo seguía apretando el cerco en torno a Cartagena. Había fracasado en un ataque hecho sobre La Popa, pero el 13 de noviembre lanzó sus fuerzas a la vez hacia el Castillo del Ángel y hacia Tierrabomba, y aunque no pudo tomar el Castillo del Ángel logró desembarcar un contingente en Tierrabomba, lo que quería decir que había conquistado un lugar dentro de la bahía y que allí podía disponer de una base para operar al mismo tiempo con infantería y fuerzas navales. Después de eso, la caída de Cartagena era cuestión de días.

Efectivamente, ni la guarnición de Cartagena tenía ya esperanzas de resistir ni la población podía seguir sufriendo los rigores del sitio. A fines de noviembre morían de hambre –y sólo de hambre– más de 100 personas al día; la gente se había comido todos los animales que había en la ciudad y en sus contornos; caballos, mulos, asnos, reses, perros, gatos, ratones. El día 3 de diciembre murieron 300 personas de inanición; las bajas por muerte pasaban de cinco mil y el resto de los vecinos

no podían sostenerse de pie. Ante esa situación era forzoso rendirse o evacuar la ciudad, y se hizo lo último, porque los jefes de la guarnición se negaron a rendirse. En la noche del día 5, protegidos por las sombras, usando todo lo que podía navegar, unos 2,000 oficiales y soldados salieron de Cartagena; la mayor parte de ellos caería en manos de los buques de Morillo, otra parte desapareció para siempre y sólo unos pocos centenares lograron arribar a algunas de las islas antillanas.

Morillo entró a Cartagena el 6 de diciembre, tres meses y medio después de haber comenzado el sitio, y proclamó una amnistía general que no sería cumplida; al contrario, Morales hizo fusilar a unos 400 de los militares que no habían podido salir y algún tiempo después comenzarían los juicios de una corte marcial que condenó a muerte a un grupo importante de oficiales republicanos, encabezados por el general Del Castillo, y a casi todos los personajes notables que habían sido partidarios de la independencia. El terror que iba a desatar Morillo en Nueva Granada comenzaría por Cartagena a pesar de la proclama de amnistía hecha cuando la ciudad cayó en sus manos.

El 15 de diciembre Calzada había avanzado de Cúcuta a Pamplona. Las fuerzas republicanas, comandadas por García Rovira y Santander, pasaron a Cácota para cortarle las comunicaciones con Venezuela, y Calzada se retiró hacia Ocaña a través del páramo de Cachirí. Mientras tanto, Ricaurte cruzaba el río Arauca y llegaba a Guasdalito, en territorio venezolano, lugar donde estaba operando y destacándose José Antonio Páez, que había formado una columna de lanceros con hombres de los Llanos de Apure.

Al comenzar el mes de febrero de 1816 las fuerzas de García Rovira y Santander tomaron posiciones en el páramo de Cachirí, donde las sorprendió Calzada, que había salido de Ocaña, y les dio la dura y costosa batalla del 21 y el 22 de febrero en la que los republicanos quedaron literalmente destrozados. García Rovira y Santander se retiraron a Socorro con las pocas tropas que pudieron salvar del desastre de Cachirí, y Calzada avanzó y tornó Girón, con lo cual se ponía en situación de amenazar Tunja, lo que a fin de cuentas significaba amenazar Bogotá.

Ante la gravísima situación que se presentaba, Camilo Torres encomendó a Serviez y a Santander la inmediata reorganización de las

fuerzas que pudieron reunirse, pero ya era tarde: una columna que había despachado Morillo se dirigía a Socorro y no había manera de evitar que esa columna se reuniera con las tropas de Calzada. El refuerzo enviado por Morillo estaba compuesto por un regimiento con artillería y tropas auxiliares; lo mandaba el coronel Miguel de la Torre, llamado a ser el sucesor de Morillo y a perder ante Bolívar, en junio de 1821, la segunda batalla de Carabobo. La columna de De la Torre marchaba distribuyendo a su paso proclamas de Morillo en las que se concedía indulto a los republicanos que se rindieran, aunque "con algunas necesarias excepciones", y los lugares a los que entraba era recibido con manifestaciones de júbilo realista, defecciones de republicanos y fuga de los más señalados hacia Bogotá.

Al mismo tiempo que De la Torre acudía a unirse con Calzada, Morillo enviaba por el oeste otras columnas; una comandada por el coronel Francisco Warleta, avanzaba hacia Antioquia, y otra comandada por el coronel Julián Bayer, avanzaba hacia Chocó; las dos iban venciendo las resistencias que hallaban a su paso y extendiendo su influencia hacia el sur. Por último, una cuarta fuerza realista, encabezada por Carlos Tolrá, comenzó a operar en el distrito de Neiva.

De la Torre alcanzó a Calzada en Leyva, ya en las vecindades de Tunja, y allí tomó el mando de las fuerzas unidas. Serviez y Santander, que se hallaban en Chiquinquirá, resolvieron retirarse a Zipaquirá, que prácticamente se hallaba en las puertas de Bogotá. La mitad norte de Nueva Granada, la región más poblada y más rica del país, había caído en manos españolas. El presidente Camilo Torres, que aceptó el cargo bajo presión de los hombres notables del país, pero que no se hacía ilusiones acerca de las posibilidades de resistir a Morillo, presentó su renuncia el 14 de marzo y en su lugar fue elegido otro hombre del círculo de los notables, don José Fernández Madrid. El papel de Fernández Madrid era negociar con los españoles, y quiso hacerlo, pero Serviez, ascendido a general, se opuso resueltamente a que se le pidiera la paz a Morillo; lo que debía hacerse, decía Serviez, era que el gobierno y las pocas fuerzas militares de que disponía se retiraran a los Llanos de Casanare, donde estaban Ricaurte, Urdaneta y otros oficiales, y donde se ganaría tiempo para organizar un ejército que pudiera batir a Morillo. Fernández Madrid era partidario de una retirada, pero hacia

Popayán, no a Casanare. El presidente y el general Serviez no llegaron a un acuerdo, y mientras tanto De la Torre avanzaba sobre Tunja.

Era evidente que ya nada podía evitar la caída de Bogotá en manos de De la Torre; y con Bogotá en su poder, el occidente cayendo en manos de Warleta, Bayer y Tolrá, con Cartagena sometida y Venezuela dominada, ¿qué esperanzas podían quedarles a los republicanos de los dos países? El poder de España parecía incontrastable y nada indicaba que ese poder podía ser vencido. Y, sin embargo, sería vencido; y lo que es más, justamente en ese momento, cuando la catástrofe parecía inminente, estaba moviéndose por el Caribe una fuerza que iba a caer sobre la retaguardia venezolana de Morillo y a darles nueva vida a las ilusiones republicanas de Venezuela, que así es como se teje la historia, siguiendo la ley eterna que hace surgir la vida misma del seno de lo que muere.

Esa fuerza era una expedición que había organizado Bolívar con la ayuda de Alexander Pétion, presidente de Haití. Ese pequeño país antillano que había sido el primero en alcanzar su independencia, se hallaba dividido entonces en dos estados; en la región del norte se había establecido la monarquía de Christophe, quien se coronó rey con el nombre de Henry I, y los que habían sido en tiempos de la colonia los Departamentos del Oeste y del Sur formaron la república de Haití, presidida por Pétion. Pétion le dio a Bolívar artillería, armas ligeras, municiones, pólvora, dinero, embarcaciones, y a fines de marzo el Libertador salía de Les Cayes con una flotilla de siete goletas en las que iban unos 250 hombres, muchos de ellos veteranos del sitio de Cartagena. Bolívar había sido llamado por los grupos que combatían en el oriente de Venezuela, y aunque esa expedición de Les Cayes iba a ser un fracaso personal para Bolívar, daría un impulso importante a los grupos que lo habían llamado y dejaría encendida una hoguera que ya no se apagaría más y que al final acabaría con el poder español en Venezuela y en Nueva Granada. En sí misma, sin juzgar sus resultados, la expedición de Les Cayes, y la que el mismo Bolívar sacaría más tarde de Jacmel, indicaba que los acontecimientos del Caribe se vinculaban entre sí; que la historia de la región era una sola; que los hechos de un país se reflejaban en los restantes más allá de las consideraciones que podían dividir a los hombres por su posición, el color de su piel o la lengua.

Así, la independencia haitiana influía, al cabo de los años, en las luchas de Venezuela y Nueva Granada.

Ante el empuje español, el Congreso de la Unión neogranadina se disolvió el 21 de abril; el día 28 salía Morillo de Cartagena para dirigirse a Tunja por la vía de Cachirí, Pamplona y Socorro; el 3 de mayo iniciaba el presidente Fernández Madrid su retirada hacia el Cauca y ese mismo día llegaba Bolívar a Juan Griego, en la isla de Margarita, donde Arismendi se había sublevado contra España, el día 5 pasaban Serviez y Santander por Bogotá camino hacia los Llanos de Casanare; el día 6 entraba De la Torre a Bogotá. El día 29, sin acompañamiento, de riguroso incógnito y en horas de la noche, llegó a la capital del antiguo virreynato el mariscal Pablo Morillo. La República de Nueva Granada había dejado de existir.

El presidente Fernández Madrid tuvo varios tropiezos en su marcha hacia Popayán, pero se dirigía resueltamente a esa ciudad e ignoraba que en sus vecindades se hallaba atrincherado Sámano, enviado a toda prisa desde Quito a hacerse cargo de ese frente. Ya en Popayán, los pocos diputados al Congreso de la Unión que acompañaban al presidente Fernández Madrid formaron un comité permanente, ante el cual presentó Fernández Madrid renuncia de su cargo y pidió que se le dieran plenos poderes a un militar que pudiera hacerles frente a las tropas de Sámano. Así se hizo, y el jefe escogido fue el coronel Liborio Mejía, que apenas tenía 24 años. Tal vez no podía haber nada más simbólico de lo que estaba sucediendo: en la hora de la desesperación, Nueva Granada confiaba su destino a los jóvenes, y es que la juventud no se arredra ante nada y su audacia crece a medida que la amenaza aumenta.

Mejía y sus oficiales dispusieron atacar a Sámano en su campamento atrincherado de Cuchilla del Tambo, y allí fueron derrotados el 29 de junio. Unos días después, el 10 de julio, los restos de las fuerzas de Mejía quedaron deshechos en La Plata por la columna que operaba en Neiva bajo el mando de Carlos Tolrá. Mientras tanto, Serviez y Santander habían traspuesto la cordillera oriental y habían llegado a Pore, una aldea situada en el borde de los Llanos de Casanare, pero sólo con 56 hombres de los 2,500 que llevaban al salir de Bogotá; todos los demás o habían desertado o habían muerto de enfermedades y en los encuentros que habían tenido con las tropas realistas en el penoso camino

hacia Pore. Perseguidos por De la Torre, sus pocos hombres y los que componían las demás fuerzas neogranadinas de Casanare pasaron a Venezuela; el 16 de julio, reunidos en Arauca, eligieron presidente de la Unión a Fernando Serrano y jefe militar a Santander, y en el mes de agosto llegaron a Guasdalito, donde tenía sus reales José Antonio Páez.

Al comenzar el mes de junio Bolívar había pasado a Carúpano, donde declaró el día 2 la libertad de los esclavos, única cosa que le había pedido Pétion a cambio de su ayuda. Sin embargo, Bolívar no tomaba esa medida sólo por complacer a Pétion; era que él tenía muy presente la guerra social de Venezuela y volvía a la lucha dispuesto a evitar que la guerra social tuviera de qué alimentarse para renacer. Al reconocerse su derecho a ser libres, los esclavos de Venezuela no tendrían que ir a buscar su libertad luchando en las filas realistas. Por eso, además de proclamar su libertad, Bolívar ordenó que los ex esclavos fueran incorporados al ejército libertador.

Inmediatamente después de haber declarado libres a los esclavos, el joven caudillo envió hacia Güiria a Mariño –su segundo en mando– y a Piar hacia Maturín, y él se dispuso a atacar el centro en dirección hacia Caracas, entrando por Ocumare de la costa –entre La Guayra y Puerto Cabello–, para lo cual organizó un ataque a los valles de Aragua que pudiera distraer las fuerzas de la capital por la retaguardia. En la pequeña columna que operaría en Aragua iban los venezolanos Soublette, Anzóategui y Briceño, y el escocés McGregor. Este último había luchado en Nueva Granada y se había unido a Bolívar en Haití. Moviéndose con decisión, esos oficiales y sus hombres llegaron hasta Maracay, donde derrotaron a un escuadrón de caballería realista, pero Morales acudió a cortarles la retirada y tuvieron que retroceder rápidamente. En ese momento los 600 hombres que Bolívar había llevado a Ocumare fueron abandonados por las goletas, cuyos capitanes, temerosos de un ataque, huyeron hacia Bonaire, la pequeña isla holandesa vecina de Curazao. Bolívar tomó la primera embarcación que tuvo a mano, siguió a los capitanes hasta Bonaire y los hizo volver a Choroní, un lugarejo situado al oriente de Ocumare; sin embargo, durante la ausencia del jefe la tropa se desordenó de tal manera que Bolívar tuvo que embarcar de nuevo. Perseguido por navíos españoles, fue a dar a

las aguas de Vieques; de allí puso rumbo al sur y se dirigió a Güiria, donde encontró un recibimiento tan hostil que se vio en el caso de abandonar el lugar abriéndose paso con la espada desnuda.

Bolívar embarcó hacia Haití el 22 de agosto, pero en esos mismos días estaban cosechando victorias en Quebrada Honda y el Alacrán las guerrillas de Zaraza y los Monagas, que operaban en los Llanos de Oriente, y para esos nuevos jefes de los infatigables llaneros, el jefe militar de los partidarios de la independencia de Venezuela era Bolívar, y no aceptaban a nadie más. Los grupos de esos hombres se incrementaban por días, y con las victorias de Quebrada Honda y el Alacrán aumentaba su autoridad. Después de la batalla del juncal, dada y ganada en el mes de septiembre, exigieron el retorno de Bolívar, y hallaron respaldo en jefes de prestigio como Arismendi y como Páez, que operaba cada vez con más amplitud en el fondo de los Llanos de Apure.

Pronto iban a cumplirse dos años de la muerte de Boves y hacía ya algún tiempo que en Venezuela estaba produciéndose un interesante fenómeno político, el de la transposición de las fuerzas que habían seguido a Boves. En virtud de esa transposición, los lanceros infatigables e indomables que habían hecho la guerra social estaban pasando a hacer la guerra de la independencia bajo el mando de hombres nuevos, de Zaraza, de los Monagas, de Páez. Bolívar se había dado cuenta de ese fenómeno, y lo había dicho en una carta dirigida al editor de la *Gaceta Real,* periódico de Kingston, Jamaica, con estas palabras: "por un suceso bien singular se ha visto que los mismos soldados libertos y esclavos que tanto contribuyeron, aunque por fuerza, al triunfo de los realistas, se han vuelto al partido de los independiente".

Bolívar, pues, había salido hacia Haití, pero había dejado encendida en Venezuela una hoguera que ya nadie podría apagar. Mientras tanto, Morillo desataba en Nueva Granada una espantosa ola de terror. El terror había comenzado en Cartagena, como hemos dicho, pero alcanzó su culminación después que Morillo se estableció en Bogotá. A partir del 18 de junio, los pelotones de ejecución estuvieron trabajando sin cesar en la antigua ciudad de Santa Fe. Sabios como don Francisco José de Caldas, patricios como Camilo Torres, generales como García Rovira, jóvenes militares como Liborio Mejía; centenares y centenares de neogranadinos morían en Bogotá, en las capitales de las provincias, en las

cabeceras de los distritos. El ejemplo de Morillo era seguido por sus oficiales en todas partes. Las "algunas necesarias excepciones" de que hablaban las proclamas de indulto del jefe español pasaron a ser aplicadas al revés: en la lista de los que debían ser fusilados hubo "algunas necesarias excepciones"; una de ellas sería don José Fernández Madrid.

Pero no sólo se fusiló a ancianos, jóvenes, mujeres, sino que también se enviaba gente al exilio, se encarcelaba a mujeres y sacerdotes, se mandaba a millares de neogranadinos a hacer trabajos forzados en las calles, los caminos y los puentes; se maltrataba a muchos, se torturaba también a muchos. El exceso en el uso del patíbulo y de las medidas de terror llegó a tal grado que la Audiencia Real se quejó ante el rey, y Montalvo, el capitán general de Nueva Granada, criticó esa política insensata.

En el mes de septiembre los oficiales neogranadinos y venezolanos reunidos en Guasdalito desconocieron a Santander como jefe militar y en su lugar eligieron a Páez. Éste asumió todos los poderes militares y civiles, de manera que el presidente Serrano quedó automáticamente fuera de funciones, con lo cual desaparecía la última sombra de las instituciones de Nueva Granada. Páez reorganizó las fuerzas y las encuadró en tres columnas de caballería; una fue puesta bajo el mando de Urdaneta, otra bajo el de Santander y otra bajo el de Serviez. Serviez iba a ser asesinado poco después por uno de los grupos que todavía estaban haciendo la guerra social de manera aislada y personal. Casi simultáneamente se reclamaba en el oriente de Venezuela el retorno de Bolívar como comandante en jefe de todos los grupos. Visto con la perspectiva que da la historia, el panorama de la independencia comenzaba a tomar forma en esos últimos meses del año 1816.

La caballería de Páez, Urdaneta y Santander comenzó a operar en los Llanos de Apure tal como lo hacía en los días de Boves, si bien no para hacer la guerra social, sino la de independencia; atacaba los puestos españoles y huía a perderse en el fondo de las llanuras; se alimentaba con las reses muertas a lanzazos, vivía sobre el caballo y era fanáticamente leal a sus jefes.

Preocupado por la presencia de esos guerreros primitivos y terribles, y por las actividades en el oriente de los Monagas, de Zaraza, de Piar, Bermúdez, Mariño y otros aguerridos oficiales de Bolívar, Morillo

despachó hacia Venezuela 4,000 hombres, la mitad por la vía de Cúcuta y la mitad por la vía de Casanare; a mediados de noviembre, él mismo salió de Bogotá con dirección a Guasdalito. Un mes después, reforzado con una nueva ayuda de Pétion, salía Bolívar del puerto haitiano de Jacmel; el día 28 desembarcó en Juan Griego y el 1 de enero de 1817 estaba en Barcelona. En ese momento iba a comenzar la verdadera guerra de independencia de Venezuela y Colombia.

Esa guerra de independencia iba a durar hasta fines de 1823 –cuando cayó en manos de Páez el castillo de Puerto Cabello, último reducto español en los territorios de Venezuela y Nueva Granada–, y como es lógico, una guerra tan prolongada, que se llevaba a cabo en un territorio de más de 2'000,000 de kilómetros cuadrados, tuvo muchos episodios simultáneos en escenarios alejados entre sí. Sería imposible que en un libro como éste hubiera espacio para relatar todos esos episodios; así, tenemos que ceñirnos a los principales, entre los cuales los más importantes fueron ejecutados por Bolívar.

Éste había llegado a Barcelona, como acabamos de decir, el 1 de enero (1817) e inmediatamente se encaminó hacia el interior con el propósito de operar en los ricos valles de Ocumare del Tuy y amenazar Caracas, pero el 9 de enero fue interceptado y derrotado por el jefe realista Francisco Jiménez en Clarines y retrocedió a Barcelona, donde fortificó el centro de la villa y resistió un sitio de tierra y mar que duró casi tres meses. Estando Bolívar sitiado en Barcelona –el día 28 de enero– derrotó Páez a De la Torre en Macuritas y con esa victoria dejó limpios de realistas los Llanos de Apure. Bolívar logró escapar de Barcelona a fines de marzo y con la compañía de un corto número de oficiales se internó hacia el sur, camino de la Guayana.

La Guayana venezolana es un vasto territorio situado en la orilla derecha del río Orinoco. Allí había tomado Piar Upata y San Félix, y en el momento en que Bolívar se reunía con ellos, él y Mariño estaban sitiando Angostura, la capital de la región. Si Angostura caía en poder de los libertadores, que era como se denominaban los republicanos, y se lograba tomar Guayana la Vieja –actual Puerto Ordaz–, toda la Guayana quedaría libre de españoles.

La posesión de la Guayana era de enorme importancia para Bolívar y para la causa de la independencia; primero, porque el Orinoco, que

se prolongaba hasta Los Andes por medio del Apure, era una defensa natural para todo el territorio sur de Venezuela y para el sudeste de Nueva Granada; segundo, porque en el otro extremo de ese territorio, es decir, hacia el occidente, se hallaban las fuerzas de Páez, Santander y Urdaneta, con las cuales podía comunicarse a través de los ríos, y esas fuerzas guardaban el paso de las montañas andinas hacia los Llanos; y tercero, porque el dominio de los Llanos y la Guayana hasta las bocas del Orinoco significaba que se podía disponer de los productos de esa vasta extensión para venderlos en las Antillas –especialmente animales de carga y carne– y obtener en las islas las armas, la ropa y lo que le hiciera falta al ejército libertador.

Para dar el golpe final a los españoles en la Guayana el mismo Bolívar fue a poner sitio a Guayana la Vieja, donde se hallaba De la Torre, que había ascendido a general, y dejó a Mariño como jefe de las fuerzas sitiadoras de Angostura. Angostura cayó el 17 de julio y Guayana la Vieja el 2 de agosto. Los defensores de Angostura habían ido abandonando la ciudad sigilosamente, a favor de las sombras nocturnas, llevándose cuanto podían; se dejaban ir río abajo e iban a recalar en Guayana la Vieja. Eso explica que al caer esta última en manos de Bolívar hubiera allí un botín riquísimo: catorce barcos mayores y varios pequeños; una cantidad importante de oro y plata; cañones, fusiles, municiones, pólvora, y además del botín se cogieron cerca de 2,000 prisioneros. Las tropas de Bolívar quedaron con equipo suficiente, y grandemente aumentada su flota, que mandaba el curazoleño Louis Brión, y esto último era de una utilidad incalculable para los planes de Bolívar, puesto que esa flota operaba del río al océano Atlántico para entrar luego en el Caribe, donde se hallaba el mercado con que podía comerciar la Guayana.

Morillo había reunido unos 6,000 hombres y había caído a fines de julio sobre la isla Margarita, y estaba ocupado tratando de someterla cuando Bolívar, cubierto tras las defensas naturales del Orinoco, se dedicó a tomar medidas políticas trascendentales que debían convertirlo, de jefe de unos cuantos grupos rebeldes más o menos grandes, a jefe de un Estado que tenía capacidad para reclamar que otros estados le concedieran beligerancia. Así, declaró a Guayana provincia autónoma de la República de Venezuela y a Angostura capital provisional

del país; estableció una alta Corte de Justicia; designó un Consejo provisional de Estado que funcionaría como Parlamento provisional; decretó la confiscación de las propiedades de los realistas y su repartición entre los soldados republicanos y declaró la Guayana abierta al comercio libre con todo el mundo.

Morillo –preocupado por la idea de que Bolívar pasara de la Guayana a los Llanos de Oriente, donde operaban Zaraza y los Monagas– se trasladó a Cumaná, desde donde podía moverse hacia la llanura oriental; y acertó, porque el 21 de noviembre Bolívar avanzó hacia el norte para reunirse con Zaraza. Morillo se adelantó y el 2 de diciembre atacó y derrotó a Zaraza en La Hogaza, un lugar de los Llanos del Guárico. Bolívar retornó a Angostura, y Morillo, que había descubierto ya, *grosso modo*, los planes de Bolívar, fue a establecer su cuartel general en Calabozo, seguro de que el Libertador intentaría entrar hacia Caracas por el centro de los Llanos de Apure, cuyos accesos guardaba Calabozo. Otra vez había Morillo acertado, pues Bolívar salió de Angostura el 31 de diciembre remontando el Orinoco y al finalizar enero de 1818 estaba reunido con Páez en las cercanías de San Juan de Payara y el 12 de febrero él y Páez caían con la fuerza de un rayo en Calabozo.

¿Cómo pudo suceder que Morillo, cuya previsión lo había llevado a Calabozo, se dejara sorprender precisamente por las fuerzas que había ido a esperar allí? Pues porque el puesto avanzado que tenía sobre el río Apure, en San Fernando, no pudo avisarle a tiempo que el enemigo se acercaba; y no pudo hacerlo debido a una maniobra increíble, de ésas que sólo se dan cuando los pueblos están en armas, haciendo una guerra que les place. Esa maniobra es lo que en la historia de Venezuela se conoce con el nombre de "combate de las flecheras", una acción impuesta por la necesidad y ganada por el arrojo de los llaneros de Páez.

Sucedía que el ejército libertador tenía 5,000 hombres, con artillería y una buena impedimenta, para que una fuerza tan grande pudiera cruzar el río necesitaba un buen paso y el que había frente a San Fernando no podía usarse debido a que Morillo lo hubiera sabido casi inmediatamente; fue necesario, pues, buscar otro paso y el único cercano estaba guardado por unas cuantas cañoneras realistas. El propio Bolívar preguntó cómo podría franquearse ese obstáculo, a lo que Páez

respondió que con una carga de caballería. ¿Pero cómo era posible dar una carga de caballería a unas embarcaciones armadas? Páez contó después en su autobiografía, y por cierto con muy pocas palabras, la forma en que se llevó a cabo esa carga fabulosa.

Fue así: Páez escogió 49 lanceros y se puso a su frente; luego se lanzaron a galope "con las cinchas sueltas y las gruperas quitadas para rodar las sillas al suelo sin necesidad de apear-nos de los caballos. Así se efectuó, cayendo todos juntos al agua, y fue tal el pasmo que causó al enemigo aquella operación inesperada, que no hizo más que algunos disparos de cañón y en seguida la mayor parte de su gente se arrojó al agua". Los endiablados jinetes apresaron catorce embarcaciones, unas armadas y otras no, y corrieron a situarse –con excepción de Páez, desde luego– en el camino de San Fernando a Calabozo, de manera que nadie pudiera ir a darle a Morillo noticias de lo que estaba sucediendo.

Morillo abandonó Calabozo precipitadamente y Bolívar y Páez lo persiguieron hasta Maracay, San Mateo y la Victoria. Bolívar creyó –y tenía razón– que podía seguir a Caracas, pero Páez se negó a meter sus caballos llaneros en la región montañosa que rodea la capital de Venezuela y retornó al sur, donde tomó San Fernando el 6 de marzo.

Morillo aprovechó un respiro para hacerse fuerte en Valencia; Morales hizo lo mismo en la Victoria, y por las vecindades de San Carlos se movía un temible guerrillero venezolano lla-mado Rafael López, que estaba al servicio de España. Bolívar se dio cuenta de que corría peligro de verse rodeado por Morillo, López y Morales, y decidió ir a reponer fuerzas en Calabozo. Pero el 16 de marzo, cuando salía de la garganta de La Puerta y entraba en la meseta del Semén, halló que estaban esperándole Morillo, Morales y De la Torre. Allí, en el Semén, sufrió el Libertador una derrota casi aplastante; sin embargo, pudo llegar a Calabozo, donde fue a reunírsele Páez. Ocho días después de la derrota del Semén, aquel pequeño hombre de acero estaba atacando en Ortiz a De la Torre, quien tuvo que abandonar Ortiz, pero el ejército de Bolívar quedó fuertemente debilitado.

Al terminar el mes de marzo Bolívar estaba planeando un ataque hacia el noroeste; en abril despachó a Páez hacia la región de San Carlos y él se dirigió a esa misma zona por la vía de los Tiznados, a la cabeza de unos 1,000 hombres. En la noche del 16, mientras dormía en

su campamento de Rincón de los Toros, una guerrilla de Rafael López llegó hasta su hamaca y le hizo varias descargas. Los soldados de Bolívar huyeron despavoridos a los gritos de "¡El Libertador está muerto; mataron al Libertador!" Pero Bolívar no había sido ni siquiera herido. Montado en la grupa del caballo de uno de sus oficiales cabalgó por los alrededores reuniendo a sus hombres; después se encaminó a San Fernando de Apure, adonde llegó muy enfermo al finalizar el mes. Así, al abrirse el mes de mayo de 1818 quedaba cerrada la llamada "campaña del Centro", y del ejército de 5,000 soldados que la habla llevado a cabo sólo quedaban algunos restos.

De vuelta a Angostura, Bolívar dedicó su tiempo a recuperar la salud perdida, a recibir a los ingleses y los irlandeses y a otros europeos que llegaban para formar la Legión Británica y la Legión Irlandesa; a organizar las relaciones exteriores, pues ya comenzaba a ser reconocido como jefe de un Estado beligerante y, sobre todo, a preparar el Congreso de Angostura, que se estableció el 15 de febrero de 1819. La misión de ese Congreso sería redactar la Constitución de Venezuela y, sin embargo, iba a fundar un país mucho más grande, la Re-pública de Colombia.

En el mes de enero de ese año de 1819, Bolívar había despachado hacia Casanare al general Santander con la orden de organizar las fuerzas de esa región neogranadina. Después de la terrible experiencia de 1814, Bolívar no cesó de pensar en cuál sería la manera de conquistar la independencia y asegurar al mismo tiempo que la guerra social no se repitiera. En octubre de 1817 había fusilado al general Piar porque éste amenazó iniciar otra vez la guerra social; al comenzar 1819 tenía fresco en la memoria lo que había visto en la "campaña del Centro"; la forma en que se conducían los temibles e ingobernables llaneros, que eran a fin de cuentas los mismos hombres que habían hecho la guerra con Boves. Para Bolívar, la solución estaba no sólo en liberar a los esclavos y darles tierras; era necesario también sacar de Venezuela a los hombres que habían hecho o podían hacer la guerra social. ¿Cómo? Llevándolos a otros países a combatir por la independencia. Cuanto más grande fuera el territorio en que se movieran, menos peligro habría de que apareciera un nuevo Boves y se organizaran alrededor de él. En enero de 1819, Bolívar estaba ya preparándose para llevar la guerra a

Nueva Granada, lo que a fin de cuentas significaba sacar de Venezuela a los hombres que habían hecho la guerra social. Santander iba a preparar la base neogranadina de esa nueva etapa.

El general Santander formó en los Llanos de Casanare una división de 2,000 hombres con la cual hizo frente a las tropas del coronel José María Barreiro, cuando éste, enviado por Sámano –que ya era virrey de Nueva Granada–, fue a limpiar los llanos de insurgentes. La guerra de guerrillas que le hizo Santander obligó a Barreiro a retirarse en abril de 1819 hacia la cordillera oriental de Nueva Granada, donde ocuparía, del lado oeste, los pasos hacia los valles de la región de Tunja. Ya a esas fechas Bolívar avanzaba desde Angostura hacia el occidente; a mediados de marzo se había reunido con Páez y el 3 de abril presenció desde la orilla derecha del río Arauca la legendaria carga de Queseras del Medio.

Esa acción fue una de las muchas que ejecutó Páez contra las columnas de Morillo que operaban en los Llanos de Apure. El jefe español tenía 6,000 hombres acuartelados en Achaguas y San Fernando, porque sabía que ésa sería la región por donde tendría que pasar Bolívar para atacar en el centro del país, y con frecuencia enviaba columnas a vigilar la zona. Una de esas columnas, comandada por el joven coronel Narciso López –que a mediados del siglo iba a ser el jefe de las luchas por la independencia de Cuba–, operaba ese día en las vecindades de Queseras del Medio, a orillas del Arauca. Páez provocó a los soldados realistas y cuando éstos atacaron huyó con sus hombres, que eran sólo 150 llaneros de lanza. López emprendió la persecución de Páez y, de pronto, éste gritó, con su potente voz de vaquero: "¡Vuelvan caras!" Los jinetes de Páez revolvieron sus caballos instantáneamente, y la tremenda carga resultó en un amasijo de muertos y cañones realistas. López tuvo casi 500 muertos y perdió toda su artillería; de los hombres de Páez apenas se contaron dos muertos y unos pocos heridos.

Al mediar el mes de mayo, Bolívar estaba listo para llevar la guerra al territorio de Nueva Granada; había despachado a Páez hacia la región de San Cristóbal, con órdenes de amenazar la retaguardia española en la zona de San Cristóbal, Cúcuta y Pamplona, a fin de que los españoles pudieran sacar a sus fuerzas de allí, y había enviado a Aris-

mendi a los Llanos de Barinas para reforzar a Páez y para impedir que Morillo pudiera enviar tropas de los Llanos a San Cristóbal por la vía de Barinas. Páez y Arismendi, pues, cubrían el flanco derecho de Bolívar; el izquierdo estaba naturalmente protegido por las llanuras y la selva. El 23 de mayo el caudillo venezolano reunió a sus generales para discutir el plan de acción, y el 24 salía de Mantecal hacia Guasdalito con 2,100 hombres, entre los cuales se hallaban la Legión Británica, tres batallones de a pie y tres escuadrones de caballería. Con esas tropas sumadas a las de Santander iba a llevar a cabo una empresa que parecía de locos: el cruce de Los Andes por una región que está helada todo el año.

El pequeño ejército libertador cruzó el río Arauca el 4 de junio; durante ocho días caminó bajo la lluvia torrencial de los Trópicos, que formaba mares en las llanuras; el 12 llegó a Tame, donde le esperaba Santander con sus fuerzas; de Tame, los dos ejércitos reunidos se dirigieron a Pore, que se hallaba en dirección sur, al pie de Los Andes; el día 22 comenzó el ascenso de la imponente cordillera, que fue cruzada en cuatro días de ventiscas y granizo. El ejército, compuesto en su mayoría por llaneros habituados al calor tropical, no tenía ni ropas ni otros medios para luchar contra el frío glacial de Los Andes. En la travesía se perdieron casi todos los caballos y todas las provisiones, y hubo que abandonar la mayor parte de las armas y las municiones. El 27, aquel conglomerado de fantasmas atacó y tomó Paya, que estaba defendida por unos 300 realistas, y allí mismo comenzaron a incorporárseles hombres de la región y empezaron los campesinos a llevarles ropas y comida. El día 6 de julio llegó Bolívar a Socha, donde hizo cuarteles para alimentar y reorganizar sus fuerzas. A muy poca distancia de allí, en Sogamoso, se hallaba Barreiro con 1,600 hombres guardando el paso de Los Andes. También a muy corta distancia, al oeste de Sogamoso, estaba Tunja, con un camino real franco hasta Bogotá.

Barreiro pretendió taponar cualquier avance de los republicanos, para lo cual ocupó las rocas de Tópaga; de allí fue obligado a salir tras un combate que duró un día. Mientras tanto Bolívar esperaba en Tasco, donde debía unírsele la Legión Británica. De Tasco se movió hacia el valle de Cerinza, lo que obligó a Barreiro a retirarse hacia los Molinos de Bonza, un lugar situado sobre el camino de Tunja. En la mañana del

día 25, los republicanos trataron de hacer salir a Barreiro de su posición, pero no lo consiguieron; en la tarde marcharon hacia el sur para cruzar el río Sogamoso y Barreiro se les adelantó tomando las alturas entre el río y el camino de Tunja, y allí enfrentó a Bolívar cuando las fuerzas libertadoras se hallaban encajonadas en el Pantano de Vargas y los cerros que bordeaban el pantano.

La batalla del Pantano de Vargas fue dada en condiciones tan malas para Bolívar, que Barreiro, seguro de que los republicanos habían caído en una trampa, despachó un correo para Bogotá informando que Bolívar estaba irremediablemente perdido. Pero la batalla del Pantano de Vargas fue ganada gracias a una carga desesperada de la Legión Británica, que desplazó a los españoles de una altura dominante, y gracias a otra carga de los lanceros de los llanos, encabezada por el coronel Juan José Rondón, que había sido uno de los hombres de Boves. Las bajas de Barreiro pasaron de quinientas; las de Bolívar fueron 100, pero entre ellas hubo que contar al coronel James Rook, jefe de la Legión Británica.

Después de su derrota en Pantano de Vargas, Barreiro se hizo fuerte en Paipa y Bolívar se había situado en Bonza. A pesar de sus pérdidas, Barreiro seguía cerrándole el camino a Tunja, y sólo si Tunja caía en sus manos podría Bolívar avanzar hacia Bogotá, que se hallaba a 200 kilómetros nada más. La situación se hacía desesperante. Pero sucedió que el día 3 de agosto, sospechando un movimiento de Bolívar hacia el camino de Tunja, Barreiro fue a tomar posiciones para impedirlo, y entonces Bolívar decidió marchar en la oscuridad de la noche para sorprender a Barreiro dejándolo a su retaguardia, y así lo hizo: emprendió la marcha en la noche del día 4 y en la mañana del día 5 estaba ocupando Tunja. El que pasó entonces a desesperarse fue Barreiro: tenía que adelantarse a Bolívar y ocupar algún punto conveniente en el camino de Tunja a Bogotá. Pero Bolívar vigilaba a Barreiro, de manera que cuando éste decidió moverse el día 7, el jefe venezolano pudo deducir qué ruta iba a seguir el ejército realista; y era la más corta entre Tunja y Bogotá, lo que lo obligaba a cruzar el puente de Boyacá situado a unos 15 kilómetros al sur de Tunja. Con su característica rapidez, Bolívar corrió a tomar las avenidas del puente antes de que llegaran a él las tropas españolas.

La batalla de Boyacá, que se llevó a cabo en los dos lados del puente, terminó en una derrota total para Barreiro. Éste había caído en una trampa natural, en el fondo de una hoya cuyas alturas estaban tomadas por los republicanos. Su vanguardia cruzó el puente de Boyacá y fue rodeada por Santander, mientras que el centro y la retaguardia fueron copados por Anzoátegui antes de que entraran al puente. Los hombres de Anzoátegui dividieron al enemigo en dos grupos; entonces entró en acción la Legión Británica y las fuerzas de Barreiro comenzaron a entregarse. Las bajas españolas fueron relativamente pequeñas, pero prácticamente todo su ejército cayó prisionero, desde Barreiro hasta la mayoría de los soldados. Cuando presenciaba el desfile de los prisioneros, en el mismo campo de batalla, Bolívar alcanzó a ver una cara que jamás había olvidado. Era el oficial que había entregado a los prisioneros realistas el castillo de Puerto Cabello, siete años atrás. El vencedor de Boyacá ordenó su fusilamiento inmediato.

Las tropas vencidas de Boyacá eran el escudo de Bogotá, y una vez roto ese escudo nadie podía detener a Bolívar. Éste se adelantó a sus fuerzas y tomó el camino de la capital de Nue-va Granada con un puñado de hombres. Algo semejante haría 140 años después el Che Guevara, que entró a La Habana al comenzar 1959 con 60 guerrilleros, a pesar de que en los cuarteles de la capital de Cuba había miles de soldados. Pero Guevara, como Bolívar, sabía que en las guerras de liberación cuenta más el respaldo del pueblo que el poder de las armas, y en agosto de 1819, como en enero de 1959, el pueblo de Nueva Granada y el pueblo de Cuba representaban la fuerza real de Bolívar y de Guevara.

El día 9 el virrey Sámano, las autoridades españolas y todos los realistas importantes abandonaron Bogotá; unos huían hacia Honda, para desde allí salir a Cartagena por el río Magdalena; otros huían hacia el sur, hacia Popayán y Quito. Bolívar entró a Bogotá en la noche del 10 al 11, en medio de un júbilo popular indescriptible. El terror desatado por Morillo había sido mantenido por Sámano y el pueblo no resistía ya más tanta opresión. Bolívar, pues, fue recibido como un libertador.

En los días subsiguientes se levantaron varios lugares del interior del país contra los realistas, pero entre ellos no estaban las plazas fuer-

tes, como Cartagena, ni las que ya podían considerarse tradicionalmente realistas, como Popayán. Éstas resistirían todavía mucho tiempo.

El día 18 de septiembre se celebró solemnemente la victoria en Bogotá, y entonces el pueblo vio a Bolívar en uno de sus mejores aspectos, brillantemente uniformado, tal como solía presentarse en las grandes ocasiones. El joven caudillo acababa de cumplir 36. Tenía el pelo muy negro y rizado, las cejas negrísimas y abundantes; los ojos le comían el rostro, que era pálido y descarnado; tenía la frente alta, la nariz larga y fina, y una boca de escaso labio superior, más grueso el inferior y ambos cogidos en comisuras más bien altas, lo que le daba al rostro una expresión un tanto desdeñosa; la barbilla era alargada y aguda. Hombre extraordinariamente inteligente, culto, de naturaleza volcánica, altanero y audaz, se sentía igualmente a gusto en el combate, en la danza, enamorando a una mujer hermosa o charlando con personas ilustradas. Amaba el poder y la gloria, y conocía el valor de la pompa. Consumió todo lo que había heredado de su padre –una fortuna de varios millones de pesos y consumió también su vida en la lucha por la libertad de América, pero nunca tuvo fe en el pueblo–. Había nacido demasiado rico y su inteligencia estaba muy por encima de la de los hombres de su medio, dos cosas que lo mantuvieron siempre a distancia de los demás, y desde luego de las masas.

El día 20 (septiembre de 1819), salía Bolívar hacia Venezuela por la vía de Pamplona y Cúcuta. En Pamplona supo que Santander, a quien había encargado el poder ejecutivo en Nueva Granada, había fusilado a Barreiro y a otros 36 prisioneros. Descendiendo desde San Cristóbal, el Libertador bajó a los Llanos de Casanare, navegó por el Apure y el Orinoco, y el 11 de diciembre se presentó en Angostura; inmediatamente dio cuenta al Congreso de lo que había hecho en Nueva Granada y le pidió declarar la unión de ese país y Venezuela en una república que debía llamarse Colombia, en honor del descubridor del nuevo mundo; el 17 se acordaba la creación del nuevo Estado y el 25 se hacía la proclamación solemne.

La recién nacida República de Colombia quedó organizada sobre la base de la división de los poderes públicos en el judicial, el legislativo, y el ejecutivo; este último tendría poderes excepcionales mientras durara la guerra y estaría compuesto por un presidente –Bolívar– y un

vicepresidente –el neogranadino Francisco Antonio Zea–, pero además se designó un vicepresidente para Venezuela –Juan Germán Roscio– y uno para Nueva Granada, que fue el general Santander. El territorio de Colombia era enorme, de casi 2'500,000 kilómetros cuadrados; es decir, una extensión mayor que la de España, Portugal, Italia, Inglaterra, Francia y Alemania juntas, e incluía las actuales repúblicas de Venezuela, Colombia, Panamá y Ecuador. Como era lógico, en esa extensión de tierras había numerosos puntos en manos de los españoles, algunos tan grandes como todo lo que después sería la República de Ecuador; de manera que la proclamación de Colombia no significaba que la lucha había terminado. Al contrario, lo que el Congreso de Angostura había creado de palabras tenía que ser realizado por los ejércitos.

Ahora bien, la victoria de Boyacá había estimulado a los liberales españoles que conspiraban para liquidar el gobierno absoluto de Fernando VII. Esos liberales eran los representantes de la burguesía de España, que a pesar de todo se había fortalecido durante la guerra contra Napoleón como se han fortalecido siempre las burguesías en las guerras haciendo negocios rápidos y beneficiosos a favor de la situación de emergencia que es normal en tiempos de lucha contra un enemigo. En cierta medida, y hasta podríamos decir que de manera elemental, y si se quiere, caricaturesca, en la España de 1819 estaba repitiéndose algo parecido a lo que sucedía en la Francia de 1789; esto es, una burguesía que quería el poder y luchaba contra una nobleza atrincherada detrás de un régimen absolutista. Ahora bien, como España no era Francia, ni Fernando VII era Luis XVI ni la burguesía española de 1819 era la francesa de 1789, en vez de una revolución popular lo que estaba produciéndose en España era un movimiento militar, el primero de una serie que iba a durar más de un siglo, pues todo ese tiempo necesitó la burguesía española para abrirse paso por entre los obstáculos que ponía en su camino la retrasada organización social del país.

Para los liberales españoles, la marcha de Angostura a Bogotá, la fabulosa travesía de Los Andes, la toma de Bogotá y las luchas que se llevaban a cabo en el extremo sur del continente americano eran acontecimientos estimulantes que mantenían vivo su espíritu de lucha. Los historiadores españoles dicen que el movimiento liberal de España, especialmente a fines de 1819, se organizó en las logias masónicas, y

que las logias sudamericanas de Londres y Lisboa colaboraron estrechamente con las logias españolas en esa organización. Está fuera de dudas que el general Juan Manuel Pueyrredón, director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata en 1819, envió dinero a los masones españoles a través de comerciantes argentinos establecidos en Cádiz. Cádiz era un lugar clave para esas actividades, pues de ella debía salir un ejército expedicionario que iría a operar al Río de la Plata bajo el mando del general Enrique O'Donnell.

La masonería era un movimiento antiquísimo, que había nacido en los inicios de la Edad Media y a principios del siglo XVIII se había puesto de moda entre los burgueses comerciantes de Inglaterra, de donde se extendió a los círculos burgueses de varios países de Europa. El carácter secreto de sus actividades convirtió a la masonería en un instrumento muy útil para los trabajos políticos de la burguesía europea, y eso es lo que explica el papel de las logias masónicas en las conspiraciones españolas de 1819.

A finales de ese año los conspiradores habían ganado terreno entre los altos mandos militares, y sobre todo entre los oficiales del ejército expedicionario que iba a ser despachado hacia América del Sur. Hasta el jefe de las fuerzas, el general O'Donnell, participaba en la conspiración. El ejército expedicionario estaba acuartelado en varios pueblos de las provincias de Cádiz y Sevilla, y en uno de Sevilla, el de Cabezas de San Juan, se hallaba el batallón de Asturias, comandado por don Rafael del Riego. El día de Año Nuevo de 1820, Del Riego proclamó la vuelta al régimen establecido por la Constitución de 1812, y el movimiento se propagó rápidamente a varias provincias. Al comenzar el mes de marzo toda España estaba pronunciada a favor del sistema constitucional; el día 7 se amotinó el pueblo de Madrid y se presentó masivamente ante el palacio real pidiendo que se repusiera la Constitución de 1812; el día 10, Fernando VII declaró que se sometía a la voluntad general. Llegaban al poder en España, pues aquellos que consideraban justa la rebelión de los países americanos, y por lo tanto iba a iniciarse una nueva etapa en la prolongada lucha por la independencia de los territorios españoles del Caribe. En el mes de junio se le enviarían a Morillo órdenes de que negociara un armisticio con Bolívar.

Ahora bien, en Nueva Granada se mantenía la guerra; se luchaba en Cartagena, en Río Hacha, en Santa Marta, en Antioquia, en Chocó y en Pamplona. En el mismo mes de junio de 1820, cuando Morillo recibía instrucciones para llegar a un armisticio con Bolívar, se dio una batalla naval importante en Tenerife, río Magdalena. Lo mejor de las fuerzas de tierra y mar de Colombia estaba dedicado a la lucha en esos varios frentes de Nueva Granada, pero ya no podía haber duda de que los realistas del país se hallaban a la defensiva y donde lanzaban alguna ofensiva era siempre débil y acababa en derrota.

Desde el propio mes de junio comenzó Morillo a hacer esfuerzos para llegar a un acuerdo con los libertadores, y no lo hallaba fácil porque Bolívar pensaba, con razón, que la firma de un armisticio significaría la paralización de las actividades militares allí donde se hallara cada ejército, y que Colombia debía ganar tiempo para ocupar la mayor parte de los puntos en disputa antes de que se llegara a un acuerdo. Mientras sus delegados hablaban con los de Merillo, el Libertador visitaba los frentes de guerra, ordenaba avances, organizaba sus fuerzas.

El armisticio se firmó, al fin, el 26 de noviembre (1820), en la misma casa de la ciudad andina de Trujillo en la que Bolívar había firmado en 1813 su proclama de guerra a muerte. Sus cláusulas establecían una suspensión de la guerra durante seis meses; el compromiso de esforzarse los dos bandos para llegar a un acuerdo de paz definitivo; el comercio libre entre los territorios ocupados por los beligerantes; la regulación de la guerra, en caso de reanudarse, lo que se haría sólo 40 días después de que el armisticio se rompiera. Morillo quiso conocer a Bolívar antes de retornar a Caracas, y la entrevista tuvo lugar en la villa de Santa Ana, donde los dos jefes adversarios se abrazaron y durmieron la noche del 27 en una misma habitación. En diciembre marchó Morillo a España; en lugar suyo quedó el general De la Torre, ascendido como su antecesor a mariscal de campo.

Dos semanas después de haber firmado el armisticio de Trujillo se sublevaba en Guayaquil, que se hallaba dentro de los límites de Nueva Granada, el batallón de Numancia; el día 28 de enero de 1821 hacía lo mismo la guarnición realista de Maracaibo, que declaró la provincia República Democrática y solicitó su unión a Colombia. De la Torre alegó que la sublevación de Maracaibo era una violación del armisticio,

porque el general Urdaneta, uno de los oficiales más distinguidos de Colombia, conocía el movimiento y lo había estimulado. Bolívar quiso evitar la ruptura de las hostilidades, pero no pudo lograrlo. La guerra, pues, iba a comenzar de nuevo, pero Bolívar podía esperarla con cierto grado de confianza porque ya para entonces el ejército y la marina de Colombia eran más fuertes que los de España.

Bolívar se hallaba en Cúcuta cuando se presentó la amenaza de la reanudación de la guerra. Esperaba allí la reunión del primer congreso colombiano, que debía elaborar las leyes con que iba a gobernarse el vasto país, pero no pudo quedarse en el lugar porque debía prepararse para volver al campo de batalla. Moviéndose con su acostumbrada celeridad viajó a Trujillo, de donde descendió la cordillera andina por Boconó y Barinas; fue a Achaguas y Payarra, a orillas del Apure; retornó a Barinas y Boconó, y pasó luego a Guanare y Ospino; y por todas partes iba organizando fuerzas, despachando órdenes a todos los rincones de Venezuela donde había guarniciones militares; órdenes que llevaban mensajeros a caballo o en bongos que se deslizaban por los ríos. De acuerdo con ellas, todas las fuerzas disponibles debían ir saliendo de los puntos más lejanos para concentrarse en las cercanías de San Carlos y Valencia. El Libertador estaba seguro de que De la Torre tenía que reunir también sus tropas en esa región. El 13 de junio escribió a Santander: "Los enemigos están reducidos a Carabobo". Y en la misma carta aseguraba: "Espere en la batalla de Carabobo que vamos a dar".

Efectivamente, hostilizado por las fuerzas que salían de todos los lugares de la periferia del país donde había tropas libertadoras, De la Torre se vio obligado a meterse a Valencia. Pero si se quedaba en la ciudad sería sitiado de manera irremediable, y en consecuencia quedaría aniquilado allí mismo; luego estaba obligado a presentar batalla en el único lugar donde sus tropas podían maniobrar, es decir, en Carabobo. Bolívar se había establecido en San Carlos y esperaba impaciente que De la Torre cayera en la trampa que le había tendido.

Bolívar había combatido y vencido a un ejército realista en Carabobo hacía siete años, en mayo de 1814, y por tanto conocía bien el terreno. El día 20 de junio, movió su cuartel general de San Carlos a Tinaco; el día 23, con De la Torre acampado ya en Carabobo, pasó re-

vista al ejército reunido en Tinaquillo. Sus fuerzas estaban compuestas por tres divisiones con un total de 6,500 hombres; una división al mando de Páez, otra al de Cedeño, la tercera al de Plaza. En la división de Páez se hallaba la Legión Británica y el célebre batallón Bravos de Apure.

La batalla comenzó a primera hora del día 24 de junio. El primero en atacar fue Páez. Sus llaneros fueron rechazados por la caballería de De la Torre, pero la Legión Británica, al frente de la cual estaba su jefe, el coronel John Farriar, resistió el fuego de la artillería española, y esa resistencia permitió que Páez reorganizara sus fuerzas antes de que los realistas pudieran descomponer las líneas colombianas. Páez volvió al ataque con los Bravos de Apure; Plaza se unió a Páez en una carga contra los batallones Valençay y Barbastro, y una bala le cortó la vida. Cedeño fue el último en entrar en acción, y no tardó en caer de su caballo, mortalmente herido. La batalla estaba llegando a un punto crítico para Bolívar, pero la caballería de Páez acometió de frente, en una carga fulminante; cortó en varias secciones a los batallones realistas; los envolvió y los confundió de tal manera que en menos de una hora aquellas fuerzas estaban prácticamente destruidas. En el campo había 1,000 realistas muertos o heridos, 1,700 se dieron prisioneros, lo que quedaba del batallón Valençay se retiraba y el resto del ejército huía en pequeños grupos.

Después del golpe de Carabobo el poder militar realista quedaría prácticamente deshecho en Colombia, por lo menos como fuerza capaz de representar un peligro mortal para el país. La Torre fue a refugiarse en Puerto Cabello, que sería el último punto de la costa colombiana del Caribe en que habría resistencia española, y como veremos dentro de poco, sería también el último punto español en toda la tierra firme del Caribe, pues al caer Puerto Cabello en manos de Páez, el 10 de noviembre de 1823, España retendría su autoridad sólo en dos lugares de la región, Cuba y Puerto Rico.

Colombia había nacido en Angostura año y medio antes de la batalla de Carabobo, pero su vida quedó asegurada en esa batalla. Todavía habría resistencia en algunos puntos, como en Maracaibo, Coro, Río Hacha, Santa Marta, Cumaná, y sobre todo en el extremo sur, en Pasto, cuya población era fanáticamente realista, pero se trataba de ese tipo

de resistencia que podemos llamar desesperada, una resistencia hecha por pasión, por orgullo de mantener la lucha hasta el último momento, no para triunfar. Después de Carabobo, España no trataría de recuperar su poder en el Caribe.

La misma noche de la victoria de Carabobo se ganó en Cartagena un combate muy importante. En realidad, Cartagena era el único sitio fortificado que tenían los realistas en la costa colombiana, y por allí podría entrar a Colombia un refuerzo español. Por eso era de mucho valor que Cartagena cayera en manos colombianas, y de no ser eso posible, por lo menos que no le fuera útil al enemigo.

En la noche del 24 de junio el general Mariano Montilla, jefe de las fuerzas sitiadoras, ordenó un ataque doble que debían ejecutar simultáneamente el general José Padilla y el coronel sueco Frederick Aldercreutz. Padilla lanzaría sus buques contra el arsenal tan pronto se retirara la patrulla española, cosa que sucedía todas las noches a las nueve, y Aldercreutz lo haría con su infantería. Sorprendidos por la acometida de Aldercreutz los realistas descuidaron el frente naval, de manera que Padilla avanzó sin oposición, apresó once embarcaciones y entró a la bahía. A partir de ese momento, como había sucedido en el sitio de Morillo, la caída de Cartagena sería cuestión de días más o días menos, a pesar de lo cual los defensores iban a resistir más de tres meses; que para eso eran españoles, y por tanto altivos y resueltos.

A todo esto la revolución de independencia crecía en la totalidad de los territorios americanos de España. En México, la larga lucha iniciada en 1810 por el cura Hidalgo, proseguida después por el padre Morelos, estaba a punto de terminar con el triunfo de las fuerzas que se habían asociado para poner en ejecución el llamado Plan de Iguala. Los acontecimientos de México provocaban mucha agitación en el reino de Guatemala, donde los grandes terratenientes y la alta jerarquía católica se habían dividido en dos grupos, uno partidario de la independencia del país y otro partidario de esperar a ver qué pasaba. El primer grupo estaba encabezado por el doctor Pedro Molina, el canónigo José María Castilla, don Manuel Montúfar y don J. Francisco Barrundia, y publicaba un periódico llamado *El Editor Constitucional;* el segundo grupo, dirigido por don José Cecilio del Valle, publicaba *El Amigo de la Patria.* La agitación se mantenía, pues, en el terreno de la

propaganda, y así se habría mantenido quién sabe cuánto tiempo si no hubiera sucedido que la victoria de don Agustín Iturbide en México provocó un movimiento en la intendencia de Chiapas, que pertenecía al reino de Guatemala. El 5 de septiembre llegó a la ciudad de Guatemala la noticia de que Chiapas se había adherido al Plan de Iguala y se había declarado anexada a México. Hay que ver en cualquier mapa del Caribe el tamaño de Chiapas y la posición que ocupa para comprender qué clase de conmoción debió producir en Guatemala esa noticia.

De golpe y porrazo casi la mitad del país se unía a México, lo que quería decir que las fuerzas guatemaltecas dispuestas a romper con España eran más grandes de lo que parecían y si no se actuaba con rapidez el reino podía acabar desintegrándose.

El capitán general, don Gabino Gaínza, convocó inmediatamente a una reunión de personas notables de la capital, que debía celebrarse el 15 de septiembre en el palacio de Gobierno. La situación se presentaba muy parecida a la que había conocido Caracas en abril de 1810, sólo que en el caso guatemalteco el capitán general se adelantó a los criollos. La reunión duró varias horas, mientras el pueblo, agitado por los partidarios de la independencia, se reunía en las calles y en las plazas, y prorrumpía en gritos pidiendo la separación de España. A medianoche se llegó a un acuerdo de una timidez sorprendente, lo que da idea del poder que tenían los que no querían la independencia: ésta se declararía, pero sólo sería legítima cuando la aprobara un Congreso de las provincias; todos los funcionarios públicos seguirían en sus cargos y el capitán general Gaínza pasaría a ser el jefe político del país; la noticia del acuerdo sería dada por el propio don Gabino Gaínza "para prevenir las consecuencias que serían temibles en el caso de que la (independencia) fuese proclamada de hecho por el mismo pueblo"; por último, se establecía que se conservaba "la religión católica como única del Estado", lo que era una repetición del tercero de los puntos del plan de Iguala, con el cual había triunfado Iturbide en México.

Quince días después de esa tibia declaración de independencia de Guatemala se rendía Cartagena ante el general Montilla, y antes de cumplirse dos meses de la rendición de Cartagena, don José Fábrega, gobernador español de las provincias de Panamá y Veraguas, que era panameño, declaró la independencia de esas dos provincias en

forma parecida a como lo habían hecho las autoridades y las personas importantes de Guatemala, pero además Panamá y Veraguas quedaban incorporadas a la República de Colombia.

Eso sucedió el 28 de noviembre. Tres días después iba a suceder algo muy parecido a más de 2,000 kilómetros de distancia de Panamá. En la parte española de la isla de Santo Domingo, precisamente por donde había comenzado el imperio americano de España, el licenciado José Núñez de Cáceres que, como sucedía con el gobernador Fábrega, era alto funcionario del gobierno español, pero había nacido y había vivido toda su vida en el país, reunió a unos cuantos señores notables y a oficiales de las milicias, y entre todos acordaron declarar que Santo Domingo se independizaba de España, que se proclamaba Estado con el nombre de Haity Español y que inmediatamente quedaba incorporado a Colombia, cuya bandera se enastó en los edificios públicos el 1 de diciembre.

Así, pues, el día 2 de diciembre de 1821 sólo quedaban como parte de la frontera española del Caribe, Cuba, Puerto Rico y algunos puntos aislados de la costa de Colombia. Siete años antes, cuando la independencia parecía irremediablemente perdida en Venezuela y en Nueva Granada, eso parecía un sueño de locos. Por tal razón este capítulo comenzó diciendo: “Hemos llegado a un momento de la historia del Caribe que está lleno de lecciones para todos los pueblos del mundo”.

Capítulo XXI

1821-1851. Los años de reajuste

En los movimientos de independencia de Venezuela y Nueva Granada participaron grandes núcleos del pueblo, más en el primero que en el segundo, debido a que en aquél se injertó una guerra social que de manera directa o indirecta afectó a todo el mundo, pero en los de la América Central y Santo Domingo no sucedió nada parecido. En éstos actuaron sólo las minorías latifundistas y un grupo compuesto por funcionarios civiles y religiosos, profesionales y algún que otro comerciante.

Ahora bien, ni los latifundistas ni el sector de funcionarios, profesionales y comerciantes tenían arraigo en el pueblo, al que las minorías dominantes ignoraban. En la noche del 15 de septiembre el sector de los profesionales de Guatemala reunió a las gentes de los barrios y las llevó frente al palacio de Gobierno para usarlas como instrumento de presión, igual que habían hecho el 19 de abril de 1810 los jóvenes mantuanos de Caracas, pero en ningún momento pensaron que esas gentes tenían derecho a participar en el gobierno que ellos esperaban crear y controlar. Su plan era que el pueblo hiciera el papel de comparsa, no de actor. En el caso de Santo Domingo ni siquiera se llegó a eso, pues la independencia fue declarada por un pequeño número de terratenientes esclavistas y funcionarios, y el pueblo se enteró de ello después.

Lo que había ocurrido en Panamá y Veraguas se explicaba porque las dos provincias habían sido parte del virreinato de Santa Fe o Nueva Granada, y lógicamente allí tuvieron efecto inmediato las luchas de Nueva Granada por la independencia. Por razones históricas y políticas, Panamá y Veraguas debían inclinarse a permanecer unidas a Co-

lombia. Pero en el caso de Guatemala y Santo Domingo influyeron otros factores. La verdad es que para 1821 esos territorios apenas tenían nexos económicos y militares con España, y dada la situación de descomposición general que había en España, esos nexos no iban a restablecerse en un porvenir inmediato. Por otro lado, la guerra había sido larga y costosa en México, Nueva Granada y Venezuela, y a España no podía quedarle ánimo de emprender otra para reconquistar unos territorios tan pobres como eran Santo Domingo y Guatemala. En cierto sentido, pues, la independencia de estos territorios fue resultado de la sangrienta lucha llevada a cabo por los pueblos de Venezuela, Nueva Granada y México, y por esa razón los guatemaltecos y los dominicanos pudieron declararse libres sin tener que disparar un tiro. La consecuencia natural de todo lo dicho fue que a la hora de hacerse libres, Guatemala gravitara hacia México y Santo Domingo hacia Colombia. Véase el mapa del Caribe y se comprenderá que las leyes de la geopolítica determinaban que eso sucediera así.

Para tener una idea más clara de la natural inclinación de Guatemala hacia México es necesario conocer, aunque sea brevemente, lo que había pasado en México. Este país acabó conquistando su independencia cuando triunfó el llamado Plan de Iguala, al frente del cual figuraba el general Agustín de Iturbide. El Plan de Iguala se resumía en pocos puntos: México sería independiente de España; españoles y mexicanos seguirían unidos; la religión del Estado sería la católica; el país sería una monarquía constitucional; la corona le sería ofrecida a Fernando VII.

Como se advierte, el programa de Agustín de Iturbide era el de los sectores que hoy llamaríamos de derecha. Como sucedió en todos los territorios españoles del Caribe, en México también la independencia había sido alcanzada por los grupos más conservadores. Resultaba lógico que el programa de Agustín de Iturbide fuera compartido por la oligarquía de Guatemala. El mantenimiento de la monarquía, el de la religión católica como credo del Estado, la unión de españoles y criollos, la oferta de la corona a Fernando VII: todo eso era lo que querían los terratenientes guatemaltecos, pues con tales medidas el país se independizaba de España, pero no se producía ningún cambio en el orden social. Independencia con la oligarquía en el gobierno era su

consigna, y si eso se había logrado en México, ¿por qué no unirse a México? La unión se produjo sin el menor tropiezo. La llevó a cabo el sector oligárquico –el del periódico *El Amigo de la Patria*– bajo la jefatura de don Gabino Gaínza, que seguía siendo el jefe político del país, y se realizó el 5 de enero de 1822, en una reunión similar a la del 15 de septiembre de 1821, en la que se proclamó la separación de España. Tan pronto llegó a México la notificación de la anexión, De Iturbide despachó hacia Guatemala un ejército bajo el mando del general Vicente Filísola, que fue recibido en la capital del reino con aclamaciones, pero tuvo que marchar inmediatamente hacia El Salvador, donde la anexión a México estaba siendo rechazada.

El caso de El Salvador era excepcional dentro del reino de Guatemala. Los salvadoreños habían comenzado a luchar por la independencia en 1811, y aunque también allí esa lucha había sido iniciada por los círculos privilegiados, éstos habían sido perseguidos por las autoridades españolas, lo que los obligó a buscar apoyo en los sectores populares, especialmente entre los artesanos; y fue la participación de esos sectores populares lo que le dio carácter al levantamiento del 24 de enero de 1814. Así, pues, la idea de la independencia había logrado bastante arraigo entre la gente del pueblo de El Salvador, de manera que allí la anexión a México no podía tener la acogida que tuvo en Guatemala y la presencia de las tropas mexicanas del general Filísola no podía ser recibida con simpatía. La situación que se produjo en El Salvador obligó a Filísola a marchar inmediatamente hacia aquella provincia, donde iba a ser recibido con hostilidad y donde tendría que luchar durante un año.

También en Costa Rica se presentaba una situación peculiar, no de hostilidad a la anexión, sino de indiferencia absoluta. Costa Rica estaba muy alejada de la ciudad de Guatemala, donde se hallaba el centro del poder de la oligarquía guatemalteca. La provincia costarricense tenía muy poca población y la mayor parte de ella estaba compuesta por pequeños propietarios que producían lo indispensable para vivir. Cuando el reino de Guatemala se declaró independiente de España los costarricenses organizaron un gobierno de pequeños propietarios, que seguía al frente de la provincia al producirse la anexión a México. Ahora bien, como en Costa Rica no hubo revueltas contra la anexión,

sino que simplemente se ignoró, Filísola no tuvo que mandar fuerzas allí; sin embargo, los partidarios nicaragüenses de la anexión lograron formar un pequeño grupo de costarricenses iturbidistas y ese grupo dio un golpe de Estado en favor de México, pero muy tardío, porque hacía ya diez días que el emperador De Iturbide había perdido el trono.

Santo Domingo, convertido desde el 1 de diciembre de 1821 en un protectorado de Colombia con el nombre de Haity español, iba a ser invadido por fuerzas haitianas poco más de dos meses después. El 9 de febrero (1822), Jean-Pierre Boyer, presidente de Haití, llegaba frente a la ciudad de Santo Domingo, capital del protectorado colombiano, con dos ejércitos que habían entrado al país siguiendo las rutas tradicionales de las invasiones haitianas; uno, bajo el mando del general Bonnet, había llegado por el norte; otro había entrado por el sur al mando del general Borgella. Los haitianos no hallaron la menor resistencia, lo que se explica porque el pueblo no había tenido la menor participación en la declaración de independencia hecha por Núñez de Cáceres y sus amigos. Un grupo de franceses envió un mensaje a Martinica pidiendo ayuda para evitar que Haity español cayera en manos de Boyer, y de Martinica se despachó un escuadrón naval que se presentó en Samaná, pero Boyer amenazó con dar muerte a todos los franceses y a todos los blancos del país, y los buques franceses volvieron a su base martiniqueña.

Boyer recibió las llaves de la ciudad de Santo Domingo el mismo día 9 de febrero, de manos de Núñez de Cáceres, y todavía a esa fecha Bolívar no se había enterado de que la antigua parte española de la isla de Santo Domingo se había hecho independiente y se había puesto bajo el protectorado de Colombia. Cuando vino a saberlo ya gobernaban allí los haitianos.

¿Cómo se explica que los haitianos ocuparan la parte del este de la isla? Los dominicanos atribuyen la ocupación al odio de los haitianos por los blancos que había en el otro lado de la frontera; y, efectivamente, allí había algunos blancos, pero había más negros y mulatos que blancos. La causa de la ocupación fue de tipo social y político, no sentimental. El general Jean-Pierre Boyer había sido jefe del cuerpo de ayudantes militares del presidente Pétion y, cuando éste murió –en el mes de marzo de 1818–, fue elegido para sucederle en el cargo. Año y medio después Henri I, el rey de Haití del Norte, se vio acosado por

una rebelión que estalló a raíz de un ataque de parálisis que tumbó al monarca de su caballo. Christophe, que se vio impotente para aplastar la rebelión, se dio un tiro en la cabeza. El rey llevaba siempre una pistola cargada con balas de plata, que reservaba para el caso de que tuviera que quitarse la vida, tal como sucedió. A la muerte de Henri I su reino cayó en el caos y el presidente Boyer avanzó desde el sur, dominó la situación de desorden general y agregó a la república el territorio de la monarquía, con lo que Haití recobró la unidad que había tenido bajo Toussaint y Dessalines.

Boyer tuvo un gran éxito político al restablecer la unidad haitiana, pero al mismo tiempo se halló frente a un problema político difícil, pues la república de Pétion y la monarquía de Henri I estaban organizadas sobre esquemas económico-sociales diferentes: Pétion había hecho una reforma agraria a base de repartir las tierras de la república en pequeñas parcelas familiares y Henri I había mantenido el sistema de los latifundios louverturianos, administrados por sus favoritos, a quienes había hecho duques, marqueses y condes. Boyer no era partidario de la reforma agraria de Pétion, pero no podía quitarles sus tierras a los pequeños propietarios de la república a menos que se expusiera a un levantamiento general y, por otra parte, el ejército de Henri I estaba compuesto de campesinos sin tierras y Boyer sólo podía estar seguro de su lealtad si les repartía las tierras del norte. En esa situación, ¿qué podía hacer Boyer, o qué debía hacer? La solución estaba en invadir la parte oriental de la isla, donde sobraban tierras sin uso y hasta sin propietarios. Así, Boyer comenzó desde 1819 a preparar la incorporación de esa parte de la isla a Haití. Al declarar la independencia de Santo Domingo, Núñez de Cáceres y sus amigos le ofrecieron a Boyer una oportunidad que le llegaba como caída del cielo. Boyer la aprovechó, metió sus ejércitos en el recién nacido Haity español y estableció allí el poder haitiano. Esa situación iba a durar 22 años.

En ese momento, Bolívar estaba viajando hacia el sur de Colombia y se había detenido en Popayán para organizar la toma de Pasto, una ciudad que se hallaba en manos realistas. Las fuerzas de Pasto quedaron derrotadas en la batalla de Bomboná, que les dio Bolívar el 7 de abril (1822), pero la victoria se obtuvo a costa de tantas bajas que el vencedor no pudo entrar a Pasto y estaba en sus cercanías esperando

que la guarnición de Pasto se rindiera cuando el general De Iturbide fue proclamado emperador de México el 22 de mayo y cuando el general Sucre ganó, el 24 del mismo mes, la batalla de Pichincha. El día 29 Ecuador se declaró parte de Colombia v el 16 de junio entraba el Libertador a Quito.

Como puede ver el lector, Colombia y México se extendían al mismo tiempo hacia el sur y además el imperio mexicano y la república colombiana habían llegado a tener una frontera común, la misma –con ligeras diferencias– que hay actualmente entre Costa Rica y Panamá. México era entonces un país enorme, pues no había perdido aún lo que son hoy los Estados de California, Arizona, Nuevo México y Tejas, que iban a caer en manos de Estados Unidos en los próximos 25 años, y a sus antiguos límites había que añadir en 1822 el reino de Guatemala. Por su parte, Colombia era también un país inmenso, de más de 2'500,000 de kilómetros cuadrados, que iba desde la frontera sur de Costa Rica hasta la frontera norte del Perú por el lado del Pacífico, y hasta la Guayana inglesa por el lado del Caribe. Toda la tierra firme del Caribe estuvo, pues, repartida entre esos dos países gigantescos, con la excepción de dos puntos, Belice y la Mosquitia, sobre los cuales tenía Inglaterra autoridad *de facto*, pero no legal. Veinte años antes nadie hubiera soñado que en el Caribe iban a producirse cambios tan portentosos. La vieja frontera imperial había quedado reducida a los territorios de las islas, pero de éstas había una, la antigua Española, que se había convertido en la República de Haití, de manera que también en las islas se había roto la frontera imperial.

Había algunos puntos de Colombia donde se hallaban todavía fuerzas españolas, pero eran pequeños; por ejemplo, Puerto Cabello, lugar en que se habían reunido los soldados de De la Torre después de la batalla de Carabobo; Coro, situada al poniente de Puerto Cabello; Maracaibo, que había sido reconquistada desde Puerto Cabello. Esos puntos estaban bajo la autoridad de Morales, que había pasado a sustituir a De la Torre cuando éste salió de Venezuela. En noviembre de 1822, Morales atacó por sorpresa en Santa Marta y la tomó, pero Montilla se la arrebató en enero de 1823 y al mismo tiempo Soublette tomó Coro, de manera que al comenzar ese año Morales quedaba reducido a Maracaibo y Puerto Cabello.

La verdad era que en Colombia causaba poca inquietud la presencia de tropas españolas en Puerto Cabello y en Maracaibo. España se encontraba en una situación demasiado inestable y difícil para que pudiera actuar en el Caribe. Durante la mayor parte de 1821 hubo guerrillas operando en Cataluña, Galicia, Castilla, y en 1822 el país había llegado a un estado de desorden general que había convertido en una sombra de poder político al que hasta 1808 había sido un imperio mundial. El desorden llegó a tal punto que en el mes de julio Fernando VII y su guardia personal se habían sublevado contra el gobierno y habían convertido el palacio real en una pequeña plaza insurgente. El gobierno tuvo que actuar con mucha diligencia para evitar que Madrid pasara a ser el centro de una guerra civil entre partidarios de la monarquía absoluta, encabezados por el rey, y partidarios de la Constitución de 1812. Por cierto, en esa ocasión el jefe militar de las fuerzas ministeriales fue el mariscal Morillo, que había sido nombrado poco antes capitán general de la región militar de Madrid. En el mes de octubre la situación había llegado a un grado tal de deterioro que se combatía en todo el país entre absolutistas y liberales, y la preocupación por la suerte de España era tan grande en los círculos de derechas de Europa, que Francia se dedicó a preparar un ejército, el de los llamados los Cien mil Hijos de San Luis, cuyo destino era entrar a España para asegurar el orden y apoyar a Fernando VII, cosa que tuvo lugar al comenzar el mes de abril de 1823.

El 19 de marzo, unos días antes de que los Cien mil Hijos de San Luis llegaran a España, se produjo en México un levantamiento militar encabezado por el general Antonio López de Santa Anna. El resultado de ese levantamiento fue la caída del emperador De Iturbide y la consecuente paralización de las operaciones militares del general Filísola en El Salvador. En Costa Rica, donde los partidarios De Iturbide habían dado su golpe el 29 de marzo, la situación volvió a su estado anterior. Filísola retornó a Guatemala, donde encontró que los partidarios de la independencia del país habían ganado terreno, y decidió atender su propuesta de que se convocara a un congreso de las cinco provincias del reino para que ese congreso determinara qué debía hacerse.

El general Filísola convocó a las provincias, que mandaron sus representantes. Sólo Chiapas se negó a hacerlo. Chiapas se consideraba

ya territorio mexicano y no volvió al seno de Guatemala. El Congreso se reunió en la ciudad de Guatemala el 24 de junio (1823) y el día 1 de julio declaraba que "las provincias representadas en esta Asamblea son libres e indepen-dientes de la antigua España, de Méjico y de cualquiera otra potencia; y que no son ni deben ser patrimonio de persona ni de familia alguna". Todavía está por ver qué quería decir eso de "la antigua España". El reino de Guatemala pasó a llamarse Provincias Unidas de Centroamérica y se nombró un gobierno de tres miembros que encabezaría el nuevo Estado provisionalmente, mientras se redactaba la constitución. Ese triunvirato estaba encabezado por el doctor Pedro Molina.

Al mismo tiempo que el Congreso de las provincias centroamericanas declaraba la independencia de esa región del Caribe, entraba al golfo de Coquibacoa una flotilla colombiana a la que mandaba el general José Padilla. El golfo de Coquibacoa se llama hoy de Venezuela; está situado entre la península de Paraguaná al levante y la de la Guajira al poniente y por su parte sur se halla el canal de acceso al lago de Maracaibo. Allí, en Coquibacoa, estaba la fuerza naval española de Venezuela protegiendo a las tropas de Morales que se encontraban en Maracaibo. Padilla dominó la flotilla española, cuyo jefe era Laborde, y el general Mariano Montilla tomó Maracaibo, de donde Morales se retiró al castillo de San Carlos, que se levantaba en una punta en la orilla izquierda, a la salida del lago de Maracaibo. El 24 de agosto, exactamente un mes después de haber abandonado Maracaibo, Morales se rendía a Montilla. La capitulación les acordó a los vencidos salida libre hacia Santiago de Cuba, y fue así como llegó a aquella isla el segundo de Morales en Maracaibo, el entonces coronel Narciso López, aquel a quien Páez había sorprendido con el "¡Vuelvan caras!" de Queseras del Medio en abril de 1819. En cuanto a Morales, se iba dejando atrás una tierra en la que había hecho una carrera militar que le había llevado en once años a ser segundo y sucesor de Boves, aquel guerrero impasible y extraordinario, y jefe superior de las fuerzas militares del rey en la hora de su liquidación en el Caribe.

Al caer Maracaibo en manos colombianas, en todo el litoral del mar Caribe –desde el extremo norte de Yucatán hasta el golfo de Paria en el este– sólo quedó un punto donde había fuerzas realistas, y era Puerto

Cabello, precisamente aquel Puerto Cabello donde se había iniciado con un fracaso lamentable la vida militar de Simón Bolívar. Esas fuerzas realistas, a cuyo frente se hallaban Calzada y Correa, iba a seguir allí hasta principios de noviembre, cuando Páez asaltó y tomó el castillo en una acción audaz, propia del hombre que había asaltado cañoneras del río con lanceros de a caballo.

El Congreso de Guatemala, que pasó a convertirse en Asamblea Constituyente, siguió reunido lo que le faltaba del año 1823 y casi todo el año 1824, hasta el 22 de noviembre, cuando quedó terminada la Constitución del nuevo Estado. El país pasó a llamarse República Federal Centroamericana y estaría organizado en tres poderes independientes: el ejecutivo, el legislativo y el judicial. La imitación de Estados Unidos era evidente, pero a diferencia de Estados Unidos la República Federal Centroamericana estaría formada por cinco estados –las antiguas cinco provincias– que tendrían a su vez poderes ejecutivos, legislativos y judiciales completamente autónomos dentro de sus límites territoriales. En realidad, el país se convirtió en una asociación de cinco países, y cada uno de éstos estaba gobernado por su propia oligarquía, si bien en el caso de Costa Rica el gobierno se hallaba en manos de los pequeños propietarios.

Las luchas de las oligarquías provinciales para mantenerse en el poder y la de todos contra la oligarquía de Guatemala, que era la más fuerte, condenaban a la Federación a una muerte a plazo corto. Por de pronto, sin embargo, se eligió un Congreso Federal, con asiento en la ciudad de Guatemala –donde residiría el gobierno nacional–, que eligió presidente de la Federación a don Manuel Arce, y la Constitución fue jurada en los cinco estados el 15 de abril de 1825. Los congresos de los estados eligieron gobiernos presididos, en Costa Rica, por don Juan Mora Fernández; en Nicaragua, por don Manuel Antonio de la Cerda; en Honduras, por don Dionisio Herrera; en El Salvador, por don Juan Vicente Villacorta, y en Guatemala, por don Juan Barrundia, Con la excepción del presidente de Costa Rica, todos eran miembros de los grupos de terratenientes oligarcas.

Como se ve, la República Federal Centroamericana nació dividida, pero antes que ella iba a quedar dividida Colombia, que comenzó a desmembrarse en noviembre de 1829, cuando Venezuela manifestó

que no deseaba seguir unida a la República. Ecuador se separó en mayo de 1830 y Venezuela se declaró independiente en el mes de septiembre e inmediatamente eligió su gobierno, encabezado por el general Páez. Bolívar murió en Santa Marta, consumido por la tuberculosis, el 17 de diciembre. Apenas sobrevivió unos meses a la enorme República que había creado. Le tocó morir en la casa de un español, y pobre, él, que había nacido millonario; en cambio la mayoría de sus tenientes, de Páez para abajo, que habían entrado a la guerra social o a la de independencia pobres, iban a morir convertidos en grandes terratenientes, pues si su papel en la vida pública fue luchar por la independencia, su plan en la vida privada fue suplantar a los grandes latifundistas que habían sido degollados en la guerra social. A la oligarquía de los mantuanos sucedió, pues, la oligarquía de los libertadores.

Para 1830, sólo Francia –en el caso de Haití– y España –en el caso de Santo Domingo y todas sus dependencias de tierra firme– habían perdido territorios en el Caribe. Holanda, Dinamarca, Suecia, seguían en posesión pacífica de sus pequeñas islas. En cuanto a Inglaterra, conservaba todas sus posesiones, pero algunas de éstas se hallaban agitadas.

¿Cuál era la causa de esa agitación? ¿Es que las dependencias inglesas del Caribe aspiraban también a declararse libres?

Las causas estaban en las contradicciones provocadas por la revolución industrial en el seno de los sectores dominantes de Inglaterra. Esa revolución se encontraba en una etapa de desarrollo que producía cambios profundos en las relaciones de producción del país y de sus dependencias. Inglaterra estaba fabricando maquinarias y una máquina podía producir tanto como el trabajo de muchos esclavos; así, el que adquiría una máquina no necesitaba esclavos, pero al mismo tiempo, el que tenía esclavos se negaba a comprar maquinarias. Ahora bien, la fabricación de maquinarias proporcionaba beneficios muy altos, y todos los que invertían en ese negocio necesitaban eliminar competencia o, lo que es lo mismo, tenían que eliminar la esclavitud, y como la esclavitud era un régimen brutal, los partidarios de su abolición hallaron inmediatamente un eco favorable en grandes núcleos de la población inglesa y de otros países. Sucedía al mismo tiempo que la Revolución industrial hizo posible la fabricación de tejidos baratos, vistosos

y en cantidades enormes, y los fabricantes y los comerciantes de tejidos se daban cuenta de que al quedar convertidos en hombres libres, los esclavos de las colonias inglesas pasarían a consumir más tejidos de manera que los que fabricaban telas y los que las vendían debían convertirse necesariamente en partidarios de la abolición de la esclavitud. Así, el gobierno inglés se vio sometido a una presión fuerte para que aboliera la esclavitud en sus territorios del Caribe; el gobierno respondía a esa presión tomando medidas para que los esclavistas del Caribe suavizaran el trato que les daban a sus esclavos, y de vez en cuando amenazaba con declarar la libertad de los negros, a lo que los amos contestaban amenazando con la declaración de la independencia. Como era lógico, los esclavos se enteraban de la situación conflictiva que había entre sus amos y el gobierno de Londres, y se sentían estimulados a luchar por su libertad.

Ese estado de cosas tenía que hacer crisis, y la hizo en Jamaica al terminar el mes de diciembre de 1831. El día 25 se declararon en rebelión unos 50,000 esclavos de la región de Trelawney y Saint James. El caudillo del movimiento era un esclavo llamado Samuel Sharpe. Los rebeldes mataron a tres blancos y comenzaron a quemar y destruir propiedades. El gobierno de la isla despachó inmediatamente para la zona rebelde unas cuantas compañías de milicias negras, pero después de algunos encuentros esas milicias tuvieron que retirarse a Montego Bay y las autoridades las suplieron en el acto con tropas blancas. Los combates entre éstas y los esclavos sublevados produjeron unos 400 muertos en las filas de los esclavos; la mayoría de los restantes comenzaron a rendirse y al fin Samuel Sharpe y los demás jefes de la revuelta cayeron presos. Sharpe y 100 más fueron ejecutados; varios centenares fueron condenados a la pena del látigo.

Pero la muerte de los líderes de la rebelión no significó el final del estado de agitación que se había desatado en Jamaica, pues una vez terminada la lucha contra los esclavos comenzó la de los blancos entre los que eran partidarios de la abolición y los que pretendían que se mantuviera la esclavitud. La revuelta de los esclavos asustó a los esclavistas a tal punto que necesitaban buscar cabezas de turcos en quienes descargar su indignación, y esas cabezas de turcos fueron algunas sectas religiosas a las que se acusó de que habían predicado la rebelión

bajo la consigna de que tener esclavos era un pecado porque ningún hombre podía pertenecer a dos amos, uno espiritual y otro temporal. Unos cuantos pastores baptistas fueron atropellados en sus casas y en las calles, y otros fueron hechos presos. De buenas a primeras los partidarios de la esclavitud formaron una llamada Unión de la Iglesia Colonial, que se dedicó a destruir capillas de las sectas baptista y wesleyana. Veinte de ellas fueron destrozadas, que cuando se pone en peligro el bolsillo de las gentes, aunque se trate de ingleses flemáticos, ni las propias moradas de Dios escapan. Ahora bien, esas actividades destructoras de los dueños de esclavos de Jamaica no conducirían a nada, pues como los fabricantes ingleses de maquinarias y de tejidos cuidaban sus intereses con tanto denuedo como los esclavistas del Caribe, lograron que el Parlamento declarara abolida la esclavitud mediante una ley que firmó William IV el 29 de agosto de 1833, para ser efectiva el 1 de agosto de 1834. Para compensar a los amos, el gobierno inglés pagó más de 80'000,000 de dólares por la libertad de unos 660,000 esclavos que había en sus territorios del Caribe.

Mientras tanto, cada vez se hacía más difícil mantener la unidad de la República Federal de Centroamérica. Los estudiosos de los problemas del Caribe –y de toda la América española– alegan que Centroamérica se dividió a causa del tipo de Constitución que se elaboró en el Congreso de 1823-1824 y agregan que los americanos de origen español llevan la división en los huesos. En realidad, si la conducta y la cultura se heredaran con la sangre, ningún pueblo habría pasado del nivel de las cuevas. Centroamérica, como todas las dependencias continentales de España en América, fue una unidad durante más de tres siglos, de manera que si hubo razones para la división no están precisamente en la herencia española. El caso tiene que ser visto desde otro ángulo. La Constitución de la República Federal de Centroamérica fue elaborada por grupos minoritarios y oligárquicos que quisieron mantener libertad de acción para manejar cada uno su territorio propio a su antojo. Al producirse la crisis que condujo a la separación de España, esas minorías terratenientes y esclavistas –con la excepción de Costa Rica, donde no había esclavos ni indígenas ni negros– tenían un miedo pavoroso a la revolución, a una revolución como la de Haití o la de Venezuela, que les arrebatara sus propiedades y sus posiciones

de mando en las pequeñas y conservadoras sociedades provinciales, y por miedo a la revolución cada una de ellas se atrincheró en el gobierno de su provincia. Ese miedo fue el que produjo la Constitución absurda de 1824 y la división definitiva que comenzó a manifestarse en 1838. En abril de ese año Nicaragua se declaró independiente de la República Federal; el 5 de noviembre lo hizo el gobierno de Honduras; el 11 del mismo mes lo hizo el de Costa Rica; Guatemala vino a aceptar en 1839 la situación creada por Nicaragua, Honduras y Costa Rica, y El Salvador se dedicó a elaborar una constitución de país libre, que fue proclamada en 1841.

Para este último año, en el litoral de la tierra firme del Caribe había un territorio autónomo, que no se había declarado independiente, y seis repúblicas, situación bastante diferente a lo que había en 1823. El territorio autónomo era Yucatán, que se había separado de la federación mexicana en 1840, pero de manera condicional, sin romper definitivamente los vínculos con los demás estados de México; las repúblicas eran Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Colombia –que se llamaba entonces Nueva Granada– y Venezuela. El Salvador, que había estado integrado políticamente hasta entonces al Caribe debido a su condición de provincia del reino de Guatemala y de Estado de la República Federal de Centroamérica, pasó a ser un país del Pacífico cuando se declaró independiente. La situación en las islas seguía igual que en 1823. Haití, que ocupaba la totalidad de la antigua Española, era el único país libre.

Ahora bien, desde Belice, los ingleses extendían su autoridad, de una manera bastante extraña, a toda la costa caribe de Honduras y Nicaragua a través de la más absurda creación política que han conocido los siglos: el llamado reino de Mosquitia. ¿Qué era la Mosquitia, dónde estaban sus límites, cuál era su capital, qué leyes regían la vida de su pueblo y qué pueblo era ése?

Nadie podía responder esas preguntas. Inglaterra decía que la Mosquitia era un reino, que su majestad George Frederick había sido coronado solemnemente en la iglesia anglicana de Belice en febrero de 1816 y que la corona había sido heredada por su sucesor en abril de 1824. En la historia no escrita del mítico reino de Mosquitia no figura el nombre de ese sucesor, pero eso tiene poca importancia; lo

importante es que había un rey y que ese rey actuaba con el respaldo del superintendente de Belice, porque la Mosquitia era un protectorado británico y el representante de la Gran Bretaña ante el rey mosquito era el superintendente de Belice.

Pues bien, el 12 de agosto de 1841 el superintendente de Belice llegó al puerto nicaragüense de San Juan del Norte a bordo de la fragata inglesa *Tweed* acompañado por el rey de la Mosquitia y comunicó a las autoridades del puerto que ese lugar, así como toda la costa de Nicaragua en el Caribe, pertenecía al reino de Mosquitia y que su majestad llegaba a tomar posesión de él. Un mes más tarde, el 10 de septiembre, el cónsul de la Gran Bretaña en San Juan del Norte le hacía saber oficialmente al gobierno de Nicaragua que la Mosquitia era un protectorado británico, que los límites de la Mosquitia se extendían desde el cabo Honduras hasta las bocas del río San Juan o Desaguadero y que Inglaterra haría respetar los derechos de Mosquitia por todos los medios que tenía a su alcance.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué razones actuaba Inglaterra de esa manera? ¿Qué llevaba a la nación más poderosa del mundo a lanzar el peso de ese poderío sobre la pequeña y débil Nicaragua?

En aquel momento, quizá poca gente del Caribe se dio cuenta de lo que sucedía; pero hoy, al cabo de más de un siglo, puede verse con claridad lo que había en el fondo de ese movimiento. Lo que sucedía era que la Revolución industrial había transformado los conceptos económicos, y uno de ellos era el que se refería a los transportes. La construcción de buques de vapor abarataba enormemente la conducción de mercancías y de personas, puesto que cada buque podía transportar varias veces más toneladas que los de vela, pero esas ventajas quedaban anuladas cuando se trataba de pasar del Atlántico al Pacífico o viceversa, por la falta de un acceso de un mar al otro. Los vapores que viajaban del Atlántico al Pacífico tenían que pasar por el cabo de Buena Esperanza si iban hacia el este, o por el cabo de Hornos si iban hacia el oeste. Para resolver el problema era absolutamente necesario abrir un paso del Caribe al Pacífico, y en lo que se relacionaba con ese paso, sólo podía hacerse o por Panamá o por Nicaragua. En cuanto a Panamá, los norteamericanos habían tomado la delantera. En 1835 el presidente Andrew Jackson había enviado a Panamá al coronel Charles

Biddle, que solicitó del gobierno de Nueva Granada –Colombia– una concesión para hacer un canal, pero gobierno neogranadino no se la concedió a Biddle, sino a una sociedad de naturales del país, a los cuales acabó asociándose el coronel norteamericano. A ese intento de Estados Unidos por controlar el paso entre los dos mares iba a responder Inglaterra bloqueando la salida del Desaguadero al mar Caribe, y para eso ponía a funcionar el fantástico reino de Mosquitia, el reino sin capital, sin pueblo, sin fronteras y sin leyes, que surgía de buenas a primeras armado de los cañones ingleses como dueño y señor de la costa caribe de Nicaragua.

Gran Bretaña sabía lo que hacía, pues el Desaguadero, junto con el lago de Nicaragua, forma un canal natural que llega a muy corta distancia del Pacífico, y en esa época se trataba de un paso ya hecho, con grandes ventajas sobre el que podía hacerse en Panamá, dado que en esos tiempos no había medios mecánicos que permitieran abrir un canal por Panamá. Pocos años después del día en que se presentaron en San Juan del Norte el superintendente de Belice y su majestad el rey de la Mosquitia, ese canal natural que iba del puerto nicaragüense a la orilla occidental del lago de Nicaragua se convertiría en el centro de una tempestad política, como verá el lector en el próximo capítulo de este libro. Pero mientras llegaba la hora de esa tempestad, Inglaterra seguiría en las suyas; San Juan del Norte pasó a ser parte del fabuloso reino mosquito y fue rebautizado con el nombre de Greytown, y a fin de que nadie pusiera en duda la identificación que había entre la poderosa Gran Bretaña y la mítica Mosquitia, se diseñó una bandera mosquita que era una copia, con ligeras variantes, de la bandera inglesa.

Las actividades inglesas, sin embargo, no se ceñían a la costa de Nicaragua. La revolución de Haití había aniquilado la industria azucarera de aquel país, a tal punto que de una producción de más de 141'000,000 libras del dulce en 1789 se había bajado a menos de 19'000,000 en 1801, y a sólo 2'500,000 en 1820. La práctica desaparición de Haití como productor de azúcar determinó la dedicación de Cuba a la producción de ese artículo, y fue eso lo que llevó a Cuba a ser ya en 1840 el más grande productor mundial de azúcar. Ahora bien, Cuba amplió su industria azucarera en los años en que se desarrollaba la revolución industrial inglesa. Cuba tuvo ferrocarril en 1839, antes que España, y el

ferrocarril era fabricado entonces únicamente por Inglaterra. Si los vendedores ingleses de ferrocarriles lograban que éstos se usaran en llevar la caña cortada de los campos a los molinos de azúcar, miles de yuntas de bueyes quedarían sin trabajo, lo que a su vez significaría que los enormes potreros en que ellos pastaban tendrían que desaparecer y sus tierras podrían ser dedicadas a sembrar más caña; más caña debía traducirse en más azúcar, y para producir más azúcar había que tender más líneas férreas y ampliar las maquinarias productoras del dulce, que –como en el caso de los ferrocarriles– sólo Inglaterra fabricaba. Como se ve, las perspectivas del mercado cubano eran fantásticas para los productores ingleses de maquinaria.

Ahora bien, la mecanización de la producción de azúcar y del transporte de la caña en Cuba requería la desaparición de la esclavitud. El trabajo esclavo tenía que ser sustituido por el de las máquinas; sólo con esa sustitución podía Cuba ser el magnífico mercado que necesitaba Inglaterra. Pero además, la esclavitud tenía que desaparecer de Cuba por otra razón, porque al quedar abolida en las islas británicas del Caribe, al antiguo esclavo hubo que pagarle jornales, lo cual encareció la producción, y también se negó a trabajar bajo la rígida disciplina de antes de 1834, con lo cual su productividad pasó a ser más baja y por tanto el producto encareció más aún. En Cuba, donde se mantenía el régimen de la esclavitud, no sucedió eso, de manera que Cuba quedó automáticamente convertida en un competidor ventajoso de las islas británicas del Caribe. No por una, pues, sino por dos razones, Inglaterra tenía que hacer cuanto estuviera a su alcance para lograr la abolición de la esclavitud en Cuba.

Eso fue lo que condujo a Inglaterra a negociar con España el tratado de 1835 que debía poner fin a la trata de negros, un tratado que las autoridades españolas de Cuba violaban constantemente en complicidad con los dueños de ingenios de azúcar. Y a su vez esas violaciones provocaron que el gobierno inglés enviara a Cuba un funcionario que era un enérgico antiesclavista. El funcionario fue el cónsul David Turnbull, que tuvo que salir de la isla en junio de 1842.

Turnbull había llegado a La Habana en noviembre de 1840 y ya a mediados de 1841 se produjeron algunas rebeliones de esclavos, que se achacaron a gestiones suyas, y cuando se fue dejó funcionando un

plan cuyas primeras manifestaciones fueron varios levantamientos de esclavos en algunos ingenios de la provincia de Matanzas. Esas revueltas, aplastadas con mano de hierro, tuvieron lugar a fines de marzo y en noviembre de 1843, y al investigar sus causas quedó descubierto el plan de Turnbull. Se trataba nada más y nada menos que de una conspiración gigantesca, en la que había envueltas millares de personas, cuya finalidad era proclamar la independencia de la isla a base de una revolución iniciada y sostenida por los esclavos.

La conspiración, descubierta a principios de 1844, se conoce en la historia de Cuba con el nombre de La Escalera porque las confesiones de los complicados en ella se obtenían amarrándolos a una escalera para aplicarles la tortura del látigo. Varios centenares de esclavos murieron atados a la escalera y unos 80 fueron ejecutados, 400 fueron desterrados y unos 1,300 sufrieron pena de cárcel. En total se detuvo a más de 4,000 personas, de las cuales sólo unas 70 eran blancas y más de 2,000 eran negros libres. La víctima más conocida de la represión fue el poeta mulato Gabriel de la Concepción Valdés, que firmaba sus versos con el nombre de Plácido. Plácido fue acusado de ser el candidato de los conjurados a presidir la república que iba a establecerse, y cayó ante el pelotón de fusilamiento en la ciudad de Matanzas. Un detalle más aleccionador que varios tratados acerca de la extraña forma en que se produce la historia, es que el presidente de la llamada Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, a cuyo cargo estuvieron las investigaciones del proceso de la conspiración, iba a morir como Plácido, sólo siete años después, por luchar para hacer a Cuba independiente. Su nombre era Narciso López, el de Queseras del Medio y la capitulación de Maracaibo.

La conspiración de La Escalera fue hábil y profusamente usada para diseminar entre los cubanos el miedo a que en Cuba se repitiera la revolución de Haití, y eso ayudó a desviar la idea de la independencia que tenían algunos círculos azucareros hacia el propósito de anexar la isla a Estados Unidos. Mientras tanto, en ese Haití que se presentaba a los ojos de los cubanos como el ejemplo más espantoso de lo que podía sucederles a ellos, se había iniciado a fines de enero de 1843 un movimiento revolucionario para derrocar al viejo presidente Boyer. En ese movimiento participaron grupos de jóvenes de la antigua parte

española de la isla que desde el mes de julio de 1838 se habían organizado en una asociación secreta llamada La Trinitaria. El propósito de La Trinitaria era separar de Haití la vieja parte española y establecer en ella un nuevo Estado que se llamaría República Dominicana. El fundador de La Trinitaria era Juan Pablo Duarte, hijo de un comerciante mediano que vendía artículos de ferretería; sus dos compañeros en la dirección del movimiento se llamaban Francisco del Rosario Sánchez y Matías Ramón Mella. Un descendiente del último, el joven Julio Antonio Mella, iba a ser ampliamente conocido en América 80 años después como fundador del Partido Comunista de Cuba.

El general Charles Herard Ainé, que sustituyó en la presidencia del país a Boyer, tuvo noticias de lo que planeaban los trinitarios y expulsó a Duarte y a varios de sus compañeros; pero los restantes, bajo la dirección de Sánchez y Mella, encabezaron una sublevación en la noche del 27 de febrero de 1844, dominaron rápidamente la guarnición haitiana de la ciudad de Santo Domingo y proclamaron el establecimiento de la República Dominicana.

Al producirse la acción del 27 de febrero, los puntos importantes de la antigua parte española de Santo Domingo respaldaron lo que habían hecho los trinitarios, de manera que los sectores de hateros o latifundistas ganaderos tomaron parte en la movilización general que apoyó el nacimiento de la República; sin embargo, el gobierno haitiano creyó que el movimiento carecía de respaldo y lanzó tres ejércitos sobre el recién nacido Estado; dos entraron por el sur –y uno de esos dos estaba comandado por el presidente Herard Ainé– y el tercero entró por el norte, mandado por el general Pierrot.

Los ejércitos del sur fueron vencidos el 19 de marzo en Azua y el del norte fue derrotado el día 30 de ese mes en las afueras de Santiago de los Caballeros. Después de la batalla de Azua, las fuerzas dominicanas, que estaban compuestas por campesinos sin experiencia militar y a cuyo frente se encontraba un hatero importante llamado Pedro Santana, se retiraron a Baní, una villa situada entre Azua y Santo Domingo, donde tenían mejores posiciones para defenderse en caso de un contraataque haitiano, pero al mismo tiempo las tropas haitianas que habían sido derrotadas en Santiago de los Caballeros se retiraron hacia Cap-Haitién, nombre que se le había dado a la vieja Cap-Français de

los días coloniales, y al llegar a Cap-Haitién, el general Pierrot proclamó que los departamentos del Norte y de Artibonito quedaban separados de Haití; al mismo tiempo se organizó en Port-au-Prince un movimiento para reemplazar al presidente Herard Ainé con el antiguo duque de la Mermelada, el general Guerrier. Al llegarle la noticia de esos acontecimientos, el presidente Herard Ainé salió apresuradamente hacia Haití, pero antes de abandonar Azua le prendió fuego a la ciudad. A medida que Herard Ainé se retiraba hacia el oeste las bisoñas tropas dominicanas avanzaban en esa dirección, de manera que al terminar el mes de abril los dominicanos tenían el control virtual de todo el territorio de la antigua parte española de la isla, en cuyos límites quedó establecida la nueva república. Todavía habría que luchar contra los esfuerzos que harían los haitianos para reconquistar el territorio perdido, pero una verdadera ofensiva haitiana no se produciría sino cinco años después, en marzo de 1849.

La frontera imperial del Caribe había quedado rota en una gran extensión; sin embargo, esa frontera tenía muchos niveles y en ciertos lugares estaba oculta porque no se delineaba según los patrones normales. Por ejemplo, nadie sabía dónde estaban los límites de Mosquitia y, por otra parte, Mosquitia era una máscara de Inglaterra. Para los indios mayas de Yucatán, los blancos criollos eran españoles, y así los llamaban; de manera que en Yucatán, donde no había una frontera política entre criollos y mayas, había una frontera oculta que dividía a unos de otros en dos pueblos de razas, lenguas, sentimientos, niveles sociales y hábitos diferentes. En realidad, eran dos pueblos enemigos; uno –los criollos–, conquistador; otro –los mayas–, sometido, y no había prácticamente diferencia alguna en el trato que recibían los mayas de los conquistadores en 1550 y el que recibían de los criollos en 1847. Los mayas tenían razón cuando denominaban españoles a los criollos.

En el año de 1840, cuando los gobernantes de Yucatán –todos criollos– cortaron sus relaciones con México, se les ofrecieron a los mayas tierras de cultivo y la supresión del impuesto de un real mensual por cabeza que estaban pagando desde los tiempos de la conquista, a cambio de que se incorporaran como soldados para luchar contra los mexicanos. Los indios acudieron en masa a ayudar a los criollos y cuando pasó la hora de peligro no se les dieron tierras ni se les suprimió el

tributo. En 1843 el gobierno mexicano envió a Yucatán un ejército de 10,000 hombres para hacer retornar la península por la fuerza a la Unión mexicana; otra vez se les ofrecieron a los indios tierras y la supresión del impuesto, y otra vez se les engañó. En 1847 se produjo la invasión de México por tropas norteamericanas y la ocupación de la capital mexicana por las fuerzas del general Zacharias Taylor; aquella agresión provocó en Yucatán una lucha entre facciones de criollos, y esa lucha se convirtió rápidamente en el caldo de cultivo para una gran rebelión de los mayas, que comenzó con una matanza de indios hecha por los criollos en el pueblo de Tepich.

A menudo las mejores revelaciones de una situación social, económica y política se hallan leyendo documentos personales. Nada ofrece una idea más clara de la situación en que estaban los indios mayas de Yucatán que algunos de esos documentos. Por ejemplo, en una carta del 19 de febrero de 1848, algunos jefezuelos indígenas a quienes se les pedía que depusieran su rebeldía preguntaban por qué no se acordaron de ellos cuando el padre Herrera "puso la silla de su caballo a un pobre indio y montando sobre él empezó a azotarle lastimándole la barriga con sus acicates". Lo que querían decir con las últimas palabras era que el sacerdote le clavaba al indio las espuelas en el vientre. Entre las reclamaciones que hacían los mayas hay algunas tan conmovedoras como éstas: "que el derecho de bautismo sea el de tres reales, el de casamiento de diez reales", y pedían que ese arancel se les aplicara no sólo a ellos, sino también a "el español"; es decir, a los criollos. En cuanto a la misa, aceptaban que se les cobrara "según estamos acostumbrados a dar su estipendio, lo mismo que el de la salve y el responso". La simplicidad de esos rebeldes se hace angustiosa en los primeros párrafos de una carta escrita en Tihosuco, el 24 de febrero de 1848, por el jefe maya Jacinto Pat al sacerdote José Canuto Vela. El inocente Jacinto Pat comenzaba diciendo: "Mi venerado señor y padre sacerdote aquí sobre la tierra, primeramente Dios, porque aquí sabemos que ha descendido de su santo cielo para redimir a todo el mundo".

La matanza de Tepich provocó una rebelión que se convirtió rápidamente en una devastadora guerra social y ésta tenía al mismo tiempo dos aspectos: era una guerra de oprimidos contra opresores y de indios contra criollos. Para los indios, los criollos eran unos extranjeros que

estaban en su tierra explotándolos y atropellándolos desde hacía siglos; para los criollos, los indios eran salvajes peligrosos, gente de una raza inferior a quienes había que exterminar como a una nación enemiga. Para las dos partes que actuaron en ella, la guerra maya de 1848 fue, pues, uno de los episodios de violencia típicos de una frontera imperial. Por eso figura en este libro.

En poco tiempo los mayas llegaron a dominar las dos terceras partes de Yucatán, y como en toda guerra social, hubo asesinatos en masa, saqueos, destrucción de propiedades, incendios de pueblos, atropellos de ancianos, mujeres y niños, torturas y crueldades numerosas e innecesarias. La sublevación alcanzó el extremo sur de la península, y los habitantes de Bacalar, una villa situada casi al borde de la frontera norte de Honduras Británica –Belice–, huyeron hacia ese territorio inglés. Tras ellos llegaron los mayas, que a partir de ese momento iban a atacar varias veces Belice a lo largo de los próximos 30 años.

La alarma entre los criollos yucatecos fue tan grande que enviaron a Estados Unidos al escritor don Justo Sierra para solicitar que los norteamericanos tomaran posesión de Yucatán. Sierra hizo la solicitud formalmente, a través de comunicaciones que dirigió a James Buchanan, secretario de Estado y futuro presidente de su país, cargo que ocuparía de 1857 a 1861. En una de esas comunicaciones Sierra le enviaba a Buchanan un documento del gobernador de Yucatán en el cual se leían estas palabras: "... ofrezco a vuestra nación para tal caso el dominio y la soberanía de esta península"; y más adelante: "Me encuentro en la obligación de igual manera de acudir con ese objeto a los Gobiernos de España e Inglaterra por conducto de sus respectivos ministros en México, del capitán general de Cuba y del almirante de Jamaica". Como se advierte, el gobernador de Yucatán, sin duda respaldado por sus amigos y partidarios, tenía una idea clara de que la tierra que él gobernaba formaba parte de una frontera imperial y estaba invitando a un nuevo imperio para que entrara a participar en esa frontera; sin embargo, ninguna nación extranjera quiso hacerse cargo de Yucatán, y en el caso particular de Estados Unidos, sus soldados estaban en la Ciudad de México y no parecía prudente que extendieran sus fuerzas a tal grado que resultaran debilitadas. Lo que estaban engulléndose en ese momento Estados Unidos eran los enormes territorios de México

situados sobre la frontera norteamericana del sudoeste –Texas, Nuevo México, Arizona, California–. El estómago no les daba para más.

De todos modos, el susto de los criollos yucatecos no guardaba relación con el peligro que corrían, pues la rebelión maya iba a ser vencida sin necesidad de entregarle la península a ningún poder extranjero. Ahora bien, tan pronto como los criollos empezaron a dominar la situación se las arreglaron para sacar provecho del alto número de indios que habían caído prisioneros. Los esclavistas cubanos tenían que pagar muy caros, los negros de África porque los barcos negreros eran perseguidos por la marina de guerra inglesa y de cada 20 podía escapar uno, si es que escapaba. Los mayas de Yucatán eran un buen sustituto para los africanos, y comenzó la venta de los prisioneros con la etiqueta de que iban a Cuba en calidad de colonos. Al principio el negocio se hacía con la autorización del gobierno de Yucatán, que cobraba 25 pesos por cada indio entregado a los intermediarios cubanos, pero después se hicieron cargo del asunto personas privadas, de manera que el tráfico quedó fuera de los cauces oficiales. El negocio tomó tales proporciones que se acabaron los mayas prisioneros de guerra y entonces se pasó a coger indios donde se les hallara, lo mismo niño, que hombre, que mujer; se les atrapaba con engaños o se les cazaba como a bestias, tal como se había hecho con los pobladores de las islas en los primeros tiempos de la conquista.

La cacería y la venta de indios mayas iba a durar muchos años. A fines de octubre de 1860 fue sorprendido en Campeche un cargamento de 30 de ellos que iban a ser embarcados para La Habana en el vapor *Unión*. Los 30 indios eran agricultores que habían sido apresados en sus casas y en sus pequeños fundos. De los interrogatorios que se hicieron en esa ocasión se desprende que los indios, cogidos en lugares distantes entre sí, eran llevados a Mérida, la capital de Yucatán, amarrados y con escoltas militares; al llegar a Mérida se les depositaba en la casa de un señor llamado Miguel Pou; después se les trasladaba, siempre de noche, al puerto de Sisal, y de ahí a La Habana. Entre esos indios había niños y niñas de siete, ocho, nueve y diez años. El 6 de mayo de 1861, don Benito Juárez, presidente de México, indio él mismo, prohibió por decreto "la extracción para el extranjero de los indígenas de Yucatán, bajo cualquier título o denominación que sea".

Cuando se desarrollaba la guerra social maya en Yucatán, en San Juan del Norte se encadenaban nuevos episodios en la lucha por el control del paso hacia el Pacífico. Como se ha dicho, los ingleses habían declarado que San Juan del Norte –al que ellos habían rebautizado con el nombre de Greytown– pertenecía al reino de Mosquitia, y a fin de darle más fuerza a sus nexos con el rey mosquito habían nombrado un funcionario que reemplazó ante su majestad al superintendente de Belice. Ese funcionario tenía el título confuso y a la vez ilustrativo de residente británico, es decir, personificaba a Inglaterra en San Juan del Norte.

Nicaragua, que no podía tolerar esa situación de brazos cruzados, envió al puerto del Caribe al general Trinidad Muñoz con 500 hombres para posesionarse del lugar, pero el 1 de enero de 1848 llegaron dos buques de guerra británicos con las banderas de Inglaterra y del reino mosquito bajaron a tierra 150 soldados, arriaron el pabellón nicaragüense e izaron el de Mosquitia y sustituyeron las autoridades de Nicaragua con las suyas. Muñoz, que al parecer no se hallaba en ese momento en San Juan del Norte, volvió al puerto, arrestó a los funcionarios extranjeros, bajó la bandera mosquita e izó la de Nicaragua y apresó una lancha con armas. Pero los ingleses volvieron pronto. El 8 de febrero se presentaron en aguas de San Juan del Norte el *Vixon,* el *Alarm* y un barco auxiliar, el *Sun*; bajaron tropas que atacaron y derrotaron a Muñoz el día 12 y avanzaron hacia el oeste por el Desaguadero hasta salir a San Carlos.

A fin de recuperar por lo menos San Carlos, su fuerte y el Castillo Viejo, el gobierno de Nicaragua comenzó a negociar con los ingleses y al mismo tiempo con Estados Unidos. El resultado de esas negociaciones fue el tratado Clayton-Bulwer, firmado entre norteamericanos y británicos. Del convenio anglonicaragüense resultó que los firmantes devolverían prisioneros, armas y municiones, y Nicaragua se comprometió a no perturbar "a las autoridades mosquitas en la pacífica posesión de San Juan del Norte", y del tratado Clayton-Bulwer resultó que San Juan del Norte o Greytown fue declarado puerto libre y territorio neutral, pero la ciudad quedaba en posesión del rey de Mosquitia y sería gobernada por un delegado del monarca mosquito –que era el vicecónsul inglés– con la ayuda de algunos funcionarios

que serían elegidos por el vecindario conforme a las leyes británicas.

La historia fluía a la vez en muchos puntos del Caribe, y uno de ellos era Cuba. La conspiración de La Escalera dio lugar a una propaganda incansable acerca de los peligros de cualquiera intención de independizar la isla. Si Cuba se independizaba, afirmaba la propaganda oficialista, las riquezas y la población blanca quedarían arrasadas por una revolución similar a la de Haití, tal como se proponían hacer los conjurados de La Escalera. Pero sucedía que después de 1844, año en que se ejecutó a los líderes de la conspiración, la vigilancia inglesa sobre los buques negreros se hizo tan fuerte que la entrada de negros africanos en la isla comenzó a disminuir en proporciones muy grandes. Así, los esclavistas estaban quedándose sin esclavos y sin independencia. Fue entonces cuando tomó forma el propósito de declarar a Cuba independiente de España para anexarla a Estados Unidos, donde la esclavitud estaba protegida por el gobierno. Esa idea tomó cuerpo en una asociación secreta llamada Club de La Habana, con cuyos miembros entró en contacto el general Narciso López, que había abandonado el servicio militar para hacer negocios de minas y se había dedicado a organizar un movimiento para independizar la isla del poder español.

Las autoridades españolas tuvieron noticias de lo que andaba haciendo el general López y éste se salvó de la persecución huyendo hacia Estados Unidos disfrazado de marinero. Llegó a Nueva York a mediados de 1848 e inmediatamente se puso a reunir medios y hombres para organizar una expedición destinada a hacer la revolución en Cuba. Cuando estaba listo para salir hacia la isla recibió un pedimento de sus amigos del Club de La Habana: que esperara hasta que se hiciera la cosecha de la caña –la zafra, como se dice en la lengua española del Caribe– porque un movimiento revolucionario realizado en plena zafra podía provocar el levantamiento de los esclavos y los azucareros de Cuba no estaban dispuestos a perder esos esclavos por nada del mundo.

En julio de 1848 se había producido un levantamiento de esclavos en la isla de Santa Cruz, y fue tan violento que las autoridades danesas no pudieron dominarlo. El general Juan Prim, que había pasado a ser desde diciembre de 1847 gobernador de Puerto Rico, recibió una peti-

ción de ayuda de parte de esas autoridades danesas y envió fuerzas que lograron someter a los negros rebelados. Las noticias de los sucesos de Santa Cruz contribuían a aumentar el miedo de los azucareros cubanos a un levantamiento de esclavos.

Narciso López accedió a esperar que terminara la zafra para lanzarse a la lucha en Cuba, pero el tiempo perdido en la espera dio lugar a que el ministro español en Washington conociera sus planes y solicitara del gobierno norteamericano la disolución de la fuerza expedicionaria. Efectivamente, el presidente Taylor ordenó la disolución de esa fuerza, que se hallaba reunida en Round Island, cerca de Nueva Orleans. El general López se indignó tanto que rompió sus relaciones con el Club de La Habana. En adelante actuaría valiéndose de sus contactos personales dentro de Cuba, y especialmente del cónsul de Venezuela en la isla. Mientras tanto, se trasladó a Nueva Orleans, donde había un poderoso grupo de amos de esclavos que aspiraban a hacer de Cuba tres estados esclavistas de la Unión norteamericana, con lo cual los estados que tenían esclavos acabarían controlando la mayoría del Congreso de Estados Unidos.

En ese momento, en Haití, que desde el derrocamiento de Boyer había entrado en una etapa de luchas intestinas, había llegado al poder en marzo de 1847 el general Faustino Soulouque. La situación económica del país estaba descomponiéndose tan de prisa que el mes de abril de 1848 el grupo comercial de Port-au-Prince organizó una revuelta, reprimida con tanta violencia que las matanzas en las calles duraron tres días. De esa revuelta salió Soulouque convertido en dictador. Su gobierno llegó a monopolizar la venta de muchos artículos, especialmente los de exportación, pero la situación tardaría en mejorar. Mientras tanto, a fines de 1848, el gobierno francés firmó un tratado de amistad y navegación con la República Dominicana, lo que significaba que Francia desconocía el derecho, reclamado por Haití, sobre el territorio de la parte del este de la isla. Ese desconocimiento, agregado a la crisis económica, llevó a Soulouque a decidir la reconquista del este, y a principios de marzo de 1849 entrabaporla frontera del sur con 15,000 hombres. La embestida fue tan violenta que las fuerzas dominicanas tuvieron que retroceder hasta las vecindades de Baní, a sólo unos 60 kilómetros de la capital dominicana. La ofensiva de Soulouque ha-

bía sorprendido a la nueva república en el momento en que su pueblo se hallaba políticamente dividido. El gobierno del país, que había pasado a manos de la pequeña burguesía, estaba en lucha contra el sector de los hacendados o hateros, a quienes encabezaba el general Pedro Santana, que habla sido el primer presidente de la joven república, y la división nacional se reflejaba en las fuerzas militares que estaban haciendo frente a Soulouque. Un ejército dividido es un ejército débil, de manera que los haitianos avanzaban ante una oposición intermitente y errática. La situación llegó a ser tan peligrosa que hubo que llamar al general Santana y entregarle el mando de las fuerzas defensoras, y Santana venció a los haitianos en la batalla de Las Carreras, librada al terminar la tercera semana de abril. Mientras se retiraban hacia Haití, los atacantes iban quemando poblados y destruyendo las propiedades que hallaban en su camino.

Un año después de la batalla de Las Carreras, que salvó de una nueva ocupación haitiana a la República Dominicana, el general Narciso López tenía lista otra expedición para iniciar la lucha en Cuba. Fue la que se conoce en la historia cubana con el nombre de Creole, que era el del buque que la llevó a la isla. El *Creole* entró sin ningún impedimento en la bahía de Cárdenas el 18 de mayo de 1850. Cárdenas está situada en la costa norte de Cuba, al este de La Habana y de Matanzas, a muy corta distancia de la última. El buque expedicionario atracó en los muelles en la madrugada del día 19; y la sorpresa fue tan completa que una parte de la guarnición se rindió sin combatir; otra parte, que se hallaba en la casa capitular, tuvo que entregarse cuando se le dio fuego al edificio y el fuego hizo salir a los soldados.

El plan de López era tomar Cárdenas rápidamente y sorprender Matanzas, adonde trasladaría su fuerza por ferrocarril, pero a medio día recibió la información de que la línea férrea de Cárdenas a Matanzas había sido destruida en varios lugares. En esas condiciones hubiera sido una locura esperar un ataque español en Cárdenas, de manera que a media tarde, mientras cubría su retirada hacia los muelles con un ataque de retaguardia, el general López comenzó a embarcar sus muertos y sus heridos –más de 60 entre aquéllos y éstos– y a las 9 de la noche estaba levando anclas. Con él se iban unos 20 soldados de la guarnición que se le habían unido y varios esclavos que se negaron a

seguir viviendo en Cuba. Los últimos pensaban tal vez que iban a un país donde no había esclavitud.

Mientras estuvo en Cárdenas, López mantuvo enastada en una casa de la ciudad una bandera que él había concebido para Cuba; y efectivamente, iba a ser el pabellón cubano, el de la estrella solitaria, que se hizo conocido en todo el mundo cuando algunos años después fue popularizado durante la guerra llamada de los Diez Años.

Casi todos los soldados de López eran aventureros norteamericanos, contratados a razón de 7 dólares por mes y un bono de mil dólares pagadero al terminar la campaña. Todavía en esa época la idea de la independencia no tenía arraigo en el pueblo de Cuba; los que pensaban en ella eran los azucareros esclavistas, que deseaban la anexión de la isla a Estados Unidos como un medio para salvar sus inversiones en esclavos. Esos aventureros estuvieron a punto de no volver a su país, pues el *Creole* se varó en la bahía de Cárdenas, donde entró un buque de guerra español, el *Pizarro,* que no pudo dar con el *Creole,* debido a la oscuridad. El barco expedicionario fue puesto a flote echando al agua todo lo que tuviera peso, pero aun así hubo que bajar a la mayoría de los hombres en un pequeño cayo situado en la bahía. Fue verdaderamente un milagro que López y su gente pudieran salir a mar abierto antes del amanecer, pero salieron; y después, para que el *Creole* levantara presión se le echó en las calderas toda la madera que había a bordo y hasta la grasa de cocinar. Los expedicionarios alcanzaron a entrar en Cayo Hueso –Key West, en la Florida– media hora antes que el *Pizarro.*

Narciso López era hombre tenaz y el 12 de agosto de 1851 se hallaba frente a El Morro de La Habana a bordo de un buque llamado *Pampero* con otra expedición destinada a promover la revolución cubana. En la noche de ese día, el general venezolano comenzó a desembarcar hombres en el Morrito, cerca de Las Pozas, al oeste de la capital cubana; el 13 tuvo un encuentro en el que sus bajas llegaron a 45, de ellas 20 muertos, y entre éstos el general húngaro Janos Pragay, y un coronel norteamericano apellidado Bowman, un capitán venezolano llamado Oberto Urdaneta y uno puertorriqueño llamado Pedro Goay, lo que da idea del carácter heterogéneo que tenía la expedición. Hasta el propio jefe había nacido en Venezuela y había sido militar español desde los 17 años.

El día 17 dio el general López un combate en el sitio del Cafetal de Frías; el 2 fue atacado por una columna española que desbandó sus ya escasos hombres; el 29 fue sorprendido por un grupo encabezado por un antiguo protegido suyo. "Esto es lo que me faltaba ver", comentó, Hecho prisionero y llevado a La Habana el día 31, fue juzgado sumarísimamente y condenado a muerte. La ejecución tuvo lugar el 1 de septiembre, en la explanada del castillo de La Punta, que está al final del paseo que se llama hoy Del Prado. Puesto de pie, amarradas las manos, Narciso López fue despojado de sus galones de general. El sitio estaba lleno de público, y de pronto López comenzó a hablar. Con el objeto de que no pudiera oírse lo que él decía, los tambores militares comenzaron un toque de funerala. Pero el general seguía hablando y levantaba el tono. Entonces el verdugo se le abalanzó, lo tomó por el cuello y comenzó a arrastrarlo hacia el garrote. López, que era hombre de una fuerza descomunal, sacudió al verdugo con tanta violencia que lo tiró al suelo; después se quedó mirando fijamente al público y gritó–: "Mi muerte no cambiará los destinos de Cuba". A seguidas besó el crucifijo que le presentaba un sacerdote y se encaminó al garrote, donde tomó asiento con naturalidad. Segundos más tarde estaba muerto.

La ejecución de Narciso López cerró una época de reajustes en el Caribe. Durante 30 años, desde fines de 1821, los pueblos estuvieron acomodándose a los cambios que se habían producido. El nacimiento de la República Dominicana había sido también un reajuste, puesto que ese país debía ir naturalmente a lo que reclamaba su naturaleza social e histórica; la propia lucha de López era otro reajuste, pues que con ella se iniciaba en Cuba una etapa que desembocaría en la independencia.

Capítulo XXII

Los años de los episodios increíbles (1855-1861)

El tiempo que corre entre junio de 1855, cuando William Walker llegó por primera vez a Nicaragua a la cabeza de 55 filibusteros, y marzo de 1861, cuando las autoridades domi-nicanas bajaron de las astas la bandera del país e izaron la de España, llena un capítulo que parece arrancado de *Cien años de soledad,* la extraordinaria novela del Caribe que escribió el colombiano Gabriel García Márquez. Ésos fueron los años de los episodios increíbles.

Como todo lo que sucede en este mundo de los hombres, los años de los episodios increíbles no comenzaron en el Caribe en 1855, sino antes y a mucha distancia; en 1848 y en California. Ese territorio había sido arrebatado a México en 1846 y en enero de 1848 se descubrieron allí los fabulosos placeres de oro que hicieron millonarios de la noche a la ma-ñana a unos cuantos desharrapados. La noticia sacudió a Estados Unidos en toda su extensión y en el acto comenzó el desfile de miles y miles de personas que se dirigían a California en carromatos, a caballo, a pie. Los más desesperados buscaron caminos más rápidos –y hasta más seguros– para ir de las costas del Atlántico a las del Pacífico, y comenzaron a hacer la ruta de Tehuantepec, en México, o entrando por el Desaguadero, en Nicaragua, o cruzando el istmo de Panamá y hasta pasando por el cabo de Hornos, en el extremo sur de América; y como los viajeros eran tantos aparecieron inmediatamente los promotores de compañías de transporte que se dispusieron a explotar esas vías. Así, poco después de haber descubierto los placeres de oro californianos, el Congreso de Estados Unidos autorizaba la formación de dos empresas de navegación que debían conectar a Norteamérica con Pana-

má; una haría la ruta Nueva Orleans-Puerto de Chagres; otra haría la de California-Panamá. La primera empezó a operar en diciembre de 1848.

A pesar de que quedó abierta la vía de Panamá, muchos de los que soñaban hacerse ricos en California preferían hacer el viaje de Nueva York a Nueva Orleans y San Juan del Norte, y de ahí a San Carlos, Granada y León para salir al Pacífico por cualquier pequeño puerto nicaragüense y tomar allí barcos que los llevaran a California. Ya en los primeros meses de 1849 pasaban grupos compuestos hasta de 700 hombres. Para hacer todo el recorrido a través de Nicaragua usaban bongos, caballos, asnos, o hacían a pie las partes de tierra. Convencidos de que el transporte de tanta gente era un negocio de mucho porvenir, tres norteamericanos organizaron una compañía llamada The American Atlantic and Pacific Ship Canal Company, cuya finalidad, según decían sus propietarios, era construir en territorio nicaragüense un canal que comunicara el Caribe con el Pacífico. De esos tres norteamericanos, dos son conocidos sólo en Nicaragua, pero uno lo es en todas partes, Aquellos se llamaban Joseph L. White y Nathaniel H. Wolf; el último se llamaba Cornelius Vanderbilt.

El 4 de agosto de 1849, la Atlantic and Pacific Ship Canal Company obtuvo que el gobierno de Nicaragua le diera la concesión exclusiva para hacer el canal; el 14 de agosto de 1851 el gobierno firmó con la Compañía un contrato para "establecer una comunicación interoceánica" –que ya no era lo mismo que construir el canal–, y en ese contrato se le concedía un monopolio del tránsito por territorio nicaragüense a la empresa The Accesory Transit Company, nuevo nombre de la empresa Vanderbilt y sus socios. A cambio de ese monopolio, la Compañía se obligaba a pagar al gobierno de Nicaragua 10,000 dólares al año y 10 por ciento de sus utilidades.

Llegando por el Caribe, la ruta nicaragüense comenzaba en el puerto de San Juan del Norte que, como se dijo en el capítulo anterior, era libre y neutral desde abril de 1849, y en la lengua de los protectores del extraño reino de Mosquitia, se llamaba Greytown. Allí desemboca el Desaguadero o río San Juan, que fluye desde el lago de Nicaragua –llamado a veces de Granada– a lo largo de 195 kilómetros. Como las bocas del Desaguadero eran parte del puerto, las orillas de ese río se encontraban dentro de la zona libre, mientras que la ciudad

–declarada neutral en el tratado Clayton-Bulwer– seguía siendo territorio mosquito.

En la orilla norte del lago de Nicaragua, justamente en el punto en que sale de él el Desaguadero, se hallaba el puerto de San Carlos, defendido por el fuerte del mismo nombre. Setenta kilómetros hacia el este de San Carlos, siguiendo el curso del Desaguadero, estaba el castillo de la Concepción, desde el cual había tenido que volverse el general John Dalling en 1780. En 1851, el castillo de la Concepción era llamado Castillo Viejo.

El Desaguadero se recorría en barcos fluviales, pero había sitios de fuertes raudales donde había que caminar a pie. En San Carlos estaba la Aduana y a partir de ahí comenzaba la travesía del lago, en cuyas orillas del sur y del oeste se encontraban los puertos de La Virgen, San Jorge y Granada. Al principio los viajeros que iban a California cruzaban el lago hasta Granada, de ahí iban a León y de León salían a la costa pacífica, pero la Accesory Transit Company, –conocida en la historia de Centroamérica con el nombre de "la Compañía" a secas– convirtió San Jorge en la terminal de sus barcos e hizo un camino de San Jorge a Rivas y de ahí otro a San Juan del Sur, que lleva ese nombre a pesar de que se encuentra más al septentrión que su homónima San Juan del Norte. Así, San Juan del Sur pasó a ser el puerto del Pacífico para los que iban a California o volvían de allá hacia Nueva York y Nueva Orleans. Puede decirse, entonces, que la ruta de la Compañía era la de San Juan del Norte, San Carlos, San Jorge, San Juan del Sur y viceversa. A corta distancia de la orilla sur del lago y del Desaguadero corre la línea divisoria de Nicaragua y Costa Rica.

Toda la descripción que acaba de hacerse es importante, porque fue alrededor de la ruta de la Compañía y de la frontera nicaragüense-costarricense donde se desenvolvieron los acontecimientos en que figuraron William Walker y sus filibusteros, y por eso el capítulo de la historia centroamericana en que se narran esos hechos se llama "la Campaña del Tránsito".

La ruta de la Compañía acortaba la distancia entre Nueva York y San Francisco, y la afluencia de viajeros en los dos sentidos era tan grande que entre 1851 y 1856 la Compañía transportó 100,000 personas. Pues bien, a pesar de que estaba haciendo buenos negocios, la

Compañía sólo pagó al gobierno los 10,000 dólares anuales del primer año; en lo sucesivo alegó que perdía dinero y que por esa razón no podía pagar un centavo más.

Pero sucedió que en abril de 1853 llegó al cargo de director del Estado –que era como se llamaba el presidente de Nicaragua, seguramente en un esfuerzo por conferirle a la posición cierto tinte de humildad democrática–, uno de esos hombres ilusos que creen a pie juntillas en el derecho, aunque se trate de algo tan increíble como el derecho del débil ante el poderoso. Ese director del Estado era don Fruto Chamorro, y don Fruto Chamorro se empeñó en que la Compañía pagara sus deudas con el gobierno. La Compañía propuso una transacción: 35,000 dólares para saldar las cuentas pendientes y en lo sucesivo una cuota de 2 dólares por cada pasajero que ella transportara; Chamorro pidió 45,000 dólares y 3 por persona adulta, y la Compañía se hizo la sorda.

En vista de que la Compañía no respondía a su proposición, el gobierno de Chamorro empezó a mandar notas al de Estados Unidos; en una de ellas envió pruebas de que un empleado de la Compañía había construido un hotel sobre la plataforma que se hallaba al pie del Castillo Viejo, que lo había hecho sin autorización de las autoridades del país y que además había destruido parte de la antigua fortaleza, que era un monumento histórico, para usar sus materiales en la fabricación del hotel; en otra informó que la Compañía no llevaba libros en Nicaragua ni dejaba allí comprobante alguno que pudiera ser usado por el Gobierno a la hora en que éste quisiera examinar las cuentas de la empresa; en otra nota, por fin, Nicaragua anunciaba que si la situación no cambiaba tendría que embargar los vapores de la Compañía. Y, naturalmente, en ese momento se inició una revolución para sustituir en la dirección del Estado a don Fruto Chamorro, un hombre que no tenía sentido de la realidad.

El movimiento subversivo había sido organizado por el llamado Partido Democrático, cuyos directores eran el licenciado Francisco Castellón y el doctor Máximo Jerez. El gobierno tuvo noticias de lo que iba a suceder y antes de que comenzara la revolución expulsó del país al doctor Jerez y a varios de sus amigos. Pero eso no desanimó a los conspiradores. La revolución comenzó en mayo de 1854 y el 6 de junio organizó un gobierno encabezado por el licenciado Castellón. Desde

luego, el supuesto gobierno del licenciado Castellón no gobernaba a nadie; mas he aquí que en ese momento el gobernador militar de Rivas, punto importante en la ruta de la Compañía, se sintió súbitamente disgustado con el gobierno de Chamorro y abandonó la posición, y a fin de no dejar solo ese lugar tan importante, los revolucionarios pasaron a ocuparlo. Como se vería en seguida, los revolucionarios eran muy afortunados, porque después de haber caído en sus manos Rivas sin que tuvieran que hacer el menor esfuerzo, comenzaron a caer otros puntos fuertes que se hallaban, por pura casualidad, en la ruta del Tránsito, como el fuerte de San Carlos y el Castillo Viejo. Así, vino a suceder que en pocos días la revolución dominaba toda la ruta de la Compañía, del Pacífico al Caribe, y la Compañía, dando muestras exquisitas de respeto a Nicaragua, reconoció al supuesto gobierno de Castellón como único gobierno del país.

Pero ocurría que don Fruto Chamorro insistía en ser un hombre iluso, que no se daba cuenta de la realidad, y seguía en Granada creyendo que él era el legítimo jefe del Estado nicaragüense, y como tal jefe de Estado se negaba a reconocerles a Castellón y a sus amigos la autoridad que les atribuía la Compañía, y en consecuencia con lo que pensaba, Chamorro, despachó al general Ponciano Corral con una columna que cruzó el lago y tomó el fuerte de San Carlos, avanzó hacia el este y tomó el Castillo Viejo. Así, a fines de diciembre la llamada ruta del Tránsito estaba repartida entre dos fuerzas; la parte oriental se hallaba controlada por el gobierno de Chamorro y la occidental por las fuerzas de Castellón. En el mes de febrero de 1855 los "democráticos" abandonaron Rivas, que fue tomada por el coronel Estanislao Argüello, e inmediatamente después cayó en su poder San Juan del Sur, con lo que sucedió que el gobierno reconocido por la Compañía se quedó sin un pie de tierra donde hacer valer su autoridad. Y eso, como se verá, vino a ser la desgracia de Nicaragua, pues a poco iba a comenzar allí el primero de los episodios increíbles que se dieron en el Caribe en esos años.

Castellón, o los poderes que manejaban a Castellón, se movía con soltura y rapidez en Estados Unidos. Un tal William L. Kinney, de Filadelfia, estaba reclutando a mediados de marzo 200 hombres para el nuevo gobierno "que va a ser formado en América Central", según escribía él, y el 24 de abril el *San Francisco Placer Times,* de California,

informaba que en la noche del día 23 debió salir hacia Nicaragua con 75 o 100 hombres "el célebre William Walker", y que éste iba a tomar parte en los sucesos de Nicaragua a favor del "general Castellón". Entretanto, don Fruto Chamorro había muerto y le había sucedido en el cargo don José María Estrada. Moviéndose muy de prisa, Estrada consiguió que las autoridades de Estados Unidos impidieran la salida de los hombres que estaba reclutando Kinney en Filadelfia, pero no pudo impedir que por la costa del oeste salieran los que encabezaba William Walker, y éste y sus aventureros llegaron el 13 de junio al puerto del Realejo, en la banda nicaragüense del Pacífico.

William Walker tenía en ese momento 31 años y era conocido en Estados Unidos y en México por lo que había hecho dos años atrás en Baja California. Baja California era la parte peninsular de California que le había quedado a México después de haber perdido a manos de Estados Unidos sus inmensos territorios del norte, y Walker se había lanzado a hacer allí lo mismo que un compatriota suyo había hecho con Texas: proclamarla independiente para anexionarla después a Norteamérica. Baja California es, como se sabe, una península larga y estrecha, que corre del noroeste al sudeste y está pegada a México por el lado del Pacífico. Walker reunió unos cuantos aventureros norteamericanos, bautizó el grupo con el nombre de "batallón independiente de la Baja California" y al comenzar el mes de noviembre de 1853 tomó La Paz, capital del territorio, sin necesidad de disparar un tiro. Inmediatamente después, el joven aventurero proclamó que Baja California era una república y él su presidente, y en virtud de sus poderes presidenciales nombró un secretario de Estado y uno de Guerra y Marina, y comenzó a emitir decretos; sin embargo, la República de Baja California le quedaba pequeña a Walker, y como enfrente, y a corta distancia, se hallaba el macizo continental mexicano, mudó su capital a San Lucas, en el estado de Sonora, y a mediados de enero de 1854 se proclamaba presidente de la República de Sonora, que estaba formada por Sonora y Baja California.

Esa página delirante terminó cuando las fuerzas mexicanas echaron de Sonora y de Baja California a Walker y a sus hombres, que habían sido bautizados por los mexicanos con el nombre de filibusteros, y si aparece mencionada en este libro a pesar de que no tuvo nada que

ver con el Caribe es sólo para que el lector tenga los antecedentes del hombre y de las fuerzas que iban a actuar en Nicaragua.

Acusado en Estados Unidos de piratería, Walker salió del juicio absuelto y convertido en héroe nacional de los esclavistas de su país, y ya a mediados de junio, como se ha dicho, estaba en el puerto nicaragüense de El Realejo, al frente de 55 norteamericanos; de allí pasó a León, donde le fue entregado un decreto del llamado presidente Castellón, en que le hacía coronel del ejército de Nicaragua. Un detalle curioso es que el nombramiento estaba dirigido "al Señor Coronel Don Walker". Castellón, que se hallaba en Managua –actual capital del país– le comunicó a Walker que él y sus hombres podrían ser naturalizados ciudadanos nicaragüenses. Walker volvió a El Realejo, de donde salió inmediatamente con su grupo norteamericano –bautizado por él con el nombre de Falange–, al que le fueron agregados 100 nicaragüenses, y se dirigió por mar hacia el sur para desembarcar en El Gigante, situado a muy corta distancia de San Juan del Sur, por el norte; después avanzó hacia el este y se lanzó a tomar Rivas, cuya conquista le permitiría tomar San Jorge y dirigirse a Granada, sede del gobierno legítimo del país. Pero sucedió que desde San Juan del Sur enviaron refuerzos a Rivas; además, los nicaragüenses que acompañaban a Walker abandonaron sus filas para internarse en Costa Rica y el ex presidente de la República de Sonora y su Falange tuvieron que volver a El Realejo, donde se hallaban en los primeros días de julio.

A fines de agosto volvió Walker a San Juan del Sur, donde debía reunírsele un contingente de filibusteros que llegaban de California; tomó el puerto e inmediatamente penetró hacia el lago y atacó La Virgen. En esa acción las fuerzas del gobierno de Estrada tuvieron muchas bajas debido a la superioridad de las armas que habían llevado los filibusteros; sin embargo, Walker no tomó La Virgen, sino que retornó a San Juan del Sur.

En ese momento el cólera había hecho aparición en Granada y estaba diezmando su población; además, al mismo tiempo aquel William L. Kinney que había estado reclutando hombres en Filadelfia llegó a San Juan del Norte con un grupo de unos 20 norteamericanos, le compró al rey mosquito una gran cantidad de tierra, se construyó una casa enorme y se hizo nombrar gobernador de Greytown.

Como puede ver el lector, en el mes de septiembre de 1855 Nicaragua estaba pasando por un trance penoso. Su gobierno le había cedido a una compañía norteamericana un monopolio de transporte de carga y personas entre el Caribe y el Pacífico, pero la salida al Caribe se hallaba en medio de un territorio que le había sido arrebatado por los ingleses; al mismo tiempo, para no pagar una deuda legítima de pocos millares de dólares anuales, la compañía norteamericana había organizado una revolución que estaba costando vidas nicaragüenses y había llevado fuerzas aventureras que estaban operando en el país como si éste fuera una tierra de nadie; sin embargo, la situación no se quedaría en ese nivel, pues todavía no había llegado a darse el episodio increíble que iba a vivir Nicaragua un poco más tarde.

Castellón tenía ya tropas, si bien ni eran suyas ni eran siquiera nicaragüenses, pero necesitaba más, de manera que al comenzar el mes de octubre contrató la formación de otra falange filibustera con un señor llamado Byron-Cole. Al mismo tiempo Walker atacó y tomó La Virgen, en cuyo muelle encontró el vapor del mismo nombre –que era, desde luego, un vapor de la Compañía–, metió en él a sus hombres y tomó Granada por sorpresa, si bien eso no era ninguna hazaña visto que la ciudad había quedado paralizada por el cólera.

Walker tomó Granada el 13 de octubre y el 17 llegaron de California los filibusteros de Byron-Cole armados de buenos rifles y con un cañón de bronce. De San Juan del Sur, donde desembarcaron, se dirigieron a La Virgen; allí encontraron un vapor de la Compañía que estaba esperando pasajeros –pues la Compañía seguía haciendo negocios, tan tranquila como si en Nicaragua no pasara nada–, y entraron a él como si fueran viajeros. Su plan era sorprender la guarnición de San Carlos y tomar el fuerte, pero el fuerte de San Carlos no cayó en sus manos y los filibusteros volverían a La Virgen, donde fueron atacados por fuerzas nicaragüenses que se hallaban en Rivas bajo el mando del general Ponciano Corral. En esa acción murieron algunos filibusteros, lo que le pareció a Walker un crimen imperdonable; sin embargo, lo que lo puso fuera de sí fue un incidente que ocurrió en San Carlos en esos mismos días. Uno de los barcos de la Compañía que iba desde San Juan del Norte hacia el lago llegó frente al fuerte de San Carlos; el capitán del fuerte, que había sido atacado hacía poco

por supuestos viajeros pacíficos, ordenó al barco que se detuviera, pero el capitán no acató la orden y el jefe del fuerte mandó hacer fuego con el resultado de que cayeron una mujer y un niño norteamericanos. La venganza de Walker, que se hallaba en Granada, fue instantánea: fusiló a don Mateo Mayorga, ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Estrada.

Granada vivía bajo el terror. La cárcel estaba llena de partidarios de Estrada, algunos con todas sus familias, y muchos habían sido maltratados sin piedad; sin embargo, hecho insólito, el honorable John J. Wheeler, ministro de Estados Unidos en Nicaragua, hizo una visita a la ciudad, lo que equivalía a comunicarles a los nicaragüenses que detrás de Walker estaba el poder de Estados Unidos. Así, los que habían creído que el gobierno de Estrada era la autoridad legítima del país, quedaron impresionados con la visita de Wheeler y se desbandaron cuando poco después fue fusilado el ministro Mayorga. El mismo día del fusilamiento, Castellón, que se encontraba en León, ascendió a Walker a general de brigada y, sin embargo, poco después Walker desconoció a Castellón y lo sustituyó con Patricio Rivas, que pasó a encabezar un gobierno provisional establecido en Granada el 30 de octubre, adviértase que para esa fecha William Walker llevaba en Nicaragua sólo cuatro meses y medio, y ya deshacía y hacía gobiernos.

¿Cómo fue posible que Walker llegara a tanto? Pues porque celebró un acuerdo con el general Ponciano Corral, en virtud del cual éste y Walker se aliarían si el último eliminaba a Castellón. Castellón fue eliminado y Corral quedó nombrado ministro de la Guerra de Patricio Rivas, y William Walker jefe militar de Nicaragua.

Pero el acuerdo duró sólo cinco días, según puede verse en el siguiente documento, fechado el 5 de noviembre y firmado por Walker:

> Un Consejo de Guerra se formará a las once del día de mañana, con el objeto de juzgar al general D. Ponciano Corral, sobre los cargos y especificaciones anexos. El Consejo será formado por el Coronel C. C. Hornsby, Presidente, Teniente Coronel C. R. Guilman, Mayor E. J. Sanders, Capitán Jorge R. Savideon, Capitán S. C. Austin, Capitán C. J. Turnbull y Teniente Jorge R. Caston. Considerando que el asunto es de importancia pública, el Coronel B. C. Fry obrará como juez consejero. El Coronel D. Carlos Thomas servirá de intérprete para el Consejo.

La designación del coronel Carlos Thomas –que debía ser Charles Thomas– como intérprete, indica que el desdichado general Corral iba a ser juzgado por hombres que no hablaban español. Y fue juzgado. El día 7 Walker ponía su firma a la siguiente orden:

> Habiendo leído y considerado bien los procedimientos y la sentencia de la Corte Marcial, reunida para el juicio de D. Ponciano Corral, en los cargos de alta traición y conspiración contra el Gobierno de la República, se confirma por la presente la sentencia de dicha corte y se ordena: Que D. Ponciano Corral sea fusilado en la plaza de Granada, a las doce del día jueves 8 de noviembre de l855.

Quince días después, el patriota don Patricio Rivas firmaba un decreto mediante el cual se le adjudicaban 250 acres de tierra a todo adulto que llegara al país, y si era casado, 100 acres más. Adulto, como comprenderá el lector, quería decir norteamericano. Un filibustero del grupo de Kinney fue nombrado jefe de colonización, o lo que era lo mismo, repartidor de las tierras, y como debía esperarse, a poco había en Nicaragua 1,200 colonos, lo que quería decir 1,200 filibusteros a las órdenes de William Walker.

Desde antes del fusilamiento de Corral, Walker había entrado en conflicto con Vanderbilt. El grueso de los filibusteros podía creer que la riqueza de Nicaragua estaba en sus tierras, pero Walker sabía que la mayor riqueza del país se hallaba en la Compañía del Tránsito, cuyo inventario iba acercándose a los 4'000,000 dólares, algo así como 20'000,000 de 1968, y en esa suma no estaba incluida la concesión que le había dado el gobierno nicaragüense. Walker, pues, quería adueñarse de la Compañía, no de tierras, y para llevar adelante sus planes hizo que Rivas nombrara ministro de Hacienda al filibustero Parker R. French. En Venezuela se dice que "el tigre come por lo ligero", esto es, porque ataca rápidamente, dicho que podía aplicarse al ex presidente de Sonora. Ahora bien, tan pronto el tigre dio señales de que quería engullirse a la Compañía comenzaron a aparecer en Estados Unidos comentarios de prensa desfavorables para Walker y empezaron a moverse influencias cerca del presidente norteamericano Franklyn Pierce, que por algo Cornelius Vanderbilt era quien era. El 8 de diciembre Pierce emitió una orden ejecutiva en la que se prohibía a los ciudada-

nos de Estados Unidos alistarse en las filas de Walker, pero no se establecían penas para los que violaran esa prohibición; sólo se les advertía que no seguirían disfrutando de la protección del gobierno norteamericano.

En ese momento estallaron en otro lugar las tensiones que ha habido siempre en el Caribe. Soulouque, el gobernante de Haití, convertido desde hacía algunos años en el emperador Faustino I, había acabado monopolizando totalmente el comercio de exportación e importación del país. Eso provocó un estado de lucha sin cuartel entre su gobierno y el sector comercial, y al mismo tiempo una enorme corrupción entro los altos funcionarios, por cuyas manos pasaban las fortunas que producía ese monopolio. Faustino I se enfrentó a ambos problemas con el método expeditivo de los fusilamientos, pero los fusilamientos no impedían que la baja de precios en los productos de exportación repercutiera en bajas recaudaciones, y por tanto en mala situación económica para el Estado y para el pueblo. El emperador haitiano pensó que la conquista del país que compartía con Haití el territorio de la isla aliviaría esa penosa situación económica, y dispuso sus ejércitos para invadir la República Dominicana. Dos de esos ejércitos entrarían por el sur y otro lo haría por el norte.

De los dos ejércitos que entraron por el sur, uno fue derrotado el 23 de diciembre (1855) en la batalla de Santomé, en la que perdió la vida el jefe haitiano, duque de Tiburón, en combate personal con el jefe de la vanguardia dominicana, general José María Cabral; otro fue derrotado en la acción de Cambronal, y también allí murió el jefe haitiano, el general Dadás. El ejército que entró por el norte, al mando del conde de Jamaní, fue prácticamente destruido el 24 de enero (1856) en la batalla de Sabana Larga. Los muertos haitianos de Sabana Larga pasaron de 1,000; los heridos y los prisioneros fueron muchos más; Soulouque, que se hallaba en el frente del sur, retornó a Port-au-Prince con unos pocos restos de sus tropas, y dado que la derrota había sido tan escandalosa, temeroso de una reacción popular que le costara el poder, comenzó a juzgar a varios de sus generales, a quienes acusó de traición, y unos cuantos de ellos fueron fusilados.

Walker era en cierto sentido un Soulouque norteamericano, tan tenaz y tan duro como el emperador de Haití. Habiéndose dado cuenta

de que tenía que librar en Washington una batalla política quizá más difícil que las batallas militares que llevaba a cabo en Nicaragua, hizo que Rivas nombrara ministro de Nicaragua en Washington a su leal Parker R. French; pero el poder de Vanderbilt en Estados Unidos era más grande que el de Walker, y el presidente Pierce se negó a recibir a French Walker contragolpeó en el acto: el 22 de enero de 1856, el gobierno nicaragüense publicaba un decreto por el cual suspendía toda comunicación oficial con el ministro de Estados Unidos en el país; el 18 de febrero se declaró anulada la concesión que se le había dado a la Compañía del Tránsito y embargadas todas sus propiedades; el día 19 la concesión le fue otorgada a dos filibusteros de confianza de Walker y éste se alió a los socios que tenía Vanderbilt en la empresa. Así pues, Walker comenzó una guerra particular contra Vanderbilt. El 17 de marzo Vanderbilt declaraba en Nueva York que los barcos de la Compañía no viajarían más a Nicaragua y atribuía la necesidad de tomar esa medida "a la extraordinaria conducta del general Walker". Como se ve, el millonario de Nueva York y el capitán de los filibusteros habían dejado a don Patricio Rivas sin cartas en ese juego cuya puesta era de millones de dólares.

Pero la situación de Walker estaba complicándose en otro lado. Inglaterra andaba preocupada. La larga dedicación del gobierno inglés al problema de la Mosquitia, ese país extraño, sin límites, que ella había creado; sus esfuerzos por extender el reino mosquito a San Juan del Norte y los consiguientes atropellos a Nicaragua para arrebatarle esa salida al Caribe; todo eso tenía sólo un fin, que era asegurarse una vía de comunicación entre el Caribe y el Pacífico; y resultaba que William Walker y sus filibusteros estaban tomando posesión de esa vía. Sucedía también que Inglaterra era el país que compraba la cosecha de café costarricense, y la frontera norte de Costa Rica corría inmediatamente al sur del río Desaguadero y del lago de Nicaragua, de manera que la suerte de Costa Rica se hallaba vinculada al río y al lago. Es más, cuando San Juan del Norte fue abierto al comercio con Estados Unidos y Europa, lo que se había hecho en 1796, se estableció que por él harían su comercio Nicaragua y Costa Rica. ¿Qué podía pasar si, una vez dueños de la Ruta del Tránsito, Walker y su pandilla

consideraban que necesitaban garantizar la ruta arrebatándole una faja de tierra a Costa Rica?

Así, pues, las preocupaciones de los costarricenses y las de los ingleses por lo que estaba sucediendo en Nicaragua eran comunes o, como dicen los pueblos de lengua española del Caribe, el hambre y las ganas de comer iban a reunirse. Costa Rica comenzó a gestionar armas inglesas y a la vez se dedicó a organizar una alianza defensiva y ofensiva con los gobiernos de Honduras, El Salvador y Guatemala. Esto último fue fácil, no sólo porque los países centroamericanos se sentían vinculados por un pasado común que se había roto hacía sólo menos de 20 años, sino además porque todos los pueblos americanos de origen español reaccionan ante los peligros y las amenazas extranjeras como miembros de una misma familia. El gobierno de Costa Rica, a cuyo frente se hallaba don Juan Rafael Mora, actuó rápidamente, y ya a principios de 1856 estaba en condiciones de darle la batalla a Walker si éste pretendía pasarse de su propia y extravagante medida.

Walker estaba al tanto de lo que hacían los costarricenses porque había interceptado alguna correspondencia que se refería a esas gestiones, y comenzó a tratar de desacreditar al pequeño país centroamericano y a su gobierno mediante una campaña de prensa hecha en un periódico que se editaba en Granada en inglés y en español. Cuando creyó que había atemorizado a los costarricenses, mandó al coronel filibustero Lewis Schlessinger a entrevistarse con el presidente Mora Fernández, pero éste se negó a recibir a Schlessinger. Su manera de responder a Walker fue dando una orden de movilización general, que el congreso de Costa Rica aprobó inmediatamente.

Esto sucedía a fines de febrero; a principios de marzo, el presidente Mora se puso al frente de una columna y marchó hacia la frontera de Nicaragua, por la vía del noroeste, Walker respondió despachando otra, al mando de Schlessinger, que tomó el camino de la costa del Pacífico hacia el sur. Las dos fuerzas chocaron en la hacienda Santa Rosa, situada en territorio de Costa Rica, el 20 de marzo –día Jueves Santo–, y los filibusteros tuvieron que retirarse dejando en el terreno varios muertos y unos cuantos prisioneros en manos de Mora; que si los fusiles norteamericanos eran buenos, los ingleses eran muy buenos,

y si los filibusteros de Walker eran bravos, los campesinos de Costa Rica eran bravísimos. Mora fusiló a los prisioneros, avanzó hacia el norte y tomó San Juan del Sur y La Virgen. Flanqueada por el oeste y por el este, la ciudad de Rivas no tardó en caer.

En la madrugada del 11 de abril, Walker se lanzó sobre Rivas en un ataque sorpresa que lo llevó al centro de la ciudad. Llevaba el plan de hacer presos a don Juan Rafael Mora y a toda la jefatura de las fuerzas costarricenses, pues se había dado cuenta de que en esos hombres había hallado unos enemigos formidables. La resistencia que encontró fue tan fiera que la batalla de Rivas iba a durar 24 horas corridas e iba a producir unas 1,000 bajas, de ellas, 500 muertos y unos 300 heridos sólo en las filas de los defensores. Aunque las bajas de Walker no pasaron de 200, representaban mucho para él, de manera que se vio obligado a retirarse, pero dejó tras de sí algo más mortal que las balas de sus filibusteros: fue el cólera, que hizo su aparición en Rivas una semana después de la batalla y mató tantos soldados y oficiales costarricenses que el presidente Mora Fernández tuvo que abandonar la ciudad y dirigirse a su país.

En su marcha hacia Costa Rica el ejército de Mora Fernández iba dejando los caminos sembrados de cadáveres. Con los supervivientes llegó el mal a Costa Rica, y con él la alarma del pueblo. El gobierno de Guatemala, que se había comprometido a actuar en Nicaragua conjuntamente con Costa Rica, no había cumplido su promesa; las bajas de Rivas habían sido muy altas y el cólera estaba atacando a miles de familias, y todo eso creó un ambiente de agitación peligroso para el gobierno del presidente Mora Fernández. La atmósfera política comenzó a cambiar a mediados de mayo, cuando en Costa Rica se supo que el presidente Rafael Carrera, de Guatemala, había ordenado el alistamiento de 500 hombres destinados a combatir en Nicaragua, pero volvió a ser difícil cuando llegó la noticia de que el presidente Pierce había recibido el 15 de mayo al nuevo ministro de Nicaragua, el sacerdote Agustín Vigil.

¿Por qué se producía ese cambio en Washington? ¿Era que Cornelius Vanderbilt había perdido la batalla frente a William Walker? No; era que los adversarios habían dejado de ser Vanderbilt y Walker, y habían pasado a ser Inglaterra y Estados Unidos. Inglaterra había en-

trado en la lucha jugando su carta en la ruta del Caribe al Pacífico, y la jugaba a través de Costa Rica, y Estados Unidos respondía jugando la suya a través del gobierno de Patricio Rivas, lo que a fin de cuentas quería decir a través de Walker. Vanderbilt había sido echado a un lado; entre él y Walker, éste era quien tenía los fusiles y quien disponía del gobierno nicaragüense, y era a él a quien había que apoyar mientras fuera útil. La Ruta del Tránsito se había convertido en un punto donde chocaban los intereses de Inglaterra y de Estados Unidos, lo cual quiere decir que eran estos últimos los que debían ser vencidos en la lucha despiadada por el control de esa ruta.

Walker, sin embargo, era un hombre desmandado, y el apoyo que estaba recibiendo en Washington lo llevó más lejos de lo que le convenía. El día 20 de junio –al año de hallarse en Nicaragua– desconoció al presidente Rivas y puso en su lugar al licenciado Fermín Ferrer, a lo que el desdichado Rivas contestó, emitiendo un decreto en que declaraba a Walker traidor a la patria. Como puede verse, don Patricio Rivas se creía un patriota, sólo que su jefe William Walker no lo creía así, y para demostrarle que el verdadero patriota era él y que los nicaragüenses auténticos estaban de su lado, ordenó que se celebraran elecciones en Granada y en Rivas, donde nadie se atrevía a desobedecer las órdenes de los filibusteros. Y aquí hemos llegado al primero de los episodios increíbles que se dieron en el Caribe en esos años, pues resultado de esas elecciones fue que "el pueblo" eligió al ex presidente de Baja California y de Sonora presidente de Nicaragua. Ahora bien, más importante y más elocuente que la elección fue lo que le siguió: El "presidente" Ferrer le entregó el poder a Walker en un acto solemne, de gran estilo, en el que se hallaba en representación oficial de su gobierno el honorable John J. Wheeler, ministro de Estados Unidos, y como era lógico que sucediera, el gobierno de William Walker fue reconocido inmediatamente por el de Washington. Si en esa época hubiera habido siquiatras, Cornelius Vanderbilt habría tenido que ponerse en las manos del más afamado de su país.

Al mediar el año de 1856 William Walker había llegado al punto más alto de su carrera de aventuras, pero como sucede tan a menudo, a dos pasos de ese punto iba a comenzar a descender.

En León, bastante cerca, por cierto, de Granada, se encontraba aquel doctor Máximo Jerez que había iniciado en 1854 el movimiento destinado a derrocar el gobierno de don Fruto Chamorro; y Jerez tenía a sus órdenes 500 hombres. Por alguna razón, Walker no tenía en cuenta a Jerez y a su medio millar de nicaragüenses, y ése fue uno de sus mayores errores en la campaña, pues Jerez dominaba León y en León comenzaron a reunirse las fuerzas que enviaron a Nicaragua El Salvador y Guatemala. El día 12 de julio llegó una columna de 800 salvadoreños; el día 18, los 500 guatemaltecos que había enviado el presidente Carrera; el 29, otra columna salvadoreña, de 400 hombres; el 25 de agosto arribaban más guatemaltecos, y mientras tanto el general Tomás Martínez reclutaba nicaragüenses, con los cuales formó una fuerza de 800. Al comenzar el mes de septiembre había en León más de 3,000 soldados listos para iniciar la lucha contra Walker, y todavía faltaba la aportación de Costa Rica, el país que había organizado la alianza centroamericana para hacerle frente al poder de los filibusteros.

El día 22 de septiembre el "presidente" Walker lanzó un decreto en el que autorizaba el establecimiento de la esclavitud en Nicaragua. Ésta era una medida que respondía a las ideas políticas y sociales de su autor, pero además estaba dirigida a asegurarle el apoyo de los estados norteamericanos del sur y en consecuencia el de los congresistas sureños en Washington. Por otra parte, puesto que Inglaterra era la enemiga jurada de la esclavitud, y sucedía que Inglaterra había metido las manos en los acontecimientos de Nicaragua, adherirse a los estados esclavistas de Norteamérica era una manera de situarse frente a Inglaterra y conquistar una posición más sólida en Estados Unidos.

Eso hizo Walker el 22 de septiembre; el 24, las fuerzas aliadas que se hallaban en León ocuparon Managua y el 2 de octubre entraban a Masaya, situada prácticamente en las puertas de Granada. Ese mismo mes de octubre llegaron más tropas salvadoreñas; el día 31 Rivas cayó en manos de los aliados y al comenzar el mes de noviembre los costarricenses estaban listos para entrar en acción bajo el mando del general Cañas.

Walker era un militar nato, audaz y de indudable capacidad para llevar adelante una ofensiva, pero no era un estratega; sabía ejecutar, no planear, y su naturaleza impulsiva lo llevaría a caer en una trampa.

A fines de noviembre los aliados estaban atacando Granada y tenían en su poder San Juan del Sur, Rivas y San Jorge, y a Walker se le ocurrió abandonar Granada para tomar la ofensiva en la corta línea San Jorge-Rivas-San Juan del Sur; así, atacó San Jorge mientras sus filibusteros incendiaban Granada –el 8 de diciembre– antes de abandonarla, y al ver que tomaba San Jorge fácilmente avanzó sobre Rivas, ciudad que los aliados abandonaron para ir a tomar San Jorge. Al caer en sus manos este último punto, los aliados pasaron a controlar la orilla oeste y la orilla sur del lago; inmediatamente después, los costarricenses pasaron a asaltar y tomar uno por uno todos los buques de la Compañía que operaban en el lago, de manera que dejaron a los filibusteros de San Juan del Norte sin medios para moverse; después de eso avanzaron hacia el este y al terminar el año de 1856 habían tomado el fuerte de San Carlos y el Castillo Viejo. Walker se había encerrado en Rivas, sin salida posible, bloqueado hacia el sur, donde los aliados tenían en sus manos San Juan del Sur; bloqueado hacia el este, pues San Jorge y el lago se hallaba en poder de aquéllos, y bloqueado hacia el norte, donde había guarniciones aliadas en Granada, Masaya, Managua y León.

¿Qué podía hacer Walker encerrado en Rivas? Prepararse a combatir hasta su último aliento y tratar de abrirse camino hacia el este. Para lo primero, comenzó a levantar fortificaciones que hicieran a Rivas inexpugnable y montó un taller de fundir balas de cañón; para lo segundo, comenzó a lanzar ataques sobre San Jorge, uno el 29 de enero de 1857; otro el 4 de febrero; otro el 7 de marzo, otro el día 16. Todos esos ataques terminaron en fracaso. La tenaza aliada había plantado bien la boca con que destruiría al atrevido y tenaz William Walker; sin embargo, el final sería sangriento. Todavía había que luchar duramente antes de ver a Nicaragua libre de los filibusteros. Por de pronto, los que se hallaban en San Juan del Norte comenzaron a recibir refuerzos de Estados Unidos y lanzaron una ofensiva desesperada hacia La Trinidad, donde los costarricenses estaban concentrando fuerzas para tomar San Juan del Norte. Habiendo tomado La Trinidad, los filibusteros avanzaron sobre el Castillo Viejo, donde se batieron como leones durante tres días contra los bisoños soldados de Costa Rica, que no estaban dispuestos a abandonarles ni una pulgada de tierra. La batalla

del Castillo Viejo tuvo episodios espeluznantes. Se combatió hasta en los barcos de los filibusteros, que fueron incendiados en medio de la lucha, lo mismo que el poblado que se hallaba al pie del castillo. A pesar de su arrojo, que demostraron hasta la saciedad, los filibusteros tuvieron que retirarse y se hicieron fuertes en la isleta Petrona, situada en medio del Desaguadero, 30 kilómetros al este del castillo.

Eso sucedía en el frente oriental; que en cuanto al occidental, el más importante, dado que en él se hallaba Walker, los aliados desataron un asalto en regla contra Rivas. Las operaciones comenzaron el 22 de marzo con un movimiento de cerco de la ciudad y la batalla se inició el día 23 con un avance enérgico, que estuvo a cargo de los costarricenses bajo el mando del general Cañas. En esa ocasión se combatió sin cesar durante siete horas: se peleaba calle por calle y casa por casa. Los costarricenses lograron llegar al centro de la ciudad y allí se hicieron fuertes. El día 26, mientras se mantenía ocasionalmente la lucha dentro de Rivas, las restantes fuerzas aliadas avanzaron para tomar posiciones en los alrededores de la ciudad y penetraron a uno de sus barrios. Agotados, muchos de ellos ya sin municiones o con sus armas inutilizadas por el uso excesivo que les estaban dando, y sobre todo desanimados porque sabían que se hallaban en una trampa sin salida, los filibusteros comenzaron a entregarse, y al mismo tiempo aumentaban los contingentes aliados que enviaban los gobiernos de Guatemala, El Salvador y Honduras. Los gobiernos aliados sabían que esa guerra loca, costosa, sangrienta, iba a ser decidida en la batalla de Rivas, y estaban dispuestos a lograr la victoria allí y en ese momento.

El día 11 de abril el centro de Rivas parecía haberse convertido en el asiento de los infiernos. Los costarricenses volvieron al ataque, esa vez sobre una casa en la que los filibusteros se habían hecho fuertes, y avanzaban abriendo brechas a través de otras casas, resueltos a aniquilar a Walker y a todos sus hombres. Pero Walker no cejaba. El capitán filibustero era de esa extraña raza de hombres para quienes una causa injusta tiene tanto valor como una justa, y luchaba por una causa injusta con un denuedo impresionante. Por otra parte, él no estaba desamparado, pues en San Juan del Sur, a muy poca distancia, se hallaba una goleta de guerra norteamericana, y su capitán se había dedicado a

sacar de Rivas a niños y mujeres, lo que era una manera de dejar el campo libre de obstáculos para que Walker pudiera batirse con más soltura; sólo que los costarricenses también se aprovechaban de esa ventaja y atacaban con tanta decisión como la que ponía Walker en resistir.

A San Juan del Norte seguían llegando refuerzos filibusteros. Los que procedían de la costa del golfo mexicano entraban directamente a la isleta Petrona, de manera que su guarnición se mantenía siempre fresca; los que partían desde California llegaban por Panamá, donde tomaban el ferrocarril Panamá-Chagres, que había comenzado a funcionar a fines de enero de 1855. El gobierno de Costa Rica decidió impedir que esos refuerzos siguieran llegando, para lo cual preparó la toma de San Juan del Norte a sangre y fuego. Ahora bien, allí, en las aguas del puerto estaba la vigilante Inglaterra, finamente oportuna; se hallaba en aquel punto tan importante para ella con un escuadrón naval comandado por el comodoro John Erskine, y el comodoro Erskine se ofreció para evitarle a San Juan del Norte los riesgos de una batalla. La mediación del marino inglés fue aceptada, los filibusteros admitieron retirarse y 400 de ellos embarcaron en los buques de guerra británicos Cossack y Tartar. Era el día 13 de abril de 1857.

Ahora bien, la batalla que no se dio en San Juan del Norte se dio dos días después en Panamá, y esa batalla fue el segundo de los episodios increíbles de esos años.

Sucedió que ese 15 de abril llegó a Panamá un contingente de filibusteros que había sido despachado para reforzar a los que había en San Juan del Norte. Como era lógico, en Panamá no podía saberse el día 15 que los filibusteros de San Juan del Norte se habían rendido el 13. Los recién llegados se hallaban en la estación del ferrocarril esperando el tren que procedía de Chagres, en el cual saldrían ellos. Uno de esos filibusteros, llamado Jack Oliver, le pidió a un vendedor de frutas un pedazo de sandía; se lo comió y se negó a pagarlo. El frutero reclamó; Oliver se molestó, le respondió con insultos y además lo amenazó con su revólver, pues todos esos aventureros cruzaban por el istmo con sus armas, que muy a menudo eran largas. Un compañero de Oliver, más consciente que él, pagó el pedazo de sandía, pero el incidente había sido presenciado por varias personas, entre las cuales

estaba un peruano llamado Miguel Abraham, y Abraham, disgustado por el abuso de Oliver, se abalanzó sobre éste v le arrebató el revólver. Así comenzó el increíble episodio, pues Abraham huyó con el revólver, Oliver corrió tras él para quitárselo, y un grupo de panameños que había estado presenciando el incidente se atravesó en el camino de Oliver para impedirle perseguir a Abraham. Al ver a Oliver rodeado de panameños que gesticulaban y gritaban, los filibusteros acudieron a atacarlos, lo que dio lugar a que otros panameños corrieran a defender a sus compatriotas. En ese momento llegaba cargado de norteamericanos el tren que esperaban los filibusteros, y al ver a compatriotas suyos envueltos en una trifulca fueron a tomar parte en ella. En eso, uno de los filibusteros hizo un disparo, otro le imitó, y en pocos minutos el incidente del pedazo de sandía se convirtió en una batalla campal, pues los disparos provocaron, como era natural, la presencia de la policía, y al llegar ésta los filibusteros se hicieron fuertes en la estación del ferrocarril, desde donde hacían fuego a los policías. Hubo que atacar la estación como si hubiera sido un reducto enemigo en medio de una guerra. El gobernador de la provincia, Francisco Fábrega, dirigió personalmente el ataque a la estación, y un tiro de un filibustero le atravesó el sombrero.

La estación fue tomada al fin por la policía con el concurso del pueblo, pero sólo después que habían caído más de 30 filibusteros, 16 de ellos muertos, y al precio de unas catorce bajas panameñas, la mayoría heridos. Cuando terminó la "batalla del pedazo de sandía" el pueblo asaltó la estación y saqueó y destruyó todo lo que había en ella. Colombia tuvo que pagar reclamaciones de casi 600,000 dólares sólo a Estados Unidos, que a Francia y a Inglaterra hubo que darles también sus partes.

Mientras tanto, William Walker seguía resistiendo en Rivas, último punto de Nicaragua donde quedaban filibusteros. El día 27 de ese mes de abril comenzaron los aliados a cañonear la ya reducida posición que ocupaba Walker en el centro de la ciudad, y entonces intervino el capitán Davis, comandante de la goleta de guerra norteamericana que estaba anclada en San Juan del Sur. Davis logró que Walker aceptara salir de Nicaragua y embarcar en su goleta, que dejó las aguas nicaragüenses a principios del mes de mayo.

Pero William Walker había probado el licor del poder, ese poder que quiso alcanzar, sin lograrlo, en la Baja California y en Sonora; había sido "presidente" de Nicaragua, un "presidente" reconocido por el gobierno de su propio país, Estados Unidos; había hecho y depuesto presidentes y ministros, había fusilado ministros y generales, había conducido a los hombres a la guerra. William Walker no iba a aceptar su derrota en Rivas, y no la aceptó. Había salido para Estados Unidos en mayo y seis meses después estaba listo para volver a las andadas; disponía de hombres, de armas, de barcos, de dinero. De todo eso le habían dado los esclavistas del sur de su país. Walker los había conquistado desde el día en que autorizó por decreto el establecimiento de la esclavitud en Nicaragua. Las ayudas que recibió el capitán filibustero tenían un precio: la anexión del país a Estados Unidos como estado esclavista. Ya que Cuba no había podido convertirse en los soñados tres estados esclavistas de la Unión, Nicaragua podía tomar su lugar.

A fines de noviembre (1857), cuando nadie en Centroamérica podía sospechar su retorno, William Walker se presentó en San Juan del Norte, y con esa rapidez que ponía en todas sus empresas, desembarcó sus filibusteros, que se adueñaron rápidamente de la ciudad; estableció su cuartel general un poco hacia el sur y lanzó a sus hombres a la conquista del río Desaguadero. Al comenzar el mes de diciembre los filibusteros habían apresado varios barcos y habían tomado el Castillo Viejo, de manera que si avanzaban y tomaban también el fuerte de San Carlos –cosa que podía suceder en cualquier momento– el lago de Nicaragua quedaría abierto ante ellos, y con el lago, Granada, San Jorge y el paso al Pacífico por Rivas y San Juan del Sur.

La presencia del temible aventurero sacudió a Centroamérica de arriba abajo. Instantáneamente comenzaron los preparativos para una nueva guerra, pero no fue necesario volver a combatir porque unos cuantos buques de guerra norteamericanos e ingleses se presentaron ante San Juan del Norte y el comandante de los primeros exigió la rendición de su osado compatriota. ¿Se daría cuenta William Walker en ese momento de que a pesar de su coraje y de sus seguidores armados, Cornelius Vanderbilt era mucho más poderoso que él? No se sabe. Lo que se sabe es que cuando comprendió que en esa ocasión los cañones navales de su país no le daban protección, sino que le ordenaban en-

tregarse, se rindió mansamente, y tras él se rindieron los ocupantes del Castillo Viejo y los que tripulaban los barcos que había apresado. Así, al comenzar el año de 1858 había terminado la pesadilla filibustera que padecía Centroamérica. Algo más de dos años después, en 1860, Walker quiso renovar sus pasadas glorias, pero esa vez no en Nicaragua, sino en Honduras; lo apresó un buque de guerra inglés, el *Icarus*, cuyo comandante lo entregó a las autoridades hondureñas, y éstas pusieron fin a sus peligrosos delirios aplicándole la pena que tradicionalmente estaba reservada a lis piratas, que era la horca. El capitán filibustero fue ejecutado en Trujillo, el 12 de septiembre de 1860.

Cuando William Walker terminaba su alucinante carrera en la horca, estaba tomando forma el tercero de los episodios increíbles que se dieron en el Caribe en esos años. Se trataba de un acontecimiento menos espectacular que los de Nicaragua, pero mucho más profundo; que comenzó con negociaciones, no con luchas armadas, pero que terminaría costando más vidas que las que hubo que sacrificar para echar a Walker de la ruta del Tránsito. Se trataba de que los gobernantes de la República Dominicana, nacida 16 años antes, estaban proponiéndoles a los gobernantes de España que aceptaran el país como una dependencia. Nunca antes se había visto nada igual y nunca se vería nada igual después. Se había conocido, y se conocería en el porvenir, el caso de grupos que se hallaban fuera del poder y hacían gestiones ante una potencia para que les ayudara a conquistarlo, pero en esa ocasión los hombres que tenían el poder en la República Dominicana solicitaban que España fuera a gobernar en lugar de ellos; se trataba de un caso de autodestitución de ellos mismos y de su país, y lo curioso es que al frente de esos hombres estaba el general Pedro Santana, a quien los dominicanos tenían que acudir cada vez que había una agresión de Haití y a quien se le había otorgado el título de Libertador.

¿Cómo podía explicarse una actitud tan extraordinaria? Los historiadores dominicanos y españoles han querido explicarla atribuyéndole a Santana preocupaciones personales por la suerte del país, que podía ser ocupado nuevamente por Haití, o sentimientos proespañoles originados en su infancia. Pero la verdad es otra. Lo que sucedía era que desde el nacimiento de la República, en 1844, se había entablado una lucha entre el sector de los grandes propietarios –hacendados o

hateros– y la pequeña burguesía; los primeros querían gobernar el país con métodos propios de los latifundistas ganaderos y los segundos aspiraban a gobernarlos con los de la burguesía, y como éstos eran pequeños burgueses, no burgueses, no acertaban a afirmarse en el poder ni a tomar las medidas propias de una burguesía gobernante, y como al mismo tiempo ocurría que los métodos primitivos de los hateros no tenían aplicación en 1860, el país se hallaba empantanado, su economía no mejoraba y no había señales de progreso por ningún lado.

La incapacidad de cualquiera de los dos sectores para sacar al país de su situación de parálisis provocaba crisis periódicas, luchas por el poder que se manifestaban en conspiraciones y movimientos llamados revolucionarios, en prisiones, decretos de exilio y fusilamientos de hombres distinguidos y hasta de una mujer. La decisión de anexar la República a España no fue sino el punto culminante de esa cadena de crisis.

Lo más curioso de ese extraño proceso es que el gobierno español no quería aceptar la anexión de la República Dominicana, lo que se explica porque España se hallaba, en una medida mucho más amplia, en el mismo caso del país antillano; las luchas entre la vieja nobleza latifundista, funcionaria y sacerdotal, y la burguesía española se hallaban en un periodo también crítico y por toda la Península había pronunciamientos militares y alzamientos populares; además, el ejército estaba guerreando en África. España no se encontraba en condiciones de hacerse cargo de un país del Caribe donde no había una industria, una mina, un negocio que llamara la atención de algunos grupos capitalistas; y, por otra parte, en España no había esos grupos; antes bien, a España le hacían falta capitales para invertir en su suelo y, por tanto, mal podía tenerlos para emplearlos afuera. Las solicitudes del gobierno dominicano llegaron a hacerse tan intensas que al fin el gobierno español encargó al capitán general de Cuba, don Francisco Serrano, que estudiara la situación y aconsejara lo que debía hacerse, y Serrano aconsejó que se aceptaran las propuestas de Santana.

El 18 de marzo de 1861 la República Dominicana quedó anexada a España mediante reuniones celebradas en las plazas de todas las poblaciones, en las cuales se firmaron actas en que se establecía que ésa era la voluntad del pueblo y se procedió a bajar de las astas la bandera

dominicana e izar en su lugar la española. A principios de abril comenzaron a llegar tropas españolas que salían de Cuba. Se había producido el tercero de los episodios increíbles que vio el Caribe en esos años.

Ahora bien, la anexión a España no liquidaba el problema que había en el fondo de las crisis dominicanas, pues ni el grupo de Santana ni el poder español estaban en capacidad de aniquilar a la pequeña burguesía del país y ésta comenzó a actuar inmediatamente. El 2 de mayo, antes de un mes de la llegada de los soldados españoles, se produjo un levantamiento contra la anexión en un lugar llamado Moca, centro de producción de tabaco en el valle del Cibao, y a fines del mismo mes entraba por la frontera haitiana del sur un grupo armado, al que encabezaba Francisco del Rosario Sánchez, uno de los tres fundadores de La Trinitaria, aquella organización que había logrado reunir a los partidarios de la independencia en 1838 y los había llevado a proclamar la existencia de la República Dominicana en febrero de 1844. Después de varias escaramuzas, Sánchez y más de 20 de sus compañeros cayeron presos, algunos de ellos –como el propio Sánchez– mal heridos; se les juzgó y condenó a muerte, y la sentencia se ejecutó el 4 de julio. Un síntoma elocuente de lo complicado que era el problema para España es que algunos oficiales españoles protestaron por la ejecución de Sánchez y sus amigos, y que ese mismo mes de julio comenzaban a aparecer en la prensa española opiniones de que en el caso de la República Dominicana –que había vuelto a llamarse Santo Domingo–, el gobierno español había actuado precipitadamente.

El general Pedro Santana, a quien la reina Isabel II había concedido el título de marqués de Las Carreras, renunció el cargo de capitán general de Santo Domingo en 1862 y fue sustituido en el mes de julio por un teniente general español, don Felipe Rivero y Lemoine. Ocho meses después, en febrero de 1863, se produjo un levantamiento en el poblado de Neyba, cerca de la frontera del sur; pocos días después se producía otro en Guayubín, cerca de la frontera del norte; uno más en Sabaneta, que se hallaba en la misma región que Guayubín, y un motín antiespañol en Santiago de los Caballeros. Todos esos movimientos eran señales de que la pequeña burguesía dominicana iba a lanzarse a una lucha a fondo. La rebelión definitiva comenzó el 16 de agosto, en

un lugar fronterizo del norte llamado Capotillo, bajo el mando de don Santiago Rodríguez.

La guerra, que se conoce en el país con el nombre de Restauradora o de la Restauración, se extendió rápidamente por toda la región norte del país, que era la más rica, y al comenzar el mes de septiembre tenía su centro en la ciudad de Santiago de los Caballeros, que fue asaltada el día 6 de ese mes por 6,000 dominicanos a quienes comandaba el general Gaspar Polanco. Allí comenzó a distinguirse Gregorio Luperón, joven mulato de origen muy humilde que saldría de la guerra convertido en una de las figuras más destacadas de la historia dominicana. Santiago fue incendiada por los restauradores; el jefe español, brigadier Buceta, voló el arsenal y emprendió una costosa retirada hacia Puerto Plata. Los dominicanos ocuparon las pocas casas que se habían salvado del fuego de Santiago y establecieron allí un gobierno revolucionario que iba a dirigir la guerra. Ese gobierno fue encabezado por el general José Antonio Salcedo, nacido en Santiago de Cuba, que sería fusilado en el curso de la lucha acusado de querer llegar a entendimientos con los españoles.

La guerra Restauradora fue larga y cruel. Era al mismo tiempo una guerra de independencia y una guerra civil, pues Santana estuvo combatiendo del lado español hasta el día de su muerte, ocurrida en junio de 1864, y junto a él combatieron muchos generales, oficiales y soldados dominicanos, algunos tan distinguidos como el general Juan Suero, a quien los españoles, asombrados de su valor, llamaban el Cid Negro.

Los soldados españoles sufrieron mucho en esa guerra. El país no tenía ni puertos ni caminos ni ferrocarriles; las intensas lluvias tropicales se alternaban con los fuertes calores de la zona; la malaria, la buba y las enfermedades intestinales causaban miles de bajas en sus filas. Por otra parte, los dominicanos hacían una guerra de emboscadas y guerrillas para la que no estaba preparado el ejército español. Para fines de 1864 la guerra se había extendido a todo el país, salvo la ciudad de Santo Domingo, si bien se luchaba en sus cercanías. En los centros gobernantes de España comenzó a formarse un movimiento que pedía el abandono de Santo Domingo y a principios de 1865 se instruyó a las autoridades militares españolas de Santo Domingo que entraran en negociaciones con los jefes dominicanos. El 1 de mayo se firmaba en la

capital dominicana el acuerdo de El Carmelo y el día 3 se expedía en Madrid el decreto de las cortes en que se acordaba el abandono de aquel territorio. El 11 de julio salían de la restaurada República Dominicana las últimas tropas españolas. Con ellas fueron a Cuba muchos oficiales dominicanos de la reserva que habían combatido hasta el último momento al lado de España. Varios de ellos iban a participar en la guerra de independencia de Cuba, que se iniciaría el 10 de octubre de 1868; uno entre ellos encabezaría el ejército libertador cubano que entró en La Habana en 1898. Ese se llamaba Máximo Gómez.

Capítulo XXIII

Las luchas por la independencia de Cuba (1868-1898)

Ningún país del Caribe ha hecho un recorrido histórico parecido al de Cuba. Las guerras de Haití fueron provocadas directamente por la Revolución francesa; las de Venezuela y Nueva Granada por la intervención de Napoleón en España; la independencia de América Central fue un subproducto de las luchas en Venezuela, Nueva Granada y México; en el nacimiento de la República Dominicana influyeron los acontecimientos que se derivaron de la Revolución francesa.

Pero el caso de Cuba fue y ha seguido siendo diferente. En 1760 Cuba era un país de economía de subsistencia; sólo en algunas regiones –alrededor de La Habana y Matanzas– había cierta producción de azúcar. Ese año Cuba exportó a España unas 3,250 toneladas del dulce. Durante la ocupación inglesa de 1762 se echaron las bases para un aumento de la producción y ésta había pasado a ser de 17,000 toneladas en 1791, el año en que comenzó la revolución de Haití. Ahora bien, Haití, que era la azucarera del mundo, salió de su revolución con las estructuras de país azucarero totalmente –o casi totalmente– destruidas, y Cuba pasó a ocupar su lugar. En 1806 Cuba estaba produciendo 38,000 toneladas del dulce; en 1826, 73,000; en 1836, 113,000; en 1846, 209,000; en 1856, 348,000; en 1866, 612,000.

El desarrollo de Cuba, en todos los órdenes, estuvo determinado por el desarrollo de su industria azucarera y ésta progresó de manera constante a partir del momento en que quedó destruida la de Haití. Históricamente, pues, Cuba pasó a ser un producto de la revolución haitiana. Ahora bien, a diferencia de lo que sucedió en Haití, cuya revolución estuvo vinculada a la de Francia, la de Cuba iba a producirse

sin que tuviera relación alguna con lo que estaba sucediendo en España, porque Cuba se convirtió en la fuente de sus propios hechos históricos, cosa singular en el Caribe.

¿Cómo se explica eso? Se explica porque para 1868, año en que comenzó su revolución, en Cuba se daban simultáneamente numerosas contradicciones. Por ejemplo, Cuba era un país más desarrollado económicamente que España y, sin embargo, dependía políticamente de ésta; el mercado del 80 por ciento de la producción cubana era Estados Unidos, con lo que recibía dólares que representaban para España su mejor fuente de divisas. España extraía indirectamente esas divisas de Cuba por medio de los impuestos y a través de lo que vendía en Cuba, que era tres veces más de lo que compraba. Económicamente, pues, Cuba era la porción más rica de España y, sin embargo, políticamente estaba gobernada no como una parte del país, sino como un territorio militar, al extremo de que los gobernantes de Cuba eran siempre tenientes generales, y éstos tenían poderes de excepción.

Por si todo eso fuera poco, Cuba, más avanzada en el orden económico que España, tenía una composición social más atrasada en un aspecto, puesto que descansaba en la esclavitud, y más adelantada en otros, puesto que había producido al mismo tiempo cierto número de burgueses criollos y españoles, una oligarquía terrateniente y esclavista criolla menos tradicionalista que la española y muy inclinada a dar el paso hacia la burguesía, y una pequeña burguesía compuesta sobre todo por españoles y canarios que era mucho más numerosa que la de España.

Ahora bien, no fueron esas contradicciones las que provocaron el estallido de la revolución cubana; fue que en medio del proceso de cambio en la producción de azúcar se presentó una crisis mundial que paralizó ese proceso y con él toda la vida económica de la isla. Esa parálisis llevó las contradicciones sociales cubanas a un punto del que no se podría salir si no era a través de la violencia.

La larga crisis económica mundial que se presentó antes de 1868 sorprendió a Cuba cuando ésta se hallaba transformando su industria azucarra, cuando iniciaba el camino hacia la concentración de su producción en menos instalaciones. La transformación había adelantado mucho en unos lugares del país y poco en otros. Por ejemplo, en Ma-

tanzas, el territorio más pequeño, había en 1868 unas 400 unidades azucareras, de las cuales 370 eran de vapor y 31 eran trapiches; pues bien, de las 612,000 toneladas de azúcar que produjo Cuba ese año, más de 300,000 habían sido fabricadas en Matanzas. En 1860 había en Camagüey 101 ingenios, de los cuales 24 eran de vapor. Al estallar la revolución, los ingenios de toda la isla eran unos 2,000, y por lo menos la mitad de ellos estaban produciendo muy poco o se hallaban parados, puesto que más de la mitad de la producción total de azúcar se obtenía sólo en Matanzas, donde estaba la mayor concentración de ingenios de vapor.

El cambio en el sistema de producción requería fuertes inversiones y éstas no pudieron hacerse en toda la isla porque lo impidió la crisis mundial, con su lógica retracción de capitales. Para 1868 había, pues, un desajuste en el campo azucarero; la industria se había modernizado en una alta proporción en occidente –sobre todo en Matanzas y en La Habana, así como en una zona de Las Villas– y muy poco en Camagüey y oriente. En estas últimas regiones el sector social predominante era el de los latifundistas esclavistas. En Camagüey, por ejemplo, de unas 2,200 propiedades agrícolas que había en 1860, más de 1,500 eran latifundios ganaderos y sólo algo más de 600 eran medianas y pequeñas, en las que se cosechaban los frutos de consumo diario.

En oriente hay una zona que forma más o menos un cuadrilátero; está situada al pie de la Sierra Maestra, donde comenzó la revolución de Fidel Castro, y se extiende hacia el norte. Partiendo de Manzanillo, a la orilla del Caribe, ese cuadrilátero está formado por una línea que corre hacia el norte hasta Las Tunas, de ahí hacia el este hasta Holguín, de Holguín hacia el sur, hasta Jiguaní y de Jiguaní otra vez a Manzanillo pasando por Bayamo. En tal cuadrilátero, que probablemente ocupa una tercera parte de toda la región oriental, vivía en 1868 la mitad de la población de la provincia, o lo que es lo mismo, algo más de 150,000 personas, puesto que para 1860 la provincia tenía unas 270,000. De esas algo más de 150,000 personas, unas 120,000 vivían en los campos, y sus líderes naturales eran los latifundistas ganaderos y los dueños de ingenios.

Ya desde principios de 1868 la situación económica de Cuba era desesperada. En las ciudades y en los campos se cerraban los comer-

cios, los dueños de ingenios pequeños y anticuados no podían producir porque no tenían capacidad para competir con los ingenios de vapor; los esclavos de esos dueños de ingenios pequeños y anticuados se convertían en cargas insostenibles; los terratenientes hipotecaban sus fincas. Como España estaba también afectada por la crisis, aumentó los impuestos que pagaban los cubanos. Ese estado de cosas favorecía la conspiración, que se extendía por todas partes, pero que se producía de manera casi espontánea en Camagüey y en la región oriental, donde la crisis era más intensa que en Occidente debido a que en ese último lugar la modernización de la industria azucarera había alcanzado a la mayoría de las fábricas y, por tanto, podían seguir produciendo a precios de mercado sin arruinarse. En la región oriental, todos los grandes propietarios del cuadrilátero descrito anteriormente participaban en la conspiración; lo mismo puede decirse de Camagüey.

La revolución cubana se produjo al mismo tiempo que el levantamiento militar que derrocó en España a Isabel II y que el movimiento de Lares en Puerto Rico. Los sucesos de España comenzaron el 19 de septiembre (1868); el grito de Lares, en Puerto Rico, tuvo lugar el día 22 y la revolución de Cuba comenzó el 10 de octubre. Esa simultaneidad indica que en los tres países había una situación crítica, llevada a su punto más alto por la quiebra económica mundial; ahora bien, lo que no hubo fue acuerdo previo entre españoles, portorriqueños y cubanos. El movimiento español triunfó fácilmente; el de Puerto Rico quedó aniquilado al comenzar; el de Cuba iba a durar 10 años.

El iniciador de este último fue Carlos Manuel de Céspedes y López del Castillo. La abundancia de apellidos da idea de cuál era su lugar en la sociedad cubana y especialmente en la de la provincia oriental, pues los hombres de su posición se pagaban mucho de ese hábito de usar varios apellidos, lo que indicaba su tendencia a parangonarse con la vieja nobleza española. Además de terrateniente ganadero era abogado y poeta, aunque esto último de manera ocasional. Había viajado por Europa, estaba habituado a vivir con esplendidez y tenía esclavos, si bien no muchos, ya que el latifundio ganadero requería relativamente pocos esclavos, pero debía tener más que otros propietarios de la región porque Céspedes era también dueño de un ingenio de azúcar.

Fue en este ingenio, llamado La Demajagua, situado en las vecindades de Manzanillo y por tanto en el cuadrilátero descrito antes, donde Céspedes inició la revolución el 10 de octubre (1868). Redactó un manifiesto en que exponía los principios de la revolución, que eran los propios de una sociedad burguesa; convocó a sus esclavos, los declaró libres y salió a atacar el poblado de Yara, donde iba a darse el primer combate de esa larga lucha. Casi inmediatamente comenzaron a levantarse, cada uno en su propiedad, los terratenientes del cuadrilátero descrito arriba. Cada terrateniente se lanzó a la lucha seguido de sus esclavos, de los pequeños agricultores que trabajaban en sus tierras como medianeros o de los medianos y pequeños propietarios que eran sus compadres, amigos y vecinos, de manera que cada uno de ellos quedó automáticamente convertido en un jefe militar que disponía de fuerzas propias y actuaba dentro de un territorio que consideraba suyo. Desde el primer momento, pues, la revolución cubana tuvo un sello característico, el de una división que iba de los jefes a las bases. Lo mismo sucedió en Camagüey, donde los levantamientos comenzaron el 4 de noviembre.

Ese sello de nacimiento, y el hecho de que el desarrollo económico del país fuera menor en Oriente, Camagüey y parte de Las Villas, mantuvo a la revolución en ciertos límites; le impidió unificarse y convertirse en nacional, puesto que no pasó a Occidente, y al cabo la condujo al agotamiento después de diez años de lucha. En suma, los grandes terratenientes de Oriente y Camagüey, que encabezaron la revolución, no pudieron producir la revolución democráticoburguesa a que aspiraban porque ellos mismos no eran burgueses. En cambio, la pequeña burguesía española y canaria de la isla, que se organizó en los llamados "Cuerpos de Voluntarios", se unificó rápidamente y desató una contraofensiva política que en poco tiempo aniquiló a los revolucionarios en una guerra social limitada, si bien de una ferocidad apropiada al carácter de las guerras sociales.

Ahora bien, los acontecimientos históricos no se producen en esquemas simples, y lo que se acaba de decir se reduce a un esquema simple de lo que sucedió en Cuba a partir de 1868. En Oriente se habían sumado a la revolución muchos pequeños propietarios campesinos, muchos negros libres y mulatos, de entre los cuales unos cuantos fueron haciéndose de prestigio militar en los diez años que duró esa

primera etapa de la lucha, de manera que al terminar ésta con la liquidación del sector de los grandes terratenientes ganaderos que se lanzaron a la revolución quedaron aquéllos como jefes conocidos del pueblo. Entre esos pequeños burgueses estaban varios de los oficiales dominicanos de la reserva que habían llegado a Cuba con las fuerzas españolas que se retiraban de Santo Domingo.

Para el mejor conocimiento de ese proceso hay que hacer a grandes rasgos la historia de los hechos, si bien resulta bastante difícil seguir un hilo en esa historia, dado que hubo muchos jefes actuando cada uno por separado y simultáneamente. Tal vez lo único que puede hacerse es seguir las actuaciones de las figuras más destacadas; por ejemplo, las del grupo de los terratenientes ganaderos, Céspedes, Calixto García, Vicente García, el marqués de Santa Lucía, Ignacio Agramonte, Tomás Estrada Palma; las del grupo de los dominicanos, Luis Marcano y Máximo Gómez; las del grupo de la pequeña burguesía cubana en el cual sobresalió Antonio Maceo.

Céspedes fue derrotado en Yara en la noche del 10 de octubre y seguido de doce hombres se dirigió a su finca de Palmas Altas, donde ya tenía citado a Luis Marcano, que junto con dos hermanos y con Máximo Gómez se dedicaba al corte de madera en El Dátil. Marcano se presentó en Palmas Altas con unos 300 campesinos de las vecindades, a los que había comprometido previamente para actuar. Céspedes quería internarse en la sierra de Nagua, a lo que se opuso Marcano, que tenía experiencia militar hecha en Santo Domingo; Céspedes propuso entonces un ataque a Manzanillo, y Marcano respondió explicando que el ataque debía ser a Bayamo, donde se hallaban los personajes más importantes de la conspiración, como Vicente Aguilera, Perucho Figuredo, Francisco Maceo Osorio y varios más. El día 17 se levantó Vicente Aguilera en su gran finca de Cabaniguán; el 18, los revolucionarios de Bayamo enviaron una comisión a Céspedes, encabezada por Perucho Figuredo, para comunicarle que lo reconocían como jefe del movimiento. Ya a esa fecha la sublevación se había extendido a casi todo el cuadrilátero Manzanillo, Tunas, Holguín, Jiguaní. Bayamo, pues, fue atacada y tomada después de dos días de lucha contra las fuerzas españolas, que eran reducidas pero que se habían concentrado en el cuartel, situado en el centro de la ciudad.

Desde Santiago de Cuba se despachó una columna para reconquistar Bayamo, pero esa columna fue sorprendida en Ventas de Casanova por Máximo Gómez, que dio allí la primera carga al machete de la revolución cubana. La carga obligó a la columna española a retirarse y Bayamo quedó fuera de peligro.

La toma de Bayamo y la victoria de Ventas de Casanova llenaron de entusiasmo a las fuerzas revolucionarias, pero las debilidades que eran propias del grupo social que dirigía el levantamiento iban a provocar rápidamente la primera crisis de la revolución. El capitán general de la isla –don Francisco Lersundi– despachó hacia Bayamo al conde de Valmaseda, nada más y nada menos que su segundo en mando. Valmaseda llevó consigo 2,700 hombres y Céspedes confió la tarea de batirlos a Donato Mármol, uno de los grandes terratenientes de la zona, y a Modesto Díaz, oficial dominicano. Pues bien, Donato Mármol no cumplió las órdenes de Céspedes tal como éste se las había dado porque creyó que si actuaba de acuerdo con ellas sería Modesto Díaz y no él quien ganaría los lauros de la victoria sobre los españoles, y su actitud, coherente con su posición social, que le daba categoría de caudillo, condujo a su derrota en El Saladillo y al consiguiente incendio de Bayamo, que fue quemado el 12 de enero de 1869 por sus propios pobladores para impedir que cayera en manos de Valmaseda.

Cuando sucedía eso, ya Lersundi había sido reemplazado con el general Domingo Dulce, que llegó a La Habana el 4 de enero. Dulce comenzó aplicando a Cuba algunas de las medidas liberales que estaban siendo ejecutadas en España por la llamada "revolución gloriosa", y trató de llegar a un acuerdo de paz con Céspedes. Pero ya era tarde. La pequeña burguesía española y canaria de la isla, y sobre todo de La Habana, compuesta por funcionarios públicos, pequeños propietarios y tenderos y empleados, organizada en los llamados "Cuerpos de Voluntarios", no le dejaría a Dulce campo para maniobrar políticamente. Esa pequeña burguesía iba a provocar desde el momento mismo en que estalló la revolución la más peculiar de las guerras sociales del Caribe. Para llevarla a cabo, los voluntarios crearon un clima de terror que obligaría a las autoridades de la isla a tomar medidas cada vez más violentas contra todos los que se hallaban en las filas de la revolución o eran sospechosos de simpatizar con ellos.

El instrumento de la guerra social hecha por los voluntarios de Cuba fueron las autoridades, cosa muy diferente de lo que había pasado en Haití y en Venezuela. Como se recordará, en Haití las autoridades francesas se apoyaron en las masas negras cuando se hizo evidente que los *grands blancs* se volvían contra el gobierno francés; en Venezuela, la masa del pueblo venezolano se unió a Monteverde, primero, y a Boves después, para aplastar a los mantuanos que se habían rebelado contra España. Pero en Cuba no sucedió así; ni las masas cubanas se pusieron del lado de España ni las autoridades españolas se valieron de los cubanos, esclavos o libres, negros o blancos, para luchar contra la revolución. En Cuba, los voluntarios, organización de la pequeña burguesía española y canaria, obligaron a las autoridades, que se habían propuesto llegar a un acuerdo con los revolucionarios, a adoptar una línea totalmente opuesta; la de los fusilamientos, las confiscaciones, la persecución más despiadada. Puede decirse que esa pequeña burguesía hizo en Cuba la guerra social que no había podido hacer en España.

Las primeras manifestaciones de la presión de los voluntarios sobre las autoridades de la isla se produjeron a raíz del 10 de octubre, pero se hicieron incontrolables unos días después del incendio de Bayamo. En ocasión de un tiroteo entre algunos jóvenes cubanos y unos policías que fueron a hacer un registro en busca de armas, cayeron presos dos de los jóvenes. Los voluntarios se lanzaron a las calles de La Habana pidiendo a gritos que los dos presos fueran pasados por las armas inmediatamente, a lo que se opuso el general Dulce. A esa negativa de Dulce respondieron los voluntarios desatando el terror en la ciudad durante varios días, a partir del 22 de enero, pretextando que en una función del teatro Villanueva se habían dado vivas a Cuba libre y a Céspedes... Los voluntarios atacaban a tiros casas, cafés y comercios de cubanos sospechosos de simpatizar con la revolución. Hubo varios muertos y heridos, y el terror desatado fue tan grande que inmediatamente comenzaron a salir hacia Estados Unidos todos los que disponían de medios para hacerlo. Se estima que de febrero a septiembre de ese año (1869) salieron de Cuba más de 100,000 personas, todas, o casi todas, de buena posición económica, esto es, personas que se hallaban situadas en la cúspide de la composición social del país.

El 21 de marzo salían hacia España en condición de presos varios cubanos que habían caído prisioneros al producirse un levantamiento en Las Villas. El general Dulce había conseguido sacarlos de Cuba, única manera de evitar su fusilamiento, que los voluntarios reclamaban estentóreamente. Pues bien, ese día se amontonaron en los muelles de La Habana, a pocos pasos de la residencia del capitán general, miles de voluntarios, que de buenas a primeras comenzaron a pedir que se fusilara a un jovenzuelo a quienes ellos acusaban de haber dado gritos de "¡Viva Cuba Libre!" En realidad, el muchacho era un descuidero que había hurtado una bolsa a alguien. Un comisario de policía que lo había detenido quiso explicar de qué se trataba, pero la multitud lo linchó y mató e hirió a varios policías que pretendieron defender a su jefe. Eso sucedía dentro del castillo de La Fuerza, en presencia del general Dulce, que había ido allí a imponer orden en aquella muchedumbre enfurecida. El capitán general se vio en una situación tan difícil que tuvo que autorizar el fusilamiento del muchacho y éste fue ejecutado a las seis de la tarde. Una vez llevada a cabo la ejecución, millares de voluntarios que actuaban como locos se lanzaron a recorrer las calles de La Habana, donde dieron muerte e hirieron a varias personas acusadas de ser partidarias de la revolución y destrozaron numerosas propiedades de cubanos.

La presión de los voluntarios obligó al gobierno de la isla a decretar la confiscación de los bienes de todos los que eran sospechosos de tener actividades revolucionarias, así como a autorizar los juicios sumarios verbales que terminaban siempre en fusilamientos. En poco tiempo miles de propietarios pasaron a ser pobres de la noche a la mañana y el terror se extendió por todo el país. Las primeras confiscaciones se hicieron a mediados de abril (1869); para fines de 1870 alcanzaban a más de 4,000 propiedades, entre las que había ingenios, haciendas ganaderas, esclavos, casas de vivienda en las ciudades, dinero en efectivo, rentas, acciones; en total, bienes que valían no menos de 125'000,000 dólares, es decir, más de 625'000,000 de pesetas de aquella época, una cifra que no nos da hoy ni siquiera una idea aproximada de todo lo que representaba. Y como al mismo tiempo se procedía a ejecutar a los revolucionarios donde se les cogía, la situación llegó a ser desesperada. Desde luego, las propiedades confiscadas iban a pasar después a manos de los voluntarios.

El día 10 de abril comenzaron los trabajos de una Asamblea Constituyente que debía organizar el gobierno de la República de Cuba en armas. El sitio donde se reunió esa Asamblea fue Guáimaro, a medio camino entre Las Tunas y Camagüey. Los asambleístas pertenecían al sector de los terratenientes ganaderos y dueños de ingenios, que llevaron a Guáimaro al mismo tiempo las mejores ideas para organizar un gobierno sobre el modelo de la sociedad burguesa norteamericana o inglesa y a la vez todas las deformaciones de la clase social a la que pertenecían. De la suma de aquellas ideas y estas deformaciones surgió una Constitución liberal y un gobierno profundamente débil, presidido por Carlos Manuel de Céspedes. El Poder Legislativo, formado por una Cámara de Representantes, escogería a los jefes militares, y el presidente de la República tendría apenas una función simbólica. En verdad, la Cámara no era sino una reunión de representantes de los caudillos locales, empeñados en restarle autoridad a Céspedes. El caso hacía evocar a los infantes de Aragón, quienes le recordaban al Rey que "cada uno de nos vale tanto como vos, y todos juntos, más que vos".

En Guáimaro quedó legalizada la división de la revolución en grupos caudillistas y se le asestó una herida que la mataría más tarde o más temprano, pues ninguna revolución puede triunfar si no tiene un mando político y militar férreo.

Por lo demás, la Constitución de Guáimaro consagró como ley fundamental de la República la profunda debilidad que surgía de las contradicciones en que se debatía la clase que dirigía la revolución. Y, sin embargo, las medidas tomadas por las autoridades de la isla –respaldadas, desde luego, por el gobierno español– eran de tal naturaleza que los revolucionarios no tenían salida: o conquistaban la libertad o tenían que morir. Cien años después Fidel Castro se vería en una situación muy parecida, pero desde una posición más ventajosa.

El año de 1869 los revolucionarios recibieron golpes muy duros en Oriente y Camagüey, pero lograron recuperarse y para mediados de 1870 estaban tomando la ofensiva en varios frentes. Ya comenzaban a aparecer jefes militares que se imponían por méritos de guerra, no a causa de que habían tenido una posición social destacada; ya se aceptaba la jefatura de un Máximo Gómez, miembro de la pequeña burguesía que además no era cubano; ya se oía hablar de jefes negros,

como Guillermón Moncada, o mulatos como Antonio y José Maceo. Pero subsistían los caudillos locales, como Vicente García, en la zona de las Tunas o Ignacio Agramonte en Camagüey. Este último llegó a ser una figura excepcional; su cultura, su capacidad de heroísmo y sus condiciones de carácter indicaban que estaba llamado a ocupar el primer lugar de la revolución. Para el año de 1871 era el jefe indiscutido de Camagüey y para 1872 era el más brillante de los generales cubanos.

En diciembre de 1870 ocupó la Capitanía General de la isla el conde de Valmaseda; al comenzar el año 1871 la revolución estaba tomando fuerza en Oriente y Camagüey, pero al mismo tiempo la tomaban los voluntarios en La Habana. A fines de agosto, el capitán general tuvo que autorizar el fusilamiento del poeta Juan Clemente Zanea, en un esfuerzo por aplacar a los voluntarios, que querían más víctimas y más propiedades de cubanos; en noviembre se produjo el caso de los estudiantes de medicina, que fue una culminación del proceso de guerra social llevada adelante por los voluntarios.

Sucedió que el periodista Gonzalo Castañón, vocero de los voluntarios, fue muerto por un emigrado cubano en Cayo Hueso, Florida, en enero de ese año, y en noviembre apareció rayado el cristal de su tumba en La Habana. El gobernador de La Habana detuvo personalmente a un numeroso grupo de estudiantes de medicina a quienes acusó de haber profanado la tumba de Castañón. Si la acusación hubiera sido probada, los estudiantes pudieran haber sido condenados a algunos días de cárcel y tal vez a una multa; sin embargo, aun sin tener pruebas, los voluntarios se lanzaron a las calles a pedir el fusilamiento de esos jóvenes. El estado de agitación creado el día 26 de noviembre fue de tal naturaleza que el general Crespo, capitán general interino –pues Valmaseda se hallaba en el interior de la isla–, ordenó que un consejo de guerra juzgara a los estudiantes, Estos fueron absueltos, lo que provocó tal ira entre los voluntarios que reclamaron un nuevo consejo de guerra formado por representantes de los batallones de voluntarios. Cuando se leyeron las condenas, ocho a muerte y 34 a presidio, el capitán Capdevila, defensor de los estudiantes, rompió su espada en demostración de protesta. Valmaseda se apresuró a anunciar su llegada a La Habana, lo que provocó el cumplimiento inmediato de la condena, pues los voluntarios temían que el capitán general podía demorar los

fusilamientos. Los estudiantes, todos jóvenes de menos de 20 años, fueron fusilados el 27 de noviembre (1871). Valmaseda comprendió que con esos métodos la guerra de Cuba se agravaría y el 30 de mayo del año siguiente presentó su dimisión.

Mientras tanto, la situación en el campo revolucionario no podía mejorar. El presidente Ulises S. Grant, siguiendo la política norteamericana de impedir que Cuba fuera independiente mientras no pudiera caer bajo el poder de Estados Unidos, había prohibido la salida de armas para la isla, y las luchas de la Cámara de Representantes contra Céspedes habían convertido el gobierno de la República en armas en un cuerpo envenenado por las divisiones. Por otra parte, la miseria se había extendido por todas partes. Céspedes vivía en un bohío cuyos únicos muebles eran una hamaca y una mesa rústica; perseguido a la vez por los españoles y por sus compañeros de lucha, cada general cubano recelaba de él. El 11 de mayo de 1873 murió Agramonte en el combate de Jinaguayú; su cadáver quedó en manos españolas, que lo quemaron y lo enterraron en un lugar secreto. Máximo Gómez pasó a ocupar la jefatura de Camagüey y el mando de Oriente quedó dividido entre Calixto García y Vicente García. En esos dos jefes se apoyó la Cámara para destituir a Céspedes.

Calixto García había ganado el 25 de septiembre la importante acción de Rejondón de Báguanos, en la que le causó unos 300 muertos y le tomó un buen botín de guerra al coronel español Gómez Domínguez, que mandaba una columna de 1,500 hombres, de manera que la Cámara tenía el respaldo de un militar victorioso cuando se reunió el 20 de octubre en Bijagual para desconocer a Céspedes. Allí, en Bijagual, se hallaba Calixto García con 3,000 hombres. Céspedes presentó su renuncia, pero la Cámara no la aceptó, sino que lo destituyó el día 28 de octubre y designó en su lugar al marqués de Santa Lucía, don Salvador Cisneros Betancourt, del grupo de los grandes terratenientes de Camagüey.

Cisneros Betancourt formó gobierno con conocidos enemigos de Céspedes, como Francisco Maceo Osorio y Vicente García. El iniciador de la revolución pidió permiso para salir del país y le fue negado; al contrario, se le ordenó seguir al gobierno adonde éste se moviera; después se le retiró la escolta, y al final se le autorizó a retirarse a cualquier sitio dentro de Cuba, y se fue a San Lorenzo, en la Sierra Maestra, don-

de en marzo de 1874 lo asaltó una columna española despachada desde Santiago de Cuba. Antes de caer había disparado la última bala de su revólver. En la hora de su muerte no tenía a su lado a un solo cubano.

Calixto García seguía combatiendo con éxito, pero sin salir de Holguín, que era su feudo; Vicente García obtenía victorias, pero en su feudo de Las Tunas. El único jefe militar con una visión nacional de la guerra, Máximo Gómez, no podía ser líder político, entre otras razones porque no era cubano. Gómez reclamaba fuerzas para llevar la guerra a Occidente, pero los jefes orientales no querían desprenderse de las que tenían. La insistencia de Gómez sobre el gobierno y sobre los dos generales García dio al fin algunos frutos, y al empezar el mes de febrero de 1874 comenzó su marcha hacia Occidente; sin embargo, esa marcha quedó frustrada con la acción del Naranjo, donde los cubanos derrotaron la columna del brigadier Báscones, pero al precio de quedarse sin parque y de un alto número de heridos, entre ellos oficiales de valor y capacidad como Guillermón Moncada y Flor Crombet. Algo parecido sucedió en la batalla de Las Guásimas, que duró desde el día 15 hasta el 17 de marzo. También en Las Guásimas quedaron vencedores los cubanos, pero ya no les sobraban fuerzas para marchar hacia Occidente.

Al comenzar el mes de octubre (1874) el general Calixto García se movía por la zona de Bayamo con una escolta de unos 40 hombres. El día 5 tomó un corto descanso en San Antonio la Baja mientras sus acompañantes recorrían el lugar en busca de viandas. Una patrulla española que andaba por la zona sorprendió al general; éste luchó, pero cuando advirtió que sólo le quedaba una bala en el revólver se dio un tiro bajo la barba para no caer prisionero. El tiro, sin embargo, no lo mató; le salió por la frente, y el herido fue transportado a Santiago de Cuba, donde los españoles lo atendieron hasta curarlo; después se le envió preso a España. Así, Cuba perdió al mejor de los generales que había producido el grupo de los caudillos locales del cuadrilátero Manzanillo-Tunas-Holguín-Jiguaní.

Máximo Gómez persistía en llevar la guerra a Matanzas, La Habana y Vueltabajo, y a pesar de la oposición del gobierno, cruzó en el mes de enero de 1875 la trocha de fuertes que habían formado los españoles entre Júcaro, al sur, y Morón, al norte, y entró a Las Villas, donde or-

ganizó guerrillas y comenzó a desatar ataques y a levantar el espíritu revolucionario, a pesar de lo cual no pudo conseguir que la revolución avanzara.

Mientras tanto, la situación política de la revolución se descomponía cada vez más de prisa. En abril de 1875, Vicente García organizó un movimiento para que los militares desconocieran al marqués de Santa Lucía como presidente de la República en armas; el marqués renunció el 1 de julio de 1875 y le sucedió el presidente de la Cámara, el coronel Juan Bautista Spotorno, en condición de interino. El 20 de marzo de 1876 tomaron posesión de sus puestos los nuevos miembros de la Cámara; el día 28 llegaron a Las Villas los refuerzos que el general Gómez había estado esperando durante más de un año, pero se trataba de unos 400 hombres que le enviaban Antonio Maceo y Modesto Díaz, dos jefes que no pertenecían al sector de los caudillos locales de Oriente, dato muy significativo; el día 29 quedó elegido presidente de la República Tomás Estrada Palma; el día 31 Gómez anotaba en su diario que las luchas internas estaban dando síntomas de presencia en Las Villas.

Y así era. Aquella revolución que llevaba ya más de siete años, en la que habían muerto tantos cubanos, en la que tantos habían perdido sus bienes, no había logrado superar el nivel de empresa individual de cada jefe. Cuba no había dado un caudillo como Bolívar o como Toussaint o Dessalines. En realidad, la composición social del país no lo permitía. La clase dominante de Oriente, Camagüey y una parte de Las Villas era la oligarquía terrateniente, ganadera y azucarera, pero esto último en proporción pequeña y a base de ingenios anticuados y antieconómicos; en esos territorios la pequeña burguesía estaba compuesta mayormente por cubanos agricultores. La clase dominante de Occidente estaba compuesta por una burguesía industrial azucarera que no se unió a la revolución, y la pequeña burguesía era sobre todo española y canaria, fanáticamente antirrevolucionaria. Los esclavos de Oriente, Camagüey y parte de Las Villas, se fueron a la guerra con sus amos; los de Occidente siguieron también a sus amos en su posición de indiferencia. Los occidentales de la burguesía o de la oligarquía terrateniente o de la pequeña burguesía que podían sumarse a la guerra, o emigraron y se quedaron en la emigración, o salieron hacia Camagüey y Oriente

para unirse a los que combatían. Limitada a la mitad oriental de la isla, la revolución quedó afectada por las luchas internas de sus jefes, y esas luchas provenían de las características de clase de esos jefes.

En marzo de 1877, el general Vicente García encabezó otro golpe contra el gobierno. Había recibido órdenes de trasladarse a Las Villas para llevar a cabo la invasión a Occidente, única posibilidad de convertir la revolución en un movimiento nacional, tal como venía afirmándolo Máximo Gómez desde hacía tiempo, pero Vicente García no aceptaba la idea de alejarse de su territorio de Las Tunas. El día 11 de mayo, una junta de oficiales y jefes convocados por él acordó llamar "al pueblo y al ejército en armas a derrocar a Estrada Palma, disolver e iniciar un movimiento de reformas políticomilitares". La sedición se extendió a todo Oriente, donde sólo Antonio Maceo se negó a sumársele. Los esfuerzos de Máximo Gómez para evitar el fracaso total fueron inútiles. La larga y costosa revolución cubana estaba herida de muerte.

El general Arsenio Martínez Campos, a cuyo cargo estaban las fuerzas españolas de Cuba, aprovechaba esta situación de la revolución y al mismo tiempo atacaba a fondo en Camagüey y Oriente, y ofrecía la paz en condiciones que muchos cubanos consideraban buenas. A mediados de 1877 no quedaban en todo el campo revolucionario más fuerzas organizadas que las de Flor Crombet y Antonio Maceo, y el 7 de agosto éste fue herido en un combate que tuvo lugar en los Mangos de Mejías, cerca de Mayarí. Máximo Gómez, que se hallaba presente porque había sido enviado por el gobierno a estudiar el estado de la revolución en Oriente, terminó el combate al frente de las fuerzas cubanas; después dejó el mando de las fuerzas de Maceo a Modesto Díaz y volvió a Camagüey, donde se hallaba el gobierno trashumante de la República.

En ese momento Suecia se retiraba del Caribe. Desde hacía 70 años habían empezado las proposiciones para que el país abandonara San Bartolomé. En 1831 la isla no podía mantenerse con sus propios medios, pues el uso de la remolacha en la producción azucarera de Europa convertía en antieconómico el negocio de la caña en territorios pequeños. Suecia tuvo que subsidiar a San Bartolomé. En 1844 y en 1845 llegaron a oírse en el Parlamento voces pidiendo que se entregara la isla a otro país. Pero Suecia no iba a cederla gratuitamente; empezó a negociar con Francia y obtuvo que ésta le diera 320,000 francos por la

isla, siempre que los colonos que vivían en ella aceptaran la transacción. Los colonos la aceptaron y el tratado de venta fue firmado el 10 de agosto de 1877.

La situación cubana seguía de mal en peor. El 19 de octubre cayó prisionero de los españoles el presidente Estrada Palma y al terminar el año la Cámara eligió presidente a Vicente García. El más tenaz de los caudillos locales de Cuba había llegado, al fin, a la posición que estuvo persiguiendo durante años. ¿Para qué, sin embargo? Para poner sobre la revolución moribunda la lápida en que había de figurar la fecha de su muerte.

Efectivamente, las fuerzas de Camagüey, bajo la autoridad de un llamado Comité del Centro, firmaron el 10 de febrero el pacto del Zanjón, que fue aceptado por Vicente García, por los miembros de la Cámara y por todos los generales con la excepción de Antonio Maceo. El 15 de marzo, éste y Martínez Campos se entrevistaron en los Mangos de Baraguá. Maceo rechazó el acuerdo del Zanjón y al despedirse ambos generales quedaron en que las hostilidades se reanudarían el día 23. El 16 se redactó un estatuto provisional por el que se regiría en adelante la revolución y se eligió un gobierno presidido por el general Manuel Calvar, a quien sus amigos llamaban Titá. Calvar pertenecía también al grupo de los grandes terratenientes del cuadrilátero ManzanilloTunasHolguínJiguaní. Vicente García fue designado general en jefe y Antonio Maceo jefe de Oriente.

Martínez Campos quiso hacer un esfuerzo más e invitó a los revolucionarios a una nueva entrevista, que se celebró el día 22. Al terminar, el general Calvar se despidió anunciando:

—Mañana se rompen las hostilidades.

Y, efectivamente, a partir del día 23 de marzo comenzaron las guerrillas cubanas a hostilizar a las tropas españolas donde quiera que las encontraban, y la única respuesta de los atacados eran gritos de "¡Viva Cuba, viva la paz!" Ante esta conducta, comenzaron a presentarse en los campamentos españoles grupos cada vez más numerosos de cubanos, en ocasiones con todos sus familiares, pero eran devueltos a las filas revolucionarias con armas, con ropa nueva, con dinero, con comida. La reacción de los cubanos fue, naturalmente, negarse a combatir a los que los trataban de tal modo. Cuando se hizo evidente que

ni los españoles ni los cubanos deseaban proseguir la guerra, el gobierno provisional pidió a Maceo que saliera del país y le solicitó a Martínez Campos facilidades para su salida. El general español puso a su disposición un buque de guerra que lo llevó a Jamaica. Tres semanas después, el 28 de mayo, el gobierno provisional –el de la protesta de Baraguá– aceptó los términos de la paz del Zanjón.

Al terminar la guerra, media isla de Cuba estaba devastada. En Camagüey, por ejemplo, quedaron sólo dos ingenios de azúcar, dos potreros y unas 200 reses, y en la capital del departamento, llamada entonces Puerto Príncipe, había más de 1,000 casas vacías. La clase social que inició y encabezó la revolución quedó liquidada, lo mismo en Oriente que en Camagüey; los que salvaron la vida no salvaron los bienes. Las mujeres de las familias que habían vivido en la esplendidez cosían, lavaban, y planchaban en la emigración. Había millares y millares de cubanos establecidos en Norteamérica, en todo el Caribe y hasta en España. Y como sucede siempre, esa emigración injurió a los luchadores que salieron de Cuba; los, acusó de traidores, echó lodo sobre sus reputaciones; sin embargo, el general Calixto García, puesto en libertad a causa de los términos del acuerdo del Zanjón, se salvó de esas acusaciones, lo que se explicaba porque estuvo preso en España desde principios de 1875. Así, cuando llegó a Nueva York se convirtió en el líder de los que deseaban reanudar la guerra. La larga lucha, en la que los cubanos demostraron un valor a toda prueba, con su cúmulo de episodios heroicos y fascinantes, con su enorme fondo de sacrificios, de muertos, de despojos, de torturados y vejados, había creado una mística patriótica y había llevado el nombre de la isla a todo el mundo. Miles de cubanos, en la emigración y dentro del país, soñaban con volver a la guerra, y Calixto García, con su fama de guerrero esforzado, con su cicatriz en la frente, encarnó esos deseos. Así, al comenzar el año de 1879 ya había cubanos recogiendo dinero en la emigración para comprar armas con que reemprender la lucha bajo el mando de Calixto García.

El movimiento comenzó en la noche del 24 de agosto de 1879 con el alzamiento en Gibara y Holguín de algunos grupos a quienes encabezaba Belisario Grave de Peralta; continuó el día 26 con el de José Maceo, Quintín Banderas y Guillermón Moncada, en Santiago de Cu-

ba; fracasó en La Habana y Matanzas con la prisión de José Martí, Juan Gualberto Gómez y otros compañeros. Pero fue sólo el 7 de mayo del año siguiente (1880) cuando Calixto García pudo llegar a Cuba. Desembarcó por el sur de Oriente, al pie de la Sierra Maestra; tres semanas después. José Maceo, Guillermón Moncada y Quintín Banderas, que no estaban enterados de la presencia del general García en Cuba, se rendían a las autoridades españolas, que los enviaron a los presidios de África. Al comenzar el mes de agosto, Calixto García caía también en manos españolas; en septiembre se rendían en Las Villas los últimos restos de lo que se llamó la Guerra Chiquita. De los 6,000 cubanos que habían tomado parte en ella, la tercera parte –esto es, 2,000– dejó la vida en los campos de batalla.

Pero en esa ocasión no hubo guerra social; no quedaba ya en Cuba contra quién hacerla. La mayoría de los jefes que tomaron parte en la Guerra Chiquita eran gente modesta, de la pequeña burguesía; muchos de ellos negros –como Guillermón Moncada y Quintín Banderas–; mulatos, como José Maceo. Entre los que actuaron en actividades no militares, estaba José Martí, abogado pobre, hijo de un funcionario español de ínfima categoría; estaba Juan Gualberto Gómez, también profesional pobre y además mulato. A los hombres de ese estrato social iba a tocarles organizar, dirigir y hacer la guerra quince años después. Calixto García, que participaría en ella, tendría una posición de segundo orden. Las grandes figuras militares serían Máximo Gómez y Antonio Maceo; la gran figura civil sería José Martí.

José Martí es la personalidad más sugestiva y atrayente que ha producido no sólo el Caribe, sino toda la América española. Tenía a un mismo tiempo, y en todos los casos en un grado exaltado, inteligencia y sensibilidad, dulzura y energía, bondad y pasión. Poeta finísimo, fue el iniciador del movimiento modernista en lengua española. Nadie en su época hubiera sido capaz de decir, como lo hizo él, hablando de una bailarina española, que era "la Virgen de la Asunción/bailando un baile andaluz" o "parecía un alhelí/que se pusiera un sombrero". Nadie en su época era capaz de comenzar un poema como "La niña de Guatemala":"Quiero a la sombra de un ala/contar este cuento en flor…". Pero escribía en prosa también un español deslumbrante, rico, preciso, como no se había escrito antes. Pues bien, ese poeta, ese escritor, hom-

bre físicamente endeble, enfermo desde jovenzuelo a causa de los trabajos que padeció en el presidio de Isla de Pinos por su actividad revolucionaria; esa naturaleza nerviosa, profunda y vehemente, se dedicó a organizar la revolución; le dedicó a esa tarea todos los días de su vida año tras año. Viajó sin descanso por todo el Caribe y por los lugares de Estados Unidos donde había núcleos de emigrados. Como era un orador excepcional, los cubanos se agolpaban para oírle y él iba formando clubs o centros a los cuales coordinó al fin en el Partido Revolucionario Cubano, fundado al comenzar el año de 1892. En marzo empezó a publicar el periódico *Patria;* en abril el partido lo eligió delegado, que equivalía a la más alta autoridad de la organización, e inmediatamente se lanzó a preparar la guerra dentro de Cuba y la aportación de hombres y armas desde el exterior.

Las prédicas de Martí estaban causando una seria impresión en los países de lengua española del Caribe; no sólo dirigían la atención de las juventudes de la región hacia la situación de Cuba, sino que además se reflejaban en la posición de sectores importantes de esos pueblos frente a sus propios problemas. Los artículos y los versos de Martí se leían ávidamente en todas las ciudades, villas y hasta aldeas. Para 1893, el poeta y escritor cubano era la figura más respetada y a la vez más popular en esos países.

A principios de 1894 comenzó a resolverse en Nicaragua el problema mosquito. Desde 1860 Inglaterra había reconocido los derechos de Nicaragua sobre la Mosquitia, pero de manera limitada, pues los mosquitos pasaron a ser una reserva con ciertos privilegios legales que Inglaterra garantizaba mediante algunas cláusulas del tratado anglonicaragüense que se había firmado ese año. En 1888 la Gran Bretaña hizo saber que, según el tratado y la interpretación que le había dado su árbitro, el emperador de Austria, Nicaragua no tenía jurisdicción policial o militar sobre los territorios de la reserva mosquita. A principios de 1894, con motivo de una divergencia con Honduras que llegó a tener caracteres de disputa armada entre los dos países, Nicaragua envió fuerzas a Bluefields, y como los mosquitos comenzaron a agitarse, el general Rigoberto Cabezas decidió tomar el puerto, lo que hizo en la noche del 11 al 12 de febrero. El día 12 declaró la ley marcial y desconoció a las autoridades de la reserva mosquita. La respuesta in-

glesa fue enviar al lugar el navío *Cleopatra* y desembarcar soldados, y aunque se llegó a un arreglo a base de un ayuntamiento provisional en que estaban representados los mosquitos de Bluefields, unos cuantos súbditos ingleses, que procedían de Jamaica y de otros puntos británicos del Caribe, organizaron un levantamiento que estalló al fin en Corn Island el 3 de julio y en Bluefields el día 5.

Ese levantamiento fue encabezado por el jefe mosquito, pues desde que el reino de Mosquitia quedó convertido en reserva desaparecieron los monarcas para ser sustituidos por jefes, pero la jefatura era hereditaria, como lo había sido la "corona". En julio de 1894, el jefe era un joven llamado Robert Henry Clarence, que vivía en Laguna de las Perlas, al norte de Blueflelds. Pero el organizador del movimiento fue E. D. Hatch, que actuaba como vicecónsul británico en Bluefields, con apoyo de los buques de guerra ingleses que pasaban de tarde en tarde por esas aguas. Al investigar los orígenes del levantamiento se averiguó que Hatch no era vicecónsul. El cónsul inglés en San Juan del Norte le había dado un extraño nombramiento de procónsul y Hatch se dedicó a actuar como *acting proconsul*, una invención sin precedentes conocidos. Por otra parte, no tenía *exequátur* del gobierno de Nicaragua. En el levantamiento estuvieron mezclados norteamericanos, ingleses, alemanes, casi todos los comerciantes de Bluefields y numerosos negros jamaicanos. La lucha se libró en Bluff y en Bluefields y hubo bajas nicaragüenses. En varios de sus episodios intervinieron el capitán O'Neil, del crucero norteamericano *Marblehead,* como mediador, y marinos ingleses del *Cleopatra,* el *Mahauk* y el *Magicienne,* del lado mosquito.

El general Cabezas tomó Bluff el 31 de julio, y el día 3 de agosto entró a Bluefields para tomar posesión de la ciudad a nombre de Nicaragua sin necesidad de usar las armas. A partir de ese momento la Mosquitia quedó incorporada de hecho a Nicaragua, aunque fue necesario mantener largas negociaciones con Inglaterra para que esa incorporación quedara legalizada. Pero de hecho, a partir del 3 de agosto de ese año de 1894, Inglaterra dejó de ser un poder efectivo en la Mosquitia. En la costa caribe de la América Central, la Gran Bretaña quedó reducida a Belice –British Honduras.

Al terminar 1894 el Partido Revolucionario Cubano, bajo la dirección de Martí, estaba listo para iniciar la nueva guerra de independen-

cia de Cuba. La revolución comenzó el día 24 de febrero, con varios levantamientos en Matanzas, Las Villas y Oriente, pero sólo los últimos prosperaron. En poco tiempo los grupos de Oriente reconocieron como su jefe al general Bartolomé Masó, uno de los pocos sobrevivientes del grupo de caudillos locales que habían encabezado la guerra de 1868. Antonio Maceo y Flor Crombet llegaron a Cuba a fines de marzo, por la playa de Duaba, cerca de Baracoa; Martí y Máximo Gómez entraron por Playitas, en la costa sur, en la noche del 11 de abril.

El día 20, después de atravesar la región montañosa del sur rehuyendo persecuciones, lanzándose por precipicios, y después de haber perdido a su compañero Flor Crombet, muerto en una emboscada, Antonio Maceo pudo reunirse con fuerzas cubanas en Vega Bellaca. Mientras tanto, Gómez y Martí, caminando a pie, con tres o cuatro compañeros, pudieron llegar el día 14 a Vega Batea, donde hallaron un destacamento revolucionario, y el 25 alcanzaron a reunirse con José Maceo, que acababa de dar un combate. Desde el 16 se hallaba en Guantánamo Martínez Campos. Martí, Gómez y Maceo vinieron a reunirse el 5 de mayo en el ingenio La Mejorana. Nunca se ha sabido lo que pasó en esa reunión, pero todo indica que Maceo se opuso a que la revolución tuviera una dirección civil; sin embargo, el día 6, mientras Martí y Gómez se dirigían a la jurisdicción de Bayamo, tropezaron con avanzadas de las fuerzas de Maceo –que era ya jefe de Oriente– y éstas los recibieron con vítores, lo que significaba que reconocían el liderato civil de Martí y el militar de Máximo Gómez, a quien Martí, como delegado del Partido Revolucionario, había nombrado jefe de las fuerzas revolucionarias.

Del campamento de Maceo salieron todos: Maceo hacia Holguín y Gibara, y Martí y Gómez en busca de Bartolomé Masó, quien reconoció la jefatura militar de Gómez. El viejo guerrero dominicano se dedicó a atacar personalmente a las columnas españolas que operaban por la vecindad. El día 19 (mayo de 1895) fue sorprendido por las fuerzas del coronel Jiménez Sandoval, y mientras se movía buscando el lugar apropiado para embestirlas, Martí, a quien había dado orden de permanecer en la retaguardia, montó a caballo y se lanzó sobre el enemigo. Un pelotón español emboscado a poca distancia lo alcanzó con sus disparos. En un bohío de campesinos de la vecindad le dieron a Máximo

Gómez una nota escrita por el jefe español: "Llevo al hermano Martí herido", le decía. No iba herido. Aquel ser extraordinario, nacido para crear hermosuras, había caído para siempre. Casi 60 años después, cuando se le juzgaba por el ataque al cuartel Moncada, al preguntársele quién era el autor intelectual de ese ataque, Fidel Castro respondió: "José Martí". Y efectivamente, José Martí siguió siendo, medio siglo después de muerto, el inspirador de todas las luchas por las libertades cubanas. Había sido sacrificado a los 42 años, pero había dejado una obra escrita caudalosa y un ejemplo fascinante, que fue seguido con ardor indescriptible por tres generaciones de jóvenes cubanos. Todo lo que escribió, aun las cartas más breves, conserva la frescura de lo auténtico.

Gómez siguió operando por la región, acompañado sólo de unos 22 hombres, pero a principios de junio tenía consigo cinco veces más; a mediados de mes se le reunió el marqués de Santa Lucía, que se había levantado en Camagüey; inmediatamente entró a tierras de Camagüey y comenzó lo que se conoce en la historia militar de Cuba con el nombre de "la campaña circular", una serie de ataques relampagueantes alrededor de Camagüey, en los cuales batió todas las fuerzas españolas de la región y desconcertó al enemigo. Su plan era entrar a Las Villas y llevar la guerra a Occidente. Ordenó a Maceo que reuniera todas sus fuerzas y él se dirigió a Las Villas.

Maceo, mientras tanto, había estado operando entre Manzanillo, Bayamo y los campos de Santiago de Cuba. El 12 de julio había atacado en Peralejo una columna de 1,500 españoles en la que iba el capitán general Martínez Campos, pero cuyo jefe era el general Santocildes. Santocildes murió en esa acción, y aunque Martínez Campos tomó el mando de las fuerzas no pudo impedir la derrota. La campaña de Gómez en Camagüey vino a aumentar la pesadumbre del capitán general, que se hizo cargo de que esa guerra no se parecía a la de 1868; pidió que se enviaran a Cuba 25,000 hombres y presentó su dimisión, que el gobierno español no aceptó.

Antes de concentrar sus fuerzas para la invasión a Occidente, Maceo le hizo saber a Gómez que debía organizarse el gobierno de la revolución, idea que el general en jefe consideró buena, y fijó el pueblo de Jimaguayú, en Camagüey, como punto donde debían reunirse los

representantes que redactarían una constitución y elegirían un gobierno. Mientras tanto, Maceo obtenía otra nueva victoria en Sao del Indio y a Las Villas llegó un importante alijo de armas enviado por Estrada Palma, quien había pasado a ocupar en el exterior el puesto de Martí.

La asamblea de Jimaguayú eligió un gobierno presidido por el marqués de Santa Lucía. El general Masó fue designado vicepresidente; Máximo Gómez quedó confirmado como general en jefe. Nombrado lugarteniente general, Maceo formó la columna invasora en los Mangos de Baraguá. Gómez pasó la trocha de Júcaro a Morón a finales de octubre; el 17 atacó y tomó el fuerte Pelayo, en plena trocha, y el 18 el de Río Grande. Diez días antes, Maceo daba los combates de Guaramanao y el Lavado, con los cuales se abrió paso para entrar a Camagüey. El día 30, la columna invasora había cruzado la trocha y había entrado a Las Villas. Ese mismo día se reunían en San Juan las fuerzas de Gómez y Maceo, 4,000 hombres en total, 3,000 de ellos de caballería. Con esas fuerzas, y el respaldo popular, la revolución cubana iba a enfrentarse a más de 200,000 soldados y 60,000 voluntarios españoles en la más asombrosa campana guerrillera que había conocido el mundo hasta ese momento.

El territorio donde iban a operar Gómez y Maceo es tan estrecho que en algunos lugares no tiene más de 35 kilómetros de mar a mar; su mayor parte –en Las Villas, Matanzas y La Habana– estaba cruzado de caminos, ferrocarriles y líneas telegráficas; el poder de fuego español y los medios de que disponía para moverse no se habían conocido en los días de las guerras de independencia de América ni en los de las luchas de los españoles contra Napoleón. Desde el punto de vista de la lógica militar, la campaña de Occidente parecía una locura; sin embargo, en Cuba había habido cambios que harían posible el triunfo de esa locura. Ya había sido abolida la esclavitud; ya la jefatura de la revolución no se hallaba en manos de terratenientes ganaderos y dueños de ingenios, sino en la de gente de la pequeña burguesía, en quien la masa del pueblo libre de Occidente tenía confianza. Por otra parte, la pequeña burguesía española y canaria que había hecho en 1868-1878 la guerra social contra los cubanos ricos no podía hacerla en 1895, porque la clase directora del país era otra en 1895; era una burguesía industrial, dueña de ingenios de vapor, compuesta en gran medida por españoles

y también por extranjeros. Los cubanos de esa burguesía azucarera no combatían al gobierno español; se habían agrupado en el partido autonomista, tolerado por las autoridades, y hacían constantes manifestaciones públicas de que ellos querían la autonomía, no la independencia, de manera que a los voluntarios les era totalmente imposible levantar contra ellos e contra la oligarquía terrateniente y ganadera en la guerra de 1868. Por otra parte, tampoco podían los voluntarios conseguir que se despojara de sus propiedades a la burguesía española azucarera o a los grandes comerciantes españoles; luego, ya no había base para reanudar la guerra social porque no había nada que ganar en ella.

En España, en cambio, la invasión del Occidente cubano produjo un paroxismo patriótico, gobernantes y gobernados, aristocracia y burguesía, partidos y periódicos, la casi totalidad de los españoles se exaltó y pedía mano dura en Cuba. Eso también tenía una explicación. En España había millares de familias que estaban vinculadas económica o sentimentalmente a Cuba, donde había centenares de miles de españoles que trabajaban como tenderos, funcionarios públicos, artesanos; en España vivían retirados muchos propietarios importantes de comercio, de casas de alquiler y de ingenios cubanos. Cuba era el mejor mercado de exportación de España; los bancos españoles tenían sucursales en la isla. En suma, Cuba y Puerto Rico eran en el siglo XIX, pero sobre todo en esa parte final del siglo, dos colonias españolas, cosa que no había sucedido con los demás territorios americanos, porque antes de las guerras de independencia de principios del siglo ésos habían sido provincias ultramarinas de España, no colonias. Pero además, Cuba, con su alto desarrollo económico y cultural, era la flor del imperio español; y millones de españoles tenían conciencia de eso.

Cuando las fuerzas cubanas comenzaron a operar en los alrededores de La Habana, Martínez Campos reiteró su dimisión, que le fue aceptada a principios de 1896. En su lugar fue enviado a Cuba el general Valeriano Weyler, que llegó a La Habana el 10 de febrero. Seis días después el nuevo capitán general hizo publicar varios decretos en virtud de los cuales la guerra de Cuba iba a convertirse en una lucha sin cuartel, Weyler pidió más tropas y llevó el ejército de operaciones a más de 205,000 hombres; prometió acabar con la insurrección en dos

años; ordenó la concentración de los campesinos en los sitios donde hubiera guarniciones españolas, con lo cual quedó virtualmente liquidada la producción de viandas y animales de carne, y comenzó a generalizarse el hambre y la muerte por inanición. Los cubanos, por su parte, estaban llevando a cabo la llamada "campaña de la tea", esto es, la destrucción, por medio del fuego, de todos los ingenios y los cañaverales. Maceo había pasado a Vueltabajo, Gómez se movía de La Habana a Matanzas; se combatía constantemente en un punto o en otro, en Las Villas, en Camagüey, en Oriente.

En abril de 1896 el gobierno norteamericano del presidente Cleveland insinuaba a España que debía modificar su política en Cuba. La prensa de Estados Unidos comenzó a desenvolver una campaña, que fue creciendo día por día, en que se denunciaban las crueldades que se cometían en Cuba, lo que sin duda respondía a un sentimiento generalizado no sólo en Estados Unidos, sino en todo el mundo occidental, pero respondía también a una finalidad política: ir preparando el camino para la intervención norteamericana en la guerra. Es probable que para los capitalistas de Estados Unidos resultara más alarmante lo que estaban haciendo los cubanos –la destrucción de la industria azucarera de la isla–, que lo que estaban haciendo los españoles. De todos modos, lo que no admite discusión es que si se multiplicaran por un millón las crueldades de Weyler en Cuba, todavía se quedarían cortas comparándolas con las que iban a cometer los norteamericanos en Vietnam 70 años después, con el agravante de que Vietnam no había tenido nunca vínculo alguno con Estados Unidos mientras que Cuba había sido durante cuatro años parte de España.

Sería imposible dar en este libro una idea, aunque fuera aproximada, de lo que fue la campaña de Occidente, con sus innumerables acciones, unas pequeñas y otras grandes; con los rápidos movimientos de las fuerzas cubanas, que operaban a base de una asombrosa movilidad, atacando en un punto y escurriéndose para aparecer inmediatamente después en otro distante; con las reuniones de Maceo y Gómez, que juntaban sus fuerzas para una determinada acción y volvían a separarse, el primero para volver a Vueltabajo y el segundo para internarse en Matanzas. Durante todo 1896 y todo 1897, los cubanos mantuvieron la ofensiva sin cesar en Occidente, a base de ataques veloces,

de tipo guerrillero, hechos generalmente con pocas fuerzas, y nunca, o casi nunca, con el propósito de tomar un punto y permanecer en él. Sus bajas, que eran relativamente pequeñas en cada ataque, sumaban al fin mucho, pero eran repuestas sin cesar por los que llegaban a tomar las armas.

A mediados de 1896, Máximo Gómez se trasladó a Camagüey para reorganizar las fuerzas de la región, y luego a Oriente, donde había caído luchando José Maceo, jefe militar de Oriente. Gómez lo sustituyó con Calixto García. Tras diez días de sitio, García tomó Guáimaro a fines de octubre, y fue una victoria importante porque Guáimaro estaba protegida por ocho fortines y tenía una guarnición grande. Después de la toma de Guáimaro, Gómez se dirigió a Occidente. Al comenzar el mes de diciembre, el día 7, Maceo fue muerto en una acción de escaso valor en Punta Brava, y junto con él cayó Panchito Gómez, el hijo mayor del anciano general en jefe de la revolución.

Weyler creyó que la muerte de Antonio Maceo significaba el final de la revolución. Cánovas del Castillo, el jefe del gobierno español, había dicho que el problema de Cuba podía resolverse con dos balas afortunadas, con lo cual aludía a la posibilidad de que Gómez y Maceo murieran en la lucha. Maceo cayó, pero no Gómez; en cambio Cánovas, que no podía esperar una muerte de bala, murió de un tiro que le disparó el 8 de agosto de 1897 el anarquista italiano Miguel Angiolillo; sin embargo, antes de morir Cánovas se había dado cuenta de que la guerra de Cuba no iba a ser ganada sólo con el poder de las armas y desde principios de febrero (1897) había obtenido del rey un decreto que satisfacía prácticamente todas las demandas del partido de los autonomistas, en el cual se hallaban los azucareros cubanos, sólo que el real decreto no fijaba fecha de aplicación.

A principios de marzo había tomado posesión de la presidencia de Estados Unidos William McKinley, y en junio enviaba al gobierno español un ultimátum virtual para que la guerra de Cuba fuera "al menos conducida según los códigos militares civilizados". Desde el mes de febrero Máximo Gómez había establecido su cuartel general en La Reforma, en la provincia de Las Villas, y allí iba a estar hasta el final de la guerra, moviéndose en un territorio de 50 a 60 kilómetros cuadrados, del cual no pudo ser echado por el poder militar de Weyler. El general

español lanzó sobre Gómez 38 batallones y dos regimientos de caballería, pero hacia el mes de junio había tenido más de 30,000 bajas, sólo por enfermedades. El mismo Weyler dirigía desde Sancti Spiritus las operaciones contra Gómez, con lo cual los planes del jefe de la revolución se cumplían, puesto que lo que él se proponía era precisamente llamar sobre sí la atención de Weyler y con ella el mayor número de soldados españoles a fin de que las columnas revolucionarias que operaban en la provincia de La Habana y en la de Matanzas pudieran moverse con más libertad.

Efectivamente, esas columnas actuaban en La Habana y además aumentaban su número y su fuerza, de manera que a mediados de año, varios meses después de la muerte de Maceo, la situación militar española en la región occidental era peor que antes. El general Weyler se había equivocado; la muerte de Antonio Maceo no había puesto fin a la guerra cubana. A la caída de Maceo el general Calixto García había sido designado lugarteniente general, y García, el mejor de los generales que había dado el grupo de los grandes propietarios de Oriente, atacó Las Tunas y la tomó el 30 de agosto, después de dos días de lucha; tomó un botín de 1,000 fusiles y 1 000,000 de tiros, retuvo la importante plaza seis días y la abandonó después de haberla destruido.

A fines de septiembre se reunió en La Yaya, Camagüey, una asamblea que debía redactar la constitución definitiva del gobierno revolucionario, pues la de Jimaguayú estaba limitada a durar sólo dos años. La nueva Constitución quedó firmada el 29 de octubre; inmediatamente se eligió un nuevo gobierno, presidido por el general Bartolomé Masó. No podía haber una demostración más contundente del vigor de la revolución que esa prueba de capacidad para dominar el territorio cubano –al punto que los asambleístas se reunían donde querían– y para darse la organización política adecuada. Weyler había fracasado, y el gobierno español, que lo comprendió así, había designado el 9 de octubre un nuevo capitán general de la isla, al marqués de Peñaplata, general Ramón Blanco, que llegó a La Habana el día 31 de ese mes.

El 25 de noviembre se publicó un real decreto en que se ordenaba el establecimiento del régimen autónomo en Cuba, a partir del día 1 de enero de 1898. El día 29, Calixto García tomaba el punto fuerte de Guisa, al pie de la Sierra Maestra, y lo abandonaba el 4 de diciembre

después de haberle dado fuego. La toma de Guisa, según dijo el propio general García, era la respuesta cubana al real decreto del 25 de noviembre.

Los representantes de la revolución que habían elaborado la Constitución de La Yaya lo habían declarado ya en ese documento fundamental: los cubanos sólo dejarían las armas cuando la isla fuera independiente. La autonomía, aspiración de la burguesía azucarera, no satisfacía ya al pueblo. El reloj de la historia no camina hacia atrás, y la retrasada burguesía cubana se hallaba fuera de hora, pecado que pagaría con creces 70 años después.

Capítulo XXIV

El siglo del imperio norteamericano

El 25 de noviembre de 1897 se había publicado el real decreto que ordenaba establecer el régimen autonomista en Cuba a partir del 1 de enero de 1898. Pues bien, un mes después, el 24 de diciembre, el subsecretario de la Guerra de Estados Unidos, J.M. Breackseason, enviaba al teniente general Nelson A. Miles una carta que ha sido publicada varias veces y nunca ha sido desmentida; y se trata de una carta que habla por sí sola, dado que fue escrita un mes y tres semanas antes de que se produjera la explosión del crucero *Maine,* hecho que se presenta como el punto de partida de la llamada guerra hispanoamericana.

En esa carta se le completaban al general Miles "las instrucciones que sobre la parte de la organización militar de la próxima campaña de las Antillas" se le habían dado antes, probablemente de manera verbal, y se le hacían "algunas observaciones relativas a la misión política que como General en jefe de nuestras fuerzas, recaerá en Ud". El último párrafo de esa carta comenzaba así: "La época probable de nuestra campaña será el próximo octubre; pero es conveniente ultimar el menor detalle para estar listos ante la eventualidad de que nos viésemos precisados a precipitar los acontecimientos para anular el desarrollo del elemento autonomista que pudiera aniquilar al movimiento separatista". Como puede verse, el real decreto del 25 de noviembre (1897) apresuró la descarga de un golpe que estaba preparado. Ese golpe era la intervención de Estados Unidos en la guerra de los cubanos contra España, y sería también el punto de partida para la actuación de un nuevo imperio en la frontera imperial del Caribe.

Se ha tejido toda una leyenda alrededor de la idea de que la voladura del crucero norteamericano *Maine* en la bahía de La Habana provocó la intervención de Estados Unidos en la guerra, pero la carta del subsecretario Breackseason indica que antes del 24 de diciembre de 1897 ya se había designado al general en jefe de las fuerzas que iban a participar en esa guerra y se le habían dado instrucciones que fueron ampliadas en la carta; luego, antes de que terminara 1897 se tenía un plan general de acción para actuar en Cuba. El plan sería ejecutado a mediados de 1898, prácticamente sin variaciones. En cuanto a la llamada visita del *Maine* a La Habana, no fue una visita; el buque fue enviado a petición del cónsul norteamericano en la capital de la isla, el señor Fitzhugh Lee. En La Habana había habido desórdenes importantes provocados por voluntarios y militares españoles opuestos a la autonomía de Cuba, que había comenzado a ponerse en vigor el 1 de enero; los desórdenes llegaron a ser alarmantes el día 12, y el cónsul Fitzhugh pidió a su gobierno que enviara a La Habana un buque de guerra para "proteger la vida y las propiedades de los ciudadanos norteamericanos". Debido a esa solicitud se dio orden de enviar a la capital cubana el *Maine,* que llegó al puerto habanero el día 24 de enero (1898). Si se hubiera tratado de una visita, el *Maine* habría estado en La Habana dos o tres días, y tal vez una semana, aunque esto hubiera sido mucho tiempo. Pero el *Maine* se estableció en la bahía de la capital cubana hasta que voló a efectos de una explosión el 15 de febrero en la noche, es decir, 23 días después de haber echado anclas en el puerto. Uno tiene necesariamente que preguntarse qué hubiera hecho Estados Unidos con ese buque si no hubiera volado esa noche, puesto que hubiera sido una provocación inexplicable mantenerlo más tiempo en La Habana.

La explosión del *Maine* causó la muerte de 280 de sus tripulantes. Theodore Roosevelt, subsecretario de la Marina de su país, dijo que la pérdida del buque no se debía a un accidente, lo que era una acusación velada, aunque siniestra; pero la prensa norteamericana acusó abiertamente a España de haber minado el *Maine.* El gobierno de Estados Unidos nombró una comisión para que investigara las causas del desastre, y sus conclusiones fueron éstas: " el *Maine* fue destruido por la explosión de una mina submarina que causó la explosión parcial de

dos o más de los pañoles de proa. La Comisión no ha podido obtener testimonios que fijen la responsabilidad de la destrucción del *Maine* sobre ninguna persona o personas". España formó otra comisión, cuya conclusión fue que la explosión se había originado dentro del buque, no afuera. El gobierno español propuso poner el asunto en manos de una comisión neutral y declaró que aceptaba de antemano lo que dijera esa comisión, pero el gobierno de Estados Unidos no aceptó esa propuesta; lo que hizo fue responder a España con la amenaza de comunicar al Congreso norteamericano el informe de su propia comisión si España no se avenía a liquidar rápidamente el caso del *Maine* con un arreglo que garantizara la paz de Cuba. Y como España no podía aceptar esa imposición, porque hubiera sido admitir tácitamente su culpabilidad en la voladura del buque, McKinley la acusó en su célebre mensaje del 11 de abril, enviado al Congreso norteamericano con estas palabras: "en todo caso la destrucción del *Maine* por una causa exterior cualquiera es una prueba (de que) el Gobierno español no puede garantizar la seguridad de un buque de la marina americana en visita amistosa al puerto de La Habana". Pero no había ninguna prueba –ni la ha habido hasta hoy, 70 años después– de que la destrucción del *Maine* se debiera a "una causa exterior cualquiera" ni de que el buque estaba "en visita amistosa al puerto de La Habana".

En las negociaciones a que dio lugar la voladura del crucero, McKinley exigió el 25 de marzo que España pusiera al pueblo cubano "en condiciones de mantenerse económicamente" y que ofreciera "a los cubanos completo *selfgovernment* con una indemnización razonable", y cuando el gobierno español preguntó qué quería decir *selfgovernment,* el Departamento de Estado respondió que *"selfgovernment* con indemnización significaba independencia cubana". Esta respuesta estaba fechada el día 28; el día 29, el presidente McKinley sometía a España los siguientes puntos:

1) Estados Unidos, no quiere la isla de Cuba.

2) Estados Unidos quiere una paz inmediata (en Cuba).

3) Estados Unidos sugiere un armisticio (en Cuba) hasta el primero de octubre.

En la carta del 24 de diciembre, dirigida al general Miles por el subsecretario de Guerra se había dicho: "La época probable de nuestra

campaña será el próximo octubre". Cada quien que saque su propia conclusión de esa curiosa coincidencia.

El presidente McKinley exigió que se respondiera a lo que él llamaba sugerencia en el término de tres días, pero el gobierno español pidió más tiempo. El señor Woodford, ministro norteamericano en Madrid, cablegrafió a Washington que si se le daba el tiempo necesario "estaba seguro de conseguir la paz en Cuba antes del próximo octubre, con justicia para Cuba y protección para nuestros grandes intereses", y el día 3 de abril se le respondió preguntándole si creía que la paz "que tanta confianza tiene en obtener, significa la independencia de Cuba". Woodford telegrafió inmediatamente preguntando si el presidente podría impedir una declaración hostil del Congreso en caso de que la reina de España proclamase una suspensión de hostilidades en Cuba antes del 6 de abril a mediodía, y el Departamento de Estado respondió que el presidente no podía hacer ese compromiso. El cable del Departamento de Estado a su ministro en Madrid fue puesto en Washington el día 5 en la noche, de manera que no daba tiempo a ninguna gestión para que la reina declarara la suspensión de las hostilidades el 6 a mediodía, pero además ese día 5 se le había ordenado al cónsul norteamericano en La Habana que evacuara a los ciudadanos norteamericanos que residían en la capital de Cuba. El que conozca todos estos detalles tiene que preguntarse qué era lo que quería Estados Unidos, pues pedían la paz en Cuba y cuando España la ofrecía rechazaban la oferta.

Esto último iba a verse mejor en los movimientos políticos que iban a producirse inmediatamente. El día 9 en la mañana, el gobierno español concedió un armisticio en Cuba; el día 10, el ministro español en Washington comunicó oficialmente la medida al Departamento de Estado, y sin embargo el día 11 el presidente McKinley sometió al Congreso su conocido mensaje en el que pedía autorización para "emplear las fuerzas militares y navales de Estados Unidos en la medida en que pueda ser necesario" para poner fin a la guerra de Cuba, y el día 19 el Congreso daba su histórica resolución conjunta, concebida en estos términos:

> Primero: que el pueblo de la isla de Cuba es, y tiene el derecho de ser, libre e independiente. Segundo: que los Estados Unidos tienen el deber

de pedir, y por tanto el Gobierno de los Estados Unidos pide, que el Gobierno español renuncie inmediatamente a su autoridad y Gobierno sobre la isla de Cuba y retire de Cuba y de las aguas cubanas sus fuerzas terrestres y navales.

Tercero: que se autorice y faculte al Presidente de los Estados Unidos, como lo está por la presente, para usar todas las fuerzas terrestres y navales de Estados Unidos, y para movilizar las milicias de los diversos Estados al servicio de Estados Unidos, en la medida que pueda ser necesario para la ejecución de la presente resolución. Cuarto: Que Estados Unidos declinan por la presente toda disposición o intención de ejercer soberanía, jurisdicción o autoridad sobre la dicha isla, excepto para su pacificación, y afirma su determinación, una vez ésta realizada, de dejar el Gobierno y control de la isla a su pueblo".

En esa resolución conjunta no se mencionó a Puerto Rico. Es más, Puerto Rico no aparece mencionado ni una sola vez en el curso de las negociaciones iniciadas a raíz de la explosión del *Maine.* Pero en la carta del subsecretario Breackseason al general Miles se decía: "El problema antillano se presenta bajo dos aspectos: uno, el relativo a la Isla de Cuba y el otro a Puerto Rico, así como también son distintas nuestras aspiraciones y la política que respecto a ellas habrá de observarse". Y en el párrafo siguiente, después de dar por hecho que Puerto Rico sería conquistada, la carta decía: "Esta adquisición que debemos hacer y conservar, nos será fácil porque al cambiar de soberanía considero que (Puerto Rico) tiene más de ganar que de perder". Es muy significativo que al producirse la guerra, el general Miles, que no actuó en Cuba, encabezara personalmente la conquista de Puerto Rico. Un malpensado diría que en el juego diplomático iniciado a raíz de la explosión del *Maine,* Puerto Rico fue la carta escondida en la manga de uno de los jugadores.

La resolución conjunta del Congreso fue aprobada por el presidente McKinley el 20 de abril y ese mismo día se le comunicó al ministro Woodford y se le pidió que la pusiera en conocimiento del gobierno español, al que se le daba un plazo de tres días para que renunciara a su autoridad sobre Cuba. El gobierno español conoció el texto del cable antes de que Woodford se lo comunicara; así, cuando el ministro se

preparaba para cumplir su penosa misión, lo que iba a hacer en la mañana del día 22, recibió su pasaporte y la información de que el ministro de España en los Estados Unidos había salido de Washington el día anterior y que las relaciones diplomáticas entre los dos países estaban rotas. Ese mismo día 22 había comenzado el bloqueo de Cuba por la flota norteamericana y habían sido apresados por lo menos dos mercantes españoles, el *Buenaventura* y el *Pedro* y, sin embargo, no había habido declaración de guerra.

El día 23 llegaba a Kingston, Jamaica, el teniente Andrew Rowan. El teniente Rowan debe haber salido de Nueva York por lo menos el 18, un día antes de que el Congreso norteamericano aprobara su resolución conjunta y dos antes de que fuera aprobada por el presidente McKinley, lo que hace suponer que había salido de Washington hacia el 15 de abril o tal vez en una fecha anterior. En la historia de Estados Unidos es célebre el caso del llamado "Mensaje a García", y un artículo con ese título escrito poco después ha sido reproducido millones y millones de veces, al punto de que se estima que es la pieza más difundida en la historia literaria del mundo, Todavía se le reproduce. En ese artículo se cuenta que el teniente Rowan fue llamado por el secretario de la Guerra, que éste le dio instrucciones verbales y le dijo: "Lleve este mensaje a García"; que el teniente Rowan no preguntó quién era García ni hizo el menor comentario; que saludó militarmente, salió del despacho del señor secretario y se dispuso a buscar a García sin saber siquiera de quién se trataba; que pensando y pensando llegó a la conclusión de que debía tratarse de un cubano e inmediatamente se las arregló para ir a Cuba, donde corrió mil riesgos, y guiado sólo por su instinto –pues dada la importancia de su misión no podía hablar con nadie– se encaminó al cuartel general de Calixto García, a quien comunicó el célebre mensaje. Gracias a ese artículo, el teniente Rowan pasó a ser –y es todavía – la primera encarnación del *superman* norteamericano, que lo sabe todo, lo adivina todo y resuelve todos los problemas por sí solo. El artículo termina presentándolo como el modelo a seguir por la juventud de su país.

Pues bien, la historia real es que al teniente Rowan se le dieron instrucciones para ir a ver al general Calixto García en Cuba, no a un García cualquiera, a fin de transmitirle un mensaje relacionado con la

guerra que iba a iniciar Estados Unidos contra España, y se le ordenó ver a don Tomás Estrada Palma en Nueva York para arreglar con él los detalles de su viaje a Cuba. Rowan, pues, se trasladó de Washington a Nueva York y habló con Estrada Palma; éste lo envió a Jamaica con una carta de presentación para el delegado de la junta cubana en Kingston, Jamaica, y ese delegado de la junta llamó al comandante Gervasio Sabio y le encomendó llevar a Rowan a Cuba y conducirlo a presencia del general García. Sabio y el teniente Rowan salieron hacia Cuba y desembarcaron en la Ensenada de Mora, al pie de la Sierra Maestra, cerca de su extremidad occidental; allí los esperaba un escuadrón de caballería mandado por el teniente Eugenio L. Fernández Barrot, de las fuerzas cubanas de Manzanillo, que estaban mandadas por el general Salvador H. Ríos. El teniente Fernández Barrot llevó a Sabio y a Rowan hasta Bayamo, donde fueron recibidos por el coronel Cosme de la Torriente, quien los condujo ante la presencia del general García. Éste recibió a Rowan el 1 de mayo.

Seis días antes, el 25 de abril, el Congreso de Estados Unidos había declarado la guerra a España, pero lo hizo con efecto retroactivo, a partir del día 21, lo que se explica por qué el 21 se había dado la orden de bloquear la isla de Cuba, el 22 se habían apresado barcos mercantes españoles y el 24 se le había comunicado al comodoro Dewey, que había salido con mucha anticipación para el Pacífico y se hallaba con su escuadra esperando órdenes en HongKong, que ya se estaba en guerra con España y que debía salir inmediatamente hacia Filipinas para atacar y tomar Manila.

El mismo día 1 de mayo, al terminar su entrevista con Rowan, el general Calixto García despachó hacia Washington al general Enrique Collazo y al teniente coronel Carlos Hernández con carta para el secretario de Guerra, en la cual le comunicaba que, de acuerdo con lo que le había dicho el teniente Rowan, el ejército cubano de la provincia de Oriente estaba dispuesto a participar en la guerra de Estados Unidos contra España; un mes después el general Miles le escribía al general García con el teniente coronel Hernández para pedirle que situara

> La mayor cantidad de fuerzas en la vecindad de Santiago de Cuba, para dar a conocer toda clase de información, por señales, que el Coronel Her-

> nández explicará a usted, ya a la Marina o a nuestro Ejército, a nuestra llegada, que espero sea dentro de breves días. También nos será conveniente si Ud. empuja y acosa a las tropas españolas cerca de Santiago de Cuba, amenazándolas o atacándolas en todos sus puntos, a fin de evitar, por todos los medios, que le lleguen refuerzos a dicha plaza. (También) será ventajoso y excesivamente grato a nosotros, que Ud. tomara y sostuviera una posición culminante de mando hacia el este o el oeste de Santiago de Cuba, o en ambos sitios.

En su carta del 24 de diciembre.

Castillo Duany, que estaba hostilizando Las Guásimas, con una brigada de su división y el cuerpo de voluntarios llamados "los rudos jinetes", en el cual iba el subsecretario de la Marina, Theodore Roosevelt. Las fuerzas españolas de Las Guásimas recibieron órdenes de retirarse hacia Santiago y el lugar fue ocupado por los norteamericanos.

El día 29 se reunieron en Siboney el general Shafter y el general Calixto García para combinar planes; el día 1 de julio salieron hacia Santiago 19,000 hombres, 15,000 de ellos, norteamericanos mandados por Shafter y 4,000 cubanos mandados por García. Entre esa fuerza y la capital del Oriente de Cuba estaba El Caney y en El Caney se hallaba el coronel Vara del Rey con 520 soldados españoles parapetados en un pequeño fuerte de piedra llamado El Viso y cuatro fortines de madera. Como puede apreciar cualquiera que ni siquiera tenga conocimientos militares, la fuerza de Vara del Rey era demasiado pequeña para poner en peligro a 19,000 hombres, pero Shafter no quiso dejarla a su retaguardia y dispuso que El Caney fuera tomado por la brigada de Lawton y la batería del capitán Apron mientras él y García seguían hacia Santiago de Cuba.

El ataque a El Caney fue hecho por 6,600 hombres de infantería y artillería, porque a las cinco horas de combate, en vista de que la guarnición española no se rendía, hubo que sumar a las fuerzas de Lawton la brigada del general Bates. En la batalla de San Juan, que estaba celebrándose al mismo tiempo que la de El Caney, participaron 12,400 hombres del lado norteamericano cubano.

Como es lógico, el fuerte de El Viso y los fortines de madera que lo rodeaban tenían que caer en manos de los atacantes, pero cuando cayeron, los soldados españoles sobrevivientes se hicieron fuertes en el

pueblo de El Caney. La batalla, que había comenzado a las seis de la mañana, iba a durar hasta las seis de la tarde y terminó cuando los españoles habían perdido 305 hombres entre muertos y heridos. Herido en ambas piernas, Vara del Rey estuvo mandando sus tropas hasta que lo mató un obús. También murió allí un hijo suyo. Después de El Caney es arriesgado poner ejemplos de heroísmo.

La batalla de Santiago de Cuba se dio en los cerros de San Juan y del Cardero. En el primero había un fuerte con 250 hombres mandados por el gobernador militar de Santiago, el general Arsenio Linares; en el segundo había otro fuerte con 200 españoles. El grueso de las fuerzas cubanas ocupó los accesos de Santiago para impedir que de la ciudad les llegaran refuerzos a los españoles, pero unos 400 cubanos, al mando del coronel González Clavel, que daban apoyo a la batería norteamericana del capitán Grimmes, iban a participar en el asalto al cerro de San Juan. La posición del Cardero fue tomada con relativa facilidad; no así la de San Juan, donde el general Linares se batió a la desesperada. En la toma del cerro actuó la brigada de caballería de Wheeler y de esa brigada se destacaron los "rudos jinetes", cuyos jefes, Leonard Wood y Theodore Roosevelt, encabezaron la carga de sus hombres.

Las acciones del Cardero y de San Juan aparecen englobadas, en la batalla que lleva el nombre de la última. En esa batalla de San Juan se salvaron sólo 90 españoles y todos sus jefes y oficiales resultaron o muertos o heridos, comenzando por el general Linares, que estuvo entre los heridos. Los norteamericanos tuvieron más de 1,000 bajas entre muertos y heridos y los cubanos más de 150, y todavía había que tomar Santiago de Cuba, donde había unos 7,000 hombres al mando del general José Toral, que lo había tomado al quedar herido el general Linares. Las pérdidas norteamericanas habían sido tan altas y la resistencia española en El Caney y en San Juan tan inesperada y dura, que al general Shafter se le cayeron los ánimos y pensó retirarse a Siboney. Al día siguiente de las dos batallas convocó un consejo de oficiales para proponer la retirada y, aunque la mayoría disintió de su opinión, el general cablegrafió a Washington el día 3 proponiéndola. Pero sucedió que ese mismo día, conminado por un telegrama que le había enviado la tarde del 2 el capitán general Blanco ordenándole la inmediata salida de la escuadra, el almirante Cervera sacó sus buques de

la bahía y ese paso iba a decidir el destino de la guerra de manera fulminante.

Cervera sabía que sus buques no podrían hacer frente a los norteamericanos, no sólo porque eran inferiores en poder de fuego, sino, sobre todo, porque habían salido de Cabo Verde en malas condiciones, unos con las calderas inservibles, otros mal alimentados de carbón y todos, en suma, forzados a mantener la marcha de los más averiados. Antes de salir envió un mensaje al general Blanco diciéndole que cumpliría sus órdenes, pero que estaba consciente de que llevaba sus hombres a la muerte. Su nave insignia, el crucero *María Teresa*, salió a mar abierto a las nueve de la mañana; el último de los buques lo hizo antes de las diez. Pues bien, a las dos de la tarde todas las unidades estaban o incendiadas o hundidas o embarrancadas. El almirante Cervera, que nadó hasta Punta Cabrera, fue hecho prisionero allí por el coronel cubano Candelario Cebreco, a quien el almirante le dijo que su deber era rendirse a los norteamericanos, puesto que éstos habían sido quienes lohabían vencido; el coronel Cebreco lo entendió así y lo entregó, mediante recibo, al teniente Norman, que comandaba el *Gloucester,* un yate auxiliar que el millonario John Pierpont Morgan había donado a la marina norteamericana al declararse la guerra.

Los marinos españoles tuvieron 510 bajas, entre ellos 350 muertos. Casi 1,700 hombres cayeron prisioneros. Los oficiales de más alta graduación que perdió España en el desastre fueron el comandante Villaamil, comandante de la flotilla de destructores, y el capitán Lazaga, que se hallaba al mando del crucero *Oquendo.* Los prisioneros fueron llevados a Guantánamo, situado al este de Santiago de Cuba, que había estado siendo usado por la marina de Estados Unidos como una base naval y de la que no saldrían más; todavía estaban allí setenta años después.

Aunque la situación de Santiago de Cuba era desesperada, pues el bloqueo había afectado sus abastecimientos desde fines de abril, y había hambre y el estado de guerra no permitía atender a los servicios públicos, y aunque la ciudad fue bombardeada el día 10 y el día 11, la rendición tuvo lugar sólo el día 16 de julio. El acto de la entrega de la plaza fue solemne, con todas las reglas de la época, pero sus organizadores norteamericanos tuvieron un ligero olvido: ignoraron que se

hallaban en Cuba, que fuerzas de la revolución cubana habían participado en todas las acciones de tierra, desde Daiquirí hasta el cerro de San Juan, y en algunas otras en las que no participaron los norteamericanos, y ningún jefe cubano fue invitado a presenciar, siquiera, el desfile con que se solemnizó la entrega de la ciudad al general Shafter.

Nueve días después de la rendición de Santiago, el general Nelson A. Miles, que había salido de Guantánamo, se presentó en Guánica, situada en la costa sur de Puerto Rico. Llevaba unos 3,400 infantes, artillería, dos compañías de ingenieros y una de comunicaciones, con una escolta de cinco buques de guerra. Miles desembarcó su fuerza sin hallar oposición. Los destacamentos españoles de la zona se retiraron hacia Yauco y Utuado, librando de paso algunas escaramuzas. El 27 (julio, 1898) llegó a Guánica el general Wilson con refuerzos y ese mismo día Miles despachó hacia Ponce una flotilla de tres buques a cuyo mando iba el comandante Davis. Ponce, situada al este de Guánica, era la ciudad más importante de la costa del sur y la segunda de la isla en número de habitantes. Los cónsules de Alemania e Inglaterra mediaron entre Davis y el coronel San Martín, jefe español de la plaza, y Ponce quedó rendido a media noche de ese día 27. El día 28 llegó a Ponce el general Miles, que estableció su cuartel general y lanzó una proclama en la que aseguraba a los puertorriqueños que los soldados norteamericanos habían llegado a la isla a "traeros protección, no solamente a vosotros sino también a vuestra propiedad". En la carta del 24 de diciembre del año anterior el subsecretario de Guerra le había dicho a Miles: "Los habitantes pacíficos serán rigurosamente respetados, como sus propiedades".

El día 31 se presentó en Arroyo, al este de Ponce, una fuerza mandada por el general John R. Brooke. Cuando esa fuerza quedó desembarcada, los norteamericanos tenían en Puerto Rico algo más de 15,000 hombres con una dotación de más de 100 cañones. El día 3 de agosto, el general Brooke ordenó un avance sobre Guayama para seguir a Cayey, una población que se halla del lado norte de la sierra que tiene el mismo nombre. Los hombres de Brooke iban a reunirse con una columna mandada por el general Wilson que avanzaba desde Ponce por la vía de Coamo; al mismo tiempo el general Schwan salía de Yauco con unos 1,500 infantes, un escuadrón de caballería y dos baterías de seis caño-

nes con destino a Mayagüez, el puerto principal de la costa del oeste de donde debía dirigirse a Arecibo, puerto de la costa norte.

Wilson entró a Coamo el día 9 de agosto sin haber hallado resistencia. El destacamento español de Coamo había abandonado la plaza y se dirigía a Aibonito cuando de buenas a primeras encontró que su retirada había sido cortada por fuerzas del regimiento XVI de Pennsylvania; así, hubo que abrirse paso combatiendo, con el resultado de que perdieron la vida el comandante Rafael Martínez Illescas, el capitán Fruto López y varios soldados, de que unos 30 soldados quedaron heridos y algo más de 160 cayeron prisioneros. Las fuerzas españolas de Aibonito, compuestas por dos compañías y dotadas con dos piezas de artillería, cuyo comandante era José Nouvillas, fueron a ocupar mejores posiciones en la altura de Asomante. Wilson comenzó a bombardear Asomante y había dispuesto avanzar sobre la posición el día 13, pero el 12 había aceptado España las condiciones de paz que le imponía Estados Unidos, de manera que Wilson recibió orden de suspender hostilidades y no hubo que atacar Asomante.

Mientras tanto, el general Schwan había hallado resistencia en su marcha a Mayagüez. Dos compañías del batallón Alfonso XIII se habían hecho fuertes en los cerros de Hormiguero y lograron hacerles 16 bajas a los norteamericanos, si bien quince fueron de heridas. Cuando el coronel Soto, jefe español de Mayagüez, supo que el enemigo había rebasado Hormiguero, abandonó la plaza, a la que entró Schwan el día 11.

Puerto Rico había sido conquistado por los norteamericanos en algo más de tres semanas al precio de cuatro muertos y 40 heridos, menos vidas y menos sangre de las que se pierden en un accidente mediano de ferrocarril. La conquista quedó sellada el 18 de octubre, cuando el general Ricardo Ortega hizo entrega de la isla al general Brooke, que había quedado al mando de las fuerzas norteamericanas debido a que Miles había tenido que salir hacia Estados Unidos.

España había comenzado gestiones de paz, a través del gobierno francés, tan pronto como se supo en Madrid que Santiago de Cuba había caído en manos de Shafter, pero el gobierno de Estados Unidos impuso desde el primer momento condiciones que España no podía aceptar sin hacer un esfuerzo que le permitiera salvar su dignidad ante el mundo y ante su propio pueblo. Dos de esas condiciones eran

la evacuación inmediata de Cuba y Puerto Rico y la cesión de Puerto Rico a Estados Unidos. Todavía el general Miles no había ni siquiera agrupado fuerzas en Guantánamo para atacar Puerto Rico, una isla en la que no había guerra de independencia, como sucedía en Cuba. El gobierno norteamericano no contestó las notas españoles en que se argumentaba contra esas condiciones. Entrampada en una situación militar, económica y política para la que no había salida, España tuvo que aceptar al fin las demandas de Estados Unidos, única manera de llegar a una cesación de hostilidades.

Eso no fue todo, sin embargo. Cuando comenzaron las discusiones para un tratado de paz –iniciadas en París el 1 de octubre –, los delegados norteamericanos se negaron a revisar cualquier aspecto de los acuerdos del 12 de agosto; es más, ni siquiera se le permitió a España renunciar a su soberanía sobre Cuba y Puerto Rico o traspasar esa soberanía a Estados Unidos. Las dos islas eran legalmente autónomas, y por tanto la opinión de sus pueblos debía ser tomada en cuenta a la hora de decidir su destino, pero ni ellas ni España podían tomar ninguna decisión alguna sobre su presente o su porvenir; Estados Unidos no lo admitía. En el caso de Puerto Rico, los delegados norteamericanos alegaron que se quedarían con ella a cuenta de indemnización por los gastos de la guerra; así podrían decir más tarde que la isla no fue conquistada, sino tomada en pago de una deuda, con lo cual podrían sostener su imagen internacional de país que jamás ha conquistado territorios ajenos con las armas.

El tratado de París fue firmado el 10 de enero de 1898 y la isla de Cuba fue formalmente entregada a Estados Unidos el 1 de enero de 1899. El gobernador español que hizo la entrega fue el general don Adolfo Jiménez Castellanos; el que la recibió fue el general John R. Brooke, primero de los gobernadores norteamericanos.

Hacía cuatro siglos que España había abierto el camino del Caribe al mundo occidental y al cabo de tanto tiempo salía de esa hermosa y rica región de América echada como si hubiera sido una intrusa que se había metido en casa ajena un día antes. España abandonaba para siempre su frontera del Caribe y el lugar que ella dejaba vacío pasaría a ser ocupado por otro poder. Al tomar el general Brooke el mando de Puerto Rico el 18 de octubre de 1898, había comenzado en el Caribe el siglo del imperio norteamericano, y ese hecho quedó confirmado

cuando el mismo general Brooke tomó el mando de Cuba el 1 de enero de 1899.

Los intentos de penetración de Estados Unidos en el Caribe habían comenzado hacía muchos años y habían pasado por numerosas fases. De esos intentos, los más importantes, entre los que había hecho el gobierno norteamericano directamente, no a través de personas privadas o de empresas comerciales, habían sido el de comprar la bahía de Samaná, en la República Dominicana, en 1866; el de comprar a Dinamarca las islas de Saint Thomas y Saint John por 7'500,000 dólares en 1867; el de anexarse la República Dominicana, un plan que estuvo prácticamente realizado hacia el 1870. La anexión de la República Dominicana fracasó debido a que encontró una fuerte oposición dentro de la República Dominicana y en el Senado norteamericano. La primera condujo a una guerra de seis años contra el gobierno de Buenaventura Báez, que auspiciaba la anexión, y la segunda a una larga lucha política del senador Charles Summer contra el presidente Ulyses S. Grant, cómplice de Báez en el plan.

Pero la acción militar de Estados Unidos en el Caribe con propósitos de anexarse territorios ajenos se produjo sólo en 1898. Ahora bien, la victoria de 1898 sobre España provocó en Norteamérica un estado de exaltación imperialista que ya no iba a detenerse más. Los grandes capitales acumulados por los fabricantes de acero y de armas en la guerra de Secesión reclamaban tierras extranjeras y gobiernos sumisos donde pudieran multiplicarse rápidamente, y el Caribe tenía esas tierras y esos gobiernos; donde no hubiera de los últimos, Estados Unidos los crearían, e incluso crearían países, si era necesario. La próxima víctima de esa exaltación imperialista iba a ser Colombia, a la que le sería arrebatada su provincia de Panamá.

El mismo año de 1898 quedó formada en Norteamérica una compañía cuyo fin era comprar las acciones de la compañía francesa del canal de Panamá. El promotor de esta última había sido Ferdinand de Lesseps, el hombre que había adquirido celebridad mundial al abrir el canal de Suez. Lesseps había logrado reunir en Francia capitales para construir un canal en el istmo de Panamá y él mismo había iniciado los trabajos dando el primer picazo el 1 de enero de 1880. Dos meses y una semana después –el 8 de marzo–, en un mensaje especial envia-

do al Congreso de su país, el presidente norteamericano Hayes había dicho: "La política de este país es un canal bajo control de Estados Unidos". Pero Hayes se refería, aunque no lo dijera, a un canal que atravesara Centroamérica por Nicaragua, porque ésa era la política del gobierno norteamericano por esos años, desde que lo había determinado así una comisión especial que había nombrado en 1872 el presidente Grant. A tal punto estaba convencido el gobierno de Estados Unidos de que el canal se haría por Nicaragua, que la firma propietaria del ferrocarril de Panamá decidió venderlo a la compañía francesa de Lesseps. Ésta lo compró por 40'000,000 de dólares, y según parece, para entonces el tráfico de pasajeros y carga a través de Panamá había disminuido tanto que el ferrocarril no valía más de 5'000,000.

La compañía de Lesseps fracasó por muchas razones: los obreros morían a millares a causa del paludismo, la fiebre amarilla y el cólera; la vida se volvió tan cara en Panamá que se hacía difícil contratar trabajadores a base de salarios que no fueran muy altos; lo gastos de la construcción del canal subieron enormemente debido a que los estimados de remoción de tierras se habían quedado cortos. Ese cúmulo de circunstancias adversas hizo bajar el valor de las acciones, lo que a su vez impidió que se vendieran las que estaban destinadas a aumentar el capital de operación. La compañía, pues, se vio sin dinero y con una hoja de gastos altísima; así, entró en quiebra y hubo que ordenar la suspensión de los trabajos. Esto sucedió a principios de 1889. La quiebra arruinó a millares de accionistas, lo que provocó tal agitación en Francia que el gobierno tuvo que ordenar una investigación. Al hacerse esa investigación quedaron al descubierto fraudes tan escandalosos que el hijo de Lesseps fue condenado a prisión. Aplastado por el dolor y la vergüenza, Ferdinand de Lesseps murió el 7 de diciembre de 1894.

Durante algunos años, Phillippe de BuneauVarilla, francés él, se dedicó a la tarea de conseguir que las acciones de la quebrada compañía pasaran a manos norteamericanas, y lo logró en 1898, cuando gracias a sus gestiones se formó la compañía norteamericana que compraría esas acciones. Reformada en diciembre de 1899, esa compañía pasó a llamarse Compañía Americana del Canal de Panamá. Sus socios más importantes eran el banquero John Pierpont Morgan –el que había entregado su yate *Gloucester* a la Marina de Guerra, cuyo subsecretario

era Theodore Roosevelt–; Henry Taft, hermano de William H. Taft, que iba a ser secretario de Guerra bajo el gobierno de Roosevelt y más tarde, como sucesor de este último, presidente de Estados Unidos; un abogado llamado William Nelson Cromwell; Douglas Robinson, cuñado de Theodore Roosevelt y, desde luego, Buneau-Varilla.

La Compañía Americana del Canal de Panamá compró las acciones de la francesa al 20 por ciento de su valor. La operación de compra quedó terminada el 25 de mayo de 1900, cuando ya todos los entendidos en política y en finanzas en Estados Unidos sabían que el candidato republicano a la presidencia del país iba a ser Theodore Roosevelt, que había conquistado una enorme popularidad a base de su actuación como segundo jefe de los "rudos jinetes" que habían actuado en la batalla de San Juan. Anticipándose a lo que ellos sabían que era inevitable, los astutos gerentes de la Compañía Americana del Canal de Panamá consiguieron que el lema del partido republicano, "Canal por Nicaragua" quedara transformado en el de "Canal por el Istmo". Decir "Canal por Panamá" hubiera sido sin duda un plato fuerte, visto lo que iba a suceder en el futuro próximo.

Roosevelt fue elegido presidente de Estados Unidos en el mes de noviembre de ese año de 1900. El día 5 de ese mes se reunieron en La Habana los delegados elegidos para redactar la constitución que iba a regir la vida de Cuba y también, como dijo el gobernador norteamericano de la isla, general Leonard Wood, al inaugurar la Asamblea Constituyente, para "formular cuáles deben ser[...] las relaciones entre Cuba y Estados Unidos". Pero Wood dijo además estas palabras, cuyo significado seguramente no alcanzaron a ver ni a imaginarse los asambleístas: "Cuando hayáis formulado las relaciones[...] entre Cuba y Estados Unidos, el Gobierno de Estados Unidos adoptará sin duda alguna las medidas que conduzcan por su parte a un acuerdo final y autorizado entre los pueblos de ambos países".

Todo el que se proponga conocer a fondo los métodos imperiales aplicados en el Caribe debe estudiar cuidadosamente ese párrafo a la luz de lo que había sucedido antes y de lo que sucedería después. Si se aíslan del contexto de los hechos, las palabras dichas por el general Wood no tienen significación alguna, pero vistas a la luz de los hechos, indicaban que Estados Unidos habían tomado una decisión grave, lla-

mada a afectar la vida de Cuba por mucho tiempo. Esa manera de actuar iba a convertirse en todo un método a lo largo de la historia futura de Estados Unidos; y así, estudiando lo que han dicho sus personajes sería relativamente fácil saber qué habían planeado hacer. En esa ocasión, sin dejarlo traslucir, Wood había dicho llanamente que cualquiera que fueran los acuerdos de los asambleístas cubanos sobre las relaciones de Cuba y Estados Unidos, sería el gobierno norteamericano el que adoptaría, "sin duda alguna", las medidas que regularían el "acuerdo final y autorizado entre los pueblos de ambos países". Y, efectivamente, así sería, ¡pero de qué extraña manera!

Una vez terminada la redacción de la ley fundamental cubana, los asambleístas designaron una comisión encargada de "formular cuáles (serían en el porvenir) las relaciones entre Cuba y Estados Unidos", y de buenas a primeras todos los miembros de esa comisión y el presidente de la asamblea, don Domingo Méndez Capote, recibieron una invitación del general Wood para una cacería que tendría lugar en la Ciénaga de Zapata. Para ir a la Ciénaga había que embarcar en Batabanó y allí, en Batabanó, el gobernador norteamericano de la isla les dio a los comisionados y al presidente de la asamblea un banquete opíparo. Al final del banquete el general Wood leyó una carta del secretario de Guerra de Estados Unidos, Elihu Root. En esa carta, el secretario Root establecía los puntos en que debían descansar las relaciones de su país con Cuba o viceversa. Eran, en suma, éstos: Cuba no podría consumar pactos internacionales ni contraer deudas con otros países sin el consentimiento de Estados Unidos; Estados Unidos tendría el derecho de intervenir militarmente en Cuba en determinadas circunstancias, que eran varias y aparecían enumeradas en la carta; Estados Unidos quedaban autorizados a establecer bases navales en territorio cubano.

Los miembros de la comisión cubana se quedaron asombrados, pues todo lo que decía la carta del señor Root invalidaba la Constitución que acababa de ser redactada; después, pensándolo mejor, decidieron trabajar siguiendo su propio criterio, aunque éste debía tomar más o menos en cuenta lo que había dicho Root. Pero estaban equivocados. Ya lo había dicho el general Wood: Estados Unidos sería el que adoptarían, "sin duda alguna", las medidas llamadas a regular "el

acuerdo final y autorizado entre los pueblos de ambos países". Las bases elaboradas por la comisión cubana no tendrían validez alguna. He aquí la manera de que se valió el gobierno norteamericano para imponer su voluntad a Cuba:

En el Senado de Estados Unidos estaba en discusión la ley de gastos del Ejército, e inesperadamente el senador Orville Platt introdujo en el proyecto de ley una enmienda que fue aprobada, junto con la ley, por el Senado, por la Cámara de Representantes y por el presidente de la República. Esa enmienda iba a ser conocida en todas las Américas con el nombre de su autor, pero fuera de Cuba poca gente sabe que la célebre Enmienda Platt fue parte de la ley de gastos del Ejército norteamericano. Esto se explica porque en vista de que el gobierno de Cuba era una dependencia de la secretaría de Guerra, la Enmienda Platt podía figurar, y figuró, en una ley de gastos militares de Estados Unidos. Las sibilinas palabras del general Wood habían cobrado de súbito significación, pues fue la Enmienda Platt, y no lo que acordaron los miembros de la comisión legisladora cubana, lo que pasó a regir las relaciones de Cuba con Estados Unidos, y esa enmienda era exactamente lo mismo que había dicho en su carta el secretario Root, sólo que expuesto en forma más detallada. Agregada a la Constitución cubana como apéndice, la Enmienda Platt iba a estar en vigor 33 años. Es bueno que a la hora de juzgar a Fidel Castro y a la revolución cubana que él encabezó se tomen en cuenta estos detalles, que probablemente signifiquen muy poco en la vida y en la historia de Estados Unidos, pero que son muy importantes en la de Cuba. Norteamérica es un país que ha dado estupendos negociantes; sin embargo, esos negociantes y los políticos que los dirigen no han alcanzado a darse cuenta de que es mal negocio jugar con los sentimientos de otros pueblos.

Theodore Roosevelt tomó posesión de la presidencia en marzo de 1901, y una señal de que comenzaría inmediatamente a trabajar para hacer funcionar la Compañía Americana del Canal de Panamá fue que logró abolir, mediante el tratado HayPauncefote, el tratado Clayton-Bulwer de 1850, en el cual Estados Unidos y Gran Bretaña se comprometían a actuar unidos, para beneficio común, en la apertura de una vía que comunicara el Caribe y el Pacífico. El tratado Hay-Pauncefote se firmó el mismo año de la toma de posesión de Roosevelt. Casi a

seguidas, el 18 de enero de 1902, se dieron a la publicidad las conclusiones de la llamada Comisión Walker, formada para estudiar las posibilidades de abrir un canal. "La ruta más practicable y fácil para el canal", decía la Comisión, "es la de Panamá". El profesor Lewis M. Haupt, miembro de la Comisión, mantuvo su voto favorable a la ruta de Nicaragua, pero el presidente Roosevelt le pidió que votara con sus compañeros de comisión para que el voto fuera unánime, Roosevelt no quería dejar ningún cabo suelto, y no lo dejaría. Por lo demás, aquel lema de "Canal por el Istmo" podía quedar transformado ya, sin temor alguno, en el de "Canal por Panamá".

Lo que viene ahora es una historia muy conocida y, sin embargo, es también increíble. Hay que creerla, desde luego, porque sus frutos están a la vista de todo el mundo: Colombia desmembrada, su provincia de Panamá convertida en República, una faja de esa República puesta bajo la soberanía de Estados Unidos, y en medio de esa faja, el canal de Panamá, propiedad de la Compañía Americana del Canal de Panamá, y ésta, a su vez, propiedad del gobierno de Estados Unidos, que acabó comprándola por 40'000,000 de dólares. Esos 40'000,000 de dólares fueron entregados por el Gobierno norteamericano a la Casa Morgan, del banquero John Pierpont Morgan, y cuando la Casa Morgan pagó a los accionistas de la Compañía, los socios habían cobrado 130 dólares por cada acción de 100 que ellos habían obtenido por 20. Hoy puede parecernos ridícula la cantidad pagada por las acciones de la Compañía, pero en 1908, 40 millones de dólares eran una fortuna fabulosa.

Conocida como es esa historia, hay que hacerla brevemente, pues se trata de uno de los episodios importantes en la historia del Caribe. Ese episodio podría llamarse "Nacimiento de una república por arte de prestidigitación", y el título sería apropiado. Pero podría llamarse también "La desmembración de Colombia", y sería igualmente apropiado. Algún día, cuando el mundo llegue a estar realmente civilizado y el poder no sea considerado como una fuerza esencialmente inmoral, figurará en la galería de la picaresca política y corresponderá a la época en que se hurtaban países con la misma desaprensión con que los romanos primitivos raptaban mujeres sabinas o un guerrero piel roja iba a enlazar caballos en medio de una manada de bestias salvajes.

Aunque el mismo presidente Roosevelt se atribuyó la gloria de haberle sustraído Panamá a Colombia, la verdad es que quienes dirigieron la acción fueron el abogado Cromwell y BuneauVarilla, y parece que el primero la planeó, aunque el segundo le agregó salsa y picante. El papel de Roosevelt fue prestar a los conspiradores su autoridad de Presidente de Estados Unidos y el apoyo militar, económico y diplomático que iba implícito en su alta posición. De todos modos, es evidente que sin la participación de Roosevelt no hubiera podido hacerse lo que se hizo, y por eso la responsabilidad histórica de los hechos cae sobre él.

Parece hoy fuera de duda que Roosevelt confiaba totalmente en Cromwell y en BeneauVarilla y que Cromwell era el consejero del presidente en todo lo que se refería al canal de Panamá, y que incluso él redactaba los cables que en relación con el asunto figuran firmados por el secretario de Estado. Con todo ese poder, Cromwell maniobró a fondo y astutamente. Fue él quien obtuvo que el gobierno de Colombia accediera a traspasar a los norteamericanos el contrato que había hecho con la Compañía francesa para que ésta construyera el canal de Panamá, y se manejó en esa etapa de las negociaciones con tanta habilidad que Colombia apareció proponiendo la cesión, cuando lo cierto fue que la proposición partió de Cromwell y fue hecha y repetida al ministro colombiano en Washington. Cromwell había ofrecido a cambio del traspaso del contrato 10'000,000 de dólares, que Colombia recibiría de la Compañía francesa como compensación, y ya se sabe que la Compañía francesa había vendido a la norteamericana. La negociación iba envuelta en un tratado para la construcción del canal que Estados Unidos habían propuesto a Colombia.

Todo marchaba viento en popa, sólo que el tratado tenía que ser aprobado por el Congreso de Colombia y los congresistas colombianos se preguntaban por qué los franceses no negociaban directamente con Colombia, que era la que les había dado la concesión para el canal, en vez de que lo hicieran los norteamericanos; pero además alegaban que la Constitución de su país prohibía de manera tajante que se hiciera abandono de la soberanía colombiana sobre cualquier parte del territorio nacional, y Estados Unidos pedía que en el tratado del canal se les reconociera soberanía sobre el canal y sobre una zona aledaña a cada lado del canal.

Al comenzar el mes de junio de 1903 se había formado en Colombia una oposición tan fuerte a la idea de que Estados Unidos construyera el canal por Panamá, que todo el mundo estaba seguro de que el Congreso colombiano rechazaría el proyecto de tratado que le había sido sometido. El Congreso debía ver ese proyecto el día 20; pues bien, el día 9 el secretario de Estado. Hay, le envió al ministro norteamericano en Colombia, el señor A.M. Beaupre, un cable que había redactado Cromwell, verdadero modelo en su género, una pequeña joya para el estudio del papel imperial de Estados Unidos en el Caribe. El cable decía así:

> Aparentemente, el Gobierno colombiano no aprecia la gravedad de la situación. Las negociaciones del canal fueron iniciadas por Colombia y fueron enérgicamente presionadas sobre este gobierno durante varios años. Las proposiciones presentadas por Colombia, con ligeras modificaciones, fueron finalmente aceptadas por nosotros. En virtud de este acuerdo nuestro Congreso cambió su previo juicio (de que el canal debía hacerse por Nicaragua) y se decidió por la ruta del Canal (de Panamá). Si Colombia ahora rehúsa el tratado o dilata indebidamente su ratificación, el amistoso entendimiento entre los dos países podría ser seriamente comprometido al grado de que el Congreso (de Estados Unidos) en el próximo invierno podría tomar medidas que todo amigo de Colombia tendría que lamentar. Confidencial. Comunique la substancia de esto verbalmente al Ministro de Relaciones Exteriores. Si él desea, déle una copia en forma de memorándum". (Paréntesis de J.B.)

La amenaza sobre las medidas que podría tomar el Congreso norteamericano "el próximo invierno" estaba dirigida a desviar la atención del gobierno de Colombia hacia el campo político, esto es, hacia un terreno en el cual no sería golpeado. Para Colombia, en relación con el problema del canal de Panamá, no habría un próximo invierno. Panamá le sería arrebatada antes del invierno de 1903, que como todos los inviernos del hemisferio norte iba a comenzar el 21 de diciembre.

Cuando ese cable de CromwellHay llegó a conocimiento de los legisladores colombianos provocó tal estado de indignación que el proyecto de tratado fue rechazado. Los legisladores ignoraban que siete días antes se había anunciado en la capital norteamericana la fecha del

golpe que desmembraría a Colombia. El rechazo del tratado tuvo lugar el 20 de junio, y el día 13 el agente de prensa de Cromwell había dicho, en la oficina del diario *The World,* de Washington, que en Panamá habría una revolución el 3 de noviembre; al preguntársele por qué precisamente sería en esa fecha explicó que como ese día serían las elecciones presidenciales de Estados Unidos los periódicos norteamericanos tendrían tantas noticias que apenas se le daría importancia a una revolución en Panamá. Por su parte, Buneau-Varilla diría lo mismo en un artículo que escribió para *Le Matin,* de París, aparecido a principios de septiembre.

La conspiración, que quedó organizada rápidamente, se basó en el control del ferrocarril de Panamá, en la acción de la Marina de Guerra de Estados Unidos y en la actuación política de unos pocos panameños. El ferrocarril había sido una empresa norteamericana, pero fue vendida después a la compañía francesa que comenzó a abrir el canal; ahora bien, cuando esa compañía fue vendida a la norteamericana, el ferrocarril volvió a manos fácilmente controlables. Su superintendente era el capitán James R. Shaler, un hombre clave en el plan de acción. En cuanto al grupo de panameños que formó parte en la conspiración, estaba encabezado por un funcionario del ferrocarril, Manuel Amador Guerrero, un cuñado suyo que trabajaba también en el ferrocarril, un ganadero apellidado Arias, otro Arias –Tomás– que representaba a una empresa comercial norteamericana, y un capitalista llamado Federico Boyd, cuyo hermano era corresponsal en Panamá del diario *Herald* de Nueva York.

BuneauVarilla, que se hallaba en París en el mes de septiembre, se trasladó a Estados Unidos para hablar con el presidente Roosevelt. Amador Guerrero se encontraba entonces en Nueva York, y con él fue a hablar Buneau-Varilla tan pronto salió de Washington. En esa conversación, tenida a principios de octubre, BuneauVarilla le aseguró al conspirador panameño que él y sus compañeros podían contar con la protección militar norteamericana "cuarenta y ocho horas después que ustedes hayan proclamado la nueva república del Istmo". Pues de eso se trataba; de crear una república que pudiera negociar con Estados Unidos y concederles lo que éstos pedían. Buneau-Varilla le dijo además que él tenía preparado "el programa de las operaciones militares,

la declaración de independencia, una base para la constitución de la nueva república y finalmente un código para comunicarse conmigo (esto es, con Amador Guerrero, que fue quien contó esa entrevista)".

Es natural que uno se pregunte de dónde sacó Buneau-Varilla tan rápidamente todo lo que estaba ofreciéndole a su amigo panameño. ¿Del sombrero de copa donde los prestidigitadores tienen escondidas palomas y conejos?

Faltaban algunas cosas, sin embargo. Una de ellas era que, según BuneauVarilla, él debía ser nombrado representante diplomático de la nueva república en Washington, a pesar de su nacionalidad francesa; otra era la bandera del país que iba a nacer menos de un mes después. La bandera le fue entregada a Amador Guerrero por la señora de BuneauVarilla, y seguramente la buena mujer la sacó del mismo sombrero de copa de donde su marido había sacado tantas cosas en tan poco tiempo.

Ya iba corriendo el mes de octubre. El día 14 de ese mes Roosevelt llamó al senador Shelby M. Cullom, presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado que se encontraba en Oyster Bay, para pedirle que fuera a verlo a Washington inmediatamente. Al salir de la entrevista con el presidente, el senador Cullom declaró al *Herald,* de Nueva York: "Debemos hacer otro tratado, no con Colombia sino con Panamá". Al leer el *Herald,* Amador Guerrero se dio cuenta de quién era el que hablaba por boca de BuneauVarilla. Unos días después embarcó para Panamá, adonde llegó el 27. No necesitaba más tiempo para "dirigir" la revolución que iba a estallar, tal como se había anunciado en Washington y en París, el día 3 de noviembre.

El ministro de Colombia en Washington, Tomás Herrán, tuvo a tiempo informes de la conspiración y comunicó a su gobierno que el levantamiento tenía "poderoso apoyo" en Estados Unidos y que "la Compañía del Canal y el Ferrocarril de Panamá están profundamente complicados" en el golpe. Fue entonces cuando los gobernantes colombianos se dieron cuenta de la verdad, y ya era tarde, pues aunque movilizaron fuerzas para evitar la desmembración de su país, la acción norteamericana estaba desatada y la débil Colombia no podría pararla.

Los conspiradores panameños, que tenían en Bogotá buenos informantes, supieron que Colombia estaba despachando tropas hacia Pa-

namá y cablegrafiaron a Buneau-Varilla, para lo que usaron el código que éste le había dado a Amador Guerrero en Nueva York. BuneauVarilla, que no era ni ciudadano ni funcionario norteamericano, podía recibir cables, visitar a quien quisiera, y sus actividades no comprometían al gobierno de Estados Unidos, pero lo cierto es que ese gobierno estaba a su servicio, es decir, al servicio de los intereses que él representaba. Así, cuando recibió el cable de Panamá, Buneau-Varilla corrió a Washington, habló con el subsecretario de Estado, señor Loomes, y desde Baltimore –para no dejar huellas en Washington– contestó a Amador Guerrero: "36 horas Atlántico, cuarenta y ocho horas Pacífico". Era el 30 de octubre.

Efectivamente, el buque de guerra *Nashville* llegó a Colón, en el Caribe –Atlántico, según dicen en América Central –a las 5:30 de la tarde del día 2 de noviembre, es decir, dentro de las 36 horas fijadas por Buneau-Varilla–, y además el mismo día salió para Colón el *Dixie,* que se hallaba en Kingston, Jamaica. El propio presidente Roosevelt había dado las órdenes para la salida del *Dixie,* cuyo capitán recibió desde Washington instrucciones muy precisas de impedir a cualquier costo que llegaran al istmo panameño refuerzos colombianos. Del lado del Pacífico, los comandantes de buques norteamericanos estacionados en Acapulco –México– y San Juan del Sur –Nicaragua– recibieron órdenes de trasladarse a toda máquina a Panamá y de usar "fuertemente" la artillería si hacía falta, para evitar que fuerzas de Colombia fueran desembarcadas en Panamá.

Y, sin embargo, el plan Roosevelt-Cromwell-Buneau-Varilla-MorganAmador Guerrero y compañía estaba a punto de fracasar, pues ese día 2 de noviembre, a las 11:30 de la mañana, habían llegado a Colón 500 soldados colombianos que habían sido transportados por el cañonero *Cartagena.*

Fue en ese momento crítico donde entró a funcionar el capitán James R. Shaler, el superintendente del ferrocarril Colón-Panamá. Shaler se presentó en Colón y con una sangre fría admirable, como quien ejecuta un acto noble, invitó a los generales Tovar y Amaya, jefes de las fuerzas colombianas que acababan de llegar, a ir a Panamá en un coche especial. Los jefes colombianos dijeron que ellos irían a Panamá, pero con sus tropas, y Shaler los convenció, a costa de mu-

chas amabilidades, de que los soldados irían también, pero en otro tren. Al llegar a Panamá, los generales Tovar y Amaya cayeron presos en manos del general Esteban Huertas, que estaba esperándolos con soldados en la estación. El general Huertas se hallaba complicado en la conspiración.

Ese día era el 3 de noviembre (1903) y estaban celebrándose en Estados Unidos unas elecciones en las que Theodore Roosevelt sería reelecto presidente. A las seis de la tarde, en Panamá se formaba una junta de gobierno, presidida desde luego por Amador Guerrero, que horas después se haría cargo de las obligaciones que hasta ese día había tenido Colombia con el ferrocarril. La República de Panamá acababa de nacer, y tal como había previsto el agente de prensa de Cromwell, los diarios norteamericanos, abrumados de noticias el día 4, apenas se dieron cuenta de lo que había pasado en el Caribe.

Algo muy importante debió ocurrirle al gobierno de la nueva nación los días 4 y 5, porque no fue sino hasta el 6 cuando nombró su ministro en Washington, a quien confirió categoría de enviado extraordinario "con plenos poderes para llevar a cabo negociaciones diplomáticas y financieras". El día 7, el secretario de Estado Hay recibió al representante de la flamante República; el día 13 lo hizo el presidente Roosevelt. ¿Qué hablarían en esa histórica entrevista el presidente de Estados Unidos y su viejo amigo Buneau-Varilla? ¿Y en qué lengua lo harían; en la francesa del enviado extraordinario de Panamá o en la inglesa del coronel de los "rudos jinetes"?

Es difícil saberlo, Lo que se sabe es que el día 18 quedó firmado el tratado BuneauVarillaHay, en virtud del cual Panamá cedió una zona del istmo para que se hiciera el canal y renunciaba a la soberanía sobre esa zona. Ese tratado, para honra eterna del Senado norteamericano, fue aprobado sin ninguna demora por 65 votos contra 15. Unos meses después, cuando los patricios panameños redactaron la Constitución de la nueva República, tomaron la célebre Enmienda Platt y la repitieron al pie de la letra en el artículo 136, de manera que la primera Constitución de Panamá autorizaba a Estados Unidos a intervenir militarmente en el país para restablecer la paz pública y el orden constitucional cuando éste fuera violado.

Al cerrarse el año de 1903, a los cuatrocientos once años de haber llegado España al Caribe, en la hermosa región donde ella había gobernado había dos repúblicas nuevas, Cuba y Panamá. Pero sería más propio decir que había dos semirepúblicas. Para hacer balance con ellas había también un nuevo imperio, el más poderoso que había entrado al Caribe en toda su historia.

Capítulo XXV

Los años de las balas y de los dólares

Cuando a Cuba le llegó la hora de escoger presidente de la República, el pueblo se dividió entre dos candidatos, y los dos pertenecían al sector de los terratenientes orientales que habían iniciado la guerra de independencia en 1868. Uno de ellos, el general Bartolomé Masó, retiró su candidatura antes de las elecciones porque la junta Central de Escrutinio, que era algo así como el tribunal supremo electoral, estaba compuesto por partidarios de su oponente, don Tomás Estrada Palma. En cuanto a Estrada Palma, no había vuelto a Cuba, de donde había salido hacía 25 años; fue elegido en ausencia y retornó al país sólo un mes antes de tomar posesión de su cargo. El 20 de mayo a mediodía el gobernador general Leonard Wood le hizo transmisión de su poder de mando sobre la isla. Había nacido la República de Cuba.

Desde que comenzó a gobernar, Estrada Palma se inclinó a hacerlo con los hombres más conservadores del país, cosa lógica si se toma en cuenta su origen social. En 1905, cuando había que elegir a su sucesor, fue candidato a la reelección y ganó las elecciones mediante una serie de fraudes escandalosos. En agosto de 1966, sus adversarios, que se habían agrupado en un partido llamado liberal, iniciaron un movimiento revolucionario que se extendió rápidamente a todo el país. El día 8 de septiembre, el gobierno pidió al presidente Roosevelt, a través del cónsul de Norteamérica en La Habana, que enviara barcos de guerra, uno a Cienfuegos y otro a La Habana; el día 12 pidió la intervención militar. Roosevelt mandó a Cuba a su secretario de guerra, William H. Taft. El día 22 había en el puerto de La Habana siete buques de guerra de Estados Unidos. El día 26, después de haberles solicitado

la renuncia a todos los miembros del Gabinete, Estrada Palma renunció a la presidencia de la República, de manera que el país quedó sin ningún funcionario ejecutivo, y como el Congreso estaba compuesto por partidarios de Estrada Palma, no se eligió presidente y Cuba se quedó sin gobierno. El día 29, Taft se proclamó gobernador del país y la Gaceta Oficial de ese día publicó su proclama en inglés y en español. La enmienda Platt no era letra muerta.

Cuba estuvo gobernada por autoridades norteamericanas hasta el 28 de enero de 1909, fecha en que el poder fue traspasado al general José Miguel Gómez, que había sido elegido presidente de la República el 14 de noviembre del año anterior. A principios de ese mismo mes de noviembre había sido elegido presidente de Estados Unidos William H. Taft. Taft tomó posesión de su cargo en marzo de 1909 y nombró secretario de Estado a Philander C. Knox, de quien dijo el embajador inglés en Washington que hasta el momento en que fue nombrado para ese cargo "no se había ocupado de nada, ni conocía nada, ni había pensado nunca nada sobre política extranjera". Puede ser que el diplomático británico dijera la verdad, pero Knox era abogado de una firma que tenía minas de oro en Nicaragua, y sin duda estaba enterado de algunas de las cosas que sucedían en Nicaragua.

Ese país del Caribe seguía gobernado por el general José Santos Zelaya, que llevaba ya unos 16 años en el poder, y hay pruebas abundantes de que Zelaya era un gobernante difícil de manejar. Había comenzado recuperando la Mosquitia y cada vez que podía se atravesaba en el camino de los intereses y del gobierno de Norteamérica. A principios del siglo había estado a punto de llegar a un acuerdo con el gobierno de Roosevelt para que el canal pasara por Nicaragua, pero a base de arrendamiento del derecho de ruta –tres kilómetros a cada lado del canal–, no de cesión de soberanía; en 1905 había obtenido que Inglaterra reconociera de manera definitiva la soberanía de Nicaragua en la costa de Mosquitia, y se cree, aunque no han aparecido las pruebas definitivas, que llegó a proponerles a Alemania y al Japón la apertura de un canal por Nicaragua, bajo la soberanía nicaragüense, cuando ya Estados Unidos llevaba algunos años trabajando en la construcción del de Panamá.

Probablemente todo eso tenía poca importancia para el secretario Knox. Lo que él sabía era que el gobierno de Zelaya había causado

numerosas molestias a sus clientes, los dueños de las minas de oro La Luz y Los Angeles Mining Company, y cuando pasó a dirigir las relaciones exteriores de su país se enteró mejor de la situación de Nicaragua y de la conducta de Zelaya. Así, de buenas a primeras, el general Juan José Estrada, liberal, zelayista y gobernador de la costa que había sido el fabuloso reino de Mosquitia, entró en las mejores relaciones con el cónsul norteamericano en Bluefields, Thomas Moffat, quien a su vez las tenía con Emiliano Chamorro, joven líder de los conservadores. El lector habrá visto, en el relato de las aventuras de William Walker, que los Chamorros y los Estradas pertenecían al círculo de familias nicaragüenses que daban presidentes al país, de manera que estaban vinculados por su origen social, aunque aparecieran separados por sus colores políticos. Juan José Estrada, Emiliano Chamorro y Thomas Moffat se entendieron bien, y, según referiría Moffat años después en algún día de septiembre de 1909, Estrada les preguntó a los oficiales de los buques de guerra norteamericanos que se hallaban en Bluefields cuál sería la actitud del gobierno de Estados Unidos si él se levantaba contra el presidente Zelaya, a lo cual los interrogados le respondieron: "Adelante, que no le faltará apoyo". El día 7 de octubre Moffat cablegrafió al Departamento de Estado diciendo que el general Estrada iba a sublevarse al día siguiente, que con él lo haría Emiliano Chamorro, que los revolucionarios habían prometido respetar las propiedades extranjeras, que seguramente Zelaya no combatiría, y por último solicitaba el reconocimiento para el gobierno que iban a establecer Estrada y Chamorro. Moffat se equivocó, pues el movimiento no estalló el día 8; comenzó el día 10. Knox ordenó que los navíos *Paducah y Dubuque,* estacionados en Bluefields, dieran la ayuda que pudieran a Estrada y Chamorro, y así comenzó la primera intervención de Nicaragua, que iba a durar hasta agosto de 1925.

El 16 de noviembre Zelaya fusiló a dos norteamericanos que habían sido condenados a muerte dos días antes, acusados de haber volado con minas barcos del gobierno nicaragüense en el río San Juan. Los dos norteamericanos, Lee Roy Cannon y Leonard W. Groce, habían confesado su culpabilidad y habían pedido a Zelaya que les conmutara la sentencia. El 2 de diciembre Knox entregó a Felipe Rodríguez, encargado de negocios de Nicaragua en Washington, una larga nota en la que

le decía que los dos norteamericanos fusilados "eran oficiales al servicio de las fuerzas revolucionarias, y, por consiguiente, tenían derecho a ser tratados conforme a las prácticas modernas de las naciones civilizadas", que "El Gobierno de Estados Unidos está convencido de que la revolución actual representa los ideales y la voluntad de la mayoría de los nicaragüenses más fielmente que el Gobierno del Presidente Zelaya", que "el Presidente de Estados Unidos ya no puede sentir por el Gobierno del Presidente Zelaya aquel respeto y confianza que debía mantener en sus relaciones diplomáticas". La nota terminaba comunicándole a Rodríguez que las relaciones diplomáticas del gobierno norteamericano con el de Zelaya quedaban rotas, y por tanto, decía Knox, "tengo el honor de remitir adjunto su pasaporte para el caso de que usted quiera salir del país". Ante esa situación, Zelaya renunció a la presidencia de Nicaragua, debido, sobre todo, dijo, a "la hostilidad manifestada por el gobierno de Estados Unidos, al cual no quiero dar pretexto para que pueda continuar interviniendo en ningún sentido en los destinos de este país".

A la renuncia de Zelaya, el Congreso nicaragüense –llamado Asamblea Nacional– designó presidente a don José Madriz. Pero en la nota de Knox a Rodríguez figuraba este párrafo: "... según informe oficioso de diversas fuentes, han aparecido indicios en las provincias occidentales de un levantamiento en favor de un candidato presidencial íntimamente ligado con el viejo régimen, en el cual es fácil ver nuevos elementos que tienden a una condición de anarquía, que puede llegar, con el tiempo, a destruir toda fuente de Gobierno responsable con el cual pueda el de Estados Unidos discutir la reparación por la muerte de Cannon y Groce". A lo que se aludía en esas palabras era a una posible elevación de Madriz a la presidencia del país; de manera que Norteamérica no aceptaría un gobierno nicaragüense presidido por Madriz.

Madriz, sin embargo, tomó el poder y envió fuerzas a Bluefields, de donde no habían salido Estrada y Chamorro. Al caer en sus manos el fuerte Bluff, los madricistas pasaron a controlar prácticamente Bluefields, pues Bluff se halla en una pequeña península que cierra la entrada al puerto de Bluefields, y disponían de un buque armado con el que podían evitar que a Estrada y Chamorro les llegaran armas y provisiones. Pero los comandantes del *Paducah* y del *Dubuque* estaban en

Bluefleldsfelds para algo. A un mismo tiempo anunciaron al capitán del barco nicaragüense que si detenía cualquier buque norteamericano sería cañoneado y le comunicaron al jefe de las fuerzas que habían tomado el fuerte Bluff que si avanzaba sobre Bluefleldsfelds lo haría a riesgo de luchar contra la infantería de marina norteamericana, que había sido desembarcada y estaba patrullando Bluefields.

Eso no era todo, a pesar de que era mucho. El fuerte de Bluff controlaba la zona de la aduana de Bluefleldsfelds, de manera que los derechos de importación de las mercancías que entraban por allí iban naturalmente a manos de las autoridades madricistas. Pues bien, los comandantes de los buques de guerra norteamericanos establecieron otra aduana en Schooner Key, territorio que se hallaba en manos de Estrada. Madriz envió a Knox una nota en la que protestaba por esa intervención tan burda y Knox respondió que su gobierno exigía "que cada parte –facción, fue la palabra usada– cobre derechos sólo en el territorio que se halle bajo su dominio". Madriz se hizo cargo de que no podría seguir gobernando en tales condiciones y el 20 de agosto renunció a su cargo. Unos días después entraban en Managua los generales Estrada y Chamorro, que tomaron el gobierno con dos personas más. Una de ellas era Adolfo Díaz, empleado de las minas La Luz y Los Ángeles, con un salario de 35 dólares semanales. Se eligió rápidamente una Asamblea Constituyente, que eligió a su vez un gobierno definitivo, con Estrada en la presidencia y Adolfo Díaz en la vicepresidencia, Washington reconoció ese gobierno el 1 de enero de 1911, pero como Estrada tuvo que renunciar poco después, Adolfo Díaz, el empleado de las minas de oro, ese único nexo que había habido entre Knox y Nicaragua, pasó a ser presidente del país. Estrada, pues, había trabajado para Díaz.

El día 29 de julio de 1912, estalló la rebelión conocida en Nicaragua con el nombre de la "guerra de Mena". Estaba encabezada por el general Mena, que había sido compañero de Díaz, Estrada y Chamarro, en el gobierno de cuatro ejecutivos que sucedió a Madriz, y rápidamente se adueñó de varias ciudades, entre ellas, Granada, Masaya y Managua. Adolfo Díaz apeló a sus protectores norteamericanos; éstos desembarcaron infantería de marina en Corinto, situada en la costa del Pacífico, avanzaron sobre Managua y Masaya, ciudades que tomaron después de

haberlas bombardeado, hicieron preso a Mena y lo despacharon hacia Panamá. Pero el segundo de Mena, Benjamín Zeledón, se había hecho fuerte en Coyotepe, donde fue a atacarlo el mayor Smedley D. Butler, sin que pudiera sacarlo de allí.

La lucha entre la infantería de marina norteamericana y las fuerzas de Zeledón iba a durar hasta principios de octubre, cuando Zeledón fue muerto en un encuentro. En ese momento Estados Unidos tenía en Nicaragua algo más de 2,700 hombres y ocho buques de guerra, pero una vez que el alzamiento de Mena quedó dominado, a la muerte de Zeledón, comenzaron a retirarse del país y a mediados de noviembre sólo quedaban unos 400 infantes de marina, 100 de ellos destinados a proteger la Legación norteamericana y 300 estacionados en el llamado Campo de Marte, campamento militar de Managua, capital del país. Esas fuerzas iban a estar allí hasta el 3 de agosto de 1925, y durante todo ese tiempo Nicaragua fue en realidad gobernada desde Washington.

El 8 de agosto de 1912, esto es, unos once días después de haberse iniciado en Nicaragua la "guerra de Mena", ocurrió una catástrofe en PortauPrince, la capital de Haití. El palacio presidencial voló a causa de una explosión que mató a 300 soldados y al presidente de la República, Cincinatus Leconte. A partir de ese momento Haití entró en un proceso de descomposición social y política que era el reflejo de las luchas que llevaban a cabo los círculos de la pequeña burguesía que se disputaban el poder y la oligarquía terrateniente y comercial que tenía el control económico del país. Entre la muerte de Leconte y el 27 de julio de 1915, Haití tuvo cinco presidentes; dos, duraron nueve meses; uno, ocho meses, y el último –Vilbrun Guillaume Sam–, cinco meses. Con Guillaume Sam se produciría la crisis definitiva.

Seis días antes de esa crisis, es decir, el 21 de julio de 1915, el encargado de negocios interino de Estados Unidos en la República Dominicana, el país vecino de Haití, dirigió al jefe del partido de oposición al gobierno del presidente Jimenes una carta pública –obsérvese ese detalle–, en la cual le decía: "He sido instruido por el Gobierno de Estados Unidos para llamar la atención de los jefes de la oposición[...] de que en caso de que sea necesario, (se hará) desembarco de tropas para imponer el orden y respeto al Presidente electo por el pueblo. Aquellos jefes que estén o puedan estar actualmente ocupados en los desórde-

nes, o que estén secretamente alentándolos serán hechos personalmente responsables por Estados Unidos".

Antes de pensar que el presidente de la República Dominicana –Juan Isidro Jimenes– era un títere norteamericano, a quien el señor Woodrow Wilson quería mantener en el poder a toda costa, el lector haría bien en esperar algunos párrafos. Puede que se lleve una sorpresa.

Seis días después, el 27 de julio, fuerzas opuestas al gobierno atacaron el Palacio Nacional de PortauPrince, y el jefe militar de la ciudad, general Óscar Etienne, ordenó que se diera muerte a los presos políticos que había en la penitenciaría nacional, unos ciento y tantos. La población de PortauPrince respondió a ese asesinato con un ataque en masa a los cuarteles, hizo preso al general Etienne, lo mató a golpes, paseó su cadáver por las calles y al fin le dio fuego y dejó sus restos abandonados en medio de la ciudad. El presidente Sam había huido del Palacio Nacional y se había refugiado en la Legación de Francia. Pero el día 28 la Legación fue invadida por una masa ciega de furor, que sacó al presidente, lo golpeó hasta dejarlo sin vida, mutiló su cadáver y luego se dedicó a arrastrarlo de calle en calle. Como era lógico que sucediera, la multitud se lanzó al saqueo de comercios y viviendas. En horas de la tarde hizo su entrada en las aguas de PortauPrince el acorazado norteamericano *Washington,* que puso en tierra inmediatamente un cuerpo de infantes de marina. Había comenzado la ocupación militar de Haití, llamada a durar hasta el 21 de agosto de 1934.

Como en el momento de su llegada a Haití no había gobierno, los norteamericanos empezaron a gestionar que la Asamblea Nacional se reuniera para elegir rápidamente un presidente de la República. Hay indicios de que desde el primer momento tenían un candidato, o por lo menos habían decidido quiénes no debían ocupar el cargo. Así, el doctor Rosalvo Bobo, que parecía tener el apoyo de todos o casi todos los líderes de los "cacós", fue desechado, pues el día 29 de julio, el cónsul haitiano en Cap-Haitien se entrevistó con varios jefes "cacós" y les ofreció 50 *gourdes* (diez dólares) para cada soldado y 100 para cada jefe que entregara su arma, y no les dio esperanzas sobre la posibilidad de que Bobo fuera electo presidente. Y efectivamente, no lo fue. El día 12 de agosto la Asamblea Nacional eligió para el cargo a Sudre Dartiguenave. Pocos días después comenzaban los "cacós" a dar señales de inquietud.

¿Quiénes eran los "cacós"? Eran campesinos sin tierras o de propiedades muy pequeñas y habitantes de los barrios pobres de las ciudades, sobre todo en el norte, y se agrupaban alrededor de jefes menores que se autollamaban generales. Los "generales" "cacós" eran centenares, y cada uno servía los intereses de un latifundista o de un político, aunque el más popular entre ellos era el doctor Bobo. En cierto sentido recordaban los grupos armados de los condotieros, que se ponían a la orden de quienes los pagaban.

En vista de que los "cacós" se hallaban inquietos, se mandaron infantes de marina a varias ciudades del país. Pero de todos modos, Gonaives fue atacada, aunque sin éxito, y los "cacós" dominaban los campos aledaños a la ciudad hasta tal punto de que a fines de septiembre no llegaban alimentos del interior. El mayor Smedley D. Butler, el mismo que tres años antes, en Nicaragua, había tratado de sacar a Zeledón de Coyotepe, logró un acuerdo con el jefe de los "cacós" de Gonaives; ofreció dinero y obtuvo que los "cacós" se retiraran. Pero en la región de CapHaitien hubo que combatir a los "cacós". Cinco compañías de infantes de marina fueron enviadas a la zona para pacificarla por la fuerza, y a fines de septiembre los jefes "cacós" firmaron con los interventores un acuerdo de paz por el cual ellos recibían dinero y sus hombres entregaban los fusiles. Los que no lo hacían eran perseguidos y muertos sin piedad y, como es lógico, muchos de ellos se fueron a las montañas y siguieron combatiendo. Al comenzar el mes de noviembre muchos "cacós" se habían reunido en FortRiviere; allí fueron atacados y aniquilados el día 17. El mayor Butler –el mismo que pacificó Gonaives– voló el fuerte con dinamita. Las víctimas fueron tantas que el secretario de Marina de Estados Unidos escribió al jefe de las fuerzas de ocupación de Haití, contralmirante Caperton, diciéndole que "en vista de las terribles pérdidas sufridas por los haitianos las operaciones debían ser suspendidas para evitar pérdidas aún más grandes de vidas humanas", a lo que Caperton respondió alegando que para mantener el orden era indispensable "aniquilar a los bandidos".

También hubo luchas en la región del sur, pero ésas tenían cierto sentido político y contaban con el apoyo de varios políticos de PortauPrince. El jefe de los rebeldes del sur era Ismael Codio. A mediados de enero de 1916 la gente de Codio atacó puntos de PortauPrince. Codio

cayó preso, pero sus partidarios le libertaron. Murió en un combate en Fonds Parisien. A raíz de su muerte, los interventores fusilaron a la mayoría de sus oficiales y el movimiento acabó por aniquilación.

Dos días después de la toma de Fort-Riviere el ministro de Estados Unidos en la República Dominicana sometía al presidente Jimenes una petición del gobierno de Wilson para que pusiera la economía fiscal dominicana bajo la dirección de un consejero financiero que sería nombrado por el presidente de Estados Unidos y para que organizara una fuerza pública –una "guardia civil", decía la nota–, cuyo jefe sería nombrado por el presidente dominicano, pero escogido previamente, desde luego, por el de Estados Unidos. Aunque esa nota colocaba en una situación muy difícil al gobierno de Jimenes, porque las aduanas dominicanas se hallaban bajo control norteamericano desde febrero de 1905, lo que quiere decir que Jimenes podía ser estrangulado económicamente en cualquier momento, la cancillería dominicana rechazó la nota a principios de diciembre. Ahora bien, lo que se proponía en esa nota se filtró al público, con lo que la autoridad del gobierno de Jimenes se debilitó grandemente. Al darse cuenta de esa debilidad del gobierno, sus opositores decidieron acusarlo ante el Congreso de haber violado la Constitución.

Pero la acusación no prosperó: lo que prosperó fue un plan, encabezado por el ministro de la Guerra, general Desiderio Arias, para derrocar al gobierno. El presidente hizo llamar al comandante de armas de la capital y al jefe de la guardia republicana, acusados de estar en connivencia con el general Arias, y ordenó su detención. Esa medida provocó el alzamiento de Arias, quien halló respaldo inmediato en los miembros de las Cámaras opuestos a Jimenes. Así, el 1 de mayo (1916) el presidente fue acusado de haber violado la Constitución y las leyes del país y se le invitó a comparecer ante el Congreso. Jimenes, que estaba viviendo en las afueras de la ciudad, se negó a ir al Congreso, llamó fuerzas leales del interior del país, reunió unos 1,400 hombres y se alistó para luchar contra Arias. En ese momento llegó a Santo Domingo el comandante Crosley, que iba de Haití a bordo del crucero *Prairie* y con un transporte cargado de infantes de marina.

Crosley informó al presidente Jimenes que el gobierno de Wilson le ofrecía todo su apoyo y que en los días próximos llegaría a Santo Do-

mingo el contralmirante Caperton para reforzar ese apoyo. Jimenes no solicitó ninguna ayuda, y avanzó con sus fuerzas hacia la capital dominicana. Pero al llegar a las afueras de la ciudad encontró que Crosley había desembarcado sus infantes de marina y le impedía seguir adelante, "para evitar derramamiento de sangre". Ya había infantes de marina dentro de la ciudad, protegiendo la Legación de Estados Unidos y la de Haití, y al mismo tiempo buques de guerra norteamericanos navegaban hacia varios puertos del país. Cuando Jimenes quiso llegar a un acuerdo que le permitiera actuar como gobernante, Crosley le pidió que pusiera sus fuerzas bajo el mando de oficiales norteamericanos. Jimenes comprendió que no tenía poder para hacer valer su autoridad y el 7 de mayo renunció ante la nación, puesto que no podía hacerlo ante el Congreso. El contralmirante Caperton llegó, efectivamente; envió un ultimátum al general Arias para que abandonara la ciudad capital antes de las seis de la mañana del 15 de mayo; el general Arias aceptó el ultimátum y ese mismo día entraba Caperton en Santo Domingo. El día 16, el contralmirante notificó por una proclama "que las fuerzas de Estados Unidos de América han asumido el control de la ciudad". Pero sólo de la ciudad, no del país.

Mientras tanto, fuerzas de infantería de marina desembarcadas en Monte Cristi y en Puerto Plata, en la costa del norte, tomaron esos dos puntos y avanzaron hacia el interior. Las de Monte Cristi fueron atacadas repetidas veces en el camino, con algunas pérdidas de muertos y heridos, y tuvieron que librar un combate en Guayacanes con tropas que mandaba el capitán Máximo Cabral, que murió en la acción con gran parte de su gente; las de Puerto Plata tuvieron la resistencia del gobernador, Apolinar Rey. Las que desembarcaron por San Pedro de Macorís, en la costa sur, fueron recibidas a tiros por un joven obrero, Gregorio Urbano Gilbert, que les mató un oficial y les hirió algunos hombres.

Mientras tanto, el Congreso dominicano se esforzaba por designar un presidente de la República, y en cada caso hallaba la oposición del ministro Russell, de Estados Unidos, cuya función era impedir como fuera necesario que se estableciera en el país un régimen constitucional. El día 4 de junio fueron encarcelados cuatro senadores para evitar que pudiera ser elegido un presidente. Pero el Congreso logró burlar a

Russell y el 25 de julio, cuatro días antes de la fecha límite que mandaba la constitución, eligió al doctor Francisco Henríquez y Carvajal, que vivía ejerciendo su profesión de médico en Santiago de Cuba. A esa elección respondió el ministro Russell con una declaración del receptor general de aduanas, C. H. Baxter, norteamericano, desde luego, quien en anuncios de prensa dijo el 18 de agosto que "el Receptor General de Aduanas no hará más entregas de fondos por cuenta del Gobierno" y aclaró que la "suspensión de pagos continuará hasta que se llegue a un completo acuerdo en cuanto a la interpretación de ciertos artículos de la Convención Dominico-Americana de 1907".

Sin un centavo, el gobierno dominicano siguió funcionando, pero el comercio se paralizaba. Los actos de atropellos de la infantería de marina a la ciudadanía eran constantes; las casas de familia eran allanadas a cualquiera hora del día o de la noche para buscar armas. El gobierno disolvió el ejército, en vista de que no tenía con qué pagarle. En el mes de octubre la situación se hizo difícil; el día 24, un capitán, un teniente, un sargento y un soldado norteamericanos trataron de hacer preso en un barrio de la capital al general Ramón Batista, pero éste, con algunos amigos, resistió a tiros, y murieron él y el capitán norteamericano; inmediatamente se presentó en el lugar una patrulla que hizo fuego de ametralladora con un saldo de varios muertos, entre ellos algunas mujeres; cuatro días después sucedía algo similar en el centro de la ciudad. Por fin, el 29 de noviembre, desde el acorazado *Olimpia*, que se hallaba en el puerto de la ciudad de Santo Domingo, el capitán de navío H. S. Kilapp declaró "que la República Dominicana queda por la presente puesta en un estado de ocupación militar por las fuerzas bajo mi mando, y queda sometida al gobierno militar y al ejercicio de la ley militar, aplicable a tal ocupación".

En ese momento Estados Unidos tenía en marcha una negociación para comprarle a Dinamarca por 25'000,000 de dólares las islas de Saint Thomas, Saint John, Santa Cruz y los islotes adyacentes. La operación quedó terminada el 31 de marzo de 1917. Al entregar esos territorios, Dinamarca era el tercero de los países europeos que salían del Caribe.

Así, antes de que en Rusia comenzara la revolución comunista, Estados Unidos tenía fuerzas militares en varios puntos del Caribe; en

la zona del canal, en Panamá, en Nicaragua, en la base naval de Guantánamo (Cuba); tenía ocupadas las repúblicas de Haití y la Dominicana; eran los dueños de Puerto Rico y de las Islas Vírgenes danesas. En diecinueve años habían pasado a dominar sobre más tierras y más habitantes que Gran Bretaña, Francia y Holanda, a pesar de que estos países tenían tres siglos en el mar de las Antillas. Todavía no se hablaba –ni podía hablarse– de peligro comunista, de manera que las intervenciones militares y la ocupación de territorios se hacían con otros pretextos. Pero es el caso que cualesquiera que fueran esos pretextos, al terminar el mes de marzo de 1917 el Caribe había pasado a ser un lago norteamericano.

El 20 de junio de 1918 el gobierno de Panamá suspendió por decreto las elecciones de diputados que debían celebrarse ese año. Los partidos de oposición dijeron que no se sentían garantizados y solicitaron que se aplicara el artículo 136 de la Constitución, aquel que los patricios de 1904 habían calcado, al pie de la letra, de la Enmienda Platt, y como bastaba con esa solicitud, las autoridades norteamericanas decidieron ordenar que sus fuerzas militares garantizaran el orden público y la limpieza en las elecciones; así ocurrió que el quinto regimiento de infantería de Estados Unidos fue destinado a la provincia de Chiriquí, que cae sobre el Pacífico, al oeste de la península de Azuero. Ahora bien, en la provincia de Chiriquí vivía un latifundista norteamericano llamado William Gerard Chase; se había establecido allí desde hacía algunos años y se mantenía promoviendo desórdenes a causa de su afán de despojar a los campesinos de sus tierras. A veces esos desórdenes eran graves, con muertos y heridos. En uno de ellos había perdido la vida el gobernador de la provincia, Saturnino Perigault.

Pues bien, el mayor H.E. Page, que tenía el mando del quinto regimiento, cuya misión era asegurar el orden para que pudieran celebrarse elecciones en Chiriquí, se dedicó a ser el protector de Chase; el que apoyaba con las armas sus abusos y atropellos. Chiriquí pasó a vivir una época de terror, y poco a poco se fue formando en Panamá un movimiento de protesta que obligó al gobierno a enviar a Washington notas y quejas que caían en el vacío. Esa situación llevaba dos años, a lo largo de los cuales acabó por cuajar entre los panameños una actitud francamente antinorteamericana, que se manifestó abiertamente cuan-

do las autoridades de la zona del canal informaron al gobierno de Panamá que iban a someter a su jurisdicción la isla de Taboga, situada al sur de Balboa, donde se halla la salida del canal hacia el Pacífico. Precisamente en esos días llegaba a Panamá el general John J. Pershing, el hombre que había mandado las fuerzas de Estados Unidos en Europa en la guerra que había terminado a fines de 1918. Para los norteamericanos el general Pershing era una gran figura, cosa comprensible dado que había sido el primer general de su país que habla actuado en Europa; pero sucedía que Pershing había actuado antes en México, donde entró persiguiendo a Pancho Villa, de manera que para los pueblos de lengua española de América –y Panamá era uno de ellos– Pershing no era el vencedor de los alemanes en Francia sino el que había atropellado la soberanía mexicana tal como estaba el mayor Page atropellando la de Panamá en Chiriquí. Así, la presencia del general Pershing en Panamá provocó una serie de motines muy serios, en los cuales el pueblo protestaba a la vez por lo que estaba sucediendo en Chiriquí y por lo que iba a suceder en Taboga. La violencia de los motines llevó al presidente Belisario Porras a decir públicamente que su gobierno no cedería a nadie ni una pulgada del territorio nacional. Había aparecido, pues, el sentimiento panameño en la república inventada por Roosevelt, y para entonces no había en Panamá un partido comunista, nadie había oído hablar de un chino llamado MaoTsetung y todavía no había nacido en Cuba Fidel Castro.

El estado de rebeldía no se daba sólo en Panamá; estaba produciéndose también en Haití y en la antigua República Dominicana, que había vuelto a desaparecer, por tercera vez en menos de un siglo, y había vuelto a llamarse Santo Domingo, como se llamaba en los tiempos coloniales. En 1918, esos países no producían petróleo, hierro, bauxita, níquel; pero sus tierras eran excelentes para dar azúcar, los bancos norteamericanos ganaban dinero, los vendedores de maquinarias, de plantas eléctricas, de instalaciones telefónicas hacían buenos negocios. En Haití, donde desde los días de Dessalines todas las constituciones habían mantenido un artículo en que se prohibía la venta de tierras a extranjeros, se puso en vigor a mediados de 1918 una nueva Constitución en la que no figuraba esa prohibición, de manera que las firmas norteamericanas pudieron ser dueñas de tierras; en Santo Domingo los

centrales azucareros norteamericanos despojaban de sus tierras a los pequeños propietarios campesinos valiéndose de la fuerza y de leguleyismos. Esa "reforma agraria" al revés fue la chispa que desató la lucha contra la ocupación militar en los dos países de la isla que Colón había llamado la Española.

Las luchas en la parte dominicana de la isla no estuvieron a cargo de una fuerza organizada o coordinada, sino de grupos más o menos numerosos, cada uno con un jefe independiente, generalmente campesino, que lanzaba a sus hombres a matar infantes de marina norteamericanos donde los hallara, a asaltar comercios de los centrales azucareros y a matar o castigar a los dominicanos que cooperaban con las tropas extranjeras. El gobierno militar de ocupación bautizó a los rebeldes con el nombre de "gavilleros", esto es, bandidos, tal como había hecho con los "cacós" de Haití y como haría con Sandino y sus seguidores en Nicaragua; esos gavilleros y los que les daban alguna colaboración fueron perseguidos con métodos de terror que nunca se habían visto en el país. En la región del Este, donde operaron los llamados gavilleros, comerciantes medianos y pequeños, maestros de escuela, pequeños propietarios campesinos fueron arrastrados amarrados a colas de caballos hasta que morían despedazados por las piedras; otros sufrieron el tormento del agua; a otros se les estacaba, es decir, se les clavaba al suelo con estacas puntiagudas de madera. Hasta en Estados Unidos alarmó a alguna gente el caso de Cayo Báez, un campesino a quien se le aplicaron hierros candentes en el vientre. Al final el gobierno militar de ocupación acabó disponiendo que los campesinos de la región del Este fueran reconcentrados en las ciudades y los pueblos, una medida similar a la que había tomado Weyler en Cuba, y la llamada "reconcentración" fue aprovechada por los azucareros para quedarse con miles de pequeñas propiedades abandonadas por sus dueños. Dada la situación de violencia en la que se hallaban, muchos campesinos tuvieron que vender sus tierras por lo que quisieran darles los dueños de ingenios.

En Haití la lucha tuvo un carácter más amplio. Había comenzado de nuevo hacia 1917 en forma parecida a la de los dominicanos, pero a partir de fines de 1918 fue coordinada y dirigida por Charlemagne Peralte, quien en poco más de un año la llevó a categoría de guerra de

independencia. Peralte, nacido en Hinche, una ciudad vecina de la frontera dominicana, había atacado en octubre de 1917 la casa del capitán John Doxey, jefe de las fuerzas norteamericanas de Hinche; cayó preso y se le condenó a cinco años de cárcel. Probablemente salvó la vida porque pertenecía a una familia muy conocida en la región. A principios de septiembre de 1918, Peralte logró huir de la cárcel e inmediatamente comenzó a organizar a los grupos que ya estaban luchando en las montañas del norte del país.

Charlemagne Peralte logró organizar a unos 5,000 combatientes, según estimaron los norteamericanos; 3,000 estaban bajo su mando y unos 2,000 bajo el de su lugarteniente Benoit Batraville, pero además contaba con unos 15,000 auxiliares que hacían funciones de espionaje y avituallaban a los que combatían. Las operaciones de guerrillas se extendieron a una cuarta parte del territorio haitiano, en una línea que partía de las vecindades de Cap-Haitien, se dirigía al sudoeste, hasta cerca de Gonaives, luego tomaba dirección sudeste, bordeaba el Artibonite y desde los suburbios de PortauPrince cortaba hacía el este hasta la frontera dominicana. Del lado oriental, las fuerzas de Peralte dominaban hasta la misma frontera, con excepción de la parte del extremo sur.

Como en las fuerzas de Peralte había pocos hombres que supieran escribir, no quedaron relatos que sirvieran para hacer la historia de esa lucha. Entre los pocos que hay, uno es el del ataque a un barrio de PortauPrince, la capital del país. Ese ataque se produjo al amanecer del 7 de octubre de 1919 y en él murieron 50 de los hombres de Peralte después de un rudo combate de todo un día. Ahora bien, para esa fecha iba ya muy avanzado un plan para matar al líder de la insurrección haitiana. Para ese plan se prestó uno de esos hombres llamados "decentes" –en Haití, un buen burgués– de la Grande Riviere, llamado Jean Baptiste Conzé, que se hizo pasar durante varios meses por "cacó" –pues así se denominaban los seguidores de Peralte– a fin de ganarse la confianza de Peralte. Para disipar las dudas que se tenían sobre él, Conzé combinó con los oficiales norteamericanos algunos ataques a puestos militares, y después de haber dado esas pruebas tuvo paso libre al cuartel general de Charlemagne Peralte.

La muerte de Peralte fue organizada bajo el mando del mayor F.M. Wise, pero sus ejecutores fueron el capitán Hanneken, el teniente Bu-

tton y algunos miembros haitianos de la guardia constabularia que había formado el gobierno militar de ocupación con el nombre de *gendarmerie*. En su informe al mayor Wise, el capitán Hanneken relató cómo se llevó a cabo la operación, cómo él y sus hombres pudieron cruzar las diversas avanzadas de Peralte; y cómo al final llegaron hasta donde éste se hallaba, y termina diciendo que el teniente Button y él se acercaron "a unos cincuenta pies de Charlemagne, que estaba sentado cerca del fuego y que hablaba con su mujer... Charlemagne trató de retirarse... Dije a Button: 'Listos'. E hicimos fuego". Lo que no contó Hanneken fue que el cadáver mutilado de Charlemagne Peralte fue llevado a GrandeRiviere el 1 de noviembre (1919) que para exhibirlo al pueblo se arrancó una puerta de una casa y se le clavó en esa puerta, con los brazos abiertos, demostración patética de que desde hacía casi dos mil años los redentores morían crucificados, lo mismo si eran blancos que si eran negros; después se le enterró en secreto para que nadie supiera dónde estaba su tumba, tal como se haría en 1968 con los restos calcinados del Che Guevara en Bolivia.

A la muerte de Charlemagne Peralte su lugarteniente Benoit Batraville siguió al frente de los "cacós" y se lanzó a atacar Hinche, La Chapelle y La Plaine de Cul-de-Sac. El 15 de enero de 1920 una guerrilla de "cacós" entró a PortauPrince y estuvo combatiendo en uno de sus barrios con pérdidas altas para los atacantes, la población y los defensores. Pero lo mismo que su jefe, Batraville fue asesinado gracias a la traición de uno de los "cacós" a quien se le pagó bien para que condujera a un grupo de soldados haitianos de la *gendarmerie* hasta su campamento. El cadáver de Batraville fue llevado en un asno a Mirebalais y expuesto al público, como se hizo con el de Charlemagne Peralte. A seguidas comenzó una campaña de aniquilamiento de los "cacós", que fueron perseguidos por todas las montañas, donde se habían refugiado. Lo mismo que se hacía en esos mismos días en la parte dominicana de la isla empezó a hacerse en la parte haitiana; se incendiaban las casas y las cosechas de los campesinos sospechosos de dar protección a los "cacós"; se mataba el ganado, se aplicaba el tormento del agua, se mataba indiscriminadamente. Los estimados norteamericanos de víctimas de la represión van desde 1,500 hasta 3,000, pero a esas cifras habría

que sumar miles que murieron en las prisiones y en los campos de concentración.

Mientras tanto, en Santo Domingo, el país vecino de Haití, se había formado un movimiento de opinión en el que llegó a participar casi todo el pueblo, desde los comerciantes hasta los campesinos. Los actos y las manifestaciones en que se pedía la desocupación del país eran constantes; por toda América, y por los propios Estados Unidos, había comisiones dominicanas, cuyos gastos se pagaban mediante contribuciones populares, dedicados a hacer propaganda por la liberación del país. En medio de esa campaña nacional e internacional, el gobierno militar legalizó los despojos de tierras con una legislación especial que creó un Tribunal de Tierras, comprometió el país con empréstitos, elaboró un arancel de aduanas adecuado a los intereses de los exportadores norteamericanos, y creó una guardia constabularia mandada por oficiales norteamericanos. Toda esa obra estaba hecha cuando el precio del azúcar se vino abajo y de más de 20 dólares las 100 libras pasó a menos de 2; de manera que había llegado la hora de abandonar Santo Domingo. Entre el secretario de Estado norteamericano, Charles Evans Hughues, y el licenciado Francisco José Peynado, abogado de firmas importantes de Estados Unidos, se elaboró el llamado plan Hughues-Peynado, en virtud del cual se estableció en 1922 un gobierno provisional que convocó a elecciones, en las cuales resultó electo presidente de la República don Horacio Vásquez. Cuando éste tomó posesión de su cargo, el 12 de julio de 1924, las fuerzas de ocupación abandonaron el país.

Unos siete meses después, en febrero de 1925, los indios de las islas de San Blas, llamadas también Archipiélago de las Mulatas, en las aguas panameñas del Caribe, se levantaron contra las autoridades de Panamá, mataron a todos los policías estacionados en las islas y proclamaron el establecimiento de la República de Tule.

¿Qué había pasado en San Blas? ¿Por qué esos indios se rebelaban de buenas a primeras, sin causas aparentes? ¿Por qué fundaban una república que no podría sostenerse? Cuando el gobierno de Panamá comenzó a hacer averiguaciones halló que los indios habían sido instigados a sublevarse y a matar los policías, y el instigador había sido un extranjero, El extranjero era un norteamericano; se llamaba Richard

O. March y había sido hasta poco tiempo antes nada más y nada menos que encargado de negocios de Estados Unidos en Panamá. La indignación de los panameños fue grande y se pidieron medidas enérgicas contra March, pero éste pudo salir del país en un buque de guerra, norteamericano, desde luego, que lo llevó a Estados Unidos. Por su parte, los inocentes caciques que habían encabezado la rebelión creyendo que tenían el apoyo del gobierno de Norteamérica se sometieron al de Panamá, mediante un tratado.

Unos meses después, al comenzar el mes de agosto (1925), los infantes de marina de Estados Unidos abandonaron Nicaragua. También habría que preguntar aquí qué había pasado en Nicaragua; por qué razón se veía al fin libre de sus ocupantes extranjeros. Y lo que había pasado puede decirse en pocas palabras.

En Nicaragua había habido elecciones en 1920; fue elegido presidente Diego Manuel Chamorro, que tomó posesión del cargo al comenzar el año de 1921 y murió en 1923. Su sucesor, el vicepresidente Bartolomé Martínez, logró pagar a mediados de 1924 la deuda que tenía el país con los banqueros norteamericanos Brown & Seligman, quienes a cuenta de esa deuda operaban el ferrocarril del Pacífico y tenían una participación fuerte en el capital del Banco Nacional. Ya libre de presiones económicas norteamericanas, Martínez propició un entendimiento entre conservadores y liberales para que llevaran una candidatura común a las elecciones de octubre de ese año (1924), y en virtud del acuerdo resultaron elegidos el conservador Carlos Solórzano para la presidencia y el liberal Juan Bautista Sacasa para la vicepresidencia. Éstos dos recibieron el poder de manos de Martínez en enero de 1925 y al comenzar el mes de agosto los infantes de marina habían abandonado el país.

Pero iban a volver rápidamente, pues sucedió que en octubre de ese mismo año Emiliano Chamorro encabezó un movimiento armado contra el gobierno y tomó Tiscapa. Bajo consejos del ministro norteamericano, Solórzano nombró a Chamorro jefe de la fuerza pública, y como dos gallos no caben en un gallinero, el presidente acabó renunciando, pero no a favor del vicepresidente Sacasa, sino a favor de un senador, Sebastián Uriza, de cuyas manos el poder fue a dar a las de Chamorro y luego a las de Adolfo Díaz. Al comenzar el mes de mayo de 1926, el

general José María Moncada se levantó en Bluefields demandando el poder para Sacasa.

Al autor de este libro le consta, por habérselo dicho Carlos Pazos, uno de los jefes del levantamiento de Moncada, que el gobierno mexicano del presidente Calles les dio armas a los liberales sacasistas. Esa acción de Calles fue respondida por Estados Unidos con la decisión fulminante de volver a intervenir en Nicaragua. Así, el 24 de diciembre (1926) infantes de marina llevados por los acorazados *Cleveland y Denver,* al mando del contralmirante Julian Latimer, desembarcaron en Puerto Cabezas, adonde se había establecido Sacasa, y procedieron a desarmar sus fuerzas. Unos días después, al terminar la primera semana de enero de 1927, había en Nicaragua más de 5,000 soldados y marinos, y 16 buques de guerra. El "presidente" Adolfo Díaz declaró que la intervención estaba justificada porque "Nicaragua es un país débil y pobre que no puede resistir a los invasores y agentes del bolcheviquismo mexicano". La palabra mágica había aparecido, por fin, en el Caribe. La revolución mexicana, hecha siete años antes que la rusa, era "bolchevique", es decir, comunista, y a partir de entonces sólo se aceptarían en el Caribe revoluciones que se hicieran en nombre del anticomunismo; todas las demás no eran revoluciones, sino actuaciones de bandidos, y Estados Unidos se había convertido en el perseguidor de los bandidos del Caribe.

Uno de esos bandidos fue Augusto César Sandino, un joven nicaragüense, hijo de un propietario mediano de tierras, cuyo nombre no conocía nadie, a excepción de sus familiares y amigos. Sandino tenía entonces 31 años; había pasado los últimos cinco trabajando como mecánico en Honduras, Guatemala y México, y volvió a Nicaragua cuando supo que Moncada se había levantado en armas contra Adolfo Díaz. Como tenía algunos ahorros pudo comprar unas cuantas armas y se hizo de algunos seguidores para salir a combatir contra los conservadores, pero no le fue bien y se internó en la zona montañosa de Las Segovias, fronteriza con Honduras. Estaba allí cuando se enteró de que los mexicanos le habían enviado armas a Sacasa; se metió en una canoa y se deslizó río Coco abajo. El Coco forma la mayor parte de la frontera hondureña-nicaragüense y sale al Caribe después de correr a lo largo de varios cientos de kilómetros. Sandino tardó nueve días en

navegar el río y además la distancia entre su desembocadura y Puerto Cabezas. Allí hizo gestiones con Sacasa para que se le dieran armas y al cabo de 45 días no había conseguido nada. Mientras tanto, Latimer y sus infantes de marina habían llegado y habían echado al mar las armas mexicanas, Sandino reunió unos cuantos amigos, entre ellos muchachas de vida alegre de Puerto Cabezas, y logró sacar del fondo del mar unos 30 fusiles y 6,000 cartuchos; viajó luego a Prinzapolka, situada al sur de Puerto Cabezas, para hablar con Moncada, y al fin se fue de nuevo a Las Segovias, donde logró reunir unos 300 hombres.

En los meses de febrero, marzo y abril de ese año de 1927, Sandino estuvo al frente de sus hombres combatiendo no a los norteamericanos, sino a los partidarios nicaragüenses de Adolfo Díaz. Todavía los infantes de marina de Estados Unidos no habían ocupado todo el país y los liberales y los conservadores libraban su guerra particular en muchos sitios. Al cabo de varios combates Sandino halló que su fuerza había subido a unos 800 hombres, con los cuales obligó a los conservadores a levantar el sitio de Las Mercedes, lugar donde se hallaban cercadas las fuerzas de Moncada. De allí, siguiendo órdenes de Moncada, pasó al Boaco y luego al cerro de El Común, en Boaquito, y, como diría después el mismo Sandino, "Allí permanecí hasta el día en que Moncada ahorcó al Partido Liberal nicaragüense en el Espino Negro de Tipitapa."

Con esas palabras Sandino se refería a una reunión que tuvo lugar el 4 de mayo en Tipitapa, muy cerca de Managua, bajo un árbol de espino negro. En esa reunión participaron el coronel Henry L. Stimson, enviado especial del presidente Calvin Coolidge y al mismo tiempo delegado, con plenos poderes, de Adolfo Díaz, presidente de Nicaragua; Eberhard, ministro de Estados Unidos en Nicaragua, el contralmirante Julian Latimer, tres delegados de Sacasa y el general Moncada. Lo que se acordó allí fue que Díaz seguiría gobernando el país hasta las elecciones de 1928, que esas elecciones serían supervisadas por Estados Unidos y que éstos "serán autorizados para hacer la custodia de las armas de aquellos que quisieran entregarlas, incluyendo las del Gobierno, y para desarmar por la fuerza a aquellos que se nieguen a hacerlo". Curiosa manera de decir que las fuerzas norteamericanas des-

armarían a los que se oponían al gobierno de Díaz, entre ellos, desde luego, a los hombres de Moncada y de Sandino.

Sandino se negó a aceptar el acuerdo de Tipitapa, envió un alijo de armas a Las Segovias y lanzó un manifiesto al país en el cual decía que había resuelto luchar contra Estados Unidos, "que pretenden privarnos de nuestra Patria y nuestra Libertad". Moncada hizo toda clase de esfuerzos por disuadirlo e incluso le envió a su padre, don Sócrates Sandino, que era amigo personal de Moncada. El 12 de julio, G.D. Hatfield, comandante de las fuerzas norteamericanas en Ocotal, Las Segovias, le mandó una carta en la que le pedía entregarse. "Si Ud. viene a Ocotal con toda o parte de sus fuerzas y entrega sus armas pacíficamente, tendrá con sus soldados garantías que yo le ofrezco, como representante de una gran nación poderosa que no gana batallas con traición" le decía; y seguía: "De otro modo Ud. será proscrito y puesto fuera de la ley, perseguido dondequiera y repudiado en todas partes, en espera de una muerte infamante; no la del soldado que cae en la batalla, sino la del criminal que merece ser baleado por la espalda por sus propios seguidores". Uno no puede menos que recordar los casos de Charlemagne Peralte y Benoit Brataville. Sandino le respondió a Hatfield con unas pocas líneas: "Recibí su comunicación ayer y estoy entendido de ella. No me rendiré y aquí los espero. Yo quiero patria libre o morir. No les tengo miedo; cuento con el ardor del patriotismo de los que me acompañan, A.C. Sandino". Al día siguiente estaba atacando a Hatfield en Ocotal. La ciudad fue defendida por nicaragüenses, pues Hatfield y sus infantes de marina no salieron a combatir; los defensores muertos fueron muchos; además, los campesinos de las vecindades asaltaron los comercios, los saquearon y dieron muerte a algunas de las autoridades. Sandino no quiso pegarle fuego a Ocotal, cosa que le pedían sus hombres que hiciera para obligar a los norteamericanos a salir de los lugares donde se habían atrincherado, y abandonó el lugar; inmediatamente después la aviación de Estados Unidos ametralló y bombardeó Ocotal, y mató e hirió a unas 400 personas, entre hombres, mujeres y niños.

A partir de ese día comenzó la persecución de Sandino y la muerte de todos los campesinos de Las Segovias sospechosos de simpatizar con el rebelde. Sandino fue derrotado en San Fernando a finales de

julio y después en Las Flores, con pérdidas altas en hombres y en armas, pero el 19 de septiembre atacó y tomó Telpaneca; entre noviembre y fines de enero de 1928 dio los combates de Las Cruces, Trincheras, Varillal, Plan Grande y otro más en Las Cruces. Había establecido su cuartel general en El Chipote, una de las alturas de Las Segovias, y desde allí organizaba emboscadas que esperaban el paso de las columnas norteamericanas enviadas a sacarlo de esas montañas. Las bajas de la infantería de marina crecían, y aumentaban los bombardeos aéreos sobre El Chipote y sus vecindades. Sandino puso a sus hombres a hacer muñecos de paja, colocó esos muñecos en los caminos de El Chipote y dejó su cuartel general para dirigirse a San Rafael del Norte, desde donde se encaminó a la mina La Luz, propiedad de los amigos del ex secretario de Estado Krox; la voló con dinamita, saqueó una por una todas las casas de norteamericanos y se llevó al gerente; de paso por el caserío de San Marcos fusiló a unos cuantos nicaragüenses que auxiliaban a las tropas norteamericanas. El 27 de febrero dio la batalla de Bramadero, en la que las bajas de los infantes de marina fueron de varios centenares entre muertos y heridos. Entre los muertos los hombres de Sandino hallaron un incensario de oro que había sido sustraído de la iglesia del pueblo de Yalí; Sandino lo puso en manos de los vecinos más serios del Bramadero para que lo devolvieran a su lugar propio.

Mientras todo eso ocurría en los montes de Las Segovias, el nombre del pequeño general nicaragüense iba extendiéndose por los países de la América de lengua española, que veían en él al héroe continental, el que se había atrevido a desafiar al gran imperio cuyo poderío estaba convirtiendo el Caribe en su lago privado. Así, de varios países de América comenzaron a salir hombres que iban a unirse a Sandino; entre ellos figuraba aquel joven obrero dominicano que había hecho frente, él sólo, a los infantes de marina en el momento en que desembarcaban en San Pedro de Macorís en mayo de 1916. A mediados del año (1928), Henri Barbusse le escribiría una carta en que le llamó "general de los hombres libres". Al terminar el mes de noviembre, el contralmirante D. F. Sellers le escribía desde el *Rochester,* buque insignia de la escuadra que tenía Estados Unidos en la costa del Pacífico nicaragüense, para pedirle que considerara "la conveniencia de la terminación de sus actividades militares, con sus consiguientes beneficios". El 1 de enero de

1929, en una breve respuesta, Sandino le decía que "la soberanía de un pueblo no se discute, sino que se defiende con las armas en la mano" y que la "resistencia armada traerá los beneficios a que usted alude, exactamente como toda intromisión extranjera en nuestros asuntos trae la pérdida de la paz y provoca la ira del pueblo".

El mismo día que Sandino escribía esa carta tomaba posesión de la presidencia de Nicaragua el general José María Moncada, que había resultado electo dos meses atrás. Y Moncada, el liberal, no iba a ser diferente de Díaz, el conservador. La lucha contra Sandino iba tomando día tras día caracteres de cruzada aniquiladora. Para el mes de marzo las fuerzas norteamericanas y sus auxiliares nicaragüenses habían incendiado 70 pueblos; los bombardeos aéreos a Las Segovias eran continuos. El 8 de abril *The New York Times* informaba que al bombardear lugares donde suponían que había campamentos sandinistas los aviadores norteamericanos habían lanzado bombas sobre la ciudad hondureña de Las Limas. "La ciudad fue casi completamente destruida", decía el cable de la Associated Press.

A principios de julio, Sandino salió de Las Segovias, pasó por el sur de Honduras hasta el puerto de San Lorenzo en el golfo de Fonseca, cruzó por mar hasta el puerto salvadoreño de la Unión y desde ahí, a través de El Salvador, entró a Guatemala. Iba hacia México, donde esperaba conseguir ayuda en armas y apoyo político para seguir su lucha. Volvería a entrar en Nicaragua el 7 de mayo de 1930 con sólo dos ametralladoras de mano. Cuando llegó a sus montañas de Las Segovias halló que los norteamericanos habían organizado una guardia nacional y que habían confiado a esa guardia la tarea de combatir a sus hombres, pero eso sí, bajo la dirección de oficiales norteamericanos. Como Estados Unidos estaba sufriendo las consecuencias de la profunda crisis económica que había comenzado en octubre de 1929, Nicaragua tenía que pagar los gastos de esa guardia, y en vista de que los gastos eran muy altos se habían cerrado las escuelas públicas.

Un mes y doce días después de haber llegado a Las Segovias estaba Sandino dando la batalla de San Marcos, en la que participaron seis aviones norteamericanos y en la que tras doce horas de fuego los atacantes tuvieron que retirarse dejando el lugar lleno de cadáveres. En esa ocasión Sandino fue herido en una pierna por una esquirla

de bomba aérea. A partir de entonces los combates fueron tan frecuentes que se hace difícil enumerarlos. En el mes de julio de 1931 había ocho columnas sandinistas operando en varios lugares del país; uno de ellos era al sur, otro en la región costeña del Caribe, los más en el noroeste, entre Matagalpa, Chinandega, León y Nueva Segovia.

Al iniciarse el mes de abril de 1932 el mismo Sandino comenzó a informar de las actividades de sus fuerzas. El 15, una columna suya se batió durante tres horas con fuerzas enemigas en San Lucas, Ocotal; el 21 lo hizo otra en Quizalaya, otra en Santa Bárbara, Jinotega, otra en Chaguitillo, otra en La Puerta, Ocotal, y otra en Los Leones; es decir, cinco combates en cinco puntos diferentes en un mismo día. "En cuanto a los combates que se libraron en abril en el interior de Nicaragua –decía Sandino– por el general Umanzor, coronel Tomás Blandón, Perfecto Chavarría, Ruperto Hernández Robledo, general José León Díaz y otros más, ya han sido publicados los detalles por el mismo enemigo, confesando sus derrotas."

Mayo fue otro mes de varios combates; en julio los sandinistas atacaron y tomaron un campo platanero de una firma norteamericana en Puerto Cabezas. Todos los edificios fueron quemados y al día siguiente la columna sandinista fue atacada por aviones. De éstos fue derribado uno. Al mismo tiempo se combatía en el departamento de Jinotega y en el de León.

Faltaban ya sólo tres meses para las elecciones y Sandino comenzó a enviar manifiestos a todo el país pidiendo la abstención electoral. El candidato liberal era Sacasa; que en los países de la América de origen español y portugués, aquellos que han olido una vez el poder no pueden ya vivir si no lo alcanzan aunque para ello tengan que hacer y decir hoy lo contrario de lo que hicieron y dijeron ayer. El embajador de Estados Unidos, el anciano señor Hanna, quería que el candidato fuera Anastasio Somoza, subsecretario de Relaciones Exteriores de Moncada y amigo predilecto de la señora embajadora, "considerablemente más joven que su esposo", como dijo un periodista canadiense. Sin duda a Moncada le hubiera gustado complacer a los Hanna, pero no era fácil convertir de la noche a la mañana a un joven de poco peso en candidato presidencial; así, colocó a Somoza en otro cargo: lo hizo

jefe de la guardia nacional, y allí estaba cuando Sacasa fue elegido presidente, a fines de octubre.

A la elección de Sacasa, Sandino respondió designando presidente provisional del "Territorio Libre de Las Segovias" al general Juan Gregorio Colindres y ordenando al general Umanzor que tomara, como lo hizo, la plaza de San Francisco del Carnicero, situada en la costa del lago de Managua, a poca distancia de la capital del país. La misión de Umanzor era llevarse de San Francisco del Carnicero los sellos oficiales para dar validez legal a las disposiciones del gobierno provisional de Colindres, pero de Moncada hacia abajo todos los funcionarios públicos de alguna categoría que se hallaban en Managua se aterrorizaron con la noticia de que los sandinistas estaban tan cerca de la capital.

Las actividades de Sandino estaban desprestigiando a Estados Unidos, y como la crisis económica se agudizaba cada vez más en el imperio, aumentaba la presión de los norteamericanos que pedían que se abandonara Nicaragua. Una vez elegido Sacasa comenzó la salida de los infantes de marina y antes de que el nuevo presidente tomara posesión de su cargo habían salido todos. Así, el 1 de enero de 1933 no quedaban soldados extranjeros en el país. En seis años de lucha sin cuartel el pequeño capitán de Las Segovias había hecho retroceder el poder más grande de la tierra.

Pero antes de irse, los norteamericanos habían llenado el hueco que dejaban vacío en Nicaragua. Lo que ellos no habían podido hacer lo haría la guardia nicaragüense bajo órdenes de su jefe Anastasio Somoza. En vista de que ya en el país no había norteamericanos y de que mucha "gente importante" se lo solicitaba, Sandino llegó a un acuerdo de paz con el gobierno de Sacasa; sin embargo, la guardia asesinaba sandinistas, los perseguía, los fusilaba, les quemaba sus casas. Sandino protestaba, pero iba a Managua, hablaba con el presidente; quería y buscaba la paz del país, y creía que Sacasa podía garantizarla dándole órdenes a Somoza. El día 21 de febrero el héroe fue a cenar a la casa presidencial; le acompañaban su padre y los generales Estrada y Umanzor.

Lo que se va a leer está escrito muchas veces, pero el autor de este libro lo conoció de labios de uno de los protagonistas, el teniente Abelardo Cuadra, un hombre que después de los sucesos de esa noche dedicó el resto de su vida no sólo a denunciar el hecho con todos sus

detalles, sino además a luchar por los ideales de Sandino. Cuadra publicó sus recuerdos del crimen en la revista *Bohemia,* de La Habana, en 1949, a petición del autor. He aquí lo que él contó:

El 21 de febrero (1933), más o menos a la hora en que Sandino y sus acompañantes entraban en la casa presidencial, celebraba Somoza en la suya un consejo de oficiales entre los que estaban los más altos jefes de la guardia nacional y también el teniente Cuadra. Somoza, que se hallaba afuera, entró cuando todos los invitados a la reunión habían llegado ya. Al entrar, Somoza dijo: "Vengo de la embajada y el embajador me ha dicho que hay que matar a Sandino". Aludía, desde luego, a la embajada norteamericana y al embajador Arthur Bliss Lane, pero un sentido elemental de la justicia indica que Somoza pudo decir eso para impresionar a sus oficiales. Es difícil creer que el embajador Bliss Lane le hablara así a un hombre que se conocía como indiscreto. Si alguien le dio la orden, fue otra persona, y probablemente no fue ese día, sino antes.

Sandino, su padre, el escritor Sofonías Salvatierra y los generales Estrada y Umanzor salieron de la casa presidencial después de las nueve de la noche; iban todos en un automóvil, y al llegar a las garitas del Campo de Marte, que se encuentra al pie de la casa presidencial, fueron detenidos por un mayor, Delgadillo, que estaba disfrazado de cabo de la guardia; se les despojó de sus revólveres y se les condujo al patio de la cárcel del Hormiguero. Sandino le pidió a Delgadillo que llamara por teléfono a Somoza y Delgadillo le dijo que no había podido localizarlo. De otras fuentes se sabe que Sacasa, enterado de lo que estaba ocurriendo por su hija, que había presenciado la detención del héroe de Las Segovias, habló por teléfono con el embajador Bliss Lane y éste prometió hacer lo posible por evitar lo peor. Sandino, Estrada y Umanzor fueron sacados del Hormiguero y llevados en un camión de la guardia a las afueras de Managua, a un sitio llamado La Calavera, en el campo de Larreynaga. Allí había un altozano, y en ese altozano les ordenaron sentarse. El mayor Delgadillo se fue a alguna distancia, se cobijó bajo un árbol y desde allí disparó un tiro. Al oírlo, el pelotón que cuidaba a Sandino y sus dos generales apretó los gatillos de sus ametralladoras y al mismo tiempo sonaban disparos en otro lugar de Managua, en la casa de Salvatierra, donde se hallaba Sócrates Sandino, hermano mayor del héroe. Eran las once de la noche.

Salvatierra contó que al oír las ráfagas de ametralladoras, el anciano don Sócrates Sandino, que estaba con él detenido en el patio del Hormiguero, dijo: “Ya los están matando; siempre será verdad que el que se mete a redentor muere crucificado”.

Sí; así, crucificado, había terminado Charlemagne Peralte. Pero los que lo mataron fueron condecorados, lo que significaba aumento de sueldos; y el que los vendió recibió 2,000 dólares. Somoza no se conformaría con una paga tan mezquina. Sobre el cadáver de Sandino, Somoza hizo millones.

Junto con el último de los imperios, en el Caribe habían entrado los años de las balas y de los dólares.

Capítulo XXVI

Fidel Castro o la nueva etapa histórica del Caribe

Este libro se habría hecho demasiado largo si se hubieran registrado en él los numerosos incidentes provocados por Estados Unidos, o por las intervenciones de otras potencias, en los años que corrieron desde la guerra cubana de independencia hasta el asesinato de Augusto César Sandino. La lista de esos incidentes llenaría muchas páginas. Entre ellos hubo cañoneos a ciudades y puertos, desembarque de infantes de marina para lo que en el lenguaje de la diplomacia se llamaba "castigar" una afrenta; exigencias abiertas, hechas a menudo con métodos incalificables.

Esa situación llegó a ser tan alarmante que los países de lengua española de la América acabaron uniéndose para defenderse y plantearon en conferencias continentales la necesidad de que se estableciera el principio de no intervención como fundamento de las relaciones internacionales. El acuerdo se obtuvo en una Conferencia Interamericana, celebrada en Montevideo del 3 al 26 de diciembre de 1933. Todavía estaba ocupado militarmente Haití, de donde la infantería de marina de Estados Unidos salió el 21 de agosto de 1934. Un año después de ese día, el general Smedley D. Butler – aquel que había luchado contra Benjamín Zeledón en Coyotepe, Nicaragua, en 1912, y había obtenido en 1915 que los "cacós" de Gonaives, en Haití, vendieran sus armas; el mismo que había volado con dinamita Fort-Riviere, en Haití, el 17 de noviembre de 1916–, resumió en unas declaraciones ante un comité del Senado norteamericano la historia de esos años con estas palabras:

> He servido durante treinta años y cuatro meses en las unidades más combativas de las fuerzas armadas norteamericanas, la infantería de marina.

> Pienso que durante ese tiempo actué como un bandido altamente calificado al servicio de los grandes negocios de Wall Street y de sus banqueros. En 1914 contribuí a darles seguridad a los intereses petroleros (de Estados Unidos) en México, particularmente en Tampico. Ayudé a hacer de Cuba un país donde los señores del National City Bank podían acumular sus beneficios en paz. Entre 1909 y 1912 participé en la limpieza de Nicaragua para ayudar a la firma bancaria internacional de Brown Brothers. En 1916 llevé la civilización a la República Dominicana por cuenta de los grandes azucareros norteamericanos. Fue a mí a quien correspondió ayudar a arreglar en 1923 los problemas de Honduras para darles seguridad a los intereses de las compañías fruteras norteamericanas.

Esas declaraciones del general Butler indican a qué punto quedó desprestigiada en las dos Américas –hasta en los propios Estados Unidos– la política de intervención militar. Así, pues, no era posible seguir usando la fuerza en el Caribe. Y, efectivamente, dejó de usarse durante 20 años pero al cabo de ese tiempo comenzaría a usarse en forma nueva; en lugar de los soldados actuaría la Agencia Central de Inteligencia (la CIA). Esta modalidad, que se ponía en juego para burlar los acuerdos de Montevideo y los que en los años siguientes a 1934 confirmaban el principio de no intervención, iba a iniciarse en 1953 con una acción sobre Guatemala destinada a derrocar el gobierno del coronel Jacobo Arbenz.

Hacía apenas cinco años que se había aprobado en la Conferencia Interamericana de Bogotá (30 de marzo a 2 de mayo de 1948) la Carta de la Organización de los Estados Americanos (OEA), cuyo ar tículo 15 decía:

> Ningún Estado o grupo de Estados tiene el derecho de intervenir directa o indirectamente, por ninguna causa, en los asuntos internos o externos de cualquier otro Estado. Este principio prohíbe no sólo el uso de las fuerzas armadas, sino también cualquier otra forma de interferencia o intento de amenazas contra la personalidad de un Estado o contra sus elementos políticos, económicos y culturales.

Ese artículo 15 quedaba reforzado por el número 17, que decía:

> El territorio de un Estado es inviolable; no puede ser objeto, ni siquiera de manera temporal, de ocupación militar o de otras medidas de fuerza tomadas por otro Estado, directa o indirectamente, en ningún sentido.

La delegación norteamericana que tomó parte en la Conferencia de Bogotá estuvo encabezada por el secretario de Estado, general George Marshall, de manera que los acuerdos de Bogotá fueron hechos por Estados Unidos con plena conciencia de lo que significaban; además, al quedar aprobados por el Senado del país esos acuerdos pasaron a ser leyes de Estados Unidos y, por tanto, su gobierno estaba obligado a cumplirlos y a hacer que los cumplieran todos sus funcionarios y todos sus ciudadanos; sin embargo, cinco años después ese gobierno, en la persona del presidente Dwight Eisenhower, ordenó que la CIA organizara un ataque a Guatemala.

En 1952, el gobierno de Arbenz había sancionado una ley de reforma agraria que había elaborado el Congreso de su país. La United Fruit Company, conocida en Centroamérica con el nombre de La Frutera, tenía en Guatemala inversiones que se calculaban en unos 40'000,000 de dólares, y una parte importante de esas inversiones se hallaba en tierras. La ley de reforma agraria guatemalteca ordenaba que las tierras que no estaban en producción fueran distribuidas entre campesinos sin tierra, y La Frutera tenía grandes extensiones en reserva. Algo parecido sucedía con las propiedades de numerosos latifundistas del país. Como en todo el Caribe y en la mayoría de los países de la América española, menos de 2 por ciento de la población de Guatemala era dueña de 70 por ciento de las tierras cultivables y en vista de que el 80 por ciento de la población guatemalteca era en 1952 campesina, resultaba que más de las tres cuartas partes de los habitantes disponía sólo de menos de un tercio de las tierras, y éstas no eran precisamente las mejores.

Al hacer cumplir la ley de reforma agraria, el gobierno de Arbenz procedió a expropiar unas 80,000 hectáreas de las tierras de La Frutera e inmediatamente comenzó a propagarse en los Estados Unidos la idea de que Guatemala y su gobierno habían caído en manos comunistas. En el término de un año el gobierno de Arbenz se convirtió, a los ojos de la mayoría del pueblo norteamericano, en un títere manejado por Moscú y, por tanto, en una casi segura base militar de la Unión Soviética para ataques al canal de Panamá y a los propios Estados Unidos. Cuando la campaña de prensa llegó a acondicionar la mentalidad del país a todos los niveles, el presidente Eisenhower ordenó al jefe de la

cia, Allan Dulles –hermano del secretario de Estado, John Foster Dulles– que organizara el derrocamiento del presidente Arbenz.

En un primer momento, Eisenhower pensó que la persona más adecuada para dirigir la operación destinada al derrocamiento de Arbenz era su hermano Milton Eisenhower, que había visitado en su nombre los países de la América española y había establecido contacto con los gobernantes y los líderes políticos, sociales y económicos del hemisferio. Esa elección da idea de la categoría que el presidente de Estados Unidos le daba al caso de Guatemala. Milton Eisenhower rehusó participar en la agresión al pequeño país del Caribe. Por su parte, Allen Dulles socilitó de su hermano John Foster que nombrara embajador en Guatemala a John E. Peurifoy, a cuyo cargo estaría la misión de preparar el movimiento dentro del país, amparado por la inmunidad diplomática. Henry Holland, jefe del departamento de la América Latina en la Secretaría de Estado, el senador Thruston B. Morton, encargado de las relaciones del Congreso con la Secretaría de Estado, y los jefes del Estado Mayor Conjunto, fueron llamados a participar en la dirección del plan.

En el desarrollo del plan tomarían parte los embajadores norteamericanos en Honduras, Nicaragua, Costa Rica y las Naciones Unidas. Este último era Henry Cabot Lodge, que pasaría a ser conocido mundialmente debido a sus actividades como embajador de Estados Unidos en Vietnam del Sur durante los años críticos de la guerra en aquel país asiático. Además de esos funcionarios norteamericanos y a solicitud del gobierno de Estados Unidos, participarían gobiernos de Honduras, Nicaragua y la República Dominicana.

Como jefe visible de la acción militar se eligió al antiguo coronel del ejército de Guatemala, Carlos Castillo Armas, que había estado dos años en la escuela de Estado Mayor de Fort Leavenworth, Kansas. En 1950 Castillo Armas había tomado parte en un complot para derrocar al presidente Arbenz; fue detenido, pero se fugó de la prisión y se refugió en Honduras. Castillo Armas no tenía prestigio político en Guatemala, pero lo tenía en las filas de los propietarios latifundistas el general Miguel Ydígoras Fuentes, que vivía en El Salvador. Walter Turnbull, uno de los más altos jefes de la United Fruit en Centroamérica, acompañado por dos agentes de la cia, visitó en El Salvador a Ydígoras

Fuentes para pedirle que ofreciera su apoyo político a Castillo Armas. Al mismo tiempo el secretario de Estado, John Foster Dulles, utilizó la Décima Conferencia Interamericana, que tuvo lugar en Caracas, Venezuela, del 1 al 28 de marzo de 1954, como una plataforma para darle carácter oficial y continental a la acusación de que el gobierno de Arbenz se había convertido en un instrumento de la Unión Soviética y, a darle, por tanto, base política exterior a Castillo Armas.

Castillo Armas había logrado reunir unos cuantos guatemaltecos, hondureños, nicaragüenses y norteamericanos –estos últimos, reclutados por agentes de Estados Unidos–, a quienes dio adiestramiento militar un funcionario de la CIA. El campo de adiestramiento estaba en la pequeña isla de Momotombito, que se halla en el lago nicaragüense de Managua. Pero esos hombres apenas iban a participar en el derrocamiento de Arbenz, pues el poder de ataque sobre el gobierno de Guatemala se confió a varios aviones P47 *Thunderbolts,* facilitados por el gobierno norteamericano y conducidos por pilotos de esa nacionalidad. La misión de esos aviones era bombardear centros vitales de Guatemala, mientras el embajador Peurifoy se dedicaba a conseguir que los jefes militares guatemaltecos desconocieran el gobierno de Arbenz.

El trabajo de Peurifoy comenzó con un éxito: el 17 de junio (1954),el jefe de la fuerza aérea de Guatemala huyó del país acompañado por el ex jefe de la misión aérea norteamericana en Guatemala, lo que naturalmente causó mucha confusión entre los militares guatemaltecos.

El día 16, John Foster Dulles, el senador Morton, los jefes de Estado Mayor Conjunto y varios otros altos funcionarios del gobierno norteamericano se reunieron con el presidente Eisenhower en la Casa Blanca para ponerse de acuerdo acerca de los detalles finales de la llamada operación Guatemala. El día 18, Castillo Armas, con 150 hombres, entró a Guatemala desde Honduras, pero se quedó a pocos kilómetros de la frontera, pues su papel era justificar con su presencia en territorio guatemalteco que el derrocamiento de Arbenz era producto de una sublevación popular, no de un ataque que procedía del exterior. El mismo día 18 comenzaron los bombardeos de los P47 sobre San José, el puerto más importante de la costa pacífica de Guatemala. Los aviones estaban operando desde Nicaragua.

La delegación de Guatemala en las Naciones Unidas acusó al gobierno de Estados Unidos de los bombardeos a San José y explicó que éstos se habían hecho con aviones norteamericanos pilotados por agentes de la CIA, cosa que negó el embajador Cabot Lodge. Por su parte, el Departamento de Estado declaró oficialmente que los hechos de Guatemala eran producto de una revuelta interna y que el gobierno de Estados Unidos no tenía nada que ver con ellos. Esto sucedía el día 18. El día 22, la CIA informó al presidente Eisenhower que algunos de los aviones P47 que estaban bombardeando Guatemala se hallaban fuera de combate a causa de accidentes en unos casos y del fuego antiaéreo guatemalteco en otros, razón por la cual la operación Guatemala podía fracasar. Eisenhower respondió a esa posibilidad de fracaso ordenando que la fuerza aérea de los Estados Unidos simulara inmediatamente una venta de aviones a Nicaragua, con lo cual se aseguró la continuación de los bombardeos. Mientras tanto, los jefes militares guatemaltecos, que se hallaban bajo el control de los agregados militares norteamericanos acreditados en el país, se negaban a atacar la pequeña fuerza de Castillo Armas, que seguía sin moverse de las vecindades de la frontera hondureña. Cuando el presidente Arbenz se convenció de que sus altos jefes no cumplían sus órdenes sino las del embajador Peurifoy, presentó su renuncia. Era el 27 de junio. A partir de ese momento, y durante más de doce años, miles y miles de guatemaltecos serían perseguidos, aterrorizados, torturados y asesinados bajo la acusación de que eran comunistas. La intervención norteamericana dejaría, pues, una larga secuela de sangre y dolor en ese país del Caribe, de manera que sería una ligereza aquilatar la intervención por los efectos que tuvo sólo mientras duraron los bombardeos sobre el país.

Desde el presidente Eisenhower hacia abajo, todos los altos funcionarios de su gobierno pensaron que habían tenido un triunfo fácil en Guatemala, lo que se explica porque Arbenz había entregado el poder a los nueve días de haber comenzado el ataque aéreo a algunas ciudades guatemaltecas. Ninguno de ellos pensó, sin embargo, que la facilidad con que Arbenz fue derrocado indicaba que su gobierno no se hallaba en manos comunistas; mucho menos pensó nadie en Estados Unidos que esa victoria tan poco costosa iba a tener una contraparte que se basaría en el sentimiento antinorteamericano a que dio origen

la intervención. Al cabo de 20 años sin intervenciones militares, los pueblos de América, y especialmente los del Caribe, iban olvidando los 35 años de agresiones que les habían precedido; pero el papel que jugaron los norteamericanos en Guatemala en 1954 abrió las viejas heridas, y éstas volvieron a sangrar abundantemente unos años después, cuando el volcán del Caribe sacó de los fondos de la historia la más completa de sus revoluciones sociales, la revolución cubana de Fidel Castro.

El entrelazamiento que venía dándose a lo largo de la historia del Caribe entre una revolución y otra, el que encadenó las guerras de Venezuela y Colombia a las de Haití a través de las ayudas repetidas que le dio Pétion a Bolívar, el mismo que vinculó la guerra restauradora de Santo Domingo a las de independencia de Cuba por medio de Máximo Gómez y de otros oficiales dominicanos que habían pasado a Cuba con el ejército español que se retiraba de Santo Domingo, iba a llevar a la revolución cubana al Che Guevara, que había vivido en Guatemala en los días en que aquel país, y especialmente su capital, fue bombardeado repetidas veces por P47 norteamericanos pilotados por aviadores norteamericanos; había, pues, un vínculo histórico entre el éxito fácil de la CIA en Guatemala y la jefatura de la revolución cubana, hecho que los gobernantes de Washington no podían presumir en 1954. Pero tampoco lo tomaron en cuenta en 1960, y de ahí que al comenzar el 1960 el mismo presidente Eisenhower, acudiera de nuevo a la CIA para repetir en Cuba, en una escala varias veces mayor, lo que había hecho en Guatemala seis años atrás. El procedimiento mental por el cual los dirigentes políticos de Norteamérica llegaron a concebir ese ataque a Cuba fue muy simple: si Guatemala había sido presa del comunismo y por ello había expropiado tierras de la United Fruit Company, compañía norteamericana, Cuba lo era también puesto que había expropiado tierras, plantas eléctricas, bancos y refinerías de petróleo de norteamericanos; y si la CIA había devuelto Guatemala al mundo libre, y las propiedades norteamericanas a sus dueños, la CIA haría lo mismo en Cuba.

Pero los líderes de Estados Unidos no habían tenido en cuenta esta ligera diferencia: que en Guatemala no se había hecho una revolución y en Cuba estaba haciéndose una revolución; que Jacobo Arbenz pre-

sidía un país económica, social y políticamente atrasado, mientras Fidel Castro gobernaba uno que tenía en 1960, 92 años de lucha por su independencia. Al producir en Cuba la escala de la violencia contra esa larga lucha del pueblo cubano, el presidente Eisenhower y sus altos funcionarios y consejeros iban a provocar la escalada de la revolución, de manera que como venía sucediendo en el Caribe desde hacía 170 años, el poder contrarrevolucionario conducía la revolución hacia salidas más radicales.

Las actividades de la CIA en Cuba habían comenzado en 1959, el mismo año de la victoria de Fidel Castro. Al principio esas actividades se limitaban a buscar información que le permitiera al gobierno de Estados Unidos hacerse una idea de hacia dónde era llevada la revolución; después se dedicó a dirigir una campaña de prensa destinada a presentar la revolución cubana como de tendencias comunistas; luego comenzó a dar facilidades para que salieran de la isla los cubanos enemigos de la revolución; más tarde se dispuso a adiestrar cubanos exiliados para que llevaran a cabo luchas clandestinas contra el gobierno de Fidel Castro, hasta que llegó el día en que pasó a organizar ataques que iban desde pequeños sabotajes hasta bombardeos de ingenios de azúcar hechos por aviones aislados, y cañoneos de puertos y refinerías de petróleo llevados a cabo por embarcaciones rápidas.

Al comenzar el año de 1960, el gobierno de Estados Unidos había resuelto que el gobierno de Fidel Castro debía ser derrocado siguiendo el mismo método que sirvió para derrocar al de Arbenz en Guatemala. Para el mes de marzo la CIA, que estaba dirigida todavía por Allen Dulles, había elaborado un plan de acción, que el presidente Eisenhower aprobó el día 17 de ese mes. El plan consistía en adiestrar en guerra de guerrillas a unos 400 cubanos que serían llevados a Cuba con equipos militares y de comunicaciones modernas con el propósito de que formaran un núcleo central al cual debían unirse las pequeñas guerrillas antifidelistas que estaban operando en esos días en la zona montañosa del Escambray, situada hacia el sur de la provincia de Las Villas, en el centro de la isla.

Los 400 cubanos se reclutaron rápidamente entre los que habían huido de Cuba y comenzaron a ser adiestrados en tiro, uso de explosivos y manejo de comunicaciones; las prácticas se hacían en varios lu-

gares de Estados Unidos, a veces hasta en habitaciones de hoteles de Miami. Pero al comenzar el mes de abril se vio que era necesario aleccionar a esos hombres en operaciones militares, para lo cual hacía falta un territorio amplio y seguro. Fue entonces cuando la CIA se movilizó para encontrar ese territorio fuera de Estados Unidos.

El lugar ideal resultó ser Guatemala. El embajador guatemalteco en Washington era hermano de Roberto Alejos, rico propietario de fincas de café y de caña que estaban lo bastante aisladas para que pudiera establecerse en una de ellas un campamento de exiliados cubanos sin despertar sospechas; además, Roberto Alejos era el amigo más influyente de Manuel Ydígoras Fuentes, que había llegado a presidente de la República entre varias razones, gracias a la colaboración que le dio a Castillo Armas en junio de 1954.

Agentes de la CIA visitaron la finca Helvetia, una de las de Alejos, situada en las vecindades de Retalhuleu, al sudoeste del lago Atitlán, precisamente en la misma zona donde Alvarado había ganado en 1523 la batalla de Salamá contra los indios mayaquichés que mandaba Tecún Umán. El lugar les pareció apropiado para lo que ellos buscaban, de manera que Robert Kendall Davis, secretario de la embajada norteamericana en Guatemala, habló con Alejos, le propuso que facilitara la Helvetia para campamento de cubanos antifidelistas, Alejos aceptó y él y Davis se entrevistaron con Ydígoras Fuentes, que aprobó el plan. Inmediatamente después, la CIA comenzó a poner la finca Helvetia en condiciones de recibir a los cubanos y éstos empezaron a llegar en el mes de mayo.

Al mismo tiempo que trabajaba en Guatemala, la CIA organizaba en Estados Unidos las estructuras políticas que debían darle al plan la apariencia de que el ataque a Cuba era un problema estrictamente cubano. La organización fue montada a base de los grupos de exiliados que vivían en Estados Unidos, principalmente en Miami. Cinco de esos grupos fueron unidos en un llamado "frente" y en él figuraban como líderes un ex ministro de relaciones exteriores y un ex presidente de un banco del Estado cubano, que habían desempeñado esas funciones antes de 1952, el jefe del pequeño movimiento demócrata cristiano cubano y un ex compañero de Fidel Castro. Todos los gastos de reclutamiento y movilización de los hombres que estaban siendo enviados

a Guatemala eran pagados por ese frente con dinero que facilitaba la CIA; de ese dinero se pagaba además la suma mensual que recibía cada familia cubana que tenía miembros en el campamento de Helvetia. Poco tiempo después el llamado frente quedó convertido en el Consejo Revolucionario Cubano, presidido por el doctor José Miró Cardona, que fue primer ministro del régimen de Fidel Castro en los meses de enero y febrero de 1959.

A medida que avanzaba el tiempo las pequeñas guerrillas cubanas que operaban en el Escambray iban perdiendo terreno, a pesar de los esfuerzos que hacía la CIA para abastecerlas de armas, municiones, equipos de comunicación y medicinas, de manera que fue necesario cambiar los planes para adaptarlos a una expedición más grande, lo que requería aumentar el número de hombres que debían ser adiestrados en Guatemala. Parte de la ampliación de los planes fue el envío de un grupo a la base naval de Vieques, en Puerto Rico, a fin de prepararlo como hombresranas; además, se construyeron más instalaciones de todo tipo en Retalhuleu y se establecieron dos campamentos más, uno al sur de Retalhuleu, en la costa del Pacífico, y otro al este, en San José, donde Alejos tenía una finca de caña. En el campamento de la costa del Pacífico se hacían prácticas de desembarco y en Retalhuleu se construyeron varios caminos y un aeropuerto a un costo superior a 1'200,000 dólares; y por último, se construyeron también un pequeño aeropuerto y varios barracones en Sayaxché, en pleno centro de la provincia de Petén, antigua tierra de los maya-quichés, adonde eran llevados, y se mantenían incomunicados, los cubanos que se indisciplinaban en Helvetia y San José. De los hombres aislados en Sayaxché, a ninguno se le permitió salir de allí sino después que el plan terminó con el desastre de Playa Girón. Todos los cubanos que iban a Guatemala salían de Florida por la vía aérea, y aunque se usaron varios aeropuertos para ese fin, el más usado fue el de Opalocka, en Miami.

Fidel Castro tenía una información completa y al día de todos esos movimientos, y cuando estuvo en Naciones Unidas, en el mes de septiembre de 1960, pronunció ante la Asamblea General de la organización mundial un largo discurso en el cual menudeaban las advertencias a Norteamérica para que no llevara adelante sus planes. Es incomprensible cómo los analistas de la CIA, del Departamento de Es-

tado y del Pentágono no alcanzaron a comprender el significado de muchos párrafos del discurso de Fidel Castro. Pero Raúl Roa, el ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, iba a ser más explícito aún, cuando hablando ante la ONU unos días después –el 7 de octubre– dijo que a Guatemala estaban llegando constantemente "aventureros y mercenarios de toda laya contratados por agentes contrarrevolucionarios cubanos y norteamericanos"; que en "la finca Helvetia, ubicada en el municipio de El Palmar, colindante con los departamentos de Retalhuleu y Quetzaltenango[...] están recibiendo entrenamiento especial numerosos exiliados y aventureros"; que el "aeródromo de[...] Retalhuleu ha sido acondicionado precipitadamente por ingenieros norteamericanos para facilitar el aterrizaje y despegue de aviones pesados y de propulsión a chorro". En la denuncia de Roa había más detalles, todos veraces, a pesar de lo cual la CIA, con la aprobación del presidente Eisenhower, siguió sus trabajos sin hacer el menor esfuerzo por encubrirlos mejor, y, hasta donde se sepa, sin que tratara de descubrir la fuente de las informaciones que tenía en su poder el gobierno de Cuba.

Durante lo que restaba del mes de octubre Roa siguió denunciando el plan militar norteamericano y también las medidas políticas que debían complementarlo. Así, además de informar ante la ONU que Estados Unidos estaba enviando aviones a lanzar equipos, medicinas y alimentos a las guerrillas del Escambray, anunció que la solicitud de que la Organización de Estados Americanos expulsara de su seno al gobierno cubano y la intención del presidente Eisenhower de romper relaciones con Cuba eran medidas que debían "preceder al inicio de las operaciones militares" contra Cuba. Y, efectivamente, era así. El día 18 de noviembre, John F. Kennedy, que había sido elegido poco antes presidente de Estados Unidos, fue informado por el presidente Eisenhower de todo el plan. El 31 de diciembre, Roa envió al Presidente del Consejo de Seguridad de la ONU una carta en la que afirmaba que la agresión a Cuba era inminente. Fidel Castro, que estaba esperando esa agresión, pidió al gobierno norteamericano que redujera su personal diplomático en Cuba al mismo número que el que Cuba tenía en Estados Unidos. Ésa era una medida defensiva, pues la lección de Guatemala estaba viva aún, y Fidel Castro no podía ignorarla; una misión diplomática norteamericana numerosa

podía hacer en la isla el mismo papel que había hecho la que se hallaba en Guatemala en 1954. La respuesta de Eisenhower fue romper las relaciones con Cuba.

Todo parecía listo, pues, para que sobre Cuba cayera el ataque organizado desde Washington. Pero al comenzar el mes de enero, el gobierno cubano, que esperaba el golpe en cualquier momento, jugó una carta que desconcertó a Estados Unidos: en una ofensiva relampagueante aniquiló los restos de guerrillas del Escambray y al finalizar el mes la región estaba libre de guerrilleros, con lo que el plan norteamericano quedó automáticamente convertido en anticuado y tenía que ser cambiado totalmente, pero ya John F. Kennedy había tomado posesión de la presidencia del país y los nuevos planes necesitaban su aprobación. Lo que decidieron Kennedy, la CIA, el Departamento de Estado y los jefes militares fue aumentar el número de los cubanos que debían participar en la acción y convertir ésta en una expedición tan poderosa como fuera posible, que tuviera capacidad para tomar y retener una parte del territorio cubano adonde sería enviado el Consejo Revolucionario; éste sería reconocido por el gobierno de Norteamérica tan pronto llegara a Cuba y comenzaría a ser abastecido inmediatamente con toda la ayuda militar, económica y política que hiciera falta.

Los nuevos planes significaban cambios importantes en la estrategia y en la táctica. Así, se invitó a colaborar en el plan al gobierno de Nicaragua, encabezado por Luis Somoza, hijo del hombre que había dado muerte a Sandino. Somoza se comprometió a dar la base aérea y marítima para la salida de la expedición y para los bombardeos que se harían sobre algunos puntos de Cuba. Kennedy consultó al Estado Mayor Conjunto acerca de los cambios en los planes y pidió que se le señalara cuál era el lugar apropiado para que la expedición desembarcara en Cuba. El Estado Mayor Conjunto decidió que el sitio para el ataque debía ser Trinidad, una ciudad de las más antiguas de la isla, situada en la costa del sur, en el centro de la provincia de Las Villas. Sobre la base del ataque por Trinidad se pasó a trabajar febrilmente para enviar a Guatemala a todos los cubanos que se ofrecieron a luchar, y los puntos de reclutamiento en Miami pasaron a ser públicos; se organizó una flota aérea de 24 bombarderos B26 y doce transportes, seis de ellos C54, y 6 C46, y se obtuvieron seis barcos de una compañía

cubana que operaba entre La Habana y algunos puertos norteamericanos de la costa del Este y del Golfo de México.

Para mediados de marzo, y a un costo de cerca de 200 millones de dólares, la CIA disponía de seis batallones de infantería, una compañía de paracaidistas, un grupo numeroso de aviadores y otro de hombres ranas, todos cubanos, magníficamente adiestrados por norteamericanos, y contaba con una base naval y un aeropuerto en Puerto Cabezas, Nicaragua. La invasión de Cuba se hallaba lista, pues, pero antes de lanzarla se necesitaba la aprobación final del presidente Kennedy. Kennedy hizo un cambio; en vez de Trinidad, el lugar de desembarco de la expedición sería Bahía de Cochinos, porque ahí no había población civil que peligrara en caso de que hubiera que combatir, lo que indica que Kennedy no tenía la menor idea de que en Cuba estaba desarrollándose una revolución social profunda, por la cual iban a combatir miles y miles de hombres y mujeres, y según enseña la historia, las revoluciones sociales no se detienen a tiros; al contrario, los ataques las hacen más radicales. Por su parte, la CIA había propuesto Bahía de Cochinos como el punto de desembarque de la expedición porque la única vía de comunicación de ese lugar con el interior de la isla podía ser bloqueada fácilmente con paracaidistas, lo que aseguraba que los expedicionarios serían puestos en tierra sin dificultades, dado que en los planes estaba prevista la destrucción de la fuerza aérea cubana antes de que se iniciara el ataque.

Cuando se tenía terminado el aspecto militar del plan, se procedió a terminar también los aspectos políticos. El día 22 de marzo (1961), el Consejo Revolucionario fue presentado a la prensa de Nueva York. De esa tarea se encargó Lem Jones, agente de publicidad que había sido contratado por la CIA desde agosto de 1960 para manejar la propaganda de la operación. El día 3 de abril, el Departamento de Estado dio a la publicidad un Libro Blanco lleno de acusaciones contra el gobierno cubano. Militar, diplomática y políticamente, pues, los poderosos Estados Unidos, violando los pactos interamericanos y sus propias leyes de neutralidad, estaban preparados para atacar el territorio cubano.

El día 4 (abril), Kennedy tuvo una reunión con sus consejeros, los altos funcionarios del Departamento de Estado y el senador Fullbright, presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado. En esa re-

unión se aprobó el ataque a Cuba con la única opinión contraria de Fullbright. El día 8, desde su sede en Nueva York, el Consejo Revolucionario hizo un llamamiento a los habitantes de la isla para que se levantaran contra el régimen de Fidel Castro. En ese momento los 1,300 cubanos que estaban en Guatemala eran trasladados por aire a Puerto Cabezas, cuyo nombre en el código pasó a ser Valle Feliz, pero en inglés –*Happy Valley*–. Así, el presidente Kennedy, que hablaba a menudo con tanta energía contra los tiranos de América, se aliaba a los Somozas, una dinastía que asentaba su poder sobre la sangre de Sandino y de miles de nicaragüenses.

El día 11, el almirante Arleigh Burke, jefe de operaciones navales de la marina norteamericana, ordenó que buques de la flota del Atlántico salieran en dirección al extremo occidental de Cuba, donde debían estacionarse, aunque sin entrar a sus aguas. Con esas unidades iba un batallón de infantería de marina sacado de Vieques, Puerto Rico. Dos destructores saldrían desde Puerto Cabezas para escoltar los barcos de la expedición, que salió ese día 11 hacia Bahía de Cochinos. El día 12, el presidente Kennedy hizo su conocida declaración: en una conferencia de prensa, un periodista adiestrado para el caso lo interrogó de tal manera que él pudo responder: "Antes que nada, quiero decir que no habrá, bajo ninguna condición, una intervención en Cuba hecha por las fuerzas armadas de Estados Unidos. Este Gobierno hará lo que pueda, y pienso que él pueda cumplir sus obligaciones, para asegurar que no haya norteamericanos envueltos en ninguna acción dentro de Cuba". Como se advierte, las palabras estaban cuidadosamente escogidas, pues era cierto que no había norteamericanos "envueltos en ninguna acción dentro de Cuba", pero los había, y numerosos, fuera de Cuba; por otra parte, pronto iba a haberlos también dentro de la isla.

Al amanecer del día 15, el piloto Mario Zúñiga salía de Puerto Cabezas en un B26 que llevaba en la nariz el número 933 y en la cola las siglas FAR, pues como todos los aviones de guerra y de transporte de la expedición, había sido pintado para que pareciera un avión cubano. Antes de levantar vuelo en Puerto Cabezas, al FAR 933 se le hicieron unos cuantos disparos de ametralladora. ¿Para qué? Para que el piloto Mario Zúñiga pudiera hacer una historia detallada de sus aventuras cuando llegara a Miami, pues ese avión no iba a atacar ningún punto

cubano; iba a Miami, en cuyo aeropuerto aterrizó a las 8:21 de la mañana. Llevado a las oficinas de Inmigración, Zúñiga salió de allí cuatro horas después. El jefe de los inspectores de Inmigración declaró a los periodistas que se les permitiría tomar fotografías del avión y, desde luego, de los agujeros que se veían en su fuselaje, pero que no podrían hablar con el piloto, cuyo nombre no se daría a la publicidad para evitar que el gobierno de Fidel Castro tomara represalias contra su familia, que se hallaba en Cuba. La familia Zúñiga –su mujer, Georgina, y sus hijos, Eduardo, Enrique, Beatriz y María Cristina– vivían a muy corta distancia del aeropuerto, en South West 20th Avenue, Miami, y él había salido de esa dirección para unirse a los cubanos que se adiestraban en Guatemala, y el jefe de los inspectores de Inmigración sabía todo eso, y sabía que Zúñiga no había declarado nada durante las cuatro lloras que estuvo aparentemente sometido a interrogatorios. Por lo demás, desde el aeropuerto de Miami el piloto cubano fue llevado ese mismo día a otro aeropuerto de Florida desde el cual voló a Puerto Cabezas, adonde llegó el día 16 para sumarse el 17 a los aviones que iban a bombardear el territorio cubano en Bahía de Cochinos.

Ahora bien, el día 16, mientras él volaba hacía Puerto Cabezas, aparecieron en la prensa norteamericana las supuestas declaraciones que Zúñiga había hecho a los inspectores de Inmigración de Miami. Según esas declaraciones, él y otros pilotos de la fuerza aérea cubana habían planeado huir de Cuba, pero tuvieron sospechas de que uno de ellos había denunciado el plan, razón por la cual él –Zúñiga–, que había levantado vuelo en la base de San Antonio de los Baños para cumplir su misión regular, había resuelto ametrallar el avión del compañero traidor mientras éste se hallaba en tierra y al mismo tiempo ametralló otros aviones estacionados en la base. Para que la historia pareciera más verídica, en las supuestas declaraciones de Zúñiga, aparecían el nombre del piloto traidor y el número de su avión, y aparecía también esta noticia sensacional: otros compañeros suyos habían atacado a la misma hora el aeropuerto de Santiago de Cuba y el del campamento Libertad –antiguo Columbia– en La Habana. En cuanto a los agujeros de ametralladoras que tenía su avión, ésos le habían sido hechos cuando ametrallaba la base de San Antonio de los Baños en vuelo rasante. Fue a causa de esos impactos, dijo, y de que estaba quedán-

dose sin gasolina, que él, Mario Zúñiga, piloto de la fuerza aérea cubana, había decidido llegar a Miami.

Efectivamente, La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba habían sido atacados desde el aire, pero no por tres aviones del gobierno cubano, sino por tres escuadrillas de B26 que habían salido de Puerto Cabezas. De la escuadrilla que atacó La Habana, un avión fue derribado y otro tuvo que aterrizar en KeyWest –Cayo Hueso–, Florida; de la que atacó San Antonio de los Baños, uno aterrizó en Cayo Caimán, posesión inglesa situada al sur de Cuba. El día 16, los pilotos del B26 que aterrizó en Key West fueron despachados, junto con Mario Zúñiga, hacia Puerto Cabezas.

Esos ataques a las bases aéreas de La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba tenían la finalidad de destruir en tierra el mayor número de aviones cubanos para que los barcos de la expedición, que habían salido de Puerto Cabezas cuatro días antes, no hallaran oposición aérea en Bahía de Cochinos. Los altos jefes de la CIA y del Estado Mayor Conjunto creían que si la expedición podía desembarcar sin obstáculos podría tomar y dominar rápidamente un territorio lo suficientemente grande para poder establecer una cabeza de puente por la cual recibiría toda la ayuda que podía proporcionar Estados Unidos. La operación estaba calculada en términos de fuerzas militares, no de fuerzas políticas, y se olvidó que la revolución de Cuba era un fenómeno político que tenía sus raíces en los 460 años de historia del Caribe y en los noventa y tantos que llevaba el pueblo cubano luchando por su independencia. Los líderes cubanos, en cambio, tenían bien presente el aspecto político del problema, y tan pronto como se produjeron los bombardeos del día 15, Fidel y Raúl Castro, y el Che Guevara se dirigieron por radio al país, denunciando la agresión y acusando a los Estados Unidos de haberla organizado y dirigido, cosa que sabían a fondo porque tenían información correcta de cada paso que daba la CIA, pero al mismo tiempo pusieron en acción los comités de vigilancia de toda la isla, que estaban preparados para actuar a la primera orden, y al cerrar el día no había en Cuba un hombre o una mujer sospechoso de hallarse a disgusto con el régimen que no estuviera detenido. Cualquiera que fuese el poder de la fuerza atacante, ni una persona se pondría de su lado, y sin ayuda popular no hay movimiento que tenga

posibilidades de triunfar. Políticamente, pues, el plan norteamericano se hallaba sin sustento desde el mismo día 15 de abril.

Ese día el ministro Roa decía ante la Asamblea General de las Naciones Unidas: Acabo de recibir instrucciones del Presidente de la república, doctor Osvaldo Dorticós, y del primer ministro del Gobierno revolucionario, doctor Fidel Castro, de denunciar a la asamblea general de las Naciones Unidas que esta mañana, a la 6:30, la ciudad de La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba han sido simultáneamente bombardeadas por aviones B26 de fabricación norteamericana y procedentes de bases enclavadas en territorio norteamericano y en países centroamericanos, satélites del Gobierno de los Estados Unidos". El día 16, en respuesta a las declaraciones de Adlai Stevenson, embajador norteamericano ante las Naciones Unidas, que alegaba que los bombardeos del territorio cubano habían sido hechos por pilotos que se habían rebelado contra el gobierno revolucionario –y presentaba corno prueba la fotografía del B26 de Mario Zúñiga, y las supuestas declaraciones del aviador cubano–, Fidel Castro respondía desde Cuba, al pronunciar un discurso en el entierro de las víctimas del bombardeo a La Habana:

> ¿Quiere el señor Presidente de los Estados Unidos que nadie tenga derecho a llamarlo mentiroso? ¡Presente ante las Naciones Unidas los pilotos y los aviones que dice![...], al Gobierno imperialista de los Estados Unidos no le quedará más remedio que confesar que los aviones eran suyos, que las bombas eran suyas, que las balas eran suyas, que los mercenarios fueron organizados, entrenados y pagados por él, que las bases estaban en Guatemala y que de allí partieron a atacar nuestro territorio, y que los que no fueron derribados fueron allí a salvarse en las costas de los Estados Unidos, donde han recibido albergue.

Todas y cada una de las palabras de Raúl Roa y de Fidel Castro eran verdad; en cambio todas y cada una de las palabras que decían los funcionarios norteamericanos, desde Adlai Stevenson hacia abajo, eran mentira, lo que demuestra que el gobierno de Estados Unidos actuaba a conciencia de que estaba violando principios y leyes. A partir de entonces, el presidente Kennedy se referiría a Stevenson en privado llamándole "mi mentiroso oficial".

En el aspecto político de la lucha que había desatado Estados Unidos la situación iba a hacer crisis ese mismo día. Atacado por el poder más grande de la tierra, Fidel Castro no podía olvidar que su país era pequeño, que en esa hora trágica Cuba necesitaba situarse en un campo, de los dos en que se hallaba dividido el mundo, y que no podía escoger el campo de los que le atacaban. Así, en el discurso en que pedía que el gobierno de Estados Unidos presentara ante Naciones Unidas a los pilotos que habían bombardeado el territorio cubano, para probar de manera categórica que eran aviadores cubanos rebelados contra su gobierno, dijo estas palabras, que iban a iniciar una época nueva en la historia del Caribe y de las dos Américas; dijo:

"Eso es lo que no pueden perdonarnos, que estamos ahí, en sus narices, ¡y que hayamos hecho una revolución socialista en las propias narices de los Estados Unidos! ¡Y que esa revolución socialista la defendemos con esos fusiles! ¡Y que esa revolución socialista la defendemos con el valor con que ayer nuestros artilleros aéreos acribrillaron a balazos a los aviones agresores!... Compañeros obreros y campesinos, ésta es la revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes." Y para terminar, en la lista de los "Viva la clase obrera!" y "!Vivan los campesinos!" apareció un "¡Viva la revolución socialista!"

La bien planeada agresión del gobierno de Estados Unidos, ordenada por los presidentes Eisenhower y Kennedy, había lanzado a Cuba al campo socialista. El ataque aéreo a La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba había tenido el mismo efecto que el de ingleses y españoles a Haití en 1793. El 16 de abril de 1961, Fidel Castro había actuado como lo había hecho Sonthonax el 29 de agosto de aquel año, cuando decretó la libertad de los esclavos haitianos. La historia del Caribe tenía una coherencia; seguía una ley que se hallaba inscrita en lo más profundo de sus raíces. Región del mundo americano modelada por la violencia que la había convertido en una frontera imperial, su única manera de avanzar hacia un destino mejor era respondiendo a la escalada de la agresión con la escalada de la revolución, y para librarse de la opresión norteamericana, el camino de la revolución cubana era el del socialismo. Fidel Castro no tenía opción, o escogía el socialismo o escogía la destrucción de su obra y con ella el deshonor.

Violencia tras violencia, Cuba había sido llevada a ese punto, y con Cuba iría más temprano o más tarde el Caribe.

Al llegar a Nueva York la noticia de que La Habana, San Antonio de los Baños y Santiago de Cuba habían sido bombardeados desde el aire –si bien a Nueva York llegó sólo la versión atribuida a Zúñiga, o lo que es decir la de la CIA–, Miró Cardona, el presidente del Consejo Revolucionario, hizo declaraciones a la prensa en las que afirmaba que "El Consejo había estado en contacto y había estimulado a esos bravos pilotos" de la fuerza aérea de Cuba para iniciar la rebelión contra el gobierno de Fidel Castro. Esa salida de Miró Cardona al ruedo de la opinión pública no fue consultada a la CIA, cuyos jefes temieron que los miembros del Consejo Revolucionario pudieran írseles de las manos en cualquier momento. Rápidamente, la CIA tomó sus medidas, y el día 16 todos los componentes del Consejo fueron llevados a Filadelfia, de donde se les trasladó por avión a Opalocka, en Florida; al llegar a Opalocka fueron conducidos a una barraca en la que estuvieron varios días sin más comunicación con el exterior que un aparato de radio a través del cual oían las noticias norteamericanas sobre lo que estaba sucediendo en Cuba y los comunicados que a nombre de ellos hacía en Nueva York el agente de publicidad Lem Jones. Por su parte, los comunicados que Lem Jones entregaba a la prensa le eran dictados por teléfono desde el cuartel general de la CIA. El primero, denominado Boletín número I, comenzaba diciendo: "La siguiente declaración nos ha sido hecha esta mañana por el doctor José Miró Cardona, presidente del Consejo Revolucionario Cubano: Antes del amanecer, patriotas cubanos en las ciudades y en las montañas comenzaron la batalla por la libertad de nuestra patria." Estaba fechado el 17 de abril, es decir, un día después de haber sido sacado de Nueva York el doctor Miró Cardona.

Efectivamente, al amanecer de ese día había comenzado en Cuba la lucha organizada por el gobierno de Estados Unidos, y el propio Fidel Castro había dado a través de la radio el primer comunicado de los varios que iba a dar su gobierno; en él decía: "Tropas de desembarco, por mar y por aire, están atacando varios puntos del territorio nacional al sur de la provincia de Las Villas". Fidel Castro, y con él su gobierno, estaba siguiendo el método de decirle al pueblo la verdad,

pues era verdad que había habido desembarcos por mar, desde los buques expedicionarios, y por aire, desde los aviones de transporte que lanzaron unos 200 paracaidistas, cuyo papel era tomar las vías de acceso a Bahía de Cochinos.

Pero el gobierno de Estados Unidos seguía también el método que había adoptado desde que en marzo de 1960 el presidente Eisenhower había ordenado la organización del ataque a Cuba; era el método de la mentira. Al mismo tiempo que Fidel Castro daba en Cuba su primer comunicado de guerra, se le enviaba a la prensa de Nueva York el boletín que supuestamente había elaborado el doctor Miró Cardona; Radio Swan, una estación que tenía la CIA en las islas Swan, situada en un islote que se halla en el Caribe, exactamente al sur del extremo oriental de Cuba, afirmaba que en la isla se había producido "un levantamiento general en larga escala" y que las milicias "en las cuales había puesto Castro su confianza parecían estar en estado de pánico"; la Associated Press enviaba a todos los periódicos del mundo que le compraban servicios los siguientes cables: "José Miró Cardona y Antonio de Varona están en ruta a Cuba y desembarcarán allí tan pronto como las tropas rebeldes establezcan una cabecera de puente"; "La isla de Pinos fue tomada por los rebeldes y 10,000 prisioneros políticos fueron puestos en libertad y se plegaron a la rebelión"; "Una fuerza invasora desembarcó en Baracoa, en la costa oriental de Cuba"; "Fuerzas invasoras han llegado a la carretera principal de Cuba, con el objeto de cortar la isla en dos"; "Mil soldados del ex presidente Carlos Prío desembarcaron en la provincia de Oriente". Por su parte, la United Press International enviaba a sus clientes otras informaciones: "Se tienen informes de que se lucha en las calles de La Habana"; "Las fuerzas invasoras han ocupado la ciudad de Pinar del Río"; "Fuerzas rebeldes que operan en el interior de Cuba dieron muerte a la escolta militar del primer ministro Fidel Castro, que salió ileso del atentado".

La verdad era la que había dicho Fidel Castro, aunque el primer ministro cubano la había exagerado al afirmar que el país había sido atacado "en varios puntos del territorio nacional al sur de la provincia de Las Villas", pues el ataque estaba produciéndose en un solo punto, que era Bahía de Cochinos. Esa bahía es como una abra amplia, de forma cónica, con el cono situado hacia el norte. En el lado occidental

de la bahía está Playa Larga, comunicada a través de veredas con la Ciénaga de Zapata y a través de un corta carretera con Playa de Girón, que ocupa la parte central de la bahía. En Playa Girón había un pequeño aeropuerto y desde allí salía un camino carretero que unía el lugar al centro de la provincia de Matanzas a través de la zona azucarera de jagüey Grande y Pedro Betancourt.

Hasta la hora de escribir este libro no se ha dado una descripción de la batalla de Cuba que permita al lector conocer cómo se desenvolvió, a pesar de que el propio Fidel Castro ha explicado muchas veces su proceso, pero en conversaciones que no se han hecho públicas en detalle; sin embargo, es posible dar una idea del curso de la lucha, que duró tres días.

La acción comenzó a las dos de la mañana del día 17, cuando los barcos expedicionarios llegaron frente a Playa Girón y comenzaron a desembarcar hombres. A las seis de la mañana los aviones de transporte de los atacantes empezaron a lanzar paracaidistas detrás de Playa Girón a fin de tomar control de San Blas, situada en el camino que unía la playa con el centro de la provincia de Matanzas; a esa misma hora los B26 iniciaban la acción aérea con cohetes, bombas y fuego de ametralladoras en las cercanías de Playa Girón, lo que quiere decir que la operación estaba llevándose a cabo con una apropiada cobertura aérea y prácticamente sin dificultad. Al salir el sol sobre Bahía de Cochinos ese día 17 de abril, las previsiones norteamericanas iban cumpliéndose cabalmente. Faltaba saber cuáles eran las previsiones de Fidel Castro.

Fidel Castro, cuyas fuerzas en toda la isla se hallaban en estado de alerta desde hacía tres días, comenzó a mover sus milicias hacia el lugar del desembarco tan pronto estuvo seguro de que el ataque se llevaba a cabo sólo en la costa sur de Las Villas, y mientras tanto su aviación, situada en San Antonio de los Baños, a poco más de 200 kilómetros de Bahía de Cochinos, empezó a operar con tanta efectividad que a las nueve de la mañana había logrado hundir el barco *Houston,* en el que los atacantes tenían concentrados sus repuestos de municiones y de armas. A esa hora, las milicias cubanas avanzaban desde varios puntos para reconcentrarse en Jagüey Grande y en sus alrededores. El contraataque cubano iba a comenzar rápidamente.

Ese día los cables de la Associated Press llevaban a todo el mundo estas informaciones: "Fuerzas anticastristas invadieron hoy Cuba por tres puntos y la principal ciudad en el extremo oriental de Cuba, Santiago, puede estar ya en manos de los invasores, Los milicianos de Castro ya han desertado y la batalla decisiva se realizará dentro de unas horas"; "Los desembarcos de Oriente parecen haber encontrado poca resistencia. En la región de Matanzas se realiza ahora un intento de juntar las varias ramas (*sic*) del asalto en un solo y potente grupo que pueda cortar la carretera que corre de oeste al este, para luego lanzar una ofensiva final hacia La Habana;" "Los invasores desembarcaron en cuatro de las seis provincias de Cuba, no haciéndolo únicamente en la provincia de La Habana ni en la de Camagüey"; "Se tienen informaciones de que se lucha en las calles de La Habana." Por su parte, la United Press International era más entusiasta y cablegrafiaba: "El primer ministro Fidel Castro se ha dado a la fuga y su hermano Raúl fue capturado. El general Lázaro Cárdenas gestiona el asilo político de Fidel".

En Cuba la situación estaba bajo control desde ese mismo día y la batalla de Playa Girón –que es el nombre que se le da en Cuba– iba desenvolviéndose de manera más normal que lo que seguramente habían esperado Fidel Castro y sus compañeros del gobierno revolucionario. En un sentido estrictamente militar, era la batalla más importante que se había dado en el Caribe desde el punto de vista de las armas que se usaban en ella, todas modernas, y en ese terreno el gobierno cubano se hallaba en condiciones de inferioridad, puesto que su fuerza aérea era más pequeña que la que tenían los atacantes, pero en el sentido político Playa Girón fue tan importante como la segunda batalla de Carabobo. Con ella se cerraba una época y comenzaba otra.

Al terminar el día 17 se hallaban bloqueadas las vías de acceso hacia el interior de Cuba; el día 18 los atacantes estaban cayendo en cercos, por grupos aislados, y cualquier observador podía darse cuenta de que tenían la batalla perdida; sin embargo, la United Press International enviaba ese día a sus clientes los siguientes despachos: "El lujoso hotel Habana Libre, en la capital cubana, quedó totalmente destrozado después de un ataque aéreo a La Habana"; "Fuerzas invasoras aislaron hoy el puerto de Bayamo en la costa sur de la provincia de Oriente". Bayamo está a más de 50 kilómetros de la costa del Caribe,

pero los redactores del cable no se tomaron el trabajo de ver un mapa de Cuba antes de escribirlo. Por su parte, la Associated Press informaba: "Agricultores, obreros y milicias se unen a los invasores y acuden a la zona ya liberada que se expande rápidamente"; "La fuerza invasora en la costa sur de Las Villas ha avanzado hasta la región de Colón, una ciudad de la provincia de Matanzas".

Al anochecer de ese día los invasores de Playa Girón eran impotentes para romper el cerco de las milicias cubanas. Esa misma noche el presidente Kennedy abandonó por algún tiempo una fiesta que daba en la Casa Blanca y se reunió con los altos jefes de la CIA, los de la aviación y la marina, y el del Estado Mayor Conjunto. La situación en Playa Girón era desesperada y esos altos jefes habían resuelto pedirle al presidente medidas que pudieran transformarla. De las proposiciones que se le hicieron, Kennedy adoptó una: que seis aviones a chorro de la Marina norteamericana protegieran a los bombarderos B26 que debían volar de Puerto Cabezas para estar sobre Playa Girón a las seis de la mañana del día 19. Lo que había asegurado siete días antes –"Este Gobierno hará todo lo que pueda[...], para que no haya norteamericanos envueltos en ninguna acción dentro de Cuba"– quedaba, pues, sin efecto, dado que al proteger a los B26 que atacarían territorio cubano, esos aviones a chorro de la Marina de Guerra de Estados Unidos tendrían que actuar necesariamente dentro de Cuba. Se ha dicho a menudo –y los partidarios norteamericanos de la intervención en Cuba se lo han achacado como si fuera un delito– que Kennedy se opuso a que se usara fuerza militar norteamericana en esa ocasión, pero se trata de una verdad a medias, puesto que los *jets* de la Marina eran parte de la fuerza militar del país. Es cierto que las instrucciones de Kennedy fueron que los pilotos de esos *jets* hicieran fuego a los aviones cubanos sólo en el caso de que éstos los atacaran, pero nadie puede poner en duda que si un avión norteamericano hubiera sido derribado ese día, Estados Unidos habrían lanzado sobre la isla todo su poderío armado.

Lo que evitó que eso sucediera no fue una decisión del presidente Kennedy; fue un error, de ésos inexplicables que se dan en las horas críticas de la historia. La orden de que los *jets* de la Marina volaran sobre Playa Girón para proteger a los B26 que llegarían a ese punto a las seis de la mañana del día 19 fue transmitida desde el Pentágono por

el almirante Burke en persona al portaviones *Essex,* que se hallaba a corta distancia de las costas de Cuba. Esas órdenes limitaban el vuelo de los *jets* de las seis a las siete de la mañana. Ahora bien, ni el almirante Burke, ni los mandos de operaciones del *Essex* tomaron en cuenta que entre Nicaragua y Cuba había una hora de diferencia y que, por tanto, a las seis de la mañana en Bahía de Cochinos serían las cinco de la mañana en Puerto Cabezas. Ese olvido se tradujo en el fracaso del esfuerzo final, pues cuando llegaron a la altura de Playa Girón, los aviadores de los B26, todos norteamericanos debido a que los pilotos cubanos estaban exhaustos tras varios días de vuelos, ya eran allí un poco más de las siete de la mañana y los *jets* de la Marina de Guerra de los Estados Unidos estaban recogiéndose en las pistas del *Essex.*

Ese día caían en manos de las fuerzas cubanas los últimos grupos de expedicionarios. La batalla de Cuba había terminado, y con su final comenzaba en el Caribe una nueva época histórica. La vieja frontera imperial, que había quedado rota para los imperios europeos en el siglo XIX y había sido reconstruida por Estados Unidos en el siglo XX, quedaba deshecha definitivamente en Cuba el 19 de abril de 1961.

Con la nueva época se iniciaba una etapa de luchas más duras, más desenfrenadas. Pero la historia enseñaba que todo lo que había sucedido en un país del Caribe tendería a suceder más tarde o más temprano en los demás, y que cada acontecimiento importante estaba encadenado a uno anterior, pues aunque en esa hermosa, rica y apasionante región del mundo hubiera pueblos que hablaban español, inglés, francés, holandés; aunque en unos predominaran los negros y los mestizos de blancos y negros, y en otros los blancos y los mestizos de blancos y de indios, lo cierto y verdadero era –y seguirá siendo por largo tiempo– que el Caribe es una unidad histórica desde que llegó a sus aguas Cristóbal Colón hasta que Fidel Castro dijo, el día 19 de abril de 1961, en su cuarto comunicado de guerra:

"Fuerzas del ejército rebelde y de las milicias nacionales revolucionarias tomaron por asalto las últimas posiciones que las fuerzas[...] invasoras habían ocupado en el territorio nacional. Playa Girón, que fue el último punto de los mercenarios, cayó a las 5:30 de la tarde."

Bibliografía*

ÁLVAREZ CONDE, José (1956), *Arqueología Indocubana,* La Habana, Publicaciones de la Junta Nacional de Arqueología y Etnología.

ARRUBLA, Gerardo y Jesús María Henao (1958), *History of Colombia,* The University of North Carolina Press.

AZCÁRATE DE, Pablo (1968), *La Guerra del 98*, Madird, Alianza Editorial.

BAINVILLE, Jacques (1959), *Histoire de France,* París, Fayard.

BALLESTEROS Y BERETTA, Antonio (1922-1942), *Historia de España y su influencia en la historia universal,* tomos II al IX, Barcelona, Salvat Editores.

BARALT, Rafael María (1960), *Obras completas,* Historia, tomo 1, Maracaibo, Venezuela, Universidad del Zulia.

BIRNIE, Arthur (1963), *An economic history of the British Isles,* University Paperbacks, Methuen, Londres.

CABÓN, Padre, *Histoire d'Haití,* tres tomos [sin pie de imprenta].

CASTILLERO, R. y J. Ernesto (1955), *Historia de Panamá* [quinta edición, corregida], Panamá, 1955.

CHAMORRO, Pedro Joaquín (1951), *Orígenes de la intervención americana en Nicaragua,* Managua, Editorial La Prensa.

COMAS, José (1868), *Historia de las Antillas,* Barcelona, Editor Juan Pons.

Comisión de Investigación Histórica de la Campaña 1856-1857. Documentos relativos a la guerra contra los filibusteros. Año Centenario 1856-1956. Prologado en San José de Costa Rica [sin pie de imprenta].

*En esta bibliografía no figuran las obras que aparecen mencionadas especialmente en la nota introductoria, página 59 de esta edición. Por otra parte, la presente es una bibliografía extractada, pues en los títulos mencionados se hallan los datos fundamentales para cualquier estudio sobre el papel de los imperios en el Caribe. Por esa razón no figuran aquí muchos otros que han sido consultados por el autor.

Cómo ganó Nicaragua su segunda independencia (1944), *Cómo reincorporó Nicaragua su costa oriental* (1944), talleres de la Editorial Atlántida. Sin fecha.

CONNELL-SMITH , Gordon (1966), *The InterAmerican System,* Oxford, Oxford University Press.

*(1950), *Crónicas de la conquista,* México, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) [segunda edición].

*DANEY, M. Sidney, *Histoire de la Martinique,* vols. I y II, reimpreso en 1963 para la Societé d'Histoire de la Martinique.

DEBIEN, G. (1962), *Plantations et Esclaves a Saint-Domingue,* Université de Dakar, Publications de la Section d'Histoire, núm. 3.

DORSINVILLE, Roger (1965), *Toussaint Louverture,* París, René Juliard.

*GARCÍA Icazbalceta (1942), *Opúsculos y biografías,* México, Imprenta Universitaria.

GAVIDIA, Francisco (1958), *Historia moderna de El Salvador*, vol. I, San Salvador, Ministerio de Cultura, Departamento Editorial [segunda edición].

GELY, Pieter (1964), *History of the low countries,* Londres, Macmillan.

GILL, Mario (1960), *Nuestros buenos vecinos* [quinta edición].

GOUBERT, Pierre (1966), *Louis XIV et vingt millions de Français,* París, Fayard.

GOZZART, Ernest (1905), *L'Etablissement du régime espagnol dans les PaysBas.* Bruxelles, H. Lamertin Editeur.

——— (1906), *La domination espagnole dans les PaysBas,* Bruxelles, H. Lamertin Editeur.

——— (1910), *Charles-Quint, roi d'Espagne,* Bruxelles, H. Lamertin Editeur.

HAGEN, Victor W. Von (1964), *Los reinos americanos del Sol,* Barcelona, Labor.

HARDY, Georges (1953), *Histoire sociale de la colonisation française,* París, Larose.

HERRERA LUQUE, Dr. Francisco J. (1961), *Los viajeros de Indias,* Caracas, Imprenta Nacional.

Historia de la Nación Cubana. Publicada bajo la dirección de Ramiro Guerra y Sánchez, José M. Pérez Cabrera, Juan Remos, Emeterio S. Santovenia. Diez volúmenes, Editorial Historia de la Nación Cubana, La Habana, 1942.

INCHÁUSTEGUI, J. Marino (1958), *La gran expedición inglesa contra las Antillas Mayores,* México, Gráfica Panamericana.

KNIGHT, Melvin M. (1939), *Los americanos en Santo Domingo,* Universidad de Santo Domingo.

LAKYER, Roger, David Smith y John Thorn (1964), *A history of England,* Londres, Ernest Benn.

LANNOY, Charles de y Herman Vander Linden (1921), *Histoire de L'expansion coloniale des peuples européens,* Bruxelles, Maurice Lamertin, Libraire-Editeur.
LAURING, Palle (1963), A *history of the kingdom of Denmark,* Copenhagen, Hosto & Son [segunda edición].
LEYS, M.D.R. y R.J. Mitchel (1967), *A History of the english people,* Londres, Pan Books.
LOVEN, Sven (1935), *Origins of the Tainan culture, West Indies,* Goteburg, Elanders Boktriyckeir Akfubolag.
MCINTOSH, M.E. y B.C. Weber (1959), *Une correspondance familiale au temps des troubles de Saint-Domingue,* París, Larose.
MACKIE, R.L. (1962), *A short history of Scotland,* Edimburgo Olivar and Bog [revissed by Gordon Donaldson].
MADRIZ, José (1894), *Informe sobre la cuestión de la Mosquitia,* Managua, Tipografía Nacional.
MARAÑÓN, Gregorio (1965), *El conde-duque de Olivares,* Madrid, Espasa-Calpe [doceava edición].
MARRERO Artsty, Ramón (1957), *La República Dominicana,* dos tomos, Ciudad Trujillo, Editorial Caribe.
MARTÍNEZ DE CAMPOS Y SERRANO, Carlos (1966), *España bélica. El siglo XVI,* dos tomos, Madrid, Aguilar.
MARTÍNEZ MENDOZA, Jerónimo (1965), *Venezuela colonial,* Caracas, Editora Arte.
MATTHEWS, Hebert L. (1969), *Fidel Castro,* Nueva York, Simon and Schuster.
MÉNDEZ, Carlos R. (1923), *Historia del infame y vergonzoso comercio de indios,* Mérida, Yucatán.
——— (1932), *Las memorias de D. Buenaventura Vivó y la venta de indios yucatecos en Cuba,* Mérida, Yucatán [segunda edición].
MÉTHIVER, Hubert (1966), *Le siécle de Louis XIV,* París, Presses Universitaires de France.
MILLER, Paul G. (1947), *Historia de Puerto Rico,* Chicago, Rand McNally & Compañía.
MONGE, Alfaro (1958), *Historia de Costa Rica,* San José, Costa Rica, Editorial Trejo Hermanos.
MONTE Y TEJADA, Antonio del, *Historia de Santo Domingo*, vol. III [sin pie de imprenta].
MORALES PADRÓN, Francisco (1963), *Historia del descubrimiento y conquista de América,* Madrid, Editora Nacional.
MORÓN, Guillermo (1961), *Historia de Venezuela,* Caracas [tercera edición].

MUNRO, Dana G. (1964), *Intervention and dollar diplomacy in the Caribbean,* 1900-1921, Princeton University Press.

OVIEDO Y BAÑOS, Joseph, *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela* [ejemplar sin carátula].

PEÑA BATLLE, Manuel Arturo (1948), *La rebelión del Bahoruco,* Impresora Dominicana, C. por A.

——— (1951), *La isla de la Tortuga,* Madrid, Edición Cultura Hispánica.

PERALTA, D. Manuel de (1898), *Costa Rica y Costa de Mosquitia,* París.

PFANDL, Ludwig (1959), *Juana la Loca,* Madrid, Espasa-Calpe [octava edición].

RESTREPO, José Manuel (1858), *Historia de la Revolución de la República de Colombia,* 4 vols. Besancon.

ROA, Raúl (1964), *Retorno a la alborada,* tomos I y II, Universidad Central de Las Villas.

ROSS, Thomas B. y David Wise (1964), *The invisible government,* Nueva York, Random House.

ROUSE, Irving (1942), *Archeology of the Manibon Hills, Cuba,* Yale University Press.

RUBIO MAÑÉ, J. Ignacio (1957), *Notas y acotaciones a la historia de Yucatán de Fr. Diego López Cogolludo, 0. F. M.,* México, Editorial Academia Literaria.

RUMEU DE ARMAS, Antonio (1947), *Los viajes de John Hawkins a América (1562-1595),* España Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla.

SELSER, Gregorio (1966), *Sandino, General de hombres libres,* Buenos Aires, Iguazú [cuarta edición].

——— *Cómo ganó Nicaragua su segunda independencia,* Managua, 1944; *"Cómo reincorporó Nicaragua su costa oriental",* Managua, 1944, talleres en la Editorial Atlántida, s/f *Vida del Capitán Alonso de Contreras*, Madrid, Taurus.

s/,a Playa Girón, derrota del Imperialismo. La Habana, Cuba, agosto de 1961 [segunda edición].

ZAPATERO, Juan M. (1964), *Las guerras del Caribe en el siglo XVIII,* Instituto de Cultura Puertorriqueña.

ZELAYA, J.S. (1910), *La Revolución de Nicaragua y los Estados Unidos,* Madrid, Imprenta de Bernardo Rodríguez.

Índice

Introducción
Pablo A. Maríñez 5

Unas palabras del autor.....59

CAPÍTULO I
Una frontera de cinco siglos.....61

CAPÍTULO II
El escenario de la frontera.....85

CAPÍTULO III
Indios y españoles en los primeros
años de la frontera imperial.....109

CAPÍTULO IV
La conquista del Caribe entre 1508 y 1526.....135

CAPÍTULO V
La conquista entre 1526 y 1584.....161

CAPÍTULO VI
Sublevaciones de indios, africanos
y españoles en el siglo XVI.....187

CAPÍTULO VII
Las guerras de España en el siglo XVI.....207

Capítulo VIII
Contrabandistas, bucaneros y filibusteros.....233

Capítulo IX
El siglo de la desmembración.....261

Capítulo X
El tiempo del espanto.....289

Capítulo XI
Intermedio europeo.....315

Capítulo XII
El Caribe hasta la paz de Utrecht.....343

Capítulo XIII
Las guerras en el Caribe
hasta la Paz de París (1763).....373

Capítulo XIV
La Revolución norteamericana
y sus resultados en el Caribe.....401

Capítulo XV
La Revolución francesa
y su proyección en el Caribe.....429

Capítulo XVI
El tiempo de la libertad.....457

Capítulo XVII
Nacimiento de la República de Haití.....485

Capítulo XVIII
En los umbrales de la gran conmoción.....513

Capítulo XIX
La guerra social venezolana.....541

Capítulo XX
La independencia de los territorios españoles.....569

Capítulo XXI
1821-1851. Los años de reajuste.....599

Capítulo XXII
Los años de los episodios
increíbles (1855-1861).....627

Capítulo XXIII
Las luchas por la independencia
de Cuba (1868-1898).....653

Capítulo XXIV
El siglo del imperio norteamericano.....681

Capítulo XXV
Los años de las balas y de los dólares.....707

Capítulo XXVI.
Fidel Castro o la nueva etapa
histórica del Caribe.....735

Bibliografía.....759

De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe frontera imperial
se terminó de imprimir en la Ciudad de México durante
el mes de julio del año 2009. La edición, en papel
de 75 gramos, estuvo al cuidado de la
oficina litotipográfica
de la casa editora.

ISBN 978-607-401-138-8